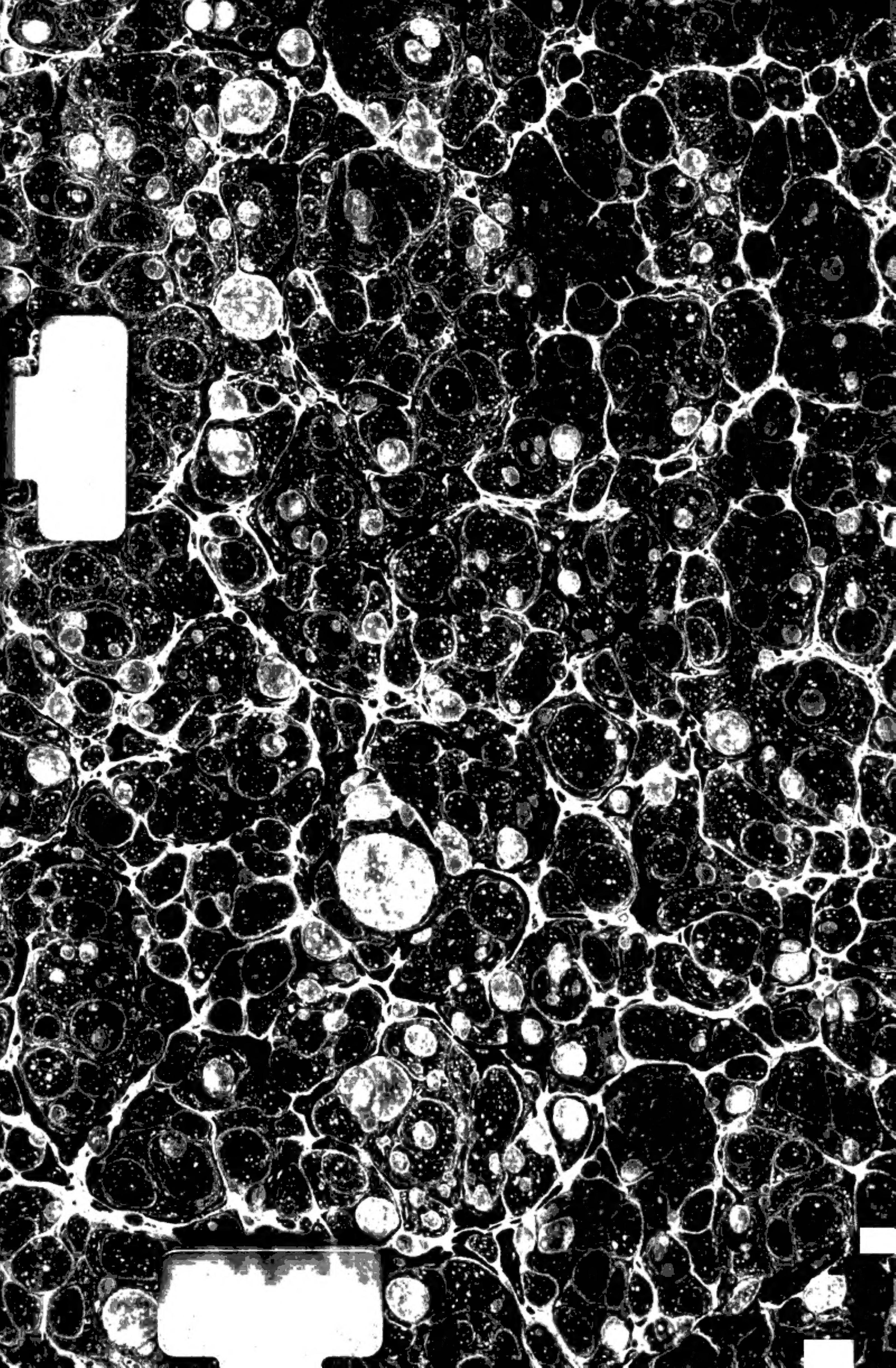


Historia de la Iglesia

Emilio Moreno Cebada





HISTORIA

DE

LA IGLESIA.

SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

HISTORIA

DE

LA IGLESIA

DESDE SU ESTABLECIMIENTO HASTA EL PONTIFICADO DE PIO IX.

BIOGRAFÍAS DE LOS SUMOS PONTÍFICES, CONCILIOS GENERALES Y LOS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA, SANTOS PADRES Y DOCTORES, HEREJÍAS, CISMAS, GUERRAS DE RELIGION, SANTOS PRINCIPALES QUE HA PRODUCIDO CADA SIGLO Y DEMAS ACONTECIMIENTOS DIGNOS DE NOTARSE.

REDACTADA

CON PRESENCIA DE LAS ERUDITAS OBRAS DE ARTAUD DE MONTOR, BERAULT-BERCASTEL, HENRION, NOVAES, ALZOG M. DE MAISTRE, MIGNE, LA FUENTE (D. VICENTE), P. FLOREZ, Y OTROS AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS,

POR EL PRESBÍTERO

D. EMILIO MORENO CEBADA,

Predicador de Su Majestad y del Arzobispado de Toledo, Examinador Sinodal de la Diócesis de Jaen, autor y traductor de varias obras científicas y religiosas.

CENSOR ECLESIÁSTICO NOMBRADO POR EL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE ESTA DIÓCESIS

M. I. SR. DR. D. TOMÁS SIVILLA,

canónigo doctoral de la Santa Iglesia catedral.

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS.

TOMO III.

BARCELONA.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES,

CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 39.

1868.

Barcelona. — Imprenta de Jaime Jepús, calle de Petritxol, número 14, principal. — 1868.


SIGLO XII.
GELASIO.II
CALIXTO.II
HONORATO.II
INOCENCIO.II
CELESTINO.II
LUCIO. II
EUGENIO.III
ANASTASIO.IV
ADRIANO.IV
ALEJANDRO.III
LUCIO.III
URBANO.III
GREGORIO.VIII
CLEMENTE.III
CELESTINO.III
INOCENCIO.III

SIGLOS DEL CRISTIANISMO.



SIGLO DUODÉCIMO.

DESDE EL PONTIFICADO DE PASCUAL II HASTA EL DE INOCENCIO III.

CAPITULO PRIMERO.

Celebracion de varios concilios.—Muerte repentina de Guillermo el Rojo y del anti-papa Guiberto.—Conversion del rey Felipe.—Desgracias del emperador Enrique IV.—Su muerte.—Enrique V se declara contra la Iglesia.—El papa Pascual se refugia en Francia.—Convenio del rey de Inglaterra con San Anselmo.—Muerte de este santo arzobispo.

Al empezar el siglo XII gobernaba la Iglesia el papa Pascual II, que como dijimos al terminar la historia del siglo XI, era religioso de la órden de Cluny y habia sido nombrado por San Gregorio VII, cardenal-presbítero del título de San Clemente. La eleccion de este Pontífice tuvo lugar el 13 de agosto de 1099, y su consagracion y coronacion se verificó al siguiente dia. Mucho dice en su favor el hecho de que al saber que se trataba de elevarle al pontificado, huyó de Roma para ocultarse; pero como fuese reconocido en breve, le condujeron á su pesar á Roma, donde fue recibido con las muestras del mayor regocijo al grito de *San Pedro os quiere por su sucesor*. Prueba de lo acertado de su eleccion fue esta humildad que demostró desde el principio.

Durante los primeros tiempos de su Pontificado se celebraron diversos concilios. Daremos cuenta de los más importantes.

En el año de 1100 reuniéronse los cinco siguientes:

1.° Concilio de Lambeth, en Inglaterra, por San Anselmo. El rey Enrique I habia determinado casar con Matilde, hija de Malcolmo, rey de Escocia, y San Anselmo trató de disuadirle de este propósito, diciéndole que Matilde, educada desde su infancia en un monasterio, habia sido ofrecida á Dios por sus padres, y para esclarecer este hecho reunió el concilio de que nos ocupamos. Compareció á él Matilde, y demostró probándolo con testigos, que nunca se habia ofrecido á Dios ni por eleccion suya ni por deseos de su padre. La princesa ganó su causa y casó con Enrique (Wilkins).

2.° Concilio en Valencia del Delfinado en 30 de Setiembre. Norgaldo, obispo de Autun, fue acusado de simonía, y en su virtud fue suspendido de toda funcion episcopal y sacerdotal; pero Hugo de Flavigni, acusado del mismo crímen se justificó y fue absuelto y enviado á su abadía.

3.° Concilio de Melfa, en la Pulla, en el mes de Octubre. El papa Pascual II excomulgó á la ciudad de Benevento por haberse sustraido, sin saberse porque causa, á la obediencia de la Santa Sede (Mansi).

4.° Concilio de Poitiers, en 18 de noviembre, por dos legados asistidos de un gran número de obispos y de abades. En este concilio fue depuesto Norgaldo de Autun, suspendido en el de Valencia, y se hicieron diez y seis cánones. El primero previene que los obispos den la tonsura á los clérigos y los abades á los religiosos. Por el quinto se manda que los abades no usen guantes, sandalias y el anillo en las funciones eclesiásticas sin permiso expreso del Papa. *No se habló allí de mitra*, dice Mabillon, *y no hallo ningun vestigio de ello en los tiempos anteriores*. El cánon 10.° declara hábiles para las funciones curiales á los canónigos regulares, y el 11.° las prohibe á los frailes. Tratóse en seguida de renovar la excomunion del rey Felipe y Bertrada; mas como el duque de Aquitania que se hallaba presente, se opusiese vivamente á tal intento, sus gentes armaron un grande alboroto; pero los prelados permanecieron firmes y segun Pagi, refiriéndose á Hugo de Flavigni, se quitaron las mitras para presentar á los golpes sus cabezas desnudas; cuyo acto desarmó completamente á los enemigos, dejándoles en libertad de pronunciar la sentencia.

5.° Concilio de Anse, á fines de año, compuesto de cuatro arzobispos, entre ellos San Anselmo, y de ocho obispos. Hugo, arzobispo de

Lyon, demandó un subsidio para sufragar los gastos del viaje, que con permiso del Papa habia de hacer á Jerusalen. En este concilio fueron excomulgados los que habiendo tomado la cruz para la Tierra Santa no habian cumplido su voto.

San Anselmo, del que ya hemos hablado, sintiendo vivamente los males que experimentaba la Iglesia de Inglaterra, escribió al Papa Pascual á fin de que los remediase en cuanto le fuese posible. Hízole presente la arbitrariedad é impiedad con que el rey se oponia á que se celebrasen concilios en aquel reino, que se reconociese al Papa sin consentimiento suyo y aun el que los obispos pudiesen escribirle ni recibir sus cartas. San Anselmo escribia ausente de su diócesis y en una especie de destierro.

Dios se compadeció de su Iglesia, y queriendo librarla de los mónstruos que la perseguian, hizo descender al sepulcro casi al mismo tiempo al rey de Inglaterra y al anti-papa Guiberto, que por tantos años consecutivos venian sosteniendo el cisma. Ambos murieron repentinamente.

Veamos de que modo.

Hallábase Guillermo el Rojo en una caceria, y como persiguiese á un ciervo al que habia herido, un caballero que quiso acabar de matar al animal, despidió una flecha que se clavó en el corazon del rey al que dejó muerto en el instante; de suerte que no tuvo tiempo para dar la menor señal de arrepentimiento.

El papa Pascual ayudado por los romanos que ya deseaban ver de una vez concluido el lamentable cisma que por espacio de tres pontificados venia sosteniendo Guiberto, se propuso obrar con la mayor energia en este asunto, y expulsó al anti-papa de Albano donde se hallaba, pero el usurpador murió repentinamente en su fuga, aunque teniendo tiempo de mostrar arrepentimiento, mandando que pusiesen en libertad á algunos eclesiásticos que tenia presos, y entre ellos al obispo de Macon, al que pidió perdon, suplicándole que fuese á Roma y suplicase de su parte al papa Pascual que le tuviese presente en sus oraciones (1). Luego que hubo muerto el anti-papa, sus partidarios pretendieron darle sucesor, fijándose principalmente en un tal Maginulfo, nombrado por ellos Silvestre IV, pero levantándose contra él una gran persecucion, tuvo

(1) Hugo. Flav. in Chorn.

que apelar á la fuga, muriendo al poco tiempo en medio de la mayor miseria.

La muerte de Guillermo el Rojo fue llorada por San Anselmo, que sintió vivamente el mal estado en que le habia cogido; protestando con toda la sinceridad que le era propia, que más hubiera deseado perecer él sólo que ver morir de aquel modo tan desgraciado al príncipe. Enrique hermano menor de Guillermo, le sucedió en el trono, pues que hallándose ausente el hermano mayor Roberto, conde de Normandía, que aun no habia vuelto de la cruzada, aquel se aprovechó de su ausencia para hacerse elegir rey, haciéndose coronar inmediatamente. Apenas hubo muerto Guillermo el Rojo, recibió San Anselmo una diputacion del clero de su Iglesia, que le rogaba que sin pérdida de momento se restituyese á ella, pues que todos ansiaban el momento de ver á su pastor, al que amaban sinceramente. Otra diputacion llegó tambien del nuevo rey, instándole á que sin pérdida de momento se pusiese en marcha, y ofreciéndole dirigirse en adelante por sus sabios consejos para la gobernacion del reino: y al mismo tiempo le daba cuenta de la necesidad en que se habia visto á causa de las circunstancias de hacerse consagrar sin esperarle.

San Anselmo fue recibido con las mayores muestras de regocijo, y el nuevo rey que á pesar de los grandes esfuerzos de su hermano se sostuvo en el trono, reinando mas de treinta y cinco años, empezó felizmente su reinado, pues que dando oidos á las exhortaciones y consejos del santo arzobispo primado de Inglaterra, enjugó las lágrimas que en aquella nacion vertia la Esposa del Cordero.

Al reseñar arriba los concilios celebrados en el año 1100, hemos hablado del de Poitiers, y hemos dicho que en él tratóse de excomulgar nuevamente al rey Felipe de Francia, y que el duque de Aquitania se habia opuesto á ello. Ahora añadiremos que á pesar del alboroto que se promovió y de una granizada de piedras que algunos perversos arrojaron desde el coro, los Padres que permanecieron tranquilos y que segun digimos se quitaron la mitra para presentar á los golpes la cabeza desnuda, cuando vieron que un eclesiástico habia sido herido, llevaron á cabo su proyecto y pronunciaron la sentencia de excomunion contra el rey Felipe. Téngase en cuenta que nos hallamos aun en la Edad media, y lo que hemos dicho en la anterior disertacion acerca del efecto de las excomuniones en aquella época. La del rey Felipe causó una gran sensacion en todos los ánimos, de tal suerte que todos huian del monarca, y

como este hubiese pasado algun tiempo despues á Sens acompañado de Bertrada, su concubina, encontró cerradas todas las Iglesias. Bertrada que era de un carácter más violento que el del rey, dice Henrion, hizo violentar la puerta de una iglesia, obligando á uno de los capellanes á que celebrase en su presencia. En cuanto á Felipe obró de un modo diverso, dice el mismo escritor: «Este rey en quien la disolucion jamás llegó á extinguir los sentimientos de la religion, declaró por el «contrario que queria ir á Roma á pedir al Papa la absolucion. Sin embargo, Ivon de Chartres escribió al Papa diciéndole que no creia efectuase este viaje, y le previno desconfiase de las promesas del rey (1). «En efecto, Orderico Vital dice que el endurecimiento que Felipe opuso «á estos nuevos rayos de la Iglesia, así como á las representaciones de «muchos obispos, fue castigado con graves enfermedades que el cielo le «envió. El débil príncipe permaneció todavía algun tiempo en su pecado, «y no recibió la absolucion del Pontífice hasta que en el concilio celebrado en Paris en 1104, se la dió en su nombre Lamberto, obispo de «Arras. Entónces una humildad ejemplar, y las pruebas más claras de «compuncion, no dejaron duda alguna acerca de la sinceridad de las promesas del rey. No obstante lo riguroso de la estacion, fue descalzo al «concilio, y juró entre las manos del legado del Papa, no sólo no tener «en lo sucesivo trato alguno criminal con Bertrada, sino tambien no hablar con ella, como no fuese en presencia de testigos libres de toda «sospecha. Esperaba todavía obtener dispensa para casarse con ella; pero el Papa permaneció inflexible á causa de lo enorme del escándalo, «y de los malos tratamientos que habian ocasionado la muerte á la reina «Berta. Sometióse Felipe en un todo, y ya no pensó más que en expiar «los pecados de que él propio se reprendia, y aun quiso abrazar la vida «monástica para mejor aplacar la ira de Dios. Se sabe esto por una carta de San Hugo de Cluny (2), escrita á este príncipe, á fin de confirmarle en esta segunda resolucion, que sin embargo no llevó á efecto. «Dios no queria por todos estos medios otra cosa que disponerle á una «muerte cristiana, cuyo término no estaba muy léjos (3).»

Entre tanto el emperador Enrique seguia una conducta indigna, sin que dejase por esto de practicar algunas acciones virtuosas, pues que no

---

(1) Ep. 104.
(2) Epist. Hugo tom. 2 Spicil, pág. 401.
(3) Lib. XXXV, n. 4.

dejaba de honrar á algunos prelados del partido católico, y con mucha especialidad á Bruno de Tréveris, al que llamaba su padre, por más que no tomase sus consejos que eran los más santos.

Decretado estaba que sufriese el castigo de sus grandes excesos, y que fuese confundida su altanería y soberbia. En el año 1101 murió su primogénito Conrado, el cual años ántes se habia revelado contra él, más que por usuparle la autoridad, por hacerle entrar en razon lo que no pudo conseguir. Despues de la muerte de este, Enrique cada vez mas rebelde, quiso hacer elegir otro Papa para que reemplazase á Guiberto, que como ya hemos dicho murió repentinamente. En 1102 hizo coronar rey á su hijo Enrique, manifestando que pensaba cederle el imperio, pues que él deseaba pasar á la Tierra Santa; mas como trascurriesen dos años sin haberlo efectuado, Enrique el Jóven, se manifestó en rebelion contra él, prevaliéndose de las antipatías que su padre se habia granjeado por sus continuas persecuciones á la Santa Sede. Con el objeto de conseguir un éxito feliz en sus proyectos, Enrique V que no era ménos artificioso é hipócrita que su padre, se dirigió á los pueblos manifestando, y poniendo á Dios por testigo, que no eran miras de ambicion ni ingratitud á su padre lo que le hacia tomar el poder, sino tan solamente un sentimiento de piedad, pues que su corazon se partia de dolor al ver que por espacio de tantos años se sostenia un cisma que iba arrastrando el imperio á la apostasía; que su único deseo era el restablecimiento de la Religion en sus Estados, y esto de tal modo, que el dia en que viese que su padre arrepentido de haber sostenido el cisma, se humillase ante el Vicario de Jesucristo, él estaria pronto á entregarle el gobierno prestándole obediencia como hijo y como fiel vasallo.

Los pueblos son por un órden regular muy fáciles á dejarse engañar por las deslumbradoras promesas de los que pretenden dominarlos para ejercer con ellos despues la tiranía. Así, seducidos los señores como tambien los pueblos por las artificiosas frases del jóven monarca se declararon á su favor en la inmensa mayoría. A vista de esto Enrique IV, conociendo que no tenia otro medio de salvacion, escribió al papa Pascual ofreciéndole sumision: pero no era posible que fuese creida en Roma su palabra, cuando tantas veces habia faltado á sus juramentos: comprendióse que sólo la necesidad le hacia hacer aquellas ofertas, de las que no se hizo caso alguno.

Enrique el jóven reunió en poco tiempo un poderoso ejército con el objeto de dirigirse contra su padre, el que por su parte contaba tambien

con bastantes fuerzas. Ambos ejércitos se encontraron en las inmediaciones de Ratisbona estando tan solamente separados por un rio. Allí permanecieron por espacio de tres dias. Tal vez el padre se contuvo por no venir á las manos con el hijo, pero si este no lo hizo fue por el temor de emprender la lucha con un guerrero tan experimentado como su padre. Viéndose en este caso se valió de un nuevo artificio, por medio del cual logró atraer á sí los dos principales jefes del ejército de su padre que se le pasaron con las tropas que mandaban. Entónces Enrique IV viéndose de tal modo desamparado y humillado, se vió en la precision de huir con la escasa gente que le habia quedado.

A los pocos dias de estos sucesos el victorioso jóven que á peticion de su padre tuvo con él una conferencia en Maguncia, fingió hallarse arrepentido de su conducta, pero como ambos fuesen juntos hasta el castillo de Binghen, le persuadió á que descansase allí, y le hizo retener en aquella fortaleza dejándole prisionero. Desde aquel lugar le trasladaron á Ingelheim donde le obligaron á renunciar el imperio, lo que dijo, lo hacia voluntariamente pues su único deseo era dedicarse el tiempo que le restara de vida á la santificacion de su alma.

En 1106 se reunió una asamblea en Maguncia de las más numerosas que hasta entónces se habian visto, pues que asistieron cincuenta y dos grandes del imperio y un gran número de prelados. En esta asamblea se nombró una diputacion de los personajes más distinguidos para que fuese á Roma y consultase con el papa Pascual sobre los medios de restablecer el órden y la disciplina destruida casi por completo en las iglesias de Maguncia á causa del funesto cisma que habia durado unos cuarenta años. Los legados del Papa confirmaron la eleccion de Enrique V por emperador.

Enrique IV que habia asegurado renunciaba el imperio voluntariamente y por su deseo de dedicarse á la salvacion de su alma, se arrepintió bien pronto de haber obrado así. La ambicion es uno de los vicios de más difícil curacion, pues que es un apetito desordenado que léjos de mitigarse se acrecienta con el tiempo. Muy arraigado lo tenia en su corazon Enrique IV para que se conformara en vivir privado del auge y de la grandeza imperial de que por tantos años se habia visto rodeado. Así es que habiéndose retirado á Lieja, tomo allí nuevamente las insignias de su dignidad. Contando con muy escasas fuerzas acudió en demanda de auxilios al rey Felipe de Francia, y escribió tambien al santo abad de Cluny al cual ofreció guiarse en adelante de sus consejos así en las cosas tocantes á la religion como en las que decian órden al Estado.

Irritóse sobre manera Enrique el jóven al ver la resolucion y actitud de su padre y fue en su busca á la cabeza de su ejército. Luego que estuvo cerca de él le intimó que le presentaria la batalla si en el término de ocho dias no asistia á una conferencia para que le citaba en Aquisgran. En vista de esto, el padre dirigió una carta á los príncipes y prelados del imperio, apelando á todos los hombres honrados, é invocando los auxilios de Dios, de la Santísima Vírgen María y de San Pedro. El que tantas veces habia ultrajado á San Pedro combatiendo tenazmente á sus sucesores y representantes en la tierra, no teme en el dia del peligro acudir á él suplicándole su auxilio. Hé aquí sus palabras: «Hemos apelado y apelamos por tercera vez al papa Pascual y á la Iglesia romana.» Pero bien pronto, dice Henrion, hubo de comparecer ante un tribunal mucho mas formidable.

En efecto, el desgraciado é infeliz emperador y rey de Germania que tan indignamente llevó la corona, murió en Lieja el dia 7 de Agosto de aquel mismo año (1106) cuando contaba cincuenta y cinco de edad, y cincuenta de reinado. Tan triste y deplorable fue el fin de este príncipe que pudo dejar muy gratos recuerdos si no se hubiese dejado llevar por sus brutales pasiones, y por los consejos de ministros incapaces que le hicieron despreciar la ley de Dios, ser hostil á la cabeza de la Iglesia, y hacer un tráfico criminal con las dignidades eclesiásticas. Por lo demas, pocos le igualaron en valor, pues que en innumerables batallas que sostuvo, siempre consiguió la victoria, á excepcion de algunas en que fue vendido por aquellos en quienes más confiaba.

El cadáver del emperador fue enterrado por el obispo Otberto que aun continuaba en el cisma, en la iglesia de San Lamberto; pero más tarde este prelado fue recibido en la comunion de la Iglesia con la condicion de desenterrar el cadáver de Enrique el cual fue trasladado á Spira y depositado en un sepulcro de piedra en lugar no sagrado.

Desde la deposicion de aquel desgraciado príncipe, se procedió con energia contra los partidarios del cisma. Los obispos católicos fueron repuestos en sus sillas y expulsados los que las habian usurpado, y algunos llevados por su celo, desenterraron los cadáveres de los obispos que no habian muerto en el seno de la Iglesia, y entre ellos el del anti-papa Guiberto que yacia en la catedral de Ravena, sepultándolos fuera de sagrado.

Enrique V los dejaba obrar para asegurar el imperio, y echar un velo á su criminal comportamiento para con su padre, pero luego que este

hubo muerto dejó conocer bien pronto que no habia obrado como ántes asegurara, por el bien de la Iglesia sino por ambicion, en la que no cedia al autor de sus dias. No tardó en reclamar como un derecho de su corona las investiduras que habia puesto por causa de su rebelion.

El papa Pascual que se hallaba entonces en la Lombardía con objeto de dirigirse á Alemania para remediar los males de aquella Iglesia, apenas tuvo conocimiento del comportamiento del jóven rey, determinó pasar á Francia para ponerse de acuerdo con el rey Felipe, cuya conversion habia sido sincera.

Tanto aquel rey como su hijo Luis recibieron al Papa con las mayores muestras de veneracion, y postrados á sus piés le ofrecieron todas las fuerzas del reino, y aun sus mismas personas para la defensa de la Iglesia romana, como lo habian hecho Carlo-Magno y otros monarcas franceses.

Entre tanto llegaron á Francia embajadores del rey de Germania para conferenciar con el Papa sobre el asunto de las investiduras, y la conferencia tuvo lugar en Chalons del Marne, á donde fue Pascual con una gran comitiva de prelados, y tropas que para su propia defensa le habia dado el rey Felipe. El objeto de los embajadores fue intimidar al Papa, pero este se mantuvo firme, lo que fue un motivo para que se renovase el funesto y tenaz cisma de Alemania. En Inglaterra, por el contrario, los asuntos presentaban una faz mas agradable. Enrique, el sucesor de Guillermo el Rojo, que habia cansado la paciencia del santo arzobispo primado Anselmo, obligándole á hacer un nuevo viaje á Roma, durante el cual se apoderó de todos los bienes de su Iglesia, lo llamó nuevamente y apartándose del mal camino que habia emprendido, firmó con él un contrato razonable y cristiano (1), por el cual quedaron restablecidas la inteligencia y la concordia entre las dos potestades : obligóse Enrique á no permitir que en adelante se diese la investidura de ningun obispado ni abadia por la entrega del báculo y del anillo, y se dieron pastores á todas las iglesias. Poco tiempo sobrevivió San Anselmo á esta feliz concordia, pues que murió el 21 de Abril de año 1109 á los setenta y seis de su edad y diez y seis de pontificado, dejando una grata memoria por sus virtudes y extraordinario celo que le hicieron ser un denodado defensor de la Iglesia.

---

(1) Edmer. Novor. lib. 4.

CAPITULO II.

Concilio de Benevento.—Regreso del papa Pascual á Roma.—Se niega á coronar emperador á Enrique V.—Venganza de este príncipe.—Condescendencia de Pascual.—Cuestion sobre las investiduras.—Concilio romano.—Se conforma el Papa con lo que en él se decide y escribe al emperador.—Asuntos de la Iglesia de Oriente.—Herejes bogomilos.—Fundacion de Fontevrault.—Principios de San Bernardo.—Propagacion de la órden del Cister.

Cuando el papa Pascual determinó regresar á Roma, pasó por Benevento donde celebró un concilio en 12 de Octubre de 1108, en el cual se renovaron los decretos relativos á las investiduras, y se dispuso que los eclesiásticos no usasen lujo en sus hábitos. No dejaba de temer el Papa por las amenazas que los embajadores de Enrique V le habian hecho en Francia, y así al volver á Roma se aseguró de los grandes de aquella ciudad así como de los príncipes y señores normandos los cuales le juraron que estarian prontos á defender la Iglesia romana contra los ataques y violencias del rey de Germania.

No eran en efecto infundados los temores del Sumo Pontífice, puesto que Enrique, anunció en su córte que habia determinado pasar á Roma para ser coronado emperador. Así lo hizo y cuando hubo llegado á las inmediaciones de Roma, envió diputados para que tratasen con el Sumo Pontífice. Pascual recibió de ellos la promesa de que el rey renunciaria antes de ser coronado emperador, á las investiduras de las iglesias. Enrique se presentó en la ciudad, y el Papa que le esperaba en las gradas de la iglesia de San Pedro, lo tenia todo preparado para la coronacion. El rey se postró y le besó los piés, y ambos se abrazaron á presencia del clero y del pueblo. Luego que hubieron entrado en la iglesia, el Papa le propuso que renunciase por escrito á las investiduras, segun lo que le habia

ofrecido por conducto de sus diputados. Enrique se retiró á la sacristía para conferenciar con los obispos y señores de su comitiva, y despues se negó resueltamente á firmar el documento. A vista de esto, el Papa declaró que no coronaria á Enrique, toda vez que este príncipe no cumplia la promesa que habia hecho.

Al oir esto abandonóse el rey á una irreflexible cólera, y mandó encarcelar al Papa, á varios cardenales y á muchos nobles adictos á la Santa Sede. En seguida los soldados de Enrique se entregaron á toda clase de excesos, robando cuantos efectos preciosos habian sido colocados en la Iglesia para solemnizar la coronacion, y maltrataron del modo más brutal á los eclesiásticos y á otras muchas personas, en tales términos que el resultado de la lucha fue que el pavimento de la iglesia de San Pedro quedase cubierto de cadáveres, y los altares salpicados de sangre.

Cuarenta y cinco dias de prision sufrió el Sumo Pontífice, así como las demás inocentes víctimas del despotismo de Enrique. Por último, el Papa que se hallaba dispuesto á morir por la causa de la Iglesia, experimentó un sentimiento de compasion por sus compañeros de infortunio, y convino en conceder al rey las investiduras, con lo que quedaron todos libres. Cinco dias despues el rey fue coronado solemnemente emperador en la iglesia de San Pedro. Con esto el nuevo emperador se volvió á su campo y el Papa con los obispos volvió á entrar en Roma, en medio de las aclamaciones del pueblo. Antes de su partida, Enrique arrancó tambien al Sumo Pontífice el permiso para tributar exequias fúnebres al emperador Enrique IV, testimoniando por medio de muchos obispos que habia muerto arrepentido. En su consecuencia luego que Enrique V llegó á Spira, hizo trasladar á sagrado el cuerpo del emperador difunto y reuniendo un gran número de prelados y señores ordenó que se hiciesen unos magníficos y suntuosísimos funerales. Era entónces el año 1111. Pareció que todo debia quedar tranquilo con haber quedado el Papa en libertad y Enrique coronado emperador, pero no fue así. Varios cardenales y obispos, especialmente Bruno, obispo y abad de Monte Casino, y Juan obispo de Frascati ó Tusculum, clamaban contra la condescendencia del Papa en haber concedido las investiduras á Enrique, teniendo por injusta, ilícita é inválida la concesion, é instaban al Papa á que las condenase nuevamente y excomulgase al emperador. A las grandes acusaciones que semejante concesion ha atraido á Pascual, contesta Baronio lo siguiente: «No existe la menor herejía en hacer la concesion *reservada*, consentida por Pascual; pero sí en sostener lo que no dijo nunca Pascual,

que es de derecho el que los legos deban dar las investiduras, con lo cual se introduciria en la Iglesia su falso dogma contrario á los usos reconocidos, á las instituciones sagradas de los Santos Padres, y á la opinion de muchos autores piadosos, que han salido á la defensa de Pascual.»

Vistas las acusaciones de los citados obispos, el Papa reunió en Roma un numeroso concilio en Marzo de 1112, con el objeto de justificarse, y precaver el nuevo cisma que amenazaba. Refirió al concilio toda la historia de su prision, y manifestó que habia jurado no molestar al rey con el motivo de las investiduras, repitiendo que aunque el rey por su parte no cumplia el tratado, con todo jamás le excomulgaria, ni molestaria por causa de investiduras. *Pero,* añadió, *en órden á la bula que expedí forzado, sin el consejo de mis hermanos, reconozco que hice mal, deseo repararlo, y en cuanto al modo lo dejo al juicio de este concilio.* En su consecuencia el concilio declaró nula la concesion de las investiduras, porque mandaba que el obispo electo canónicamente por clero y pueblo no pudiese consagrarse sin recibir antes la investidura del rey: lo que, dice el concilio, es contra el Espíritu Santo y la institucion canónica (1). En consecuencia de esto, el mismo Papa escribió al emperador dándole cuenta de este decreto, y añadia que era un abuso pernicioso el que los obispos fuesen á la guerra y con este motivo recibiesen de los reyes en feudo, pueblos, castillos, marquesados y otros títulos, y que por lo tanto los obispos debian ceder al emperador los feudos semejantes que fuesen de la corona en tiempo de Cárlos, Luis, Oton y demas emperadores: que los obispos y abades no deben usurpar derechos reales, ni conservarlos sin consentimiento de los reyes; pero que las iglesias con sus oblaciones y bienes propios deben ser libres conforme ofreció el mismo emperador.

«Entre tanto el convenio sacado violentamente del Papa y anulado ya, dice un escritor, causó una agitacion general en el mundo cristiano. Celebráronse con este motivo concilios en Francia, Borgoña, Lorena, Sajonia, Hungria, y hasta en la Grecia y en la Palestina. Los hombres más grandes de estos tiempos, Joscerán ó Juan, sucesor de Hugo en el arzobispado de Lyon, el bienaventurado Ivon de Chartres, Hildeberto de Mans, contado tambien entre los santos y sabios de su siglo, y el famoso Geofredo de Vandona, se explicaron sobre este punto cada uno con más ó

(1) Amat. Hist. de la Igles. Lib. X. cap. VI, en vista de Hard. tom. VI. P. II. c. 1899.

ménos energía segun la dulzura ó aspereza de su carácter. Los de la metrópoli de Sens, aunque disculpaban la falta del Padre comun de los fieles como seguida de un pronto arrepentimiento, llegaron á compararla con la negacion de San Pedro y con la supuesta caida del papa San Marcelino en la idolatría. Pero Hildeberto de Mans en una apología del papa Pascual demuestra que «á la prudencia del que gobierna la Iglesia toca dar ó derogar las leyes segun las circunstancias; que debemos interpretar favorablemente y en buen sentido lo que hacen los superiores, aun cuando ignoremos los motivos; que no toca á las ovejas reprender al Pastor; que al fin y al cabo el papa Pascual luego que se vió libre, habia anulado lo que habia hecho á la fuerza cuando le tenian preso, y que habia aparecido como un atleta, que despues de haber recibido algunas heridas, vuelve al combate con más valor y precaucion (1).»

Por nuestra parte tan solo añadiremos que aquella debilidad que tuvo el papa Pascual, por más que su intencion fuese el evitar males mayores, fue por él sentida y deplorada. En confirmacion de esto, diremos que en 1116 y en concilio celebrado en San Juan de Letran, el mismo papa Pascual renovó el decreto de Gregorio VII contra los seculares que confiriesen, y los eclesiásticos que aceptasen las investiduras. Bruno, obispo de Segui, dijo despues de aquella declaracion: «Agradezcamos á Dios, que el Papa nuestro jefe y señor, manifieste tanto sentimiento por haber concedido un privilegio que envuelve una herejía. Al oir esto, preguntó Juan, obispo de Vulturne, ¿á que llamais herejía?—Si herejía, contestó Bruno.—Sabed, replicó Juan, que la herejía supone una voluntad libre por parte de su autor, y que el privilegio otorgado por el Papa solo es el fruto de la violencia y de la fuerza.» No se excomulgó al emperador, pero el Papa aprobó lo que los legados habian hecho en sus concilios, en los que dicho príncipe lo habia sido varias veces. En este mismo concilio el abad de Cluny, Poncio, que se arrogaba el título de *abad de los abades*, fue refutado por Juan, canciller de la Iglesia romana, que le probó que tal título solo pertenecia al abad de Monte Casino.

La conducta del rey de Germania indignó hasta á los griegos, que no pudieron ver con ánimo tranquilo sus violentas usurpaciones. Cuando el emperador Alejo Comneno, tuvo noticias de lo mucho que habia tenido que sufrir el papa Pascual, por los malos tratamientos de Enrique V, envió una embajada á Roma, haciendo ofrecimientos al Pontífice y elo-

(1) Berault-Bercastel. Lib. XXXV, n. 19.

giando la conducta de los romanos. Decia al Papa que si lo creia necesario iria él mismo á Roma, ó enviaria á su hijo Juan. La propuesta fue aceptada por Pascual, pero no llegó á realizarse. Eran muchos los cuidados que por aquella época ocupaban al emperador Alejo para que abandonase ni por un momento su imperio que se desmoronaba. En elogio de este emperador debemos decir que era muy adicto á la Santa Sede, á la que enviaba frecuentes y ricos regalos, así como á Monte-Casino y á Cluny, y que manifestó un gran celo por la conversion de los herejes.

Entre estos herejes los más obstinados eran los llamados Bogomilos, los cuales fueron condenados en un concilio celebrado en Constantinopla en 1110, en cuya asamblea el emperador Alejo Comneno publicó tambien una constitucion sobre las elecciones y los deberes de los prelados. He aquí las noticias que acerca de los bogomilos nos da Berault-Bercastel: «Semejantes en algunos puntos erróneos á los mesalianos, seguian en el fondo los principios odiosos de Manés, y no eran sino una rama del paulicianismo, que se reproducia bajo una nueva forma. La ficcion y la hipocresía, la perfidia y el perjurio, no les eran menos familiares que á los primeros maniqueos. Alejo, que sabia muy bien fingir, aparentó con su hermano Isaac querer abrazar su doctrina, y mandó que le presentasen su jefe. Era éste un médico de edad avanzada, llamado Basilio, de talla, cuerpo y aire majestuoso, rostro macilento, barba poco poblada, aunque venerable por su blancura: vestia el hábito monástico, segun la costumbre establecida entre aquellos artificiosos sectarios. El emperador se levantó de su Silla para recibirle, le hizo sentar á su lado y comer á su mesa: y despues le dijo, que recibiria todas sus palabras como otros tantos oráculos, si queria encargarse del cuidado de su alma. Basilio, ejercitado en fingir, se resistió por el pronto; pero la astucia herética no siempre está á prueba de los prestigios de la córte, y así se dejó sorprender por las adulaciones de los dos príncipes que procedian de acuerdo, y les descubrió sin disimulo todos los misterios de su tenebrosa doctrina.

«Inmediatamente despues el emperador reunió el senado y el clero: y el hereje, viéndose harto convicto para que pudiese negar con fruto, confirmó todo lo dicho, y declaró que estaba pronto á sostenerlo en medio de las llamas y de los más horribles tormentos. La ceguedad de estos miserables llegaba hasta el punto de persuadirse de que nada tenian que temer de los suplicios, y que los ángeles los librarian hasta del mis-

mo fuego. Basilio, permaneciendo inflexible á pesar de las exhortaciones del emperador, que le hizo sacar muchas veces de la prision para amonestarle, fue por último condenado á ser quemado vivo con una multitud de sus discípulos, arrestados despues que él. Pero entre estos, negaron muchos que fuesen bogomilos. Para conocer con seguridad los que eran culpables, Alejo, fecundo en estratagemas, hizo encender dos grandes hornos, y delante de uno de ellos enarbolar la Cruz, que estos herejes miraban con horror. Dirigiendo despues la palabra á los presos, les dijo: «Todos sois acusados, y así id todos al punto al fuego, no sea que algun hereje á favor de la mentira evite el castigo que merece. En cuanto á los que se llaman católicos, mejor es que mueran inocentes que no el que vivan con una reputacion que perpetuaria el escándalo.» Creyendo los presos que no habia medio alguno de librarse, tomaron cada uno su partido y se dirigieron al horno que manifestaba respectivamente su religion. Ya tocaban unos y otros al fuego, y los innumerables espectadores principiaban á murmurar contra el emperador, cuyas miras no conocian, cuando este mandó á los presos que se detuviesen: llenó de elogios á los que habian elegido el horno en que estaba la cruz, y los puso en libertad. Tambien perdonó á los otros la vida, pero sin darles libertad; trabajó largo tiempo en su conversion, consiguiéndolo en algunos y dejando á los otros en la cárcel hasta que murieron. Sólo el heresiarca Basilio fue condenado á la pena del fuego.»

En cuanto á otros herejes, dice lo siguiente el mismo historiador: «Más adelante tuvo tambien que reducir el emperador Alejo á otros paulicianos herededos de las máximas y del espíritu revolucionario de aquellos á quienes Juan Zimisce habia trasportado en otro tiempo desde el Asia á Tracia. Contra estos fue necesario emplear las armas; pues Alejo, luego que fue posible, volvió á su moderacion natural, y á los medios de persuacion, y tuvo la dicha de atraer una multitud á la sana creencia y aun á algunos de sus jefes. Poco tiempo despues de tan dignas obras, murió Alejo, primero de este nombre, en 15 de Agosto de 1118, dejando la corona á su hijo Juan Comneno, llamado el hermoso ó Calo-Juan (1).

Por este tiempo la Europa cristiana presentaba el brillante espectáculo de muy grandes virtudes. Los monasterios que eran espejos de santidad, se veian poblados de innumerables personas pudientes que aban-

(1) Lib. XXXV, n. 21.

donando todas las cosas de la tierra, se dedicaban al importante negocio de la propia santificacion, siendo al propio tiempo muy útiles para la sociedad pues que no solamente cultivaban las ciencias, sino que se dedicaban á los trabajos de mano, de suerte, que repartido el tiempo entre estas ocupaciones y las prácticas de piedad, no dedicaban un sólo momento á la ociosidad, presentando el ejemplo de la más austera penitencia.

Como quiera que principalmente en Francia acudian personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, clérigos y legos, mujeres viudas y doncellas, Roberto de Arbrisel, que asi como sus discípulos Bernardo de Abbeville, Vidal de Mortain y Ravul de la Fustaye, trabajaban con celo infatigable por la conversion de los pecadores, buscó un lugar retirado con separacion absoluta de los dos sexos, donde pudiesen sus constantes oyentes acudir á oir sus exhortaciones y fervorosos sermones sobre las virtudes evangélicas. El historiador que más extensas noticias nos da acerca de la fundacion del monasterio de Fontevrault, es el mismo que hace poco hemos citado y cuya narracion vamos á extractar: «En los confines de Anjou y de Poitou, descubrió Roberto una tierra toda cubierta de espinas y abrojos que bien pronto obtuvo de los propietarios: en ella levantó por el pronto cabañas, un oratorio, y un buen cercado de que rodeó la habitacion de las mujeres destinadas principalmente á la oracion. Los hombres ocupados en trabajar para la comunidad, y los clérigos empleados en el oficio divino, vivian juntos con perfecta concordancia y con ejemplar modestia; y no se llamaban de otro modo que los pobres de Jesucristo, porque efectivamente no vivieron al principio sino de lo que les remitian voluntariamente los caritativos vecinos, aunque muy en breve se les dieron tierras con que proporcionarse la abundancia. Pedro, obispo de Poitiers, protegió este establecimiento, y el pontífice Pascual le confirmó (1106), reservando al obispo la debida reverencia, esto es, segun el estilo del tiempo, dejándole sometido á la jurisdiccion episcopal (1). El número de personas que abrazaban este instituto, se aumentaba indeciblemente, y deseando Roberto dar á su institucion la estabilidad conveniente, consiguió levantar en Fontevrault dos grandes monasterios, uno para los hombres y el principal para las mujeres, á quienes concedió toda la autoridad. Poco despues fue necesaaio establecer otros en muchas provincias por el modelo de

---

(1) Gall. Christ. tom. pág. 409.

este y bajo su dependencia. Presentábanse á millares los prosélitos, y el caritativo fundador á ninguno desechaba; pecadores y pecadoras públicas, hasta leprosos, nobleza y populacho, todo le era igual con tal que tuviesen afecto sincero de penitencia, y se sometiesen á los sabios reglamentos que dió para evitar la comunicacion contagiosa tanto de los cuerpos como de las almas.

«Entre las personas ilustres que tomaron el velo, cuéntase á la célebre Bertrada, que convirtió su palacio de la alta Bruyera, diócesis de Chartres, en casa de penitencia, donde no omitió nada de cuanto fue necesario para reparar el escándalo de su matrimonio adulterino (1115). La primera abadesa de Fontevrault fue Petronila de Craou-Chemillé, á la que eligieron no tanto por su ilustre nacimiento como por su inteligencia y experiencia en los negocios, porque juzgaron que una mujer acostumbrada en el mundo á observar los hombres y las circunstancias, seria más al caso para un gobierno tan dilatado y tan complicado, que una doncella encerrada desde su primera juventud y ejercitada tan sólo en cantar salmos ó en meditar las verdades del Evangelio. En la independencia en que el bienaventurado Roberto puso á los religiosos con respecto á las religiosas, señaló á estas por modelo á la Madre de Dios, y á aquellos á San Juan Evangelista que recibió órden de Jesus muriendo en la cruz, de mirar á Maria como su madre. Quiso en consecuencia, que todas las iglesias de su órden se consagrasen á la Santísima Vírgen Maria con un oratorio en honor de San Juan. Roberto, sin haber tomado nunca el dictado de abad, ni de don ó de señor, no dejó de gobernar por s mismo su órden, hasta que agotadas sus fuerzas con los trabajos y las austeridades, cayó en una enfermedad que le hizo presentir su último fin; y hasta entónces tampoco nombraron abadesa ó superiora general de Fontevrault á Petronila. No obstante el estado de decadencia de su salud, pasó Roberto todavía desde Fontevrault á Chartres, á restablecer la paz entre el conde y los canónigos, que le llamaban en auxilio de aquella iglesia desolada. Despues de haberlos reconciliado efectivamente y contra toda esperanza, su infatigable caridad le llevó hasta Berri á su monasterio de Oursan, donde murió en 1117, á 23 de Febrero (1).»

Por esta época empezaba á ser conocido por sus grandes virtudes y eminente ingenio San Bernardo, el que como veremos, ejerció un grande influjo en su siglo, y el que fue como dice un escritor, rey por la

(1) Ib. Lib. XXXV, n. 29.

elocuencia, el denuedo y la virtud. Sabido es que San Bernardo, el más entusiasta cantor de las glorias de la Vírgen María, tuvo una gran parte en la reconquista de la libertad de la Europa insultada por el despotismo musulman, y que salvó la civilizacion, defendió la Iglesia y combatió con energia todos los errores; que tuvo en su mano la suerte de los pueblos y de los soberanos; que hubo un dia en que fue árbitro de los destinos de la Iglesia; que precipitó á la Europa sobre las regiones orientales para defender el sepulcro del Salvador.

Este varon eminente que ocupa un lugar distinguido en la historia de la Iglesia, vió la luz del mundo á fines del siglo XI, en el año 1091, á los seis años despues de haber descendido al sepulcro, el grande, el sabio Pontífice San Gregorio VII. Es admirable el órden de la Providencia que sustituyó á aquel valeroso defensor de la Iglesia, que procedia de las filas monásticas, otro monje adornado con el espíritu de sabiduría y con muy grandes virtudes, á propósito para seguir las batallas del Señor, y el que así como Gregorio fue baluarte de la verdad, defensor incansable de la Iglesia, destructor de los errores y de los vicios y bienhechor de la sociedad, en medio de la cual supo colocar la clara luz de la verdad, destruyendo las tinieblas que aun envolvian al mundo de la inteligencia.

Nació Bernardo en la provincia de Borgoña, y en el pequeño lugar llamado Fontaino. Fue el tercero entre siete hijos varones que tuvieron Teselino y Aleta de Montebarro, personas distinguidas por su cuna y aun mucho más por su piedad. Cuando Aleta tenia en su seno á Bernardo, vió en sueños que reposaba en sus entrañas un perrillo todo blanco, que daba grandes ladridos, cuyo sueño ó vision fue interpretado por un siervo de Dios, que aseguró que aquel niño seria gran predicador y clamaria contra los malos, guardando la casa de Dios que es su Iglesia, y que su lengua medicinal curaria las llagas de muchas almas. El pronostico se cumplió más tarde al pié de la letra.

Desde su más tierna edad se hizo notable por su recogimiento y modestia, y por su caridad y misericordia para con los pobres, á los que socorria entregándoles con gozo de su corazon cuantas monedas caian en sus manos. Dedicado al estudio de las ciencias, demostró un ingenio privilegiado, y una comprension poco comun, pues que Dios que tan magníficos designios habia formado sobre él, derramaba en su entendimiento el espíritu de sabiduría y de inteligencia.

Indudablemente fue protegida desde sus primeros dias esta criatura

por la Inmaculada Vírgen María, que no podia ignorar habia de tener en él el más entusiasta cantor de sus grandezas y bondades, y que merced á esta proteccion tuvo la gloria de conservar sin mancha la blanca estola de su inocencia. Grandes luchas tuvo que sostener para esto, porque sus bellas cualidades y hasta su misma belleza física, sirvieron para que la sensualidad le diese grandes asaltos que supo vencer con la poderosa arma de la oracion y de la abstinencia. Era grande el horror con que miraba los peligrosos placeres del mundo, manifestando mucha aficion al retiro. Cuando contaba catorce años de edad, la muerte le arrebató á su virtuosa madre. Era la edad en que empezaban para él los peligros y así, determinando huir de todos ellos, hizo una santa resolucion, cual fue la de retirarse al Cister, cuya órden religiosa habia sido fundada pocos años ántes por el abad Roberto, del que nos hemos ya ocupado, y que fue aprobada en 1098 por el Sumo Pontífice Pascual II. Entónces empezó ya á hacer conquistas para el cielo, pues que á fuerza de persuaciones comunicó su espíritu á treinta jóvenes unos hermanos y otros amigos suyos, que llevó consigo al Cister. Entre ellos se contaba Hugo, de la casa de Macon, el cual hizo en muy poco tiempo tan rápidos progresos en la virtud, que fue instituido primer abad de Pontigni, siendo más tarde elevado á la silla episcopal de Auxerre. Tan rápidas fueron estas conquistas de Bernardo, y de tal modo sabia comunicar su espíritu, que muchas madres escondian á sus hijos, y muchas esposas á sus maridos para que no le hablasen, temerosas de que los arrastrase á la vida monacal.

Era Bernardo una verdadera estrella que resplandecia en el cielo místico de la Religion, llegando aun desde el tiempo de su noviciado á un estado de perfeccion que sólo han alcanzado otros despues de muchos años de penitencias y austeridades. A su cuerpo no le daba más descanso que el absolutamente preciso, castigándole con las más rigurosas penitencias. Sus ayunos y vigilias eran tan continuas que llegó á estragar su estómago de tal modo, que no podia retener en él cosa alguna: su hábito era extremadamente pobre, aunque muy limpio, guardando un perpetuo silencio, de modo que aunque era un prodigio de sabiduría y divinamente iluminado, penetraba todo el sentido de los pasajes mas oscuros de la Sagrada Escritura, ocultaba tan precioso don sin desplegar sus labios, de tal suerte, que por mucho tiempo, los mismos que admiraban sus grandes virtudes ignoraban que fuese al mismo tiempo un pasmo de sabiduría.

¡Qué brillante adquisicion hizo el Cister con Bernardo! Su prodigiosa fecundidad le habia de ser muy gloriosa. Siendo en gran número los que edificados con sus grandes virtudes se resolvian á abandonar las grandezas de la tiera para conquistar el cielo por medio de la penitencia, el Cister se hizo pequeño para contenerlos á todos, y así en poco más de tres años se levantaron otros monasterios, siendo el primero la abadía de la Ferté en la diócesis de Chalons del Saona, cuya edificacion se llevó á cabo con las liberalidades de varios señores del pais, y muy principalmente de dos, llamados Goderico y Guillermo. Despues se edificó por Hildeberto, canónigo de Auxerre, la abadía de Pontigni, de la que hemos dicho fue Hugo el primer abad. Por último, al tercer año de haber entrado Bernardo en el Cister, se fundaron las dos abadías de Claraval y de Morinon, siendo entónces el año 1115.

El primer abad de Claraval fue Bernardo que contaba tan solamente veinte y cuatro años de edad y uno de profesion. Aquel monasterio fue el más rígido en la observancia, no viéndose en él otra cosa que austeridad, pues que le convirtió el santo y jóven abad en otra Tebaida. Bernardo aplicaba parte del tiempo al constante estudio de las sagradas letras. Ya veremos como supo más tarde aplicar sus conocimientos y su celo.



CAPITULO III.

Celebracion de varios concilios.—Muerte de Pascual II.—Gelacio II, papa.—Mauricio Bourdino intruso en la Santa Silla.—El emperador y el anti-papa son excomulgados por Gelacio.—Retiro de Gelacio á Francia.—Calixto II, papa.—Concilios.—San Norberto.—Fundacion de los premostratenses.—Reconciliacion del emperador Enrique con la Santa Sede.

En un campo raso entre Lux y Thil-Chatel, diócesis de Langres, hoy de Dijon, á una legua de Beza, el dia 8 de Junio de 1116, Guido, arzobispo de Viena, celebró un concilio, el cual fue motivado por los frecuentes y escandalosos robos que se cometian de los bienes eclesiásticos. Dicho prelado pronunció con templadas formas un discurso tan patético que el pueblo conmovido por sus palabras, juró á presencia del concilio que en adelante observaria una vida moderada y pacífica. Las reliquias que se trajeron de la abadia de Beza, cuya mayor parte eran del mártir San Prudencio, obraron, segun se dice, unos milagros tan evidentes y bien probados que el duque de Borgoña, Hugo II, se hizo dar cuenta de ellos, y mostró indignacion contra aquellos que no pudiendo negarlos los atribuian á superchería interesada de los monjes de Beza.

En el mismo año y tambien por el propio prelado Guido, se celebró otro concilio en Dijon. En esta asamblea se mandó que los canónigos regulares de San Estéban volviesen á esta iglesia que habian abandonado para ir á la soledad.

En 1117 se celebraron otras dos asambleas. Fue la primera la de Milan por el arzobispo Jordan á fines de Febrero, y se verificó en una llanura llamada el Broglio. Construyeron dos grandes tablados: en el uno estaban los obispos, abades y demás prelados inferiores; en el otro los cónsules

y los jurisconsultos; y en derredor suyo una gran multitud de eclesiásticos y seculares. El objeto de este concilio fue la reforma de las costumbres. Estas escasas noticias son debidas á Pagi. El otro concilio fue celebrado en Benevento á donde se hallaba el papa Pascual que se habia visto obligado á abandonar nuevamente su capital temiendo la violencia del emperador Enrique. En este concilio el Sumo Pontífice excomulgó á Mauricio Bourdino, arzobispo de Braga, su legado, por haber coronado en Roma al emperador durante la permanencia del Papa en Monte-Casino.

Despues de celebrada esta asamblea, el Papa se dirigió á Anagni donde cayó enfermo, pero restablecido pudo volver á Roma donde despues de celebrar las fiestas de Navidad enfermó nuevamente y murió durante la noche del 21 de Enero de 1118, siendo enterrado en la basílica de San Juan de Letran habiendo gobernado la Iglesia por espacio de diez y ocho años, cinco meses y ocho dias.

«A fines del pontificado de Pascual, dice Artaud de Montor, hablaban ya de la oportunidad de un concilio general para remediar los males de la Iglesia, que debia ser el noveno concilio ecuménico, pues se contaban el de Nicea, el primero de Constantinopla, el de Efeso, el de Calcedonia y finalmente los quinto, sexto, séptimo (1) y octavo celebrados en Constantinopla. La política romana, dice el mismo, previsora y más segura de su fuerza, deseaba entonces que el concilio general se reuniese en la basílica de San Juan de Letran, en la misma Roma.»

A Pascual II sucedió en el gobierno de la Iglesia

Gelacio II, llamado ántes Juan de Gaeta por ser su patria, monje del Monte-Casino, cardenal-diácono y canciller de la Iglesia romana, cuyo empleo ejerció por espacio de cuarenta años, segun Orderico Vital. Los cardenales reunidos para su eleccion, en número de cincuenta y uno, le reconocieron como Papa, no obstante haber hecho las mayores resistencias. Apenas Cencio Frangipani tuvo noticia de la eleccion, entró á viva fuerza en la iglesia donde se habia celebrado, se apoderó del Papa como si fuera un intruso, y despues de haberle maltratado le condujo á su casa en la que le encadenó, pero intimidado luego por los romanos tuvo que ponerle en libertad. Gelacio, cuya eleccion tuvo lugar el 25 de Enero de 1118, sufrió todas estas injurias con la mayor paciencia, y aun con alegría creyendo que elegirian otro Papa que era su único deseo. Sus partidarios juzgaron prudente excitarle á partir á Gaeta, sabiendo que el

(1) El séptimo concilio general fué el II de Nicea. Véase la página 276 de este tomo.

emperador se dirigia á Roma, lo que en efecto hizo, y allí fue consagrado, lo que no habia podido verificarse en San Juan de Letran.

Apénas el emperador Enrique entró en Roma se obstinó en elevar á la cátedra pontificia á Mauricio Bourdino, arzobispo de Braga, el cual inmediatamente tomó el nombre de Gregorio VIII y coronó de nuevo al emperador el dia de Pentecostés; pero Gelacio II en un concilio que celebró en Capua excomulgó al emperador Enrique y al anti-papa. Entre tanto este envió por todas partes bulas que no consiguieron más que el desprecio y la indignacion.

Cuando los príncipes normandos de Italia obligaron al emperador á volverse á Alemania, Gelacio se dirigió á la iglesia de Santa Praxedes, pero allí fue nuevamente acometido por los Frangipanes por lo que hubo á las puertas de la iglesia un combate entre ellos y los partidarios del Pontífice. Mientras tuvo lugar esta lucha, Gelacio pudo escaparse, y montando precipitadamente un caballo huyó á rienda suelta vestido aun con sus ornamentos pontificales, y acompañado tan solo de su cruciferario. Sus partidarios le hallaron por fin cerca de la iglesia de San Pablo, y le hicieron volver contra su voluntad ofreciéndole sacrificarse por él: pero el Papa les hizo ver la necesidad en que se hallaba de buscar un lugar seguro para su residencia, y todos se conformaron á vista de las razones que expuso. Arregló pues todas las cosas necesarias, y se dirigió á Francia acompañado de seis cardenales y de algunas señoras romanas que no quisieron abandonarle. Embarcóse para Pisa donde fue recibido con las mayores aclamaciones y allí predicó con una elocuencia que hizo que todos reconociesen en él un talento superior. Despues de haber descansado algunos dias, volvió á embarcarse para Provenza arribando al puerto de San Gil. Anticipadamente el Papa habia escrito al abad de Cluny, diciéndole que elegia su monasterio para vivir, y por lo tanto, aquel al frente de su comunidad le esperaba, como asimismo el abad de San Gil, Ponce, que no le cedia en amor á la Santa Sede y en generosidad. Este regaló al Papa treinta caballos y el de Cluny diez, y costearon el viaje de Gelacio y de los cardenales que le acompañaban, hasta Cluny. El espectáculo fue consolador para el atribulado Pontífice, que vió reunidos en torno suyo todos los obispos del pais, los nobles y una gran multitud de gentes que acudian á ofrecerle homenajes de respeto y veneracion. Entre ellos se hallaba un señor jóven aleman llamado Norberto que habia renunciado todas las grandezas del siglo para entregarse á una vida austera y penitente, y cuya conversion tuvo mucha semejanza con la de San

Pablo. Halagado por la fortuna y hecho clérigo, no habia pensado en otra cosa que en dar rienda suelta á su vanidad, en rodearse de placeres, y en emplear en lujo y vanidad las pingües rentas de un canonicato que habia conseguido. Yendo un dia á caballo, vestido con su acostumbrada elegancia y seguido de un criado, se vió envuelto por una tempestad espantosa y un rayo que cayó á sus piés derribó caballo y caballero haciendo un hoyo profundo en la tierra. Por más de una hora Norberto permaneció sin sentido; pero cuando lo hubo recobrado, arrepentido de su vida disipada y atemorizado por el gran peligro de haber muerto en tan mal estado, exclamó como Saulo en el camino de Damasco: *Señor, ¿qué quereis que haga?* En el momento una voz penetrante le hizo oir estas palabras de los Salmos: *Apártate del mal, obra el bien, y busca infatigablemente la paz.* En el momento mismo formó la resolucion de abandonar todas las grandezas y dedicarse exclusivamente á la santificacion de su alma.

El primer retiro de Norberto fue el monasterio de Sigebert cerca de Colonia. Aunque Norberto, como hemos dicho, disfrutaba un canonicato, se habia resistido hasta entónces á recibir el sacerdocio: pero luego que habia permanecido algun tiempo en el monasterio fue á buscar al arzobispo Federico, al que suplicó que le ordenase de diácono y de sacerdote, creyendo que de este modo podia ser más útil á la Iglesia y á sus semejantes. Despues que se hubo ejercitado por algun tiempo en el monasterio, en la oracion y en los actos de su ministerio sacerdotal, pasó á su patria para servir en la iglesia de Santen de la que era canónigo. Allí predicó al capítulo con la mayor elocuencia y animado de celo santo, y si bien consiguió gran fruto en algunos de sus antiguos compañeros, sufrió las mayores injurias por parte de otros, principalmente de los más jóvenes, que no podian avenirse con la austeridad que predicaba. El papa Gelacio se hallaba en la Provenza á donde como hemos dicho llegó Norberto, el cual postrándose en su presencia le pidió la absolucion por el pecado que creia haber cometido en recibir el diaconado y el sacerdocio en un mismo dia sin tener la instruccion necesaria para ello. El Papa quedó muy complacido al oirle y al ver las buenas disposiciones que en él se revelaban para el desempeño de las funciones sacerdotales, y aun quiso agregarle á su corte reconociendo en él un génio superior, pero él le suplicó que desistiese de aquel propósito, pues que creia convenirle más el huir de toda clase de peligros, mucho más cuando tan reciente era su conversion. El Papa accedió á sus súplicas, y le dió amplias facul-

tades para predicar la palabra de Dios en todas partes, sin que nadie pudiese molestarle, ni oponerse, y para ello expidió una bula á su favor. Con esto se volvió Norberto satisfecho, dirigiéndose nuevamente á su iglesia, con los pies descalzos por unos caminos cubiertos de nieve, y sin tomar más alimento que el indispensable para no desfallecer.

El papa Gelacio por su parte salió tambien de San Gil y pasó á Maguelona. Allí llegó un enviado de Luis el Grueso encargado de manifestarle el afecto filial de aquel monarca, y el Papa le suplicó por medio del mismo que pasase á Vecelai frontera de sus dominios por el lado de Cluny, para tratar de comun acuerdo acerca de los medios de hacer triunfar la Iglesia. Al mismo tiempo envió un diputado al rey de Inglaterra que se hallaba en Normandía á fin de procurarse sus auxilios.

El Papa continuó su viaje y llegó á Macon, pero allí efecto de las grandes fatigas á que necesariamente se habia sujetado, que fueron más penosas por hallarse ya en la ancianidad, enfermó, y se hizo trasladar á Cluny, donde murió rodeado de aquellos santos monjes en 29 de Enero de 1119, habiendo gobernado la Iglesia un año y cinco dias.

Artaud de Montor llama la atencion sobre la siguiente reflexion que hace Feller, y que es en efecto muy digna de observacion: «Es singular, «dice, el que los historiadores modernos al hablar de las diferencias ha«bidas entre los papas y los emperadores, jamás hablen de los excesos «de estos últimos, y esto que los pontífices nunca se dejaron arrastrar á «violencias semejantes á las ejercidas por Enrique con el piadoso y mo«desto Gelacio.»

El anti-papa de que hemos hablado y que se dió el nombre de Gregorio VIII, era francés y se llamaba como digimos, Mauricio Bourdino, monje benedictino, arcediano de Toledo, despues obispo de Coimbra en Portugal y luego arzobispo de Braga. Murió en el castillo de Fumon en 1124, despues de haber sido excomulgado segunda vez por Calisto II en el concilio de Reims. Aun nos ocuparemos de este desgraciado.

Por muerte del papa Gelacio la Santa Sede estuvo vacante tan solamente cuatro dias. Aquel Pontífice, poco ántes de espirar recomendó al cardenal Guido, monje benedictino y arzobispo de Viena, como muy digno y capaz para gobernar la Iglesia. Así, á pesar de su gran resistencia, seis cardenales que se encontraban en Cluny, eligieron Papa á Guido, dándose prisa en la eleccion por temor á un cisma. Guido se negó á consentir hasta tanto que su eleccion no fuese ratificada en Roma, para lo que se enviaron diputados. La contestacion de Roma fue del tenor siguiente:

«Confirmamos la eleccion del cardenal Guido, aun cuando hubiera debido hacerse por todos los hijos de la Iglesia romana, presbíteros y diáconos, y en la misma ciudad de Roma á ser posible, ó en un lugar inmediato en el caso de que los cardenales no hubiesen podido verificarla segun el uso romano (1). Guido fue coronado en su consecuencia el 9 del mismo mes bajo el nombre de

Calisto II, con general alegría por ser muy conocidas las virtudes que le adornaban. Era el quinto hijo de Guillermo el *Atrevido*, conde de Borgoña, llamado tambien el *Grande*; pariente del emperador, del rey de Inglaterra y de otros soberanos, tio de Adelaida, esposa de Luis VI, rey de Francia.

El 8 de Julio del mismo año de su eleccion (1119) Calisto celebró un concilio en Tolosa, con asistencia de los cardenales, obispos y abades de Langüedoc, y otros de diversas partes. Hiciéronse en este concilio diez cánones, por el tercero de los cuales se expulsó de la Iglesia á los maniqueos, y se condenó al jefe de los petrobusianos los cuales suscitaban cuestiones de palabras é innumerables dificultades acerca del bautismo, de la eucaristía, de la Iglesia y de la cruz.

Con el laudable propósito de sofocar el cisma de Alemania, convocó un gran concilio en Reims para el mes de octubre de aquel mismo año. Asistieron á esta asamblea 15 arzobispos, mas de 200 obispos y casi igual número de abades, y otros muchos eclesiásticos constituidos en dignidad. El rey Luis asistió en persona acompañado de un gran número de señores, y fue colocado en el estrado mismo en que estaba la Silla del Papa. Alberto, arzobispo de Maguncia, en otro tiempo canciller de Enrique V, y cómplice de sus violencias contra el papa Pascual, pero ya convertido, llegó al concilio acompañado de siete obispos y de quinientos caballeros. El rey de Inglaterra envió tambien sus obispos, de los cuales la mayor parte reconocian como él al papa Calisto, siendo muy pocos los que permanecian neutrales ó eran adictos al anti-papa Bourdino. San Norberto se presentó descalzo y con hábito de penitente é hizo confirmar por Calisto los poderes que Gelacio le concediera de predicar el Evangelio por todas partes. Hiciéronse en este concilio cinco decretos contra los principales abusos del tiempo, contra la simonía, las investiduras, las usurpaciones y la incontinencia de los clérigos. Hízose otro decreto para la tregua de Dios; pero no pudo conciliarse la paz proyectada entre el

(1) Novaes III, 11.

Papa y el emperador. Hallábase éste en Mouson, y el Papa durante el concilio fué allí á fin de ejecutar lo que estaba convenido. No se hallaba Enrique dispuesto á ceder, y quejándose de que habia sido inducido á prometer lo que no podia cumplir sin perjuicio de los intereses de la corona, pidió de término hasta el dia siguiente para tener tiempo de consultar con su consejo. Los que acompañaban al Papa temieron alguna perfidia por parte de Enrique recordando lo que habia hecho con el papa Pascual é inquietos por Calisto, se pusieron de acuerdo y en aquella madrugada le hicieron salir secretamente de Mouson, habiendo caminado tan de prisa que al dia siguiente pudo celebrar misa en Reims no obstante distar veinte leguas de aquella poblacion. Llegó por consiguiente muy fatigado, tanto que tuvo que suspender por dos dias los asuntos del concilio. Despues hizo leer los decretos que se habian formado. El que decia órden á las investiduras estaba concebido en estos términos: «Prohibimos absolutamente recibir de una mano lega la investidura de ninguna iglesia, ni de beneficio alguno eclesiástico.» Creyeron los señores que de este modo se les quitaban los derechos de patronato, los feudos y los diezmos que poseian, y así el Papa modificó este artículo, limitando el cánon á la prohibicion de las investiduras de los obispados y abadías. De este modo todos quedaron satisfechos. Trajéronse cuatrocientas veinte y siete velas de cera para otros tantos obispos y abades que se hallaban presentes, y el célebre obispo de Barcelona, San Olegario, habló con la mayor elocuencia de la distincion entre el poder real y el sacerdocio. Luego que hubo concluido su discurso, el Papa fulminó el anatema contra el anti-papa Bourdino y su fautor, y en el momento cada prelado apagó su vela.

San Norberto que como ántes hemos dicho recibió del papa Calisto la confirmacion del privilegio que le concediera Gelacio para predicar por todas partes el Evangelio, ejercia con tanto celo este apostólico ministerio que recogia los más ópimos y saludables frutos por donde quiera que pasaba. Unióse á él Hugo de Foses, que ya hacia algun tiempo que deseaba dejar el mundo, y ambos se dirigieron por diferentes puntos predicando las virtudes cristianas y tratando principalmente de desterrar los odios mortales que asolaban aquellas provincias. Todos veian en ellos, dos modelos de penitencia que enseñaban tanto con el ejemplo como con la palabra. Llegaron á Laon, donde el obispo Bartolomé con acuerdo del Sumo Pontífice, que despues del concilio de Reims, habia llegado á aquella ciudad, trató de que San Norberto fijase allí su residencia, por lo que le acompañó por diversos puntos de la diócesis para que es-

cogiese el lugar que le parecia más á propósito para su retiro, y al llegar á un sitio muy áspero llamado Premostre, llenóse el santo de alegría, y dijo que aquel era el lugar que escogia. Pronto se vió rodeado de trece discípulos eclesiásticos y muchos legos, teniendo de este modo principio el órden premostratense que se dirigió desde el principio por la regla de San Agustin, usando los monjes hábito blanco como los antiguos canónigos. Aquellos religiosos guardaban un profundo silencio, hacian una sola comida y trabajaban de diferentes maneras. Los primeros premostratenses hicieron solemne profesion el dia de Navidad de 1120. Este nuevo instituto religioso fue bendecido de Dios en gran manera, pues que á los treinta años de su fundacion contó cerca de cien abades en el capítulo general; y más tarde llegó á contar hasta mil abadías de hombres, quinientas de mujeres y muchos prioratos (1).

El papa Calisto emprendió su viaje para Italia, donde los pueblos á tropel acudian á rendirle homenajes y á ofrecerle sus servicios. Las tropas de Roma, le salieron al encuentro hasta tres jornadas de distancia, manifestándole los deseos que tenian de vengar sus agravios. El Papa entró en la ciudad en 3 de Junio de 1120. El anti-papa se refugió en Sutri, pero Calisto, luego que se hubo ganado todas las voluntades queriendo abatir el orgullo del intruso, envió un numeroso ejército á Sutri. Cuando los habitantes de aquella poblacion se vieron cercados se apoderaron de la persona de Bourdino, y lo entregaron á los sitiadores. Llenáronle los soldados de injurias, le hicieron montar al revés en un camello, y le pusieron sobre los hombros una piel ensangrentada de carnero, representando burlescamente la cabalgata en que el Papa se presenta vestido con la gran capa de escarlata. De esta suerte entró el anti-papa en Roma, donde el pueblo le hubiera sacrificado á no ser porque el papa Calisto le libró de su furor, quitándole prontamente de sus manos, enviándole al monasterio de la Cava, para que hiciese penitencia. Este desdichado sobrevivió á Calisto, muriendo en el siguiente pontificado en Fumon, cerca de Alatri, donde se hallaba aprisionado.

La caida del anti-papa, produjo una gran fermentacion por parte de ambos partidos, y muy principalmente en Alemania, que se puso sobre las armas. Adalberto, arzobispo de Maguncia, reunió muchas tropas y conmovió toda la Sajonia, donde creyó prudente retirarse para impedir los excesos del emperador.

---

(1) Bolland. tom. 1, jun. pág. 819.

Era el año 1121.

Ambos ejércitos se avistaron, pero sin atreverse á venir á las armas, el uno porque deseaba la paz y el otro porque temia por el éxito de la guerra, y así por una y otra parte se enviaron parlamentarios para tratar del convenio. Por cada una de las partes se nombraron doce señores habiendo convenido en ello el emperador, y se determinó convocar una asamblea general que en efecto se reunió en Worms, en 18 de Setiembre. En ella el emperador renunció á las investiduras y el Papa le conservó el derecho de dar las regalías, que son los derechos reales de justicia, de moneda, de peaje ú otros semejantes, concedidos á las iglesias ó á particulares. De este modo quedó restablecida la union entre el sacerdocio y el imperio. En esta asamblea se habló de la necesidad de un concilio general para que este negocio quedase enteramente terminado, y se acordó que pasaria á Roma, Bruno, obispo de Spira, acompañado de Arnulfo, abad de Fulda, para suplicar al Papa que lo convocase.

CAPITULO IV.

Celebracion del noveno concilio general, primero de Letran.—Grandes obras de Calisto II.—Su muerte.—Honorio II, papa.—Muerte del emperador Enrique V.—Concilios.—Inocencio II, papa.—Anti-papa.—Contiendas entre San Bernardo y Pedro el Venerable.—Concilio de Troyes.—Regla y hábito de los Templarios.—Hospitalarios de San Juan de Jerusalen.—Los caballeros teutónicos.—San Bernardo, árbitro de los destinos de la Iglesia.—Concilio de Reims.—Lauis el Jóven es consagrado rey.—El Papa en el Claraval.—Muerte de San Norberto.

Durante la Cuaresma del año 1123 se celebró en Roma el PRIMER CONCILIO ECUMÉNICO DE LETRAN, noveno de los generales (1). Asistieron á esta asamblea más de trescientos obispos y más de seiscientos abades. Fueron universalmente aprobadas la concordia y declaraciones hechas en el concilio de Worms, confirmándose la paz entre la Iglesia y el Imperio. De este concilio, nada se conserva más que los cánones que en él se establecieron y que fueron en número de veinte y dos. Daremos de ellos una sucinta idea.

1.° Que sean depuestos cuantos hayan sido ordenados por simonía.

2.° Los prepósitos ó pavordes, arciprestes y decanos, elíjanse de los presbíteros, y los arcedianos de los diáconos.

3.° Se prohibe á los presbíteros, diáconos y subdiáconos, tener concubinas, ó cohabitar con sus mujeres, y tener en su casa mujer que no sea muy parienta.

(1) Este es el primer concilio ecuménico de la Iglesia Latina. Los ocho anteriores fueron celebrados en la Iglesia Griega, y fueron segun que á su tiempo hemos ido explicando, los ocho siguientes: 1.° Niceno I en 325.—2.° Constantinopolitano I en 381.—3.° Efesino en 431.—4.° Calcedonense en 451.—5.° Constantinopolitano II en 553.—6.° Constantinopolitano III en 680 y 681.—7.° Niceno II en 787 y 8.° Constantinapolitano IV en 869 y 870.

4.° Es sacrilegio que los príncipes y los seglares dispongan de los bienes eclesiásticos.

5.° Son infames los matrimonios entre parientes.

6.° Que sean de ningun valor las ordenaciones hechas por Bourdino, despues de su condenacion.

7.° Sin consentimiento del obispo, nadie, ni el decano ó arcediano, confiera la cura de almas, ó las prebendas de la Iglesia.

8.° Se fulmina anatema contra quien ataque la ciudad de Benevento, que padeció mucho durante el cisma.

9.° Ningun obispo admita en su comunion á los que hayan sido excomulgados por otro.

10. No se consagre obispo, sino el que sea electo canónicamente.

11. Se admite como ejercicio de penitencia el ir á la guerra de las cruzadas. *Concedemos*, dice el concilio, *el perdon de los pecados á los que van á Jerusalen para defender á los cristianos. Sus casas, bienes y familias, quedan bajo la proteccion de San Pedro y de la Iglesia romana; y será excomulgado quien usurpe sus bienes, mientras están en la expedicion. A los que se cruzaron para la de Jerusalen, ó la de España, y no han ido, les mandamos que vayan despues de Páscua, bajo pena de excomunion; y si fuesen señores de lugares, tambien incurrirán en la pena de entredicho en sus pueblos, donde cesará todo oficio divino, ménos el bautismo de los niños y la penitencia de los moribundos.*

12. De acuerdo con el prefecto se corrige el abuso de apoderarse este de los bienes de los *Porticanos* que morian sin herederos conocidos, aunque hubiesen dispuesto de ellos. Los *Porticanos* debian ser los extranjeros que se detenian en Roma y vivian en los pórticos que eran en gran número, y especialmente los que allí vendian, y traficaban con géneros, recibidos los más de Porto Romano, y venidos por mar.

13. Se fulmina sentencia de excomunion contra todo el que falte á la *Tregua de Dios.*

14. Contra los seglares que se apoderen de bienes ofrecidos á la Iglesia; y contra los señores que fortifican las iglesias de sus lugares á modo de castillos, para tenerlas á su disposicion.

15. El que fabrica moneda falsa ó la hace correr, sea excomulgado como opresor de los pobres, y perturbador de la tranquilidad pública.

16. Nadie moleste á los peregrinos que se dirigen á Roma, ó á otros lugares sagrados.

17. A los monjes y abades se les prohibe imponer penitencias públicas, administrar sacramentos á los enfermos, y cantar misas solemnes; y se les manda acudir á los obispos, en cuyo territorio se hallen, por el crisma y óleo de los enfermos, y para consagrar sus altares y ordenar sus clérigos.

18. El obispo es quien ha de poner los curas en las parroquias, y á quien han de dar cuenta de sus feligreses.

19. Se confirman las contribuciones que los monasterios acostumbraron pagar desde el tiempo de Gregorio VII.

Los 20 y 21 son contra los que molestan las personas ó bienes de la Iglesia, y contra los clérigos casados ó concubinarios.

22. Se anulan las enagenaciones de bienes de la Iglesia de Ravena, hechas por cuatro obispos cismáticos; y generalmente toda enagenacion de cualquier abad ú obispo, sea intruso ó legítimo, si se hace por simonía ó sin consentimiento del clero (1).

Con este concilio la calma se restableció, y la Iglesia quedó tranquila por algun tiempo. Sin embargo, los males estaban muy arraigados para que la curacion fuese completa, y así pronto veremos aparecer nuevos conflictos entre ambas jurisdicciones.

En la misma asamblea de Letran el Papa canonizó á Conrado, obispo de Constancia. Poco despues nombró nuevos cardenales.

En el mismo año 1123, Calisto II se dirigió á Benevento, para ver allí la causa del arzobispo Rofredo, acusado de simonía, mas habiéndose justificado en presencia del Pontífice, éste le devolvió con gozo el honor y la comunion.

Calisto creó en favor de los canónigos de San Juan de Letran los títulos cardenalicios de *Santa Croce in Gerusalemme* y de *Santa María Nuova*. Durante algun tiempo, los Pontífices sólo daban dichos títulos á dos de aquellos canónigos elegidos por sus cofrades (2).

Este Pontífice en el espacio de cinco años y diez meses, á más de haber dado la paz á la Iglesia y al imperio, y en particular á Roma, llevó á cabo en esta ciudad grandes y útiles obras públicas, hizo conducir á ella más aguas y enriqueció sus principales iglesias. Murió en 13 de Diciembre de 1124, siendo sepultado en la basílica de San Juan de Letran.

---

(1) Hard. tom. VI. P. 2.ª, c. 1109.
(2) Artaud de Montor: Hist. de Calisto II.

La muerte de este Papa, dice Feller, sumió en la consternacion á todo el mundo cristiano.

«En la *Miscellanea* de Baluzio, dice Artaud de Montor, en el *Spicilegium* de Achery, en la coleccion de los concilios de Labbe, en la *Biblioteca Floriacensis*, en la *Biblioteca de los Padres*, edicion de Lyon, en la *Italia sacra*, de Ughelli, en el *Bullarium Cassinense*, de Margarini, en la *Marca hispánica* y en la *de Re diplomática*, de Mabillon, se encuentran varias epístolas, sermones y bulas del Pontífice Calisto II, al cual se atribuyen ademas una Vida de *Carlo-Magno*, y un tratado *de Obitu et Vita sanctorum.*»

Con motivo de la particular devocion que el papa Calisto II profesaba á Santiago, hizo arzobispado á Compostela. Por desgracia, dice un escritor, Calisto dió la púrpura romana y concilió un gran crédito á Pedro de Leon; pero este cardenal jóven, entónces muy celoso contra los cismáticos, no daba motivo para sospechar que pudiese él mismo en ningun tiempo ser fautor de un nuevo cisma (1).

El sucesor de Calisto II en la Sede Pontificia fue

HONORIO II, llamado ántes de su promocion al Pontificado Lamberto de Jacnano, que habia sido canónigo regular de San Juan de Letran, y luego cardenal, obispo de Ostia. Su eleccion tuvo lugar el 21 de Diciembre de 1121, habiendo sido coronado el dia 28 del mismo mes.

Los cardenales y los obispos reunidos en San Juan de Letran, habian elegido primeramente á Tibaldo, cardenal-presbítero de Santa Anastasia, á quien llamaron Celestino: pero en el momento de revestirle con la capa encarnada, y empezar á cantar el *Te-Deum*, se presentó Roberto ó Leon Frangipavi, seguido de otros muchos revoltosos, los cuales empezaron á gritar: *Lamberto, obispo de Ostia, Papa, Lamberto, Papa de los romanos.* La primera eleccion era muy acertada, pero como Tibaldo era muy humilde y no deseaba aquella suprema dignidad, cedió en el momento, y los cardenales y obispos queriendo evitar discordias, se reunieron en favor de Lamberto, que fue en seguida proclamado. El nuevo Papa siete dias despues, conociendo que su eleccion no habia sido muy canónica, hizo renuncia de su dignidad, pero los cardenales al ver tan generosa moderacion, y tanta humildad, ratificaron su eleccion para tranquilidad de la Iglesia. Eran de todos reconocidas las virtudes que adornaban al nuevo sucesor de San Pedro.

(1) Berault-Bercastel. Lib. XXXVI, n. 3.

El emperador Enrique V murió en Utrecht el 23 de Mayo de 1125, cuando contaba cuarenta y cuatro de edad, diez y nueve de su reinado, despues de la muerte de su padre y quince de su imperio. No dejó hijos, y por consiguiente acabó en él la rama de los emperadores de la casa de Franconia, que habia ocupado el trono ciento y un años. Sucedióle Lotario II, hijo del conde de Supplemburgo, el cual fue elegido en la dieta de Maguncia compuesta de sesenta mil personas, entre las cuales se hallaron los legados del Papa. Lotario subió al trono en 30 de Agosto del mismo año de la muerte de Enrique. Honorio confirmó la eleccion de Lotario, y excomulgó á Federico y á Conrado sobrinos de Enrique, quienes disputaban con las armas en la mano el reino de Lotario; y al mismo tiempo depuso á Anselmo, del arzobispado de Milan, por haberse atrevido á coronar á Conrado en Monza, con la corona del reino de Italia.

Los concilios que se celebraron durante este Pontificado, fueron los siguientes:

1.° Concilio de Westminster, en las inmediaciones de Londres, el 8 de Setiembre de 1125 y los dos dias siguientes. Fue convocado y presidido por Juan de Creme, legado de Honorio II, asistiendo los arzobispos de Cantorberi y de York, veinte obispos y cerca de cuarenta abades. Se hicieron diez y siete cánones que fueron una confirmacion de los antiguos. El legado combatió con energía la incontinencia clerical.

2.° Concilio en Worms en el mes de Abril de 1127, por el cardenal Pedro, en virtud de las órdenes del papa Honorio II, en el cual se examinó la eleccion de Godofredo, arzobispo de Tréveris. Ignórase el resultado de esta asamblea, y sólo se sabe que terminadas las sesiones, Godofredo abdicó de grado ó por fuerza.

3.° Otro concilio en Westminster en 13 de Mayo del mismo año 1127, y los dias siguientes, en el cual se hicieron doce cánones para la reforma de las costumbres (Wilkins).

4.° Concilio de Nantes en 1127 por los obispos de Bretaña. Hiciéronse en él varios reglamentos de disciplina.

5.° Concilio de Troja en la Pulla, á fines de Noviembre de 1127. En él el papa Honorio confirmó la excomunion que ántes habia fulminado contra Roger, por haber tomado el título de duque de la Pulla y de la Calabria, y tambien por haberse apoderado de parte del territorio de este ducado.

6.° Concilio de Troyes en Champaña, el 13 de Enero de 1128. Fue

presidido por el legado Mateo de Albania, y asistieron los arzobispos de Reims y de Sens, trece obispos y algunos abades, entre los que se contaba San Bernardo, el que fue llamado por el legado, que quiso aprovecharse de sus extraordinarias luces. De este concilio en el que se trató de dar regla á los templarios, nos ocuparemos más adelante con algun detenimiento.

7.º Concilio de Ravena en 1128. En esta asamblea el papa Honorio II depuso á los patriarcas de Aquilea y de Venecia ó de Grado, por haber favorecido á los cismáticos.

8.º El citado legado Mateo de Albania, en el mes de Octubre del mismo año 1128, reunió otro concilio en Normandía para tratar de las necesidades de la iglesia de Inglaterra, y en presencia del rey se redactaron tres reglamentos de disciplina.

9.º Concilio de Pavia en el propio año de 1128, convocado por el cardenal Juan de Creme. Fue excomulgado segunda vez Anselmo, arzobispo de Milan, por haber coronado rey de Italia á Conrado, duque de Francovia, rebelde para con el emperador Lotario.

10. Concilio de Paris, en la abadía de San German de los Prados, en 1129. Celebróse en presencia del rey por Mateo de Albania. En este concilio se trató de la reforma de muchos monasterios y en particular del de Argentenil, del que fueron echados los religiosos que en él habia, para poner monjes de San Dionisio. El decreto relativo á Argentenil fue confirmado por el obispo de Paris, luego por el Papa y últimamente por el rey.

Ademas de los citados, se celebraron concilios de escasa importancia en Chalons-sur-Marne en el que Enrique Verdun abdicó por consejo de San Bernardo, su obispado; en Palencia en el reino de Leon en 1129, en el que se hicieron diez y siete cánones para remediar los males de la época; en Lóndres y en Tolosa.

En 1125, Honorio II en las Témporas de Diciembre, hizo una promocion de cardenales; y en igual tiempo del año siguiente verificó una segunda promocion.

Este Papa tomó parte en la cuestion del obispo de Paris, contra el que se habia rebelado su clero, á causa de la reforma que habia querido introducir; Luis VI abrigaba alguna prevencion contra el obispo, y éste, alarmado por los peligros de que se veia amenazado, puso en entredicho las tierras del rey. Honorio empezó por anular los actos del obispo por la agitacion en que ponian al Estado, mas habiendo salido San Bernardo

en defensa del prelado, el Papa acabó por apoyarle, y su causa triunfó. Este Pontífice, de acuerdo con el patriarca Estéban, dió el hábito blanco á los Templarios, cuya órden acababa de ser establecida (1).

Honorio gobernó la Iglesia cinco años, un mes y veinte y cinco dias, y murió en Roma en el monasterio de San Andrés, llamado en el dia de San Gregorio, en 14 de Febrero de 1130. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de San Juan de Letran.

La Santa Sede no sufrió vacancia alguna pues que al dia siguiente de la muerte de Honorio fue elegido

Inocencio II, llamado ántes Gregorio Papareschi, natural de Roma, del barrio de Transtevere, perteneciente á la noble familia Giudoni, que aun hoy dia subsiste con el nombre de Mattei. Era canónigo regular de San Juan de Letran, y cardenal-diácono de San Ángelo creado por Urbano II. Fue elegido Pontífice por diez y seis cardenales siendo los demas favorables al anti-papa Anacleto del que nos ocuparemos. Era el cardenal Papareschi muy humilde y se negaba á aceptar el pontificado no creyéndose digno de una dignidad tan sublime: pero los cardenales que sabian no solamente que era de una conducta ejemplar, sino que á más se hallaba adornado de una ciencia profunda le obligaron á aceptar.

Habian formado una faccion á favor de Pedro Leon, anti-papa bajo el nombre de Anacleto, la cual ocasionó graves disgustos al papa Inocencio, en tales términos que se vió precisado á buscar un refugio en Francia donde fue recibido con grandes honores por el rey Luis VI, llamado el Gordo, durante cuyo reinado cinco pontífices fueron á pedir un asilo, razon porque Baronio llama á aquella nacion *puerto de la barca de San Pedro en toda tempestad*. Dichos pontífices fueron Urbano II, Pascual II, Gelacio II, Calisto II é Inocencio II.

Hé aquí las noticias que sobre este viaje de Inocencio nos da Artaud de Montor: «El Papa se dirigió primeramente á Pisa donde pasó parte del año de 1130; continuó su viaje por Génova, y desembarcó en Provenza, siendo recibido en el monasterio de Cluny con los honores debidos á su rango; desde allí marchó á Clermont, donde celebró un concilio, é hizo su primera promocion de cardenales, pasando luego á Orleans, en cuya ciudad le salió al encuentro el rey Luis prodigándole grandes muestras de afecto. Inocencio visitó sucesivamente Ruan, Chartres y Lieja, y en el concilio reunido en esta última ciudad excomulgó á Anacleto, y pro-

(1) Artaud de Montor.

metió la corona imperial á Lotario, el cual se obligaba á defender á la Iglesia y á mantenerla sus bienes. Con este motivo propuso al Papa restablecer el derecho de investidura, al que renunciara Enrique V; mas Inocencio resistió á tal demanda con valor, y San Bernardo, que tambien se opuso á ello, logró persuadir al rey de que renunciase á semejante pretension.

«A su regreso á Francia, el Papa visitó los dos célebres monasterios de Claraval y de San Dionisio; en el primero fue recibido por los monjes con particular afecto llevando una cruz de madera mal labrada y cantando con tranquilidad; el Papa y los obispos lloraban y admiraban la gravedad de aquella comunidad, observando que en medio del público regocijo tenian todos los ojos fijos en tierra, sin que la curiosidad les moviera á dirigirlos á una ú otra parte, de modo que no veian á nadie, cuando atraian la atencion general. Las paredes de su iglesia se hallaban enteramente desnudas y lo único que de ellos podia desearse era la imitacion de sus virtudes.» El Papa fue recibido en San Dionisio por el abad Suger, quien salió á su encuentro con su capítulo, y prodigóle las mayores muestras de veneracion; en aquella circunstancia hizo Inocencio una espléndida liberalidad, conocida con el nombre de *Presbiterio* (1).

El instituto del Cister habia adquirido una gran reputacion por su austeridad y las grandes virtudes que en él reinaban, de suerte que despertó la emulacion de el órden de Cluny. Los monjes de este último nada podian decir de los otros, que habian llegado al más alto grado de perfeccion á que puede llegarse en la vida monacal, pero procuraron hacer pasar por impracticables las reglas del Cister por extremadamente austeras. Esto produjo una contienda entre San Bernardo y el abad de Cluny, Ponce, porque éste habia logrado hacer desertar del Claraval á un jóven llamado Roberto, primo hermano de San Bernardo y que vivia bajo su direccion, llevándoselo á su monasterio donde volvió á profesar. En vano el santo abad Bernardo escribió lleno de ternura á Roberto, pues que éste se hizo insensible permaneciendo en su nuevo asilo.

De esto resultó que los monjes de Cluny (que propias son en los hombres aunque sean monjes las debilidades y flaquezas), se quejaban públicamente de que San Bernardo los desacreditaba. Nada podia estar más léjos de un hombre tan lleno de virtudes como el santo abad del Claraval, que faltar de tal modo á la caridad. Tanto llamaron la atencion pública

(1) Artaud de Monotr, refiriéndose á Burg, edic. de Pavía, 1726.

las quejas de aquellos monjes que los amigos de San Bernardo le obligaron á justificarse, y el santo lo hizo cumplidamente en una *Apología* que escribió y que dividió en dos partes (1). En ella se expresa de este modo: «Seríamos sin duda los más infelices de todos los hombres, si cubiertos de andrajos, como se nos dice muy bien, nos atreviésemos desde nuestras cabañas á infamar vuestro ilustre instituto, y desde el fondo oscuro de nuestro desierto desacreditar á los que son luces del mundo, atentando á la reputacion de tantos santos que viven entre vosotros. Si así fuese, ¿de qué nos servirian nuestros trabajos y nuestras austeridades, sino para precipitarnos más tristemente en el abismo eterno por la odiosa senda de la detractacion y de la hipocresía?» Despues de esto, protesta de su amor hácia el instituto de Cluny y á todos los demas que en la Iglesia resplandecian, y concluye por reprender á aquellos de sus hermanos que censuraban á los monjes de Cluny. A pesar de esto al fin de la *Apología*, San Bernardo dejándose llevar de su celo manifiesta las correcciones que en su juicio eran necesarias en las instituciones de Cluny, y se explica de este modo: «Admiro de donde ha podido venir entre los monjes tanta intemperancia en las comidas, tan vanas superfluidades en los vestidos, muebles y equipajes, y un trastorno tal en las ideas mismas, que á la economía y á la frugalidad se trata de avaricia, á la templanza de rústica austeridad, al silencio y recogimiento de humor atrabiliario. La relajacion pasa al contrario por discrecion, la profusion por liberalidad, y la locuacidad y disipacion por afabilidad y cortesanía.»

A esta censura á la que dió el santo el nombre de *Apología* y en la que aun se extiende hablando sobre el lujo de los vestidos y otros particulares, respondió Pedro el Venerable en un estilo muy templado, sin faltar en nada á los principios de la caridad, y dando pruebas de la grande estimacion que profesaba al santo abad del Claraval. «Pedro, dice el erudito Bercastel, conocia la ventaja de su santo antagonista en muchos artículos que sin duda habria querido él mismo reducir á su perfeccion primitiva, conviniendo en que los abusos que en ellos se reprendian eran unos lenitivos de la regla; pero añadia que por un espíritu de discrecion y de caridad se podian mudar ciertos puntos que parecia haber sido censurados por los otros monjes del Cister: que estando muy mudadas las costumbres despues del tiempo de los primitivos solitarios, no parecia ya decente que los seculares viesen á los mismos religiosos guardar sus

(1) S. Bern. Opusc. 5. tom. 1.

rebaños, labrar sus tierras y subir despues al altar para celebrar el santo sacrificio. En cuanto á la independencia en que estaban del ordinario, dice, que si ellos no reconocian en todo la autoridad de los obispos diocesanos, se gloriaban de tener por obispo á aquel á quien por derecho divino tocaba la primacía sobre todos los pastores, y que esta clase de privilegios estaba en uso desde tiempo de San Gregorio. De este modo los dos santos abades dieron cada uno á sus razones colores los más plausibles. Ellos no se persuadieron, pero no por esto padeció nada la caridad. En otras muchas cartas suyas se hallan pruebas constantes de la amistad recíproca que la estimacion les habia inspirado, y que no acabó sino con la vida (1).»

Hicimos mencion del concilio de Troyes, y ofrecimos ocuparnos detenidamente de esta asamblea, lo que vamos á hacer. Dijimos que San Bernardo habia sido llamado á él por el legado Mateo de Albania. La fama de la sabiduria del santo abad del Claraval y de las grandes virtudes que le adornaban se habia extendido por todas partes, y no es de extrañar que fuese buscado ya por aquel tiempo para los asuntos más importantes de la Iglesia, si se atiende á que á más de aquellas cualidades se referian de él algunos milagros. Así el legado Mateo, antiguo prior de San Martin de los Campos, que conservaba por entero el espíritu de su primer estado, pues que bajo la púrpura cardenalicia guardaba las observancias monásticas, y vivia tan retirado en su palacio que el papa Honorio habia dicho muchas veces de él que era más monje que cardenal, tenia un gran conocimiento de las brillantes cualidades que hemos señalado á San Bernardo, y esta fue la causa de llamarle al concilio de Troyes, que como dijimos tuvo lugar en 1128. Quejóse el santo abad de que se le sacase de su retiro para hacerle pasar algun tiempo entre el bullicio del mundo, diciendo que si los asuntos que habian de tratarse en el concilio eran fáciles no era necesaria su presencia, y si difíciles él no se creia capaz de resolverlos, añadiendo que si no podian hacerse sin su asistencia, Dios le habia engañado llamando á la vida monástica á un hombre sin el cual no podian despacharse (2). Sin embargo de su repugnancia le fue necesario partir y tomar parte en la asamblea donde fue recibido con las mayores muestras de alegría por todos los asistentes. Presentóse tambien en el concilio Hugo de los Paganos gran maestre de los Templarios cuya

(1) Lib. XXXVI, n. 11.
(2) S. Bern. Ep. 21.

órden hacia pocos años se habia establecido, y que tomó el nombre de Templarios por la circunstancia de haberles dado Balduino II alojamiento en el palacio que tenia cerca del templo. El gran maestre que iba acompañado de otros caballeros pidió que se aprobase solemnemente aquel órden nuevo religioso y militar á un mismo tiempo. Juzgaron los Padres que debia dársele una regla para su gobierno que fuese aprobada por el Papa, y Juan de San Miguel fue el encargado de redactarla. Dicha regla, por la que se obligaba al oficio divino en el coro tanto de dia como de noche, y en vez de esto á rezar cierto número de Padre nuestros cuando estuviesen ocupados en los ejercicios militares, á comer de pescado cuatro dias en la semana, y por la que se permitia á cada caballero tener un escudero y tres caballos, fue en efecto aprobada por la Santa Sede. Los templarios vestian hábito blanco y llevaban una cruz encarnada sobre el pecho. Adquirieron desde luego gran preponderancia, multiplicándose en gran manera, de modo que se establecieron en todos los paises cristianos. La grande opulencia de que se rodearon los llevó al funesto y desgraciado fin que tuvieron, como á su tiempo diremos.

Ántes que la órden del Temple habia sido instituida la de San Juan de Jerusalen, por bula del papa Pascual II, dada en 15 de Febrero de 1115. Luego que los cruzados se hicieron dueños de Jerusalen, algunos mercaderes italianos fundaron un hospital para los peregrinos en honor de San Juan Bautista. El primer director de este hospital fue el beato Gerardo, y muchos de los caballeros cruzados hicieron grandes dotaciones al piadoso establecimiento, de suerte, que en poco tiempo contó con suficientes recursos para poder albergar cuantos peregrinos se presentasen. Gerardo no dió reglas fijas á los que en su compañía se habian dedicado á la obra misericordiosa de asistir á los peregrinos, pero sin embargo, todos veian en ellos modelos de virtud. Muerto Gerardo en 1121, fue elegido gran maestre de la órden de San Juan, Raimundo de Pui, el cual de acuerdo con sus hermanos, formó los estatutos, por los cuales se obligaron á guardar los tres votos de castidad, obediencia y pobreza, y las demas reglas todas muy santas iban encaminadas al ejercicio de la caridad y de la humildad, y á la mas escrupulosa vigilancia para guardar pureza de costumbres.

Los caballeros Teutónicos, vienen á ser una rama separada de los de San Juan. Enrique de Walpot, perteneciente á una ilustre familia del Rhin, habia prestado grandes servicios en compañía de los hospitalarios de San Juan, pero despues de la toma de Ptolemaida ó San Juan de Acre

en 1191, movido de caridad fundó en dicha ciudad un hospital para los individuos de su nacion. Más tarde Federico, hijo del emperador llamado *Barbaroja*, reunió á los de este hospital en órden de caballería, y este fue el orígen de la órden Teutónica de la que Enrique de Walpot fue el primer gran maestre. Esta órden fue confirmada por Celestino III, el cual le dió la regla de San Agustin, concediéndole los mismos privilegios de que disfrutaban los de San Juan y los Templarios. Los caballeros Teutónicos usaban tambien hábito blanco y cruz negra.

Insinuamos al empezar á hablar del Pontificado de Inocencio II, que habia surgido un cisma porque algunos cardenales separándose de los demas á la muerte del papa Honorio, habian elegido á Pedro Leon, el que tomó el nombre de Anacleto II, y tambien digimos que el legítimo papa Inocencio II, habia tenido que refugiarse en Francia, huyendo de la persecucion de su rival. Volvamos al asunto, puesto que no fue tan pasajero este cisma.

Ya hemos manifestado que Inocencio hizo gran resistencia á aceptar el Pontificado, y esto fue de tan buena fe, que buscó todos los medios posibles para poder huir, y por último si aceptó fue porque los cardenales que le habian nombrado emplearon la fuerza para detenerle, obligándole con sabios y cristianos razonamientos á ocupar la Silla de San Pedro. Nos conviene ahora saber quien era el anti-papa. Pedro de Leon que tomó el nombre de Anacleto II, pertenecia á una familia de raza judía. Su abuelo habia sido convertido y bautizado por el papa Leon IX. Esta familia poseia inmensas riquezas, y así, el abuelo á quien el referido Pontífice puso su nombre de Leon, logró por medio de casamientos emparentar á sus hijos con las más ilustres familias romanas. Uno de los hijos de este Leon, llamado Pedro de Leon, y que fue padre del anti-papa, sirvió con gran utilidad á la Iglesia, habiendo merecido que recayese en él el nombramiento de gobernador del castillo de San Angelo; pero concibió proyectos ambiciosos para su hijo, llamado Pedro como él, y desde luego formó el propósito de sentarle en la Silla de San Pedro. Con este objeto le envió á estudiar á Francia, donde el jóven estudiante pasó una vida de verdadero libertinaje. Halagándole los proyectos de su padre, luego que hubo concluido los estudios abrazó la vida monástica en Cluny, creyendo que era el mejor medio de conseguir sus deseos, pues de aquel asilo de las virtudes y de las ciencias habian salido muchos cardenales y algunos Papas. Más tarde volvió á Roma donde con facilidad y por las grandes influencias de sus parientes consiguió la

púrpura cardenalicia. Los escritores de su tiempo le atribuyen infamias que son vergonzosas de consignar, pues hasta se le acusó de tener trato ilícito con su propia hermana, siendo por consiguiente hijos suyos los que pasaban por sobrinos. Tal vez haya alguna exageracion en esta y otras acusaciones que le hacen; pero ello es indudable que sus costumbres estaban muy léjos de ser ni medianamente arregladas.

Valióse de toda suerte de intrigas para hacerse partidarios, hasta que consiguió los votos de algunos cardenales para el Sumo Pontificado. La eleccion no podia ser más desgraciada, pero afortunadamente no fue canónica: de serlo, la Santa Sede hubiera sido nuevamente deshonrada. El mismo dia que tomó el título de Papa, visitó las principales iglesias y las despojó de todos sus tesoros, robando gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas. La avaricia que en él reinaba y que tan propia es de los de su raza judía, le hizo cometer todos estos excesos criminales, y se valió de parte de estas riquezas robadas tan sacrílegamente, para ganar á mucha gente del pueblo y aun á algunos grandes que le reconocieron tambien como legítimo Pontífice.

En el mes de Marzo de 1130 se reunió un concilio en Puy con motivo de la doble eleccion de Inocencio II y de Anacleto II. Asistió á él San Húgo, obispo de Grenoble, el cual indujo á la asamblea á reconocer por Papa legítimo á Inocencio, persuadido como lo estaba de que su eleccion aunque hecha clandestinamente, era legítima. Sin embargo, el asunto era muy delicado y el rey Luis el Gordo, mandó convocar otro concilio en Etampes para el mes siguiente. Este concilio que fue una asamblea mixta de prelados y de señores, se reunió asistiendo á ella el mismo rey Luis que la habia mandado convocar. Tambien asistió el santo abad del Claraval, Bernardo, aquel hombre de ciencia religiosa á cuyo retiro acudian á aprender la ciencia de gobernar y la más importante de salvarse, muchos monarcas entre ellos el citado Luis el Gordo, y su hijo Enrique; Conrado, hijo del duque de Baviera; Gumard, rey de Cerdeña; Oton, hijo del emperador de Alemania y otros ilustres príncipes. A este varon singular se debió la feliz terminacion de un negocio de tanta importancia, pues como vamos á ver él fue el árbitro de los destinos de la Iglesia.

Grandes acusaciones se hicieron en el concilio de Etampes contra Anacleto, y se oyeron á muchos testigos oculares de cuanto habia pasado en Roma, leyéndose al mismo tiempo las informaciones que se habian hecho traer de aquella ciudad. A pesar de todo esto, el rey y los principa-

les prelados no se atrevian á resolver, y de comun acuerdo tomaron por árbitro al santo abad del Claraval, y como toda la asamblea le mirase y respetase como á un oráculo de sabiduría, todos á una vez pusieron en sus manos aquel negocio en que estaba interesada la causa de la Religion y de la sociedad, obligándole á pronunciar una sentencia definitiva. Esta determinacion causó una profunda herida á la humildad de San Bernardo, pero al fin aunque con temor y temblor aceptó el cargo por el bien de la Iglesia (1). Salió de la asamblea, y examinó con el mayor cuidado y escrupulosidad el asunto delante de Dios, se informó minuciosamente del órden y la forma de ambas elecciones, de la vida y costumbres de Inocencio y de Anacleto, y volviendo á entrar en la asamblea, despues de dar las razones en que apoyaba su dictámen, declaró que era necesario reconocer á Inocencio como verdadero Vicario de Jesucristo. Su voz fue escuchada como un oráculo divino, y todos creyeron oir en Bernardo la inspiracion celestial. El rey de Inglaterra vacilaba todavía, pero el santo abad calmó su conciencia intranquila, diciéndole con energía: «Pensad únicamente en dar cuenta á Dios de los demas pecados de vuestra vida; por lo que hace á este, yo cargo sobre mi conciencia con toda la responsabilidad.» Con esto quedó tranquilo aquel rey, y como toda la asamblea se sometió á su fallo. Resonó entonces una aclamacion unánime á favor del papa Inocencio, é inmediatamente se cantó un solemne *Te-Deum*, despues del cual, todos los obispos y demas asistentes aplaudieron la eleccion de Inocencio y le juraron obediencia y respeto como á Padre comun de los fieles. La iglesia de Milan fue la única que se obstinó en sostener el partido del anti-papa Anacleto; pero allí fue enviado Bernardo acompañado de dos cardenales. Fue recibido con el mayor regocijo el santo abad de tal modo, que como continuamente se veia rodeado de una gran afluencia de gentes, que no le dejaban dar un paso, se vió precisado á no salir á la calle, mostrándose únicamente en las ventanas desde las que bendecia á la multitud que le aclamaba. Bastó que pronunciase pocas palabras para que Inocencio fuese allí reconocido y honrado.

Hemos de lamentar ahora la caida é infidelidad de Gerardo de Angulema, legado en Aquitania, uno de los que más trabajaron en el concilio de Etampes por la causa de la justicia. El papa Inocencio no juzgó oportuno que permaneciese en la legacion, y así le destituyó de este des-

(1) Ernald. Vit. S. Bern. lib. 2, cap. 1.

tino. Irritado Gerardo se fue en busca del anti-papa Anacleto, al que pidió la legacion, con lo que el usurpador se llenó de júbilo concibiendo aun esperanzas con la adquisicion de Gerardo, de robustecer su partido.

El dia 19 de Octubre (1131) se abrió el concilio de Reims que tuvo por objeto la confirmacion de Inocencio. Asistieron á esta asamblea prelados de todas las naciones, tanto que se reunieron trece arzobispos, doscientos sesenta y tres obispos y un gran número de abades, clérigos y religiosos franceses, alemanes, ingleses y españoles, siendo uno de ellos el santo abad de Claraval, Bernardo. Confirmóse la eleccion de Inocencio, y Pedro de Leon fue excomulgado si no venia á verdadero arrepentimiento. Despues de esto se publicaron varios cánones de disciplina. Estos fueron en número de diez y siete que á corta diferencia son los mismos del concilio de Clermont, celebrado el año anterior. Por el sexto se prohibe á los canónigos regulares y á los religiosos ejercer la abogacía y la medicina, como profesion. Pero como ambas facultades no podian ejercerse sino por personas instruidas, y los legos no lo eran, fue necesario que la Iglesia tolerase el que dichas facultades se ejerciesen por los clérigos seculares. El cánon undécimo manda guardar el ayuno bajo pena de excomunion: 1.º *desde la puesta del sol de la 4.ª feria* (ó del miércoles) *hasta el amanecer de la 2.ª feria* (ó del lúnes): 2.º *desde el Adviento del Señor hasta la octava de la Epifanía*; 3.º *desde la Quincuagésima hasta la Pentecostés*. El cánon duodécimo dice así: «*Prohibimos absolutamente estas ferias ó fiestas detestables, en los cuales los nobles se reunen y combaten temerariamente para hacer gala de su fuerza y de su audacia, de donde comunmente se origina la muerte de algun hombre y peligro para las almas.*»

Como quiera que Felipe, hijo mayor de Luis el Gordo, coronado rey pocos meses antes y que sólo contaba quince años de edad, hubiese sido arrojado por un caballo en la orilla del Sena, lo que le produjo la muerte, el Papa consagró en 25 de Octubre en este concilio al rey Luis el Jóven, hijo segundo de Luis el Gordo, el que presenció la solemne ceremonia, no obstante el dolor que experimentaba por la prematura muerte de su primogénito, en el que el reino habia fundado grandes esperanzas por sus grandes disposiciones. Un autor antiguo asegura que el papa Inocencio le consagró con el mismo aceite de que se habia servido San Remigio para ungir al rey Clodoveo en el bautismo (1) y á su

(1) Chron. Maurin. V. Labbe, tom. 10, pág. 982.

tránsito para Italia, el papa Inocencio quiso visitar el monasterio de Claraval para dar á San Bernardo una prueba de su reconocimiento. Ya hemos adelantado esta noticia dando cuenta del cordial recibimiento que le hicieron aquellos humildes religiosos que no desplegaron pompa de ninguna clase, pero que agradaron sobremanera al Pontífice. Los señores de la córte no pudieron ménos de sorprenderse al observar la austeridad de aquel santo albergue y al ver que la comida que ofrecieron al Papa se componia de unas legumbres y algun pescado de los más comunes con un poco de pan negro. Tan pobre era la vida de aquel abad que aterraba á los príncipes soberbios, que regia los concilios y los imperios y en cuyas manos se habian puesto poco ántes los destinos de la Iglesia. San Bernardo habia ya renunciado dos mitras, la de Génova y la de Chalons.

A pesar de su empeño en permanecer en su monasterio, en esta ocasion fue obligado á acompañar al Papa á Roma. El rey Lotario quiso tambien acompañar á Inocencio y así le salió al encuentro á algunas millas de la ciudad, y entraron juntos en la ciudad Pontificia en 1.º de Mayo. Entretanto el anti-papa Anacleto se habia encerrado en el castillo de San Angelo teniendo por suya la iglesia de San Pedro, por lo que Inocencio que quiso coronar emperador á Lotario tuvo que verificar esta ceremonia en la iglesia del Salvador en Letran. Lotario, al cabo de siete semanas tuvo que salir de Roma, sin haber logrado apoderarse de la persona de Anacleto. Como quiera, pues, que el papa Inocencio no contase con un asilo seguro en Roma, se marchó á Pisa, para poder disfrutar de alguna tranquilidad.

San Norberto habia acompañado á Lotario en su viaje á Roma, y con él se volvió á su pais, donde se entregó de nuevo á los trabajos de su pastoral ministerio. Este santo prelado se hallaba muy fatigado, tanto por sus continuas y rigurosas penitencias como por los frecuentes viajes que habia tenido que hacer, de modo que al poco tiempo de haber llegado á Magdeburgo, murió siendo el dia 6 de Junio de 1134, cuando contaba cincuenta y cuatro años de edad, y hacia ocho que gobernaba con edificacion general aquella iglesia. Dos siglos despues de su muerte fue canonizado por Gregorio XIII. Sus reliquias fueron más tarde trasladadas á Praga donde son objeto de la mayor veneracion.



CAPITULO V.

San Bernardo saca del cisma al duque de Aquitania.—Rebeldía de Gerardo de Angulema.—Conversion del duque Guillermo.—Secta de Fanquelino.—Embajada á Constantinopla.—El abad Ruperto.—Muerte del emperador Lotario.—Muerte de Luis el Gordo.—Le sucede su hijo el jóven Luis.—Terminacion del cisma de Anacleto.—Celebracion del segundo concilio general de Letran.

Un solo apoyo quedaba al anti-papa Anacleto al otro lado de los Alpes, y este era Guillermo IX, duque de Aquitania, el cual por persuasion de Gerardo de Angulema permanecia en el cisma. Este príncipe era por demás disoluto y no pensaba en otra cosa que en rodearse de placeres, sin tener el menor amor á la religion. Es digno de notarse el siguiente hecho que refieren varios historiadores. Habia contraido matrimonio con una princesa muy de su gusto, pero al poco tiempo la despidió sin ninguna clase de formalidad para casarse con otra que era más de su agrado. Residia entónces en Poitiers, y el obispo de aquella ciudad que era un santo prelado llamado Pedro, creyó que en conciencia debia oponerse á aquel exceso y como fueron inútiles todas sus gestiones para ello, determinó excomulgar al príncipe, en su misma presencia. No bien habia pronunciado las primeras palabras, cuando Guillermo se arrojó á él espada en mano, y le dijo; *Si te atreves á proseguir, eres muerto en el instante.* Fingió el santo obispo un miedo que estaba muy léjos de tener y le pidió un momento para pensar lo más conveniente. Concedióselo el duque y el obispo en el instante acabó la fórmula de la excomunion, alargando en seguida el cuello y diciendo: *Herid ahora; pronto me teneis.* Tanta intrepidez llenó de asombro al duque cuyo furor quedó desarmado y le dijo con tono irónico: *No te amo lo bastante para enviarte al cielo.* Contentóse con desterrarle (1).

(1) Guillelm. Malmesb. de gest. Henric. I, lib. 5.

Gerardo de Angulema que como hemos dicho fue el que indujo al duque Guillermo á permanecer en el cisma, apoyado á su vez por este príncipe ejecutaba toda clase de violencias para sostener la funesta division. Hizo echar de sus sillas á algunos beneméritos prelados, pero no pudo conseguir que fuesen consagrados los intrusos porque todos los prelados permanecieron firmes en la unidad, por lo que concitó contra ellos la animadversion del duque, y tuvieron que abandonar sus sillas.

Al poco tiempo el duque Guillermo se convirtió sinceramente y reparó con buenas obras todo el mal que habia causado. Esta conversion fue debida al celo de San Bernardo. Este santo abad fue el que hiriéndole con el rayo fulminante de la cólera divina, le obligó á humillarse en su presencia á dar una cumplida satisfaccion á la Iglesia á la que tanto afligiera y á entrar en el seno de la unidad católica. Si San Gregorio VII fue la primera gran figura de la Edad media, San Bernardo fue la segunda.

Tan solamente dedicaremos unas líneas á dar á conocer la secta de los Tanquelinos que por esta época se dió á conocer. Fue su autor un hombre del estado seglar, de corrompidas costumbres y naturalmente elocuente que se llama Tanquelino. Vestia con magnificencia y rodeado de tres mil hombres que le seguian á todas partes, predicaba con la mayor insolencia diciendo que la Iglesia estaba encerrada en su persona y en sus discípulos: que el Pontificado, el episcopado y el sacerdocio no eran otra cosa que una quimera, y que todos los sacramentos de los católicos eran verdaderas abominaciones. Y añadia que si Jesucristo merecia adoracion por haber recibido el Espíritu Santo, más digno era él de este culto supremo por estar lleno del mismo Espíritu Santo (1). La corrupcion de sus costumbres era conforme á su doctrina, y así mientras tanto muchos hombres seducidos adoraban á este falso profeta, las mujeres trabajaban por conseguir sus vergonzosos favores. Despues de haber fanatizado á muchas personas en la Zelandia fue á Roma disfrazado de monje, pero á su vuelta fue arrestado por el arzobispo de Colonia, y puesto en prision con algunos discípulos suyos. Pero como hubiese logrado escapar entró en una barquilla para huir, lo que no logró por haber sido muerto en ella. Sus discípulos continuaron propagando los mismos errores del maestro, pero esta monstruosa secta desapareció bien pronto gracias á los esfuerzos de San Norberto, que aun vivia y de otros sabios eclesiásticos.

---

(1) Epist. Traject. al Freder. Colon.

Con motivo de la fama que por todas partes habia adquirido el emperador Lotario por sus grandes victorias, el emperador de los griegos Juan Comneno le emvió una embajada. Entre los embajadores vino uno que se tenia por gran filósofo, y el cual sin reparo de ninguna clase censuró á los latinos por el lujo de sus vestiduras, y aun al Papa del que decia que era más bien un emperador que un obispo. Con este motivo y como el diácono Pedro quisiese responder á tales censuras, Lotario les hizo discutir en su presencia. Nada nos dicen los escritores acerca del resultado de esta conferencia, pero es lo cierto que hizo esperar que los griegos vendrian á la unidad, y con este objeto determinó Lotario enviar á Constantinopla algunos sabios doctores. Uno de ellos fue Anselmo, obispo de Havelberg, y que fue en calidad de embajador de Lotario. Habia entónces en la corte de Oriente doce sabios que eran llamados maestros por excelencia, y que por lo tanto gozaban de muy alta reputacion. Comneno que habia oido las razones que Anselmo le daba acerca de la Iglesia romana, quiso que hubiera conferencias las que rodeó de grande aparato. Nicetas, arzobispo de Nicomedia, que era el más famoso entre los doce sabios, fue el destinado por Comneno para entrar en lid con Anselmo. Se tuvieron dos conferencias á las que asistieron los hombres más científicos que de diversos puntos se hallaban en Constantinopla. Ambos contendientes demostraron ser verdaderos sabios, pues que usaron de la mayor moderacion y ninguna acrimonia para defenderse mútuamente. Cuando Nicetas habló de lo que llamaba poder arbitrario de los Papas, Anselmo dió tales razones, que hizo conocer á Nicetas que eran grandes las preocupaciones de la Grecia, y todos convinieron en que para venir á un acuerdo seria necesario la convocacion de un concilio general de las dos iglesias con la autoridad del Papa y el consentimiento de los emperadores. Este proyecto no se realizó por entónces.

Como el emperador Lotario viese que no habia gran peligro de que el Papa regresase á Roma, donde Anacleto se ocultaba en sitios retirados con muy escaso número de partidarios, se acercó á la ciudad acompañando á Inocencio II, el cual no tardó en entrar en ella. Lotario encargó á Rainulfo, duque de la Pulla, la defensa de la Santa Sede, y se volvió á Alemania. En Verona se sintió enfermo, pero continuó su viaje, lo que hizo que la enfermedad se agravase, y murió con los mayores sentimientos de piedad la noche del 3 al 4 de Diciembre de 1137.

Tambien murió en el mismo año el rey de Francia Luis el Gordo, dando á sus vasallos un admirable y edificativo ejemplo. Confesó públi-

camente sus pecados, diciendo que habia cometido muchos en el gobierno de su Iglesia, y habiendo recibido el Santísimo Viático despues de una fervorosa profesion de fe, dió á su hijo Luis el Jóven, la investidura del reino, y mandando tender una alfombra en el suelo y poner encima ceniza en forma de cruz, se echó sobre ella con señales de contricion, y persignándose devotamente, entregó su espíritu en manos del Criador, siendo el 1.° de Agosto de 1137. Ántes de morir habia hecho repartir entre los pobres todos sus vestidos y muebles, y grandes cantidades. En aquel mismo año, cuatro meses ántes, habia muerto tambien Guillermo, duque de Aquitania, en Compostela, y delante del altar de Santiago, adonde habia ido en peregrinacion.

En suma, el largo y funesto cisma de Anacleto, terminó con la muerte de este, acaecida en Enero de 1138 en la misma Roma, despues de unos ocho años de su usurpacion sacrílega. Los cardenales de su partido eligieron en seguida otro Papa en la persona de Gregorio, cardenal-presbítero, al que llamaron Víctor, pero al cabo de dos meses el nuevo anti-papa fue de noche á buscar á San Bernardo el cual le hizo quitar las insignias, y le llevó á los piés del papa Inocencio, logrando que le recibiese en su gracia. Los cardenales cismáticos siguiendo su ejemplo reconocieron al legítimo Pontífice, y de este modo renació la paz y la tranquilidad de que tanta necesidad tenia la Iglesia.

Con esto habia conseguido San Bernardo un nuevo triunfo, por lo que se hizo objeto de grandes aclamaciones en Roma, pero el santo salió de aquella ciudad huyendo de las honras y honores, y tomó el camino de Claraval, teniendo el sentimiento de dejar allí á Balduino, el primero de los monjes del Cister que fue creado cardenal, y nombrado arzobispo de Pisa que era su patria.

Una vez tranquila la Iglesia, Inocencio II determinó convocar una asamblea en Roma que fue el

SEGUNDO CONCILIO ECUMÉNICO DE LETRAN, décimo de los generales.

Celebróse este concilio el 8 de Abril de 1139, y se reunieron cerca de mil obispos, y por lo ménos otros tantos abades. Presidiólo el papa Inocencio, que se presentó á la asamblea con un aire de majestad que arrebataba las atenciones, y pronunció un elocuentísimo discurso en el que son notables las siguientes palabras: «Vosotros sabeis que Roma es la capital del mundo, que se reciben las dignidades eclesiásticas con la autorizacion del Pontífice romano, como título de feudo, y que sin aquel requisito no pueden poseerse legítimamente.» Hiciéronse despues

treinta cánones que son casi los mismos que los del concilio de Reims de 1131, repetidos palabra por palabra, aunque diferentemente divididos. Esto no obstante, el 29 es completamente nuevo en lo tocante á prohibir el uso de la ballesta en la guerra, pues en aquella época no se miraban como legítimas sino las armas con las cuales se podia demostrar fuerza ó habilidad. En suma, se condenaron tambien los errores de Arnaldo de Brescia, antiguo discípulo de Abelardo, el cual declamó contra el Papa, los obispos, los clérigos y los religiosos, adulando tan solamente á los seglares.

CAPITULO VI.

El papa Inocencio es hecho prisionero por el rey de Sicilia.—Concilios.—Condena el Papa los errores de Pedro Abelardo.—Conversion del heresiarca.—Varios escritos de San Bernardo.—Nuevos concilios.—Muerte del emperador Juan Comneno.—Celestino II, papa.—Falsas profecías atribuidas á San Malachias.—Lucio II, papa.—Muerte violenta de este Pontífice.—Eleccion del papa Eugenio III.

Luego que hubo terminado el concilio de Letran, se vió el Papa bien á pesar suyo en la precision de sostener guerra con Rogerio, duque de Sicilia; pero un hijo de este valiéndose de una traicion, le hizo prisionero y le entregó á su padre; mas al poco tiempo el Papa recobró su libertad á consecuencia de un tratado por el que Rogerio obtuvo de Inocencio el título de rey de Sicilia para sí, el ducado de la Pulla para uno de sus hijos y el principado de Calabria para el otro, con la obligacion de satisfacer un tributo á la Santa Sede.

El 29 de Agosto del año 1139, cuatro meses despues del concilio de Letran, se reunió uno en Winchester, que duró tres dias. Lo convocó y presidió Enrique de Blois, obispo de la misma ciudad, contra el rey Estéban su hermano. Cuando este príncipe subió al trono, permitió imprudentemente á los obispos y á los barones el fortificar sus castillos; lo que facilitó á Matilde su rival, el medio de atraerse un poderoso partido en Inglaterra, y proporcionó á los señores pretexto para sublevarse. Estéban reconoció la falta que habia cometido; y cuando creyó que su poder se hallaba bien asegurado, quiso retirar á los obispos el permiso que les habia concedido, y como no se atreviese á atacarles en cuerpo, empezó á hacerlo con tres de ellos, cuya fidelidad le era sospechosa, á saber; los de Eli, de Lincolm y de Salisburi, á los cuales intimó le entregasen los castillos en garantía de su fidelidad, y como se nega-

sen á hacerlo los obispos, envió tropas para que de por fuerza se apoderasen de aquellas fortalezas, en las que se encontraron sumas considerables. Todo el clero tomó parte á favor de estos tres prelados, y el obispo de Winchester, reunió el concilio al cual citó al rey. Un célebre jurisconsulto probó que los tres prelados habian sido castigados no como obispos sino como súbditos desobedientes. El arzobispo de Rouen, que se hallaba entónces en Inglaterra, y el que habia sido invitado para asistir á este concilio, preguntó si los obispos podian probar por los cánones, que en calidad de prelados podian tener castillos fortificados; si cuando el reino se hallaba amenazado de una invasion, podian aquellos impunemente negar al rey la entrega de sus castillos; y si los súbditos podian negar, sin cometer un crímen, el abrir sus plazas á su soberano. Al conclave episcopal, dice M. de Sanit-Mare, á quien pertenece la relacion que venimos haciendo, no le hicieron ninguna fuerza las razones alegadas por el arzobispo de Rouen. Lo que se determinó é hizo, fue nombrar una comision que presentándose al monarca le pidiese la reparacion de la injuria hecha á los obispos.

En el mes de Mayo de 1140, el patriarca Leon Estipiota, reunió un concilio en Constantinopla, en el cual se condenaron los escritos de Constantino Crisomalo, que habia muerto ántes, por estar llenos aquellos no solo de novedades y extravagancias, sino aun de herejías manifiestas, y principalmente de las que profesaban los bogomilos.

Diez años hacia que habia sido condenado en un concilio reunido en Soissons, Pedro Abelardo, cuando empezó de nuevo á publicar sus ideas extravagantes, que desfiguraban los misterios de la Religion. San Bernardo le amonestó caritativamente á fin de que desistiese y que se retractase. Prometió hacerlo pero bien pronto se olvidó de su promesa, ganoso de adquirir nombradía por medio de las disputas. Como quiera que se hallase próxima la celebracion de un concilio en Sens, convocado por el arzobispo de la misma ciudad, á consecuencia de una contienda que habia tenido con San Bernardo, ofreció justificarse en esta asamblea, é hizo que se convocase al santo abad de Claraval, el que en efecto fue citado. El concilio se reunió el 2 de Junio de 1140. Asistió el rey Luis el Jóven, y no solamente algunos grandes sino tambien una gran multitud de personas que se presentaron como espectadores, ansiosos de disfrutar el espectáculo de una discusion entre San Bernardo cuya sabiduria era de todos conocida, y Pedro Abelardo que habia adquirido gran fama por su natural elocuencia.

San Bernardo leyó en medio de un profundo silencio que guardaban todos los asistentes las proposiciones erróneas que habia estractado de las obras de Abelardo, y despues dirigiéndose á su autor le dijo que si las confesaba por suyas las probase ó las corrigiese. En aquel instante quedó confundido todo el orgullo del dialéctico, en término de haber perdido hasta el uso de la palabra que manejaba con tanta brillantez. Lo único que pudo decir y esto tartamudeando que apelaba al Papa (1). En seguida se retiró acompañado de sus partidarios que no estaban ménos confundidos que él. Su apelacion no era canónica, toda vez que los jueces habian sido elegidos por él. Esto no obstante, los Padres por deferencia á la Santa Sede no condenaron su persona, pero si sus proposiciones despues de haberse convencido de que eran falsas y aun heréticas, como se demostraba en la carta sinodal que por encargo del concilio redactó San Bernardo, con el objeto de obtener de la Santa Sede la confirmacion de la sentencia.

Pedro Abelardo salió de Sens con el objeto de dirigirse á Roma; pero como hubiese pasado por el monasterio de Cluny, se encontró en él con Renaldo, abad de Cister, varon de muy grandes virtudes, el cual consiguió de él que se reconciliase con San Bernardo, ante el cual efectivamente hizo la retractacion de sus errores. Pero entre tanto, el Papa confirmaba las decisiones del concilio de Sens, y condenó á Abelardo como asímismo á Arnaldo de Brescia, mandando que ambos fuesen arrestados y encerrados separadamente en un monasterio. Abelardo desistió de su apelacion, y la sentencia de la Santa Sede fue para él un medio de salvacion, pues que sujetándose á la sentencia y retirado al monasterio de Cluny, consagró el resto de sus dias á la penitencia, edificando tanto cuanto ántes habia escandalizado. Murió Abelardo el 21 de Abril del año 1142, en el priorato de San Marcelo de Chalons.

De este mismo tiempo se conservan varios escritos de San Bernardo, que demuestran cuan grande era su celo por la pureza de la doctrina. A consecuencia de la consulta que le hicieron los monjes de San Pedro de Vallee, acerca de la regla de San Benito, escribió para contestarles su *Tratado del precepto y de la disciplina*, en que se hallan las más eruditas explicaciones. Otro de sus luminosos escritos es la obra que formó para responder á la consulta que sobre algunas opiniones particulares le hizo Hugo, prior de San Víctor en París, teólogo famoso cuyo ingenio

(1) S. Bern. Epist. 337.

y elocuencia le merecieron ser conocido con el nombre de *Lengua de San Agustin*, pues que penetraba la doctrina é imitaba el estilo de este Padre.

En 1143 á 24 de Setiembre murió el Papa Inocencio II despues de haber gobernado la Iglesia trece años, siete meses y diez dias, siendo sepultado en San Juan de Letran; y siete años despues fue trasladado á la iglesia de *Santa Maria in Trastevere*, que él habia reedificado y que fue concluida despues por su hermano Pedro, obispo de Albano.

Hé aquí ahora una sucinta reseña de los concilios celebrados desde el de Sens hasta la muerte de Inocencio.

Fueron ocho en el órden siguiente:

1.° Concilio de Winchester en 7 de Abril de 1141. Enrique, obispo de la misma ciudad y legado del Papa, hizo reconocer á Matilde por reina de Inglaterra, en perjuicio de Estéban, hermano del prelado que tenia á la sazon en la cárcel, haciéndole excomulgar. Wilkins fija este concilio en el año 1142: pero está suficientemente demostrado por otros escritores que se reunió en la fecha que le hemos señalado.

2.° Concilio de Antioquía á fines de Noviembre del propio año, por el legado Alberico, acompañado de los obispos de Siria. En esta asamblea fue depuesto el patriarca Raul, poniéndose en su lugar en la silla de Antioquía á Aimeri, que era dean de la misma Iglesia.

3.° Concilio en Westminster el 7 de Diciembre del mismo año 1141. El obispo de Winchester se excusó de haber reconocido á Matilde por reina, é hizo que los asistentes se resolviesen á proporcionar socorros á Estéban, su hermano. Vilkins fija este concilio en 1142.

4.° Concilio de Nogaro, en Armagnac en el mismo año 1141. Terminóse en él la querella de Bonhomme, obispo de Aire, y de Raimundo Sancho, abad de San Severo, Cap-de-Gascogne, relativamente á la iglesia de la nueva ciudad de Mont de Marsan, que este habia permitido edificar sin el consentimiento del prelado.

5.° Concilio de Lagni en el que los religiosos de Marchiennes se defendieron contra Alviso, obispo de Arras, que se creia con el derecho de hacer el nombramiento de abad. Esta asamblea terminó con la excomunion de Raul, conde de Vermandois, que se habia casado con Petronila de Aquitania, viviendo aun su mujer Eleonora de Champaña. Este concilio y el siguiente fueron celebrados en 1142.

6.° Concilio en Lóndres á mediados de la Cuaresma, celebrado en presencia del rey Estéban, contra los que maltrataban á los clérigos y los encarcelaban.

7.º Concilio de Jerusalen por el legado Alberico en la fiesta de Pascua de 1143. Asistió á él el patriarca de los Armenios. Se conferenció sobre los artículos de creencia, en cuyo punto disentia, pero posteriormente se corrigió. (Harduino).

8.º Constantinopolitano en 20 de Agosto de 1143, contra dos pretendidos obispos, cuyas ordenaciones, hechas por el solo metropolitano, fueron declaradas nulas y se les condenó como de la secta de los bogomilos.

Poco ántes del fallecimiento del papa Inocencio II habia muerto el emperador griego Juan Comneno, teniendo por sucesor á Manuel, el más jóven de sus dos hijos, pero el más apropósito por su capacidad para ceñir la corona.

A los tres dias de haber vacado la Santa Sede por la muerte de Inocencio II, fue elegido

CELESTINO II, llamado ántes Guido, nacido en el castillo de Santa Felicidad, cerca del Tiber. Era descendiente de una muy ilustre familia de Cittá di Castello. Su eleccion que tuvo lugar el 26 de Setiembre de 1143 fue la mas tranquila que se habia visto en mucho tiempo, esto es, desde la de Alejandro II verificada en 1061.

Muy corto fue el pontificado de Celestino del que tenemos escasísimas noticias. Consignaremos pues la siguiente narracion que nos hace Artaud de Montor, en la historia de este Papa: «En este pontificado, dice, empiezan las célebres profecías relativas á los sumos Pontífices, atribuidas á San Malachías, arzobispo de Armagh, en Irlanda, muerto en 1148; Arnoldo Wion, benedictino, fue el primero que las publicó, é hiciéronse de ellas varias ediciones, considerando todo el mundo aquellos libros sibilinos como palabras descendidas del cielo. El padre Menestier de la Compañía de Jesus, patentizó la impostura en 1689, tanto que seria insensato en el dia no tomarlas por lo que realmente son; debiéndose advertir, que si desde el momento de su aparicion fueron defendidas por la credulidad ó la piedad mal entendida, en menosprecio de las reglas de la sana crítica, fueron tambien atacadas por varios escritores que no omitieron esfuerzo alguno para destruirlas. Poco á poco han sido olvidadas, y luego cuando ha reaparecido su recuerdo han sido despreciadas: esta era la suerte que merecian.

«Arnoldo Wion, que vivia en 1595, es decir, cuatrocientos cincuenta años despues de San Malachías, asegura que es el primero en publicarlas, pero no dice de quien las ha recibido, sin que haga mencion de ellas

autor alguno contemporáneo de San Malachías; el mismo San Bernardo, el grande y célebre amigo del arzobispo, cuya vida ha escrito, no habla tampoco de estos versos, si bien menciona otras profecías del santo, menos importantes.

«En dichas profecías ó vaticinios, se enumeran ocho anti-papas, á saber: Víctor IV, Pascual III, Nicolás V, Clemente VII, Benedicto XIII, Clemente VIII y Felix V, colocándoles entre los verdaderos Papas, y designando únicamente como anti-papas á Nicolás V y á Clemente VIII. En la colocacion de los nombres, reina indecible confusion, de modo, que como Dios no revela cosas falsas (1), no puede llamarse á aquello profecía; finalmente, debemos decir que muchos ilustres personajes, como Baronio, de Sponde, Bzovio y Rainaldi no han hecho el menor caso de semejantes delirios. Segun todas las apariencias fueron imaginadas en 1590, en el tiempo en que se reunió el conclave que eligió á Gregorio XIV, y fabricados por los partidarios del cardenal Simoncelli de Orvieto, á quien designan en la profecía de *antiquitati urbis*. Ahora bien, nada más fácil de adivinar que las cosas pasadas, de modo que se aplican perfectamente á los Pontífices que reinaron desde Celestino II, 167.° papa, á Gregorio XIV, 233.° papa, mas desde éste, es decir, desde el momento en que fue absolutamente preciso penetrar el porvenir, no pueden amoldarse á los hechos ni al buen sentido, sino con grandes esfuerzos y mucha violencia.

«Novaes inserta estensamente dichas profecías, junto con la explicacion mas ó menos forzosa que de cada una de ellas debe hacerse á cada Papa, hasta Pio VI inclusivamente, y como en uno de ellos se da al sucesor de Pio VI la calificacion de *Aquila rapax*, los partidarios de tales imposturas han querido ver una alusion á la órden de apoderarse de Pio VII dada por el representante del Aguila ó por sus ministros. Respecto de los pontífices siguientes no se hace profecía alguna que merezca el nombre de tal; véase sino la última señalada con el número 112: «Cuando la última persecucion contra la Santa Iglesia romana, se sentará en el trono pontificio, Pedro, romano, segundo del nombre, el cual apacentará su rebaño en medio de las tribulaciones. Cuando estas terminarán, la ciudad de las siete colinas será destruida, y el terrible juez juzgará á su pueblo. *Amen.*» Muchos protestantes viendo en esta fábula razones para atacar á la Santa Sede, y para creer en la destruccion de Roma, acreditaron tan absurdas invenciones; mas en el dia no hay hombre alguno razonable, ya

(1) Novaes, III, 41.

sea católico, ya pertenezca á la religion que se pretende reformada, que crea en semejante cuento, ó que se atreva al ménos á proclamar su error.»

El papa Celestino II alzó el interdicto que su predecesor Inocencio II habia fulminado sobre el reino de Francia, en el año 1141, con motivo de la eleccion de un arzobispo de Bourges, que fue desechada por el rey Luis el Jóven: pero se negó á confirmar el tratado que Inocencio habia celebrado con Roger, rey de Sicilia, lo que le indispuso abiertamente con este príncipe. El que continuó la crónica de Juan de Hagutad, dice, que habia sido educado por los angevinos, y que por este motivo se declaró partidario de Godofredo Plantagenet, conde de Anjou, y de Matilde su esposa, y enemigo de Estéban de Blois, por haberle usurpado el reino de Inglaterra.

El corto Pontificado de Celestino II, concluyó en 9 de Marzo de 1144, en cuyo dia murió despues de haber gobernado la Iglesia cinco meses y trece dias, siendo sepultado en el Vaticano. La Santa Sede quedó vacante por espacio de tres dias, despues de los cuales fue electo Papa

Lucio II, llamado anteriormente Gerardo, natural de Bolonia, canónigo regular de Santa María, á cuatro millas de Bolonia, sacerdote-cardenal del título de Santa Cruz en Jerusalen, y canciller de la Iglesia romana. Fue elegido y coronado Papa el 12 de Marzo de 1144, siendo su Pontificado corto y borrascoso.

Este Pontífice á imitacion de Urbano II y de otros muchos de sus predecesores, estableció definitivamente que el obispo de Dol y todos los demas obispos de Bretaña reconociesen por metropolitano suyo al arzobispo de Tours, consiguiéndose con tan repetidas disposiciones que á lo ménos por algun tiempo fuesen puestas en ejecucion.

Lucio recibió de Alfonso que se daba el título de rey de Portugal y al que la Santa Sede sólo reconocia el de conde, el homenaje de sus Estados, declarándoles feudatarios de la Iglesia romana, y obligándose á pagar un tributo de cuatro onzas de oro.

Los romanos excitados por el famoso Arnaldo de Brescia, pretendieron restablecer el Senado, y crearon patricio al conde Jordan, hermano del anti-papa Anacleto. Queriendo el Pontífice oponerse á estas empresas, envió legados á Alemania para implorar el socorro del rey Conrado III, y emprendió miéntras esperaba el resultado de esta embajada, el cerco de Roma de la que se habian apoderado los partidarios de Arnaldo. Su ejército fue rechazado, y el mismo Pontífice herido de

algunas pedradas á consecuencia de las cuales murió pocos dias despues, en 25 de Abril de 1145, habiendo ocupado la Santa Sede once meses y catorce dias. Sucedióle en la Silla de San Pedro

EUGENIO III, llamado ántes Bernardo, monje de Claraval, y despues abad de Anastasio de Roma, perteneciente á la órden del Cister, por donacion de Inocencio II. San Bernardo tenia en mucho aprecio sus virtudes, por lo que le nombró para dicho destino de abad de San Anastasio. Como no era cardenal, se derogó con su eleccion el decreto que prohibia conferir la tiara á otros que á los cardenales. Su exaltacion tuvo lugar el 27 de Abril de 1145. Cuando le iban á consagrar en San Pedro, tuvo aviso de que algunas tropas de sediciosos se disponian á hacerle confirmar el fantástico Senado, y así abandonó la ciudad, retirándose al monasterio de Farpe, donde fue consagrado.



CAPITULO VII.

Cartas de San Bernardo con motivo de la eleccion de su discípulo Eugenio III.—Este Pontífice se refugia en Francia.—Los turcos se apoderan de Edesa.—Segunda cruzada.—Roma se somete al papa Eugenio.—Publicacion de la cruzada.—Expediciones de los cruzados.—Eugenio regente de Francia.—Sucesos desgraciados de los reyes Conrado y Luis el Jóven en Oriente.—El papa Eugenio vuelve á Francia.

Apénas San Bernardo tuvo noticias de la eleccion hecha de su discípulo para ocupar la Santa Sede, escribió á los cardenales que le habian elevado, quejándose amargamente de que le hubiesen sacado de su retiro donde se ocupaba en el importante negocio de su salvacion. Esta carta es notable y de ella reproduciremos el párrafo siguiente: «¿Qué habeis hecho? ¿Por qué habeis llamado al gran laberinto del mundo á un hombre que tocaba ya al borde de la tumba? ¡Dios os perdone el haber vuelto á sumergir en los negocios del mundo á un hombre que no hallaba felicidad sino en el retiro! ¿No conoceis que sublimando á mi hijo á la cumbre del honor habeis sobrecargado de negocios al que sólo aspiraba á concluir sus dias en la tranquilidad de su monasterio? ¡Vosotros obligais á mezclarse entre los pueblos en la escena del mundo á un hombre crucificado al mundo, y que no pensaba sino en vivir como el último de todos los de la de su Dios! ¿Cómo, pues, os habeis atrevido á trastornar de esta suerte los designios del pobre? ¿Quién os sugirió la idea de sembrar de abrojos y espinas los senderos por donde marchaba, extraviándole en su camino y embarazando su marcha? ¿No os parece extraño como á mí haber excogido un monje vestido de andrajos para cubrirle con la púrpura y ponerle al frente de los príncipes y de los obispos? Si esta es una maravilla, pues todos me dicen que es obra del Señor, no por esto temo ménos: porque no es ménos digno de lástima el que es arrancado repentinamente de las dulzuras de la soledad y de la contem-

placion para arrastrarle cual una víctima á funciones tan formidables, que el niño que es arrebatado del pecho de su madre (1).»

Otra carta no ménos elocuente y llena de los más saludables consejos dirigió tambien San Bernardo (2) al nuevo Pontífice al cual le dice de este modo: «Mi hijo Bernardo por una mudanza providencial ha venido á ser mi padre Eugenio. Preciso es que esta mudanza aproveche á la Iglesia santa para que prospere cada vez más y que á este fin deis vuestra propia sangre si necesario fuese. Verdad es que me he estremecido de júbilo al oir esta noticia. Yo no podia dejar de tomar parte en la comun alegría. Me he regocijado; pero con temor y espanto. Estais sin duda muy elevado, pero por lo mismo expuesto á mayor caida.»—Despues de algunos saludables consejos, continua el santo abad de este modo:—«Tú eres el gran sacerdote, tú eres el Pontífice Sumo, tú el príncipe de los obispos. En tí miro un Melquisedec en el órden, un Aaron en la dignidad, en la autoridad un Moisés, en la judicatura un Samuel, un Pedro en la potestad, en la uncion un Cristo: tú tienes las llaves de la universal Iglesia y todos sus rebaños obedecen tu voz: ¿que más puedes desear? Pues tú eres nada, tú eres un hombre desnudo, un hombre pobre, un hombre miserable: da un soplo á esos velos que te cubren, á esas plumas que te adornan, á esos resplandores de gloria que te rodean ¡ah! *Tu es pauper, et miser, et miserabilis et nudus.*»

De este modo y con tan elocuentes palabras trata el gran San Bernardo de disipar hasta la menor sombra de vanidad que pudiera haberse apoderado del corazon de su amado discípulo al verse encumbrado á la más augusta de las dignidades de la tierra. Admira la grandeza de su dignidad y concluye por recordarle que es polvo y que en polvo se ha de convertir.

El papa Eugenio recibió benigno los consejos de su antiguo y santo maestro y dió pruebas durante su pontificado de haberlos grabado en su corazon, pues no solamente jamas se apartó de la justicia, sino que llevó al trono pontificio la humildad monacal que le hizo huir de todo fausto y ostentacion.

Desde la abadía de Farfe á donde, como hemos dicho, fue consagrado Eugenio, pasó á Viterbo, en cuya ciudad hizo su primera promocion de cardenales, y como los arnaldistas le ofreciesen disolver su senado y su-

(1) S. Bern. Ep. 237.
(2) Epist. 238.

jetarse en todo á él, pudo volver á Roma á los pocos meses; pero como aquellos no cumpliesen su palabra y armasen nuevos tumultos, tuvo necesidad de salir nuevamente de la ciudad, refugiándose en Francia, donde fue recibido con grandes honores por el rey Luis VII.

Hacia dos años que la ciudad de Edesa se hallaba sitiada por Zengui, príncipe de Mossul, fundador de la dinastía de los Atabecks, que se habia propuesto dar golpes terribles á los Estados latinos. Edesa tenia altas murallas, numerosas torres y una ciudadela muy fuerte: pero sus habitantes carecian de jefes que los dirigiesen. Para defender la ciudad, sus moradores, incluso el clero y los frailes, permanecian en las murallas á donde las mujeres y los niños les llevaban víveres, agua y armas.

Por último, la ciudad cayó en poder de los sitiadores. He aquí el triste cuadro que de este hecho que como veremos dió orígen á la segunda cruzada, trazan los historiadores Michaud y Poujoulat: «Zengui proseguia el sitio; su ejército se hallaba reforzado con Kurdos, árabes y Turcomanos. Siete torres grandes de madera se alzaban á más altura que las murallas de la plaza; en estas golpeaban de contínuo muchas máquinas terribles; minadores llevados de Alepo habian profundizado hasta los cimientos de varias torres; su próxima ruina iba á franquear el paso á los soldados musulmanes, cuando Zengui interrumpió de pronto los trabajos del sitio é intimó la rendicion á la ciudad. Los habitantes contestaron que preferian la muerte. En el vigésimo octavo dia del sitio se hundieron varias torres á una señal de Zengui; el enemigo penetró en la plaza, y la espada musulmana se cebó en sangre cristiana. Los ancianos y los niños, los pobres y los ricos, las doncellas, los obispos y los ermitaños fueron inmolados desapiadadamente por los vencedores. La matanza duró desde la salida del sol hasta la tercera hora del dia. Los cristianos que sobrevivieron fueron vendidos cual vil rebaño en las plazas públicas. Las escenas de carnicería concluyeron con insultos á la Religion. Los vasos sagrados sirvieron para las orgías de la victoria, y desórdenes terribles mancillaron el santuario. La noticia de la toma de Edesa llenó de júbilo á la musulmana grey. El feroz Zengui, despues de dejar guarnicion en la ciudad, se disponia para otros triunfos, cuando fue asesinado por sus esclavos durante el sitio de un castillo próximo al Eufrates. Mientras el Asia celebraba su gloria y su poder, dice la historia árabe, la muerte le tendia en el polvo, y este fue su morada. El fallecimiento de Zengui fue un gran motivo de júbilo para los cristianos; pero nuevas calamidades iban á caer sobre ellos.

«Zengui, sorprendido por la belleza y la importancia de Edesa, habia formado el proyecto de volverla á poblar. Un número considerable de familias cristianas, que al pronto habian sido conducidas al cautiverio, recibieron autorizacion para regresar á la ciudad. Muerto Zengui, estas familias cristianas murmuraron contra sus dueños musulmanes; el conde Josselin juzgó propicia la ocasion para apoderarse nuevamente de su capital. En efecto, favorecido por los habitantes, fue introducido en la ciudad, de noche, por medio de cuerdas y escalas. El conde y sus compañeros, cuando estuvieron dentro de la plaza, sorprendieron y pasaron á cuchillo á muchos musulmanes. Dueño ya Josselin de la capital, envió mensages á todos los príncipes de Siria, para suplicarles que acudiesen á ayudarle á conservar una ciudad cristiana. Ningun príncipe llegó, y muy luego apareció en las puertas de Edesa el segundo hijo de Zengui, llamado Nuredino, al frente de tropas numerosas.

«Josselin y sus compañeros no habian tenido medios ni tiempo para preparar una resistencia; veian que para ellos no habia más salvacion que la fuga. Los cristianos sólo pensaban en abandonar la ciudad que podia convertirse en sepulcro suyo. Abriéronse las puertas en mitad de la noche; cada uno se llevó los objetos de más valor que tenia. La ciudadela habia quedado en poder del enemigo. La guarnicion musulmana, advertida por el tumulto de los desventurados fugitivos, hizo una salida y se reunió con los soldados de Nuredino, que corrieron hácia la ciudad y se apoderaron de las puertas por las cuales salia la multitud de los cristianos. Allí se empeñaron combates terribles. Los cristianos consiguieron abrirse paso y se desparramaron por los campos inmediatos, pero las tinieblas de la noche no pudieron sustraerles al furor del enemigo; los que llevaban armas se reunieron y formaron un batallon. Fueron perseguidos sin tregua ni descanso; sólo 1,000 hombres consiguieron ponerse en salvo dentro de los muros de Samosata. En las dos invasiones de Zengui y de Nuredino habian perecido 30.000 hombres; la historia dice que 16,000 prisioneros fueron condenados á las miserias de la esclavitud; Nuredino, deseando consumar la obra de la venganza, convirtió la ciudad de Edesa en un vasto monton de ruinas, en donde solo dejó un excaso número de mendigos cristianos, último monumento de su cólera. Las desgracias de Edesa arrancaron lágrimas á los cristianos de Siria y de Judea; un terror sombrío se apoderó de las colonias latinas. Los rayos que cayeron en aquella época en las iglesias del Santo Sepulcro y del monte Sion, y la aparicion de un cometa,

acabaron de difundir los presentimientos mas lúgubres entre los fieles.»

El orígen de las cruzadas y la marcha y efectos de la primera, lo dejamos consignado en la Disertacion con que dimos fin al segundo tomo. Ahora debemos ocuparnos de la segunda, en la que tuvo una gran parte San Bernardo que con su elocuencia y la gran influencia que tenia en todas partes consiguió lanzar la Europa toda entera sobre el Asia, con lo que pareció que tenia en sus manos todos los pueblos para disponer de ellos á su voluntad. Aquel que fue árbitro de los negocios de su época, á cuya voz hemos visto obedecer los concilios, va á representar ahora un nuevo y brillante papel, predicando por disposicion de la Santa Sede una nueva cruzada.

Narraremos con órden los sucesos.

El Oriente presentaba el estado más triste y desconsolador. Zengui habia muerto, pero le habia sucedido su hijo Nuradino que no cediendo en valor á su padre era aun mucho más hábil para los asuntos de la guerra. Los turcos se propusieron echar á los cristianos de todo el Oriente. Entretanto, la Francia prosperaba bajo la acertada administracion de Suger; pero la Alemania así como la Inglaterra se hallaban asoladas por las guerras civiles. Luis VII acababa de unir á su reino el ducado de Aquitania por su casamiento con la hija de Guillermo IX. Bien pronto fue turbada la paz de Francia. El Papa se habia negado á aprobar la eleccion de un obispo y de aquí el que se encontrase en lucha con Luis VII llamado el Jóven. Las cosas llegaron al extremo de que los rayos de la Iglesia llegaron á caer sobre Luis y su reino, y como se hiciese público que Tibaldo, conde de Champaña, era el que habia excitado por medio de intrigas la cólera del Papa contra su soberano, éste, deseando vengarse de su infiel vasallo, penetró en sus Estados, y asolando la Champaña pasó á cuchillo á cuantos encontró en Vitry. En esta poblacion se habian refugiado á una iglesia como mil y quinientas personas que creyeron encontrar seguro asilo en el lugar sagrado. Pero Luis hizo poner fuego á la iglesia dentro la cual perecieron abrasadas todas aquellas personas.

San Bernardo no temió escribir al rey hablándole de la religion ultrajada y de la falta de humanidad con que habia obrado. El rey no pudo ménos de comprender la gravedad del delito que habia cometido y sintió grandes remordimientos de conciencia. Como quiera pues, que todos los pueblos se hallasen sobresaltados con las calamidades de Edesa, Luis que deseaba expiar sus pecados, hizo la resolucion de ir á pelear contra los infieles de Oriente. Todos aplaudieron sus deseos y la guerra santa iba

á quedar resuelta. Pero como San Bernardo á quien Luis habia llamado, dijese que era preciso ante todo el permiso del Sumo Pontífice á quien era indispensable consultar, inmediatamente se mandaron embajadores al papa Eugenio III, el cual se regocijó sobre manera al saber las disposiciones de Luis el Jóven, y se apresuró á conceder para aquella segunda cruzada las mismas gracias que Urbano II habia concedido para la primera.

Por este tiempo Roma se sometió al papa Eugenio, pues que éste despues de haber excomulgado á Jordan el patricio con sus principales partidarios acudió á los tiburtinos antiguos enemigos de los romanos, los que se vieron obligados á pedirle la paz. Eugenio se la concedió con la condicion de que se habia de abolir el patriciado, reconociéndose que los senadores no tenian su autoridad sino del Papa. Concluido el tratado, Eugenio volvió á entrar en Roma en medio de grandes aclamaciones de aquel pueblo incomprensible que con tanta facilidad mudaba de opinion.

El papa Eugenio en la bula en que proclamó la cruzada confiaba á San Bernardo la mision de predicarla; y en verdad que nadie mejor que el santo abad de Claraval podia desempeñar esta mision. Veamos ahora los trámites de la predicacion y publicacion de esta cruzada segun la narracion de los citados historiadores:

«Apénas fue conocida la decision del Sumo Pontífice, cuando convocaron una reunion en Vezelay, poblacion pequeña de Borgoña. El domingo de Ramos, una multitud de señores, de caballeros, de prelados, y de hombres de todas clases y condiciones cubria la falda de una colina al rededor de la ciudad. Luis VII y San Bernardo, uno con el aparato fastuoso de la dignidad real, y el otro con el modesto traje de cenobita, se colocaron en una tribuna extensa, en medio de un pueblo inmenso que les saludó con entusiastas aclamaciones. El orador de la cruzada leyó primero las cartas del Sumo Pontífice. Luego, tomando su inspiracion del recuerdo de las desgracias de Edesa y de los peligros que amenazaban á la herencia de Jesucristo, empleó todo el prestigio de su elocuencia para excitar la compasion de los cristianos; pintó á la Europa entregada al escándalo, al demonio de la herejía y á la maldicion divina, y suplicó á los concurrentes que aplacasen la cólera del cielo, no ya con gemidos ni lágrimas, con oraciones y cilicios, sino con los trabajos de la guerra, con el peso de la espada y del broquel, con útiles combates contra los musulmanes. El grito de: *Dios lo quiere! Dios lo quiere!* interrumpió su discurso, como habia interrumpido las palabras de Urbano en el concilio de

Clermont. Como el entusiasmo de la multitud aumentaba la conviccion del orador, San Bernardo profetizó el buen éxito de la cruzada, amenazó con la cólera divina á los que no peleasen por Jesucristo, y gritó, como el profeta: «Desgraciado, desgraciado aquel que no llegue á ensangrentar su espada!»

«El ardor por la guerra santa y fuertes emociones se habian apoderado de todos los circunstantes. Luis VII se arrojó á los piés de San Bernardo y le pidió la cruz. El rey de Francia, revestido con aquel signo reverenciado, exhortó por sí mismo á los fieles á que le siguiesen á Oriente, y el auditorio derramó lágrimas de enternecimiento. Leonor de Guyena, que habia acompañado á su marido, recibió tambien la cruz de manos del abad de Claraval. Alfonso, conde de Saint-Gilles y de Tolosa, Enrique, hijo de Tibaldo, conde de Champaña, Thierry, conde de Flandes, Guillermo de Nevers, Reinaldo, conde de Tonnerre, Ives, conde de Soissons, Guillermo, conde de Ponthieu, Guillermo, conde de Varennes, Archimbaldo de Borbon, Enguerrando de Coucy, Hugo de Lusiñan, el conde de Dreux, hermano del rey, su tio el conde de Maurienne, y otros muchos barones y caballeros siguieron el ejemplo de Luis y de Leonor. Varios prelados, entre los cuales cita la historia á Simon, obispo de Noyon, Godofredo, obispo de Langres, Alejo, obispo de Arras, y Arnould, obispo de Lisieux, hicieron juramento de pelear contra los infieles. No siendo suficientes las cruces que se habian llevado para satisfacer á la multitud impaciente, el abad de Claraval rasgó su traje para hacer otras muchas.

«San Bernardo no limitó su predicacion á la ciudad de Vezelay; recorrió varias comarcas del reino inflamando todos los corazones con el fuego sacro de las cruzadas. En toda la Francia resonaba el rumor de los milagros con que parecia que Dios autorizaba su mision. Todos estaban persuadidos de que San Bernardo era el instrumento de la voluntad divina. En una reunion celebrada en Chartres, varios príncipes ilustres resolvieron confiar el mando de la expedicion al abad de Claraval; éste, acordándose del ejemplo de Pedro el Ermitaño, se sustrajo á los sufragios de los barones y los caballeros, y en su terror suplicó al Sumo Pontífice que no le dejase abandonado al capricho de los hombres. La respuesta del Papa estuvo conforme con el deseo de San Bernardo, quien continuó sus peroraciones evangélicas.

«San Bernardo, despues de haber preparado la cruzada en Francia, pasó á Alemania. Al llegar al centro de los pueblos de las orillas del

Rhin, su primer cuidado fue el de combatir á un monje llamado Rodolfo, que exhortaba á los cristianos á asesinar á los judíos; era necesario todo el ascendiente de la virtud y de la merecida fama del abad de Claraval para imponer silencio al apóstol aleman que halagaba á las pasiones de la multitud. En aquel tiempo, el emperador Conrado III acababa de convocar en Espira una dieta general. El abad de Claraval concurrió á ella con el intento de predicar la guerra contra los musulmanes y la paz entre los príncipes cristianos. Varias conferencias particulares y exhortaciones públicas no habian conseguido determinar á Conrado á tomar la cruz; alegaba los disturbios recientes del imperio germánico. Pero la elocuencia pertinaz de San Bernardo no se arredraba; un dia en que estaba celebrando misa delante de los príncipes y magnates convocados en Espira, interrumpió de improviso el oficio divino para predicar la guerra contra los infieles, trasportó á su auditorio al dia del juicio final, é hizo aparecer á Jesucristo, armado con su cruz, y reconviniendo al emperador de Alemania por su fria ingratitud. Este apóstrofe repentino conmovió profundamente á Conrado, quien juró, con los ojos llenos de lágrimas que iria á defender los intereses de Jesucristo. Muchos caballeros y barones tomaron la cruz, siguiendo el ejemplo del emperador.

Poco tiempo despues, en una nueva dieta convocada en Baviera, muchos prelados y señores alemanes se alistaron bajo las banderas de la guerra santa; entre los obispos se veia á los de Passaw, Ratisbona y Freisingen; entre los señores figuraban Ladislao duque de Bohemia, Odoacro, marqués de Estiria, y Renard, conde de Carintia. Federico, sobrino del emperador, tomó la cruz, no obstante las lágrimas de su anciano padre, que murió de dolor. San Bernardo recorrió todas las ciudades del Rhin, desde Constanza hasta Maestricht; en todas partes daban mayor autoridad á sus palabras numerosos milagros; la multitud le escuchaba como á un profeta y le reverenciaba como á un santo. Más de una vez fueron desgarradas sus vestiduras por sus innumerables oyentes, ansiosos de repartirse los pedazos para hacer con ellos el distintivo de la cruzada.

«El regreso de San Bernardo á Francia dió á todos nuevos ánimos. El buen éxito de sus predicaciones en Alemania y la resolucion que habia hecho adoptar al emperador Conrado, fueron para los cruzados la señal de un nuevo movimiento. Luis VII y los grandes del reino, reunidos en Etampes, nada decidian. San Bernardo reanimó al consejo de los prínci-

pes y los barones. Al propio tiempo se vieron aparecer en la reunion varios embajadores, anunciando proyectos para la cruzada; entre estos embajadores se distinguian los de Rugiero, rey de la Pulla y de Sicilia, quien ofrecia á los cruzados suministrarles buques y víveres, y prometia enviar á su hijo á la Tierra Santa si iban por mar. Se deliberó acerca de la proposicion del rey de Sicilia y del camino que habian de seguir para trasladarse á Palestina. La via marítima ofrecia ménos dificultades y peligros; la via terrestre fue preferida imprudentemente.

«La reunion de Etampes cedió á mejores inspiraciones cuando designó al abad Suger y al conde de Nevers para gobernar la Francia durante la peregrinacion de Luis VII. El abad de San Dionisio se habia opuesto á la cruzada, haciendo presente al rey que sus faltas serian mejor reparadas con una administracion sabia que no con hacer conquistas en Oriente. Suger, sintiendo todo el peso y el peligro del cargo que le ofrecia, suplicó al rey y á la asamblea que hiciesen otra eleccion. Fueron necesarios los ruegos del monarca, y sobre todo las órdenes del papa Eugenio, para que el abad de San Dionisio aceptase la gobernacion del reino. En cuanto al conde de Nevers se libró de la carga que le proponian diciendo que habia hecho voto de entrar en la órden de San Bruno. Este motivo piadoso fue respetado.

«Los preparativos de la cruzada se continuaban, y las palabras santas diariamente procuraban á la cruz nuevos defensores. En los puntos en que no habia podido resonar la voz de San Bernardo, se leian en los púlpitos sus cartas elocuentes. La historia cita á un predicador flamenco, llamado Arnoul, que se habia asociado á la obra apostólica del abad de Claraval. Arnoul recorrió varias provincias de la Alemania y de la Francia oriental; por la austeridad de su vida y la singularidad de su traje, excitaba la curiosidad y la veneracion de la multitud. Ignoraba la lengua romana y la tudesca, y hacia que le acompañase un intérprete llamado Lambert, quien repetia en la lengua del pais las piadosas exhortaciones del orador flamenco.

«El ejemplo de la Francia y de la Alemania habia arrastrado á la Italia y la Inglaterra. Los pueblos de los Alpes, de las orillas del Ródano, de la Lombardía y del Piamonte, habian de acompañar al marqués de Montferrat y al conde de Maurienne, tio materno de Luis VII. Los cruzados ingleses se embarcaron en los puertos del canal de la Mancha, y se dirigieron á las costas de España.

«Los cruzados alemanes habian de reunirse en la ciudad de Ratisbona,

y los franceses en la de Metz. Durante varios meses, los caminos de estas dos ciudades estuvieron cubiertos de peregrinos. Todo se hacia con órden en el movimiento de las tropas; los preparativos de esta segunda guerra santa habian ofrecido más regularidad y armonía que los de la primera: nada podia hacer adivinar las desgracias que ocultaba el porvenir.

«Se necesitaba mucho dinero para sufragar los gastos de la cruzada. Los donativos piadosos eran considerables, pero no podian bastar para sostener un gran ejército. Luis VII se vió obligado á recurrir á empréstitos y á impuestos. Pedro el Venerable, que se habia unido á San Bernardo para contener la persecucion de los judíos, opinó que se les podia despojar de sus tesoros acumulados, segun decia, por la usura, y aun por el sacrilegio; aconsejó al rey de Francia que obligase á los israelitas á contribuir á los gastos de la expedicion, y todo induce á creer que los consejos del abad de Cluny no fueron desdeñados. El clero, á su vez, sufrió gravosos impuestos; se habia enriquecido en la primera cruzada, pero la segunda le costó cara. Los impuestos no perdonaron siquiera á los artesanos y los labradores, lo cual produjo murmullos muy poco á propósito para excitar el entusiasmo en favor de la guerra sagrada.

«Sin embargo, el rey Luis se disponia para la peregrinacion por medio de oraciones y de buenas obras. Al acercarse el momento de su partida, fue á recibir de San Dionisio el oriflama que los reyes de Francia hacian llevar delante de sí en las batallas. En esta visita á la iglesia de San Dionisio, Luis y sus compañeros de armas debieron contemplar con noble emocion, los retratos de Godofredo de Bullon, de Tancredo y de Raimundo de Saint-Gilles, y las vistas de las batallas de Dorilea, de Antioquía y de Ascalon, trazadas en los vidrios de colores de la basílica. El papa Eugenio III fue quien presentó á Luis VII el bordon y la calabaza, distintivos de su peregrinacion. Luego el rey acompañado de Leonor y de una gran parte de su corte, se puso en marcha; lloró al abrazar al abad Suger, quien tampoco pudo contener sus lágrimas. El ejército francés compuesto de 100,000 cruzados, partió de Metz, atravesó la Alemania y marchó hácia Constantinopla, en donde habia de reunirse con las demas legiones de la cruz. El emperador Conrado, por su parte, despues de haber hecho coronar á su hijo como rey de los romanos, y de haber confiado la administracion de su imperio á la sabiduría del abad de Corby, partió de Ratisbona al frente de numerosos batallones (1).»

---

(1) Michaud y Poujolat. *Hist. de las Cruz.* cap. XI.

Tal es la descripcion que de los principios de la segunda cruzada hacen los nombrados historiadores, y que nos demuestra que aun se conservaba en los pueblos aquella fe y amor á la Religion que produjeron la primera.

Una parte de los cruzados fueron destinados á España. Así, pues, pasaron á la Gran Bretaña, donde encontraron doscientas naves tanto inglesas como flamencas, y todos juntos se dirigieron á Portugal, pues que Lisboa se hallaba todavía ocupada por los moros. Cuatro meses de sitio sostuvo esta ciudad al cabo de los cuales se entregó por capitulacion, quedando la plaza por Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, y el botin para las tropas auxiliares, siendo esto todo el triunfo de aquellos cruzados. Los destinados al Oriente que formaban la mayor parte se dirigieron por la Grecia, aunque en grupos separados con la consigna de reunirse á la entrada del Asia.

Antes que el rey partiese de Francia fue necesario nombrar quien regentase el reino, y el rey dejó este asunto á la prudencia de los grandes, los cuales nombraron á Guillermo, conde de Nevers, y á Suger, abad de San Dionisio. Estos nombramientos fueron muy aplaudidos, pues que no habia quien dejase de conocer las bellas cualidades que á ambos distinguian. Guillermo, hacia algun tiempo habia hecho voto de abrazar la vida de cartujo, pues jamas habia tenido apego á las grandezas de la tierra, y el nombramiento que de él se hizo para la regencia del reino, le sirvió únicamente para apresurarse en cumplir su propósito, pues que sin atender á los repetidos ruegos que le hicieron se retiró á la cartuja. Suger por su parte tambien trató de excusarse, pero al fin vencido por muchas súplicas tomo á su cargo el gobierno, no sin pedir ántes el consentimiento al sumo pontífice Eugenio III.

Esta cruzada no fue coronada como la primera por hechos gloriosos, pues que los cruzados tuvieron que sufrir muchas injurias, contribuyendo al mal éxito el haberse mezclado un número bastante excesivo de mujeres en las filas de los soldados, lo que fue causa de desórdenes é indisciplina.

Era el año 1147.

Ambos reyes cruzados Conrado y Luis partieron para la guerra santa. Ocupaba el trono de Constantinopla Manuel Comneno, nieto de Alejo I é hijo de Juan Comneno, el que habia sabido sostener su imperio contra los ataques de los musulmanes, y del que se cuenta que despues de una batalla ganada á los persas no quiso subir al carro triunfal, en el cual colo-

có un cuadro de la Vírgen, á la que atribuia el triunfo y la victoria, yendo él delante á pié, y con una cruz en la mano. Manuel, hijo segundo de aquel emperador, fue el heredero del reino, designado por su padre por haberle reputado más digno de reinar que su hermano el mayor, pero la eleccion fue ciertamente bien desdichada, pues que su mérito y destreza consistia únicamente en saber disimular sus pensamientos. Sus deseos hubieran sido cerrar las puertas á los reyes Conrado y Luis y sus tropas, lo que no hizo por no hallarse con fuerza suficiente para ello. Así pues, les franqueó el paso, dándoles palabras lisonjeras, pero lo que hizo fue agotar contra ellos todos los recursos de su perfidia, de tal modo que á fuerza de mucho dinero era como únicamente podian proporcionarse algunos víveres y pan de muy mala calidad, pues que con el objeto de engañarlos mezclaban cal con la harina.

No nos detendremos en exponer todas las grandes perfidias de que fueron objeto los cruzados por parte de Manuel Comneno. La mala fe y el disimulo de este príncipe llegó á los últimos límites. Cuando Conrado de Alemania llegó á Constantinopla, Comneno que era su cuñado, pues que eran casados con dos hermanas hijas de Berenguer, conde de Luxemburgo, le recibió con muestras del mayor cariño, le hizo magníficos regalos y le dió guias para conducirle por caminos desconocidos á Iconio, donde le aconsejó se dirigiera, porque los musulmanes debian estar desprevenidos en aquella parte: pero los guias obedeciendo las órdenes secretas que habian recibido, y que le habian hecho tomar víveres tan solamente para ocho dias ofreciéndole ponerle ántes de que se cumpliesen en pais abundante, le abandonaron en medio de áridos desiertos rodeados de montañas desde las cuales hordas de musulmanes que se acercaban sostenian frecuentes escaramuzas, siendo inútiles los esfuerzos de los alemanes para defenderse de aquellos enemigos á los que no podian dar alcance. Así pues, determinaron dirigirse hácia Nicea, pero tardaron mucho tiempo en los caminos, de suerte que cuando aquel ejército llegó á dicha ciudad iba arruinado más por el hambre que por las ataques y reducido á unos veinte mil hombres.

No experimentaron tantas desgracias las tropas francesas, pues fueron mejor recibidas en Constantinopla, y el emperador Comneno trató de ganarse la voluntad del rey Luis, el cual pudo haberse apoderado de aquella capital como le aconsejaban muchas personas respetables, pero él se negó á volver contra cristianos las armas que habia tomado para perseguir á los infieles. Así, pues, se dirigió derechamente á Nicea donde se

encontró con el rey de Germania en cuyo semblante se retrataba la tristeza que le habian ocasionado los sucesos de que hemos hecho mencion. Trató el rey Luis de consolarle y animarle, pero él determinó volverse á Constantinopla para pasar el invierno, como en efecto lo hizo, siendo recibido por su pérfido cuñado con las aparentes muestras de la más tierna cordialidad. Luis continuó su marcha forzando el difícil paso de Meandro, consiguiendo muy grandes ventajas sobre las innumerables tropas turcas que por todas partes se le presentaban. Pero como hubiese sido cortado su ejército perdiendo la retaguardia apresuró las marchas hasta llegar á la ciudad de Atalia que pertenecia á los griegos. Por diferentes causas, no siendo las menores los muchos peligros que por todas partes se presentaban, tardó el rey Luis en llegar con sus tropas á Jerusalen, tanto que Conrado que no salió de Constantinopla hasta despues de haber pasado el invierno llegó á la Palestina algunos dias ántes, habiéndose dirigido por mar. Celebróse una gran asamblea de príncipes y señores en la cual quedó resuelto el sitio de Damasco y señalado el punto de reunion que habia de ser en Tiberiades para el 25 de Mayo (1148).

En efecto, llegado que fue el dia señalado, Damasco fue sitiada tan estrechamente que sus moradores léjos de defenderse pensaron tan solamente en proporcionarse los medios de huir de la plaza. Esto no obstante, algunos señores cristianos se dejaron corromper por dinero y dirigiendo el ataque por donde no debian hacerlo, hicieron que sufriesen mucho las tropas. El rey Conrado conoció la traicion é indignado justamente, se embarcó con el propósito de volverse á Alemania. El rey Luis pasó el resto del invierno en Siria, pero al llegar la primavera del año siguiente (1149) se volvió tambien á Europa.

Era entónces rey de Jerusalen Balduino III, el cual quedó completamente abandonado, y sin recursos, á merced de los infieles, los cuales viendo cuan infructuosos habian sido los trabajos de los más poderosos monarcas del Occidente, llegaron á los últimos lindes en su arrogancia.

El papa Eugenio ántes de que el rey Luis saliese para la Tierra Santa, se habia visto obligado á volver á Francia para librarse de nuevas turbulencias, y en aquel reino celebró los concilios de que nos ocuparémos en el capítulo siguiente.



CAPITULO VIII.

Concilios.—Condenacion de los errores de Gilberto de Porrée.—Fou de Estrella.—Se manda respetar la primacía de Toledo.—El Papa en Claraval.—El príncipe Enrique abraza la vida monástica.—Es elevado al episcopado —Martirio del obispo Enrique, y del rey Erico.—Muerte del papa Eugenio III.—Muerte de San Bernardo.

Despues de las fiestas de Pascua del año 1147, el papa Eugenio celebró un concilio en Paris, y se examinaron en él los errores de Gilberto de la Porrée, obispo de Poitiers, sobre la Trinidad. San Bernardo se halló presente en este concilio, y disputó contra Gilberto, pero el Papa dispuso que la cuestion quedase aplazada para el concilio que debia reunirse al siguiente año á mediados de la Cuaresma.

En el mes de Diciembre del mismo año ó en los primeros dias del siguiente 1148, el mismo Pontífice Eugenio III, con diez y ocho cardenales y muchos obispos y abades, celebró otra asamblea en Tréveris. Examináronse los escritos de Santa Hildegarda, que el mismo Papa leyó en presencia de todo el clero. Cuantos se hallaron presentes á la lectura dieron gracias á Dios y despues á San Bernardo. El Papa escribió á la Santa recomendándole que conservase con humildad la gracia con que el Señor la habia favorecido, y que declarase con prudencia lo que le habia sido revelado (Mabillon).

Más importante que los anteriores fue el concilio de Reims, empezado el 21 de Marzo de 1148 por el papa Eugenio III, y no por el legado Alberico, como quiere algun escritor. Asistieron muchos obispos de Francia y algunos de Alemania, de Inglaterra y de España. En este concilio se hicieron muchos cánones, repetidos en su mayor parte de otros concilios. Las noticias que tenemos de esta asamblea son las siguientes, que encontramos en una de las más completas cronologías: «El cánon

sexto priva de la sepultura eclesiástica á los patronos *si exigen de las iglesias más de lo que desde antiguo se halla establecido.* Abolió este concilio los sub-patronos que prestaban homenaje á los que se llamaban grandes y soberanos patronos. Estos nuevos oficiales, ménos poderosos, y por consiguiente más ambiciosos que aquellos de quienes dependian, no se ocupaban por lo comun más que en enriquecerse: más bien eran unos destructores de las iglesias que sus conservadores. En esta asamblea, San Bernardo entró nuevamente en polémica con Gilberto de Porrée. Duró la disputa dos dias. Viéndose obligado Gilberto en convenir que la naturaleza divina, su bondad, su sabiduría y los demás atributos eran Dios mismo, y no solamente la forma por la cual él es Dios, Godofredo, discípulo de San Bernardo, le sostuvo que ántes habia dicho lo contrario, á lo cual contestó Gilberto: «Aun cuando ántes haya dicho otra cosa, ved lo que digo ahora.»—A esto respondió Godofredo: «Vos teneis, segun esto, vuestro dicho y vuestra negacion, como el rey.» Esto era una alusion que hacia á este antiguo proverbio que se aplicaba al que negaba lo que ántes habia dicho, y cuyo orígen ignoramos: *Dice y se desdice como el señor rey.* El resultado de todo fue que condenaron cuatro artículos de Gilberto de la Porrée, á los cuales los obispos opusieron cuatro artículos anunciados en su profesion de fe, que presentaron al Papa y á los cardenales, declarando que ellos no desistirian. Gilberto no fue condenado personalmente, porque prometió corregir lo que habia mal enseñado. Eou de la Estrella, gentil-hombre, breton, del pais de Loudeac, fue tambien condenado en esta asamblea. Era este una especie de loco, el cual oyendo pronunciar á menudo en las iglesias estas palabras, *per eum qui venturus est*, creyó que se hablaba de él confundiendo la palabra *eum* con Eou, que se pronunciaba del mismo modo en la lengua de su pais: y bajo este concepto se consideraba dueño de los vivos y de los muertos, y el que debia juzgar á todos al fin del mundo.» Reproducimos este incidente tal como lo encontramos en la citada cronología, pero en verdad no consideramos como hereje á Eou, sino más bien como un hombre demente más digno de compasion que de censuras. El autor de la cronología justifica la condenacion por haber hecho prosélitos.

En el mismo concilio de Reims, Raimundo, arzobispo de Toledo, se quejó de que el arzobispo de Braga y sus sufragáneos no querian reconocer la primacia de Toledo. El concilio pronunció «la suspension del arzobispo de Braga, si en el término de tres meses no se sometia: pe-

ro aquel prelado acató la decision y se sometió. Tarragona por su parte empezó por el mismo tiempo á desconocer la primacia de Toledo, bajo el pretexto de diversidad de reino, porque Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, se habia hecho rey de Aragon. El Papa intimó tambien á este prelado que se llamaba Bernardo, y que se hallaba presente en el concilio, á someterse al arzobispo de Toledo, reconociéndole como superior suyo (1).

Al par que el papa Eugenio confirmaba la primacia concedida anteriormente por Lucio II á la iglesia de Toledo, remitia á Raimundo, prelado de dicha iglesia, el presente de la Rosa de oro (2).

Cuando el Pontífice se disponia á abandonar á Francia para dirigirse á Roma, quiso visitar á sus hermanos de Claraval, á los que edificó con las virtudes monásticas que habia sabido conservar en su altísima elevacion. Su humildad, aquella mansedumbre de que se hallaba revestido, y su tierna familiaridad, hacian que los monjes le mirasen más como un hermano que como Sumo Pontífice. Si bien este virtuosísimo Papa permitia por honrar su dignidad que fuese cubierto con púrpura su lecho, este era de paja y las ropas de lana. Como quiera que en el Cister se celebrase por aquellos dias capítulo general, Eugenio fue desde el Claraval no para presidirlo como Sumo Pontífice, sinó para asistir como otro cualquiera de sus hermanos, sin embargo de que todos le tributaron las honras debidas al Jefe Supremo de la Iglesia.

Seria por demas difuso hacerse cargo de la multitud de personajes que edificados por las grandes virtudes que resplandecian en el Cister, abandonaban bienes y familia por vestir la cogulla. A muchos de los que jamás hubieran pensado en tomar esta resolucion, les bastó para llevarla á cabo, haber entrado una sola vez en el Claraval. Uno de los que así obraron fue el príncipe Enrique, hermano del rey Luis el Jóven, el cual se dirigió á dicho monasterio por negocios puramente temporales. Estando allí quiso ver á los religiosos en ocasion que se hallaban entregados á los ejercicios de piedad. Fue tal el efecto que en él produjo la vista de aquella santa comunidad, que en el momento arrebatado de entusiasmo, declaró que no volveria á dejar aquella soledad, y pidió inme-

---

(1) Véase cuanto sobre la cuestion de Primacia en España hemos dicho en la pág. 721 y sig. del tomo I.

(2) Véase lo que acerca de la Rosa de oro, hemos dicho en la pág. 659 y sig. del tomo II.

diatamente que se le recibiese en ella (1). Los que acompañaban al príncipe empezaron á llorar amargamente como si hubiese muerto, pero los religiosos se llenaron de alegría y regocijo.

Entre los que formaban la comitiva del jóven príncipe, iba uno llamado Andrés, que dejándose llevar de su génio violento, se desató en injurias contra los monjes, como si ellos le hubiesen solicitado; pero Enrique suplicó á San Bernardo que hiciese por convertir á un hombre tan ciego por el amor del mundo, y el santo abad le respondió: «Dejémosle ahora que se halla exaltado por el dolor que le arrebata: mas no temais, que nuestro es.» Como Andrés oyese las palabras de San Bernardo, dijo dentro de sí mismo, como confesó despues: «Es preciso que este hombre sea un falso profeta, porque estoy bien seguro de que lo que acaba de prometer no sucederá nunca.» Marchóse del Claraval con los demas de la comitiva de Enrique, prorrumpiendo en mil imprecaciones, pero al dia siguiente sintiéndose movido por un espíritu superior, se volvió apresuradamente, y virtiendo lágrimas suplicó se le admitiese en aquel santo asilo.

Cada dia se hallaba más gozoso Enrique de haber abandonado las pompas y grandezas del mundo, y vivia lleno de consuelo en su amada soledad; pero no pudo disfrutarla mucho tiempo. A su pesar y con grandes esfuerzos fue arrancado de su retiro para colocarle en la Silla episcopal de Beauvais, elegido por el clero y el pueblo en 1149. En aquella Silla se mostró un dechado de virtudes, como despues en la de Reims, á la que fue trasladado.

En 1152, como algunos empezaron á mortificar la conciencia del rey Luis VII, tratando de convencerle de que estaba con Leonor su esposa en un grado de parentesco tan próximo, que hacia ilegítima su union, Luis que deseaba separarse de ella porque le habia hecho sufrir grandes pesares por haber descubierto que sostenia correspondencias contrarias al decoro y á la fidelidad conyugal con el príncipe de Antioquía, hizo reunir un concilio en Beaugensi en el dia 18 de Marzo. Extraño es que en catorce años que llevaban de matrimonio del que tenian dos hijos, nadie hubiese parado mientes en la ilegitimidad de este matrimonio. Varios fueron los testigos que depusieron acerca del parentesco de Luis VII con la reina Leonor, y el matrimonio fue declarado nulo, de comun consentimiento de las partes. En su consecuencia, Leonor se casó des-

(1) Metrop. Rem. lib. 3, cap. 1, Vit. S. Bern. lib. 4, cap. 4.

pues con Enrique, duque de Normandía y conde de Anjou, que luego fue rey de Inglaterra, y el rey Luis se casó con Constanza, princesa de Castilla.

Reinaba en la Suecia el rey Eurico IX, el cual era celosísimo por el bien de la Religion, habiendo fundado muchos establecimientos benéficos. En el año 1150 emprendió la conquista de Finlandia; llevó consigo á Enrique, obispo de Upsol, que era la capital de su reino, y ganó una completa victoria despues de la cual oró y lloró por la pérdida de tan gran número de infieles como habian muerto en su ceguedad (1). Concedió la paz á todos los que se habian salvado, y dispuso que se predicase entre ellos el Evangelio, con lo que les dispensaba un extraordinario beneficio. La semilla Evangélica cayó en buena tierra, pues que todos se apresuraron á recibir el bautismo. Se edificaron iglesias, y el rey dejó en ellas sacerdotes que atendiesen al pasto espiritual de aquellos nuevos fieles, dejando tambien al obispo Enrique para que dirigiera y gobernara la nueva cristiandad. Este santo Prelado fue bien pronto mártir de su extraordinario celo. Uno de los recien bautizados cometió un homicidio, por lo que el obispo quiso someterle á la penitencia pública, á fin de que los demas cobrasen horror á semejantes crímenes: pero el finlandés llevado de su furor asesinó al prelado, cuya santidad habia sido ya comprobada por muchos milagros. La Iglesia le venera como mártir. El rey Eurico murió poco tiempo despues, en 1151 á manos de sus enemigos, y es igualmente venerado como mártir. Su vida habia sido austera y despues de su muerte se halló un cilicio debajo de sus vestidos. Por su intercesion obró Dios muchos milagros, haciendo glorioso su sepulcro.

En 1152 el papa Gregorio III canonizó á Enrique I, emperador, rey de Germania, bajo el nombre de Enrique II, y queriendo en la misma época recompensar á la Irlanda por la gran piedad que en ella resplandecia, instituyó cuatro arzobispados, quo fueron los de Armagh, de Dublin, de Cashel y de Tuam.

Tambien instituyó el mismo Papa á instancias de Graciano, célebre por su coleccion de decretos de los Papas y de los concilios, los grados de bachiller, licenciado y doctor, en las academias científicas, con diferentes privilegios. Sin embargo, algun autor afirma que ya ántes del papa Eugenio se conferian dichos grados académicos.

---

(1) Joan. Magn. Hist. Geth. lib. 18, cap. 18.

No obstante la ingratitud con que se portaron los romanos para con este ilustre Pontífice, dejó en la ciudad grandes pruebas de su beneficencia. Reedificó la basílica de Santa María la Mayor, haciendo construir en ella un pórtico proporcionado á la majestad de aquel suntuoso templo, adornándolo con magníficos mosáicos, y llevó á cabo otras diversas obras que contribuyeron al embellecimiento de aquella capital del mundo católico.

Este Pontífice recobró á Terracina y construyó en Roma un palacio cerca del Vaticano, palacio que fue derruido más tarde para hacer lugar al vasto edificio que sirve hoy de habitacion á los Papas. Séanos permitido dar aquí una sencilla descripcion de este suntuoso alcázar, conocido con el nombre del *Vaticano*, para lo cual nos serviremos de los apuntes que tomamos en nuestra visita á la ciudad eterna.

En aquel vasto edificio que revela con mudo pero elocuente lenguaje el estado á que habian llegado las artes en siglos calumniados por los modernos, todo ostenta el sello del verdadero progreso. Ante los hermosos frescos de Rafael, ante las creaciones del genio de Miguel Angel, se extasiaron el Tasso, Ariosto, Milton, Chateaubriand, y otros mil curiosos viajeros, que deseosos de estudiar tantas bellezas dirigieron sus pasos á la ciudad de los Papas, á la ciudad de los grandes recuerdos, á la soberbia capital del mundo cristiano. ¿Quién alentó ofreciendo grandes premios á los célebres artistas que en aquellas obras maestras del genio inmortalizaron sus nombres? Los Papas que lograron hacer de la reina de las naciones la reina de las artes: los jefes del cristianismo, de ese cristianismo que desterrando errores, sembró la civilizacion por todas partes. El pontífice Sixto V, llevando á cabo la obra á todas luces admirable de la gran cúpula de San Pedro, que con razon es contada entre las maravillas del mundo, se hizo acreedor á la admiracion de la Europa. Pues bien, ántes que este Pontífice, habia ocupado la Silla de San Pedro Julio II, y tras este Leon X, á quienes nadie podrá disputarles su extraordinario amor á las artes, y su celo porque se llevasen á cabo las obras mas gigantescas, que supieron premiar generosamente.

Tal vez algunos de nuestros lectores habrán visitado la capilla Sixtina, que es ciertamente la perla de más valor en el palacio Vaticano: en este caso habrán contemplado con admiracion los frescos que adornan sus paredes y los que hermosean su techo: en el centro de éste se ve la majestuosa figura del Padre Eterno en el acto de sacar al mundo de la nada: en todas partes se ve el Dios Omnipotente, ejerciendo actos de su-

premo poder y dominacion: aquí separa la luz de las tinieblas; allí crea la tierra poblándola de animales de toda especie: en esta parte lanza á los espacios los astros que respectivamente han de presidir el dia y la noche: en la otra forma al hombre á su imágen y semejanza, y durante el sueño de Adan se le ve en otro cuadro sacando de su costado á la mujer. Bellezas tantas, obras son de Miguel Angel que habia nacido en Florencia, justamente cuando al influjo y al poder de los pontífices romanos debian renacer las artes en Roma.

Muy al principio del siglo XVI, en 1503, subió á ocupar el trono pontificio, vacante por el fallecimiento de Pio III, á quien sorprendió la muerte á los veinte y ocho dias de reinado, el cardenal Julio de la Róvere, que tomó el nombre de Julio II. Nadie hubiera creido que siendo ya sexagenario, hubiera pensado en dar impulso á las artes, y sin embargo, nada más cierto. Este venerable anciano, destinado por el dedo de la Providencia para hacer olvidar con su santidad de vida y su rectitud los censurables actos de Alejandro VI, no fijó tan solamente su atencion en los asuntos espirituales, sino que extendió sus cuidados á recobrar el patrimonio de la Iglesia, y á hacer florecer las artes. La fama de Miguel Angel, tan aventajado en la pintura como en la escultura, que habia corrido con rapidez cuando contaba tan solamente poco más de veinte años de edad, llegó á noticia de Julio II, el cual le llamó á Roma, encomendándole la obra de un suntuoso mausoleo, destinado á recibir sus cenizas cuando el Señor le llamase á mejor vida. Doscientos mil escudos fue la recompensa ofrecida por el Pontífice al jóven é inspirado artista si concluia la obra segun los deseos del que se la mandaba ejecutar, y de modo que fuese una verdad el grandioso plano que habia presentado á la soberana aprobacion. Esta obra primera que en Roma ejecutara Miguel Angel, está adornada de muchos emblemas históricos, y de cuatro estátuas colosales que representan la vida activa, la vida contemplativa, San Pablo y Moisés. Concluida esta obra, Miguel Angel recibió la órden de pintar al fresco la capilla Sixtina. Durante los trabajos no permitió el artista que nadie penetrase en la capilla, y sus puertas solo se abrian para Julio, único á quien no se podia impedir la entrada, y en solo veinte meses dejó concluida la obra, que no obstante haber transcurrido más de tres siglos se conserva perfectamente, llamando cada dia la atencion de los muchos viajeros que la contemplan.

A *Rafael*, ese otro genio que por el mismo tiempo habia producido la hermosa Italia, son debidas otras de las muchas pinturas que adornan el

Vaticano. Su primera obra es la que representa al Santísimo Sacramento, cuadro que si bien frio y sin piedad como le califican todos los inteligentes, está adornado de figuras admirables. San Leon deteniendo á Atila es otro de sus mejores cuadros. Heliodoro sufriendo azotes; la hermosa vista de Frascati, que se ve en un ángulo de la galería: la batalla de Constantino en la entrada de las habitaciones pontificias, y otras mil pinturas que seria difícil enumerar, hechas unas en tiempo del citado papa Julio, y otras en los dias de su sucesor Leon X, tan amante de las artes como de las letras, sin las cuales, decia, no habia placeres morales en la vida, ni consuelo en la adversidad, ni honor en la prosperidad y en la fortuna (1).

Es digna de admiracion la sala Clementina, llamada así por haber sido Clemente VIII el que la hizo adornar con la suntuosidad que está en el dia. La pintura al fresco que la adorna representa el martirio de San Clemente Papa. El salon régio ostenta en sus paredes pinturas de Urbino y de otros célebres pintores. A su frente se halla el trono pontificio, cubierto por colgaduras de seda blanca con flecos y borlas de oro.

Terminaremos esta digresion que nos hemos permitido, haciendo notar que este edificio uno de los mayores que se conocen en el mundo tiene 25 patios y 12.522 habitaciones ó estancias.

El papa Eugenio III, gobernó la Iglesia ocho años, cuatro meses y diez dias y murió en Tívoli en 8 de Julio de 1153 siendo sepultado en el Vaticano. En los últimos meses de su pontificado disfrutó la tranquilidad que le habia profetizado Santa Hildegarda.

«Uno de los rasgos de la vida de Eugenio que debe ser conocido, dice «un escritor, es que cuidó de hacer traducir en latin muchas obras de «los Padres griegos, valiéndose para ello del literato Burgondion ó Bur-«guñon, juez de Pisa. Este escritor en el prólogo de su traduccion de las «homilías de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo asegura que la em-«prendió de órden del papa Eugenio III, y por obedecerle tradujo tambien «las explicaciones del mismo Padre sobre San Juan, el libro de San Gre-«gorio de Nisa *de la naturaleza del hombre*, y las obras de San Juan Da-«masceno (2).»

Poco tiempo sobrevivió San Bernardo al papa Eugenio, pues que murió el dia 20 de Agosto del mismo año 1153 cuando contaba sesenta y tres

(1) Lafon. *Roma antigua y moderna*. R. moderda, capítulo XIII.

(2) Martenne, t. I, pág. 30, seg. Bercastel, lib. XXXVI, n. 81.

de edad y treinta y ocho despues de la fundacion del Claraval. Distinguióse principalmente este santo abad por su ardiente devocion á la santísima Vírgen María, de la que recibió extraordinarios favores. Refieren los historiadores de su vida que entrando un dia en la iglesia mayor de Espira, ciudad de Alemania y córte que fue del imperio, acompañado de todo el clero y de gran multitud del pueblo, se arrodilló en tres lugares diferentes, y dijo en el primero: *O clemens;* en el segundo: *O pia;* y en el tercero: *O dulcis virgo Maria.* Y en memoria de esta salutacion del santo existen hoy tres láminas de metal en la misma iglesia, y en ellas escritas las mismas palabras, y cada dia se canta la Salve Regina con gran solemnidad. Por las dulces expresiones de que se servia este Padre para elogiar las misericordias de la Vírgen María es conocido por el *melifluo.*

Muchas y muy eruditas obras dejó en las que resplandece un estilo muy piadoso siendo la última que escribió el *Tratado de la consideracion,* que dividió en cinco libros y que es con razon considerada como su obra maestra. En el tercero de dichos libros trata extensamente sobre las apelaciones. Se hace cargo de los abusos que se habian hecho, pero reconoce el derecho y la utilidad de estas apelaciones sujetas á sus límites convenientes, y dirigiéndose al Papa le exhorta, haciéndole oportunos advertimientos referentes al mismo asunto.

Los límites que nos hemos marcado para esta obra, nos impiden el dar cuenta de todas las demas producciones de este genio de la Edad media.

Atendidos los grandes milagros que Dios obró por San Bernardo en vida y muerte, el papa Alejandro III le inscribió en el catálogo de los Santos y despues Pio VIII le declaró doctor de la Iglesia.

CAPITULO IX.

Anastasio IV, papa.—Concilios.—Adriano IV, papa.—Le felicita el rey de Inglaterra. —Fin de Arnaldo de Brescia.—El rey Federico es coronado emperador.—Asesinatos en San Pedro de Roma.—Tratado entre el papa Adriano y el rey de Sicilia.—Muerte de Pedro el Venerable.—Célebre universidad de Bolonia.—Decreto de Graciano.—Libro de las sentencias.—Principio de la tercera Cruzada.

Al siguiente dia de la muerte del papa Eugenio III, esto es, el 9 de Julio de 1153, fue elegido por sucesor suyo Conrado de Suburna, cardenal de Santa Sabina, creado por Honorio II, y en su exaltacion tomó el nombre de

ANASTASIO IV, el que fue consagrado el dia 12 del mismo mes. Este Pontífice, que por sus virtudes y sabiduría fue un digno sucesor de Eugenio, ocupó muy poco tiempo la Cátedra de San Pedro, pero lo suficiente para dar pruebas de cuán acertada habia sido su eleccion. Cuando Inocencio II se habia visto precisado á salir de Roma por el cisma de Anacleto, le habia dejado en calidad de vicario suyo en aquella ciudad, cuyo empleo desempeñó con la mayor prudencia y moderacion, cualidades que demostró tambien cuando fue encumbrado al Pontificado.

He aqui una breve reseña de los concilios celebrados en diferentes puntos desde el de Reims en 1148, que fue el último de que nos ocupamos:

Concilio de Bamberg en 1150, por Eberhart, arzobispo de Saltzbourg, en cuyo concilio se examinó la doctrina de Gerohus, preboste de los canónigos regulares de Reichesperg, sobre Jesucristo. Sostenia que debia ser adorado tanto en su humanidad como en su divinidad, y esta doctrina fue juzgada santa é irreprensible. Así fue que un tal Folmar,

que le habia acusado, fue despreciado completamente y el preboste honrado como era debido.

Concilio de Lóndres en 1151, á mediados de Cuaresma. Fue convocado y presidido por Teobaldo, arzobispo de Cantorberi. Celebróse en presencia del rey y se trató principalmente de las apelaciones á Roma. Segun Belusio, un editor de Venecia ha publicado ocho cánones de este concilio sobre disciplina, de los que no tenemos ninguna noticia.

En 1152 se celebraron dos, que fueron los siguientes:

1.º Concilio de Beaugenci en el Orleanés, en 18 de Marzo. De este concilio nos hemos ya ocupado. Fue el que decidió el divorcio entre el rey Luis VII y la reina Leonor, á causa del parentesco que entre ambos existia.

2.º Concilio en Irlanda en el monasterio de Mellifopt, perteneciente á la órden del Císter. Fue reunido despues del mes de Setiembre por el cardenal Papeson, legado. En este concilio quedaron señaladas las sufragáneas de los cuatro arzobispados de Armagh, Dublin, Cashel y Tuam, que como dijimos á su tiempo, fueron instituidos por Eugenio III.

En 1153 tambien fueron dos los que se celebraron:

1.º Concilio de Worms, por los cardenales Bernardo y Gregorio, en las fiestas de Pentecostés. En este concilio fue depuesto Enrique, arzobispo de Maguncia, á causa de las acusaciones de muchos clérigos, y colocado en su puesto Arnaldo de Seleboven, preboste de esta iglesia.

2.º Concilio de Constanza, en el cual el emperador Federico se divorció con su esposa Adelaida, en presencia de los legados y por consejo de los obispos, segun algunos historiadores.

Por último, en 1154 se reunieron los dos siguientes:

1.º Concilio de Lóndres durante la Cuaresma. En esta asamblea se hicieron resucitar las antiguas costumbres anunciadas en la carta de San Eduardo, y los privilegios del clero.

2.º Concilio *Apud Moretum*. Esta asamblea celebró tan sólo dos sesiones, y tuvo la segunda en un bosque cerca de Moret, en presencia del rey Luis el Jóven y de muchos señores. He aquí lo que acerca de esta asamblea encontramos en una cronología: «El fragmento de las actas de este concilio, publicado por de Acheri, sólo inserta los nombres de algunos obispos, á la cabeza de los cuales se halla el del arzobispo de Reims. Resulta de este fragmento que los habitantes de Rezelai, excitados por Guillermo II, conde de Nevers, contra la abadía de Vezelai, cometieron en esta grandes desórdenes, acarca de lo que se quejaron

los monjes al cardenal Papeson, que regresaba de su legacion de Irlanda, y al cardenal Jordan, que ejercia iguales funciones en Francia. Estando estos dos prelados en Cluny, lanzaron una sentencia de excomunion contra los rebeldes, que se burlaron sin embargo de ella y continuaron sus depredaciones. El último recurso que quedó á los religiosos fue acudir á la proteccion del rey Luis VII, el cual indicó la necesidad de que se celebrara este concilio, en el cual se obligó al conde Guillermo á arrestar á los jefes del motin, para presentarlos al rey, cuando juzgare este hacerles experimentar el castigo debido. Estas últimas disposiciones produjeron su efecto, pues restablecieron la calma en la ciudad, haciendo entrar á sus habitantes en la línea de sus deberes.»

El papa Anastasio IV concedió á los caballeros de San Juan de Jerusalen la plena propiedad de cuanto les habia sido dado y se les diese en adelante para el cuidado de los peregrinos.

Este Pontífice gobernó la Iglesia un año, cuatro meses y veinte y tres dias, y murió el 2 de Diciembre de 1154, siendo sepultado en la basílica de San Juan de Letran.

Al dia siguiente de la muerte de Anastasio fue elegido por sucesor suyo

Adriano IV, único Papa que ha dado la Inglaterra. Habia nacido en Langrey, cerca de Saint-Alban en el Hertfordshire. Era de pobre y humilde cuna. Habia pasado parte de su juventud en el monasterio de San Albano, y despues se trasladó á Francia con objeto de dedicarse á los estudios, para lo que acudió al monasterio de San Rufo, donde se hizo religioso. Era de aspecto hermoso, de amable carácter, y estaba adornado de una gran prudencia. Unidas estas cualidades á un claro y despejado talento, los monjes conocieron bien pronto que habian hecho una gran adquisicion, y al morir el abad le nombraron abad. Sin embargo, la envidia no tardó en levantarle obstáculos, y algunos monjes de los más modernos que no habian tenido parte alguna en su eleccion, le acusaron ante el papa Eugenio III, el cual contestó á los acusadores: «Id y elegid un superior con el que podais ó querais vivir en paz: el que ahora teneis me será á mí muy útil.» En seguida le llamó á su lado, y le creó cardenal-obispo de Albano, sirviéndose de él para el gobierno de la Iglesia. Luego le confirió la legacion de Dinamarca y de Noruega, siendo tan feliz que consiguió confirmar en la fe á aquellos pueblos todavía bárbaros. A su regreso á Roma fue elevado á la Silla apostólica, siendo el dia 3 de Diciembre de 1154.

Cuando Enrique, nuevo rey de Inglaterra, supo la eleccion de Adriano, regocijóse por haber producido su país un Sumo Pontífice, y le escribió felicitándole, y al mismo tiempo le suplicaba que fijase su cuidado en dotar á la Iglesia de ministros dignos, procurando á la vez socorros á la Tierra Santa y al imperio de Constantinopla.

Poco tiempo despues de la elevacion del papa Adriano hubo nuevas turbulencias en Roma, promovidas por Arnaldo de Brescia, que seguia en su proyecto de entronizar el nuevo Senado. El Papa se hallaba en la ciudad Leonina, y al saber los desórdenes ocurridos en Roma, en los que habia sido gravemente herido el cardenal Gerardo en ocasion en que se dirigia á visitarle, puso entredicho en la ciudad, castigo que hasta entónces no se habia impuesto nunca á aquella augusta capital. De consiguiente los divinos oficios dejaron de celebrarse hasta el 23 de Marzo de 1155, en que los senadores, obligados por el clero y por el pueblo, se presentaron al Pontífice, jurando sobre los Evangelios que arrojarian de la ciudad á Arnaldo y sus secuaces. Entónces el Papa levantó el entredicho, y abandonando la ciudad Leonina se dirigió con séquito numeroso de cardenales, obispos y nobleza y se instaló en el palacio de Letran. El pueblo dió muestras de un gran regocijo.

Como el papa Adriano supiese que el rey Federico se dirigia á Roma con el objeto de hacerse coronar emperador, envió tres cardenales que le saliesen al encuentro para que se pusiesen de acuerdo con él, y le exigiesen como preliminar que entregase al revoltoso sectario que habian puesto en su poder algunos señores de la Campania, que le habian librado de las manos de las gentes del Papa. Accedió á ello el príncipe y entregó á Arnaldo de Brescia, el cual fue juzgado y condenado por los cardenales, los cuales le remitieron al prefecto de Roma. Era la intencion de los cardenales que le encerrasen perpétuamente para evitar nuevos tumultos, pero el prefecto, no contento con esto, le hizo colgar y encender debajo una hoguera, concluyendo de este modo tan ignominioso su vida aquel revoltoso sectario.

Adriano, luego que se hubo asegurado de que el rey Federico no iba guiado por miras hostiles, salió á su encuentro y ambos entraron juntos en Roma. Al dia siguiente, esto es, el 18 de Junio de 1155, el Papa coronó solemnemente emperador á aquel príncipe. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de San Pedro.

Dicen los historiadores que ántes de entrar en Roma el Papa exigió de Federico que le sujetase las riendas del caballo, y que como se hubiese

negado á ello, Adriano rehusó darle el ósculo de paz; pero que, en suma, despues de varias contestaciones, el monarca se conformó con la costumbre admitida por sus predecesores. Acerca de esta costumbre, el historiador Artaud de Montor da las siguientes noticias en narracion de la vida del papa Adriano: «Semejante acto de reverencia, dice, que consistia en aguantar la brida del caballo del Papa, habia sido prestado por el rey Pipino á Estéban II en 753; por Luis II á Nicolás I, y tres veces á Adriano II en 857 por Conrado, rey de los romanos, y tambien á Urbano II, en la entrevista de Cremona en 1095; por Guillermo, duque de Calabria, á Calisto II, en Troya, cerca de Nápoles, en 1120; y por Lotario, emperador, á Inocencio II, en 1131.

«Igual homenaje fue tributado despues por el emperador Federico en 1162, por Luis VII rey de Francia en 1163, y por Enrique III rey de Inglaterra en 1177, al pontífice Alejandro III; por Oton IV, emperador, á Inocencio III, cuando aquel fue coronado en 1209; por Cárlos II, rey de Nápoles, y Andrés, rey de Hungría, á Celestino V; por Felipe el Hermoso á Clemente V en 1305; por Juan, duque de Normandía y heredero futuro del reino de Francia, á Clemente VI en 1342; por Cárlos V, emperador, á Urbano V en 1368; por Cárlos III, rey de Sicilia, á Urbano VI en 1383; por Segismundo, rey de los romanos, á Martin V en 1418, y luego á Eugenio IV en 1433; por Federico III, rey de los romanos, á Nicolás V en 1452, y finalmente, por Cárlos V, emperador, á Clemente VII, en 1530.»

No obstante que la coronacion de Federico se hizo muy pacíficamente, descontentos los romanos porque no se habia contado con su consentimiento esperaron á que el emperador se hubiese retirado á su campamento fuera de los muros de la ciudad, para armar un tumulto que tuvo grandes proporciones. Dirigiéronse los descontentos á San Pedro, donde asesinaron á los alemanes que allí habian quedado. El emperador acudió con sus tropas y se entabló una encarnizada lucha, en la que perecieron más de mil romanos.

En 1156 se hicieron varios tratados entre el Papa y Guillermo, rey de Sicilia, por los cuales este príncipe se obligó á pagar el tributo anual como lo habian hecho sus predecesores, y el Papa le dió, en compensacion del reino de Sicilia, el ducado de la Pulla y el principado de Capua con todas sus dependencias.

Pedro el Venerable, tal vez el hombre más célebre de su tiempo despues de San Bernardo, cuyas grandes virtudes fueron muy apreciadas de los

Papas, que le confiaron cargos de importancia, terminó su gloriosa carrera en el monasterio de Cluny, del que era abad, el dia de Navidad de 1156. Dejó varias obras notables por su erudicion y fondo de piedad, las cuales revelan el superior ingenio de que se hallaba adornado.

Florecia por este tiempo la universidad de Bolonia, que tan justa fama ha llegado á adquirir por los grandes maestros que ha producido en todos los ramos del saber humano. El emperador Federico la hizo objeto de su especial proteccion, en lo que dió á conocer el amor que profesaba á las ciencias. El derecho civil florecia en esta escuela más que en ninguna otra de Italia.

Por la época de que nos ocupamos puede decirse que se renovó el derecho canónico, merced al famoso Graciano, natural de la Toscana y monje benedictino en Bolonia, que publicó su *Concordia de los cánones discordantes*, obra que fue muy bien recibida por la Silla Apostólica, así como por todos los doctores. Propónese Graciano conciliar los cánones que al parecer se contradecian, y lo hizo admirablemente, distinguiendo los diversos tiempos y circunstancias. La coleccion de Graciano está dividida en tres partes; trata en primer lugar del derecho en general; despues de los ministros de la Iglesia desde el Papa hasta el más inferior, de las reglas de la penitencia, de la administracion de los Sacramentos, de las ceremonias, etc. Graciano con esta obra utilísima se hizo acreedor al aprecio y gratitud de su posteridad.

El estudio del derecho era el único que se habia restaurado y que manifestaba grandes adelantos. Los demas ramos de la ciencia se hallaban en un verdadero estado de languidez, y la mayoría de los filósofos seguian todavía los antiguos sistemas, mostrando mantener el amor de las disputas y de los sofismas.

En cuanto á la teología, entró tambien en un nuevo método muy necesario en aquellos tiempos, y que veremos seguido por Santo Tomás en el siglo XIII. Podémosla llamar, por el modo de llevar á cabo las demostraciones, teología filosófica. En el siglo que historiamos, un hijo ilustre de la Lombardía manejó con grandes ventajas las armas teológicas guardando el método indicado, que consiste en formar un encadenamiento de verdades, para combatir los groseros errores de Roscelino, de Abelardo y otros herejes. Pedro Lombardo, que así se llamaba el escritor aludido, que tomó su nombre de la provincia donde vió la luz, y que es aun más conocido por *Maestro de las sentencias*, por la obra que escribió bajo el título de *Libro de las sentencias*, contribuyó con esta produccion

admirable, fruto de muchos estudios, á esclarecer las grandes verdades combatidas por los citados enemigos de la fe cristiana. Para nada se ocupa de los filósofos paganos. Su trabajo consiste en haber coleccionado los pasajes de los Santos Padres, y muy especialmente los de San Agustin, para conciliar las aparentes contradicciones que en ellos se advierten y que no son tales. Es un cuerpo de teología muy apreciado, que desde el momento en que apareció sirvió á los maestros de la sagrada ciencia para guia en sus enseñanzas.

Ya vimos el éxito desgraciado que tuvo el viaje del rey Luis VII á Palestina. Sin embargo, la fe daba ánimos al cristiano monarca y no desistia en sus propósitos de hacer la guerra á los infieles. Ante el sepulcro del apóstol Santiago en Compostela, que vino á visitar en peregrinacion, concibió la idea de emprender una tercera Cruzada. Con este objeto escribió al rey de Inglaterra y bien pronto se pusieron de acuerdo para llevarla á cabo. Inmediatamente se reunieron muchas tropas, y ya se disponia lo necesario para la marcha cuando el papa Adriano IV se opuso, manifestando que la urbanidad y el deber exigian, ántes de entrar en territorio extranjero, esperar por lo ménos el consentimiento de los príncipes y de los pueblos del país. Así, pues, se aplazó la expedicion, que por fin no tuvo efecto.

Con motivo de la indicada peregrinacion del rey Luis el Jóven á Compostela, el traductor de la obra de Berault-Bercastel pone en nota el siguiente razonamiento que vamos á reproducir, no obstante que, como tenemos ofrecido, hemos de ocuparnos detenidamente de los asuntos de la Iglesia de España al terminar la historia del siglo XII. Dice así: «El rey de Francia Luis el Jóven vino á España en 1155. Era ya entónces casado el monarca francés con Doña Constanza, á quien en Francia llamaron Adelaida, hija del emperador y rey Alfonso VII, por cuyo motivo dispuso el soberano español hacer ostentacion de toda su grandeza en presencia de los reyes sus hijos y aliados. Salióles al encuentro en Búrgos el emperador don Alfonso y sus dos hijos, mostrándose á porfía todo el país en ostentar sus galas. Cumplida la peregrinacion de Santiago, volvieron á Toledo, donde don Alfonso habia juntado Cortes, y donde fueron recibidos con tal magnificencia y aparato, que Luis y su comitiva quedaron sorprendidos. Halláronse en el cortejo el primogénito de Alfonso D. Sancho y su esposa D.ª Blanca, nombrados ya reyes de Castilla: D. Fernando, su hijo segundo; D. Ramon, príncipe de Aragon; D. Sancho, rey de Navarra; muchísimos obispos y toda la nobleza de la corte, concurrien-

do todos con la mayor ostentacion y lucimiento. El rey Luis, considerada toda esta grandeza y visto el extraordinario presente que le preparaba su suegro, declaró no haber encontrado en Europa ni en Asia corte más lucida; mas de todas las riquezas que se le habian ofrecido, sólo quiso tomar un carbunclo muy grande y de inestimable valor.

«Todo esto puede dar á conocer cuán glorioso fue para España el reinado de Alfonso VII. Sujetó este poderoso monarca á los moros y venciólos repetidas veces hasta en medio de sus dominios de Andalucía. Fue por último uno de nuestros mayòres reyes: «no hubo persona más santa que él siendo mozo, dice Mariana, ni vió España cosa más justa, fuerte y modesta siendo varon... fue príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fue muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpétuamente de ayudar á la Religion cristiana.» Restableció muchas iglesias catedrales, enriqueció todas las de sus reinos, y fundó diferentes monasterios de la órden del Cister. Murió en Fresneda (despues de confesarse con el arzobispo de Toledo D. Juan, de cuyas manos recibió el Santo Viático), á 21 de Agosto de 1157, á los cincuenta y un años y medio de edad. Dejó divididos sus estados en sus dos hijos, D. Sancho que fue rey de Castilla, y D. Fernando de Leon y de Galicia.

«Durante el reinado de D. Alfonso se tuvieron en España doce concilios provinciales en diferentes ciudades del reino, en los cuales se trataron los puntos de disciplina que necesitaban de algunas reformas, y se establecieron decretos y cánones para el mayor lustre y buen régimen de nuestra Iglesia.

«Por el mismo tiempo florecieron tambien muchos santos é ilustres prelados, entre los cuales, ademas de San Isidro labrador y su esposa Santa María de la Cabeza, mencionaremos á San Pedro, abad de Moreruela, San Martin de Soure, Santa Redegundis y San Aston, natural de Badajoz, quien en su juventud fué á Roma á visitar los sepulcros de los santos Apóstoles, y abandonando el mundo se hizo monje en el monasterio de Valleumbrosa, donde llegó á ser general y despues obispo de Pistoya, dejando este ilustre prelado algunos monumentos de su sabiduría, entre los que se cuenta un libro de la traslacion y milagros del apóstol Santiago, patron de España; otro de la vida y milagros de San Juan Gualberto, y muchos sermones y cartas.

«Entónces se hizo igualmente la traslacion del brazo derecho de San Eugenio á Toledo, de donde habia sido primer arzobispo. En España

se habia perdido hasta la memoria del lugar donde reposasen los venerandos restos del primer arzobispo de Toledo San Eugenio. Cuando se celebró el concilio de Reims, convocado por el papa Eugenio III, pasando por Paris el arzobispo de Toledo D. Raimundo, visitó este prelado la iglesia de San Dionisio, y tropezó en una capilla con esta inscripcion: «Aquí descansa Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo.» Sorprendido nuestro arzobispo con este hallazgo, é informado de la veneracion en que era tenido el santo y de los milagros que por su intercesion obraba Dios, y confrontados los libros y memorias de aquella iglesia, que acreditaban la verdad de todo, comunicó la noticia á España. Y teniéndose presente el caso cuando vino Luis el Jóven, se le pidió el santo cuerpo: negábanse á ello los franceses, pero al fin su príncipe ofreció enviar el brazo derecho del santo. Cumplió su oferta, enviando esta preciosa reliquia con el abad de aquel monasterio de San Dionisio. Ya que llegaba cerca de Toledo, salieron á recibirle el emperador don Alfonso, los dos reyes sus hijos, los grandes, el pueblo y el clero. La sagrada arca fue llevada en hombros del emperador y de sus dos hijos, hasta la iglesia mayor, y colocada en ella el 12 de Febrero de 1156, siendo D. Juan arzobispo de Toledo, y en ese mismo dia se celebra en toda aquella diócesis esta traslacion con el nombre de primera, para diferenciarla de la que más adelante en 1565 se hizo de todo lo restante del cuerpo del mismo santo á la misma iglesia, en tiempo de Felipe II, y cuya traslacion con el nombre de segunda se celebra en el arzobispado de Toledo el 18 de Noviembre, en cuyo dia se verificó.»



CAPITULO X.

Muerte de Adriano IV.—Alejandro III, papa.—Cisma de Octavio.—Trabaja el emperador por extender el cisma.—Conciliábulo de Pavía.—El papa Alejandro excomulga al emperador y absuelve del juramento de fidelidad á sus vasallos.—Cumplimiento de una profecía de San Bernardo.—Gran concilio de Tolosa, en el que es reconocido el papa Alejandro.—Solemne entrada del Papa en Francia.—Concilio de Tours.—Aprobacion de la órden de Calatrava.—Momentánea caida del arzobispo de Cantorbery.—Su arrepentimiento.—Su fuga á Francia.—Conducta religiosa de Luis el Jóven.

El papa Adriano IV observó siempre una conducta ejemplar y estaba dotado de una sublime inteligencia y de una grande firmeza de alma: era muy notable por su mansedumbre, hallándose siempre muy dispuesto á perdonar. «Practicaba tan poco el nepotismo, dice Artaud de Montor, que dejó á su propia madre, á la cual sin embargo honraba extremadamente, que continuase recibiendo un pequeño socorro de la Iglesia de Cantorbery.» Adriano murió en 1.º de Setiembre de 1159, despues de haber ocupado la Silla apostólica por espacio de cuatro años, ocho meses y veinte y nueve dias. Pocas son las bulas de este Papa fechadas del año de su pontificado: en alguna señala el lugar que ocupa entre los papas de su mismo nombre, lo que no se verificaba desde mucho tiempo; tambien empezaba el año tan pronto en 1.º de Enero como en 25 de Marzo, y hasta algunas veces seguia asímismo el cálculo pisano.

Cinco dias de vacancia experimentó la Santa Sede, siendo el sucesor de Adriano

ALEJANDRO III, llamado ántes Rolando, segun algunos historiadores, aunque Artaud de Montor le da el nombre de Lorenzo Bandinelli, de la familia Paperoni de Siena, canónigo regular en Pisa y en San Juan de Letran, y profesor de Sagrada Escritura en la universidad de Bolonia. El papa Eugenio III en 1145 le habia creado diácono-cardenal y más tarde

cardenal presbítero de San Márcos y vice-canciller de la Santa Iglesia romana, siendo en suma enviado por Adriano IV, legado cerca de Guillermo, rey de Sicilia, y despues del emperador Federico I. Fue elegido Papa el 7 de Setiembre de 1159 por todos los cardenales, á excepcion de tres, que fueron, Juan Morson, cardenal de San Martin, Guido de Crema, cardenal de San Calisto, y Octaviano, cardenal de Santa Cecilia. Los dos primeros dieron su voto al tercero, que era descendiente de los condes de Frascati. Así lo atestiguan el autor de la crónica de Reichersberg y el anónimo del Monte Casino. Esto no obstante, Onofre Panvini hace subir á seis los electores de Octaviano, comprendiéndose él mismo, á saber: ademas de los que hemos citado, Imaro, cardenal-obispo de Túsculo, Raimundo, cardenal-diácono del título de Santa María *in via lata*, y Simon, abad de Sublac, cardenal de Santa María *in Dominica*. Ciaconio y Palatio añaden todavía dos más, Gregorio, cardenal-diácono de San Vito, y Guillermo, arcediano de Pavía. Sea lo que quiera, lo cierto es que Alejandro rehusó la tiara en el momento de su eleccion, y que Octaviano, que tenia tanto de soberbio como aquel de humilde, deseaba á todo trance sentarse en la Silla de San Pedro. Alejandro fue obligado á aceptar; pero Octaviano, titulándose Papa legítimo, arrancó la capa que acababan de poner á su rival pretendiendo llevársela. Un senador de los que se hallaban presentes se la arrancó de las manos é hizo seña de que le fuese entregada otra que él habia hecho traer. Octaviano se revistió con ella tan de prisa que se la puso al revés, lo que produjo una hilaridad general entre los circunstantes. En seguida, entrando en la iglesia fuerza armada que el anti-papa tenia preparada, arrojaron de ella á Alejandro y sus partidarios, los que se refugiaron en el fuerte de San Pedro. Pocos dias despues Alejandro tuvo que huir de Roma, refugiándose en Ninfa, cerca de Veletri, donde fue consagrado en el dia 20 del mismo mes de Setiembre.

El anti-papa Octaviano se dió el nombre de Víctor IV. En Roma no tuvo partido alguno. Toda la ciudad se puso en conmocion y las gentes gritaban por las calles contra Octaviano, al que llamaban «el Papa al revés» por la equivocacion que le habia acaecido al revestirse la capa pontifical. Por espacio de un mes buscó quien le consagrase, hasta que por fin lo hizo el obispo de Túsculo asistido por los obispos de Melfi y de Ferento, el dia 4 de Octubre. El Papa legítimo habia sido consagrado segun costumbre por el obispo de Ostia.

Sorprende en verdad que el emperador Federico se mostrase adicto á

Octaviano, siendo así que era evidente la nulidad de su eleccion. Federico habia mostrado grande aversion al papa Adriano, y tal vez conservaria algun resentimiento con Alejandro, que habiendo sido enviado por el último Papa legado cerca de aquel príncipe, sostuvo con plausible firmeza los intereses que le fueron confiados. El papa Alejandro envió nuncios al emperador con cartas en las cuales se explicaba clara y minuciosamente cuanto habia ocurrido en la eleccion, pero Federico ni aun se dignó contestar á ellas.

El emperador, que se propuso extender el cisma hasta en las naciones extranjeras, convocó una asamblea en Pavía, que se abrió el 5 de Febrero de 1160. Asistieron cerca de cincuenta obispos y muchos abades, los cuales se declararon por Octaviano ó Víctor IV anti-papa. Este conciliábulo anatematizó á Alejandro III con todos sus partidarios, que habian rehusado asistir por más que habian sido citados. ¿Por qué no asistió Alejandro, preguntarán algunos, para defender públicamente sus derechos? La legitimidad de su eleccion era notoria, y no necesitaba por lo tanto de defensas ni controversias: ni el Jefe supremo de la Iglesia, el verdadero sucesor de San Pedro, podia autorizar con su presencia una asamblea convocada por un enemigo de la Santa Sede. Alejandro hizo lo que debia de hacer, lo que en casos análogos habian hecho sus predecesores: reunió un concilio en Anagni, en el cual, asistido de los obispos y cardenales que formaban su séquito, se excomulgó al emperador con la mayor solemnidad el 24 de Marzo, dia de jueves santo, declarando libres del juramento de fidelidad á todos cuantos se lo habian prestado.

Digamos de paso que San Bernardo habia profetizado el pontificado de Alejandro, anunciando al mismo tiempo los grandes trabajos y tribulaciones que habia de experimentar. Cumplida la primera parte de este vaticinio con la legítima eleccion de Alejandro, no tardó un momento en empezarse á cumplir la segunda. Ya veremos que no solamente el emperador Federico I y el anti-papa Octaviano, sino tres anti-papas más, coadyuvaron á labrar la corona de sus grandes tribulaciones.

Alejandro permaneció en Ninfa hasta 1161, en cuyo año pudo regresar á su capital: algun tiempo despues canonizó á San Eduardo, rey de Inglaterra, muerto en 4 de Enero de 1066, y dejando en Roma un vicario general, se dirigió á Terracina, donde debia embarcarse para dirigirse á Francia.

Entre tanto, y resultando inútiles los esfuerzos hechos por el emperador Federico para atraer al cisma á los reyes de Francia y de Inglaterra,



Honores tributados al Papa Alejandro III por Luis VII
y Enrique II

éstos reunidos en Tolosa tuvieron un gran concilio, al que asistieron unos cien prelados entre obispos y abades de ambos reinos. Allí se hicieron manifiestas las imposturas del anti-papa Víctor, y todos reconocieron al papa Alejandro, más solemnemente que ántes lo habian hecho en las asambleas que habian tenido, cada nacion por su parte, en Beauvais, en Neuf-Marché y en Lóndres.

El Papa, que deseaba el momento de arribar á Francia, llegó á Génova á bordo de una escuadra perteneciente á Guillermo, rey de Sicilia, habiendo sido recibido con grandes demostraciones de júbilo tanto por el clero como por el pueblo, no obstante las disposiciones que en contra habia dado el emperador. Llegado que hubo á Montpeller, tuvo otro concilio en el que nuevamente excomulgó al anti-papa Víctor.

En suma, Alejandro III llegó á Paris á principios del año 1163. A dos leguas de la ciudad salió á recibirle el rey Luis el Jóven, el cual postrándose en su presencia le besó los piés. El Papa le entregó entónces la Rosa de Oro.

La entrada de Alejandro III en Paris fue en medio de las mayores ovaciones. El rey de Inglaterra habia tambien salido á recibirle, y ambos monarcas, Luis VII y Enrique II, llevaban de las bridas el caballo del Papa al hacer este su entrada en Paris. La Francia no se cansaba de ser protectora de la Santa Sede.

Poco tiempo despues pasó Alejandro á Tours, donde en 19 de Mayo (1163) celebró un concilio con diez y siete cardenales, ciento veinte y cuatro obispos y cuatrocientos catorce abades. De este concilio ha publicado Labbe diez cánones, que en su mayor parte son repeticion de los concilios precedentes. El cuarto es contra la secta de los maniqueos, llamados despues los albigenses, con los cuales se prohibió tener convenio alguno bajo pena de excomunion. El quinto prohibe asalariar sacerdote alguno para el servicio de las iglesias, dándole pension anual. Un cronista nos da las siguientes noticias de esta asamblea: «Este concilio, dice, atrajo tanta afluencia de gentes, en particular de señores, que los alojamientos ó posadas se pusieron á un precio fabuloso, en términos que el rey de Francia tuvo que mediar en ello, dando órden á la policía del territorio de Tours, llamado el Castillo Nuevo de San Martin, que dependia de aquel, para que no se permitiese pagar más de seis libras por los mejores alojamientos ó posadas. Se cree que el rey de Inglaterra tomó iguales medidas por lo tocante á la ciudad de Tours, de la que era señor. Santo Tomás de Cantorbery asistió á esta asamblea

con sus sufragáneos, en la cual fue recibido con extraordinarios honores. Arnoldo, obispo de Lisieux, hizo la apertura de este concilio, pronunciando un magnífico discurso. En el cánon noveno se declararon nulas las ordenaciones hechas por Octaviano y por los otros cismáticos. Martenne descubrió y publicó tres nuevos cánones de este concilio.»

El papa Alejandro III en 1164 aprobó la órden militar de Calatrava. No nos detendremos ahora en explicar el orígen de esta institucion, y remitimos al lector á las anticipadas noticias que acerca de las órdenes militares de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa hemos dado en una extensa nota correspondiente á la página 793 y siguiente del tomo I de esta obra.

Era necesario que el Sumo Pontífice residiese en un lugar seguro desde el cual pudiese gobernar tranquilamente la Iglesia, y así, luego que hubo terminado el concilio de Tours, los dos reyes de Francia y de Inglaterra le ofrecieron para su mansion el lugar que le pareciese más oportuno. Alejandro se decidió por la ciudad de Sens, que era entónces la más distinguida en el órden jerárquico, como metrópoli de la capital de Francia. Allí permaneció por espacio de cerca de año y medio.

Tomás de Becquet, arzobispo de Cantorbery, edificaba por su austeridad y grandes virtudes á su diócesis, y aun al reino entero de Inglaterra, pues que vivia enteramente entregado á Dios. Poco tiempo despues de haber regresado del concilio de Tours, envió al rey los sellos de su dignidad de canciller, suplicándole que nombrase otro en lugar suyo. Aquella dimision de tan honorífico destino fue tomada por el rey como un desaire á su persona, ó como una injuria que le hacia un prelado al que siempre habia distinguido en gran manera. Concibió desde luego una grande aversion á aquel prelado, y buscaba ocasion oportuna de humillarle. Justamente se habia suscitado una competencia entre las jurisdicciones civil y eclesiástica, por querer el rey someter á la justicia civil unos clérigos culpables, cosa que el arzobispo desaprobó.

Enrique II, segun ántes hemos dicho, habia honrado al Sumo Pontífice en su entrada en Francia, practicando en compañía de Luis VII el humilde acto de guiar el caballo del Papa, rindiéndole este homenaje de humildad. Por su parte el virtuosísimo Tomás, arzobispo de Cantorbery, habia sido uno de los primeros en reconocer y aclamar al verdadero Pontífice en el concilio de Tours. Ahora veremos al primero afligir al mismo Alejandro que tanto habia honrado, y al segundo dejarse vencer por la injusticia.

Muchos fueron los esfuerzos que hicieron para que Tomás de Cantorbery accediese á los deseos de Enrique. Algunos prelados, impulsados por el temor, abandonaron al prelado prestándose á los deseos del monarca, y el arzobispo dejándose vencer, ofreció consentir.

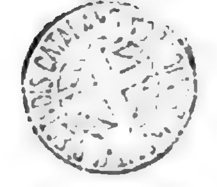
En su consecuencia el rey, que apareció aplacado, hizo juntar en Clarendon una asamblea que se celebró en 25 de Marzo (1164), asistiendo á ella los más poderosos señores, algunos obispos y Ricardo, maestre de los templarios, persona de mucha consideracion. Tomás, que iba decidido á cumplir la palabra que habia empeñado, empezó á temblar considerando las consecuencias de su debilidad, y el maestre de los templarios, como igualmente otros de los asistentes, le decian que considerase las desgracias á que se exponia como igualmente su clero de no acceder á los deseos del príncipe. Decidióse por fin, y fue el primero que se obligó con juramento á observar las costumbres de buena fe y sin ninguna clase de adiciones. Costumbres se llamaban las usurpaciones de las atribuciones eclesiásticas llevadas á cabo por Enrique I, y que deseaba renovar Enrique II. Formáronse diez artículos, que como dice un escritor, eran bastantes para consternar á las personas timoratas. El rey exigió del arzobispo que firmase con los otros prelados, pero aque respondió que se llevaria el acta y veria de hacerlo del modo más decoroso. En efecto, se retiró llevándose un ejemplar de las actas del falso concilio.

No duró mucho la caida de aquel ilustre prelado.

Apénas volvió adonde estaban los suyos, pudo oir las invectivas en que prorumpian los clérigos contra los prelados que perdian el honor y la conciencia. A uno de ellos, que era el que más levantaba la voz, preguntóle el arzobispo que á quién se dirigia, y él le contestó: —«A vos mismo, que trasmitís á la posteridad un ejemplo escandaloso, cual es la aprobacion de unas costumbres tan abominables.»

Aquellas palabras penetraron hasta el corazon del arzobispo, que prorumpiendo en un profundo suspiro, dijo: «Es verdad: he pecado, me arrepiento de mi culpa, y me juzgo indigno de las funciones del sacerdocio, hasta expiarla con la penitencia y obtener del Sumo Pontífice la absolucion.» En seguida se impuso penitencias las más extraordinarias, y envió al Papa una persona de su mayor confianza suplicándole se dignara concederle la absolucion.

Tenia Alejandro III un exacto conocimiento de las grandes virtudes que adornaban á aquel prelado, y así no aprobó que por una falta que



habia cometido y que ya habia expiado con tantas penitencias, se separase de las funciones de su ministerio pastoral, en el que tanto bien podia dispensar á las almas de sus diocesanos. Mandóle pues que se sujetase á la confesion sacramental, y no le ordenó nuevas penitencias. De aquella momentánea caida se levantó el santo prelado más fuerte que ántes, y sin temor de ninguna clase dió al rey la más solemne negativa. Ya no le hubieran importado cosa alguna las grandes tribulaciones, los mayores trabajos ni la muerte misma por defender los fueros de la justicia.

Las más terribles persecuciones sobrevinieron al santo arzobispo. Irritado el rey al ver que Tomás se negaba á firmar, segun se habia obligado por juramento, las actas del concilio de Clarendon, pensó nada ménos que en quitarle la vida: pero temió que los pueblos se levantasen contra él por el amor que profesaban al santo prelado, y así le hizo citar á una asamblea en Northampton que se reunió el 13 de Octubre (1164), con asistencia de los prelados y de todos los señores del reino. En esta asamblea Santo Tomás de Cantórbery fue acusado y condenado por el rey, los obispos y los señores como perjuro y traidor. El santo apeló de este fallo al Papa, el cual anuló, inmediatamente que tuvo conocimiento de ella, la sentencia pronunciada en Northampton. Algunos prelados indiscretos aconsejaban al santo que renunciase su Silla.

La injusticia cometida en aquel pérfido conciliábulo hizo tan poca impresion en el pueblo, que al salir el santo prelado de la asamblea le bendecian celebrando su firmeza.

Todo esto hizo crecer más la aversion de sus enemigos, y no faltaron algunas personas adictas á Tomás que le avisaron secretamente de que ciertos señores, á los que le eran familiares los crímenes, se habian juramentado para quitarle la vida. Entónces el santo arzobispo determinó huir á Francia, abandonando aquel país donde tanto peligraba su vida.

Cuando el rey tuvo conocimiento de la partida de Tomás mandó que saliesen en seguimiento suyo procurando darle alcance, lo que no consiguieron. Al mismo tiempo mandó al Papa una embajada pomposa, como si por este medio hubiese podido conseguir que Alejandro faltase á las leyes de la equidad y de la justicia. Los hombres protervos, que no temen vender su propia conciencia por llevar á cabo sus proyectos, creen fácil cosa corromper á los demas, como si todos tuviesen la desgracia de tener en más estima lo temporal que lo eterno. Durante su viaje atravesó los mayores peligros y no pocas fatigas. Caminaba á pié y vestido de

monje, haciéndose llamar fray Cristiano. Cuando hubo llegado á Bolonia, iba consumido de cansancio, y así no pudiendo dar un solo paso más se vió en la necesidad de echarse en tierra en la mitad de su camino, y dijo á Heberto y á un santo religioso del órden de Semprigan, únicos compañeros que llevaba, que era preciso le buscaran una caballería si habia de seguir adelante en su viaje. En efecto, le buscaron un caballo, pero carecia de silla y de freno: pusieron sobre él su manto y le montaron.

A poco se presentó un peligro. Encontráronse con gente armada que al punto le preguntaron si era el arzobispo de Cantorbery. El prelado odiaba la mentira, pero encontró un medio para librarse del peligro: sonrióse y dirigiéndose á los que le hicieron la pregunta, les dijo: «Juzgad por vosotros mismos si este es el equipaje de un arzobispo.» Entónces sin hacer nuevas preguntas se retiraron, y el santo prelado libre de aquel peligro pudo continuar su marcha.

Por este tiempo el anti-papa Víctor IV habia ya muerto impenitente en Luca, y para reemplazarlo Federico habia nombrado á otro que tomó el nombre de Pascual III y canonizó á Carlo-Magno. La Iglesia no aprobó semejante canonizacion hecha por quien carecia de autoridad para hacerla. Esto no obstante, como nada dijese en contra, bastó esto, dice Lambertini, para que algunos creyesen que fue beatificado *equivalentemente*. Así es que Carlo-Magno recibe el título de santo en las iglesias de Francia, de Germania y de Flandes, pero su nombre no figura en el Martirologio romano.

Continuando el papa Alejandro su viaje se refugió en Pontigny, dependiente de la órden del Císter. El rey Enrique, que lo supo, quiso que fuese arrojado de su asilo, y escribió cartas amenazadoras al capítulo general, que entónces se hallaba reunido. En una de estas cartas se expresa de este modo: «Habeis recibido á mi enemigo Tomás en uno de vuestros conventos, y os probibo que le ampareis por más tiempo, si no quereis perder cuanto poseeis en mis tierras, así como en la otra parte de los mares. Luego que hubo terminado el capítulo general, el abad del Císter, heredero de las virtudes del gran San Bernardo, acompañado del obispo de Parma que ántes habia sido monje del mismo monasterio, y de algunos otros abades, se dirigió á Pontigny, y presentándose al santo arzobispo de Cantorbery le manifestó la órden que habia recibido del rey, y tan solamente le dirigió estas palabras: «Señor, el capítulo no os arroja, ni puede arrojaros; pero os suplica que con vuestra

prudencia considereis lo que debeis hacer.» La respuesta del prelado fue digna de sus virtudes y grandeza de alma. «Gran sentimiento me causaria, les dijo, que la órden que con tanta caridad me ha recibido sufriese por mi causa el menor perjuicio, y por esto me alejaré en seguida de vuestros conventos: confio en que Aquel que alimenta á los pajarillos del aire cuidará de mí y de mis compañeros de destierro.» La noticia fue comunicada inmediatamente al rey de Francia Luis, el cual en presencia de los grandes de su corte celebró las virtudes del arzobispo de Cantorbery, y volviéndose al embajador del mismo que le habia llevado la noticia, le dijo: «Salud de mi parte á vuestro señor, y decidle que aun cuando se hallase abandonado por todos, jamás lo será por mí, y que sean cualesquiera las amenazas que le dirija el rey de Inglaterra, mi vasallo, le protejeré siempre, porque sufre por la justicia. Que diga en qué lugar de mis estados prefiere retirarse y pronto lo encontrará.»

La conducta de Luis el Jóven fue siempre verdaderamente religiosa, y en él encontró un consuelo el santo arzobispo de Cantorbery, que se preparaba con tantos trabajos á recibir la palma del martirio.



CAPITULO XI.

Ofrecimientos de Manuel Comneno, emperador de Oriente, al papa Alejandro.—Federico se aproxima á Roma.—Santo Tomás es constituido legado en Inglaterra.—Notable carta del santo, dirigida á los obispos del reino.—Se refugia en Francia.—Luis el Jóven se declara á favor de Santo Tomás.—Grandes trabajos del santo arzobispo.—Su martirio.—Su canonizacion.—Fin de sus asesinos.—Penitencia del rey Enrique.

En el dia 15 de Marzo de 1168 el papa Alejandro recibió en Roma á los embajadores del emperador griego Manuel Comneno, el cual le prometia unir la iglesia griega á la latina y librarla de la persecucion del emperador Federico. Los embajadores entregaron ricos presentes al Papa en nombre de su señor: pero en cambio de la proteccion que le ofrecia, por medio de la cual someteria á la Iglesia romana no solamente la infiel Roma sino toda la Italia, le pedia la investidura del imperio de Occidente, pues que aquella corona, decia, pertenecia de derecho al sucesor natural de los Constantinos y Teodosios, y no al aleman Federico. El Papa contestó á Comneno que le agradecia sus ofertas y los votos que hacia para la mayor gloria de la Religion, pero que en cuanto á la demanda que le hacia del imperio de Occidente, no habia sido elevado por Dios á tan alta autoridad para promover la discordia, sino para predicar la paz.

A consecuencia de haber sido derrotadas las tropas de Alejandro por el arzobispo de Maguncia, y haber caido Ancona en poder de Federico, este se precipitó sobre Roma, atacando el fuerte de San Angelo y despues la misma iglesia de San Pedro, consumando el sacrílego atentado de ponerla fuego, para obligar de este modo á que se la entregasen. Lleno de temor el papa Alejandro, huyó precipitadamente de Roma,

buscando un asilo en los estados del rey de Sicilia, á los que se dirigió en traje de peregrino. Aprovechándose de esta ocasion el anti-papa Pascual, que se hallaba á la expectativa en Viterbo, se fué á Roma y celebró solemnemente en San Pedro, coronando al emperador y á su esposa la emperatriz Beatriz. La causa de haber sido momentáneo este triunfo de los cismáticos lo explica un historiador con estas frases: «Al dia siguiente de la coronacion, el ejército imperial, despues de un poco de lluvia, fue herido de un sol tan ardiente, que causó repentinamente una mortandad espantosa. Los soldados caian muertos sobre sus armas, y casi en la marcha. La muerte hirió del mismo modo á los prelados y á los señores, entre los cuales principalmente fue horrible el fallecimiento de Reinaldo, arzobispo electo de Maguncia, uno de los principales ministros del emperador. En pocos dias fue tan grande la mortandad, que no habia brazos que pudiesen bastar para enterrar los cadáveres. El dia 6 de Agosto Barbaroja se vió precisado á abandonar las inmediaciones de Roma. Para colmo del desastre, los pueblos sublevados de la Lombardía le cargaron en su retirada, y acabaron de arruinar los débiles restos de sus tropas, más semejantes á un hospital ambulante que á un ejército (1).»

Hemos reproducido el anterior razonamiento de uno de los más sabios é imparciales escritores, y no podemos ménos de ver un hecho verdaderamente providencial y un castigo de Dios en la mortandad repentina que destruyó á los enemigos de la Santa Sede. Ahora como en tantas ocasiones vemos confirmadas las promesas de Jesucristo, que si anunció grandes combates, tambien ofreció su proteccion á su Esposa la Iglesia. ¡ Poder admirable que en la sucesion de tantos siglos no han podido derrocar los esfuerzos humanos! Escribimos en el siglo XIX, justamente cuando la Iglesia viene sosteniendo grandes luchas, pero en vano se ha tratado por un monarca invasor de los Estados Pontificios, por un brigante coronado, el someter á los prelados á sus inícuas pretensiones. Al tiempo que el Santo Pontífice Pio IX ha rechazado con solemne *Non possumus* cuantas injustas proposiciones se le han hecho para que sancione usurpaciones sacrílegas y tiránicos hechos, los obispos han sabido imitar su noble conducta, rechazando con indignacion las impías exigencias de los enemigos de la Santa Sede. ¿Quién se atreveria á arrostrar la suerte del desgraciado arzobispo de Maguncia?

---

(1) Berault-Bercastel. Lib. XXXVII, n. 44.

Santo Tomás de Cantorbery continuaba desde su retiro defendiendo con valor y denuedo la justa causa de la Iglesia, y el Papa le instituyó legado suyo en Inglaterra. Excomulgó desde luego á varias personas, y entre ellas á Juan de Oxford, que era el que más habia trabajado para que el rey de Inglaterra entrase en el cisma. El arzobispo de Lóndres, que conocia muy bien el carácter del santo arzobispo de Cantorbery, se llenó de temor en cuanto tuvo conocimiento de que habia sido nombrado legado, y escribió al rey suplicándole que permitiese á los obispos someterse á la autoridad que el Sumo Pontífice conferia á Tomás, y que no exigiese de ellos una resistencia que seria verdaderamente un oprobio: pues «cuando el Papa manda, decia, no hay subterfugio ó tergiversacion que pueda excusarnos: es necesario obedecer (1).»

Puestos de acuerdo los obispos, escribieron al santo prelado á fin de que usase la mayor moderacion en asuntos de tanta importancia, y que pusiese sus intereses en manos de la Providencia de Dios y de la clemencia del rey, y le recordaban cuánto debia á aquel príncipe que á pesar de su oscuro orígen le habia elevado á tanta dignidad. La respuesta del santo legado fue digna de un obispo que conoce cuáles son sus deberes. Manifiesta que no podia creer que aquella carta hubiese sido dictada por todos los obispos, y entre otras cosas dice: «Me dais á entender que el rey me ha sacado de la nada: confieso que no soy de orígen augusto; pero amo más mi pequeñez que degenerar de mi nobleza. Habré nacido, si lo quereis así, en una cabaña miserable; pero ántes de entrar en el servicio del rey no ignorais que vivia honradamente en mi medianía. Pedro fue sacado de la barca, nosotros somos los sucesores de los Apóstoles y no de los césares. Me acusais de ingratitud; pero este crímen sólo consiste en la intencion que me atribuís, y en esta parte vuestra sagacidad, por mucho que os parezca, puede engañarse. Por lo que á mí hace, creo haberme propuesto hacer un servicio al rey, aun á pesar suyo: quiero apartar del pecado por medio de la severidad pontificia al que se hace sordo á los acentos de la ternura paternal. En todo caso temo sobre todas las cosas ser ingrato para con Dios, para con el más grande y mejor de los señores. Me representais, en fin, el peligro de la Iglesia romana y la amenaza de que el rey se separe de ella. No quiera Dios que, concibiendo de él idea tan infame, mida el mal que medita por todo aquello que puede hacer un príncipe que ejerce su poder en

---

(1) Thom. lib. I. Epist. 131.

tantas naciones. No quiera Dios que tenga este pensamiento injurioso ninguno de sus vasallos, cuanto más su obispo: temed que lo que decís no sea para ruina de nuestras almas, y que el objeto de estas aprensiones afectadas no se manifieste con infamia de muchos. En cuanto á la Iglesia, esta se asegura por las persecuciones: nada debemos temer por ella: todo el peligro es para los que trabajan para arruinarla.»

A consecuencia de la carta, parte de la cual acabamos de reproducir, el rey se irritó sobremanera, y persiguió á Tomás hasta en su mismo retiro. Sintió vivamente el rey Luis de Francia aquella conducta que con el santo arzobispo usaba el rey de Inglaterra, y le ofreció un asilo en su reino. El prelado escogió la ciudad de Sens, donde profetizó su próxima muerte. Enrique II quiso, aunque en vano, sorprender la buena fe del papa Alejandro III como asímismo al rey Luis el Jóven, pero ambos estaban convencidos de las grandes virtudes que adornaban al legado, lo que les impidió el caer en los artificiosos lazos preparados por Enrique.

En suma, despues de mil trabajos sufridos con la mayor resignacion por el santo arzobispo de Cantorbery, este se reconcilió con el rey de Inglaterra, el cual envió comisionados á Tomás para que se avistase con él, y él mismo fué en persona hasta los confines de Chartrain y de la Turena, donde habia determinado tratar al propio tiempo con el rey de Francia. El primero que llegó fue el arzobispo: al dia siguiente llegó Enrique acompañado de una lucida y numerosa corte. Queriendo el rey manifestar que sus intenciones eran rectas, y quitar al mismo tiempo todo recelo ó temor al prelado, apénas le destinguió se dirigió á él saludándole con la cabeza descubierta, y ambos se abrazaron á presencia de la comitiva del rey. Retirándose aparte trataron amigablemente, y el arzobispo dió paternales consejos al rey, el cual le escuchó con humildad y derramando lágrimas. Adónde llegaba la caridad de Tomás lo manifiesta el hecho de que habiéndole dicho el rey que castigaria con rigor á los que á uno y otro habian hecho traicion, bajó del caballo para postrarse á sus piés pidiéndole que usase con todos de misericordia, accediendo Enrique á lo que le suplicaba, y concluyó diciéndole: «En fin, señor arzobispo, volvamos á nuestra antigua amistad, hagamos todo el bien que podamos, y olvidemos enteramente lo pasado.» Y dirigiéndose despues á cuantos se hallaban presentes dijo en alta voz: «Señores; he hallado en el arzobispo cuantas disposiciones se podian desear: si por mi parte no procediese bien con él, seré el más inícuo de todos los hombres y quedará demostrado ser verdad cuanto de mí se dice. Ahora

yo estudiaré el modo de aventajarle ó al ménos imitarle en la buena amistad.» Estas palabras del rey fueron extraordinariamente aplaudidas por la multitud que las habia oido.

El primer cuidado de Tomás fue el ir á su iglesia de Cantorbery para atender á sus necesidades, despues de haber suplicado al rey pusiese remedio á los grandes males que se experimentaban y haberle ofrecido que rogaria al Señor derramase sus bendiciones sobre él y sus hijos.

La gloriosa corona del martirio que habia de ceñir las sienes del santo arzobispo, uno de los más intrépidos defensores de la Iglesia, estaba ya preparada. En Cantorbery, adonde llegó no sin grandes peligros, porque sus enemigos el arzobispo de York y los obispos de Lóndres y de Sarisbury habian intentado quitarle la vida, fue recibido entre las aclamaciones de la multitud, que entusiasmada gritaba: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el padre de los huérfanos y el apoyo de las viudas!* Poco despues de la llegada del santo arzobispo se presentaron algunos clérigos de los citados obispos pidiendo la absolucion de sus señores, á lo que contestó que él carecia de facultad para poder levantar las censuras impuestas por el Papa, pero que haria cuanto estuviese de su parte si aquellos obispos ofrecian bajo juramento obedecer las órdenes del Soberano Pontífice. Los prelados de Lóndres y de Sarisbury se hallaban dispuestos á someterse, pero el rebelde arzobispo de York, trabajó con ellos logrando separarles de sus buenos propósitos. Para concitar contra santo Tomás el odio del jóven rey partieron los tres á Normandía, y trataron de persuadirle de que Tomás queria deponerle. Esto era una miserable calumnia. Por su parte el santo Prelado se dirigió á Lóndres, pero á las puertas de esta ciudad fue detenido, y se le ordenó volver á su Iglesia por mandato del príncipe, al que habian prevenido contra él valiéndose de groseras imposturas.

Una vez en su iglesia, ocupó el púlpito en el dia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y anunció su próxima muerte, lo que produjo un gran sentimiento en su auditorio, manifestado por tiernas lágrimas. Despues de esto habló contra los que perseguian á la Iglesia. Los tres obispos citados se presentaron nuevamente al rey Enrique y le dijeron que Tomás se habia mostrado implacable contra los que habian tenido parte en la consagracion del jóven rey. Este, que como dicen los escritores no era un malvado, se irritó sin embargo, y dando crédito á las palabras de los tres obispos, exclamó: *¿No se hallará una persona capaz de vengarme de un obispo que alborota el reino y trata de destro-*

narme? Estas palabras fueron la sentencia de muerte para el invicto defensor de la Iglesia, por más que no fuese tal la intencion del rey. Cuatro gentiles hombres de palacio, aduladores miserables de los que jamás faltan al rededor de los tronos, salieron del regio alcázar, se embarcaron y llegaron en muy corto tiempo á las inmediaciones de Cantorbery. Al dia siguiente se presentaron en el palacio del arzobispo y le hicieron las mayores amenazas, si inmediatamente no levantaba las censuras. Sin temor alguno el santo prelado á una muerte que aguardaba y que debia coronar dignamente una vida tan llena de virtudes, contestó que sólo al Sumo Pontífice correspondia desatar lo que habia atado, y sin esperar un momento se fué á la Iglesia. Tras él fueron los cuatro que le habian hablado y con ellos otros muchos, todos provistos de buenas armas. El clero quiso impedirles la entrada cerrando las puertas; pero el arzobispo se opuso á ello, diciéndoles que la casa de Dios no debia defenderse como un campamento, y dirigiendo la voz llena de dulzura á los enemigos les suplicó que no causasen el menor daño á aquellos eclesiásticos. Despues se arrodilló al pié del altar, é hizo esta fervorosa oracion: *Me encomiendo, junto con la causa de la Iglesia, á Dios, á la Santísima Vírgen, á los santos Patronos de esta iglesia y al mártir San Dionisio.* Arrojáronse los conjurados sobre él y le dieron cuatro golpes en la cabeza que le hicieron saltar el cerebro al pavimento, quedando muerto en el instante. El martirio de Santo Tomás de Cantorbery tuvo lugar el dia 29 de Diciembre de 1170, cuando contaba cincuenta y tres años de edad. Los monjes de Cantorbery, que se dieron prisa á enterrarle por evitar que su cadáver fuese profanado por los asesinos, hallaron que tenia el cuerpo cubierto de cilicios.

Toda la ciudad quedó consternada á la primera noticia de este sacrificio, y todos corrian presurosos á empapar pañuelos en la sangre del ilustre mártir. Dios quiso hacer glorioso su sepulcro por una multitud de milagros que desde luego empezaron á verificarse.

El hecho que hemos descrito llenó de indignacion á toda la Inglaterra, á Francia, al rey Luis el Jóven y al papa Alejandro, porque en todas partes eran conocidas y admiradas las virtudes de Tomás de Cantorbery. El mismo rey Enrique quedó como atónito y pasmado. Habia sospechado la idea de los asesinos y habia enviado una órden para que no causasen el menor daño al arzobispo, pero ya era tarde. Su alma habia volado á la patria celestial. Entónces protestó de su inocencia y al mismo tiempo del dolor que experimentaba: por espacio de tres dias

redujo su alimento á un poco de leche de almendra, permaneciendo encerrado y sin permitir dejar verse de nádie.

Con el objeto de sincerarse y hacer ver su inocencia envió á Roma diputados de la iglesia de Cantorbery; pero en aquella ciudad estaban aterrorizados y no habia quien dejase de pedir justicia del sacrilegio cometido en la persona del más ilustre de los obispos. Los enviados de Luis el Jóven y los de todos los grandes prelados pedian la pronta reparacion del escándalo. Hé aquí de qué modo escribia Luis: «Un cristiano que está tranquilo á vista de este ultraje hecho á la Iglesia, es un traidor á su religion y se hace formalmente ingrato á Dios. Extinguir esta lumbrera brillante de la Iglesia, y matar el mártir, cuyos milagros atestiguan claramente la causa por la cual ha muerto, es haber herido á Jesucristo en el objeto más delicado de su amor. Vuestro brazo, Santo Padre, está armado de la espada apostólica: toda la Iglesia reclama vuestra venganza, más por sí misma que por él (1). En vano los enviados ingleses pretendieron en algunos dias ver al Papa, pues que este se resistia fuertemente á verlos. Pero al fin cediendo Alejandro á repetidísimas instancias les concedió la audiencia que solicitaban. Al pronunciar los embajadores el nombre del rey Enrique, toda la corte romana prorumpió en un grito de indignacion, pues que no habia quien quisiese ni aun oir el nombre de aquel monarca, que pudiendo haber evitado con tiempo el hecho que motivaba el dolor general, habia sido por el contrario la primera causa que lo habia producido. Los embajadores aseguraron que el rey estaba dispuesto á sujetarse á cuanto ordenase la Santa Sede, protestando de su arrepentimiento, pero Alejandro ántes de resolver cosa alguna determinó enviar legados á Normandía, para que examinasen todas las circunstancias del crímen con la mayor minuciosidad, y se informasen de las disposiciones de Enrique y de su sumision á la Santa Sede.

Enrique juró en los términos que quisieron los legados del Papa, anuló todas las ilícitas costumbres que él habia establecido en su tiempo, recibió la penitencia y fue absuelto del asesinato de Santo Tomás de Cantorbery. Despues se celebró un concilio en Cassel, en el cual el rey reiteró su juramento ampliándolo con algunas cláusulas de cariño y de obediencia hácia el papa Alejandro, y los prelados hicieron trece cánones

(1) Baron. ad ann. 1171.

ordenando especialmente los bautismos y matrimonios, en los cuales se habian introducido algunos abusos.

Siendo tan repetidos los milagros obrados en el sepulcro de Santo Tomás de Cantorbery, fue canonizado solemnemente el dia 21 de Febrero de 1173, instituyéndose su fiesta como mártir en toda la Iglesia católica. Cuando en el siglo XVI se introdujo el protestantismo en Inglaterra, en tiempo de Enrique VIII, el sepulcro de Santo Tomás fue sacrílegamente profanado y quemados los huesos del santo. Desde el dia de su martirio al de su canonizacion trascurrieron tan solamente dos años y dos meses.

Deseará saber el lector cuál fue la suerte de los infelices obispos asesinos de Santo Tomás, y justo es satisfacer este natural deseo. El historiador Berault-Bercastel, que nos ha proporcionado en su mayor parte las anteriores noticias, nos da cuenta del modo siguiente del fin de aquellos desgraciados obispos.

«En el discurso de los tres años, dice, que siguieron á la muerte de Santo Tomás, la mano de Dios se descargó visiblemente sobre los cuatro asesinos del santo. Despedazados por los remordimientos, luego que hubieron consumado su crímen, no se atrevieron á volver á la corte, á la que habian pretendido servir; se retiraron á una tierra distante que pertenecia á uno de ellos en la extremidad occidental de Inglaterra. El deshonor que llevaban impreso en la frente no pudo ocultarlos, y fueron un objeto de horror para las gentes del país. Las personas más ordinarias no querian comer ni hablar con ellos, y echaban las sobras á los perros, y ni aun estos se llegaban á ellas, si hemos de dar crédito á los escritores contemporáneos (1). Habiendo llegado á hacerse insoportables á sí mismos, fueron á ponerse á discrecion del Papa, el cual les impuso por penitencia la peregrinacion á Jerusalen. Guillermo de Traci fue atacado en Cosenza de Calabria de una enfermedad horrible, en que las carnes se le caian á pedazos, particularmente los piés y las manos. Murió en este estado manifestando un sentimiento sumo de su delito, é invocando sin cesar al nuevo mártir. Sus tres cómplices aportaron á Palestina, pero murieron cási inmediatamente en las mismas agitaciones de conciencia. Enterráronlos delante de la puerta del templo, y grabaron este epitafio sobre el sepulcro: *Aquí yacen los desgraciados que*

(1) Roger. Annal. pág. 522.

martirizaron al bienaventurado Tomás, arzobispo de Cantorbery.

«Parece que el Señor no quedó aun satisfecho con estas reparaciones. En su rigoroso tribunal los soberanos son responsables de los pecados á los cuales sus pasiones ó su sola negligencia puedan dar márgen. Enrique II, no obstante haber desaprobado tan auténticamente el asesinato, fue el blanco de los golpes más sensibles que el brazo de la divina justicia suele descargar en este mundo sobre un príncipe. Sus propios hijos y su esposa Leonor se rebelaron contra él. El rey de Francia y el conde de Flandes invadieron sus provincias de este lado del mar. Luis penetró en el seno de la Normandía, y puso sitio á la capital. En tanto que el desgraciado Enrique se preparaba para socorrerle, supo que el rey de Escocia, de acuerdo con los sediciosos de Inglaterra, habia penetrado ya en el reino y asolaba el Northumberland. Dejó la Normandía y voló donde la desgracia podia serle más fatal (1173).

«Pero este príncipe, continúa el mismo escritor, que nunca pareció más grande que cuando el peligro era extremado, conoció la insuficiencia de sus recursos contra los ministros de la venganza celestial, y la necesidad de desarmarla enteramente. En vez de marchar contra el enemigo, se encaminó á Cantorbery (1174), y dejando su equipaje fuera de la ciudad, se descalzó, vistióse una mala túnica y se dirigió en silencio á la catedral, poniéndose delante del sepulcro de Santo Tomás. Allí, sin haber tomado alimento alguno, pasó el resto del dia y toda la noche en oracion, postrado sin alfombra en el suelo. Luego desnudándose las espaldas quiso que cada obispo de los que estaban presentes y los religiosos de la comunidad, en número de ochenta, le azotasen con varas uno despues de otro. No faltaron burlones insulsos que se divirtieron á expensas del rey; pero la inesperada vuelta de su primera fortuna les cerró bien pronto la boca. Al dia siguiente de su humilde penitencia, habiendo mandado Enrique que se le dijese misa en honor del santo mártir, en la hora misma en que se celebraba fue vencido y hecho prisionero el rey de Escocia por los ingleses que permanecieron fieles. Poco despues se levantó el sitio de Ruan, la paz se restableció entre la Francia y la Inglaterra, todos los proyectos de los enemigos de Enrique fueron desconcertados, su familia solicitó perdon bajo las condiciones que tuviese á bien prescribirle, y en ménos de tres meses se vió tan poderoso cual nunca habia sido, y mucho más tranquilo.»

En estos hechos vemos como siempre la mano de la Providencia. Dios

castiga con rigor los grandes crímenes que el hombre comete arrastrado por sus pasiones; pero cuando el criminal reconoce sus pecados, los llora con sinceridad y los expia por medio de la penitencia y del arrepentimiento, consigue la misericordia del que no quiere la muerte del delincuente, sino que se convierta y que viva.



CAPITULO XII.

Relaciones del papa Alejandro con el sultan de Iconio.—Calisto III, anti-papa.—Derrota del emperador Federico.—Resuelve someterse á la Santa Sede.—Concilio de Venecia.—Arrepentimiento del anti-papa Calisto.—Inocencio III, nuevo anti-papa.—Undécimo concilio general, III de Letran.—San Lorenzo de Dublin.—Cánones del concilio de Letran.—Muerte del emperador Manuel Comneno.—Rebelion de los griegos contra los latinos.—Perfidia de Andrónico.—Su desastroso fin.—Doctrina de los nuevos maniqueos.

A través de un Pontificado muy agitado que le hacia con mucha frecuencia abandonar á Roma, el papa Alejandro extendia sus cuidados á todas partes, y no solamente eran objeto de su solicitud los pueblos cristianos, sino que á más fijaba su vista en aquellos que no habian sido alumbrados por la luz de la fe, en su deseo de atraerlos á todos al redil del soberano Pastor de las almas. Las potencias de Levante eran las que más hostiles se presentaban al cristianismo, y por esta causa fueron objeto preferente de la atencion del Jefe Supremo de la Iglesia. El sultan de Iconio habia enviado una embajada á Alejandro con cartas en las que manifestaba inclinacion á la religion católica. A vista de esto el Papa sostuvo una larga correspondencia con él, para persuadirle á abandonar los errores de su secta y entrar en el seno de la verdadera Iglesia. El sultan, cuya inclinacion á nuestra religion habia nacido de la atenta lectura de algunos libros del Antiguo Testamento, en los que percibió rasgos brillantes del cristianismo, pidió á Alejandro que le enviase personas capaces de instruirle con toda extension. Lleno de regocijo el Papa le contestó con la mayor dulzura, y se dió prisa á enviarle misioneros, los cuales le llevaron al mismo tiempo instrucciones por escrito. Ignoramos cuál fue por entónces el resultado de estos esfuerzos que manifiestan todo el celo de que se hallaba animado el incansable Pontífice.

Así, cual si hubiese disfrutado de una paz inalterable el papa Alejandro, cási siempre errante y fugitivo, se mostraba por sus hechos digno sucesor de los grandes Pontífices que como San Gregorio VII supieron sacrificarse por la causa de la Iglesia. El emperador Federico estuvo varias veces á punto de reconciliarse con la Iglesia, persuadido por las instancias de un santo cartujo; pero su carácter veleidoso le hacia querer y no querer al mismo tiempo. Como hubiese muerto el anti-papa Pascual, se dió prisa en darle sucesor y reconoció por cabeza de la Iglesia á Juan, abad de Strum, elegido por los cismáticos y que tomó el nombre de Calisto III. Despues de este nombramiento Federico vió que disminuia notablemente el partido del cisma, y fingió nuevamente querer reconciliarse con la Iglesia. Envió al papa Alejandro el obispo de Bamberg, pero con la órden de entenderse tan solamente con el Pontífice con exclusion de toda otra persona. Esto fue un artificio que comprendió Alejandro, el que no se dejó sorprender.

El orgulloso y rebelde emperador Federico sufrió al poco tiempo una derrota vergonzosa para él. Reunió un grueso ejército de alemanes y se dirigió hácia el Milanesado, al que no logró sorprender, pues que aquellos pueblos, que estaban prevenidos, salieron con el mayor órden, se arrojaron contra el invasor y su ejército, y consiguieron derrotarlo completamente, alcanzando una admirable victoria, en 29 de Mayo de 1176. De este modo quedó destruido el poder germánico hasta la otra parte de los montes, consiguiendo la Lombardía la libertad por que hacia tanto tiempo suspiraba. Hallóse en el campo el caballo del emperador, pero no su persona, lo que hizo creer á todos que habia muerto. Pero él habia podido escapar, y los que hasta entónces le habian sido afectos y le habian ayudado á sostener el cisma y con él la intranquilidad de la Iglesia, entraron en razon, y comprendiendo el mal camino que seguian, le dijeron que le abandonarian completamente si no procuraba desde aquel instante la paz de la Iglesia. Entónces resolvió definitivamente hacerlo así, reconciliándose con el verdadero Vicario de Jesucristo. Envió, pues, embajadores al papa Alejandro y estos le ofrecieron de su parte que daria la paz á la Iglesia romana, reconociendo al papa Alejandro, al que volveria la prefectura de Roma, restituyendo á la Santa Sede las tierras que habian sido donacion de la condesa Matilde (1).

Tratada pues la paz, el Papa se trasladó á Venecia, donde concurrió

(1) Pági, ann. 1176, n. 6.

tambien Federico, y en el domingo de Pasion 19 de Abril de 1177 se avistaron. Despues fueron llegando muchos prelados y señores, entre ellos el patriarca de Aquileya y los arzobispos de Ravena y de Milan, con los obispos de su dependencia y los grandes señores de sus respectivas ciudades. Reunióse entónces un numeroso concilio en la iglesia de San Jorge, donde asistió un pueblo numeroso. El Papa con las más dulces palabras dió cuenta á la asamblea de la conversion del emperador, que se hallaba presente. Hé aquí de qué modo se expresó: «Bien os consta, amados hijos mios, la terrible persecucion que ha venido experimentando la Iglesia por parte del príncipe que debia ser su primer defensor; y sin duda os ha causado una profunda pena la destruccion de los templos del Señor, los incendios y el gran número de otros crímenes que han sido consecuencias naturales de la desunion y de la impunidad. El cielo ha permitido que estos terribles males hayan tenido de duracion diez y ocho años, pero al fin Dios en sus altos juicios ha permitido que la tempestad se disipe y suceda á ella la dulce calma: ha tocado bondadoso al corazon del emperador reduciendo su fiereza, de modo que venga á nosotros á pedirnos la paz. ¿Quién no reconocerá en este hecho el milagro del Todopoderoso? ¿Quién no se admirará al ver á un sacerdote, agobiado bajo el peso de los años, triunfar de la dureza germánica y vencer sin guerra á un príncipe formidable? Pues ved lo que ha sucedido. ¿No servirá esto para que todo el mundo conozca que es imposible combatir contra Dios?» Estas palabras del Pontífice entusiasmaron á la asamblea y al pueblo numeroso que habia asistido, de suerte que todos bendecian á Dios, que así habia permitido un nuevo y admirable triunfo á su Iglesia.

El emperador rindió al Pontífice honores públicos y declaró solemnemente que, persuadido por malos consejeros, habia atacado á la Iglesia creyendo que la defendia, y abjuró en presencia de todos el cisma. Entónces se alzó por el Papa y los cardenales el anatema que pesaba contra el emperador Federico, quedando por lo tanto rehabilitado. Pocos dias despues se juró solemnemente la paz, al frente de la verdadera Cruz, de los Evangelios y de algunas reliquias. Los príncipes del imperio, así legos como eclesiásticos, hicieron igual juramento. Para terminar el concilio el Papa fulminó una excomunion contra los que turbasen la paz establecida ó violasen bajo cualquier pretexto sus condiciones. Segun la antigua costumbre, miéntras el Papa pronunció la fórmula de la excomunion todos los asistentes, así eclesiásticos como legos, tenian una vela encendida en la mano, y al terminar dicha fórmula todos la arrojaron al

suelo en señal de maldicion, exclamando con inclusion del emperador: *Así sea, así sea.* Tras esta solemne sumision y reconciliacion de Federico siguió la de los demas cismáticos, que fueron obligados á prometer sumision y obediencia al papa Alejandro y sus legítimos sucesores.

No fue ménos notable la abjuracion y arrepentimiento del anti-papa Calisto. Luego que Alejandro fue restablecido en Roma, Federico, cuya reconciliacion habia sido sincera, escribió con energía á Calisto, ó sea Juan de Strum, amenazándole con extrañarle del imperio si inmediatamente y sin pérdida de momento no prestaba obediencia al verdadero Pontífice. El anti-papa, arrepentido de haber sostenido el cisma, corrió en busca de Alejandro que se hallaba en Túsculo, y arrojándose á sus piés le pidió perdon, detestando su pecado y protestando que le reconocia por único y verdadero Vicario de Jesucristo. Alejandro, que estaba dotado de unos sentimientos los más generosos, no le dió la menor reprension, y ántes por el contrario le levantó, y con las más dulces palabras le excitó al arrepentimiento y á la penitencia. A pesar de esto, los cismáticos que habian quedado, y que por cierto no eran en gran número, hicieron un nuevo y desesperado esfuerzo, y un mes despues eligieron otro anti-papa en la persona de Laudo Sitino, al que mudaron su nombre en el de Inocencio III. Esta última chispa del incendio del cisma se extinguió al año. Inocencio tuvo pocos adictos, y el papa Alejandro le persiguió vivamente, hasta que le hizo comparecer en su presencia y postrarse á sus piés. Hízole luego encerrar en el monasterio de Clave, donde al fin murió el cuarto y último de los anti-papas que turbaron el Pontificado de Alejandro III.

Poco ántes de acabar de reducir á esta faccion perturbadora y despreciable, Alejandro reunió el

UNDÉCIMO CONCILIO GENERAL, III DE LETRAN, compuesto de trescientos dos obispos de todos los países católicos, con un abad que asistia por parte de los griegos. Tuvo por objeto esta asamblea remediar los grandes males ocasionados por el cisma que por espacio de tantos años habia afligido á la Iglesia. Tuvo lugar la primera sesion el 5 de Marzo (1179), la segunda el 14 y la tercera el 19.

De Irlanda vino á este concilio San Lorenzo, arzobispo de Dublin, que era ya de una edad bastante avanzada, el cual fue recibido por el Papa con los mayores honores, y le nombró legado suyo en Hibernia: pero poco despues espiró en la ciudad de Eu en la Normandía. Los escritores refieren grandes hechos de este prelado. Dicen que cuando hu-

bo recibido el Santo Viático, su confesor le anunció que debia hacer testamento, á lo que respondió: «¿Qué he de testar cuando sabe Dios que nada poseo sobre la tierra?» Nada podia en efecto poseer el que habia sido un verdadero Padre de los pobres.

En el concilio de Letran se hicieron veinte y siete cánones, confirmando el primero á los cardenales el derecho exclusivo de elegir el Papa, y fijó en las dos terceras partes del sacro colegio el número necesario de votos para que la eleccion sea canónica. El tercero prohibe ordenar á un obispo ántes de los treinta años de edad. Por el quinto se manda á los obispos mantener á un diácono ó un sacerdote, al que habrán ordenado sin asignarle cóngrua con que poder subsistir, á ménos que este sacerdote ó diácono tenga patrimonio con que poder snstentarse. Segun Fleuri, esta es la vez primera que se habló de patrimonio en vez de un título eclesiástico. El décimo prohibe que un religioso tenga peculio, si no es por el ejercicio de su obediencia. El décimocuarto prohibe bajo pena de anatema á los laicos trasferir los diezmos á otros laicos, obligándoles á restituirlos á la Iglesia. «Este cánon, dice monsieur Pleffel, no se cumplió nunca; pero sin embargo, se impidieron las usurpaciones y las ulteriores enajenaciones de los diezmos, y los señores laicos encontraron así un medio, á favor de una distincion adoptada por todos los canonistas, de crearse un título para poseer tranquilamente los diezmos enagenados ántes de la época de 1179.» Por otro cánon se prohibe á los obispos y arcedianos el llevar en su compañía durante sus visitas perros y pájaros para la caza. Como el objeto principal del concilio fue, segun ya hemos manifestado, la extincion del cisma y el asegurar la paz á la Iglesia, se escribió la siguiente fórmula que firmó cada uno de los asistentes: «Yo N..... anatematizo y rechazo toda herejía contraria á la Santa Iglesia romana, y principalmente el cisma de Octaviano, de Guido y de Juan; confieso que son nulas (en cuanto á la jurisdiccion) las ordenaciones hechas por estos tres anti-papas: desde ahora y para siempre prometo obedecer con toda fidelidad á la Santa Iglesia romana, á mi Señor el papa Alejandro y á sus sucesores legítimos: le serviré contra toda persona segun mi clase y con la mayor sinceridad. Si me confiara sus consejos ó mandato por escrito, ofrezco no entregarlos á nádie, aunque peligre mi vida. Al legado de la Iglesia romana tributaré todo el honor que le es debido, contribuyendo á los gastos de su viaje. Así Dios me ayude y estos santos Evangelios (1).»

(1) Labbe, t. 10, pág. 1490 á 1505.

Hemos indicado las principales disposiciones de los cánones de este concilio ecuménico, y ahora añadiremos que por el cánon XVIII se manifiesta que no era culpa de la Iglesia si los estudios no habian llegado á un estado floreciente, disponiéndose que con el fin de proveer á los padres de medios seguros de instruccion para sus hijos, en cada iglesia catedral hubiese un maestro, al cual se le asignase un beneficio competente para su sustentacion, el cual abriese escuela para que á ella acudiesen á recibir gratuitamente instruccion cuantos quisiesen disfrutar de este beneficio. Tal es el orígen de la dignidad de maestrescuela que existe en todas las catedrales de España.

El esplendor de la Iglesia de Oriente tocaba á su ocaso. El 24 de Setiembre de 1180 murió el emperador Manuel Comneno en la comunion de la Santa Sede. Durante un reinado de más de treinta y siete años, habia procurado, á ejemplo de su padre, conservar la union de la Iglesia griega con la latina. Murió cubierto con el hábito monacal y sucedióle en el imperio su hijo Alejo, que contaba entónces la edad de trece años. A imitacion de su padre, fue muy favorable á los latinos, á los que con preferencia confiaba los asuntos más graves de sus Estados. Esto excitó la envidia hasta entónces contenida de los griegos, los cuales buscaron la ocasion de exterminar á los latinos de todo el imperio. Con este objeto acudieron á Andrónico, que era de la familia de los Comnenos, y al que el abuelo del emperador Alejo habia tenido encerrado en una prision por su genio turbulento, aunque despues le concedió el gobierno del Ponto, teniéndole de este modo alejado de la corte. Prestándose gustoso á llevar á cabo los planes revolucionarios formados por los grandes del imperio contra los latinos, vino un ejército hasta acampar en las inmediaciones de Constantinopla. Los descontentos se levantaron inmediatamente, y apoderándose del regente le condujeron al campamento, donde Andrónico le hizo sacar los ojos. Despues el mismo Andrónico con sus tropas cayó sobre la ciudad con el objeto de pasar á cuchillo á todos los latinos. Estos, que se apercibieron del peligro, se embarcaron en su mayor parte, en cuarenta galeras que habia en el puerto, pero quedaron en Constantinopla otros muchos ancianos y enfermos, á los que no sirvieron de seguro asilo las iglesias donde se habian refugiado, pues que el ejército invasor, que llevó á cabo los mayores desmanes, puso fuego á aquellos templos, quedando reducidos á cenizas cuantos en ellos se encontraban.

Andrónico fue un verdadero mónstruo de iniquidades. Apoderado ya

no sólo de Constantinopla sino de todo el imperio, tributó grandes honores al jóven emperador Alejo, con la más refinada malicia é hipocresía, pues que su objeto, como se vió despues, era quitarle la vida para quedarse dueño absoluto del imperio. Uno de sus primeros actos fue mandar ahogar á la emperatriz María, madre de Alejo, obligando á firmar la órden á su mismo hijo, hecho cruel cuya consideracion estremece. A los pocos dias obligó á Alejo á asociarle en el imperio, y en la solemne ceremonia de la coronacion, al recibir ambos emperadores la comunion, Andrónico juró sacrílegamente, por el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, que al entrar en la participacion del imperio no tenia otro objeto que aconsejar y aliviar en cuanto le fuera posible al jóven emperador Alejo, el cual vivió muy pocos dias. Andrónico mandó que le ahogasen de noche, lo que se efectuó, y los ejecutores llevaron el cadáver á la presencia del tirano, el cual despues de darle muchos puntillones le mandó cortar la cabeza para conservarla. El resto del cadáver, encerrado en una caja de plomo, fue arrojado al mar. Así acabó su breve reinado el desgraciado Alejo.

El hombre más incrédulo, se ve obligado á inclinar su cabeza y creer en la Providencia divina al leer con atencion los grandes hechos consignados en los fastos de la historia, y entre ellos los terribles castigos y justas expiaciones de esos grandes delitos que deshonran los reinos y aun la misma humanidad. El bárbaro Andrónico, que se glorió en tales asesinatos, experimentó bien pronto un tratamiento aun más cruel que su desgraciada víctima el jóven Alejo. Continuó por espacio de dos años cometiendo las mayores tropelías, hasta que con motivo de haber querido encerrar en una prision á Isaac Angelo, pariente del emperador Alejo, se levantó una sedicion á favor del mismo Isaac y el pueblo le colocó en el trono. Aterrado y lleno de temor Andrónico, buscó la huida embarcándose, pero ántes de que el buque se diese á la vela le prendieron y le condujeron á la presencia del nuevo emperador. Este mandó que fuese abandonado al populacho, que le odiaba de muerte. El pueblo no quiso privarle de la vida inmediatamente, pues se gozó en hacerle sufrir crueles suplicios por espacio de algunos dias. Las mujeres á cuyos maridos habia hecho sacar los ojos fueron las que más le atormentaron. En suma, despues de varios dias en los que le maltrataron horriblemente mutilándole algunos miembros, le colgaron por los piés, no cesando de dirigirle los mayores ultrajes hasta que le vieron exhalar el postrimer aliento. De este modo murió pagando sus grandes crímenes,

en el dia 12 de Setiembre de 1185, uno de los tiranos más detestables que han existido en el mundo. Dios en su alta providencia castiga aun en la presente vida los grandes crímenes, para que estos castigos sirvan de ejemplo y de espectáculo á los orgullosos y soberbios del mundo. Tal vez la resignacion con que sufrió sus grandes tormentos sirviera á Andrónico para expiacion y para alcanzar la misericordia divina, pues que de sus labios no se oyeron otras palabras que estas durante los padecimientos que precedieron á su muerte: *Señor, tened piedad de mí.*

Una secta de nuevos maniqueos empezó por este tiempo á formar asociaciones en varias provincias de la Francia. Habia tenido principio por los años de 1160, y se titulaban buenos-hombres. Los primeros sectarios habian sido condenados en el año citado por los obispos de la provincia de Narbona reunidos en concilio. Estos herejes despreciaban el Antiguo Testamento, y negaban que los niños se salvasen por el bautismo: creyendo que todo hombre de bien, ya fuese eclesiástico, ya lego, podia consagrar el sacramento de nuestros altares, y que la confesion sacramental podia indistintamente hacerse con los sacerdotes ó con los seglares: que los que estaban ordenados sacerdotes ú obispos sin los requisitos que señala el apóstol San Pablo, no eran verdaderos obispos ni sacerdotes: que el matrimonio era malo, y otras muchas extravagancias por el mismo estilo. Poco habia que temer de estas herejías, pues que tan groseras doctrinas no era fácil que encontraran prosélitos en número suficiente para poderse sostener. Sin embargo Gaucelino, obispo de Lodeve, reunió un concilio el cual pronunció la condenacion de la nueva secta, prohibiéndose en su consecuencia que por persona alguna se diese la menor proteccion á estos herejes.

Notable ha sido en todos los siglos este empeño por tergiversar las enseñanzas del Evangelio, estableciendo nuevas creencias contrarias á lo enseñado por Jesucristo, pero siempre vemos prevalecer la verdad sobre los grandes errores, y las herejías han servido tan sólo para mayor demostracion de que no hay verdad fuera de la doctrina de Aquel que dijo y que sólo ha podido decir: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

CAPITULO XIII.

Guerra de los albigenses.—Muerte del papa Alejandro.—Lucio III, papa.—Se ve precisado á abandonar á Roma.—Muerte de Luis VII, ó el Jóven.—El rey Felipe expulsa á los judíos de Francia.—Concilio de Verona.—Estado de los asuntos de la Palestina.—Celebracion de varios concilios.—Urbano III, papa.—Su muerte en Verona.—Toma de Jerusalen por Saladino.—Gregorio VIII, papa.

Los albigenses ó nuevos maniqueos extendian por todas partes doctrinas subversivas contrarias á la fe cristiana, y en vano se habian hecho grandes esfuerzos para conseguir la conversion de estos sectarios. Raimundo, conde de Tolosa, habia pedido con grandes instancias que se emplease la fuerza de las armas para reducirlos. Con este objeto escribia á los monjes del Císter haciéndoles saber que la herejía infestaba todos sus estados, y que para sofocarla no eran suficientes las armas espirituales, ni las suyas, y les suplicaba con las mayores instancias que influyesen con el rey de Francia á fin de que enviase tropas á sus estados para que por la fuerza acabasen con el mónstruo de la herejía, pues que él estaba dispuesto á verter hasta la última gota de su sangre en defensa de la Religion santa de Jesucristo. Adónde llegaban los excesos cometidos por los nuevos maniqueos lo da á comprender suficientemente Estéban, abad de Santa Genoveva, en Paris, que habia sido enviado por el rey á Tolosa, el cual en lacónicas palabras los describe: «He visto, dice, en todas partes las iglesias quemadas y destruidas hasta los cimientos; he visto las habitaciones de los hombres trasformadas en antros habitados por fieras (1).» Al frente de un ejército numeroso marchó contra estos sectarios el cardenal obispo de Albano, que habia sido ántes abad de Claraval, y obligó á muchos señores á abjurar la herejía.

(1) Stephan. Tornac. ep. 736.

Los errores de esta secta eran muchos y entre ellos notaremos que trataban de ilusion ó de simple apariencia todo lo que el Evangelio enseña acerca de Jesucristo, la Encarnacion del Verbo, la Pasion de este Dios hecho Hombre, su Muerte y su Resurreccion, y reconocian á Satanás por criador de todas las cosas visibles é invisibles, y por autor de la ley Mosáica. Véase si podian ser más detestables sus enseñanzas y si no era necesario apurar todos los medios, aun los más violentos, para exterminar á unos hombres que arrastraban á los que tenian la desgracia de afiliarse á sus banderas á un abismo de confusion.

Los nuevos maniqueos infestaron una parte del reino de Aragon, segun explicaremos al tratar de las cosas de España al terminar el siglo que historiamos.

Estaba próxima á extinguirse una luz brillante que habia resplandecido en el candelero de la Iglesia. El ilustre pontífice Alejandro III, que tanto habia sufrido durante su azaroso pontificado, se encontraba agobiado por el peso de los trabajos y de los años, y veia acercarse el momento de su muerte, que debia ser el de su descanso.

Este Pontífice fue el primero, dice Artaud de Montor, que se reservó la canonizacion de los santos, reserva, como nota Feller, muy prudente y necesaria, porque de este modo la canonizacion se hacia más respetable y admisible para todos, si no para extirpar los abusos y la ligereza con que la mayor parte de los que creian tener este derecho procedian á un juicio de tanta importancia. Varios de sus antecesores, añade el mismo escritor, habian pretendido poner fin á semejante desórden, mas sus esfuerzos fueron infructuosos, pudiendo decirse que la canonizacion de San Gualtero, abad de Pontoise, hecha por el arzobispo de Ruan en 1153, es el último ejemplo que suministra la historia de santos no canonizados por los Pontífices romanos.

La muerte del papa Alejandro III ocurrió en Civita-Castellana, el dia 30 de Agosto de 1181, y su cadáver fue sepultado en San Juan de Letran. Gobernó la Iglesia veinte y un años, once meses y veinte y tres dias. Es notable la siguiente opinion de Voltaire, acerca de Alejandro: «El hombre, dice, que en aquella grosera época llamada la Edad media, mereció más del género humano, fue quizás el papa Alejandro III; él fue quien en un concilio celebrado durante el siglo duodécimo abolió la servidumbre en cuanto le fue posible: él quien por su prudencia triunfó en Venecia de la violencia del emperador Barbaroja, y obligó á Enrique II, rey de Inglaterra, á implorar el perdon de Dios y de los hom-

bres por el asesinato de Tomás Becket; él quien resucitó los derechos de los pueblos; él quien reprimió los crímenes de los reyes. Hemos dicho ya que en aquel tiempo la Europa entera, excepto un corto número de ciudades, se encontraba dividida en dos clases de hombres; los señores de las tierras, ya seculares, ya eclesiásticos, y los *esclavos*, pues los letrados, que asistian á los caballeros, los bailes, eran siervos de orígen. Pues bien, si los hombres han recobrado sus derechos, débenlo principalmente al papa Alejandro; y á él deben su esplendor tan gran número de ciudades (1).»

Muchos fueron los concilios que durante el Pontificado de Alejandro III se celebraron en diversos puntos: hemos hecho mencion de los más notables, y no nos detenemos en los demás por carecer de importancia histórica.

El dia 1.° de Setiembre de 1181, fue elegido Papa en Veletri Ubaldo Allucingoli, cardenal obispo de Ostia y de Veletri, que tomó el nombre de

LUCIO III, y pertenecia á una de las más ilustres familias de Luca. Inocencio II en 1140 le habia nombrado cardenal del título de Santa Práxedes, y en 1158 Adriano IV le hizo cardenal obispo. Llegó á Roma, de donde tuvo que ausentarse al poco tiempo, disgustado del mal proceder del pueblo con respecto á él. Hallábase entónces en Italia con su ejército Cristiano, canciller de Federico y arzobispo de Maguncia, y se propuso vengar los insultos que el pueblo romano habia dirigido al nuevo Pontífice; pero la muerte arrebató á este prelado. En 1183 Lucio volvió á Roma, pero fue para recibir nuevos ultrajes que le obligaron á abandonar nuevamente la ciudad.

Un año ántes de la exaltacion del papa Lucio habia muerto Luis el Jóven, en 18 de Setiembre de 1180. Su hijo Felipe habia sido coronado por él el año anterior, pues aunque entónces no contaba Luis más de sesenta años de edad, se encontraba lleno de achaques, que le hacian conocer su próximo fin. El rey Luis el Jóven fue siempre muy notable por su piedad, y á ella unia la penitencia y la austeridad. Por una carta del papa Alejandro dirigida á este príncipe se sabe que ademas de la cuaresma ordinaria observaba con la mayor escrupulosidad los ayunos de Adviento y la cuaresma de San Martin, esto es, desde Todos los

---

(1) Obras completas de Voltaire. Tom. 10, pág. 998. Paris, Desver, 1817.

Santos hasta el Adviento, y todos los viérnes hacia una abstinencia particular (1).

Un rey tan cristiano habia dado á su hijo la más brillante y piadosa educacion, y cumpliendo exactamente el consejo de San Pablo, que dice: *Vosotros, padres, educad á vuestros hijos en disciplina y correccion del Señor*, habia procurado imprimir en el corazon de Felipe desde su más tierna infancia las máximas saludables del Evangelio, el temor á Dios y el amor á sus semejantes. Desde el momento, pues, en que Felipe Augusto ocupó el trono que dejara vacante su padre, se mostró piadoso y muy amante de la religion, si bien más tarde, como veremos, cambió sus inclinaciones y destruyó lo mismo que con aplauso de los buenos habia edificado. Muchos años hacia que los judíos se habian establecido en París, habiendo llegado á enriquecerse de un modo considerable por medio de sus préstamos usurarios, como siempre ha hecho esta raza maldita y enemiga de los cristianos. De este modo se iban haciendo dueños paulatinamente de todas las riquezas del país miéntras que los ciudadanos se empobrecian, y con menosprecio de las leyes tenian esclavos cristianos. Si algunas iglesias se veian en la precision de acudir á ellos para pedirles préstamos, les daban en prendas los Crucifijos y los vasos sagrados, que ellos no tardaban en profanar con la mayor insolencia (2).

Sabíase como cosa positiva que aquellos enemigos del nombre cristiano degollaban cada año ó crucificaban un niño en la Semana Santa para ofrecerlo en sacrificio. En diferentes ocasiones habian sido quemados vivos algunos de aquellos judíos por este bárbaro acto de sacrificar niños cristianos. Entre estos se contaba un niño llamado Ricardo, crucificado por aquellos malvados en Pontoise, el cual fue trasladado despues á París, y en cuyo sepulcro obró el Señor muchos milagros.

Todos estos excesos hicieron que el rey Felipe se determinase á arrojarlos de Francia y lo hizo con la mayor energía sin dar oido á las súplicas y ruegos que le dirigieron los principales y más poderosos judíos. Dió por libres á todos sus vasallos de cuanto pudieran deberles, y confiscando sus tierras los hizo salir con sus mujeres é hijos de todo el territorio de sus dominios, donde no quedó ni uno solo, y despues purificó todas sus sinagogas, que convirtió en iglesias. Los pueblos se llenaron de regocijo viéndose libres de las enormes usuras que ejercian los judíos

(1) Alex. epist. 53, tom. 10. Conc.
(2) Rig. pag. 8.

y del peligro en que siempre se hallaban de ver desaparecer los niños, que, como hemos dicho, sacrificaban con la mayor inhumanidad, renovando en ellos la cruel y trágica escena del Calvario.

Trabajaba entre tanto con gran celo el papa Lucio por exterminar á los albigenses ó nuevos maniqueos, y con este objeto reunió un concilio en Verona. que se abrió en 1.° de Agosto y fue cerrado en cuatro de Noviembre de 1184. Acudió á esta asamblea el emperador Federico con un gran número de señores y de prelados. El papa Lucio hizo en este concilio una constitucion contra los herejes, en la cual, aunque hablaba en su nombre, se vió la cooperacion de dos potencias para la completa extirpacion de las herejías. La Iglesia empleó á este objeto las penas espirituales, y el emperador y los señores las temporales, con el fin de reprimir el furor de los catharos, patarinos, vaudenses y otros herejes, pues que en varias ramificaciones y con diversos nombres se habian dividido los albigenses ó nuevos maniqueos. En este concilio fueron tambien excomulgados los arnaldistas y los romanos desobedientes á la autoridad temporal del Papa. Arnoldo de Lubeck (lib. 3, cap. 7) dice que luego se debatieron ciertos puntos controvertidos entre el papa y el emperador, y principalmente el *del patrimonio de la condesa Matilde*. Este patrimonio estaba en poder del emperador, y el Papa lo reclamó con justicia por haber sido donacion hecha por la condesa á la iglesia romana. Este asunto quedó en el mismo estado que estaba sin que el Papa y el emperador hubiesen podido entenderse. Tambien pretendió Federico que el Sumo Pontífice coronase emperador á su hijo el rey Enrique, pero Lucio se denegó á ello, diciendo que no era costumbre tener dos emperadores á la vez, y que él no podia dar la corona al hijo si el padre no renunciaba á ella anticipadamente. Por todas estas causas se separaron descontentos el uno del otro.

Entre tanto el reino de Jerusalen se iba debilitando por momentos, en el interior por las divisiones intestinas de los señores, y en el exterior por su mala conducta para con los infieles. El rey Balduino se veia incapacitado de remediar estos males, tanto por hallarse enfermo de lepra, como por la falta de recursos de que poder disponer. En este estado determinó acudir á los occidentales, para lo cual envió sus embajadores. No mucho tiempo despues mil quinientos cristianos se dirigian á Palestina, pero naufragaron cerca de Damieta, é irritado Saladino del mal trato que los Templarios de Kerek daban á sus prisioneros, declaró la guerra al rey de Jerusalen, amenazándole con tratar del mismo modo á

los que cayeran en su poder, si no se le daba una cumplida satisfaccion. Temiendo el rey Balduino disgustar á los Templarios, despidió con desprecio á los embajadores de Saladino, y aceptó la guerra que aquel le proponia. Las fuerzas de los cristianos consistian en unos tres mil infantes y setecientos jinetes, miéntras que Saladino disponia de veinte mil hombres de todas armas. Más adelante veremos las consecuencias de haber aceptado imprudentemente esta guerra el rey de Jerusalen.

La Francia no dejó por su parte de fijar la atencion en los asuntos de Palestina, y Felipe Augusto hizo reunir en Paris un concilio en el mes de Enero de 1185, por el cual se mandó á todos los prelados reunidos en aquella capital que exhortasen á todos sus súbditos á hacer el viaje á Jerusalen para la defensa de la fe.

En este mismo año se celebraron otros dos concilios, el uno en Lóndres á 18 de Marzo, en el cual se juzgó que era más acertado y conveniente que el rey permaneciese en su reino para gobernar á sus súbditos y defender sus propios estados, que ir á exponer su persona en la defensa del Oriente. El otro concilio fue en Espalatro, en Dalmacia, por el arzobispo Pedro, en el que se fijaron las iglesias sometidas á este arzobispado.

El papa Lucio III, que con el mayor celo trabajaba por el bien de la Iglesia, murió en Verona en 25 de Noviembre de 1185, y fue sepultado en la catedral de la misma ciudad. He aquí el epitafio que se puso en su sepulcro, segun Juan Francisco Tinto:

LUCI, LUCCA TIBI DEDIT ORTUM, PONTIFICATUM
OSTIA, PAPATUM ROMA, VERONA MORI.
IMMO VERONA DEDIT VERUM TIBI VIVERE, ROMA
EXILIUM, CURAS OSTIA, LUCCA MORI.

«Lucio, Luca te dió la luz, Ostia la Mitra, Roma el Pontificado, Verona la muerte; es decir, Verona te dió la verdadera vida, Roma el destierro, Ostia las penas y Luca la muerte.» Este epitafio, dice Artaud de Montor, tiene la precision y el sabor misterioso que conviene al género; mas cuando con un poco de atencion y de verdadera filosofía cristiana se viene en conocimiento de que el autor entiende por nacer morir, y por morir vivir, encuéntranse aquellos versos admirables, y se debe convenir en que resumen perfectamente la carrera de Lu-

cio III (1).» Este Pontífice gobernó la Iglesia cuatro años, dos meses y veinte y tres dias. Por sucesor suyo fue elegido Huberto Crivelli, cardenal-presbítero de San Lorenzo *in Damaso*, que tomó el nombre de

URBANO III, y cuya eleccion tuvo lugar el dia 25 de Noviembre de 1185, habiendo sido coronado el 1.º de Diciembre. Las grandes turbulencias de que Roma era teatro por aquellos dias, impidieron que el nuevo Papa pudiese entrar en la ciudad.

El emperador Federico se propuso alcanzar de Urbano lo que no habia podido conseguir de Lucio, esto es, que coronase emperador á su hijo. El nuevo Pontífice se negó á ello con la mayor firmeza, diciendo que no eran oportunos los tiempos que corrian para ver sentados dos emperadores en el trono. Federico, que habia conservado buena inteligencia con el difunto Papa, mudó de sentimientos con respecto á Urbano, y se apoderó del patrimonio dejado á la Iglesia romana por la condesa Matilde, y aplicó al fisco los bienes de los obispos difuntos, apoderándose al mismo tiempo de las rentas de los monasterios de mujeres bajo el pretexto de reformas.

Formábase en Verona un ejército para marchar en auxilio de los cruzados, y el papa Urbano se dirigió á aquella ciudad con objeto de revistar aquellas tropas cristianas: pero al saber allí la toma de Jerusalen por Saladino, experimentó un dolor tan profundo, que le causó la muerte estando en Ferrara, en 19 de Octubre de 1187, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de un año, diez meses y veinte y cinco dias. Su cuerpo fue sepultado en la catedral. Fue muy llorada la muerte de este Pontífice, y los ferrarenses demostraron el grande amor que le profesaban haciéndole magníficos funerales, que duraron siete dias.

Cúmplenos ahora dar cuenta al lector de la terrible catástrofe que llenó de espanto y de dolor al mundo cristiano. Nada nos parece más oportuno que reproducir la verídica narracion de Michaud y Poujoulat en la erudita obra que más de una vez hemos citado al tratar de las cruzadas.

«La Tierra Santa, dicen, que continuaba amenazada, cifraba toda su esperanza en el Occidente. El patriarca Heraclio y los gran maestres del Temple y del Hospital fueron enviados á implorar los auxilios de la cristiandad. La Europa, á la sazon muy perturbada, no podia ocuparse en defender á Jerusalen. El ardor de las cruzadas no se habia extinguido, pero para que encontrase de nuevo su primera energía y se desper-

(1) Artaud de Montor. Vida de Lucio III.

tase con toda su fuerza, necesitaba sucesos extraordinarios, grandes calamidades que pudiesen conmover los corazones é impresionar la imaginacion de los pueblos. Cuando el patriarca Heraclio regresó á Jerusalen encontró los asuntos en una decadencia progresiva. No faltaban presagios funestos que anunciasen las calamidades futuras. Los temblores de tierra, los eclipses de luna y de sol, parecian señales evidentes de la próxima ruina del reino; la extremada licencia de las costumbres asustaba tambien á los hombres piadosos. Otro indicio de desgracia era que los imprudentes, los débiles ó los perversos dirigian los negocios, y que ya no quedaban en el poder mas que los príncipes ó los reyes de los dias aciagos. Balduino IV, ruina viva que la tumba reclamaba hacia mucho tiempo, murió en medio de partidos miserables que se disputaban la autoridad suprema. Poco despues Balduino V, débil y frágil esperanza del pueblo cristiano, murió de repente. Fue el último rey sepultado al pié del Calvario. Guido de Lusiñan y su mujer Sibila fueron coronados solemnemente en la iglesia del Santo Sepulcro, contra el dictámen de los barones del reino. El conde de Trípoli, lamentándose al ver en qué manos caia el gobierno de la Tierra Santa, fué á encerrarse lleno de tristeza en la ciudad de Tiberíada, que le correspondia por parte de su mujer.

«El reino de Jerusalen, entregado á manos poco hábiles, habia de sucumbir; pero el bizarro valor de los cristianos estaba destinado á mezclar mucha gloria con el recuerdo de sus dias postreros. En 1.° del mes de Mayo de 1187 siete mil jinetes musulmanes que habian avanzado hasta Galilea, fueron atacados en las inmediaciones de Nazareth por 130 guerreros, entre los cuales se veian caballeros del Hospital y del Temple. Afdal, hijo de Saladino, mandaba la caballería musulmana. Los campeones de la cruz no vacilaron en empeñar un combate desigual. Las crónicas contemporáneas, llenas de recuerdos de las hazañas de aquella jornada, se detienen sobre todo en la descripcion de la muerte gloriosa de Jacobo de Maillé, mariscal del Temple. Este indomable defensor de Cristo, montado en un caballo blanco, no sucumbió sino despues de llevar á cabo hechos de armas maravillosos y cási increibles. Los sarracenos le tomaron por San Jorge, á quien los cristianos creian ver bajar del cielo en medio de su batalla. En aquel combate, que tuvo por teatro una era que aun se encuentra hoy cerca de la aldea de *El-Mahed*, toda la tropa cristiana pereció, excepto el gran maestre del Temple y dos caballeros suyos.

«Dos meses despues habia de presenciar aquella tierra de Galilea mayores desgracias. Saladino se adelantó hácia Tiberíada con un ejército de 80,000 hombres. En una junta celebrada en Jerusalen se resolvió que todas las fuerzas de los cristianos se reunirian en la llanura de Sefuri. El ejército de la cruz resultó que se componia de 50,000 hombres; todos cuantos podian manejar una espada habian acudido al punto de reunion; las fortalezas del reino quedaron sin guarnicion, y en las ciudades sólo se veian mujeres y niños. Muy luego se supo que Saladino ocupaba á Tiberíada, y que los musulmanes sitiaban á la ciudadela, en la que se habia refugiado la mujer del conde de Trípoli. Se reunió un gran consejo para decidir si se habia de ir á socorrer á Tiberíada. Despues que todos los jefes hubieron emitido su dictámen, el conde Raimundo, el más interesado en aquella discusion, aconsejó que por el momento se olvidase á Tiberíada, y que se permaneciese en Sefuri, en la cercanía de las aguas y en un sitio en que no faltaban víveres; hizo observar que seria fatal imprudencia arrastrar á una gran multitud de hombres y de caballos en medio de soledades áridas, en donde serian devorados por la sed, el hambre y los ardores de la estacion. Raimundo decia que el enemigo, despues de la toma de Tiberiada, marcharia al encuentro de los cristianos y sufriria una gran pérdida de hombres al atravesar el terreno desierto y abrasado que se extendia entre Tiberíada y Sefuri; añadia que el pueblo cristiano, teniendo agua y víveres abundantes, pelearia con más ventaja contra el ejército musulman. Raimundo se resignaba á perder á Tiberíada para evitar la pérdida del reino. El dictámen del conde de Trípoli era cuerdo y prudente: el gran maestre del Temple manifestó opiniones opuestas; la debilidad de Guido de Lusiñan lo perdió todo, y se dió la órden de marchar contra el enemigo.

«El ejército cristiano salió de su campo de Sefuri en la mañana del 3 de Julio. El conde de Trípoli y su tropa formaban la vanguardia; la retaguardia la componian el rey de Jerusalen, los caballeros del Temple y los de San Juan. La verdadera cruz, confiada á la custodia de una tropa escogida, avanzaba en el centro del ejército. Los cristianos llegaron á una aldea llamada *Marescalcia*, situada á tres millas de Tiberíada. Allí fue donde comenzaron á encontrar las saetas de los sarracenos, la sed y el calor. Habia que pasar por angostos desfiladeros y sitios escarpados para llegar al lago de Galilea; el conde de Trípoli mandó á decir al rey que se apresurase y atravesase por la aldea sin detenerse con el fin de poder llegar á las orillas del lago. Lusiñan contestó que iba á seguir al

conde. Pero de improviso los musulmanes atacaron la retaguardia del ejército; los templarios y los hospitalarios cejaron ante aquel choque. El rey, no sabiendo qué hacer, se decidió á plantar su pabellon y de sus labios se escaparon estas palabras: *¡Ay Dios! todo ha concluido para nosotros; muertos somos y se pierde el reino.* Los cristianos pasaron allí una noche espantosa; el enemigo habia prendido fuego á la llanura cubierta de yerba seca y de maleza; la llama y el humo, nubes de flechas, el hambre y la sed atormentaban á los soldados de la cruz.

«Al dia siguiente se dispusieron los cristianos para pasar las escarpadas alturas que los separaban del lago de Galilea; pero Saladino, que habia salido de Tiberíada al amanecer, se adelantaba para atacar al ejército cristiano. La vanguardia de Raimundo se dirigia hácia una colina que los turcos habian comenzado á ocupar. Al acercarse los sarracenos, la infantería cristiana, habiendo formado en ángulo, corrió para llegar á la cumbre de la colina; así se separó de la tropa del rey, quien en vano le envió varios mensajes para que volviese á defender el leño sagrado de la verdadera cruz. Los caballeros del Temple y del Hospital, y todos los de la retaguardia, habian sostenido al pronto vigorosamente todo el peso del ataque; pero al fin, abrumados por la multitud siempre creciente de los enemigos, llamaron al rey para que los socorriese: á este no se le ocurrió idea más oportuna que la de plantar sus tiendas y abandonarse á la gracia de Dios. Las tropas, mandadas por Lusiñan, por los hospitalarios y por los templarios, se habian desparramado confusamente en torno del estandarte de la verdadera cruz. Al ver el conde Raimundo aquel desórden, se llenó de desesperacion, se abrió un camino por entre las filas del enemigo, y huyó hácia Trípoli con su tropa de vanguardia. Los batallones de Saladino se precipitaron como un torrente violento sobre el sitio en que estaba el rey de Jerusalen; el leño de la verdadera cruz, que tantas veces habia conducido á los guerreros latinos á la victoria, cayó en poder de los enemigos de Jesucristo; el rey fue hecho prisionero; los templarios y los hospitalarios fueron muertos ó apresados. Las escenas principales de esta batalla terrible habian pasado en la colina de Hitin, la misma que en el Evangelio lleva el nombre de montaña de las *Beatitudes.* El campo del combate presentaba por todas partes las huellas de la carnicería más horrible; un historiador árabe, testigo ocular, habla de los *suaves perfumes* que para él exhalaban los despojos de la muerte, por entre las colinas y los valles. Las cuerdas de las tiendas musulmanas no alcanzaron para atar á los pri-

sioneros cristianos. Era tan considerable la multitud de los cristianos, que los sarracenos victoriosos no encontraban ya á quien venderlos, y un caballero cristiano fue cambiado por un calzado.

«Guido de Lusiñan y los jefes principales del ejército cristiano que habian caido en poder de los infieles, fueron recibidos en una tienda que se alzaba en medio del campo de Saladino. Este recibió bondadosamente al rey de los francos, y mandó que le sirviesen una bebida enfriada con nieve. El rey, despues de haber bebido, quiso presentar la copa á Reinaldo de Chatillon, que estaba junto á él, pero el sultan le detuvo y le dijo: «Ese traidor no ha de beber en mi presencia, porque no quiero concederle perdon.» Dirigiéndose en seguida á Reinaldo, le reconvino por la violacion de los tratados y le amenazó con la muerte si no abrazaba en seguida la religion del profeta, á la que habia ultrajado. Reinaldo arrastró noblemente las amenazas de Saladino y contestó como convenia á un guerrero cristiano; el sultan, furioso, pegó con su sable al prisionero desarmado; unos soldados musulmanes, obedeciendo á una señal de su jefe, cortaron la cabeza al caballero. De este modo murió Reinaldo de Chatillon como mártir de la cruz; su fin hizo olvidar la parte censurable que hubo en las aventuras belicosas de su vida. Al dia siguiente, Saladino sentado en un trono, hizo que se diese muerte á los caballeros del Temple y de San Juan cargados de cadenas; todos aquellos nobles guerreros recibieron con piadosa alegría la palma del martirio. El sultan perdonó la vida al gran maestre de los templarios, sin duda porque sus consejos imprudentes habian entregado el ejército cristiano á los golpes de los sarracenos.

«Despues de esta victoria, tan funesta para los estados latinos, el sultan sometió sucesivamente á Tolemaida, Naplusa, Jericó, Ramla, Cesarea, Arsur, Jafa y Beritia. En la orilla del mar las únicas ciudades que conservaban los cristianos eran las de Tiro, Trípoli y Ascalon. Esta última plaza, sitiada por Saladino, opuso una resistencia heróica, y por último capituló bajo condiciones que rescataban al rey Guido de Lusiñan, quien era poco digno de tal sacrificio.

«La ciudad de Jerusalen, cuya reconquista y libertad habian costado tantas hazañas y miserias, iba á caer de nuevo en poder de los musulmanes. Saladino llegó bajo los muros de la ciudad Santa; Jerusalen, llena de cristianos que habian acudido allí á buscar un abrigo, sólo tenia un número muy escaso de guerreros para defenderla. Los habitantes, estimulados por el clero, se prepararon para resistir á las armas musulma-

nas: eligieron por jefe á Balean de Ibelin, guerrero anciano que se habia hallado en la batalla de Tiberíada, y cuya experiencia y virtudes inspiraban confianza y respeto; el primer cuidado de Balean de Ibelin habia sido el de reparar las fortificaciones de la plaza y acostumbrar á la disciplina á los nuevos defensores de Jerusalen. Careciendo de dinero para pagar los gastos de la guerra, despojaron á las iglesias, y el pueblo, aterrado por la aproximacion de Saladino, habia visto sin escandalizarse que convertian en moneda el metal precioso que cubria la capilla del Santo Sepulcro. El sultan, ántes de atacar á la ciudad, propuso á los habitantes una capitulacion; los cristianos contestaron que nunca cederian la ciudad en que su Dios habia muerto. Comenzaron los combates; los sitiados se resistian con valor; en salidas frecuentes atacaban al enemigo con lanza ó espada; muchos de ellos perecian, y subian, dicen las crónicas, á la Jerusalen celeste.

«Saladino habia acampado al pronto al occidente de Jerusalen, en las alturas en que Raimundo de Tolosa asentó sus tiendas ochenta años ántes. Cambió de posicion y llevó su campo al norte de la ciudad, al sitio en que se habia colocado Godofredo para maniobrar con sus grandes máquinas de guerra. El sultan hizo minar las murallas que se extienden desde la puerta de Josafá hasta la de San Estéban; los valerosos esfuerzos de los sitiados no pudieron interrumpir los trabajos amenazadores de los sarracenos. Las torres y las murallas estaban próximas á hundirse á la primera señal. Grande era la desesperacion en Jerusalen, el clero salia en procesiones por las calles; no se oian más que gemidos y voces suplicantes que invocaban la misericordia divina.

«En medio de la perturbacion y de la agitacion general se descubrió una conspiracion de cristianos, griegos y sirios, que sufrian con disgusto la autoridad de los latinos; aquella conspiracion tenia por objeto entregar la ciudad de Jerusalen á los musulmanes; con esto aumentó la desesperacion de los habitantes. Los personajes más importantes, acompañados de Balean de Ibelin, fueron á pedir á Saladino una capitulacion bajo las condiciones que él mismo propusiera ántes del sitio; pero Saladino recordó que á la primera negativa de los habitantes habia contestado con el juramento de derribar los muros de Jerusalen y pasar á cuchillo á la poblacion. Balean de Ibelin volvió varias veces al campo del sultan, á quien siempre encontraba inexorable. Un dia, el anciano guerrero dijo á Saladino que si los cristianos no podian obtener de él misericordia alguna, se entregarian á la desesperacion, prenderian fuego á Jerusalen

y convertirian la ciudad santa en un extenso monton de ruinas, en un vasto sepulcro. Asustado el sultan por estas palabras, despues de consultar á los doctores de la ley, que decidieron podia aceptar la capitulacion sin violar su juramento, suscribió á las condiciones propuestas. El vencedor concedió la vida á los habitantes y les permitió rescatar su libertad. El rescate se fijó en diez monedas de oro para los hombres, cinco para las mujeres y dos para los niños. Todos los guerreros que habia en Jerusalen en el momento de firmarse la capitulacion, obtuvieron permiso para retirarse á Tiro ó á Trípoli.

«Al acercarse el dia en que los cristianos habian de alejarse de Jerusalen, la idea de abandonar para siempre los Santos Lugares, de dar un á Dios eterno al Divino Sepulcro y al Calvario, sepultó á todo aquel pobre pueblo en el dolor más amargo; querian abrazar por última vez los vestigios sagrados de Jesucristo y hacer una oracion postrera en aquellas iglesias en que con tanta frecuencia habian rezado; todos los ojos derramaban lágrimas; Jerusalen nunca habia sido tan querida para los cristianos como en el dia en que les fue preciso abandonar aquella santa patria. Cuando llegó tan triste dia se cerraron todas las puertas de la ciudad, excepto la de David. Saladino, colocado sobre un trono, vió pasar por delante de sí á un pueblo afligido. El patriarca, seguido del clero, fue el primero que apareció, llevando los vasos sagrados, los ornamentos de la iglesia del Santo Sepulcro, y tesoros cuyo valor, segun dice un autor árabe, sólo Dios conocia. En seguida iba la reina Sibila, acompañada de los principales barones y caballeros; Saladino respetó su dolor y le dirigió palabras bondadosas. Un número considerable de mujeres seguia á la reina; todas llevaban á sus hijos en brazos y llenando el espacio con gritos desgarradores. Al pasar por delante del trono de Saladino, suplicaron al sultan que les restituyese sus hijos y sus esposos que quedaban cautivos, y Saladino accedió á sus ruegos. Varios cristianos habian abandonado sus muebles y sus efectos más preciosos, y llevaban sobre sus hombros, unos á sus parientes debilitados por la edad, otros á sus amigos enfermos é imposibilitados. Este espectáculo conmovió el corazon de Saladino, y en su generosa compasion permitió á los hospitalarios que se quedasen en la ciudad para cuidar á los peregrinos y á aquellos á quienes enfermedades graves impedian salir de Jerusalen. La mayor parte de los cristianos fue salvada de la esclavitud.

«El culto del profeta de la Meca sustituyó á la religion de Jesucristo en la ciudad conquistada. Todas las iglesias, excepto la del Santo Sepulcro,

fueron convertidas en mezquitas. Saladino hizo lavar con agua de rosas llevada de Damasco las paredes interiores y exteriores de la mezquita de Omar. En el primer viérnes que siguió á la toma de Jerusalen, el pueblo y el ejército se reunieron en la mezquita principal, y el jefe de los imanes pronunció un discurso sobre las victorias de Saladino. Miéntras que en los Santos Lugares resonaban himnos de un culto extranjero, los cristianos vagaban tristemente por la Siria, rechazados por sus hermanos, que les acusaban de haber entregado el sepulcro del Hijo de Dios. La ciudad de Trípoli les cerró sus puertas. Los que se trasladaron á Egipto fueron ménos desgraciados y conmovieron el corazon de los musulmanes; muchos de ellos se embarcaron para Europa, en donde anunciaron, con gemidos y lamentos, que Jerusalen habia caido en poder de Saladino (1).»

Si las luchas que acaba de contemplar el lector llenan el corazon del cristiano de profunda pena, nosotros no podemos ménos de inclinar nuestra frente y bendecir á la Providencia, cuyos designios son desconocidos á la menguada razon humana. ¿Por qué así habia degenerado el valor de los cristianos y pasó todo á los enemigos de la fe? Tal vez fue un castigo de la Providencia por culpa que no podemos precisar. Pero como Dios castiga y vivifica en expresion de la Escritura Santa, á través de las mayores calamidades podemos esperar siempre su misericordia.

Por muerte de Urbano III subió á ocupar la Santa Sede

Gregorio VIII, llamado ántes Alberto de Morra, natural de Benevento; algunos autores le dan el nombre de Spinaccio. Era monje del Císter cuando en 1155 Adriano IV le nombró cardenal diácono de San Adriano; y despues en 1158, cardenal presbítero de San Lorenzo *in Lucina*; y por último Alejandro III le habia creado canciller de la Santa Iglesia romana. Fue elegido Papa el 21 de Octubre del año 1187 y consagrado el 25 del mismo mes. Su pontificado fue muy corto, como veremos en el siguiente capítulo.

---

(1) Michaud y Poujoulat. Hist. de las Cruzadas, cap. XIII.



CAPITULO XIV.

Brevedad del Pontificado de Gregorio VIII.—Clemente III, papa.—Convenio que hace este Pontífice con los romanos.—Su entrada triunfante en Roma.—Guillermo de Tiro recibe la órden de predicar la guerra santa.—Diezmo saladino.—Guerra de Ricardo contra su padre el rey Enrique.—El emperador de Alemania parte para la Tierra Santa.—Fatal resultado de esta cruzada.—Toma de San Juan de Acre.—Muerte de Clemente III.—Celestino III, papa.—Coronacion de Enrique IV.—Asesinato del obispo de Lieja.

La eleccion del papa Gregorio VIII hizo concebir grandes esperanzas, por ser hombre de grande erudicion, nobles modales, sabio, elocuente, de gran celo, de ejemplares costumbres, y muy celoso por el bien de la Religion. Pero sólo ocupó la Santa Sede un mes y veinte y ocho dias. Su primer cuidado fue la reconquista de la Tierra Santa, para lo que ordenó un ayuno general en toda la cristiandad. En su deseo de reconciliar la república de Pisa con la de Génova, pasó á la primera de dichas ciudades, donde atacado de la fiebre, sucumbió á ella en 17 de Diciembre de 1187, siendo sepultado en la catedral. Dos dias despues, el 19 de Diciembre, fue elegido para sucederle, en el mismo Pisa, Paulino, cardenal, obispo de Palestina, el cual tomó el nombre de

CLEMENTE III. Era este Papa natural de Roma, y á esta circunstancia se debió el que los romanos se mostrasen más conciliadores con él que lo habian sido con sus antecesores. Así pues, Clemente aprovechó las buenas disposiciones en que veia á sus conciudadanos, y se dedicó á restablecer sólidamente la paz entre ellos. Hízose un convenio entre el Papa y los romanos, cuyos artículos, segun Artaud de Montor, fueron los siguientes: 1.° la ciudad de Roma quedará bajo la dominacion del Sumo Pontífice; 2.° se abolirá el título y la dignidad de patricio, susti-

tuyéndola un prefecto; 3.º los senadores serán elegidos anualmente bajo la autoridad del Pontífice; jurarán al Papa paz y fidelidad, y auxiliarán á la Iglesia romana, si fuese necesario; 4.º el pueblo romano restituirá la basílica del Vaticano y los feudos de San Pedro ocupados en tiempo de guerra; 5.º los tributos públicos serán recaudados por el Papa, quien cederá una tercera parte de los mismos para las necesidades del pueblo; 6.º el Senado y el pueblo romano defenderán la majestad, el honor y el poder de la Iglesia romana y del Sumo Pontífice; 7.º en los tiempos de costumbre hará el Papa á los senadores, jueces, abogados, escribanos y ministros del Senado los presentes llamados *presbiterios*; 8.º el Papa contribuirá anualmente y por cierta suma á la conservacion de las murallas de la ciudad; 9.º en suma, el Papa permitirá la destruccion de la ciudad de Tusculum, y auxiliará al pueblo romano para dar cima á esta empresa, quedando entónces el suelo y los ciudadanos de Tusculum bajo el poder de la Iglesia romana.

Terminado que fue este tratado, pasó Clemente III á Roma, donde hizo su entrada solemne rodeado de los cardenales, en el mes de Marzo de 1188, siendo recibido con gran entusiasmo y las mayores muestras de alegría por aquel pueblo, que siempre habia manifestado ser muy inconstante.

Una vez en Roma y tranquilo el nuevo Pontífice, se propuso llevar á cabo los planes que concibiera su predecesor sobre la reconquista de la Tierra Santa, mandando que se observasen como digna preparacion los ayunos que aquel habia prescrito, con el objeto de aplacar de este modo la ira de Dios y atraer su misericordia.

La mision de predicar la guerra santa fue encomendada por Clemente III á Guillermo, arzobispo de Tiro, que habia llegado de Oriente para solicitar el socorro de los príncipes. Aquel celoso prelado, fiel á la confianza que en él habia depositado el Jefe supremo de la Iglesia, predicó por los grandes centros de poblacion de la Italia, y en seguida se trasladó á Francia con el propio objeto. Hallábase en aquel reino el rey Enrique II de Inglaterra, y ante la presencia de este príncipe y Felipe Augusto, rey de Francia, predicó Guillermo con tanta elocuencia y copia de razones, describiendo las desgracias de los cristianos que inhumanamente habian sido arrojados de sus moradas y despojados de sus bienes, y dando en rostro á los príncipes cristianos por haberse dejado arrebatar la herencia de Jesucristo, que todos los corazones se conmovieron, y Enrique II y Felipe Augusto, que habian sostenido guerra por la posesion del Vexino,

se abrazaron en presencia de la multitud, no pensando ya en otra cosa que en tomar la defensa de la fe; y así vertiendo lágrimas pidieron la cruz. Un grito unánime resonó: *¡La cruz! ¡la cruz!* y este grito de guerra resonó hasta los últimos confines de la Francia. Entre los muchos señores que en el momento hicieron juramento de libertar á Jerusalen se contaban Ricardo, hijo de Enrique y duque de Guyena, Felipe, conde de Flandes, Hugo, duque de Borgoña, Enrique, conde de Champaña, Tibaldo, conde de Blois, Rotron, conde de Perche, los condes de Soissons, de Nevers, de Bar, de Vandome, los dos hermanos Josselin y Mateo de Montmorency, y otra multitud de barones y caballeros, y muchos obispos y arzobispos de Francia y de Inglaterra.

Esta expedicion exigia naturalmente crecidísimos gastos, que era difícil sufragar, y para hacer frente á este inconveniente, se tomó la determinacion de que todos los que no tomasen la cruz, fuera cualquiera la causa, pagasen la décima parte de sus rentas y del valor de sus muebles. Tomó este impuesto el nombre de *diezmo saladino* y fue en todas partes bien recibido, pues no habia un solo corazon que no estuviese entusiasmado y todos deseaban que se llevase á cabo la ansiada reconquista de la Tierra Santa.

«Los tributos de los fieles, dice un historiador, fueron distraidos de su piadoso objeto; sirvieron para sostener una guerra emprendida contra el rey Enrique por su hijo Ricardo, quien se habia adherido al partido de Felipe Augusto. El legado del Papa excomulgó á Enrique y amenazó á Felipe con poner su reino en entredicho: pero los príncipes ni aun fijaron su atencion en estas amenazas. La muerte del rey Enrique puso término á la contienda; el monarca inglés habia espirado maldiciendo á su rebelde hijo Ricardo, coronado como rey de Inglaterra, y este acusándose de la muerte de su padre, fijó todos sus pensamientos en la expedicion santa. Convocó cerca de Northampton á los barones y prelados de su reino; en esta reunion predicó la cruzada Balduino, arzobispo de Cantorbery. El mismo prelado recorrió las provincias, procurando difundir por todas partes el ardor religioso y guerrero; á su mision acompañaron aventuras milagrosas. Contra los judíos fue contra quienes desde luego se manifestó el entusiasmo de los ingleses; corrió su sangre en las ciudades de Lóndres y de York. Ricardo, esperando que aquella persecucion seria provechosa para su tesoro, no se apresuró á contener el furor de la multitud. Los despojos de los judíos, y el diezmo saladino exigido en Inglaterra con cruel rigor, no le bastaron al rey Ricardo: vendió los

bienes de la corona y sacó á pública subasta todas las grandes dignidades del reino; decia que hubiera vendido la ciudad de Lóndres si hubiese encontrado comprador (1). »

Hacíanse todos los necesarios preparativos para la cruzada, y miéntras tanto los reyes Felipe Augusto y Ricardo se reunieron en Nonancourt para ponerse de acuerdo sobre las disposiciones que debian adoptar para el mejor éxito de la santa expedicion. En su consecuencia, y recordando los grandes desórdenes á que habia dado lugar la presencia de las mujeres en la primera cruzada, se les prohibió absolutamente y sin excepcion de ninguna clase el viaje de la Tierra Santa con los cruzados, dictándose al mismo tiempo otras disposiciones no ménos importantes.

El emperador de Alemania, en virtud de las exhortaciones del arzobispo de Tiro, que se habia trasladado á aquel país, se dispuso tambien á partir con un fuerte ejército para la Tierra Santa, despues de confiar á su hijo Enrique el cuidado de gobernar el imperio durante su ausencia. Púsose pues en marcha por la Páscua de Pentecostés del año 1189, y al atravesar la Hungría encontró hospitalidad franca en todos los pueblos. Al llegar á la Bulgaria, todo mudó de aspecto, pues que encontraba desiertas las ciudades, los molinos destruidos, y los desfiladeros por donde habian de pasar estaban obstruidos por piedras de gran tamaño, y eran custodiados por numerosas partidas de bandidos.

Tanto el ejército del emperador Federico Barbaroja como el de los francos sufrieron en esta peregrinacion muchos trabajos, encontrándose en varias ocasiones en absoluta carencia de víveres. No nos detenemos en consignar el itinerario de ambos ejércitos por no ser á nuestro propósito. El lector que desee hacer detenido estudio sobre las cruzadas puede consultar la citada obra de Mr. Michaud, que no deja nada que desear, y que por ser la más acreditada es la que hemos tomado de guia para ocuparnos de este asunto. Tan sólo citaremos un hecho que nos demuestra suficientemente cuánto tuvieron que padecer estos valerosos defensores de la fe. Un musulman que servia de guia al ejército de Federico en su marcha hácia la capital de la Licaonia, los condujo á un paraje desierto y desprovisto de agua, donde tuvieron que sufrir el tormento de la sed, hasta el término de que para aplacar su ardor devorador bebian la sangre

(1) Michaud, cap. XIV.

de sus caballos. Los peregrinos encontraron al fin un pantano de agua corrompida á la cual se arrojaron, siendo para ellos, como dice un antiguo escritor testigo ocular, tan dulce como el néctar.

Presentóse á Federico un embajador musulman ofreciéndole por precio de 300 escudos de oro la libertad de atravesar el territorio enemigo. Federico contestó con energía: «Nosotros no acostumbramos á comprar nuestro camino con oro, sino á abrírnoslo con el acero y con el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo.» En efecto, los alemanes supieron abrirse paso por todas partes, no retrocediendo en su marcha, no desplegando sus labios para quejarse á través de tantas fatigas y trabajos como experimentaban: «¡Quién no se habria conmovido hasta el extremo de derra«mar lágrimas, dice un antiguo cronista, al ver á los jefes más nobles «del ejército, á quienes las enfermedades ó el cansancio impedian andar, «llevados en camillas entre dos mulas, por entre rocas escarpadas y sen«deros peligrosos! ¡Quién hubiera visto, sin enternecerse, á caballeros, «príncipes y obispos ilustres, trepar por montes inaccesibles para los «gamos, y caminar por el borde de abismos, ayudándose con los piés y «las manos como los cuadrúpedos! ¡Cuántos peregrinos perdieron sus «armas, sus bagajes y sus caballos ó corrieron el peligro de caer ellos «tambien á los precipicios! El amor hácia Aquel que guiaba sus pasos, «y la esperanza de la patria celestial á que aspiraban (así se expresa la «historia contemporánea), les hacia sobrellevar todos estos males sin «quejarse.»

Cuando un jefe tan valeroso iba al frente de aquel denodado ejército, y todos los peregrinos rivalizaban en buenas disposiciones y en una fortaleza verdaderamente admirable, ¿quién habia de pensar que aquella expedicion habia de tener un fin funesto? ¿Quién habia de pensar que una catástrofe terrible habia de ser el resultado de tantos esfuerzos? Pues fue así, y nuevamente adoramos los designios de la Providencia. Federico, que quiso atravesar un rio, fue sacado de él sin vida, sin que nádie pudiese evitar esta desgracia, que sembró el terror y el espanto en todo su ejército, y esto en tal manera, que algunos peregrinos no pudieron sobrevivir á la pena que experimentaron. Los cruzados llevaron consigo el cuerpo de su ilustre jefe, al que, segun los historiadores, enterraron en Antioquía ó Tiro. El ejército se dividió en dos cuerpos diferentes, de los cuales el uno pasó á Antioquía, en donde sufrió enfermedades contagiosas que hicieron multitud de víctimas en los peregrinos, y el otro pasó al territorio de Alepo, donde cási todos cayeron en

poder de los musulmanes, que se los repartieron por esclavos: de suerte que de 100,000 guerreros teutones que salieron de Europa escasamente llegaron 5,000 á Palestina. Tal fue el triste fin de aquella desgraciada cruzada.

Entre tanto Felipe Augusto llegó frente de San Juan de Acre. Su presencia animó el valor de los cristianos que atacaban aquella ciudad, que por fin cayó en poder de los cruzados. Despues del desgraciado fin del emperador Federico, Enrique, su hijo primogénito, que habia permanecido en Alemania, fue proclamado rey de Germania y tomó el nombre de Enrique VI.

Durante su pontificado Clemente III creó entre otros cardenales al beato Gui de Paré, francés, obispo de Palestina y legado en Francia y en Germania. Gui introdujo en Colonia la costumbre de advertir al pueblo con una campana el momento de elevar en la misa la hostia y el cáliz, así como dispuso que se tocase cuando pasase por las calles el santo Viático para llevarse á algun enfermo.

El gobierno de este Papa duró tres años, tres meses y tres dias, muriendo en 29 de Marzo de 1191, y fue sepultado en San Juan de Letran delante del antiguo coro de los canónigos. Sucedióle en la Santa Sede Jacinto Bobocarel, cardenal del título de Santa María *in Cosmedin*, y diácono que era hacia sesenta y cinco años. Fue elegido cuando contaba ochenta y cinco años de edad, en 30 de Marzo de 1191, al dia siguiente de la muerte de su predecesor, y tomó el nombre de

CELESTINO III. Fue ordenado presbítero la víspera de Páscua, 13 de Abril, y consagrado Papa el dia de esta festividad. Fue este Papa coronado de un modo nuevo segun el ceremonial del órden romano, que habia compuesto el camarero Cencio: «El Papa electo, dice este ceremonial, se postra delante del altar miéntras se canta el *Te-Deum*: despues los cardenales obispos le conducen á su silla detrás del altar, donde ellos se postran á sus piés y reciben el beso de paz. De allí le llevan en seguida á una cátedra de piedra colocada delante de la basílica de Letran, y luego delante de la basílica de San Silvestre, donde sentado en una silla de pórfido recibe la férula en señal de su gobierno pastoral y las llaves del palacio de Letran. Pasa en fin á otra silla semejante, y en ella le ciñen una faja de seda roja de la cual está pendiente una bolsa de púrpura que contiene doce sellos de piedras preciosas mezcladas de perfumes, símbolos diversos que tiene cada uno su significacion mística; la faja ó cinturon, la continencia; la bolsa, la limosna; las piedras pre-

ciosas, el colegio apostólico cuya cabeza es el Papa, y los perfumes el buen olor de Jesucristo (1).»

Al dia siguiente de su coronacion, Celestino III coronó al emperador Enrique IV, rey de Germania, junto con su esposa la reina Constanza. Doloroso es que algunos historiadores hayan unido á hechos ciertos una multitud de patrañas que sólo pueden ser creidas por quien carezca de un singular criterio. Una de estas patrañas es la que refiere Roger de Hoveda al hablar de la ceremonia de la coronacion de Enrique. Dice que el Papa, sentado en su cátedra, empujó con el pié la corona imperial que se habia colocado en las gradas del trono, y la hizo caer al suelo, para significar que tenia derecho de deponer al emperador, si así lo merecia, y que habiéndola levantado los cardenales la pusieron sobre la cabeza de Enrique. He aquí ahora cómo se expresa Muratori: «El cardenal Baronio, dice, toma esta relacion por moneda corriente; pero los lectores, añade, no deben dar fe á semejante hecho, más propio de un teatro que de una iglesia, indecente en un Vicario de Jesucristo, contrario al ritual de todos tiempos, é ignominioso para el emperador, quien no hubiera sufrido que se le hiciese impunemente semejante afrenta delante de su ejército cuyos jefes le rodeaban. Así pues, concluye, vale más atenerse á la relacion de la crónica de Reichersperg, que asegura que Enrique fue consagrado y coronado de un modo honroso por el papa Celestino.»

Poco tiempo despues vióse renovar la escena sangrienta que tuvo lugar en Inglaterra con la muerte del santo arzobispo de Cantorbery. Rodulfo, obispo de Lieja, de vuelta de la cruzada, murió cerca de su casa de resultas de un veneno. Los votos para la eleccion de su sucesor se dividieron entre dos sugetos, llamados ambos Alberto, y á su vez arcedianos de la misma iglesia de Lieja. Ambos eran de ilustre nacimiento, pero con la diferencia de que el uno, que era hermano del duque de Lorena, era notable por su ciencia; miéntras el otro, que lo era del conde de Rethel, carecia de letras y aun de disposiciones para adquirirlas. El emperador Federico profesaba poco afecto al duque de Lorena, pero á pesar de esto no se atrevió á declararse por el hermano del conde de Rethel, por ser tan notoria su incapacidad; y así, pretendiendo que á él solo pertenecia el derecho de la investidura, la dió á un hermano del conde de Houtstad, del que habia recibido grandes servicios. El clero

(1) Mabill. Ms. Ital., tom. 2, pág. 210.

de Lieja no se conformó, y apeló al Papa haciendo ver que la eleccion de Alberto de Lorena era la canónica. Este, á pesar de los espías puestos por el emperador, pasó á Roma vestido de criado para no ser conocido. En el mismo traje fue presentado al papa Celestino, el que le recibió afectuosísimamente, le consoló y confirmó públicamente su eleccion. Despues de esto el nuevo arzobispo regresó de Roma, y hallándose en Reims, donde se creia libre del resentimiento del emperador, fue vilmente asesinado por órdenes secretas del mismo Federico. Fue enterrado en la catedral de Reims y venerado como mártir de la libertad eclesiástica. En 1612 fue trasladado con solemnidad á la iglesia de los Carmelitas que el príncipe Alberto habia fundado en Bruselas. El martirologio romano hace mencion de este santo arzobispo el 21 de Noviembre.



CAPITULO XV.

Celebracion de varios concilios.—Tregua firmada entre Ricardo y Saladino.—Muerte de Saladino.—Cuarta Cruzada.—Su predicacion en Alemania.—El emperador Enrique toma la cruz y conquista la Sicilia —Asuntos de la Palestina.—Muerte del emperador Enrique.—Fin de la Cruzada.

Ántes de pasar adelante en la narracion de los sucesos de que nos venimos ocupando, daremos cuenta de algunos concilios celebrados con diversos motivos en diferentes puntos.

En 1186 los patriarcas de Constantinopla, de Jerusalen y de Antioquía con veinte y tres metropolitanos, y en presencia del emperador Isaac el Angel, celebraron un concilio en Constantinopla. Juan, metropolitano de Cízico, manifiesta que se habian violado los cánones relativos á las elecciones en el hecho de que el patriarca de Constantinopla y su concilio habian elegido sin llamarle, á pesar de encontrarse dentro de la ciudad, á cinco obispos de su provincia. Con este motivo el emperador da una novela por la que declara nulas estas elecciones, y manda que se invite para las que en lo sucesivo se celebren en Constantinopla á todos los obispos que se hallaren en la ciudad. De esto hace notar un cronista no ser cierto que desde el siglo noveno la Iglesia hubiese abandonado á los emperadores las elecciones, como cree M. de Marca.

En Hibernia (Irlanda), en el propio año 1186, se celebró otro concilio por Juan, arzobispo de Dublin y sus sufragáneos. En él se trató de la reforma del clero, y muy especialmente de los clérigos concubinarios, á los cuales se señalaron penas. De este concilio nos dan cuenta Wilkins y Mansi.

Otras dos asambleas hubo en el mismo año. La primera en Charroux, por Enrique de Sulli, arzobispo de Bourges, en la que se hicieron algunos reglamentos de disciplina; y la segunda en Colonia, por Felipe,

arzobispo de la misma ciudad, en la cual se publicó la canonizacion de San Annon, uno de los predecesores del mismo prelado.

En 1187 se reunieron dos concilios y fueron los siguientes:

1.° Concilio de Mouzon en la diócesis de Reims, el primer domingo de Cuaresma, por Folmar, arzobispo de Tréveris y legado de la Santa Sede, con asistencia de los obispos de su provincia, excepto los de Toul y de Verdun, por haber sido este desterrado y el primero excomulgado. El dicho arzobispo pronunció en este concilio censuras y sentencias de deposicion contra otras personas que se negaban á reconocerle por arzobispo. Esto no fue del agrado de Gregorio VIII, que entónces ocupaba la Silla de San Pedro, por lo que le prohibió obrar de tal modo en lo sucesivo sin contar de antemano con la Santa Sede.

2.° Concilio de Colonia por Felipe, arzobispo de la misma ciudad. Este prelado confirmó ciertas donaciones hechas á la abadía de Steinfeld, deliberando con sus comprovincianos acerca de los medios de resistir al emperador Federico, el que para vengarse del Papa amenazaba hacer una irrupcion en Colonia.

En 1188 se celebraron muchos concilios á causa de las Cruzadas, entre los que señalaremos el reunido entre Gisors y Trie, en el que los reyes de Francia y de Inglaterra tomaron la cruz; otro en Mens, en el que el rey de Inglaterra mandó que durante este año cada uno daria el diezmo de sus rentas y de sus muebles, segun ántes explicamos, para atender á los crecidos gastos que originaba la guerra santa; y en suma, uno en Paris compuesto de señores y prelados del reino, en el que el rey Felipe Augusto dictó igual disposicion. Ya dijimos que á este diezmo se le dió el nombre de *diezmo saladino.*

En Rouen tuvo lugar otra asamblea en 11 de Febrero de 1190, convocada y presidida por Gualtero, arzobispo de la misma ciudad. En este concilio se hicieron treinta y dos cánones, sacados la mayor parte de los precedentes concilios.

En suma, en 1193 se celebraron los dos siguientes:

1.° Concilio en Cantorbery, reunido á instancias del rey Ricardo, que se hallaba en Alemania, y escribió á los sufragáneos de esta Iglesia y al dean de la misma, para que procediesen á la eleccion de prelado, por hallarse vacante aquella iglesia. En su consecuencia eligieron en 30 de Mayo para arzobispo á Huberto, obispo de Sahiberi.

2.° Asamblea en Copiegne, celebrada en 4 de Noviembre, en la que el arzobispo de Reims, legado de la Santa Sede, falló con los obispos que

el matrimonio del rey con Inyeburga, era nulo por el parentesco que habia entre ambos. La reina apeló á Roma.

Ya hemos hablado de los tristes resultados de la tercera Cruzada, y ahora nos cumple añadir su completo desenlace. La toma de San Juan de Acre fue acompañada de muchos asesinatos y otros excesos. Saladino habia reunido numerosas fuerzas al frente de Joppé, donde los musulmanes tomaron represalias bien terribles por lo que habian hecho los cristianos en San Juan de Acre. Ricardo, que habia cobrado ánimos, se presentó en el puerto, desembarcó, rechazó á los musulmanes y atacó la plaza.

Saladino veia que sus tropas se hallaban harto fatigadas para sostener nuevas luchas, y Ricardo por su parte deseaba regresar á Europa; y así consintieron en firmar una tregua de tres años y ocho meses, conviniéndose en que los cristianos conservarian toda la costa desde Joppé hasta Tiro; que la ciudad de Ascalon ocupada por los musulmanes seria destruida, y en que Jerusalen quedaria abierta para los peregrinos cristianos. Ricardo despues de dar la investidura del imaginario reino de Jerusalen á Enrique, conde de Champagne, regresó á Europa; siendo este el verdadero término de la tercera Cruzada, cuyo único resultado fue la conquista de San Juan de Acre y la demolicion de las fortalezas musulmanas.

A la partida de Ricardo siguió un suceso que causó profunda sensacion así en Oriente como en Occidente. Saladino, cuyas glorias militares no fueron menores que las de Ricardo, aunque adornado de más preciosas cualidades, sucumbió á consecuencia de una aguda enfermedad, en Damasco, el dia 30 de Marzo de 1193, cuando apénas contaba la edad de cincuenta y seis años, veinte y cuatro de reinado en Egipto y diez y nueve en Siria.

Su muerte causó un profundo dolor en sus pueblos, lo que prueba el extraordinario amor que á este gran príncipe profesaban. Ántes de morir hizo distribuir abundantes limosnas lo mismo entre los cristianos que entre los musulmanes, ordenando que fuese llevado su paño mortuorio por las calles de Damasco, y que un heraldo repitiese en alta voz: «He aquí lo que Saladino, vencedor de Oriente, lleva consigo de todas sus conquistas.» Tan solamente faltó á este príncipe el sello de Jesucristo, como dice Platino, por estas frases: *«Dignum sane tanti principis spectaculum, cui nihil aliud ad summan laudem defuit, quam Christi character.»*

Segun algunos historiadores orientales, Saladino dejó hasta diez y siete hijos, que se repartieron su herencia. Ninguno de ellos tenia el genio ni el talento de su padre; y así los soldados, conociendo el valor y las cualidades de Malek-Adel, hermano de Saladino, prefirieron mejor obedecerle á él que á unos niños inexpertos, y aquel príncipe pudo reunir bajo su mano los restos dispersos del imperio de los Ayubitas. Las divisiones de los musulmanes por una parte, y por otra el espíritu de discordia y de desaliento que reinaba entre los cristianos, dice Michaud, contribuyeron á que Malek-Adel afianzara su poder. Un espectáculo bien triste se representaba ¡fuerza es confesarlo! entre los que se gloriaban de ser defensores de la fe. Una discordia violenta estalló entre los hospitalarios y los templarios, que se disputaban uno de los castillos de las inmediaciones de Margat, y aun al mismo Papa, dice el historiador citado, le habia costado algun trabajo hacer oir su voz en medio de aquellos debates.

Entónces el papa Celestino III mandó predicar la cuarta Cruzada. Anunció al mundo cristiano la muerte de Saladino, apremiando á todos los fieles á tomar las armas, fundando sus exhortaciones apostólicas en la profanacion de los lugares santos, en la opresion en que gemian los cristianos de Oriente y en la audacia siempre creciente de los sarracenos. La predicacion de esta nueva cruzada no dió resultado favorable por el pronto en Inglaterra ni en Francia á causa de los muchos temores que uno de otro tenian Felipe Augusto y Ricardo. Ambos monarcas hicieron repetidas protestas de su adhesion por la causa de la religion, pero permanecieron quietos en sus respectivos Estados. Los nobles á su ejemplo tampoco dieron señales de vida. Entónces el Papa Celestino fijó sus miradas y todas sus esperanzas en Alemania. Verdad es que el emperador Enrique IV habia sido excomulgado por la Santa Sede por haber tenido prisionero á Ricardo; pero esto no obstante el Papa le envió legados, los cuales en su nombre le recordaron el ejemplo de su padre Federico, aconsejándole como medio de expiacion y de alcanzar el perdon el tomar la cruz para ponerse al frente de la guerra santa. «Enrique, dice Michaud, que tenia más ambicion que piedad, calculó que la expedicion santa podia favorecer la conquista de Sicilia y aun la de Grecia, que tenia proyectadas. Dispensó una acogida brillante á los legados de Roma, y él mismo predicó la Cruzada en la Dieta general de Worms. La elocuencia del jefe del imperio y la de los obispos que hablaron despues de él, exaltaron en tal manera los ánimos que los pueblos y los grandes no pudieron

ménos de *reconocer allí el dedo de Dios*. Enrique, rodeado de su corte, tomó el signo de las Cruzadas; muchos señores alemanes tomaron tambien la cruz, unos por agradar á Dios, otros por complacer al emperador; en todas las provincias de Alemania halló soldados la guerra santa. Enrique habia anunciado el proyecto de conducir los cruzados al Oriente; pero como la guerra que queria llevar á Sicilia estaba ya comenzada, se dejó persuadir con facilidad para quedarse en Europa. Se puso al frente de un ejército y avanzó por el país de Nápoles. Otros dos ejércitos de cruzados, mandados uno por el duque de Sajonia y de Brabante, y otro por el obispo de Maguncia y Valeran, conde de Limbourg, se embarcaron para el Oriente. Los primeros cruzados que llegaron á Palestina quisieron romper la tregua estipulada con los sarracenos, miéntras que los cristianos del país querian que fuese respetada. De aquí resultaron vivos debates en los cuales se culpaba por una parte la imprudencia que iba á comprometerlo todo, y por la otra una pendencia tímida que nada se atrevia á defender; los alemanes comenzaron la guerra por sí solos. En medio de aquella confusion y de los peligros que habia de producir, los cristianos tuvieron que lamentar la muerte de Enrique de Champagne, que se cayó de una ventana de su palacio. Otra desgracia afligió entónces al pueblo cristiano: Malek-Adel, tan luego como supo las primeras hostilidades de los cruzados, sitió á Jafa, tomó la ciudad por asalto, y toda la poblacion fue pasada á cuchillo por los sarracenos (1).»

No perdia Enrique de vista su objeto principal, cual era la conquista del reino de Nápoles y de Sicilia, aprovechando la fuerza que la Cruzada le habia proporcionado. Tancredo, hijo de Rugiero, elegido rey por la nobleza siciliana, murió, y así el reino quedó sin jefe, dividido en mil facciones diferentes, y abierto á las invasiones alemanas. Enrique se mostró entónces como un verdadero tirano, empleándose con más frecuencia los verdugos que los soldados.

Habia conseguido Enrique el objeto que se propusiera; y el que tenia sus manos tintas en sangre cristiana, y sobre el que aun pesaba el anatema de la Santa Sede, se gloriaba de ser el primer soldado de Jesucristo. Creemos que los hombres han sido iguales en todas las épocas, pues que siempre han caido en las mayores aberraciones. Cegados por las pasiones ven maldades en los actos de sus semejantes, y acciones laudables hasta en sus propios crímenes. No teniendo ya que esperar en Italia el

(1) Michaud. *Hist. de las cruz.*, cap. XVIII.

nuevo dominador de Sicilia, se dió prisa á escribir á todas las provincias de su imperio, para que acudiesen á reunirse con él todos los que habiendo tomado la cruz, permanecian aun en sus hogares, para emprender sin pérdida de tiempo la guerra con los sarracenos.

En efecto, en todo el imperio de Alemania fue atendido el llamamiento del emperador, y un numeroso ejército reunido en muy pocos dias marchó para la guerra santa. Las ciudades de la Palestina habian caido en poder de los cristianos, y se decidió por acuerdo de los jefes emplear las fuerzas en el ataque del castillo de Thoron, fortaleza edificada en el Líbano á pocas millas de Tiro, y cuya guarnicion musulmana amenazaba de contínuo á la Galilea y á las llanuras inmediatas al mar. Grandes dificultades presentaba aquel sitio, en las que al principio no fijaron la atencion los sitiadores: pero bien pronto vieron que las saetas y las piedras lanzadas por las máquinas apénas podian llegar á las murallas, miéntras que por el contrario las vigas y pedazos de rocas que rodaban desde lo alto causaban grandes estragos entre los soldados cristianos, que en gran número quedaban aplastados. En fin, á costa de paciencia y trabajos lograron los cristianos, ayudados por máquinas, empezar á minar los cimientos de las murallas del castillo. Los sitiados conocieron que al fin habian de caer en poder de los cruzados, y así propusieron una capitulacion, con cuyo objeto se dirigieron al campo los parlamentarios.

Desgraciadamente existia una gran division entre los cristianos, y esto fue causa de que los parlamentarios musulmanes fuesen recibidos en una reunion agitada por diversas pasiones. Ofrecian los sarracenos abandonar el fuerte y pedian tan sólo que se les concediese la libertad y la vida. La proposicion no podia ser más justa y razonable; pero miéntras unos querian aceptarla, otros no querian otra cosa que tomar la ciudad por asalto, llegando el caso de aconsejar los últimos á los parlamentarios que se defendiesen, irritados de que no habia prevalecido su opinion. Aquellos se volvieron y refirieron lo que habian oido, y las divisiones que existian entre los cristianos. Esto era muy ventajoso á los musulmanes, los cuales cobraron ánimo y juraron morir ántes que entregarse. Entre una muerte cierta á manos de los sitiadores si lograban penetrar en la ciudad, ó la que pudiesen recibir peleando con denuedo en la defensa de su patria, la eleccion no era dudosa. Hicieron varias salidas al campo, hasta que un dia, habiéndose extendido la voz en el campamento cristiano de que Malek-Adel avanzaba con numeroso ejército, los cruzados se retira-

ron á la ciudad de Tiro, huyendo ante un enemigo que ya daban por vencido. Este es el resultado siempre que en un ejército falta la disciplina y entra la desunion. Aquella retirada fue verdaderamente vergonzosa en unos soldados que habian probado su valor y que llevaban muchas ventajas á los enemigos. Unos á otros se culpaban de la fuga, y tal era la animosidad que existia, que tuvieron que separarse y militar bajo diferentes banderas los cristianos de Siria y los cruzados alemanes.

A pesar de todo esto el triunfo estaba reservado para los soldados de la cruz, pues el de los musulmanes fue momentáneo. Un fuerte ejército de estos fue en perseguimiento de los cruzados, los cuales avergonzados de la anterior fuga se reanimaron, y en las inmediaciones de Jafa sostuvieron un combate, quedando el triunfo por los cristianos. Las esperanzas entónces se hicieron generales, y todos creyeron que esta Cruzada concluiria mejor que habia empezado; pero un incidente contribuyó á que aquellas esperanzas no se realizasen por completo. Amaury, que habia sucedido á Guido de Lusiñan en el reino de Chipre, fue llamado á administrar lo que ya era una sombra del reino de Jerusalen, y compartió con Isabel, viuda de Enrique de Champagne, los honores de la dignidad real. Miéntras se celebraban estas bodas ocurrió la muerte de Enrique VI. Este fue el fatal incidente que vino á hacer ilusorias las esperanzas que se habian concebido. La noticia de la muerte de Enrique hizo mudar de aspecto los negocios, pues que los príncipes y señores alemanes trataron en el momento de regresar á Europa. ¿Qué se habia hecho de aquella fe que los animó al recibir la cruz? ¿En qué paró aquella abnegacion con que se exponian á toda clase de trabajos por llevar á cabo un pensamiento santo, cual era la reconquista de los lugares santificados por la pasion y muerte del Redentor? Los intereses de la tierra pudieron en ellos en esta ocasion más que los intereses del cielo. Verdad es que esta cuarta cruzada ocasionó ménos desgracias que las anteriores; pero, como dice muy oportunamente el escritor Michaud, si bien los guerreros de la cruz no carecieron de valor ni de ardor en los peligros, el nombre de Jerusalen no inflamaba ya el entusiasmo de los peregrinos. Sólo la reina de Hungría fue fiel á sus juramentos, quedándose con sus caballeros en Palestina. Tal fue el fin de la cuarta Cruzada.

CAPITULO XVI.

Canonizaciones y últimas disposiciones del papa Celestino.—Inocencio III, papa.—Publica su constitucion «Ineffabilis».—Primeros actos de este Pontífice.—Pensamientos de M. Jager.—Inocencio ensalza la autoridad de la Santa Sede.—Humilla á Oton en Alemania.—Juan, rey de Inglaterra, le cede sus reinos.—Reune al rey Felipe Augusto de Francia con Ingeburga, y legitima los hijos de su segundo matrimonio.—Asuntos de la Bulgaria, Bohemia y Aragon.

El papa Celestino confirmó en 1192 la órden militar Teutónica, llamada así por haber sido instituida en San Juan de Acre, en Siria, por algunos oficiales alemanes de Brema y de Lubeck, y que tuvo por objeto asistir á los enfermos del ejército que mandaba Federico, duque de Suavia. Varias fueron las canonizaciones solemnes que hizo el mismo Pontífice en sus últimos años, contándose entre ellas las de San Pedro, obispo de Tarentaise, y ántes monje cisterciense, muerto en 1175; San Ubaldo, canónigo regular de San Juan de Letran, y San Gualberto, Florentino, muerto en 18 de Julio de 1075, á la edad de ochenta y ocho años, fundador que fue de la congregacion de monjes de Vallombrosa, los que vivian bajo la regla de San Benito.

Sabido es que en los tiempos anteriores los padres no podian revocar la promesa que hacian al ofrecer á sus hijos á algun monasterio. Sobre esto el papa Celestino publicó un decreto muy importante, por el que dispuso que dichos niños pudieran salir de él voluntariamente cuando llegasen á la edad adulta; disposicion que más tarde fue confirmada por el concilio de Trento.

Dejó este ilustre Pontífice diez y siete epistolas, y murió en 8 de Enero de 1198, siendo sepultado en San Juan de Letran, habiendo durado su gobierno seis años, nueve meses y nueve dias. Baronio, fun-

dándose en el testimonio de Roger, autor contemporáneo, refiere que ántes de espirar quiso el papa Celestino renunciar al Pontificado, suplicando á los cardenales que elevasen á la cátedra de San Pedro á Juan de San Pablo, perteneciente á la familia Colonna; pero que se negaron á acceder á esta peticion diciendo que era inaudito el que un Papa se depusiese á sí mismo.

En el mismo dia de la muerte de Celestino III fue elegido el cardenal Lotario: solamente tenia treinta y siete años, y esto parecia mucho inconveniente. Tratóse pues de la eleccion de otro; mas como los votos se dividiesen entre tres, atendidas las ejemplares costumbres de Lotario y su mucha sabiduría, todos unánimemente convinieron en elegirle, siendo él el único que oponia una viva resistencia y grandes súplicas que no fueron atendidas. Se vió, pues, precisado á aceptar y tomó el nombre de

Inocencio III, habiendo sido su pontificado de los más fecundos en sucesos notables. Como hemos dicho, su eleccion tuvo lugar el mismo dia de la muerte de su predecesor. El 27 de Febrero fue ordenado presbítero y consagrado en San Pedro. Al dia siguiente tomó posesion en la iglesia de San Juan de Letran.

El primer acto del nuevo Pontífice fue publicar su Constitucion *Ineffabilis*, por la cual da cuenta á toda la cristiandad de su eleccion legítima, habla de sus escasos méritos para tan sublime dignidad, y ruega encarecidamente á los fieles que le auxilíen con sus oraciones.

He aquí ahora algunas noticias que sobre los primeros actos del nuevo Pontífice nos da Artaud de Montor: «Ántes de su consagracion acordó el derecho al arzobispo de Milan de elevar á las sagradas órdenes á los que hubiesen ya recibido una del Sumo Pontífice, desprendiéndose de aquí que en aquellos tiempos el ordenado por un Papa no podia ser promovido á una órden más digna sin el permiso de la Santa Sede. En 1802 se vió un ejemplo de lo que venimos diciendo: Pio VII promovió al presbiterado á un respetable eclesiástico que habia recibido las demas órdenes de Clemente XIII, y lo hizo para mantener aquella antigua prerogativa de los Sumos Pontífices.

«La Europa examinaba atentamente los primeros actos del nuevo Pontífice. Inocencio entraba en la administracion, dice M. de Sinuondi, con un conocimiento profundo de los intereses de su patria y de la Santa Sede, con el valor y la ambicion de un patricio jóven aun, y finalmente, con la reputacion de ciencia y santidad que debia á una vida

regular y á obras apreciables, entre otras la que escribió con el título *Del desprecio del mundo ó De la miseria del hombre* (1), y varias disertaciones sobre puntos de disciplina... En las revoluciones de la Alemania y de la Italia meridional, en la Francia, agitada por el ilegítimo enlace de su soberano, en toda la extension del mundo católico, donde el celo de las Cruzadas producia una nueva fermentacion, Inocencio encontró ancho campo para manifestar las dotes y talentos que la Providencia le habia prodigado.»

Atento á lo que acabamos de consignar, el mismo Montor cita este bello pensamiento de M. Jager, que entraña una verdad consoladora. «Durante mucho tiempo, dice, se ha desfigurado la historia de los Papas de la Edad media, acumulando errores sobre errores; mas por fin ha aparecido la verdad á través del velo que la cubria; Gregorio VII é Inocencio III han encontrado defensores, y lo que más sorprende es que los han hallado entre los discípulos de Lutero y Calvino, en países de los cuales partieron los más terribles anatemas. Tamaña reparacion, que era debida á la Santa Sede, es una especie de obra satisfactoria que irá más tarde acompañada de la penitencia, pues desde el momento en que los sabios doctores de la Germania examinen las doctrinas católicas con el mismo cuidado y celo con que examinan la historia de los Papas, renunciarán á sus preocupaciones, siguiendo el ejemplo de Arendt, de Schlegel, de Stolberg, de Haller, etc.» Efectivamente, añade Montor, M. Jager lo acertó, y M. Hurter ha vuelto gloriosamente al seno de nuestra Religion.

Ahora iremos viendo con cuánta justicia se concibieron grandes esperanzas al verificarse la eleccion de Inocencio III, en el que veremos resplandecer una sabiduría y prudencia que le asemejaron al gran Gregorio VII.

Poco ántes de su exaltacion al Pontificado habia muerto el emperador Enrique VI, aborrecido de sus vasallos por las grandes crueldades que con ellos habia ejercido. La reina Constancia hizo coronar rey á su hijo Federico, y pidió al Papa la investidura. Esta peticion la hizo con tanto más empeño cuanto que Felipe de Suavia, tio del jóven príncipe, se habia hecho tambien elegir por una gran parte de los señores del reino, bajo el pretexto de sostener los derechos de su sobrino; y como

(1) De contemptu mundi, seu de miseria hominis: libri III.

esta eleccion no fuese del agrado de los demas señores y grandes, declararon nula esta eleccion, eligiendo á su vez y coronando en Aquisgran á Oton, duque de Brunswik. Inocencio creyó que en el tratado de los Papas sus predecesores con los reyes de Sicilia, la libertad eclesiástica habia quedado vulnerada, y así mejoró algunas circunstancias, previniendo con especialidad que fuesen libres las apelaciones á la Santa Sede, y que los Papas pudiesen enviar legados siempre que lo creyesen conveniente. Poco tiempo despues de esto murió la reina Constancia y dejó al Papa regente del reino durante la menor edad de su hijo (1).

Dividida la Alemania entre los dos príncipes citados, Felipe de Suavia y Oton, el papa Inocencio se veia instado por los prelados y señores para que decidiese á cuál de los dos debia prestarse obediencia. Estas instancias eran apoyadas por los reyes de Francia y de Inglaterra. Mucho meditó Inocencio en el asunto; así es que pasaron dos años sin que se decidiese por el uno ni por el otro, lo que era causa de grandes turbulencias en aquel país, en el que ambos partidos pretendian defender el derecho. Al cabo de dicho tiempo el Papa se decidió por Oton, y mandó á los príncipes de Alemania que le reconocieran y obedecieran como verdadero rey, declarando que estaba dispuesto á darle la corona imperial. Con el objeto de justificar su decision á favor de Oton escribió diferentes cartas, en las que explicaba las razones en que se habia fundado despues de examinar con la mayor atencion y detenimiento el asunto. Felipe de Suavia murió al poco tiempo, y para unir ambas familias se creyó conveniente que Oton casase con una hija del difunto. El Papa aprobó el pensamiento, y envió los cardenales legados para que examinasen qué grado de parentesco habia entre ellos, y procediesen á celebrar el matrimonio si lo creian oportuno.

El nuevo rey Oton ofreció al papa Inocencio bajo juramento que guardaria á la Santa Sede tanta ó más obediencia que le habian guardado sus predecesores en el trono, y que dejaria á los cabildos eclesiásticos en completa libertad para las elecciones de los obispos: que no pondria impedimento alguno en las apelaciones á la Santa Sede; y que, en suma, jamas se apoderaria de los bienes de las iglesias vacantes bajo ningun pretexto. Tambien ofreció solemnemente que trabajaria poniendo en juego

---

(1) Raynald. ann 1198, n. 67 seg. Amat., Hist. Ecca. Lib. X, c. VI.

todo su poder en desarraigar las herejías, y que mantendria á la Iglesia de Roma en posesion de los bienes que le habia donado la condesa Matilde. Hechas estas promesas, el papa Inocencio procedió á su coronacion como emperador, verificando esta ceremonia en Roma el 4 de Octubre de 1209.

No era ciertamente el espíritu de piedad y el deseo de paz el que habia movido á Oton á hacer aquellas promesas juradas, sino la ambicion que le dominaba. Ganoso de ceñir la corona imperial, se sujetó á cuantas condiciones se le impusieron por la Santa Sede: pero luego que hubo ceñido la corona, faltó á sus promesas no cumpliendo nada de lo que habia ofrecido. En su consecuencia, el Papa le excomulgó y declaró al mismo tiempo libres á sus vasallos del juramento de fidelidad que le habian hecho como á su soberano. Es indudable que Inocencio estaba en su derecho al obrar de este modo. Si le habia coronado emperador habia sido bajo las condiciones expresadas; luego si él faltó á las condiciones juradas no debia ser tenido por emperador, de cuya dignidad le privó el mismo que se la habia dado. A pesar de estas medidas tomadas por el Papa, Oton iba extendiendo sus conquistas y apoderándose no sólo de algunos pueblos de los Estados de la Iglesia, sino tambien de otros del reino de Sicilia, y entre ellos de la Pulla y de la Calabria. Las consecuencias fueron fatales para Oton. El Papa, que deseaba la paz á todo trance, se valió de diferentes medios para reducirle, sin que ninguno diera los resultados que él se habia propuesto. Por último le envió á un santo sacerdote, el abad Morimundo, para arreglar los negocios y tratar la paz. El emperador despreció todas sus proposiciones, entre las que habia algunas humillantes para el mismo Pontífice; pero los alemanes, disgustados por su modo de proceder con la Santa Sede, eligieron emperador á Federico, rey de Sicilia; y Oton, destronado y despreciado por todos, no tuvo otro recurso que huir de la Alemania y retirarse á sus antiguos dominios de Sajonia.

Entre tanto en Inglaterra se habia levantado una gran persecucion contra los eclesiásticos por el mismo rey, que se habia irritado contra el Papa á causa de que este le habia excomulgado y depuesto, poniendo en entredicho el reino con motivo de una eleccion de arzobispo de Cantorbery, de cuyo hecho ya nos hemos ocupado anticipadamente. El rey Juan no hizo el menor caso de la excomunion del Pontífice, y tomó venganza, ya que otra cosa no podia, en oprimir al clero. El papa Inocencio, que ya no le reconocia como tal rey, excitaba al de Francia para que

se apoderase de sus estados. En aquella época la voz del Vicario de Jesucristo era escuchada con respeto en todas partes, y su influencia no conocia límites. Recuerde el lector que nos hallamos todavía en la Edad media, y cuanto hemos dicho anteriormente del poder de los Papas en esta época. El rey de Francia se preparaba á la conquista del reino de Inglaterra; y conociendo el rey Juan que su perdicion era segura, ofrecióse á tratar de la paz, á lo que contribuyó en gran manera la influencia y los consejos del legado Pandulfo. Admitió pues el rey las proposiciones del papa Inocencio, que se reducian á que se sujetase al juicio de la Santa Sede en los particulares que habian motivado el rompimiento y la excomunion, obligándose á reparar los daños que habia causado á las iglesias y al clero de Inglaterra durante el tiempo de su pasada venganza. El rey juró cumplir todo esto, y con él juraron tambien los principales señores del reino, en el dia 13 de Mayo de 1173. Dos dias despues el mismo rey Juan hizo formal cesion á favor de Inocencio y de sus sucesores de los reinos de Inglaterra é Irlanda, jurando que en adelante los poseeria tan solamente como vasallo del Papa, pagando un censo de mil marcos esterlines en señal de vasallaje y sujecion. En seguida el rey fue absuelto de la excomunion, quedando restablecidas las relaciones entre él y la Santa Sede.

Extendíase á todas partes el celo del papa Inocencio, siendo objetos de su solicitud paternal todos los reinos cristianos. Tambien se vió en la necesidad de tener disgustos con el rey Felipe Augusto de Francia. Este príncipe, que hasta entónces se habia mostrado piadoso y respetuoso á las leyes de la Iglesia, se separó de su legítima esposa la princesa de Dinamarca Ingeburga, uniéndose en nuevo matrimonio con otra mujer. El Papa no podia consentir semejante desórden, que tan deplorable ejemplo daba á todo su reino; y así, con el objeto de corregirlo y atemorizarlo puso en entredicho á la Francia, y los prelados y sacerdotes lo cumplieron con el mayor rigor. Irritado Felipe por esta medida extrema tomada por el Papa, empezó á desterrar del reino á los obispos, á los curas y demas personas eclesiásticas, confiscando los bienes de las iglesias y de los sacerdotes, y encerró al mismo tiempo en una prision á su esposa Ingeburga. Creia que de este modo obligaria al Papa á levantar el entredicho y á reconciliarse con él dejándole en su matrimonio adulterino. Con este mismo objeto envió una embajada al Papa quejándose amargamente del legado que habia en Francia, y se ofrecia á estar al juicio de otros jueces ó legados. Inocencio no dió oidos á ninguna de

sus proposiciones, exigiendo como condicion precisa para entrar en negociaciones el que se separase de su segunda mujer. El rey hizo grandes resistencias, pero al fin no encontrando otro medio, vino en convenir en los deseos del Papa. Este entónces envió otro legado, en presencia del cual Felipe Augusto se reconcilió con Ingeburga, ofreciendo tratarla como reina, y desterró del reino á su segunda mujer. El pueblo, que se hallaba sumamente afligido por la suspension de las funciones eclesiásticas, se llenó de júbilo al escuchar los repiques de campanas que anunciaban habia sido levantado el entredicho, que habia durado el espacio de ocho meses.

Despues de todo esto, el rey que no amaba á su esposa Ingeburga, hizo grandes instancias con Inocencio á fin de que declarase nulo su matrimonio. El Papa examinó detenidamente las causas que para ello exponia, y no las encontró justas, y obró con la mayor prudencia dándole consejos verdaderamente paternales, con los que al fin logró que al cabo de algun tiempo desistiese de aquel propósito y viviese en paz y con tranquilidad en su matrimonio.

Felipe habia tenido dos hijos de su segunda mujer, y despues que accediendo á las instancias del Papa habia resuelto continuar con su legítima consorte, hizo grandes instancias á fin de que Inocencio los legitimase, de suerte que pudiesen sucederle en el trono. En vista, pues, de que no tenia otros hijos de Ingeburga, el Papa premió la docilidad con que al fin se habia sujetado á sus mandatos legitimando aquellos hijos. Con este motivo expidió una bula, en la cual declara ante todo que está en la facultad de la Santa Sede el legitimar á los hijos para los efectos civiles, principalmente cuando se lo piden los soberanos. Despues alega varias causas para la actual legitimacion, señalando con especialidad el que el rey habia contraido su segundo matrimonio de buena fe, toda vez que el arzobispo de Reims habia declarado nulo su primer matrimonio, aunque esta sentencia estuvo muy léjos de ser legítima (1).

Poco despues de estos acontecimientos, Tuanico, rey de Bulgaria, envió al papa Inocencio un obispo, suplicándole que le concediese la corona imperial, suponiendo que otros Papas la habian concedido á sus predecesores, y en cambio ofrecia fidelidad y obediencia á la Iglesia romana, sometiéndole todas las conquistas que hiciere. El Papa despues

---

(1) Innoc. III, L. V. Epist. 738 et in Append. seg. Amat. Hist. Eccle. Lib. X, c. VI.

de meditar sobre lo que era más conveniente, le mandó un cardenal legado para que en su nombre le consagrase rey y le entregase las insignias de la regalía. Al mismo tiempo concedió al arzobispo de Trinova la primacía sobre toda la Bulgaria, y la facultad de consagrar á todos los obispos de aquel reino. Por el pronto se presentó una dificultad, pues que oponiéndose el rey de Hungría á que Juanicio fuese consagrado rey, porque sostenia guerra con él, detuvo al legado al pasar por sus tierras. El Papa se dirigió á él haciéndole ver la injusticia de sus pretensiones; y esto, unido al temor que tuvo el de Hungría de que el Papa se negase despues á la consagracion de su propio hijo, le movió á ceder dando libertad al legado para que pudiese pasar á la Bulgaria, como en efecto lo hizo, consagrando á Juanicio segun la voluntad de Inocencio. Por el mismo tiempo Prismilao, trigésimo duque de Bohemia, pidió con muchas instancias al Papa la dignidad real, lo que le fue otorgado. De este modo Inocencio ensalzaba en todas partes la autoridad de la Santa Sede, que cada dia se iba haciendo más respetable, recobrando todo el prestigio que habia perdido en las azarosas épocas pasadas.

Empero si vemos tal sumision en todos los reyes al Vicario de Jesucristo, aun excedió á todos estos Pedro II, rey de Aragon, pues que hizo expresamente un viaje á Roma para ser coronado por mano del mismo Inocencio III. El Papa, que tenia en mucha estima las bellas cualidades que le adornaban y su acreditada piedad, le coronó con toda solemnidad y le dió todos los ornamentos reales, á saber, manto, túnica, cetro, manzana y mitra, y el rey prestó juramento de ser él y su reino siempre fieles y obedientes á la Santa Sede, defender la fe católica: combatir la herejía y conservar la libertad é inmunidad de la Iglesia, además ofreció el reino á la Santa Sede, obligándose á pagar el tributo anual de doscientas cincuenta monedas de oro (1).

A tal grado de esplendor y de grandeza supo elevar la Santa Sede el sabio Pontífice Inocencio III, que continuó la gran obra empezada por el inmortal Gregorio VII más de un siglo ántes. Jesucristo, que ofreció la perpetuidad á su Iglesia, y que dijo á Pedro que rogaria para que su fe no faltase sobre la tierra, ha suscitado en las épocas más calamitosas ilustres Pontífices que han sabido hacer frente á los poderosos del mun-

(1) Abarca, *Anal. de Arag.*, segun Amat, obra citada, Lib. X, cap. VI.

do, sacando á salvo la misteriosa barquilla á través de las grandes tempestades y borrascas de las persecuciones humanas.

Inocencio III llegó á establecer una autoridad firme que contuvo á todos los partidos en el interior de Roma, haciendo á todos respetar la Santa Sede, y que en el exterior supo humillar la arrogancia de los reyes.



CAPITULO XVII.

Celo y actividad notable del papa Inocencio.—Sus profundos conocimientos en la ciencia del derecho.—Concilios.—Muerte del rey Ricardo.—Foulques de Neuilly es encargado de predicar la quinta Cruzada.—El dux de Venecia toma la cruz.—Sitio de Zara.—Disensiones entre los cruzados.—Alejo, hijo de Isaac, reclama el auxilio de los cruzados.—Partida del ejército para Constantinopla.—La flota de los cruzados fondea á la vista de la ciudad imperial.

Por los hechos que acabamos de narrar se ve cuán extraordinario era el celo del papa Inocencio, que extendia su solicitud á todos los reinos, habiendo merecido por estas circunstancias un alto concepto por parte de los príncipes cristianos. Esto mismo hacia que contínuamente tuviese que ocuparse de asuntos políticos, sin que á causa de esta circunstancia descuidase en lo más mínimo las obligaciones espirituales que le competian como Jefe supremo del catolicismo. Inocencio se elevó sobre todos los altos personajes de su época, y cuantos extranjeros tenian ocasion de visitar á Roma no se retiraban de aquella capital sin haber admirado su tacto en el gobierno, la prudencia de que se hallaba adornado y su prodigiosa memoria. Ya veremos en lo que nos queda por narrar de su pontificado que siempre supo poner de su lado todas las ventajas á fuerza de paciencia, de prudencia y de un exquisito tino en el manejo de todos los negocios. «Sus reglas y su norma, dice un historiador de este Papa, eran la doctrina de Gregorio VII, suavizada en la forma, porque los principios eran mejores; generosos consejos á los cruzados, segura libertad para sus partidarios, y consideraciones y apostólico afecto para sus adversarios.»

Tres veces por semana daba este Papa audiencia pública, oyendo las quejas y representaciones de sus súbditos, y atendiendo á todos sin distincion de personas. Los asuntos de poca importancia los sometia al jui-

cio de rectos magistrados; pero los graves los examinaba y sentenciaba inmediatamente en la misma audiencia, usando de una justicia recta é inalterable, y demostrando un vasto conocimiento de las leyes, lo que le valió tanta fama y justa nombradía que muchos jurisconsultos acudian desde lejanas tierras para oirle y aprender.

Era este Pontífice notable tambien por su caridad, así como por su templanza. Al tiempo que diariamente socorria á una multitud de pobres, en sus comidas sólo se hacia servir tres platos.

Sigamos ya los grandes acontecimientos de su Pontificado.

En el mismo año de su entronizacion en la Santa Sede (1198) hubo un concilio en Sens contra los poplicanos, que eran muy semejantes á los maniqueos en sus doctrinas, y cuya secta fue descubierta en Nivernais.

En el año siguiente de 1199 se celebraron dos: el 1.º en Dalmacia, compuesto del arzobispo de Dioclea y seis obispos sufragáneos suyos, los cuales publicaron doce cánones encaminados á restringir los abusos y establecer en Dalmacia las prácticas de la Iglesia romana; y el 2.º se reunió en Dijon, en la iglesia de San Benito. Tuvo principio el dia 6 de Diciembre, y el objeto fue ocuparse del enlace del rey Felipe Augusto con la reina Ingeburga. Ya hemos visto que al celo de Inocencio y á su energía se debió el que Felipe abandonase su segunda mujer, uniéndose nuevamente con Ingeburga, con lo que reparó los grandes escándalos que habia dado en el reino de Francia con su matrimonio adulterino.

Fijó su atencion especialmente el papa Inocencio en las discordias que existian entre los reyes de Francia y de Inglaterra, y así despues de que Felipe Augusto habia quedado reconciliado con la Santa Sede, le escribió para aconsejar la paz entre ambos Estados, y al mismo tiempo aprovechó la ocasion para promover una nueva Cruzada. Nombró legado para este efecto el Papa á Eudes, obispo de Paris, en el que resplandecian grandes virtudes y una sólida piedad. El legado buscó todos los medios posibles para reconciliar á ambos monarcas, hasta que por fin pudo conseguir que se tuviese una conferencia en los confines de ambos reinos entre Andeli y Vernon. Fue muy numerosa la asistencia de señores de una y otra parte, pero toda la elocuencia del obispo de Paris no pudo alcanzar el que la paz fuese restablecida. Lo único que consiguió fue que se estableciera una tregua de cinco años, pero que no duró más que tres meses, cuando el Papa cási no habia tenido tiempo de confirmarla.

Poco tiempo despues ocurrió la muerte del rey Ricardo. Habiendo ido

á visitar el castillo de Chatelus, en el que habitaba el vizconde de Limoges, recibió un tiro de ballesta en ocasion que reconocia la plaza. La herida era mortal, y Ricardo conoció que no habia para él remedio alguno, y dió señales de penitencia. El último acto de su vida honra su memoria y borra sus anteriores extravíos. El que le habia herido cayó en poder de la gente del rey, y este, que se hallaba próximo á la agonía, mandó que se lo llevasen cerca de su cama. Aquel hombre creia que era indudable su sentencia de muerte, y así no esperando clemencia alguna, se presentó de un modo altanero ante Felipe, al que habló con insolencia. Habiéndole oido el rey y hallándose ya cási espirando, le dijo con dulzura: «Amigo mio, vos me dais la muerte, y yo os concedo la vida para imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que perdonó á sus verdugos (1).»

Hemos llegado ya á la época de la predicacion de la quinta Cruzada. El éxito deplorable que tuvo la anterior, y las grandes desgracias que en ella se experimentaron sin fruto alguno para la Religion, fueron causa de que hubiese entrado e! desaliento en todos los occidentales, sin que nádie pensase en ir á libertar á los cristianos del Oriente. Jerusalen hubiese sido por entónces olvidada á no haber ocupado la Cátedra de San Pedro un Pontífice como Inocencio III, cuya idea culminante desde el momento de su elevacion fue el reanimar el fuego santo de las Cruzadas. Con este objeto, no sólo escribió á Felipe Augusto, segun ántes hemos dicho, sino que envió diversas cartas á todos los reinos católicos, haciendo ver la necesidad y el deber en que estaban todos de acudir á la Tierra Santa. Sus cartas terminaban de este modo: «Si Dios murió por el hombre, ¿temerá el hombre morir por su Dios? ¿Rehusará dar su vida pasajera y los bienes perecederos de este mundo al que nos abre los tesoros de la vida eterna?» A todas partes se dirigian legados para predicar la Cruzada, y en todas las iglesias se establecieron cepillos para recoger limosnas con que atender á los crecidos gastos que ocasionaban estas expediciones. Pocos ó ningunos frutos produjeron las primeras predicaciones, pues que nádie acudia á recibir la cruz recordando los tristes resultados de la anterior Cruzada. El triunfo estaba reservado á un virtuoso sacerdote llamado Foulques de Neuilly, cura de la villa del mismo nombre, situada entre Paris y Lagni. Era este un varon extraordinario, que habia adquirido una reputacion universal y que arrastraba

(1) Roger. ann. 1199, pág. 790.

á los pueblos con la vehemencia y grande elocuencia de sus predicaciones. Tal era la autoridad que habia adquirido, que hasta los mismos maestros y doctores acudian á oirle llevando consigo libritos de memoria para tomar apuntes, de los cuales se servian despues en sus propios discursos. Incansable predicador de la doctrina católica, y no contento con enseñarla en su país natal, habia recorrido por Flándes, la Borgoña y una gran parte de la Alemania, y en todas partes los obispos se disputaban la gloria de llevarle á sus diócesis, y los grandes el honor de hospedarle. Dicen los historiadores que Dios le comunicó el don de milagros en alto grado, siendo muchas las enfermedades que curaba instantáneamente.

Con dificultad, pues, podria haberse hallado un sacerdote más á propósito para reanimar el fuego sacro de las Cruzadas que Foulques, y por esto le escogió el papa Inocencio para predicador de la guerra santa. Dió principio Foulques por cruzarse á sí mismo, siguiendo inmediatamente su ejemplo una multitud de personas distinguidas, cuales fueron Tibaldo V, conde de Champagne, y Luis, conde de Blois, uno y otro primos hermanos del rey de Francia y sobrinos del de Inglaterra; Simon de Monforte, famoso por sus triunfos contra los albigenses; Godofredo de Villa-Haoduim, mariscal de Champagne, que escribió luego la historia de esta Cruzada, y otros muchos que seria prolijo el enumerar. De todas las clases del pueblo acudian en seguida en gran número á recibir la cruz.

La nobleza de Flándes estuvo tambien pronta para demostrar su celo por la libertad de los Santos Lugares. Daremos cuenta de todo lo ocurrido hasta el ataque de Constantinopla por los cruzados.

Reunidos los jefes principales de la Cruzada, primero en Soissons y despues en Compiegne, dieron el mando de la expedicion á Tibaldo, conde de Champagne, decidiéndose que el ejército de los cruzados se trasladase á Oriente por mar, y que se enviasen á Venecia diputados con el fin de obtener de la república los buques necesarios para el trasporte de los hombres y de los caballos. En efecto, pusiéronse en camino seis diputados, entre los que se contaba el mariscal de Champagne. El dux Dandolo los recibió con el mayor entusiasmo, sintiendo inflamarse todavía su corazon, no obstante contar ya más de ochenta años de edad. Aprobó Dandolo el pensamiento de ir á libertar á Jerusalen, y ofreció suministrar á los cruzados los buques necesarios para 20,000 hombres de infantería y 4,500 caballos, como asimismo provisiones para todo el

ejército cristiano durante nueve meses; y como si esto no fuese bastante, ofreció en nombre de la república armar 50 galeras con las condiciones de que los venecianos habian de obtener la mitad de las conquistas que se hiciesen. Los caballeros y los barones se comprometian por su parte á pagar á la república la cantidad de 85,000 marcos de plata. Luego que se hicieron estos contratos entre el dux y los patricios con los diputados que habian hecho las pretensiones, fue todo sometido á la sancion del pueblo, para lo cual se reunió en la iglesia de San Márcos. En esta junta popular tomó la palabra el mariscal de Champagne, y en nombre de los señores de Francia excitó á los venecianos á auxiliar la guerra santa, suplicándoles que se compadeciesen de Jerusalen, que se hallaba en cautiverio bajo el poder de los musulmanes. Los príncipes y los barones, decia, nos han encargado que nos arrojemos á vuestras plantas y que no nos alcemos hasta tanto que hayais accedido á nuestros ruegos. Al pronunciar estas palabras los diputados se pusieron de rodillas, y tendieron sus manos suplicantes hácia el pueblo reunido; entónces diez mil voces exclamaron á un tiempo: *¡Consentimos! ¡consentimos!*

M. Michaud, á quien debemos estas noticias, sigue dando cuenta de estos sucesos en los siguientes términos: «Cuando los diputados regresaron á Champagne encontraron á Tibaldo enfermo de peligro. Al saber el tratado estipulado con los venecianos fue tal el júbilo del jóven príncipe, que olvidando el mal que le tenia postrado en su lecho, quiso empuñar sus armas y montar á caballo; *pero*, añade Villehardouin, *fue gran desgracia y lástima; la enfermedad se acrecentó y se agravó en tal manera, que hizo sus particiones y legados y no volvió á cabalgar.* Tibaldo murió poco tiempo despues; entónces los barones nombraron jefe suyo á Bonifacio, marqués de Monferrat, *príncipe valeroso y de los más experimentados en materia de guerra y armas.* Bonifacio fue á Soissons, en donde recibió la cruz de manos del cura de Neuilly, y fue proclamado jefe de la Cruzada en la iglesia de Nuestra Señora, en presencia del clero y del pueblo.

«En la primavera del año 1202 todos los que habian tomado la cruz se pusieron en marcha, *no sin que derramasen sendas lágrimas en su partida.* El conde de Flándes, los condes de Blois y de San Pablo, el mariscal de Champagne y un número considerable de caballeros flamencos y champagneses pasaron los Alpes y se trasladaron á Venecia. Pocos dias despues de su llegada fue preciso pagar á la república los

85,000 marcos de plata que se le debian. Los cruzados presentes, aun dando cuanto tenian, no pudieron pagar mas que la tercera parte de una deuda tan considerable. Entónces el dux reunió al pueblo y le hizo presente que no seria honroso usar rigor con los peregrinos de Jerusalen; propusieron á estos que ayudasen á la república á someter la ciudad de Zara, sublevada contra Venecia. Los barones á quienes así se proponia que pagasen deudas con victorias, aceptaron esta condicion con júbilo. Sin embargo, varios peregrinos recordaron que habian hecho juramento de pelear contra los infieles, y no podian resolverse á volver sus armas contra cristianos. El legado del Papa, Pedro de Capua, consideraba como una empresa sacrílega la expedicion á que querian arrastrar á los soldados de la cruz. El dux, para vencer todos los escrúpulos y disipar todos los temores, resolvió asociarse él mismo á los trabajos y peligros de la Cruzada, y comprometer á sus ciudadanos á que se declarasen compañeros de armas de los peregrinos. En una reunion del pueblo Dandolo pidió permiso para cruzarse é hizo que le fijasen la cruz sobre su toca ducal; muchos venecianos siguieron su ejemplo y juraron morir por libertar los Santos Lugares; la cruz de los peregrinos fue para los venecianos y los franceses un signo de alianza que confundió todos sus intereses é hizo de ellos una sola nacion; desde entónces se escuchó ménos á los que hablaban en nombre de la Santa Sede, y los peregrinos emplearon en la expedicion contra Zara el mismo celo y el mismo ardor que el pueblo de Venecia.»

Compendiando las demas noticias que nos da el citado autor de la Historia de las Cruzadas, diremos que en el momento en que iban á embarcarse los cruzados, Isaac el Angel, emperador de Constantinopla, fue destronado por su hermano Alejo, el cual le hizo sacar los ojos y le encerró en una prision. De este cautiverio pudo librarse el hijo de Isaac, el que refugiándose en el Occidente solicitó el amparo y la compasion de los príncipes cristianos. Sus ruegos fueron escuchados por los cruzados, que eran lo más selecto y escogido de los guerreros del Occidente. Viva sensacion causó entre ellos la relacion del hijo de Isaac el Angel, con el que hicieron un tratado, aplazando la decision del asunto para más adelante.

En vano la ciudad de Zara hizo resistencia contra los esfuerzos reunidos de los venecianos y los cruzados franceses. El sitio duró dos semanas. Cayó en poder de los sitiadores, los cuales demolieron las murallas. El Papa acriminaba á los venecianos por haber arrastrado á los soldados

de Jesucristo á una guerra profana é injusta, y exhortaba á los caballeros al arrepentimiento por los daños que habian hecho al pueblo de Zara. Los franceses no tardaron en enviar diputados á Roma, implorando el perdon, é Inocencio, conmovido por la sumision, les contestó con la mayor dulzura dándoles la absolucion y su bendicion para que marchasen á la Siria, permitiéndoles que cruzasen el mar con los venecianos, á los que acababa de excomulgar por necesidad, decia, pero con amarga pena.

Poco tiempo despues se presentaron á Zara embajadores de Felipe de Suavia, recomendando al jóven príncipe Alejo, hijo del desgraciado Isaac, al generoso apoyo de los cruzados. Entónces se trató de llevar á cabo el tratado que con él habian hecho. El príncipe prometia sostener durante un año el ejército y la flota de los peregrinos, y pagar 200,000 marcos de plata para los gastos de la guerra; ofreciendo ademas someter la Iglesia griega á la latina, derribando todas las barreras que hasta entónces habia alzado la herejía entre el Oriente y el Occidente. Las promesas no podian ser más halagüeñas, y la proposicion de someter la Iglesia de Constantinopla á la de Roma llenó de regocijo á los cruzados. Esto no obstante, hubo diversidad de pareceres, pues muchos creian y con razon que era primero atender á la herencia de Jesucristo que á la de Alejo; y que si este se hallaba en desgracia no eran ciertamente ménos atendibles las que experimentaban los cristianos de Jerusalen: pero al fin, contra la opinion de los más devotos, se decidió que el ejército se dirigiese á Constantinopla.

Cuando el Papa tuvo conocimiento de esta resolucion dirigió á los cruzados amargas reconvenciones, y les amenazaba con la cólera divina. Mucho se afligieron con esto los jefes de la Cruzada, pero sin embargo no cedieron en su resolucion, persuadidos de que á fuerza de victorias justificarian su conducta á los ojos del Pontífice.

Fuéronse acercando á Constantinopla los cruzados sin que el usurpador del trono les enviase ninguna embajada ni tomase medio alguno de defensa; y en los últimos dias de Abril desembarcaron en Dura y en Corfú, donde el jóven Alejo fue proclamado emperador. Poco despues, y gracias al valor de los cruzados, la flota fondeó á la vista de Constantinopla. Se acercaba la hora del restablecimiento de Isaac y de su hijo en el trono imperial.



CAPITULO XVIII.

Fuga del usurpador Alejo.—Isaac y su hijo Alejo restablecidos en el trono imperial.—Disturbios y revoluciones en Constantinopla.—Reunion de la Iglesia griega con la latina.—Descontento del pueblo.—El jóven Alejo es asesinado.—Mursufle es proclamado emperador.—Segundo sitio y toma de Constantinopla por los cruzados.—Saqueo de la ciudad.—Se nombra un emperador latino.—Particion del imperio entre los vencedores.—Sublevacion de los griegos.—Guerra de los búlgaros.—El emperador Balduino es hecho prisionero.—Rápida decadencia del imperio de Bizancio.

La vista de la ciudad imperial habia alentado grandemente el valor de los cruzados, los cuales establecieron su campamento en la punta del golfo cerca del sitio en que la flota de Venecia se hallaba formada en órden de batalla. Como quiera que los enemigos eran numerosos, pues que, como dice el mariscal de Champagne al referir estos sucesos, para un hombre que habia fuera, habia doscientos en la ciudad, los peregrinos no podian tener un momento de descanso, viéndose obligados á pasar los dias y las noches sobre las armas. Los venecianos fueron los primeros en atacar la ciudad, y desde sus numerosas naves peleaban con grandes ventajas. Bien pronto los sitiadores se hicieron dueños de 25 torres. En seguida pegaron fuego á las casas que estaban situadas á las inmediaciones de las murallas. El usurpador del trono salió de la ciudad al frente del ejército imperial para pelear con los cruzados franceses, que formaban sesenta batallones, y en cuyo auxilio acudieron los venecianos. Cuando el usurpador Alejo se apercibió de que se hallaban reunidas todas las tropas, teniendo temor de atacarlos mandó tocar retirada, lo que causó un gran terror en la ciudad. Despues, cual si se hubiese encontrado en derrota y sin ejército, aprovechó la oscuridad de la noche para huir de la ciudad.

Cuando el pueblo á la mañana siguiente se enteró de la cobarde fuga

del jefe del imperio, se entregó al desconsuelo creyéndose perdido, pero al fin trataron de buscar la salvacion yendo á la prision donde se hallaba encerrado Isaac, al cual colocaron nuevamente sobre el trono, cubriéndole con el manto imperial no obstante hallarse ciego. Supieron esta novedad los cruzados, y en el momento mandaron una diputacion á la ciudad para que se informase de cuanto habia ocurrido.

La diputacion, cumpliendo fielmente el encargo que le habia sido confiado, entró en Constantinopla, encontrando á Isaac sentado en su trono resplandeciente de oro; y despues que mediaron los saludos, le felicitaron excitándole á que ratificase el tratado que su hijo Alejo habia estipulado con los cruzados. Así lo hizo Isaac sin presentar ninguna clase de oposicion, y los diputados volvieron al campamento para dar cuenta del feliz resultado de su mision. Sin pérdida de tiempo el dux y los demas jefes de los cruzados montaron á caballo, y llevando con ellos al jóven Alejo se presentaron en el palacio imperial. Padre é hijo se abrazaron con tanta ternura que los asistentes se vieron precisados á derramar lágrimas á vista del espectáculo que presentaba aquel emperador, privado de la vista por la perfidia de un usurpador, estrechando entre sus brazos á un hijo del que le habian separado tan cruelmente.

Con estos hechos se cubrieron de gloria los cruzados de tal modo que por todos los pueblos cristianos se celebraba el triunfo de su empresa. A ellos, sin embargo, les faltaba para que su gozo fuese completo que el Papa diese su aprobacion á lo que habian hecho, y con este objeto los jefes principales de los cruzados escribieron á Inocencio III, y el jóven Alejo hizo lo mismo justificando con copia de razones su conducta y la de sus magnánimos defensores.

Era llegado el momento de cumplir el tratado que se habia pactado, pagando á los cruzados las cantidades estipuladas y sometiendo la Iglesia griega á la latina. Ambos extremos disgustaron en gran manera al pueblo, y no solamente se turbó la alegría general por la anterior victoria, sino que el trono se vió nuevamente en peligro. Entónces Alejo, que con razon temia, se vió obligado á suplicar á los cruzados que aplazaran su partida, hasta tanto que el imperio se hallase pacífico bajo la autoridad de sus legítimos señores. La mayoría fue de opinion que no debia bajo pretexto alguno demorar por más tiempo la partida á la Tierra Santa, que era el principal, ó mejor, el único objeto que les habia hecho abandonar sus respectivos países y familias. Reñidos fueron los debates que hubo sobre este asunto, pero al fin cedieron á los ruegos del

dux, que decia no debia dejarse malograr el fruto de aquella jornada', y que ya que habian librado al emperador y á su jóven hijo no debian abandonarlo hasta que consolidase el imperio, dándole tambien el tiempo necesario para que pudiese cumplir los tratados que habia estipulado con ellos. La expedicion á Jerusalen fue en efecto aplazada hasta la Páscua del siguiente año.

Hallábase exhausto el tesoro imperial é imposibilitado por lo tanto de poder pagar á los cruzados, motivo por el cual se mandaron fundir las campanas y hasta muchos vasos sagrados, lo que aumentó considerablemente el disgusto público, promoviéndose grandes murmuraciones en las masas populares, que miraban con prevencion á los cruzados no obstante que acababan de salvar el trono. Los jefes de los cruzados estrechaban sin tregua ni descanso al patriarca y al clero para que en cumplimiento de lo pactado abjurasen los errores que los separaban de la Iglesia latina. El patriarca griego subió al púlpito y con toda solemnidad declaró en su nombre, en el de los emperadores y en el de todo el pueblo cristiano de Oriente que reconocia á *Inocencio III, por sucesor de San Pedro, y único Vicario de Jesucristo sobre la tierra.* «Desde entónces, dice Michaud, estuvieron los griegos y los latinos más desavenidos que nunca, porque, cuanto más proclamaban la reunion de las dos Iglesias, más se alejaban uno de otro ambos pueblos, y se odiaban mortalmente.»

He aquí de qué modo nos explica el citado escritor los grandes disturbios de que fue teatro la capital del imperio. «Poco tiempo despues de aquella ceremonia, dice, estalló en la capital un incendio terrible que comenzó, segun unos, por una mezquita, y segun otros por una sinagoga; se extendió desde el barrio inmediato á la puerta Dorada hasta las orillas del golfo ó del puerto, y devoró la mitad de la ciudad imperial. El pueblo, que se habia quedado sin asilo y andaba errante entre los escombros, achacó su miseria á los guerreros latinos y á los dos emperadores á quienes habian repuesto en el trono. Entónces fue cuando el hijo de Isaac volvió de una expedicion contra el usurpador Alejo y los búlgaros. Esta expedicion le hizo ser aun más odioso para los griegos: como los barones y los caballeros le habian acompañado, y cada dia se unia más con los cruzados, le acusaron de contraer las costumbres de los francos y de corromperse frecuentando el trato de los bárbaros.

«Los vasos sagrados y los tesoros de las iglesias no habian alcanzado para pagar lo que se debia á los latinos; el pueblo, al que recargaron

con impuestos enormes, se sublevó, segun dice Nicétas, cual un mar agitado por los vientos. La multitud por los males que tenia que sufrir, atacó ante todo al mármol y al bronce; en su furor supersticioso, derribó una estatua de Minerva que decoraba la plaza de Constantino; esta estatua pasaba por ser la que habia llamado á los bárbaros, y la razon que para esto daban era que tenia los ojos y los brazos vueltos hácia el Occidente (1). Los descontentos, para formular sus quejas, acostumbraban á reunirse en el Hipódromo, en torno del jabalí de Calidon, al que consideraban como símbolo ó imágen del pueblo irritado. Para calmar las pasiones de la multitud no halló la sabiduría imperial más medio que el de hacer trasladar el jabalí de Calidon al palacio de los Blanquernes. Miéntras que por otras partes se formaban así tormentas próximas á estallar, el jóven Alejo parecia que abandonaba las riendas del imperio, y el anciano Isaac pasaba los dias con astrólogos que le prometian un reinado maravilloso. El pueblo era excitado por un príncipe jóven de la familia imperial de Dúcas. Este príncipe llevaba tambien el nombre de Alejo, nombre que habia de ir asociado siempre á la historia de las desgracias del imperio; le habian puesto el sobrenombre de *Mursufle*, palabra griega que significaba que sus dos cejas estaban unidas; Mursufle excedia á todos los demas griegos en el arte de disimular; las palabras patria, libertad y religion estaban contínuamente en sus labios, y sólo servian para encubrir sus ambiciosas tramas. Mursufle no carecia de valor, y en una ciudad en la que todos estaban llenos de terror su reputacion de valiente bastaba para que se fijasen en él todas las miradas. El odio que hacia alarde de sentir contra los extranjeros daba esperanzas de que llegaria á ser algun dia el libertador del imperio. Sus discursos persuadieron al jóven Alejo que era preciso romper con los latinos para obtener la confianza de los griegos; inflamó el espíritu del pueblo contra los cruzados, y para decidir un rompimiento verificó por sí mismo una salida á la cabeza de un cuerpo de tropas reunido apresuradamente bajo sus banderas. Este ataque imprudente sólo logró promover una guerra en la que habia de perecer y hundirse el imperio que él abrigaba la pretension de salvar (2).»

---

(1) Increible parece que al terminar el siglo XII existiesen estas supersticiones idolátricas en Constantinopla, donde tan profundas raíces habia echado el cristianismo, y donde se habian celebrado los principales concilios ecuménicos. Sin embargo, lo consignamos por asegurarlo el autor de quien reproducimos este trozo.

(2) Michaud. Obra citada, cap. XX.

Ahora preguntaremos: ¿debieran los cruzados prolongar por tanto tiempo su permanencia en Constantinopla desentendiéndose del objeto que les habia hecho tomar la cruz? Creemos que no. Buena obra era libertar de la dominacion de un usurpador el imperio de Oriente, saliendo á la defensa de legítimos derechos, y mucho más cuando podian esperarse benéficos resultados; pero sobre todos estos intereses estaba la Tierra Santa, que atraia las miradas de todo el mundo cristiano. Y al ménos si una vez restituido á su trono Isaac, y recibido su jóven hijo en Constantinopla, los cruzados hubiesen sin demora continuado su marcha para Jerusalen, tal vez hubiesen contado un sin número de desgracias. Durante dos años el hambre habia asolado el Egipto y toda la Siria, y tras esta calamidad se habian presentado enfermedades contagiosas que hacian innumerables víctimas, tanto que en un solo dia fueron sepultados en Tolemaida más de dos mil cristianos. Afligidos los de la Palestina con tan terribles y desoladoras plagas, enviaron una diputacion al campamento de los cruzados, cuyos individuos, despues de exponer los grandes males que hemos narrado, añadieron: «Si el ejército de la cruz hubiese pasado el mar, no habria carecido de ocasiones para vencer á los sarracenos: pero lo mucho que retrasaba su marcha habia comprometido la existencia mísera de las colonias cristianas, cuya salvacion sólo consistia ya en treguas mal respetadas por los infieles, y en las calamidades que mantenian á todos los pueblos del Oriente en la espectativa y en la inaccion.» Aquellos enviados de la Palestina, despues de tan tristes narraciones, suplicaban con grandes sollozos los auxilios de los caballeros cruzados, en quienes despues de Dios los cristianos de Jerusalen tenian fijas sus esperanzas.

De nada sirvieron por entónces aquellos ruegos. Los cruzados estaban ya empeñados en la guerra con los griegos: y contestaban á los de la Palestina que en el caso en que se hallaban no podian ya sin deshonra apartarse de Bizancio. Al propio tiempo los jefes del ejército se presentaron al emperador exigiéndole el cumplimiento de sus promesas, pero lo efectuaron con la mayor arrogancia y haciendo grandes amenazas. El efecto que esto produjo en la cámara del emperador lo pinta Villehardouin de este modo: «Entónces, dice, se promovió gran ruido en e «palacio; los mensajeros se dirigieron rápidamente á las puertas, y «cuando estuvieron fuera ni uno solo hubo que no se felicitase de ha«ber salido tan bien librado, pues en nada estuvo que todos quedasen «muertos ó prisioneros.»

A todo esto se siguieron grandes desastres, pues que ya no era posible la paz entre los griegos y latinos; despues de tentativas inútiles para poner fuego á los buques de los venecianos, los griegos se vieron precisados á encerrarse dentro de sus murallas. Mursufle encontró en estos trastornos la ocasion oportuna para hacerse emperador, y así despues de ganarse las voluntades, abultando á la vista de todos sus servicios por la patria, arrastró con engaño y perfidia á Alejo á un sitio retirado donde le encerró en un calabozo. El pueblo, al que habia logrado entusiasmar, le condujo á Santa Sofía, donde le proclamó emperador.

Habia conseguido Mursufle el objeto de sus deseos, y queriendo asegurar el imperio, se dirigió á la prision donde tenia encerrado al hijo de Isaac, y le asesinó por su propia mano por extrangulacion. Un crímen conduce á otro. No contento Mursufle con el que acababa de cometer, intentó otro nuevo. Se propuso por medio de una traicion bien combinada causar la muerte de los jefes principales de los cruzados. Para esto procuró que no llegase por entónces á ellos la noticia de la muerte de Alejo, y envió un emisario al dux de Venecia y á los principales magnates franceses, rogándoles de parte del emperador Alejo que se presentasen en el palacio imperial, donde les serian entregadas todas las cantidades que habian sido ofrecidas en los tratados. Prontos estuvieron los barones para acceder á la invitacion, mucho más cuando ni remotamente sospecharon tan negra perfidia. Sin embargo Dandolo, que era notable por su prudencia, en tales términos que era conocido por *el prudente de los prudentes*, sospechó de las intenciones de los griegos y despertó la desconfianza. Poco tiempo tardó en extenderse la voz de que Alejo habia sido asesinado, como asimismo del fallecimiento de su padre Isaac. Comprendiendo entónces los cruzados toda la trama urdida por Mursufle, se mostraron indignados contra él, y el grito de guerra resonó en todo el campo de los peregrinos.

Sagaz en gran manera el usurpador asesino, trató de ganarse la voluntad de los griegos, y para ello disminuyó los impuestos y confiscó los bienes de todos los que en los reinados anteriores se habian enriquecido.

Cuando tenian lugar los acontecimientos de que nos venimos ocupando principiaba ya el siglo XIII. Esto no obstante, por no interrumpir la narracion, continuamos aquí la historia de esta Cruzada.

No tardó mucho sin que se empezara un sangriento combate. Este fue terrible. Los cruzados, y principalmente los franceses, hicieron prodigios

de valor rechazando á los enemigos. Sin embargo, el triunfo no se declaró por ellos, y los jefes como medida de prudencia tocaron á retirada por temor de perder su flota. Luego que hubieron descansado de las anteriores fatigas, reuniéronse para deliberar los jefes de los cruzados, y de comun acuerdo se determinó atacar nuevamente la ciudad por el mismo punto, aunque con mejor órden. El resultado fue esta vez más favorable. Recompuestos los buques de los desperfectos que habian experimentado, así como las máquinas de guerra, lograron á pesar de la tenaz resistencia de los sitiados penetrar en la ciudad, tres de cuyas puertas cayeron á los golpes del ariete. Por su parte Mursufle, apénas vió desde la colina en que se hallaba acampado que los cruzados entraban en la ciudad, abandonó á los suyos y pensó tan sólo en proporcionarse la fuga. Los peregrinos no sólo se apoderaron de las tiendas imperiales, sino que prendieron fuego á las casas que encontraban al paso, admirándose ellos mismos de su triunfo al ver que los vencidos huian precipitadamente. Los principales entre los griegos se refugiaron en Santa Sofía, y conservando aun alguna esperanza, pensaron en elegir un nuevo emperador. Dividiéronse los votos entre Teodoro Ducas y Teodoro Lascaris; este último tuvo mayor número de sufragios y fue declarado emperador; pero en aquellos momentos era un imperio fantástico. El terror y la desolacion reinaban por todas partes, y el nuevo emperador no contando con soldados, ni aun con ciudadanos que escuchasen sus exhortaciones, abandonó la dignidad que con tanto gozo habia aceptado.

Verdaderamente no se podia dar un estado más triste y desconsolador que el que presentaba la ciudad imperial, algunos de cuyos barrios habian sido reducidos á cenizas, en términos que, segun confesion de los mismos barones, ardieron más casas que las que contenian las tres ciudades más grandes de Francia y de Alemania. No aprobaremos semejante modo de obrar de los que se titulaban soldados de la fe. Podrán merecer alguna disculpa por haberse distraido del objeto que les movió á cruzarse, que fue la defensa de la fe, en la conquista de la Palestina, por favorecer la inocencia perseguida; pero entrar en Constantinopla sembrando el terror y la desolacion, incendiando los edificios, destruyendo cuanto encontraban á su paso, dejando en el mayor y más lastimoso desamparo á una multitud de víctimas, en su mayor parte inocentes, ¿es por ventura conforme al espíritu del Evangelio? ¿Es accion disculpable en los que llevaban sobre su pecho el signo de la cruz, que

recuerda al cristiano el perdon que Jesucristo pidió para sus enemigos desde el árbol de la Redencion? Cuando los hombres se guian de sus propias pasiones, estas les conducen á las mayores aberraciones, haciéndoles ver como bueno lo que es malo y vice-versa. No es la cuestion que nos ocupa tan baladí que no debamos fijar en ella nuestra atencion. Las guerras son á veces desgraciadamente necesarias, pero el vencedor debe ser siempre generoso y magnánimo, cualidades de que le resultan más gloria que de la misma victoria; y mucho más si el que vence se honra con el título de cristiano. Sin embargo, y por más que hayamos censurado los primeros actos de los cruzados en Constantinopla, diremos en su elogio que pasados aquellos primeros momentos que siguieron al triunfo, se mostraron compasivos. Al siguiente dia de su entrada en la ciudad, cuando aun el devorador elemento no habia concluido su obra destructora, se presentaron á los peregrinos multitud de mujeres, niños y ancianos, precedidos del clero, que conducia reliquias é imágenes de santos, suplicándoles piedad. Los jefes no pudieron ménos de conmoverse ante aquel espectáculo, é inmediatamente dieron órden á los soldados que cesasen de causar daños á las personas ni á las cosas. ¡Cuando se dió esta órden unas dos mil personas habian sido pasadas á cuchillo!... Dejemos á la pluma del autor de la Historia de las Cruzadas describir las sangrientas escenas que habian tenido lugar. Tal vez haya alguna exageracion en la narracion que vamos á reproducir. A ello nos inclinamos: «Si los cruzados, dice M. Michaud, perdonaron la vida de sus enemigos, nada pudo moderar ni contener el ardor con que usaron de los tristes privilegios de la victoria; la morada del rico, lo mismo que la del pobre, fue entregada á sus pesquisas brutales; no respetaron la santidad de las iglesias, la paz de los sepulcros, ni el pudor de las vírgenes; el altar de María, que decoraba la iglesia de Santa Sofía, y que era admirado como una obra maestra del arte, fue hecho pedazos, y el velo del santuario fue desgarrado; los vencedores jugaban á los dados sobre mesas de mármol que representaban á los Apóstoles, y se embriagaban en copas destinadas al servicio divino. Nicétas refiere que una muchacha, á quien llama la *sirvienta del demonio*, subió al púlpito patriarcal, entonó una cancion impía, y bailó en el lugar santo en presencia de los vencedores; las campiñas inmediatas al Bósforo ofrecian un espectáculo no ménos deplorable que el de la capital; las aldeas, las casas de recreo, todo habia sido saqueado; se veian senadores, patricios, descendientes de una familia de emperadores, buscando un asilo

miserable y errando, cubiertos de harapos, en torno de la ciudad imperial. Miéntras saqueaban la iglesia de Santa Sofía, el patriarca huia implorando la cáridad de los transeuntes; todos los ricos habian caido en la indigencia, y la hez del pueblo, aplaudiendo el infortunio público, llamaba á aquellos dias desastrosos los dias de la justicia y de la igualdad. Sólo hubo una habitacion en Bizancio en que fue respetada la santidad del hogar; sólo hubo una morada imperial en la que infortunados ilustres pudieron hallar seguro asilo. Cuando Bonifacio entró en el palacio de Bucoleon, que se creia estuviese ocupado por guardias, le sorprendió encontrar en él un gran número de mujeres de las primeras familias del imperio, que no tenian más defensa que sus gemidos y sus lágrimas. Margarita, hija del rey de Hungría y mujer de Isaac, é Inés, hija de un rey de Francia, esposa de dos emperadores, se arrojaron á las plantas de los barones y de los caballeros, implorando su misericordia; el marqués de Montferrat y sus compañeros se enternecieron al ver tanta desgracia, y el palacio de Bucoleon fue para ellos más sagrado de lo que lo habian sido las iglesias (1).»

Creemos que la narracion que acabamos de reproducir justifica plenamente nuestras anteriores reflexiones. Los despojos de los vencidos fueron repartidos entre los cruzados, habiéndose apartado ántes del repartimiento los cincuenta mil marcos que debian los griegos á la república de Venecia. Despues del saqueo de la ciudad procedióse por los latinos al nombramiento de un emperador, que habia de imperar sobre ruinas y vastas regiones. Los sufragios recayeron en Balduino, conde de Flándes, recomendable por su juventud, su moderacion y su destreza en el manejo de las armas. Las escenas de desolacion que hemos descrito tuvieron lugar en la Cuaresma, y la coronacion de Balduino, se verificó el cuarto domingo despues de Páscua. Recibió la púrpura de manos del legado de Inocencio III, que desempeñaba las funciones del patriarca. Siguiendo una fórmula establecida, el jefe del clero, puesto de pié delante del altar, pronunció en lengua griega estas palabras: *Es digno de reinar*; y cuantos presentes se hallaban contestaron con las mayores muestras de alegría y de regocijo: *Es digno, es digno de reinar*.

Las tierras conquistadas fueron divididas entre las dos naciones con-

---

(1) Hist. de las Cruzadas, cap. XXII.

quistadoras, cuya especificacion omitimos por no creerla necesaria á nuestra propósito.

Luego que Balduino fue coronado, escribió sin pérdida de momento al papa Inocencio III, dándole cuenta minuciosamente de las victorias conseguidas por los cruzados, y lo mismo hicieron el dux de Venecia, tan altivo ántes para con la Santa Sede, el marqués de Montferrat y los demas jefes principales de ambos ejércitos. Todos reconocian la autoridad suprema del Pontífice Romano, sujetándose humildemente á sus decisiones.

El imperio de Bizancio no estaba destinado ciertamente á sostenerse por mucho tiempo floreciente. El papa Inocencio no podia aprobar los grandes desórdenes á que se habian entregado los soldados de la cruz, y culpaba al victorioso ejército de los latinos de los excesos cometidos; aunque, respetando los juicios de Dios, creia que todo habia sido decretado por la Providencia para castigar á los griegos por sus faltas, y que los cruzados habian sido elegidos por instrumento para este castigo del cielo.

Inocencio aprobó sin titubear la eleccion de Balduino, reconociendo un imperio que por un encadenamiento de triunfos y de victorias se habia sometido á sus leyes espirituales, y empezó á trabajar por el mayor esplendor del nuevo imperio.

Presagio de dias funestos debió ser para Balduino la prematura muerte de su esposa, acaecida pocos momentos despues de saber la elevacion de su esposo, á bordo del buque donde navegaba para reunirse á él. Llegado que fue su cadáver á Constantinopla, fue sepultado con la mayor pompa en la iglesia de Santa Sofía, en la que pocos dias ántes Balduino habia recibido la corona imperial.

Poco tiempo de vida llevaba el nuevo imperio cuando ya empezaba á desmoronarse. Por todas partes se alzaban estados é imperios nuevos. La suerte de los dos príncipes que habian sido arrojados del trono era la más infeliz y desgraciada. Alejo fingiendo amistad condujo á su casa á Mursufle, y cuando le tuvo seguro le mandó sacar los ojos. Abandonado despues, el mismo Mursufle cayó en poder de los cruzados, los cuales le precipitaron desde la altura de la columna de Teodosio. A su vez Alejo, que tambien habia sido abandonado de sus parciales y se encontraba sin amigos ni protectores, anduvo errante por diversos países, sumido en la miseria, sin que se sepa cuál fue su fin.

Al tiempo que los príncipes griegos se disputaban los restos del im-

perio, los franceses abandonando la capital se dirigieron á las provincias que les habian tocado en el repartimiento, pero encontraron tal resistencia en sus habitantes que se vieron precisados á conquistar con las armas lo que ya se les habia dado, pues que por todas partes se sublevaban contra ellos.

La conducta del emperador Balduino no era la más á propósito para captarse el amor de los griegos, y ántes por el contrario parecia trabajar para que le aborreciesen cada vez más. Abrumábalos con todo su desprecio, y ni aun se dignaba admitirlos en sus ejércitos. Como si esto no fuese bastante, se mostraba tambien altanero con vecinos poderosos, como eran los búlgaros, á los que reclamó como aliados, ya que no contaba con fuerzas suficientes para tratarlos como enemigos. Si los pueblos son sumisos y pacientes con sus dominadores, cuando estos llegan á convertirse en tiranos, aquellos saben unirse para derrocar el poder de los que abusando de la autoridad que les ha sido confiada, ó que ellos se han tomado por conquista ó usurpacion, quieren formar esclavos de sus vasallos. Así los griegos á una señal convenida se sublevaron contra Balduino y tomaron las armas decididos á concluir de una vez y para siempre con la dominacion francesa. La lucha fue terrible en todas las provincias: los griegos peleaban por su independencia, y los franceses, que no se mostraban ménos valerosos que ellos, hacian los mayores esfuerzos por conservar las conquistas que habian hecho y deseaban asegurar.

El emperador Balduino cayó en poder de los búlgaros, que aprovechándose de tantos trastornos habian tambien entrado en lucha con los del imperio.

¿Y los latinos? Hallábanse sumidos en la mayor desesperacion al ver el aspecto que presentaban los negocios, y temian con razon que no habian de poder alcanzar un nuevo triunfo, cuando no sólo contra los griegos, sí que tambien contra los búlgaros, debian combatir. Muchos de ellos aprovecharon la salida de algunos buques para volverse á su país. Dandolo murió justamente cuando el imperio tocaba á su próximo aniquilamiento.

He aquí cómo resume Michaud esta quinta Cruzada, que tan estéril en frutos fue para la Palestina: «Nunca hubo época alguna que ofreciese mayores hazañas á la admiracion, ni mayores desgracias que deplorar. En medio de aquellas escenas gloriosas y trágicas la imaginacion se conmueve vivamente, y marcha sin cesar de sorpresa en sorpresa. Al

pronto causa profunda admiracion ver á un ejército de treinta mil hombres embarcarse para conquistar un país que podia contar con varios millones de defensores; una tempestad, una epidemia, la falta de víveres, la division entre los jefes, una batalla indecisa, todo podia perder el ejército de los cruzados y hacer que se frustrase la empresa. Por una felicidad inaudita, nada de lo que podian temer les sucedió; triunfaron de todos los peligros, superaron todos los obstáculos; sin tener partido alguno entre los griegos, se apoderaron de la capital y de las provincias, y cuando se vieron en todas partes sus estandartes triunfantes, entónces fue cuando les abandonó la fortuna y cuando comenzó su ruina. ¡Gran leccion dada á los pueblos por la Providencia, que se sirve algunas veces de los conquistadores para castigar á las naciones y á los príncipes, y se complace en destruir en seguida los instrumentos de su justicia!

«Los héroes de aquella guerra nada hicieron para libertar á Jerusalen de la que hablaban incesantemente en sus cartas dirigidas al Papa. Sometida Bizancio á las armas de los cruzados, léjos de ser, como pensaban, el camino de la tierra de Jesucristo, no fue ya sino un obstáculo para la conquista de la ciudad santa; la Europa habia tenido que sostener hasta entónces á las colonias cristianas establecidas en Siria; tuvo que sostener tambien á la colonia que acababa de ser fundada en las orillas del Bósforo, y el entusiasmo de las Cruzadas, que amenazaba debilitarse, no bastaba para tanto.

«Flándes, la Champagne, y la mayor parte de las provincias de Francia que habian enviado sus guerreros más valientes á la Cruzada, prodigaron sin fruto su poblacion y sus tesoros en la conquista de Bizancio; puede decirse que nuestros intrépidos abuelos (habla Michaud, que es francés) no ganaron en aquella guerra maravillosa, sino la gloria de haber dado, por un momento, dueños á Constantinopla y señores á la Grecia; sólo la república de Venecia sacó provecho de aquella guerra; con la conquista de Bizancio extendió su poderío y su comercio por el Oriente; los cruzados venecianos, aun bajo los estandartes de la cruz, nunca dejaban de pelear por los intereses y por la gloria de su patria. Tres años despues de la conquista de Constantinopla el Senado de Venecia publicó un edicto por el cual prometia á todos los ciudadanos que conquistasen las islas del Archipiélago, y les cedia la propiedad de los países conquistados. Muy pronto se vieron príncipes de Naxo, duques de Páros, señores de Micone, como se habian visto duques de Aténas,

señores de Tébas y príncipes de Morea; pero los duques y los príncipes del Archipiélago no eran sino vasallos de la república, y Venecia hizo que redundasen en favor de sus intereses el valor y la ambicion de sus ciudadanos y de sus guerreros.»

Tiempo es ya de que nos ocupemos de los asuntos que dejamos interrumpidos para dar cuenta al lector de la quinta cruzada.



CAPITULO XIX.

Estado de la Iglesia de España en la Edad media.

En cumplimiento de lo que hemos ofrecido, vamos á terminar la historia del siglo XII de la Iglesia, examinando el estado en que se hallaba la de España en la Edad media. Este trabajo es una continuacion del extenso que ofrecimos á los lectores en el tomo II de esta obra, que ocupó desde la página 369 hasta la 439. Entre los escritores que se han ocupado de la Iglesia hispana ocupa el primer lugar, segun nuestro criterio, el erudito D. Vicente de la Fuente, nuestro amado maestro, que con la más sana crítica ha sabido desvanecer muchas fábulas y ridiculizar no pocas patrañas forjadas en su mayor parte por escritores extranjeros, que sin duda se propusieron eclipsar nuestras verdaderas glorias nacionales para más ensalzar las propias.

Las fuentes á que acude dicho señor escritor para historiar lo concerniente á los siglos X y XI son entre otras; El Monje Silos, que alcanza hasta fines del reinado de Don Fernando I: *Monachi Cilensis Cronicon* (*España Sagrada*, tom. XVIII, 2.ª edicion). Sampiro Astorga, que alcanza hasta fines del siglo X: *Cronicon Campiri Asturicensis Episcopi* (*España Sagrada*, tomo XIV ap). Y en el Cronicon Lusitanio, que contiene el mismo tomo XIV de la *España Sagrada*, que es muy diminuto en lo relativo á dichos siglos. Para hablar de la Iglesia hispana latina ó restaurada en su seccion primera, ó sea desde la conquista de Toledo en 1085 hasta la de Sevilla por el rey San Fernando en 1248, acude á las fuentes siguientes: *Historia Compostellana, sivè de rebus gestis D. Didaci Gelmirez nunc primum edita per M. et D. Fr. Herincum Florez* (Matriti, 1765: tomo XX de la *España Sagrada.*) *Cronicones barce-*

loneses I y II, que se encuentran al final del tomo XXVIII de la *España Sagrada.—Necrologías catalanas* sacadas de un martirologio de Vich, que tambien se encuentran al final del tomo XXVIII de la *España Sagrada.—Roderici Ximenii de Rada Toletanæ Ecles. Præsulis de rebus Hispaniæ libri VIII.—Id Historia Arabum.* Tomo III de la edicion de los Padres Toledanos á expensas del cardenal Lorenzana. En vista pues de las claras fuentes donde ha acudido el ilustre historiador de la Iglesia de España, como asimismo del sano criterio que le distingue y de los profundos conocimientos que posee, nosotros, apartando la vista del mare magnum de cronicones é historias que pudiéramos consultar, trabajo que con tanta paciencia ha hecho el dicho señor La Fuente, tan sólo su excelente obra y la Historia general de España del Padre Mariana son las fuentes á que acudimos para desempeñar el trabajo de este capítulo, que será el postrero en nuestra historia del siglo XII de la Iglesia, y que va á comprender la de los siglos X, XI y XII de la Iglesia de España. Procurando la brevedad que nos sea posible, dividiremos en diferentes párrafos nuestro trabajo.

§ I.

Don Alonso IV, rey de Leon.—Batalla de Simancas.—Fernan Gonzalez conde de Castilla.—Muerte de Alonso IV.—Importancia adquirida por la ciudad de Leon.

La época que nos proponemos recorrer es ciertamente la más oscura é ignorada de la Historia de España, si bien en ella tuvieron lugar grandes acontecimientos.

En el año 924 recobró Don Alonso IV, llamado el Monje, el reino que Don Fruela le quitara y el que conservó hasta su muerte. Don Alonso fue hijo del rey don Ordoño, segun sientan la mayor parte de los historiadores, si bien Don Lúcas de Tuy le hace hijo del mismo don Fruela que le despojara. Fue don Alonso muy mal querido de sus vasallos que no veian en él ninguna virtud y que en sus costumbres era más parecido á don Fruela que á su padre. Nada hizo en una palabra que le conquistara afecto, y así viéndose odiado, trueca la púrpura por la cogulla monacal, cuando llevaba de reinado seis años y medio, renunciando al reino á su hermano don Ramiro, II de este nombre. Descargado del pe-

so del gobierno, una vez hecha la abdicacion se retiró al monasterio de Sahagun, donde vistió el hábito monacal.

Luego que don Ramiro se hubo encargado del reino renovó la guerra de los moros, conociendo que de este modo hacia una cosa agradable á los ojos de Dios y se atraia al mismo tiempo la voluntad de sus vasallos. Cuando empezaba sus luchas con los enemigos del nombre cristiano, don Alonso dió bien á comprender que su resolucion de abandonar el gobierno y retirarse á practicar la vida monacal habia sido motivada más por el despecho que le habia causado el odio de sus vasallos que por un pensamiento religioso; y así, dando una marcada prueba de inconstancia, empezó nuevamente á llamarse rey, fortificándose en Leon, donde fue cercado por don Ramiro y obligado á rendirse.

Don Ramiro tuvo un reinado feliz. Movido por el deseo de oprimir á los moros, se dirigió á Zaragoza, que se hallaba bajo el dominio de Abenaya, feudatario de Abderraman, rey de Córdoba. En esta jornada el rey fue acompañado del conde Fernan Gonzalez, notable ya por su valor y denuedo para combatir á los enemigos de la fe cristiana. Conoció el moro que no le era posible resistir con ventaja al valor unido de don Ramiro y de Fernan Gonzalez, y así tomó el prudente partido de rendir homenaje al dicho rey, sujetándose á él. De este modo se hicieron las paces y cesó la guerra. Pero bien pronto Abenaya faltó á la fe jurada, y puesto de acuerdo con el rey de Córdoba, ambos se dirigieron á las tierras que poseian los cristianos. Llegaron á Simancas, donde don Ramiro salió al encuentro de los enemigos, dándose una sangrienta batalla en la cual treinta mil moros quedaron fuera de combate, cayendo prisionero Abenaya y consiguiendo huir el mismo Abderraman.

No queremos dejar de consignar lo que acerca de esta batalla refiere el Padre Mariana (1). Dice así: «El conde Fernan Gonzalez, por no haberse hallado en la batalla (el por qué no se sabe), pero habiéndose encontrado con los que huian, hizo en ellos no menor matanza. Da muestra de esto un privilegio del monasterio de San Millan de la Cogulla puesto en los montes de Oca (que se llamó antiguamente de San Félix), que concedió el conde por memoria del beneficio recibido y de esta victoria que ganó de los moros. En aquel privilegio se manda que muchas villas y pueblos de Castilla contribuyan por casas cada uno para los gastos y servicios de aquel monasterio, bueyes, carneros, trigo, vino, lienzo, conforme á lo

(1) Mariana. Lib. VIII, cap. 5.

que en cada tierra se daba, por voto que el conde hizo cuando iba á esta guerra: de donde tambien se entiende que de aquella parte de Vizcaya que se llama Alava fueron gentes de socorro al rey; y que todos estuvieron persuadidos que dos ángeles en dos caballos blancos pelearon en la vanguardia, y que por su ayuda se ganó la victoria: cosa que no suele acontecer, ni aun inventarse sino en victorias muy señaladas, cual fue esta. El alfaquí mayor de los moros, que es como obispo entre ellos, vino en poder del conde. Con esto la provincia y la gente pareció alentarse del grande espanto causado del aparato que los contrarios hicieron para aquella guerra, ademas de muchas señales que en el cielo se vieron y muchos prodigios; porque en el mismo año que fue la pelea, es á saber, el de 934 (otros á este número añaden cuatro años), siendo reyes don Ramiro en Leon y don Garci Sanchez en Pamplona, hubo un eclipse de sol á los diez y nueve de Julio (más quisiera á los diez y ocho porque dicen fue viérnes) por espacio de una hora entera á las dos de la tarde, tan grande y cerrado, que se mudó el dia en muy espesas tinieblas. Segunda vez á quince de Octubre, que fue miércoles, la luz del sol se volvió amarilla: en el cielo apareció una abertura, cometas de extraordinaria forma, que caian á la parte del mediodía; las tierras fueron abrasadas por oculta fuerza de las estrellas, sin otras cosas que daban á entender la ira de Dios y su saña. Todo esto se contiene en el privilegio del conde Fernan Gonzalez: otros dicen que en el mismo dia de la batalla se eclipsó el sol á seis de Agosto, dia de los santos Justo y Pastor, que fue lunes. Estas señales tenian á todos muy congojados; pero ganada la victoria, se trocó el temor en alegría, y se entendió que no amenazaban á los fieles sino á sus enemigos (1).»

(1) Hemos creido oportuno reproducir íntegra esta narracion del Padre Mariana, sin embargo que por nuestra parte no demos mucho crédito á esos eclipses y demas fenómenos de que habla, y que como dice muy bien el crítico señor La Fuente, es siempre el tema obligado de todos los cuentos de la Edad media. Segun el mismo escritor el privilegio de que se habla ó sea el voto de Fernan Gonzalez, muy semejante en su estilo al de Ramiro I en la batalla de Clavijo, lo trae Yepes en la *Crónica de San Benito*, tomo I, escritura n. 20, con el título de *Privilegio de san Millan de la Cogulla*. «Pero el conde Fernan Gonzalez, añade La Fuente, á despecho de sus romanceros, no solamente no asistió á la batalla, sino que cometió la traicion de estarse quieto en Búrgos, esperando el éxito que tuviese para hacerse independiente si don Rodrigo quedaba derrotado, segun las malas mañas de los condes de Castilla, por lo cual justamente fue preso despues por el rey. Véanse los muchos anacronismos y desatinos de esta escritura en Morales y Abarca. Masdeu, tomo XII, § 174, y el Sr. Sabau y Blanco en la nota 8 al cap. V. lib. VIII de Mariana

De la batalla de Simancas hablan tambien los escritores árabes, pero ponen á continuacion otra en 940 á las márgenes del Duero cerca de San Estéban de Gomar, en la que el mismo caudillo, vencido en Simancas, derrotó horrorosamente á los cristianos, haciendo atroz matanza (La Fuente).

Incansable el rey D. Ramiro en perseguir á los enemigos de la fe cristiana, hizo una nueva excursion á las tierras que dominaban, entrando por el reino de Toledo y llegando hasta Talavera. Allí dió una nueva batalla en la que perecieron doce mil moros, llegando á siete mil el número de los que hizo prisioneros. Despues de este triunfo despachó á sus soldados cargados con los despojos de los enemigos, y él se dirigió en romería á Oviedo para dar gracias á Dios del favor que le habia

---

(tomo V, pág. 180 de la edicion de 1818).» La Fuente, *Hist. eclesiast. de España*, tomo II pág. 140.

En la edicion ilustrada de la *Historia de España* del P. Mariana, publicada por Gaspar y Roig (Madrid 1848), tomo I, pág. 382, hablándose en una nota de la célebre espada del conde Fernan Gonzalez, se dice lo siguiente: «En la biblioteca Colombina, en Sevilla, se ve la espada atribuida al conde Fernan Gonzalez. Se dice que los monjes de San Pedro de Arlanza, que fueron á la conquista de aquella ciudad con el santo rey Fernando III, llevaban aquella espada que regalaron á Garci Perez de Vargas, en cuyo sepulcro, añaden que se encontró cuando concluida la catedral se trasladaron á ella los cuerpos de los conquistadores. A pesar de que en una de las caras de la espada se leen grabadas las palabras *Soy del Conde* y en la otra *Fernan Gonzalez*, estamos muy léjos de creer que le haya pertenecido ni aun sea de su época; entónces se usaban espadas cortas; y si hubiéramos de determinar alguna por el puño, nos inclinaríamos á creer que pertenece al tiempo de la conquista de Sevilla, y no anterior.»

No creemos de gran peso las razones aducidas por el anotador de Mariana para negar la autenticidad de dicha espada. En la Real Armería de Madrid hemos visto espadas de la misma época, que por cierto no son más cortas ni de ménos peso. Ademas, no podemos convenir en semejante superchería por parte del siempre respetable cabildo eclesiástico de Sevilla, conservador de esta arma en su magnífica biblioteca. Muchos años hace que visitando aquella hermosa y suntuosa catedral, vimos en la referida biblioteca la espada de que nos ocupamos y á su lado una inscripcion en verso que conservamos en la memoria, y que dice de este modo:

«De Fernan Gonzalez fuí
De quien recibí el valor,
Y no le adquirí menor
De un Vargas á quien serví:
Fuí la octava maravilla
En cortar moras gargantas;
Yo no sabré decir cuantas,
Mas sé que gané á Sevilla.

No aseguraremos si hay completa exactitud en la octava, pues como decimos hace muchos años que la leimos; pero todo podrá ser alguna variacion insignificante de palabra.

dispensado, y honrar los muchos cuerpos de santos que allí se conservaban. Allí le sorprendió la enfermedad que le llevó al sepulcro; pero le dió tiempo de volver á Leon, donde renunció el reino en su hijo don Ordoño, que fue el tercero de este nombre. Despues recibió con el mayor fervor los Santos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y entregó su alma á Dios, cuando se contaba el año 950 de nuestra salvacion, á los cinco dias del mes de Enero. Fue sepultado en el monasterio de San Salvador, que él habia fundado. «Fue este año, dice el «P. Mariana, muy señalado por muchos pueblos que en él ó se edifica«ron de nuevo, ó se repararon, conviene á saber, Osma, Roa, Riaza, «Clunia en los Arevacos, que hoy es Coruña. A Sepúlveda tambien en «un sitio fuerte edificó por este tiempo el conde Fernan Gonzalez, por «cuyo esfuerzo en particular el partido de los fieles en aquel tiempo se «conservaba y aun mejoraba.»

Por este tiempo la ciudad de Leon adquiria grande importancia, por su inmediacion al teatro de las operaciones militares. Al paso que Leon se engrandecia, aminoraba en esplendor la entónces corte de Oviedo. Desde Ordoño II los reyes de Astúrias empezaron á titularse reyes de Leon.

§ II.

Breve reinado de Ordoño III.—Bellas prendas que le adornaban.—Abderraman, rey de Córdoba, se dispone á combatir á los cristianos.—Triunfo brillante alcanzado por el conde Fernan Gonzalez sobre los infieles.—Almanzor abate á los cristianos.—Saqueo de la iglesia de Compostela.

Breve y borrascoso fue el reinado de Ordoño III. Grandes esperanzas se concibieron desde que subió á ocupar el trono, pues que todos reconocian en él las prendas que distinguen á los buenos príncipes. Estaba dotado de una gran prudencia, era muy diestro en el manejo de las armas, y sus sentimientos eran piadosos y humanitarios. A pesar de esto, su prematura muerte, pues que sólo reinó cinco años y siete meses, no permitió que sus vasallos recogiesen todo el fruto que se debiera esperar de sus virtudes. No dejó de experimentar tribulaciones desde que heredó el trono de su padre, no siendo las menores las que le hizo sufrir don Sancho, hermano de Alonso el Monje y de D. Ramiro II, é hijo del rey D. Ordoño II, llamado por estas circunstancias D. Sancho Ordoñez. Lle-

no de ambicion quiso apoderarse de la corona de Leon, y para ello se dirigió con sus soldados camino de dicha ciudad. Sin embargo, no hubo entónces batalla alguna, porque D. Ordoño lo único que hizo fue fortificarse, y los mismos soldados de D. Sancho de allí á poco, conociendo cuán injusta era aquella demanda, se volvieron sin causar el menor daño.

Por el mismo tiempo Abderraman, rey de Córdoba, al frente de un ejército numeroso, compuesto de ochenta mil combatientes, se disponia á penetrar en las tierras de los cristianos, habiendo mandado ántes á Almanzor Alagib que acometiese con empeño. El conde Fernan Gonzalez, que por aquellos dias se habia apoderado del castillo de Carranzo, temeroso por la formidable fuerza del enemigo, juntó en el pueblo de Muñon á los más expertos capitanes, con el objeto de consultarles sobre la conducta que debian observar y los medios de defensa de que podrian servirse. Varias fueron las opiniones, pues unos pretendian, aunque eran los ménos, que se hiciese la guerra; otros que, recogidas provisiones suficientes, se entretuviesen por algun tiempo en lugares que ofreciesen alguna seguridad. La opinion de Gonzalo Diaz, persona muy principal y bien reputada, era que se comprase de los moros las treguas por dinero. He aquí su razonamiento, segun el P. Mariana: «Por ventura, dice, á tan grande ejército y tan experimentado, opondremos el «pequeño número de los nuestros, y locamente nos despeñaremos en «tan grande perdicion? ¿No miras que en el suceso y trance de una «batalla consiste el peligro de toda la cristiandad, pues en tu tierra se «hace la guerra? Si venciéramos, el provecho será poco; si fuéremos «vencidos, será forzoso que la provincia, desnuda de fuerzas y vencida «del miedo, venga (lo que Dios no quiera) en poder de los enemigos. «Mira no sea perder en un punto y en un momento las ciudades y pue«blos ganados en tantos siglos y con tanta sangre de cristianos; lo que «los venideros digan no fue esfuerzo, sino locura: como ordinariamente «los consejos atrevidos tienen la fama segun lo que de ellos resulta, y «conforme á sus remates se juzga de ellos. Considera otro sí que muchas «veces es de mayor esfuerzo refrenar el ánimo con la razon, que con «las armas vencer á los enemigos. En esto tiene gran parte la fortuna, el «recato es oficio muy propio de grandes varones. ¿Y qué cosa puede ser «más temeraria, que por un vano deseo de alabanza y honra poner en «cierto y grave peligro las cosas sagradas, la patria, las mujeres é hijos, «y toda la religion? Tú haz lo que juzgares ser mejor, que tambien yo

«no rehusaré de ponerme á cualquier trance por tu mandado; pero de «mi parecer, nunca con tan grande peligro y riesgo de todo te pondrás, «señor, al trance de la batalla (1).»

Prudente era por demas el razonamiento de Gonzalo Diaz, pero no sirvió para convencer al conde, el cual habló de la ayuda de Dios, que debia esperarse con confianza cuando se trataba de luchar con los enemigos de la fe; y de tal modo supo entusiasmar á los que le escuchaban, que sus razones fueron aplaudidas por muchos de ellos que se le unieron en el propósito de llevar adelante la guerra con los moros. Sin embargo, nada se resolvió por el pronto. Cierto dia en que el conde habia salido de caza, por seguir á un jabalí se separó de los que le acompañaban. Habia en un monte una ermita cubierta de yedra, la cual tenia un altar dedicado al Príncipe de los Apóstoles. Allí hacia vida penitente un santo varon llamado Pelayo, con otros dos compañeros. La acosada fiera se refugió en la ermita. El conde no quiso perseguirla dentro de aquel lugar, y dando desahogo á sus sentimientos piadosos, se arrodilló y en fervorosa oracion pedia al Señor le concediese su ayuda y proteccion para triunfar de los moros. En esto vino la noche, y el conde tuvo necesidad de pasarla en la ermita. Pelayo le recibió con extraordinario afecto, ofreciéndole una pobre cena, despues de la cual y hasta al amanecer del siguiente dia se ejercitó el conde en la oracion. Ántes de retirarse de aquel lugar, Pelayo le avisó del suceso de la guerra, diciéndole que alcanzaria la victoria sobre sus numerosos enemigos, y que en señal de la verdad de lo que le anunciaba, ántes de entrar en batalla se veria un extraño suceso.

De gran regocijo sirvió al conde el anuncio del ermitaño, al que dió entero crédito, y partió donde estaban los suyos, á los cuales refirió minuciosamente lo acontecido. Los soldados, que hasta entónces se hallaban atemorizados á causa de ser tan formidables y numerosos los enemigos, se encontraron como por encanto animados y dispuestos á entrar en batalla.

Todo se arregló para la lucha y la alegría se retrataba en todos los semblantes.

La señal anunciada por Pelayo, y que habia de atestiguar la verdad de su feliz anuncio, no tardó en presentarse. Cuando se preparaban para acometer, un caballero, que algunos llaman Pedro Gonzalez de la Puen-

(1) Mariana, Lib. VIII, cap. VI.

te de Fitero, dió de espuelas al caballo para adelantarse. En el momento abrióse la tierra y tragóle sin que pareciese más, y la gente se alborotó en gran manera en vista de este hecho prodigioso; y como el conde asegurase que aquella era la señal que le habia dado el ermitaño, todos llenos de fe se prepararon á la batalla. Esta fue terrible para los moros, pues que aquellos pocos cristianos vencieron á tan gran número de enemigos (1). Despues de una victoria la más completa, en la que no dudamos influyó el auxilio del cielo, los asuntos de los cristianos tomaron un nuevo aspecto. Los vencedores, cargados con los despojos de los moros, se volvieron á buscar el reposo á sus casas. Dióse parte del feliz resultado á Pelayo, y más tarde á costa del conde se edificó de los despojos de la guerra un magnífico monasterio á la ribera del rio Arlanza, con la advocacion de San Pedro, si bien algun autor da á este monasterio más antigüedad que el suceso de que nos ocupamos.

Poco tiempo sobrevivió el rey D. Ordoño á estos acontecimientos, pues que al tiempo que se preparaba para nuevas guerras con los moros le sorprendió la muerte en Zamora, siendo el año 955, y su cadáver fue sepultado con reales exequias y grande aparato en Leon, en la iglesia de San Salvador, donde estaba tambien enterrado su padre. Sucedióle su hermano D. Sancho el *Craso*, llamado así por su notable obesidad. Este rey hizo traer á la misma iglesia de Leon las reliquias del mártir San Pelayo, que generosamente le cedió el rey de Córdoba, con el que mantuvo paz. D. Sancho el *Craso* murió en 967, siendo tambien sepultado en la misma iglesia de San Salvador, junto con su padre y su hermano.

Heredó el trono de Leon Ramiro III, hijo del rey D. Sancho, cuando solamente contaba la edad de cinco años, y reinó quince. A causa de su tierna edad el gobierno estuvo en poder de la reina su madre y de D.ª Elvira su tia. «La Sagrada Escritura, nota oportunamente el historiador de la Iglesia de España, señor La Fuente, amenaza á los pueblos inmorales con darles príncipes niños, y en verdad que los cristianos «de Cantabria merecian el castigo por la relajacion de costumbres, tanto «en el pueblo, como en el clero secular. Las riquezas que habian atesorado algunas iglesias las hacian ya objeto de codicia y ambicion para

(1) El P. Mariana es quien trae el hecho que acabamos de citar. Muy piadosa es la relacion, pero lo de haberse abierto la tierra y tragado al caballero Pedro Gonzalez nos parece un cuento de vieja. Todas son maravillas en la historia de la Edad media.

«hombres revoltosos é indignos de entrar en ellas: la nobleza principia«ba á monopolizar los obispados más pingües y disipar sus bienes.»

Así fue ciertamente. El rey Ramiro III adquirió bien pronto costumbres estragadas, dando al mismo tiempo muestras de carecer de valor. Contrajo matrimonio con D.ª Urraca, en el año 981, y aquella reina, llena de ambicion, despreciaba los consejos de la madre del rey y los de su virtuosa tia D.ª Elvira, conocida generalmente por la princesa Geloyra, vírgen consagrada á Dios en el claustro de San Salvador de Leon. Apoderada del corazon de su marido, daba audiencias con muy mala voluntad y usando de palabras ásperas, de modo que pronto vinieron á disgustarse todos los vasallos, que no trataron de disimular su descontento.

Por su parte Ramiro III se mostraba orgulloso en demasía, sin tener para sus súbditos palabras más dulces ni halagüeñas que D.ª Urraca, no prestando aplicacion alguna al estudio de los negocios del Estado. Por este tiempo los normandos saquearon toda la Galicia. Hubo una lucha encarnizada porque los cristianos salieron contra ellos, muriendo en la refriega de un flechazo el belicoso obispo D. Sisenando. A la defensa de este prelado, tan mal juzgado por algunos historiadores, sale el señor La Fuente, fundado en las noticias que sobre el mismo trae el P. Florez. «Este Sisenando II, dice el escritor citado, fue el fundador del célebre monasterio de Sobrado, donde vivia algunas temporadas cási monacalmente. Igualmente es falso lo que dice contra Sisenando el autor de la vida de San Rosendo, de que amenazó á este de muerte y el santo se la intimó á él.»

Miéntras tanto que un niño indolente y mal criado ocupaba el trono de Leon, otro niño habia subido al de Córdoba: era el rey Hixem, hijo único de Alhakem, el que sólo contaba la edad de diez años, habiendo sido antepuesto á otros hermanos que tenia de mayor edad, sin que sepamos la causa cierta de esta preferencia, y sí que fue designado por el miramamolin de África, y aceptado con la mayor voluntad. El gobierno de Hixem, que ocupó el trono más de treinta años, puede decirse que fue tan solamente de nombre. Desde luego que ocupó el trono, la sultana Sobeiba, mujer de gran talento, tomó el cargo de dirigirle, y atendiendo á su corta edad, puso el gobierno supremo en manos de Muhamad-ben-Abi-Amer, hombre sagaz y astuto que tomó el título de Alhagib, que quiere decir virey, y que más tarde vino á ser conocido por el nombre de Almanzor, que significa vencedor, y esto por las mu-

chas victorias que ganó de sus enemigos. No bien subió al poder rompió las treguas con los cristianos, empezando á luchar con ellos y consiguiendo grandes ventajas. Zamora fue la ciudad que más padeció en estas guerras, pues que fue destruida por completo, y sus habitantes, los que no tuvieron tiempo de tomar la fuga, pasados á cuchillo. No fueron mucho menores los desastres sufridos por Leon, cuyos muros fueron destruidos, demolidas ó profanadas sus iglesias, y las vírgenes consagradas á Dios conducidas á los harems de Córdoba. Otras varias ciudades fueron tambien saqueadas por las tropas de Almanzor, de modo que cuando este guerrero volvió á entrar en Córdoba iba precedido de nueve mil cautivos atados en pelotones de á cincuenta. Lo más doloroso es que hubo algunos cristianos que con desprecio de la fe, y para deshonra de su patria, cometieron la infamia de secundar los planes de Almanzor, auxiliándole en sus empresas contra los cristianos. Apénas creeríamos tanta vileza, dice el señor La Fuente, relatando este hecho, si no la indicaran tambien los musulmanes (1).

Entre tantas calamidades como hubieron de experimentar los cristianos españoles se cuenta la del saqueo de la iglesia Compostelana. Acerca de esto reproduciremos el siguiente luminoso párrafo del citado autor: «Por dos veces, cuentan las crónicas árabes, que se apoderó Almanzor de Santiago, la una en 988 y la otra en 994. «Llegó, dicen los «árabes, á las marismas de Galicia y Bortecala (Portugal), y saqueó el «templo de Santyac y le quemó; y como ántes de su llegada los cristia«nos lo hubiesen despojado de sus riquezas, por eso destruyó la ciudad «cercana, y mandó traer á Córdoba las campanas de aquella iglesia, y «volvió á Córdoba con muchos cautivos y ganados, y entró en triunfo en «la ciudad precedido de cuatro mil cautivos, mozos y doncellas, y fue «dia de gran fiesta en la ciudad, y las campanas fueron puestas en el «patio de la grande aljama.» Mal se aviene esto con lo que refiere la Historia Compostelana, de que el ejército de Almanzor, en castigo de

(1) El mismo La Fuente trae esta nota de Conde, tomo I, part. 2.ª, cap. XCVIII «En el mismo año 375 (985 de Jesucristo) entró Almanzor en las fronteras de Galicia, «corrió la tierra, puso cerco y entró por fuerza de espada en Medina Coyanza, des«truyó sus muros, y *valiéndose de algunos cristianos principales que estaban en su compa«ñía* como refugiados, por desavenencias que entre ellos habia, *fomentó sus discor«dias*, y entró por sus tierras hasta las marismas de Galicia, y robó la iglesia de Zacum, «y tomó de ella muchas riquezas.» Es probable, añade el historiador citado, que estos traidores fueron los Velas, de infame recuerdo en nuestra historia.

su violacion, fue atacado de disentería en términos que apénas llegó ninguno á Córdoba. El hecho de haberse llevado las campanas es cierto, aunque lo callan nuestros cronistas, pues el Tudense asegura que San Fernando las hizo volver á Santiago en hombros de moros; en verdad que si fuera cierto que llegaron pocos á Córdoba, y estos perseguidos de cerca por los cristianos, á fe no tuvieran los moros humor para llevar alhajas tan inútiles y pesadas. Que el delito no quedaria impune por parte del cielo, debemos creerlo; pero ¿no habian profanado los árabes otros templos del Salvador y de la Vírgen, y quemado mil santas reliquias, sin castigo visible del cielo por entónces? La Providencia permite á veces que los impíos destruyan los templos del Señor, porque los fieles no asisten á ellos con la reverencia debida, y les priva de lo que no merecen, ó les obliga por este medio á que respeten más lo que estuvieren á pique de perder. ¡Cuántos deploran la ruina de alguna de nuestras hermosas basílicas, brutalmente demolidas á nuestra vista, sin que por eso se dignen asistir con reverencia á la modesta iglesia de su parroquia, en donde se venera al mismo Dios que en las grandes y magníficas (1)!

Reflexion muy oportuna y cristiana la que hace el distinguido autor de la *Historia eclesiástica de España*. En su confirmacion recordaremos la sentencia de Dios, luego que Salomon le hubo dedicado aquel magnífico y suntuoso templo que fuera la gloria de Jerusalen y el consuelo de los israelitas. Despues que aquel sabio monarca hubo orado fervorosamente suplicando los auxilios del cielo en favor de los que en aquella nueva casa de la divinidad pidiesen el remedio de sus males, el Señor le ofreció que tendria sus ojos abiertos y sus oidos atentos á las oraciones de los que oraren en aquel lugar, pero á condicion de que los hijos de Israel le fuesen fieles, pues que en caso contrario los destruiria lo mismo que al templo para que sirviesen de fábula y de ejemplo á todos los pueblos de la tierra. Así se lee en el segundo de los sagrados libros de los Paralipomenos.

Don Ramiro, que pasaba su vida en la ociosidad, sin cuidarse para nada de los intereses de su reino, falleció en Leon en 832, habiendo sido enterrado en el monasterio de Destriana, fundacion del rey don Ramiro su abuelo y dedicado á San Miguel. Doscientos años despues por órden de don Fernando II fue trasladado á la iglesia mayor de Astorga.

---

(1) La Fuente. Hist. Eccle. de España, tomo II, pág. 143 y sig.

§ III.

Consecuencias de las victorias de Almanzor.—Bermudo II, rey de Leon.—Alfonso V.—Disensiones entre los moros de España.—Concilio de Leon.—Fernando I.—Concilio de Coyanza.—Muerte ejemplar del rey Fernando.

Las victorias de Almanzor, tan fatales para los cristianos españoles, no fueron tan solamente sobre los cántabros. Cataluña tuvo que sufrir desgracias las más lamentables, viendo talados sus campos y arrasadas sus ciudades. Entre ellas la más codiciada por Almanzor fue Barcelona, que hizo heróica resistencia, pero al fin se vió en la necesidad de entregarse por capitulacion. ¿Quién no hubiera creido, á vista de los grandes triunfos y repetidas victorias de Almanzor, que la España toda iba nuevamente á ser presa del audaz sarraceno? Pero el Dios de las batallas, que permite los triunfos así como las derrotas segun los altos fines de su providencia, dispuso que Almanzor fuese herido, lo que no le habia acontecido en más de cincuenta combates, y murió de soberbia é indignacion en Medinaceli. Como guerrero y gran político, Almanzor ocupará siempre un lugar distinguido en la historia: para el cristianismo fue un enemigo terrible.

Por muerte del rey don Ramiro subió á ocupar el trono de Leon don Bermudo II, así por derecho de consanguinidad, pues que era primo hermano del rey muerto, como porque se hallaba apoderado de esta parte del reino. Habíale causado gran afliccion el destrozo hecho por las tropas de Almanzor en el santo templo Compostelano, y á pesar de la penuria de los tiempos, proporcionó los medios de reparar aquel venerado santuario. No nos detendremos en combatir los cuentos que se han forjado para desacreditar la memoria de don Bermudo, por haberlo hecho ya escritores de la mayor nota. Sólo diremos con el Monje de Silos, tan apreciado por los buenos críticos por la veracidad que resplandece en sus narraciones, que don Bermudo fue prudente, misericordioso y justo, amigo de obrar bien y ajeno del mal, que confirmó las leyes de Wamba y mandó cumplir los cánones. El mismo Monje atribuye los infortunios que experimentaron los cristianos, no á los pecados del rey, sino á los del pueblo.

No siendo nuestra mision detenernos á describir de la historia de

nuestra patria mas sucesos que aquellos que están enlazados con la historia de la Iglesia ó que pueden servir para esclarecerla, pasaremos al reinado de Alfonso V, que á la edad de cinco años sucedió á su padre don Bermudo. A principios del siglo XI las cosas presentaban un aspecto muy diferente del que habian ofrecido ántes de la muerte del caudillo Almanzor. A causa de la menor edad de Alfonso V gobernaron en su nombre D. Melendo Gonzalez, conde de Galicia, y su esposa, llamada doña Mayor, observando la mayor fidelidad y captándose todas las voluntades por su recto y justificado modo de proceder. Se dice que tambien tomó mucha parte en el gobierno la reina viuda doña Elvira. En Navarra, por muerte de don Garci Sanchez el Trémulo ó Temblador, reinaba don Sancho, muy señalado en todo género de virtudes, y en el que resplandecieron todas aquellas buenas cualidades que son como patrimonio de los buenos monarcas. Así ambos reinos cristianos disfrutaban de una hermosa tranquilidad, que desgraciadamente se alteró prontamente.

Entre tanto los moros de España sostenian entre ellos grandes disensiones. Hixem, rey de Córdoba, era completamente inepto y no supo por lo tanto hacer frente á las grandes ambiciones de sus cortesanos, que dieron causa á que viniera sobre ellos la terrible calamidad de la guerra civil. Grandes ventajas resultaban de aquí para los cristianos, que tuvieron ocasion de echar por tierra aquella sombra de reino, conquistando á Córdoba, que pudo entónces sin grandes esfuerzos haberse podido unir á la corona de Leon.

Sin embargo, en honra del rey don Alfonso V hemos de decir que se aprovechó de estas circunstancias para restaurar completamente á Leon, repoblándola en muy pocos años. Luego que este monarca hubo casado con doña Elvira, hija de los condes de Galicia, que habian regentado el reino durante su menor edad, la reina madre se retiró al monasterio de San Pelayo de Oviedo con sus dos hijas.

Cuán rápida fue la restauracion de Leon se comprende al ver que en el año 1020 ya pudo celebrarse en esta ciudad un concilio nacional á presencia del rey. En este concilio, que fue una asamblea mixta de prelados y de grandes, se hizo un reglamento dividido en cuarenta y ocho artículos, relativos los siete primeros á la administracion eclesiástica y los otros al gobierno civil. Hablando de este concilio el padre Andrés Márcos Burriel dice: «He descubierto que en él existen el principio del derecho primitivo del reino de Leon y las leyes fundamentales del mismo.»

Grandes y fundadas esperanzas se habian concebido del reinado de don Alfonso V, que iba recuperando muchas de las ciudades ganadas por Almanzor: pero la implacable muerte desvaneció estas esperanzas arrebatando la vida de tan buen rey, que sucumbió á consecuencia de una flecha que contra él fue disparada desde el muro de Viseo, que estaba sitiando. Tenia entónces la edad de treinta y cuatro años.

Llegamos ya al reinado de Fernando I, que habiendo muerto Bermudo III en los campos de Carrion por una lanza que le atravesó el pecho, ciñó en sus sienes la corona de Leon y Astúrias. D. Fernando I era hijo de don Sancho llamado el Mayor. Este rey, que dirigió sus conquistas por el país llamado Castilla la Nueva, se mostró muy valeroso, tanto que atemorizado Almanzor, rey de Toledo, se declaró vasallo suyo ofreciendo pagarle tributo.

Por este tiempo dos hijas de dos reyes moros se hicieron cristianas. La una fue Casilda, hija del rey Almenon de Toledo, y la otra Zaida, hija del rey Benabet de Sevilla. De ambas nos ocuparemos aunque con brevedad. Casilda era naturalmente muy compasiva y mostraba mucha piedad para con los cautivos cristianos que en el palacio de su padre yacian aherrojados. Lastimándose de su triste estado los socorria diariamente aunque con secreto; mas como algunos empleados del palacio se apercibiesen de ello dieron aviso al rey de lo que habian visto. Quiso Almenon satisfacerse por sí mismo de la verdad del hecho, y para ello acechó á su hija. Un dia la encontró en el momento en que llevaba comida á los cristianos. Irritado el rey le preguntó qué llevaba, á lo que ella sin inmutarse contestó que rosas, y abierta la falda las mostró á su padre, pues que en efecto la comida se habia convertido en rosas. A vista de este prodigio, ¿qué duda podia quedar á Casilda de que en el cristianismo se hallaba la verdad, y de que Dios premiaba generosamente su caridad y misericordia para con los pobres cautivos? ¿Y qué extraño es que en el momento se inflamase su corazon con el deseo de recibir el santo bautismo? Desde aquel feliz momento no fueron otros sus deseos. Todas las circunstancias se mostraban favorables á la conversion de la piadosa doncella. Padecia flujo de sangre, y como le dijesen que si queria curar de aquella dolencia era necesario que se bañase en el lago de San Vicente, que está en tierra de Briviesca, consintió en ello el padre, ganoso de que recobrase la salud; y como conservaba amistad con el rey D. Fernando, de quien como hemos dicho se habia declarado tributario, le envió la hija para que procurase su curacion. No deseaba ella otra cosa que hallar-

se en tierra de cristianos. En los baños de San Vicente recobró su salud perdida, y despues recibió el bautismo con muestras del mayor regocijo y alegría. Olvidóse de su patria y de su familia, y queriendo dedicarse sola y exclusivamente al servicio de Dios y á la práctica de la penitencia, hizo edificar una ermita en las inmediaciones del lago de San Vicente, donde vivió muchos años siendo un vivo ejemplo de todas las virtudes evangélicas. Dios obró por ella muchos milagros en vida y en muerte. La Iglesia la ha colocado en el catálogo de los santos, y en muchas iglesias de España se venera su memoria en el dia 15 de abril.

El origen de la conversion de Zaida no se sabe á punto fijo, si bien el P. Mariana se inclina á que fuese movida por el ejemplo de Casilda. De este modo nos refiere el hecho el ilustre historiador: «La Zaida, quier que fuera por el ejemplo de Santa Casilda, ó por otra ocasion, se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció san Isidoro, y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte de este negocio al rey su padre: él estaba perplejo sin saber qué partido deberia tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija, por otra temia la indignacion de los suyos, si le daba licencia para que se bautizase. Acordó finalmente comunicar el negocio con don Alonso, hijo del rey don Fernando: concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en tierra de Sevilla, y con esto cautivase á la Zaida, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenian trazado: que los moros no entendieron la traza, y la Zaida llevada á Leon fue instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo don Rodrigo dice que se llamó doña María. Los más testifican que esta señora adelante casó con el mismo don Alonso en sazon que era ya rey de Castilla. Don Pelayo el de Oviedo dice que no era su mujer, sino su amiga. ¿La verdad quien la podrá averiguar? ¿ni quién resolver las muchas dificultades que en esta historia se ofrecen á cada paso? Lo que consta es que esta conversion de Zaida sucedió algunos años adelante (1).»

Es indudable la conversion al cristianismo de la hija del rey de Sevilla, como lo es la de santa Casilda: lo que no satisface es la narracion que hemos reproducido de propósito del P. Mariana, que á veces es muy

(1) Mariana. Lib IX. cap. III.

fácil en admitir cuentos como verdades. Dice que Zaida comunicó á su padre su intencion de hacerse cristiana. Sabido es el odio que los moros profesan á todo el que abjura de la ley del Koran y que no perdonan en su fanatismo religioso ni á sus propios hijos. Lo más verosímil es que el rey Benabet hubiese evitado á todo trance la conversion de su hija valiéndose de todos los medios que hubiesen estado á su alcance, sin exceptuar los castigos. Por otra parte, si creyó en la aparicion de san Isidoro que le revelara Zaida, y de aquí infirió la verdad del cristianismo, por lo que cooperó, segun la narracion del P. Mariana, á que su hija recibiese el bautismo, ¿cómo quiso él permanecer en el error y en tinieblas de muerte? Sin embargo, no es tan importante la cuestion que merezca el que en ella nos detengamos por más tiempo. Ello es que Dios en sus altos juicios quiso iluminar á ambas doncellas con la clara y refulgente luz del Evangelio.

Durante el reinado de D. Fernando I tuvo lugar la celebracion del concilio de Coyanza (hoy Valencia de Don Juan) en 1050. Es uno de los más importantes de nuestra edad media, y como dice La Fuente, un recuerdo de los antiguos concilios de Toledo, y último esfuerzo de la disciplina particular de España. Este concilio fue convocado por el rey, el cual juntamente con su esposa asistieron á él. Los prelados fueron los de Oviedo, Leon, Astorga, Palencia, Viseo, Calahorra, Pamplona, Lugo y Santiago. Los *nomocánones* de este concilio tratan de materias mistas indistintamente, pues bien arreglan la liturgia, bien se ocupan de asuntos civiles puramente.

He aquí algunas de las disposiciones contenidas en los capítulos ó *nomocánones* de este concilio :

Que cada obispo cumpla su ministerio con su clero dentro de su diócesis : que los clérigos estén sujetos á la jurisdiccion de los obispos, y de ningun modo á la de los seglares : que las iglesias estén provistas de ornamentos y demas cosas necesarias, de modo que no se ofrezca el santo sacrificio con cáliz de madera ó de otra materia fácil de quebrarse: que las vestiduras de los presbíteros en el sacrificio se compongan de amito, alba, cíngulo, estola, casulla y manípulo ; y que el altar tenga cruz de piedra consagrada por el obispo: que las vestiduras del diácono sean amito, alba, cíngulo, estola, dalmática y manípulo. Se dan ademas otras disposiciones referentes todas al sacrificio de la misa.

Se manda que los arcedianos y presbíteros, segun se prescribe en los sagrados cánones, llamen á penitencia á los adúlteros, incestuosos,

ladrones, homicidas y á los que han cometido maleficios y pecados de bestialidad, y que si se niegan á hacer penitencia, sean separados de la Iglesia y excomulgados.

Prohíbese á los clérigos que hagan viajes en los dias de fiesta, como no sea por alguna romería, ó por servicio del rey ó por alguna obra de piedad, y se manda que no usen de armas y que lleven corona abierta, y raida la barba.

Que los condes y demas personas que tengan jurisdiccion, gobiernen con justicia, y no opriman injustamente á los pobres, y que si alguno fuese convicto de haber sido testigo falso se le castigue conforme se halla prevenido y mandado en el Fuero Juzgo.

Que en Leon, Galicia, Astúrias y Portugal se juzgue por las leyes del rey D. Alonso; y en Castilla por los fueros y leyes del conde don Sancho.

Que si un delincuente se refugia en la iglesia, no pueda ser extraido de ella, ni se le haga ningun daño, observándose cuanto sobre el derecho de asilo establecen las leyes de los Godos.

Que todos los súbditos sirvan, obedezcan y sean fieles al rey, y el que no lo haga, sea excomulgado.

Las disposiciones citadas bastan á nuestro propósito, que es hacer ver que se seguian las prácticas y estilos de la Iglesia goda.

Vése pues claramente que la Iglesia de España á mediados del siglo XI trabajaba con un celo laudable por la reforma de la moral y de la disciplina, bien que esta época era el principio de la restauracion. En honra de nuestra España notaremos con La Fuente, que «si bien hasta el año 1057 no se principió á trabajar con eficacia contra los clérigos que se habian casado, prevalidos de la confusion y barbarie de los tiempos, ya siete años ántes en España el concilio de Coyanza les prohibia vivir dentro del recinto de la Iglesia, ni tener rentas de ella, principiando de este modo á castigar su incontinencia.»

Don Fernando, que como ya hemos insinuado habia hecho tributario al rey de Sevilla, le exigió el cuerpo de Santa Justa, que se veneraba en aquella ciudad; y como no se hubiese encontrado, recibió en su lugar las reliquias de San Isidoro, á quien el rey D. Fernando I profesaba gran devocion y del que se dice habia recibido muchos favores. Dícese tambien que tuvo revelacion del santo de su próxima muerte. Esta no tardó en verificarse, y ocurrió en Leon. Fue acometido de una enfermedad, y ya cási moribundo se hizo conducir á la iglesia de San Juan Bau-

tista, donde habia hecho depositar las reliquias de San Isidoro, habiéndose ántes despojado de las insignias reales y cubierto su cuerpo con hábito de penitente. Colocado delante de dichas reliquias, hizo al Señor una fervorosa plegaria en alta voz, concebida en estos términos: «Vuestro «es el poder, vuestro es el mundo, Señor: vos sois sobre todos los re«yes, y todo está sujeto á vuestra merced. El reino que recibí de vues«tra mano, os lo restituyo; sólo pido á vuestra clemencia que mi ánima «se halle en vuestra eterna luz.» Dicho esto recibió el sacramento de la Extremauncion de mano de uno de los obispos que le rodeaban, y terminó su vida el dia tercero de Páscua, fiesta de San Juan Evangelista, á la hora de sexta (1). Su cuerpo fue sepultado junto al de su padre. Celebráronse magníficas y suntuosas exequias, habiendo sido llorado por sus vasallos, que perdieron un monarca de grandes virtudes, cuyas costumbres fueron muy puras, que resplandeció por su amor á la justicia y que fundó muchas iglesias y reparó no pocas para gloria de Dios y esplendor de la Religion cristiana. El P. Mariana asegura que en el tiempo que escribia la ciudad de Leon le tributaba fiesta como á los demas que están puestos en el catálogo de los santos.

§ IV.

Los tres Sanchos.—Condes de Barcelona.— Restablecimiento de la metrópoli de Tarragona.—Duelo por el oficio Mozárabe.

Llegamos á la época en que los tres tronos principales de España se veian ocupados por tres príncipes del mismo nombre: Sancho I de Castilla, hijo de Fernando I; Sancho I de Aragon, hijo de Ramiro I; y Sancho V de Navarra, hijo de D. García V. Pero si eran iguales en el nombre, estaban muy léjos de asemejarse en valor y en las demas cualidades. El más poderoso de todos era D. Sancho, rey de Castilla, que habia mancillado los principios de su reinado con la muerte que dió á su tio el rey D. Ramiro. ¡Gran diferencia encontramos entre este príncipe y su virtuoso padre! D. Sancho tuvo guerra con todos los reyes cristianos, impulsado por la ambicion que le dominaba. Su padre el rey D. Fernando habia dividido el reino entre sus tres hijos. Esta division la explica el P. Mariana de este modo: «A D. Sancho el mayor se-

(1) Mariana, Lib. IX, cap. VI.

«ñaló el reino de Castilla, como se extiende desde el rio Ebro hasta el «de Pisuerga, con todo lo que se quitó á Navarra por muerte de don «García, se añadió á Castilla: el reino de Leon quedó á D. Alonso con «tierra de Campos y parte de Astúrias que llega hasta el rio Deva, que «pasa por Oviedo, ademas de algunas ciudades de Galicia que le cupie«ron en su parte: á D. García el menor dió lo demas del reino de Gali«cia, y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. «Todos tres se llamaron reyes. A D.ª Urraca dejó la ciudad de Zamora, «á D.ª Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el infantado, voca«blo usado á la sazon para significar la hacienda que señalaban para «sustento de los infantes hijos menores de los reyes. No era posible ha«ber paz, dividido el reino en tantas partes. Estaba suspensa España: «temian que con la muerte de D. Fernando resultarian nuevos intentos, «grandes revueltas y alteraciones. Para prevenir y poner remedio á esto, «algunos grandes del reino rogaban al rey D. Fernando, y le procuraban «persuadir algunas veces no dividiese su reino en tantas partes, y de «esto mismo trataron en las Cortes. El que más trabajó en esto fue «Arias Gonzalo, hombre viejo y de experiencia, y que habia tenido con «los reyes grande autoridad y cabida por su valor en las armas, pru«dencia y fidelidad, en que no tenia par. El amor de padre para con los «hijos, la fortuna ó fuerza más alta no dieron lugar á sus buenos conse«jos (1).»

Don Sancho de Castilla no solamente hizo guerra á los otros dos Sanchos de Aragon y Navarra, que eran sus primos, sino que tambien la sostuvo contra sus dos hermanos los reyes de Leon y de Galicia, mal contento con la division hecha por su padre, pues que su ambicion le llevaba á desear poseer solo toda la herencia. Tenia en su ventaja su mismo atrevimiento, pues tanta era su fiereza para la guerra, que se hacia temer de todos sus contrarios; y tanta mayor seguridad tenia de triunfar de sus hermanos, cuanto que conocia la debilidad y poca fuerza que tenian, y eso que uno á otro mútuamente se auxiliaban y ayudaban para defenderse.

El primero contra quien se dirigió el castellano fue D. Alonso. Las tropas de uno y otro sostuvieron una encarnizada batalla, en la que el triunfo estuvo por parte de los castellanos; pero despues, volviéndose á encontrar nuevamente, cambióse la fortuna y fue vencido el rey D. San-

(1) Mariana. Lib. IX, cap VII.

cho. Mas despues, gracias á un ardid del Cid, que iba en compañía del rey de Castilla, cayó en una emboscada D. Alonso, quedando sus tropas vencidas. Prisionero D. Alonso, fue enviado á Búrgos, de donde pudo escaparse, yendo á pedir auxilio y amparo al rey moro de Toledo, Almenon. Por curioso pondremos aquí el discurso que, segun Mariana, dirigió el afligido monarca al de Toledo. Es de esta manera: «Cuánto quisiera, rey Almenon, ya que no se me excusaba esta necesidad de acudir á tu socorro y amparo, yo que poco ántes era rey poderoso, y al presente me hallo desterrado, pobre y cercado de miserias, tener con algun servicio señalado granjeada tu amistad y tu gracia. Pero ni mi edad, que no es mucha, ni la diferente religion que profesamos, me han dado á ello lugar; y para los príncipes magnánimos, cual tú eres, bastante causa debe ser para dar la mano y levantar á los caidos su grandeza y benignidad; que como yo en mis males huelgo de acudir á tus puertas ántes que á las de otro, movido de la fama de tus virtudes, así te debe dar contento se haya ofrecido ocasion para hacer bien á un hijo del gran rey D. Fernando. ¿Mas qué podré yo hacer? ¿á quién acogerme en mis cuitas? Todas mis ayudas me faltan; de mis bienes y de mi reino estoy despojado por mi mismo hermano D. Sancho, si hermano se debe llamar el que no guarda lealtad y parentesco, y que tiene por bastante causa el apetito de mandar para atropellar los hijos de su padre. ¿Mis deudos qué me podian prestar, pues pretenden tambien embestir con mi hermano D. García, y los reyes nuestros primos están poco sabrosos con nuestra casa? Finalmente no me quedó otro remedio sino desterrarme, ni hallé otro amparo sino en tu sombra. No pretendo que por mi causa ni para restituirme en mi reino emprendas ninguna guerra, si bien los grandes príncipes se suelen encargar de deshacer semejantes agravios; sólo te suplico me des lugar en tu casa para pasar mi destierro, que será algun alivio de cuita tan grande, y de entretenerme en tu reino sólo con la esperanza de que el causador de estos daños, feroz al presente y ufano, trocadas las cosas será en breve castigado de la crueldad que ha usado contra sus hermanos y contra sus deudos: cosa que si sucediera, y Dios otorgara con mi deseo y me sacara de estos males, puede estar cierto que nunca pondré en olvido el acogimiento y gracia que me hicieres (1).»

Si en el anterior razonamiento manifiesta D. Alonso una verdadera

(1) Mariana. Lib. IX, cap. VIII.

humildad cristiana, el rey Almenon en la acogida que le dió y en los saludables consejos que le dirigió manifestó toda la nobleza de su corazon y virtudes que rara vez se ven resplandecer en los sectarios del Koran. Despues de escucharle con semblante alegre y placentero, le dijo que se compadecia de su desgracia, y le aconsejó la resignacion haciéndole notar á cuántas mudanzas están sujetas las cosas de esta vida, añadiéndole que podia permanecer en su reino todo el tiempo que fuese su voluntad y que nada le faltaria de cuanto pudiese serle necesario, pues que le trataria como si fuese su propio hijo. En las inmediaciones de su palacio y al lado de un templo cristiano le señaló casa para su morada, á fin de que fácilmente pudiese asistir á los oficios divinos.

Entre tanto el rey D. Sancho tomaba posesion del reino de Leon, unas de cuyas ciudades se le entregaban voluntariamente y otras por fuerza. La ciudad de Leon en un principio resistió cerrando sus puertas, pero al fin, habiéndola sitiado D. Sancho, se vió en la precision de entregarse. Despues se dirigió contra Galicia, donde reinaba el otro hermano, siguiendo en sus conquistas, sin respetar las dos ciudades de Toro y de Zamora, que su padre habia dejado por dote y por corona á sus hermanas. Todo parecia poco para satisfacer la ambicion de este príncipe. Con facilidad tomó la ciudad de Toro, y dirigióse en seguida contra Zamora. Pero se habia cumplido el número de las victorias que le estaban señaladas, y se acercaba el momento en que todo lo habia de abandonar para pagar el tributo á la naturaleza. ¡ Este es el fin de las ambiciones humanas! La ciudad de Zamora estaba muy bien fortificada, y sus moradores muy prevenidos para no dejarse sorprender. La infanta D.ª Urraca descansaba en el valor y la prudencia de Arias Gonzalo, anciano respetable que era su consejero en todos los casos arduos, y que se habia puesto al frente de los defensores de la ciudad. D. Sancho, viendo que era en vano el esperar que la ciudad se le entregase por fuerza, la cercó y se valió de todos los medios que estuvieron á su alcance para vencerla. Con esto empezó á decaer el ánimo de los defensores, temiendo las funestas consecuencias que podria traerles la tenaz resistencia, tanto que algunos opinaban por la conveniencia de abrir las puertas al sitiador. En esto un hombre astuto, llamado Bellido Dolfos, determinó librar la ciudad de los desastres que le amenazaban, dando muerte al rey. Con tal intento se dirigió al campamento de D. Sancho, é hizo que le presentasen al rey, diciendo que su objeto era ayudarle á tomar la ciudad, se-

ñalándole la parte por donde con más facilidad podia conseguir su objeto. Hízole el rey buen recibimiento, y oyéndole le creyó con facilidad, y sin sospechar ningun mal intento, salió solo con él para examinar los sitios de que le hablaba Bellido. Este aprovechó la ocasion oportuna que se le presentaba para llevar á cabo su criminal intento, y viendo no eran seguidos de nádie, le asesinó traidoramente, huyendo precipitadamente á refugiarse en la ciudad. A los gritos del rey moribundo acudieron muchos soldados, y entre ellos el Cid, sin que pudiesen dar alcance al asesino por la mucha delantera que les llevaba. Los de Zamora le abrieron la puerta más cercana, por la que entró Bellido Dolfos, quedando libre de sus perseguidores. No puede precisarse si el hecho fue aislado ó si tuvo parte en él D.ª Urraca, ó por lo ménos si fue concertado en la ciudad sin conocimiento de la infanta. Esto último es lo más probable, pues por lo ménos D.ª Urraca manifestó, dirigiéndose á su hermano D. Alonso, el sentimiento que le habia causado la traidora muerte dada al rey de Castilla, no obstante los agravios que todos tenian de él por sus crueldades. Sea como quiera, la accion de Bellido Dolfos no puede calificarse más que de vil asesinato. Sin embargo fue un justo castigo de su desmedida ambicion y usurpaciones.

El rey D. Sancho de Navarra tenia un hermano llamado D. Ramon (1). Estos hermanos eran muy diferentes en condicion y en costumbres. D. Sancho era sosegado y muy dado á la virtud y á las prácticas devotas: nada censurable se advertia en su conducta. D. Ramon, por el contrario, era muy bullicioso y dado á toda clase de placeres. Sin tener en cuenta su ilustre orígen se acompañaba con gente perdida y viciosa, de suerte que si el rey era la edificacion de sus vasallos, D. Ramon era el escándalo general de todos.

Entró en los planes de D. Ramon desacreditar al rey su hermano, diciendo que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad, disminuia las rentas reales y perjudicaba en gran manera al reino. Justamente D. Sancho, faltando lastimosamente á lo que prescribia una religion que él tanto veneraba y que se jactaba de observar, atacó al rey de Aragon cuando este se hallaba ocupado en guerrear contra los moros. En ocasion en que el rey se hallaba en la villa de Roda D. Ramon, que ya se habia alzado con algunos castillos valiéndose de la ayuda de algu-

(1) Bastardo le llama el señor La Fuente, sin embargo de que Mariana dice: «eran hijos de un padre y de una madre.»

nos aliados, se fué á dicha villa y traidoramente le quitó la vida. Sin embargo, Dios no permitió que su corona fuese á una frente fratricida. D. Ramon no contaba con mas simpatías que con las de los perdidos que le acompañaban, y así fue elegido por rey el valeroso Sancho Ramirez de Aragon, hijo de Ramiro I, lo que le daba más derecho á la corona, y cuya honradez y religiosidad eran de todos conocidas. El homicida, perdida toda esperanza de reinar al ver el regocijo con que en todas partes era aclamado el nuevo rey, huyó á Zaragoza, donde el rey moro le dió casa en que habitase y algunas tierras que le proporcionasen el sustento.

Así quedaban formadas definitivamente las dos grandes nacionalidades de España, la cantábrica gobernada por D. Alfonso VI de Castilla, y la pirenáica por D. Sancho I de Aragon. Para consolidar sus respectivos tronos tenian la vista fija en dos ciudades importantes que se hallaban aun en poder de los moros. El rey de Castilla pensaba dia y noche en la conquista de Toledo, y D. Sancho de Aragon formaba sus planes para apoderarse de Huesca. He aquí la calificacion que de ambos monarcas hace el autor de la *Historia eclesiástica de España:* «El rey de Aragon era un príncipe honrado, valiente, incansable y altamente religioso; al paso que el de Castilla, político y astuto, tenia más de afortunado que de hombre de bien (1). Celoso el rey de Pamplona, continúa el mismo escritor, espiaba desde Búrgos las ocasiones de perjudicarle, y más de una vez cometió la vileza de aliarse con los moros contra el rey de Aragon, para impedirle hostilizar á los infieles.»

Sea como quiera, los castellanos lograron su intento ántes que los aragoneses, pues que Toledo fue conquistada en 1085, al paso que el rey de Aragon murió, aunque gloriosamente, sin haber alcanzado la posesion de Huesca, que no se consiguió hasta el año de 1096. La conquista de esta ciudad, tan apetecida por los aragoneses, fue una consecuencia de la célebre batalla de Alcoraz.

No quedaria completo el cuadro que presentamos del estado político y religioso que presentaba la España por la época que historiamos, si no nos ocupáramos de Cataluña y de sus célebres condes, pues que no es de poco valor histórico el papel que representaba el Principado.

---

(1) Algo dura nos parece la calificacion que hace este escritor de D. Alfonso VI de Castilla. Sin embargo, la consignamos por el respeto que nos merece el señor La Fuente. Véase su *Hist. Eccl. de España*, tom. II, pág. 164.

Cuando la ciudad de Barcelona se hallaba aun en poder de los árabes, los condes seguian usando su título de *condes de Barcelona.* Desde la época de Carlo-Magno el condado venia á ser una dependencia de Francia; pero los catalanes, muy amantes siempre de su independencia, sufrian con el mayor disgusto la dominacion de los franceses, esperando impacientes la ocasion de sacudirla.

El primer conde independiente fue Wifredo I el *Velloso*, fundador de la gran casa de los célebres condes de Barcelona. A él se debio la conquista de la hermosa ciudad que es cabeza del Principado, habiendo adelantado mucho en la reconquista del condado de Vich y de los campos de Tarragona. Fue Wifredo muy piadoso, y léjos de enorgullecerse con sus conquistas las atribuyó todas al auxilio de Dios, conociendo que nada puede el hombre por sí mismo y abandonado á sus propias fuerzas. Así pues, en prueba de gratitud á los favores del cielo, fundó los célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll. «Su nombre, de los más augustos en nuestra historia, va enlazado con curiosas tradiciones, tal como el blason de las sangrientas barras trazado por Cárlos el *Calvo* sobre su escudo y con su propia sangre, y el orígen del culto de la milagrosa imágen de Nuestra Señora de Monserrat.» Estas palabras que acabamos de citar son del señor La Fuente, y á ellas añade una nota de la que nos conviene ocuparnos. Dice así: «Esta tradicion, que ha servido para muy curiosas y poéticas leyendas, es desechada completamente por los críticos y por los historiadores.—Una hija del conde Wifredo el *Velloso*, atormentada del demonio, fue llevada al Montserrat para que orase por ella el ermitaño Juan Guarin, que hacia allí áspera penitencia. Seducido por el demonio en figura de ermitaño, violó á la doncella, y para ocultar su delito la enterró. Arrepentido del pecado fué á Roma, y se le impuso por penitencia que viviera como bestia y comiendo yerba, desnudo y andando á gatas, penitencia inverosímil é inaudita en la Iglesia, aun en aquellos tiempos de barbarie en que estos delitos eran frecuentes. Al cabo de siete años de esta vida anticristiana, cubierto de vello y completamente embrutecido, fue cazado por el conde Wifredo y sus monteros. Un dia que el conde lo enseñaba á sus convidados, un hijo suyo, niño de pecho, dijo al mónstruo: *Levántate, Juan Guarin; Dios te ha perdonado*. Vuelto á su primitivo sér confesó al conde su culpa; mas al ir á desenterrar la doncella la encontraron viva por la intercesion de la Vírgen.» En la obra que hace poco tiempo hemos dado á luz, titulada *Glorias religiosas de España*, al hablar del célebre

santuario de Montserrat, que es la mayor gloria de los catalanes y que es la admiracion de propios y extraños, nos hemos ocupado detenidamente de la tradicion que acabamos de citar. El erudito autor de la nota que hemos reproducido no niega en absoluto el hecho, si bien parece tenerlo por apócrifo al llamar vida anticristiana á la penitencia que se atribuye á Juan Guarin; pero sí afirma que tal tradicion es desechada completamente por los críticos y por los historiadores. No hemos de repetir aquí cuanto sobre este asunto dijimos en la obra citada, pero nos será permitido hacer algunas reflexiones que esclarezcan este asunto. Son innumerables las tradiciones que se conservan en nuestros pueblos, la mayor parte de ellas referentes á milagrosos aparecimientos de imágenes de la Santísima Vírgen que fueron escondidas al tiempo de la invasion sarracena para librarlas de ser profanadas por aquellos enemigos de la fe cristiana. Entre estas tradiciones hay algunas tan ridículas é inverosímiles, que con razon son desechadas por la sana crítica. La piedad, y tal vez la ignorancia, hacia ver muchas veces como milagros lo que no era otra cosa que efectos naturales. Sin embargo es indudable que existen otras tradiciones tan respetables y tan probadas que para negarlas ó combatirlas seria necesario haber renunciado al discernimiento. Entre otras citaremos el aparecimiento de la sagrada imágen de Nuestra Señora de Montserrat en uno de los muros de Madrid, á presencia del rey y de toda la corte, y cuyas menores circunstancias se han conservado y se perpetúan trasmitiéndose de una en otra generacion. Lope de Vega cantó en bellos versos esta gloria de Madrid. Nada se le ha ocurrido decir á ningun crítico para combatir esta tradicion. Ahora bien, ¿la citada del monasterio de Montserrat pertenece á las venerandas tradiciones que deben respetarse, ó es uno de los muchos cuentos que la edad media ha trasmitido? En nuestro juicio no debe ser desechada completamente, ni admitida en absoluto. Esta tradicion está íntimamente ligada con la historia del célebre monasterio, y tambien con la de Wifredo el *Velloso,* primer conde independiente de Barcelona. Aun se conserva en Barcelona la casa donde se dice que el niño de pecho anunció á Juan Guarin la clemencia divina, y en la misma se conserva un recuerdo del hecho. Pudo ser, pues, que en efecto la hija de Wifredo fuese llevada al ermitaño Juan Guarin, para que con sus consejos se curase de alguna monomanía religiosa, y que el penitente estrechado por la fuerza de la tentacion cayese en el pecado de violar la doncella y darle despues la muerte, llevando á cabo un segundo crímen con el objeto de encubrir el primero. En esto nada hay de inverosímil,

convenida la fragilidad de la naturaleza humana. Ahora está la dificultad en el género de penitencia que se dice fue impuesta al ermitaño, que hubo de sujetarse á pasar una vida que no sin fundamento llama el señor La Fuente anticristiana. Nunca hemos visto, en efecto, que se haya impuesto tal penitencia ni aun en los tiempos á que nos referimos, en los que eran frecuentes delitos semejantes al de Guarin. Aquí puede empezar la adulteracion del hecho, pues que para nosotros es indudable que la tradicion de Juan Guarin, que es sabida hasta por los niños en Cataluña, y que ha dado asunto para muchas leyendas, se funda en un principio cierto. No creemos necesario detenernos más en este asunto incidental.

No fue muy halagüeña la suerte de Barcelona despues de la muerte de Wifredo el *Velloso*. Borrell I, ó como otros le llaman Wifredo II, y Sunyer, sucesores de aquel, trabajaron con celo infatigable sosteniendo continuas guerras contra los moros. El primero murió en la flor de su vida y cuando más podia esperarse de él, y el segundo, que habia dado pruebas de gran piedad edificando muchas iglesias y monasterios, abandonó el gobierno y se retiró á uno de los monasterios que habia edificado, para pensar tan solamente en la salvacion de su alma. Sucedióle su hijo Borrell II, que fue muy poco afortunado, pues en su tiempo el terrible Almanzor fue sobre Barcelona, haciendo los mayores estragos, pues que saqueó é incendió la ciudad, pasando á cuchillo á sus habitantes. Los árabes satisfechos abandonaron la ciudad, y Borrell II se encontró siendo señor de ruinas y careciendo absolutamente de súbditos. La pena que le causó aquella terrible catástrofe debilitó sus fuerzas y le condujo por último al sepulcro.

El tirano Almanzor parecia no estar satisfecho completamente con el destrozo causado en Barcelona, que presentaba ya el aspecto de una reina destronada, pues que á los pocos años, en el de 1000, volvió nuevamente sobre Cataluña, y entrando á sangre y fuego por sus pueblos y ciudades la destruyó del modo más lastimoso, habiendo destruido completamente á Manresa, y toda la parte del Panadés perteneciente á la provincia Tarraconense. Esta nueva invasion de Almanzor dejó sembrados la desolacion y el espanto por todas partes, pues que destruyó muchos pueblos, incendió no pocas iglesias y causó otros muchos desastres. Tambien el hijo y sucesor de Almanzor, Abdelmelik, causó grandes daños en Cataluña, y hubiese continuado la obra destructora á no haber surgido grandes discordias entre los árabes de Córdoba, que reclamaron su presencia. El trono era disputado por dos diferentes facciones. Segun

Conde y los demas historiadores, Ramon I, conde de Barcelona, y Ermengando ó Armengol, su hermano, conde de Urgel, acudieron en favor de una de las dos facciones, contribuyendo los catalanes á la victoria de Muhamad-ben-Hixem, y á su afianzamiento en el trono de Córdoba. Murieron en esta lucha, tan inútil para los cristianos, tres obispos, Odon de Gerona, Aecio de Barcelona y Arnulfo de Vich, como asimismo muchos nobles catalanes, entre ellos el conde Armengol de Urgel.

Ramon Berenguer I fue un príncipe muy piadoso y liberal con la Iglesia. Subió á ocupar el trono cuando contaba solamente once años de edad, y desde entónces manifestó unas cualidades superiores que rara vez se ven resplandecer en tan tierna edad. Tuvo que luchar con la enemistad de su abuela Ermesinda, que hizo cuanto pudo para perjudicarle, hasta trabajar cerca del Papa, por conseguir que le excomulgase juntamente con su esposa D.ª Almodis, por haberse casado con esta señora repudiada del conde de Tolosa.

Fue el conde Ramon Berenguer el que tuvo la gloria de lanzar á los mahometanos de toda la comarca de Tarragona, por los años de 1089, y al siguiente empezó á reedificar aquella antigua metrópoli, para cuyo efecto envió pobladores de todos sus Estados. Por medio del obispo de Ausona, llamado tambien Berenguer, que habia ido á Roma, suplicó del Sumo Pontífice el restablecimiento de la Iglesia de Tarragona en el órden jerárquico. El papa Urbano II, que á la sazon ocupaba la Silla de San Pedro, suscribió á los deseos del conde de Barcelona, no obstante la oposicion de Dalmacio de Narbona, que habia pasado tambien á Roma para defender el derecho de primacía que pretendia tener sobre la provincia Tarraconense, fundándose en un privilegio concedido por un papa llamado Estéban, bajo el reinado de un emperador llamado Oton, que jamás habia existido. Restituyéronse entónces á la Silla de Tarragona todas las sufragáneas antiguas, y hecho primer arzobispo el mismo prelado de Vich, D. Berenguer, puso todo su esmero y diligencia en reparar tanto lo eclesiástico como lo civil (1).

Vengamos ya á tratar de otro asunto de gran importancia, cual es el duelo por el oficio mozárabe. En otro lugar de esta obra hemos dicho ya algo acerca de este rito. Ahora seremos más extensos.

Hemos tenido ocasion de combatir á aquellos escritores que han querido suponer que la Iglesia de España, durante los cuatro primeros si-

(1) Sobre esto puede verse á Florez, *España Sagrada*, tomo 25, tratado 63, cap. 4.

glos de la dominacion sarracena, vivió en una cási independencia de la Santa Sede. A su tiempo hemos defendido á nuestra Iglesia de esa nota, que equivale á considerarla cismática durante dicho período (1). Lo único que podrá decirse es que las relaciones entre la Iglesia mozárabe y la Santa Sede fueron escasas. Oportunísimas razones de esto da el señor La Fuente por estas palabras: «Nada tiene de extraño que estas relaciones fuesen escasas, si se atiende á los tiempos y á las circunstancias. Sin vias de comunicacion, sin medios materiales para estar en relaciones, habiendo de atravesar enormes distancias por países á veces enemigos, ¿extrañará nádie que la Santa Sede, empobrecida, agobiada y perseguida por sus tiranos *protectores*, no se acordara de esta remota Iglesia? Más fácil es hoy en dia comunicar con la Australia, que lo era entónces el tener relaciones Oviedo con Roma. ¿Se extrañará, pues, que nos queden escasas noticias de la intervencion pontificia en aquella época, y que otras hayan desaparecido? Por otra parte el estado de la Santa Sede durante los siglos IX y X no era el más lisonjero para que fijase sus miradas en España.» Para que no se crea por lo dicho que la Iglesia mozárabe viviese en un completo aislamiento, ni que los Papas de este período olvidaran una parte tan preciosa de la grey de Cristo, aduce el escritor citado varias é incontestables pruebas de lo contrario. La Iglesia de España, como procuramos demostrar en el lugar arriba citado, nunca aspiró á una independencia cismática, y ántes por el contrario tuvo con la Santa Sede cuantas relaciones le fue posible atendidas las circunstancias de los tiempos, guardando el más profundo respeto y la mayor veneracion al Jefe Supremo de la Iglesia.

Habiendo muerto D. García, rey de Galicia y hermano de Alfonso, el primado Bernardo de Toledo asistió en el año 1091 á una asamblea de obispos convocados en Leon para los funerales de dicho rey. En esta especie de concilio se trató muy detenidamente del oficio canónico. Permanecian los pueblos adictos al oficio mozárabe, al cual se habia sustituido el romano, llamado comunmente galicano, porque era el que se usaba en Francia. El rey Alfonso y la reina Constanza, así como el legado Rainero, estaban por el oficio romano. En esta diversidad de opiniones, que no podian conciliarse, se acudió á un medio propio de aquella época, que fue un duelo, nombrando dos campeones, el uno por el rey y el otro por el pueblo: este venció al del rey, pero el monarca di-

(1) Véase lo que dejamos expuesto en la pág. 171 y sig. del tomo 2.°

jo que no era prueba bastante, lo que seguramente no hubiese dicho al haber triunfado su campeon, y dispuso que se procediese á una nueva prueba. Se encendió una grande hoguera, en la cual echaron un libro del oficio romano y otro del mozárabe. Dicen los que este extraño suceso refieren que el romano se consumió, y el mozárabe ó de Toledo se levantó por encima de las llamas. A pesar de esto el rey mandó que se recibiese el oficio romano, y esto con tan terribles penas, que lo adoptaron todas las iglesias á excepcion de algunas, en las que se conservó el mozárabe como recuerdo histórico.

Daremos algunas explicaciones acerca del oficio mozárabe, que fue el que usaron nuestros mayores desde los tiempos primitivos de la Iglesia. Vino á llamarse *mozárabe* tal vez por el tratado formal con que los árabes le permitieron desde la primera conquista con autorizacion de *Muza*, ó tal vez por lo que explica el P. Burriel, jesuita, en las líneas siguientes: «Cuando Alonso VI conquistó la ciudad de Toledo, año 1085, se hallaron en ella muchas familias cristianas, conservadas por cási cuatro siglos en aquella cautividad, divididas en siete parroquias, de las cuales quedaron feligreses perpétuos por razon de sangre y genealogía, como descendientes de los *godos*. Estas familias, á quienes justamente honró mucho el conquistador, confiándoles el gobierno supremo de la ciudad, se llamaron con vocablo morisco *muzárabes* ó *mozárabes*, diferenciándolos de los nuevos pobladores *castellanos* y *francos*, para los cuales se erigieron nuevas parroquias distintas de los *muzárabes* de Toledo.»

El oficio *mozárabe*, segun un historiador, era el mismo que usaban los godos y que habia sido entregado á la Iglesia de España por los siete obispos apostólicos discípulos del bienaventurado apóstol Santiago, y que sucesivamente fue aumentado con devotas oraciones, himnos y versículos por varios Santos Padres y Doctores de España, entre los que se cuentan Eugenio III de Toledo, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Ildefonso y San Julian. Bastan los nombres tan respetables que acabamos de citar para que comprenda el lector la falsedad con que algunos escritores han asegurado que aquel oficio contenia errores. Lo que sí es indudable es que los herejes priscilianistas corrompieron el misal mozárabe, usando de esta supercheria para acreditar sus erróneas doctrinas. Este fraude no pudo pasar, y el oficio priscilianista fue condenado en el concilio que se tuvo en Galicia despues de la conversion de los reyes suevos. El traductor de la obra de Berault-Bercastel aduce esta otra prueba en confirmacion de lo que decimos: «Es cierto que Félix y Eli-

pando citaban textos de nuestro misal y de nuestros Padres y Doctores en justificacion de su herejía; pero véase cómo habla, no un español ni un moderno, sino el doctísimo inglés Alcuino en sus obras dirigidas á los mismos Félix y Elipando: «Llamas en tu favor, dice á Elipando, á los venerables padres toledanos, y citas las oraciones que ellos recitan en el sacrificio de la misa: yo he leido las obras de los PP. españoles, y en ellas no hay rastro de lo que tú les atribuyes. Alguna mano moderna, de los que siguen el nuevo error, corromperia sin duda para su propia perdicion las palabras de los santos doctores de Toledo, deshonrando así con horrible atrevimiento el nombre de sus propios padres. No debe extrañarse, pues, que habiendo osado tú á inventar nuevos profetas, te hayas atrevido á fingir cartas y sentencias de Padres para confirmar con ellas tu error.»

Creemos suficiente lo dicho para que se desvanezca toda sospecha sobre los errores atribuidos al antiquísimo oficio mozárabe usado por nuestros padres en la fe.

A pesar de lo dicho, y aun por estas mismas suposiciones de errores, los Pontífices romanos obraron en esta causa con el mayor celo. Alejandro II en 1064 nombró por nuncio apostólico en España al cardenal Hugo Cándido, mandándole prohibir la liturgia gótica. Mas como quiera que el legado la hallase aprobada y confirmada por la Santa Sede desde los tiempos de Juan X, regresó á Roma sin haberse atrevido á condenarla. Firme en su propósito, el mismo papa Alejandro envió á España otros cardenales para que absolutamente procurasen la prohibicion del oficio. A vista pues de este empeño que mostraba Roma, la Iglesia española resolvió enviar cerca del Papa tres obispos para que defendiesen la liturgia gótica, y fueron designados Nuño de Calahorra, Jimeno de Oca, y Fortuño de Alava, los cuales llevaron consigo los libros eclesiásticos para que fuesen examinados; de cuyo exámen resultó que los cardenales y el mismo Pontífice colmasen de alabanzas el oficio y lo confirmasen. Más tarde en el concilio de Mantua, celebrado en 1067, con asistencia del mismo pontífice Alejandro, se declaró que la doctrina del misal y del breviario mozárabe era católica y purísima, y se mandó con autoridad apostólica que nádie en adelante se atreviese á condenarla, censurarla ó alterarla.

No obstante estas favorables decisiones, el gran Pontífice San Gregorio VII, sucesor de Alejandro, insistió en la reprobacion del oficio mozárabe, no porque viese en él error alguno, sino por su deseo, para

nosotros muy laudable, de establecer la uniformidad. Con este objeto escribió á los obispos más notables y á los príncipes, logrando persuadir á algunos, de suerte que en muchas iglesias fue aceptado el rito romano y abandonado el gótico. Siguiéronse muchos debates, aun despues de muertos los pontífices San Gregorio VII y Víctor III, hasta que en tiempo de Urbano II, siendo arzobispo de Toledo D. Bernardo, quedó establecido definitivamente que en las iglesias antiguas que se llamaban mozárabes se conservase el rito antiguo y que en todas las demas se adoptase el romano. En la actualidad se conserva esta concordia en una capilla de la catedral de Toledo, en la que hay un número de capellanes mozárabes que dotó de sus rentas el arzobispo cardenal don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Por el artículo 21 del novísimo concordato celebrado entre Su Santidad Pio IX y S. M. la Reina de España D.ª Isabel II en 1851, se ha conservado dicha capilla mozárabe con sus correspondientes capellanes, que rezan y celebran conforme al misal y breviario mozárabe que aquel célebre prelado hizo corregir y publicar. De este modo se conserva un precioso monumento de la antigüedad. La mayor parte de los historiadores continuan á la narracion de estos hechos las pruebas del duelo y del fuego, de las que nos hemos ocupado; y de haberse empeñado el rey en que se siguiese el oficio romano, no obstante el triunfo conseguido por el mozárabe, se originó el conocido adagio español de «*allá van leyes, do quieren reyes.*» En cuanto á las dichas pruebas del duelo y del fuego, sólo añadiremos que no hay mas testimonios que el del arzobispo D. Rodrigo, que vivió siglo y medio despues del suceso. Esta razon ha hecho que muchos duden de su certeza.

§ V.

Origen de la festividad española de Nuestra Señora de la Paz.—Opinion del señor Sabau, obispo de Osma.—Elogio del arzobispo de Toledo D. Bernardo.

En el año 1085 el rey Alfonso VI tuvo la gloria de apoderarse de la importante ciudad de Toledo, y por influencia de su esposa D.ª Constanza colocó en aquella Silla al abad de Sahagun, monje francés llamado D. Bernardo. Los grandes y los obispos todos le dieron su voto, pues conocian que era varon de buenas costumbres, de excelente inge-

nio, pura doctrina y gran prudencia, que habia dado repetidas pruebas de hallarse adornado de todas las virtudes. A vista de estas cualidades no hay que extrañar el que todos se decidiesen por un extranjero. Esmeróse el rey D. Alfonso en devolver á Toledo todo su antiguo lustre y esplendor. En el tratado que el rey cristiano hizo con los moros, conservaban estos la iglesia mayor, que era su principal mezquita.

Vióse D. Alfonso obligado á abandonar por algun tiempo la ciudad para dirigirse á Leon, donde le llamaban otras atenciones. La reina doña Constanza y el nuevo arzobispo D. Bernardo quedaron en Toledo con tropas para su defensa. Los cristianos eran muy pocos en número, comparados con los moros. Sin embargo, la reina y el arzobispo, poco contentos de ver que los infieles estuviesen en posesion de la iglesia mayor para practicar las ceremonias de su ley, determinaron apoderarse de ella contraviniendo á lo pactado por el rey con los moros. En el silencio de la noche se dirigió D. Bernardo con un escuadron de soldados á la iglesia, cuyas puertas fueron abiertas con violencia, despues limpiaron el templo, quitando cuanto habia de los moros, formaron altares y colocaron una campana en la torre, con la que á la mañana siguiente convocaron á los cristianos. Esta imprudencia del arzobispo, en la que consintió la reina, pudo haber tenido fatales consecuencias, pues que los moros pudieron con facilidad haberse alzado contra los cristianos y no dejar uno con vida en la ciudad. Si no lo hicieron fue por temor al rey D. Alfonso, y más cuando sabian que aquella usurpacion habia sido hecha sin su consentimiento. No por esto dejaban de esperar una venganza, pues sabian cuán celoso de su honra era el monarca cristiano. Este en el momento que tuvo conocimiento de lo que habia ocurrido regresó á Toledo con tal precipitacion, que desde el monasterio de Sahagun, donde se hallaba, empleó tan solamente tres dias en llegar á Toledo.

Bien pronto se supo en la ciudad la intencion de D. Alfonso en aquel veloz viaje, y temerosos los principales de la ciudad por el peligro que amenazaba á la reina y al arzobispo, dispusieron salir al encuentro del rey cubiertos de luto, y ordenados clero y pueblo en forma de procesion, y cuando hubieron llegado á su presencia se postraron en tierra suplicándole el perdon; pero tal era el enojo del rey, que no hizo el menor caso de aquellas súplicas. Dios previno entónces el remedio. Los principales de entre los moros, mitigado ya el dolor que habian experimentado por la pérdida de su principal mezquita, y considerando por

otra parte que nada ganaban ellos con la venganza que el rey pudiera tomar de la reina y del arzobispo, y que ántes por el contrario se acrecentaria el odio de los cristianos hácia ellos, se presentaron ante el rey y postrándose le suplicaron que concediese su perdon, pues que ellos se daban por satisfechos. Contestóles el rey que aquella injuria no era de ellos, sino desacato de su real persona, y que por el castigo que pensaba ejecutar comprenderian los presentes y los venideros que la palabra real se debe guardar sin que ninguno sea osado el quebrantarla á su antojo. Entónces los demas á grandes voces empezaron á pedir el perdon, y el que entre ellos era de más autoridad tomó la palabra y habló de esta manera: «Cuán grande, rey y señor, haya sido el «dolor que recebimos por la mezquita, que por fuerza nos quitaron «contra lo que teníamos capitulado, cada uno lo podrá por sí mismo «pensar; no será necesario detenerme en declarallo. La devocion del «lugar y su estima nos movia, pero mucho más el recelo que deste «principio no menoscabasen la libertad, y nos quebrantasen lo que con «nos teneis asentado. ¿Quién nos podrá asegurar que lo que hicieron «con nuestra mezquita, no lo ejecuten con nuestras casas particulares, y «las saquean con todas nuestras haciendas? ¿Qué conciencia ni escrúpu«lo enfrenará á los que no enfrenó el juramento y la palabra real, y los «que tienen por cierto que en tratarnos mal hacen un agradable servicio «á Dios? Esto conviene asegurar para adelante, que no nos maltraten ni «nos quebranten nuestros privilegios. Por lo demas de buena voluntad «perdonamos á la reina y al arzobispo el agravio que nos han hecho: lo «mismo os suplicamos hagais, porque el castigo que tomáredes, no nos «acarree mayores daños, ca los que vinieren adelante despues de vos «muerto, no sufrirán que tales personajes, si les sucede algun daño, «queden sin venganza. Por la mano real y palabra que nos disteis, os «pedimos troqueis la saña, que por nuestra causa teneis concebida, en «clemencia; que demas que nos damos por contentos y os certificamos «la tendremos por merced muy singular, sino otorgais con nuestra pe«ticion, resueltos estamos de no volver á la ciudad, ántes de buscar «otras tierras en que sin peligro vivamos. No es razon que por dar lu«gar al sentimiento, y por hacernos favor y vengarnos, acarreeis á nos «mayores daños, á vos perpétua tristeza y llanto, á vuestra ley mengua «y afrenta tan señalada (1).»

---

(1) Mariana. Lib. IX, cap. XVII.

Atendiendo el rey á este discurso y á las razones que en el se exponian asi como las súplicas de los demás moros que se hallaban postrados en tierra, ofreció hacer segun se le pedia , y con esto entró en la ciudad y recibió á la reina y al arzobispo con tranquilo y dulce semblante. Celebróse por los cristianos aquella benéfica mudanza del rey, y en memoria de aquella merced tan señalada se ordenó que se hiciese fiesta particular cada año á veinte y cuatro de Enero con el nombre de Nuestra Señora de la Paz. Han asegurado que agradecidos los cristianos á la magnanimidad de los moros erigieron despues á su Alfaquí una estátua que se conserva en la catedral de Toledo. La estátua que se dice ser del pretendido Alfaquí, todo puede representar ménos un Moro : segun La Fuente, representa un abad mozárabe, como lo indica su birrete cónico. «Idénticas, dice el mismo, son las figuras de los Abades en el pergamino del concilio de Jaca, y la figura yacente del abad, que está enterrado en el claustro de San Pedro el Viejo de Huesca, frente al sepulcro de Don Ramiro, que tiene tambien birrete cónico y baston de muletilla.»

Hemos referido el hecho, segun las noticias que nos da el P. Mariana y con él otros escritores. El Señor Sabau, obispo de Osma, no cree que la reina y el arzobispo Don Bernardo cometieran una accion verdaderamente deshonrosa, y tales razones señala que es necesario por lo ménos tenerla por dudosa. He aquí como se explica sobre este particular (1): «La iglesia dedicada á Santa María, Vírgen y Madre de Dios, en la cual se celebró el concilio XI Toledano, era sin duda alguna la iglesia catedral de aquella ciudad, que se consagró en el primer año del reinado de Recaredo con el nombre de *Santa María in Cathedra.* Esta misma iglesia, cuando se perdió la España, pasó á ser mezquita de los Moros; y conquistada Toledo en el año 85, en el 86 el rey Don Alfonso dotó esta iglesia para que se restableciera en ella el culto, y que como habia sido morada de infieles hasta entónces, fuera en adelante sagrario de virtudes ; y así no es creible que este piadoso rey en la capitulacion que se supone, conviniera en que quedase por mezquita mayor para el ejercicio de la secta mahometana. Por esta razon es sospechoso de falsedad este artículo de la capitulacion, y que el arzobispo Don Bernardo, protegido de la reina doña Constanza, se hubiera apoderado de ella con violencia, y en agravio de la fe prometida. Confirma aun más estas sos-

(1) En sus notas al cap. XVIII, lib IX de la *Historia general del P. Mariana.*

pechas lo que dice el privilegio que, tomada la ciudad, estando el rey en su palacio real, y dando gracias á Dios, procuró con mucha diligencia que volviese á su antiguo esplendor la iglesia de Santa María, Madre inmaculada de Dios, que antes habia sido ilustre y famosa, para cuyo fin convocó á los obispos, abades y grandes de su reino el 18 de Diciembre, para elegir de comun consentimiento un Arzobispo, y dedicar por iglesia santa de Dios la mezquita sacada del poder del diablo. Ciertamente que esto no prueba que hubiese hecho tal capitulacion, pues si la hubiera hecho, ¿cómo es posible que hubiera pensado tan pronto en violar su fe, y quebrantar el juramento que habia confirmado su promesa? ¿Y cómo podria irritarse tanto contra el Arzobispo y la reina, porque hacian lo mismo que él deseaba? Y si Don Bernardo fue elegido arzobispo en la misma iglesia de Santa María, que ántes era mezquita ¿cómo podia este con la reina quitársela á los moros? Así es evidente que esta iglesia de Santa María fue la antigua de los godos, que fue bendecida y consagrada inmediatamente despues de tomada la ciudad: que fue establecida Silla del Arzobispo, como lo era antiguamente, y restituida en todos sus privilegios. La estátua de Alfaquí, que se supone haberse colocado en la iglesia para conservar la memoria de haber aplacado los moros al Rey, pudo tener otro orígen, y acaso no representa un sacerdote mahometano, como comunmente se dice. La fiesta de Nuestra Señora de la Paz, que se instituyó por órden de Don Pedro Manrique, arzobispo de Toledo en el año 1362, siendo tan posterior á este hecho, no es un argumento tan convincente que quite toda duda: lo que únicamente prueba es que este piadoso prelado que la instituyó tenia por verdadero este suceso, sin decirnos los fundamentos que tenia para ello.»

Hemos dicho que este razonamiento que íntegro hemos querido reproducir, como hace La Fuente, porque de este modo apoyándonos en una autoridad tan respetable como el señor obispo Sabau, tal vez evitemos disgustos que nunca faltan al historiador cuando combate alguna tradicion admitida generalmente, hace el hecho por lo ménos dudoso, pero no nos atreveremos á negarlo por completo, porque seguramente algunos datos tuvo á la vista el arzobispo Don Pedro Manrique, cuando instituyó la fiesta de Nuestra Señora de la Paz, que no la habia de fundar en un cuento.

No terminaremos sin hacer un justo y debido elogio del arzobispo Don Bernardo que trabajó con incansable celo al par que el rey Don Alfonso VI por el esplendor y el engrandecimiento de la hermosa é impor-

tante ciudad de Toledo de la que los moros se fueron retirando poco á poco, al paso que acudian familias cristianas de diversos puntos que en ella se establecian. El mismo Prelado acompañó al rey á Leon donde se reunió un concilio en el que se halló Rainier ó Raynerio legado del Papa Urbano en España, y que más tarde fue Pontífice con el nombre de Pascual II. De este concilio hemos hablado en otro lugar y así solo recordaremos que en él se establecieron nuevos decretos que tenian por objeto la reforma del clero, cuyas costumbres se hallaban bastante relajadas.

§ VI.

Los Cruzados en España.—D. Bernardo, arzobispo de Toledo.—Restauracion de la primacía de Toledo. — Metrópoli compostelana. — San Olegario. Obispo de Barcelona.—Restauracion de la metrópoli Tarraconense.

En la historia del siglo XII de la Iglesia que hemos dejado terminada en el capítulo anterior, ha visto el lector la diferente marcha que desde principios del mismo tomaron los sucesos, y que el cambio benéfico que presentan es debido en su mayor parte al inmortal Pontífice San Gregorio VII que supo sacar el Pontificado del estado de abyeccion en que habia caido cuando los poderes de Roma se hicieron árbitros de la Silla de San Pedro. La España, no obstante tener que luchar todavía con los moros que dominaban en algunas de sus ciudades, entró en la marcha general de la Iglesia, uniformando su disciplina y tomando una parte activa en los principales asuntos de la cristiandad. Ya lo hemos dicho y nos complacemos en repetirlo: la Iglesia de España jamás, ni por un momento ha pretendido prescindir de la autoridad pontificia y los escritores extranjeros que han dicho lo contrario no han llevado otro objeto que el rastrero de eclipsar el mayor timbre de esta nacion de caballeros que ha fundado siempre su mayor gloria en la conservacion de su unidad católica. ¡Atrás el menguado que otra cosa quiera afirmar! Tema la indignacion de nuestros Padres y Doctores que se levantarán contra él y le confundirán en el gran dia de la manifestacion de todas las verdades. ¿Nos será permitido un corto desahogo á los sentimientos de nuestro corazon? Español y cristiano, amamos las glorias religiosas de nuestra patria, al modo que amamos á la madre que nos tuvo en su seno y nos

alimentó con el nectar de sus pechos. Más de una vez las lágrimas han humedecido nuestros ojos al leer lo que de nuestra España escriben autores extranjeros que ó nada conocen de nuestra historia ó son guiados por la torpe envidia. A la vista tenemos entre las fuentes de que nos servimos para este trabajo, obras de indisputable mérito en las que resplandecen la imparcialidad, la erudicion y el buen gusto literario, pero en las que sus traductores se han tomado el trabajo de suplir en notas el gran vacío que en ellas se encuentra tocante á los importantísimos asuntos de la Iglesia de España. Esta consideracion nos movió á redactar la presente *Historia de la Iglesia* en la que con la imparcialidad que es propia del escritor de conciencia, hemos querido hacer resaltar todo lo tocante á nuestra España, al pueblo católico por excelencia, al que la Madre de Dios ofreció su proteccion constante, cuando le tomó bajo su amparo á las orillas del Ebro. Hé aquí porque es grata nuestra tarea, por más que no nos podamos gloriar del buen acierto.

Continuemos nuestra narracion.

Cuando corria el siglo XII y la Iglesia podia felicitarse por sus gloriosos triunfos, pues una série de ilustres y sábios pontífices venian sucesivamente guiando el timon de la mística nave, la España continuaba arrollando por todos sus términos el estandarte de la Media-luna y nuestros caballeros luchaban intrépidos, dando por bien empleadas sus fatigas y preparándose á otras nuevas cuando veian la cruz salvadora enseñorearse sobre una nueva torre ó entre las almenas de algun castillo arrebatado á los sectarios del falso profeta de la Meca.

Los Condes de Barcelona por una parte hacen avanzar rápidamente la restauracion pirenáica, dándole acertada direccion, al paso que Don Alfonso el *Batallador* llega hasta las columnas de Hércules recogiendo á su regreso el último suspiro de la Iglesia mozárabe de Córdoba. Estos triunfos serán en adelante terminados con las importantes conquistas de Sevilla y de Valencia.

Nos hemos ocupado detenidamente de las cruzadas, y ahora debemos notar que algunos príncipes de paises extrangeros, antes de pensar en la conquista de la Tierra Santa se decidieron á venir á España para combatir en ella con los enemigos de la fe de Cristo. Estos celosos defensores de la verdadera religion empezaron por quitar la vida á cuantos judios encontraban al paso, á cuya conducta se opusieron valerosamente los obispos españoles, que miraban como inhumana y anticristiana aquella conducta. El mismo Pontífice Alejandro II que entonces ocupaba la Silla

de San Pedro, poniéndose de parte de los prelados de España, censuró el modo de obrar de aquellos cruzados echándoles en cara la codicia de que eran impulsados (1).

Entre los extranjeros que á España vinieron, se encontraba el conde D. Ramon de Borgoña, al que el rey D. Alfonso VI dió en matrimonio su hija Doña Urraca y como dote varias ciudades de Castilla la Vieja y entre ellas Salamanca. Esta ciudad fué por el mismo engrandecida y débele su iglesia catedral. « A él y á su piadosa consorte Doña Urraca se debe tambien la creacion de la Real capilla de San Márcos de Salamanca, una de las más antiguas de España, y gran ornamento de dicha ciudad. Los duques de Borgoña tenian capilla real muy favorecida de los Pontífices con privilegios y exenciones (lib. V, *Decretal.*, *de privilegiis* et excess. privileg., cap. X), cuyos capellanes eran á la vez párrocos de algunas iglesias. D. Ramon de Borgoña planteó del mismo modo una Capilla Real en Salamanca, dándole su *corral*, ó jurisdiccion civil, en el territorio que le demarcó D. Alfonso. Continuó así la capilla hasta que D. Alfonso IX de Leon la dió en 1202 á los beneficiados propietarios de las parroquias, que hasta el dia componen dicha Capilla Real. La primitiva capilla de San Márcos es elíptica y sostenida sobre dos solas columnas, de arquitectura bizantina muy extraña por su construccion (2)» La otra hija de D. Alfonso VI, llamada Teresa, habida de D.ª Jimena de Guzman, amiga del mismo monarca fué dado por él en casamiento á D. Enrique de Borgoña, dotándola con varios Estados á las inmediaciones de Oporto.

Ahora se nos presenta la conquista de Tarragona llevada á cabo por los condes de Barcelona, que cobraron ánimo al ver el modo feliz con que habian sido llevadas á cabo las conquistas de Toledo y de Huesca. El trono condal era ocupado por Berenguer Ramon, como tutor de su sobrino, y á quien algunos historiadores no sabemos con que fundamento acusan de fratricidio. La Silla episcopal de Vich era ocupada por Berenguer de Rosanes, el cual por concesion apostólica llevaba el título de Metropolitano tarraconense. De grande importancia era la conquista que se proyectaba, porque Tarragona era el más fuerte baluarte que restaba en España á los sectarios del falso profeta de la Meca, y los catala-

---

(1) Villanuño, tom. 1, pág. 433.
(2) La Fuente, nota al § CLXXXVIII. Téngase presente que es la única Fuente para este párrafo.

nes siempre aguerridos y constantes en sus propósitos, preparaban todas las cosas necesarias y conducentes al mejor éxito de la empresa que se proponian. Entre tanto el obispo de Vich fue á Roma, y postrándose á los piés de Urbano II, le suplicó que puesto que la Religion se interesaba en gran manera en la conquista de Tarragona, le concediese el auxilio de los cruzados, que estaban próximos á partir á la conquista de la Tierra Santa. El Pontífice recibió á aquel prelado con la mayor benevolencia, y accediendo á sus súplicas conmutó el voto de los catalanes que se habian cruzado para ir á la Tierra Santa, en ocuparse en la conquista de Tarragona, concediendo al mismo tiempo un jubileo plenísimo á los que se dedicaran á tan laudable y religiosa empresa. De gran satisfaccion fue para el Conde de Barcelona esta resolucion del Santo Padre, y convocó á los barones y señores, para ponerse de acuerdo en un asunto de tamaña importancia. Añade Villanuño (1) que el mismo Conde ganoso de mostrar su agradecimiento á la Santa Sede, hizo donacion de la conquista al apóstol San Pedro, ofreciéndose á tenerla en su nombre y pagar ciento veinte y cinco libras de oro cada cinco años.

Empresa audaz era la conquista de Tarragona, que conservaba sus magníficas fortificaciones romanas y que estaba guarnecida de un numeroso ejército de infieles, pero no estaba reservada para ser llevada á cabo por el fratricida. Los moros fueron lanzados hasta Tortosa, pero en aquellos mismos dias causaba grandes perjuicios á los cristianos, tanto de Aragon como de Cataluña, el Cid, cuyas proezas han sido tan decantadas en populares romances. A propósito de este campeon que hizo vergonzosas alianzas con los Emires de Zaragoza, y á quien el vulgo hasta atribuyó milagros, dice lo siguiente en una nota el señor La Fuente: «El P. Risco, en un arrebato lírico, publicó con más entusiasmo que criterio, la crónica del Cid Campeador con el título romancesco: *La Castilla y el más famoso castellano* (Madrid, 1792), y aun tuvo la ocurrencia de enmendar la historia y la cronologia por aquella descabellada narracion. Masdeu la impugna con atroz violencia, convirtiendo la crónica en sátira, y negando segun su costumbre lo verdadero y lo falso, y hasta la existencia del Cid, y del poema que la Academia de la Historia acaba de adquirir. Con más cordura y acierto hizo su invectiva el Capuchino de Huesca (tomo V del *Teatro histórico de las iglesias de Aragon*, pág. 237), manifestando cuán descabellado andaba en las cosas

(1) Tomo I, pág. 440.

de aquel país. Finalmente el malogrado Piferrer (*Recuerdos y bellezas de España*, tom II de Cataluña, pág. 113 y sig.), trató tambien al Cid con justa acrimonia por los males que causó á los Condes de Barcelona. Por este motivo no vacilo en creer que el poema, crónicas y romances del Cid, apreciabilísimas en literatura, son de muy escasa importancia como monumentos históricos (1).» En tan pocas líneas nos dá el erudito crítico cuantas noticias pudiéramos desear acerca del celebrado Cid Campeador, cuyas proezas nos han deleitado siempre por la belleza de los romances en que se hallan consignadas. El Cid á quien tambien se acusa de fratricida, se dirigió á la Tierra Santa para borrar su pecado peleando con los enemigos de la fe cristiana, y halló la muerte bajo los alfanges musulmanas despues de haber luchado con el mayor valor y denuedo.

Ya hemos tenido ocasion de hablar de D. Bernardo de Toledo, pero esto no obsta para que consignemos aquí algunos apuntes biográficos de este primer arzobispo despues de la conquista, y digamos algo acerca de su eleccion.

Desde luego que aquella nobilísima ciudad cayó en poder de los cristianos, manifestó el rey D. Alfonso grandes deseos de ocuparse en su engrandecimiento, no olvidando que en tiempos anteriores habia sido Toledo una ciudad de grandísima importancia por sus esclarecidos prelados y célebres concilios, así como alcazar de santidad y trono del imperio de los godos. Deseoso de nombrar arzobispo, convocó una asamblea en el año 1086, y reunidos los grandes y los obispos, despues que tributaron gracias al Señor, por haberse recobrado tan importante ciudad, eligieron arzobispo á D. Bernardo, abad que era de Sahagun, sin que les sirviese de rémora en atencion á sus virtudes su calidad de extranjero. He aquí los apuntes biográficos que de este prelado nos dá el P. Mariana (2): «Pasa el rio Garona por la ciudad de Aagen «en la Aquitania, hoy Guiena: cerca de esta ciudad estaba un pueblo «llamado Salvitat. De este pueblo fue natural D. Bernardo, nacido de «noble linaje: su padre se llamaba Guillermo, su madre Neymiro, «personas tan pias, que ambos, segun que se saca de memorias de la «iglesia de Toledo, acabaron sus dias en religion. El hijo en su mocedad «anduvo en la guerra; ya que era de más edad, entró en el monasterio

(1) La Fuente, lug. citado.
(2) Lib. IX, cap. XVII.

«de San Aurancio Auxitano ó de Aux; allí tomó el hábito y cogulla con «gran deseo que tenia de la perfeccion. Parece que aquel monasterio «era de Cluniacenses, porque de allí le llamó Hugo abad Cluniacense, «y por lo mismo fue enviado á España al rey D. Alfonso, para que re«formase con nuevos estatutos y leyes el monasterio de Sahagun, que «pretendia el rey hacer cabeza de los demás monasterios de benitos de «sus reinos: por esta causa pidió á Hugo le enviase un varon á propó«sito desde Francia; y como fuese enviado D. Bernardo, tomó cargo de «aquel monasterio. y fue en él abad algun tiempo. Dende subió á la «dignidad amplísima de arzobispo de Toledo, y para que tuviese más «autoridad, porque tanto es uno honrado y tenido cuanto tiene de man«do y hacienda (la dignidad y oficio sin fuerzas, se suele tener en po«co), hizo el rey donacion á la iglesia de Toledo, de castillos, villas y «aldeas en gran número, que fue el postrero acto del concilio ya di«cho.»

Nos ha parecido conveniente reproducir la anterior narracion del sabio jesuita historiador de España, que nos presenta en resúmen la biografía de un personaje tan importante de la Iglesia de España en la Edad media. D. Bernardo fue á más de arzobispo de Toledo, jefe de los Cluniacenses en España, y el favorito de los monarcas de Castilla.

Sabido es que la iglesia de Toledo habia estado en posesion de la dignidad primacial en la época visigoda. Así pues, cuando D. Bernardo fue elevado á esta Sede, fue justamente considerado como metropolitano, y cuando fue á Roma con motivo de quejarse de los abusos que cometia el legado Ricardo de San Víctor, consiguió del Sumo Pontífice la rehabilitacion de dicha dignidad primacial para su iglesia. Ya en otro lugar de esta obra hemos hablado estensamente de la primacia de la iglesia de Toledo, y así sólo añadiremos que la bula de esta rehabilitacion se halla y puede verse en la *Coleccion de Concilios* de Loaisa, al fol. 283. El curioso puede ver tambien en Villanuño, tomo I, otras diferentes bulas declaratorias de los derechos de esta primacía.

Mucha atencion necesitaba una iglesia recien conquistada de los infieles, pero D. Bernardo, á los pocos años despues de su elevacion se cruzó para ir á la Tierra Santa. Esta devocion andariega, como la llama oportunamente el Sr. La Fuente, no fue del agrado de los canónigos, los cuales descontentos por la ausencia del prelado, que abandonaba su iglesia, procedieron á la eleccion de un nuevo arzobispo, á pesar de la resistencia que opusieron los parciales de D. Bernardo. Tampoco apro-

bó su conducta el Sumo Pontífice Urbano II, el cual como se le hubiese presentado D. Bernardo que hubo de pasar por Roma, le absolvió del voto de ir á la Tierra Santa, ordenándole que lo que habia de gastar en esta expedicion lo emplease en la reparacion de Tarragona. Regresó pues á España y trajo consigo varios monjes paisanos suyos, á los cuales fue colocando en las principales iglesias de España, entre los cuales se cuentan San Pedro, obispo de Osma, y Raimundo que despues de haber sucedido á San Pedro en la Silla de Osma, que ocupó por espacio de diez y siete años, sucedió al mismo D. Bernardo su protector, en la Sede primada de Toledo.

En cuanto á los trabajos de D. Bernardo por la Iglesia, véase lo que dejamos dicho en el párrafo anterior.

Fijemos ya nuestra vista en la iglesia compostelana. Esta Sede desde fines del siglo XI gozaba del privilegio de inmediata sujecion á la Santa Sede, que le habia sido concedido por Urbano II, en el concilio de Clermont, en el cual se mandó tambien que el obispo compostelano fuese precisamente consagrado por manos del Papa. Elegido Gelmirez por el clero de su iglesia y los señores de Galicia, juntamente con el rey don Alfonso VI y el conde D. Ramon de Borgoña, se suplicó á la Santa Sede, que por aquella vez se dispensase del privilegio, designándose otro obispo que le consagrase. La súplica fue atendida y Gelmirez fue consagrado para la Silla compostelana. Desde su ascension á ella dió muestras de estar adornado de excelentes cualidades, y de la ciencia suficiente que requeria su elevado cargo.

De diversa manera han hablado los escritores de este prelado. Reproduciremos lo que acerca de estas opiniones dice el Sr. La Fuente antes de formar juicio propio. Dice así en una nota de la pág. 240, del tomo II, de su *Historia eclesiástica de España*: «Masdeu en la *Reprobacion* «*crítica de la Historia Compostelana*, pintó al Sr. Gelmirez como un móns«truo de abominacion y de maldad, usando términos tan groseros é infa«mantes que nunca deben salir de la boca de un cristiano, y ménos de «un presbítero, cuando se trata de un obispo, cuyos hechos y doctrina no «ha condenado la Iglesia: aun cuando hubieran sido condenados, la ca«ridad y la cortesía exigian más miramientos.

«Exagerando los hechos, torciendo las palabras y las intenciones, ca«llando las virtudes, y pintando con los más negros colores ciertos resa«bios é ideas propias de la época, hizo del primer arzobispo composte«lano un demonio con figura de hombre. Por mi parte estoy muy léjos

«de convenir en todos los cargos que contra el arzobispo fulmina Mas«deu; pero confieso que de algunos de ellos no se le puede eximir. El «Sr. Gelmirez fué muy dado á la política y á los negocios seculares y «belicosos, y despues de la lujuria no hay cosa que más desmoralice á «un eclesiástico que la política. Semejante á la lujuria no se toca, ni «aun de pensamiento, sin que manche. Por mi parte no me hallo dis«puesto á creer en las virtudes de ningun eclesiástico antiguo ni moder«no que *voluntariamente* se meta en asuntos políticos. Por ese motivo no «doy gran ascenso á los elogios del obispo Gelmirez, escritos por asa«lariados y revisados por él mismo.» Hasta aquí la nota del Sr. La Fuente. Razon tiene en parte el distinguido escritor para dudar de las virtudes de los eclesiásticos que *voluntariamente* se ocupan de asuntos políticos. Sin embargo, si se atiende á que muchas veces de la marcha de la política pende el buen ó mal éxito de los asuntos religiosos, que la política puede conducir en las naciones al triunfo del catolicismo ó á su persecucion, á veces no solamente es disculpable sino aun necesario el que los eclesiásticos, fija su idea en el bien de la Iglesia y en el esplendor de la religion, puedan ocuparse de la política sin desatender por esto los deberes de su ministerio. Por esta causa creemos que no en absoluto puede dudarse de las virtudes de una persona eclesiástica, por más que se la vea figurar en política. ¡Hay que examinar los tiempos y las circunstancias. Por lo ménos esta es nuestra opinion, por más que respetemos la del excelente crítico del que hemos tenido la honra de ser discípulo (1).

Justo era que la iglesia de Santiago, siquiera sea en recuerdo y gratitud á los beneficios recibidos del santo apóstol, fuese elevada á la dignidad de metropolitana. Plausible es que el obispo Gelmirez, se ocupase de este asunto, pero se le censura el que quisiese arrebatar dicha dignidad á la iglesia de Mérida, pues bien podia haber pedido la gracia para su iglesia sin perjudicar á aquella. Otros varios escesos critican los escritores en este mismo prelado y entre ellos el haber sustraido de las dióce-

---

(1) En apoyo de nuestra opinion está la conducta del episcopado francés. Apenas en la alta cámara de París, se ha de tratar de algun punto que tiene relacion con los intereses religiosos, acuden los Prelados, para levantar su voz y oponerse con energía á toda medida que sea contraria á los derechos de la Iglesia. El lector instruido sabe los buenos resultados que ha dado este modo de obrar. Ojalá, en todas partes los eclesiásticos comprendiesen que si deben estar alejados de las luchas políticas, por impropias de su ministerio deben no obstante no hacerse indiferentes cuando la política se muestra hostil al catolicismo, y esto es hoy por desgracia muy frecuente.

sis inmediatas multitud de reliquias, para su iglesia. Gelmirez sostuvo enemistad con el arzobispo de Toledo negándose á acudir á sus llamamientos para diversos concilios que en aquella época se celebraron desconociendo de este modo su primacía. El de Toledo acudió en queja al Sumo Pontífice que lo era á la sazon Calixto II, por lo que este reprendió severamente al compostelano, que al fin alcanzó la dignidad de metropolitano que era muy justa atendidas las causas que antes hemos expuesto, pero esto no obsta para que nos lamentemos de que acudiese á medios los más ilícitos para alcanzarla, si hemos de dar fe á los escritores de la *Compostelana.*

Enorgullecido con la nueva dignidad de metropolitano, quiso hacer lujo de autoridad y llevando mucho más allá de sus facultades usurpó las que competian al primado de Toledo, dando disposiciones que queria hacer obligatorias para toda España. No señalaremos otros hechos que honran bien poco á los arzobispos de Santiago y de Toledo, porque los autores que de ellos nos hablan no nos merecen el menor crédito.

Por lo demás, solo añadiremos, que si Gelmirez se halló adornado de bellas cualidades como insinuamos en el principio, las eclipsó con los hechos que dejamos referidos.

Hemos hablado de dos prelados, D. Bernardo el de Toledo y Gelmirez de Santiago, el uno francés y el otro español, pero que ambos fueron verdaderos representantes del galicanismo en España. Ahora hemos de ocuparnos de otro Prelado ilustre por su santidad, y muy diferente en todos conceptos de los dos citados, porque no participó ni de la lijereza del uno ni de la falta de humildad del otro. Nos referimos de San Olegario, obispo de Barcelona, y restaurador de la metrópoli tarraconense. Siendo tan célebre este santo Prelado cuyo incorrupto cuerpo se conserva y venera en la Catedral de Barcelona, no nos dispensaremos de dar aquí algunos breves apuntes biográficos.

En la nobilísima ciudad de Barcelona, cuna en todos tiempos de ilustres varones que florecieron así en santidad, como en las letras y en el manejo de las armas, nació el glorioso San Olegario por los años de 1060. Era hijo del secretario del conde D. Ramon Berenguer I, que así como el hijo, se llamaba tambien Olegario, siendo su madre una matrona más notable aun por las grandes virtudes de que se hallaba adornada que por lo ilustre de su cuna, pues descendia del antiguo linaje de los godos. Desde su más tierna edad dió á conocer el niño Olegario la santidad que en él habia de resplandecer, pues se mostraba modesto, callado, amigo

del retiro, y muy dado á las prácticas de piedad. Muy jóven aun abrazó el estado eclesiástico, entrando en la *canónica* de la catedral de Barcelona cuando solo contaba la edad de diez años. Siendo canónigo fue promovido á la dignidad de prepósito habiendo obtenido ántes la pabordia. Hasta la edad de treinta y cuatro años permaneció de diácono, y durante tanto tiempo estuvo dedicado al estudio de la Sagrada teología y de los Santos Padres, de suerte que uniendo á su talento superior una aplicacion constante se hizo consumado en las sagradas ciencias y predicador famosísimo del Evangelio. A la edad citada fue ordenado sacerdote por D. Beltran, obispo de la misma ciudad, el cual habia fundado en las inmediaciones de Barcelona un monasterio de canónigos reglares de San Agustin, bajo el título de San Adriano. Habiendo observado San Olegario el género de vida tan de su agrado que hacian aquellos religiosos, y ganoso de alcanzar la perfeccion, hizo, con gran sentimiento de su cabildo que le profesaba gran estimacion, renuncia de su prebenda tomando el hábito religioso en el monasterio de San Adrian. Durante el año de noviciado dió pruebas de ser no discípulo sino maestro en la escuela de la perfeccion, siendo un espectáculo admirable á los demás religiosos que observaban en él virtudes más propias de los santos del yermo que de un novicio recien entrado en el monasterio. Así es que poco despues de su profesion fue por unanimidad elegido prior. No pudo evitar apesar de sus esfuerzos aquel puesto de distincion que rechazaba su humildad, y asi huyendo de mandar se retiró á ser súbdito al convento de San Rufo, de la misma órden en la Provenza. Pero allí fueron bien pronto reconocidas sus virtudes, y como hubiese muerto el Abad, le eligieron á él para esta dignidad de la que no pudo librarse, y la que desempeñó con el mayor celo y el mejor acierto hasta el año 1115 en el que fue elegido obispo de Barcelona. Esta nueva dignidad espantó al siervo de Dios, de tal modo, que huyó refugiándose en su convento, siendo necesario que el Sumo Pontífice le mandara bajo precepto el que aceptara para que se dejare consagrar tan solo por obediencia, habiendo tenido lugar su entronizacion en la Silla de Barcelona en el año 1116. Elevado ya á la dignidad episcopal, mostró la mayor laboriosidad y celo, reedificando muchas iglesias y monasterios, y atendiendo con la mayor solicitud á los pobres entre los cuales repartia abundantísimas limosnas, pues su mayor complacencia la encontraba en el ejercicio de la caridad y misericordia. Asistia diariamente al coro, y predicaba con la mayor frecuencia, procurando cumplir con la mayor exactitud las funciones to-

das de su elevado ministerio. Los monjes de San Cugat del Vallés conservaban la costumbre introducida de Francia de ejercer cargos parroquiales. San Olegario con un celo laudable se opuso á que continuase este abuso, haciéndoles quitar de su iglesia la pila bautismal, y prohibiéndoles que pusieran curas en las iglesias anejas al monasterio sin el consentimiento previo del obispo, y á los religiosos que estaban ocupados en tales cargos les hizo retirar á su monasterio, persuadido de que la vida de los monjes era únicamente de retiro y penitencia.

La ciudad de Barcelona se regocijaba por poseer un prelado tan lleno de virtudes, y en el que todos encontraban un verdadero padre, consejos saludables, pura enseñanza y ejemplos dignos de imitacion. Por muerte del papa Pascual, fue elegido Sumo Pontífice Gelasio II. Con este motivo, Olegario determinó pasar á Roma para hacer la visita *ad limina Apostolorum*, y con este objeto convocó al pueblo, al que dirigió la palabra con tal uncion, que en el numeroso auditorio se escuchaban muchos ayes y gemidos, pues que todos sentian vivamente perder aunque temporalmente á su santo Prelado, al que profesaban tanto respeto como cariño. Emprendió despues el santo obispo su viaje sin dispensarse nada de sus penitencias y austeridades, y llegado que hubo á Roma visitó con la mayor devocion y ternura los templos, y satisfecha su devocion, marchó á Gaeta donde se encontraba el Sumo Pontífice que ya tenia circunstanciadas noticias de sus virtudes y grandes merecimientos, por lo que le recibió con las mayores muestras de benevolencia. Por aquel tiempo fue llamado por Dios á mejor vida D. Berenguer, obispo de Vich, á quien se habia dado la dignidad de metropolitano de Tarragona, á fin de que activase la conquista de esta ciudad. San Olegario pidió al Papa que proveyese aquella Silla en persona de virtud y letras, y que estuviese adornado de gran reputacion, y el Pontífice que así quiso hacerlo, no encontró persona más apropósito para ello que el mismo San Olegario, al cual mandó que aceptase aquella dignidad. Al mandato del Jefe supremo de la Iglesia, nada tuvo que oponer el santo, por más que viera herida nuevamente su humildad. Con el objeto indicado el papa Gelasio envió bula á 21 de Marzo del año 1128, primero de su Pontificado. Regresó el santo Prelado á España, donde tanto en Barcelona como en Tarragona fue recibido con entusiastas aclamaciones, y como habia recibido el pálio con todos los derechos y honores metropolitanos, los sufragáneos de toda la provincia eclesiástica le reconocieron guardándole todas las preeminencias que eran debidas.

Corta fue la residencia de San Olegario, pues que habiendo muerto al cabo de un año el papa Gelasio, y sido elegido Calixto II, fue por este llamado á Roma para que asistiese al concilio Lateranense, por tenerle reputado como un varon insigne en santidad y doctrina. Luego que el concilio hubo terminado, el Santo Padre le nombre legado suyo *á latere* para el reino de España (1). A su regreso se dedicó á reedificar la iglesia de Tarragona, y pasado poco tiempo hizo una peregrinacion á la Tierra Santa, predicando por todos los pueblos y caminos que atravesaba, y repitiéndose en él el prodigio del tiempo de los Apóstoles, pues que predicando en una sola lengua, le entendian las gentes de diversos pueblos y naciones, como si predicase al mismo tiempo en todos los idiomas.

Cuando hubo terminado San Olegario esta piadosa peregrinacion á los Santos Lugares, principió á dictar medidas con el objeto de que se llevase á cabo el pensamiento de colonizacion concebido por el conde don Ramon Berenguer. Tarragona se hallaba sometida á los cristianos, pero se hallaba desierta, de suerte que los árboles silvestres crecian por las calles y aun dentro de su antigua y derruida basílica. Las fuerzas y los recursos del santo arzobispo no eran suficientes para aquella empresa, y así determinó formar una hermandad con varios obispos de Cataluña y Francia, de suerte que contribuyendo cada uno anualmente con alguna cantidad, se pudiese atender á la reparacion y colonizacion de aquella importante ciudad (2). A pesar de todo esto, no siendo suficientes tales recursos, puso la ciudad en manos del conde Roberto, para que llevase á cabo lo que á él no habia sido posible (3).

El papa Inocencio II, llamó despues al santo arzobispo para que asistiese al concilio de Clermont, en el año 1130, el que fue presidido por el mismo Pontífice. En aquella asamblea, San Olegario declaró excomulgado al anti-papa Anacleto, siguiendo su parecer y voto todos los demas padres asistentes. De nuevo regresó á España, siendo notable que su celo por la casa de Dios le hacia extender sus cuidados fuera de sus iglesias de Barcelona y Tarragona, pues que en diversos puntos bendijo iglesias que habian sido violadas por los sarracenos. Pasando por Zaragoza consiguió hacer las paces entre D. Alfonso, rey de Castilla, y don Ramiro, rey de Aragon, que se hallaban enemistados. Al mismo tiempo

(1) Consta de la bula despachada *IV non. aprilis*, *pontif. ann.* 1.

(2) Véase á Florez. *España Sagrada*, tom. XXVIII, apéndice 22.

(3) Véase el tom. XXV, pág. 123 y sig. de la *España Sagrada*.

y como no daba treguas á su predicacion, recogia en todas partes abundantísimos y sazonados frutos. Con gran rapidez se llevaba á cabo la restauracion de Tarragona y su colonizacion, pues que el papa Inocencio á peticion del santo prelado, expidió dos bulas para que todos los obispos sufragáneos y los fieles de la provincia ayudasen con sus limosnas á tan laudable como piadosa obra.

Entre los grandes y extraordinarios favores que San Olegario recibió de Dios, fue uno el que le revelase el dia y hora de su partida del mundo: así que hallándose en un concilio, no sabemos si en Barcelona ó Tarragona, dijo á los sinodales y rectores que aquella era la última vez que les predicaba, y así durante los seis dias que duró el sínodo predicó con tanto fervor, sabiduría y elocuencia, que todos se conmovian, mirándole más que como hombre, como un ángel bajado del cielo, de suerte que todos lloraban conmovidos. Terminado este concilio, hizo donacion al cabildo de una heredad que tenia en la parroquia de Mollet, para desacirse de todas las cosas de este mundo. Sabedor de que se acercaba su última hora, recibió con el mayor fervor los Santos Sacramentos, y encomendando su alma á Dios y á su Santísima Madre, de la que era especialísimo devoto, murió el dia 6 de Marzo del año 1136 (1). Inmediatamente despues de su muerte empezó á recibir culto, siendo canonizado al modo antiguo de la Iglesia, que era la veneracion de los fieles y el permiso de los Sumos Pontífices, no siendo extraño que fuese venerado como santo desde entónces, toda vez que empezó á resplandecer con multitud de milagros que obró el Señor para hacer glorioso su sepulcro. No obstante lo dicho, fue nueva y solemnemente canonizado por Inocencio XI, en 25 de Mayo de 1675. Como decíamos al principio, su cuerpo incorrupto se conserva con gran veneracion en la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, en la que es visitado por naturales y extrangeros. A la muerte de San Olegario habia quedado muy adelantada la restauracion de Tarragona, de suerte que podia llamarse el santo al fin de su vida metropolitano propio.

Las iglesias de Barcelona y Tarragona, celebran la fiesta del santo Prelado el dicho dia 6 de Marzo, por ser como hemos dicho en el que pasó de esta vida mortal á la inmortal y eterna.

Muchos son los milagros que ha obrado Dios por la mediacion de este

---

(1) Esta fecha señala el P. Ribadeneira. El Sr. La Fuente dice que fue el año 1137. En el dia 6 de Marzo, todos convienen.

su siervo fiel y prudente, como consta por los procesos formados para su conviccion y que varias veces han sido impresos, siendo su proteccion muy eficaz para con las mujeres y que tienen partos difíciles y peligrosos, las cuales en muchas ocasiones con solo invocar el nombre de San Olegario, han conseguido instantáneamente salir con felicidad de tan apurado trance.

De los institutos religiosos en España nos ocuparemos en la Historia del siglo XIII, al hablar del insigne español Santo Domingo de Guzman.




SIGLO XIII
HONORATO III
GREGORIO IX
ELESTINO IV
INOCENCIO IV
ALEJANDRO IV
URBANO IV
S. CELESTINO V
GREGORIO X
NOCENCIO V
ADRIANO V
JUAN XXI
NICOLAS III
MARTIN IV
HONORATO IV
NICOLAS IV
BONIFACIO VIII

SIGLO DÉCIMO TERCERO.

DESDE LA INSTITUCION DE LA ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD HASTA TERMINAR EL PONTIFICADO DE BONIFACIO VIII.

CAPITULO PRIMERO.

Apuntes biográficos de San Juan de Mata y San Felix de Valois.—Institucion de la órden de la Santísima Trinidad.—Beneficios que ha producido este instituto benéfico y humanitario.—Reflexiones.

Al dar principio á la historia del siglo XIII, cúmplenos dar á conocer al lector dos génios gigantescos que en una época llamada de oscurantismo y de ignorancia, supieron realizar un gran pensamiento, el más humanitario que pudiera concebir hombre alguno. Todo cuanto en los tiempos antiguos y modernos ha ideado la ciencia para mejorar la suerte de la familia humana, creándola un porvenir dichóso; cuantos planes se han formado de emancipacion y de libertad, todo es mezquino comparado con lo que supieron idear y llevar á cabo con los más felices resultados San Juan de Mata y San Felix de Valois, génios que Dios habia reservado en los tesoros de su bondad y misericordia, para que desenvolviesen y realizasen el pensamiento más humanitario y civilizador, es decir, para que arrancasen del despotismo musulman una multitud de víctimas cristianas que para borron de la humanidad y de la civilizacion yacian aprisionadas en los míseros y lóbregos calabozos de los descendientes de Islam.

Ya hemos tenido ocasion de ocuparnos detenidamente de los males sin

cuento que la Europa entera venia experimentando á causa del despotismo musulman que hacia sentir su influjo en todas partes, pues que eran muy frecuentes y diversas las correrías de los sectarios del Koran. Al par que los botines que recogian en los pueblos cristianos en que lograban penetrar, cargaban sus galeras de víctimas que conducian al África, donde experimentaban los tratos más crueles, pues que aquellos enemigos del nombre cristiano se gloriaban en hacer padecer á cuantos caian bajo su dominio. Ausentes de su amada patria, y sin poder practicar sus deberes religiosos, suspiraban tristemente al modo que los israelitas al recuerdo de su Sion amada. ¿Qué medios podian ser suficientes para evitar males de tal tamaño? En vano elevaban fervorosas súplicas las inocentes víctimas; en vano llamaban á sus consanguíneos y amigos para que les libertasen de aquella servidumbre y les restituyesen al seno de sus familias. Sus cadenas cada vez parecian más endurecidas, y todas sus esperanzas se desvanecian. El cielo entretanto preparaba el remedio, compadecido de aquellos pacientes cristianos, cuyo único delito consistia en ser adoradores del verdadero Dios. La misericordia divina habia suscitado dos héroes admirables de santidad, que sabrán sacrificar su reposo, exponerse á los mayores trabajos y aun cargar con las cadenas de los cautivos para alcanzar á estos su libertad, continuando de esta manera en la tierra la mision sublime que el Hombre-Dios viniera á consumar en las alturas del Calvario.

Estos dos héroes fueron San Juan de Mata y San Felix de Valois.

San Juan de Mata, perteneciente á una ilustre y noble familia francesa, habia visto la luz del mundo en la villa de Falcon, pueblo de la Provenza. Aun ántes de que se verificase su nacimiento quiso el Señor manifestar su futura santidad, puesto que hallándose su madre en oracion, pidiendo á Dios le diese un feliz alumbramiento, se le apareció la Santísima Vírgen, la que con la mayor dulzura y bondad le dirigió estas palabras:—«El hijo que llevas en el vientre será insigne redentor de cautivos cristianos.»—Desde muy niño empezaron á brillar en Juan los presagios de su futura santidad. Como se hallase dotado de un ingenio vivo, sus padres le enviaron á la ciudad de Aix para que cultivase las letras humanas, pasando despues á Paris para dedicarse al estudio de la Sagrada teología, en cuya facultad hizo rapidísimos progresos, llegando á graduarse de doctor, y habiendo sacado excelentes discípulos.

No por haberse dedicado con tanto afan al estudio de las ciencias, abandonó ni por un momento el más importante de todos los estudios

cual es el de la virtud. Desgraciadamente son muchos los jóvenes que teniendo que residir en las grandes capitales para asistir á sus escuelas, se desmoralizan, porque léjos de sus padres y viviendo en completa libertad, se dejan arrastrar por otros jóvenes viciosos que corren en busca de placeres arruinando su salud al paso que manchan su alma. No perteneció á este número San Juan de Mata. Para él estaban demás las diversiones hasta las más lícitas de suerte que con él jamás podian contar sus compañeros. Sus visitas más frecuentes eran á los hospitales, á los hospicios, á las casas donde habia enfermos á quienes asistir, afligidos á quienes consolar, necesitados á quienes socorrer. De este modo por el ejercicio de las obras de misericordia se preparaba para el desempeño de la sublime mision que le estaba reservada.

Conocedor el obispo de Paris de sus grandes virtudes y demás bellas cualidades, le obligó á aceptar un canonicato de su iglesia y á recibir el presbiterado. Cuando aquel Prelado le imponia las manos para ordenarle, bajó visiblemente una columna de fuego sobre él, con lo que dió á conocer el Señor que le destinaba á una empresa superior en favor de la religion tan ultrajada en aquellos tiempos por los sarracenos. A este prodigio se siguió otro, pues que estando celebrando la primera misa en presencia del obispo de Paris, de los abades de San Víctor, del rector de la universidad y de casi todo el claustro, al tiempo de la consagracion, todos le vieron rodeado de una luz brillante, y al elevar la sagrada hostia se apareció un ángel vestido con un hábito blanco, con una cruz en el pecho de color encarnado y azul con dos cautivos á sus lados. El siervo de Dios comprendió que aquella vision significaba que habia de fundar una religion, cuyo instituto habia de ser librar á los cautivos cristianos de la tiranía de los sarracenos. El que tan arraigada tenia la misericordia en su corazon, el que muchas veces habia besado las cadenas de los cautivos exclamando: «Algun dia libertaré yo á mis hermanos que se hallan en la esclavitud, y les devolveré al seno de sus familias», consagra toda su vida desde que conoce que el cielo ha aceptado sus votos, á aquellos objetos de su amor y compasion. Sin embargo, guiado por su prudencia no se parte de ligero y consulta ante todo su pensamiento con los abades de San Víctor y Santa Genoveva y con su propio obispo, y despues se dirige al desierto de Ciervo-Frio para entregarse á la oracion y suplicar al Señor que le manifestase aun más claramente la mision á que le tenia destinado y confirmase su vocacion. La inspiracion divina le guia á aquel lugar por que este nuevo Moisés debe

encontrar allí al compañero de sus empresas, al Aaron que con él ha de presentarse ante los modernos Faraones, que tiránicamente oprimian multitud de cristianos en la más ominosa esclavitud.

Este santo compañero era Felix de Valois.

Justo es que demos tambien á conocer los principios de este santo Patriarca. Luego los veremos unidos con la bendicion del Vicario de Jesucristo, para emprender la humanitaria y civilizadora obra de la redencion de los cautivos.

«Dos veces noble, dice el P. Rivadeneira, fue el glorioso San Félix de Valois. Noble segun el mundo, y noble segun el cielo; grande delante de los hombres, porque fue del tronco real de Francia, y más grande delante de Dios, nuestro Señor, porque, pisando tanta grandeza, supo hacerse más grande por la virtud que lo era por la sangre.»

Fue San Felix hijo de Ranulfo, conde de Vermandois y de Valois, hijo de Hugo de Francia, y nieto de Enrique I, rey de Francia. No hay pues que decir que su cuna estuvo rodeada de grandeza y que los bienes de fortuna le mecieron desde sus primeros dias. Cuando la luz de la razon empezó á disipar en él las tinieblas en que todos nacemos envueltos, léjos de enorgullecerse al verse tan favorecido por la fortuna, todo lo miraba con indiferencia, y cual otro Pablo, todo le era despreciable por ganar á Jesucristo al que amó con todo su corazon desde el momento en que le conoció, y le conoció tan pronto como disfrutó del beneficio de la razon. Este amor es el único tesoro que ambiciona, el cual produce en él el hermoso sentimiento de la caridad y de la misericordia hácia el pobre y el desvalido. Niño es y encuentra sus mayores delicias en compartir sus manjares con los pobres, en depositar en sus manos para el remedio de sus necesidades cuantas monedas recibe de sus padres. ¿Qué no podrá esperarse de un niño adornado con tales sentimientos? Con él nació el instinto de la misericordia y el génio de la compasion, y puede afirmarse que obró siempre por impulso superior, por inspiracion del que le habia elegido para ser en compañía de San Juan de Mata el redentor de los cautivos cristianos que sufrian bajo la tiranía de los musulmanes.

Basta contemplar las obras á que Felix se entrega siendo todavía niño para comprender que la razon y la reflexion se adelantaron en él por un especial privilegio del Señor. Como el Papa Inocencio II fuese á Francia huyendo de la persecucion del anti-papa Anacleto, segun dejamos referido en su historia, la madre de Felix, llamada Leonor, condujo á su

pequeño hijo á Chartes en cuya poblacion y en el palacio de Teobaldo hermano de la misma Leonor, se hallaba hospedado el Santo Padre. Su objeto era que recibiese la bendicion del Vicario de Jesucristo, cuyo deseo fue satisfecho. Tambien ántes la habia recibido del Padre San Bernardo en el Claraval á donde le habia llevado su piadosa madre para ofrecerle á María Santísima por mano de aquel su devotísimo capellan.

No nos detendremos á referir los extraordinarios prodigios con que Dios premió su caridad y misericordia para con los pobres y que extensamente refieren los historiadores de su vida: pero sí hablaremos de su retiro al desierto, á aquella escuela de virtudes donde se preparó para desempeñar más tarde el sublime ministerio á que el cielo le destinara. Conociendo los grandes peligros que el mundo presenta para malograr los mejores propósitos y deseando abandonar de una vez todas las grandezas de la tierra y aun el trato de las gentes para dedicarse sola y exclusivamente á la salvacion de su alma, buscó un asilo en el Claraval. Allí bajo la dirección del gran Padre San Bernardo, cuya bendicion, segun acabamos de decir, habia recibido en su infancia, hizo los mayores progresos en la via de la perfeccion. Aquellos santos monjes, aquellos ángeles del desierto que eran espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres, le vieron dar pasos agigantados en las sendas del espíritu, emulando la pureza de los ángeles y el abrasado amor de los serafines. El que pertenecia á una de las más opulentas y nobles familias de la Francia, resplandecia admirablemente por su humildad, y el que en su casa y en el seno de su familia podia alimentarse con los más ricos manjares, crucificaba todas sus pasiones y apetitos, ayunaba continuamente y tan solo comia lo más necesario para sostener su existencia, y eso prefiriendo los más groseros y ménos apetitosos alimentos. Aun asi no se halla Felix contento y satisfecho: todo lo habia abandonado por amor á Dios, pero conservaba su nombre, y lo ilustre de su nacimiento hacia que le mostrasen alguna deferencia y aun que le insinuasen el que no fuese tan rígido y austero en sus penitencias, tal vez por temor de que no pudiese resistir mucho tiempo y se extinguiese aquella luz que algun dia podia lucir en el candelero de la Iglesia.

Felix piensa el modo de vivir sin que persona alguna tuviese conocimiento de quien era, y con este objeto se vuelve á la corte de Teobaldo su tio, varon en quien resplandecian las virtudes y que era notable como el sobrino por su misericordia para con los pobres. Allí experimenta nuevos y porfiados ataques á fin de que permanezca en el siglo.

Sus piadosos parientes que le amaban extraordinariamente, le instan haciéndole ver que puede servir á Dios y santificar su alma en el seno de la sociedad donde podia ser útil á muchas existencias. Felix cierra sus oidos á todos los consejos: hase propuesto ser todo de su amado y no hay fuerzas humanas que le hagan desistir de su propósito. Regocíjense otros en buen hora en vivir rodeados de grandezas: estas ningun atractivo tienen para Felix que está persuadido que la verdadera grandeza se halla en la virtud, y por esto no se deja vencer por mentidas exterioridades. En vano es que la fortuna le sonria, que la ley sálica le designe presunto heredero del trono de Francia, ni que la hábil política le inste haciéndole ver que es un deber de Estado el que permanezca en la corte. Para terminar todos estos hechos, para que la política callara perdiendo él todos sus derechos á la sucesion del trono, recibe á pesar de su modestia y de la humildad que le distinguia, el sacerdocio.

Sublimado Felix á la altísima dignidad de ministro de Jesucristo, estudia sus deberes y no puede ménos de temblar al considerar las grandes virtudes que deben adornarle, y la cuenta estrechísima que ha de rendir ante el supremo Juez del modo como ha desempeñado los santos ministerios. Nada tiene ya que ver con el mundo: hánse roto los lazos que le unian con la sociedad y entre él y el siglo se ha levantado una muralla de bronce. No se ha disipado en él su amor al retiro, y ántes por el contrario se ha acrescentado, pues ahora más que nunca anhela vivir entregado á la mortificacion en la soledad y al trato con Dios por medio de la oracion.

Para llevar á cabo sus propósitos escogió el yermo de la montaña Brodelia, en el territorio meldense, célebre por haber sido habitado por San Flacrio, hijo del rey de Escocia, que inspirado de Dios prefirió las delicias del desierto á las comodidades del palacio de su padre, y vivió allmuchos años con gran fama de santidad.

Cubierto con un hábito muy pobre, de suerte que no pudiese ser conocido, salió ocultamente de la corte y se dirigió á la dicha montaña de Brodelia, sin llevar compañía alguna. Llegando al yermo donde habia habitado San Flacrio, halló una capillita dedicada á la Reina de los Ángeles, que habia sido edificada por aquel anacoreta, y determinó formar á su lado una pequeña habitacion escogiendo para ello una gruta que allí habia formado la naturaleza. ¡Cuán digna de admiracion es esta conducta de Felix! ¿En qué consistió el cambio que hizo? Trocó la corte por el desierto, el palacio por la gruta, los lujosos vestidos por un pobre hábito,

los delicados manjares de la mesa de su palacio por las yerbas que se criaban al rededor de su gruta, la cama blanda por las duras peñas. Tales son los milagros que sabe hacer la gracia del Señor en aquellos que fielmente corresponden á sus primeras insinuaciones. Algunos escritores se entretienen en dar cuenta de grandes luchas que como San Antonio Abad tuvo que sostener con el demonio, y tambien de grandes y extraordinarios favores que recibió del cielo durante su vida en el desierto.

Más de veinte años permaneció Felix en el desierto, siendo un dechado de santidad y un pasmo de penitencia. Los hombres mundanos, los que nada ven al otro lado del sepulcro, los que no conocen más placeres que los de la sensualidad y demás que la sociedad ofrece en dorada copa, miran como un error lamentable, cambios semejantes al que efectuó Felix de Valois: pero ello es que estas almas privilegiadas cambian lo temporal por lo eterno, lo que perece entre el polvo de la tumba por lo que permanece eternamente, los goces mundanos que robàn la salud del alma y la del cuerpo por los goces celestiales é inmortales. Permaneciendo en la corte tal vez hubiera podido brillar sobre un trono. Del desierto saldrá santificado para ceñir en sus sienes una corona más preciosa que la de los monarcas, pues que Dios que tiene sus miradas fijas sobre él le sacará para que sea el libertador de un gran número de cristianos que yacen en las lóbregas mazmorras de los musulmanes. Aquel hombre que heróicamente ha huido del mundo, que vive sepultado en las soledades de Meaux, saldrá un dia del retiro y se presentará de nuevo en el mundo para llevar á cabo el pensamiento más humanitario; la redencion de una multitud de cautivos cristianos. El era el destinado por el cielo para acompañar á San Juan de Mata, en esta empresa que admirará á sus contemporáneos y á las generaciones futuras.

En el desierto donde vivia entregado al amor de Dios y á la práctica de la penitencia, es Felix encontrado por San Juan de Mata, que como ántes dijimos huia tambien del bullicio de la sociedad. Por inspiracion divina, Felix supo anticipadamente la llegada de Juan. Allí se reunieron aquellas dos almas generosas, aquellos dos corazones cortados á la medida del de Jesucristo, aquellos dos sacerdotes que eran espejos de santidad. Mútuamente se conocieron su espíritu, y cuando amigablemente se hallaban en santa conversacion, vieron pasar un ciervo entre cuyas astas aperciben la misma cruz celeste y encarnada que Juan de Mata viera sobre el pecho del ángel, el dia en que celebrara su primera misa.

Inundados de gozo quedaron los dos santos sacerdotes, aunque fue mayor la admiracion de Felix porque ignoraba de todo punto lo que aquello pudiese significar. Entónces Juan de Mata le refirió minuciosamente la vision que habia tenido en el dia de su primer sacrificio, los proyectos que habia formado, y los precedentes que el asunto habia tenido. Luego que le oyó Felix, manifestando la mayor alegría abrazó tiernamente á su compañero, y aprobando sus misericordiosos planes se une á él en sentimientos, y ambos juran emplearse en adelante en librar de sus cadenas á los cautivos cristianos, implorando la caridad pública para saciar con dinero la codicia de los mahometanos. Entónces quedó resuelta la humanitaria obra de la redencion de los cautivos.

La primera diligencia que practicaron, fue dirigirse á Roma para dar cuenta de sus propósitos al Sumo Pontífice, y recibir su bendicion. Con este objeto dejaron su amada soledad y partieron á Roma, donde fueron recibidos benignamente por Inocencio III, que ántes habia tenido revelacion de su llegada, y que habia entendido la voluntad de Dios por una vision que tuvo en el acto de celebrar misa, muy semejante á la que en igual circunstancia habia tenido San Juan de Mata, pues que se le apareció un ángel vestido de blanco con una cruz de dos colores, azul y rojo, con las manos cruzadas sobre dos cautivos. Asi pues, el Papa vistió á ambos el hábito blanco con la cruz de los dichos colores, estableciendo y fundando la órden de la Santísima Trinidad para redimir cautivos, á la cual dió despues regla propia, muy conveniente á su instituto, y á más les hizo donacion de la iglesia de Santo Tomás de Formis, con todas sus pertenencias y rentas, fundando allí un hospital para que los trinitarios asistieran á los enfermos.

La regla de los trinitarios respira el espíritu de la humildad y mortificacion evangélica. Se prescribe en ella que los religiosos reservarán la tercera parte de todos sus bienes para la redencion de cautivos: que sus iglesias serán dedicadas generalmente á la Santísima Trinidad; que en cada convento no haya más de tres sacerdotes y tres legos, además del ministro que ha de ser tambien sacerdote, y el confesor de la comunidad; que vayan vestidos de blanco con una cruz en el escapulario, para distinguirse de los demás religiosos; que no vayan en caballos sino en asnos, lo que se observaba con tanta exactitud que por espacio de mucho tiempo fueron conocidos por los frailes de los asnos. Rapidísimos fueron los progresos que hizo este nuevo instituto religioso, de tal modo que en el espacio de cuarenta años llegaron á poseer hasta seiscien-

las casas, en Francia, Italia y España, y aun al otro lado de los mares. La casa principal de la órden fue Ciervofrio, en la diócesis de Meaux, donde Juan de Mata fue á unirse con Felix de Valois, y cuyo edificio les fue concedido por Margarita, condesa de Borgoña. El superior de los conventos de trinitarios se llama ministro.

Fue el santo fundador, Juan de Mata, muy estimado del papa Inocencio III, de los reyes de Francia y de España, los cuales en diversas ocasiones le confiaron encargos y comisiones de mucha importancia, que dieron el más feliz resultado. En suma, se retiró á Roma á esperar la muerte, donde despues de haber recolectado muchas y abundantes limosnas para la redencion de los cautivos, y de haberse ocupado en la predicacion, terminó su vida en 17 de Diciembre de 1213. El año anterior, á 4 de Noviembre habia muerto San Felix de Valois. Ambos sepulcros fueron gloriosos por milagros. En elogio del sagrado órden de trinitarios, citaremos las siguientes palabras pronunciadas por el Sumo Pontífice, al darle su aprobacion: «He aquí un órden cuya aprobacion viene del cielo, pues no ha sido fabricado por los hombres sino que es obra exclusiva de Dios (1).»

Los que mostrándose hostiles á los institutos religiosos, predican la filantropía filosófica; los que ensalzan los principios humanitarios del racionalismo; los que sin saber manejar otra arma que la lengua ó cuando más la pluma, pero que no son capaces de hacer el menor sacrificio en favor de sus semejantes, aprender pueden de estos héroes admirables del catolicismo, el verdadero amor á la humanidad que no consiste en vanas teorías, sino en obras reales y verdaderas, en sacrificios que sólo han sido capaces de llevar á cabo esos hombres que las sociedades humanas llenas de ingratitud miran con prevencion, esos monacales llenos de abnegacion y de caridad que los modernos filósofos desacreditan á los ojos de la nueva generacion. Añadamos cuatro palabras de edificacion. Juan de Mata y Felix de Valois pisan las playas de Túnez, llevando en sus manos el sagrado pendon de la cruz. Saben que allí les esperan luchas sin cuento, combates terribles, pero esto nada significa para los que abrasados de amor de Dios y del prójimo sólo ansian ser sacrificados en el ejercicio de la caridad. Tal vez tengan que su-

(1) *Hic est ordo approbatus, non á Sanctis fabricatus, sed á solo Summo Deo.* Esto mismo consignó en las Bulas expedidas en favor del órden Trinitario, haciendo mencion de la revelacion antedicha, y del interior impulso que tuvo para aprobarle.

cumbir á fuerza de trabajos, pero la muerte sufrida por causa de la justicia es dulce siempre para los verdaderos siervos del Señor. Sin temor alguno, y llevando en sus manos las crecidas sumas que han recogido de limosnas para saciar la codicia de los musulmanes, penetra en los calabozos, y á su vista se presenta un cuadro verdaderamente desconsolador. Ancianos agoviados bajo el peso de los años, y aun más de las pesadas cadenas que arrastran: doncellas condenadas á pesados trabajos por la brutalidad de un señor que á pesar de sus esfuerzos no pudo triunfar de su virtud; padres que en medio de las duras faenas á que han sido destinados, suspiran y lloran al recuerdo de su patria y de los hijos de quienes viven cruelmente separados: hijos que lloran la muerte de sus padres que han visto perecer entre las cadenas y aun ultrajados sus cadáveres... Juan de Mata y Felix de Valois son los ángeles de consuelo que se presentan en medio de tantos desastres, á enjugar las lágrimas de tantos desgraciados que ven al aparecer ellos la aurora de su ansiada libertad. Ellos bajan á los calabozos á dirigir palabras de consuelo á las infortunadas víctimas del despotismo, sostienen al débil y reaniman con el hermoso bálsamo de la esperanza á los que se hallan próximos á sucumbir, llegando la caridad de estos amantes de la humanidad hasta el heroismo de ofrecerse á quedar en cautividad por el rescate de las víctimas.

Toda la elocuencia humana no basta á pintar con vivos colores el gran triunfo de la caridad. La Europa civilizada jamás habia visto un espectáculo tan consolador y edificativo. No tememos el ser desmentidos por la más rigorosa crítica si afirmamos que por los esfuerzos de estos santos religiosos la Europa alcanzó su libertad. «Ahí están, dice á este «propósito un sabio hijo de la religion Trinitaria: ahí están los monu«mentos que la caridad de Juan de Mata ha legado al mundo. Las nu«merosas casas del Orden Trinitario que fundó y que despues se multi«plicaron de un modo fabuloso (1); las maravillosas redenciones de «cautivos que por sí y por sus hijos hiciera en los paises dominados por «el mahometismo (2); los servicios sin cuento que prestó á la religion y

---

(1) Honorio III, en su Bula expedida el año 1216 (diez y ocho años despues de la fundacion del Orden de la Santísima Trinidad), expresábase en estos términos: «Cum ordo Sanctæ Trinitatis modernis temporibus inceperit, *ei quæ Dominus tantum dederit incrementum, quod á mari usque ad mare palmites suos jam extendit*, etc.» (Cherub. in Bullar).

(2) En *treinta mil* calcula un sabio escritor los cautivos rescatados por San Juan de Mata y sus hijos en el espacio de 400 años. (V. Histoire des bienfaits du Christianisme. Chap. IX. pág. 153. Paris. 1833.)

«á la humanidad desgraciada, hablan más alto en su favor que cuantos «elogios pudieran hacerse. Donde quiera podrá decirse sin temor de ser «desmentido, que Juan de Mata fue el primero á quien el cielo plugo «elegir para hacer alianza con un pueblo de predileccion; para llevar el «consuelo y la dicha á los corazones quebrantados por la más dura ser«vidumbre; para dar el primer grito de libertad cuando todo el conti«nente europeo se veia amenazado por el más fiero despotismo; para «realizar en su persona el más bello ideal de la fraternidad cristiana y «el triunfo más brillante de la civilizacion contra el principio de la es«clavitud, y para dar el primer impulso en las vias del verdadero pro«greso y de la libertad positiva fundados en la doctrina católica (1).»

Ya veremos durante el curso del siglo XIII que si fue el siglo de las herejias, porque en él se resucitaron todos los antiguos errores por nuevos enemigos de la religion de Jesucristo, Dios suscitó otros diversos varones eminentes por su santidad y sabiduría, que fueron estrellas brillantes en el cielo de la militante Jerusalen, sus columnas y más firmes sustentáculos, héroes admirables que persiguieron la maldad hasta en sus últimas trincheras, y que llevando á cabo nuevas fundaciones de institutos religiosos formaron hermosos planteles de predicadores de la verdad que contrarrestaban los esfuerzos de los apóstoles de la impiedad.

---

(3) Troncoso. *Novisima Biblioteca de Predicadores.* Serm. Panegírico para el dia de San Juan de Mata. Tomo VIII. pág. 86. (Madrid. 1862).



CAPITULO II.

Fundacion de Val-des-choux.—Val de los escolares.—Martirio de San Pedro de Parenzo.—San Homobono —Institucion de los carmelitas.—Porque reconocen por padre y fundador al Profeta Elias.—Principios de Santo Domingo de Guzman.—Martirio del legado Pedro de Castelnau.

De dos nuevas fundaciones religiosas nos dan cuenta los historiadores, pertenecientes á la misma época del Órden de la Santísima Trinidad. Es la primera la de Val-des-choux, debida á un cartujo de Louvigni, en la diócesis de Langres, llamado Viard, el cual siendo fraile lego, se sintió llamado á otro género de vida más solitaria. Habiendo obtenido el permiso de sus superiores se instaló en un desierto, distante dos leguas de Louvigni. Allí apartado del trato de las gentes vivió por espacio de muchos años entregado á la contemplacion de las cosas celestiales, hasta que al fin fue descubierto por los habitantes de los pueblos comarcanos, que hicieron llegar la noticia del anacoreta á oidos del duque de Borgoña, el cual le visitaba con mucha frecuencia por haberse aficionado al trato de un hombre tan virtuoso. Teniendo el mismo duque que entrar en un combate muy peligroso, se encomendó á las oraciones de Viard, ofreciendo que si salia con felicidad de la batalla, le edificaria un monasterio en el mismo lugar. Dios le favoreció y alcanzó una completa victoria y cumplió su promesa edificando el monasterio (1), al que acudieron algunos hombres que rompiendo los lazos que les unian con el mundo se pusieron bajo la direccion de este santo anacoreta, siendo en aquel nuevo monasterio un plantel de virtudes. Fue ya necesario que Viard diese reglas y constituciones á los que habian acudido á formar su comunidad. Acomodándose al método de los Cartujos, hizo que se formaran

(1) Alb. Chron. ann. 1198.

celdas pequeñas para que cada uno separadamente de los demás se entregase á la oracion y á la lectura espiritual (1). Despues formó las constituciones porque se habian de regir y gobernar. No quiso que tuviesen heredades ni bienes de ninguna clase, y guardaban clausura, pudiendo salir tan solamente el prior acompañado siempre de otro religioso de la casa, y esto cuando le era indispensable por los asuntos de la comunidad, ó bien para visitar alguno de los varios conventos que se fueron estableciendo despues y que estaban bajo la jurisdiccion del de Val-deschoux.

Una nueva congregacion tuvo principio en el año 1201, gobernando todavía la Iglesia el Sumo Pontífice Inocencio III, y que fue confirmada más tarde por el papa Honorio III, sucesor de aquel. De esta congregacion nos habla Berault-Bercastel, de la manera siguiente: «Habia en París cuatro profesores de teología llamados Guillermo, Everardo, Ricardo y Manasses que eran tan recomendables por su piedad como por su doctrina (2). Cierto dia, tratando de las cosas eternas, dijo Guillermo que habia visto por tres veces un árbol misterioso, cuyas ramas inmensas, extendiéndose por todas partes, daban venturoso abrigo á provincias enteras, y como los otros tres doctores afirmaron que ellos habian tenido muchas veces igual vision, despues de haber deliberado con madurez sobre el asunto con otros muchos sabios, se creyeron llamados á instituir un nuevo órden religioso. Partieron á los confines de la Champaña y de Borgoña, se metieron en un profundo valle, y se fijaron cerca de una fuente que descubrieron entre unas rocas muy ásperas y elevadas. Pertenecia este desierto al obispo de Langres, Guillermo de Joinville, el cual les cedió fácilmente una parte. En ella fabricaron desde luego unas pequeñas celdas y comenzaron á practicar la regla de San Agustin, segun los usos de San Víctor de París. Algunos años despues Federico, obispo electo de Chalons, renunció este obispado para irse á reunir con los cuatro doctores. Siguiéronles muchos estudiantes, que formaron insensiblemente la nueva congregacion y le hicieron dar el nombre de Valle de los Estudiantes. La alta consideracion de que disfrutaba en Francia la cultura de las letras, hizo que se acreditase maravillosamente el nuevo instituto (3).

---

(1) Jac. Vitr. Hist. Occ. lib. 17.
(2) Labb. Bibliot. t. 1, pág. 391.
(3) Berault-Bercastel. Lib. XXXVIII. n. 63.

Los nuevos maniqueos hacia muchos años que se venian sosteniendo en la ciudad de Orvieto no lejana de Roma. El Papa Inocencio detuvo á su lado por espacio de nueve meses al obispo de aquella ciudad, con el objeto de causarles alguna mortificacion, por haberles resistido. Esto fue causa de que aquellos herejes se envalentonasen, y aprovechándose de la ausencia del pastor, empezaron á predicar públicamente las erróneas doctrinas que profesaban y que hasta entonces habian enseñado en secreto. Llegaron á tal extremo en su audacia, que se propusieron arrojar de la ciudad á todos los católicos. Esto como es natural, causó un gran descontento en los ortodoxos los cuales acudieron al Papa Inocencio, suplicándole que les enviase un varon científico y rico en virtudes que entrare en lucha con aquellos enemigos de la fe, y pudiese acabar con aquella escuela de corrupcion. Atendió benignamente el Pontífice tan justa demanda y les envió á Pedro de Parenzo, que aunque jóven todavía resplandecia por la pureza de sus costumbres, por su claro ingenio y profunda sabiduría. La eleccion no pudo ser más acertada. Pedro de Parenzo se presentó en Orvieto, y trabajó con tanta constancia en defensa de la fe, que logró derrocar la herejía: pero aquellos hombres obcecados irritados contra el adalid de la doctrina ortodoxa le persiguieron y hasta llegaron á amenazarle con la muerte públicamente. Acercándose la Pascua, Pedro volvió á Roma para celebrarla con su familia aunque con ánimo de volver al desempeño de la honrosa mision que le habia sido confiada por el Jefe supremo de la Iglesia, pero no ignorando que se exponia á morir á manos de los herejes. Luego que llegó á Roma, presentóse al Papa Inocencio el cual le preguntó lo que habia hecho, á lo que el de Parenzo le contestó, que su conducta habia sido tal que le habia merecido el que los herejes le amenazaren públicamente con la muerte. Oido esto, el Pontífice le exhortó á la perseverancia en aquella buena obra que para gloria de Dios habia emprendido y añadió estas palabras: —«Continuad con el mayor celo en combatir por la causa de la fe y de la religion: los herejes tan solo pueden quitar la vida del cuerpo: si morís á sus manos, os aseguro en nombre de Dios y de los santos apóstoles la posesion de la Bienaventuranza.» — Alegre Pedro se volvió á su casa donde dispuso su testamento en la seguridad de que habia de sufrir el martirio y en seguida se dispuso para partir nuevamente á Orvieto, dejando en la mayor afliccion á su madre y esposa.

Apénas se vió nuevamente en aquella ciudad volvió con el mismo celo que ántes á combatir la herejía, y pedia á Dios que si habia de morir

violentamente le concediese la gracia de que fuese en defensa de la fe. Los sectarios sobornaron á uno de los domésticos de Pedro y lograron penetrar una noche en su habitacion. Arrojáronse de improviso sobre él y apretándole el cuello para que no pudiese gritar y pedir auxilio, le sacaron de su casa y le condujeron á un lugar apartado donde le propusieron que si queria salvar su vida habia de abandonar el gobierno de la ciudad y proteger en adelante su secta con el mismo celo con que la habia perseguido, obligándose á ello con juramento. Con gran valor y abnegacion y sin temor alguno á la muerte respondió que jamás haria juramento de defender la herejía y que por el contrario cada dia seria más incansable en perseguirla. Con estas palabras pronunció su sentencia de muerte. En esto habian llegado otros sectarios, y uno de ellos levantó la mano y le dió una terrible bofetada que le hizo saltar un diente y arrojar mucha sangre; siguieron los más inhumanos tratamientos y por último le asesinaron abandonando en seguida aquel lugar por temor á los católicos. El cuerpo del santo mártir fue recogido y llevado á la iglesia catedral, habiendo sido enterrado en el mismo lugar donde acostumbraba conferenciar con los ortodoxos sobre los medios que debian emplearse para vencer á los herejes.

Debemos hacer aquí mencion de otro varon de grandes virtudes de la misma época de San Pedro de Parenzo. Este fue Homobono, nacido en Cremona, ciudad principal en Lombardía, de una familia regularmente acomodada. Fue por sus padres educado cristianamente en el temor santo de Dios. Luego que fue mozo, le dedicaron al oficio de mercader que era el de su padre; y fue tan delicado en el que se hizo notable por no haber caido en ninguno de los vicios que regularmente acompañan á aquel ejercicio, pues de sus labios jamás salió sino la verdad, ni exigió nunca de persona alguna más precio que el justo. No por vocacion y si sólo por obediencia á sus padres contrajo matrimonio con una doncella, pero guardó la castidad conyugal perfectamente. Era tan caritativo y profesaba tal estimacion á los pobres, que repartia entre ellos cuanto poseia, y no esperaba á que se la pidiesen. Todo el tiempo de que podia disponer lo empleaba en enseñar la doctrina á los niños, en visitar á los enfermos, en consolar á los afligidos y en otras obras semejantes, todas del agrado de Dios. La esposa de Homobono, viendo con cuanta facilidad daba cuanto tenia, empezó á disgustarse, temiendo que de este modo les habia de faltar á ellos lo necesario para su sustento. Así pues reprendió al marido por sus larguezas llegando hasta diri-

girle injurias. Homobono que tenia el corazon en Dios no hizo el menor caso de aquellas reprensiones, y continuó por las sendas que tan gloriosamente habia empezado á andar, sin dejar de exhortar á su esposa á fin de que tuviese más confianza en la Providencia, y se hiciese por la práctica de la caridad, aceptable á los ojos del Señor, que mira como hechos á sí mismo los beneficios que dispensamos á nuestros semejantes, y que da ciento por uno.

Sucedió un dia que volviendo Homobono de la iglesia á su casa le seguian muchos pobres, y él estando su mujer ausente, les repartió con mucha alegría la mayor parte de una cesta de pan que le habia traido: á la noche, á la hora de la cena se hallaron en el arca tantos panes cuantos eran los que habia dado, pero mucho más blancos y más sabrosos, lo que causó gran espanto en su mujer, y él le encargó que á nadie dijese una palabra acerca de aquel suceso.

Fue Homobono muy dado á la oracion en la cual empleaba muchas horas del dia y de la noche. El sacerdote Oberto le abria cada noche la puerta de la iglesia de San Gil, su parroquia, donde concurria á los oficios nocturnos, y despues que se terminaba permanecia postrado delante de un crucifijo todo el resto de la noche, hasta que se celebraba la primera misa que oia con la más profunda devocion. Concedióle el Señor el don de milagros, y en especial la gracia de curar la ceguera de los sectarios obstinados á quienes la elocuencia de los hombres más doctos no habia podido reducir. En suma, una noche se fue segun su costumbre á maitines, en completa salud, y despues que se hubieron acabado se puso en oracion de rodillas, permaneciendo de este modo hasta la hora de la misa, y al tiempo que el sacerdote entonaba el *Gloria in excelsis*, extendió sus brazos en forma de cruz, y dió su espíritu al Criador sin enfermedad de ninguna clase, el dia 13 de Noviembre. Cuando se esparció la noticia de la muerte del santo, concurrió una multitud de gentes de diferentes partes para verle y tocarle, pues que se habia extendido mucho la fama de su santidad. En la misma iglesia de San Gil fue enterrado, y Dios hizo por él muchos milagros, en virtud de los cuales el papa Inocencio III le canonizó y puso en el *Catálogo de los santos*, al año de su feliz y dichosa muerte. En 1346 se abrió su sepulcro, y el Señor obró por él nuevos milagros, y al año siguiente de 1357 en 25 de Junio, fue trasladado su cuerpo á la iglesia mayor, y se colocó en una urna de mármol donde hasta el presente se conserva. De la vida de este santo confesor hacen mencion varios escritores, entre ellos

el cardenal Baronio en sus *Anotaciones*, y Pedro de Natalibus, libro X, cap. 56. Tambien se encuentra en el *Martirologio romano*. En la villa y corte de Madrid, y en su iglesia de Montserrat, existe una hermandad de San Homobono, compuesta de mercaderes y maestros sastres que le reconocen como patron.

Una nueva familia religiosa, aunque de un origen antiquísimo empezó á principios del siglo XIII á resplandecer en la iglesia de Dios. Era una familia llamada á producir una generacion de héroes que habian de admirar al mundo por sus virtudes y que habian de ser de gran utilidad al comun de los hombres.

Nos referimos á la institucion de los carmelitas. Existian en el Monte Carmelo varios anacoretas que reconocian al profeta Elías por fundador de ellos, porque como es sabido por las Sagradas Escrituras, aquel gran Profeta del Señor que tanto resplandeció por su espíritu y prodigios y que fue el que hizo temblar al rey Acab, habia escogido el mismo Monte Carmelo por lugar de su retiro y allí vivió hasta su traslacion al paraiso formando con su discípulo Eliseo y otros varones santos que despues se agregaron, una comunidad religiosa que vino á ser conocida con el nombre de los *hijos del profeta*, y en aquella altura practicando una vida de oracion y recogimiento, veneraban al Cristo que habia de venir para salvar á la humanidad y á la Vírgen anunciada por Isaias, que le habia de concebir y dar á luz en tiempo. Créese que no faltaron despues nunca anacoretas en aquel lugar que iban heredando el espíritu de Elías, que duplicado habia sido concedido á su discípulo Eliseo. Continuaron despues de establecida la ley de gracia y un tal Bertoldo formó en comunidad á estos anacoretas; y Brocardo superior de estos ermitaños en el año 1205 ó como prueba Papebroquio en 1209 encargó al patriarca Alberto que escribiese la regla por la cual habrian de regirse en adelante.

San Alberto, patriarca de Jerusalen y autor como decimos de la regla de los Carmelitas, habia nacido en Castro-di-Gualteri, en la diócesis de Parma, de una noble familia italiana. Dedicado en su juventud á los estudios, adquirió gran reputacion por sus profundos conocimientos en leyes civiles y canónicas, y deseando entregarse al servicio de Dios, tomó el hábito de canónigo regular en el monasterio de Mortura, en el Milanesado, y no obstante ser aun muy jóven, atendidas sus virtudes, su sabiduría y las demás bellas prendas que le adornaban, fue elegido al poco tiempo de su profesion prior, y despues obispo de Bobio. Mientras él, impulsado por su profunda humildad trabajaba por declinar el

honor del episcopado, quedó vacante la silla de Vercelli, y esta ciudad le aclamó, teniendo la dicha de verle ocupar su cátedra episcopal. Por espacio de una serie muy dilatada de años, ocupó aquella silla (cerca de noventa) y durante ellos se ocupó con el mayor celo en procurar el bien de sus diocesanos, habiendo elevado su iglesia al mayor grado de esplendor. El emperador Federico I le profesó una gran veneracion, y su sucesor Enrique VI le creó príncipe del imperio, concediendo muchos privilegios y franquicias á su iglesia. El Sumo Pontífice reconociendo su sabiduría y su prudencia, le confió en diversas ocasiones las más árduas y delicadas comisiones que desempeñó con el mayor celo.

Como hubiese muerto en el año 1204 Monacho, undécimo patriarca latino de Jerusalen, los cristianos de Palestina que deseaban por sucesor de aquel una persona de consumada prudencia, que pudiese servirles de consuelo en la triste condicion en que se hallaban, movidos de la gran reputacion que disfrutaba Alberto, le solicitaron con grandes instancias para que ocupase la Silla vacante. Mucho se alegró el papa Inocencio III de que todos hubiesen fijado su mirada en aquel varon de tan excelentes cualidades, y llamándole á Roma confirmó la eleccion y le dió el pálio. El santo obedeció muy gustoso, porque esta dignidad no proporcionaba entónces más que disgustos y sinsabores, y aun alguna esperanza de martirio. Jerusalen se hallaba por aquella época en poder de los sarracenos, y así el patriarca que se embarcó en un bajel genovés en el año 1206, desembarcó en Acon, en cuya ciudad residió. Entregado continuamente á la práctica de las obras de piedad y de mortificacion, y al ejercicio de la oracion, y siendo al mismo tiempo de un carácter dulce y agradable, se granjeó el respeto y la veneracion no solamente de los cristianos, sino aun de los mismos infieles que se edificaban al observar las virtudes del santo patriarca, y el espíritu de caridad que le distinguia.

Siendo pues patriarca de Jerusalen, escribió, como ántes dijimos, la regla de los Carmelitas, siendo por lo tanto su legislador. Era el año 1209, segun prueba Papebroquio, cuando San Alberto escribió la regla de los Carmelitas. En esta regla se les previene que dia y noche estén en sus celdas entregados al ejercicio de la oracion, guardando silencio á imitacion de los antiguos solitarios (1). Deben ayunar desde la fiesta de la Exaltacion de la Cruz hasta la Páscua, á excepcion de los domingos y

(1) Boll. tom. 9, Pág. 778.

guardar perpétua abstinencia de carne. A esta regla se han hecho varias adiciones, habiéndose introducido muchas mitigaciones por los comisarios nombrados en 1246 por el papa Inocencio IV. Los Carmelitas, conocidos con el nombre de frailes blancos, no llevaron escapulario hasta el tiempo de San Simon Stock, en el año 1285, y tres años despues empezaron á usar manto y capilla. Ya veremos en el siglo XVI á la ilustre española Santa Teresa de Jesus llevar á cabo la reforma de esta órden ilustre, fundando la descalzés en su primitivo espíritu.

Hemos ya de ocuparnos de los principios de un ilustre español, varon santísimo, instituidor y propagador por revelacion de la Vírgen María, de la hermosa devocion del Santo Rosario. Santo Domingo de Guzman, padre y patriarca de la Sagrada órden de Predicadores, cuyo nacimiento se habia verificado en Castilla, en la diócesis de Osma, y pueblo llamado Caleruega en el año 1170. Fueron sus padres D. Felix de Guzman, y D.ª Juana de Aza, á la que la Iglesia ha elevado al honor de los altares, pues fue beatificada por Su Santidad el papa Leon XII, en 27 de Setiembre de 1828, siendo muy notable el que ya ántes de esta beatificacion y desde el tiempo de su gloriosa muerte, habia sido venerada con culto público en Aza, Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en otras muchas ciudades y pueblos. No nos detendremos en hablar de la fe, de la caridad, de la humildad, de las virtudes todas y milagros de la Beata Juana, ni de su esmero en la educacion de su hijo Domingo, pues para formar el debido concepto basta aplicar la regla que nos dejó San Ambrosio: «El mérito de los padres se ha de apreciar por la instruccion y disciplina de los hijos (1).» Dócil aquella mujer insigne á la enseñanza católica, y muy aplicada á la ciencia de la salvacion, encontró la verdadera gloria, aquella que segun el orador romano se arraiga y se propaga; porque todo lo que es fingido, fácil y prontamente se destruye, y no puede engañar ni durar mucho lo que es falso (2): esta es la gloria que sola y exclusivamente se adquiere en el seno de la Iglesia católica.

Fue Santo Domingo de Guzman el menor de tres hijos que tuvo aquel feliz matrimonio, que más resplandeció por las virtudes que por la nobleza de su orígen, pues que entre aquella familia habíanse verificado

---

(1) Unusquisque in filiis suis estimatur, si bene filios suos instruit, et disciplinis erudivit. Siquidem ad negligentiam patrum, refertur disolutio filiorum. S. Ambr. in Glos.

(2) Vera gloria radices agit, atque etiam propagatur: ficta omnia celeriter tanquam flosculi decidunt, nec simulatum potest quidquam esse diuturnum. Cic. lib 2 de Officiis.

varios enlaces con príncipes y soberanos de Castilla y de Portugal, por lo que nuestros augustos monarcas se glorian en llamarse parientes de la Beata Juana de Aza y del inclito patriarca Santo Domingo de Guzman.

Hallándose preñada D.ª Juana y en ocasion en que oraba fervorosamente en el monasterio de Santo Domingo de Silos, se le apareció el santo abad en su propia forma y hábito, manifestándole que Dios le concederia un hijo de raros talentos y virtudes, conviniendo todos los autores en que el gran Patriarca de los Predicadores fue llamado Domingo, en prueba y testimonio de gratitud al santo Abad de Silos. Ántes de que se verificase el nacimiento de Domingo, su madre tuvo en sueños otra vision. Parecíale que tenia en su vientre un cachorrillo, el cual con una hacha ardiendo en la boca alumbraba todo el mundo (1). Todos estos favorables antecedentes, ni la estrella luminosa que adorna en el bautismo la frente del hijo de D.ª Juana, manifiesta tanto, el don admirable que Dios por medio de ella hace á su Iglesia, como la profecia con que el Espíritu Santo le anuncia y hace reconocer reformador de la Iglesia, apénas ha empezado la carrera de su vida. Dicen tambien los historiadores de Santo Domingo, que estando en la cuna se vió un enjambre de abejas que volaban sobre su boca, como se escribe así mismo de San Ambrosio, como para manifestar la dulzura de su palabra.

Bien jóven fue Domingo aplicado por sus padres al estudio de las ciencias, dándole los maestros más sabios y que gozaban de la más justa reputacion. Grandes fueron sus adelantos, pues que Dios le habia concedido excelente ingenio y talento extraordinario, pero fue aun mayor su aprovechamiento en la ciencia de las virtudes, á la que se aplicó con el mayor esmero, siendo muy dado á la mortificacion, y resplandeciendo de tal manera por su caridad, que llegó hasta vender sus libros por socorrer á los pobres. Fue dotado de una perpétua é inviolable castidad, que conservó sin la más leve mancha todo el tiempo de su vida, habiendo tenido siempre el mayor cuidado en evitar la ociosidad, el trato y comunicacion con las mujeres y la destemplanza en la comida, que son los tres enemigos de la castidad.

Ocupaba la Silla episcopal de Osma D. Diego de Azebes, varon de gran santidad y doctrina, el cual celosísimo por su Iglesia, habia lleva-

---

(1) Véase el compendio de la vida de la Beata Juana. De esta vision hablan además de los autores allí citados, el P. Fr. Sebastian de Bergara, cap. 17, pág. 110, y el P. Mtro. Castro, lib. 2, pág. 251.

do adelante una importante reforma, cual fue la de hacer reglares á los canónigos que hasta entónces habian sido seculares. Para estos canonicatos buscaba varones á propósito de mucha virtud y de ciencia, y como ya Santo Domingo resplandecia no sólo por sus virtudes, sino tambien por su grande erudicion, consiguió traerlo á su iglesia, haciéndole canónigo reglar. Aceptó Santo Domingo por obediencia al Prelado, y fue en aquella dignidad el modelo y ejemplo de sus compañeros, mostrándose muy humilde con todos, pero muy celoso y grave en reprender los vicios, y dar los más saludables consejos. Pocos años pasaron y se trasladó nuevamente á Palencia, donde se hallaba cuando el obispo de Osma le nombró canónigo reglar de su catedral. Entónces y habiendo entrado en los treinta años de edad, empezó á predicar el Evangelio, imitando en esto á Jesucristo que siendo la sabiduría del Padre, hasta los treinta años guardó un maravilloso silencio. Por espacio de dos años, esto es, desde el 1200 hasta el 1202, se ocupó en predicar por Palencia, Osma y los lugares comarcanos, consiguiendo los más ópimos y saludables frutos. Sin embargo, entre los sectarios de Languedoc, no fructificó la semilla de su predicacion. El conde de Tolosa se habia hecho protector de los albigenses, por más que no profesase abiertamente la doctrina de esta secta, pues que exteriormente manifestaba ser católico, aunque en realidad no habia, dice Berault, albigense alguno que le superase en impiedad.

Perseguia á los herejes sin tregua ni descanso el legado Pedro de Castelnau, por cuya razon el conde de Tolosa concibió contra él un odio implacable; pero se vió en la precision de disimularlo, pues que el legado habia formado una especie de confederacion para la defensa de la fe católica, en la que entró toda la nobleza de Tolosa, que dependia del conde, el cual tambien se unió á ella por temor á la excomunion que hubiese podido lanzarse contra él. Esto no obstante, el pérfido conde faltaba á sus juramentos apénas tenia ocasion para ello, y seguia protegiendo y favoreciendo á los herejes albigenses. Sin temor alguno el legado se presentó al príncipe y le dió en rostro con su mala fe y sus perjurios. No perdonó el conde aquella libertad, y aunque aparentó humildad, determinó vengarse de un modo el más terrible.

Propuso el conde una conferencia en San Gil de Provenza, y allí se dirigió al legado, aunque bien persuadido de que nada habia de adelantar y no ageno á que se hallaba en peligro de ser sacrificado por la causa de Jesucristo, lo que le llenaba de consuelo. El abad y los magis-

trados de San Gil, á quienes no se ocultaba el proyecto de venganza concebido por el conde, condujeron al legado Pedro y al otro legado que le acompañaba con una buena escolta, hasta las orillas del Ródano. Al dia siguiente por la mañana despues que los legados hubieron celebrado el sacrificio de la Misa, un desconocido se acercó á Pedro de Castelnau y le dió una lanzada por debajo de las costillas. Pedro cayendo en tierra le miró, y le dijo: *Dios quiera perdonarte como yo te perdono*, lo que repitió muchas veces con un aumento siempre nuevo de caridad y piedad, hasta que espiró (1). Tuvo lugar este martirio el año 1208. Fiel imitador de Jesucristo, rogó en su agonía por el mismo que le habia arrebatado la vida.

(1) Berault-Bercastel. Lib. XXXIX, n. 8.



CAPITULO III.

Narracion histórica de la vida de San Francisco de Asis.

El siglo XIII cuya historia venimos reseñando pertenece todavía á la época llamada *Edad Media*, que nos presenta un notable contraste entre el talento y la ignorancia, el lujo y la pobreza evangélica, la vanidad mundana y la humildad verdaderamente religiosa. ¡Qué admirables son los planes de la Providencia! Para combatir á los herejes albigenses y hacer triunfar la verdad evangélica combatiendo con el arma prodigiosa del Santísimo Rosario, suscitó el Señor al inclito español Santo Domingo de Guzman, de cuyos principios nos hemos ocupado y cuyos trabajos apostólicos veremos más adelante. Mas si el deseo de los bienes terrenos, el amor desordenado á las riquezas se hallaba arraigado en la mayor parte de los corazones, aparece otro héroe cuya mision es el desempeño del apostolado de la pobreza evangélica. Este fue el gran San Francisco de Asis, padre y fundador de los Menores.

Domingo de Guzman y Francisco de Asis fueron dos hombres de nacion, categoría y estado diferentes, pero animados de un mismo espíritu.

El uno habia nacido allende los Alpes; el otro aquende los Pirineos. Aquel era plebeyo, rudo y lego: este sacerdote, de ilustre cuna, y de gran ilustracion.

Más tarde se encontrarán estas dos almas grandes y generosas bajo los pórticos de la Basílica Vaticana, y sin que jamás se hayan visto ántes, se saludarán por sus nombres, penetrarán mútuamente sus intenciones y se unirán en estrecho abrazo.

Daremos á conocer los principios de San Francisco de Asis, como lo hemos hecho con Santo Domingo.

En Asis, ciudad de la Umbria en Italia, nació el seráfico Francisco en

el año del Señor de 1182. Un mercader llamado Pedro Bernardote y la esposa de este llamada Picha, mujer muy recogida y devota fueron los dichosos progenitores de nuestro santo.

Quiso Jesucristo que el que habia de ser un fiel observador no solamente de los preceptos sino tambien de los consejos evangélicos, le fuese semejante en la humildad de su nacimiento. Hallábase su madre próxima á darle á luz y tenia un parto muy dificultoso, de suerte que se hallaba en gran peligro. Un pobre peregrino llega en tal ocasion á su puerta y despues de pedir una limosna, dice que llevasen á aquella mujer que estaba de parto sin poder salir de este trance, á un establo y que luego al punto pariria. Así pues lo hicieron y conforme llegó á un establo que estaba á las inmediaciones de la casa, dió á luz un hijo con la mayor facilidad.

Este hijo que en el bautismo recibió el nombre de Juan, lo cambió en la confirmacion por el de Francisco. Dióle su padre la instruccion necesaria para el comercio, al que se dedicó en su juventud al lado de aquel. Inclinado á los placeres, no dió sin embargo rienda suelta á sus apetitos, y si bien era gracioso en sus dichos, galante con las damas y algo amigo á la vanidad mundana, lo que le hacia atender con sobrado cuidado al adorno de sus vestidos, no entró en el camino de la disolucion, siendo desde muy jóven compasivo para con los menesterosos, de tal suerte, que encontraba un placer en depositar en manos de los pobres lo que pudiera gastar en diversiones y pasatiempos. Un dia en que se hallaba entregado á una ocupacion de su oficio, llegó á él un pobre á pedirle limosna y se la negó. El pobre se retiró. Sintió en el momento un gran remordimiento por aquella falta de caridad, y corriendo tras el pobre le alcanzó y socorrió con generosidad, haciendo entónces voto de no negar limosna en adelante en cuanto le fuese posible á ningun pobre que se la pidiese.

Era Francisco muy afable, paciente y bondadoso. Habia en aquel tiempo en la ciudad de Asis un hombre muy simple, pero el cual, puede creerse que por inspiracion de Dios, cuando le encontraba se quitaba la capa y la echaba en tierra para que pasase por encima, y decia que aquel niño era digno de la mayor reverencia y que con el tiempo habia de hacer cosas extraordinarias. Francisco entónces se reia de aquella simplicidad, pero el tiempo se encargó de demostrar la verdad que encerraban sus palabras.

Una enfermedad le tuvo por algun tiempo postrado en la cama, y

este trabajo contribuyó poderosamente á que fijara sus plantas en la hermosa senda de la perfeccion evangélica. Luego que hubo convalecido, salió un dia de su casa bien vestido, y como se encontrase un hombre de noble linaje, pero pobre y mal vestido, sintióse movido á compasion y quitándose su ropa, la trocó con la del pobre. El espíritu de Francisco se enfervorizaba por momentos. Otro dia yendo á caballo por un camino, se encontró con un leproso tan desfigurado y asqueroso, que su aspecto le obligó á volver la cara: pero en seguida para vencer esta primera repugnancia, saltó del caballo, y besando al leproso le dió limosna. Despues volvió á montar y por más que miró por todas partes no volvió á ver al leproso en toda la llanura. Algunos autores creen que el mismo Jesucristo fue el objeto de su caridad, como en otro tiempo la de San Martin, y más tarde la de San Juan de Dios. Es muy posible que así fuese.

Predestinado estaba Francisco, para ser un espejo de virtudes, y el capitan de una milicia espiritual que habia de dar mucha gloria á la Iglesia y no poca utilidad á los Estados. Una vision le preparó para este sublime destino. La noche siguiente á aquella en la que trocó su vestido con el del pobre, le mostró Dios un palacio muy grande y hermoso en el que habia gran número de armas que tenian la señal de la cruz, y como no supiese lo que aquella vision significaba, preguntólo, y oyó una voz que le dijo: Que aquellas armas eran de él y de sus soldados si tomasen la señal de la cruz y con esfuerzo la siguiesen. Mas como quiera que él no estuviese ejercitado en las cosas espirituales, entendió la vision materialmente y al dia siguiente se dirigió al reino de Nápoles para militar bajo la bandera de un conde poderoso y llegar de este modo á mandar muchos soldados consiguiendo honores y riquezas.

No era aquel su destino. En el camino tuvo aviso del Señor de volverse á su tierra y se le explicó que aquella vision se habia de cumplir en él y en sus soldados espiritualmente, no siendo justo que dejara al Señor del cielo y de la tierra por servir al hombre mortal.

Francisco se vuelve á su pais, y en vano será ya que el error procure trastornar su inteligencia, ni el vicio apoderarse de su alma. La Providencia vela por él y la gracia no le abandonará un sólo momento: todos los esfuerzos del infierno serán insuficientes para hacerle acercar á sus labios la copa de la prostituta Babilonia.

Cual otro Saulo tiene por maestro á Jesucristo crucificado: á sus piés y en fervorosa oracion se fortifica su espíritu y adquiere el valor necesa-

rio para correr por el camino de la perfeccion evangélica á despecho de cuantos obstáculos pueda el mundo presentarle, y aun del cariño mal entendido de sus padres. Un dia, en ocasion en que su corazon se hallaba elevado á Dios en la iglesia de San Damian, extramuros de Asis, delante de un crucifijo, éste le habló de esta manera: «Francisco, ve y repara mi casa, pues como ves se está cayendo.» Quedó el santo asombrado y como fuera de sí, y viendo que aquella iglesia de San Damian era muy antigua y se hallaba en estado de próxima ruina, entendió que aquella voz le mandaba atender á la reparacion de aquel templo material, y yendo á su casa tomó una buena cantidad de paños los que llevó á la ciudad de Foligni, donde los vendió. En seguida se volvió á la iglesia de San Damian, dió el precio y todo el dinero que llevaba á un sacerdote que estaba al cuidado de la misma, rogándole que le tomase para la reparacion de aquel templo, y que le permitiese permanecer allí por algunos dias. A lo segundo accedió con buena voluntad el piadoso sacerdote, pero no á recibir el dinero, conociendo que su padre no lo habia de llevar á bien: pero el santo lo dejó antes de partir.

Cuando el padre de Francisco tuvo conocimiento de lo que acabamos de referir, le castigó terriblemente, y yendo á San Damian recobró sin dificultad alguna el dinero: despues arrastrándole ante el obispo de Asis, solicita su inhabilitacion. Pero él cuyo corazon se halla abrasado en el fuego del amor divino, renuncia solemnemente los más sagrados derechos de la naturaleza, y se despoja del traje que cubre sus miembros hasta de la camisa, entregándolo todo á su padre, y rebosando en júbilo celestial, exclama: «Hasta aquí te llamé padre en la tierra, de aquí adelante diré tan solamente: Padre nuestro que estás en los cielos, en quien he puesto todo mi tesoro y esperanza.» El Prelado no puede ménos de maravillarse al presenciar tan heróica resolucion, y derramando lágrimas de ternura hizo traer una capa, la cual cortó el santo jóven en forma de cruz, y cubriéndose con aquella especie de hábito, salió de la ciudad con tanto regocijo como el general que ha ganado una batalla, sin ambicionar otra gloria ni aspirar á más riquezas que á ganar almas para Jesucristo. Desde luego empieza á experimentar trabajos, cuales son consiguientes á todo el que dirige sus pasos por el camino de la Cruz y de la mortificacion. Dirigiéndose á una selva entonando cánticos al Señor, salen á él unos salteadores de camino, los cuales le preguntan quien es. Francisco sin temor alguno, lleno de confianza y espíritu profético, les responde: «Soy pregonero del gran Rey.» Aquellos hom-

bres desalmados que nada podian quitarle, porque nada poseia, le maltrataron cruelmente y despues le arrojaron en un hoyo que estaba alli cerca lleno de nieve. Los ladrones siguieron su camino y el santo jóven quedó bendiciendo á Dios porque le habia regalado con este trabajo. Llegado que hubo á la ciudad de Augubio, fue conocido por uno de sus antiguos amigos, el que le dió un vestido cumplido, pobre y honesto, que llevó por espacio de cinco años, ceñido con un cinto y un cayado en su mano como un ermitaño.

Jóven es todavía Francisco, pues cuenta tan solamente veinte y cinco años. En la edad pues, en que más lisonjean las pasiones, cuando los jóvenes corren en busca de deleites y distracciones, cuando se va despertando la ambicion y el deseo de figurar, Francisco es visto tan solamente en los hospitales cuidando á los enfermos, y prodigando mayor esmero con los más asquerosos: el mundo que no conoce el espíritu de Dios, y que como dice el gran Bossuet, hace mofa de lo que no comprende, se burla de aquel jóven diferente de los demás: un populacho bárbaro corre tras él, le apedrea y le arroja lodo, miéntras él devora con sublime resignacion y santa alegría tan gran número de humillaciones. Por la gran victoria que alcanzó de si mismo, por su gran caridad para con los pobres, mereció que el Señor le concediese la singular gracia de curar toda clase de enfermedades así corporales como espirituales. Ejemplo de esto es el siguiente caso que refieren los historiadores de su vida: «Habia un hombre en el condado de Espoleto que tenia «una enfermedad horrible é incurable, y se le iba carcomiendo la boca «y las mejillas sin remedio: y viniendo de Roma de visitar la iglesia de «San Pedro, se encontró con San Francisco, y echóse á sus piés para «besárselos, y el santo por su humildad no lo consintió, ántes se llegó «á él y con extraña devocion y ternura le besó la boca encancerada y «podrida, y luego quedó sano el pobre de aquella enfermedad tan in«curable.»

Son admirables ciertamente los efectos que causa la gracia del Señor en aquellas criaturas que saben corresponder á sus primeras insinuaciones. Francisco que ya habia sufrido grandes injurias y desprecios, creyó que en ninguna otra parte podria encontrar más motivos de humillacion que en su patria, y como se habia propuesto vivir crucificado con Cristo, se volvió á Asis. El jóven ántes elegante que habia llamado la atencion por sus bellos modales, por su carácter jovial, por su amabilidad en el trato, se presenta ahora cual un mendigo, cubierto con una po-

bre y miserable túnica, y extiende su mano á los transeuntes pidiendo una limosna por amor de Dios. Entónces siendo tan pobre quiso llevar á cabo lo que no habia podido efectuar siendo rico. Su vista se fijó en la iglesia de San Damian cada dia más deteriorada. Nada poseia, y sin embargo, llevando piedras sobre sus hombros, trabajando el mismo y ayudándole otros que se movieron con su ejemplo, logró el objeto de sus deseos que no eran otros que reparar aquella antigua iglesia, creyendo que con esto obedecia la voz misteriosa que habia oido. Con auxilio de las muchas limosnas que recogió, la iglesia quedó completamente reedificada. Lo mismo hizo con otra iglesia de San Pedro, á cuyo santo apóstol profesaba muy tierna devocion.

A través de estas piadosas ocupaciones bullia en su mente un proyecto verdaderamente gigantesco, formaba un plan vastísimo que tenia por objeto la gloria de Dios y la utilidad de sus semejantes. Sobreponiéndose á las ideas de una época esencialmente carnal y en gran parte materialista, se propone arrancar del corazon humano las preocupaciones que tanto se habian arraigado. Dios habia elegido á Francisco, ese hombre despreciable segun el espíritu del mundo para que llevase á cabo una obra colosal que hubiese asustado seguramente á otros genios. Pero el mismo Espíritu Santo, dice, que Dios elige cuando es su voluntad las cosas flacas y humildes del mundo para confundir las fuertes. Así Francisco, desheredado de los bienes que le pertenecian, hecho el objeto del ludibrio de un mundo loco é insensato, despreciado por los que fijando la atencion en las cosas terrenas nada ven al otro lado de la tumba, se propone contrarestar el espíritu del siglo, las preocupaciones de la época en que vive, y llevar á cabo una fundacion, que será un rico plantel de sabios y de santos.

Esta mision sublime necesita una digna preparacion. Francisco madura su plan en el retiro, entregado al ejercicio de la oracion y practicando las más ásperas penitencias. Para esto escoge una iglesia de Nuestra Señora de los Angeles en el sitio llamado de la Porciúncula, la cual reparó á costa de grandes trabajos. En este lugar sagrado escucha la voz del cielo que le dice: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, distribúyelo á los pobres y ven en pos de Mí.» Este gran consejo evangélico ha sido ya observado por Francisco: nada tiene, nada posee más que caridad, y nada le importa cuanto existe en el mundo que él mira como con el mayor desapego cual otro Pablo por ganar á Jesucristo. Siendo así, ¿qué le resta hacer? ¿Cuáles son sus ideas? ¿Cuáles los

planes que ha formado? No son otros sino popularizar los consejos evangélicos, y hacer que otras muchas almas sigan las hermosas sendas que él ha emprendido con tanta gloria, formando una nueva generacion de héroes que tengan por divisa: «No lleveis oro ni plata, ni saco, ni sandalias, ni alforja, ni dos túnicas, ni báculo en vuestros viajes.» Esto es lo que oye cantar en la Iglesia de San Damian, y tales consejos que dirigiera Jesucristo á sus Apóstoles al encomendarles la sublime mision de predicar el Evangelio á todas las gentes, se graban profundamente en el corazon de Francisco, que lleno de regocijo y abrasado su corazon en el amor divino no puede menos de exclamar: «Esta es mi regla.» Alumbrado por luz celestial se despoja en el momento de lo poco que ya posee, se descalza, deja el báculo, y cubierto con una muy pobre túnica comenzó á practicar una vida verdaderamente apostólica, tomando para sí las palabras que habia oido del Evangelio como si un ángel se las hubiese traido.

De este modo dió principio á su predicacion, recorriendo diversas ciudades de Italia en las que con dulces y graves palabras exhortaba á todos á penitencia, penetrando hasta el fondo de los corazones al anunciar el juicio, y la necesidad de hacer penitencia. Al empezar sus sermones, saludaba al pueblo diciendo: *Dominus det vobis pacem.* ¿Y cuáles fueron los frutos de estos sus primeros trabajos apostólicos? Asis, Ancona, Emilia, el valle de Espoleto, primeros teatros de sus grandes triunfos, oyeron con atencion las palabras de este pregonero del Evangelio, y una multitud de pecadores corrieron á lavarse en las saludables aguas de la penitencia. Francisco habla, y su palabra produce los más felices resultados. Bandidos que dando de mano á sus criminales ocupaciones se postran en su presencia vertiendo un torrente de amargas lágrimas: Magdalenas que aterrorizadas de sí mismas se despojan de sus mundanales galas y de aquellos ficticios adornos que formaban las redes de la inocencia, dirigiendo ya sus pasos por las sendas de la justicia: Jaqueos injustos que voluntariamente restituyen lo que malamente habian adquirido para tranquilizar de este modo su conciencia, hechos son que nos demuestran suficientemente el fruto de su Apostolado.

Únense á Francisco diez y seis compañeros dispuestos á tronar contra la corrupcion y disipacion del mundo, y á protestar contra todas aquellas máximas que no son conformes á la enseñanza evangélica, y á trabajar con incansable celo por la salvacion de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

Tales fueron los principios de ese órden ilustre que ha edificado y edifica al mundo por su pobreza, por su humildad, por su celo en la predicacion del Evangelio, y que ha producido tan gran multitud de santos mártires y confesores. Cuando Francisco vió que se iba aumentando el número de sus hijos, pues que muchos eran los que se agregaban para seguir el camino por él emprendido, escribió su regla, sacándolo todo del Evangelio, y añadiendo algunas cosas que creyó convenientes para la uniformidad en la manera de vivir. Faltaba aun ántes de edificar conventos una cosa indispensable que era la aprobacion del Sumo Pontífice, y así Francisco y sus compañeros partieron á Roma con el objeto de postrarse á los piés del papa Inocencio III y presentarle la regla. En el camino tuvo el santo una revelacion en la cual le consoló el Señor dándole esperanza de que seria bien recibido y despachado por el papa Inocencio. Dejemos ahora á esta nueva milicia dirigirse á la ciudad eterna. Ya volveremos á encontrar á Francisco y á Domingo de Guzman en los pórticos del Vaticano y completaremos la historia de estos dos héroes admirables de la religion. Ocupémonos entre tanto de otros asuntos.



CAPITULO IV.

El papa Inocencio excita á los príncipes y á los pueblos contra los sectarios albigenses. —Hechos de los cruzados en Languedoc.—Simon de Monfort, jefe de los Crusados. —Deposicion de Juan Sin-Tierra.—Asesinato del príncipe Artús.—Sumision de Juan Sin-Tierra.—Embajada en Marruecos.

Grande afliccion causó al papa Inocencio III la iniquidad cometida en la persona del legado Pedro de Castelnau, de cuyo celo y martirio nos ocupamos en el capítulo segundo. Así pues, escribió con mucha energía á todos los señores y caballeros de las provincias de Narbona, Arlés, Aix, Embrum y Viena. Refiere minuciosamente el hecho y da al difunto el título de mártir, porque en efecto habia derramado su sangre en defensa de la fe. Encarga á los arzobispos y á sus sufragáneos que publiquen la excomunion contra los asesinos y todos sus cómplices y encubridores, y nuevamente condena al conde de Tolosa, suponiéndole con mucha razon y fundamento, culpable de esta muerte. A mas el Santo Padre usando de una autoridad reconocida entónces y por nadie combatida, absolvió del juramento de fidelidad á todos aquellos que la hubiesen prometido al conde Raimundo, añadiendo que es lícito y permitido á todo católico así perseguir su persona como apoderarse de sus Estados, y exhorta por último á la nobleza de aquellas provincias á trabajar por la extirpacion de la herejía. Tambien escribió el Sumo Pontífice al rey Felipe Augusto, excitándole á que fuese en persona á reprimir al dicho conde, enemigo tan peligroso de la Iglesia, ó que por lo ménos si graves asuntos no se lo permitian, que enviase á su hijo Luis. No podia el rey Felipe Augusto abandonar sus Estados ni permitir que los abandonase su hijo, por temor de que el rey de Inglaterra con quien no corria en buenas relaciones, tratase de penetrar en ellos y de asolarlos. Así lo manifestó al Papa, pero deseando contribuir al triunfo de la fe y

á la extirpacion de la herejía, permitió á sus barones ir á aquella expedicion. El Papa por su parte, escribió tambien á los barones y señores concediendo muchas indulgencias á los que se alistasen en la nueva cruzada que tenia por objeto combatir á los sectarios narbonenses. Un gran número de hombres tomaron las armas y la cruz que colocaron en su pecho para distinguirse de los cruzados de Levante, que la llevaban sobre el hombro. El conde Raimundo, protector hasta entónces de la herejía, segun ántes hemos manifestado, se atemorizó en gran manera al tener noticias de tales armamentos, y se cruzó tambien para perseguir á los sectarios que habia siempre amparado y favorecido.

El papa Inocencio para reemplazar al mártir Pedro de Castelnau y á Rodulfo su colega en la legacia, que habia fallecido, nombró otros dos nuevos legados que fueron, Milon, clérigo de la Iglesia romana, y el doctor Teodosio, canónigo de Génova. Ambos se dirigieron por la parte de Lyon con el objeto de encontrarse con los cruzados que de todos los puntos de la Francia se habian juntado para perseguir á los sectarios. El conde Raimundo se hizo absolver por los legados en el mismo sitio donde se hallaba enterrado el bienaventurado Pedro de Castelnau, jurando sobre el Cuerpo de Jesucristo que observaria con la mayor puntualidad las órdenes del Papa, encaminadas á la paz de la Iglesia y á la expulsion de los sectarios, y jamás les daria su proteccion. Para más seguridad de sus promesas les entregó siete castillos de sus Estados, consintiendo en su confiscacion sino observaba lo que acababa de prometer con juramento. Despues de esto fue él mismo en busca de los cruzados á los que renovó sus promesas, y deseando que todos tuviesen en él entera confianza, ofreció en rehenes á su hijo, además de las plazas que ya habia entregado (1209).

Bercastel, de quien tomamos estas noticias, nos habla del modo siguiente de las hazañas de los cruzados: «Marcharon luego, dice, todos juntos á Beziers. Los moradores de esta ciudad, abandonada al maniqueismo, se habian hecho odiosos por sus rapiñas, por sus asesinatos y por todos los delitos que eran las consecuencias de su horrible doctrina. Inspiraba sobre todo la mayor indignacion el asesinato de Raimundo Trincavel su vizconde, á quien hicieron pedazos en la iglesia de la Magdalena, despues de haber quebrantado los dientes á su obispo que se esforzaba en disuadirlos de ello. Comenzaron requiriéndoles que entregasen cierto número de herejes, cuya lista remitian, y que eran al parecer los principales autores de su perversion; pero no sólo se nega-

ron á ello con insolencia, sino que adelantándose algunos de ellos ántes de ser acometidos, hicieron caer sobre los cruzados un diluvio de flechas. Llenos de furor los soldados católicos, aguardaban con impaciencia las órdenes de sus jefes, y en el interin los criados del ejército, sin observar disciplina alguna é ignorándolo sus amos, se acercaron á las murallas y tomaron la plaza por asalto. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, y pusieron fuego á la ciudad. Era el dia de Santa María Magdalena, y en la iglesia que le estaba dedicada mataron hasta siete mil personas que en ella se habian refugiado; circunstancias que fueron notadas como una señal de la divina venganza, tanto por la muerte del vizconde Trincavel, como por las blasfemias que aquellos sectarios impuros se permitian, particularmente contra esta santa amante de Jesucristo. Los cruzados marcharon luego á Carcasona, que habrian podido tomar fácilmente por asalto; mas la suerte que Beziers acababa de experimentar les causaba todavía horror. Admitieron pues una composicion los de Carcasona, reducida á que los habitantes de ella lo abandonarian todo y saldrian en camisa.

Celebróse luego un consejo para determinar á quien establecerian señor y conservador de estas conquistas. El desinterés que manifestaron los principales señores dió á entender que no era el espíritu de ambicion el que los conducia. El conde de Nevers y el duque de Borgoña lo rehusaron absoluta y constantemente; y para que al fin lo aceptase Simon de Monforte no bastaron las más vivas instancias, y así fue necesario que los legados se lo mandasen con autoridad de la Sede apostólica. Tenia un gran respeto á las órdenes del Vicario de Jesucristo este héroe piadoso, á quien el tumulto de las armas no impedia oir misa todos los dias, rezar el oficio divino y observar inviolablemente los ayunos de la Iglesia. Honraba su fe y su piedad con costumbres muy puras y virtudes sólidas, con una modestia y humildad tan extraordinarias que, á pesar de la superioridad de su mérito, se atemorizaba de su insuficiencia y se creia muy inferior á su destino. No obstante su valor apenas tenia igual, y era tan terrible en los combates, que todos sus enemigos huian con solo que moviese el sable; era altivo, emprendedor, firme en sus designios y consecuente en sus miras: su destreza en los ejercicios militares era incomparable, su temperamento robusto, el talle alto, bien formado, y por la afabilidad de su trato no menos que por la facilidad en espresarse, era igualmente propio para conciliarse el respeto de sus nuevos vasallos que para conservar la estimacion de los señores so-

bre los cuales se le habia elevado. Si en la carrera de sus hazañas se hallan muchos hechos de una celebridad asombrosa, conviene tener presente la clase de mónstruos, de cuya infeccion, creyó no poder purgar de otra suerte las provincias, ó á lo menos no deben perderse de vista las costumbres y preocupaciones de su siglo (1).

Es notable la energía que en todos tiempos han mostrado los Soberanos Pontífices, al tratar de defender la fe católica y de extipar los errores de la herejía. El monarca de Inglaterra habia hecho poco ó ningun caso de las amonestaciones del papa Inocencio III, por lo cual y en virtud de los funestos resultados que dió su rebeldia, el mismo Pontífice puso en entredicho á toda la Inglaterra por espacio de cuatro años: el rey Juan fué excomulgado y depuesto, siguiéndose á esto las agitaciones y trastornos que son consiguientes. La causa de esto fué la eleccion de un obispo para la silla vacante de Cantorberi. Presentó el rey dos candidatos, de los cuales ninguno fué aprobado por el Papa, el cual á su vez propuso para aquel arzobispado al cardenal Estéban de Laugton cuya eleccion se verificó en Roma por los monjes diputados de Cantorberi, contra la voluntad del rey. Era el cardenal Laugton varon de grandes méritos y de mucha sabiduría, y aunque inglés de nacimiento habia estudiado en Paris de cuya catedral fué doctor y canónigo al mismo tiempo que cancelario de la universidad. Juan Sin-Tierra que odiaba á los franceses quiso vengarse de los monjes de Cantorberi á los que expulsó de su Iglesia á más de apoderarse de los bienes del arzobispado. Despues de esto, escribió al Papa una carta poco respetuosa, en la cual le manifestaba su deseo de que fuese confirmado el obispo de Norvvich que era uno de los candidatos que él habia presentado, amenazándole de que si asi no se verificaba impediria que sus súbditos extrajesen caudales de su reino para llevarlos á Roma.

No imitó el Sumo Pontífice el tono en verdad ágrio y altanero de Juan Sin-Tierra, sino por el contrario le contestó con la mayor mansedumbre y moderacion justificando su modo de proceder al hacer la eleccion de arzobispo para la Silla de Cantorberi. Entonces fué cuando el papa Inocencio escribió á los principales prelados de Inglaterra, previniéndoles que si el rey no se apresuraba á recibir al cardenal Estéban, pusieran el reino en entredicho.

---

(1) Berault-Bercastel. Lib. XXXIX n. 10 y 11.

En vano los obispos ganosos de evitar aquella pena se presentaron al rey y humildemente le suplicaron con lágrimas en los ojos que complaciese al Papa evitando de este modo los conflictos que podian originarse. Irritado el rey prorumpió en mil injurias contra el Papa, y juró que si alguno de los obispos de sus Estados se atrevia á publicar el entredicho le enviaria á Roma con todos los demás obispos despues de despojarles de todos sus bienes, y que haria sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se encontrasen en su reino.

Por lo que acabamos de decir puede comprenderse cual era el carácter feroz de Juan Sin Tierra. Sin embargo, sus amenazas no sirvieron de rémora á los obispos para cumplir exactamente con las órdenes que emanaban del Jefe Supremo de la Iglesia. El lunes 24 de Marzo, publicaron el entredicho en todo el reino de Inglaterra, é inmediatamente abandonaron el reino para librarse del furor del rey. Observóse con todo rigor el entredicho, de suerte, que los fieles no podian oir los cánticos sagrados y los cadáveres eran conducidos á la última morada sin acompañamiento de sacerdotes ni ninguna clase de rezos ni sufragios, no se bendecian las sepulturas y los muertos eran arrojados en cualquier hoyo y cubiertos de tierra. Como es natural, los fieles clamaban por su religion culpando al rey de aquellos grandes males que experimentaban. Juan Sin-Tierra conoció que su trono bamboleaba, y temiendo al pueblo, envió embajadores al Papa ofreciendo mostrarse sumiso en cambio de que levantara el entredicho, pero lleno de inconsecuencias dilató voluntariamente estas importantes negociaciones. Cuales serian las muestras de su arrepentimiento nos lo muestra el hecho de que á los dos años del entredicho fue excomulgado por el papa Inocencio. No hubo en aquella ocasion obispo alguno que se atreviese á publicar solemnemente esta excomunion porque seguramente hubiesen pronunciado la sentencia de su muerte: pero lo fueron manifestando secretamente á los fieles, de suerte que al poco tiempo no habia quien lo ignorase. El obispo de Norvvich, el mismo á quien el rey habia propuesto para la Silla de Cantorberi, y cuya eleccion no aprobó el Papa por irregular, hallábase en Westminster para arreglar asuntos propios de su Iglesia, y un dia se atrevió á decir á los que le acompañaban que no estaban seguros los beneficiados permaneciendo al servicio de un príncipe herido de los rayos de la excomunion. No faltó un adulador inoportuno que lo delatara al rey, el que inmediatamente le hizo prender, cargándole de cadenas, y dejándole sin alimento y para colmo de su crueldad le hizo vestir con una

capa de plomo, cuyo peso así como el hambre acabó con su vida en poco tiempo (1).

Por todas estas crueldades el rey Juan se habia hecho odioso no solamente á los eclesiásticos sino que tambien al pueblo. El papa Inocencio queria apurar los medios á fin de apartarle de la senda de la perdicion y atraerle al camino del bien, pero él rehusó el devolver los bienes que habia usurpado á la Iglesia, por lo que el Pontífice se vió en la precision, atendiendo á los ruegos del pueblo de absolver del juramento de fidelidad á todos sus vasallos, pronunciando por último la sentencia de que el rey de Inglaterra fuese depuesto del trono y que se le diese un sucesor más digno que él de ocupar el trono.

Todos los súbditos de Juan Sin-Tierra recibieron con júbilo la absolucion del juramento de fidelidad á su rey al que tenian muchos motivos para odiar, puesto que aparte de los asuntos de religion que dejamos consignados, habia abusado criminalmente de las mujeres é hijas de muchos caballeros, y habia cometido un sin número de injusticias é iniquidades. Es notable el siguiente razonamiento del repetidas veces citado Bercastel, porque demuestra la jurisprudencia recibida en aquellos tiempos acerca de la facultad de los Papas para dar y quitar coronas. Dice así: «Inocencio escribió una carta circular á todos los señores, caballeros y hombres de guerra de diversas naciones, para que no se detuviesen en cruzarse para deponer al rey de Inglaterra y vengar la injuria de la Iglesia universal. Añadia, que todo el que concurriese con sus bienes ó en otra manera á la destruccion de este rey perverso, recibiria de la Iglesia la misma proteccion que los que visitaban el Santo Sepulcro. Felipe Augusto, excomulgado en otro tiempo por el Papa, habia declarado nulas y abusivas sus censuras; pero, como observa oportunamente Feller «pensó de muy diferente modo cuando se vió nombrado ejecutor de una bula que le hacia dueño de Inglaterra.» En el fondo, con los Papas que daban reinos que no les pertenecian, sucedia lo que se está viendo hacer á un magistrado que adjudica alguna cosa ó derecho que no es suyo. Al aceptar semejantes presentes ¿no convenian los Príncipes en que los Papas tenian el derecho de disponer de las coronas y de deponer á los monarcas culpables? Nada prueba mejor que esta jurisprudencia estaba entónces generalmente recibida, que el ver que los mismos reyes

(1) Math. Par. ann. 1209.

no la ponian en duda, y que por consiguiente es muy injusto querer hoy acusar de usurpadores á los Papas.»

Un crímen espantoso habia sido cometido algunos años ántes por el rey Juan de Inglaterra. Su hermano mayor el príncipe Godofredo que habia muerto en 1186, dejó á su esposa en cinta de un niño que se llamó Artús, el cual fue reconocido como su señor por la Bretaña, el Anjon, el Maine y la Turena. Su madre Constanza temerosa de que su cuñado pudiera causarle algun mal, le puso bajo la proteccion del rey de Francia Luis Augusto, cuando contaba solamente la edad de doce años. El rey Juan que por su parte temia tambien que algun dia aquel niño pudiera disputarle el trono formándose un partido que se declarase por él, se valió de medios indignos para apoderarse de él, lo que consiguió sin gran trabajo. Por mucho tiempo le tuvo encerrado en Rouen, y despues le hizo pasar de la prision á una barca en la que le mató con sus mismas manos, arrojando su cuerpo al Sena. ¡Horroriza verdaderamente esta crueldad, hija de la ambicion y del orgullo! Este hecho tuvo lugar el año 1203. Con motivo pues de ser Felipe Augusto ejecutor de la bula del Papa, concerniente á la deposicion del rey Juan, le citó á fin de que compareciese á un tribunal, para dar cuenta de aquel crímen: pero Juan Sin-Tierra se negó á asistir, y entónces el tribunal pronunció sentencia sin oirle, confiscando á beneficio del rey Felipe todo lo que de este lado del mar poseia el rey Juan. Pronunciada la sentencia, Felipe Augusto quiso hacerla ejecutar con las armas en la mano, primero en Aquitania y luego en Lombardía, consiguiendo muchas conquistas que le hicieron célebre.

De diferente manera pensaban el papa Inocencio y Juan Sin-Tierra. El primero deseaba vivamente la conversion del rey de Inglaterra, y á este objeto eran dirigidos todos sus esfuerzos. Felipe Augusto lo que queria era aprovecharse de la oportuna ocasion que se le presentaba para apoderarse de la Inglaterra. Rodeaban á Felipe los obispos que habian sido arrojados de Inglaterra, y un gran número de señores tambien ingleses los cuales le instaban, por las grandes quejas que tenian contra el rey Juan, á que le destronara de una vez. Miéntras tanto Felipe Augusto preparaba una flota cargada de toda especie de municiones, el legado Pandolfo pasó á Inglaterra, y presentándose al rey Juan, desempeñó una comision secreta que habia recibido del Papa. Para atemorizar á aquel monarca le habló de esta manera: «El rey de Francia Felipe Augusto se halla á la embocadura del Sena, pronto á humillaros por la au-

toridad del Sumo Pontífice, apoderándose de todos vuestros Estados. En su compañía vienen los principales de vuestro reino, así eclesiásticos como seglares, animados todos del ardor que puede inspirar la esperanza halagüeña de entrar en su patria y recobrar sus perdidos bienes. Por otra parte él muestra las cartas de casi todos los señores de Inglaterra que le piden por soberano y le prometen fidelidad. Reflexionad, pues, sobre vuestros intereses, aplacad al cielo justamente irritado, someteos á la Iglesia, y poneos en gracia del Sumo Pontífice que sólo espera vuestro arrepentimiento para restituiros la corona de que os ha despojado.»

El rey Juan que en su orgullo, tal vez hubiera sentido ménos perder la vida que el trono, se hallaba espantado y como fuera de sí á vista de los peligros de que se hallaba rodeado, y así mostrándose humilde, es de presumir que más bien por necesidad que por voluntad, ofreció al legado que se someteria en un todo á las órdenes del Papa, en todos aquellos asuntos que le habian atraido las censuras de la Santa Sede, y despues declaró por una carta escrita de su puño, que en expiacion de sus pasadas culpas y con acuerdo de sus barones, hacia donacion de su libre y espontánea voluntad á la Iglesia romana, al papa Inocencio y á sus sucesores de los reinos de Inglaterra é Irlanda con todos sus derechos, y que tan solamente los retendria en adelante como vasallo de la Santa Sede, á la que en prueba y señal de sumision pagaria cada año mil marcos de esterlinas, y que obligaba á todos sus sucesores en el trono de Inglaterra á mantener esta donacion, bajo pena de perder el derecho á la corona. Con la mayor presteza hizo llamar al arzobispo de Cantorberi y á los demas obispos que habian salido de la Gran Bretaña, y en presencia de ellos y de una multitud de gente hizo homenaje de sumision y juramento de fidelidad al Sumo Pontífice, representado por su ministro. Entónces los prelados le absolvieron de la excomunion, y restablecida la buena armonía, el rey hizo otro nuevo juramento, cual fue el de observar las leyes de San Eduardo y las de Enrique I. El legado ántes de partir á Roma para dar cuenta al papa Inocencio de la sumision de Juan Sin-Tierra, fue á verse con Felipe Augusto al que en nombre del Pontífice intimó que no persiguiese más al rey de Inglaterra, pues que habiéndose sometido, no haria otra cosa en continuar persiguiéndole, que ofender al Papa.

El hecho que vamos á referir demuestra suficientemente á donde llegaba la maldad de Juan Sin-Tierra, y cuan falsa y supuesta habia sido su

conversion. Miéntras tanto seguia sus negociaciones con el Papa, envió con gran secreto una embajada á Miramamolin, rey de Marruecos, compuesta de un mal eclesiástico y dos caballeros, por medio de los cuales y por carta escrita de su puño, ofrecia someter su reino al príncipe musulman, á pagarle tributo y aun á dejar la Religion cristiana por la mahometana, si consentia en darle socorros. Cuando se presentaron los embajadores con la carta del rey, Miramamolin se hallaba leyendo las Epístolas de San Pablo que por casualidad habian caido en sus manos, y al oir las proposiciones de aquellos y leer la carta que le presentaron, exclamó, haciendo referencia al libro que tenia en las manos: «Ved aquí el libro de un cristiano sabio, cuyas obras me llenan de admiracion, y no hallo en él otra cosa digna de reprension que el haber abandonado la religion de sus padres. ¿Qué quereis que yo piense de vuestro amo, cuando veo que quiere dejar una religion tan santa y tan pura, que si yo no tuviera ya una la elegiria ciertamente?» Despues de esto quiso informarse de los embajadores del estado en que se encontraba el reino de Inglaterra. Ellos se lo pintaron con los más vivos colores, de suerte que creian poder despertar su ambicion y conseguir un brillante resultado de la indigna y humillante mision que les habia sido confiada. Miramamolin oyó en silencio la pintura que le hicieron, y despues que hubieron terminado su relato, les dijo: «Vuestro amo y señor es un miserable cobarde, indigno de ocupar un trono. Es tal el desprecio que me inspira, que no digo yo de aliado, pero ni aun entre mis más viles esclavos le admitiria. Jamás he oido decir ni leido, que el soberano de una nacion tan floreciente como vosotros me pintais á la Inglaterra, haya querido hacerse tributario de un rey extranjero. Vosotros tambien sois unos miserables y aduladores de un tirano despreciable: retiraos de mi presencia y no tengais la insolencia de volveros á presentar ante mi vista.» Al decir estas últimas palabras lanzó sobre los embajadores una mirada tan feroz, que les hizo temer por su propia vida. Humillacion merecida por el impío é inconsecuente Juan Sin-Tierra.



CAPITULO V.

Concilios celebrados en los primeros años del siglo XIII.—Duodécimo concilio general.—Santo Domingo y San Francisco en Roma.—San Ángelo, carmelita.—Encadenamiento de profecías.—Institucion del Rosario.—Elogio de esta devocion.—Aprobacion de la regla de San Francisco.—Los frailes ante la sociedad moderna.

Durante los primeros años del siglo XIII se celebraron muchos concilios en diferentes puntos y por diversas causas. Daremos cuenta al lector de los más importantes entre los que precedieron al duodécimo general, IV de Letran.

En 1201 se reunieron dos, el uno en Perth (Escocia), y el otro en Paris. Fue presidido el primero por el legado Juan, cardenal de San Estéban, para la reforma de las costumbres. Duró esta asamblea cuatro dias, y sus actas no se conservan. Lo único que se sabe es, que se dispuso que desde el medio dia del sábado cesasen los trabajos serviles. En el concilio de Paris, el legado Octaviano declaró convicto de herejía á Evrardo de Nevers, que fue conducido á este último punto con gran aplauso del pueblo al cual habia oprimido ántes, siendo gobernador de las tierras de este condado.

En 1209 se celebraron los cuatro siguientes:

1.º Concilio de Montelimar en los primeros dias del mes de Junio. Despues de haber deliberado el legado Milon con los padres de este concilio acerca de las proposiciones que el conde de Tolosa hacia, sometiéndose á su decision, le hizo citar ante el concilio de Valencia en el Delfinado, para contestarle.

2.º De Valencia del Delfinado, á mediados de Junio. Esta asamblea fue una continuacion de la anterior. Compareció el conde de Tolosa en virtud de la citacion que se le habia hecho, y se sometió á las condiciones que el legado le impuso para obtener la absolucion; poniendo á dis-

posicion de la Iglesia romana, siete castillos para garantía de su empeño, segun á su tiempo explicamos.

3.º De San Gil en el Languedoc, el 18 de Junio. El legado Milon despues de haber exigido del conde de Tolosa un nuevo juramento de reparar todos los males que habia causado, le dió la absolucion.

4.º Concilio *Avenionense*, al principiar el mes de Setiembre, por Hugo, obispo de Riez y Milon, legado del Papa, con asistencia de cuatro arzobispos, de veinte obispos y de un gran número de abades. El conde de Forcalquier firmó en este concilio el dia 4 de Setiembre los estatutos que se habian redactado en San Gil para la paz. Además se hicieron veinte y un cánones para la disciplina.

De los celebrados en el año 1210, el más importante fue el de Paris, en el mes de Octubre por el cardenal Roberto de Courzon, en cuyo concilio despues de haber proscrito los errores de Amauri, muerto al cabo de poco tiempo, se condenó á catorce de sus discípulos á ser quemados. Tambien fueron condenados al fuego los libros de la metafísica de Aristóteles, traidos á Paris, traducidos del griego al latin con prohibicion de poderlos traducir, leer ó conservar persona alguna en su poder, bajo pena de excomunion.

En el mismo año el papa Inocencio III celebró un concilio en Roma en el mes de Noviembre, en el que depuso y excomulgó al emperador Oton, por haberse apoderado de la tierras de la Iglesia romana, y pretender usurpar el reino de Sicilia.

A principios de Enero de 1211, se reunió una asamblea en Narbona, en la que el abad del Cister, legado de la Santa Sede, y Raimundo, obispo de Uzés, proponen al conde de Tolosa á volverle sus dominios, bajo la condicion de echar á los herejes de sus Estados, á lo que no accedió el conde. El rey de Aragon, que asistió á esta asamblea, prometió á los legados, que si el conde de Foix se retiraba de la comunion de la Iglesia, él les entregaria el castillo de Foix. Algunos fijan este concilio en 1210.

En 1213. Concilio de Paris. El cardenal y legado Roberto de Courzon, publicó diversos estatutos para la reforma del clero secular y regular. Dividiéronse estos estatutos en cuatro partes: de las cuales, la primera hace relacion á los clérigos, la segunda á los frailes, la tercera á los religiosos y la cuarta á los obispos. En el suplemento que Martenne ha dado de las actas de este concilio, se lee en el artículo 10 una prohibicion de celebrar misas contra las sanciones canónicas. El abuso que

aquí se condena, consistia en decir hasta el ofertorio muchas misas para diferentes personas, la una despues de la otra, sirviendo un sólo cánon para todas ellas; y estas misas, segun el número, se llamaban *missæ bifaciatæ, trifaciatæ, quadrifaciatæ.*

El 8 de Enero de 1215. Concilio de Montpeller, por el legado Pedro de Benevento, acompañado de cinco arzobispos y veinte y ocho obispos. Hicieron al Papa una súplica á fin de que les diese á Simon, conde de Montfort, por señor, en lugar de Raimundo, conde de Tolosa. Hiciéronse en este concilio cuarenta y seis cánones, de los cuales el décimooctavo prohibe á los religiosos y canónigos regulares el tener cosa alguna en propiedad, ni aun con permiso del superior. Este concilio tiene la fecha de VI de los idus de Enero del año 1214, despues de la Epifania, que corresponde al 8 de Enero de 1215. Así pues, dice un cronologista, para coordinar todas las fechas, parece que es preciso atenerse á la del año 1214, segun nuestro modo de empezar el año.

En el mes de Agosto del mismo año 1215, se celebró otro concilio en Paris. Roberto de Courzon hizo en este concilio unos estatutos para la escuela de Paris, que es el reglamento más antiguo de este género que se conoce, segun M. Crevier, y abraza toda la disciplina de la escuela.

Tales son, segun deciamos al principio, los principales entre los concilios de los primeros años del siglo décimotercero. En obsequio á la brevedad nos abstenemos de hacer mencion de otros por carecer de importancia.

Atendia con toda solicitud el papa Inocencio III á toda la Iglesia universal, procurando en cuanto le era posible hacer frente á todas sus necesidades, combatir el reinado del error y alcanzar nuevos triunfos para la fe cristiana. Con estos objetos tan plausibles convocó el

DUODÉCIMO CONCILIO GENERAL, IV DE LETRAN, que tuvo por objeto la reforma general de todos los estados de la Iglesia, y el proporcionar socorros para la Tierra-Santa. Dió principio en 11 de Noviembre y terminó el 30 del mismo mes del año 1215. Reuniéronse cuatrocientos doce obispos, ochocientos entre abades y priores, un gran número de procuradores por los ausentes, y embajadores del emperador, de los reyes y de casi todos los príncipes católicos. El obispo de Antarade representó al patriarca latino de Antioquía que no pudo asistir personalmente por privárselo una grave enfermedad, y el patriarca melquita de Alejandría estuvo asimismo representado por el diácono German, pues

que á pesar de sus deseos de comunicar con el concilio, no le fue posible hacerlo por hallarse bajo la dominacion de los musulmanes. Acudió tambien á este concilio el patriarca de los Maronitas, reunidos á la Iglesia romana, bajo el Pontificado de Lucio III, movido del deseo de instruirse suficientemente en la fe y en los santos ritos que despues hizo observar con la mayor escrupulosidad en sus pueblos.

El papa Inocencio III que presidió este concilio general, hizo la apertura pronunciando un discurso, en el que tomó por texto estas palabras del Evangelio, con las que parecia anunciar su próxima muerte, que como veremos tuvo lugar al año siguiente: «*Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Páscua, ántes que yo padezca.*» Despues continuó de este modo: «Jesucristo es mi vida, y la muerte es para mí una ganancia. Si Dios así lo hubiese dispuesto, no rehuso beber el cáliz de los padecimientos, bien sea por defender la fe católica, bien por socorrer á los Santos Lugares de Jerusalen, ó bien por sostener la libertad de la Iglesia. Verdad es que segun la carne, yo quisiera vivir hasta que se llevase á cabo lo que no está más que comenzado, pero hágase la voluntad del Señor y no la mia.» Sobre este discurso nos dá un autor las siguientes noticias: «Explicando el Papa la palabra Páscua, que significa tránsito ó pasaje, distinguió tres especies de tránsitos, que hicieron la materia y la division de su discurso: el pasaje corporal de un lugar á otro; el espiritual de un estado á otro estado; y el pasaje eterno de esta vida á la otra. Con respecto al pasaje corporal, sólo habla Inocencio del viaje á la Tierra Santa, en cuya posesion parece quiere vincular la gloria y las ventajas más preciosas del cristianismo. Hablando del pasaje espiritual, trata de la reforma de la Iglesia, diciendo con el Apóstol que el juicio debe comenzar por la casa del Señor: Porque, dice, del clero es de quien principalmente viene la corrupcion del pueblo. Si se reprende á los legos, al momento se excusan diciendo que un hijo no puede hacer cosa mejor que imitar á su padre, y que basta al discípulo ser como el maestro, así se verifica el oráculo: *como es el clero, así es el pueblo.*»

Con el objeto de quejarse de Simon de Montfort, que les habia arrebatado sus Estados, se presentaron al concilio, Raimundo el Viejo, conde de Tolosa, y los condes de Foix y de Cominges; cuyo asunto dió lugar á muy acalorados debates entre los padres. El mismo Papa nada pudo resolver en algun tiempo sobre la suerte de este príncipe.

Como quiera que los albigenses trabajaban por extender sus errores,

en este concilio se expuso la fe de la Iglesia, contra aquellos herejes y otros que por la misma época habian aparecido. Fue consagrada la palabra *transustanciacion* para dar á comprender y explicar el cambio que Dios obra en el Sacramento de la Eucaristía, así como la palabra *consustancial* habia sido consagrada en el concilio de Nicea para expresar el Misterio de la Santísima Trinidad.

Los cánones de este concilio ecuménico son en número de setenta. En ellos se condenan todos los herejes albigenses, valdenses y los discípulos de Berengario, y se define expresamente que Jesucristo es el sacerdote y sacrificio de la nueva ley; que en virtud de la potestad que confirió á los Apóstoles y á sus sucesores, los sacerdotes legítimamente ordenados son los únicos que pueden consagrar el Sacramento de nuestros altares: que el Cuerpo y la Sangre del Dios-Hombre se contiene en él verdaderamente, transubstanciándose el pan en Cuerpo y el vino en Sangre, mediante un prodigio de la Omnipotencia divina. Condenáronse asimismo las sutilezas del abad Joaquin, de las cuales se seguia que la misma naturaleza divina no era Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por consiguiente que la union de las personas en Dios no era propia y real, sino propiamente similitudinaria, al modo de lo que se dice en los libros santos, que la multitud de los fieles no tenian más que un corazon y un alma. El abad no tuvo inconveniente en presentar sus escritos al concilio, y se sometió humildemente á su decision, por lo que si aquellos fueron condenados, no se pronunció sentencia alguna sobre su persona, habiendo estado pronto á sujetarse á la decision de la santa asamblea, condenando todo lo que ella condenaba, y recibiendo y aprobando, todo lo que recibia y aprobaba.

He aquí ahora la sentencia que dictó el concilio en lo tocante á los sectarios que trastornaban los Estados: «Los bienes de los legos, dice, serán confiscados, y los de los eclesiásticos aplicados á las iglesias, de cuyas rentas disfrutaban. Se advertirá á los depositarios del poder político, y en caso necesario se les obligará con censuras á prestar juramento de expulsar de sus Estados á todos los herejes notados por la Iglesia. Si despues de esta advertencia persevera el señor temporal en la inaccion, será excomulgado por los obispos de la provincia; y si dentro del término de un año no satisface, se le denunciará al Papa, á fin de que este declare desde entónces absuelto del juramento de fidelidad á todos sus vasallos, y abandone sus dominios á las armas de los católicos, que los poseerán sin contradiccion alguna despues de haber ex-

pulsado de ellos á los herejes, y los conservarán en la pureza de la fe, salvo el derecho del señor principal, con tal que este no ponga impedimento ni obstáculo á la ejecucion de este decreto, manteniendo sin embargo el concilio la misma ley respecto de aquellos que no tienen señorès principales. Los que para esto se cruzasen ganarán las mismas indulgencias que los que van á la Tierra Santa. Tambien excomulgamos á los fautores y encubridores de los herejes, de suerte que si no satisfacen en el año quedarán infamados *ipso jure*, y como tales excluidos de todos los oficios y consejos públicos, de los derechos de eleccion, del de ser testigos, de hacer testamentos y de recibir herencias. No se les contestará á sus demandas judiciales, y estarán obligados á responder á los demás. Si fuesen jueces, sus sentencias no tendrán valor alguno, y no se llevará causa alguna á sus tribunales. Si abogado, no se admitirán sus defensas en los pleitos: si escribanos, serán nulas cuantas escrituras autorizasen, y así de los demás.»

Hemos de notar que los embajadores de los señores temporales presentes á este concilio, no hicieron reclamacion de ninguna clase ni protesta, lo que equivalia á un reconocimiento explícito de los derechos y de la autoridad de la Iglesia, que siempre ha conservado, aunque en ocasiones, como sucede al presente, no crea deber usar de ellos.

En los cánones décimo y undécimo se vé el orígen del penitenciario y del doctoral en las iglesias catedrales de Occidente. En el décimocuarto se previene que si los clérigos que, segun la costumbre de su país, no han renunciado el matrimonio, caen en el delito de formicacion, serán castigados con tanto más rigor, en cuanto que les era lícito usar de sus mujeres. Este cánon debe entenderse con relacion á los subdiáconos, los cuales en algunos puntos estaban autorizados para conservar sus mujeres, toda vez que declaraban ántes de su ordenacion, que no pretendian comprometerse á la abstinencia. El cánon décimo octavo iba dirigido á abolir la supersticion. Por el vigésimo primero se manda que cada fiel de uno y otro sexo, luego que haya llegado á la edad de la discrecion, confiese sus pecados al ménos una vez al año con su propio cura, cumpliendo la penitencia que le fuese impuesta. Que cada uno reciba al ménos durante la Páscua, la Sagrada comunion, sino cree conveniente abstenerse por un tiempo dado, por consejo de su confesor, bajo la pena de ser arrojado de la Iglesia y privado de sepultura eclesiástica. Que si alguno quiere confesarse con otro sacerdote, debe obtener ántes el permiso de su propio cura, porque de otro modo no puede aquel oir su

confesion ni absolverle. A este cánon darian lugar los albigenses que creian poder lograr la remision de los pecados sin confesion ni satisfaccion. En el cánon veinte y dos se manda á los médicos, bajo pena de excomunion, el que ordenen á sus enfermos que reciban el sacramento de la Penitencia, ántes de prescribirles remedio alguno. Por el cánon treinta se prohibe el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. El cánon cincuenta reduce el parentesco al cuarto grado para que sea impedimento para el matrimonio. En el cánon siguiente se manda la publicacion de las proclamas ó sean las *amonestaciones*, para el matrimonio, segun que hoy se practica.

Observa un cronologista, que los cánones de este concilio, todos tienen el nombre del Papa, sin embargo de que en algunos se lee esta cláusula; *con la aprobacion del santo concilio*, cláusula que se encuentra por primera vez en el tercer concilio de Letran; y que sirve para demostrar que los decretos no gozarian de su plena autoridad, sin el consentimiento y la aprobacion del concilio, representando á la Iglesia universal. La magistratura, añade el mismo cronologista, es deudora á este concilio del órden judicial, en la tramitacion de los procesos criminales, tal como se observa hoy dia.

Hemos dicho que por el cánon treinta, se prohibió el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. Hé aquí las palabras textuales del concilio: «Oponiéndose tambien á la observancia del buen órden la mucha diversidad de institutos, prohibimos estrechamente fundar otros nuevos; y el que quisiere practicar la vida regular observará una de las reglas aprobadas.» Este cánon tuvo poco efecto, pues vamos á ver aprobarse en seguida las órdenes de Santo Domingo y San Francisco.

En este mismo concilio se dió tambien un decreto concerniente á la cruzada, señalándose el dia 1.° de Junio de 1217 para la expedicion. Se prohibieron los torneos durante tres años, y se ordenó que por espacio de cuatro á lo menos, se observase la paz en toda la cristiandad, bajo la pena de incurrir en las censuras eclesiásticas, y en los efectos temporales que á ellas estaban unidos entonces.

Seguian los herejes albigenses con el mayor descaro esparciendo sus errores, y santo Domingo de Guzman con un celo extraordinario predicaba por todas partes la fe católica siendo el más terrible antagonista de los sectarios. Hallándose en la ciudad de Mompeller, se reunieron con él doce monjes de la órden de San Bernardo, que habian sido enviados por el papa Inocencio para poner remedio á los

males que causaba la herejía. Las razones y argumentos de Santo Domingo eran tan convincentes que los herejes no se atrevian á replicarle ni presentarle objecion alguna, por lo que concibieron contra él un ódio implacable. Escribieron pues un libro en defensa de su doctrina y el santo escribió otro en defensa de la verdad católica. A vista de todo el pueblo fueron arrojados á una hoguera ambos escritos y con admiracion general se vió que el de los herejes fue consumido por el fuego, mientras el de Santo Domingo saltó de la hoguera y fue á ponerse sobre una viga que cerca de allí estaba, la que en testimonio del milagro se conservaba aun cuando escribia el Padre Ribadeneira, como el mismo lo atestigua y no sabemos si se conservará todavía. Por tres veces repitieron los herejes el echar al fuego los escritos del santo, y otras tantas se repitió el prodigio referido, lo que fue causa de que muchos de los sectarios abriesen sus ojos al conocimiento de la verdad y se convirtiesen á la verdadera fe.

El obispo de Osma Don Diego, del que anteriormente hemos hablado al narrar los principios de Santo Domingo, estuvo en compañía de este por espacio de dos años en Tolosa, trabajando con laudable y santo celo por la extirpacion de las herejías; pero al fin tuvo necesidad de abandonar aquella ciudad para volver á su diócesis, que se resentia de la falta de su propio pastor. Entonces quedó Santo Domingo por cabeza principal para la reduccion de los sectarios, y acompañado de algunos de los que voluntariamente se le habian asociado para tan santa obra, perseveró por espacio de diez años sufriendo las mayores fatigas. No fueron estas perdidas, pues dieron por resultado la conversion de cerca de cien mil personas que convencidas por la fuerza de sus argumentos abandonaron las filas del error, para abrazar la fe católica. A todo esto siguió la guerra que hicieron los cruzados, los cuales casi por completo lograron exterminar á los herejes. Dios quiso mostrar en esta ocasion memorable cuan grata le es la defensa hecha en favor de la verdad religiosa, pues que los soldados cristianos alcanzaron una admirable victoria, siendo estos en muy corto número comparados con los enemigos. A pesar de esto, habiendo experimentado tan solamente seis ó siete bajas en su fila, mientras que unos veinte mil sectarios quedaron fuera de combate. Viendo el conde Simon de Monfort que mandaba las tropas católicas y el obispo de Tolosa la santidad de Domingo, y los milagros que Dios obraba por medio de este su humilde siervo, le hicieron donacion de muchas haciendas para que pudiese atender á su sostenimiento y el de

sus santos compañeros. Mas Domingo estaba completamente despegado de las cosas de la tierra y no tenia su pensamiento más que en las del cielo. Entregado completamente á la oracion y á la penitencia, no la interrumpia sino para predicar y enseñar las verdades de nuestra santa fe, exhortando á todos los fieles católicos á no dejarse aprisionar en las redes de la herejía, y á sostenerse firmes en las buenas y santas creencias, haciendo á todos conocer la utilidad de rezar el santo Rosarío, con la meditacion de sus misterios, como medio el más poderoso para la conservacion de la fe. Ya nos ocuparemos mas adelante de esta hermosa devocion del santo Rosario.

Era la época en que se celebraba en Roma el concilio ecuménico Lateranense que acabamos de explicar, y esta ocasion pareció oportuna á Santo Domingo para volver á aquella santa ciudad, en la que ya habia estado ántes acompañando al obispo de Osma. A esta asamblea iba Fulcon, obispo de Tolosa, varon de muchas virtudes y de gran celo por la gloria de Dios, al tiempo que muy mortificado y humilde. En su compañía quiso ir Domingo, por comprender que podia servirse de él para conseguir el objeto de sus deseos que no eran otros que la aprobacion del órden de predicadores que deseaba establecer, para aumentar el número de los defensores de la fe cristiana.

Domingo lleno de gozo llega á Roma.

Aquí tienen lugar cosas maravillosas que van descubriendo los planes de la Providencia.

Al tiempo que el ilustre español, habia llegado á la ciudad eterna el humildísimo Francisco de Asis.

Estos dos hombres, cada uno de los cuales vá meditando un plan con el que creen dar gloria á Dios y hacerse benéficos á la humanidad, se encuentran bajo el pórtico de la Basílica Vaticana.

Aquellos dos hombres no se conocen, jamás se han visto. Esto no obstante divinamente inspirados se reconocen y entre ambos tiene lugar este diálogo:

—Hermano, guárdeos el cielo, dijo Domingo á Francisco. Escuchadme. Vos sois mi compañero, Dios nos junta aquí para abrazarnos, y cumplir sus designios. Si, os he visto; os conozco. Abrazadme. Vos sois hijo de Pedro Bernardote, mercader de Asis; y habeis venido á esta ciudad á solicitar del Pontífice...

—Lo mismo que vos, hijo de Don Félix de Guzman, le interrumpe el italiano: Pues conoceis mis ideas, mis planes, y yo vuestros planes, vuestras ideas, hagamos una fusion, una órden sola.

—No, hermano mio, no, Dios no lo quiere; por su gracia divina, las leyes, la austeridad, el objeto mismo de nuestras congregaciones establecen entre las dos, grandes diferencias á fin de servir de estímulo la una á la otra; unidas permanecerán, orarán unidas, juntas lucharán, juntas llevarán el Lábaro del Evangelio, y juntas tambien derramarán la sangre en su defensa. A Dios, Domingo.

—Francisco, á Dios: por distinto camino llegaremos al mismo fin.

Aquellos dos varones destinados á ser lumbreras brillantes de la Iglesia, se reconocieron mútuamente, como vemos, y ambos eran llamados á ser padres de generaciones de héroes.

Necesariamente nos hemos de ocupar ahora de un gran Santo, del que podemos decir que fue un segundo Elías, y que penetró todo el espíritu de que se hallaban revestido Santo Domingo y San Francisco. Nos referimos á San Ángelo, mártir, ilustre hijo del Carmelo, y que fue como le llama un historiador de su vida, hombre en el sér, ángel en la pureza, y querubin en la sabiduría. Tan importantes son los sucesos de la pasmosa vida de este siervo de Dios, que nos creemos en el deber de darlos á conocer por más que nos hayamos propuesto ser parcos en historiar vidas de santos, como no sean los de mayor interés é importancia, porque de otro modo nos dilataríamos en demasía.

En la vida de San Ángelo todo es maravilloso. Sus padres que se llamaban José y María, pertenecian á una noble y distinguida familia, tanto que eran descendientes de la real casa de David, pero profesaban la ley judáica. Esto no obstante, eran muy virtuosos, y de puras y loables costumbres, que le habian captado la estimacion general de sus compatricios.

Este matrimonio vivia en la ciudad de Jerusalen.

A pesar de que como hemos dicho, vivian en la ceguedad del judaismo, deseaban abrazar la verdadera fe, y dirigian fervorosas súplicas al cielo, acompañándolas de ayunos y penitencias.

Una noche en que ambos consortes se hallaban enfervorizados en la oracion y en los ruegos, les apareció la Santísima Vírgen cercada de resplandores y rodeada de ángeles, y dirigiéndoles su dulce voz, les dijo: que se bautizesen y abrazasen el cristianismo cuya fe era la verdadera, y que les aseguraba dos hijos «que serian dos lucientes candelabros en el templo del Señor, y dos olivos frondosos en el monte del Carmelo, al primero de los cuales le pondrian por nombre Ángelo y al segundo Juan: que aquel seria glorioso mártir de la fe y el otro patriarca de

Jerusalen, y que á ambos los tendria siempre debajo de su amparo y proteccion.»

Como se vé, la concepcion de San Ángelo no fue anunciada á sus padres por un ángel como la del Bautista á los suyos, sino por la misma Reina de los Ángeles.

Los santos consortes se dieron priesa á entrar en la Iglesia por las puertas del bautismo, y empezaron á recibir desde luego grandes y extraordinarios favores del cielo. En el mes de Abril del año siguiente que era el 1186, María dió á luz dos hermosos niños que hizo bautizar, llamando al primero Ángelo y al segundo Juan, cumpliendo de este modo la voluntad de la Vírgen.

Llenos de regocijo los padres, repartieron su hacienda entre los pobres, conociendo que sus hijos tenian ya las riquezas del cielo por patrimonio y herencia. Despues de este hecho heróico, no tardaron en dejar esta vida mortal, habiendo sido sepultados en el convento de Santa Ana de religiosos carmelitas. Tenian entónces cuatro años de edad los niños, pero en su orfandad no experimentaron la pobreza por que sus padres los habian encomendado al patriarca de Jerusalen, el cual los alimentó é instruyó en la doctrina de la fe.

Dedicados á los estudios, hicieron grandes adelantos principalmente en la Sagrada Teología y en las lenguas hebrea, griega y latina. Cuando contaban la edad de diez y ocho años, viendo que el patriarca se hallaba próximo á su partida del mundo, le pidieron con grandes instancias que les vistiese el hábito de Nuestra Señora del Cármen, en el mismo convento de Santa Ana, situado cerca de la puerta que llaman Dorada, y á donde estando la casa de la gloriosa santa, fue concebida en gracia la Santísima Vírgen María. Aquí fue donde con grande regocijo propio, del patriarca y de todos los religiosos, tomaron el hábito el dia de la Natividad de Nuestra Señora del año 1204, habiendo hecho su solemne profesion el año siguiente de 1205. Encontrando los recien profesos sus mayores delicias en el retiro y la abstracion, suplicaron y obtuvieron el que los pasasen al convento del monte Carmelo, que era el más solitario de la exclarecida órden. Por este tiempo fue cuando San Alberto, del que ya nos hemos ocupado, escribió y dió la regla á los carmelitas, y Dios dispuso que para confusion de los que creian impracticable la austeridad mandada por Alberto, los santos hermanos Ángelo y Juan, pareciéndole poca, pidiesen licencia para añadir nuevas austeridades, que cumplian con el mayor rigor.

Son verdaderamente extraordinarios los prodigios obrados por Dios por el ministerio de estos sus amados siervos, y que nos refieren los historiadores de su vida. Notaremos algunos de ellos.

En obediencia á las órdenes del prior, los dos hermanos habian ido un dia á cortar leña para el convento. Cayósele á Fr. Juan el hierro de la hacha en un estanque bastante profundo, que recogia el agua de la fuente llamada de San Elías. Grande fue la aflixion de Fr. Juan, por la circunstancia de ser prestada el hacha, y no ser posible pagarla á los religiosos por ser aquella comunidad muy pobre. Cuando su hermano Ángelo le vió en aquella aflixion, se puso en oracion y luego tomó el ástil, y aplicándole al agua, vieron que subiendo el hierro, contra los efectos naturales, se encajó en el palo. Este hecho milagroso causó gran admiracion en Fr. Juan, pero su hermano excitándole á dar gracias á Dios le encargó el silencio. Aquel calló en efecto, pero el Señor que se gloría en hacer pública la santidad de sus siervos para edificacion y ejemplo de los demás fieles, lo reveló al santo prior de su convento en ocasion en que se hallaba entregado á la oracion, y aquel para gloria de Dios publicó el hecho en la comunidad.

Conociendo los superiores de cuan grande utilidad podian sér en el sacerdocio los dos santos hermanos, les mandó bajo obediencia recibir las sagradas órdenes. Ellos rehusaron por su humildad, creyéndose indignos de ascender á tan elevada dignidad, pero hubieron de conformarse á lo mandado. Un nuevo prodigio más admirable que el anterior vino á demostrar los grandes favores que el cielo se complacia en dispensarles.

Era el año 1213 y hacia órdenes el patriarca de Jerusalen.

Los santos hermanos salieron del convento del monte Carmelo, al cual dieron vuelta para visitar la cueva de San Juan Bautista, y así tuvieron necesidad de pasar el rio Jordan.

Venia aquel muy crecido, por haber llovido abundantemente en aquellos dias: la barca estaba anegada, y una multitud de gente se hallaba detenida por no haber paso posible.

Lástima causó á Fr. Ángelo aquella gente que por precision se hallaba detenida: y sabiendo que todo se alcanza por la fervorosa oracion, se postró en tierra y oró fervorosamente por espacio de media hora. Pasado este tiempo se levantó y animado por la fe se volvió al rio, y pronunció estas palabras: «Sagrado rio, por la virtud que en tí dejó Jesucristo cuando fue bautizado en tus aguas, por el poder de la Santísima Trinidad, y la intercesion de nuestro padre San Elías, cuando acompañado

de su discípulo Eliseo, hirió tus aguas; te mando que dés paso enjuto á estos religiosos y fieles que están aquí detenidos.» Dichas estas palabras, y con admiracion de cuantos estaban presentes, se dividió el rio y dió paso franco y libre á todos los pasajeros. Véase como no usamos de exageracion al comparar al glorioso San Ángelo con su padre San Elías, pues que tan semejantes son los milagros de entrambos. Como es de suponer, esta maravilla se divulgó en seguida, y fue causa de la conversion de muchos judíos y sarracenos, aunque de gran confusion para el siervo de Dios, que tanto queria humillarse y oscurecerse cuanto más Dios se empeñaba en ensalzarle y engrandecerle por medios tan maravillosos.

Luego que los santos hermanos hubieron llegado á Jerusalen, recibieron de manos del patriarca las sagradas órdenes hasta el presbiterado, é inmediatamente tomaron de nuevo el camino para dirigirse á su convento del monte Carmelo. Tomaron la ruta por Belen, con el objeto de visitar el lugar donde habia nacido el Salvador, pero ántes que ellos llegó la noticia de sus grandes virtudes. Una vez en aquella ciudad de tan felices recuerdos, apresurábanse los enfermos en acudir á ellos para alcanzar por sus oraciones la salud.

Entre todos fue notable una mujer llamada Isabel, la cual se hallaba afligidísima porque la muerte le acababa de arrebatar un hijo. Vertiendo amargas lágrimes, suplicaba á San Ángelo que le resucitase al que era toda su alegría y consuelo, pero el santo se excusaba pretextando que era mucha su indignidad para que Dios quisiese obrar por él tan extraordinario milagro. A pesar de estas protestas, la mujer instaba, y á sus ruegos se unieron los de otras muchas personas que la compadecian, y entretanto trajeron al difunto á la presencia del santo. Este vencido por tantos ruegos y movido tambien á compasion, se puso en oracion y aplicando despues la capa al difunto, éste se levantó vivo dejando lleno de admiracion á todos los circunstantes. El resucitado se arrojó á sus piés dándole gracias por que no solamente debia á su intercesion la vida del cuerpo sino tambien la del alma, la cual hubiera perdido por sus contínuas blasfemias.

La circunstancia de haber ocurrido este milagro en la fiesta de la Epifanía, causa de que hubiesen concurrido á Belen muchos prelados y multitud de gente de los pueblos circunvecinos, hizo que su fama tomase un gran vuelo y que por todas partes le colmasen de aplausos. Bien conocia San Ángelo cuan peligroso es esto, y como su natural modestia

y humildad profunda le instaron á huir de aquel lugar, suplicó al Señor en fervorosa oracion que dirigiese sus pasos poniéndole en paraje seguro. Un ángel que Dios le envió para su consuelo, le señaló el lugar donde debia retirarse, y usando de licencia que reservadamente tenia de su superior, salió de Belen acompañado del ángel que hizo con él el oficio que San Rafael con Tobías, y se dirigió con tan hermosa compañía al desierto de la Cuarentena, cerca de Jericó, donde por espacio de cinco años permaneció tan oculto, que ni los religiosos sus compañeros, ni persona alguna de las muchas que durante este período de tiempo le buscaron, pudiesen dar con él.

En aquella soledad espantosa, que á él le parecia bellísima, se hizo un pasmo de penitencia, castigando su inocente carne con las más crueles austeridades, pasando las noches en oracion, y no dando á su debilitado cuerpo más que el preciso descanso, y este sobre la tierra.

Bien podemos afirmar que no se leen de los demás santos prodigios tan admirables como los afectuados por San Ángelo, pues qne miéntras él en el desierto se hacia espectáculo á los ángeles y á los hombres, en Belen se obraban muchas maravillas por el contacto de su capa que allí habia dejado por no poderla sacar sin que se hubiesen apercibido de su marcha, que hubiesen tratado de evitar, en lo que vemos repetido el prodigio de la capa de su padre Elías dejada á Eliseo, cuando fue arrebatado en el carro de fuego. El padre Enoch, historiador de la vida de nuestro santo, dice, que por la capa de San Ángelo se obraron en Belen no sólo la curacion de varias enfermedades, sino que tambien la resurreccion de cinco muertos, y añade que tres de ellos que eran varones, se hicieron religiosos y las dos que eran doncellas, tomaron el hábito de religiosas, para que se viese que sus milagros no tanto miraban á la salud del cuerpo, cuanto á la del alma.

Como hemos dicho ántes, por espacio de cinco años permaneció en el desierto San Ángelo, donde recibió muchos y extraordinarios favores del cielo á los que supo corresponder con profundísima humildad y contínuas acciones de gracia. Cuando por obedecer las órdenes del Señor abandonó el desierto, se dirigió á Jerusalen, á cuyo tiempo su hermano era ya patriarca. Tomando licencia de su general y eligiendo tres religiosos de su órden, despues de haber predicado con mucho fruto por espacio de dos meses dejó á Jerusalen para dirigirse á Italia, con dichos compañeros que lo fueron Fray José de Emmauis, Fray Pedro de Belen que despues fueron obispos y Fray Enoch Hierosomilitano, que

llegó á ser despues patriarca de Jerusalen y escribió la vida de San Ángelo.

En este viaje esperaban algunos trabajos á los santos peregrinos.

Despues de quince dias de navegacion, cuando se hallaban ya á la vista de Sicilia, se encontraron con cuatro galeras de moros que cercando la nave en que ellos iban, la rindieron. Inmediatamente saltaron á bordo setenta moros, los cuales empezaron á aprisionar á los cristianos. En esto San Ángelo sin temor alguno, exclamó con energía: «Tratad bien á los siervos de Jesucristo». Irritados con esto los mahometanos lejos de detenerse se dirigieron á él para atarle tambien y entonces el Santo levantando al cielo los ojos y las manos dijo: «Líbranos, Señor, de las manos de tus enemigos, y da gloria á tu nombre». Esta plegaria subió al cielo en olor de suavidad, y los milagros se multiplicaron para testimoniar la santidad de aquel siervo humilde del Señor. Bajando fuego del cielo destruyó instantáneamente á los setenta moros sin tocar á ninguno de los cristianos y los trescientos sectarios que habian quedado en las galeras quedaron ciegos con el resplandor de aquel fuego por lo que á grandes voces empezaron á implorar misericordia á los cristianos. San Ángelo recorrió las galeras ofreciendo que recobrarian la vista únicamente los que se hiciesen cristianos. Todos respondieron que querian ser cristianos. En algunos dias que se detuvo en aquel puerto los catequizó á todos y despues los bautizó siendo maravilloso el que fuesen recobrando la vista á medida que iban recibiendo el Santo Sacramento.

Despues de este triunfo partió el santo para Mesina con toda aquella tropa de nuevos cristianos y en los pocos dias que allí permaneció hospedado en el convento de su órden, efectuó otra porcion de obras maravillosas. Dirigióse luego á Roma y se presentó al Sumo Pontífice á cuyos piés se postró para recibir su bendicion.

Varios fueron los sermones que predicó en la ciudad santa. Uno de ellos fué en San Juan de Letran.

Entre la multiud de oyentes que llenaban los ámbitos de aquel grandioso templo, se hallaban Santo Domingo y San Francisco.

Jamás habia visto San Ángelo á aquellos dos varones espirituales, pero conociéndolos con luz superior desde el púlpito, anunció en el sermon que entre los que le oian habia dos nuevas y firmes columnas de la Iglesia. Grande fué el fervor que el santo Carmelita desplegó en su sermon de suerte que los oyentes vertian lágrimas y suspiraban al recuerdo de sus pecados.

Los dos santos patriarcas, luego que San Ángelo hubo terminado se acercaron á él para saludarle y todos se unieron en estrecho abrazo.

San Ángelo fué el primero en hablar.

—Guárdeos Dios, les dijo, grandes doctores de la milicia cristiana. A tí Domingo, á quien ha escojido el Señor para acérrimo impugnador de las herejías, y predicador contra los vicios; y á tí Francisco, principal imitador de Jesucristo, cuyas cinco llagas ha de imprimir en tu cuerpo por premio de tu humildad.

—Alégrate, Ángelo, contestó Domingo, á quien el Señor por singular privilegio ha escogido por predicador de la verdad contra los vicios y herejías, y lustre de la Iglesia con tus virtudes y ejemplos.

—Con razon, Ángelo, añadió Francisco, te puedes alegrar; porque en breve tiempo darás tu vida por la honra del Señor en el reino de Sicilia, y con tres coronas de vírgen, doctor y martir, subirás triunfante al cielo.

He aquí un magnífico encadenamiento de profecías que se cumplieron con la mayor exactitud.

Aquellos tres varones á cual más santos estuvieron reunidos algunos dias en Santa Sabina, cuya iglesia habia sido concedida por el papa á Santo Domingo para primer convento de su órden. Sobre la celda en que vivió el santo patriarca se lee todavía una inscripcion latina que recuerda lo que acabamos de decir.

San Ángelo cuyos milagros no pueden reducirse á guarismos fué asesinado en el mismo púlpito por el infame Berengario, cuyos errores condenaba con la mayor energía, y á cometer este horrendo crímen le impulsó mas que nada, el despecho que le habia causado la conversion de su hermana y manceba Margarita, debida á un sermon del santo.

Al glorioso Santo Domingo de Guzman, ilustre español, se debe la institucion de la hermosa devocion del Rosario. Viendo la guerra contínua que los herejes albigenses hacian á la fe, recurrió el santo á la Santísima Vírgen María, suplicándole intercediese con su Divino Hijo á fin de que renaciese la paz y la tranquilidad en la Iglesia, extirpando la funesta herejía que con tantos prosélitos contaba. La Santísima Vírgen se presentó visiblemente á Domingo circuida de gloria , y le dió instrucciones.

Hallábase entonces el santo retirado en una cueva en las cercanías de Tolosa, y la Reina del cielo le dirigió estas hermosas palabras que llenaron su alma de consuelo: «Hijo mio, Domingo, no temas, aliéntate, que en mí ha fiado Dios la reforma del mundo, y yo te dejo á tí para que desempeñes mi palabra: toma este Rosario, arma hasta ahora ni conocida

ni manejada por los cristianos, pero la más poderosa para vencer al mundo y al infierno; solo con que le reces con devocion y le prediques con fervor, lograrás la reforma de las costumbres, la extirpacion de los vicios, la destruccion del error.» Esto nos hace recordar las expresiones que Dios dirigiera un dia al caudillo del pueblo hebreo al entregarle la prodigiosa vara que á su arbitrio habia de convertirse en serpiente, abrir los mares, endulzar las aguas y obrar las mas estupendas maravillas: «Toma en tus manos esta vara con la cual efectuarás prodijios (1).» Por esto al Rosario de María, podemos llamarle la vara mística de la militante iglesia.

Admirables son los efectos que causó desde su institucion la devocion del Rosario de María. Domingo, el nuevo Moisés armado con la mística vara, se presenta animoso en la ciudad de Tolosa, á cuya entrada las campanas se tocaron por sí solas, y una imágen de María Santísima levantó la mano en ademan de castigar á los habitantes de aquella ciudad sino recibian aquella tan santa devocion. Horrorosos truenos y luminosos relámpagos manifestaban la ira de Dios, de suerte, que todo se convirtió en lamentos y consternacion: mas al punto que resonaron por las calles y plazas de Tolosa los ecos de las Ave-Marías del Rosario que predicaba Domingo, el cielo aplacó sus rigores, y la imágen de la Santísima Virgen María bajó la mano en señal de que otorgaba el perdon: los herejes quedaron confundidos, el error disipado y destruida la impiedad.

Ya que hemos hablado de esta devocion tan popular en todo el mundo cristiano, y muy especialmente en nuestra España, donde el Rosario de María se reza en la mayor parte de las familias, si bien nos abstenemos de hacer mencion de muchos hechos prodigiosos que demuestran las grandes utilidades que de su práctica han reportado los cristianos, reproduciremos de otra obra nuestra, un hecho honrosísimo para nuestra patria que se halla consignado en la historia. Pudiéramos haberlo dejado para la historia del siglo XVI, pero optamos por referirlo á continuacion de la explicacion de su institucion. Decimos así en nuestra obra *Glorias religiosas de España* (2):

«La Divina Providencia, cuyos juicios son arcanos impenetrables á la débil y menguada inteligencia humana, permitió en los primeros años del siglo XVI que los turcos ganasen grandes victorias sobre los cristia-

(1) Exod. cap. IV. v. 17

(2) Tomo II, pág. 212.

nos. Enorgullecidos con tales triunfos los enemigos de la fe, se prometian sembrar el terror y el espanto en toda la Europa, aspirando nada ménos que á enarbolar el estandarte de la media luna sobre la cúpula de la Iglesia de San Pedro en la capital del mundo cristiano, donde ondea el signo sacrosanto de la Redencion, la Santa Cruz: para conseguir la realizacion de tal proyecto, Selim II, hijo y sucesor de Soliman II, reunió una formidable armada. Era pasada la primera mitad del siglo XVI y ocupaba la Silla de San Pedro el Sumo Pontífice San Pio V, el cual habia puesto bajo la proteccion de la Santísima Vírgen, la armada cristiana que era muy inferior á la enemiga. Llenos de fe los soldados cristianos, imploraron la proteccion de la misma Señora, y en su nombre entablaron la célebre batalla de Lepanto el dia 7 de Octubre del año 1571. La armada otomana era mandada por Alí-Bajá, y la cristiana por el invicto D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II. rey de España, juntamente con Marco Antonio Colonna, general de la escuadra pontificia. Muy persuadidos estaban los turcos de que era suya la victoria, atendido el mayor número de sus fuerzas, y de tal modo supieron guiar sus maniobras, que lograron rodear la escuadra cristiana para que ni uno sólo de sus buques escapase á su furor y ódio.

«En tal disposicion se encontraban cuando se dió la órden de combatir. Los dos jefes de la armada cristiana enarbolaban el estandarte que habian recibido de manos del Sumo Pontífice: empero ántes de que tuviese principio la pelea y terrible lucha, el invicto D. Juan de Austria entró en una pequeña galera y recorriendo toda la armada, exhortó á todos á pelear valerosamente, diciéndoles que en aquel dia se trataba de la suerte de la Religion y de la patria, y de la de sus padres y parientes: que en su diestra llevaba la victoria y que el no conseguirlo seria ignominioso á unos hombres tan fuertes, por lo cual era preciso vencer valerosamente ó perder la vida con honra: otro tanto hicieron los generales de las armas y al mismo tiempo se publicó por los sacerdotes la indulgencia plenaria concedida por el Pontífice á todos los que muriesen en tan piadosa empresa (1). Jefes y soldados se postraron y saludaron con el mayor entusiasmo la imágen de Jesucristo bordada en el estandarte pontificio; y todos le pidieron su auxilio por la proteccion de la Santísima Vírgen María, bajo cuyo amparo, como ántes hemos

---

(1) Continuacion de la Historia de España del Padre Mariana, por el P. José Manuel Miñana. Lib. VI y XIV.

dicho, habia colocado el Sumo Pontífice la armada cristiana. La batalla dió principio: todas las probabilidades estaban de parte de los turcos, á cuyos buques favorecia el viento que les hacia marchar rápidamente y que les ayudó á rodear, como ya hemos indicado, la armada cristiana. Esto fue causa de que se sobresaltasen los soldados empezando algunos á desalentarse: empero de nuevo acudieron á la proteccion de la Vírgen María, y vieron con admiracion, que variando instantáneamente el aire se les hizo favorable, cargando todo el humo sobre la escuadra de los turcos. El combate fue de los mas terribles que consigna la historia. La fe y el amor patrio hacian de cada soldado cristiano un héroe, distinguiéndose muy particularmente los españoles. A las tres horas de combate, los turcos comenzaron á ceder y hacian por retirarse. Los cristianos que pudieron observarlo se llenaron de mayor regocijo y redoblando sus esfuerzos hacian prodigios de valor. A voz en grito imploraban el auxilio de la Vírgen María, cuyo nombre, repetido con el mayor entusiasmo, era pronunciado por tanta multitud de labios. Alí-Bajá sucumbió y apoderándose en seguida D. Juan de Austria de su galera, arrancó el estandarte otomano y en todo los buques resonó el grito de *victoria*. La historia hace subir á treinta mil el número de los turcos que perecieron en esta batalla de Lepanto, la más sangrienta que habian conocido los moros hasta entónces (1). Los cristianos recogieron unos cinco mil prisioneros, haciéndose dueños de ciento treinta galeras con otras muchas que se sumergieron ó quemaron. ¡Triunfo admirable que recuerda con noble orgullo la historia del siglo XVI! Con sólo considerar la superioridad de las fuerzas enemigas, y la cortísima pérdida de los cristianos comparada con la de los otomanos, no podemos ménos de reconocer la asistencia de Dios dispensada de un modo tan visible á favor de los cristianos. Conseguido tan portentoso triunfo, los valerosos soldados siguiendo el ejemplo de D. Juan de Austria y de Marco Antonio Colonna, se postraron para rendir gracias fervorosas al Dios de las batallas y á la Santísima Vírgen, por cuya poderosa intercesion habian alcanzado tan señaladas mercedes.

---

(1) Los cristianos experimentaron tambien en esta batalla sensibles pérdidas, pues que perecieron ilustres y esclarecidos varones, entre los que se cuenta Barbarigo, que fue atravesado de una saeta, D. Bernardino de Cardenal, de una bala y otros. A D. Alvaro de Bazan, le libertó la vida su escudero, y Vonaici fue herido en una pierna. En este combate quedó manco el príncipe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo nombre será imperecedero en los fastos de la literatura española.

«El Sumo Pontífice San Pio V, que mientras los soldados defendian la causa de la Religion y civilizacion elevaba al cielo el incienso de su oracion, tuvo en el momento revelacion del triunfo conseguido por los cristianos, y tan persuadido quedó de que era debido á la proteccion de la Santísima Vírgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria*, como lo anuncia el Martirologio en estos términos: *El mismo dia* (7 de Octubre) *la conmemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el Santo Papa Pio en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los cristianos de los turcos en una batalla naval por la particular proteccion de la Santísima Vírgen.* Y como quiera que el dicho Santo Pontífice se habia valido de la devocion del Santo Rosario para impetrar la proteccion de la Santísima Vírgen María á favor de los soldados cristianos, ordenó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del Santísimo Rosario: y el Sumo Pontífice Gregorio XIII, reconociendo que la batalla de Lepanto ganada contra los infieles se debia á esta devocion, ordenó en justo reconocimiento á la Santísima Vírgen, que perpétuamente se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de Octubre en todas las iglesias donde eixistiese esta devotísima cofradía, á la que despues han enriquecido muchos soberanos Pontífices, con innumerables gracias y privilegios, como puede verse por los catálogos que conservan siempre las cofradías que en gran número se hallan establecidas en los pueblos cristianos, con el objeto de honrar á la Madre de Dios y de los hombres, é implorar su proteccion y amparo.»

En suma: el Rosario, es una práctica muy conforme al espíritu de cristianismo, muy agradable á la Reina de los cielos, y por lo tanto muy provechosa para los que deseen merecer su proteccion, y trabajar con fruto en la obra de su salud eterna. Entre los muchos fundamentos que tenemos para reconocer á Santo Domingo por primer instituidor del Rosario, son á más de la constante tradicion de seis siglos, los testimonios expresos de los Soberanos Pontífices Leon X, San Pio V, Gregorio XIII, Sisto V, Clemente XI, Benedicto XIII y otros muchos (1). La órden de Predicadores de Santo Domingo de Guzman, fue aprobada por el papa Honorio III que sucedió á Inocencio III, teniendo lugar esta aprobacion en 22 de Diciembre de 1216.

(1) Sobre esto puede verse á Touron, *Vida de Santo Domingo*, lib. 1, cap. 14.

Ántes que la de Santo Domingo habia sido aprobada de viva voz la de San Francisco por Inocencio III, el cual versado como estaba en los caminos del espíritu no pudo ménos de conocer á pesar del exterior despreciable de aquel hombre evangélico, una pureza admirable de corazon, y un espíritu verdaderamente superior. No nos detendremos en hablar ahora de la rápida propagacion de estos dos institutos religiosos, que tan útiles han sido á la Iglesia y á los Estados, y que han dado al cielo gran número de confesores y de mártires. Todo esto consta en muchas obras y principalmente en las crónicas de ambas religiones.

Hagamos ahora para terminar algunas reflexiones, que con la ayuda de Dios ampliaremos al escribir la Historia del siglo XIX.

¿Qué son los frailes ante la sociedad moderna? Un escritor funestamente célebre ha dicho: «*El monaquismo es para la civilizacion una especie de tísis que embarga y corta la vida á los individuos, y tambien á la sociedad.*» Esta frase de Victor Hugo y otras semejantes proferidas por otros escritores no menos hostiles al monacato pudieron por algun tiempo deslumbrar á los que creyeron que la extincion de las órdenes religiosas habia de dar por resultado la felicidad de los pueblos ¡Insensatos! Escribímos en el año 1868, y ya vemos con placer que el desengaño es general y que los pueblos se han convencido de que otros, y no los que vivian retirados en el ejercicio de la oracion y en la práctica de la piedad más austera, han sido los causantes de los grandes males que deplora la Europa. Ya hemos visto el principio de la realizacion de lo que en dias verdaderamente calamitosos anunciara Balmes, ese hombre ilustre que produjera Cataluña en nuestros dias, y que por desgracia bajó al sepulcro en lo mejor de su vida. He aquí como se expresaba el profundo pensador: «En nuestro juicio, volverán á brotar en el suelo español las comunidades religiosas bajo una ú otra forma; y este hecho que se está verificando en todos los paises, aun en los más trabajados por los huracanes de la revolucion, se realizará en la católica España con mayor extension, grandor y prontitud que en otras partes, tan luego como cese el dominio de la fuerza, y se establezca y consolide un gobierno».

Los profundos conocimientos que poseia hicieron á Balmes entrever el porvenir y anunciar con tanta seguridad lo que ya podemos decir que vemos realizado (1).

---

(1) No obstante de que segun hemos indicado, nos ocuparemos extensamente de este asunto al escribir la Historia del siglo XIX, en la que necesariamente hemos de hacernos

Cuantas calumnias ha podido inventar el ódio satánico se han puesto en juego en estos últimos tiempos para desacreditar los institutos religiosos y hacerlos aparecer á los ojos de la nueva generacion como perjudiciales en alto grado al bienestar y á la tranquilidad de los pueblos. Ya á fines del

---

cargo de la exclaustracion de los regulares en España, tenemos un placer en consignar en este lugar algunos trozos del discurso pronunciado en las cortes españolas, por el diputado señor Clarós, en Junio de 1867. ¿Se le hubiese dejado hablar algunos años ántes en el sentido que lo hizo? Véase confirmado el pronóstico de Balmes. He aquí ahora, el valor y la conviccion con que se expresaba el dicho diputado:

«La cuestion que voy á tratar es la de la restauracion de las órdenes religiosas. Esta cuestion tiene su principio en la ley y su progreso en el cumplimiento de ésta. En virtud del art. 29 del Concordato, pide ese digno Prelado (el venerable Obispo de Pamplona), que se permita admitir novicios en un convento de franciscanos que existe ya. La cuestion, pues, se reduce á un hábito, porque las órdenes religiosas las tenemos. Hace treinta y tantos años *el puñal de infames asesinos*, *comprado con el oro de los clubs*, *hirió á virtuosos é inermes sacerdotes*, sin que el poder interrumpiese su resistencia, sin que ningun soldado protegiese, ya que no en nombre de la justicia cristiana, en nombre al ménos de la hidalguía española, á aquellas *inocentes víctimas*.

Treinta años despues los oficiales del ejército español encontraron aquellos puñales tintos en sangre de inocentes religiosos, y dos veces manchados con el contacto del oro prostituidor, clavados en los pechos de sus compañeros. Entendedlo bien, señores del partido moderado: vuestros hombres estaban entónces al frente de la Administracion: decidme si en vuestra conciencia no está que debeis una solemne y noble reparacion.

Es preciso retroceder en el camino del mal y marchar por el camino del bien. Tenedlo bien entendido: quiero la restauracion de las órdenes religiosas, no precisamente como un elemento conservador, sino como un elemento verdadero de progreso. que satisfaga, no solo las necesidades de la sociedad antigua, sino tambien las de la sociedad nueva.

Moradores de la tierra profanada con los pronunciamientos, restableced las órdenes religiosas que acompañaron á vuestros padres á la conquista de un imperio en cuyos dominios nunca se ponia el sol. Doblad la rodilla ante los que auxiliaron en su agonía á los que murieron el Dos de Mayo, y tended la mano á los que alentaron el heroismo de sus ilustres vengadores.

. . . .

Meditadlo bien, señores: la admision de los religiosos, para nosotros es un acto de Religion, para vosotros creo que es un acto de sublime política; vosotros habeis querido que los empleados sean compatibles con el régimen parlamentario, pues no querais que sean incompatibles los religiosos. Creedme: si los frailes son incompatibles con el Gobierno parlamentario, el Gobierno parlamentario será incompatible con la Religion; ¿quereis que apelemos al sufragio universal?

Toda fundacion social debe estar calcada sobre la base cardinal de la Religion católica: todo movimiento de progreso en la humanidad debe apoyarse en los principios religiosos: toda organizacion social y política debe acomodarse á los preceptos de la Iglesia católica. Notad que si hay en mí alguna novedad es por sobra, no por falta; el lema de mi bandera es el mismo, *solo que ahora traigo por corbata el humilde cordon de San Francisco*, y á mucha honra.

. . . .

Os pido el restablecimiento solemne de estas corporaciones; pero despues de haberlo

pasado siglo, Federico y Voltaire que fueron los fautores y maestros de la revolucion europea que se propuso dar al traste con la fe cristiana y destruir la obra indestructible de Dios que es la Iglesia, empezaron á realizar sus funestos planes persiguiendo á los regulares no por otra causa sino porque sabian que ellos son el antemural de la Iglesia. ¿Podrá encontrarse entre los enemigos de los regulares la profunda sabiduría de un Tomás de Aquino, la misericordia para con los pobres de un Juan de Dios, el celo extraordinario en beneficio de los niños de José de Calasanz, la humildad de un Francisco de Asis y en una palabra, esa caridad tan admirable que llevaba á los hijos de Pedro Nolasco á cargar con las cadenas de los cautivos, y á los religiosos de diversas órdenes á abandonar

---

pedido en nombre de la Religion y en nombre de la justicia, yo lo pido tambien en nombre de la libertad.

¿Quereis saber donde está la libertad? Allí donde la señala la palabra igualdad. ¿Quereis saber cuál es la verdadera libertad? Pues es querer libremente lo que se debe á los demás: es no ser esclavo de sus pasiones. ¿Quereis saber cuál es la mas alta libertad? Pues es la Religion católica, apostólica, romana; es Leónidas con sus 300 compañeros en las Termópilas: es Daoiz y Velarde combatiendo por la libertad y la independencia de su patria contra los franceses; Daoiz y Velarde, que al mismo tiempo que defendieron heróicamente á su patria, la ofrecieron, con un homenaje de su amor, su sangre y su vida: es la libertad del sacrificio.»

El señor Clarós fue escuchado con el más religioso respeto y sin protestas, y ya que hemos consignado parte de su discurso, nos hacemos un deber en continuar algunas frases del que pronunció el señor Ministro de Gracia y Justicia:

«Se ha tratado aquí, decia, del restablecimiento de las órdenes religiosas. Yo no he de oponerme á este principio, porque las he venerado miéntras existian, y creo que es menester restablecer el órden moral auxiliando el servicio parroquial que va quedando en el aislamiento y el desamparo.

. . . .

Ahora bien, ¿por qué esta cuestion se suscita hoy despues de 16 años de entablada? ¿Qué ha pasado aquí que en esos 16 años no se haya hecho nada ó casi nada en este punto? Que los Gobiernos empezaron á aplicar el artículo y preguntaron á los Obispos por qué órdenes podria empezarse, y se señalaron las de San Vicente de Paul y San Felipe Neri. Desde luego pudieron establecerse, y sin embargo, no hay hoy por hoy más que cuatro casas de San Vicente de Paul y seis de San Felipe Neri. ¿Por qué? Porque nos hallamos sin edificios disponibles, y era imposible hacerlos cuando los templos se estaban cayendo, y apénas bastaba nuestro presupuesto para componerlos. Se escitó á los compradores de bienes nacionales á que cedieran los conventos, y sólo tres lo hicieron; además era preciso dotar á las comunidades que ya no tenian bienes, habia que reparar los templos y esto costaba mucho y no era posible hacerlo cuando no teníamos por desgracia grandes sumas de que disponer.»

Referíase el señor Ministro al artículo del último Concordato celebrado por Su Santidad Pio IX, y S. M. la Reina de España en 1851. El texto de este Concordato lo daremos en el apéndice al fin de la obra.

su patria para llevar la luz del Evangelio á costa muchas veces de su propia vida que pierden en los martirios más crueles é incultas islas. Empero no necesitamos justificar á los que la Providencia ha justificado plenamente.



CAPITULO VI.

Fin del Pontificado de Inocencio III.—Elogio de este Papa.—Honorio III, papa.—Congregacion de la Indice (Nota).—Trabajos apostólicos de los discípulos de San Francisco.—Cardenales protectores de las órdenes.—Mártires franciscanos.—Fomento del órden de Predicadores.—Muerte de Santo Domingo.—Los cristianos de Oriente.—Crusada de niños.

El Sumo Pontífice Inocencio III, falleció en Perugia el 16 de Julio de 1216 á la edad de cincuenta y seis años, despues de haber ocupado la Santa Sede por espacio de diez y ocho años, seis meses y seis dias. Fue sepultado en la iglesia catedral de San Lorenzo de la misma ciudad. En 1345 cuando fue reparada dicha catedral, los restos de Inocencio III fueron reunidos con los de los papas Urbano IV y Martin IV, muertos tambien en aquella ciudad, y colocados en un mismo sepulcro, desde donde fueron trasladados á otro mas magnífico y suntuoso en 1615.

La Santa Sede estuvo vacante tan solo un dia.

Artaud de Montor, al terminar la Historia de Inocencio III reproduce un párrafo de la obra que con el título *Triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia*, escribió el sabio monje Mauro Cappellari que despues fué Sumo Pontífice con el nombre de Gregorio XVI. Es referente á las acusaciones hechas por varios innovadores á algunos Papas, cuya nomenclatura comprende á Inocencio III. Creemos tambien oportuno la reproduccion de dichos conceptos en este lugar.

«Citaremos con aire de triunfo los nombres de Zosimo, de un Pelagio I, de un Nicolás I, de un Honorio, de un Adriano I, de un Leon IV, de un Inocencio III, etc., etc.

«No hay quien ignore las célebres y victoriosas apologías consagradas á la defensa de cada uno de dichos Papas por los más imparciales historiadores, por los críticos de más renombre, por los teólogos más pro-

fundos, y por los católicos más sinceros, de modo que seria perder el tiempo reproducirlos en este lugar. Los innovadores deben conocer su existencia; mas ya sea que finjan ignorarlas ó que las tengan en nada, es lo cierto que persisten en afirmar que si los Papas fuesen infalibles, deberian poseer una firmeza superior á todas las violencias, ostentar el tono de magistrados supremos así en la cátedra como en sus habitaciones, así en los debates de los concilios como en las discusiones sociales; ser infalibles en todas sus palabras y resoluciones prácticas, ya interesen ó no á la fe, ya se dirijan á la Iglesia, ya se refieran á un solo individuo; en una palabra, segun aquellos innovadores deberian desde el momento de ser elevados al Pontificado, cesar enteramente de ser hombres para convertirse en divinidades. En vano es repetir que en todas las naciones se hace distincion en los mismos soberanos, entre el príncipe y el hombre privado: que la primera de dichas calidades no preside en todas sus acciones; que en la mente de todos, se ha considerado siempre el ejercicio de los derechos de la soberanía como dependiente de la voluntad del soberano; que las prerogativas del poder se armonizan sin destruirlas con las cualidades personales; y finalmente, que se debe consultar la naturaleza de los objetos y las demás circunstancias en que puedan hallarse el soberano lo mismo que el Papa, para juzgar con acierto de la calidad en que obran; nada se logra ofreciendo estas reflexiones al exámen de aquelos adversarios, pues sin dignarse contestar, las desprecian tratándolas de *puerilidades ridículas*, de *puras sutilezas* y de *distinciones quiméricas.*»

A las anteriores palabras del que estaba predestinado para ocupar un dia el Sólio Pontificio, añade las siguientes en elogio de Inocencio III, el erudito y concienzudo historiador Artaud de Montor:

«Inocencio fue un Pontífice de distinguido carácter, y se elevó sobre todos los grandes hombres de su tiempo; en Roma, en Pavía, en Bolonia, nadie se apartaba de su lado sin admirar su prodigiosa memoria.

«Hemos visto que en muchas cuestiones su opinion era decisiva, sabiendo siempre poner de su parte todas las ventajas á fuerza de hábil condescendencia, de paciencia y de bien comprendido interés por su capital; la doctrina de Gregorio VII suavizada en la forma, porque los príncipes eran mejores; generosos consejos á los cruzados, segura libertad para sus partidarios, y consideraciones y apostólico afecto para sus adversarios, tales eran sus reglas y su norma. Cuanto más sólo obraba, tanto más acertaba; tres veces á la semana tenia un consistorio

ó mejor, audiencia pública, lo que no se habia visto hacia mucho tiempo, y en ella escuchaba á los que se presentaban, confiando á sus subalternos las causas insignificantes y reservando para sí las más difíciles.

«Era tal la fama de la profundidad que mostraba en sus discursos, que muchos jurisconsultos acudian de muy léjos sólo para oirle.

«Su estatura era mediana, y su rostro tuvo siempre cierto aire imponente.

«Inocencio socorria con abundancia á muchos pobres, miéntras que en sus comidas sólo le servian tres platos, dando así ejemplo de templanza.

«Durante su Pontificado adquirió nueva fuerza el poder temporal de los Papas, pues aquel gran Pontífice, aquel vasto génio, tan animoso á su modo como Gregorio VII, fue sin embargo mucho más feliz que éste.

«Cuando Inocencio dejó de gobernar se hallaba en el apogeo de su gloria, envolviendo sus rayos al fin de la carrera de aquel que tan noblemente sostuviera los intereses de la cristiandad, y que recordara sin temor á los príncipes reinantes las prescripciones de la moral y los deberes del trono.»

El mismo escritor del que hemos tomado el anterior elogio concluye su relato con el retrato del verdadero predicador, trazado por el mismo papa Inocencio III. No nos dispensamos de reproducirlo por ser un documento de grande interés para los eclesiásticos. Dice de este modo: «Es tal la fuerza de la predicacion de la divina palabra, que vuelve al alma del error á la verdad, del vicio á la virtud, que endereza lo torcido y allana lo escabroso; que instruye en la fe, hace nacer la esperanza y afirma en el amor; que arranca de ella lo que le perjudica, planta lo que puede serle útil y conserva lo virtuoso; que es el camino de la vida, la escala de salvacion, la puerta del paraiso. Por esto, pues, debe el predicador estar provisto de oro, de plata y de bálsamo, es decir, que debe tener sabiduría, elocuencia y virtud, á fin de concebir lo que dice, y de practicar lo que dice y concibe. Quiera Dios que practique yo lo que enseño como predicador.»

Para terminar la historia de este Pontificado daremos cuenta de dos concilios celebrados despues del IV de Letran, ántes de la muerte del papa Inocencio III. Ambos fueron reunidos en 1216.

El primero tuvo lugar en Génova, por el arzobispo Oton el 6 de Abril, y los dos dias siguientes, en cuyo concilio se publicaron los decretos del ecuménico de Letran.

El otro se celebró en Melun, y tuvo por objeto contestar á Inocencio III, que habia escrito al arzobispo de Sens y á sus sufragáneos, que Felipe Augusto estaba excomulgado, como sospechoso de favorecer á Luis, su hijo, llamado á Inglaterra para reinar en ella en lugar del rey Juan. Los grandes del reino reunidos en este concilio de Melun, contestaron protestando que ellos no tendrian al rey por excomulgado, sino estaban ciertos, y seguros de la voluntad del Papa. Pero el príncipe Luis fue solemnemente excomulgado por el Papa en el mes de Junio de 1216, y esta excomunion duró hasta hacerse la paz con el jóven Enrique, rey de Inglaterra, paz que se juró el 11 de Setiembre de 1217.

La eleccion del sucesor de Inocencio III tuvo lugar en Perugia, por diez y nueve cardenales el dia 18 de Julio de 1216, y recayó en Cencio Savelli, romano y presbítero cardenal que desempeñaba las funciones de camarlengo y de vice canciller de la santa Iglesia romana y que tomó el nombre de

Honorio III, y fué coronado en la misma ciudad donde tuvo lugar su eleccion, haciendo su entrada en Roma el 31 de Agosto con gran contentamiento de los romanos que conocedores de sus virtudes y bellas cualidades auguraban un feliz Pontificado. El 4 de Setiembre tomó posesion solemnemente el nuevo Papa en la Iglesia de San Juan de Letran.

La regla de la órden de los *predicadores* de Santo Domingo aprobada verbalmente por Inocencio III, lo fué por una bula de Honorio III firmada en 22 de Diciembre de 1216.

Defiende Artaud de Montor á Santo Domingo de las acusaciones que se le han hecho á causa del establecimiento de la inquisicion. «Santo Domingo, dice este autor, atacó sí la herejía de los albigenses, pero únicamente con palabras, con ejemplos; y si la autoridad secular cometió crueldades, ni las aconsejó, ni aprobó; finalmente, su muerte aconteció en 1221, y el dicho tribunal no fué establecido hasta 1223. Débese pues hacer justicia á Santo Domingo, y reconocer que sus actos son enteramente distintos de los de la Inquisicion.» Domingo exhortaba á la humildad y á la pobreza, y como un dia predicara un sermon que hizo conmover profundamente á su auditorio, uno de los que le habian escuchado le preguntó de que libro lo habia sacado. La respuesta del Santo fué esta: «Me he servido únicamente del libro de la caridad.»

He aquí otras noticias que sobre esta órden dominicana nos dá el referido escritor: «Los dominicos tienen por regla la predicacion, el silencio perpetuo, la contínua abstinencia de carne, el ayuno desde el 14 de se-

tiembre hasta Pascua, el uso de la lana en vez de hilo y otras austeridades que observan religiosamente; hasta 1219 llevaron el hábito de los canónigos regulares, en cuya época y en su convento de Santa Sabina, empezaron á revestirse del que usan en el dia.

«En 1220, celebraron un capítulo general en el convento de Bolonia, y en él el santo fundador renunció á todas las rentas y posesiones de los conventos; su órden se convirtió en una de las cuatro mendicantes que son: los agustinos, los carmelitas, los dominicos y los franciscanos; el concilio de Trento le permitió poseer, mas les impuso la obligacion de mendigar á fin de que conservasen el recuerdo de su antigua disciplina.

«La órden de los dominicos ha producido un número considerable de santos canonizados; cuatro Sumos Pontífices, Inocencio V, Benedicto XI, san Pio V y Benedicto XIII; más de sesenta cardenales, más de ciento cincuenta arzobispos, más de ochocientos obispos y muchísimos escritores y hombres ilustres por su piedad y ciencia.

«Mas tarde, Honorio asignó á un miembro de esta órden el cargo de *maestro del sacro palacio*, uno de los más importantes de la corte romana. Viendo Santo Domingo que, cuando los cardenales asistian á las ceremonias del palacio pontificio, sus servidores permanecian inactivos en las antecámaras, propuso á Honorio nombrar á un hombre instruido que, durante aquel tiempo les predicase la palabra de Dios; el Papa aprobó la idea y confió el cuidado de su realizacion al mismo Santo, el cual empezó, explicando las epístolas de San Pablo, siendo en breve tan numerosa la concurrencia que asistió á sus sermones, que se dispuso desempeñase siempre un dominico semejante empleo con el nombre de *maestro del sagro palazzo*. Con el trascurso del tiempo, el dominico, compañero del *maestro*, continuó desempeñando el cargo de predicar á *la familia* de los cardenales, y el *maestro* quedó revestido del oficio de censor para los libros y escritos que se publicasen en la ciudad de Roma, y que se introdujesen en ella por cuyo motivo se da un lugar al padre maestro en las congregaciones de la Santa inquisicion y del *index* (1).

---

(1) Aunque ya hemos hablado en otro lugar de las diversas *Congregaciones romanas*, creemos oportuno dar aquí algunas explicaciones canónicas, acerca de la prohibicion de los libros contra la fe y la moral, y de la *Congregacion del Indice*. Es indudable que la Iglesia tiene derecho de separar de su comunion á los herejes, y lo es tambien que á ella incumbe el condenar todos aquellos libros que contengan errores contra la fe y las costumbres, porque la Iglesia es la depositaria é intérprete de las Sagradas Escrituras Ella es el juez infalible en toda controversia ó discusion que pueda suscitarse. El error

Fijemos nuevamente la atencion en la órden Franciscana. Una vez aprobada, San Francisco titubeó en si debia dedicar á sus discípulos á la predicacion del Evangelio, ó solamente á la oracion y á los ejercicios pacíficos del retiro.

No obstante de lo versado que estaba San Francisco en los caminos

ha multiplicado siempre los libros, porque este medio es el más seguro para la propagacion de las doctrinas. La Iglesia desde los primeros siglos ha ejercido el derecho de condenar los libros que han contenido errores en materia de fe. La prohibicion de libros puede hacerse por el Romano Pontífice, por los concilios generales, y tambien por los obispos, que son los defensores natos de la fe y de la moral cristiana, con la diferencia, empero, de que la prohibicion hecha por el Romano Pontífice ó los concilios generales, obliga á todos los fieles, y la de los obispos no obliga fuera de los límites de sus respectivas diócesis, á más de que las prohibiciones de estos, están sujetas á la revocacion del superior, miéntras que las de aquellos son irrevocables y como hemos dicho, obligan á la Iglesia universal. Del derecho de condenar los errores contra la fe y las costumbres, nace necesariamente el de no permitir la circulacion de los libros que los contienen: el concilio de Nicea mandó quemar los libros de Arrio. Por edicto de los emperadores Valentiniano y Marciano, fueron entregados tambien al fuego los de Nestorio, de lo cual se hace mencion en las actas del concilio de Calcedonia. Más tarde sufrieron la misma suerte en el concilio de Constanza los de Juan de Hus y Wiclef. El derecho pues de prohibir libros que contengan errores contra la fe y las buenas costumbres, envuelve el de prohibir que sin previo exámen y censura eclesiástica puedan imprimirse aquellos que tratan de materias religiosas, para ver si contienen algo contrario al dogma católico y sana moral. Bajo la generalidad de materias religiosas se comprenden los tratados sobre ciencias eclesiásticas, libros de liturgia, catecismos, fórmulas de oraciones, prácticas de piedad, y además los misales y demás libros de rezo, etc.

Siendo pues una cosa tan delicada el exámen de los libros, el Sumo Pontífice Sixto V creó la *Congregacion del Indice*, compuesta de un número ilimitado de Cardenales al arbitrio del Papa, la que en concepto de auxiliares cuenta con un gran número de teólogos y canonistas, con otros profesores de ciencias que son llamados. Cuando se prohibe algun libro se pone en el catálogo ó *Indice* expurgatorio, para conocimiento de todos los fieles, los cuales ya no pueden leerlos, bajo severas penas, á ménos que no estén habilitados con sus correspondientes licencias. Añadiremos para terminar, que la prohibicion no se verifica tan sólo cuando el libro contiene proposiciones heréticas, sino tambien cuando merecen las calificaciones de *sapiente hæresim*, que es cuando á primera vista parecen heréticas, pero que sin embargo pueden ser aplicadas en sentido católico, de *mal sonantes*, que son las que si bien miradas aisladamente no disuenen de la fe católica, pero que no puedan consentirse en los que sean sospechosos de herejía: las *blasfemas* que son las que envuelven alguna injuria á Dios, como decir, por ejemplo, que no es justo: las *impías* que son las que se dirijen contra la piedad: las *erróneas* ó *falsas* que son las que repugnan á la verdad fuera de los punto de fe y de costumbre: las *temerarias* que son las que se profieren temerariamente ó sin causa, como si se afirmase que dentro de tantos años seria el juicio final: las *escandalosas* que son como indica su nombre, las que causan escándalo á los que las oyen y dan ocasion de errar: las *cismáticas* que son las dirigidas á promover disturbios, como decir que no debe obedecerse al Prelado propio por esta ó aquella causa: y en suma, las *injuriosas* que son las que quitan alguna cosa á un determinado estado ó condicion de los fieles. Véase Berardi, *Comment in jus eccle. siast.*, tomo IV, disert. 2, cap. 2, pár. *Jam vero*.

del Señor, y aun de estar adornado del espíritu de profecía, su humildad le hacia tomar consejo hasta de los varones más sencillos. Así en la duda que le atormentaba, suplicó á fray Silvestre que contínuamente se ejercitaba en la oracion sobre una montaña cerca de Asis, que consultase al Señor y le comunicase despues las luces que recibiese. Igual súplica dirigió á Santa Clara. Ambos le aseguraron despues que era la voluntad de Dios el que sus frailes se dedicasen al ministerio de la predicacion de la divina palabra, cuya decision adoptó Francisco. Desde entónces los discípulos del santo patriarca se dedicaron con el mayor celo al ministerio apostólico, recogiendo los más saludables frutos. Bien pronto esta nueva órden tuvo mártires como veremos adelante.

Como quiera que San Francisco no ignorase que su nuevo instituto tenia enemigos en Roma, pidió al Papa que le concediese un protector para sus frailes cerca de la Santa Sede. Habíase manifestado muy adicto á la nueva órden Franciscana el cardenal Hugolino, y siendo devotísimo del santo fundador cuyas virtudes conocia, le obligó á predicar en presencia del Papa y del Sacro Colegio. San Francisco por respeto á tan augusta asamblea, escribió un sermon lo más elocuente que fuele dado y lo aprendió al pié de la letra: pero cuando empezó á hablar se le borró de la memoria todo cuanto habia trabajado, y así despues de confesar su perplejidad, pidió auxilios al Espíritu Santo el que quiso ser su maestro en esta ocasion. Tal fue la virtud que concedió el Señor á sus palabras que todo el auditorio no pudo ménos de conmoverse, y el mismo Sumo Pontífice protestó no haber experimentado jamás tan viva impresion como en aquel dia. Concluido el sermon, el Papa le dirigió las más dulces palabras, exhortándole á seguir ocupándose en los trabajos apostólicos, augurándole grandes frutos de salvacion. Viendo Francisco la ocasion oportuna, y como estuviese presente el cardenal Hugolino, exclamó el santo Patriarca: «Santo Padre, las bondades que me manifestais á mí y á mis pobres hermanos, me confunden; pero me tendria por un usurpador de un tiempo debido á la Iglesia, si quitásemos algunos momentos muy preciosos á su Jefe en medio de los negocios importantes que le cercan. Dadnos este cardenal para que bajo vuestra autoridad vele por nuestros intereses.» Condescendió el Sumo Pontífice con su peticion y el cardenal Hugolino fue el primer protector de los religiosos franciscanos. Este fue el orígen de los cardenales protectores, que empezaron desde entónces á tener en Roma todas las comunidades religiosas.

Como ántes dijimos, bien pronto tuvo mártires el órden Franciscano. No limitando su celo el santo á los paises cristianos, envió á Marruecos cinco misioneros que fueron Berardo de Corbe, Pedro de San Geminiano, Oton, Ajut y Accurso. Estos santos varones atravesando muchos pueblos saracenos, se esforzaban por atraer al cristianismo á aquellos enemigos de la fe, hasta que un dia hallándose en Marruecos rodeados de una multitud que escuchaba sus exhortaciones, pasó el rey que regresaba de paseo. En aquel momento tenia la palabra fray Berardo de Corbe, y léjos de intimidarse por ver al monarca, alzó más y más la voz, continuando su sermon. El rey le tuvo por loco, y haciéndole embarcar con sus compañeros, mandó que les dejasen en pais de cristianos. Escapáronse de los que los conducian y volvieron á presentarse nuevamente en Marruecos para continuar en sus predicaciones. Por segunda vez les prendieron y nuevamente supieron burlar la vigilancia de sus guardas, y esta vez se presentaron voluntariamente al rey en cuya presencia fray Berardo empezó á predicar el Evangelio. Furioso el príncipe y viendo que de nada habian servido sus anteriores providencias, les cortó la cabeza con sus propias manos el dia 16 de Enero de 1220. Los cristianos de la ciudad recogieron sus reliquias que fueron trasladadas á Portugal al monasterio de Santa Cruz de Coimbra. Estos fueron los primeros mártires del órden Franciscano.

Poco tiempo despues, San Francisco envió otros siete religiosos á predicar el Evanjelio en Ceuta, primera ciudad de Africa. Apenas empezaron sus tareas apostólicas, el príncipe les ofreció grandes riquezas si querian abrazar el mahometismo. Despues separadamente trató de atraerlos uno á uno, pero viendo que su constancia era inquebrantable los hizo degollar. Era entonces el año 1221. Estos siete mártires fueron algun tiempo despues canonizados como los de Marruecos.

Hemos dicho que el papa Honorio á principios de su pontificado confirmó la órden de Predicadores instituida por Santo Domingo de Guzman. Estos frailes así como los franciscanos se esparcieron por todos los paises cristianos. El santo fundador envió cuatro de sus religiosos á España, á donde tambien se dirigió él y fundó dos monasterios, el uno en Madrid, que al poco tiempo fue entregado á las religiosas, y otro en Segovia. A otros envió á Paris donde adquirieron una casa en la calle de San Jacobo, que les hizo dar en Francia el nombre de Jacobinos. Una de sus principales fundaciones fue el convento de Bolonia en Italia, cuyo obispo cedió para ellos la iglesia de San Nicolás de las Viñas, y de tal modo edificaron

á aquella sociedad que muchos distinguidos personajes acudieron á aumentar el número de los religiosos. El papa Honorio les concedió en Roma la iglesia de San Sixto.

Se acercaba la hora en que Santo Domingo debia recibir en el cielo el premio de sus virtudes y trabajos apostólicos. A fines del mes de Julio de 1221 y hallándose en la Lombardía fue acometido de una fiebre acompañada de disentería. Entónces y hallándose rodeado de sus frailes, conociendo que era llegada su última hora, les dijo: «Ya he llegado al postrer trance. Ahora que me hallo á las puertas de la eternidad, quiero revelaros un secreto para vuestra edificacion y para gloria del Señor. Hasta la hora en que estoy, la misericordia de Dios ha sido servida de guardarme la virginidad y limpieza con que nací. Y si la mano de Dios no ha sido conmigo escasa en esto, tampoco lo será con vosotros; tenedlo, hijos, por cierto; mas mucho os ha de costar lo que tanto vale. Es menester velar y orar, y sobre todo huir del trato y familiaridad con las mujeres. El venerable y santo nombre de la castidad es como la vida, que con mucha facilidad se pierde y con ninguna fuerza se cobra.» Despues con voz animada exhortó á sus frailes á la práctica de las virtudes y prohibió bajo la pena de anatema introducir en la órden el uso de propiedades temporales, y al punto espiró dulcemente el viernes 6 de Agosto de 1221, no en cama, sino tendido sobre la ceniza.

Entre los hijos ilustres de este santo patriarca, se encuentran un San Raimundo de Peñafort, confesor de reyes y pontífices; un Santo Tomás de Aquino llamado el angélico Maestro, pues fue una verdadera lumbrera de la Iglesia universal; un San Pedro mártir, defensor acérrimo de la fe católica y martillo de los herejes; un San Jacinto, espejo de los santos confesores, un San Vicente Ferrer, apóstol de Valencia; un San Antonino, arzobispo de Florencia, modelo de Santos prelados; una Santa Catalina de Sena, tan regalada y favorecida de Jesucristo, su dulce esposo, y otros muchos que seria prolijo el referir.

Los historiadores de la vida del glorioso Santo Domingo, que lo son Fr. Teodorico de Apoldia, religioso de su órden, San Antonio, Juan Garzon en su obra *De los varones ilustres de la órden de predicadores*, Marco Antonio Flaminio, Francisco Diadecio, obispo de Fiésoli, y últimamente el padre Fr. Hernando del Castillo, refieren una multitud de milagros que en vida y muerte de Santo Domingo obró Dios por su mediacion y ministerio, algunos de ellos verdaderamente asombrosos.

Su retrato lo pinta el padre Ribadeneira de este modo: «Fue Santo

Domingo mediano de cuerpo, pero muy hermoso, el rostro largo y aguileño, la barba algo roja, y el cabello; el color del rostro muy blanco, pocas canas, y algunas más en la cabeza que en la barba. Tenia la cabeza muy poblada de cabello, sin muestras ni entrada de calvo; la voz en el púlpito muy alta y de buen metal, sin pesadumbre de los oyentes. Era flaco de su complexion, y con las penitencias más acabado de lo que sus años pedian. De los ojos y de la frente parecia algunas veces que salian como rayos ó resplandor de luz, que le hacia respetar de los que le oian y trataban.»

Concluyamos: las dos órdenes religiosas de Santo Domingo y San Francisco, que tantos triunfos han alcanzado, y que tantos santos han dado al cielo, eran, como dice un escritor, cual dos diques incontrastables levantados en la Iglesia contra la avenida de la relajacion y de la corrupcion. Sus santos fundadores recibieron luces del Señor para llevar á cabo estas santas instituciones tan benéficas para el cristianismo.

Los cristianos que se hallaban en el Oriente, habian quedado con muy pocas fuerzas, pues casi no les restaba ya en la Palestina más que las dos ciudades de Tiro y Ptolemaida de las que no podian salir, viviendo en ellas con gran temor de que los sarracenos adelantasen en sus excesos. Estos cristianos tenian por jefe á Juan de Briena, conde de la Marca y rey titular de Jerusalen en cuyo título sucedió á Amalarico de Lusiñan. Este nuevo rey de la Palestina designado para esta dignidad por Felipe Augusto habia llevado de Francia en su compañía trescientos caballeros y algunas tropas de cruzados, con cuyo refuerzo consiguieron los cristianos alguna tranquilidad.

Como quiera pues que en el concilio de Letran se habia publicado la cruzada, se vió entónces un espectáculo no visto ántes en ninguna época. Una gran multitud de niños de diferentes ciudades y aldeas, así de Francia como de Alemania formaron una cruzada para ir á la Palestina.

El entusiasmo de estos jóvenes era extraordinario.

Bien pronto se organizaron y salieron en marcha para su destino.

Los padres afligidos y consternados les salieron al encuentro y detuvieron á muchos: pero lograron evadirse, uniéndose nuevamente á las filas.

Algunos hombres malvados, con los fines mas siniestros se mezclaron con aquella inocente tropa, á la que robaron cuanto llevaban. Muchos de aquellos niños se perdieron en los montes, pereciendo de hambre y de fatigas.

Verdad es que no pocos llegaron á la otra parte de los Alpes, donde acabaron de ser despojados por los lombardos, sin que ellos tuvieran valor para defenderse. El resto de esta tropa volvió en direccion á sus pueblos respectivos, donde fueron recibidos por sus padres, que no pudieron menos de condolerse al ver el miserable estado en que se hallaban.

Digno es de todos modos de alabanza la piedad y la fe que á aquella multitud de jóvenes movió á dejar la casa paterna con el objeto de dirigirse en santa peregrinacion á Jerusalen, haciendo esfuerzos superiores á su edad.



CAPITULO VII.

Impresion de las llagas de San Francisco de Asis.—Muerte del Santo Patriarca.—Expedicion de cruzados.—Federico II es coronado por el Papa, y toma la cruz.—Cruzada en el Norte.—Muerte de Felipe Augusto.—Enrique III, rey de Inglaterra.

A pesar de habernos ocupado detenidamente de San Francisco de Asis, nada hemos dicho del hecho portentoso de la impresion de las llagas, y vamos á llenar este vacío, reproduciendo lo que acerca de esto dice Fleury en su libro LXXIX. Es de este modo; «San Francisco tenia por costumbre dividir su tiempo en dos porciones; la accion, para utilidad del prójimo, y la contemplacion para utilidad de sí mismo, y así fue que dos años ántes de su muerte, es decir en 1224, retiróse despues de muchos trabajos al monte Alverne (*Alvernia*), para pasar allí su cuaresma de San Miguel, esto es, los cuarenta dias que acostumbraba á ayunar, desde la Asuncion de la Santísima Vírgen, hasta fines de Setiembre: aquella montaña se halla situada en los confines de la Toscana, forma parte del Apenino y se encuentra entre el Arno y el Tiber, cerca de Camaldoli y de Vallumbroso.

«El monte Alvernia, fue cedido á San Francisco por un noble del país en 1113, el cual llamado Orlando Catanio, mandó construir en él un oratorio y algunas celdas. El santo fundador se retiró pues á aquel sitio en 1224, y despues de una larga y ferviente oracion, le dió á entender el Señor que al abrir el libro del Evangelio sabria lo que podria ser en él más agradable á Dios: inmediatamente tomó el libro del altar, é hizo que le abriese el único religioso que le habia acompañado á aquella soledad, el hermano Leon, el cual abrió tres veces el libro, y tres veces en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. De aquí dedujo Francisco, que ántes de morir debia conformarse aun más que hasta entónces lo habia hecho, á los dolores y tormentos de la Pasion, pensa-

miento que no le arredró no obstante, de que la penitencia hubiese debilitado en extremo su cuerpo, ántes bien se preparó para el martirio que tal creia deber ser aquella perfecta conformidad con los dolores de Jesucristo.

«Una mañana en las inmediaciones de la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, que se celebra el 14 de Setiembre, hallábase en oracion en la ladera del monte, cuando vió á un serafin con seis ardientes y luminosas alas que descendia con rápido vuelo desde lo alto del firmamento; al encontrarse más cerca, Francisco descubrió entre sus alas el rostro de un hombre, el cual tenia sus manos y piés extendidos y sujetos á una cruz; dos alas se elevaban sobre su cabeza, otras dos estaban extendidas para volar y las restantes cubrian todo su cuerpo. Semejante vision le maravilló extraordinariamente, al mismo tiempo que sintió sobrecogido su corazon de una alegría mezclada de tristeza, pues comprendió que no por el martirio corporal sino por el ardor de la caridad, debia ser trasformado á semejanza de Jesucristo crucificado.

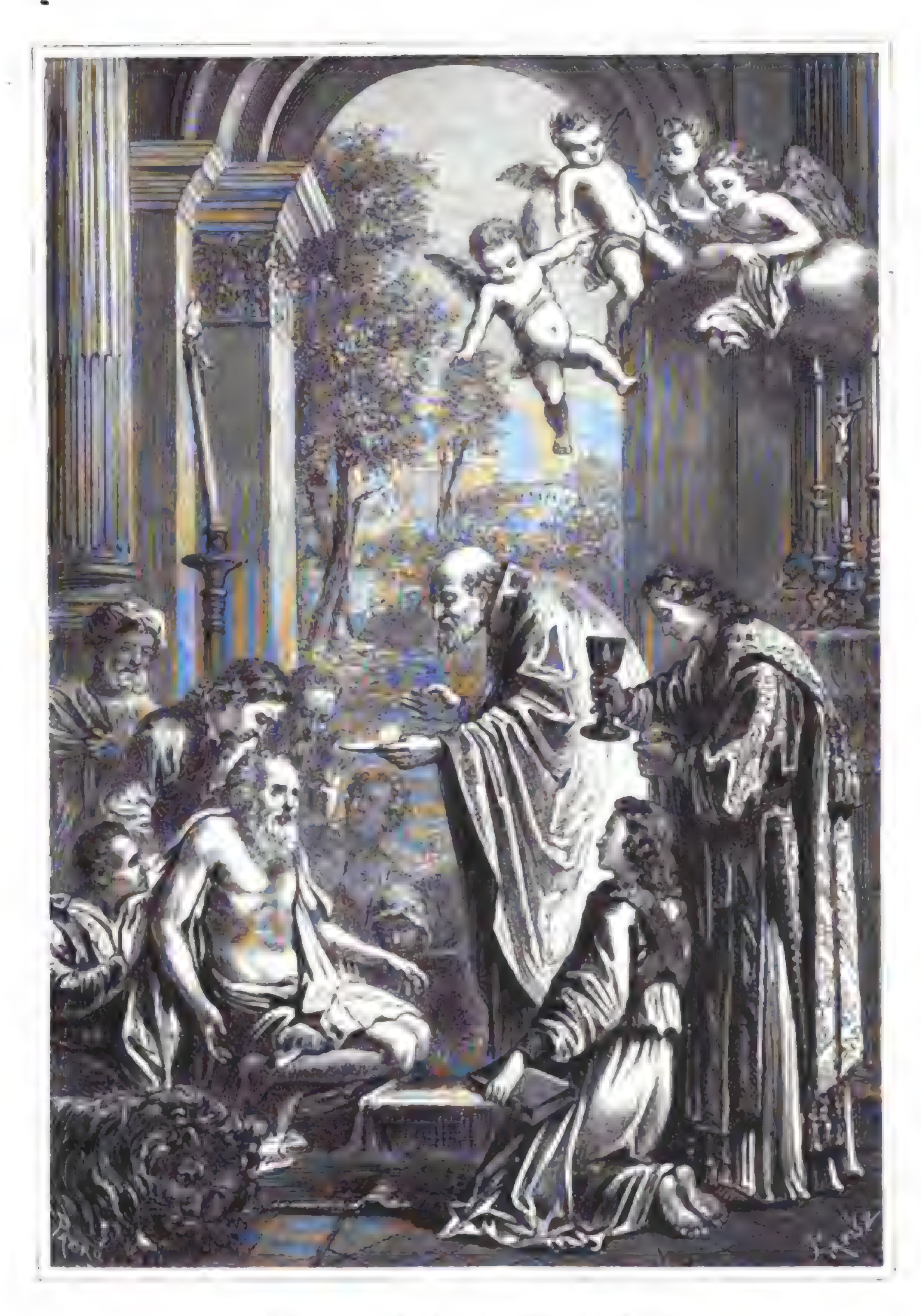
«Al desaparecer la vision, dejó en su alma un maravilloso ardor, y en su cuerpo una impresion más admirable aun, pues al momento empezaron á presentarse en sus manos y en sus piés las señales de los clavos como las viera en la imágen del Crucificado. Sus manos y sus piés parecian atravesados por un clavo; la cabeza de estos se distinguia en el interior de las manos y de los piés, y en la otra parte la punta doblada y hundida en la carne. En su costado derecho apareció una cicatriz roja como una lanzada, que manaba sangre con frecuencia manchando la túnica.

«Viendo el siervo de Dios que no podia ocultar aquellas señales á sus compañeros, se halló en indecible embarazo; refirióles, pues, su vision, y despues de estar cuarenta dias en la soledad, descendió de la montaña por San Miguel, confirmando el Señor con otros varios milagros la prodigiosa impresion de las llagas.

«Lúcas, obispo de Tuy en España, autor de aquel tiempo, atestigua la verdad de las llagas de San Francisco, y dice haber sido vistas y tocadas por muchos eclesiásticos, religiosos y seculares, cinco años ántes de la época en que vivia (1). A causa de este hecho prodigioso, San Francisco ha recibido el nombre de *Seráfico*.»

Tuvo el santo Patriarca revelacion de su muerte, lo que con mucha

(1) Fleury, pág. 184.



San Francisco de Asis recibiendo el viatico.

anticipacion advirtió á sus frailes, y el mismo dia en que murió les avisó de que aquel dia sería. En su última enfermedad hízose llevar á Santa María de Porciúncula, y cuando ya iba á expirar, como verdadero amador de la pobreza se despojó de su hábito, y se postró en tierra desnudo, cubriéndose con la mano izquierda la llaga del costado para que no se la viesen. Sus hijos empezaron á llorar amargamente, y el santo dirigiéndoles su voz, les dijo con dulzura: «Yo, hermanos, ya he hecho lo que á mí toca; haced vosotros lo que Cristo os enseñare.» Uno de los frailes á quien San Francisco solia llamar su guardian, entendiendo el sentido de las palabras del santo, tomó un hábito viejo y un cordon, y dándosele le dijo: «Hermano, vos no teneis hábito en que morir, por que sois pobre, mendigo y desnudo; este hábito os damos de limosna y por amor de Dios; no dado, sino prestado; y vos recibidle en virtud de santa obediencia.» Lleno de alegría por morir en santa pobreza, despues de haber recitado con despacio el salmo 141, entregó su alma al Criador un sábado á puesta del sol, á 4 de Octubre del año 1226, habiendo sido en gran número los milagros que obró Dios en vida y muerte de este patriarca para testimonio de su santidad.

Vimos á su tiempo que uno de los principales motivos que impulsaron á Inocencio III, á celebrar el concilio de Letran fue el disponer una nueva cruzada que fue la sexta, y ya nos hemos ocupado de la expedicion llevada á cabo por una multitud de muchachos que los escritores hacen subir á 50.000, y que tuvo un fin desgraciado.

Daremos ahora algunas noticias sobre la sexta cruzada hasta la toma de Damieta, y veremos los grandes trabajos y miserias que hubieron de experimentar los cristianos en esta expedicion. Y puesto que hasta aquí nos ha servido de fuente para hablar de las Cruzadas, la historia de las mismas por Michaud, reproduciremos la siguiente narracion de este escritor sobre esta nueva expedicion.

«El ejército cristiano, mandado por el rey de Jerúsalen, por el duque de Austria, y por Guillermo conde de Holanda, partió de Tolemaida á principios del verano de 1218, y fue á desembarcar á la vista de Damieta. Esta ciudad, situada á una milla del mar en la orilla derecha del Nilo, tenia una muralla doble por la parte del rio, y una muralla triple por la parte de fuera; en medio del rio se alzaba una torre; el paso estaba cerrado para los buques por una cadena de hierro que se extendia desde la ciudad á la torre. La ciudad tenia una guarnicion numerosa, víveres y pertrechos de guerra suficientes para sostener un sitio prolongado.

«Los cruzados fueron á acampar en la orilla izquierda del Nilo, en una llanura en la que no crecian árboles ni plantas, y que al occidente y al mediodía no presentaba sino el aspecto de una soledad árida; tenia delante de sí la ciudad, edificada entre el rio y el lago Menzalech, en una campiña cortada por mil canales y cubierta con un bosque de palmeras. Apenas acababan de establecer su campamento, cuando un eclipse de luna cubrió de improviso el horizonte con espesas tinieblas: este fenómeno celeste inflamó su valor y fue para ellos presagio de grandes victorias.

«Los primeros ataques fueron dirigidos contra la torre edificada enmedio del Nilo; emplearon toda clase de máquinas de guerra y multiplicaron los asaltos. La torre comunicaba con la ciudad por medio de un puente de madera, y de este modo recibia socorros que inutilizaban todos los prodigios de valor; despues de un sitio de algunas semanas, el puente fue atacado y destruido; luego construyeron una fortaleza enorme, de madera, que colocaron sobre dos buques sujetos uno á otro; esta fortaleza flotante recibió un cuerpo escogido de guerreros, y fue á atacar la torre. Los musulmanes desde sus murallas, y los cruzados desde la orilla del rio, seguian con la vista la fortaleza cristiana; los dos buques que la llevaban fueron á anclar al pié de las murallas: los sarracenos lanzaron una granizada de piedras y torrentes de fuegos griegos; los guerreros de la cruz, subiendo al asalto, llegaron muy luego á las almenas de la torre; enmedio del combate que se habia empeñado con lanza y espada, aparecieron llamas, de improviso, en el castillo de madera de los cruzados; el puente levadizo que habian aplicado á las murallas de la torre se tambaleó; la bandera del duque de Austria, que era quien mandaba el ataque, cayó en poder de los sitiados. Entónces resonaron gritos de júbilo en la ciudad; oyéronse á la vez prolongados gemidos en la orilla que acampaban los cruzados. El patriarca de Jerusalen, el clero, y el ejército entero habian caido de rodillas y alzaban hácia el cielo sus manos suplicantes. Entónces como si Dios hubiese atendido á sus ruegos, se apagó la llama, se compuso la máquina y se restableció el puente levadizo. Los compañeros de Leopoldo reprodujeron el ataque con más ardor; por todas partes se hundian las murallas bajo los golpes de los cristianos; los musulmanes, aturdidos, tiraron las armas y pidieron cuartel á sus vencedores. Los cruzados se habian preparado para aquella victoria por medio de oraciones, procesiones y ayunos. Habíanse visto guerreros celestiales entre los combatientes; todos los peregrinos consideraron la toma de la torre como obra de Dios.

«Los cristianos no pudieron continuar su primer triunfo por falta de buques para pasar el Nilo. La mayor parte de los barcos que les habian conducido á Egipto volvieron á marcharse en seguida, y aun varios de los peregrinos que habian asistido al principio del sitio se embarcaron entónces para regresar á Europa. «Su desercion, dicen los cronistas, irritó de tal manera el Cielo contra ellos, que muchos naufragaron ó perecieron miserablemente al volver á sus hogares.» Entre tanto, el papa no cesaba de apresurar la partida de los que habian tomado la cruz; cuando el ejército cristiano estaba deplorando todavía la retirada de los cruzados de la Frisa y de la Holanda, se vieron llegar al campamento de Damieta guerreros procedentes de Alemania, de Pisa, de Génova y de Venecia; fueron tambien de todas las provincias de Francia; la Inglaterra envió asimismo á Egipto á sus caballeros mas valientes, que iban á cumplir el juramento de su monarca Enrique III. Entre los peregrinos que llegaron entónces á las orillas del Nilo, no debe olvidar la historia al cardenal Pelagio; iba acompañado de un gran número de cruzados romanos que llevaban consigo los tesoros suministrados por los fieles del Occidente y destinados á sufragar los gastos de la guerra santa. El Sumo Pontífice habia dado al cardenal la órden de dirigir la cruzada con vigor y de no entrar en negociaciones de paz sino con enemigos vencidos y sometidos á la Iglesia romana. Querian hacer la guerra á los musulmanes como la hacian á los griegos y á los herejes, querian combatirlos y convertirlos á la vez. Pelagio, elegido para desempeñar esta mision, tenia un carácter impetuoso y ardiente, inflexible y pertinaz. Poco despues de haber llegado, el dia de San Dionisio, los sarracenos fueron á atacar á los cruzados; el nuevo legado se puso al frente del ejército cristiano; llevaba la cruz del Salvador y repetia en alta voz esta oracion: «*O Señor, salvadnos, y prestadnos vuestro auxilio para que podamos convertir á esta nacion cruel y perversa!*... La victoria se declaró en favor de los cristianos. Pelagio disputó el mando del ejército al rey de Jerusalen; para apoyar sus pretensiones decia que los cruzados habian tomado las armas á la voz del pontífice romano, y que eran soldados de la Iglesia; la multitud de los peregrinos se sometia á sus leyes, persuadida de que Dios lo queria así; pero esta pretension de dirigir la guerra lastimaba y sublevaba á los caballeros de la cruz, y habia de producir grandes calamidades.

«El ejército cristiano, no obstante sus victorias, permanecia acampado en la orilla izquierda del Nilo y no podia sitiar á Damieta. Varias veces

intentó pasar el rio, pero siempre fue rechazado por los sarracenos y por las tempestades tan frecuentes en el invierno. La multitud de los peregrinos comenzó á murmurar contra el legado; *en esta soledad de arena*, decian, *¿qué va á ser de nosotros? para esto, ¿no habia sepulcros en nuestro país?* Pelagio, al oir estas quejas, mandó que se observase un ayuno de tres dias y que todos los cristianos se pusiesen en oracion delante de la Santa Cruz, para que Jesucristo les enseñase los medios de pasar el rio. Al mismo tiempo se levantó de improviso una gran tormenta, y cayó la lluvia con tanta abundancia que ya no se distinguia el rio del mar, y toda el agua se puso salada; el campamento fue inundado; los cristianos, llenos de desconsuelo, lanzaban prolongados gemidos, y el legado les repetia lo que Jesucristo decia á Pedro, cuya barca iba á sumergirse: *Hombres de poca fe, ¿porqué dudais?* Muy pronto apareció el sol resplandeciente y se retiraron las aguas. Los cruzados hicieron nuevos esfuerzos para pasar el Nilo; pero la orilla ocupada por los sarracenos permanecia siempre inaccesible. El ejército cristiano no tenia ya otra esperanza que los milagros del Cielo; hácia la fiesta de Santa Agata, dicen los cronistas del Occidente, sucedió una gran maravilla. San Jorge y varios guerreros celestiales, cubiertos con sus armas y sus túnicas blancas, habian aparecido en el campo de los sarracenos; estos oyeron durante tres dias una voz que les gritaba: *Huid sino morireis!* Al tercer dia se oyó á lo largo del rio una voz que decia á los cristianos: *Ved ahí á los sarracenos que huyen!*

«En efecto, los sarracenos habian abandonado su campo y he aquí como refieren los historiadores árabes este hecho milagroso. Habíase formado entre los emires una conspiracion contra Malek-Kamel; la víspera del dia en que debia estallar la conjuracion, el sultan, á quien habian avisado, salió secretamente de su campo en mitad de la noche, y su ejército, no teniendo ya jefe, huyó con el mayor desórden; entónces los cristianos pudieron pasar el Nilo y establecerse sin resistencia en la orilla derecha del rio. Fueron á acampar bajo los muros de Damieta, y sitiaron á la ciudad por la parte de tierra y por el lado del Nilo.

«Entónces fue cuando los príncipes musulmanes se resolvieron á demoler las murallas y las torres de Jerusalen; destruyeron tambien la fortaleza del Tabor y todas las que aun conservaban en la Palestina y en la Fenicia. Todas las tropas de la Siria fueron llamadas á defender el Egipto. Su llegada á las orillas del Nilo, y el sentimiento del peligro, difundido entre todas las naciones infieles, reanimaron el valor de Malek-Ka-

mel; el ejército egipcio, que habia huido, volvió lleno de ardor y de celo á auxiliar á Damieta. Los cruzados tuvieron que combatir á la vez con la guarnicion de la ciudad y con los sarracenos cuya multitud cubria las dos orillas del rio.

El domingo de Ramos se batieron en el Nilo y en la llanura; los guerreros de la cruz, dice la historia contemporánea, no llevaron aquel dia *mas palmas que sus espadas desnudas y sus lanzas ensangrentadas;* quinientos musulmanes quedaron en el campo de batalla. Algunos dias despues (era la fiesta de San Juan Bautista) el demonio de la envidia y del orgullo entregó los cristianos á la saña de sus enemigos. La infanteria cristiana empleada incesantemente en los asaltos y en los buques, se quejaba de soportar todo el peso de la guerra, y acusaba á los caballeros de permanecer bajo sus tiendas. Estos se alababan, por el contrario, de ser el terror de los sarracenos y se atribuian todas las victorias de la cruzada; se acaloró la contienda, y para mostrar en quien estaban el valor y la bizarría, por ambas partes corrieron al encuentro del enemigo; batiéronse con furor, pero sin órden; los jefes que seguian á aquella multitud indisciplinada y confusa no lograron hacer que se les obedeciese; el rey de Jerusalen, que se esforzaba para volver á reunir á los soldados de la cruz se libró con gran trababajo del fuego griego lanzado por los sarracenos; un gran número de cristianos fué pasado á cuchillo. «Aquella derrota, dice un historiador, testigo ocular del combate, nos vino por nuestros pecados, y el castigo se hallaba muy lejos de igualar á nuestras faltas.»

Varias fueron las batallas que se dieron al rededor de la ciudad; cada vez que se disponia un nuevo ataque, los cruzados se preparaban con un ayuno de tres dias verificando en el último una procesion á la que concurrian descalzos, y con la adoracion de la verdadera cruz. Llenos de temor los de la ciudad y colocados sobre las murallas, empezaron á llorar amargamente y á exclamar á grandes voces: «¡Oh Mahoma! ¿porqué nos abandonas!» Afligidos por hambre los sarracenos, se vieron obligados en último caso á alimentarse con carnes saladas encerradas en sacos de cuero y panes envueltos en cadáveres y en sudarios que abandonaban á las corrientes del Nilo.

El cardenal Pelagio reanimaba incesantemente á los cruzados con sus discursos que alternaba con fervorosas súplicas dirigidas al Dios de los ejércitos. Llenos de confianza los cruzados, no tenian otro pensamiento que atacar á la Damieta, muy creidos en que la habian de tomar con el

auxilio del cielo. Aprovechando las tinieblas de la noche subieron con el mayor silencio hasta las almenas de la ciudad, donde dieron muerte á los sarracenos que en ellas encontraron. Luego que se hicieron dueños de una torre, vinieron en su auxilio los demás cruzados que se habian quedado en el campamento, y uniendo todos sus esfuerzos echaron por tierra las puertas de la ciudad, dentro de la cual entraron sin encontrar resistencia de ninguna clase. Inmediatamente el cardenal Pelagio rodeado de obispos y sacerdotes entonó un solemne *Te Deum*.

Al amanecer del siguiente dia, un espectáculo horroroso se presentó á la vista de los cruzados: las calles se hallaban cubiertas de cadáveres. Cuando los soldados de la fe se acercaron á Damieta tenia la ciudad 70,000 habitantes, y cuando penetraron en ella sólo 3,000 habian quedado con vida, y aun estos se arrastraban por aquel inmenso sepulcro tan llenos de horror á vista del terrible desastre de los suyos, que ansiaban por perder el resto de vida que les quedaba.

Habia en esta ciudad una mezquita muy célebre en la que se contaban hasta 150 columnas de mármol, hallándose ademas adornada con 6 estensas galerías. Esta mezquita fue consagrada por el cardenal Pelagio en honra de la Santísima Vírgen María. Por una resolucion unánime de los prelados y barones la ciudad de Damieta fue entregada al rey de Jerusalen.

Ya tendremos ocasion de consignar el resultado de esta sexta cruzada.

El rey Felipe Augusto murió á los cuarenta y ocho años de su edad, y cuarenta y tres de su reinado. La última enfermedad fue muy larga, y durante el curso de ella redobló todas las pruebas de religiosidad que habia dado durante su dilatado reinado. En las cláusulas de su testamento resplandece su espíritu de fe y su justicia. Por uno de sus legados dejó cincuenta mil libras francesas para reparar los daños que pudiera haber causado: diez mil libras á la reina Ingelburga, con respecto á la cual se produce en términos que dejan conocer suficientemente sus cristianos y piadosos sentimientos: seis mil libras al rey de Jerusalen: cuatro mil al maestre del hospital de Tolosa: igual cantidad á los templarios ultramarinos: y ciento cincuenta mil marcos de plata para socorrer á los cristianos de la Palestina (1). Celebráronse con gran pompa y solemnidad los funerales de este rey, oficiando el legado de la Santa

(1) Alg. pág. 89: G. Brito, p. 219.

Sede y el arzobispo de Reims, en dos altares diferentes de la iglesia de San Dionisio.

Sucedió en el trono á Felipe Augusto, su hijo Luis VIII de este nombre, el cual por su valor fue llamado Leon. «Llamado ántes Luis á la corona de la Gran Bretaña, dice un historiador, por el cuerpo de la nobleza, como esposo de Blanca de Castilla, descendiente del rey de Inglaterra Enrique II, habia entrado allí felizmente con sus tropas, habia sido coronado en Londres, y derrotó al rey Juan, á quien sus vasallos reputaban indigno del trono por habérselo usurpado á su sobrino Artús, despues de asesinarle. Conoció Juan entónces la necesidad que tenia de reconciliarse con la Santa Sede, y se hizo su vasallo; pero este paso no hizo más que acrecentar el desprecio de sus súbditos, sin que la excomunion que despues se fulminó contra Luis, impidiese los progresos de las armas francesas (1).

Juan Sin-Tierra agoviado por el dolor de sus grandes pérdidas, murió el 19 de Octubre de 1219, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia. Su muerte fue funesta para Luis, pues que extinguiendo el resentimiento de los ingleses le abandonaron pronunciándose á favor de Enrique III, que sólo contaba entónces la edad de nueve años, y el que por su inocencia y bellas cualidades se grangeó en poco tiempo el afecto de todas las clases del reino. Luis regresó á Francia, donde conservó la reputacion de valeroso que habia adquirido sosteniendo una guerra continuada contra los Albigenses.

(1) Berault-Bercastel. Lib. XXXIX, n. 83.



CAPITULO VIII.

Concilios.—Fin de Simon Montfort.—Luis VIII marcha contra los albigenses.—Su muerte.—Continuacion de la sexta cruzada.—Detencion del ejército cristiano en Damieta.—Marchan hácia el Cairo.—Interrupcion de comunicaciones.—El ejército de los cruzados acosado por el hambre, capitula con los musulmanes.—Muerte de Honorio III.—Conquistas de Djenguyz-Khan.

Debiendo ocuparnos al presente de un concilio reunido en Paris en 1226 para confirmar al rey Luis VIII la cesion de Amalarico de la que nos ocuparemos, creemos oportuno dar cuenta de otras varias asambleas que tuvieron lugar desde el principio del pontificado de Honorio III hasta dicha fecha.

Concilio de Bristol reunido por Galon legado de la Santa Sede el 11 de Noviembre de 1216. En esta asamblea fue excomulgado el príncipe Luis con todos sus partidarios con el fin de obligarle á abandonar la Inglaterra en la que habia entrado á solicitud de los barones.

En 1219, segun Mansi y otros cronologistas, se celebró un concilio en Tolosa que creemos sea el mismo citado por otros cronologistas en 1229; esto lo prueba el nombre solo del presidente que fue el legado romano cardenal de san Ángelo el cual no llegó á Francia hasta el año 1224.

Concilio de Oxford en 11 de Junio de 1222; asistieron todos los prelados de Ingaterra. Se hicieron cuarenta y nueve cánones conformes con el del concilio cuarto de Letran, y tambien se formaron varios reglamentos.

En el mismo año de 1222 el patriarca griego Germano II celebró un concilio en Constantinopla el cual se ocupó de las cuestiones de los obispos griegos y de los latinos de Chipre (Mansi.)

En 6 de Julio de 1223 el cardenal Conrado obispo de Porto legado en

Francia celebró un concilio en Paris contra los herejes albigenses. Se había sabido al cabo de poco tiempo en Sens, por una carta circular del legado Conrado, que los albigenses habian nombrado un papa que habitaba en los confines de la Bulgaria y de la Croacia, tomando el título de *Servidor de los servidores de la Santa Fé.*

En Montpeller se reunió otra asamblea en 21 de Agosto de 1224, durante la octava de la Ascension. En este concilio Raimundo, conde de Tolosa, pidió reconciliarse con la iglesia lo que no pudo conseguir. Mas que concilio, fue esta asamblea una conferencia particular.

Otro concilio se celebró en Paris el 15 de Mayo de 1225 por el legado romano que trató con el rey Luis de los negocios de Inglaterra y de los albigenses. El príncipe cesó desde luego de proseguir sus derechos contra la Gran Bretaña y marchó inmediatamente contra los herejes.

Tenemos noticias de dos concilios celebrados en 1225. El primero tuvo lugar en Bourges en el dia de San Andrés por el legado romano acompañado de cerca de un centenar de obispos de Francia. Raimundo conde de Tolosa y Amauri de Montfort que pretendia dicho condado por la donacion del papa Inocencio III, y la del rey hechas á su padre y á él, pleitearon sobre este negocio, pero sin que se llegase á tomar decision alguna. El otro concilio fue celebrado en Maguncia por el legado Conrado el 10 de Diciembre. Hiciéronse catorce cánones, en su mayor parte contra la incontinencia de los clérigos y la simonía. Á esta asamblea fue presentado el cuerpo de San Engilberto arzobispo de Colonia, muerto por su pariente Federico conde de Isemburgo el 7 de Noviembre del mismo año. Él fue declarado martir y su asesino excomulgado.

El valeroso Simon de Montfort que tantas victorias habia alcanzado conquistando la mayor parte de lo que pertenecia al rey de Inglaterra, atendiendo á los ruegos del papa y de muchos obispos volvió nuevamente sus armas contra los albigenses encontrando al fin la muerte por los reiterados esfuerzos de aquella secta pertinaz. El anciano conde Raimundo de Tolosa despues de andar errante por diferentes paises se acercó á su capital logrando por secretas inteligencias hacerse dueño de ella siendo sostenido por su sobrino Jaime I rey de Aragon. El papa Honorio trabajó mucho por reducir á este jóven príncipe á los sentimientos de un justo reconocimiento hácia la Santa Sede la cual despues de la muerte de su padre le habia sacado de las prisiones donde aquel le habia tenido. Nada pudo conseguir de él ni aun valiéndose del medio de amena-

zarle de suscitar contra él las naciones extrangeras. El príncipe aragonés no cedió un punto en su propósito de favorecer á los albigenses. El intrépido y valeroso Montfort sin temor á los grandes peligros á que se exponia é impulsado tan solamente por su espíritu religioso puso sitio á Tolosa. Lejos de rendirse sus habitantes que contaban con víveres suficientes, hicieron una heróica defensa de modo que al cabo de nueve meses léjos de hallarse Montfort en estado de reducir la plaza se sintió falto de fuerzas como lo estaba de dinero y de toda clase de auxilios. Al dia siguiente al de San Juan tuvo confidencia de que los herejes se disponian á hacer una salida. Montfort pidió sus armas y creyendo que aun tendria tiempo de oir misa para pedir auxilios del Señor, la mandó celebrar. No bien habia empezado el sacrificio cuando recibió un aviso de que ya estaban atacando á los que custodiaban las máquinas. Apesar de este aviso Montfort continuó en su oracion: mas habiendo tenido otro nuevo aviso se levantó en el momento de la elevacion de la Santa Hostia y exclamó vivamente: *Vamos, ya es tiempo; muramos si es necesario por Aquel que se dignó morir por nosotros.* Apénas se puso al frente del enemigo cuando fue herido de una pedrada y de cinco flechas. Dejando entónces caer las armas de sus manos se encomendó á Dios y á la Santísima Vírgen y quedó muerto enseguida.

Era entónces el año 1218.

Su hijo y sucesor Amalarico se vió obligado á levantar el sitio de Tolosa; pero al poco tiempo se vió abrumado por una multitud de obstáculos insuperables para él, y que sólo podian ser superados por un monarca poderoso. Convencido de esta verdad hizo cesion á Luis VIII de todos sus derechos ó pretensiones sobre los Estados del conde de Tolosa y de los demas albigenses, retirándose en seguida á la Francia, donde recibió el cargo de condestable.

Hemos llegado al concilio que citamos al principio, el cual segun indicamos fue celebrado el 28 de Enero de 1226, en el cual el legado romano cardenal de San Ángel, confirmó al rey Luis la cesion hecha por Amalarico de Montfort. El 20 de Marzo del mismo año, el rey convocó en Paris un parlamento en el cual trató ampliamente con el legado, los obispos y los barones del asunto de los albigenses, haciendo expedir letras para mandar á todos los que le debian servicio de guerra que compareciesen el 17 del siguiente mes de Mayo. Entónces fue cuando Luis se decidió á ir contra los albigenses, y el legado á más de las gracias que comunmente se concedian á los cruzados, le concedió por espacio

de cinco años una suma anual de cien mil libras sobre el diezmo que habia sido impuesto por el Papa.

Grandes triunfos consiguió Luis contra los albigenses, y aun mucho mayores los hubiese alcanzado á no haberle arrebatado la muerte en la prematura edad de treinta y nueve años, en 8 de Noviembre de 1226. Con su muerte sobrevenida á causa de sus contínuas fatigas, se realizó el vaticinio de Felipe Augusto, su padre. el cual habia dicho en más de una ocasion: «A mi hijo sólo le gustan los consejos que le conducen á hacer la guerra á los enemigos de la iglesia: esa arruinará su salud en tales expediciones, y morirá quedando el reino de este modo en manos de una mujer y un niño:» en efecto, la corona pasó á las sienes de un niño de 11 años, bajo la regencia de la reina madre.

Ántes de terminar la historia del pontificado de Honorio III, continuaremos las noticias que dejamos interrumpidas de la sexta cruzada. Seremos muy breves por reclamar nuestra atencion otros sucesos no ménos importantes. Diferentes causas contribuyeron á que los cruzados permaneciesen varios meses en Damieta, perdiendo lastimosamente un tiempo que podian haber utilizado. Por fin el legado del Papa fue el primero que trabajando por destruir algunas discordias que se habian suscitado entre los soldados de la fe, propuso marchar contra la capital del Egipto.

El mundo cristiano aguardaba del valor de los cruzados, no solamente el rescate de los Santos Lugares, sino tambien la destruccion y ruina de los pueblos que habian mancillado con su dominio la ciudad santificada con la muerte del Salvador. Al propósito de la continuacion de la santa expedicion, el legado pronunció un elocuente y fervoroso discurso que recibió grandes aplausos por parte de los obispos, de los eclesiásticos y los caballeros del Temple. El rey de Jerusalen fue el único que léjos de aprobar las razones expuestas por Pelagio, le contradijo exponiendo su opinion de que la expedicion propuesta hubiese obtenido el éxito más favorable de haberse efectuado tres meses ántes, pero que al presente no solamente habria que hacer frente á un ejército sino que tambien á un pueblo desesperado. El legado tomó muy á mal esta oposicion del rey de Jerusalen, expresándose en términos bastante fuertes contra los que fijándose en los peligros no paran su atencion en la gloria que puede resultar de sus empresas. Temeroso pues Pelagio y los que seguian su opinion de que recayese sobre ellos la excomunion, no presentaron objecion alguna y se conformaron con la propuesta y parecer del legado Pelagio.

Sin detencion alguna, el ejército se puso en marcha por la orilla izquierda del Nilo, llevando numerosas provisiones como asimismo armas y máquinas de guerra, llegando sin encontrar el menor obstáculo hasta la terminacion del canal, bien cerca del cual se hallaban acampados los sarracenos.

A pesar de la prohibicion hecha por el Papa de entrar en tratos con los infieles sin su conocimiento, el hambre hizo al ejército cristiano faltar á este precepto. He aquí de que modo nos da cuenta el citado autor de la Historia de las cruzadas de esta capitulacion:

«Todas las provincias de Egipto se hallaban sumidas en la consternacion; el pueblo entero habia tomado las armas, y no quedaban en las ciudades más que mujeres y niños: para describir la viva agitacion de los ánimos y el estado de la poblacion egipcia, un autor arábe se contenta con decir, que el Nilo se hallaba entónces en su crecida, y que sin embargo nadie hacia caso de esto. La Siria y el Egipto, que acudian de todas partes al campamento, no lograban dar tranquilidad y confianza al sultan del Cairo: renovó las proposiciones de paz que habia hecho varias veces: ofrecia á los cruzados que si abandonaban á Damieta, les restituiria á Jerusalen y todas las ciudades de Palestina conquistadas por Saladino, y aun se comprometia á pagar 360,000 monedas de oro para levantar las fortificaciones de la ciudad santa. El rey de Jerusalen y los barones escucharon estas condiciones con júbilo, y no vacilaron en aceptarlas; pero ya no tenian influencia alguna en el ejército ni en el consejo, y el cardenal Pelagio, á quien nadie oponia resistencia, persistia en creer que se debia aprovechar el terror de los musulmanes, y que era llegado el momento de destruir el islamismo.

«Miéntras deliberaban de este modo y rechazan una paz ventajosa, llegaban diariamente á Mansourah nuevas tropas, armas y víveres; los musulmanes recobraron su valor. Los cruzados detenidos por el canal de Aschmon, se vieron obligados á fortificar su campamento contra los ataques del enemigo. Las provisiones que habian llevado consigo, se agotaron muy pronto; algunos buques musulmanes que entraron en el Nilo por uno de los canales del Delta fueron á colocarse en frente de Baramont, á cuatro leguas más abajo de Mansourah.

«Desde entónces quedó interrumpida toda comunicacion entre Damieta y el ejercito cristiano. Los cruzados, que carecian de víveres y no podian avanzar, no hallaron más recurso que el de emprender una retirada precipitada. Por órden del sultan se habian abierto todas las com-

puertas en la orilla oriental del rio, al mismo tiempo todo el ejército musulman habia pasado el canal de Aschmon: los cruzados se hallaron perseguidos á la vez por el desbordamiento de las aguas, por la multitud de sus enemigos y por el hambre. Los jefes se habian negado á restituir la ciudad de Damieta en cambio del reino de Jerusalen; entónces propusieron restituirla para salvar á su ejército. Cuando los príncipes musulmanes deliberaban en consejo acerca de las últimas proposiciones de los cristianos, varios opinaron que no se debia guardar consideracion alguna á los Francos, y que era preciso terminar la guerra de un sólo golpe; el sultan del Cairo más moderado que los demás, contestó que no estaban todos los Francos en el ejército vencido, y que podian llegar otros ejércitos del Occidente. Las negociaciones duraron varios dias; por último, el 13 de Setiembre, dice Oliverio Escolástico, estando ya aceptada la capitulacion, *los cruzados tendieron la mano al egipcio y al sirio para obtener pan y el permiso para salir de Egipto.* Se convino, además, en que Damieta seria restituida al sultan del Cairo, y que habria entre este y los cristianos una tregua de ocho años; por ambas partes se dieron rehenes; el sultan envió á su propio hijo. La historia contemporánea sólo habla del cardenal Pelagio para decirnos que este prelado figuró con el rey de Jerusalen y el duque de Baviera, en el número de los rehenes cristianos.

«Esta expedicion, de la que se esperaba la conquista del Egipto y de todo el Oriente, no dió más resultado que el de hacer que los cristianos del pais fuesen perseguidos; todos los discípulos de Cristo que habitaban en las orillas del Nilo perdieron sus bienes, su libertad, y aun muchos la vida; el fanatismo irritado de los musulmanes demolió en todas partes las iglesias cristianas. En Tolemaida y en todas las colonias de los Francos en Siria, se esperaba volver á entrar en Jerusalen y en las demas ciudades conquistadas por Saladino; ¿cuál seria la desesperacion de los Francos cuando el público rumor les anunció que un ejército, victorioso en otro tiempo, habia caido en poder de los sarracenos con todos sus jefes, con el rey de la ciudad Santa! Lo que ha debido observarse en esta expedicion de Egipto es que los barones y los caballeros, todos los jefes militares, se mostraron dispuestos siempre á extipular una paz útil y gloriosa, y que el cardenal Pelagio y los obispos nunca vieron la salvacion de los cristianos sino en una guerra sin cuartel, en una guerra de exterminio. El clero, que lo dirigia todo, se habia persuadido en demasia, de que la conquista de Oriente estaba prometida á la devocion

de los peregrinos y no á sus armas; esta opinion impidió que se viesen los peligros y perdió á la cruzada (1).»

El papa Honorio III gobernó la Iglesia diez años, ocho meses y un dia y murió en 18 de Marzo de 1227 siendo sepultado en Santa María la Mayor, cerca del altar del *presepio.*

Este pontífice habia aprobado las reglas dadas á los religiosos carmelitas en 13 de Enero de 1171 por San Alberto patriarca de Jerusalen. Diremos de paso que esta órden fue suspendida en el concilio general de Lyon hasta ser maduramente examinada y Honorio IV la confirmó nuevamente.

«Durante este pontificado, tuvieron lugar el reinado y las conquistas de Djenguyz-Khan hijo de un Khan, de los mogoles, nacido en 1163, y contando únicamente trece años al ser elevado al trono; una conjuracion casi general de sus súbditos, que le creian débil y sin talento le obligó á retirarse cerca de Avenk-Khan, soberano de los tártaros, recompensando el asilo que le diera aquel príncipe con señalados servicios, no solo en las guerras contra sus vecinos, sino tambien en la que sostuvo contra su hermano que le arrebató la corona. Djenguyz-Khan restableció á Avenk-Khan en el trono, y recibió á su hija en matrimonio, mas habiendo olvidado el Khan lo que debia á su yerno, resolvió su pérdida; Djenguyz se puso al frente de un ejército, le venció, é irritando esta victoria su ambicion, conquistó en menos de veinte y dos años la Persia, el Cathay, parte de la China, la Corea y casi toda el Asia. Su dominacion se extendia á mil ochocientas leguas de Oriente á Occidente, y á más de mi del septentrion al Mediodía, y preparábase para terminar la conquista del la China, cuando una enfermedad le arrebató la vida en medio de sus riunfos, en 1227.

«Djenguyz-Khan no era cristiano ni musulman; los musulmanes le temian porque les habia causado grandes daños, y por temor de aquel indomable conquistador procuraban vivir en paz con los cristianos (2).»

Durante el pontificado de Honorio hubo un antipapa llamado Bartolomé que fue el que segun dijimos ántes, habian nombrado los albigenses en los confines de la Bulgaria y de la Croacia pero aquel intruso atormentó por muy poco tiempo á la Iglesia.

Durante el Pontificado de Honorio III, en 1223, ocurrió la muerte de

(1) Obra citada, cap. 26.
(2) Artaud de Montor, hist. de Honorio III.

Luis VIII. De once hijos que tuvo de su esposa Blanca de Castilla, le sobrevivieron seis que fueron; Luis, Roberto, Juan, Alfonso, Cárlos y una niña llamada Isabel. Le sucedió en la corona el primero de ellos que fue el gran rey Luis IX al que la Iglesia venera en los altares; empero á causa de su menor edad, pues solo contaba once años, la reina Blanca fue declarada rejente del reino.



CAPITULO IX.

Gregorio IX, papa.—Visita á Santa Clara.—Su indisposicion con el emperador.—Este se decide á partir para de la cruzada.—Es excomulgado por haberse vuelto.—Parte segunda vez.—Tratado por el que Jerusalen es entregado á los cristianos.

Por muerte de Honorio III, y al dia siguiente de vacar la Santa Sede, ue elevado á tan alta dignidad

GREGORIO IX, cuya eleccion tuvo lugar en el monasterio de San Gregorio *ad septem Solia*. Inocencio III su primo le habia creado cardenal diácono de San Eustaquio, y luego obispo de Ostia y arcipreste de la Basílica Vaticana: le habian sido confiadas varias legaciones por lo que habia estado en Nápoles, en Francia, en Toscana y en Lombardía. Era varon de grandes virtudes y mucha sabiduría; su elocuencia era muy persuasiva, y se habia dado á conocer como excelente literato: su porte exterior era elegante y magestuoso. No solamente en Roma sino en toda Europa era querido, y tenia grandes conocimientos en todos los asuntos de la Santa Sede. Por todas estas causas fue elegido para jefe superior de la Iglesia universal, á pesar de la gran resistencia que hizo, no solamente por su humildad, sino tambien por su avanzada edad, pues contaba ya ochenta y tres años, aunque se hallaba bastante robusto y fuerte para poder trabajar en beneficio de la iglesia.

Este Pontífice se llamaba ántes Ugolino y pertenecia á la familia de los Conti, condes de Segni. Habia sido el primer protector de la familia franciscana, segun dijimos á su tiempo, y el Seráfico Padre le habia profetizado el Pontificado, pues que varias veces le habia escrito con esta direccion: A*l reverendísimo padre y señor Ugolino, futuro obispo del universo y padre de las naciones*.

Parece que en el cónclave donde fue elegido Gregorio, hubo una gran diversidad de opiniones, tanto que segun escribe Novaes y con él otros

autores, fue necesario firmar un *compromiso*, sometiéndose todos á la eleccion que hicieran tres compromisarios. Entre los tres que fueron elegidos se encontraba el cardenal de Urach, en cuyo favor se declararon los otros dos cárdenales compromisarios: pero éste con un desprendimiento digno de elogio, consiguió á fuerzas de instancias y de razones que expuso, el que fuese elegido el cardenal Ugolino de Conti. Tanto ha realzado al cardenal Urach esta conducta, que teniéndola en cuenta así como sus virtudes, el calendario cisterciense le ha dado el título de santo, como asimismo el martirologio galicano de Saussay (1).

Reinaldi da los siguientes detalles acerca de las ceremonias que entónces se celebraron (2).

«Llegado el dia de su coronacion (3 de Abril), Gregorio se dirigió á San Pedro, acompañado de muchos prelados, tomó allí el palio segun la costumbre, y despues de celebrar la misa, marchó cubierto de oro y de pedrerías al palacio de Letran, volviendo luego con la corona en la cabeza; el lúnes, despues de celebrar en San Pedro el Santo Sacrificio, salió de dicha iglesia, llevando dos coronas, montado en un caballo ricamente enjaezado, y rodeado de cardenales vestidos de púrpura y de un numeroso clero; las calles se hallaban adornadas con tapicerías y con franjas de oro y plata, viéndose en todas partes los más finos tejidos de Egipto, los más hermosos colores de la India, y los mas suaves perfumes de Oriente. El pueblo entonaba en alta voz *Kyrie eleison* y otros cánticos de alegría, mezclados con el sonido de las trompetas. Los jueces y oficiales ostentaban vestidos dorados y capas de seda; los griegos y los judíos cantaban alabanzas al Papa, cada uno en su idioma, mientras que precedia á la comitiva un innumerable gentío, llevando palmas y flores; el senador y el prefecto de Roma marchaban á pié al lado del papa llevando las riendas de su caballo y de este modo fué conducido al palacio de Letran.»

Gregorio IX canonizó con toda solemnidad á San Francisco de Asis al que habia tratado familiarmente y cuyas grandes virtudes conocia perfectamente. Habia tan solamente dos años que habia muerto el santo fundador. Con este objeto pasó personalmente á Asis, y de paso visitó á Santa Clara, digna discípula de tan gran maestro, á la que llaman madre las monjas franciscanas. El Papa, que no por haber ascendido al Solio Pon-

(1) Novaes III, 188.
(2) Segun Fleury. Lib. LXXIX, 200.

tificio se creia dispensado de seguir protegiendo como ántes al órden franciscano, la ofreció algunas posesiones y riquezas para que pudiese atender á los conventos que iba levantando. Pero la Santa que todo lo esperaba de la divina Providencia, nada quiso recibir, contestando á los ofrecimientos del santo Padre que la santa pobreza valia más que todos los bienes del mundo. ¡Tan gravadas tenia en su corazon las lecciones del Seráfico Francisco!—«Hija mia replicó el Papa, si es el voto el que os detiene, yo os absuelvo de él.—Santo Padre, respondió ella con verdadera libertad evangélica: yo no pido absolucion más que de mis pecados (1).» Admirado el Papa de tanta virtud no le hizo nuevas instancias y le dió su bendicion apostólica.

Poco tiempo hacia que Gregorio IX ocupaba la cátedra de San Pedro cuando estalló una division entre él y el emperador Federico, por que éste habia desposeido á los condes de Anagni, hermanos de Inocencio III. El rey Juan de Briena, que habia ido á Roma por negocios de su reino, conociendo que aquella division tenia visos de llegar á los extremos, procuró una reconciliacion dando su hija primogénita en matrimonio al emperador Federico. Pero esta reconciliacion fue pasajera por que aquel príncipe no obedecia más que á su ambicion que era la pasion que le dominaba.

El Papa Gregorio que era tan notable por su prudencia, hizo los mayores esfuerzos por atraer á Federico y le instaba para que cumpliese el voto que tenia hecho de ir á la Tierra Santa y cuya realizacion iba dilatando de dia en dia, siendo así que el pensamiento culminante del Pontífice era llevar á cabo la guerra santa. Diariamente llegaban cristianos de ultramar imploranpo el auxilio de los fieles, y la Europa entera mostraba la mayor impaciencia por ver partir á los cruzados. Por último, el Papa invocando el nombre de Jesucristo exhortó al emperador á que se embarcase, y éste no atreviéndose ya á señalar nuevos plazos, dió la señal de su partida, y en todo el imperio se elevaron al cielo las más fervorosas súplicas por el feliz resultado de aquella santa expedicion. Embarcóse Federico, y estuvo algun tiempo en el mar, pero pretrextando una enfermedad que se creyó supuesta, desembarcó en el puerto de Otranto. Á vista de esto, la mayor parte de los cruzados se volvieron tambien.

El papa Gregorio que habia considerado la partida del emperador como un triunfo para la Iglesia, miró su regreso como una rebelion contra la

(1) Sur. Vit. S. Clar. cap. IX.

Santa Sede, y por más que el emperador envió embajadores para justificarsu conducta, el Papa sin guardar consideracion de ninguna clase, le excomulgó, asistido de los cardenales y de un gran número de obispos, y despues añadió el entredicho en todos los lugares donde llegase el emperador, y por todo el tiempo que permaneciese en ellos: y además de esto amenazó á Federico, de tratarle como hereje si despreciaba sus censuras; esto es, que absolveria á sus vasallos del juramento de fidelidad á su persona, como era costumbre hacerlo en aquellos tiempos, segun hemos visto que otros Papas lo habian practicado con diferentes monarcas. No era el solo motivo que para obrar de este modo tenia Gregorio, la resistencia que el emperador habia hecho á ir á la Palestina: otros muy poderosos le impulsaban, pues el mismo Pontífice escribiendo á los obispos de la Pulla, les dice, que excomulgó solemnemente á Federico tanto por no haber pasado á la Tierra Santa, ni dado las tropas y dinero que habia ofrecido, como por haber privado al arzobispo de Tarento el ir á su iglesia y visitar su pueblo; por haber despojado á los templarios y hospitalarios de los bienes que tenian en el reino de Sicilia; por no haber guardado el tratado celebrado entre él y unos señores de que á ruegos suyos habia salido fiadora la Iglesia romana; por haber despojado de sus tierras al conde Rogerio, cruzado y acogido bajo la proteccion de la Santa Sede y por haber rehusado sacar á su hijo de la prision en que tan injustamente le tenia. El Papa cita tambien un decreto de Urbano II, en virtud del cual no habia obligacion de guardar fidelidad á un príncipe cristiano, cuando se oponia á Dios y despreciaba los mandamientos. Esto es, lo que habia hecho precisamente Federico, el cual habia engañado á los reyes de Jerusalen y á todos los cristianos que combatian en Asia, violando el voto que habia hecho de ir á combatir á los sarracenos.

No porque el Papa impulsado de su misericordia absolvió de las censuras á Federico, éste varió de conducta: ántes por el contrario, cometió nuevos crímenes impulsado de su deseo de venganza: atrajo á su partido á la nobleza romana, la cual tomó las armas, insultando al Sumo Pontífice al pié de los altares, de tal modo, que el padre comun de los fieles se vió obligado á huir: él suscitó las dos terribles facciones de Güelfos y Gibelinos, que hasta despues de dos siglos de guerras civiles no fueron extinguidas. Entónces Gregorio viendo su pertinacia renovó la excomunion, añadiendo á ella la absolucion del juramento de fidelidad concedida á todos sus súbditos. Todo esto hacia más dura y amarga la situacion de los cristianos de la Palestina, que perdian toda esperanza

de socorro. El Patriarca de Jerusalen, los obispos de Cesarea y de Belen, los gran-maestres del Temple, de San Juan y de la órden Teutónica, dirigian lastimeras súplicas al Sumo Pontífice, y éste apremió nuevamente á los fieles para que llevasen auxilios á los hermanos de la Tierra Santa, que tanto los habian menester.

Segun el triste aspecto que las cosas presentaban, las colonias cristianas debian haber perecido: pero la Providencia lo evitó haciendo que estallasen grandes discordias entre los príncipes musulmanes. Los de la familia de Saladino y de Malek-Adel, se disputaban el imperio de la Siria y del Egipto, y á vista de esto el sultan envió embajadores al emperador Federico en solicitud de su alianza y apoyo: instábale al príncipe infiel á que se trasladase al Egipto, y en recompensa ofrecia entregarle la ciudad de Jerusalen. Esta negociacion decidió á Federico á embarcarse de nuevo. Revestido con la cruz se presentó al pueblo Siciliano anunciando su partida, pero sin pensar en dar parte á la Santa Sede.

En efecto, el emperador llegó á la Palestina, pero la desconfianza se habia apoderado de todos los cristianos, de suerte que por más que protestaba que libertaria el sepulcro de Jesucristo, no le contestaban, sino con un silencio profundo, reflejándose la tristeza en todos los semblantes. Los caballeros de San Juan y los del Temple se habian separado de Federico y le seguian desde léjos.

El sultan del Cairo vaciló por algun tiempo en cumplir la promesa que habia hecho, al emperador de entregarle la ciudad de Jerusalen, por temor á los demás príncipes musulmanes. Así pues, todo el invierno lo pasaron en negociaciones: «espectáculo curioso, dice Michaud, fue el de aquella negociacion entre dos príncipes igualmente sospechosos para aquellos cuya causa defendian, y que se disputaban una ciudad cuya posesion les era muy indiferente.» El resultado de la negociacion fue el estipular una tregua de diez años, cinco meses y cuarenta dias. Malek-Adel abandonaba á Federico la ciudad santa, Belen y todas las aldeas situadas en el camino de Jafa á Tolemaida. Los musulmanes segun los artículos del tratado, habian de conservar en Jerusalen la mezquita Omar y el libre ejercicio de su culto. Nadie se alegró en la ciudad santa de estas disposiciones: cuando llegaron las noticias del tratado hecho entre el sultan y el emperador de los musulmanes, abandonaron afligidos aquel territorio maldiciendo al sultan y los cristianos lloraban sin consuelo, tanto como á la pérdida de la ciudad. Tal era la confianza que les inspiraba el impío Federico. Véase ahora de que modo el citado autor de la *Histo-*

ria de las cruzadas, refiere la entrada de Federico en Jerusalen y e modo como ha sido juzgada esta conquista.

«El obispo de Cesarea, dice, puso en entredicho á los Santos Lugares, y el patriarca de Jerusalen negó á las peregrinos el permiso para visitar el sepulcro del Salvador. Nadie acompañó al emperador cuando verificó su entrada en Jerusalen, excepto los barones alemanes, y los caballeros de la órden Teutónica: la iglesia de la Resurreccion, en la cual quiso ser coronado, estaba vestida de negro, y habian cubierto con velos las imágenes de los santos y de los Apóstoles; el mismo Federico tomó la corona, y colocándola sobre su frente, fue proclamado rey de Jerusalen sin ceremonia alguna religiosa.

«El emperador permaneció tan solo dos dias en la ciudad santa, y únicamente se ocupó en levantar de nuevo sus fortificaciones; volvió á Tolemaida, en donde no hubo mas que súbditos amotinados y cristianos escandalizados por sus triunfos sobre los infieles. Despues de su coronacion habia escrito al Papa y á todos los príncipes del Occidente participándoles que acababa de reconquistar á Jerusalen sin efusion de sangre y por un milagro de la divina Omnipotencia; al propio tiempo, el patriarca dirigia una carta á Gregorio IX y á todos los fieles de la cristiandad para demostrarles lo impío y vergonzoso que era el tratado que acababa de estipular el emperador de Alemania. Cuando regresó Federico á Italia, tuvo que combatir á las repúblicas lombardas sublevadas contra él, y á su suegro Juan de Briena, que habia entrado en la Pulla con las tropas pontificias; la simple presencia del emperador bastó para dispersar á todos sus enemigos; sin embargo, Federico no podia arrostrar por más tiempo las iras de la Iglesia; imploró la clemencia del Sumo Pontífice, y éste conmovido por las súplicas del monarca victorioso, le reconoció como rey de Jerusalen y le perdonó la conquista de la ciudad santa.

«Esta expedicion de Federico II contribuyó sin duda alguna á debilitar en los ánimos el entusiasmo de las guerras santas. Las apasionadas contiendas sobre el sacerdocio y el imperio, que se mezclaban así con las cruzadas, habian de disminuir en la opinion de los fieles el carácter venerable y sagrado que tenian.»

Bien puede afirmarse que jamás habia sido más triste el estado de los cristianos en la Tierra Santa: verdad es que Jerusalen habia sido entregada á los cruzados; pero se hallaba sin fortificaciones y expuesta siempre por lo tanto á las invasiones de los musulmanes. El papa Gregorio tenia fija su atencion en las necesidades de la Palestina, y mientras que

una reunion de los jefes de los cruzados determinaban en Espoletto continuar la guerra contra los infieles, mandaba celosos misioneros que atravesando los mares fuesen á anunciar la divina palabra entre los sectarios de Mahoma. Sabia muy bien las grandes conquistas que en todos tiempos ha hecho el arma poderosa de la predicacion evangélica, y deseaba por lo tanto que generosamente se prodigase. Al mismo tiempo envió diferentes mensajes al califa de Bagdad, y á diferentes príncipes musulmanes, exhortándoles á que léjos de perseguir protegiesen á los cristianos. No era de presumir que sacase fruto alguno de los doctores y discípulos del islamismo, pero de este modo el Sumo Pontífice cumplia con lo que le dictaba su conciencia. Entónces se vió la innovacion de que los misioneros precedieran á los soldados de la fe.



CAPITULO X.

Santa Isabel de Hungría.—Órden tercera de San Francisco.—Santas Eduvigis y Gertrudis.—San Antonio de Padua.—Toma el hábito de canónigo reglar de San Agustin.—Se traslada al órden franciscano.—Su deseo del martirio.—Es acreedor á los títulos de apóstol, profeta y doctor.—Su muerte.

Reservándonos para más adelante el dar cuenta del resultado de la sexta cruzada, de la que nos hemos venido ocupando, vamos á fijar la atencion, en otros asuntos de no menos importancia. Cúmplenos hacer conocer algunos personajes eminentes por su virtud que florecieron por la época de que nos venimos ocupando.

El Landgrave que á pesar de sus deseos no pudo pasar á la Palestina por habérselo impedido la muerte, dejó viuda á Isabel, hija de Andres rey de Ungría, princesa de muchas virtudes atendidas las cuales la Iglesia la ha colocado en el catálogo de los santos. Una caridad con todas las cualidades que el apóstol San Pablo señala á esta virtud y una paciencia á toda prueba, son las virtudes que desde su más temprana edad la distinguieron. La mayor parte de sus cuantiosos bienes los empleaba en socorrer á los pobres llegando habitualmente á nuevecientos los que socorria cada dia. En 1225 el hambre afligió á la Alemania y puede decirse que en esta época calamitosa era Isabel una verdadera providencia pues que hizo repartir entre los pobres todo el trigo que se habia recogido en las tierras de su propiedad. Esta liberalidad fue causa de que los ministros se quejasen al landgrave de esto que llamaban disipacion. El príncipe que conocia muy bien la rectitud de miras de su esposa y estimaba en lo que valía su gran virtud les contestó: «dejadla obrar, pues que estoy seguro de que el Señor nos aumentará los bienes que ella distribuya entre los pobres.» Como quiera que, hubiese muchos pobres ancianos y enfermos á los que no les era posible acudir á la dis-

tribucion de limosnas al palacio de Vartberg, Isabel hizo construir un hospital al pié de la montaña en cuya cima estaba situado dicho palacio, á donde ella misma bajaba cada dia para servirlos con sus propias manos; y el tiempo que le quedaba desocupado lo empleaba en hilar y en otros trabajos groseros, á fin de proveerlos de vestidos. Era en verdad un espectáculo admirable ver á esta princesa humillada contínuamente al pié de los pobres siendo para ellos un ángel de consuelo.

Siendo una verdad bíblica que Dios castiga al que ama y azota al que recibe por hijo (1), Isabel no estuvo libre de trabajos y tribulaciones. Luego que hubo muerto su esposo el cual le dejó un hijo y dos hijas, Enrique su cuñado se apoderó injustamente del Estado con perjuicio de los lejítimos herederos: despues de esto despojó á Isabel de todo lo que le pertenecia y la arrojó, viéndose precisada por lo tanto á retirarse á una posada de las inmediaciones de Eisenac, pues nadie se atrevia á darle albergue por temor á caer en la indignacion del príncipe reinante. Acompañada de sus tres hijos vivió algun tiempo en la mayor indigencia dando pruebas de una paciencia tan admirable como aquella que celebran los libros santos en el príncipe de Hus. Cuando los ilustres parientes de Isabel, de la reina proscrita, tuvieron noticias del triste y lamentable estado á que se veia reducida, fueron en busca suya y á fuerza de ternura trataron de hacerla olvidar los grandes ultrajes de que habia sido víctima. El mismo Enrique llegó á conocer cuan criminal habia sido su conducta para con una princesa que se habia captado el amor de sus vasallos por sus grandes virtudes, y arrepentido de su modo de obrar volvió á llamarla á su palacio de Vartberg decidido á indemnizarla de los perjuicios que la habia causado. Contentóse la ilustre princesa con que cuidasen y atendiesen á sus dos hijas y á su hijo Herman, el cual más tarde recobró los Estados de su padre, y ella que no conocia la ambicion n suspiraba por otros bienes que por aquellos que no corrompen la polilla ni el moho, se retiró á una casa humilde para dedicarse allí al ejercicio de la caridad abrazando la regla de la órden tercera de San Francisco que algunos años ántes habia sido establecida, y que no era otra cosa que una asociacion de piadosos fieles de uno y otro sexo y aun á veces ligados con los vínculos del matrimonio, que sin dejar sus profesiones y casas podian aspirar á la perfeccion de la vida religiosa sin practicar todas sus austeridades (2). Esta regla de la tercera órden formada por

(1) Paul. ad. Heb. cap. XII. v. 6.
(2) Vading. not. in regul. ter. Ord.

San Francisco, fue más tarde confirmada por el papa Nicolás IV. Consistia su vestido en un hábito pardo y modesto con una cuerda á la cintura con nudos y comunmente eran conocidos con el nombre de hermanos de la penitencia. Al poco tiempo de haber tomado la reina Isabel el hábito de la tercera órden de San Francisco la llamó Dios á mejor vida no contando entónces más que veinte y cuatro años de edad. A los cuatro años no cumplidos de su fallecimiento fue canonizada por bula de 1.º de Julio de 1235 que manda celebrar su fiesta el 19 de Noviembre que fue el dia de su dichosa muerte.

Por el mismo tiempo florecian en santidad dos parientas cercanas de Isabel, una tia y una prima hermana. Santa Heduvigis su tia y Santa Gertrudis. Era hija la primera del duque de Carinthia, como la madre de Isabel, y esposa de Enrique el Barbudo, duque de Polonia y de Silesia: desde el principio de su matrimonio que contrajo á la edad de trece años guardó la continencia en cuanto le fué posible. Luego que vió asegurada la sucesion de la casa por el nacimiento de algunos hijos, concertó con su marido el guardar continencia perpétua, á lo que se obligaron con voto con aprobacion y bendicion del Obispo. El Duque que era notable por su virtud vivió en adelante como un religioso aunque sin hacer profesion de tal, dejando crecer su barba cual lo hacian los frailes conversos, causa por lo cual se le dió el sobrenombre del Barbudo. Edificó un monasterio para religiosas del Cister en las inmediaciones de Breslau en Silesia y allí fijó su residencia la duquesa aunque sin hacer profesion de religiosa para no perder el dominio de sus bienes y poder atender con ellos al socorro de los pobres. En este mismo monasterio ofreció á Dios á su hija Gertrudis que fue despues abadesa y se hizo muy célebre por los singulares favores que recibiera del cielo. Ambas han sido elevadas al honor de los altares.

Por la misma época floreció San Antonio de Padua el más ilustre de los frailes menores despues del seráfico fundador de esta órden. Nació en la ciudad de Lisboa, en Portugal, y era hijo de un noble varon llamado Martin de Bullones y de una señora no menos noble y principal llamada Teresa Tavera. Desde su misma infancia dió muestras de lo que habia de ser en adelante por la viveza de su ingenio, por su gran recogimiento y modestia así como por su amor á la práctica de las virtudes. Á la edad de quince años entró en un monasterio de canónigos reglares de la Órden de San Agustin que estaba fuera de la ciudad de Lisboa y se llamaba de San Vicente. En este monasterio tomó el hábito é hizo

profesion, permaneciendo en él por espacio de dos años con gran devocion, humildad y obediencia, subiendo á pasos agigantados por la hermosa escala de las virtudes cristianas que conducen á la perfeccion. Como quiera pues, que á aquel su amado retiro acudiesen con frecuencia sus deudos y parientes lo que le servia de gran molestia por que le estorbaban en su aprovechamiento espiritual, pidió licencia para pasar al monasterio de Coimbra donde permaneció por espacio de algunos años dedicado á la oracion y al estudio de las divinas letras con gran fruto y aprovechamiento. Un dia llegaron á aquel convento los cuerpos de los primeros mártires franciscanos, aquellos de quien hemos dicho mas arriba que fueron enviados á Marruecos por San Francisco para predicar la fe á aquellos mahometanos recibiendo en premio de sus apostólicos trabajos la gloriosa corona del martirio. Inflamado de celo el bendito Antonio, oyendo hablar de la constancia con que aquellos santos religiosos habian predicado la fe de Jesucristo, los tormentos que habian padecido, la alegría con que habian recibido el martirio, y los muchos milagros que despues de su muerte habia obrado Dios por ellos, deseó imitarlos en vida y en muerte, tomando el hábito franciscano con el deseo de ir á misiones y derramar su sangre por amor de Jesucristo, y para llevar á cabo esta idea trató de trasladarse inmediatamente á la religion seráfica.

Apénas los Agustinos supieron su resolucion, se llenaron de sobresalto sintiendo vivamente perder prenda de tanto valor y trabajaron cuanto les fue posible por disuadirle de su propósito; pero Antonio fiel á las inspiraciones de Dios, consiguió vestir el hábito franciscano el año de 1221, no sin haber tenido que vencer obstáculos que se le presentaron.

De dia en dia empieza á crecer el fervor del nuevo hijo de Francisco, del exclarecido héroe que á su ingreso en la religion seráfica dejó el nombre de Fernando tomando el de Antonio: á vista de la pobreza evangélica, de la humildad, obediencia y grande austeridad de los franciscanos, se aumenta en él el deseo de derramar su sangre en defensa de la fe cristiana, y de aquí el solicitar contínuamente de sus superiores la licencia para marchar á predicar la fe á los infieles. En vano le hacian ver los peligros á que se exponia: él los contemplaba, fijaba su atencion en la bravura de los mares, en el rigor de la estacion, en los ultrajes de que podia ser víctima, y exclamando cual otro Pablo; «Todo lo puedo en Aquel que me conforta,» obtiene la licencia que solicita y se embarca para Marruecos.

No era aquel el lugar donde le destinaba la Providencia. Por más que suspirase por el martirio, el que dispone á su arbitrio del destino de las criaturas todas, lo ordena de diferente manera. Una grave enfermedad le aqueja y se ve obligado á pasar todo el invierno en las costas de África. Resuelve volver á Portugal, pero un golpe de viento arroja el bajel en que navegaba sobre las costas de Sicilia tomando tierra en Messina, donde supo que su seráfico padre San Francisco celebraba capítulo general en Asís, y ganoso de conocerle personalmente, se dirige hácia aquella ciudad. Allí se encontraron y se abrazaron tiernamente penetrando ambos por inspiracion divina, sus mútuos sentimientos al modo que el mismo San Francisco y el esclarecido español Domingo de Guzman se conocieron y comprendieron sin haberse visto nunca al hallarse reunidos providencialmente bajo los pórticos de la Basílica Vaticana.

No siendo nuestro ánimo detenernos en reseñar punto por punto la vida del glorioso Antonio de Padua, nos serviremos tan solamente de grandes rasgos para dar á conocer los hechos más importantes que les hicieron célebres y que dan á conocer su carácter. Digno es, en verdad, este ilustre vástago de la familia Franciscana, de ocupar un lugar en las páginas de la Historia de la Iglesia.

Fue Antonio de Padua un verdadero apóstol, un profeta en el que resplandeció el espíritu de Elías, de Ezequiel y de Isaías, un sabio doctor y en suma, puede llamársele el santo universal de la Iglesia. Al título de apóstol le hace acreedor su extraordinario celo en la predicacion del Evangelio. No hubo para él momento de descanso desde su incorporacion en el órden seráfico, é imposible nos seria el hacer mencion de las ciudades y provincias que ilustrara con el espíritu de sabiduría que demostró en sus fervorosos y elocuentes sermones. Italia fue e teatro de sus mayores triunfos; y Messina, Arimino, Podio, Venecia y otras muchas ciudades en las que evangeliza la paz, quedan admiradas de su ardiente celo que en todas partes produce los más ópimos frutos. Su palabra cual saeta penetrante no encuentra resistencia. Cónducele el espíritu de Dios, y rápido como la luz que despide el relámpago maravillosamente se reproduce hallándose tres veces á un mismo tiempo en dos lugares diferentes, complaciéndose el Omnipotente con tales prodigios, en hacerse admirable en la persona de su humilde siervo. Déjase oir desde la cátedra de la verdad y no cesando de anunciar á los pueblos sus deberes, al mismo tiempo que reprende sus delitos, introduce el espanto y el terror hasta el fondo de los corazones: exhorta á los justos,

hace temblar á los pecadores y llega con su voz hasta el silencio de los sepulcros, para citar al juicio universal á los áridos despojos de la humanidad, dando por resultado tan ardiente celo el que multitud de pecadores acudiesen con presteza á lavarse de sus culpas en las cristalinas aguas de la penitencia. Si combate á los heresiarcas es un Ezequiel en la severidad de su tono: si se dirige á los ignorantes es un Amós en la sencillez y en la claridad de su lenguaje: á presencia de los príncipes y de los magnates se halla animado del espíritu de Elías y los hombres más versados en las ciencias se creen trasportados á los primitivos tiempos del cristianismo, y que escuchan los inspirados discursos de un San Pablo, ante la Areópago de Atenas. Antonio, en suma, es el ángel del Señor que pone en movimiento las aguas de la más saludable piscina para que en ella cure de su lepra el mundo paralítico y enfermo.

Jamás tuvo la herejía enemigo tan formidable, pues que logró desarmarla en todas patres así con la persuacion de sus discursos como por los milagros repetidos que obra Dios por su ministerio y en confirmacion de su doctrina, razon por la cual ha merecido ser apellidado *martillo de los herejes*. Si la herejía cae á sus piés en la persona de Bonibille; si un irracional rinde á Jesucristo Sacramentado la adoracion que le negara un hombre dotado de razon; si el tirano Ezelino, azote de la Italia, reconoce sus maldades rindiéndose á la voz de este humilde religioso, necesario es reconocer en él todas las cualidades del verdadero Apóstol.

El espíritu de Elías, de Ezequiel y de Isaías, resucita á Antonio, y el velo que cubre á la inteligencia humana los sucesos futuros, se abre ante sus ojos para que pueda anunciarlos al mundo. Ilustrado su entendimiento con divina inspiracion, penetra los más ocultos secretos del corazon humano, y á su espíritu de profecía acompaña el discernimiento de los espíritus con el don de lenguas. La multitud de hechos consignados en los fastos de la historia de su vida, demuestran suficientemente que resplandeció en él el espíritu de los antiguos profetas, hasta el término de penetrar al recóndito misterio de la predestinacion de los hombres. Cual otro Ezequiel vió á través de los tiempos la reparacion del templo, esto es, la magnificencia y suntuosidad de aquella Iglesia que Padua habia de dedicar á su nombre, y que es considerada con justicia como obra maestra de la piedad, de la arquitectura y de la opulencia.

Fácil nos es justificar que es tambien acreedor Antonio de Padua al

título de doctor. San Buenaventura que admira en él la ciencia sagrada de que se halla revestido, le consagra los más elocuentes elogios, y el oráculo de la verdad, el Sumo Pontífice Gregorio IX no duda en llamarle *Arca del Testamento*; tal elogio pronunciado por el maestro de los maestros, es ciertamente el mayor con que puede honrarse á un sabio. Su corazon puede decirse que fue un animado archivo de toda la ley de Dios, su memoria un arca santa que encierra la historia, la moral y cuanto de grande y sublime se contiene en ambos Testamentos, penetrando perfectamente los ocultos misterios y sacramentos de la Escritura Santa. Cual otro Esdras tuvo tan reservada en su corazon la ciencia de los libros santos, que para restituirlos á su integridad primitiva no le faltó en comun sentir de los escritores otra cosa que la ocasion de aquel, ó que habiéndose perdido los originales, la obediencia le hubiese encomendado su restauracion.

Demuestran su sabiduría admirable entre otras producciones de su génio las obras siguientes:

Concordancias morales, en la que se contiene cuantos secretos tiene la naturaleza, la gracia y la gloria, las pasiones, los vicios y virtudes, sus grados, órdenes y jerarquías, deducidas con admirable facilidad y destreza, fundándolo todo en los más oportunos lugares de la Escritura Santa.

Exposicion mística sobre ambos Testamentos. Esta obra encierra un inagotable tesoro de sabiduría.

Coleccion de sermones. Es un riquísimo arsenal de doctrina para los encargados de predicar el Evangelio. Esta obra respira claridad, erudicion y grandeza de ideas, que necesariamente llevan el convencimiento á la inteligencia menos privilegiada.

Glosa moral sobre el Salterio. Consérvase en Bolonia con el mayor aprecio y cual rico tesoro el original de este libro excelente en el que resplandece la verdadera imágen de la doctrina de Jesucristo.

Incendio del Divino Amor. Consérvase inédita esta excelente obrita en el archivo de la Santa y patriarcal Iglesia de Sevilla. Al leer tan precioso documento se nota mas bien que la obra de un hombre mortal la revelacion de un Serafin: sobre el alma del que lee tan precioso tratado parece que se derrama una uncion santa é imperiosa que la conmueve y liquida en el fuego santo de la caridad. En suma si en un concilio se consigna que ningun sabio habia penetrado mejor que San Jerónimo la ciencia de la Escritura Santa, respetando como es debido tan infalible oráculo,

creemos poder poner en segundo lugar á San Antonio, toda vez que este fue su estudio privilegiado y la contínua materia de su meditacion; divinamente inspirado penetra la obscuridad de sus misterios, desenvuelve con suma facilidad sus secretos, acomoda oportunamente sus expresiones en lo literal y en lo místico: ora demostrando en sus explicaciones la claridad de Moisés: ora presentándose sublime como David: tan pronto misterioso como Salomon ó sencillo como los Evangelistas, es semejante á todos cuando lo exige la ocasion ó la materia.

Á San Antonio se debió el que se sostuviese en toda su integridad la pureza del Instituto de San Francisco. Elías depuesto por el santo fundador habia sido restablecido por el mismo en su destino de vicario general de la Órden y él fue el que sucedió en toda la plenitud de su autoridad al Santo fundador, Era hombre de un talento poco comun, pero mal avenido con la austeridad establecida por San Francisco: luego que este hubo muerto siguió un camino diametralmente opuesto á la sencillez y humildad de la verdadera vida franciscana. Tomó para su uso privado una parte de las limosnas hechas á los frailes; se proveyó de un buen caballo y de criados, y tomó la costumbre de comer en su celda separadamente de los demás religiosos, haciéndose servir espléndidos manjares. En suma llegó á decir en presencia de varias personas que el método de vida establecido por San Francisco no era practicable para una multitud de religiosos que no eran tan santos como él ni estaban animados de su mismo espíritu. En las redes de esta relajacion cayeron no pocos franciscanos.

S. Antonio exacto observador de las reglas instituidas por el santo fundador, se opuso con el mayor valor y denuedo á esta subversion del instituto por lo que fue objeto de malos tratamientos por parte de Elías y de sus secuaces hasta el término de haberle querido encarcelar. Impulsado el santo por su deseo de evitar aquellos males tan lamentables que hubieran dado al traste con todos los esfuerzos hechos por San Francisco, halló el medio de dirigirse á Roma burlando la vigilancia de los que contínuamente le observaban. Dirigiéndose por sendas extraviadas logró llegar á la ciudad santa donde fue recibido con las muestras del mayor regocijo por el papa Gregorio IX que tenia exacto conocimiento de sus virtudes. Hízole presente Antonio la conducta del general Elías y el papa se condolió sobre manera de ver trastornado el edificio fundado por San Francisco á los cuatro años tan solo de la muerte del Santo fundador. Así pues citó á Elías á su tribunal y averiguada que fue la ver-

dad de las quejas producidas por San Antonio, le depuso del ministerio general ordenando que inmediatamente se hiciese nueva eleccion.

Elegido Antonio por superior de la órden se ocupó con asiduidad en hacer florecer el primitivo espíritu de la misma, poniendo un especial cuidado en que se cultivasen los estudios, siendo el resultado que desde aquella época los franciscanos empezaron á hacerse notables por su sabiduría, no obstante que hasta entónces habian sido acusados de ignorancia.

Luego que San Antonio hubo conseguido este fruto de sus trabajos renunció al gobierno de la órden haciéndose exonerar por el capítulo general y por el papa, trasladando su domicilio á Padua donde se hizo tan famoso que aquella ciudad le dió su nombre por lo que vino luego á ser conocido por Antonio de Padua. Allí hizo una dilatada mision á la que acudian como á bandadas multitud de personas de los pueblos circunvecinos caminando de noche y disputándose la preferencia para oir sus sermones, siendo lo más maravilloso que habiendo en sus auditorios muchas ocasiones personas de diferentes naciones que ignoraban el idioma en que predicaba Antonio, todos le entendian como si predicase al mismo tiempo en todas las lenguas, repitiéndose el prodigio de San Pedro y de los demás apóstoles.

Concluida que fue esta mision de la que recogió Antonio los más ópimos y saludables frutos se retiró á un lugar no muy distante de Padua con el fin de entregarse á la oracion y á la meditacion de las cosas eternas. Allí fue acometido de una violenta enfermedad y conociendo que se acercaba el término de su vida, no obstante no contar más que treinta y seis años de edad, hizo que lo condujesen á Padua donde recibió con singular devocion los sacramentos de la Iglesia, y despues que hubo rezado con los religiosos los siete Salmos y dicho por sí solo á nuestra Señora el himno *O gloriosa Domina* espiró dulcemente siendo entónces el 13 de Junio de 1231.

Fueron tantos y tan esclarecidos los milagros que Dios hizo en su sepulcro que el papa Gregorio IX le canonizó solemnemente cuando aun no habia cumplido el año de su muerte.

Treinta y dos años despues fue su cuerpo trasladado al templo donde se halla al presente, siendo ministro general del órden franciscano San Buenaventura que se halló presente á la traslacion, el cual viendo que la lengua de Antonio se hallaba tan entera y fresca como si estuviera viva la tomó en sus manos y pronunció estas palabras: «¡Oh lengua bendita! que

siempre alabaste á Dios y fuiste causa que otros le alabasen, bien se ve ahora de cuanto merecimiento eres delante del que para tan alto oficio te formó.» Y besándola con devocion la colocó en un relicario donde se conserva.



CAPITULO XI.

Principios de San Luis.—Reduccion del conde de Tolosa.—Sucesos de San Luis contra los enemigos del reino.—Contrae matrimonio con Margarita de Berenguer.—El Papa Gregorio IX publica la coleccion de decretales que lleva su nombre.—Don Jaime I. de Aragon conquista á Valencia.—Muerte de Gregorio IX.—Concilios.—Celestino IV, papa.—Fugacidad de su reinado.—Inocencio IV, papa.

Durante el Pontificado del papa Gregorio IX, empezó á resplandecer un nuevo astro de virtudes que no se formó en la soledad del desierto ni en el retiro de un claustro, sino en uno de los tronos más ilustres de la Europa. Hablamos de Luis IX, rey de Francia, el cual por sus virtudes puede compararse á los más perfectos solitarios, el cual desde su misma juventud se hizo notable por su piedad, por la pureza de su corazon, por su desprendimiento de todas las cosas terrenas, así como por su sabiduría para gobernar tan vasto reino. Recibió de su piadosa madre una educacion tan esmerada como cristiana, y ambos trataron de hacer florecer en sus estados la Religion.

Blanca y Luis obligaron al conde de Tolosa á abandonar los errores de los albigenses y á reunirse á la Iglesia. Este tratado fue confirmado en un concilio celebrado en 1229, que habiéndose empezado en Meaux fue trasladado á Paris. Raimundo conde de Tolosa, hizo en él la paz con la Iglesia y el rey. La Galia cristiana siguiendo el uso antiguo, fija este concilio en 1228. En virtud de este tratado se obligó Raimundo á arrojar de todos sus Estados á los herejes, haciendo de ellos una rigurosa pesquisa. En virtud de esto la Inquisicion fue establecida en 1229 en las provincias meridionales de Francia, y confiada despues á los dominicos en 1233. Obligóse tambien á reparar los perjuicios que habia causado, restituyendo los bienes raices á la Iglesia á la que pagaría los diezmos aun en sus propios dominios, y á suministrar las cantidades necesarias

para establecer en Tolosa dos catedráticos de Teología , dos de cánones, seis profesores de artes liberales y dos de gramática , siendo este el orígen de la célebre universidad de Tolosa.

En virtud de estas promesas , Raimundo que se presentó descalzo ante el altar, recibió la absolucion de la censura el Viernes Santo 13 de de Abril de 1229.

Poco despues se publicó en nombre del rey una ordenanza que ha sido objeto principalmente en su preámbulo de bastantes discusiones entre los escritores : pero si bien es verdad que contiene la palabra *libertades* de la Iglesia Gálicana, esta expresion tiene un sentido en verdad muy diverso del que gratuitamente quiere suponérsele y que jamás podia esperarse de su autor. He aquí como se expresa San Luis : «Siendo deudores á Dios de un reino y de todo lo que somos, nada deseamos con más ardor que consagrarle las primicias de nuestra vida y de nuestro reino. Queremos , pues , que en honor suyo y en agradecimiento á sus beneficios , su Iglesia , que durante tanto tiempo se ha visto afligida en aquellas provincias , no experimente de una dominacion suave y feliz ménos ventajas que nuestros demás Estados. Por tanto ; de conformidad con el parecer de personas de mucho mérito y categoría , acordamos que las Iglesias y los eclesiásticos adscritos á ellas gocen en esas provincias las mismas *libertades* é *inmunidades* que la Iglesia Galicana para que de ellas usen y disfruten plenamente segun la costumbre de dicha Iglesia.» De esta ordenanza se ocupa Berault-Bercastel , el cual discurre de este modo en confirmacion del buen sentido de la palabra *libertades* : «Los artículos siguientes, que son como consecuencia de este , dan bien á conocer el sentido en que se toma la palabra *libertades* de la Iglesia Galicana. Esta ordenanza , que tiene diez artículos, se dirije principalmente á la extirpacion de la herejía. Los señores de los lugares y los alcaldes reales quedan obligados á hacer exacta pesquisa de los sectarios y á presentarlos á los jueces eclesiásticos , señalando el premio de dos marcos de plata á todo el que coja un hereje. Luego en el reinado de San Luis las libertades galicanas no consistian precisamente en el privilegio de conformarse más libremente á los antiguos cánones, de los cuales no habla el santo rey , sino que por lo ménos comprendian la facultad concedida á la Iglesia , de reclamar ó no el auxilio del brazo secular para apoyar sus decretos contra sus hijos rebeldes.

«No habia llegado San Luis á la edad de los veinte y un años que se requerian , hasta el reinado de Felipe el Atrevido , para la mayoría de



Gregorio IX dando las Decretales

los reyes de Francia, cuando sometió con espada en mano á los vasallos poderosos que se coaligaron de nuevo contra él, y habian atraido á su partido á Enrique III, rey de Inglaterra. La autoridad y el poder de Luis fueron creciendo con los años. Pedro Mancher, duque de Bretaña, el más acérrimo de estos perturbadores, vióse reducido á venir con la soga al cuello á postrarse á los piés del rey y á pedirle perdon de su felonía. Perdonósele la vida porque era príncipe de la sangre, esto es, de la rama de los Dreux, y se le dejó la Bretaña, pero sólo durante su vida y la de su hijo, debiendo luego volver á la corona. Fue humillado tambien en varias ocasiones el rey de Inglaterra, reducido á pedir la paz y á ceder por último á los franceses una buena parte de las provincias que poseia en Francia. El conde de la Marca, su aliado, perdió la ciudad de Saintes, y una parte de la Santonga (1).»

Ya tendremos ocasion más adelante de ocuparnos de otros hechos el santo rey Luis IX, el cual á la edad de veinte años contrajo matrimonio con Margarita, hija primogénita de Raimundo Berenguer, conde de Provenza, para lo que necesitó dispensa del Santo Padre por ser ambos parientes dentro del cuarto grado.

En el mismo año (1234), publicó el papa Gregorio IX la coleccion de decretales que lleva su nombre, y que es la sexta en el órden de las colecciones, y desde entónces la más autorizada; la primera fue la de Bernardo Balbo, de la iglesia de Pavía, luego obispo de Faenza, y enseguida de Pavía, en cuya Silla sucedió á su maestro Lanfranc. Muy profundo en conocimientos canónicos, Balbo compuso cinco libros sobre esta materia, recopilando ademas las decretales y los cánones de algunes concilios hasta el año 1190. La segunda coleccion ó recopilacion fue empezada por Gulberto y Alain, y terminada por Gallois de Bolterre; la tercera fue arreglada por Bernardo el Grande, arcediano de Compostela, en 1210: Inocencio III mandó formar la cuarta coleccion, compuesta primeramente de los decretos del concilio IV de Letran que él presidió en el mismo año de 1215, y enseguida, de sus rescriptos: la quinta fue compuesta de las constituciones de Honorio III, el cual envió su compilacion á Tancredo, arcediano de Bolonia, ordenando que fuese seguida en las escuelas y en los tribunales (2).

De todas estas colecciones, Gregorio IX hizo componer la suya por

---

(1) Cap. XXXIX, n. 74 y 75.

(2) Edic. de Inocen. Ciron, 1645, tit. 1, cap. 1.

San Raimundo de Peñafort, de la órden de predicadores, sub-capellan entónces de su penitenciario y uno de los fundadores despues del órden de Nuestra Señora de la Merced, como veremos mas adelante: las decretales de Gregorio IX se dividieron en cinco libros, en cada uno de los cuales van continuadas por órden de fechas, lo que no se habia tenido cuidado de hacer en las anteriores. Esta empieza en Alejandro III, en cuyo pontificado terminaba el decreto de Graciano.

Dentro de cuatro años terminaba la tregua pactada entre Federico y el emperador de los infieles. Hallábase el Papa en Spoleto, y á esta poblacion se dirigió Federico conviniéndose en hacer preparativos para la guerra. Gregorio publicó la cruzada y en la carta que dirigió particularmente á Luis IX le exhorta á prepararse para socorrer la Tierra Santa personalmente ó por medio de sus vasallos, y renovó la excomunion fulminada en el concilio de Letran contra los que proporcionasen auxilios á los infieles.

Por el tiempo que nos venimos ocupando se llevó á cabo en España el sitio y conquista de Valencia por D. Jaime I de Aragon. En el mes de Octubre de 1236 se celebraron cortes en la villa de Monzon y en ellas se trató de llevar á cabo la guerra de Valencia. El castillo que se llamaba el Poyo de Santa María habia sido destruido con las guerras con los moros pero habiendo sido reparado por los cristianos, D. Bermudo Guillen puso en él una fuerte guarnicion. El rey de Valencia con un ejército compuesto de seiscientos caballos y cuarenta mil peones se propuso combatir esta fortaleza: los nuestros con grande ánimo salieron al encuentro de los musulmanes y sostuvieron una terrible batalla en la cual por mucho tiempo el triunfo fue dudoso; pero al fin quedaron vencidos los moros.

Tuvo lugar esta batalla en el mes de Agosto del año 1237, y en ella murió D. Rodrigo Luesia uno de los mas principales caballeros del ejército cristiano. Cuando el rey D. Jaime supo la victoria que habian alcanzado los suyos se dirigió con solo ciento treinta hombres de á caballo hasta las inmediaciones del Poyo y de Murviedro. La poca prudencia de haber emprendido aquella marcha con tan poca gente pudo serle funesta pues que se encontró con una escuadron de moros habiendo sido muy grande su peligro del cual se libró providencialmente por no haber entrado aquellos en batalla habiéndose retirado por diferente camino.

Una vez en el castillo, D. Jaime trató de sostener su posesion por ser de gran utilidad para la conquista de Valencia. Como se apercibiese de

que decaia el ánimo de alguno de sus soldados y que no pocos procuraban la huida los juntó á todos en la capilla del castillo y juró solemnemente sobre el ara consagrada, de no retirarse á su habitual morada sin tomar ántes á Valencia. Con esto volvió á reanimarse el valor de los soldados que quedaron con él con la mejor voluntad. Atemorizado el rey moro envió á suplicarle la paz ofreciéndole en cambio de ella muchos castillos y fortalezas y gran cantidad de oro. Todas estas ofertas fueron desechadas por el rey D. Jaime contra el parecer de los suyos. Esto no obstante, voluntariamente le entregaron los moros varios castillos entre ellos Almenara, Betera y Bulla con lo que se aumentaron las esperanzas de los soldados. No contaba el rey á esta sazon más que con trescientos y sesenta hombres de á caballo y unos mil de á pié, fuerza insignificante para poder atacar una ciudad de tanta importancia como Valencia muy fortificada y que contaba con una numerosa guarnicion para su defensa. Sin embargo, sitióla el rey D. Jaime por la parte llamada del Grao y el rey Zaen salió con su gente á combatir con las tropas cristianas con las cuales sostuvieron algunas escaramuzas en las que las moros sacaron la peor parte, por lo cual atemorizados, no quisieron hacer nuevas salidas. Las tropas del rey D. Jaime se acercaron al muro de la ciudad; sacaron algunas piedras con picos y palancas, haciendo tres diferentes troneras por cada una de las cuales cabia un hombre. Entretanto las tropas de D. Jaime se iban aumentando considerablemente, y el rey mostraba no menor prudencia que esfuerzo y destreza en pelear de tal modo que no contentándose con dirigir las operaciones era el primero en ponerse al peligro causa por la cual un dia en que se habia adelantado más de lo regular fue herido por una saeta en la frente aunque no de mucha gravedad pues que solo cinco dias estuvo privado de presentarse al público. Mucho tiempo llevaba ya de sufrir el sitio la ciudad de Valencia; así es que perdiendo los moros las esperanzas de ser socorridos ni de los moros de África ni de los que ocupaban todavía algunas provincias de España, determinaron rendirse. Con objeto de formar capitulaciones el rey Zaen envió dos embajadores al campamento del rey D. Jaime, siendo uno de ellos Alí-Albata, uno de los mas distinguidos personajes de la corte Musulmana.

Las condiciones que se estipularon fueron las siguientes: el rey moro habia de entregar la ciudad de Valencia con los demás castillos y villas aquende el rio Jucar: los moros podrian ir libres á Cuyera y á Denia conseguridad y bajo la fe y palabra real: los mismos sin que nadie se lo es

torbase podrian llevar consigo el oro, la plata y los demás valores que poseyesen. Púsose para el cumplimiento de esas capitulaciones el término de cinco dias; empero ántes de que este término se cumpliese, los moros en número de unos cincuenta mil abandonaron la ciudad pasando por medio de los cristianos sin que recibiesen de estos daño alguno.

De la posesion de Valencia por las tropas del rey D. Jaime da cuenta el P. Mariana de este modo:

«Víspera de San Miguel, por el fin de Setiembre hicieron los vencedores su entrada en Valencia, y se apoderaron de aquel reino. Limpiaron la ciudad, reconciliaron y consagraron en templos de Dios las mezquitas. Quedó por primer obispo Ferrer de San Martin, preboste de Tarragona: quién dice era de la órden de los predicadores. Vinieron á poblar nuevos moradores, los más Catalanes, de Gerona, Tarragona, Tortosa. Los campos de la ciudad y las huertas se repartieron por iguales partes entre los obispos y los caballeros y los ayuntamientos de las ciudades que ayudaron en su conquista. Cupo eso mismo su parte á los caballeros templarios y á los de San Juan. Entre los conquistadores señalaron trescientos y ochenta de á caballo que mejoraron en el repartimiento, á tal que se encargasen de guardar las fronteras de aquel reino, repartido el trabajo de manera que cada cuatro meses por turno guardaban los cientos de ellos. El sitio de la ciudad no es muy fuerte y sus murallas eran flacas, mayormente que quedaban maltratadas y aportilladas por causa de la guerra. Acordó el rey fortificalla de nuevos muros, mudada la primera forma y traza, de suerte que quedasen más anchos y la figura cuadrada, con doce puertas, que de tres en tres miran á las cuatro partes del cielo. Ordenáronse nuevas leyes, constituciones y fueros para el gobierno y sentenciar los pleitos.

«Por esta manera el rey moro Zaen perdió en breve el reino que malamente usurpó; que el poder adquirido contra justicia prestamente desfallece. Verdad es que el se preciaba de venir de linaje de reyes, por que era hijo de Modef, nieto de Lope, rey de Murcia, como arriba queda declarado. Las alegrías que en toda España se hicieron por la toma de Valencia fueron extraordinarias, mayormente que en esta conquista no se mezcló como en otras ningun reves ni desastre. El ejército quedó entero que apenas faltó caballero de cuenta; solo D. Artal de Alagon, que por estar las cosas de los moros tan caidas, se habia reducido al servicio de su rey, y en compañía del vizconde de Cardona D. Ramon Folch, fue sobre Villena y tomada aquella ciudad, en una refriega que tuvieron con los moros jun-

to á Sayx, pueblo de aquellla comarca, le mataron de una pedrada: no faltó quien dijese se le empleaba bien aquel desastre al que ayudó á los moros, y estuvo de su parte en el tiempo de su prosperidad. Este fue el remate de la guerra, y de la conquista muy afamada de Valencia (1).»

La animosidad de Federico II contra el Papa habia llegado á sus últimos lindes en 1240. El cardenal Jacobo obispo de Palestina llegó á Francia donde publicó la bula de excomunion que contra aquel emperador se habia lanzado por la Santa Sede, al tiempo mismo que ofreció el imperio al conde Roberto, hermano del rey cuya oferta rechazó Luis en los términos mas firmes aunque respetuosos. Los embajadores franceses cerca de Federico preguntaron á éste si los sentimientos religiosos que abrigaba eran diversos de los que eran comunes á los demás católicos. La contestacion del emperador fue de que jamás se apartaria de la fe de sus antepasados y predecesores, por lo que habiendo oido esta promesa de labios del mismo Federico los embajadores exclamaron: «¡Dios nos libre de atacar sin legítima causa á un príncipe cristiano! la ambicion no nos vence. Amamos al rey nuestro señor, que ha heredado la corona por derecho de nacimiento, y le estimamos en más que á un príncipe electivo; en cuanto al príncipe Roberto, bástale ser hermano de tan gran rey.»

Contestacion digna y verdaderamente piadosa que demuestra los sentimientos que jamás deben abandonar á un soberano.

Habia determinado el papa Gregorio reunir un concilio; pero Federico se opuso á ello y marchó contra Roma: hallándose ya en Grotta-Ferrata supo la muerte del Papa el cual habia sucumbido bajo el peso de tantos pesares el 20 de Abril de 1241 aunque otros señalan el 21 de Agosto del mismo año al rayar en los ciento de su edad despues de haber gobernado la Iglesia durante catorce años, cinco meses y algunos dias.

Gregorio IX que era un varon dotado de un talento superior y de una memoria felicísima, se distinguió notablemente por sus conocimientos en jurisprudencia y en las letras sagradas así como por su instruccion en las artes liberales. «Fue, dice Novaes, flor de elocuencia Ciceroniana; báculo de los pobres; celoso defensor de la fe y de la libertad eclesiástica, y modelo, en fin, de las mas ilustres virtudes (2).»

Hizo este papa muchas canonizaciones entre las cuales citaremos la de

---

(1) Mariana hist. de España lib. 12. cap. XIX.
(2) Novaes III, 200.

San Antonio de Padua en 1232, la de San Virgilio, obispo de Saltzburgo en 1233, la de Santo Domingo de Guzman en 1234 y la de Santa Isabel, viuda del Landgrave de Turingia.

Segun la opinion de Esponde, Gregorio fue quien en 1239 mandó añadir la *Salve Regina* al fin de cada hora del oficio canónico para implorar el socorro de la Vírgen contra el emperador Federico.

Antes de pasar á historiar el pontificado siguiente daremos cuenta de algunos concilios celebrados en los últimos años del reinado de Gregorio IX.

Entre varios que se reunieron en 1229 fueron los más notables los siguientes:

1.º Concilio de Lérida en 29 de Marzo convocado y presidido por el legado Juan, obispo de Sabina y cardenal de la iglesia romana. En esta asamblea se trató de la disciplina, y se discutieron y ordenaron las reformas que debian hacerse en el clero.

2.º Concilio de Westminster en 29 de Abril en presencia del rey Enrique III. El nuncio Esteban en nombre del papa Gregorio IX pidió el diezmo de todas las rentas de Inglaterra y de Irlanda para emplearlas en hacer la guerra al emperador Federico II. Los señores legos se negaron á acceder á esta peticion; pero el clero se sometió despues de cuatro dias de deliberacion por temor de ser excomulgados. (Wilkins.)

3.º Concilio de Tarazona en Aragon, en 29 de Abril. El legado Juan cardenal y obispo de Sabina acompañado de dos arzobispos y de nueve obispos declaró nulo el matrimonio de Jaime rey de Aragon con Leonor de Castilla por no haber sacado dispensa siendo próximos parientes. No se resistió el rey Jaime, pero declaró legítimo á su hijo Alfonso, al que ya habia nombrado heredero del reino lo que fue confirmado despues por el papa. (Aguirre.)

4.º Concilio de Tolosa en el mes de Noviembre. Fue celebrado por tres arzobispos, un gran número de obispos y otros prelados en presencia de Raimundo, conde de Tolosa, y de otros condes y barones del pais. Publicáronse en él cuarenta y cinco cánones, dirigidos á extirpar la herejía y al restablecimiento de la paz. Por uno de estos cánones, el décimocuarto, se prohibe á los legos el retener los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, á excepcion del Salterio, el Breviario y las Horas del oficio de la Santísima Vírgen. Es el primer ejemplo que se lee de semejante prohibicion. Fleuri la defiende diciendo que se resolvió para evitar los abusos que hacian los herejes de los libros sagrados. Segun

Vaissete en este concilio se estableció fija y permanentemente el tribunal de la Inquisicion.

En 1230, celebróse un concilio en Tarragona á 1.° de Mayo por el arzobispo Sparagus. Hiciéronse cinco cánones, por el último de los cuales se prohiben las justas en el recinto y en las dependencias de los monasterios.

El patriarca griego German II, celebró en 1232 una asamblea en Nicea para tratar sobre los Estauropegas, ó sea la cruz que el patriarca hacia plantar en los sitios donde se erijia un oratorio, un monasterio ó una iglesia parroquial.

En la primera semana de Cuaresma de 1233, se reunió un concilio en Noyon; pocos dias despues otro en Laon; y en principios de Setiembre otro en San Quintin, en Vermandois, todos con motivo de una cuestion entre el rey y Milo, obispo de Beauvais. Este último pretendia que el rey San Luis habia violado los derechos de su iglesia ejerciendo la justicia en Beauvais, contra los culpables que habian promovido en esta ciudad una sedicion que dió por resultado algunos asesinatos. Los obispos fulminaron un entredicho el cual fue revocado despues en el segundo concilio de San Quintin. El referido obispo de Beauvais apeló al Papa de esta decision; pero murió en 6 de Setiembre de 1234, ántes que este negocio fuese juzgado en Roma. Algunos años despues su sucesor levantó el entredicho, é hizo la paz con el rey.

Otros muchos concilios se celebraron por esta misma época, de los que no nos ocupamos por su poca importancia. El lector puede verlos en la tabla cronológica de concilios al fin de esta obra.

A Gregorio IX sucedió en la cátedra de San Pedro

Celestino IV, llamado ántes Godofredo Catiglioni, noble milanés, monje de la órden del Cister: habia sido creado cardenal-presbítero del título de San Márcos, y obispo de Sabina por Gregorio IX, el cual le nombró despues legado á *Latere*, en Toscana, en Lombardía y luego en Monte-Casino, donde se hallaba el empersdor Federico II. Celestino fue elegido Papa en el lugar llamado *Sette Soli*, por sólo diez cardenales. Debilitado por la edad, ó tal vez envenenado como quiere algun escritor, vivió tan solamente diez y siete dias despues de su eleccion, en cuyo tiempo publicó una bula: murió en 5 de Octubre de 1241, ántes de ser consagrado, y fue sepultado en el Vaticano.

La Santa Sede estuvo vacante un año, ocho meses y diez y siete dias, á cuyo dilatado interregno señalan los historiadores diferentes causas;

unos las atribuyen á los cardenales y otros al emperador Federico II, el que segun aseguran impedia ocultamente la eleccion, aunque fingiendo apresurada, bajo cuyo pretexto se apoderó de los bienes de los cardenales.

Despues de tan dilatada vacante fue elegido Papa

INOCENCIO IV, llamado ántes Sinebaldo Fiechi, el cual pertenecia á una de las primeras familias de Génova; habia sido primeramente obispo de Alberga, y vice-canciller de la Santa Iglesia Romana; Gregorio IX le creó más tarde cardenal-presbítero del título de San Lorenzo *in lucina*, y legado de la Marca, siendo en suma elegido Papa en Anagni por unánime consentimiento el 24 de Junio de 1243: su consagracion tuvo lugar el 28 y segun otros el 29 del mismo mes y año. La noticia de esta eleccion afligió en gran manera al emperador Federico II, el cual dijo que un cardenal amigo se convertiria para él en un Papa enemigo.



CAPITULO XII.

Varias órdenes religiosas fundadas en el extranjero son admitidas en España.—Órden de Nuestra Señora de la Merced.—Concilio general primero de Lyon.—Tadeo de Suesa defiende calorosamente al emperador Federico.—Sentencia que se pronuncia contra el mismo.—Decretos del concilio.—Celebracion de otras varias asambleas.—En la de Valencia del Delfinado se renueva la sentencia de excomunion y deposicion contra Federico.

Hemos visto nacer durante la edad media diversos institutos religiosos que respondian á diversas necesidades. Casi todos ellos penetraron en España á fines del siglo XII ó principios del XIII: empero si otro paises honraron á nuestra patria con tan preciosas instituciones, España á su vez dió el de Predicadores, debido como ya hemos tenido ocasion de ver, al esclarecido español Santo Domingo de Guzman. Los religiosos cartujos habian penetrado en nuestra nacion en 1163, fundando su primer monasterio de Escala-Dei en al arzobispado de Tarragona. El mismo San Francisco de Asis vino personalmente á España para establecer su órden, y entre otras fundaciones se le atribuye el convento de Madrid conocido con el nombre de *San Francisco el Grande,* cuya iglesia es una de las más hermosas y capaces de la corte. Aun se enseña en su huerta una pequeña ermita que se dice era el retiro del Santo fundador mientras se llevaban á cabo las obras del convento. Este sirve hoy de cuartel cuyo destino se le dió desde la triste época de la exclaustracion de los regulares en 1837. ¡Ya, gracias á la moderna civilizacion y á la decantada libertad, no se ven por aquellos claustros, ancianos encanecidos en la penitencia, el angelical semblante de un modesto novicio, la frente serena de un religioso que sale de su celda para dirigirse al coro y entonar los cánticos sagrados, ó que con su Breviario debajo del brazo, deja momentaneamente su retiro para dirigirse á una pobre morada para abrir á

un moribundo las puertas del cielo, derramando sobre su alma el bálsamo de la clemencia divina! ¡Todo aquello fue terminado por las teas y los puñales de la revolucion!... ¡Quien pudiera borrar esta negra página de nuestra historia patria!...

Sigamos nuestro relato.

Hemos dicho que cada instituto religioso respondia á una necesidad, y ahora lo veremos perfectamente comprobado.

Una multitud de valerosos cristianos gemia en las mazmorras musulmanas, siendo víctimas de los más crueles tratamientos por parte de los enemigos del cristianismo. Ya hemos hablado del instituto de la Santísima Trinidad debido á San Juan de Mata y San Felix de Valois, el cual respondia á aquella necesidad apremiante. Los padres redentoristas llevaban la caridad hasta sus últimos lindes, estando prontos á dar su propia existencia por la de los desgraciados cautivos.

«La Providencia en sus altos fines, dice un sabio escritor, no quiso que fueran los Trinitarios solos para tan ardua como importante empresa; quizás para que de este modo siendo destinado á un mismo objeto otro instituto de orígen español, existiera entre ambos una santa y noble emulacion, que les permitiera coadyuvarse mútuamente, y no decaer en un propósito tan santo en su fin como difícil en su práctica (1).»

El nuevo instituto fue fundado por la misma Vírgen María, para cuyo efecto se dignó honrar con su descenso á la ciudad de Barcelona. En e hecho que vamos á referir, honrosísimo para nuestra nacion y muy especialmente para la capital del Principado, donde escribimos esta obra, vemos una nueva prueba de que la España ha sido en todo tiempo el pueblo privilegiado de la Reina de los cielos.

Vivia á principios del siglo XIII en Barcelona con gran fama de santidad Pedro Nolasco, hijo de una noble casa de nacion francesa, el cual como quiera que la herejía de los albigenses se hallase muy extendida en todo el reino francés, abandonó su casa y vendió cuanto poseia poniéndose enseguida en camino para el principado de Cataluña. Fue su primer cuidado visitar el célebre monasterio de Montserrat donde permaneció por espacio de algunos dias satisfaciendo de este modo su devocion. Cumplido este deseo se fue á la ciudad de Barcelona donde atendido su noble orígen fue recibido por el rey D. Jaime de Aragon con gran magnificencia. Aquel esclarecido monarca llegó prontamente á conocer las bellas

(1) D. Vicente La Fuente. *Hist. eclessiast. de España*, tom. II pág. 279.



San Pedro Nolasco consulta con San Raimundo de Peñafort.

prendas y grandes virtudes que adornaban á Pedro Nolasco lo que hizo que le profesase una grande estimacion. La mayor parte de las conversaciones de Pedro Nolasco con el rey recaian siempre sobre la redencion de cautivos, y ambos discurrian los medios de aniquilar á los sarracenos para librar de sus manos á los pobres cautivos cristianos: así pues mientras tanto el rey con sus tropas trataba de conquistar los lugares y castillos de los mahometanos, Pedro Nolasco sintiendo como si el mismo los experimentase los trabajos de los cautivos oraba fervorosamente pidiendo al Señor que los libertase de sus cadenas.

San Raimundo de Peñafort, varon tan notable por sus virtudes como por su sabiduría, pues que estaba graduado en ambos derechos, era canónigo de la santa iglesia catedral de Barcelona y merecia toda la confianza del rey de quien era su confesor. Una vez enterado San Raimundo de los buenos deseos que animaban tanto al monarca como á Pedro Nolasco tomó por su cuenta alentar á ambos para que llevasen á cabo sus buenos propósitos en la redencion de los pobres cautivos.

Cuando los tres estaban animados de los mismos deseos tuvo lugar el hecho maravilloso que hemos indicado y que tanto realza á la capital del principado.

Era el primero de Agosto de 1228 (1) y gobernaba la Iglesia la santidad de Honorio III, cuando la Santísima Vírgen descendiendo del cielo se presentó en una vision al rey D. Jaime manifestándole que deseaba se fundase un órden religioso con el título de la *Merced* ó misericordia, para redencion de los cautivos. Igual vision tuvieron Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort. El primero de los dos al oir de labios de la Santísima Vírgen que le manifestaba no podia hacer cosa mas agradable á su Hijo y á ella que fundar un nuevo órden religioso con el título de la *Merced*, cuyos individuos se dedicasen á la redencion de los cautivos, lleno de admiracion exclamó: «¿Quién sois vos, que teneis tan penetrados los secretos de Dios? ¿Y quién soy yo miserable pecador para llevar á cabo tamaña empresa?—Yo soy María Madre de Dios respondió la Señora, que traje en mis entrañas y dí á luz del mundo al soberano Redentor de todos los hombres, y deseo que haya en la Iglesia una nueva familia que haga singular profesion de rescatar á los cautivos. Funda pues esta

(1) No están de acuerdo todos los historiadores en esta fecha. Alzog con los mismos Mercenarios señala el año 1218. Los dominicos fijan la que nosotros citamos y dan razones convincentes que nos la hacen seguir.

religion que tomo desde luego bajo mi proteccion. Yo te facilitaré los medios y allanaré todos los caminos. Te declaro que esta es mi voluntad; porque te advierto que cuando tú con vivas lágrimas solicitabas por medio de la oracion el remedio de los cautivos, recogias limosnas y los redimias, presenté yo tus súplicas á mi Hijo, el cual se dignó, para consuelo tuyo y para instituir esta religion, con especial título mio, bajase del cielo; y á tí, Pedro te elegí, porque tú has de ser la piedra fundamental sobre la cual se ha de edificar esta mi religion.» Dicho esto desapareció la Madre de Dios de la vista de Pedro Nolasco, el cual no dudó de esta revelacion que despues aprobó la Iglesia, disponiendo sea celebrada cada año con una fiesta particular.

Resuelto Pedro Nolasco á cumplir la voluntad de la Santísima Vírgen, acudió presuroso á consultar el caso con San Raimundo de Peñafort, que era el director de su conciencia, quedando agradablemente sorprendido al saber de labios de aquel que habia tenido igual revelacion. Confirmados ambos de que Dios era el autor de tal pensamiento, determinaron acudir al rey D. Jaime con el objeto de darle cuenta del suceso y suplicarle su proteccion para llevar á cabo la fundacion del nuevo instituto. Apénas les vió el rey en su presencia, sin darles tiempo á dejarles manifestar el objeto que les llevaba, se adelantó á explicarles la revelacion que él habia tenido y que era exactamente igual á la de ellos. No queriendo la Santísima Vírgen que ni por un momento se dudase de este milagro de su misericordia, hizo á los tres igual manifestacion. Puestos pues de acuerdo el monarca con Raimundo y Pedro Nolasco, dispusieron todo lo necesario para la fundacion de la órden de la Merced, que fue establecida el dia 10 de Agosto en la Catedral de Barcelona, quedando por jefe de la órden San Pedro Nolasco. El rey se declaró su protector dando á la nueva misma por armas su mismo escudo, con la cruz de Sobrarbe y las sangrientas barras. Las ideas dominantes de la época, que como dice el señor La Fuente, hermanaban la caridad con el valor convirtieron la hospitalidad y defensa de los desvalidos en órdenes de caballería, hicieron que esta órden se considerase en su orígen como militar, por mas que sus individuos no empuñasen otras armas que las de la paciencia y humildad cristianas. Así pues, este instituto se ha titulado siempre *Real y Militar Órden de Nuestra Señora de la Merced.* A los tres votos esenciales añadieron los mercenarios un cuarto voto por el cual se obligan á redimir cautivos, quedándose ellos en rehenes cuando fuese necesario, que es llevar la caridad hasta su verdadero complemento. Gregorio IX

confirmó este instituto por su bula dada en Perusa á 25 de Enero de 1235. Inocencio IV la eximió del Ordinario concediéndola al mismo tiempo muchas gracias y privilegios; y en suma, Benedicto XIII por su bula dada en Roma á 9 de Julio de 1725, la declaró verdaderamente mendicante concediéndola todos los privilegios de las demás órdenes de la misma especie.

No nos detendremos en enumerar los ilustres varones que ha producido la exclarecida órden de Nuestra Señora de las Mercedes, ni en ponderar los grandes y extraordinarios servicios que ha prestado á la Iglesia y al Estado en todos tiempos, y muy principalmente en la época de las cautividades de los cristianos, respondiendo de este modo dignamente á los planes de la Providencia al hacer aparecer esta nueva familia en el campo del catolicismo.

Con el objeto principal de renovar la excomunion contra el emperador Federico, el papa Inocencio IV convocó el

Concilio I de Lyon XIII general, que se celebró á presencia de Balduino, emperador de Constantinopla, y que se abrió el 28 de Junio de 1245, víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo. Asistieron además del Papa y los cardenales, los patriarcas latinos de Constantinopla y de Antioquía, el patriarca de Aquileya y unos 140 entre arzobispos y obispos de Italia, de Francia, de España y de las islas Británicas. El estado de desolacion en que se encontraban las iglesias de Grecia y de Siria y todas las del Norte, impedia el que se presentasen sus prelados; así solamente le fue posible acudir al obispo de Berito en la Palestina. Tambien concurrieron á este concilio general los superiores de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco, y algunos príncipes seculares, pues que además del emperador de Constantinopla, Balduino, veíanse Berenguer, conde de Provenza, Raimundo, conde de Tolosa, y los embajadores del emperador Federico y de los reyes de Francia y de Inglaterra. Tres fueron las sesiones que se celebraron. La primera en 28 de Junio, la segunda el 5 de Julio y la tercera y última el 17 del mismo mes. En la primera el Papa que presidia la asamblea pronunció un elocuente discurso, tomando por texto las siguientes palabras del rey profeta: «Habeis proporcionado la grandeza de vuestros consuelos á la multitud de mis dolores,» ó segun Mateo Paris, estas otras de Jeremías «¡Oh !vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved si hay dolor semejante á mi dolor.» Por que en efecto, eran grandes los dolores del Santo Padre, causados por la persecucion de Federico por

la arrogancia de los sarracenos, el cisma de los griegos y la crueldad de los tártaros.

En la última de las sesiones fueron presentadas las acusaciones contra el emperador Federico: éste temeroso de lo que podia hacerse contra él habia enviado al concilio entre sus diputados á un tal Tadeo de Suesa ministro de carácter intrépido, con el objeto de que le defendiese. En efecto, tomó la palabra para reclamar contra aquellas acusaciones y justificar á su señor. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles por más que no se le interrumpiese, y que el Papa con la mayor mansedumbre le dejase llegar hasta más allá del respeto debido á tan augusta asamblea: cotejadas que fueron las cartas del Papa con las del emperador, este quedaba en el peor lugar pues se veia con la mayor claridad que habia hecho repetidas veces promesas que nunca estuvo dispuesto á cumplir.

Vióse Tadeo derrotado, pero haciendo el último esfuerzo presentó unas débiles excusas que ni aun apariencia de razon tenian, como dice e historiador inglés Mateo Paris (1). Trató tambien de excusar á Federico de la acusacion de herejía pero con tan vagas palabras que era imposible llevasen el convencimiento á ninguno de los que se hallaban presentes. No teniendo otro recurso que tomar, pidió se le concediese algunos dias de plazo para poder informar al emperador de lo que pasaba, y suplicarle que el mismo se presentase en el concilio ó le enviase más ámplios poderes. La contestacion del Papa fue tan pronta como oportuna: «Dios me libre, dijo, de aceptar vuestra proposicion. Estoy plenamente convencido de lo que es capaz el emperador, y sé cuanto me costó escaparme de sus asechanzas. No puede llevarse á mal que yo las tema todavía; si él viniese aquí yo me marcharia: mi valor no llega hasta desear morir mártir ó arrostrar los rigores de una prision.» A pesar de los grandes deseos que manifestaba el Papa de acelerar la condenacion de Federico, accedió á los deseos de los embajadores de Francia é Inglaterra, y concedió un plazo de unas dos semanas.

Hallábase entre tanto Federico sin saber que partido tomar; recorria las fronteras de Italia y tan pronto se acercaba á Lyon con el deseo de dar razon de su conducta, como se detenia en algunas ciudades al pié de los Alpes, resistiéndose á reconocer como jueces á los padres del concilio. Cuando supo las noticias que recibió en Turin, dijo: «El Papa ma-

(1) Matth. Par. ann. 1245.

nifiesta claramente que quiere cubrirme de oprobio. Resentido de que yo hiciera apresar á los genoveses parientes suyos, excita hoy contra mí todo este movimiento; pero yo soy emperador, y la majestad del imperio se humillaria por mi sumision, si yo me rebajase hasta el término de sufrir el juicio de un concilo, y principalmente de un concilio que me es hostil (1).»

No fue otra la respuesta que dió á la invitacion de Tadeo de Suesa, y negándose á asistir personalmente al concilio, se contentó con enviar á él tres nuevos embajadores que fueron el obispo de Frisinga el gran maestre del órden teutónico, y el célebre Pedro de las Viñas. Por lo que se vió, parece que estos nuevos enviados no se dieron priesa á llegar al concilio hasta que se hubiese terminado la tercera y última sesion que como hemos dicho estaba señalada para el 17 de Julio. Durante el tiempo que trascurrió desde que terminó la sesion segunda hasta la postrera, se celebraron algunas conferencias particulares en las cuales los padres se mostraron todos de la misma opinion de Inocencio IV, en cuanto á la condenacion del emperador Federico y cuando supieron la determinacion de éste y el desprecio que hacia del concilio, todos le trataron de contumaz y rebelde á la autoridad de la Iglesia.

Nuevos y extraordinarios esfuerzos hizo en la última sesion Tadeo de Suesa, para defender á su amo, llegando al extremo de la apelacion á un concilio más general, á lo que Inocencio con mucha oportunidad contestó, que el concilio tal como se hallaba reunido era completamente general, porque lo presidia él que era la cabeza visible de la Iglesia y por la asistencia de los patriarcas, de los arzobispos, de los obispos, de los príncipes, de los señores y de los diputados de muchos grandes príncipes que allí se hallaban reunidos de diferentes partes del mundo cristiano; que los que se hallaban ausentes no era por voluntad propia sino por los artificios del mismo emperador Federico. ¿Seria pues justo hacer de esto un motivo de dilatar la sentencia de deposicion que merece? He aquí ahora los términos en que fue concebida la sentencia de deposicion fulminada contra el emperador Federico. Dice así: «Soy el Vicario de Jesucristo: todo lo que yo atare sobre la tierra será atado en el cielo, segun la promesa del Hijo de Dios, hecha á San Pedro. Por esto, despues de haber deliberado con nuestros hermanos y en el concilio, declaro á Federico que ha cometido y se halla convencido de sacrilegio

(1) Ibb.—ibb.

y de herejía, excomulgado y excluido del imperio; absuelvo para siempre de sus juramentos á los que le juraron fidelidad; prohibo, bajo pena de excomunion, en la que se incurrirá por el mero hecho, que en lo sucesivo se le obedezca, y me reservo disponer del reino de Sicilia.»

Los decretos de este concilio ascienden á diez y siete, entre los cuales hay uno para auxiliar al emperador de Constantinopla y otro para la cruzada de la Tierra Santa: este fué el último de los decretos. Sabido es que el Papa abrigaba grandes deseos de alcanzar la libertad de los Santos Lugares y así no contento con renovar los principales reglamentos que se habian formado en las anteriores cruzadas se impuso á sí mismo y á su corte la obligacion de pagar un segundo diezmo, mientras que el concilio se limitaba no poniendo más que una veintena á los demás eclesiásticos. Diremos por último, que la condenacion de Federico se hizo con la mayor solemnidad y aparato. Durante la lectura de la sentencia, el Sumo Pontífice y todos los prelados tenian en la mano candelas encendidas mientras que los demás asistentes se hallaban sobrecogidos de temor. El mismo Tadeo de Suesa acérrimo defensor de Federico y todas las personas de su comitiva cayeron en el mayor abatimiento quedando horrorizados á vista de aquel espectáculo que fue para ellos, como dicen los historiadores, una imágen del juicio mismo de Dios al fin de los siglos. Lleno de consternacion Tadeo pronunció en alta voz estas palabras del oficio de difuntos: «Este dia, es dia de ira, de calamidad y de miseria: *Dies ista, dies iræ, calamitatis, et miseriæ* (1).

He aquí ahora las reflexiones que sobre este primer concilio general de Lyon hace uno de los mas sabios historiadores de la Iglesia:

«Habia querido el Papa que la causa fuese llevada al único tribunal «que Federico II no habia rehusado y que ántes bien habia declarado que «seria el único á que él se sometiese (2); habia querido el Papa poner «término al escándalo y emplear el último remedio contra el mal que el «emperador hacia á la Iglesia. Por consiguiente, Federico fué juzgado y «condenado, no solamente por su señor feudal de quien él dependia por «la Sicilia y por el imperio, si no tambien por la cabeza de la Iglesia y por «ciento cuarenta obispos reunidos con él en concilio Ecuménico. Ahora bien; «si la Iglesia Universal, reunida en concilio, creyó y profesó altamente que «tenia este derecho sobre Federico II, ¿no resulta de aquí, para todo ca-

---

(1) Matth. Par. loc. cit.
(2) Fleuri, l. 81, n. 21.

«tólico, que le tiene todavía, por que ella no ha podido engañarse ni en«gañar á sus hijos? Pretender lo contrario, ¿no es declarar que no es «infalible, que no ha conocido su potestad, que ha errado en el uso que «de ella ha hecho, que en esta ocasion ha incurrido en error y puede «volver á incurrir de nuevo? Y entónces ¿qué viene á ser de las divinas «promesas de que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra «ella? Pero aunque la Iglesia haya hecho bien todo lo que ha hecho; aun «que el derecho de que ella ha usado sea inadmisible para ella; sin em«bargo, los tiempos y las circunstancias han cambiado, y el Espíritu San«to que siempre la asistirá no la permitiria obrar hoy como ella debió «obrar castigando á Federico II (2).

Vamos ahora á dar cuenta de algunos concilios celebrados inmediatamente despues del general de Lyon. En 1246 tuvieron lugar cuatro que fueron los siguientes:

El primero en 19 de Abril en Beziers por el arzobispo de Narbona y sus sufragáneos: publicáronse en él cuarenta y seis artículos de reglamentos sobre los herejes, y varios puntos de disciplina; dióse á los inquisidores un reglamento de treinta y siete artículos en los cuales se ven los fundamentos de los procedimientos que se observaron despues en los tribunales de la inquisicion. (Vaissete).

2.° Concilio de Fritzlar por Sigifredo arzobispo de Maguncia en 30 de Mayo. En esta asamblea se hicieron catorce cánones relativos al clero.

3.° Concilio de Lérida en 13 de Octubre. En esta asamblea se reconcilió D. Jaime, rey de Aragon.

4.° Concilio de Lóndres en 1.° de Diciembre en el que hubo oposicion á la demanda que hacia el Papa del tercio de las rentas del clero de Inglaterra. (Wilkins).

En 1.° de Mayo de 1247 se celebró un concilio en Tarragona por el arzobispo Pedro Abalacio y otros seis obispos. Fue confirmada la excomunion contra los que tomaban por medio de la fuerza la persona y los bienes de los eclesiásticos; y se ordenó que los sarracenos que pidiesen el bautismo permaneciesen algunos dias en la Iglesia para probar su conversion.

En Nuyz, cerca de Colonia en 4 de Octubre de 1247 el legado Pedro Capucio acompañado de todos los obispos que pudo reunir celebró un

---

(3) Berault Bercastel. lib, XL. n. 3.

concilio en el cual Guillermo conde de Holanda fue elegido rey ó mas bien se confirmó su eleccion hecha en Voëringen en 29 de Setiembre anterior.

El arzobispo de Tarragona Pedro Abalacio celebró otro concilio en 1248, en el cual se proveyó á la seguridad de los bienes del prelado y de otros beneficiados despues de su muerte.

En 5 de Diciembre del mismo año 1248, hubo otro concilio en Valencia del Delfinado por dos cardenales, cuatro arzobispos, y quince obispos. En él se publicaron veinte y tres cánones para hacer cumplir los antiguos relativos á la conservacion de la fe, de la paz y de la libertad eclesiástica. Tambien se renovó la excomunion contra el emperador Federico y sus fautores. En esto se ve cuan legítima y natural pareció entónces la medida tomada sobre esto en el concilio general de Lyon. «El cánon segundo, dice el P. Fontenay, representa á Federico como un príncipe á quien ya nada se debe, á causa de su deposicion. El concilio quiere que, además del juramento ordinario de guardar la paz, se añada otro contra el cismático Federico, autor de todas las discordias; no se le dará apoyo, dice, ni ayuda, y en caso de que viniere á esas provincias, bien personalmente, bien por algun oficial autorizado por él para hacerse obedecer, no se le recibirá ni se le prestará obediencia, pues no tendria otra intencion que la de romper la unidad de la Iglesia y turbar la paz de los católicos... El cánon XXII es una expresa sentencia de excomunion dada contra Federico, ex-emperador, y de todos aquellos de quienes reciba favor ó consejo. Es de observar que este concilio se componia en su mayoría de obispos que tenian sus diócesis en el Languedoc, en Provenza, en el condado Venesino y en el Delfinado, territorios que entónces eran reconocidos como imperiales.»



CAPITULO XII.

Es notificada á Federico la sentencia de excomunion.—Eleccion del Landgrave Enrique por sucesor de Federico.—Muerto este, es elegido rey de los romanos, Guillermo, conde de Holanda.—Conspiracion contra el Papa.—Joaquin, rey de Noruega.—Se cruza.—San Luis quiere asociarse á él para la cruzada y le confiere el mando de su flota.—No acepta el rey de Noruega las proposiciones de San Luis.—Preparativos del Santo rey para la cruzada.—Su partida de Aigues-Mortes.—Llegada á Chipre.—El ejército desembarca en Egipto.—Toma de Damieta.

Fijando ahora nuevamente la atencion en el concilio general de Lyon, hemos de añadir á lo anteriormente expuesto, que la excomunion y deposicion de Federico, fue segun la costumbre establecida, comunicada al mismo emperador y en 1246 se debió proceder á la eleccion de un nuevo rey. El Papa Inocencio exhortó á los príncipes electores á dar su voto á Enrique, Landgrave de Turingia que era considerado como un leal defensor de la Iglesia y sus derechos y del Imperio, y atendidas que fueron las razones expuestas por el Papa, la mayoría de los electores le votaron en 17 de Mayo del mismo año, que fue dia de la Ascencion. Mas como el Landgrave Enrique falleciese en 1247, el Papa manifestó sus deseos de que le sucediese Guillermo, conde de Holanda, el cual fue elegido rey de los romanos en 29 del siguiente setiembre.

Deseaba Federico tomar venganza del Papa que le habia depuesto, y buscaba para ello todos los medios posibles. Hallábase en Lyon un caballero vasallo suyo, al que habia abandonado por no estar contento de sus servicios, y llegándose á él Gualterio de Ocre, que era uno de los enviados de aquel príncipe, le dijo, que el único medio que tendria de volver á la gracia del emperador, era asesinar al Sumo Pontífice. Aquel vasallo adulador dió palabra de hacerlo y para ello se puso de acuerdo con otros amigos suyos. Quiso la Providencia que uno de estos enferma-

se de gravedad y temiendo al juicio de Dios reveló la conjuracion, y descubierta que fue la trama, pudo evitarse el sacrilego atentado. Poco despues fueron sorprendidos dos nobles italianos que se preparaban á cometer igual delito, los cuales aseguraron que cerca de otros cuarenta caballeros se habian igualmente conjurado contra la vida del Papa.

Federico, que como hemos dicho más arriba, deseaba á todo trance tomar una terrible venganza, se propuso conquistar la ciudad de Parma que habia sido tomada por los partidarios del Pontífice. Estos hicieron una salida y se apoderaron del campamento de Federico el 18 de Febrero de 1248, el cual al tomar la retirada perdió su bagaje y su tesoro que iba confiado á Tadeo de Suesa el cual pereció miserablemente. Al año siguiente el resto del ejército de Federico fue destruido por los de Bolonia, y su hijo bastando Enrique que lo mandaba y al que él habia elevado al trono de Cerdeña fue hecho prisionero y conducido á una prision en Bolonia donde murió en 1272.

Daniel, duque de Rusia, habia arrancado de sus Estados el cisma griego, y junto con sus vasallos habia abrazado nuevamente y de buena fe la religion católica. Gran regocijo causó esto al papa Inocencio, el cual para recompensarle, le confirió la corona y los ornamentos reales, concediendo la misma gracia á Joaquin, rey de Noruega, que era hijo ilejítimo del último rey de aquel Estado. En una carta escrita por el Papa á Joaquin, se ve que Inocencio usando de la plenitud de su potestad le concede dispensa á efecto de ser ensalzado á la dignidad real y de trasmitirla á sus hijos lejítimos, no obstante el vicio de su propio nacimiento. Era Joaquin muy piadoso y deseaba hacer la guerra á los enemigos del nombre cristiano, por lo que para este efecto se cruzó.

San Luis IX de Francia, supo el designio del rey de Noruega de ir á Jerusalen, y teniendo conocimiento de sus virtudes y de su valor, así como de los buenos sentimientos que abrigaba, quiso asociarse con él para esta expedicion y concederle el gobierno de su flota como á un príncipe respetado en todas partes y muy experimentado en el mar.

El santo rey escribió con este designio una carta á Joaquin, rey de Noruega, haciéndola llegar á sus manos por medio de Mateo Paris, célebre historiador, que reunia á su talento cualidades muy estimadas de ambos monarcas. Cuando Joaquin recibió aquel escrito lo leyó en presencia del mismo Paris; pero le dió esta contestacion: «Quedo muy agradecido á este piadoso rey y le doy las gracias; pero yo conozco algo el carácter de los franceses, que es ligero y mordaz; y el natural duro del novergiano

no sabe sufrir. Podrian desavenirse, y experimentariamos ambos males irreparables (1).» Unicamente pidió libertad de arribar en caso necesario á los puertos de Francia para proveerse de víveres, lo que sin ninguna dificultad le concedió San Luis. Apesar de esto no leemos en la *Historia de las cruzadas* que el rey de Noruega hiciese la anunciada expedicion.

San Luis por el contrario, deseaba vivamente el momento de partir para la Tierra Santa; bien que la Francia era el único pais que se ocupaba seriamente de la cruzada. Habia el santo rey anunciado su partida á los de la Palestina, y se preparaba para su deseada expedicion. Sin que se promoviesen disgustos de ninguna clase se allegaron todos los recursos necesarios: los ricos se imponian tributos á sí mismos, haciendo ingresar el fruto de sus ahorros en las arcas reales, al tiempo que los pobres depositaban sus ofrendas en los cepillos colocados en los templos: el clero dió la décima parte de sus rentas y los arrendatarios de las posesiones reales, pagaron un año adelantado. Todo fue hecho voluntariamente y sin necesidad de excitacion de ninguna clase.

Los musulmanes por su parte desde que en el concilio de Lyon se habia declarado la guerra á los infieles, habíanse dado prisa á fortificar sus ciudades y fronteras, preparándose para la resistencia, y la Francia que tan grande y extraordinario amor profesaba á su monarca, temblaba por su vida.

Tres años despues de haber tomado la cruz, convocó San Luis un nuevo parlamento, en el cual fijó la partida de los cruzados para el mes de Junio del año 1247. El rey en aquella reunion nombró regente del reino á la reina D.ª Blanca, y todos los señores y barones juraron *que guardarian lealtad á su familia si ocurria alguna desgracia en el santo viaje de Ultramar.*

El piadoso monarca que no descuidaba en lo más mínimo sus deberes, y no perdia de vista la cuenta que debia dar á Dios de su gobierno, tomó todas las medidas necesarias á fin de que durante su ausencia, quedase asegurado el reinado de la justicia y de las leyes. Indagó todos los abusos que en su nombre se cometian y los reformó en alivio de sus pueblos: concluyó con toda clase de disturbios y dió repetidas pruebas de que era un verdadero padre de sus súbditos. La Francia bajo la direccion y gobierno de tan gran monarca, era la nacion más feliz de Euro-

(1) Matt. Par. pág. 613.

pa: miéntras las demás estaban llenas de disturbios, la Francia se entregaba en paz á los preparativos de la cruzada.

El Papa habia dirigido una carta á la nobleza y al pueblo de Francia, y el rey dispuso que fuese leida en todas las iglesias. En esta carta el Sumo Pontífice celebraba en términos solemnes el valor y las virtudes belicosas de la nacion francesa y de su monarca; daba su bendicion á los cruzados franceses, y amenazaba con los rayos de la Iglesia á todos aquellos que, despues de haber hecho voto de peregrinacion, difiriesen su partida.

Jamás se habia hecho una preparacion tan piadosa para una cruzada: el ejemplo del santo rey era por todos imitado; las prácticas de devocion se mezclaban con los preparativos militares: los peregrinos, despues de recibir los distintivos de la cruzada iban á visitar las reliquias de los santos á los pueblos inmediatos, y en todas las iglesias se dirigian fervorosas plegarias al Eterno por el triunfo de los soldados de la fe: las familias pobres encomendaban sus hijos á los caballeros y barones, y estos juraban morir ó volver con todos los cruzados que marchaban bajo sus banderas.

Llegado que fue el dia de San Juan Bautista, el santo monarca acompañado de sus hermanos, se trasladó á la abadía de San Dionisio: allí humillado al pié de los altares, imploró el auxilio de los apóstoles de Francia, y recibió de manos del legado los distintivos de cruzado, y aquel glorioso estandarte que sus predecesores habian ostentado ya dos veces en Oriente. Despues regresó á Paris y oyó misa en la iglesia de Nuestra Señora. Al dia siguiente abandonó su capital, seguido de todo el clero y el pueblo que cantando salmos le acompañó hasta las puertas de la ciudad. La reina D.ª Blanca siguió hasta la abadía de Cluny, de la que volvió colmada de tristeza, creyendo que ya no volveria á ver en la tierra aquel hijo modelo, que Dios le habia concedido y que era su gloria y la honra de la Francia.

El 25 de Agosto emprendió su viaje la flota que trasportaba á los soldados de la fe, y el 22 del siguiente mes, ancló en el puerto de Limisso, desde donde el santo rey de Francia, fue conducido en triunfo hasta Nicosia, capital del reino. Encontraron en aquel pais la mejor acogida, y el rey, los señores y los prelados de Chipre, ofrecieron asociarse á la santa empresa si el rey de Francia diferia la partida hasta la próxima primavera. Consintió Fernando en aquella peticion, pero esta condescendencia produjo fatales resultados. Las razones nos las da el citado autor

de la Historia de las Cruzadas: «Él clima tan delicado, dice, y una ociosidad prolongada, difundieron la corrupcion y relajaron la disciplina en el ejército de los cruzados. Muchos señores comenzaron á quejarse de haber vendido sus tierras y haberse arruinado por seguir al rey á la cruzada: las liberalidades de Luis no alcanzaban á aplacar todas las quejas. La intemperancia y el calor del clima causaron enfermedades que arrebataron á un gran número de peregrinos. Sin embargo, la permanencia del rey de Francia en la isla de Chipre, no fue inútil para los cristianos de Oriente. Los templarios y los hospitalarios le tomaron por juez y árbitro en una de sus contiendas siempre renacientes, y el rey les hizo jurar que conservarian paz y concordia entre ellos y no tendrian en lo sucesivo más enemigos que los de Jesucristo. Los genoveses y los pisanos establecidos en Tolemaida, habian tenido, unos con otros, prolongados debates; ambos partidos estaban siempre sobre las armas, y nada podia detener el furor y el escándalo de una guerra civil en medio de una ciudad cristiana; la prudente mediacion de Luis restableció la paz. Otras muchas disensiones fueron apaciguadas; el monarca francés se mostraba de este modo en el Oriente como el ángel de la concordia; predicaciones llevadas hasta los últimos confines de la Persia, habian anunciado que un rey de los Francos iba á libertar el Asia del yugo de los infieles. Una multitud de cristianos acudieron de la Siria, del Egipto, y de las comarcas más remotas con el fin de saludar al que Dios enviaba para cumplir sus divinas promesas. Entónces fue cuando Luis recibió una embajada del kan de los tártaros, quien decia que se habia convertido á la fe cristiana, y se ofrecia á secundar á los cruzados en su expedicion. Luis recibió á los embajadores mogoles con grandes demostraciones de júbilo, y en sus cartas á la reina Blanca anunció que los príncipes de la Tartaria iban á reunirse bajo las banderas de Cristo, lo cual produjo viva sensacion en todo el Occidente, y dió las mayores esperanzas respecto al buen éxito de la guerra santa.

«Habíase resuelto atacar el Egipto. Luis dirigió un mensaje al sultan egipcio para declararle la guerra. «Apresúrate, le escribia, á jurarme sumision, á reconocer la autoridad de la Iglesia cristiana y rendir solemnemente homenaje á la cruz; sino sabré alcanzarte hasta en tu mismo palacio; mis soldados son mas numerosos que las arenas del desierto; el mismo Dios es el que les ha hecho tomar las armas contra tí.» Los historiadores árabes que refieren el contenido de esta carta dicen que el sultan no pudo leerla sin derramar lágrimas; sin embargo á las amena-

zas que le dirigia contestó con otras. El soberano de Egipto á quien iban á combatir llamado Negem-Eddin, era hijo del sultan Malek-Kalem, que venció á Juan de Briene y le cogió prisionero con todo su ejército (1).»

No sin haber pasado algunos trabajos merced á algunas borrascas, la flota cristiana que se componia de 1800 buques entre grandes y pequeños, llegó á las costas de Egipto el 4 de Junio. Advertida que fue su llegada desde las torres de Damieta, los musulmanes salieron en un número muy considerable y se extendieron por las playas dispuestos á la defensa. El rey Luis dió la señal del desembarque, y los soldados de la cruz pasaron de los buques á las lanchas y formaron en dos líneas. Así se acercaron á la costa, y todos se arrojaron al agua para ganar la orilla al grito de: *Mont-joie Sant-Denis* (2). El rey avanzaba delante de todos con el escudo colgado del cuello y la espada desenvainada en la mano. En el momento que tomaron tierra colocaron las tiendas y formaron en batalla. Muy luego se empeñó el combate que fue muy terrible. Los musulmanes se precipitaron sobre el ejército cristiano haciendo desesperados esfuerzos; pero se encontraron con un bosque de lanzas al que no pudieron resistir, y despues de pelear todo el dia tomaron la retirada en desórden hacia Damieta, no sin dejar el campo cubierto de cadáveres. Los cristianos quedaron dueños de la orilla del mar y de la meridional del Nilo.

Al dia siguiente los cruzados se dirigieron á Damieta sin encontrar resistencia alguna bien que la hallaron desierta. Segunda vez fue la gran mezquita consagrada en iglesia que se dedicó á la Madre de Dios. En ella se reunieron con el rey, todos los grandes y prelados, cantándose un solemne *Te Deum* en accion de gracias por la victoria conseguida por las armas cristianas.

En mucho tiempo, los soldados de la fe no vieron un solo enemigo. Los mismos historiadores árabes refieren que los musulmanes estaban llenos de terror, y que aun los más valerosos entre ellos desesperaban de la salvacion de Egipto.

A vista de todo esto, muchos de los barones propusieron al rey Luis que aprovechase aquel terror que las armas cristianas habian causado

---

(1) Obra citada, cap. XXX.

(2) Esta expresion es un grito de guerra francés en el que invocan á San Dionisio, semejante al que usaban nuestros soldados en sus guerras contra los musulmanes: *¡Santiago y á ellos!*

entre los infieles para marchar á la capital del Egipto. Pero el rey quiso aguardar á su hermano el duque de Poitiers que debia haberse embarcado con nuevas tropas francesas para continuar en sus conquistas. Así permanecieron quietos por entónces en Damieta, y los cruzados quedando en la ociosidad, descuidaban la defensa de la ciudad, lo que dió márgen á que los árabes beduinos repetidas veces llegasen hasta las tiendas sorprendiendo á los centinelas dormidos, cuyas cabezas llevaban al sultan del Cairo. Este, poco á poco fue disipando su temor, y dispertando el ánimo de sus súbditos con la pública exposicion de las cabezas de los cristianos, y achacando á miedo la prolongada inaccion de los cruzados en Damieta, se dispusieron á nuevas luchas, despues de dar gracias á Dios en sus mezquitas por no haber permitido que los cristianos se aprovechasen como hubiesen podido hacerlo de su pasada victoria.



CAPITULO XIV.

Muerte del emperador Federico.—El papa Inocencio resuelve regresar á Roma.—Muerte de Santa Clara.—Entrada del papa en Roma.—Desgracias de San Luis.—Fin de la séptima cruzada.—Término del pontificado de Inocencio IV.—Concilios.—Alejandro IV, papa.

Por los últimos meses del año 1250, el emperador Federico se habia retirado á la Pulla donde habia buscado un refugio. Los pueblos de aquella provincia pagaron bien cara su permanencia, pues que les impuso tributos exorbitantes, concediendo muy corto plazo para su pago, y decretando pena de galeras para los que fuesen morosos en aprontar las sumas exigidas. Empero poco tiempo duró allí su tiranía, pues que murió el 10 de Diciembre del mismo año. Apesar de cuanto de él refieren las historias, dió señales de penitencia en sus últimos dias. Cuando conoció que se acercaba el momento de su muerte, se confesó con el arzobispo de Palermo del cual recibió la absolucion. Hizo tambien testamento, dejando grandes cantidades para que fuesen repartidas entre los pobres, disponiendo que la Iglesia por sí misma se indemnizase de sus bienes de de las pérdidas é injusticias que él le habia causado. Algun escritor niega esto, asegurando que habia llamado á los sarracenos para que le ayudasen á saquear la Italia, y que hallándose en estos infames tratos cayó enfermo en Fiorenzuela, pequeña ciudad de la Pulla, y que se le halló muerto en su cama donde habia sido ahogado bajo una almohada, ó envenenado por Manfredo, uno de su hijos naturales. (1).

Muerto aquel formidable adversario de la Santa Sede, el papa Inocencio determinó regresar á Francia, y atendiendo á los grandes trabajos á

(1) Hist de l' Egl. gall. t. 322, segun Bercastel, lib. XL. n. 27.

que se exponia Luis IX por la defensa de la fe, concedió indulgencias en favor de los que orasen por los soberanos de la Francia. Este ejemplo fue despues seguido por otros varios Pontífices (1).

En 1251, Inocencio, despues de celebrar la Misa el dia de Pascua, partió para Roma acompañado del rey de Germania, Guillermo, de los cardenales y prelados de la corte de Roma, deteniéndose algun tiempo en Génova, en Milan y visitando otras poblaciones de importancia, entre ellas Mantua y Bolonia. En 1253 se dirigió á Asis, y visitó á la vírgen Santa Clara que se hallaba en los últimos momentos de su vida. Aquella observadora de la regla de su padre San Francisco, cuya vida habia sido un encadenamiento de virtudes y que á tantas doncellas habia dirigido por el camino de la perfeccion en la profesion del órden franciscano, tuvo un gran consuelo al ver al lado de su lecho de muerte, al vicario de Jesucristo. Pasó Santa Clara á la vida feliz de los bienaventurados el 11 de Agosto, siguiente al de la festividad del ilustre mártir español San Lorenzo.

En suma, el Papa al que se hacian grandes instancias para que apresurase su regreso á Roma, entró en esta ciudad durante el mes de Octubre, en medio de las más entusiastas aclamaciones.

Para terminar brevemente la historia de la séptima cruzada, diremos que el rey San Luis experimentó muchas desgracias. El ejército cristiano marchó hácia el Cairo, despues que se hubo reunido con San Luis el conde de Poitiers, con un considerable número de peregrinos procedentes del Languedoc y de las provincias meridionales de Francia. En las llanuras de Mansourah se dió una reñida y prolongada batalla en la que tanto los cristianos como los musulmanes hicieron prodigios de valor. Al llegar la noche terminó la batalla quedando la victoria por los cristianos, pero no sin haber experimentado pérdidas de consideracion.

Al dia siguiente los musulmanes cargaron nuevamente sobre los cruzados, y estos no obstante las fatigas de la pasada lucha se defendieron con valor, y el santo rey era el primero en el peligro. Tambien en esta segunda jornada estuvo la victoria por los cristianos, pero quedaron imposibilitados de seguir la marcha al Cairo, con lo que ganaron mucho los musulmanes.

Bien pronto se presentó un cuadro desgarrador de miserias en el campamento cristiano. Desarrolláronse muchas enfermedades que hicieron en muy corto tiempo millares de víctimas, de suerte que solo se oian en el

(1) De Sponde, Anal. ecles., in Leon X.

campo de los cruzados las preces que se rezaban por los moribundos y por los difuntos. Los peregrinos se hallaban todos aterrorizados, al ver que sin más preludios que arrojar un poco de sangre por las narices, ó presentarse la disentaria, morian como heridos por un rayo. Tras esta calamidad, vino la no ménos terrible del hambre, pues por ninguna parte llegaban socorros.

En esto murió el sultan Negem-Eddin, y su hijo Almoadan, llegado de Constantinopla fue proclamado por sucesor suyo. La necesidad hizo que los cruzados entablaran con él negociaciones. Proponian restituir Damieta á los sarracenos, recibiendo en cambio la ciudad de Jerusalen. Almoadan aceptó las condiciones estipuladas; pero pedia en rehenes nada ménos que al mismo rey. Luis IX estaba pronto á entregarse, pero los barones y caballeros no lo consintieron y contestaron que primero que entregar á su rey en rehenes se dejarian descuartizar. Así pues se rompieron las negociaciones.

Entónces empezaron las grandes desgracias del santo monarca Luis IX. Debilitado y enfermo abandonó con su ejército la llanura de Mousourah para regresar á su antiguo campo, donde se acrecentaron todas las miserias. El dia 5 de Abril volvieron á encaminarse á Damieta: las mujeres, los niños y los enfermos fueron embarcados y los que pudieron andar y conservaban sus armas se pusieron en marcha por tierra. A San Luis le propusieron que se embarcase en el buque del legado, pero él contestó que preferia morir ántes que abandonar á su pueblo. Tanto los que bajaban por el Nilo como los que iban por tierra se encontraron sorprendidos por los enemigos, de suerte que al amanecer del siguiente dia, casi todos los guerreros habian caido en poder de los infieles, y muchos habian sidos pasados á cuchillo. A la retaguardia iba el rey enfermo, y junto con sus caballeros logró entrar con sumo trabajo en un pueblo situado á orillas del Nilo. Allí fue sorprendido por los musulmanes, los cuales al ver el valor de los caballeros que le rodeaban quisieron entrar en negociaciones: pero un traidor llamado Marcelo empezó á gritar que era necesario rendirse, y cesando entónces toda resistencia, el rey y los caballeros fueron cautivos y cargados de cadenas: aquel fue conducido á Mousourah donde le dieron por cárcel la casa de un secretario del sultan llamado Fackredin-Ben-Lokman; y al conde de Poitiers, el duque de Anjou, el de Borgoña y la mayor parte de los señores cautivados con el monarca fueron encerrados en diferentes casas de la misma poblacion: en suma, un vasto edificio rodeado de paredes de tierra, recibió en su seno

á más de 10000 prisioneros cristianos, tanto caballeros como soldados. En medio de aquellas terribes calamidades brillaron las grandes virtudes que resplandecian en el monarca francés. Resistióse á toda proposicion que no era justa y como el sultan muriese bajo los golpes de los puñales asesinos de sus mismos vasallos, uno de los emires principales, se presentó delante de San Luis, cubierto de sangre y con la espada desnuda, y en tono amenazador le dijo: «El sultan ya no existe: ¿qué me darás en recompensa de haberte librado de un enemigo que meditaba tu pérdida y la nuestra?»—Nada: contestó Luis. Entónces el emir, furioso, añadió presentándole la punta de su espada: «¿No sabes que soy dueño de tu persona? Hazme caballero ó eres muerto.—Hazte cristiano, replicó el rey, y te haré caballero.» El emir entónces se retiró sin contestar palabra.

Lleváronse á cabo tratados por medio de los cuales se decidió que el rey restituyese á Damieta ántes de ser puesto en libertad, y que ántes de salir del Nilo, pagásen los Francos la mitad de su rescate. El rey prometió cumplir las condiciones, pero se negó á prestar juramento por más que se lo suplicaban el patriarca de Jerusalen y los obispos, y que le amenazaban los musulmanes.

Tratóse por ambas partes de cumplir lo estipulado, y saliendo Luis IX del Nilo, desembarcó el 14 de Mayo en Tolemaida con el triste resto de su ejército.

En todo el Occidente causó una profunda tristeza la desgracia del santo rey, y el Sumo Pontífice lleno de amargura escribió lastimosas cartas á los príncipes y obispos de la cristiandad. En algunas de ellos suplicaba al Señor *explicase el misterio de su cólera, para evitar el que los fieles se escandalizasen.* Los caballeros y los barones ingleses no perdonaban á Enrique III que los hubiese detenido en sus hogares, en tanto que sus hermanos de la cruz habian sufrido tantas calamidades. La España se hallaba aun en guerra con los sarracenos: esto no obstante, el rey de Castilla juró ir á Oriente á vengar la causa de Jesucristo y su Religion.

Estando el rey en Tolemaida recibió una embajada del Viejo de la Montaña, ó sea el príncipe *de los Asesinos.* Aquellos emisarios del que era el terror de todas las testas coronadas, preguntaron con insolencia á San Luis, si conocia á su amo.—«Recuerdo haber oido hablar de él, respondió el monarca.—Pues no comprendemos, replicaron ellos, como no le habeis enviado todavía presentes, á ejemplo del emperador de Alemania y de todos los soberanos, cuya vida está en su mano, y él os

advierte que no lo dilateis por mas tiempo.» El rey volvió la espalda á estos ministros desvergonzados, haciéndoles decir que á no ser por su carácter de embajadores, los haria arrojar al mar: pero que dijeran al Viejo de la Montaña, que ántes de quince dias les enviase nuevamente á darle satisfaccion. Ántes de cumplir este plazo, se vió comparecer á los mismos diputados en ademan suplicante y cargados de regalos que enviaba el Viejo de la Montaña. San Luis que no aspiraba más que á los triunfos de la Religion, le envió con los mismos emisarios varios presentes que consistian en túnicas de escarlata y en vasijas de plata, enviándole al mismo tiempo un religioso llamado Ivo el Breton, con el fin de que trabajara por ganar el alma de aquel feroz mahometano, el que no quiso abrir sus ojos á la luz de la fe. Poco despues esta detestable guarida de bandidos fue destruida por el Gran Kan-Mangou.

El rey de los franceses que no interrumpió sus negociaciones con los mamelucos, estipuló al fin un tratado por el cual la ciudad santa y todas las ciudades de Palestina habian de ser entregadas á los franceses, excepto únicamente Gaza y Darun. En vista de esto, los musulmanes entregaron los cautivos que conservaban y las cabezas de los mártires de la cruzada que habian estado expuestas en las murallas del Cairo.

Estando San Luis en Sidon, recibió la triste noticia de la muerte de su madre D.ª Blanca. «Príncipe, le dijo el legado encargado de comunicarle tan fatal nueva: príncipe, dad gracias á Dios por los beneficios de que os ha llenado su mano liberal desde vuestra infancia, y en especial de haberos dado una madre que os ha educado tan santamente y que ha gobernado con tanta sabiduría vuestro reino (1).» El legado no pudo continuar por que su voz quedó ahogada por su conmocion y prorrumpió en un amargo llanto. El rey adivinó lo demás, y arrodillándose delante del altar y con las manos juntas ante el pecho, dijo: «Señor, os doy gracias por haberme dado temporalmente una madre, tan buena: veo que fue un empréstito que me hicisteis, y le habeis recogido cuando ha sido vuestra voluntad. Yo la amaba más que á cualquiera otra criatura mortal; y ella era muy digna de mi amor. Pero dado que así lo quereis sea vuestro nombre bendito para siempre.» En seguida rezó con su confesor el oficio de difuntos, y despues estuvo retirado en su cuarto por espacio de dos dias sin hablar con nadie. Mandó celebrar muchas misas y cada dia oia algunas con la mayor devocion.

(1) Duchesne, pág. 457.

Por último, el santo rey regresó á Francia entre las bendiciones de sus vasallos que le amaban como á un padre.

Tal fue la séptima cruzada, cuyo principio habia llenado de júbilo al mundo cristiano. Durante esta guerra se edificaron algunas ciudades, muchos bárbaros se convirtieron al Evangelio, y la familia de los cristianos de Occidente se aumentó con las victorias de los soldados de la fe.

El papa Inocencio á quien tanta afliccion habian causado las desgracias de San Luis, experimentó una sincera alegría al saber que aquel monarca habia pisado nuevamente el suelo de la Francia, donde el amor acendrado de sus súbditos le recompensó suficientemente de la dolorosa pérdida que habia experimentado con la muerte de su buena madre.

Hallándose Inocencio en Nápoles enfermó, y murió en dicha ciudad el 7 de Diciembre de 1254, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de once años, cinco meses y catorce dias, siendo su cadáver sepultado en la catedral de aquella ciudad. Este Papa es llamado *monarca de las leyes divinas y humanas*, y dejó escrito su *Apparatus super decretales*, en fólio, de cuya obra se han hecho muchas ediciones.

En los dos años postreros del Pontificado de Inocencio IV, se celebraron varios concilios, que fueron los siguientes:

1.° Concilio en Tarragona en 8 de Abril (1253), por el arzobispo Benito. Ordenóse en él que los obispos pudieran absolver á los excomulgados de su diócesis, los arzobispos á todos los de su provincia, y se concedió á los sacerdotes la facultad de absolverse recíprocamente de la excomunion menor. (Aguirre).

2.° En Ravena en 28 de Abril por Felipe, arzobispo de la misma ciudad, contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos.

3.° En Paris en 12 de Noviembre por Gilon Cornu, arzobispo de Sens, en el que se expide un decreto para trasladar á Mantes el cabildo de la iglesia de Chartres, con motivo del asesinato de Reginaldo de l' Epine, chantre de aquella iglesia.

4.° En Saumur en 2 de Diciembre por Pedro de Lomballe, arzobispo de Tours. Hiciéronse en él treinta y un cánones en su mayor parte relativos al clero secular y regular. Por uno de ellos se condenan los matrimonios clandestinos.

5.° En el castillo de Goutier en 1254, ántes de Páscua. Sólo queda de este concilio un cánon que ordena conformarse á la Constitucion de Gregorio IX, *Quia nonnulli*, relativa á los rescriptos de Roma. Labbe y Hardouin fijan este concilio en 1253.

Por muerte de Inocencio IV, y despues de una vacante de cuatro dias fue elegido Papa, Reinaldo ó Rolando, cardenal-obispo de Ostia, de la familia de los condes de Segui, sobrino de Gregorio IX, tomando en su exaltacion el nombre de

Alejandro IV. Su eleccion tuvo lugar en Nápoles á pesar suyo, en 12 de Diciembre de 1254, y fue coronado el 20 del propio mes. En el siguiente capítulo reseñaremos la historia de este pontificado.



CAPITULO XV.

Edificantes ejemplos del rey San Luis. — Fundacion de la Sorbona.—Universidad de Salamanca.—San Fernando, rey de España.—Conquista de Sevilla.—Guillermo de Saint Amour escribe contra los religiosos mendicantes.—Santo Tomás de Aquino.—Su respuesta á Guillermo.—Noticias de su vida. —San Buenaventura.

Sin embargo de que el monarca francés se habia manifestado siempre muy fiel á sus deberes, resplandeciendo por su moderacion, su amor á la justicia y sus virtudes; desde su regreso de la Tierra Santa, se manifestó aun más austero en las prácticas de su devocion, y más celoso, si posible era, por el bienestar de los pueblos que la Providencia le habia encomendado. Cerca de su capilla de Paris formó una escogida biblioteca de cuantos libros buenos pudo encontrar, prohibiendo severamente el que nadie pudiera sacar ninguno, pero permitiendo el que pudiesen ser copiados dentro del establecimiento, para que de este modo se propagase cada dia más el gusto á las buenas lecturas. Entre todas las órdenes religiosas hasta entónces establecidas prefirió las dos mendicantes de hermanos predicadores y de hermanos menores de San Francisco, las que procuró extender en sus Estados, conociendo las grandes ventajas que habian de experimentar de ellas sus pueblos.

A este santo rey debió su perfeccionamiento la más célebre escuela de religion del mundo cristiano. En 1250 habia sido fundada por Roberto de Sorbon (1) llamado así del lugar de su nacimiento en la diócesis de Sens, llevando por objeto el que asistiesen á ella los estudiantes pobres de teologia. La reina Doña Blanca, siendo regenta le dió una casa en Paris, cerca del castillo de las Termas; esto es, de los baños, resto del an-

(1) Dubrevil. Antig. pág. 677; Duboulay. pág. 212.

tiguo palacio de Juliano apóstata. El rey San Luis despues se hizo protector de este establecimiento que tanta fama llegó á adquirir, pues que la Sorbona ha sido reputada con justicia como la escuela más célebre del mundo.

Algunos años despues fue fundada la universidad de Salamanca que tantos varones eminentes ha producido en todos los ramos del saber humano. La bula de su confirmacion es del papa Alejandro IV y su fecha de 1255. Por ella se permite á todos los que en la misma se graduen de doctores, profesar en todas las universidades, exceptuando las de París y Bolonia (1).

Algunos escritores han supuesto que la universidad de Palencia fue trasladada á Salamanca por el rey San Fernando (2), y aun los mismos escritores salmantinos así lo confirmaron, siguiendo incautamente aquella opinion. Sin embargo está suficientemente probado cuan erróneo es tal aserto. Lo que si es cierto que Alfonso el Sabio fue quien más contribuyó al explendor de esta universidad, concediéndole muchos privilegios y fomentando en ella los estudios y asignando rentas á los profesores (3).

Nos hemos ocupado detenidamente del santo rey de Francia Luis IX, y aun no hemos dedicado una página á la memoria de otro rey coetáneo, Fernando III de Castilla, al que la Iglesia ha elevado igualmente que á aquel al honor de los altares. He aquí como se explica el señor La Fuente en su *Historia de la Iglesia de España* en el párrafo que dedica á hablar del santo rey y de D. Jaime el Conquistador. «A mediados del siglo XIII cuando reinan en Castilla y Aragon San Fernando y D. Jaime el «*Conquistador*, se goza una de las eras más venturosas de España. Igua«les ambos en valor, generosidad é instruccion, tienen tantos puntos de «contacto é intimidad, que por grandes que sean sus figuras, deben co-

(1) Rain. núm. 52.

(2) Segun el señor La Fuente, Marineo Sículo fue el primero que consignó esta idea en su obra *De Rebus Hispaniae* (lib. III, fól. 11 de la edicion de Alcalá de 1530), y otros muchos la copiaron incautamente.

(3) Es lamentable el descuido que hasta ahora han tenido las universidades de España que no se han cuidado de escribir su historia. Si así no fuera, Alzog no hubiera incurrido en muchos errores de fecha al hablar de algunas de ellas, aceptando como verdaderas noticias falsas. Afortunadamente este trabajo lo desempeña hoy el erúdito doctor y catedrático de la Universidad Central D. Vicente La Fuente, nuestro amado profesor. Hemos visto el original del tomo 1.º de esta importantísima obra, llena de curiosísimos datos y preciosos documentos, y creemos que en breve verá la luz pública.

«locarse juntas en un cuadro. Iguales ambos en su perseguida juventud, «ven disputada su corona por sus próximos parientes y principales súb«ditos, con los cuales tienen que venir á las manos en varias ocasiones; «ambos casados prematuramente, ambos escritores y muy letrados para «su tiempo, ambos principian la grande obra de uniformar la legislacion «de sus reinos (1), á pesar de los fueros y cartas pueblas dados á sus her«mosas conquistas; ambos fundan las más bellas iglesias de España, «introduciendo en ellas el estilo gótico puro, sustituido al bizantino; am«bos fomentan la marina en sus respectivos Estados, y consiguen hacer «respetable su pendon lo mismo sobre las aguas que en tierra firme; ambos «persiguen á sangre y fuego los herejes de sus países; ambos conquis«tan los principales reinos que restaban en poder de infieles dentro de «España; ambos pretenden cruzarse para conquistar el sepulcro de Cristo, «y se ven obligados á desistir de esta empresa. El uno gana á Córdoba, «Sevilla y Jaen, el otro á Valencia, Murcia y Mallorca, concluyendo sus «victorias sobre los infieles, cuando ya no hay musulmanes que vencer «dentro de sus Estados. Solo resta por conquistar el pequeño reino de «Granada, al cual hace tributario San Fernando;... Finalmente, ambos «monarcas mueren religiosamente: San Fernando en traje de penitente y «despojado de las insignias reales (Sevilla 1252), recibiendo desde aquel «punto las aclamaciones de Santo (2), y D. Jaime vistiendo el hábito cis«terciense y haciendo voto de pasar los últimos dias de su vida en el «monasterio de Poblet, donde fue enterrado (1276). La memoria de «D. Jaime es aun hoy en dia tan grata á los hijos de la Corona de Ara«gon, como la de San Fernando á los castellanos, y la de San Luis á los «franceses, reyes ambos coetáneos.

La más importante de las conquistas de San Fernando, fue la de Sevilla, que llevó á cabo despues que su hijo D. Alfonso y D. Alvar Perez de Castro, habian ganado á Jerez, con una fuerza muy inferior á la de los moros. Grandes trabajos experimentó el santo rey en el sitio de Sevilla, como asimismo sus leales y cristianas tropas: pero el cielo, en un magnífico triunfo, les preparaba la recompensa. Despues de haber vencido á los moros en varios encuentros, consiguió que el rey Ajathaph

(1) San Fernando principió á redactar un código general con el título de *Setenario*, que no pudo concluir y dejó encomendado á D. Alfonso el Sábio, su hijo, que lo llevó á cabo.

(2) Fue canonizado por el papa Clemente X en 1671.

le rindiese la ciudad con la sola condicion de que les guardase las haciendas y la vida, teniendo lugar este suceso despues de diez y seis meses de sitio, el dia de San Clemente, á 23 de Noviembre de 1248. El rey moro entregó á San Fernando las llaves de Sevilla, y los judíos que existian en la ciudad entregaron otra que hoy se conserva en el arca donde se venera el incorrupto cuerpo del santo rey. El dia 22 de Diciembre fue el señalado por Fernando para hacer su entrada en la ciudad, por ser el dedicado á celebrar la traslacion de San Isidoro, y atribuyendo á la Santísima Vírgen de la que era especial devoto, el triunfo y la victoria, quiso que ella fuese la que entrase en triunfo. Se formó al intento una magnífica procesion, que abrian los capitanes y personas más distinguidas de la tropa; seguian los maestres de las órdenes militares, ricos-hombres de Castilla y de Leon, y muchos nobles y caballeros de Aragon que habian ido acompañando al infante D. Alfonso. Veíanse entre los religiosos á San Pedro Nolasco, fundador del órden de Nuestra Señora de la Merced, San Pedro Gonzalez y el beato Domingo, hijos ilustres del gran patriarca Santo Domingo de Guzman. Seguia el clero presidido por los obispos é inmediatamente la veneranda efigie de Nuestra Señora de los Reyes sobre un carro triunfal de plata, y detrás al lado derecho el santo rey D. Fernando con la espada desnuda, y á la izquierda el príncipe D. Alfonso y los infantes, seguidos de multitud de cristianos. Todos los triunfos fueron allí para la Madre de Dios. La procesion se dirigió á la mezquita mayor purificada y consagrada en iglesia por el arzobispo de Toledo, D. Gutierre, y colocada en el templo la santa Imágen en el mismo carro en que habia sido conducida, se entonó un solemnísimo *Te-Deum* en accion de gracias al Todopoderoso, que habia permitido que aquella nobilísima ciudad que por espacio de quinientos años habia permanecido en poder de los infieles, fuese nuevamente restituida á los cristianos.

Existe en la magnífica y suntuosa catedral de la capital de Andalucía una preciosa capilla, en cuyo altar mayor se venera la santa Imágen de Nuestra Señora de los Reyes, y á sus piés se ve la urna riquísima (1)

---

(1) He aquí el epitafio que escrito en latin, hebreo y castellano, se grabó en el sepulcro del santo rey, por mandado de su hijo el rey D. Alfonso el Sabio: «Aquí jace el rey muy honrado Fernando, señor de Castilla é de Toledo, de Leon, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, é de Jaen, el que conquistó toda España, el más leal, el más verdadero, é el más franco, é el más esforzado, é el más apuesto, é el más granado, é el más sofrido, é el más humildoso, é el que más teme á Dios, é el que quebrantó é des-

donde descansa el cuerpo del santo rey Fernando. He aquí en suma, el retrato que de este gran rey hace el P. Mariana: «Reinó (1) en Castilla «por espacio de treinta y cuatro años, once meses y veinte y tres dias. «Fue varon dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podian «desear, de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de «Santo... muchos dudaron si fuese más fuerte ó más santo, ó más afor«tunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las par«tes de la vida templado, y en conclusion cumplió con todos los oficios «de un varon y príncipe justo y santo.»

El grande aprecio que las personas más distinguidas hacian de las órdenes mendicantes, les atrajo á los religiosos muchos enemigos que se valieron de groseras calumnias para desacreditarlos. El que más se distinguió entre los falsos acusadores fue Guillermo de *Saint Amour*, doctor de París, que se propuso rechazar á dos célebres profesores de aquella universidad, únicos entre todos que eran religiosos. Estos profesores eran Santo Tomás de Aquino y Alberto el Magno, ambos pertenecientes á la familia dominicana. Tambien se propuso luchar contra el célebre Alejandro de Halés y San Buenaventura su discípulo que en aquel año (1256) habia sido nombrado general del órden de menores al que ambos pertenecian. La universidad de París se negaba á conceder los grados mayores á estos dos varones tan ilustrados lo que da una idea de la religiosidad de sus doctores. Y como esto no fuese bastante, Guillermo de *Saint Amour* que era el más hostil á los mendicantes, presentó á sus adversarios como falsos apóstoles, seductores hipocritas, combatiendo su estado de mendicidad, no obstante estar aprobado por la Iglesia, teniendo el atrevimiento de decir que la Iglesia debia revocar lo que habia aprobado por error (2). El escrito que publicó con este motivo y que tituló *Peligro de los últimos tiempos* fue condenado por la Santa Sede como inícuo, criminal y escandaloso, haciéndole quemar el Papa en su presencia, mandando bajo pena de excomunion, que todo el que tuviese algun ejemplar en su poder lo entregase al fuego en el término de ocho dias. En cambio de estos ultrajes, el Papa dispensó á los mendicantes la

---

truyó á todos sus enemigos, é conquistó la ciudad de Sevilla, que es cabeza de toda España, é passó, y en el postrimero dia de Mayo, en la era de mil doscientos noventa y dos.»

(1) Lib XIII, c. 8.

(2) Duboulay, pág. 56.

mayor benevolencia, concediéndoles más favores que habian recibido de sus antecesores, cuyo ejemplo imitaron los príncipes cristianos.

Mucho contribuyó Santo Tomás á dirigir la censura pontificia en favor de los mendicantes y contra el atrevido y soberbio doctor de la escuela de París. Hallándose en Anagni pronunció en presencia del Sumo Pontífice un magnífico discurso que fue una verdadera Apología en favor de los frailes mendicantes, respondiendo á las alegaciones de Guillermo. ¿Qiuén era Tomás de Aquino? ¿Qué autoridad podia darse á sus palabras y bellísimos razonamientos? Vamos á darlo á conocer en pocas líneas.

Pertenecia Santo Tomás á una nobilísima familia, que se hallaba enlazada con muchos de los reyes y emperadores de Europa, y que poseia la ciudad y condado de Aquino en la Campania (1). Sus padres no pareciéndose en nada á aquellos otros que se contentan con dar á sus hijos una tintura superficial de religion, más bien por decencia ó razon de estado, que por hacerles virtuosos, quisieron preservarle de la corrupcion del siglo, ocultándole entre las sombras del santuario, haciendo que recibiera su educacion del virtuoso Abad de Monte Casino, quien á su gran celebridad añadia la circunstancia de ser su próximo pariente. Allí hizo Tomás los primeros ensayos de su virtud, y de aquel claustro melancólico y solitario, salió para dirigirse á Nápoles y estudiar en la universidad que poco tiempo ántes habia fundado en dicha ciudad el emperador Federico. En los grandes centros de poblacion, con facilidad los jóvenes se dejan seducir por los malos ejemplos, y mil peligros conspiran contra su inocencia. Pero los designios del cielo eran muy diversos en órden á Tomás. Allí donde tantos otros se dejaban envenenar por la copa de los placeres y deleites, el hijo del conde de Aquino, extremecido á vista de tanto desórden buscó el retiro, y apénas habia empezado á manifestar sus talentos para las ciencias, se incorporó á los hijos de Domingo de Guzman, tomando el hábito en el convento de los frailes predicadores, no siendo esta resolucion hija de la ligereza ó del capricho ni de un fervor fugaz é indiscreto, sino fruto de la meditacion y más que nada de las inspiraciones de la divina gracia.

Sus padres no obstante ser virtuosos y haberle dado, como hemos dicho, una educacion verdaderamente cristiana, miraron como una grave ofensa esta humilde determinacion, en la que vieron un delirio, un error

(1) Boll. tom. 6, pág. 647. Ech. Summ. vind. pág. 212.

y casi un delito. El hijo de los Condes de Aquino sepultado en un claustro, frustraba las esperanzas que en él habian fundado, y echaron mano de todos cuantos medios les fue posible por hacerle desistir de su propósito y que volviese al seno de su familia. Enviáronle á Roma, luego á Paris y sus mismos hermanos le seguian á todas partes como expias. Por último, por espacio de un año le tuvieron encerrado en un castillo que pertenecia á su padre: allí acuden sus parientes que se interesan, los amigos que tratan de persuadirle y la misma condesa Teodora, su madre, que era la que más empeño mostraba en que se resolviese á volver al seno de su familia. Pero Tomás no se intimida y se muestra inexorable. Nada pueden en él las súplicas ni las lágrimas de su madre: pero estas lágrimas tratan de ser vengadas por los hermanos de Tomás. Cólmanle de injurias y de afrentas, no dispensando las violencias ni los golpes que descargan sobre la inocente víctima. Dos años dura esta tempestad espantosa, durante la cual parece que todos los sentimientos de religion y de humanidad se han extinguido en la familia de los Condes de Aquino; llegando la persecucion hasta el extremo de atentar contra su castidad, introduciendo en su prision una mujer hermosa adornada con todos los atractivos que el pudor condena: pero Tomás se arma de un tizon encendido, acomete á aquella mujer infame, y la pone en vergonzosa fuga. Sus hermanos viendo que nada consiguen, le arrojan por el muro del palacio como en otro tiempo consiguió su libertad el Apóstol, y alegre Tomás por verse libre, corre precipitadamente á Nápoles para refugiarse en su amado cláustro.

Terminadas que fueron las persecuciones de su familia, Tomás se dedicó al estudio de la Teología bajo la direccion de Alberto Magno, al que superó en sabiduría. Como dice oportunamente un escritor, Alberto supo discernir al Ángel de las Escuelas bajo la taciturnidad y las apariencias de rudeza, pues como todos sus condicípulos formasen de su exterior poco ventajoso un objeto de chanza, y le llamasen con frecuencia el buey mudo, Alberto les decia que vendria dia en que los mugidos de aquel buey serian oráculos para toda la Iglesia (1).

El 23 de Enero de 1257 recibió el doctorado, y esta fue la época justamente de la publicacion de su Apología, de la que hablamos al principio, en defensa de los frailes mendicantes predicadores y menores. Contaba entónces la edad de treinta años.

---

(1) Berault-Bercastel. Lib. XL n. 43.

San Buenaventura que florecia por el mismo tiempo, y ocupaba en la órden de los menores el mismo lugar que Santo Tomás de Aquino entre los predicadores, era tambien doctor y enseñaba la teología en Paris, habiendo sido general de su órden á la edad de treinta y cinco años. Su vocacion fue diferente de la de Santo Tomás, aunque no ménos notable. Habia nacido en el año de 1221 en una ciudad pequeña de la provincia de Toscana, que los italianos llaman *Bagnarea*. Siendo aun muy niño tuvo una grave enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro. Su piadosa madre acudió á Dios, encomendándole á las oraciones de San Francisco que todavía vivia, y ofreció que si curaba le pondria bajo su direccion. Rogó por el niño el santo patriarca y viendo que instantáneamente recobró la salud, exclamó: *¡O buena ventura!* cuyo nombre le quedó despues en lugar del de Juan que habia recibido en el bautismo. Cuando tuvo la edad de veinte y dos años queriendo cumplir el voto que habia hecho su madre tomó el hábito en la religion del P. San Francisco, y despues del año de noviciado hizo su profesion manifestando á todos el beneficio que habia recibido de Dios por la intercesion del Santo. Desde luego empezó á resplandecer entre todos los religiosos por su continua oracion, silencio y modestia. Enviáronle á Paris á estudiar teología y fue discípulo del célebre Alejandro Halés, el cual penetrando el espíritu de Buenaventura y su inocencia se complacia en decir que parecia no haber participado del pecado de nuestros primeros padres. Tambien San Buenaventura se presentó ante el Sumo Pontífice, para solicitar la condena cion de las doctrinas del doctor Guillermo de *Saint-Amour*.

El papa Alejandro IV aprobó en 1256 la órden de los esclavos de Ma ría, ó sea de los *Servitas*, bajo la regla de San Agustin.

Entre las varias disposiciones de este Pontífice se encuentra la de que los obispos despues de su eleccion fuesen consagrados dentro del térmi no de seis meses.

Alejandro á causa de los grandes disturbios suscitados en Roma por Manfredo, tuvo que abandonar esta ciudad, retirándose á Viterbo y lue go á otra ciudad del mismo Estado. Más tarde volvió á Viterbo con el ob jeto de celebrar un concilio general, pero habiendo caido enfermo murió en esta ciudad á los 25 de Marzo de 1261, despues de haber gobernado la Iglesia seis años, cinco meses y catorce dias. Fue enterrado en la catedral de San Lorenzo.

CAPITULO XVI.

Urbano IV, papa.—Cruzada contra Manfredo.—Los griegos reconquistan á Constantinopla.—Institucion de la fiesta del Santísimo Sacramento.—Muerte del papa Urbano.—Clemente IV, papa.—Su grande humildad.—Conquista del reino de Nápoles por Cárlos de Anjou.—Muerte de Clemente IV.—Muerte de San Luis.—Reparticion de sus reliquias.

Á los tres meses y tres dias despues de la muerte del papa Alejandro IV, fue elegido para sucederle en la Silla de San Pedro, Jaime ó Jacinto Pantaleon, natural de Troyes de Champaña, arcediano de Lieja, despues obispo de Verdun, y patriarca de Jerusalen. Habiendo ido por negocios de su iglesia, al lugar donde se hallaba la córte pontificia en ocasion de ocurrir la muerte del papa Alejandro, y no obstante de no hallarse revestido con la púrpura cardenalicia, fue elegido Pontífice en Viterbo por ocho de los nueve cardenales que allí se encontraban y que entónces formaban todo el Sacro Colegio. La eleccion tuvo lugar en 29 de Agosto de 1261 y fue consagrado el 4 de Setiembre, tomando el nombre de

Urbano IV. Este Pontífice era hijo de un zapatero, y de aquí los protestantes han tomado pié para ridiculizar á este sucesor de San Pedro. Extraña es esta extravagancia aristocrática, dice Montor, en hombres que á menudo predican la igualdad y la república. Á esto debemos añadir, que á las dignidades y honores de la Iglesia, no son llamados con preferencia los grandes, sino los más humildes, los más sábios y virtuosos; los que son elegidos y llamados por aquel Dios ante cuya vista no hay grandes ni pequeños, nobles ni plebeyos, ricos ni pobres, sino siervos útiles y trabajadores en su viña. Para sostener y defender valerosamente la obra de Jesucristo hace falta, no la nobleza del orígen, sino el talento, la ciencia unida á las virtudes. Por otra parte, nada nos parece

más ridículo que la burla de los protestantes, que olvidan que el Divino Fundador de la Iglesia, no buscó sus apóstoles en los alcázares de la nobleza, sino en las orillas del mar. ¡Cómo hemos de extrañar ver al hijo de un pobre artesano siendo el sucesor del pescador de Galilea!

Inmediatamente despues de su promocion, el papa Urbano escribió á los obispos dándoles parte de ella, como asimismo al rey San Luis de Francia, del que habia sido vasallo, por razon de su nacionalidad. Como quiera que los cardenales habian quedado reducidos al número de nueve, pues que el papa Alejandro no habia creado ninguno, Urbano creó siete en el primer año de su Pontificado y otros siete en el mes de Mayo del siguiente (1).

Hacia cuanto estaba en su mano el Papa por atraer al verdadero camino á Manfredo, rey de Sicilia, pero nada pudo adelantar á pesar de sus contínuas amonestaciones, súplicas, y aun en ocasiones lenguaje severo. Manfredo continuaba atormentando á la Italia y afligiendo á la Iglesia. Entónces Urbano empleó las cruzadas italianas para combatirle, cosa que no debe extrañarse si se atiende á que la mayor parte del ejército de Manfredo estaba compuesto de sarracenos.

Por este tiempo el imperio de Constantinopla, fue reconquistado por los griegos de manos de los latinos con una gran facilidad. Esta conquista fue obra de Miguel Paleólogo, primer emperador de la última dinastía de los griegos en la nueva Roma. Esta casa que ahora recupera á Constantinopla de los latinos, será despues á mediados del siglo XVI la despojada por los turcos que se harán dueños de aquel imperio.

Al papa Urbano IV se debe la institucion de la fiesta del Corpus. Siendo Arcedieno de Lieja, habia alcanzado del obispo de su diócesis, el que instituyese una fiesta particular para celebrar al Santísimo Sacramento, lo que tuvo efecto en el año 1249. Más tarde, cuando ya Urbano ocupaba la cátedra de San Pedro, y cuando se hallaba refugiado en Orvieto, expidió una bula en 1264, haciendo extensiva esta fiesta á toda la Iglesia universal, fijándola en el primer jueves despues de la octava de Pentecostés. Entónces encargó á Santo Tomás de Aquino componer el oficio del Santísimo Sacramento, y es el mismo que rezamos hoy dia, y cuya ternura celestial corresponde á la justa reputacion que gozaba el célebre profesor que es conocido con el nombre de *Angel de las Escuelas*. El haber ocurrido la muerte del papa Urbano en el mismo año, hizo que

(1) Rain. ann. 1261.

quedase interrumpida la celebracion de esta solemnidad por espacio de 40 años. La bula de su institucion fué confirmada por Clemente V en el concilio general de Viena celebrado en 1311; y en suma, el Papa Juan XXII añadió á esta festividad una octava, ordenando que se efectuase en todos los pueblos cristianos con la mayor pompa y explendor posible la procesion de la Santísima Eucaristía.

Urbano fué el primero que expresó el número de su nombre, firmando Urbano papa IV. Dicen algunos escritores que existe una bula de Pelagio, firmada Pelagius PP. II; pero es tenida por apócrifa.

Murió el papa Urbano IV en Perugia el 22 de Octubre de 1264 habiendo gobernado la Iglesia tres años, un mes y cuatro dias. Era eminente en las ciencias, y estuvo dotado de un corazon lleno de bondad y de mansedumbre. Consérvase de él una *Parafrasis de los Padres*, y sesenta y una cartas, que revelan su celo por la gloria de Dios y el explendor de la Iglesia.

Despues de una vacante de cinco meses, subió á ocupar el trono Pontificio Guy Joulquois, perteneciente á una noble familia de San Gil junto al Ródano, el cual tomó el nombre de

CLEMENTE IV, Habia sido sucesivamente militar, abogado, secretario particular de San Luis IX, casado, padre de familia, viudo, cura, canónigo, arcediano, obispo, cardenal, y finalmente Papa (1). Su modestia era ejemplar y tan poco equívoca que, hizo los mayores esfuerzos por sustraerse del peso brillante del Pontificado. Mas como todos ellos fuesen inútiles escribió en los términos siguientes á uno de sus sobrinos llamado Pedro el Grueso: «Muchos se complacen de nuestra promocion, pero á nuestros ojos solo se ofrece materia de tristeza y de llanto. A tí mismo te debe inspirar más humildad: no queremos que tú, ni tu hermano, ni alguien de los nuestros, venga cerca de nuestra persona sin órden especial de nuestra parte; de lo contrario le despediremos confuso. No proyectes á consecuencia de nuestra elevacion un matrimonio más ventajoso para tu hermana. Si la casas con el hijo de un simple caballero, nos proponemos darle trescientas tornesas de plata, esto es, unos cincuenta escudos franceses: si la ensalzas sobre su condicion, no esperes de Nos un solo dinero. Sucederá lo mismo con todos nuestros deudos, de quienes ninguno debe prevalerse de nuestra elevacion, Mabila y Cecilia que tomen los maridos que tomarian si nos hallásemos como un simple cléri-

(1) Artaud de Montor. Vid. de Clemente IV.

go. Respecto á Guili, visítala especialmente de mi parte, y díla que siga guardando todo el recato posible en sus vestidos, y que se abstenga de encargarse de recomendaciones para persona alguna (1).»

Hemos reproducido la carta anterior porque retrata suficientemente el carácter de este Pontífice, al que su dignidad suprema no sirvió más que para hacerse aun más humilde.

En el mismo año de su eleccion, Clemente dió á Cárlos de Anjou, el más jóven de los hermanos de San Luis, la investidura de las dos Sicilias. Cárlos se ofreció á pagar un censo anual de once mil onzas de oro y una jaca, cuyo censo debia ser satisfecho cada año en la víspera de San Pedro. Recibió la investidura en feudo sin *ley sálica*, por lo que la Iglesia se conservaba el derecho de recobrar la posesion de los reinos en el caso de que Cárlos muriese sin herederos ó que estos llegasen á extinguirse. La coronacion de Cárlos fue hecha por el Papa con la mayor solemnidad en la Basílica Vaticana. En el palacio Farnesio de Roma se conserva una magnífica pintura que representa esta ceremonia de la coronacion del hermano de San Luis. Tenia entónces Cárlos 46 años de edad y reinó 19. Uno de los primeros actos del nuevo rey de las dos Sicilias, fue dirigirse hácia Nápoles para atacar al ejército de Manfredo, el cual, no rehuyendo la batalla, murió en la lucha.

Muerto Manfredo apareció otro nuevo competidor que no queria avenirse á las pretensiones de Cárlos. Este fue Coradino, hijo del rey Conrado y nieto del emperador Federico II. No contento Coradino con llevar el título de rey de Jerusalen que el Pontífice le habia dado, quiso añadir el de rey de Sicilia. Esta ambicion le fue funesta. Formó un ejército, pero fue vencido por las tropas de Cárlos, teniendo él que proporcionarse la salvacion en la fuga: pero fue vendido miserablemente y entregado en manos de su rival, el cual ejerció contra él una cruelísima venganza altamente reprobada por todos los escritores. Coradino fue sentenciado á perder la vida en el cadalso. Roberto, hijo del conde de Flandes y yerno del rey Cárlos, al oir leer á su juez provenzal la sentencia de Coradino, desnudó la espada é hirió gravemente á aquel juez, de cuya herida, dice Villani, murió.

Entreteníase Coradino en su prision en jugar al ajedrez, cuando le anunciaron su sentencia, siendo conducido inmediatamente al suplicio. Al verse bajo el poder de los verdugos, se acordó de su madre Isabel de

(1) Berault-Bercastel. Lib. XL n. 52.

Babiera, que se habia opuesto á que emprendiese aquella guerra siendo tan jóven, y arrodillándose oró, y exclamó despues: «¡Oh Madre mia, qué cruel dolor te causará la noticia de mi muerte!» Luego dirigió su mirada á la multitud que le rodeaba, y como viese el llanto que se desprendia de todos los ojos, se quitó su guante y le echó al pueblo, entregando inmediatamente su cabeza al verdugo. Ya tendremos ocasion de ver cómo fue recogido el guante del desgraciado Coradino.

Diferentes escritores, entre ellos Fleury, Muratori y aun mucho mejor Jaime Spon, han justificado al papa Clemente IV de la acusacion hecha por algunos escritores de haber tenido parte en la muerte de Coradino. Es de todo punto inverosimil que pudiera haber caido en tal maldad un pontífice tan notable por la pureza de sus costumbres, y al que llama Durand, despues de haber estudiado sus hechos, *lumbrera del derecho, ilustre en penitencia, en oracion, en celo apostólico, en modestia, y con maneras tales, que, cuanto más se elevaba, mayor era su santidad.*

Clemente IV murió en Viterbo el 29 de Noviembre de 1268, siendo enterrado en la iglesia de los Dominicos. Este pontífice que, segun Artaud de Montor, no estuvo nunca en Roma, gobernó la Iglesia tres años, nueve meses y veinte dias.

La vacante de la Silla apostólica fue muy dilatada, pues duró dos años, nueve meses y dos dias.

Durante este interregno ocurrió la gloriosa muerte de San Luis IX de Francia. Habíase preparado para una segunda cruzada. Muchas personas dignas de crédito, le habian asegurado que el rey de Tunez se inclinaba á hacerse cristiano. Tanto era el celo de San Luis por la religion, que dijo á los embajadores del de Tunez: «Decid al rey vuestro amo, que pasaria gustoso el resto de mis dias entre cadenas, con tal que él y su pueblo se hiciesen cristianos (1).» Además le habian manifestado que no seria difícil rendir á aquella ciudad, en la que abundaban las riquezas, y que ofrecia á los cruzados grandes recursos. Así, pues, habiendo desembarcado con su ejército en Africa, á vista de una multitud de sarracenos que huyeron precipitadamente hácia las montañas, el rey de Tunez se creyó en el mayor peligro, y mandó decir á los cruzados que si atacaban la ciudad haria degollar á todos los cristianos que se hallasen en sus Estados. En aquellos dias se aumentaban de un modo considerable las enfermedades que habian principiado entre los franceses ántes de su des-

(1) Duchesne, tom. 5, pág. 461.

embarco, contribuyendo á ello la fatiga, los calores excesivos de aquel clima insalubre, y los malos alimentos. El dia 3 de Agosto murió Juan Tristan, conde de Nevers, é hijo de Luis. Casi al mismo tiempo murió tambien Mateo de Montmorency. El legado pontificio Radulfo de Chevrieres fue otra de las víctimas, y en el espacio de cuatro dias fueron muchos los que descendieron al sepulcro.

El santo rey fue tambien acometido de una fiebre ardiente y de una disentería que le pusieron á las puertas de la muerte. Una leve mejoría en su enfermedad hizo concebir algunas esperanzas; pero conociendo el rey que se acercaba el término de sus dias, se dispuso cristianamente para el viaje de la eternidad. Dió á su hijo Felipe por escrito una instruccion (1) que era un compendio de cuanto él habia hecho durante su vida, tanto por la salvacion de su alma, como por la felicidad de sus pueblos, dándole los más saludables consejos que podian salir de lábios de un monarca. El santo rey habia hecho preparar fuera de su tienda y sobre la tierra enjuta un lecho de ceniza. El lunes 25, á la salida del sol, Luis, que apénas podia sostenerse sobre sus piernas, apareció á presencia de los grandes cubierto con un cilicio, y teniendo una cruz entre sus manos. A su vista el campo entero se extremeció (2): fijó su vista en la ceniza y se echó sobre aquel que debia ser su último lecho, haciendo colocar delante de él la cruz. Allí recibió con el mayor fervor los santos sacramentos, deshaciéndose en lágrimas al recibir la Santísima Eucaristía. Cuando el sagrado ministro le pregnntó si creia que lo que tenia en sus manos era el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, contestó: «*No lo creeria mejor, aun cuando lo viera con todo el explendor con que subió á los cielos.*» Dejemos pintar sus últimos momentos á Artaud de Montor, fiel escudriñador de los antiguos anales: «Isabel de Aragon, dice, Amicia de Artois, la reina de Navarra y la condesa de Poitiers, ocultan sus sollozos; sus nobles esposos, Pedro de Alenzon, los altos varones, los limosneros, los capellanes y embajadores imperiales de Miguel Paleólogo, todos arrodillados formaban un círculo al rededor del moribundo (3) cuya majestad no brilló jamás con un reflejo tan puro como sobre este lecho de dolor, teniendo por cetro un crucifijo, por diadema la aureola de los mártires, por dosel el cielo de Cartago, por consejo pleno un ejército llorando, y por reino la eternidad.

---

(1) Vid. Joinv. pág. 126.
(2) Hist. de San Luis. III, 414.
(3) M. de Villeneuve-Trans, III, 415.



Muerte de San Luis,
rey de Francia.

«Horribles convulsiones parecian arrancarle sus entrañas, y á pesar de ello, ninguna queja, llanto ni palabra salia de su boca; sólo se le oia repetir con débil voz: «Hermoso Señor Dios, ten misericordia de este pueblo que aquí queda y me ha seguido á estas costas! ¡Ah! condúcele á su país para que no llegue el caso de renegar de tu santo nombre!»

«Las últimas palabras que pronunció el rey fueron estas: «Jerusalen... Iremos á Jerusalen...!» De tal modo sentia el príncipe no haber seguido los consejos de Roma, cuyas aspiraciones siempre eran las de hacerle tomar el camino de Jerusalen.»

Inmediatamente despues de la muerte de Luis IX el santo, fue proclamado rey de Francia su hijo Felipe III el *Atrevido.* El nuevo rey volvió á Francia con el ejército, y las reliquias del santo rey, es decir, sus huesos de los que separaron la carne, fueron divididos entre el rey de Sicilia que se llevó una parte que hizo colocar en una iglesia de Palermo, y los franceses que se llevaron los restantes. Cuando llegó á Francia el rey Felipe, llevó sobre sus hombros, desde Paris á San Dionisio, las reliquias de su padre que se hicieron célebres por multitud de milagros, así como las que quedaron en Sicilia, demostrando el Señor de este modo cuan grandes habian sido las virtudes de aquel grande monarca. El papa Bonifacio VIII que decretó culto público á este príncipe veinte y siete años despues de su muerte, refiere en su bula muchos de aquellos milagros.



CAPITULO XVII.

Eleccion de Gregorio X, papa.—Convocacion del segundo concilio general de Lyon.—Disposiciones del Papa para pacificar la Italia y la Alemania.—Miguel Paleólogo envia embajadores á Lyon.—Muerte de Santo Tomás de Aquino. — Admirables obras que dejó escritas.

Hemos dicho que la vacante de la Silla apostólica á la muerte de Clemente IV, duró dos años, nueve meses y dos dias. ¿Cuál fue la causa de este interregno, durante el cual careció de piloto la mística nave de la Iglesia? Componíase el sacro colegio de 15 cardenales, los cuales no habian podido ponerse de acuerdo para dar sucesor al papa Clemente, á pesar de estar reunidos tanto tiempo en Viterbo y aun de haber sido encerrados por el podestá de la ciudad, hasta que por consejo de San Buenaventura, tambien cardenal que se hallaba presente, se determinó nombrar seis compromisarios á los que dieron todos facultad y poderes para elegir un Papa, los cuales en 1.° de Setiembre de 1271 eligieron unánimemente á

El bienaventurado Gregorio X, llamado ántes Teobaldo Visconti, nacido en Plasencia. Algunos autores aseguran que los Visconti descienden de Didier, rey de los lombardos, aunque otros opinan que traen su orígen de la familia Ángel Flavia, á la que pertenecia Constantino el Grande. El nuevo Pontífice habia sido tan sólo arcediano de Lieja, y legado de la Santa Sede en Siria. Dicen los escritores que el primer pensamiento de los compromisarios fue el elegir á San Felipe Benicio, de la órden de Servitas, famoso entónces por sus milagros, pero que habiendo tenido noticias de ello el santo, se retiró y escondió en lo más elevado del monte Tuniato, del que no salió hasta que supo la eleccion de Gregorio X.

Inmediatamente de hecha la eleccion de Teobado, se despachó un expreso á San Juan de Acre, donde aquel se hallaba. Recibió la noticia el 27 de Octubre, y seguidamente tomó el camino de Italia, donde llegó el primer dia del año de 1272. Acompañado de Cárlos, rey de las dos Sicilias, se dirigió á Benevento, desde donde por el camino de Cápua llegó á Viterbo, en cuya ciudad se hallaban todavía los cardenales. De allí pasó á Roma, siendo coronado en el Vaticano por el cardenal Juan Orsini, el 27 de Marzo del dicho año 1272. En el mismo dia de su coronacion fue á tomar *possesso* á San Juan de Letran, precedido de una magnífica y suntuosa cabalgata. El rey Cárlos de Sicilia le sostuvo el estribo, y en el espléndido banquete con que se celebró la fiesta le presentó el primer plato (1).

Desde el momento de ocupar Gregorio X la Cátedra de San Pedro, manifestó un gran celo por el bien de la Iglesia universal. Así es que viendo el peligro en que se hallaban los fieles de la Tierra Santa, teniendo presente el cisma de los griegos, y deseoso de extirpar los vicios y errores que pululaban, expidió una carta circular á todos los obispos para la convocacion de un concilio ecuménico. El emperador Miguel Paleólogo, que era un político muy hábil, y que habia sabido granjearse la benevolencia de los papas Urbano y Clemente, reconociéndoles por medio de sus cartas por cabezas y jefes supremos de la Iglesia universal, hizo grandes instancias á Gregorio X á fin de contener las empresas de Cárlos de Sicilia, que habia adquirido los derechos del emperador Balduino, y poniéndose en el rango de los soberanos sumisos en todo tiempo á la autoridad espiritual de la Santa Sede, ganó de este modo al papa Gregorio que no tuvo inconveniente en invitarle como á los demás príncipes cristianos, á que concurriese con sus obispos al concilio general que habia de celebrarse en Lyon.

Uno de los primeros cuidados del Sumo Pontífice para preparar prudentemente las cosas á fin de que aquella asamblea se celebrase con tranquilidad, fue buscar los medios de restablecer la concordia entre los italianos, y pacificar la Alemania, más agitada entónces todavía que la Italia. El beato Ambrosio del órden de Predicadores, instrumento de que se valió Gregorio para pacificar á los italianos, llenó cumplidamente su mision consiguiendo el que fuesen satisfechos en esta parte los deseos del Papa. En cuanto á la Alemania, consiguió tambien su objeto el Santo

(1) Cancellieri, Hist. de las poseciones solemnes. pág. 18.

Padre. El rey de Castilla, Alfonso X, tenia algun derecho á la corona imperial, por lo cual en 1257 varios príncipes alemanes le eligieron. En virtud de esta eleccion ejerció D. Alfonso desde Castilla algunos actos de soberano de Alemania, entre los cuales se cuenta el haber dado la investidura del ducado de Lorena á Federico. Cuando Rodulfo de Habsbourg fue elevado al trono imperial, el rey de Castilla se contentó con protestar. El papa Gregorio le declaró que no le parecian admisibles sus pretensiones sobre el imperio, y en el momento el rey Alfonso renunció á las insignias imperiales, conformándose con el parecer del Sumo Pontífice, mostrando de este modo su veneracion á la Cabeza visible de la Iglesia. De este modo quedó pacífica la Alemania.

El emperador Miguel Paleólogo y su hijo Andrónico, recientemente asociado al imperio, eligieron representantes para que asistiesen al concilio de Lyon, los cuales marcharon con los prelados entre los cuales se contaba el patriarca de Constantinopla, German, que siempre habia sido opuesto al cisma. Se embarcaron á principios del mes de Marzo de 1274.

El papa Gregorio invitó á Santo Tomás de Aquino para que asistiese al concilio general, lo mismo que á San Buenaventura. Hallábase á la sazon en Nápoles Tomás, á donde habia sido enviado por el capítulo general de la órden, celebrado en Florencia en 1272. Obediente á los mandatos de la Silla Apostólica, emprendió inmediatamente la marcha, pero Dios habia dispuesto que aquel viaje fuese para él el de la eternidad. Al atravesar la Campania cayó enfermo, y como no hubiese en aquellas cercanías convento alguno de su órden, entró en la abadía de Fosanova, en la diócesis de Terracina, perteneciente á los monjes del Cister. Allí se agravó su enfermedad, y murió en 7 de Marzo del año 1274, á la edad de 48 años.

Grande, admirable fue la sabiduría de Santo Tomás, en tal grado, que sus profundos escritos merecieron la aprobacion del mismo Jesucristo, el cual apareciéndosele en una ocasion, le dijo:—«Tomás, bien has escrito de mí. ¿Cuál es la recompensa que deseas?—Señor, contestó, yo nada quiero, sino á Vos mismo.» Respuesta humildísima y verdaderamente prudente, pues que no pide como en igual ocasion el sabio hijo de David, la ciencia, sino que pide al que es el orígen y la fuente de la misma sabiduría.

Con razon la Iglesia ha recomendado en todos tiempos y con la mayor eficacia la doctrina de Santo Tomás, que en expresion de Clemente VI,

en una bula expedida en Aviñon es singular, y de ella puede reportar mucho fruto la Iglesia. Hé aquí como se explica el mismo Pontífice en un sermon que pronunció en honra de Santo Tomás: «Escribió, dice» el angélico doctor tantas cosas y con tanta profundidad, que no puede comprenderse, sin acudir al auxilio del Espíritu Santo, como pudo bastarle el breve tiempo de su vida para tan grandes cosas. Esta doctrina, pues, debe estar siempre en nuestros labios, y jamás debe apartarse de nuestro corazon. Pensando en ella, no caemos en el error; siguiéndola fielmente no nos extraviamos: teniéndola, no caemos; enseñándola, no mentimos, y estudiándola, llegamos á la verdad.» Con razon es llamado Santo Tomás el *Sol de las escuelas*, el *Príncipe de los teólogos*, el *Angélico Doctor* y el *Maestro por excelencia*.

Muchos testimonios podíamos presentar aquí para demostrar el grande aprecio que de las obras de Santo Tomás han hecho los Sumos Pontífices y los Concilios que se han celebrado despues de su muerte, desde el de Lyon, al que no pudo asistir, por haber fallecido, segun hemos dicho, cuando á él se dirigia, el cual se sirvió de su doctrina para refutar los errores de los griegos. En todos los posteriores, esta misma doctrina del Ángel de las escuelas ha servido para combatir las funestas enseñanzas de los herejes, y los griegos admirados y deseosos de aprovecharse como los latinos de la doctrina de varon tan eminente, hicieron traducir la *Suma teológica*, á su propia lengua.

Para examinar eficazmente las obras de Santo Tomás, era necesario ser el mismo Santo Tomás, ó estar divinamente iluminado. Filósofo, teólogo, jurisconsulto, humanista, político, escriturario, no hubo materia en que no ejercitase su pluma sin que bastasen cuatro amanuenses á los que dictaba á un tiempo sobre materias diversas. Así no se conoce un doctor que haya escrito tanto en tan corto tiempo. Podemos, pues, llamar á Tomás de Aquino, el maestro universal de todas las ciencias, porque ¿qué no supo? ¿Qué no escribió? Comprenderá, pues, el lector, que no es un pueril temor el que nos hacia renunciar á hablar de las admirables obras de este singular varon, sino un profundo respeto, nacido del conocimiento de nuestra pequeñez y de la escasez de nuestra ciencia. Sin embargo, amantes de la doctrina de Santo Tomás á cuyo estudio nos hemos dedicado, diremos cuatro palabras sobre ella.

En las escuelas filosóficas en tiempo del Doctor angélico, se profesaba una gran veneracion al filósofo de Stagira. Aristóteles era el dios de las aulas, el oráculo que se consultaba, y habia un gran empeño en que to-

dos los hombres de ciencia se conformasen con su doctrina. Las ciencias se deshonraban y la Iglesia se afligia con tan sacrílego apoteósis. San Ambrosio, que es una gran autoridad, asegura que Arrio sacó sus errores de los escritos de este filósofo; y de la misma fuente extrajeron los suyos otros muchos herejes, entre los que se cuenta Berenguer.

Tal vez los maestros antiguos temieron impugnar á Aristóteles, pero Tomás, no guardando respeto más que á la verdad, tomó á su cargo expurgar los escritos del célebre discípulo de Platon, refundiéndolos, y presentándolos luego á los sábios sazonados con la pura doctrina que él habia aprendido más que en los libros, en la oracion á los piés de Jesucristo crucificado. Este trabajo fue como el ensayo de su fecundidad prodigiosa.

No vamos á enumerar todas las obras de Santo Tomás que son en gran número. Ya hemos dicho que su primer trabajo fue *cristianizar* la filosofía de Aristóteles, que, siendo la preferible entre todas las antiguas, era la más manejada, trabajo que desempeñó con el mayor acierto. Entre las obras del angélico Doctor, descuella la *Suma Teológica*, que es la principal y la más admirable entre todas sus producciones. De esta nos ocuparemos con algun detenimiento, así que enumeremos los títulos de las demás obras de este género.

Expuso muchos libros de la Biblia, siendo muy notables sus *Comentarios* sobre los Salmos, sobre Job, sobre Isaías y Jeremías.

La *Exposicion de las Epístolas de San Pablo*, forma un volúmen en fólio, sembrado todo él de sentencias de los Santos Padres.

Exposicion de los Santos Evangelios, ó sea *Catena Aurea*. Esta obra forma tambien un grueso tomo en fólio, y es un rico arsenal de frases y sentencias de los Santos Padres. Esta produccion admirable, estimadísima por los teólogos, demuestra que Santo Tomás todo lo habia leido y todo lo sabia.

Opúsculos. Estos son muchos y tratan ya de asuntos dogmáticos, ya de cuestiones morales, siendo todos ellos de la mayor importancia. Citaremos entre todos, tres que son de grande utilidad no solamente á los teólogos, sino tambien á todos los fieles, y son los siguientes:

1.° *Opúsculo* sobre los vicios y las virtudes.

2.° *Opúsculo* sobre el modo de confesarse, y de la pureza de la conciencia.

3.° *Opúsculo* sobre el Santísimo Sacramento del Altar.

El primero de ellos está dividido en seis capítulos, en los cuales se

encuentran gran número de observaciones de grande utilidad para los que están constituidos en autoridad. En el segundo se explican con la mayor minuciosidad las condiciones de la buena confesion, y se ponen de relieve los peligros de la castidad, y las consecuencias de la soberbia, la vanidad, los malos pensamientos y otros vicios. En suma, en el tercero, expone el santo Doctor en treinta y dos capítulos, todo cuanto el cristiano necesita saber acerca del orígen y excelencias del Sacramento de la Eucaristía, y de lo que debe hacerse para recibirla con provecho del alma.

Ya hemos hablado en el capítulo XV de otro notable *Opúsculo* que escribió Santo Tomás para combatir las perniciosas doctrinas de Guillermo de *Saint-Amour*, doctor de la Soborna, lleno de preocupaciones contra las órdenes mendicantes.

Obra esencialmente filosófica es la *Suma contra Gentes*, que escribió el santo Doctor, y que dividió en cuatro libros y cada uno de ellos en capítulos. En esta obra manifiesta que los enemigos de la Iglesia deben ser combatidos con sus propias armas, ó sea las que ellos aceptan: los judíos con el Antiguo Testamento que tanto veneran: los herejes con el Evangelio, en el que creen, y los paganos ó los incrédulos con la razon ó la filosofía, que es la que tan solamente admiten. Con esta obra se propone el santo Doctor defender la fe católica é impugnar los sofismas de la incredulidad.

Otra de las grandes obras de esta lumbrera de la Iglesia, es el *Tratado de Regimine Principum*, que dedicó al rey de Chipre, y en la cual, como el mismo santo anuncia en la dedicatoria, expone el orígen de la monarquía y cuanto se refiere al ejercicio de la autoridad real, con arreglo á los testimonios de la Sagrada Escritura, á los principios de la filofía y á los ejemplos de los más exclarecidos monarcas. En esta obra, si bien habla Santo Tomás de un modo terrible contra la tiranía (Lib. I, capítulo III), su doctrina es enteramente opuesta á la de los modernos demagogos que confunden la potestad real con la tiranía. El santo Doctor separa ambas cosas haciendo ver que son tan opuestas como la luz y las tinieblas. Una terrible acusacion se ha lanzado contra Santo Tomás, diciendo que justifica en algunos casos el regicidio. ¡Vil calumnia que sólo puede salir de labios de los constantes enemigos de la religion! ¿En qué lugar de esta obra, que es en la que se apoyan sus detractores, admite el angélico Maestro, esa fatal y perniciosa teoría demagógica de que los pueblos amotinados tienen derecho á destruir los tronos, para fundar sobre

sus ruinas, las repúblicas? ¿Dónde se ha mostrado partidario de la soberanía del pueblo? Léase con atencion y detenimiento el *Tratado de Regimine Principum*, y se verá que cree el inspirado escritor que el gobierno monárquico es preferible al republicano, que admite el derecho divino, reprueba el asesinato y condena la rebeldía.

Tan solamente llamaremos la atencion sobre el 2.º de los cuatro libros en que esta obra se halla dividida, porque sus diez y seis capítulos están dedicados á tratar del bien material de las naciones. Habla detenidamente de la agricultura, de la industria y del comercio, demostrando su necesidad: prueba que los gobernantes están obligados á construir ciudades, escogiendo al efecto sitios fértiles, abundantes de agua, y aun lugares de recreo; demostrando, por último, que los gobiernos necesitan acuñar moneda propia, y que deben tener un especialísimo cuidado en escoger empleados instruidos y celosos, que puedan ayudarles á dirigir la rueda de la administracion pública.

Empero debemos ya ocuparnos de la obra principal del Santo Doctor, que como hemos dicho es la *Suma Teológica*. La Iglesia necesitaba un cuerpo unido y completo de teología metódica y sublime que sirviese para desterrar la ignorancia, siendo un fuerte baluarte contra las herejías. Hasta el tiempo de Santo Tomás es indudable que no existia, pues que los Santos Padres, si bien escribieron muchas homilías, exposiciones y cartas, impugnando los errores que se presentaban en su tiempo, ninguno de ellos se habia dedicado á formar un tratado seguido y metódico sobre la facultad de teología. No hay que extrañar esto si se atiende á que no se conocia la imprenta, y era necesaria una paciencia á toda prueba para buscar y reunir manuscritos. San Anselmo fue el primero en reconocer esta falta y en parte procuró repararla escribiendo entre otros tratados el titulado *Contra Guanilonem*, los diálogos *De veritate, de casu diaboli, de libero arbitrio, de grammatico*, y los libros *De fide Trinitatis; Cur deus homo?; De processione Spirtus Sancti*, el titulado *De concordia*, y entre otras la epistola *De diversitate sacramentorum*. A San Anselmo siguió Pedro Lombardo, llamado el *Maestro de las sentencias*, el cual adelantó un poco más, pues que compuso cuatro libros de teología con un admirable conjunto de citas de los Santos Padres. La obra de Pedro Lombardo alcanzó gran celebridad y sobre ella en el siglo XIII se escribieron muchos comentarios. Sin embargo, el trabajo del *Maestro de las sentencias* es mezquino comparado con la *Suma de Santo Tomás*, al que estaba reservado dar perfeccion y complemento á aquella grande

empresa tan necesaria á los sabios y á la Iglesia. Leyó con profundo estudio los manuscritos, y formó la *Suma*, apareciendo en el mundo literario ese precioso y admirable monumento del ingenio humano. Los hombres versados en las ciencias, las universidades y los maestros todos se quedaron suspensos al ver aquella magnífica produccion, escrita con tanto método y en la que se advertia una sabiduría más divina que humana.

Daremos una idea de esta obra.

Consta de tres partes.

En la primera se ocupa el angélico Doctor de la doctrina revelada en general, de la necesidad de la revelacion, de Dios, de su Esencia, de sus atributos, de sus obras, de la Bienaventuranza, de la Santísima Trinidad, y en suma, de Dios considerado como Criador y conservador de cuanto tiene sér. En esta parte de la *Suma* halla el teólogo las más invencibles armas para confundir á los racionalistas. pulverizando los sofismas que presentan para combatir ó negar la necesidad de la divina revelacion. Encuéntranse tambien como en rico arsenal, argumentos los más poderosos para combatir á los ateos que niegan la existencia de Dios, á los materialistas que no reconocen otro Dios que la naturaleza, á los panteistas que encuentran dioses en todas partes, y en suma, los groseros errores de los pelagianos y socinianos, de los jarsenistas y aun de los protestantes. La claridad y precision de los razonamientos del angélico Doctor contrastan admirablemente con la confusion que se advierte en los argumentos de los enemigos de la religion.

La segunda parte de la *Suma* que es muy extensa se halla subdividida en *prima secundæ*, y *secunda secundæ*. En la primera de estas subdivisiones, examina el autor los movimientos de la criatura racional hácia Dios, su último fin, y expone los medios seguros de llegar á este último fin dichosamente. Como quiera pues, que para ello sea necesario conocer la virtud y amarla, y tambien conocer los vicios y detestarlos, el santo da sobre estos puntos las más minuciosas explicaciones, que nada dejan que desear. A tratar en particular de las virtudes teologales y morales, y de los vicios que á ellas son contrarios, dedida la *secunda secundæ*, ó sea el segundo miembro de la segunda parte. Toda la segunda parte de la *Suma* forma un magnífico encadenamiento de sólidos raciocinios, suficientes á destruir muchos errores, y muy principalmente de los que quieren sostener la posibilidad de la virtud sin el auxilio de la gracia.

En la tercera y última parte de tan admirable obra, trata el santo Doc-

tor de los medios que al hombre conducen á Dios, que son la Encarnacion de Jesucristo, que al redimirnos con la efusion de su preciosísima sangre nos abrió las puertas de los cielos; y los Santos Sacramentos, que ó nos abren las puertas de la Iglesia, ó nos reconcilian con el Señor purificando nuestra alma de las manchas del pecado.

No terminaremos nuestras observaciones sobre la *Suma*, sin hacer una que creemos de importancia. No pocos teólogos han creido que Santo Tomás habia sido contrario á la *opinion piadosa*, que hoy felizmente ha sido declarada dogma de fe por Nuestro Santísimo Padre Pio IX, de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen María. Hemos leido atentamente el lugar en que Santo Tomás se ocupa mas principalmente de este asunto, que es la cuestion 27, art. 2.°, y su epígrafe es de este modo: *Utrum Beata Virgo fuerit santificata* ANTE ANIMATIONEM. Esto es: si la Santísima Vírgen fue santificada *ántes de su animacion*. No entraremos en la cuestion de si media ó no algun tiempo entre la formacion del cuerpo humano y la infusion del alma que le da vida, siendo la opinion más seguida el que entre la concepcion activa y la concepcion pasiva ó sea entre la formacion del cuerpo y su animacion pasa algun tiempo. Esta doctrina era muy corriente en tiempo de Santo Tomás, por lo que un distinguido escritor, saca la consecuencia de que el Santo, distingue aquí tres tiempos y tres hechos diversos, cuales son:

1.° Lo que sucede ántes de la animacion, *ante animationem*.

2.° Lo que sucede en el tiempo mismo de la infusion del alma, *in animatione*.

3.° Lo que sucede despues de la formacion de la persona, despues de la animacion, *post animationem*.

Sigamos ahora el razonamiento del mismo escritor.

«Esto entendido, dice, para resolver la cuestion no se necesita más que copiar la pregunta del Doctor angélico: «¿Fue la Vírgen santificada *ántes de su animacion*?»

«Santo Tomás contesta que no, porque dice, y con mucha razon, que ántes de la animacion la Santísima Vírgen no era más que un poco de carne, un puñado de materia, carecia de alma, no era una verdadera persona, y por lo tanto, era incapaz de gracia y de pecado. La cuestion, pues, puede plantearse en estos términos: «¿pudo ser la Vírgen santificada *ántes de tener alma*?» Claro es que no. Pues bien, esto y sólo esto, es lo que enseña Santo Tomás en el lugar citado. Por doce veces repite la palabra *ante animationem*, para indicar siempre que se referia al

tiempo en que aun no podia decirse que era una persona la Santísima Vírgen, porque si bien existia su cuerpo, aun no le habia sido infundida el alma (1).»

De las palabras que en otro lugar de la *Suma*, se encuentran (Pte. III, cuest. 27, art. 2.º *ad tercium*) «la Iglesia romana toleraba la costumbre de algunas iglesias que celebraban la fiesta de la Inmaculada Concepcion: *Ecclesia romana tolerat consuetudinem aliquarum ecclesiarum illud festum celebrantium: unde talis celebritas non est totaliter reprobanda,* saca el autor que acabamos de citar un nuevo argumento. «¿Hablaria así Santo Tomás, dice, creyendo que habia pecado en la Concepcion de la Santísima Vírgen? ¿Hubiera dicho jamás *que no debia ser totalmente reprobada*, si hubiese creido que con ella se celebraba un pecado, esta fiesta como una cosa santa.»

Santo Tomás fue muy amante de la Madre de Dios, á la que tributó los mayores elogios, hasta decir que su dignidad es casi infinita. Su doctrina no ha sido bien comprendida ni fielmente interpretada por los que le colocan en el número de los impugnadores de la Inmaculada Concepcion.

Diremos de paso que Santo Tomás tuvo un émulo famoso en un fraile menor llamado Juan Scoto, conocido por el *Doctor sútil*, el cual adoptó opiniones contrarias á las del angélico Doctor, pero sólo en materias opinables é indiferentes á la fe. De aquí nacieron las dos escuelas rivales de Tomistas y Escotistas.

En suma, para que se comprenda cual era la aplicacion de Santo Tomás á los estudios, que le hacia olvidar de toda otra cosa, notaremos un hecho curioso que refieren los historiadores, y es el siguiente:

«Hallábase un dia en la mesa de San Luis, rey de Francia, el cual le dispensaba muchas veces este honor porque gustaba verse rodeado de hombres sabios y virtuosos. El santo que permanecia silencioso, dió de repente una palmada sobre la mesa, y dijo: «esto es concluyente contra la herejía de Manés.» Su prior que era otro de los convidados y que se hallaba á su lado, le tiró fuertemente del manto, advirtiéndole la inconveniencia que habia cometido, hallándose en la mesa del rey. El humilde Tomás pidió inmediatamente perdon al monarca; pero éste que quedó muy edificado al ver que no conocia la vanidad, le dirigió las

---

(1) Los Santos Padres, por *D. Miguel Sanchez*, pág. 429 y sig., Madrid, 1864.

más dulces palabras, y haciendo un grande aprecio de los talentos de este hombre singular, bizo llamar en el momento á su secretario para que escribiese el argumento contra los herejes maniqueos.

El protestantismo primero y despues la incredulidad hanse propuesto sepultar á Santo Tomás en el olvido y la ignominia, pero en vano han sido sus esfuerzos. El catolicismo le admira y le admirará siempre, y su doctrina será en todo tiempo el arma más poderosa para combatir á los enemigos de la Iglesia.



CAPITULO XVIII.

Décimocuarto concilio general.—Union de la Iglesia griega con la latina.—Muerte de San Buenaventura.—El cardenal Pedro de Tarenteria, que luego fue Papa, pronuncia su oracion fúnebre.—Obras del Santo.—Aprobacion de la Orden de los Servitas.—Muerte de Gregorio X.—Rápida sucesion de Papas.

Trascurrido el tiempo necesario á fin de que pudiesen hallarse reunidos los obispos de diferentes paises, se abrió el

DÉCIMOCUARTO CONCILIO GENERAL II DE LYON, que empezó el 7 de Mayo y terminó el 17 de Julio, despues de la sexta sesion (1). Concurrieron á esta asamblea quince cardenales, dos patriarcas latinos, sesenta y dos arzobispos, quinientos obispos y más de mil prelados y abades, siendo por lo tanto el concilio más numeroso que hasta entónces se habia reunido. Que la direccion de este concilio estuvo confiada á San Buenaventura, está probado por la bula de canonizacion de dicho santo dada por Sixto IV.

Presidió el Sumo Pontífice Gregorio X.

La primera sesion se ocupó casi exclusivamente en las ceremonias de costumbre para la apertura de los concilios. En el tiempo que medió hasta la segunda, el Papa que tanto se interesaba por los asuntos de la Tierra Santa, convino separadamente con muchos prelados, acerca de las imposiciones eclesiásticas y de otros medios conducentes á socorrer á los pobres cristianos de la Palestina.

En la sesion del 7 de Julio que era la tercera, se publicaron veinte constituciones relativas á las elecciones de los obispos y las órdenes de los clérigos. Reunidos ya los prelados de la Iglesia de Oriente, se llevó á cabo la reunion de esta Iglesia con la latina, y era la décimacuarta vez

---

(1) Tom. 11. Conc. pág. 955 et seq.

que se llevaba á cabo la reconciliacion de ambas Iglesias (1). San Buenaventura pronunció un elocuentísimo sermon, tomando por texto estas palabras del profeta: *Levántate Jerusalen, vuelve tus ojos hácia el Oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reunen desde el Oriente hasta el Occidente.*

En la cuarta sesion fueron colocados los embajadores griegos á la derecha del Papa despues de los cardenales, y los tártaros en frente junto á los patriarcas. Leyéronse las cartas de Miguel Paleólogo y de los prelados de su imperio, las cuales contenian una profesion de fe, que habia sido propuesta por la Santa Sede á los griegos durante el Pontificado de Clemente IV, y que ellos habian adoptado sin restriccion de ninguna clase. Reconocian la primacia de la Iglesia romana, y prometian no separarse nunca de ella, pidiendo únicamente que se les conservasen aquellos usos que tenian ántes del cisma, y que en nada se oponian á la unidad católica. Por último, ofrecian deponer al patriarca José si continuaba negando al Pontífice romano el honor que de antiguo se le habia tributado, y elegir un nuevo patriarca que reconociese la primacia de la Santa Sede. Concluida la lectura de estas cartas, el gran cancelario Jorge Acropolita, abjuró en nombre del emperador el cisma con juramento, aceptando la profesion de fe de la Iglesia romana, confesando que el Espíritu Santo procedia del Padre y del Hijo. Despues de esto el Papa entonó el *Te-Deum*, uniendo todos sus voces para tributar gracias al Señor.

Ántes de la sexta sesion murió San Buenaventura, lo que causó una grande afliccion, pues que todos le amaban extraordinariamente, y no habia quien dejase de reconocer sus grandes virtudes y profunda sabiduría tan útil á la Iglesia. Todo el concilio asistió á sus funerales que se verificaron con pompa verdaderamente regia. En 1256 habia sido nombrado general de su órden. En 1260 renunció el arzobispado de Yorck, que con insistencia le ofrecia el papa Clemente IV. Ya hemos dicho que á la muerte de aquel Pontífice los cardenales le nombraron por uno de los *compromisarios*, y que él fue el que designó el cardenal que habia de ser elegido Sumo Pontífice, que fue Tibaldo, que tomó el nombre de Gregorio X. De suerte, que como un dia el P. San Bernardo fue árbitro de los destinos de la Iglesia. En 1273 el mismo Gregorio X le nombró obispo de Albano y cardenal de la Santa Iglesia Romana, siendo notable porque

(1) De Sponde, ad an 1274, n. 8.

manifiesta su profunda humildad el hecho de que cuando los enviados del Papa fueron á entregarle la púrpura cardenalicia, le encontraron ocupado en la limpieza de la cocina de su convento. Afligióse sobre manera y hubiera rechazado el aceptar aquella dignidad; pero las órdenes del Papa eran terminantes, y se vió en la necesidad de obedecer y acatarlas. Su muerte originada tal vez por las fatigas que le ocasionaron los trabajos para el concilio, que venimos reseñando, ocurrió el 14 de Julio de 1274. El cardenal Pedro de Tarenteria, arzobispo de Lyon, que despues fue Papa con el nombre de Inocencio V, pronunció su oracion fúnebre en presencia del Sumo Pontífice Gregorio X, de toda la corte pontificia y el concilio que como hemos dicho asistieron á sus funerales. Sixto IV le canonizó en 1482, y Sixto V le nombró sexto Doctor de la Iglesia. Se le ha dado el nombre de Doctor Seráfico, por haber sido considerado el maestro más ascético de su tiempo. Entre los muchos elogios que á la sabiduría de San Buenaventura han consagrado los más célebres escritores, citaremos estas lacónicas palabras de San Antonio de Florencia: «Sus obras revelan la perspicacia de su entendimiento, pero en ellas se encuentra la ciencia divina mucho más bien que la ciencia humana.»

Existe una edicion de las obras de San Buenaventura, hecha en Roma en 1588, en ocho tomos en fólio. Los dos primeros contienen sus *Comentarios*, sobre la Sagrada Escritura. El tercero lo ocupan sus *Sermones*. En el 4.° y 5.° se hallan los *Comentarios* sobre el Maestro de las Sentencias. El 6.° y 7.° contienen los *Opúsculos morales*. Y el 8.° y último es la coleccion de los *Opúsculos* que tratan principalmente de asuntos dogmáticos.

Atribúyese tambien á San Buenaventura *El Salterio de la Virgen*, pero es de dudosa autenticidad, segun la opinion de la mayor parte de los críticos.

En la sesion quinta del concilio que se celebró dos dias despues de la muerte de San Buenaventura, esto es, el 16 de Julio, en la que los Padres tuvieron el consuelo de administrar el bautismo á uno de los embajadores tártaros y á dos de sus compañeros, que tal vez habian acudido á Lyon por miras temporales y que experimentaron la impresion de la gracia que los llamó al seno de la verdad, recordándose por el Papa la duracion del conclave en que habia tenido lugar su exaltacion, se establecieron diferentes leyes para impedir que en lo sucesivo se repitiera aquella dilacion tan contraria á los intereses de la Iglesia. He aquí las

determinaciones que se tomaron: «Luego que haya muerto el Papa, se aguardará por espacio de diez dias á los cardenales ausentes pasados los cuales, los cardenales presentes se reunirán en un aposento comun llamado Conclave, que estará completamente cerrado, á excepcion de una ventana por donde pueda pasárseles el alimento estrictamente necesario. Durante el tiempo que estén en el Conclave no podrán salir ni nadie podrá ir á verlos; no hablarán á persona alguna en particular ni recibirán ninguna carta. Si tardan más de tres dias en elegir el Papa en los cinco siguientes no se les servirá más que un plato en la comida y otro en la cena, y pasado este tiempo, si aun no hubiesen verificado la eleccion no se les suministrará ya más que pan, vino y agua hasta tanto que hayan nombrado el Papa (1). Por uno de los reglamentos de este concilio se anulan las colaciones de los curatos hechas en personas que no hayan llegado á la edad de veinte y cinco años y se obliga á los que obtengan curatos á ordenarse sacerdotes dentro del término de un año despues de su institucion. Otro de los reglamentos que fue leido en presencia de los embajadores de Francia, y el que consintieron en nombre de su soberano, prohibe, bajo pena de excomunion, á toda persona de cualquiera dignidad que sea, el usurpar á las iglesias el derecho de regalía ó de patronato. En cuanto á los que se hallan en posesion de estos derechos, dice, con el título de fundadores ó por una antigua costumbre, se les exhortará á que no abusen de ellos, ya extendiendo su goce más allá de los frutos, ya deteriorando los campos que tienen la obligacion de conservar. Esta es la primera constitucion en que autoriza, al ménos indirectamente, el real patronato.

En la sexta y última sesion que tuvo lugar el dia siguiente de la anterior, se leyeron otras dos Constituciones: la una tenia por objeto reprimir la multiplicacion de las órdenes religiosas: la otra constitucion no se encuentra. Aprobóse en este concilio la órden de los Siervos de la Madre de Dios, llamados Servitas, establecida treinta y cinco años ántes en Florencia por los venerables varones florentinos llamados Buenhijo Monaldi, Juan Manetto, Benito de Antella, Bartolomeo Amidei, Ricovero Lippi Ugogcioni, Gerardino Sostegni, y Alejo Falconieri, que fueron los ejecutores de las órdenes de la Santísima Vírgen que dispuso se estableciese este santo instituto. Los siete han sido beatificados y además ha produci-

(1) Pueden verse estas disposiciones extensamente en Novaes, tomo I. Disert, 2. Este es el orígen del Conclave.

do esta órden religiosa varones eminentes en santidad, entre ellos San Felipe Benicio, San Pelegrin Larcioso y Santa Juliana de Falconeri. Las congregaciones de Servitas se extendieron con rapidez por todo el orbe católico y muy especialmente en Italia y Alemania En España existian varios conventos de Servitas, y son muchas en la actualidad las congregaciones que existen de la *Órden Terora* compuesta de eclesiásticos y seculares reunidos para venerar los Dolores de la Santísima Vírgen María.

Tratóse en este concilio muy particularmente de los asuntos de la Tierra Santa, decretándose el que se socorriese considerablemente á los cristianos que en ella se encontraban. He aquí de que modo se expresó el Sumo Pontífice al hablar de este importante asunto: «Hemos visto las desgracias de estos peregrinos; hemos seguido uno á uno todos sus sufrimientos. Su valor no tiene límites, su piedad no puede admitir otra más sumisa; son verdaderos hijos de Jesucristo, como los compañeros de Godofredo, pero no tienen de que sustentarse. Los que marcharon con algun dinero han sido despojados luego del mismo, lo propio que de sus vestidos. Nuestros hermanos en el desierto, ¿pueden pedir una limosna á las fieras? Estas no dan más que la muerte: el turco, el judío, son alguna vez sensibles á la súplica; ¡pero hay tanto de que quejarse en este viaje! Es hácia la Tierra Santa que uno debe fijar su atencion. No deben ambicionarse reinos ni provincias del Asia; es preciso ir de nuevo á Jerusalen, y rescatar el *Santo Sepulcro* (1).»

En suma, terminados los asuntos que habia que tratar, se rezaron as oraciones de costumbre, y el Papa dió la bendicion, concluyendo de este modo el segundo concilio general de Lyon, uno de los más señalados por el número y calidad de los asistentes, y por su aparato.

Inmediatamente despues de terminada aquella asamblea, el papa Gregorio partió para Italia el 6 de Marzo de 1275. En Lausana encontró el dia 18 de Octubre á Rodolfo de Habsbourg, rey de los romanos, quien le prestó juramento de afianzar á Su Santidad el exarcado de Ravena y otros territorios de Italia, pertenecientes á la corte romana (2).

En suma, el papa Gregorio X murió en Arezzo el 10 de Enero de 1276, á la edad de sesenta y seis años, y fue enterrado en la catedral de dicha ciudad. Habia gobernado, contando desde su eleccion, cuatro años,

(1) Ptolomeo de Lucques. Hist. Eclec. lib. 23, cap. 4.°
(2) Bercastel. Lib. XLI. n.° 1.

cuatro meses y diez dias, y desde su consagracion, solamente tres años, nueve meses y diez dias. Bajo el reinado del papa Clemente XI en 1713, fue beatificado este Pontífice á peticion de monseñor Benito Falconcini de Volterre, obispo de Arezzo.

Este año de 1276 fue funesto para la Iglesia, pues en él descendieron al sepulcro tres Papas.

Por muerte de Gregorio X, la Silla Pontificia estuvo vacante diez dias, por que conformándose los cardenales con el decreto que se habia expédido para el Conclave en el concilio de Lyon, eligieron Papa sin dilacion, recayendo la eleccion en Pedro Tarentaise de la Órden de predicadores, cardenal-obispo de Ostia. Tuvo lugar su eleccion en Arezzo el 21 de Febrero de 1276, y coronado en Roma el 25 del mismo mes, tomando el nombre de

Inocencio V. Su primer cuidado fue el poner la paz entre los lucanos y pisanos, la que consiguió en seguida: pero las esperanzas que la Iglesia habia concebido de este Pontífice se frustaron, pues que fue arrebatado por la muerte el 22 de Junio del mismo año de su exaltacion, habiendo gobernado la Iglesia tan solamente cinco meses y dos dias. Dejó algunos escritos y entre ellos unos Comentarios al Maestro de las sentencias.

Despues de una vacante de 18 dias, fue elegido

Adriano V, llamado ántes Ottobon Fieschi, hijo de los condes de Lavagna, una de las más ilustres familias de Génova. Habia sido arcediano de las iglesias de Cantorbery, Reims y Parma, y al tiempo de su eleccion era cardenal-diácono del título de San Adriano, habiendo sido legado en Inglaterra, España y Germania. Su eleccion se verificó el 10 de Julio de 1276, y San Felipe Benicio le habia anunciado anticipadamente su exaltacion al trono Pontificio. Su reinado fue aun más corto que el de su predecesor. Hallábase ya enfermo cuando le eligieron, de suerte que al presentársele sus parientes para felicitarle, les dijo: «¡Ojalá que dierais la enhorabuena á un cardenal sano, mejor que á un Papa moribundo.» Murió en Viterbo á donde se dirigió inmediatamente despues de su eleccion, sin haber sido consagrado Papa ni ordenado de presbítero. Esto no obsta para que sea considerado como legítimo Pontífice, pues que durante aquel tiempo, como nota Artaud de Montor, bastaba para ello una legítima eleccion y aceptacion. En los diez primeros siglos de la Iglesia, concluye el mismo, sucedia lo contrario: no era considerado legítimo Pontífice el elegido, hasta haber sido consagrado.

Adriano V gobernó la Iglesia 38 dias. La Santa Sede quedó vacante por espacio de 27 dias, hasta la eleccion de

JUAN XXI, llamado ántes Pedro, perteneciente á una noble familia portuguesa. Habia sido sucesivamente decano y director de las escuelas de Lisboa, arcediano de la iglesia de Braga, y luego pasó á Roma donde obtuvo el cargo de *archiatro,* ó sea primer médico del papa Gregorio X. Elevado á la dignidad de arzobispo de Braga, fue más tarde creado obispo-cardenal de Frascati por el mismo Gregorio X, y últimamente elegido Papa en Viterbo el 15 de Setiembre de 1276 y coronado el 20 del mismo mes.

Durante su breve Pontificado, trabajó por restablecer la concordia entre Felipe, rey de Francia, y Alfonso de Castilla. Obtuvo del rey de Portugal Alfonso III, que dejara de oprimir á la Iglesia en su país, apropiándose sus bienes como hasta entónces lo habia hecho: hizo grandes esfuerzos para que los cruzados conservasen en la Tierra Santa las provincias que todavía poseian: y tambien condenó los errores profesados en la Universidad de Paris.

Durante este mismo reinado los venecianos sitiaron á Ancona, cuyos habitantes comerciaban con la Dalmacia á despecho del Senado. Los de Ancona despues de grandes esfuerzos consiguieron hacer levantar el sitio que les oprimia.

Poseia el papa Juan XXI una gran erudicion, sobresaliendo en medicina (Artaud de Montor). Apreciaba mucho á los hombres sabios de cualquier país que fuesen. Murió el 16 de Marzo de 1277, á consecuencia de una herida que recibió en la cabeza, de resultas de haberse desplomado una de las habitaciones del palacio pontifical que se construia en Viterbo, en ocasion que se hallaba en ella, con el objeto de examinar las obras. Gobernó por lo tanto la Iglesia ocho meses y algunos dias.

Como hemos visto, la Santa Sede fue ocupada en sólo un año, el 1276, por cuatro Sumos Pontífices, Gregorio X, Inocencio V, Adriano V y Juan XXI.

Por el tiempo de que nos venimos ocupando, florecia Margarita de Cortona, nacida en Toscana, y cuya belleza le hizo en su juventud entregarse á los desarreglos, olvidada del temor de Dios. Abandonada al amor profano de un caballero de distincion, permaneció por espacio de nueve años en ilícitas y criminales relaciones. Un dia en que su amante salia de su casa le siguió una perrilla, la cual volvió al cabo de algunos dias sola, y aullando de contínuo, tiraba de los vestidos á su ama, co-

mo queriendo que la siguiese. Obedeció ella al animalito, y éste se dirigió á un sitio fuera de la poblacion donde habia muchas yerbas y abrojos, y allí se paró dando grandes aullidos. Reconociendo Margarita aquel sitio, vió el objeto de su amor sin vida y en estado de putrefaccion. Tocada con esto de la gracia, volvió á casa de sus padres vertiendo lágrimas de arrepentimiento; se cortó el cabello y destrozó sus vestidos. Su madrastra sin atender á sus lágrimas la arrojó á la calle, y ella viéndose abandonada de todos, recurrió á Dios, y bajo la direccion de un sabio confesor, hizo primero penitencia pública y despues por espacio de veinte años, vivió siendo un modelo de austeridad en la órden de San Francisco. El papa Bonifacio VIII la inscribió más tarde en el catálogo de los santos, atendidas las grandes virtudes y rigorosas penitencias con que lavó sus pecados y á los milagros que Dios se dignó obrar por ella, en vida y en muerte.

CAPITULO XIX.

Juan Vecco, es elegido patriarca de Constantinopla.—Nicolás III, papa.—Concilios.—Afecto del papa Nicolás á los frailes menores.—Su bula «Exiit qui seminat.»—Martin IV, papa.—Su conducta para con Miguel Paleólogo.—Visperas Sicilianas.—Muerte de Paleólogo.—Le sucede su hijo Andrónico II.—Cruzada contra el rey de Aragon.—Muerte del papa Martino IV.

Durante el tiempo que permaneció vacante la Santa Sede, desde la muerte del papa Juan XXI, hasta la eleccion de su sucesor, el emperador Miguel Paleólogo envió cartas á aquel Pontífice creyéndole todavía vivo (1). Por ellas anunciaba aquel príncipe á la Santa Sede que los obispos de la Iglesia oriental habian confirmado con él todo cuanto se habia decretado en el concilio de Lyon, sobre lo cual los embajadores conductores de las cartas debian explicarse de viva voz. Manifestaba al mismo tiempo que hallándose el patriarca José tan obstinado en el cisma despues del concilio como ántes, habia sido depuesto, habiendo sido elegido en su lugar Juan Vecco, notable por su piedad, por su adhesion á la Iglesia romana, y por su sabiduría. El nuevo patriarca escribió tambien por sí mismo al Sumo Pontífice, manifestando con la mayor claridad que reconocia la primacía de la Sede apostólica, que se colocaba bajo su obediencia y prometia conservarla todas sus prerogativas. Á esta declaracion seguia una profesion de fe circunstanciada, en la que se expresaba conforme á la creencia de los latinos, acerca de la procesion del Espíritu Santo, y de la consagracion de los ácimos, de la transubstanciacion, del purgatorio, de los sufragios por los difuntos, de la penitencia, de la confirmacion que los sacerdotes pueden dar entre los griegos, de la extremauncion practicada, dice expresamente, segun la

(1) Allat. Cons. pág. 738: Rain mom. 27.

doctrina del apóstol Santiago, del matrimonio, que puede ser reiterado hasta tres veces ó mas, y en fin, de todos los sacramentos en número de siete (1). En consecuencia de estas declaraciones, el patriarca Juan Vecco, reunió un concilio en el que excomulgó á todos los que no reconocieron que «la Santa Iglesia romana es la Madre y Cabeza de todas las demás Iglesias, la maestra que enseña la fe ortodoxa, y que su Pontífice es el primer Pastor y el Padre de todos los creyentes, en cualquiera clase que se hallen, obispos, presbíteros ó diáconos.» Y por último, pronuncia la excomunion contra todos los que á causa de la reunion de ambas iglesias, se habian rebelado contra el emperador.

Á pesar de las reglas establecidas para el Conclave, la Silla de San Pedro estuvo vacante diez meses y ocho dias, y tal vez el Conclave hubiese durado más tiempo si los de Viterbo no hubiesen encerrado á los cardenales en el palacio de la ciudad para obligarles á elegir Papa.

Por fin, el 25 de Noviembre de 1277, eligieron á Juan Cayetano Orsini, creado por Inocencio IV, diácono-cardenal de San Nicolás *in carcere*, el cual tomó el nombre de

NICOLÁS III, y fue ordenado en Roma el 18 de Diciembre, consagrado el 19 y coronado el 26. San Francisco de Asis le habia vaticinado que seria Papa y protector de los frailes menores, y ambas cosas se cumplieron con exactitud. Este Papa era de un personal muy distinguido, y tan reservado en su porte, que muchos le llamaban el GRAVE. Los escritores elogian mucho su prudencia y las acertadas resoluciones que daba, sin estar preparado, sobre los más importantes negocios.

Desde la terminacion del concilio general II de Lyon, hasta la exaltacion de Nicolás III, hubo ocho concilios particulares que encontramos registrados en las cronologías, y son los siguientes:

1.° En Saltzburgo en 1274. por el arzobispo legado de la Santa Sede y sus sufragáneos. En él se ordenó que las constituciones del concilio de Lyon se publicasen en la provincia de Saltzburgo, como tambien las del concilio de la misma provincia, celebrado en Viena en 1267. Se hicieron tambien veinte y cuatro articulos de reglamentos.

2.° En Constantinopla el 21 de Mayo de 1275, en el que Juan Vecco, autor con el emperador Miguel Paleólogo, de la reunion de los griegos con los latinos, fue elegido patriarca de Constantinopla.

3.° En Arlés en 1275, por el arzobispo de la misma ciudad Bertran

(1) Pachym. lib. 6. cap. 17. seg. Bercastel, Lib. XLI, n. 4.

de San Martin. Se hicieron veinte y dos cánones sobre la disciplina, de los cuales faltan los cuatro primeros. El noveno es relativo á los testamentos. En él se expresa que cuatro dias despues de la muerte del testador, el heredero debe ser avisado y aun obligado por los censores á entregar al cura de la parroquia una copia del testamento para que se entere de los legados piadosos que contiene.

4.° En Lunden en el mismo año 1275 en Dinamarca. Se levanta el entredicho del reino, que hacia nueve años que duraba, contando desde la prision de Jacobo Erlandsen, arzobispo de Lunden, y de algunos otros prelados que la habian causado.

5.° En Saumur, por el arzobispo de Tours, en 31 de Agosto de 1276. Hiciéronse en él cuatro cánones.

6.° En Bourges el 13 de Setiembre de 1276, por Simon de Brion, cardenal legado. Publicáronse en él diez y seis artículos de reglamentos, que se dirigen principalmente á conservar la jurisdiccion y la inmunidad eclesiásticas, en la extension que entónces los clérigos la ejercian y los seglares se esforzaban en restringir.

7.° y 8.° Celebráronse dos concilios en Constantinopla, el uno era por el mes de Abril y el otro el 16 de Julio, ambos por el patriarca Juan Vecco, con los objetos que ántes dejamos insinuados; es decir, reconocer la autoridad y primacía de la Iglesia romana, y excomulgar á todos los que se opusiesen á la reunion de las dos iglesias.

El papa Nicolás fue siempre muy afecto á los frailes menores. Hasta su exaltacion al Trono Pontificio, habia sido cardenal protector de la órden de San Francisco, y despues no permitiéndole los grandes cuidados del gobierno general de la Iglesia dedicar como ántes toda su atencion á aquel protectorado, lo encargó á su sobrino el cardenal Mateo Rosso de Ursino, diciéndole: «Mi querido hijo, muchos son los favores que os tengo hechos: mas éste es el mayor y más propio para abriros la puerta del cielo, pues tendreis parte en las oraciones y en las obras de un número crecidísimo de Santos. Al confiaros la proteccion de los frailes menores, os doy lo que tengo en mayor estimacion y aprecio.» En suma, si algunos se atrevian á poner objeciones á la regla de San Francisco, el papa Nicolás, publicó su famosa bula *Exiit qui seminat* (1279), en la que resolvia cuantas dudas pudieran presentarse.

Este Pontífice hizo construir un suntuoso palacio, cerca de San Pedro, para los Pontífices y su comitiva.

Como tuviese noticias de que en Francia se restablecian los torneos

que habian sido prohibidos por varios concilios, escribió al cardenal de Santa Cecilia, su legado en Paris, mandándole que hiciese suspender estos ejercicios de los que solian originarse desgracias, haciendo conocer que era más útil pensar en los desastres de la Tierra Santa que en diversiones inútiles de las que ningun bien podria recibir la religion.

En 1280, como fuesen muy excesivos los calores en Roma, marchó el papa Nicolás á Viterbo donde fue atacado de una apoplegía, de la que murió el 22 de Agosto. Fue trasportado al Vaticano y depositado en la capilla de San Nicolás, que el habia hecho construir. Gobernó la Iglesia dos años, ocho meses y veinte y siete dias.

Entre las bellas cualidades que adornaban á este Pontífice, se cuenta la de su caridad para con los pobres. Dícese que fue inclinado al nepotismo y que habia pensado colocar á uno de sus sobrinos en el trono de la Lombardía y á otro en el de Toscana.

La Santa Sede vacó por espacio de seis meses.

Durante este interregno hubo en Roma muchos tumultos, y las poderosas familias de Orsini y de Annibaldi habian cada una nombrado un senador. Despues de un conclave tan duradero, fué elegido papa, Simon de Brion; francés, nacido en el castillo de Montpensier en Turena. Habia sido canónigo en Tours y tesorero de la iglesia de San Martin. El rey San Luis le nombró su guarda-sellos en 1720. Urbano IV en 1262 le creó presbítero-cardenal de Santa Cecilia, y Gregorio X le envió á Francia como legado apostólico. Fue elegido Pontífice el 11 de Febrero de 1281 en Viterbo, y tomó el nombre de

MARTIN IV (1). Prueba la grande humildad de este Pontífice la tenaz resistencia que hizo á admitir la tiara, en términos que los cardenales inflamados de un santo celo le despojaron de los hábitos cardenalicios, los que rasgaron, revistiéndole á la fuerza de los pontificios. No atreviéndose á resistir más, aceptó y fue coronado en Orvieto el 23 de Marzo. Inmediatamente el pueblo romano cansado de lo que habia sufrido por la rivalidad de las dos poderosas casas que hemos citado, dió al nuevo Pontífice la dignidad de senador, pero Martin la restituyó á Cárlos rey de Sicilia, que habia sido despojado de ella por el papa Nicolás III.

Ya sabemos que el emperador de Oriente Miguel Paleológo, habia pro-

---

(1) A este Papa le llaman algunos Martin II. El lector puede ver lo que acerca de la confusion de los nombres de Martin y Marin, dijimos en la pág. 527 del tomo II al ocuparnos de la exaltacion de Martin II o Marin.

metido formalmente por sus embajadores en el concilio de Lyon y luego por sí mismo que trabajaria por destruir completamente el cisma que dividia á la iglesia griega de la latina. El papa Martin conoció desde su entrada al pontificado la doblez y falaces apariencias de sumision de aquel emperador, y que la reunion de los griegos era tan sólo una ilusion. A solicitud, pues, de Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, se resolvió á excomulgar á Paleólogo, el cual teniendo noticia de la promocion de Martin, le habia enviado dos metropolitanos, Leon de Heraclea, y Theófanes de Nicéa, para que en su nombre le reconociesen en calidad de Sumo Pontífice, rindiéndole la misma obediencia que á los Papas sus predecesores (1). Fueron muy mal recibidos y se les contestó que la union que tanto ponderaban, no habia producido efecto alguno ventajoso para la religion: que la Iglesia no podia ménos de detestar los suplicios empleados por su amo, ya fuesen para saciar su venganza, ya para sostener los intereses de su ambicion, ó más bien para cubrir su mala fe, y hacerse creer enemigo del cisma, siendo así que era su fautor (2). Y sin mas se pronunció la sentencia de excomunion contra Miguel Paleólogo prohibiéndose á todos los reyes, príncipes, señores y demás, hacer con él sociedad ó confederacion alguna miéntras tanto permaneciese sujeto al anatema. Los embajadores se retiraron sin que se les hiciesen los honores acostumbrados, habiendo muerto en el camino Leon de Heraclea, llegando á Constantinopla tan solamente Theófanes de Nicéa el cual dió al emperador cuenta circunstanciada de cuanto habia ocurrido. Irritado en gran manera Paleólogo hubiera roto definitivamente con la Iglesia romana, lo que no hizo por temor á sus propios súbditos que le hubiesen tratado de venal, achacándole que jugaba con la religion, y se contentó con hacer que no se nombrara al papa Martin en las oraciones, queriendo dar á comprender que solo rompia personalmente con este Pontífice por causas temporales, pero no con la Santa Sede en cuya comunion pareció permanecer hasta el fin de su vida. Algunas acusaciones se dirigen por este conducto para con Miguel Paleólogo al papa Martin de quien se dice que quiso demasiado á Cárlos de Anjou, siendole favorable en muchas ocasiones y que sólo por complacerle lanzó el anatema sin fundado motivo sobre Miguel Paleólogo. Tenemos motivos para desechar esta acusacion y debemos creer que se habrán perdido los documentos que

(1) Pachym. lib. 1. cap. 30 et 31.
(2) Bullart. Mart. IV, Const.

darian á conocer las justas causas que moverian al papa Martin para obrar de aquel modo con el emperador de Constantinopla. No de otro modo podemos pensar de un Papa virtuosísimo cuya humildad le hizo resistirse segun hemos dicho, á aceptar el Pontificado, y cuyo sepulcro estuvo rodeado de milagros.

Por el tiempo de que nos ocupamos tuvo lugar la gran revolucion y terrible matanza de franceses, conocida en la historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas*. Irritado el emperador Miguel Paleólogo, tanto del anatema lanzado sobre él por el papa Martin, como por la noticia que tenia del ajuste hecho con el hijo de Balduino II sobre el derecho al imperio de Constantinopla, tramó una oculta conspiracion contra los franceses que en gran número estaban en Sicilia, á causa de ocupar aquel trono Cárlos de Anjou. Para llevarlo á cabo se valió de Juan, señor de la isla de Prócida, cerca de Nápoles, que era gran enemigo del rey Cárlos. Como que éste oprimia á sus súbditos con grandes impuestos, y los gobernaba con cetro de hierro, fue fácil á Juan de Prócida llevar á cabo su obra. Vestido de fraile franciscano fue sucesivamente á Constantinopla, á Aragon y á otros puntos, y por último se dirigió á Sicilia despues de haber dejado en Aragon treinta mil onzas de oro que habia recibido de Paleólogo para que Pedro III que tenia pretensiones sobre el reino de Sicilia por parte de su esposa Constanza, hija de Manfredo, hiciese un poderoso armamento por mar para conquistar aquel reino. Una vez en Sicilia, Juan de Prócida, recorrió conservando su disfraz todos los pueblos, animando á los señores para llevar á cabo la rebelion. Obrando con el mayor secreto, convinieron en pasar á cuchillo á todos los franceses, aunque algunos historiadores desmienten el que hubiese premeditacion en el degüello. Se dieron por señal, la que hiciesen las campanas para las Vísperas el tercer dia de Páscua de Resurreccion á 30 de Marzo de 1282, en cuya hora al grito de *mueran los franceses*, se arrojaron sobre ellos los sicilianos quitando la vida á cuantos se hallaban repartidos por la Isla, llegando al número de ocho mil los que fueron sacrificados, sin distincion de sexo ni edad, asesinando hasta los niños que aun estaban en el seno de sus madres. Por la circunstancia de la señal se dió á esta mortandad, segun ya hemos insinuado, el nombre de *Vísperas Sicilianas*.

El rey de Aragon habia salido anticipadamente con su flota dirigiéndose fingidamente á la costa de África: empero apénas supo que se habia allanado por los torrentes de sangre francesa el camino de Sicilia, fue

á desembarcar á Trápani, de donde pasó á Palermo, donde fue coronado en 2 de Setiembre de 1282 por el obispo de Céfalu, á causa de que el arzobispo de Palermo se habia retirado cerca del Papa, espantado de tan terrible catástrofe.

El papa Martin IV, en el momento que tuvo noticias de lo acaecido, excomulgó nuevamente á Miguel Paleólogo, como cómplice de aquella sangrienta escena, y despues al rey de Aragon, declarando á ambos privados de sus coronas, si dentro de un corto plazo no imploraban la clemencia de la Santa Sede y satisfacian plenamente al rey Cárlos.

El 11 de Diciembre del mismo año murió Miguel Paleólogo. No se ha podido averiguar si verdaderamente tuvo la parte que se le atribuye en la matanza de los franceses en Sicilia, pero si, que ora fuera por conviccion, ora por fingimiento perseveró en la union que habia restablecido de ambas iglesias, aunque es evidente que su conducta fue muy poco cristiana. Sucedióle su hijo Andrónico II, el que no obstante de haberle siempre manifestado un amor profundo y gran respeto, habia mostrado mucha adopcion al cisma, por lo que no permitió, segun algunos autores, que su padre fuese honrado con la sepultura de los emperadores, por haber segun decia, abandonado la religion verdadera para seguir la de los latinos.

Como quiera, pues, que se hubiese cumplido el término señalado por el Padre Santo, sin que el rey de Aragon hubiese dado satisfaccion, se reputó desde entónces como definitiva la sentencia de anatema y Martin IV ordenó una cruzada contra el rey Pedro, declarando que la guerra de Cárlos de Anjou contra aquel monarca era causa de Dios (1). El rey de Aragon por su parte hizo proponer á Cárlos que para evitar el derramamiento de sangre en una guerra, terminaria la discordia personal en un combate, señalando para ello el primer dia de Junio, y escogiendo para campo de batalla la llanura de Burdeos. El Papa que tuvo noticias de esta proposicion se opuso á ello por ser un duelo prohibido por las leyes de la Iglesia. Esto no obstante, el rey Cárlos creyendo que su honor se hallaba comprometido, se presentó el dia señalado en el lugar del combate; pero Pedro no compareció alegando sútiles pretextos.

A despecho de todo, el rey de Aragon conservó sus Estados y el reino de Sicilia. El rey Cárlos murió el 7 de Enero de 1285. El rey de Ara-

(1) Rain. ann. 1283, núm. 2.

gon trasmitió á sus dos hijos sus dos reinos, el de Aragon á D. Alfonso, su primogénito, y á Jaime su segundo hijo, el de Sicilia (1).

El papa Martino IV murió el 28 de Marzo de 1285, y fue enterrado en Roma en la iglesia de los franciscanos, y con el hábito de esta órden por disposicion suya. Gobernó la Iglesia cuatro años, un mes y cuatro dias. Era de grandes virtudes y enemigo del nepotismo. Habiéndole ido á encontrar uno de sus parientes, le dió una pequeña suma para que se volviese, y le dijo: «Los bienes que tenemos son de la Iglesia y no nuestros; por esta causa no podemos disponer de ellos.»

La Santa Sede estuvo vacante tres dias.

Hemos visto en la catástrofe de las *Vísperas Sicilianas* el resultado del guante que arrojó Coradino al pueblo en el momento de su muerte. Juan de Prócida lo recogió, y juró vengar el sacrificio de este príncipe. ¡Terrible venganza que produjo rios de sangre!... Hemos visto tambien que el papa Martin excomulgó á los autores de esta maldad, y esto justifica á un Pontífice en cuyo sepulcro se obraron prodigios, segun ya hemos tenido ocasion de manifestar.

---

(1) No creyendo deber detenernos en estos puntos de historia, remitimos al lector que sobre ellos desee más pormenores á Mariana, *Hist. de España*, lib. XIV, y á Ortiz, libro IX, cap. 14 y 15.



CAPITULO XX.

Grandes conmociones y divisiones en Constantinopla.—Principio del poder otomano.—Honorio IV, papa.—Nicolás IV, papa.—Notable milagro obrado por la Santísima Eucaristía.—El papa Nicolás concede muchos privilegios á los religiosos de su órden.—Asuntos de la Palestina.—Buenos deseos frustrados de D. Jaime, rey de Aragon.—Los sarracenos se apoderan de Acre.—Valor heróico de las religiosas de Santa Clara.—Muerte de Nicolás IV.—San Celestino V, papa.

El desgraciado imperio de Constantinopla se vió envuelto en grandes luchas y divisiones desde que Andrónico ocupó el trono: no era ya un cisma sino cuatro los que destrozaban aquella Iglesia, bien que se acercaba el tiempo en que aquel imperio habia de hundirse desapareciendo de él el cristianismo para ser reemplazado por las inmundas ceremonias del Koran. Habíanse formado cuatro diversos partidos á favor de otros tantos patriarcas, que pretendian haber sido depuestos injustamente. El imprudente Andrónico que habia roto completamente con los latinos, tan pronto se declaraba partidario de uno como de otro partido, lo que demostró su debilidad y le colocó en un estado vacilante del que no volvió á salir. Si juntamos á esto su poca capacidad para el gobierno, su escasa ciencia militar y poco tacto político, encontraremos las principales causas que motivaron el que los males del imperio llegasen á sus últimos lindes.

Durante el reinado de Andrónico, Othman, hijo de Ortogrul, nieto de Soliman y padre de Orcan echó los cimientos del poder otomano. Othman habia sido nombrado por el último sultan de Iconio, emir de una pequeña provincia inmediata á las montañas de Armenia, pero despues de la muerte de su señor, se llamó independiente á ejemplo de otros emires. Atrevido y diestro al mismo tiempo en el arte de pelear, quitó á los griegos las mejores ciudades en el Asia menor y especialmente la

de Prusa en Bithynia que hizo su corte empezando á levantar aquel enorme coloso, que más adelante arruinó á la nueva Roma. Hácia el último año del siglo XIII tomó el título de sultan, siendo el primero de su linaje que le tuvo. Esta nueva dinastía de los turcos hizo rápidos progresos contra los griegos, durante su rompimiento con los latinos (1).

Sucesor de Martin IV en la Santa Sede, fue Jaime Savelli, perteneciente á una noble familia romana. Fué canónigo de Barcelona (2), y Urbano IV le nombró diácono-cardenal de Santa María *in Cosmedin*. Fue elegido á pesar de su resistencia Pontífice supremo, el segundo dia del conclave que se celebró en Perusa el 2 de Abril de 1285. Recibió el sacerdocio en Roma el 14 de Mayo, fue consagrado el 15 y coronado el 20, tomando el nombre de

HONORIO IV. Muy corto fue el reinado de este Pontífice, y durante él, prohibió una órden llamada de los apóstoles, que tenia por fundador ó propagador á Gerardo Seganelli, natural de Parma, el que habiendo sido expulsado de la religion franciscána, se habia vestido, decia él á sus secuaces, á imitacion de los apóstoles. Estos fanáticos profesaban etre otros los errores de los albigenses.

Este Pontífice gobernó la Iglesia dos años y dos dias, habiendo muerto el 3 de Abril de 1287. Fue enterrado en el Vaticano y despues por órden de Paulo III se le trasladó á la iglesia de Araceli.

Diez meses y díez y ocho dias estuvo vacante la Santa Sede, pero fue esto motivado no por desacuerdo entre los cardenales, sino porque cuando estaban reunidos en conclave en el palacio de Santa Sabina, sobrevino una terrible epidemia de la que murieron seis miembros del sagrado colegio. Los demás cardenales se esparcieron en busca de aires puros quedando tan solamente en aquel palacio el cardenal Tineo. Luego que cesó aquella plaga que arrastró muchas víctimas al sepulcro, volvieron á reunirse los cardenales y eligieron Papa al dicho cardenal Tineo que tomó el nombre de

NICOLÁS IV. Pertenecia este Pontífice á una familia oscura de Alessiano, y habia sido religioso menor observante, ascendiendo á general de los frailes frasciscanos, despues de San Buenaventura.

Este es el primer religioso menor que ocupó la cátedra de San Pedro. Si bien como hemos dicho ántes, fue el único cardenal que no

---

(1) Berault-Bercastel. Lib. XLI, n. 24.
(2) Segun Artaud de Montor, en su historia.

abandonó el palacio donde estaba reunido el conclave en lo que manifestó un valor extraordinario, no lo hizo por captarse las simpatías con ulterior fin, puesto que al proponérsele la tiara, la rehusó con instancias, haciendo resaltar los méritos de otros cardenales. Tuvo lugar su proclamacion por unanimidad el 22 de Febrero de 1288, y se sometió, habiendo sido coronado el 24 del mismo mes.

Durante este Pontificado obró en Paris la Santísima Eucaristía un prodigio admirable cuya memoria se conserva á través de los siglos. Lo trae Berault Bercastel (1), y es del modo siguiente: «Una pobre mujer habia dejado su ropa en prenda á un judío por el préstamo de treinta sueldos, que valian entónces medio marco de plata. Algunos dias ántes de Páscua, 2 de Abril, suplicó al judío la volviese su ropa para esta festividad, á fin de poder cumplir con más decencia la obligacion pascual. «Con mucho gusto, dijo el judío, y aun os la dejaré para siempre y sin interés, si quereis traerme el pan que recibís en la iglesia, y que vosotros los cristianos llamais vuestro Dios, porque quisiera ver si lo es efectivamente.» Fue aceptada su proposicion; la mujer recibió la comunion en San Meri, su parroquia, guardó en secreto la Santa Hostia, y la llevó al judío. Púsola éste sobre una mesa, la dió de cuchilladas y vió salir de ella sangre. Su mujer acudió con espanto, é hizo todos sus esfuerzos para impedirle pasar más adelante con la impiedad; pero endurecido más y más aquel corazon, traspasó la Hostia con un clavo, y de nuevo volvió á derramar sangre; echóla al fuego, pero salió de él entera, y anduvo revoloteando por la habitacion; la puso por último en agua hirviendo, y quedó ésta en un momento ensangrentada. Volviendo á levantarse otra vez la Hostia, se dejó ver entónces en forma de un Crucifijo (2).

La casa donde se obró esta maravilla estaba en la calle de los Jardines, que segun dicen, ha tomado por nombre la de Billetes, especie de barrilillos que servian de muestra para el comercio del judío. Uno de sus hijos, muy jóven todavía, estaba á la puerta á tiempo que tocaban á misa en Santa Cruz de la Bretonería, y dijo á muchas personas que iban á oirla: «No encontrareis ya á vuestro Dios; porque mi padre acaba de matarle.» La mayor parte no hicieron alto en el dicho de un niño, pero una mujer más curiosa que los demas, entró en la casa con pretexto de

---

(1) Lib. XLI, n. 25.

(2) Leblanc, Mon. pág. 403; Dubr. Ant. Paris 977; Dubois. Hist. pág. 513: Lab. Bibl. tom. I, pág. 668.

tomar un poco de lumbre. Vió la Hostia Santa que estaba todavía dando vueltas, y que descendió por sí misma al vaso preparado para poner el fuego. La llevó al cura de la parroquia, que era la de San Juan de Greve, y le hizo relacion del caso en presencia de una multitud de gentes que el rumor de un suceso tan extraordinario aumentaba por instantes. El obispo de Paris, Simon de Bussi, hizo prender al judío con toda su familia. Su mujer y sus hijos se convirtieron, más el infeliz profanador, confesando su delito, perseveró en el endurecimiento, y abandonándole al preboste de Paris, hízole este quemar.

«La Hostia milagrosa se conservaba preciosamente hasta estos últimos años en la iglesia de San Juan de Greve. El cuchillo con que fue traspasada, y el vaso donde fue á colocarse en manos de la mujer cristiana, estaban en los Carmelitas de la calle de los Billetes, establecidos en el sitio donde estaba la casa del sacrílego. En el año 1295, un habitante de Paris, llamado Reguerio Flaming, hizo levantar allí un oratorio, que se tituló *capilla de los milagros*. El rey Felipe el Hermoso puso en él, cuatro años despues, á los frailes hospitalarios de la Caridad de nuestra Señora, á quienes reemplazaron en fin los carmelitas. Este milagro, atestiguado por todos los ciudadanos de Paris, pasó por tan incontestable entre los extranjeros, que Juan Villani (1), autor contemporáneo, muy sincero y más dado á la detraccion que á la admiracion, creyó que debia darle lugar en su Crónica de Florencia. Se asegura que el obispo Simon Matifas, de quien acabamos de hablar, ó Simon Bussi, llamado de este modo por el lugar de su nacimiento en el territorio de Soissons, fue el primero que hizo celebrar en su iglesia de Paris el oficio de la Concepcion de la Santísima Vírgen, fundado por su predecesor Rainaldo ó Renoldo de Homblonier, quien dejó para este objeto trescientas libras de Paris.» Con esta última noticia acaba el escritor citado su anterior narracion.

Nicolás IV desde el principio de su Pontificado concedió muchos privilegios á los religiosos de su órden. Por una de las diferentes bulas que expidió á su favor, mandó que en caso de que fuera entredicho el lugar de su residencia, pudiesen confesarse mútuamente, absolverse, celebrar á puerta cerrada sin tocar campanas, no pudiendo dar entrada á otras personas más que á los miembros de la órden, y en suma, que

---

(1) Lib. 7, cap. 136.

pudiesen comulgar en los dias de costumbre y recibir la Extremauncion en caso de necesidad.

En 1289 el mismo Pontífice levantó el entredicho puesto por Gregorio X al reino de Portugal, por los excesos cometidos en perjuicio de la Iglesia por Alfonso III.

Amante de los estudios fundó la universidad de Montpeller, y concedió muchos privilegios á la que habia fundado en Lisboa el rey Dionisio.

Objeto principal de la atencion del papa Nicolás, desde el momento de su exaltacion, fue la Tierra Santa. Habia concebido grandes esperanzas de recobrar los Santos Lugares, en vista de las promesas de auxilio que habian venido á hacerle los embajadores de Argou Kan de los tártaros mogoles. Con este objeto y para detener prontamente los progresos de las victorias del sultan de Babilonia, que en 1290 habia tomado de los cristianos de Siria la ciudad de Trípoli, exhortó á todos los príncipes de la tierra á levantar una cruzada. Don Jaime, rey de Aragon, que se hallaba en Toledo, donde habia ido para asistir á la primera misa de su hijo el infante D. Sancho, nombrado arzobispo de aquella iglesia, determinó tomar parte en la cruzada. El rey de Castilla D. Alfonso, queriendo cooperar á tan laudable obra, entregó al de Aragon cien mil maravedís de oro y cien caballeros del órden de Santiago, al mando del gran maestre D. Pelayo Correa, para que le acompañaran. Don Jaime, salió de Toledo dirigiéndose á Barcelona, en cuyo puerto dispuso treinta naves gruesas y algunas galeras, y dejando por lugarteniente del reino á su hijo D. Pedro, se dió á la vela con su armada. Los elementos se le mostraron contrarios, y habiendo sufrido grandes borrascas de cuyas resultas quedaron desarboladas la mayor parte de las naves, cansado de luchar con tan continuados temporales, desistió de su propósito pudiendo arribar al puerto de Aguas muertas en Francia, desde donde don Jaime regresó por Montpeller á Barcelona, persuadido de que no era voluntad de Dios que verificase la expedicion á la Tierra Santa (1).

No era ya Saladino quien combatia á los cristianos, sino el sultan Cabil. A pesar de los esfuerzos de Enrique, rey de Chipre y de Jerusalen, de los templarios, hospitalarios y demas cristianos que quedaban en Jerusalen, la ciudad de Acre fue tomada por asalto, muriendo en la lucha el jefe de los templarios. El patriarca de Jerusalen, Nicolás, se vió precisado á huir por mar, mediante á que el puerto se hallaba aun libre:

(1) Mariana. Lib. XIII, cap. XVIII.—Lafuente (D. Modesto), p. 2, lib. 3, cap. I.

habiendo entrado en una chalupa, los suyos trataron de conducirle á una galera que no estaba muy distante: pero habiendo admitido mucha gente en la chalupa, ésta zozobró, pereciendo de este modo el último de los patriarcas de Jerusalen (1). Los templarios y los caballeros teutónicos se hicieron fuertes en la casa del temple, donde aun se defendieron algun tiempo: pero al fin tuvieron que entregarse y todos fueron degollados: la ciudad llena de inmensas riquezas fue entregada al saqueo, y despues de derribar las iglesias y una multitud de edificios, la prendieron fuego por cuatro partes.

Es muy digno de saberse el siguiente hecho heróico que refieren todos los historiadores: Habia en Acre un monasterio de monjas de Santa Clara. En el momento en que la abadesa supo que los sarracenos ocupaban la ciudad, reunió en capítulo á todas las religiosas, y las dijo (2): «Hijas mias, despreciemos esta vida y conservémonos puras de alma y cuerpo, para nuestro celestial Esposo: haced lo que me viereis hacer, y no vacileis un momento en quedar desfiguradas en esta carne corruptible.» Dichas estas palabras sacó una navaja y se cortó la nariz, quedando su rostro cubierto de sangre. Las demás religiosas siguieron su ejemplo hiriéndose el rostro, y quedando desfiguradas de una manera espantosa. Apénas se habia consumado el heróico hecho, cuando entraron los sarracenos cimitarra en mano dentro del monasterio. Al principio quedaron como aturdidos y desarmados al ver aquel espectáculo, y retrocedieron con horror, pero luego, convirtiendo en furia su admiracion, se lanzaron sobre aquellas víctimas inocentes asesinándolas á todas. Los frailes menores del convento de Acre, fueron igualmente asesinados (3). Los sarracenos hicieron más de 30000 prisioneros, despues de haber muerto igual número de habitantes. Los que pudieron escapar de tan horrible catástrofe se retiraron á la isla de Chipre.

Tal fue el fin de las guerras para la conquista de la Tierra Santa, que duraron cerca de dos siglos; esto es, desde 1098 hasta 1291.

El Sumo Pontífice Nicolás IV, que gobernaba la Iglesia con sabiduría, sintió vivamente los desastres que acabamos de reseñar; pero no sobrevivió mucho tiempo á ellos, pues que murió el 4 de Abril, dia de Vier-

---

(1) Papebr. tom. 14, prælim., núm. 272.

(2) Pepebr. .. 14, prælim., 272.—Wadding, 1291, n. 8.—Berault-Bercastel. Lib. XLI, n. 30.—Artaud de Montor, vid. del papa Nicolás IV y otros.

(3) San Antonin, tom. 3, p. 782.

nes santo de 1292, y segun los deseos que habia manifestado fue enterrado en una modesta tumba en la Basílica de Santa María la Mayor.

Tal era y tan profunda la humildad de este Pontífice, que solia decir: «Quisiera más ser cocinero de mis hermanos, que cardenal: no he aceptado la púrpura más que para no causar una ofensa á nuestra órden.» Tambien solia decir: «Tenemos parientes, y son todos los hombres que poseen virtud y ciencia.»

Duró el gobierno del papa Nicolás IV cuatro años, un mes y catorce dias, y por su muerte la Santa Sede quedó vacante dos años, tres meses y dos dias. Habia doce cardenales, pero de opiniones distintas, seis eran romanos, cuatro italianos y dos franceses. Durante el tiempo de tan larga vacante, los cardenales se ocuparon en asuntos infructuosos, lo que hizo decir á Villani (1). *Quærentibus illis quæ sua, non quæ Jesu-Christi, tantum dilata est electio:* «Estos miran su interés, no el de Jesucristo, por esto se hizo esperar tanto la eleccion.» Tal vez hubiera aun durado más tiempo la vacante de la Santa Sede, á no haber ocurrido la súbita muerte del hermano de uno de los cardenales originada por la caida de un caballo: este acontecimiento inspiró serias reflexiones á Boucamace, cardenal-obispo de Túsculo, el cual exclamó dirigiéndose á sus colegas: «¿En qué pensamos, dejando por tanto tiempo á la Iglesia sin pastor? Sabed, añadió, que ha sido revelado á un santo varon, que si no elegimos en breve un Papa, se manifestará de un modo terrible la ira de Dios.» El cardenal Cayetano que más tarde fue Papa, con el nombre de Bonifacio VIII, contestó: «No es á fray Pedro de Morron á quién el cielo se ha declarado?—El mismo, contestó con gravedad el cardenal, y la santidad de su vida merece que se le escuche.» Esto dió ocasion á que los cardenales empezasen á hablar de cuanto habian oido sobre las virtudes de aquel santo religioso y de los milagros que se le atribuian, y por unanimidad le aclamaron Papa. Inmediatamente se le envió el nombramiento, el cual rehusó constantemente siendo necesario para convencerle, las súplicas de los cardenales, del rey Cárlos II de Nápoles, y de Andrés III, rey de Hungría. Estos príncipes se presentaron al santo solitario, manifestándole que era necesario aceptase por el bien de la Iglesia. Pedro pensó sustraerse apelando á la fuga, pero el pueblo corrió tras él, obligándole á volver. Púsose luego en camino para Aquila, y todos pudieron ver con admiracion al elegido por Ca-

(1) Lib. 1.º, cap. 150.

beza visible de la Iglesia, montado en un asno, cuyo freno al entrar en aquella ciudad, era llevado por los reyes de Nápoles y de Hungría. Su eleccion tuvo lugar en Perusa el 5 de Julio de 1294, y fue coronado el 29 de Agosto en la iglesia de Celestinos de *Collemuggio;* este Pontífice es el conocido por el nombre de

San Celestino V. Una vez coronado, hizo su entrada en la ciudad no ya montado sobre un asno sino sobre un arrogante caballo blanco, y las gentes acudian á tropel para ver al primer personaje del mundo, el que poco ántes era un pobre solitario. Dedicaremos cuatro líneas á sus primeros tiempos. Habia nacido en el año 1215, cerca del castillo de Molise, en la Tierra de Labor, y era el undécimo entre doce hermanos. Su familia era humilde, pues que su padre era un simple labrador. Cuando contaba la edad de 20 años entró en el monasterio de monjes benedictinos de Faifoli, diócesis de Benevento. En 1239 salió con permiso del abad para ir á hacer penitencia en las cuevas de Morron, donde permaneció por espacio de cinco años, pasando despues de este tiempo al monte de Majella, en la Pulla, donde instituyó la órden de los celestinos, de la que era prior cuando fue elegido Sumo Pontífice.



CAPITULO XXI.

El papa San Celestino V renueva el decreto de Gregorio X sobre el Conclave, y declara que los Sumos Pontífices tienen facultad de abdicar.—Al poco tiempo hace su abdicacion.—Es elegido para sucederle Bonifacio VIII.—Este Papa revoca muchas gracias arrancadas á la sencillez de San Celestino.—Precauciones que toma para evitar un cisma.—Milagro de la traslacion de la «Santa Casa» en Italia.—Canonizacion de San Luis, rey de Francia.—San Luis, obispo.—Decretales de Bonifacio VIII.—Jubileo secular.—Concilios.

Poco despues de su coronacion, el papa San Celestino hizo una promocion de doce cardenales, entre los cuales habia siete franceses. Poco de notable ofrece su Pontificado, como no sea la confirmacion del instituto de su órden, llamado de Celestinos, al cual concedió todos los privilegios de las otras órdenes; y la renovacion del decreto de Gregorio X para el Conclave, añadiendo que debia guardarse exactamente «cuando el Papa muriese ó cuando él mismo se depusiese», cuyas palabras daban á comprender que pensaba renunciar el Pontificado y volverse á su retiro. Con el objeto de hacer la paz entre Jaime, rey de Aragon, y Cárlos, rey de Sicilia, fue á Nápoles, y consiguió el objeto de sus deseos, tanto, que el Aragonés se obligó á no deponer las armas hasta que su hermano Federico hubiese restituido á Cárlos la Trinacria ó la isla de Sicilia.

El papa Celestino en su elevacion echaba de ménos su retiro, y deseaba recobrar su libertad. Los grandes honores no albagaban á aquella alma que era toda de Dios. Además, constábale que los cardenales estaban descontentos de él, principalmente por no haber consultado con ellos la creacion de los doce nuevos miembros del Sacro Colegio. Así pues, y cuando llevaba cinco meses de Pontificado, como ya hubiese consignado que los Papas podian renunciar libremente el Papado, renunció él voluntariamente en Nápoles el 13 de Diciembre de 1294.

He aquí la fórmula de esta renuncia. «Nos, Celestino, papa V, movido por legítimas causas, tales como la de humildad, de mejor vida y conciencia intachable, debilidad de ánimo, defecto de ciencia, malignidad del pueblo, y de salud delicada, á fin de recobrar la tranquilidad y consuelo de la vida pasada, espontánea y libremente renunciamos el Sólio pontificio, haciéndolo igualmente del lugar, dignidad, ocupacion y honores, concediendo libre y pleno poder al Colegio de cardenales para elegir canónicamente un pastor de la universal Iglesia (1).» Este es el segundo ejemplo que encontramos en la Historia de la Iglesia, de un Papa que haya renunciado. El primero fue Juan XIX, que abdicó en 1009 para retirarse á la abadía de San Pablo de Roma (2).

Hecha la renuncia, en medio de un público consistorio, se despojó de todas las insignias pontificias y volvió á tomar los hábitos de ermitaño, y con ademan modesto se sentó al pié de los cardenales, los cuales no pudieron ménos de verter lágrimas al ver tanta humildad.

Volvió pues á reunirse el Conclave, pasados que fueron diez dias, segun la regla establecida, y el 24 de Diciembre de 1294, Benito ó Benedicto Cayetano, cardenal-presbítero del título de San Silvestre y San Martin, fue elegido á pluralidad de votos y tomó el nombre de

BONIFACIO VIII. Habia sido sucesivamente canónigo de Todi, Paris, Lyon, y luego de la Basílica Vaticana, abogado consistorial y protonotario apostólico. El papa Martin IV en 12 de Abril de 1281, le creó cardenal. Habia sido enviado primero por el dicho papa Martin, como legado al rey Cárlos de Sicilia para impedirle el sostener la guerra con el de Aragon, y despues en compañía de otro cardenal pará restablecer la paz entre el rey Felipe y Eduardo, rey de Inglaterra, y defender en Francia y en la Gran Bretaña la causa de la Iglesia.

Bonifacio de acuerdo con el Sacro Colegio, revocó muchas gracias arrancadas á la sencillez é inexperiencia de Celestino, y temeroso de que en adelante no se abusase de él sugiriéndole que no habia podido renunciar legítimamente, y que se provocase un cisma, aunque nada habia más léjos del pensamiento del santo ermitaño, hizo pesquizas para encontrarle y le hizo guardar cuidadosamente. Cuando ya estaba asegurado, Celestino pudo burlar los cuidados de sus guardianes, y se escapó de noche acompañado de un solo religioso, con intento de retirarse

---

(1) Novaes IV, 28.
(2) Véase la pág. 628 del tomo II de esta obra.

á la soledad de Sulmona. Bonifacio envió emisarios en su alcance, los cuales le reconocieron á pesar de que iba disfrazado, y le prendieron, aunque con respeto y sin causarle molestias, y le condujeron á la presencia de Bonifacio, el que le recibió con honor señalándole para su residencia el castillo de Fumone, en la Campania, cerca de Ferentino, donde pasó diez meses sufriendo en una prision (1). Tenia entónces Celestino la avanzada edad de 81 años. y sufrió con la mayor paciencia y resignacion aquellos trabajos. A los dos meses despues de su prision, murió Celestino con gran fama de santidad, siendo el 19 de Marzo de 1296. Por órden de Bonifacio fue su cuerpo trasladado con gran pompa á Ferentino. Su corazon se conserva en un relicario en la iglesia de Santa Clara, siendo su cuerpo trasportado al monasterio de Celestinos de Aquila. Este Pontífice fue canonizado por Clemente V, en Avignon, el 5 de Marzo de 1313, diez y siete años despues de su muerte.

Durante el Pontificado de San Celestino V, ó segun algunos escritores, entre ellos Natal Alejandro, á principios del de Bonifacio VIII tuvo lugar la milagrosa traslacion de la *Santa Casa*, en la cual se obró la Encarnacion del Divino Verbo, en las purísimas entrañas de la Santísima Vírgen María. En el año 1291 el mismo en que los infieles se apoderaron de San Juan de Acre, á 9 de Mayo, la Santa Casa fue trasladada por los ángeles desde Nazareth á Dalmacia, entre Teosato y Fiume, sobre el Adriático. Despues de tres años y siete meses, es decir, el 10 de Diciembre de 1294, la propia *Santa Casa*, fue trasladada cerca de Ancona, en un bosque perteneciente á una mujer llamada Loreto, y ocho meses despues á otro lugar cercano, el mismo donde se encuentra hoy dia, y que es el más célebre de los santuarios del mundo cristiano. La madre del emperador Constantino, la gloriosa Santa Elena, que profesó gran devocion á la *Santa Casa*, y la decoró con magnificeucia, hizo colocar en su fachada principal esta inscripcion: ESTA ES EL ARA EN LA CUAL SE PUSO EL FUNDAMENTO DE LA SALUD DEL HOMBRE (2).

Ántes de subir Bonifacio al Pontificado habia desempeñado embajadas importantes cerca de varios príncipes de Europa, y una vez sentado en el trono pontificio se dedicó á examinar por sí mismo y con detenimiento todos los asuntos. Muchos individuos del clero francés elevaron senti-

---

(1) Novaes IV, 29.

(2) La descripcion de este célebre é importante santuario la hemos dado en nuestra obra *Glorias religiosas de España*, tomo II, pág. 339 y sigs.

das quejas al Sumo Pontífice contra los oficiales reales que les abrumaban con crecidos impuestos para los gastos de la guerra, que, segun decian, tenia el rey que sostener. Con este motivo el papa Bonifacio, publicó el 21 de Setiembre de 1296 la bula llamada *Clericis et laicis*, la que hizo insertar en el número 6.º de las *Decretales*, por la cual prohibia al clero pagar ninguna clase de subsidio sin la autorizacion de la Santa Sede. Esta disposicion dió márgen á grandes turbulencias en el reino de Francia. Más tarde las medidas prescriptas en esta bula fueron modificadas á peticion del arzobispo de Reims, Pedro Barbet.

En el año 1296 ó 97, pues en esto andan discordes los autores, empezaron á manifestarse las disensiones entre el Papa y los *Colonna*. «Aquel confiscó su palacio, condenóles como cismáticos, obligándoles á salir de Roma, y despojó de la púrpura á dos individuos del sacro colegio que pertenecian á esta ilustre familia. Tales medidas fueron ciertamente demasiado severas. Los Colonna habian faltado con la Iglesia, pero esto no era una razon para no ser prudente y generoso. Hay enemigos á quienes no es preciso reducir á la desesperacion; la animosidad de estos príncipes habia ciertamente traspasado todos los límites, pues circularon un manifiesto donde sostenian que Celestino no habia podido renunciar al pontificado, y que por consecuencia, Bonifacio no habia podido sucederle. Eran estas graves injurias, pues se acusaba al Papa de intruso; pero sean cuales fuesen las ofensas, no es preciso buscar venganzas poco cristianas, y que conducen á los más peligrosos males.

«Nos apresuramos actualmente á añadir, que los dos cardenales, habiendo recurrido á la clemencia de Bonifacio, éste les concedió su perdon, les levantó el entredicho y les restableció en su dignidad.

«Los dos cardenales volvieron á revelarse arrastrados por malos consejos, y en este punto es de alabar la conducta de Bonifacio. Los condenó de nuevo, demostrando sólo demasiado rigor en la órden que expidió para arrasar la ciudad de Palestrina. Estas violencias nunca serán útiles ni excusables, son, al contrario, casi siempre inútiles. Lo que admiro al mismo tiempo es que Bonifacio publicó al momento una constitucion, parecida á otra precedente, que se debe á Honorio III, y que castigaba á los que, por un atentado sacrílego, se atrevieran á ofender á los cardenales de la Santa Iglesia romana (1).»

(1) Hemos querido trasladar íntegra esta narracion de Artaud de Montor en la *Vida de Bonifacio VIII*, por lo delicado del asunto. Su obra *Historia de los Soberanos Pontífices Romanos* es la más autorizada.

Encontrándose el papa Bonifacio VIII en Orvieto, el dia 11 de Agosto de 1297, canonizó á Luis IX, rey de Francia, muerto en Túnez el 25 de igual mes de 1270. Esta canonizacion contribuyó á restablecer la buena armonía entre el Papa y el rey actual de aquella nacion, sin embargo, de que más tarde habia de tomar mayor actividad la desavenencia. La bula de canonizacion del santo rey es un documento notable por más de un concepto, pues en ella hace el Sumo Pontífice un elocuente panegírico de sus grandes virtudes. He aquí el final de la bula: Despues de narrar los grandes hechos del ilustre monarca, la previsora circunspeccion con que guió el timon del reino de Francia; los grandes y edificativos ejemplos de cristianas virtudes que habia dado á sus vasallos, concluye el Sumo Pontífice: «Regocíjate, pues, encumbrada casa de Francia, que has dado á luz este príncipe, cuyos méritos le honran. Entrégate á la alegría, devoto pueblo de la Galia, que has sido digno de obtener un señor tan virtuoso y tan escogido! Coro de prelados y clérigos, gozaos en los brillantes milagros de vuestro propio rey que adorna magníficamente este reino! Alegráos espíritus de los príncipes, de los grandes, de los nobles, de los guerreros, de que por las santas obras de este rey, el brillo de este reino reciba la prerogativa de un ilimitado honor que iguala casi en esplendor á los rayos del sol.»

Al poco tiempo de haber sido canonizado San Luis rey de Francia, murió otro San Luis, obispo que adquirió mucha celebridad. Era pariente del santo rey, nieto de Cárlos de Anjou é hijo de Cárlos II llamado el Cojo, rey de Nápoles. En su juventud vivió en Cataluña donde empezó á santificarse. Renunció el reino de Nápoles que recaia en él, en su hermano menor Roberto, haciendo voto de abrazar la austera profesion de los frailes menores: pero el papa Bonifacio le obligó á aceptar el obispado de Tolosa en Francia, cuando sólo tenia la edad de veinte y tres años. Concedióle esta dispensa de edad, en vista de las profundas virtudes y bellas disposiciones que manifestaba. Los pobres eran los dueños de las rentas de su mitra: cada dia daba de comer á veinte y cinco á los cuales lavaba los piés y los servia. Practicó siempre las más grandes asperezas y murió en Brignoles de Provenza, á donde habia ido para evacuar asuntos urgentes: fue enterrado en Marsella en el convento de los frailes menores, de donde le vino el nombre que comunmente le dan de San Luis de Marsella. Segun consta de la Bula de su canonizacion hizo muchos milagros, y entre ellos la resurreccion de seis muertos.

Nos ocupamos á su tiempo de las Decretales de Gregorio IX, colec-

cion de decretos pontificios única que estaba autorizada por el uso y que principia donde concluye la de Graciano. El papa Bonifacio VIII dió á luz una nueva coleccion de Decretales á fines del año 1298, que sirve de continuacion á la anterior, por cuya razon la intituló *Sexta de Decretales;* esto es, sexta coleccion de decretos pontificios.

Llegado que hubo el año 1300 último del siglo XIII, desde el dia 1.° de Enero empezaron á acudir á Roma multitud de peregrinos de diversos países, en número tan crecido que parecia, como dicen los autores contemporáneos, que las puertas del cielo se habian abierto allí para todo el mundo (1). Fue motivada esta afluencia de fieles á haberse esparcido por todas partes y principalmente por Roma, la voz de que cada cien años, al empezar el siglo, los que visitaban los sepulcros de los santos Apóstoles ganaban indulgencia plenaria de todos sus pecados. Examinada la tradicion y consultados por el papa Bonifacio á algunos ancianos de más de cien años, todos contestaron haber oido á sus padres que habian acudido al principiar el siglo XII á ganar la indulgencia. Entónces el Papa oido el parecer de los cardenales expidió la primera bula en que se estableció el jubileo; esto es, la indulgencia plenaria para todos los fieles, que confesados y arrepentidos de sus pecados visitasen por treinta dias si fuesen de Roma, ó quince si fuesen peregrinos las iglesias de los apóstoles San Pedro y San Pablo: ordenando que cada cien años se repitiese la misma indulgencia. Clemente V dispuso que tuviese lugar cada cincuenta años: Urbano VI al cabo de treinta y tres, y últimamente Paulo II habida consideracion á la flaqueza humana, mandó tuviese lugar cada veinte y cinco años, lo que se practica aun actualmente á ménos que sobrevenga algun impedimento irremediable como sucedió en 1800.

Muchos fueron los concilios que se celebraron en los últimos años del siglo XIII. Daremos cuenta de los más importantes.

En 28 de Marzo de 1284 se celebró uno en Melfe, en el cual se hizo una constitucion dividida en nueve artículos, el primero de los cuales tuvo por objeto obligar á los griegos del reino de Sicilia, á añadir la palabra *Filioque* en el símbolo. El tercero es contra los latinos de nacimiento que se casaban teniendo órdenes menores, y en seguida sin renunciar al matrimonio, recibian las órdenes superiores, diciendo que querian observar el rito griego. El cuarto es contra los coladores, los que por espíritu de avaricia daban al pueblo del rito latino sacerdotes

(1) Jac. Staphanesc. Card. ap. Rain, ann. 1300, n. 1.

griegos, y recíprocamente á los griegos, sacerdotes latinos, segun la rebaja que estos ministros hacian de sus honorarios. El concilio condena estos abusos y los prohibe bajo graves penas (1).

Concilio de Wurtzburgo en 18 de Marzo de 1287. El legado Juan Bucamacio, obispo de Tusculum, acompañado de cuatro arzobispos, de algunos de sus sufragáneos y de muchos abades, publicó en él un reglamento que contenia cuarenta y dos artículos, por los que se ven los desórdenes que reinaban en las iglesias de Alemania, y que se trataron de corregir. El Papa obtuvo por seis años el diezmo sobre todos los bienes eclesiásticos; pero el emperador, que sólo habia consentido en esto bajo la condicion de que él podria imponer un tributo semejante á los príncipes y clases seglares, experimentó una negativa unánime en la dieta que se celebró en el mismo lugar y tiempo.

Concilio de Milan en 27 de Noviembre de 1291 por el arzobispo Oton Visconti y sus sufragáneos para recobrar la Tierra Santa, que se habia perdido enteramente con la toma de San Juan de Acre, en el mes de Mayo del mismo año.

Concilio de Tarragona por el arzobispo D. Rodrigo en 15 de Marzo de 1292. Se hizo un reglamento sobre la disciplina y doce artículo; el séptimo de los cuales prohibe que se permita al arzobispo de Toledo ejercer acto alguno de jurisdiccion, ni ostentar alguna señal de primado al pasar por la provincia de Tarragona (2).

Otro concilio se celebró ne 1294 en Tarragona por el mismo arzobispo D. Rodrigo. Hizóse una constitucion que no se ha publicado, la que contiene seis artículos, el cuarto de los cuales prohibe la comida que los parroquianos exigian de sus párrocos en dias determinados.

Concilio de Lóndres en 1295 á 14 de Enero. Roberto de Cantorbery y sus sufragáneos se reunieron por ocho dias continuados para tratar de la demanda que el rey Eduardo les hacia de un subsidio, sin que hubiesen podido encontrar un medio para contestarle. En 26 de Marzo del mismo año, el arzobispo de Cantorbery convocó tambien algunos de sus

(1) Clemente, Benedictino, Cronol.

(2) Mansi es el que nos da noticias de esta disposicion del concilio de Tarragona. En el tomo 1.° de esta obra, pág. 723 y siguientes hemos tratado detenidamente la cuestion de Primacía en España, y hemos insertado íntegro el Breve de Urbano II que es terminante. Esto no obstante, con el objeto de complacer á algunos eclesiásticos de la Provincia Tarraconense, que se han quejado porque hemos omitido las razones que aduce la iglesia de Tarragona en defensa de su Primacía, dedicaremos uno de los apéndices al fin de la obra, á esclarecer este punto, sin omitir ninguna de aquellas razones.

sufragáneos en San Pablo de Lóndres, en donde dos abogados y dos religiosos del órden de predicadores se esforzaron en probar que el clero podia socorer al rey con sus bienes, en tiempo de guerra, á pesar de la prohibicion del Papa.

Gerardo, arzobispo de Nicosia y legado de la Santa Sede, al frente de los obispos latinos, griegos, armenios y maronitas celebró un concilio en Nicosia (Chipre) el 23 de Setiembre de 1292. Dicho prelado al principio de las actas de este concilio toma el título de *Dei et apostolicæ sedis gratia archiepiscopus*. Es el primero ó á lo ménos el segundo (pues uno de sus antecesores habia usando el mismo título en 1251) que se haya llamado obispo por la gracia de la Santa Sede, lo que despues pasó á ser una costumbre en casi todo el Occidente. En esta asamblea, Gerardo publicó una constitucion, que no era más que unar enovacion de los antiguos estatutos de la provincia, sobre la administracion de los sacramentos y otros puntos de disciplina.

En 1299, hubo tres concilios que fueron los siguientes:

1.° En 18 de Junio, en la iglesia de Nuestra Señora du Pré, actualmente Buena-Nova, cerca de Ruan. El arzobispo de esta ciudad, Guillermo de Flavacourt, reunido con sus sufragáneos hizo un decreto dividido en siete artículos, el primero de los cuales manifiesta el desarreglo del clero en aquella época.

2.° En 27 de Octubre en Beziers, por el arzobispo de Narbona y sus sufragáneos, en 29 de Octubre. Se envió una diputacion al rey, sobre una cuestion temporal entre el arzobispo y el vizconde de Narbona.

3.° Fue celebrado en Constantinopla por órden del emperador Andrónico el Viejo, con el objeto de hacer anular el matrimonio de Alejo, su sobrino, príncipe de Lazes, con la hija de un señor íbero, y hacerla casar con la hija de Chumno, gobernador de Caniclea y favorito del emperador. El patriarca Juan se opuso á la voluntad de éste, y se declaró válido el matrimonio.

En suma en el año 1300 á 13 de Junio se reunió un concilio para tratar de los poderes de los religiosos mendicantes para la administracion de los sacramentos, y sobre la clausura de las religiosas (*Wilkins*).




SIGLO
XIV
S. BENEDICTO XI
CLEMENTE V
JUAN XXII
BENEDICTO XII
CLEMENTE VI
INOCENCIO VI
B. URBANO V
GREGORIO XI.
URBANO VI
BONIFACIO IX

SIGLO DÉCIMO CUARTO.

DESDE EL ROMPIMIENTO ENTRE BONIFACIO VIII Y FELIPE EL HERMOSO, HASTA LA DECADENCIA DE LOS FAUTORES DEL GRAN CISMA DE OCCIDENTE EN EL AÑO 1400.

CAPITULO PRIMERO.

Bula «Ausculta fili».—Concilio de Paris.—Bula «Unam sanctam».—Análisis de la bula «In cœna Domini».—Reconciliacion del papa Bonifacio con el emperador Alberto.—Muerte de Bonifacio.—Benedicto XI, papa.—Mision de Monte-Corvino.—Clemente V, papa.—Sus viajes por Francia.—Orígen de las anatas.

Corria el año 1301, cuando Felipe el Hermoso, rey de Francia, hizo prender al obispo de Pamiers. Bernardo de Saisset. El papa Bonifacio VIII se ofendió en gran manera por este hecho, y en 5 de Diciembre escribió á aquel monarca una carta en la cual se quejaba amargamente, y al mismo tiempo le envió la bula *Ausculta fili*, por la cual le suspendia el uso de los privilegios concedidos á los reyes de Francia. Explicando en esta bula las palabras de Jeremías (cap. I, v. 10), decia: «No os dejeis persuadir de que no tengais superior y no esteis sujeto al Jefe de la Jerarquía eclesiástica, pues el que así piensa es un insensato, y el que lo sostiene obstinadamente es un infiel, separado del rebaño del Buen pastor.» Despues de esto, añadia: «Dios nos ha establecido sobre los reyes y los reinos para arrancar, destruir, perder y disipar, para edificar y plantar.» A continuacion expone el Papa con la mayor minuciosidad, todos los motivos de queja que tenia contra el rey, tanto con

respecto á los intereses de la Iglesia, como al gobierno temporal del reino, culpándole de tiranía así con el pueblo y la nobleza, como con las personas eclesiásticas. Despues le cita á un concilio de Roma, anunciándole haber convocado para él á todos los prelados y doctores franceses; y con efecto dirigió á estos cartas convocatorias con la misma fecha de 5 de Diciembre de 1301. «Si creeis, dice á Felipe; si creeis conveniente á vuestros intereses, podeis venir vos en persona al concilio ó enviar diputados fieles y bien instruidos de vuestros deseos: de lo contrario Nos procederemos del modo que Dios se digne inspirarnos.»

Gran sorpresa causó á Felipe esta bula, y sin saber por el pronto que partido tomar, reunió los prelados y personas más notables, en Nuestra Señora de Paris, el dia 10 de Abril. En esta asamblea se quejó contra el Papa, é hizo leer la bula *Ausculta fili*. Los prelados escribieron una carta humilde al Papa, en la cual le suplicaban conservase la antigua union entre la Iglesia y el Estado, y que procurase por su seguridad revocando en Roma, á fin de resolver con ellos aquel negocio, lo que el rey y los barones habian declarado que no sufririan en manera alguna.

Por su parte los señores, escribieron una carta mucho más enérgica al cardenal, quejándose de que el Papa pretendia que el rey era súbdito suyo, en cuanto á lo temporal, en vez de que el rey y todos los franceses siempre han dicho que el reino, en cuanto á lo temporal sólo depende de Dios. A esto añadian: «Decimos con profundo dolor, que tales excesos no pueden agradar á ningun hombre de buena voluntad, y que sólo se han podido esperar para el tiempo del Antecristo. Y aunque este diga que obra así por vuestro consejo, no podemos creer que consintais semejantes novedades, ni atentados tan extravagantes. Por ésto os suplicamos que pongais remedio á ello, para que sea conservada la union entre la Iglesia y el reino.»

El escritor Bercastel, apoyándose en la autoridad de otro autor (1), inserta una carta que dice dirigida por el rey al Papa, cuyo estilo es más de un hereje que de un católico: he aquí este documento: «Felipe, por la gracia de Dios, rey de Francia, á Bonifacio que se llama Papa, poca ó ninguna salud. Sabed, hombre extravagante, que en lo temporal á nadie estamos sujetos, que la colacion de beneficios nos corresponde por derecho de nuestra corona, y que los frutos de estos beneficios son nuestros; que las provisiones que hemos dado y diéremos son

(1) Rohrbacher, «De las relaciones naturales entre las dos potestades», t. 2. pág. 176.

válidas en lo pasado y en lo futuro; y que estamos resueltos á sostener en su posesion á aquellos á quienes los hubiéramos conferido. Los que lo contrario creyesen, serán tenidos por locos é insensatos. Dado en París, etc.» Como se vé, en este documento, si es auténtico, el rey Felipe trata al Papa verdadero como supuesto ó intruso, lo que es cismático: y lo es tambien el afirmar que no es un privilegio pontificio sino un derecho propio de su corona el conferir las iglesias vacantes, que es lo mismo que afirmar que por un derecho inherente á su corona es al mismo tiempo dentro de su reino rey y Papa á la vez.

Las personas de delicada conciencia entablaron negociaciones á fin de arreglar convenientemente el asunto, permitiendo el rey que los obispos de Auxerre, de Noyon, de Contance y de Beriers, fuesen á Roma (1), con tal objeto. Para justificar el Papa en presencia de ellos la bula *Ausculta fili*, dió esta explicacion: «Reconocemos que hay dos potestades establecidas por Dios, y protestamos que nuestro designio no ha sido jamás usurpar la jurisdiccion del rey; pero el rey por su parte no podrá disconvenir en que está sujeto á Nos *en razon de pecado.*» Así el Papa se conservaba el derecho que le es indisputable de corregir en general todas las faltas de los soberanos, sin exceptuar las que pudiesen cometer en el gobierno de sus Estados, y de castigarlos con este motivo por medio de la excomunion, y aun de la deposicion. «De este modo, dice Bercastel, Bonifacio VIII seguia las huellas de Inocencio III, quien, independientemente de las desaveniencias de soberano á soberano, se habia pronunciado resueltamente contra el adulterio público de Felipe Augusto, contra la abierta proteccion que Ramon VI concedia á los albigenses, y contra las injurias y crueldades de Juan Sin-Tierra con el arzobispo y clero de Cantorbery.»

En 6 de Noviembre de 1302 publicó el Papa en Roma la célebre bula *Unam sanctam* ó *In Cœna Domini* (2), que aclaraba cualquier ambigüedad que pudiese haber en la bula *Ausculta fili*. Como tanto se haya ha-

---

(1) Marca. de Concord. lib 4, cap. 16

(2) Esta bula que es atribuida á Bonifacio, aunque no fue muy conocida en su tiempo, se encuentra con muchas adiciones de fechas posteriores. Contiene vastas disposiciones, en su mayor parte útiles á la dicha de los Estados y alivio de los pueblos; pero como el Pontífice la redactó en términos imperativos, ha parecido que atacaba el poder de los reyes y la independencia de la administracion de sus Estados: he aquí porque Clemente XIV y Pio VI, han interrumpido la publicacion que se hacia todos los años el Jueves santo, no habiéndose hablado más de ella desde dicha época. (Artaud de Montor.)

blado siempre de la bula *In cœna Domini*, siendo pocos los que la conocen, seguimos el ejemplo de Artaud de Montor, transcribiendo el extracto que de ella hace Mr. de Maistre (1), que es de este modo: «No hay nadie seguramente en Europa, que no haya oido hablar de la bula *In cœna Domini*, ¿pero cuántos hombres en Europa se han tomado el trabajo de leerla? Lo ignoro (2).

«Empero será muy útil el presentar á la mayoría de los lectores el extracto de esta famosa bula. Cuando los niños se espantan á la vista de algun objeto lejano, engrandecido y desfigurado por su imaginacion, para refutar á la crédula niñera que le dice, *es un ogro, un espíritu, un aparecido*, es preciso tomarles dulcemente por la mano y acompañarles cantando hácia aquel objeto.

«He aquí el análisis de la bula *In cœna Domini:*

«El Papa excomulga:

«Art. 1.° A todos los herejes (3).

«Art. 2.° A todos los apelantes al futuro concilio (4).

«Art. 3.° A todos los piratas navegando sin patentes.

«Art. 4.° A todo el que se atreve á robar alguna cosa de un buque naufragado.

«Art. 5.° A todos los que establecerán en sus tierras nuevos impuestos, ó aumentarán los antiguos, fuera de los casos permitidos por el derecho, ó sin licencia expresa de la Santa Sede.

---

(1) Del Papa, tom. 2.°, cap. 15, pág. 82; Lyon 1836.

(2) «Se la tiene por texto de injurias, sarcasmos y acusaciones contra los Papas, aun cuando no ha tenido resultado alguno positivo, pero esto no es una prueba de buena fe por parte de nuestros adversarios. He leido esta bula lo propio que M. de Maistre, y encuentro que habla de ella muy sabiamente y con espíritu de justicia, empleando en parte un tono de jovialidad, que ciertamente viene muy al caso» (Nota de Artaud de Montor). Esta razon es la que nos mueve á dar su extracto, en nuestra obra, pues que así disiparemos erróneas creencias.

(3) «Creo que acerca de este punto no hay dificultad» (N. de M. de Maistre.)

(4) «Sea cual fuere la opinion que formemos acerca la cuestion de la apelacion al futuro concilio, no será vituperar á un Papa, sobre todo á un Papa del siglo XIV, que reprime severamente tales reuniones como absolutamente subversivas de todo gobierno eclesiástico. San Agustin decia ya en su tiempo á ciertos apelantes: «*¿Quién sois, pues, vosotros para conmover al universo?*» (N. de M. de Maistre.) Puede añadirse á lo que observa este gran publicista: «¿Qué dirian los reyes si en cada decreto se dijese: Yo apelo al futuro rey? ¿Qué los tribunales, si á sus sentencias pudiera contestarse: Apelo á los magistrados que os sucederán?» (Id. de Artaud de Montor.) Para nosotros que creemos que el Papa es sobre el concilio, tienen aun mucha más fuerza las razones que aducen ambos publicistas.

«Art. 6.º A los falsificadores de cartas apostólicas.

«Art. 7.º A los que proporcionen toda especie de armas ó municiones de guerra á los turcos, sarracenos y herejes (1).

Art. 8.º A todos los que detengan las provisiones de boca y cualquiera otras, que se lleven á Roma con destino al Papa.

«Art. 9.º A todos los que maten, mutilen, despojen ó envenenen á las personas que van á visitar al Papa, ó que regresen despues de haberlo hecho.

«Art. 10. A los que hicieren otro tanto á los peregrinos cuya devocion les lleva á Roma.

«Art. 11. A los que se hiciesen culpables de las mismas violencias respecto de los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos y legados de la Santa Sede (2).

«Art. 12. A los que golpeen, despojen ó maltraten á alguno con motivo de los negocios que tuviese en la corte romana.

«Art. 13. A los qne bajo pretexto de una frívola apelacion traspasen las causas del tribunal eclesiástico al secular.

«Art. 14. A los que lleven las causas de beneficios y de diezmos á los tribunales legos.

«Art. 15. A los que emplacen á los eclesiásticos ante dichos tribunales.

«Art. 16. A los que despojen á los prelados de su legítima jurisdiccion.

«Art. 17. A los que secuestren las jurisdicciones ó rentas que legítimamente pertenezcan al Papa.

«Art. 18. A los que impongan nuevos tributos á la Iglesia sin permiso de la Santa Sede.

---

(1) «Dante que vivia en aquel tiempo, ha dicho en sus ardorosos versos mucho más de lo que se dice en este artículo 7.º; y Bonifacio, si es el autor de la bula, dá ciertamente motivo á estos versos del Dante :

E nessuno era stato á vincer Acri,
Ne mercatante in terra del soldano.

Era pues Bonifacio á quien Dante acusaba.

(2) «Los cuatro artículos precedentes demuestran la época que les hacia necesarios. Los actos de los soberanos no debian ser juzgados sin mirar al tiempo y lugares á los cuales se referian : y cuando los Papas se hubiesen extralimitado en estas diferentes disposiciones, seria preciso decir : *fueron demasiado léjos*; y esto seria bastante. No podria ser jamás motivo de exclamaciones oratorias.» (N. de M. de Maistre.)

«Art. 19. A los que usurpen paises ó tierras, cuya soberanía pertenezca al Pontífice.»

Diga ahora el lector imparcial, si en estos artículos encuentra algo que justifique á los que llaman abominacion á la bula *In cœna Domini.* El Papa en lo que concierne á su autoridad, revindica lo que le pertenece. Entre sus disposiciones vemos que reprime á los ladrones y á los que cometen violencias á las personas. ¿No es esto lo mismo que se ha legislado y se legisla en todos los paises civilizados?

Alberto de Austria hacia cinco años que habia reemplazado á Adolfo de Nassau, que se habia hecho objeto de desprecio para sus vasallos, y al que habia quitado la vida en una batalla. El papa Bonifacio no quiso en mucho tiempo reconocer la eleccion de Alberto, al que llamaba súbdito rebelde y parricida del rey de los romanos. Mas como quiera que este príncipe que no tenia competidores, habia prestado su sumision á la Santa Sede, segun la práctica entónces constante, el Papa se reconcilió con él reconociéndolo rey de los romanos, en 30 de Abril de 1303, aprobando su eleccion, su coronacion en Aquisgran, y el ejercicio de la autoridad real que desempeñaba hacia cinco años, supliendo, segun decia, con la potestad de su Silla lo que pudiera haber habido de defectuoso en su eleccion: pero exigiendo que Alberto reconociera que el imperio romano habia sido transferido por la Santa Sede apostólica, de los griegos á los alemanes en la persona de Carlo-Magno: que por la misma autoridad se habia otorgado á ciertos príncipes eclesiásticos y legos el derecho de elegir rey de los romanos destinado á ser emperador, y que los monarcas recibian de los Sumos Pontífices el poder de la espada material. A más de esto, le exigió juramento de fidelidad á la Santa Sede, y la confirmacion de todas las concesiones y de todas las promesas hechas á la Iglesia romana por los emperadores anteriores, y que se obligase, en suma, á defender los derechos de la Santa Sede contra sus enemigos, aunque fuesen soberanos, de no hacer ninguna clase de alianzas con ellos y aun de tomar las armas contra los mismos si el Papa lo exigiera. Esta cláusula iba dirigida contra Felipe el Hermoso (1).

Estaba Alberto casado con la hermana de Felipe, Blanca de Francia, y no se atrevió á declararse contra su cuñado y aliado. Por esto, se dice, aunque no hay pruebas que lo justifiquen, que en el momento en que

(1) Rain. 1303, núm. 9 et 10.

se le exigió el cumplimiento de su promesa, declaró que guardaria su alianza con Felipe.

Al poco tiempo hubo en Roma grandes conmociones, y el Papa creyó prudente retirarse á Anagni. Habíanse puesto de acuerdo Guillermo de Nogaret, que era consejero del rey Felipe y Siarra Colonna, sobrino del cardenal Santiago Colonna, y hermano de Pedro Colonna, que tambien era cardenal. Su objeto principal era apoderarse de la persona del Papa. Nogaret el 7 de Setiembre al frente de muchos hombres armados se presentó delante la ciudad de Anagni, donde el Papa acababa de extender una bula declarando absueltos del juramento de fidelidad á los vasallos de Felipe el Hermoso, que debia publicarse al dia siguiente, fiesta de la Natividad de la Santísima Vírgen María.

Nogaret y Colonna tenian de antemano inteligencias secretas cerca de la ciudad, por lo que inmediatamente les fueron abiertas las puertas. En el momento de penetrar las tropas francesas en la poblacion desplegaron el estandarte de Francia, y empezaron á gritar: *¡Viva el rey Felipe, y muera el papa Bonifacio!* Apénas el Pontífice se apercibió del tumulto, comprendiendo que habian de asaltar su morada, se hizo revestir con los hábitos pontificales, tomó en sus manos las llaves y la cruz y con la tiara en la cabeza se sentó en el trono pontificio. En efecto, no tardó en ser asaltado el palacio pontifical. Hallábase el afligido Pontífice abandonado de todos, á excepcion de los cardenales de Sabina, Pedro de España, el de Ostia, y de Bonasini, que fue su sucesor. Presentáronse ante el Papa, Nogaret, y Siarra Colonna. El primero no se mostró demasiado violento, pero le manifestó que le prendia para hocerle despojar de su dignidad por un concilio general. Á lo que el Pontifice contestó: «Mucho nos gustará y satisfará ser despojado por los Patavins (herejes albigenses), como lo sois vos, y lo han sido vuestro padre y vuestra madre, castigados como á tales.» Aseguran algunos escritores, aunque Novaes nada dice de ello, que Colonna quiso obligarle á que renunciase al Pontificado, llegando su atrevimiento á dar un golpe de manopla en la mejilla del Papa (1). «Dichosamente para la memoria de Colonna, subsiste todavía alguna duda sobre su cólera, tan cobarde como inhumana, hácia un débil y desarmado anciano.» El palacio pontificio y el tesoro del Papa fueron saqueados en aquella confusion.

Afortunadamente los ciudadanos de Anagni, que presenciaron tantos

(1) Thom. Valsing. Hist. pág. 87.—Geog. univ. V, 113.

excesos, excitados por el cardenal Lúcas Fieschi, corrieron á las armas, y al grito de *Viva el Papa y mueran los franceses*, atacaron á los enemigos del Pontífice, los cuales desalojaron el palacio y la ciudad, no sin haber quedado muertos muchos franceses. Nogaret quedó prisionero; pero el magnánimo Pontífice le hizo poner en libertad, sin que recibiese el castigo á que se habia hecho acreedor por su delito.

Apénas el Papa se vió, libre resolvió regresar á Roma: empero los grandes disgustos que habia experimentado habian quebrantado su salud, de suerte, que el 11 de Octubre del año 1303, esto es, 37 dias despues del suceso que acabamos de referir, murió perdonando á sus enemigos, despues de haber gobernado la Iglesia ocho años, nueve meses y diez y ocho dias.

Algunos escritores franceses han querido denigrar la memoria de este ilustre Pontífice, diciendo que murió como furioso, comiéndose las manos y los brazos: pero otro escritor tambien francés, Berault-Bercastel, le defiende, dando un solemne mentís á tal acusacion, aduciendo el hecho de que trescientos dos años despues de su muerte se abrió su sepulcro colocado en la capilla que él habia construido á la entrada de la iglesia de San Pedro, y se hallaron enteros sus hábitos pontificales, é incorrupto su cuerpo, excepto la nariz y los labios.

Todos los escritores inclusos los franceses, á excepcion de los de su tiempo que se hallaban bajo la impresion de desatinadas prevenciones, han hecho justicia al papa Bonifacio VIII, celebrando sus admirables cualidades. Podrá decirse que algunas acciones de este Pontífice han podido ser reprensibles, tratándose de las luchas de Francia; ¿pero no son aun mucho más reprensibles las de Felipe el Hermoso? Estas, dice oportunamente el historiador de la Vida de los Papas, tantas veces citado, son más injustas y violentas, y rebajan las de Bonifacio. Además debemos atender á las circunstancias de los tiempos y á los acontecimientos que se sucedieron, para poder juzgar con acierto si fue tan reprensible el papa Bonifació como se quiere suponer, al usar de tanto rigor con el rey de Francia. ¿Qué monarca no lo hubiera usado viéndose en su caso? Recordemos la magnanimidad con que perdonó á Nogaret mandándole poner en libertad, para comprender su grandeza de alma. Juan de Rossi, benedictino, escribió la vida de este Pontífice que se publicó en Roma en 1651, bajo el título: *De vita et rebus gestis Bonifacii VIII pars altera, altera defendit.*

Débese á este Papa la fundacion de la Universidad de Roma, llamada

vulgarmente *la Sabiduria:* y este mismo Pontífice fue el que añadió á la tiara un segundo círculo ó corona. Entre sus disposiciones se encuentra la ley de la clausura para las religiosas, que si ya se conocia desde muy antiguo, no era generalmente observada.

Por su muerte el Sólio Pontificio estuvo vacante once dias, habiendo sido su sucesor

El bienaventurado Benedicto XI, el cual habia nacido en Trevisa en 1240, y se llamaba Nicolás Bonasio Bonasini. Era hijo de un notario, ó segun otros escritores de un pastor. Fue el noveno general de los frailes predicadores de Santo Domingo, y el segundo Pontífice que produjo esta Órden. Fue elegido Papa por unanimidad el 22 de Octubre de 1303, en el primer escrutinio, y fue coronado el domingo inmediato 27 del mismo mes. Impulsado por su humildad, quiso renunciar el honor del Pontificado Supremo, manifestando no ser digno de él, pero al fin fueron vencidas sus objeciones y aceptó la tiara. Desde el principio de su Pontificado manifestó mucha dulzura al mismo tiempo que una prudencia verdaderamente evangélica. Ganoso de que tuviesen fin los disturbios de Francia, absolvió al rey Felipe el Hermoso, sin esperar á que él lo pidiese, y revocó las censuras fulminadas contra los cardenales Santiago y Pedro Colonna, pero sin permitirles volver á tomar la púrpura romana. Esto no obstante, el 7 de Junio de 1304, excomulgó á quince de los conjurados que se habian apoderado de la persona del papa Bonifacio, nombrándose en primer lugar á Nogaret y á Sciarra Colonna.

En la Toscana continuaba la guerra que la venia arruinando: los güelfos y gibelinos, los blancos y los negros, se odiaban de muerte. El papa Benedicto que anciaba poner término á aquellas discordias, envió cerca de ellos á Nicolás de Prato, cardenal del órden de predicadores; pero como nada pudiese conseguir, se vió obligado á imponer el entredicho á los güelfos, á los negros, y á los habitantes de Luca y de Prato.

Jaime de Aragon envió á Roma embajadores para que en su nombre prestasen fe y homenaje por los reinos de Córcega y Cerdeña, que habian obtenido en feudo de la Santa Sede, en virtud de rescripto del papa Bonifacio de 5 de Abril de 1297. Lo mismo hizo Federico rey de Sicilia por este reino.

El pontificado de Benedicto fue muy breve, pues que murió despues de haber gobernado la Iglesia un año, ocho meses y algunos dias, envenenado por medio de unas brevas, entregadas por un jóven vestido

de mujer, el cual aseguró que le enviaban aquel presente las religiosas de Santa Petronila. Indudablemente los autores de esta maldad eran enemigos de la Santa Sede, pues que enemigos personales no debia tener un Papa que era á la vez santo y sabio, y cuya dulzura era de todos conocida y apreciada. Este Pontífice comentó algunos libros de la Sagrada Escritura.

La vacante de la Santa Sede duró diez meses y veinte y ocho dias, porque los cardenales reunidos en el conclave de Perusa se hallaban divididos en dos bandos, uno de los cuales á cuya cabeza se hallaba Napoleon, Orsini del Monte y Nicolás de Prato, querian fuese elegido un Pontífice, que restableciera en su primitivo estado á los Colonna, sus parientes. El otro bando deseaba un Papa que fuese favorable al partido de Bonifacio VIII.

Durante este interregno, Juan de Monte Corvino que hacia quince años se ocupaba en su destino de misionero en las regiones más orientales del Asia, tuvo medios de hacer llegar á manos de los religiosos de San Francisco una comunicacion en la que hacia una minuciosa relacion de los frutos de su mision, pidiendo que la pasasen al Papa y á los cardenales. Entre las muchas conversiones que obró este celoso operario fue una la de un rey oriundo de la familia del Preste Juan, llamado Jorge, el cual abjuró públicamente el nestorianismo para abrazar la fe católica, despreciando los clamores de los sectarios que le acusaban de apostasía: con tan buena fe lo hizo, que sin atender á respetos humanos, tenia á gran honra, ayudar á Misa, revestido con los ornamentos reales. Por él se convirtieron muchos de sus súbditos é hizo edificar un suntoso templo en honra de la Santísima Trinidad, dándole el nombre de iglesia romana.

El dia 5 de Junio de 1305 fue elegido en Perusa para suceder al papa Benedicto XI de feliz memoria

Clemente V, llamado ántes Beltran de Got, natural de Villaudreau, en la diócesis de Burdeos. Su padre era un caballero de la primera nobleza del pais. En 1295 habia sido nombrado obispo de Cominges, y despues el papa Bonifacio en 1299 le habia trasladado á la silla arzobispal de Burdeos. Su coronacion tuvo lugar en Lyon el dia 14 de Noviembre del año de su eleccion. Esta ceremonia se efectuó con la mayor solemnidad. El cardenal Teodorico Raniere, habia llevado de Roma la corona pontifical. Asistió el rey Jaime de Aragon, concurriendo tambien el de Francia, acompañado de Cárlos de Valois, y de Luis, conde de

Evreux, sus hermanos, y Juan, duque de Bretaña. Durante la cabalgata que se verificó á imitacion de las costumbres de Roma, refiere Artaud de Montor, que sucedió un grave accidente. «Se desplomó, dice, una pared, espantóse el caballo del Papa, cayó Clemente, rodó por el suelo la tiara, de la cual se desprendió un rubí de gran valor, que fue inútilmente buscado despues de lo acaecido. Juan II, duque de Bretaña, que sostenia una brida del caballo, fue lanzado y pereció en medio del tumulto. El rey y sus hermanos fueron tambien heridos.» De este modo se inauguró el pontificado del primer Papa que prefirió las riberas del Ródano á las orillas del Tíber.

CAPITULO II.

Frecuentes viajes de Clemente V en Francia.—Orígen de las anatas.—Reforma de las encomiendas.—Resentimiento de Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII.—Bulas revocadas.—Convocacion del concilio general de Viena.—Eleccion del emperador Enrique VII.—Principio de la residencia de los Papas en Aviñon.—Reflexiones sobre la traslacion de la Silla de San Pedro.—Concilios y sus objetos.

Al mes siguiente de haber sido coronado el papa Clemente, esto es, el 15 de Diciembre, hizo una promocion de cardenales, de los cuales nueve eran franceses y el décimo inglés. Entre los primeros uno era sobrino suyo y otros tres parientes. Este acto fue mirado con desagrado por el nepotismo no sólo de familia, sino tambien de nacion.

Como quiera que la coronacion del Pontífice se habia verificado en Francia por su voluntad, pronto fue conocida su intencion de fijar su domicilio en aquel reino. Con este motivo el decano del sacro colegio, Rosso de Ursino, dirigiéndose al cardenal Prato que habia influido mucho en la eleccion de Clemente, le dijo: «Habeis conseguido el objeto que os proponiais. Creo que muy en breve veremos el Ródano: pero si yo conozco bien á los gascones, tardará mucho tiempo el Tiber en volver á ver Papas.»

Durante los cuatro primeros años de su pontificado, Clemente hizo muchos viajes por Francia, tal vez con el objeto de preparar los ánimos para llevar á cabo su proyecto de traslacion á Aviñon de la Santa Sede. Uno de sus primeros cuidados fue eximir su antigua iglesia de Burdeos de la jurisdiccion de los obispos de Bourges que pretendian los derechos de primacía sobre esta silla como sobre la Aquitania.

Habiendo pasado en Lyon lo más rigoroso del invierno, deseando volver á Burdeos, se detuvo en Cluny donde descansó por espacio de cinco dias, lo que causó algun gravámen á aquellos monges no solamente por ser amigo de la magnificencia sino tambien por ir seguido de un gran

séquito de cardenales, de oficiales subalternos y de criados de toda especie. En Macon, Nevers, Bourges y otros puntos por donde pasó sucesivamente, tuvieron motivo de muchas quejas á causa de las exacciones de su comitiva.

El rey Eduardo pidió al papa Clemente con pretexto de servicio de la Tierra Santa el diezmo de las rentas eclesiásticas de su reino, las cuales fueron empleadas en usos bien diferentes. Esta fue una de las causas que dieron orígen al plan de las anatas formado por el Papa, el cual desde entónces se apropió las rentas del primer año de todas las vacantes que ocurrieran en las iglesias de Inglaterra, tanto de los obispados y abadías como de las prebendas y curatos hasta de los beneficios ménos pingües.

Al principiar el año siguiente (1306) y al salir de una peligrosa enfermedad que le habia puesto á las puertas del sepulcro trató de llevar á cabo la reforma de las encomiendas: así pues, expidió una bula en la cual decia, que las instancias importunas de los príncipes y de algunas otras personas de distincion así eclesiásticas como seculares, habian inclinado abusivamente al jefe supremo de la Iglesia á poner en encomienda los obispados y monasterios á pretexto de custodia ó administracion, ya por toda la vida de los comendadores, ya mas bien por tiempo limitado. «Nos hemos convencido, prosigue el Pontífice, de que se olvida enteramente el cuidado de estas iglesias; de que sus bienes y sus derechos se van aniquilando cada dia y de que las personas que dependen de ellos sufren un grave perjuicio tanto en lo espiritual como en lo temporal. Y por cuanto lo que debia serles ventajoso ha venido á serles nocivo, revocamos y anulamos absolutamente todas estas especies de comisiones, sean las que fueren las personas á quienes se hayan conferido sin exceptuar los cardenales (1).»

Conservaba aun Felipe el Hermoso su resentimiento y deseo de venganza contra el papa Bonifacio, por lo que hacia grandes instancias á Clemente para que condenase su memoria: pretendia hacer desenterrar ignominiosamente los restos de su cadáver. Obligó á Clemente á asistir á una conferencia en Bitiers en la cual francamente manifestó sus deseos ofreciendo presentar las pruebas de los delitos que segun él merecian aquel trato indigno. Horrorizóse el papa Clemente al oir tal proposicion y aun los mismos cardenales quedaron como espantados sin saber que

(1) Berault-Bercastel. Lib. XLI. n. 62.

contestacion podian dar al monarca. Los mismos que habian tomado el partido de Felipe contra Bonifacio, aunque revestidos de la púrpura por este Pontífice, temieron y con razon que de ser declarado papa intruso, ellos perderian su dignidad. Sin embargo, no este temor, sino la causa de la razon y de la justicia era la que debia haberles impulsado á defender calurosamente y aun á costa de la dignidad y de la vida la memoria de aquel pontífice. El Papa en esta ocasion obró con la mayor cordura y con una delicada prudencia. Con el objeto de dar tiempo para que se aplacase el furor del monarca tomó la resolucion de dilatar el negocio, aplazando su resolucion, por lo cual respondióle que la precipitacion en aquellas circunstancias podria alterar la union y amistad establedidas por espacio de tanto tiempo entre la Iglesia romana y los reyes de Francia que habian sido sus generosos protectores, añadiendo que para llenar completamente las miras del Rey, era indispensable que las pruebas de los delitos de Bonifacio, se hiciesen patentes en un concilio general que por otra parte creia muy necesario para tratar de otros asuntos muy importantes para el bien general de la Iglesia. La intencion de Clemente no era otra sino la de hacer resplandecer más pública y auténticamente la inocencia de su predecesor.

Felipe que se hallaba impaciente por llevar á cabo sus deseos, no podia avenirse con lo propuesto por Clemente; pero no tenia medio de desecharlo por lo prudente que aparecia. A más, el Papa le concedió diversas gracias y le dió muestras de grande estimacion y de cordial afecto, de tal modo, que Felipe, convenientemente engañado, creyó que habia de conseguir su objeto y convino en esperar á la celebracion del concilio general (1). Entónces el Pontífice, satisfecho, publicó una bula revocando y declarando sin valor todas las sentencias de excomunion, de entredicho y de otras penas fulminadas contra el Rey y su reino, desde el principio de la contienda entre Bonifacio y Felipe. Ultimamente, por la bula dada en la conferencia de Poitiers, el Papa absolvió á Guillermo de Nogaret, pero con la expresa condicion de sugetarse á la penitencia que le impusiesen tres cardenales nombrados al efecto.

Un negocio mucho más complicado que todos los anteriores vino á ocupar la atencion de Clemente. Mucho tiempo hacia que los Templarios se hallaban desacreditados, pues no habia quien dejase de tener conocimiento de la vida licenciosa que practicaban. El rey Felipe tuvo varias

---

(1) Rain. ann. 1307, n. 1.

conferencias secretas con el Papa, acerca de los delitos que se imputaban á aquellos religiosos. Cuando Clemente hubo escuchado la relacion hecha por el monarca, quedó aterrado y mucho más cuando supo que aquel habia mandado prender á los Templarios en toda la extension de su reino el 13 de Octubre de 1307, y queriendo evitar grandes desastres, suspendió los poderes del inquisidor Guillermo de Paris, que era el nombrado para informar contra ellos; mas despues en 5 de Julio de 1308 levantó la suspension, y en el mes de Agosto siguiente hizo por medio de una bula la convocacion del concilio general de Viena. Cuando se hubieron empezado en Francia los procedimientos contra los Templarios, el Papa escribió á los demas soberanos para que les formasen causa en averiguacion de la verdad que podia haber en los delitos de que generalmente se les acusaba. A su tiempo nos ocuparemos del funesto resultado que tuvieron estos procedimientos.

Es indudable que uno de los objetos principales que movieron al papa Clemente para la convocacion del concilio ecuménico, fue, á más del asunto de Bonifacio VIII, el de los Templarios. Varios interrogatorios sufrieron los acusados y principalmente el gran maestre, el visitador de Francia y los comendadores de Chipre, de Aquitania y de Normandía, dando por resultado que, convencido el Papa de la verdad de sus delitos y horrorizado á vista de ellos, mandó inmediatamente expedir la bula de convocacion del concilio. En ella manifiesta que en vista de las más exactas informaciones, se habia reconocido que los Templarios habian caido en diferentes herejias, en una verdadera apostasía y en las más abominables impurezas, que cuando admitian á un nuevo caballero, tenian por costumbre hacerle renunciar á Jesucristo, escupir en una cruz que le presentaban, y cometer con el mismo que le recibia en la órden, abominaciones que la decencia y el pudor no permiten referir (1). «Considerando, prosigue el Pontífice, que no pueden dejarse impunes unos delitos tan horribles, sin hacerse culpable para con Dios y para con la Iglesia, despues de haber deliberado sobre la materia maduramente con los cardenales y con otras personas eminentes en dignidad y saber, hemos resuelto segun la laudable costumbre de nuestros padres, convocar un concilio universal desde el 1.° de Octubre en dos años, á fin de proveer en él, así al órden de Templarios y á sus bienes, como á la fe católica, al recobro de la Tierra Santa, á la reforma y á las inmuni-

(1) Berault-Bercastel, Lib. XLI, n. 67.

dades de la Iglesia.» La bula es del mes de Agosto de 1308, y fue expedida en Poitiers, donde como se vé, el Papa permaneció mucho tiempo.

En el año anterior un incendio devoró una gran parte de la basílica de San Juan de Letran, quedando ilesa tan solamente la capilla de *Sancta Sanctorum*, donde estaban depositadas las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Hoy dia estas reliquias existen en el altar mayor de la misma basílica, donde fueron trasladadas por Urbano V en 16 de Abril de 1370, estando encerradas en dos bustos de plata que pesan más de 700 libras cada una, adornados de varias piedras preciosas, debido todo á la munificencia del rey Cárlos V, de Francia. Los cuerpos de los santos apóstoles, se hallan como es sabido en el magnífico y suntuoso sepulcro construido bajo el altar mayor de la basílica Vaticana.

Apénas el papa Clemente tuvo noticias de aquel desastre, envió á Roma dos comisionados con una crecida suma para empezar las reparaciones, y al mismo tiempo suplicó á los reyes de Sicilia y de Nápoles concediesen las maderas necesarias para la restauracion de la basílica.

En 1309 salió el Papa de Poitiers á fines del mes Agosto, y se dirigió á Burdeos, y luego por segunda vez á Tolosa, donde llegó por el mes de Diciembre. Habia muerto á la sazon Alberto de Austria, y se hallaban reunidos los príncipes electores del imperio para darle sucesor. Felipe el Hermoso queria obtener para sí el imperio ó al ménos para su hermano Cárlos de Valois, pero el Papa, temeroso de que se elevase el poder francés á una altura tal como la que tuvo en tiempo de Carlo-Magno, trabajó con los electores, consiguiendo que el 27 de Noviembre eligiesen por unanimidad á Enrique VII, hijo primogénito del conde de Luxemburgo, príncipe adornado de muchas virtudes, por lo que se esperaba fuese muy útil, así para la Iglesia como para el imperio. Su coronacion tuvo lugar en Aquisgran, el 6 de Enero de 1309.

Despues de la coronacion de Enrique VII, Clemente declaró resueltamente la intencion que tenia de fijar su residencia en Aviñon, y en efecto partió bara aquella ciudad, llegando á ella en el mes de Marzo del mismo año, en cuya época empieza á contarse la residencia de los Papas en Aviñon.

Esta traslacion de la Sede Pontificia, tan inoportuna como triste en sus fatales resultados, fue el principio de un cisma lamentable que por espacio de muchos años hizo verter lágrimas de desconsuelo á la Esposa inmaculada de Jesus. Los italianos no pudieron mirar con ánimo tran-

quilo esta preferencia dada á la Francia sobre la Italia, y con razon llaman á esta residencia el cautiverio de Babilonia, el oprobio de la Silla apostólica y el escándalo del mundo cristiano (1): todas las personas juiciosas, dice Berault-Bercastel, conocen la impropiedad de estos términos y la ridiculez de estas declamaciones interesadas. Así le hace exclamar su cualidad de francés, pero nosotros no podemos ménos de conocer la justicia de tales dictados, y casi conviene con nosotros el autor citado á pesar de su amor pátrio. Véase de que modo se expresa hablando de este asunto: «Sin duda las más poderosas razones hacian del domicilio «habitual de Roma un deber para el Papa, así en calidad de Cabeza de «la Iglesia como en la de obispo de aquella capital del mundo. Allí fue «donde desde Oriente trasladó el Príncipe de los Apóstoles la primacía «del apostolado: y al dejar á Antioquía, dejó igualmente el título de «aquella iglesia, para la cual cuidó de poner un nuevo obispo. Por una «contínua série de revoluciones y circunstancias en que los más atrevi«dos pensadores no han podido desconocer la conducta de la Providen«cia, pasando la soberanía de Roma á sus Pontífices, los puso en ella «en un pié tan digno de la preeminencia de su rango, como favorable á «la santa libertad de su ministerio. Las pasajeras facciones de los roma«nos, las disensiones y peligros de Italia, no habrian quizá podido des«terrar á un San Leon, á un San Gregorio, pontífices de heróica virtud; «pero no todos los Papas son unos hombres superiores á las flaquezas «ordinarias de la humanidad; que no por ser infalibles en la enseñanza, «son impecables en su conducta.

«La sola consideracion de los derechos y de los intereses temporales «de la Iglesia romana, ¿no pedia su presencia en Roma? ¿Qué pérdi«das, qué empobrecimiento, qué tristes depredaciones no sufrió duran«te esta especie de viudez? Y reduciéndose de rechazo á nada las rentas «del estado eclesiástico, respecto á las necesidades y decoro de la más «augusta de las dignidades, ¡qué de imposiciones onerosas sobre todas «las iglesias, qué de exacciones, á lo ménos aparentes, qué de obstá«culos á las limosnas de costumbre, qué de murmuraciones y qué de «escándalos! Finalmente, queriendo el cielo manifestar, segun se dice, «que nunca habia bendecido esta emigracion, y dando á conocer la gra«vedad del mal por el rigor del remedio, permitió que resultase de él «un cisma tan lamentable, que todos cuantos se habian levantado hasta

(1) Præf. vit. Pap. Aven.

«entónces parece que apénas merecieron el nombre de tales. Así discur-
«re la crítica que para nada tiene en cuenta los hechos que dominaron
«la voluntad y precisaron la conducta de Clemente V. Pero cuando se
«atiende á las circunstancias en que se halló este Pontífice, cuando se
«piensa en el peligro que habria corrido permaneciendo en Italia, ¿no
«habria sido temerario exponer en medio de estos peligros la persona
«de la Cabeza de la Iglesia, en vez de quedarse en un reino que siem-
«pre habia sido el asilo de sus predecesores en los tiempos de turbulen-
«cias y de infortunio (1)?»

Más esplícito é imparcial se muestra otro autor tambien francés, Artaud de Montor, el que nos viene sirviendo de guia para la cronología de los Papas, pues al manifestar que por complacer Clemente al rey Felipe, habia promulgado en pleno consistorio que seria permitido á cualquiera el promover instancia contra la memoria de Bonifacio, añade estas significativas expresiones: «Si Clemente V hubiera regresado á Italia no se habria visto obligado á tales complacencias.» Por otra parte, los males que pudo evitar el papa Clemente, trasladando la Silla á Aviñon, como supone el primero de los autores citados, ¿no son infinitamente inferiores á los que produjo el cisma nacido de la misma traslacion que por tantos años desgarró las entrañas de la Iglesia? La inspiracion divina hizo á San Pedro abandonar Antioquía para establecer y fijar la Sede Apostólica en la antigua capital de los emperadores, destinada por la Providencia para ser el centro de la verdad, así como ántes habia sido la maestra de los más grandes errores y el centro de las mayores abominaciones. Temerario hubiera sido, dice Bercastel, exponer en medio de los peligros de Roma la persona de la Cabeza de la Iglesia, en vez de quedarse en un reino que siempre habia sido el asilo de sus predecesores en los tiempos de turbulencias y de infortunio. Estas reflexiones estarian muy en su lugar si se tratase de un reino puramente temporal ó de una institucion humana: pero no son á propósito cuando se trata de la Iglesia fundada y sostenida por el Hijo de Dios; ¿por ventura nada significan sus promesas? ¿no bastan á dar tranquilidad al ánimo y á sostener la esperanza aquellas terminantes expresiones: *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia?* Todos los esfuerzos de los poderes de la tierra que se demostraban hostiles. se hubieran estrellado sobre aquella promesa, en la piedra firme del catolicismo. No en-

(1) B. Bercastel. Lib. XLI. n.° 70.

contramos, pues, disculpa á la extraordinaria medida tomada por Clemente V.

Ántes de ocuparnos del concilio general ecuménico de Viena, uno de los más importantes por sus disposiciones, daremos cuenta de otros varios reunidos ántes que este, desde principios del siglo que historiamos. Fueron en gran número y en diversos paises; pero tan sólo haremos mencion de los más importantes.

Concilio de Reims en 1301, por el arzobispo Roberto de Courtenai en 22 de Noviembre. Hízose en esta asamblea una constitucion que contiene siete artículos, cuya mayor parte se refiere á los clérigos que sean citados ante un tribunal civil. (Mansi, *Suppl.*)

En 1302 se celebró en Paris un concilio del cual ya nos hemos ocupado, y fue en el que Felipe el Hermoso hizo leer la bula *Ausculta fili.*

Concilio romano en 30 de Octubre de 1302, en el cual el papa Bonifacio fulminó muchas amenazas contra el rey de Francia, que no llevó á cabo. Como obra de este concilio se mira la bula *Unam sanctam.*

Concilio de Paris, convocado en el Louvre en 12 de Marzo de 1303, á presencia del rey con muchos señores, dos arzobispos y tres obispos. Por esta asistencia tan reducida de prelados como numerosa de señores, podemos calificar este concilio como asamblea mixta ó más bien como conciliábulo, toda vez que Guillermo de Nogaret presentó en él un recurso al rey contra el Papa, acusándole de intruso, de hereje público y de simoníaco, así como de otros crímenes enormes, y concluia pidiendo al rey y á todos los asistentes que procurasen convocar un concilio general en el que pudiera condenársele, y poner otro en su lugar ofreciéndose á insistir en su acusacion delante del concilio.

En el Louvre en 13 de Junio del mismo año 1303, se celebró otra asamblea, en la cual se presentaron tambien acusaciones contra el Papa y en el que se trató con extension del famoso altercado habido entre el Sumo Pontífice Bonifacio y el rey Felipe el Hermoso.

En Tarragona en 22 de Febrero de 1305, se celebró por el arzobispo D. Rodrigo un concilio en el cual se formó una constitucion que no ha sido publicada todavía y que consta de tres artículos: y en 1307 el arzobispo Guillermo celebró otro en la misma ciudad de Tarragona, en el cual se formó otra constitucion que consta de dos artículos, por el segundo de los cuales se dispone, que los legados hechos á los frailes menores serán aplicados á otros por el ordinario, en atencion á que son incapaces para recibirlos por su voto de pobreza.

Concilio de Maguncia, reunido por Pedro, arzobispo de la misma ciudad, en 11 de Mayo de 1310 y en los dos dias siguientes: se hizo un extracto de los concilios anteriores, y en virtud de la órden expresa del Papa, se trató de la cuestion de los Templarios. Ante esta asamblea se presentaron voluntariamente veinte y uno de estos caballeros llevando á su frente á Hugo, su comendador, los cuales protestaron de su inocencia y declararon que apelaban al Papa futuro de las persecuciones que venian experimentando: temeroso el arzobispo de que se ocasionase algun tumulto, contestó á los Templarios que se ofrecia á gestionar cerca del Papa para asegurar su tranquilidad, y les despidió sin causarles el menor daño. En el año siguiente procedió al exámen de su causa en virtud de una nueva comision, descargándoles de los crímenes que se les imputaban, y les declaró inocentes por sentencia de 1.° de Julio.

En 17 de Junio del mismo año 1310, el arzobispo Reynaldo, legado de la Santa Sede, reunió un concilio en Rávena, al que se mandó comparecer á cinco Templarios, los cuales negaron obstinadamente los cargos que se les hacian, por lo cual, á pesar de los esfuerzos de dos inquisidores que trabajaban porque fuesen llevados al tormento, fueron absueltos.

Tambien para examinar la misma causa de los Templarios, se reunió otro concilio en Paris, por Felipe de Marigni, arzobispo de Sens, que duró desde el 11 hasta el 26 de Octubre. Algunos de los Templarios fueron absueltos, otros puestos en libertad mediante la imposicion de una penitencia, y cincuenta y nueve condenados á las llamas, como relapsos en la herejía, cuyo suplicio se verificó en un campo cerca de la abadía de San Antonio, á pesar de las protestas que hacian de su inocencia.

Tales fueron los pricipales entre los concilios celebrados desde el año 1301 hasta que en 1311 se abrió el general ecuménico de Viena del que vamos á ocuparnos en el siguiente capítulo.

CAPITULO III.

Orígen y progresos de la Órden del Temple.—Cronologia histórica de los grandes maestres de la misma.—Décimo quinto concilio general, celebrado en Viena.—Decrétase la supresion de los templarios.—Condenacion de los errores de Juan de Oliva, y de los fraticelli.—Errores de los Beguardos.—Constituciones del concilio de Viena para los regulares.—Para los hospitales.—Para la fiesta del Santísimo Sacramento.—Para los estudios.—Continuacion de la causa de los templarios.—Felipe el Hermoso hace quemar al gran maestre y al hermano del Delfin de Auvernia.—Reflexiones sobre el funesto fin de los templarios. — Muerte de Clemente V y de Felipe el Hermoso.—Luis Hutin, sucede á Felipe.

Ya que hemos de ocuparnos del concilio general de Viena en el cual se publicó la supresion de la órden de los templarios, vamos á hacer un breve historiado de la misma que amplie las noticias que ya hemos dado de la misma. La institucion de la caballería del Temple data del año 1118. Tuvo por objeto la conservacion de los santos lugares de Jerusalen, la necesidad de defenderlos contra los turcos, y el atender al gran número de peregrinos que de todas partes llegaban á la Siria. Los fundadores fueron nueve, siendo los principales entre ellos Hugo de Payeus, y Godofredo de Saint Omer. En presencia del patriarca pronunciaron los tres votos de religion, añadiendo el cuarto por el cual se obligaban á tomar las armas para combatir á los infieles. Fue pues, esta órden militar en su orígen á diferencia de la de los hospitalarios, que segun la más comun opinion, lo fue más tarde por la fuerza de las circunstancias.

Los caballeros templarios, usaban, segun creemos haber ya dicho en otro lugar, una cruz encarnada ó roja, semejante á la de los cruzados franceses.

Bien quisiéramos presentar una lista exacta de los grandes maestres

del Temple, porque las que existen no concuerdan entre sí. En algunas se señalan como jefes de esta órden á los superiores generales de algunas provincias. Sin embargo, creemos que la cronología más exacta es la del sabio benedictino Clemente, que es la que vamos á reproducir descartando de ellas las noticias que no son de gran interés, acerca de cada uno de los jefes de la órden.

He aquí dicha cronología de los grandes maestres del Temple.

1118. *Hugo de Payeus*, caballero descendiente de la casa de los condes de Champaña. Este fue como hemos dicho ántes el que en compañía de otros gentiles hombres concibió en la Palestina el plan de establecer una nueva órden religiosa militar, consagrada á la defensa de la Tierra Santa. Hugo pasó al Occidente en el año 1127 para obtener de la Santa Sede la confirmacion de su instituto, y fue enviado al concilio de Troyes, que se abrió el 13 de Enero del siguiente año. El concilio dió su aprobacion y mandó que vistieran el hábito blanco y encargó á Juan de San Miguel que redactase la regla que debian observar. Hizo despues Hugo muchos viajes en particular por Inglaterra, España é Italia, y no solamente recogió abundantes limosnas para atender á las necesidades de la Palestina sino que hizo muchos prosélitos, de suerte que en el año 1129 tenia ya la órden establecimientos en los Paises Bajos. En 1131 Alfonso, rey de Aragon y de Navarra, instituyó por medio de un testamento auténtico herederos de sus estados á los caballeros del Temple y á los de San Juan, y si bien este testamento no tuvo efecto, se ofreció á los Templarios que se respetarian las intenciones del testador hasta cuanto lo permitiesen las circunstancias. Murió Hugo de Payeus en el año 1136, siendo llorado por todos los cristianos de la Palestina. Habia sido Hugo casado y tenia un hijo llamado Teobaldo, que fue abad de Santa Coloma de Sens, y murió en el año 1147 yendo en compañía del rey Luis el Jóven á la Tierra Santa. Al principio de su instituto los caballeros del Temple eran tan pobres que solo tenian un caballo para dos caballeros. Con la idea de perpetuar esta pobreza, grabaron en el sello de la órden un caballo montado por dos caballeros. (Mateo de Paris)

1136. *Roberto el Bourguignon*, señor de Craon y de Ennagen de Vitré, llamado tambien el Borgoñon como su bisabuelo paterno Roberto, hijo tercero de Reinaldo I, conde de Nevers y marido de Avoise, señora de Sablé, fue el sucesor de Hugo en el maestrasgo del Temple. El valor y la piedad, cualidades de las que se hallaba adornado Roberto fueron la causa de su elevacion á la primera dignidad de la órden, y él supo jus-

tificar su eleccion con su buena conducta. Apénas habia sido elegido por sucesor de Hugo, cuando cayó á la cabeza de sus caballeros, sobre Asuard, gobernador de Alepo que devastaba la Palestina: le derrotó y le obligó á emprender la fuga. Mientras tanto los vencedores se entretenian en el saqueo, volvió Asnard á la carga y derrotó un gran número de caballeros, no siendo verdad como afirma algun historiador, que Roberto pereciese en esta jornada. En el año 1146 empezó en España la famosa expedicion contra los moros, que duró por espacio de diez años, y en ella tomaron mucha parte así los caballeros del Temple como los hospitalarios. En 22 de Abril de 1127 se reunieron los Templarios en Paris en capítulo, en número de ciento treinta, estando á su cabeza el papa Eugenio III para tratar de los asuntos de la Tierra Santa. Esta asamblea fue tambien honrada por la presencia del rey Luis el Jóven, acompañado de muchos prelados y señores. Roberto murió ántes de que se celebrase esta asamblea. Asegura Guillermo de Tiro que no fue Roberto ménos ilustre por la pureza de sus costumbres y por su valor, que por su cuna. Sin embargo se engaña, lo mismo que el autor de los hechos de Luis el Jóven, prolongando su maestrazgo hasta la asamblea que el emperador Conrado tuvo en Acre el año 1148 á la cual dicen uno y otro que asistió el gran maestre Roberto. Segun un manuscrito de la reina de Suecia, los templarios no empezaron á llevar la cruz roja sobre el pecho hasta el mando del gran maestre Roberto, y en el pontificado de Eugenio III.

1147. *Everardo de Barres*, fue elegido por el capítulo de que acabamos de hablar, para suceder á Roberto, sin que podamos señalar la época fija de la muerte de éste. Everardo era francés, preceptor y maestre particular de la órden desde el año 1143. Pedro, abad de Cluny, le escribió para felicitarle su promocion á la dignidad de gran maestre. En el mismo año de su eleccion pasó á Constantinopla á ver al emperador Conrador y al rey Luis el Jóven. Odon de Deuil, que seguia de cerca al monarca francés, y que escribió el viaje de este príncipe, le dió expresamente el título de maestre del Temple: *Magister Templi Dominus Evrardus de Barris.* Despidióse Everardo del monarca francés para regresar á su país, pero se reunió con él al siguiente año, á la cabeza de los suyos en Pamfilia. Luis tenia necesidad de refuerzo, y él lo prestó. En 1149 acompañó al rey de Francia en su regreso: y habiendo llegado á Claraval, abrazó la vida monástica, habiendo mandado su abdicacion á Palestina, y perseveró en su nueva vocacion, á pesar de las repetidas instancias que le hicieron los templarios para que volviese á su país.

Veinte y cuatro años de una vida ejemplar terminada por una muerte no ménos edificante, demostraron que abstraido de todas las cosas de la tierra, vivia tan solamente para Dios. El menologio de Citeaux hace mencion de él, el 25 de Noviembre.

1149. *Bernardo de Tramelai ó Dramelai:* sustituyó al gran maestre Everardo de Barres. Fue su primer objeto reedificar y fortificar la ciudad de Gaza, desde la que los templarios hicieron algunas correrías al país de los sarracenos. Dió siempre señaladas muestras de mucho valor. En 1153 se dirigieron los templarios como asimismo los hospitalarios al sitio de Ascalon, emprendido por Balduino III, rey de Jerusalen: aquella ciudad que habia sido abastecida por mar por los egipcios, se defendió heróicamente. El rey sin embargo, no se amedrentó, y por consejo de los templarios mandó aproximar á la plaza una gran torre de madera: pero la noche del 14 de Agosto los sitiados pusieron gran cantidad de materias combustibles entre la torre y las murallas, y le pegaron fuego. Por fortuna el aire llevaba las llamas á la muralla, en la cual hicieron una gran brecha, por la cual luego de extinguido el fuego, el gran maestre entró con cuarenta de sus caballeros. Los de la ciudad atemorizados trataron de tomar la fuga por mar; pero conociendo bien pronto que aquellos hombres no habian sido seguidos del grueso del ejército, se volvieron contra ellos y degollaron á cuantos encontraron dentro de la ciudad. Luego repararon la brecha y mandando las cabezas de los soldados á los sitiadores, colgaron sus cadáveres en lo alto de las murallas, de suerte, que pudiesen ser vistos por aquellos. Guillermo de Tiro imputa este funesto acontecimiento á la avaricia del gran maestre, que queriendo que solamente su órden recogiese los despojos de esta opulenta ciudad, se colocó sobre la brecha para impedir que el resto del ejército entrase en la plaza, mientras que sus tropas la estaban saqueando. Sin embargo, no se debe dar entero crédito á esta noticia, por que á más de la prevencion que Guillermo de Tiro tenia contra los templarios, hay que añadir que en este particular habla tan solamente de oidas. A pesar del referido desastre, Ascalon cayó en poder de los sitiadores en el asalto que tuvo lugar el 19 del mismo mes de Agosto.

1153. *Beltran de Blanquefort*, fue el sucesor del gran maestre Bernardo de Tramelai. Era hijo de Godofredo, señor de Blanquefort en Guiena. En el año 1155 los templarios estando á su lado sorprendieron el acto de tomar la fuga el asesino de Dafer, califa de Egipto; se apoderaron de los tesoros que conducia y entregaron su hijo á los egipcios.

En 1165 Grofedo Martel, hermano del conde de Angulema y Hugo le Brun, señor de Lusignan, llegaron con tropas á la Palestina y por persuacion del preceptor del Temple, frey Gilberto de Laci, marchó con sus tropas contra Noradino, que estaba acampado en el condado de Trípoli. Los cristianos sorprendieron el campo de los musulmanes haciendo en él una horrorosa carnicería y obligando á Noradino á tomar la fuga medio desnudo. Esto no obstante, Noradino se vengó cruelmente el dia 10 de Agosto del mismo año, pues que entrando nuevamente en accion, sólo se salvaron siete de sesenta caballeros del Temple que entraron al combate. El gran maestre que se hallaba entónces en Egipto, donde sostenia guerra con el rey Amauri, regresó con prontitud é hizo ahorcar á doce caballeros, porque cobardemente habian entregado á Schirkuk el castillo de Caverna, que habia sido confiado á su custodia. Murió Beltran en el año 1168, con la reputacion de un buen religioso y de un experimentado y valiente capitan. Durante su maestrazgo, el papa Alejandro III, concedió á los templarios muchos privilegios que están incluidos en su bula del 18 de Junio de 1163.

1168. *Felipe*, nacido en Naplusa, en Siria, fue el inmediato sucesor del gran maestre Beltran. Era oriundo de Picardía, hijo primogénito de Guido de Milli, y de Estefanía, dama flamenca. Felipe fue en un principio señor de Naplusa, y se encontró en el sitio de Damasco en 1148. Habia estado casado con una mujer que le habia llevado en dote dos importantes ciudades en la Arabia Petrea, de la cual tuvo dos hijas, y despues que hubo enviudado se hizo templario, habiendo merecido por su conducta el ser elevado hasta la primera dignidad de la órden, cuyo destino desempeñó poco tiempo por haberle renunciado ántes de Pascua del año 1171.

1171. *Odon de San Amando*, caballero francés, descendiente de padres tan distinguidos por su piedad como por su nobleza, mariscal despues de haber sido comerciante en Jerusalen, ántes de hacerse templario, fue el sucesor del gran maestre Felipe de Naplusa. Poco tiempo despues de haber subido al poder, tuvo el sentimiento de ver apostatar al templario Melier ó Milon, hermano del príncipe de Armenia, cuyos estados usurpó á su sobrino que era el legítimo heredero de ellos. Por la misma época uno de los caballeros de la misma órden, llamado Gualtero de Menil, asesinó al diputado del príncipe de los *asesinos* que iba á Jerusalen para tratar de la conversion de su jefe; nuevo motivo de disgusto para el gran maestre. Temiendo el rey Amauri las consecuencias de este

atentado, pidió que le fuese entregado el culpable, á lo cual se negó resueltamente Odon, alegando los privilegios de la órden que le eximia de la justicia secular, conflicto que fue causa de grandes trastornos y altercados. Segun Guillermo de Tiro, Amauri consiguió apoderarse de la persona de Menil y encarcelarle en Tiro; pero este murió ántes que Amauri pudiese hacerle juzgar por su consejo. La perfidia de aquel individuo fue causa de que la órden empezase á caer en descrédito, empezando á levantarse contra ella algunos enemigos. Odon dió grandes pruebas de valor y pericia militar en diferentes batallas que sostuvo contra los musulmanes. A pesar de todo esto, Guillermo de Tiro le ultraja en gran manera, tratándole de hombre malo, soberbio y arrogante, que no temia á Dios ni respetaba á los hombres: pero es necesario recordar lo que ya ántes hemos dicho, á saber, que este historiador es poco favorable á las órdenes militares y muy especialmente á la del Temple.

1179. *Arnaldo de Toroge*, despues de haber ocupado los primeros puestos de la órden, fue elegido para suceder al gran maestre San Amando. Era hombre de corazon y muy delicado, pero las críticas circunstancias en que se encontró no le permitieron sostener siempre su carácter. En 1180 Arnaldo y el gran maestre de los hospitalarios firmaron una paz deshonrosa con Saladino. Como quiera que los asuntos de la Palestina iban progresivamente en decadencia, los dos mismos gran maestres se embarcaron en el año 1184, con el patriarca Heraclio para ir á buscar socorros al Occidente, y habiendo llegado á las costas de Italia, se dirigieron á Verona en cuyo punto se hallaba el Papa conferenciando con el emperador. Murió Arnaldo en esta ciudad, y no en Paris como quieren algunos escritores.

1184. *Terric ó Thierri ó Terencio*, cuyo país y familia son desconocidos, fue elevado á la dignidad de gran maestre despues de la muerte de Arnaldo de Toroge. Su temeridad fue causa de grandes reveses. De acuerdo con los hospitalarios en 1187 atacó cerca de Nazareth al príncipe Afdhar, hijo de Saladino, al regresar de una incursion que habia hecho en el territorio de los francos. Este ataque fue verdaderamente temerario, pues que quinientos cristianos pelearon contra siete mil caballeros musulmanes: así es que no obstante haber hecho prodigios de valor, perecieron la mayor parte. Tuvo lugar esta accion el dia 1.º de Mayo. El gran maestre de los hospitalarios fue del número de los muertos; pero el de los templarios pudo escapar apelando á la fuga. El dia 5 del siguiente Julio tuvo lugar la famosa batalla de Tiberiada. Siguiendo

los templarios al gran maestre, cargaron sobre los primeros escuadrones enemigos, los cuales á su vez se precipitaron sobre las líneas de retaguardia, pero abandonados aquellos del resto del ejército, fueron de tal modo arrollados que todos fueron muertos ó hechos prisioneros: estos últimos fueron hechos decapitar por Saladino, por haber preferido la muerte al mahometismo, cuya religion les proponia abrazar, exceptuándose de esta regla general el gran maestre. Este fue el hecho principal del maestrazgo de Terric.

1188. *Gerardo de Riderfort*, sustituyó al gran maestre Terric. Este jefe pereció en la accion que dió contra Saladino el 4 de Octubre. La historia no habla de otra accion en que estuviera este gran capitan. Despues de su muerte el maestrazgo estuvo vacante por espacio de diez y ocho meses. Durante este interregno los cruzados llevaron á cabo el famoso sitio de San Juan de Acre, en el cual los caballeros templarios dieron grandes ejemplos de valor. Ya nos ocupamos á su tiempo detenidamente de este famoso sitio.

1191. *Roberto de Sablé*, señor de Sablé, tercero de este nombre, hijo primogénito de Roberto II de Sablé, y de Hersenda, fue elegido gran maestre del Temple despues de la llegada del rey de Inglaterra á Palestina. Se habia incorporado á la órden en el sitio de Acre, y los grandes hechos con que se habia distinguido en España, Sicilia y otros puntos, fue causa de haber adquirido gran reputacion y de haberse encumbrado en tan poco tiempo al primero y más distinguido puesto de la órden. Los sucesos futuros justificaron su eleccion. Al poco tiempo de verificada esta, los templarios bajo las órdenes del rey de Inglaterra, ganaron en el mes de Julio una batalla contra Saladino en las llanuras de Arsof, victoria que les proporcionó poder reparar las plazas marítimas, objeto preferente de todos sus cuidados. Muchas fueron las batallas que Roberto ganó durante su mando, dando en todas ellas pruebas de un valor extraordinario. El año 1194 las dos órdenes militares del Temple y del Hospital, fueron batidas en España por el miramamolin de África. En el año 1196 lo más tarde, murió Roberto de Sablé, el cual ántes de entrar en la religion fue casado dos veces.

1196. *Gilberto Horal ó Eral*, preceptor de Francia, desempeñaba ya el cargo de gran maestre en el año 1196, lo que está probado por una donacion de Alfonso, rey de Aragon, hecha en dicho año á favor del convento militar de la Alhambra. En 1199 se suscitó una cuestion que tomó grandes proporciones entre los templarios y los hospitalarios, de

cuyas resultas se trabó un combate entre ellos. El gran maestre del Temple, acompañado de otro caballero de la órden, fueron diputados para pasar á ver al papa Inocencio III sobre la mencionada contienda. El Papa despues de haber vituperado á los dos partidos, confió la resolucion del negocio á los obispos de Oriente, los cuales condenaron á los templarios. El obispo de Sidon llegó hasta el extremo de fulminar una sentencia de excomunion contra el gran maestre del Temple, contra todos los súbditos de la órden y sus amigos y protectores en general, cuya indiscrecion fue ágriamente censurada por el Papa, el que en una carta acusó de ignorancia y de malicia al prelado, suspendiéndole de todas sus funciones. En el año 1200 los templarios de Alemania pusieron los cimientos del castillo de Mongberg, en la frontera de Brandeburgo. Ignórase el año en que murió el gran maestre Gilberto Horal, pero no pasó del 1201.

1201. *Felipe de Plessiez*, hijo de una ilustre familia de Anjou, estaba en posesion del maestrazgo, segun du Cange, en el citado año. En el mismo, el rey de Armenia se apoderó del fuerte Gaston que estaba en poder de los templarios, el cual estaba situado en el principado de Antioquía. Durante este maestrazgo se elevaron algunas quejas ante la corte de Roma contra los templarios, en virtud de lo cual el papa Inocencio III les escribió una carta muy severa sobre la desobediencia que aquellos observaban con respecto á los obispos y legados. La órden habia empezado á adquirir grandes riquezas, olvidando por completo la pobreza de su institucion, y esta fue la causa de haberse apoderado de los templarios el espíritu de indocilidad que llegó á caracterizarlos. En 1210 Pedro II, rey de Aragon, hizo donacion á estos caballeros del fuerte de la Azuda y de la ciudad de Tortosa. En 1213 tuvo lugar la famosa batalla de Ubeda que ganaron los cristianos contra los sarracenos de España, habiéndose distinguido entre los templarios Gomez Ramirez, preceptor de Castilla. El año 1217 fue memorable en los fastos de España con la victoria que alcanzaron los cristianos contra los moros despues de la toma de Alcázar, debida en gran parte al valor de los caballeros templarios. Murió Felipe en el mismo año.

1217. *Guillermo de Chartres*, de nacion francés, fue el inmediato sucesor del gran maestre Felipe de Plessiez. Era hijo de Milon IV, conde de Bar-sur-Seine, con el cual se encontró en el año 1218 en el sitio de Damieta. Entónces empezaron los templarios á edificar el magnífico castillo de los peregrinos en la punta de una roca entre Dora y Cesarea,

empresa muy costosa pero que reportó gran utilidad. En 1219 Guillermo de Chartres murió delante de Damieta, á consecuencia de una enfermedad epidémica, causada por la inundacion del Nilo. El fue el que escribió al papa Honorio III en 1218, para suplicarle que vigilase por la conservacion del reino de Chipre, despues de la muerte del rey Hugo I.

1219. *Pedro de Montaigú*, perteneciente á una distinguida familia francesa, fecunda en grandes hombres, fue el sucesor inmediato de Guillermo de Chartres, cuya investidura recibió delante de Damieta. Todos los historiadores convienen en que fue de un valor y habilidad extraordinarios, por lo cual sus contemporáneos le comparaban con Gedeon: sin embargo, su terquedad en rechazar las ventajosas ofertas del sultan de Egipto, empañó mucha parte de su gloria. Aquel príncipe á fin de conseguir que los cruzados levantasen el sitio, ofreció devolver el leño de la verdadera Cruz, y á más el reino de Jerusalen con todos los prisioneros que tenia en su poder, y entregar al mismo tiempo las sumas necesarias para reconstruir los muros de Jerusalen, que él acababa de destruir. Tan ventajosas proposiciones fueron aceptadas por los jefes de ejército, á excepcion del legado y de los templarios que los rechazaron. La plaza fue tomada el 5 de Noviembre de 1219, pero fue preciso que la entregasen al cabo de dos años. Despues de esta pérdida los templarios regresaron á España. En 1227 tomaron gran interés por el Papa, en sus cuestiones con el emperador Federico II, lo que les valió la enemistad de este príncipe, cuyas consecuencias experimentaron bien pronto. Federico quiso obligarles á marchar con él para combatir á sus enemigos: pero el gran maestre se opuso á ello, alegando la prohibicion del Papa que no les permitia ponerse bajo las órdenes de un príncipe excomulgado. Al abandonar Federico la Palestina, injurió gravemente al gran maestre. Segun la opinion de du-Cange, bajo el maestrazgo de Pedro de Montaigú fue cuando los templarios obtuvieron las bulas de Roma para quedar exentos de la jurisdiccion del patriarca de Jerusalen.

1233. *Armando de Perigord ó de Peyragos*, oriundo, segun se cree, de la antigua casa de los condes Perigord, reemplazó al gran maestre Pedro de Montaigú. Entre sus hechos se cuenta el haber peleado en 1244 á la cabeza de sus caballeros en las dos sangrientas batallas dadas por los francos á los kharismianos, pereciendo con un gran número de los suyos en la última que fue dada el 18 de Octubre. Más de un mes pasó sin que se supiera el paradero del gran maestre del Temple: unos decian que habia muerto en la batalla, otros que habia caido

prisionero. En esta incertidumbre el capítulo general nombró un vice-gerente, que fué el siguiente gran maestre.

1247. *Guillermo de Sonnac ó de Senai*, hijo de una distinguida familia de Languedoc, fue elegido en 1247 para desempeñar la dignidad de gran maestre. A la sazon la Francia se ocupaba exclusivamente de los negocios de la Tierra Santa. El nuevo gran maestre fue á reunirse con San Luis delante de Damieta, donde el monarca francés pudo ser testigo de su valor, de su prudencia y de su habilidad, por lo cual le confió el mando de la vanguardia de su ejército. Los francos experimentaron una derrota en Mansourah, pereciendo el conde de Artois, y habiendo perdido un ojo el gran maestre del Temple, el cual al cabo de tres dias fue muerto en una nueva accion. Mateo París califica á Sonnac de hombre prudente, circunspecto y muy versado en el arte militar.

1250. *Reinaldo de Vichiers*, gran mariscal de la órden y ántes preceptor de Francia, natural de Champagna, fue elegido para suceder al gran maestre Sonnac. Este nuevo jefe consiguió con su valimento que el rey San Luis prolongase su estancia en Siria. Murió en 1256, segun Bernardo el Tesorero.

1256. *Tomás Beraut ó Berail*, sucedió al gran maestre Reinaldo. Los hospitalarios y los templarios tomaron parte á favor de las diversas facciones de genoveses y pisanos que sostenian contínuas guerras entre ellos. Trabóse entre unos y otros una batalla tan sangrienta, que sólo pudo salvarse un caballero del Temple. Luego que se supo en Francia la noticia de este desastre, los templarios reunieron un capítulo general para tratar en cuanto les fuese posible de reparar las grandes pérdidas que habian experimentado, y á consecuencia del acuerdo que se tomó, muchos caballeros de la Órden se embarcaron para la Palestina, no llevando las intenciones más pacíficas con respecto á los hospitalarios. Cuando hubieron llegado á las inmediaciones de este país, se vieron obligados á suspender la ejecucion de sus proyectos, á causa de que los turcomanes habian entrado en la Tierra Santa, la cual estaban saqueando. Reuniéronse los Templarios con las tropas del país y libraron imprudentemente una batalla contra aquellos bárbaros, los cuales les derrotaron, haciéndoles un gran número de prisioneros. Despues de otros muchos desastres que tuvieron los cruzados, muchos caballeros italianos, franceses y sicilianos, seguidos de un gran número de otras personas, acudieron á la Palestina: pero á pesar de este refuerzo la Tierra Santa se encontró en 1271 sin otro recurso ni socorro que el de los

caballeros. El gran maestre Beraut murió el 25 de Marzo de 1273. En una carta que dirigen los orientales al rey de Navarra se califica al gran maestre de hombre sabio y prudente. A pesar de esto, cuando la condena de los templarios en tiempo de Felipe el Hermoso, á él le fue imputada la costumbre de renegar de Jesucristo, cuando alguno queria ingresar en ella, todo lo que traia su orígen, segun el sabio benedictino Clemente, cuya cronología venimos siguiendo, del tiempo que estuvo prisionero cuando la toma de Safad; pues sólo se le concedió la libertad bajo la condicion mencionada de renegar de Jesucristo.

1273. *Guillermo Guichard* ó *Beaujeu*, hijo de una ilustre familia que tomó el nombre del castillo de Beaujeu, cerca de Grai, sobre el Saona (Dunod), y comendador de la Pulla, fue elegido gran maestre el 13 de Mayo de 1273, segun Bernardo el Tesorero. En el año 1274 asistió Guillermo al concilio de Lyon, y habiéndose embarcado el mismo año llegó en el mes de Diciembre á la Palestina, cuyo país encontró desolado: pero contribuyó mucho á la salvacion de los caballeros que hostigados por los infieles, se hallaban fortificados en una montaña con el rey Hugo de Lusiñan. En 1279, los templarios tuvieron una cuestion con Alfonso, rey de Portugal, cuya causa nos es desconocida. Habiéndoles despojado de una parte de lo que sus mayores le habian dado, se quejaron los templarios ante el Papa, el cual obligó á Alfonso por medio de sus censuras á devolver á la órden, todo lo que le habian tomado. En la informacion que se hizo contra los templarios en tiempo de Felipe el Hermoso, se dijo que el gran maestre Guillermo Guichard, durante las treguas que fueron concedidas por la mediacion del rey de Inglaterra, entre los cristianos y sarracenos, sirvió en los ejércitos del sultan, lo que hizo, dicen, para granjearse la amistad de este príncipe infiel, asegurando por este medio la conservacion de las plazas que él poseia en la Tierra Santa. Lo cierto es que los templarios y los teutónicos se rindieron despues de haberse defendido heróicamente en una batalla, y fueron degollados todos á pesar de la capitulacion.

1291. *Fr. Gaudini*, que habia sido lugar-teniente de Guillermo de Beaujeu, fue el inmediato sucesor de Guillermo Guichard. Habiendo el enemigo entrado en San Juan de Acre el dia 18 de Marzo de 1291, Gaudini se encerró con los suyos en el cuartel del Temple, en cuyo punto se defendió todo el dia siguiente. Se les hicieron proposiciones honrosas que los sitiados aceptaron, pero prontamente fueron violadas. Los caballeros tomaron nuevamente las armas, sostuvieron otro asalto y pere-

cieron casi todos bajo las ruinas de una torre que estaba minada. El dia 20 de Mayo el gran maestre se embarcó llevando consigo los tesoros de la Órden, acompañado de diez caballeros, resto de los quinientos que habia en Acre, y se dirigió á Chipre lo mismo que el gran maestre del Hospital. Uno y otro establecieron la capital de su órden en la ciudad de Limisso, bajo la proteccion del rey Enrique II. Murió Gaudini en este retiro el año 1298 lo más tarde.

1298. *Jayme de Molay*, fue el último de los gran maestres de los templarios. Era oriundo de la casa de los señores de Longvic y de Raon, en el condado de Borgoña. Molay se habia hecho conocer en la corte de Francia, en la que habia tenido el honor de sacar de pila á uno de los hijos del rey Felipe el Hermoso.

Ya hemos hecho mencion de varios concilios celebrados con el objeto de examinar la causa de los templarios, y vimos que en el celebrado por el arzobispo de Sens, en Paris en 1310, unos fueron absueltos, otros puestos en libertad mediante la imposicion de una penitencia y cincuenta y nueve condenados á las llamas como relapsos en la herejía. El concilio provincial de Reims que se tuvo en Senlis, entregó nuevos relapsos al juez secular, el cual los mandó inmediatamente quemar. Empero, lo que causó impresiones extrañas en el espíritu de los pueblos, es que tanto estos nueve templarios de Reims como los cincuenta y nueve de Sens, retractaron todos su confesion en la hora de la muerte, y protestaron que el temor de los tormentos y las inducciones artificiosas se la habian arrancado. En la Provenza, donde dominaba Cárlos II, rey de Nápoles, los templarios tuvieron la misma suerte que en Francia, pues que todos fueron presos en un mismo dia, examinados y juzgados, sufriendo muchos de ellos la pena del fuego.

Tiempo es ya de que nos ocupemos del

DÉCIMO QUINTO CONCILIO GENERAL EN VIENA, en el Delfinado. Fue celebrado bajo el pontificado de Clemente V, el cual lo presidió; segun Villani, concurrieron á él más de trescientos obispos además de los prelados menores, abades y priores. La primera sesion se celebró el 16 de Octubre de 1311, no habiendo tenido lugar la segunda hasta el 3 de Abril del siguiente año: en ésta publicó el Papa la supresion de la órden de los templarios en presencia del Rey, que estaba muy empeñado en esta cuestion, su hermano Cárlos de Valois y de sus tres hijos, Luis, rey de Navarra, Felipe y Cárlos. Esta supresion tenia carácter de interinidad más que de condenatoria, puesto que el Papa reservó á su dis-

posicion y á la de la Iglesia las personas y los bienes de los templarios. En este concilio se declaró que el papa Bonifacio VIII, cuya condenacion como hereje solicitaba hacia mucho tiempo el rey Felipe el Hermoso, habia sido siempre católico, y que nada habia hecho jamás que le hiciese culpable de herejía; sin embargo, el Papa con objeto de contentar al rey declaró que no pudiese hacerse en adelante cargo alguno á Felipe ni á sus sucesores, por lo que habian obrado contra Bonifacio ó contra la Iglesia. Declaróse tambien en esta asamblea que el Hijo de Dios habia tomado las partes de nuestra naturaleza unidas entre sí, á saber, el cuerpo sensible y el alma racional que es esencialmente la forma del cuerpo: «Cualquiera que se atreva á sostener, dice el concilio, que el alma racional no es esencialmente la forma del cuerpo humano, sea tenido por hereje.»

En este concilio fue tambien condenado Juan de Oliva: era este un apóstata de la órden franciscana, natural de Beziers. Pretendia que la vida evangélica consistia en no poseer cosa alguna ni aun en comunidad, y que todos los clérigos seculares y regulares que de tal modo poseen están en pecado.

Fueron tambien condenados los *fraticelli* ó *bizochi*. Estos herejes, corruptores de viudas, matronas y vírgenes, las atraian con fingida devocion á sacrificios nocturnos. Tenian por jefes en 1294 á Pedro de Maserata y Pedro de Fossombrone, ambos franciscanos apóstatas. Sus errores eran los más groseros, pues que enseñaban que el Papa no tenia autoridad alguna para interpretar la regla de San Francisco; que únicamente ellos formaban la verdadera Iglesia; que nadie, excepto ellos, podia llamarse Papa ni obispo; que las iglesias y eclesiásticos nada podian adquirir ni poseer en propiedad (1).

Condenáronse tambien los *beguardos* ó *beguinos*, cuyos crímenes eran de tal naturaleza que la prudencia no permitió al papa Clemente el referirlos en la bula de su condenacion. Existian tambien por aquella época otros herejes conocidos por los *dolcinistas* de Dolcino de Novara, parmesano que habia creado esta secta en 1305. Bajo un exterior devoto y compungido autorizaban las más abominables orgías, y pretendian que su doctrina era la tercera ley que perfeccionaba la de Jesucristo.

Los padres de Viena dieron muchos decretos que llamaron constitu-

(1) Artaud de Montor. Vid. de Clemente V.



ciones. Los dos primeros son concernientes á las exenciones de los regulares, y se renovó la decretal de Bonifacio VIII, que Benedicto XI habia revocado, permitiéndose en su consecuencia á los dominicos y menores predicar en sus iglesias, en sus escuelas y aun en las plazas públicas, segun era costumbre en aquella época, á excepcion de las horas en que predicasen los prelados ó hiciesen predicar en su presencia: «Tampoco predicarán, añade el concilio, en las parroquias, sin mision especial del obispo, ó invitacion de los curas. En cuanto á la confesion, pedirán la aprobacion del obispo quien podrá negarla á algunos, segun las reglas de la equidad y de la prudencia; pero si las rehusase generalmente á todos los que sus superiores pudiesen presentar, entónces los religiosos administrarán la penitencia en virtud de la facultad que el Papa les concede para ello.» Grandes debates suscitó en la Iglesia este privilegio hasta tanto que en los últimos siglos ha sido abolido para tranquilidad de la jerarquía.

Tambien se dió un reglamento para los hospitales, que dió orígen á las administraciones laicales de estas piadosas instituciones.

La fiesta del Santísimo Sacramento, instituida por Urbano IV, fue renovada en este concilio, desde cuya época se celebra en todas partes con la mayor solemnidad. Verdad es que no se habla expresamente de procesion, pero los fieles desde entónces creyeron deber honrar con este público testimonio y homenaje de adoracion y de amor al Dios que descendió del cielo y se hizo hombre por nosotros y por nuestra salud.

No descuidó el santo concilio de recomendar la aplicacion á las ciencias y en particular el estudio de las lenguas sabias, como propias para facilitar la conversion de los infieles. Dispusieron los Padres que en las principales escuelas y muy especialmente en las universidades de Bolonia, de Paris, de Salamanca, de Oxfort y en los sitios en que residiese la corte pontificia se nombrasen maestros aptos para enseñar el hebreo, el árabe y el caldeo.

Tambien fue objeto de la atencion del concilio la cruzada. El rey Felipe, su hijo primogénito, Luis, rey de Navarra, y el rey de Inglaterra, prometieron hacer el viaje á Tierra Santa: se ordenó el pago de una décima para la cruzada, pero si bien el tributo fue cobrado, la Tierra Santa permaneció en poder de los infieles.

A pesar de esta diversidad de objetos que ocuparon el concilio de Viena, tan sólo se celebraron tres sesiones terminándose con la tercera, que fue celebrada el 6 de Mayo de 1312. Un negocio quedaba por con-

cluir y era el de los templarios, pues que aun no habian sido juzgados el gran maestre y los otros jefes principales de la Órden.

El conocimiento de esta causa fue sometido por Su Santidad á tres cardenales, asistidos del arzobispo de Sens, de algunos otros prelados y de varios doctores en derecho canónico, los cuales pronunciaron la sentencia condenando á encierro perpétuo al gran maestre Jaime de Molay, al visitador de Francia, y á los comendadores de Aquitania y de Normandía, los cuales habian retractado ya la confesion que hicieron al principio, y que dijeron haber hecho por temor á los tormentos. Cuando fue leida la sentencia, el gran maestre y el hermano del Delfin de Auvernia, retractaron sus confesiones con grande asombro de los circunstantes y protestaron con intrepidez su inocencia, así es que los cardenales legados no atreviéndose á tomar decision en el momento, tomaron el partido de deliberar al siguiente dia, y los remitieron al preboste de Paris con sólo el objeto de que los custodiara hasta aquel momento. Esto no obstante, el Rey que deseaba concluir con ellos, tuvo inmediatamente un consejo con sus ministros, y en la tarde del mismo dia hizo quemar al gran maestre y al hermano del Delfin, en una pequeña isla del Sena, siendo entónces el año de 1314. Ambos protestaron de su inocencia en el momento de morir. Tal fue el trágico fin de la Órden del Temple.

Qué deberemos pensar de estos sucesos? ¿Era en efecto tan general la depravacion en la Órden que se hubiese hecho acreedora á tan cruel castigo? Por cuanto nos dicen los historiadores contemporáneos, por la intrepidez con que en varias partes protestaron de su inocencia en el solemne momento en que iban á presentarse ante el tribunal de la Divina Justicia, podemos creer que si bien en ellos existieron vicios dignos de reprension y aun de castigo, estos no fueron generales en toda la Órden, ni tan abominables como quieren suponer los que afirman que llegaban hasta el extremo de hacer renegar de Jesucristo á los que se afiliaban á la Órden. Por otra parte, hemos visto la conducta injustificable de Felipe el Hermoso para con el papa Bonifacio VIII, llegando hasta el extremo de trabajar porque fuese condenada su memoria. A vista de esto y sabiendo que habia resuelto absolutamente la perdicion de los templarios, principalmente por que se habian declarado en favor de aquel Pontífice, ¿por qué no hemos de creer que el odio y no la justicia le llevó hasta el extremo de exterminarlos de un modo tan cruel? Corramos un velo sobre tan terrible hecatombe que manchó de un modo tan negro la memoria del triste reinado de Felipe el Hermoso.

Así el papa Clemente V, al que presentan los historiadores como un esclavo de Felipe en el trono pontificio, como aquel rey, siguieron de cerca al sepulcro á los jefes de los templarios. Clemente que en 1313 habia canonizado á Celestino V, se sintió muy delicado de salud y se trasladó á Burdeos, esperando restablecerse con este viaje; pero habiendo emprendido el camino no pudo continuarlo, y murió en 20 de abril del año 1314, aniversario de aquel en que el gran maestre de los templarios habia sido quemado. Gobernó la Iglesia Clemente ocho años, diez meses y quince dias: fue enterrado en Carpentras, y de allí trasladado cerca de Baza, en Gascuña.

La vacante del Sólio Pontificio duró dos años, cinco meses y diez y siete dias.

El 29 de Noviembre del propio año 1314, y cuando contaba cuarenta y seis de edad, murió tambien Felipe el Hermoso. Sucedióle su hijo primogénito Luis X, llamado *Hutin*, que segun el lenguaje del tiempo, significaba altivo y pendenciero: como ya era rey de Navarra por su madre, reunió su corona á la de Francia. Como quiera que los pueblos se hallaban afectados por la catástrofe de los templarios, y viesen que les habian seguido al sepulcro tan próximamente, acogieron la voz esparcida de que tanto el Pontífice como el monarca, habian sido citados por el gran maestre al tribunal del Juez Supremo, aplicando á ellos lo que poco tiempo ántes se habia referido del rey de Castilla D. Fernando IV, el *Emplazado* que murió repentinamente despues de haber sido citado ante el tribunal de Dios por los hermanos Carvajales, sentenciados á ser despeñados sin escucharles, por un asesinato que se les atribuia del que ellos protestaron estar inocentes en el acto de morir.

Durante la vacante del Sólio Pontificio sobrevinieron grandes desórdenes. Habíanse juntado los cardenales en cónclave en Carpentras para elegir un sucesor á Clemente. Los sobrinos de este Papa, Beltran y Raimundo Guillermo, que deseaban perpetuar en cuanto les fuese posible su tiránica dominacion en Roma, ó bien fuese por temor de que el Papa futuro, averiguando su conducta que habia sido verdaderamente vituperable, les depusiese de su dignidad, se presentaron de improviso seguidos de muchas tropas de gascones, á pié y á caballo, dando muerte á muchos italianos y saquearon la ciudad á la que pusieron fuego por varias partes. Los cardenales que se vieron en gran peligro, pudieron huir secretamente por una abertura que hicieron en un muro detrás del palacio episcopal, donde se habian encerrado, y luego que se vieron

libres, imploraron la proteccion y los auxilios del rey Felipe, pues que el asunto que referimos tuvo lugar en el tiempo que medió entre la muerte del papa Clemente y la de Felipe el Hermoso. Este rey les aconsejó que se juntasen en Lyon, donde en efecto se celebró el cónclave, costando mucha dificultad y largas dilaciones la reunion de los atemorizados cardenales, á pesar de los esfuerzos hechos por Luis X, hijo y sucesor, como hemos dicho de Felipe el Hermoso, el cual empleó seis meses en tranquilizar á los cardenales que al fin se reunieron en Lyon en número de veinte y tres.

CAPITULO IV.

Juan XXII, papa.—Clementinas.—Algunos conjurados tratan de asesinar al Papa.—Embajadores del rey de Inglaterra.—Idem de D. Jaime, rey de Aragon.—Arnaldo de Villanueva, hereje.—Concilio de Bolonia.—Zaragoza es erigida en metropoli por Juan XXII.—Hechos criminales de los gibelinos.—Desórdenes en España.—Concilio de Valladolid.—Sus disposiciones.—Concilio de Colonia.—Los frailes llamados espirituales.—Bula «Ad conditorem.»—Bula «Cum inter nonnullos.»—Virtudes del Beato Elzear, de la tercera órden de los menores.

Despues de cuarenta dias de cónclave, los cardenales reunidos, segun hemos dicho en el capítulo anterior en número de veinte y tres, de los cuales seis eran italianos y diez y siete franceses, eligieron por unanimidad á Santiago de Eusse, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de

Juan XXII: habia nacido en Cahors, de Armando de Eusse que San Antonino cree haber sido zapatero de viejo, aunque Villani asegura haber sido posadero, no faltando algun autor de aquel tiempo que sostenga que este papa pertenecia á una familia noble y distinguida. Empero sea de esto lo que quiera, habia sido trasladado por Clemente V del obispado de Frejus al de Aviñnon y el mismo pontífice en 1312 le creó cardenal obispo de Porto. Su coronacion tuvo lugar el 5 de Setiembre de 1316.

Durante la celebracion del cónclave, en el cual fué exaltado Juan XXII, murió el rey Luis *Hutin* que habia dejado en cinta á su esposa Clemencia; por lo cual fué nombrado regente del reino el conde de Poitiers, el cual el 15 de Noviembre del año 1316 adquirió el título de rey con el nombre de Juan I, pero murió algunos dias despues. Por esta causa fué reconocido por rey, su tio Felipe, quinto de este nombre, el cual es denominado en la historia *el Largo* á causa de su mucha estatura.

Poco tiempo despues de su exaltacion, el papa Juan XXII escribió á Felipe *el Largo* que á la sazon tenia la edad de veinte y tres años en los términos siguientes: «Hemos sabido que cuando asistís á los divinos oficios, particularmente á la misa, no prestais la debida atencion á las plegarias que se hacen por vos y por vuestro pueblo y os entreteneis en hablar ya con unos ya con otros. Deberiais, pues, señor, despues de haber sido consagrado, tomar un aire más grave y llevar el manto real con la dignidad que lo hicieron vuestros mayores. Tenemos entendido que en vuestros estados se profana el domingo y que en este santo dia se administra justicia y se practican trabajos serviles, todo lo cual os advertimos que no podemos tolerar ni consentir.»

En 17 de Abril de 1316 creó ocho cardenales, siete franceses y uno italiano, continuándose de este modo la lucha empezada en el anterior pontificado, lo que produjo mal efecto hasta en los mismos habitantes de Aviñon. Entre los cardenales franceses se encontraba Jaime de Volle, natural de Cahors, hijo de una hermana del Pontífice. Este nepotismo tampoco fue bien mirado. El cardenal italiano se llamaba Gaetano Orsini.

Poco tiempo despues publicó la coleccion de las constituciones de Clemente V, tanto las que fueron hechas en el concilio de Viena, como las que se habian publicado fuera de él. Son conocidas con el nombre de *Clementinas* del nombre de su autor. Esta coleccion se divide en cinco libros, como el Sexto de las Decretales.

Grandes disgustos tuvo que experimentar el papa Juan, pues que desde el principio de su pontificado se vió rodeado de enemigos que atentaron contra su existencia. Los que se habian conjurado contra él trataron de envenenarle, pero no pudiendo conseguir su objeto por no haber tomado la bebida en la que habian mezclado el veneno, hicieron una figura de cera contando hacerle perecer con una muerte lenta, picando este retrato, lo que demuestra cuan grandes eran todavía por aquel tiempo las supersticiones.

Contábase entre los sospechosos de haber atentado contra la vida del Pontífice, Hugo Geraud, obispo de Cahors. Sin embargo, la sentencia pronunciada contra él por los emisarios eclesiásticos, le condenaba solamente á prision perpétua por causa de simonia, de desprecio del derecho de apelacion á la Santa Sede, de exacciones y de violencias tiránicas: pero Pedro Gullon, autor contemporáneo añade que el culpable fue depuesto por el Papa, degradado luego por el cardenal-obispo de Túsculo, y entregado á la justicia secular que le hizo quemar por el delito, segun

dijeron, de haber maquinado la muerte del Sumo Pontífice. El juez secular que ordenó esta ejecucion era á un mismo tiempo el mariscal y el sobrino del Pontífice (1).

El rey de Inglaterra Eduardo II con el objeto de excusarse de no haber pagado la pension prometida por el rey Juan su predecesor, al papa Inocencio III, envió cerca de Juan XXII dos embajadores. Dicha pension hacia ya veinte y cuatro años que no habia sido satisfecha á causa, segun declaracion de los embajadores, de haberse agotado el real erario por la necesidad de pagar los gastos de la guerra, y remitió al Papa mil marcos por la pension de un año, prometiendo en otros seis el atraso reclamado por la corte romana.

El rey de Aragon, D. Jaime, expidió tambien dos embajadores encargados de prestar juramento de fidelidad en nombre de este príncipe, rey y tributario de los reinos de Cerdeña y Córcega, «en calidad de gonfalonero (porta-estandarte), almirante y capitan general de la Iglesia romana.» Todos estos títulos se encuentran continuados en una carta conservada en el castillo de San Angelo (2).

Pululaban entónces los errores de Arnaldo de Villanueva, el cual gozando de mucha fama como médico, se metió á teólogo, con toda la arrogancia y ridiculez de un hombre aplaudido, pero que no tenia conocimiento alguno de la sagrada ciencia. Pertenecia Arnaldo al clero de Valencia, en España, pero queriendo dogmatizar en Paris, marchó á aquella capital de la cual huyó prontamente á Italia, por haber temido á los esclarecidos doctores de aquella universidad. En Italia le fue más fácil hacer algunos prosélitos, pero al poco tiempo de haber dado comienzo á su herética mision, pereció ahogado en el mar. Consistian sus errores, que afortunadamente no llegaron á arraigarse en ninguna parte, en impugnar bajo el pretexto de reforma, el culto exterior, el régimen de la jerarquía, la conducta de los religiosos á quienes acusaba de falsificadores de la doctrina de Jesucristo, y los auxilios que los teólogos sacaban de la filosofía, cuyo estudio pretendia que fuese absolutamente prohibido. En 22 de Febrero de 1317, hallándose vacante la Sede de Tarragona, el inquisidor del órden de Santo Domingo y el Vicario general de la diócesis, reunieron un concilio provincial en el que condenaron al fuego todas las obras de Arnaldo de Villanueva, declarando que esta-

(1) Berault Bercastel. Lib. XLII n. 32.
(2) Artaud de Montor. Vida de Juan XXII.

ban atestadas de errores contra la fe católica, y de paso formaron un reglamento en siete artículos, en el sexto de los cuales se ordenaba que los clérigos y los canónigos que no fuesen presbíteros comulgasen al ménos dos veces al año.

Por el mismo tiempo Rainaldo, arzobispo de Ravena, reunido con ocho obispos, formó un concilio en Bolonia, en el cual se hicieron veinte y dos artículos reglamentarios, que se publicaron en 27 de Octubre. El duodécimo prohibe decir misas rezadas durante la celebracion de la mayor. Para impedir que la vida licenciosa y el exterior indecoroso de los clérigos los hagan objetos despreciables á los pueblos, se les prohibe acercarse á todo lugar de disolucion, dar alojamiento en sus casas á personas sospechosas, así como el llevar armas, y se prescribe cual debe ser la forma y cualidad de sus vestidos: impónense multas pecuniarias á los clérigos seculares y obras penitenciales á los regulares que falten á estas prescripciones. Como quiera que se multiplicaban excesivamente los canónigos, y se empezase á mirar como una fortuna la vida monacal en Italia, establece el concilio que en cada Iglesia se fije el número de canónigos ó de monges en proporcion á las rentas, sin que fuese lícito á los obispos el aumentarlos.

Juan XXII dividió la provincia de Tarragona con el objeto de erigir en metrópoli el obispado de Zaragoza, al cual dió cinco sufragáneos de los once que tenia la provincia tarraconense. Tambien quiso multiplicar las sillas episcopales aquende los Pirineos, como lo habia hecho en Francia. Dice Henrion que encontró más obstáculos entre los españoles, los cuales para defender su oposicion alegaron que estas diócesis divididas no tendrian bastante renta para sostener su dignidad. No sabemos en que datos se funda el autor francés para asegurar esta oposicion por parte de los españoles que siempre y en todo tiempo se han mostrado respetuosos á las disposiciones emanadas de la Santa Sede. Es indudable que los aragoneses vieron con gran contento erigida su capital en metrópoli, dignidad á que era muy acreedora por su importancia y por haber sido el lugar donde la Santísima Vírgen se presentó al apóstol Santiago, para ofrecerle su proteccion en favor de la nacion española. En 1317, dia 13 de Diciembre, el primer arzobispo de Zaragoza, llamado Pedro de Luna, celebró concilio en la misma ciudad con asistencia de los obispos Martin, de Huesca; Pedro, de Zaragoza; Miguel, de Calahorra, y los vicarios de los obispos ausentes: en cuyo concilio se publicó solemnemente la ereccion de Zaragoza en metrópoli (Aguirre). «Don Jimeno de Luna,

que ántes era obispo de Zaragoza, dice el traductor de Henrion, habia sido trasladado á Tarragona; pues si bien por muerte de Rocaberti, arzobispo de esta ciudad, eligió el cabildo (1316), al infante D. Juan, hijo tercero del rey de Aragon D. Jaime II, el papa Juan XXII, no quiso confirmar esta eleccion; y así fue trasladado de Zaragoza D. Jimeno, sucediéndole en esta Silla el citado D. Pedro de Luna, y á éste en la abadía de Montaragon, que por su promocion quedó vacante, el mencionado infante D. Juan, que luego fue arzobispo de Toledo, y resignada esta silla pasó á administrar la de Tarragona con el título de patriarca de Alejandría, viniendo D. Jimeno á la de Toledo.»

Hallábase la Italia agitada á causa de los gibelinos, los cuales habian robado ya en Luca á mano armada los tesoros de la Iglesia romana, que el papa Clemente V habia mandado transportar allí de Roma, de la Campania y del patrimonio de San Pedro. Los gibelinos que de dia en dia lograban superioridad sobre los güelfos ó sea el partido de los Papas, levantaron con altivez en la ciudad de Recanati, en la marca de Ancona, el estandarte de la rebelion. Si la Silla Apostólica hubiese permanecido en Roma, si los Papas no hubiesen sido mirados ya casi como extranjeros en Italia, desde que la corte pontificia se habia establecido en Aviñon, seguramente los gibelinos, esto es, los partidarios de los emperadores, no hubiesen podido tomar tanta preponderancia ni cometer tantos desmanes. El resultado de la rebelion de los gibelinos fue el asesinato de unos trescientos hombres, y el haber aprisionado á los que habian escapado de la muerte. No pueden leerse sin espanto las terribles escenas que por aquellos dias presenciara la marca de Ancona. A tal grado llegó el rencor de los gibelinos que con horrible sangre fria arrastraron á sus enemigos por la ciudad, hasta que eran despedazados: á algunos cortaron la cabeza y no perdonando ni aun á los tiernos niños á los cuales degollaban, se abandonaron á toda suerte de infamias, cometiendo los mayores ultrajes con las casadas, las doncellas y las religiosas.

Citados estos criminales por el tribunal de la Inquisicion, no comparecieron, por lo cual se les formó el proceso por contumacia, declarándoles excomulgados, siendo abandonados á los jueces seculares y confiscados sus bienes en beneficio de la Iglesia romana. Poco sirvió este rigor empleado contra unos hombres malvados que estaban defendidos por sus propias armas, y sostenidos por algunos poderosos señores.

No fueron estos solos los atentados cometidos por los gibelinos, pues

que se entregaron á otros muchos y no ménos graves desórdenes en la Lombardía, donde se apoderaron de la autoridad pública, lo que hizo Marco Visconti en Milan, bajo el título expreso de príncipe, y Rainaldo Passarino en Mántua, así como Juan de la Escala, en Verona, bajo los nombres equivalentes de vicarios de los emperadores. Afligido el Sumo Pontífice á vista de estos desórdenes, se vió precisado á publicar una cruzada contra ellos: pero tampoco produjo fruto alguno.

Hácese cargo Henrion al reseñar la época que nos ocupa, de algunos desórdenes que tuvieron lugar en España, donde, dice, era tan comun el concubinato del clero inferior y aun de los mismos sacerdotes, que lo enorme del escándalo hizo desear á un autor del mismo país (1), que no hubiesen nunca pronunciado voto de castidad. «Todos los dias, dice este autor, los vemos pasar con impiedad desde los brazos de sus concubinas al tremendo altar donde deben consagrar la Hostia sin mancha, abrasado aun su corazon con llamas impuras ó cuando más despues de una confesion de ceremonia que no sofoca ó excluye la inclinacion al pecado.» Segun el propio autor no habian llegado hasta tal extremo sino desde algunos años, y por esto los primeros Pastores se lisonjearon de poner presto fin á este desórden. ¿Era por ventura tan triste y lamentable el estado del clero en España en el siglo XIV? Indudable es que algunos desórdenes habia que corregir, como lo es que á ellos dieron orígen las revueltas y guerras intestinas en que ardian los pueblos de Castilla y Leon, durante la minoría de Alfonso XI. Ninguna clase de la sociedad estuvo libre de la corrupcion de costumbres y del desenfreno. Durante la dominacion de la reina D.ª María de Molina, mujer fuerte, que con brazo varonil habia guiado el timon de la nave del Estado, no hubo que lamentar desórdenes de ninguna clase; pero despues de su muerte ocurrida en 1321, se desencadenaron las ambiciones de los partidos que dieron márgen á que Castilla presentase un triste cuadro de desolacion. El clero necesariamente hubo de resentirse tambien de aquel estado de cosas, pero los Pastores no dejaron de vigilar por el mantenimiento de la disciplina. En 1322 (2), se celebró en Valladolid un concilio por el legado Guillermo de Gondi, obispo de Sabina, en el cual se publicó un reglamento de veinte y siete artículos sobre la disciplina, y si bien es verdad que este concilio estableció que todo eclesiástico or-

(1) Alvar. Pelag. lib. II, cap. 27.
(2) Tom. II. Conc. pág. 1682, cap. 7.

denado de mayores, si no abandonaba su concubina en el término de dos meses, fuese privado de la tercera parte del fruto de todos sus beneficios, y del total de estos frutos, si pasado otros dos meses no la abandonaba; esto no quiere decir que el clero en general hubiese caido en esta relajacion. Lamentable es que los escritores extranjeros se muestran tan lacónicos al hablar de las glorias de la Iglesia de España, como extensos y ponderativos al reseñar los lunares que pueden haberlas empañado. No insistimos más en este asunto, porque al finalizar la historia del siglo XV dedicaremos un capítulo que será el último del presente volúmen, dedicado exclusivamente á tratar de la situacion de la Iglesia de España, de su vida religiosa y moral, y de las innovaciones introducidas en su disciplina durante los siglos XIV y XV.

Enrique de Virnemburgo, arzobispo de Colonia, con dos obispos y algunos diputados de los ausentes, en 31 de Octubre de 1322, formó un concilio en el cual se renovaron y autorizaron como provinciales los estatutos sinodales hechos por el arzobispo Engilberto, para la diócesis particular de Colonia, en 1266 con objeto de reprimir las violencias contra las personas y los bienes eclesiásticos.

Con el objeto de concluir la gran cuestion suscitada en 1322 entre los frailes dominicos y los menores sobre la pobreza de Jesucristo y de los apóstoles, el papa Juan se vió obligado á tomar disposiciones enérgicas de acuerdo con los primeros doctores. En 1323 declaró que la constitucion dada por el papa Nicolás III á los frailes menores, concediéndoles el uso de las cosas cuyo dominio reservaba á la Iglesia romana, cuya constitucion fue luego confirmada por Clemente V, no debia entenderse de cosas que se consumen para el uso; añadiendo el Papa que los que afirmasen que Jesucristo y los apóstoles no poseian nada en comun ni en particular, serian tenidos por herejes. En el año siguiente condenó á los que se atreviesen á contradecir esta su decision.

Este asunto que fue muy ruidoso dió por resultado la expedicion de varias decretales. Por la que principia *Ad conditorem* (1), revoca el papa Juan la de Nicolás III, *Exiit qui seminat*, declarando que la Iglesia romana embarazada con la defensa de bienes así muebles como raices de los frailes menores, renunciaba á todo derecho de propiedad ó de dominio, á lo ménos sobre aquellos bienes que se consumian para el uso. Por la segunda decretal, *Cum inter nonnullos* (2), condena como heré-

(1) Extrav. Com. tit. 14, c. 3.
(2) Ibid., c. 4.

ticas las proposiciones siguientes: *Jesucristo* y *los Apóstoles no tuvieron derecho de usar de las cosas que poseian ni de enagenarlas por otras.* Habiéndose adherido á este decreto todos los prelados de la Iglesia romana, los teólogos de muchas órdenes religiosas y la universidad de París, que habia sido consultada al efecto, no hubo más reclamaciones que la de los frailes que habian dado en llamarse espirituales.

El general de los franciscanos, obstinado en sostener la proposicion condenada, apeló al futuro concilio, refugiándose cerca del emperador que tomaba ya en sus manos el lábaro del cisma. Con tal motivo el papa Juan XXII expidió una tercera decretal que empieza así: *Quia quorumdam*, en la que refuta las objeciones opuestas por los contradictores cismáticos de las decretales precedentes, probando con la mayor claridad la conformidad de su doctrina, con la de los papas Honorio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Alejandro IV.

Al tiempo mismo que el general y otros superiores de la órden de San Francisco daban tan lamentable ejemplo de obstinacion y desobediencia á la Santa Sede, un simple lego de la tercera órden hacia brillar virtudes poco comunes en aquel tiempo. Era este Elzear ó Eleázaro, el cual siendo hijo de una familia de la más distinguida nobleza y habiendo sido educado en San Víctor de Marsella por su tio paterno Guillermo que era el abad de aquel monasterio, fue subiendo desde su misma juventud por la hermosa escala de las virtudes que guian á la perfeccion, siendo aun muy jóven, por insinuacion de Cárlos II, llamando *el Cojo,* rey de Sicilia, y Conde de Provenza: fue Elzear desposado con Delfina de Glandebe. Habia Delfina hecho propósito de guardar perpétua virginidad y luego que por disposicion de sus padres hubo abrazado el estado del matrimonio, confió á su esposo el propósito que tenia hecho y la violencia que la hacian los designios políticos de su padre. Al pronto quedó Elzear sorprendido, pero no solamente respetó la piedad de su esposa, sino que él hizo tambien el mismo propósito.

Ambos esposos dedicados exclusivamente á las obras de piedad y al ejercicio de la caridad eran el ejemplo de sus domésticos y de todas las personas que les conocian y trataban. En su misericordia para con los pobres no conocian límites y no solamente daban de comer cada dia á muchos de ellos en su propia casa, sino que á más distribuian abundantes limosnas entre toda suerte de necesitados. Por último, ambos esposos, baciendo público el voto que habian hecho de guardar continencia, se alistaron en la tercera órden de San Francisco: en ella res-

plandeció Elzear por sus virtudes y por multitud de milagros: mereció el aprecio del rey Roberto de Nápoles, el cual le confió comisiones de la mayor importancia y murió cuando contaba solamente la edad de veinte y ocho años, viviendo aun su esposa, y declarando en sus últimos momentos que la dejaba vírgen, tan pura como la habia recibido: fué enterrado con el hábito de San Francisco en el convento de Paris (1323) y trasladado en el mismo año al convento de los frailes de Apt, donde adquirió gran celebridad su sepulcro por multitud de milagros, en vista de los cuales mereció ser colocado en el número de los santos viviendo aun su esposa.

CAPITULO V.

Institucion del «Angelus Domini.»—San Roque.—Disturbio de Juan XXII con Luis de Baviera.—Dieta de Luis en Trento en la que califica de hereje al Papa.—Luis de Baviera es recibido en Roma.—Depone al Papa Juan.—Valor é intrepidez de Jacobo Colonna.—Eleccion cismática del anti-papa Pedro de Corbiere.—Luis se hace coronar por el anti-papa.—Este se refugia en Pisa.—Es reclamado por el Papa Juan al conde Demorático.—Carta sumisa del anti-papa á Juan XXII.—Es absuelto por el arzobispo de Pisa.—Pedro Corbiere en Aviñon.—Pide humildemente perdon al Papa y queda reconciliado con la Iglesia.—Conducta de Juan XXII con respecto al emperador.—Asuntos de Constantinopla.—Eleccion del patriarca Juan de Apri.—Bolonia se entrega al Papa.—Cuestion sobre la vision beatífica.—Muerte del Papa Juan XXII.

Durante el Pontificado del Papa Juan XXII, empezó en la iglesia de Saintes la costumbre piadosa de dirigir á la Santísima Vírgen María al anochecer la oracion llamada *Angelus Domini*. Cuando lo supo el Papa quedó edificado de esta loable costumbre y deseoso de que se hiciese general en toda la Iglesia la autorizó por una bula de 13 de Octubre de 1818 y la confirmó por otra de 7 de Mayo de 1327, por las que se conceden diez dias de indulgencia á los que la hiciesen de rodillas. Más tarde, tomando incremento esta devocion, se extendió á tres veces al dia, esto es, al amanecer, al mediodia y al ponerse el sol, á cuyo efecto las iglesias avisan á los fieles con el sonido de la campana.

En el año 1327 á 16 de Agosto murió San Roque (1) al que el Señor hizo célebre por milagros en vida y en muerte. Habia nacido en Montpeller; en tiempo de enfermedades contagiosas recorrió toda la Italia dedicándose por espíritu de caridad al cuidado y asistencia de los enfermos: visitó á Roma donde tambien se dedicó á la asistencia de los apes-

(1) Boll. tom. 5. Agus. pag. 380, Buill. 16. Aug.

tados y por último Dios tambien permitió que él tambien fuese herido del contagio. Dios premió de tal modo su caridad que hizo por él cesar en muchas ciudades el contagio bastando que hiciese la señal de la cruz en las puertas de las casas para que en el momento cesase en ellas la peste y recobrasen la salud cuantos enfermos habia en ellas. Abandonado de todo el mundo despues de haber prodigado él sus cuidados á todos, se volvió á su patria la que halló muy alterada con las guerras: como quiera que Roque venia en un traje extraño, tomáronle por espia y pusiéronle en la cárcel sin ser conocido de su mismo tio que era señor de la ciudad. Cinco años estuvo en aquella cárcel con gran constancia, sufriendo los mayores trabajos sin exhalar una queja. Al cabo de este tiempo conociendo que era llegado el término de su vida recibió los santos sacramentos y murió siendo el año 1327, teniendo él la edad de treinta y dos años y al lado de su cuerpo se encontró una tablilla en la que estaban escritas estas palabras : « Los que fueren heridos de pestilencia é imploraren el favor de Roque alcanzarán la salud.» Por esto entendió el tio de San Roque quien era el que habia tenido preso y tratado como espía por espacio de tanto tiempo, y así con el mayor sentimiento mandó trasladar el cuerpo con gran pompa y solemnidad á la iglesia, donde le hizo dar honrosa sepultura. Desde entonces la gente comenzó á tenerle en gran devocion como á santo y á invocarle en sus tribulaciones y especialmente en sus enfermedades contagiosas y pestilentes, y su mismo tio le edificó despues un suntuoso templo, en el cual como en otras muchas partes obró Dios muchos milagros por San Roque. Esta devocion se aumentó mucho mas desde el año 1414 en el que celebrándose el concilio ecuménico de Constanza y siendo afligida aquella ciudad y sus comarcas por una grave pestilencia, se le hizo al santo una solemnísima procesion en la cual se llevaba su imágen cesando al momento la peste.

Nuevos disgustos vinieron á afligir el ánimo del papa Juan XXII. En 24 de Agosto de 1313 habia fallecido el emperador Enrique VII de Luxemburgo y despues de un interregno de catorce meses el arzobispo de Colonia y el duque de Sajonia con otros príncipes de casas electorales eligieron á Federico III, duque de Austria : pero al dia siguiente cinco electores eligieron á Luis V de Baviera el cual fué coronado el 26 de Noviembre de 1314, es decir un dia despues que Federico, así respecto de la eleccion como de la coronacion. Cumpliendo el Papa con los usos establecidos en aquella época, no obstante que ambas elecciones habian

sido hechas en ocasion de hallarse vacante la Santa Sede, trató de examinar si Luis de Baviera tenia realmente el derecho de titularse emperador: este derecho del Soberano Pontífice era reconocido no solamente por la costumbre sino tambien por la jurisprudencia, de tal modo que ántes de su decision aquel príncipe no habia podido ejercer los derechos ni tomar el título de rey de los romanos (1). Desde su elevacion al Imperio hasta que en 1322 fué derrotado Federico por su rival habia sido muy disputada su posesion á Luis, y esta posesion que por otra parte ni era más pacífica ni mejor reconocida, no contaba todavía un año desde la victoria cuando contra él publicó el Papa un monitorio, en el que bajo la pena de excomunion *ipso facto* le mandaba desistir en el término de tres meses de la administracion del imperio y revocar en cuanto le fuese posible todo lo que habia hecho desde que llevaba el título de rey. Al mismo tiempo el Papa probibia á todos los obispos y demás eclesiásticos bajo pena de suspension y á las ciudades y pueblos bajo la de excomunion de prestar ayuda de ninguna clase á Luis de Baviera para lo cual absolvia á todos sus vasallos del juramento de fidelidad que le hubiesen prestado. Hé aquí como se expresa el Papa: «El imperio habiendo sido trasladado en otro tiempo por la Santa Sede de los griegos á los alemanes en la persona de Carlo-Magno, la eleccion del emperador pertenece á ciertos príncipes, quienes despues de la muerte de Enrique de Luxemburgo, se han dividido, segun se dice, y unos han elegido á Luis, duque de Baviera, y otros á Federico, duque de Austria. Ahora bien: Luis tomó el título de rey de romanos, sin esperar que hubiésemos examinado su eleccion para aprobarla ó desaprobarla, segun nos corresponde; y aun no contento con el título se ha atribuido la administracion de los derechos del imperio con gran desprecio de la Iglesia romana, á la cual pertenece el gobierno del imperio vacante. Con este título ha exigido y recibido el juramento de fidelidad de los vasallos del imperio, asi eclesiásticos como seculares, en Alemania y en algunas partes de Italia, y ha dispuesto á su antojo de las dignidades y cargos del imperio, como dias pasados del marquesado de Brandemburgo que dió públicamente á su hijo mayor. Además se ha declarado fautor y defensor de los enemigos de la Iglesia romana, tales como Galeas Visconti y sus hermanos aunque jurídicamente condenados por crímen de herejía (2).»

---

(1) Rain. ann. 1223. núm. 30; Bzon. eod. ann. núm. 4.
(2) Henrion. Lib. XLII, n. 54.

Contra esta bula de la Santa Sede apeló Luis pidiendo se celebrase un concilio general. Varios fueron los plazos que se le concedieron á peticion suya, pero él los aprovechó únicamente para excitar á los gibelinos á que continuaran en sus rebeliones y en recibir á los apóstatas franciscanos cuyos consejos tomaba para perseguir al Papa. Conociendo por fin Juan XXII la mala fe de Luis, publicó contra él la primera sentencia declarándole contumaz y en su consecuencia privado de todos los derechos que pudieran pertenecerle en virtud de su eleccion, anunciándole que le impondria mayores penas caso de que no se sometiese. Ademas le prohibia tomar entre tanto el título de rey y mezclarse en los negocios del reino ó del imperio bajo la pena no sólo de excomunion, sino tambien de privacion de los feudos y privilegios que tenia de la iglesia ó del imperio (1). Esta declaracion del Sumo Pontífice en forma de bula fue remitida á todos los príncipes cristianos, entre ellos á Cárlos el Hermoso, rey de Francia, desde el 3 de Enero de 1322, y Eduardo II, rey de Inglaterra, que lo era desde el mes de Junio de 1307. A pesar de que aun se concedia un nuevo plazo á Luis, éste no mostró mejores disposiciones de sumision que ántes, y por el contrario, tuvo una dieta en Saxen-Hausen, en la cual desencadenándose contra la Cabeza de la Iglesia, acusó al Papa de haber introducido la division en Alemania y en Italia, de enemigo jurado del imperio, y en fin de falso doctor y hereje manifiesto que no solamente no habia podido ser elegido Papa, sino que ni tampoco era digno de serlo.

En el mes de Enero de 1327, llegó Luis á Trento donde tuvo una dieta en la cual manifestó nuevamente que Juan era hereje é indigno del Pontificado: enseguida mandó celebrar el oficio divino y excomulgar al Vicario de Jesucristo, al que él llamaba el preste Juan. Luego fue á Milan, donde se hizo poner la corona de hierro y de allí pasó á sitiar á Pisa, de cuya ciudad se apoderó con facilidad. Estos desmanes y otros muchos á que se entregó Luis, pues que llegó con desprecio de los sagrados cánones hasta instituir obispos para sillas que ni aun siquiera estaban vacantes, hizo que el Papa usase de toda la plenitud de su potestad apostólica, expidiendo en 23 de Octubre de 1327, una sentencia por la cual declaró á Luis convicto de herejía, y como tal privado judicialmente de toda dignidad, de todos los bienes raices y muebles, de todo derecho al imperio y aun á la herencia de los bienes de sus padres.

(1) Vill. Lib. 9. c. 265.

Si se atiende á que Luis se habia declarado protector de los franciscanos apóstatas, y á que habia publicado manifiestos que contenian graves errores contra la Iglesia y contra la fe católica, quedará plenamente motivada la conducta de Juan XXII.

A vista de todo esto, Luis determinó ir á Roma, donde los sediciosos prometian ayudarle. Al mismo tiempo algunos romanos más fieles habian llamado al Papa á la misma ciudad, y éste por más que sus deseos fuesen de trasladar la Santa Sede á aquella capital, no se atrevió á emprender el viaje, por ser ya octogenario y hallarse enfermo. Luis que parecia no encontrar obstáculo para nada, continuó su marcha hácia Roma, donde entró el 7 de Enero de 1328, siendo su primer cuidado el hacerse coronar rey de los romanos en la basílica vaticana, por manos de Jaime Alberto, obispo de Venecia, y Gerardo Orlandini, obispo de Aleria, ambos depuestos y excomulgados por el Papa.

Despues de esto, dió Luis el más escandaloso ejemplo de olvido de todos sus deberes cristianos. Subió al Capitolio donde tuvo un gran parlamento, y donde la asistencia general del pueblo le hizo conocer las grandes simpatías con que era recibido. Animado de su deseo de venganza, se hizo dar cuenta de las acusaciones que existian contra el Papa, y un fraile agustino, llamado Nicolás de Fabriano, se adelantó, y con voz robusta exclamó: «¿Hay aquí algun procurador para defender al presbítero Santiago de Cahors, que se hace llamar el papa Juan?» Nadie respondió á esta pregunta que fue hecha por tres veces, y así se procedió á la lectura de una sentencia inícua preparada con antelacion, en la cual se condenaba al verdadero vicario de Jesucristo. He aquí la sustancia de esta sacrílega sentencia, segun la inserta Henrion, citando á otro autor (1): «Dios que ha establecido el sacerdocio y el imperio, independientes uno de otro, á fin de que el uno administre las cosas divinas y el otro las cosas humanas, nos ha elevado al imperio romano, y armado de la espada segun los santos Apóstoles, para la defensa de los buenos y castigo de los malos. Por tanto, no pudiendo tolerar por más tiempo los crímenes enormes de Santiago de Cahors, que se dice Juan XXII, hemos abandonado nuestros hijos en edad tierna todavía, y hemos venido prontamente á Roma, nuestra residencia principal, donde hemos recibido la corona, realzado nuestro poder y reprimido á los rebeldes; y hemos reconocido en ella que el que se llama Papa es el autor de la

(1) Baluz-vit, tom 5, pág 114.

rebelion, y que la impunidad no puede dejar de conducirle á nuevos excesos.

«Con pretexto de socorrer á la Tierra Santa, miéntras rechaza inexorablemente las súplicas de los fieles limítrofes de los sarracenos, tales como los armenios y los rusos, ha amontonado tesoros inmensos, tanto por medio de estorsiones violentas en todas las iglesias, como por sus colaciones simoníacas de beneficios conferidos á clérigos que no tienen ni la capacidad, ni las costumbres ni aun la edad conveniente. Anula arbitrariamente la eleccion de los hombres beneméritos, para reservarse la disposicion de los obispados, excluir de ellos á los sugetos dignos, y colocar á los que á él se asemejan. En doce años de Pontificado no ha hecho más que hollar la obligacion sagrada de la residencia, y despreciar los gemidos de esta santa ciudad de Roma, que no cesa de llamarle. Hace predicar la cruzada contra los romanos, los persigue como infieles, y proclama las indulgencias que él señala por salario á la violencia, al homicidio, al espíritu de discordia y de faccion, á la completa subversion del órden público. Incita á los ministros de la Iglesia á armarse de la espada material, cuyo uso les está prohibido por los cánones, y deshonrando el sacerdocio de Jesucristo, mancha con sangre las manos de los cardenales sus legados, de los obispos y de los demás eclesiásticos. Así el representante del Pontífice Eterno no es más que un verdadero anti-Cristo, ó á lo ménos el precursor del anti-Cristo. Él se ha apropiado por usurpacion las dos potestades que el Señor confirió á diferentes personas, y distinguió tan claramente cuando dijo. *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios;* cuando huyó al monte temiendo le hiciesen rey; y cuando respondió á Pilatos que su reino no era de este mundo. Tambien convienen los doctores en que el Papa no tiene la una y la otra jurisdiccion: que Nos y sólo Nos tenemos el poder temporal, por nuestra sola eleccion, sin ninguna confirmacion por parte de los hombres: que estamos además encargados de la proteccion de la Iglesia, de lo cual no tenemos que dar cuenta más que á sólo Dios.»

Tal es el preámbulo injurioso despues del cual el emperador decidió que Juan XXII quedase depuesto del obispado de Roma, declarándole además despojado de todo órden, oficio, beneficio, privilegio eclesiástico, y sujeto al poder de los ministros legos del imperio, y segun Artaud de Montor, le condenó á ser quemado vivo como hereje y reo del crímen de lesa majestad, por haber usurpado los derechos del emperador y nombrado vicarios del imperio en Italia.

Debemos hacer aquí mencion de Jacobo Colonna, que no obstante la adhesion que manifestaban algunos individuos de su familia á Luis de Baviera, se distinguió en favor del papa Juan con un hecho digno de toda alabanza. Entró en Roma, llegó hasta la plaza de San Marcelo, y allí en presencia de una gran multitud de romanos, sacó una bula que el Papa habia dado contra el rey, y la leyó toda entera en voz alta, y despues se expresó de este modo: «Se ha esparcido la voz de que un síndico del clero romano habia comparecido en presencia de Luis de Baviera, que se dá el título de emperador, y que en nombre de ese clero le propuso acusaciones contra el papa Juan XXII: esto es, una impostura, pues que entónces los canónigos de San Pedro, de San Juan de Letran, de Santa María la Mayor y los demás eclesiásticos, aun los ménos distinguidos, y con ellos los abades, los frailes mendicantes y la mayor parte de los religiosos, se habian retirado de Roma muchos meses ántes, temiendo incurrir en el anatema si comunicaban con los cismáticos que estaban ya heridos de él. Por tanto me opongo á todo lo que ha hecho Luis de Baviera: sostengo que Juan XXII es católico y papa legítimo; que el que ha tomado la corona imperial, no es emperador, sino excomulgado, y con él todos sus parciales.» Despues de esto, Colonna ofreció confundir á todos los impugnadores no sólo con la fuerza de razones sino á mas si necesario era, con la espada, en terreno que fuese neutral. No habiendo nadie que le contradijese, pues que todos los que allí se encontraban habian quedado llenos de estupor al escucharle, se dirigió á la puerta de San Marcelo, donde fijó la bula, y montado luego á caballo, salió de Roma dirigiéndose á Palestrina (1).

Luego que se hubo ausentado, algunos de los que le habian escuchado fueron á dar parte de lo acaecido al emperador el cual envió una partida de caballeros armados en persecucion del intrépido Colonna al cual no pudieron dar alcance.

Luis de Baviera, deseoso de quedar árbitro de la autoridad pontificia, fijó su atencion en un sacerdote penitenciario en Roma que habia adquirido gran reputacion de virtud y que pasaba por hábil en el conocimiento de los negocios (2). A éste se propuso hacerle sucesor de Juan XXII, al que como hemos dicho acababa de deponer. Llamábase aquel sacerdote Pedro Rainalluci, aunque es mucho más conocido por el nombre de

(1) Henrion. Lib. XLIII, n. 3.
(2) Valding. ann. 1328, n. 3.

Pedro de Corbiere, el cual en su juventud habia sido casado y despues se habia hecho religioso.

Para llevar á cabo con toda solemnidad esta eleccion cismática, el dia de la Ascencion, 12 de Mayo de 1328, el emperador Luis reunió muy de mañana delante de la Iglesia de san Pedro á todo el pueblo romano y despues de haberse sentado en un trono que habia mandado levantar en aquel lugar, rodeado de los grandes y de un gran número de clérigos y religiosos, adelantóse hácia él Pedro de Corbiere, á cuya vista el emperador se puso en pié con aire respetuoso haciéndole luego sentar á su lado bajo el mismo dosel. Despues de esto, el obispo depuesto de Venecia, Jacobo Albertini, dirigiéndose al pueblo preguntó en alta voz y por tres veces continuadas si queria por Papa á fray Pedro de Corbiere. Desde aquel instante pareció desvanecerse todo el entusiasmo del pueblo y sólo se escucharon algunas respuestas afirmativas que fueron producidas únicamente por el temor y los respetos humanos. En seguida levantándose el emperador hizo que el obispo de Venecia leyese un decreto de eleccion y dió al nuevo papa el nombre de Nicolás V; le puso el anillo, le revistió de la capa y le hizo sentar á su derecha, poco despues de lo cual entraron con gran pompa en la iglesia de san Pedro donde se celebró una misa solemne y luego fueron al convite acostumbrado (1).

Pocos dias despues el anti-papa hizo una promocion de siete cardenales entre ellos Jacobo Albertini al que creó cardenal-obispo de Ostia. Habia designado otros dos cardenales, los cuales despreciaron esta dignidad cismática. Corbiere que habia sido religioso franciscano durante cuarenta años en el convento de Araceli, y como *fraticello* debia desdeñar los honores y las riquezas, se hacia seguir por un pomposo acompañamiento y tenia una mesa espléndida. El emperador á pesar del mal estado de sus rentas le suministraba grandes cantidades para que sostuviese la grandeza de su falso pontificado. Queriendo el emperador consumar su obra, el dia de Pentecostes se fue á la iglesia de San Pedro con su anti-papa donde le hizo consagrar por el supuesto cardenal obispo de Ostia, Jacobo Albertini, coronándole en seguida. Despues de esto, se hizo coronar emperador por el mismo á quien habia coronado papa.

Haremos aquí caso omiso de las bulas publicadas por el anti-papa en contra del legítimo Pontífice y de otros actos con los cuales se desacreditó aun con los mismos que formaban su partido.

---

(1) Villan. Lib. 10, cap. 72.

Juan XXII celebró en Aviñon un concilio (1327) contra el anti-papa Pedro de Corbiere en el cual le excomulgó así como á Luis el Bavaro.

Viéndose abandonado de todos el anti-papa, se refugió en Pisa tan ocultamente, que aun los mismos pisanos lo ignoraban. Pero por fin se descubrió que el conde Bonifacio Denorático le ocultaba y Juan XXII, quiso obligarle á entregarlo. Negó al principio Bonifacio que lo tuviese en su poder, pero persuadido de las razones del obispo de Luca se mostró arrepentido de haber dispensado su proteccion al jefe del cisma, y se decidió á escribir al Pontífice. Pedro de Corbiere, por su parte tambien escribió una muy sumisa carta al papa Juan en la cual manifestaba su arrepentimiento por haber escuchado los consejos de los impíos y haber tenido la temeridad de subir á la Silla apostólica: concluyendo por implorar el perdon en los términos más humildes, ofreciendo al Sumo Pontífice hacer su renuncia pública bien fuese en Pisa, en Roma, ó á donde Su Santidad dispusiere. El Papa no pudo ménos de experimentar un gran consuelo al recibir la humilde carta de Pedro y le contestó con otra llena de dulzura en la cual le exhortaba á perseverar en su arrepentimiento y á presentarse á su persona.

En vista de esto, Pedro hizo su primera retractacion pública en Pisa á presencia del nuncio Raimundo Esteban, enviado de Aviñon para conducirle á aquella corte. Confesó humildemente y en presencia de todo el pueblo sus crimenes y extravíos, y luego recibió la absolucion de las censuras por el ministerio del arzobispo de Pisa, al que el Papa habia dado esta comision.

Poco despues emprendió su viaje para Aviñon, en cuyo tránsito sufrió grandes amarguras sin quejarse, por que los pueblos por donde pasaba le colmaban de maldiciones sin atender á la humildad con que iba por todas partes confesando su crímen. Tal vez de no haber ido acompañado del nuncio y de una escolta bien armada, hubiesen en algun punto concluido con su vida.

En Pisa temió entrar con sus hábitos ordinarios y lo hizo disfrazado de seglar. Al dia siguiente de su llegada, 25 de Agosto, fue recibido por el Sumo Pontífice en consistorio de cardenales. Subió á un tablado que al efecto se habia dispuesto para que hiciese su abjuracion, y dió principio á ella con estas palabras del hijo pródigo: *Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos.* El espectáculo fue muy tierno y edificante, de suerte que los que á él asistieron no pudieron ménos de verter lágrimas al ver por una parte la humildad y el arrepentimiento del penitente, y

por otra la dulzura del Padre comun de los fieles, que con los brazos abiertos recibia la oveja extraviada. Pedro de Corbiere abjuró los errores en que habia caido, uniéndose á Luis de Baviera, y tomando el título de Papa. La fuerza del dolor y de la confusion ahogó su palabra, de suerte que no pudo continuar la confesion circunstanciada que se habia propuesto hacer, por lo que se dejó para otro consistorio, concluyendo este con un discurso que pronunció el Sumo Pontífice sobre los deberes del buen pastor para con la oveja descarriada. Luego que lo hubo acabado, Pedro descendió del tablado con la soga al cuello, y se postró á la presencia del Papa, el cual le levantó, le quitó la cuerda, le admitió á besar los piés y las manos, y el mismo Pontífice entonó un *Te-Deum*, que continuaron los cardenales con los demás asistentes, y celebró despues solemnemente la Misa en accion de gracias.

En un consistorio secreto celebrado el 6 de Setiembre, volvió á comparecer Pedro de Corbiere, haciendo una confesion circunstanciada de los atentados á que habia sido arrastrado por su cisma, reconociéndolos nulos por falta de potestad, é hizo su profesion de fe, declarando no tener otra que la de la Iglesia romana y de su legítimo pontífice Juan XXII, el cual le dió la absolucion, reconciliándole con la Iglesia. No queriendo, sin embargo, concederle una libertad de la que pudiese abusar, le señaló una habitacion, en la que se le daba de comer de la misma mesa del Papa, libros para que pudiese ocupar el tiempo y toda clase de comodidades, pero sin permitirle salir ni que recibiese visitas. Vivió Corbiere, tres años y un mes bajo aquella vigilancia, y murió en Setiembre de 1333, siendo sepultado con el hábito franciscano y los honores convenientes, en la iglesia de los hermanos menores de Aviñon.

Algun tiempo despues, el emperador Luis, que habia hecho renuncia y vivia retirado en Baviera con el resto de sus parciales, quiso reconciliarse con el Papa, y á este fin empeñó á algunos príncipes de Alemania para que fuesen sus mediadores. Ofrecia abandonar al anti-papa, revocar la apelacion interpuesta al futuro concilio, y todo cuanto habia hecho contra el Papa legitimo, pero bajo condicion de que Juan XXII le conservaria el imperio. El Sumo Pontífice escuchó tales proposiciones con indignacion, y contestó con la mayor energía, diciendo que seria vergonzoso y aun perjudicial á la Iglesia, reconocer por emperador á un hombre condenado justamente como autor del cisma, fautor de la herejía y aun hereje él mismo, pues que mantenia cerca de su persona un gran número de apóstatas y de enemigos de la Religion: que aun

cuando Pedro Corbiere no se hubiese depuesto á sí mismo, este cuidado no tocaria á Luis en manera alguna, aun cuando fuese tan emperador como deseaba serlo; añadiendo que si se humillaba era únicamente con el deseo de conservar el imperio, que no se mostraba penitente, y que por lo tanto no era digno de absolucion. En suma, Juan XXII concluye exhortando á los príncipes de Alemania á elegir otro emperador; pero ellos no se dieron priesa, por lo que Luis de Baviera siguió fomentando la discordia inquietando no solamente al papa Juan, sino tambien á sus dos sucesores inmediatos.

La Iglesia y el imperio de Oriente no se hallaban ménos perturbados. Andrónico III, que habia sido asociado al imperio tres años ántes, se rebeló abiertamente contra su abuelo Andrónico II, conocido con el sobrenombre de el Viejo, bajo el pretexto de que este desatendia los negocios y que á causa de su avanzada edad dejaba á los pueblos abandonados á los insultos de los turcos, los que en efecto hacian algunas incursiones llegando hasta las mismas puertas de Constantinopla; al subir al trono halló el imperio en un estado deplorable, y no obstante los grandes esfuerzos que hizo, su situacion era cada dia peor: los turcos se apoderaron de Nicea, haciéndola su capital en 1333; y como viesen los venecianos que las conquistas de aquellos bárbaros se extendian sobre sus tierras, se propusieron rechazarlos y al efecto formaron una liga en la cual hicieron entrar al papa Juan XXII, al emperador Andrónico, á los reyes de Francia, de Nápoles y de Chipre, y al gran maestre de Rodas; pero todo el fruto de esta especie de cruzada se redujo á una victoria estéril, alcanzada en las costas de Grecia. En 1339, Andrónico envió embajadores al sucesor de Juan XXII, Benedicto XII (1), para tratar de la reunion, proponiendo al jefe de la embajada la convocacion de un concilio general que allanase todas las dificultades, y como quiera que esta idea no se pudiera realizar, quedaron las cosas en el mismo estado que ántes tenian. El emperador y la emperatriz, su esposa, eran muy partidarios de la doctrina de los quietistas, cuyo jefe era Gregorio Pálamas, por lo cual en 1341 á 11 de Julio el emperador reunió en Constantinopla un concilio (no recibido por la Iglesia), en el cual Barlaan denunció á los Padres la doctrina del dicho Gregorio, el cual hacia una distincion entre la esencia y la operacion de Dios, y sostenia que la luz del Tabor era increada y divina; Barlaan fue condenado sin que por esto

(1) Henrion. Lib. XLIII, n.

se diese la razon á Gregorio : entónces el emperador que se hallaba enfermo, habló con tanta energía en favor del último, que habiéndose agravado considerablemente su mal, murió.

La Silla patriarcal de Constantinopla se hallaba ocupada al advenimiento al trono de Andrónico III, por Isaías, hombre ignorante en tal grado que apénas sabia firmar, y que dos años ántes habia sido elevado á aquella dignidad desde el estado de simple monje. Se le acusaba de muchos y graves delitos, tan bien probados que por mucho tiempo habia estado excluido de las sagradas órdenes. En el corto espacio de nueve años se contaron hasta cuatro patriarcas de igual ciencia y virtud á corta diferencia. Así lo asegura entre otros autores Gregoras, griego y cismático.

Entretanto debilitado el imperio por la apatía del emperador y la indolencia é ignorancia de los patriarcas, los turcos hacian grandes progresos que ya se hacia difícil el poderlos contener, necesitando los griegos de los socorros y ayuda de todas las clases del imperio para evitar su total ruina, de que tan próximamente se veia amenazado.

Andrónico el Jóven, no desmayó aun en medio de estos formidables enemigos, y haciendo de la necesidad virtud, dirigió sus esfuerzos á captarse la voluntad de todos sus vasallos, haciéndose amable y respetable, y demostrando las cualidades que le hacian digno del trono.

Muerto el patriarca Isaías despues de diez años de pontificado, y viéndose Andrónico en la precision de alejarse de Constantinopla para ponerse al frente de las tropas que perseguian á los turcos, trató de dar á aquel patriarca un sucesor digno que pudiese ser al mismo tiempo custodio de la emperatriz y tutor de sus hijos, y fue propuesto un clérigo llamado Juan, apellidado Apri, del lugar de su nacimiento en Francia, de una familia oscura, pero de talento y habilidad. Por más que esta eleccion no fuese del gusto del clero, el camarero mayor del emperador reunió los obispos en la iglesia de los Apóstoles, y les persuadió á que le diesen su voto y por fin le eligieron para el patriarcado; habiendo sido ordenado en 1333.

Mientras tanto pasaban estas cosas en oriente el papa Juan publicaba que pasaria en todo el año á Italia y que se estableceria en Bolonia con toda la corte romana. Ya hemos dicho anteriormente que estos deseos de trasladar la silla pontificia á Roma, que honran la memoria de este Pontífice, no pudieron realizarse á causa de su avanzada edad y de la escasez de su salud. Esto no obstante, como quiera que las promesas del Papa fuesen seguidas de cartas confirmatorias dirigidas á los habitantes

de Bolonia, estos enviaron una embajada á Aviñon para transferir al Papa en toda forma el señorío de su ciudad y suplicarle que no retardase su partida á ella. Juan XXII como es natural, recibió á los embajadores con benevolencia y las mayores pruebas de cariñoso afecto, diciéndoles que admitia la sumision en nombre de la Iglesia y prometiendo muchas veces en público consistorio que iria en el mismo año á Bolonia. A pesar de tan buenos deseos manifestados por el Pontífice, los negocios de Francia, principalmente los relativos á la preparacion de la cruzada, le hacian detener dilatando de este modo su proyectado viaje. «Gustábales á nuestros reyes, dice Henrion, conservar el esplendor que la Majestad de la Santa Sede daba á la iglesia de Francia; veian con placer á sus hijos sucederse en la cátedra de San Pedro, llenar el sacro colegio y participar cual favoritos de las dignidades de la Iglesia; y tenian ademas la ventaja de obtener más fácilmente la imposicion de diezmos sobre el clero, subsidios que entónces no se acostumbraba exigir sin haber obtenido ántes el consentimiento del Papa. Felipe de Valois hizo como los demás predecesores suyos y como los que le siguieron; trató de detener al Papa en la Provenza y lo consiguió (1).»

La Providencia permite que las más grandes verdades salgan á veces de labios de los mismos que se proponen defender doctrinas erróneas. Los reyes de Francia, nos acaba de decir Henrion, deseaban la permanencia de los papas en su reino, porque tenian la ventaja de *obtener más fácilmente la imposicion de diezmos sobre el clero.* Verdad es que como dice tambien el citado autor, la majestad de la Santa Sede daba esplendor á la iglesia de Francia; empero los mismos sucesos que tuvieron lugar durante la triste y lamentable época de la ausencia de los Pontífices en Roma nos demuestran claramente que la Santa Sede perdió mucho en majestad y en esplendor. Suficiente fue que el mundo considerase á los papas bajo la influencia de un monarca para que se suscitase el gran cisma del que pronto hemos de ocuparnos por la rivalidad que tuvieron los pontífices romanos, cisma que produjo las más tristes y lamentables consecuencias. Ya veremos cuan grandes fueron las luchas del Papado y las justísimas razones con que los romanos despues de la muerte de Gregorio XI se dirigieron á los cardenales reunidos en cónclave, suplicándoles con el mayor encarecimiento que eligiesen un papa italiano y si fuese posible romano, á fin de que restituyese á Roma la Silla pontifi-

(1) Hist. de l'Egl. gáll. lib 37, seg. Henrion, Lib XLIII, n. 33.

cia. El período de la historia que nos ocupa al presente y los sucesos que vamos á narrar responden suficientemente á los declamadores contra el poder temporal de los pontífices, que aseguran que podrian gobernar dignamente la Iglesia con entera libertad bajo la proteccion de cualquier rey católico. La Francia ansiosa de dominacion en todo tiempo y principalmente en la época que nos ocupa, parecia desconocer las verdades que estan al alcance de la inteligencia ménos lince y perspicaz; pero es lo más extraño, que escritores por otra parte muy católicos y ortodoxos traten de defender todavía la conveniencia de haber permanecido la Silla apostólica fuera de su centro, digamoslo así, y no por eso oculten en lo mas mínimo los males que se experimentaron y las fatales consecuencias del cisma que sobrevino.

El Papa que no descuidaba ninguno de sus deberes y que atendia con solicitud al bien de la Iglesia universal, no obstante los grandes disgustos de que se vió rodeado durante su dilatado pontificado, en el año 1334 reformó y no instituyó, como aseguran algunos autores, el tribunal de la Rota llamado así por que cada uno de sus auditores ejerce su oficio por turno ó rota. Los miembros de este tribunal eran catorce; pero Sixto IV los redujo á doce, de los cuales tres son romanos y los otro nueve pertenecen á las siguientes naciones: Alemania, Francia, España que tiene dos, uno por la corona de Castilla y otro por la de Aragon, Venecia, Milan, Bolonia, Ferrara y por último Florencia y Perugia alternativamente.

Atribúyese á Juan XXII la célebre bula llamada *Sabatina,* que empieza así: *Sacratissimo uti culmine,* que contiene indulgencias concedidas á los religiosos y cofrades carmelitas, cuya bula ha sido despues confirmada por Alejandro V, San Pio V, Gregorio XIII, Clemente VII, VIII y X y por Paulo V. Por esta bula se manifiesta la revelacion de la Santísima Virgen que encargó al dicho Pontífice la confirmacion del órden de Carmelitas, ofreciendo entre otros privilegios que concedia á dichos religiosos y á sus aliados el bajar ella al purgatorio todos los sábados para llevarse al cielo las almas de los que allí encontrase (1).

---

(1) Ponemos aquí el texto de la bula *Sabatina* en lo que dice órden á los cofrades para conocimiento de los que puedan ignorarla. Es de este modo: «Et si alii devotionis causa sanctam ingrediantur religionem, sancti habitus signum ferentes, appellantes se confratres, et consorores mei ordinis prænominati, liberantur á tertia eorum peccatorum portione á die, quo præfatum ordinem intrabunt castitatem si vidua est, promittendo virginitatis, si virgo est, fidem prœstando: si conjugati, inviolati conservationem matrimonii adhibendo, ut sancta Mater imperat Ecclesia: fratres prædicti ordinis supplicio solvantur

El hecho mismo de la bula que acabamos de citar, que nos demuestra la verdad de la revelacion que hizo la Santísima Vírgen al papa Juan XXII, momentos ántes de ser elegido para ocupar la cátedra de San Pedro, nos manifiesta, á pesar de cuanto hayan dicho sus enemigos, las grandes virtudes de que se hallaba adornado. Novaes habla de este modo: «Juan tenia una grande constancia en sus empresas; era de estatura baja, pero habia adquirido una vasta ciencia; su espíritu era profundo y sagaz, su corazon magnánimo y su prudencia consumada. Era elocuente, sóbrio, frugal, modesto, justo, vivo á pesar de su edad avanzada, fácil en irritarse, pero su cólera duraba poco; de repente y en medio de algunos excesos de petulancia, se serenaba su rostro, y se reia de su propia agitacion cuando le habia pasado (1).»

Juan XXII, como doctor privado y no como doctor universal, habia opinado que las almas purgadas de todo delito y entradas en el cielo, no gozaban de la vista de Dios hasta el dia del juicio. Pero todo lo que Su Santidad habia dicho sobre esta materia, no fue en forma de asercion, sino sólo como simple narrador. Sin embargo, esto fue causa de que se levantase una nueva persecucion contra el Papa al que llegaron á acusar de herejía. Aparte de que como decimos, el Papa no impuso á nadie el que siguiese aquella doctrina acerca de la vision intuitiva, hemos de añadir que hoy seria una herejía el sostener aquella opinion, pero no entónces, pues que nada habia declarado la Iglesia sobre ello. Con todo, cuando Juan creyó que iba á morir, declaró en presencia de los cardenales, que las almas purgadas gozaban en seguida de la vista de Dios: protestó no habia ideado nada contrario á la fe, y que si habia arriesgado alguna proposicion contraria á las santas doctrinas, se retractaba formalmente de ella. Sobre esta declaracion no ha podido moverse altercado sino alterándole, pero afortunadamente el sucesor de Juan para hacer enmudecer á sus calumniadores, publicó una bula en 26 de Enero de 1336,

---

et culpa. Et á die quo sæculo recedunt ab isto, properato gradu accelerant ad purgatorium, ego Mater graciosè descendam sabbatho post eorum obitum, et quotquot inveniam in purgatorio liberabo, et eos in montem sanctum vitæ eternæ redducam. Verum quod isti confratres et consorores tenentur horas dicere canonicales, ut opus fuerit secundum regulam ab Alberto datam. Illi qui ignari sunt, debeant vitam jejunam ducere in diebus, quos sancta jubet Ecclesia, nisi necesitatis causa alicui essent traditi impedimento, mercurio et sabbatho debent se á carnibus abstinere proterquam in Filii mei Nativitate.

Et hoc dicto evanuit hæc sancta visio. Istam ergo indulgentiam accepto, roboro et in terris confirmo sicut propter merita Virginis gloriosæ Jesus Christus concessit in cœlis.

(1) Novaes, IV, 110.

en la que demostró la doctrina que Juan habia reconocido ántes de morir, es decir, que las almas, una vez purgadas del pecado, gozaban inmediatamente de la vista intuitiva de Dios. Por la misma bula se prohibe bajo pena de excomunion enseñar la doctrina contraria.

He aquí ahora otros hechos de Juan XXII.

El rey de Portugal, Dionisio, habia fundado la órden militar de Cristo para reprimir en este reino el pillaje de los sarracenos, y el Papa Juan la confirmó en Marzo de 1319, nombrando para primer gran maestre á Gil Martins que lo era ya tambien de la órden de *Avis*.

Este mismo Pontífice canonizó al hijo de Cárlos II, San Luis, obispo de Tolosa que habia sido su discípulo y erigió dicha silla en arzobispado y más tarde canonizó tambien á Santo Tomás de Aquino, gloria inmortal de la ilustre órden de Predicadores, el que fue despues declarado quinto doctor de la Iglesia por San Pio V que perteneció á la misma órden.

Como quiera que este Pontífice tenia mucha afeccion por la órden de San Agustin, le confirió tres cargos en la iglesia romana, cuales eran: el de *Sacrista, bibliotecario* y *confesor del Papa*. Sixto IV que fue el fundador de la biblioteca Vaticana distribuyó estos empleos removiendo á los agustinos. Despues en el pontificado de Alejandro IV volvieron estos á obtener la dignidad de *sacrista* que les fue concedida perpétuamente y que en el dia disfrutan, siendo distribuidos los otros dos cargos á gusto de los pontífices.

Juan XXII, murió cuando una nueva borrasca amenazaba á la Iglesia, el dia cuatro de Diciembre de 1334, despues de haberla gobernado diez y ocho años y tres meses. Varias obras que dejó escritas acerca de la medicina y particularmente su *Thesaurus Pauperum*, demuestran cuan vastos eran los conocimientos de este gran Pontífice.

Cuando en 1759 se trasportó su mausoleo á otro punto de la catedral, se encontró su cuerpo intacto. Se le ha censurado que dejase en las arcas sobre veinte y cinco millones de florines de oro (1); pero el mismo autor que esto dice, asegura que este Papa, léjos de tener una vida deliciosa y regalada, vivia muy frugalmente, y pasaba sin dormir la mayor parte de la noche entregado á la oracion ó al estudio. Si trató de acumular tantas riquezas fue tan solo con el objeto de recuperar la Tierra Santa, cuya esperanza alimentó siempre. A esto debe añadirse para honra de este Pontífice que á su muerte no legó cosa alguna de aque-

(1) Villan. Lib 9, Cap 20.

llas riquezas á sus parientes ni aun á los más cercanos, contentándose con recomendarlos á la caridad de los cardenales y del rey Felipe.

Examinados detenidamente los hechos vemos que Juan XXII fue un gran Pontífice que jamas retrocedió ante las más difíciles empresas, como sucede á todo aquel que obra con arreglo á una recta conciencia. El pacificó la Inglaterra, socorrió al rey de Mallorca contra los sarracenos, y envió misioneros para predicar la fe entre los infieles. En suma, fué enérgico para hacer respetar los derechos de la Santa Sede y estendió sus cuidados á toda la Iglesia universal. Se asegura que á su muerte contaba la avanzada edad de noventa años.

CAPITULO VI.

Concilios.—Benedicto XII, papa.—Concesion de gracias.—Conducta de Benedicto con respecto á sus parientes.—Proyecto de traslacion de la Silla Pontificia.—Concilio de Salamanca.—Celo de Benedicto contra los abusos.—Supresion de las espectativas.—Edifica el palacio de Aviñon.—Santa Isabel, reina de Portugal.—Disposiciones del papa Benedicto en órden al emperador Luis de Baviera.—Congreso en Rents.—Alberto de Strasburgo, diputado acerca del Papa.—Concilio de San Rufo.—Promocion de cardenales.—La Bolonia se somete nuevamente al Papa.—Las ciudades de Italia se separan del cisma.—Muerte de Benedicto XII.—Clemente VI, papa.

Ántes de pasar á historiar el pontificado del sucesor de Juan XXII, daremos cuenta de algunos concilios importantes celebrados durante el reinado de éste, á más de los que ya hemos notado.

En España fueron tres los que se reunieron: los de Zaragoza y Valladolid, de los que ya nos hemos ocupado, y uno en Toledo, celebrado el 21 de Noviembre de 1324. Juan de Aragon, arzobispo de la misma Iglesia lo presidió: publicáronse en él ocho cánones, en cuyo prefacio se ordena que han de ser observados juntamente con los formados en Valladolid dos años ántes por el legado Guillermo de Gondi: por el segundo de dichos cánones, se dispone que los clérigos estén obligados á afeitarse la barba á lo menos una vez al mes.

Concilio de Senlis en 11 de Abril de 1326, por Guillermo de Trie, arzobispo de Reims, y siete de sus sufragáneos: en él se públicaron siete estatutos, el primero de los cuales indica el modo de celebrar los concilios provinciales que es el que se observa al presente.

En 18 de Junio del mismo año 1326, el papa Juan celebró un concilio en Aviñon, al que asistieron tres arzobispos, once obispos y muchos diputados de los ausentes: se formó en esta asamblea un gran reglamento que consta de cincuenta y nueve artículos, uno de los cuales, ha-

bla contra los envenenadores y encantadores que no eran muy raros en aquella época.

Concilio de Londres en 1329, en el mes de Febrero, por Simon Mepham, arzobispo de Cantorberi: este prelado publicó en esta asamblea una constitucion de nueve artículos, disponiéndose por el segundo que la fiesta de la Concepcion de la Santísima Vírgen se celebre con solemnidad en toda la provincia de Cantorberi.

Durante los años de 1329 y 1330 se celebraron en Paris por órden y en presencia del rey Felipe de Valois, varias asambleas para fijar los límites de las jurisdicciones real y eclesiástica.

A los diez y seis dias de la muerte del papa Juan XXII, esto es, á 20 de Diciembre de 1334, fue elevado á la Silla Apostólica por los votos unánimes de todos los cardenales

Benedicto XII, llamado ántes Fournier, y por sobrenombre el *Nuevo*. Era hijo de un molinero llamado Guillermo, sobrino por parte de madre del pontífice Juan XXII, y natural de un pueblo de las cercanías de Tolosa. Habíase criado en el austero instituto del Cister, y despues de haber hecho sus estudios en Paris, fue elegido abad de Font-froide, de la misma órden: durante el pontificado de Juan XXII, fue obispo de Pamiers, luego de Mirepoix y últimamente presbítero-cardenal del título de Santa Prisca, creado por el mismo Pontífice en 1327: era llamado comunmente el *Cardenal blanco*, por haber pertenecido segun hemos dicho á la órden cisterciense.

Reunido el cónclave en Aviñon por veinte y cuatro cardenales, se ofreció el Pontificado al cardenal Juan de Cominges, pero bajo la condicion de que no habia de trasladar á Roma la corte pontificia. Aquel cardenal miró como indigna semejante condicion, y se negó por lo tanto á aceptar la tiara. Entónces empezó á hablar indirectamente del *Cardenal blanco*, y aunque no era de los más apreciados en el sacro colegio, Cominges hizo ver la conveniencia de darle todos los votos, y así formalizándose en esta idea los cardenales, le nombraron por unanimidad y sin escrutinio.

Admirado Fournier de su eleccion, dijo á los cardenales: «¿Qué habeis hecho, hermanos mios? Habeis elegido para Papa al más indigno entre todos.» Quiso declinar el honor del Pontificado, pero como insistiesen los cardenales, aceptó la tiara tomando el nombre de Benedicto, en honor del Santo Patriarca, cuya regla habia seguido por espacio de muchos años.

La coronacion de este Pontífice tuvo lugar en 8 de Enero de 1335, en el convento de dominicos, por el cardenal Napoleon Orsini, que habia ya coronado á los dos Papas precedentes.

Inmediatamente despues de su coronacion, Benedicto dirigió un breve á todos los obispos y príncipes cristianos, excepto á Luis de Baviera, excomulgado, como sabemos, por Juan XXII, y á Federico, rey de Sicilia, que rehusaba prestar homenaje á la Santa Sede por este reino.

El dia 9 de Enero, esto es, el siguiente de su coronacion, expidió la bula de que ya hablamos al acabar de reseñar el anterior Pontificado, sobre la vision beatífica.

Los frailes predicadores de Aviñon, alentados por haberse verificado la coronacion del Papa en su iglesia, segun acabamos de manifestar, presentáronle un gran número de memoriales en demanda de diversas gracias. El Papa los recogió todos con el objeto de examinarlos atentamente por sí mismo, para averiguar la renta de los beneficios, las circunstancias de los pretendientes y si habian obtenido ya beneficio. No era afecto á rodearse de ilustres prelados que le hicieran la corte, complaciéndole mucho el que estuviesen en sus respectivas diócesis, atendiendo al cuidado de sus iglesias; y así en pleno consistorio el 10 del mismo mes de Enero ordenó que todos los prelados y eclesiásticos encargados del cuidado de las almas, regresasen á sus iglesias despues de la fiesta de Candelaria, á ménos que tuviesen una causa legítima de dispensa, en cuyo caso deberian manifestársela para decidir en vista de ella como único juez. En esto fue muy rigoroso así como tambien en examinar por sí mismo la aptitud y méritos de los que habian de ocupar los beneficios eclesiásticos, prefiriendo mejor el dejarlos vacantes que el proveerlos en sugetos incapaces ó viciosos, estando al mismo tiempo muy pronto para premiar y distinguir á los eclesiásticos que se hacian notables por sus virtudes y sabiduría, á los cuales buscaba en los sitios más retirados, complaciéndose en colmarles de honores y de dignidades.

Si por desgracia el nepotismo se vió florecer en alguno de los anteriores Pontificados, Benedicto XII, por el contrario, tenia una regla de conducta en este particular muy digna de ser imitada por todos sus sucesores: «Si no me dominan los de mi familia», decia, «no tendrá ninguna mancha mi virtud.» Estas palabras del Rey profeta parecia que estaban grabadas en su corazon pues que contínuamente se le oia repetir: «El padre de todos los fieles debe ser como Melquisedec, sin padre, sin

madre, sin genealogía.» Tan observante era de esta regla, que no hizo cosa alguna en favor de sus parientes. Pero hizo excepcion en uno de ellos, en Juan de Bauzian, sacerdote dignísimo, muy notable, así por su sabiduría como por sus virtudes, de tal modo, que los cardenales se empeñaron en alcanzarle el arzobispado de Arlés, y el Papa viendo cuan justa era la pretension por reconocer la verdad de los méritos que se exponian, accedió á ello, pero jamás consintió en concederle la púrpura cardenalicia, á pesar de los esfuerzos que para ello hicieron los cardenales, solamente por tener en cuenta que era su sobrino.

Los hechos todos de este pontífice dieron á conocer suficientemente que el juicio que de sí mismo habia formado al tiempo de ser elegido para jefe supremo de la Iglesia, habia tenido por fundamento tan solo su modestia y humildad. A pesar de ser francés, el amor patrio no le hizo desconocer las razones poderosísimas que le estaban llamando á Roma. Así pues, sus primeros cuidados fueron dirigidos á preparar la traslacion de la Silla apostólica al sitio donde la habia establecido San Pedro, confirmándose en esta su resolucion por una magnífica embajada que con el mismo objeto le enviaron los romanos. No estaba versado en la política, aunque estaba adornado de gran talento y era profundo teólogo, resplandeciendo principalmente por la integridad de costumbres y una alma noble y generosa.

Para llevar á cabo su proyecto de traslacion tuvo una entrevista con Felipe de Valois al que profesaba un extraordinario cariño, pero este mas político que Benedicto aunque no le contradijo y por el contrario le ofreció su ayuda para realizar sus rectos designios, hizo todo lo posible para frustrarlos. Los cardenales franceses por su parte se valieron de todos los medios que les fueron posibles para evitar la referida traslacion; y como se fomentasen en Italia grandes turbulencias entre los diferentes príncipes que tiranizaban aquellos pueblos, Benedicto llegó á persuadirse de que no era tiempo oportuno de verificar la traslacion de la Santa Sede.

Muy á los principios de este pontificado se reunió un concilio en Salamanca (24 de mayo de 1335) por Juan, arzobispo de Compostela, en el que se publicaron diez y siete estatutos, todos referentes á la disciplina: y en 11 de Setiembre del mismo año hubo otra asamblea en el priorato del Prado ó de la Buena-Nueva en las inmediaciones de Ruan, la cual fue terminada en 11 de setiembre por Pedro Roger, arzobispo de aquella ciudad; hízose un estatuto en trece artículos por el tercero de los cuales se probibe á los monges el hábito corto y el uso de armas.

Uno de los cuidados más asiduos del papa Benedicto fue buscar los medios para destruir la simonía, establecer una saludable reforma en las órdenes religiosas y proveer á las iglesias de dignos pastores. A él fue debida la perpetua supresion de las *espectativas* por las cuales se proveian los beneficios aun ántes de estar vacantes, concediéndose el derecho de sucesion. La Francia, la Inglaterra y la Alemania, estaban inundadas de estos ilícitos favores. Nada en nuestro concepto más oportuno que esta supresion de *espectativas*: los hombres no son ángeles ni pueden despojarse siempre de sus pasiones: fácil era que muchas veces el deseo de pingües beneficios hiciera desear la muerte al que los obtenia ó al ménos que esta causase alegría en aquellos en cuyo beneficio redundaba.

A este mismo pontífice se debió la reforma de la cancillería, estableciendo reglas tan sabias que no han sido despues derogadas ni reformadas en ningun otro pontificado.

Viendo las dificultades que se oponian á la traslacion de la Santa Sede á Roma y deseando á todo trance establecerla allende los Alpes, fijó su vista en Bolonia, conformándose en este punto con lo mismo que habia pensado su predecesor Juan XXII. Tambien á este proyecto se opusieron grandes dificultades, pues la sagacidad de los cardenales franceses le hizo creer que no podria gozar tampoco de tranquilidad en aquella ciudad, á causa de las grandes turbulencias y agitaciones que allí existian.

A vista de esto, empezó Benedicto á edificar en Aviñon el magnífico palacio pontificio que no pudo dejar concluido por haber llegado ántes el término de su vida.

En 1336 el papa Benedicto expidió bulas para la reforma de los monges negros (1), es decir, de Cluny y de los demás benedictinos y tambien para la de los canónigos reglares y de los frailes menores, siendo sus principales miras el hacer que floreciesen en todas partes los estudios y las ciencias, desterrándose la ignorancia que tan contraria es al honor del sacerdocio. Con respecto á los frailes menores no era necesario el estímulo ni el mandato, pues que eran muy aplicados á los estudios, siendo necesario tan solamente contener las opiniones sospechosas que en dicho órden habian introducido los fratricelos.

Un brillante ejemplo de santidad admiraba el mundo por esta época en la persona de Santa Isabel, reina de Portugal, que murió en el año 1336. Fue biznieta de Santa Isabel, reina de Ungria é hija del rey Don

(1) Llamados así por el color del hábito que usaban.

Pedro III de Aragon, y de Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia. Habia nacido en Zaragoza en 1271, siendo ella la que restableció la buena armonía é inteligencia entre su abuelo el rey Don Jaime y su padre Don Pedro. Educóse al lado del primero, el cual supo inspirarle un gran fervor por la piedad. Desde su más tierna edad fue muy mortificada y cada dia rezaba todo el oficio del breviario con la exactitud y devocion del religioso más austero. Las horas que le dejaban libres sus ejercicios de piedad las dedicaba á los asuntos públicos y á los domésticos. Cuando querian persuadirla que moderase sus austeridades, contestaba que en ninguna parte era más necesaria la mortificacion que en el trono, porque en ninguna otra encontraban mayores incentivos las pasiones. Fue muy notable por su caridad y misericordia para con los pobres, habiendo empleado sumas considerables en dotar doncellas, á las cuales proporcionaba casamientos adecuados á su condicion. Causábanla una gran afliccion de espíritu la vida relajada que observaba su esposo, y esto, no tanto por las ofensas que á ella hacia, sino por los agravios que Dios recibia. Llena de prudencia hizo un estudio formal para ganar el corazon de aquel esposo extraviado, siendo un verdadero retrato de la mujer fuerte de la que habla Salomon, consiguiendo al fin el objeto que se propusiera; pues que llegando aquel rey á conocer sus extravios, hizo penitencia. Tuvo Santa Isabel dos hijos que fueron Alfonso, que sucedió á su padre en la corona, y Constancia que casó con Fernando IV, el *Emplazado*, rey de Castilla. A esta santa reina se debió la conclusion de varias disensiones habidas entre diferentes príncipes de su familia y otros.

En 1325 habiendo muerto el rey Dionisio su esposo, Santa Isabel, despues de haber acompañado el cadáver hasta Odiveras, se puso el hábito de la Tercera órden de San Francisco, é hizo una peregrinacion á Compostela con el objeto de visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Cuando regresó de esta peregrinacion quiso profesar la vida religiosa, pero un motivo de caridad la impulsó á suspender esta piadosa determinacion, no queriendo desatender el gran número de pobres á los que diariamente alimentaba; pero escogió para su residencia una casa que ella misma habia edificado, contigua al monasterio de Santa Clara de Coimbra: sin embargo, ántes de morir hizo la profesion religiosa en la misma órden tercera de San Francisco, lo que declaró el papa Urbano VIII despues de haber hecho las más minuciosas observaciones sobre el particular.

Hallándose Santa Isabel en Estremoz donde habia ido con el objeto de procurar la pacificacion de los reyes de Castilla y Portugal, la llamó el Señor al cielo para concederle el premio de sus grandes virtudes, muriendo de un modo edificante en la misma poblacion el año 1336 segun dijimos al principio, cuando contaba sesenta y cinco de edad, habiendo sido enterrada por disposicion suya en el convento de Santa Clara de Coimbra. Su sepulcro fué glorioso por multitud de milagros y desde luego empezó á celebrarse su fiesta que más tarde fué autorizada por decreto de Paulo IV para todos los reinos y señoríos de Portugal, habiendo sido despues solemnemente canonizada por el papa Urbano VIII.

Una de las cosas que se propuso el papa Benedicto, fué el reconciliar á Luis de Baviera con la Iglesia romana. Desde el prinficio de su pontificado trabajó asiduamente en este negocio, comprendiendo que era el mejor medio de pacificar la Italia, que seria el modo de que se pudiesen conseguir sus deseos de trasladar á Roma la Silla pontificia. Persuadido Luis de Baviera de las buenas disposiciones y de la benevolencia del Papa para con él, envió embajadores al Papa y á los cardenales, con cartas muy sumisas é inmediatamente se les entregaron las condiciones que su Santidad pedia para proceder á un tratado sólido y estable. Luis, aceptando aquellas condiciones envió de nuevo á los mismos embajadores con un escrito por el cual revocaba cuanto habia hecho contra el último pontífice, como tambien cuantos edictos habia publicado en Roma, haciendo cuantas promesas eran conducentes á llevar á cabo la reconciliacion.

De gran consuelo sirvió á Benedicto esta conducta de Luis, y en pleno consistorio dijo á los embajadores que se regocijaba al ver que la Alemania, noble rama de la Iglesia, se reunia al tronco de que por desgracia se habia separado. Todo hacia creer á vista de esta manifestacion del Pontífice que la reconciliacion se verificaria al dia siguiente (1):

A pesar de todo esto, presentáronse obstáculos para que se verificase la reconciliacion de Luis, pues que los reyes de Francia y de Nápoles se opusieron vivamente, haciendo frustrar el designio del Papa, malográndose por lo tanto las negociaciones entabladas al efecto.

El arzobispo de Maguncia, Enrique de Virneverg, que era muy adicto á los intereses de Luis, reunió en la ciudad de Spira la mayor parte de sus sufragáneos, teniendo por objeto, al formar esta especie de concilio, enviar á pedir inmediatamente al Papa la absolucion del emperador, y caso

(1) Alb. Argent. pág. 129.

de que fuese negada, reunirse nuevamente para deliberar sobre el partido que debian tomar. Benedicto recibió con el mayor agrado á los enviados á los cuales manifestó reservadamente que se hallaba animado de las mejores disposiciones con respecto á Luis, pero que le habia escrito el rey de Francia diciéndole que si le absolvia sin su consentimiento le trataria peor de lo que se habia tratado al papa Bonifacio.

Despues de esto, en 1338 los electores se reunieron en Rentz, cerca de Coblenza, y declararon que el imperio en lo temporal no dependia de los papas, y se obligaron con juramento á conservarle en todos sus derechos contra cualquiera potestad sin excepcion alguna, y tambien á obligar á que obrasen del mismo modo todos aquellos de quienes pudiesen conseguirlo, á pesar de cualquiera absolucion ó dispensa (1). Con esto el emperador se animó, y convocó en Francfort una dieta, haciendo que se declarasen nulos y sin ningun valor los procedimientos del papa Juan XXII contra su persona; estableciendo que la jurisdiccion espiritual y la temporal son distintas, de donde infiere que todo cuanto ejecute el Papa contra el emperador en los asuntos temporales es un verdadero atentado; impugnando despues la opinion que atribuia al Papa el orígen de la potestad imperial, y privaba así de la autoridad como del título de emperador al rey electo de los romanos, hasta tanto que fuese consagrado y coronado por el Papa (2).

Inmediatamente despues de celebrada esta dieta, Alberto de Strasburgo fué á Aviñon á llevar al Papa la resolucion de los príncipes alemanes, y á representarle que su propio obispo no podia ya ménos de prestar homenaje al emperador Luis. Este negocio quedó sin resolver durante el pontificado de Benedicto, el cual sin embargo, no renovó el anatema de Luis.

Benedicto en 1337 celebró un concilio en la abadía de San Rufo, al que asistieron tres arzobispos y diez y siete obispos de las provincias de Arles en Brumn y Aix. Este concilio terminó en 3 de setiembre, y en él se publicó un decreto de sesenta y nueve artículos, tomados en su mayor parte del concilio celebrado en 1326. Aboliéronse algunas prácticas extravagantes que se habian introducido en la persecucion de los excomulgados. Ordénase tambien que los clérigos beneficiados ú ordenados *in sacris* se abstengan de comer carne en el último dia de la semana, en honor de la Santísima Vírgen, para dar este buen ejemplo á los legos. Otro

(1) Alb. Argent. pág. 129: Repdorf. pág. 426.
(2) Henrion. Lib. XLIV. n. 16.

estatuto muy notable por cierto de este concilio es el que no obliga á los canónigos aunque sean de catedrales mas que á dos meses de residencia (1). Cóncedese tambien un año para recibir las órdenes sagradas á los que por razon de su destino deban ser promovidos á ellas (2).

Benedicto creó en 1338 seis cardenales, cinco franceses y uno italiano, continuando de este modo la política de preferencia. Los italianos se quejaron; los de Bolonia no quisieron someterse, por lo cual revocó el Papa los privilegios concedidos á aquella universidad, mandando salir de aquella á todos sus profesores y á los escolares; con cuya medida Bolonia perdia su esplendor y sus riquezas; sin embargo, como más tarde reconociese la autoridad pontificia y se sometiese á ella, recobró de nuevo su universidad.

De la cruzada verificada en España contra los moros de África y de la victoria del Salado, hechos que tuvieron lugar durante el pontificado de Benedicto XII, nos ocuparemos al tratar de los asuntos de España, cuando terminemos la historia del siglo XV.

Así como Bolonia, se redujeron tambien á la obediencia del Pontífice muchas ciudades de Lombardía, que habian seguido el partido de Luis de Baviera y del anti-papa, declarando que se sujetarian á las órdenes de Benedicto aun por lo tocante al castigo á que se habian hecho acreedores por sus excesos contra él y contra la Iglesia romana, pidiéndole perdon por haber recibido los nuncios de Pedro de Corbiere, haciendo una formal promesa de no obedecer en adelante á Luis de Baviera ni á ningun cismático. De este modo dichas ciudades quedaron separadas del cisma, por lo que Benedicto las absolvió.

Milan que hasta entónces habia estado sujeta á Juan Visconti, rompió tambien los lazos que le unian al cisma, prometiendo abandonar el partido de Luis de Baviera, y de cualquier otro emperador que no fuese reconocido por el Papa, y pagar cincuenta mil florines de oro al Pontífice y cardenales, como indemnizacion de los daños y perjuicios que habian causado á los legados y á los nuncios romanos.

El Papa admitió la sumision de aquella ciudad, absolviendo al gobernador y á todos los ciudadanos, imponiéndoles en penitencia algunas limosnas y fundaciones piadosas.

Cuando de tal modo Benedicto XII iba arreglando todos los asuntos de

---

(1) Art. 19.
(2) Valding. an. 1338, n. 1 et seg. Rain. n. 73 et seg.

un modo tan conveniente al bien de la Iglesia, se agravó de un mal que padecia en las piernas, y murió súbitamente el dia de San Márcos, 25 de Abril de 1342, despues de haber gobernado la Iglesia siete años, cuatro meses y seis dias.

Platino que asegura que Benedicto amaba y buscaba á los buenos, aborreciendo y rechazando á los malos, añade que este Pontífice tuvo intencion de llamar cerca de sí al Giotto, célebre pintor de aquella época, para que reprodugese en las habitaciones que habia mandado construir, las historias de los mártires. El Giotto murió en 1336, dos años despues de la eleccion de Benedicto XII.

«He aquí, dice, al terminar la historia de Benedicto, Artaud de Montor: He aquí á un Papa nacido en condicion oscura, y que no dejó de ser uno de los más respetables Pontífices del catolicismo. Nada detiene la accion del Pontificado, hasta fuera de su primero y principal dominio. Representado con frecuencia por hombres que la sociedad condena á una especie de nulidad, el Pontificado parece decir que todos los elementos, sean cuales fueren, deben obedecerle.

«Ha sido hasta aquí causa de los acontecimientos de cinco siglos, desde Carlo-Magno. Persistamos en mirar su poder como inmenso. Todo le está bien, el grande, el pequeño, el hijo de un príncipe y el de un molinero; debe amar, consolar, instruir, civilizar; establece academias, que, recibiendo alumnos de todas partes, devuelven con noble usura más de lo que han recibido. En la universalidad de diferentes condiciones, el Pontificado escoge con discernimiento: todo lo que llega á ser piadoso y sabio lo convierte en honor y gloria. Por él ha sido inventada la igualdad entre los hombres, y puesta en práctica ántes de ser soñada por los filósofos modernos.»

Leemos en una crónica que á este Papa se le ha representado con la mano cerrada, para manifestar de este modo hasta que punto era reservado y circunspecto en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Su estatua que se ve en el Vaticano, lleva una tiara adornada de dos coronas: se cree que fue Clemente V ó Juan XXII el que añadió la segunda corona. Algunos historiadores aseguran que en el sepulcro de Benedicto se hicieron curaciones milagrosas; y otras que escribieron despues, le dan el título de beato, fundándose únicamente en la excelencia de sus virtudes, pues que la Iglesia nada ha decidido en este punto. Doce dias despues de su muerte, fue nombrado para ocupar la cátedra de San Pedro, el cardenal Pedro Rogerio, natural de una villa dependiente del

castillo de Maumont, en la diócesis de Limojes, el cual tomó el nombre de

Clemente VI. A la edad de seis años habia tomado el hábito de benedictino en el convento de la Chaise-Dieu. Más tarde fue profesor de Teología en Paris, preceptor de Cárlos, marqués de Moravia, que fue luego emperador con el nombre de Cárlos IV, y últimamente provisor de la Sorbona. El papa Juan XXII le habia enviado como nuncio cerca de las cortes de Paris y Londres, para que procurase extinguir la guerra que existia entre ambos paises. Fue sucesivamente obispo de Arras, arzobispo de Sens y de Ruan, y Benedicto XII le concedió la púrpura cardenalicia con el título de los santos Nereo y Aquiles. El dia de Pentecostés, 19 de Mayo, se verificó la coronacion del nuevo Papa en la iglesia de Padres predicadores de Aviñon, saliendo con una magnífica pompa, al efecto de atravesar las principales calles de Aviñon. Juan, duque de Normandía, heredero de la corona de Francia, sostenia el freno del caballo del Papa, viéndose tambien á su lado Felipe, duque de Borgoña, y á Humberto, Delfin, duque de Viena.

Refiere Artaud de Montor, que Estéban Aldebrand, prior de un monasterio, habia vaticinado á Pedro Rogerio su elevacion al Pontificado, cuando marchando este desde Paris á Chaise-Dieu, fue asaltado por unos ladrones en el bosque de Randan. El prior dió á Pedro los hábitos necesarios para continuar su viaje; éste lleno de reconocimiento le dijo: «Cuándo podré yo recompensar este favor?—Cuando sereis Papa», respondió aquel con gran presencia de espíritu. Efectivamente, concluye el escritor citado, cuando Pedro fue Papa, hizo llamar al prior, le nombró camarero de honor, luego arzobispo de Arlés, y más tarde de Tolosa.

Inmediatamente despues de su coronacion el papa Clamente, siguiendo la práctica de sus predecesores, comunicó su exaltacion á todos los príncipes cristianos, con cuya ocasion les exhortaba á gobernar á sus pueblos con dulzura, á sostener la Religion y á conservar la fe.

Desde luego manifestó el nuevo Pontífice grande afecto por su patria, pues que hizo una promocion de diez cardenales entre los que habia un hermano suyo, un primo y dos paisanos. En todo, nueve franceses y un sólo italiano: á saber, Andrés Malpighi, que hacia mucho tiempo residia en Francia, donde habia fundado un colegio. Poco tiempo despues promovió Clemente otros dos franceses al honor de la púrpura cardenalicia, no olvidándose de incluir en tan corto número otro sobrino suyo qué el

mismo habia educado y á quien manifestó todo el Sacro Colegio mucha prediliccion.

Al momento que llegó á Roma la noticia de la eleccion del nuevo Pontífice, los romanos, al modo que lo habian hecho ya al tiempo de la exaltacion de Clemente V, Juan XXII y Benedicto XII, nombraron una numerosa embajada que constaba de diez y ocho personas, de las principales casas de Roma, en su mayor parte varones distinguidos por el talento de la persuacion, contándose entre ellas el célebre Francisco Petrarca, que el año anterior habia sido condecorado con la corona poética de laurel. Tenia por objeto esta embajada insistir para que el Papa se trasladase á Roma con su corte. Presentáronse dichos embajadores ante el papa Clemente VI, y tomando la voz el Petrarca, le hizo ver en fáciles y correctos versos adornados con la amenidad y ternura que caracterizan al padre de la poesía italiana, que la Iglesia romana no podria ménos de desfallecer como una esposa que llora la ausencia del esposo, si no se daba priesa en trasladar á ella la Silla pontificia. Rienzi que era otro de los embajadores, pronunció en elegante prosa un vehemente discurso dirigido al mismo fin. El Papa contestó que deseaba lo mismo que ellos que se verificase la traslacion, pero que aun no le era posible, apoyándose en la necesidad que ántes tenia de reconciliar á los príncipes católicos, pues que como hemos indicado, continuaba aun la guerra entre ingleses y franceses. Tambien alegó la necesidad de remediar los males de España, que se encontraba en un estado deplorable. Sin embargo, creemos que no ménos hubiera podido atender á su remedio desde Roma que desde Francia.

Á pesar de lo dicho, hemos de reconocer en el papa Clemente las mejores disposiciones para el objeto, toda vez que desde entónces redobló sus esfuerzos y empleó toda su actividad en concluir con la guerra, decretando sentencia de excomunion contra cualquiera que aparejase un buque para desembarcar en Francia, y contra los que pretendiesen hacer una excursion en Inglaterra. No solamente consiguió un armisticio de tres años, sino que á más logró restablecer la paz entre Pedro, rey de Aragon, y Jaime, que lo era de Mallorca.

CAPITULO VII.

Concesion de gracias.— Altercado entre el papa Clemente VI y el rey Eduardo de Inglaterra.—Resérvase el Papa el obispado de Norwich.—Concilio en Armenia á presencia del rey Constantino.—Islas Afortunadas.—Clemente hace donacion de ellas á Luis de la Cerda.—Invitacion para una cruzada.—Relajacion de los caballeros de Rodas.—Escaso fruto de la cruzada.—Condenacion de los errores de Nicolás de Anticourt.—Juan de Mericourt.—Canonizacion de santos.

Queriendo Clemente VI solemnizar su exaltacion al trono pontificio, hizo publicar una órden por la cual manifestaba que por espacio de diez meses concederia todas las gracias que se le pidiesen. Con tal motivo acudieron á Aviñon multitud de eclesiásticos de todos los paises de Europa, cuyo número llegó á cien mil, los cuales regresaron colmados de gracias y llenos de gratitud. Así como Benedicto por su severidad habia tenido por sistema proveer pocos beneficios, Clemente no dejó vacante ni uno solo: hizo muchas reservas en los obispados y abadías, declarando nulas muchas de las elecciones de los capítulos y comunidades: llegó en su liberalidad hasta conceder beneficios á dos cardenales en los dominios de Inglaterra.

El rey Eduardo el Grande llevó muy á mal esta conducta del Papa y arrojó vergonzosamente de sus Estados á los administradores que aquel habia enviado (1). Luego que el Papa tuvo conocimiento de este hecho, escribió al rey Eduardo en estos términos: «Nada hay más justo al instituir nuevos cardenales que suministrarles lo necesario para su subsistencia segun su estado, como que entran á la parte con Nos en los trabajos del gobierno de la Iglesia: así pues, no hemos hallado otros medios mé-

(1) Thom. Valsing. pág. 63.

nos gravosos á los fieles que proveer en tan dignos cooperadores los beneficios que se hallan vacantes ó que vacaren en diferentes paises hasta completar un número determinado. Por esta causa hemos provisto en los dos cardenales Aimardo y Gerardo, naturales de vuestro ducado de Aquitania, unos beneficios situados en vuestro reino. Podeis informaros de como hemos concedido semejantes gracias en casi todos los Estados católicos á los demás cardenales nuevamente creados, y por cierto que estas disposiciones no han sido causa de rebelion ni violencia en ninguna parte. Pensadlo con madurez, carísimo hijo, pues no teneis vos ménos interés, ni os resultará ménos honor de que los cardenales que tanto desean complaceros os estén inseparablemente adictos y unidos en fuerza de su agradecimiento (1).»

Como se ve, el lenguaje del Papa no podia ser ménos violento ni más dulce. Esto no obstante, sin pararse el rey Eduardo á considerar las razones que aquel exponia, le contestó en los siguientes términos: «Cierto es que desde el orígen del cristianismo se fundaron las iglesias con rentas y con privilegios, á fin de mantener en ellas ministros activos que trabajasen en la propagacion de la fe católica y en la instruccion religiosa de los pueblos. ¡Cosa muy triste es, sin embargo, que por las provisiones que dimanan de la corte de Roma caigan las rentas de las iglesias en manos de sujetos indignos, ó por lo ménos de extranjeros que no residen en sus beneficios, que no conocen sus ovejas, que no entienden su lengua, y que solo y exclusivamente buscan el lucro en la casa de Dios! Así pierde su magestad el culto divino, se mira con indiferencia el cuidado de las almas, se acaba la hospitalidad, se abrogan los derechos de las iglesias, y se arruinan sus fábricas, mientras que los hombres sabios y virtuosos de nuestro reino que podrian con grande utilidad dirigir las almas, abandonan los estudios porque no tienen esperanza de conseguir ningun beneficio. Además de esto, con las provisiones de Roma queda sin efecto, no solamente nuestro patronato, sino tambien el de nuestra nobleza, decayendo vergonzosamente hasta los derechos de nuestra corona, pasando las riquezas de Inglaterra á manos de extranjeros y tal vez de enemigos nuestros. Todos estos desórdenes de que nos lamentamos, hace poco tiempo nos han sido expuestos en nuestro parlamento, pidiéndosenos con repetidas instancias que apliquemos pronto y eficaz remedio á estos males. Por tanto, tened á bien, Santísimo Padre, que las elecciones libres se

(1) Rain. an. 1343. n. 30.

verifiquen en nuestras iglesias catedrales y en las demás, pues que por conseguir esta libertad, convinieron nuestros antepasados en despojarse del derecho de colacion, pero bajo ningun concepto tuvieron por objeto favorecer las pretensiones de los extranjeros (1).» Sino por efecto de malicia, al ménos de ignorancia, cometió el rey Eduardo graves errores en la carta que acabamos de reproducir. No es cierto que los reyes de Inglaterra fuesen los fundadores de todas las iglesias de su reino, y que por consiguiente tuviesen ese derecho de patronato que invoca Eduardo; pues que es indudable que durante el imperio romano, ántes que penetrasen en la Gran Bretaña los anglo-sajones y los demás bárbaros, se hallaba en ella establecida la religion y se hallaban fundados la mayor parte de los obispados. En tiempo del imperio romano los concilios provinciales elegian los obispos sin que interviniesen para nada el emperador ni sus representantes. Solo despues del establecimiento de los pueblos bárbaros fué cuando los reyes empezaron á hacerse dueños de las elecciones. En cuanto á la de los cabildos, á estas mismas corporaciones perteneció siempre la parte de derecho en la eleccion. Fleury en el libro 95 se explica en el mismo sentido que lo hemos hecho con una clara demostracion.

A pesar de estos altercados, el rey Eduardo no quiso abiertamente romper con el Papa, y así éste se reservó el obispado de Norwich, e cual proveyó despues en Guillermo Barcman, al cual el rey concedió el goce de las temporalidades, no solamente por respeto al Sumo Pontífice, sino tambien por las prendas personales que adornaban al elegido. Esto no obstante, escribió nuevamente al papa Clemente de un modo tal que hacia conocer su poca disposicion en hacerle en adelante otras concesiones, invitándole á que sobreseyese absolutamente en las reservas y provision de las sillas episcopales, dejando á los cabildos la libertad de las elecciones, persistiendo en asegurar les habian cedido sus antepasados, añadiendo que esta cesion habia merecido la confirmacion de la Santa Sede, concluyendo por decirle que miraria como usurpaciones de los derechos de su corona cualquiera otra provision que hiciese, de la que se ofenderia tanto como él su parlamento, y que la provision del obispo de Norwich, no habia sido mirada con buenos ojos por los grandes y aun por los mismos prelados del reino.

Ofendióse Clemente, como es natural, de esta carta amenazadora del rey Eduardo, al cual contestó con la mayor energía, recordándole lo

1) Thom. Valsing. p. 191; Rain. an. 1343. n. 90.

que habian hecho los Papas sus predecesores, sin que jamás se opusiese á ello la Inglaterra: recordábale las penas canónicas fulminadas contra aquellos que hacen reglamentos contra la libertad que la Iglesia habia recibido de Dios y no de los hombres: que el Señor dió á la Iglesia romana el primado sobre todas las demás, y que ella instituyó todas las iglesias patriarcales, metropolitanas, sufragáneas, con todas sus dignidades, y que al Pontífice supremo corresponde la plena disposicion de todas las iglesias, dignidades, personas, oficios y beneficios (1).

Por este tiempo (1344), la iglesia de Armenia era acusada de algunos errores, por lo cual el patriarca Mekquitard, acompañado de seis arzobispos y veinte y dos obispos, celebró un concilio en presencia de Constantino, rey de la pequeña Armenia: en esta asamblea los prelados formaron una apología que entregaron á los nuncios del Papa, justificándose de ciento diez y siete cargos que se les hacian: mas como quiera que el papa Clemente VI no quedase plenamente satisfecho por esta apología, les envió nuevos nuncios en 1346, invitándoles á explicarse sobre ciertos puntos que habian dejado pasar desapercibidos, lo cual verificaron en una nueva apología que fue llevada á Roma en 1350, con la cual quedaron enteramente justificados.

En 27 de Febrero de 1344, el Papa dió el capelo á dos franceses; y en el propio año coronó por rey de las islas Afortunadas, que hoy dia se conocen con el nombre de Canarias, á Luis de la Cerda ó Luis de España, conde de Clermont, príncipe real de España, descendiente de Fernando, hijo primogénito de Alfonso el Sabio, rey de Castilla, y de Blanca, hija de San Luis; el cual se habia presentado en Aviñon al Papa, haciéndole ver que las islas Afortunadas se hallaban habitadas por infieles que no reconocian á ningun príncipe cristiano, y que él se hallaba pronto á conquistarlas y á establecer en ellas la Religion cristiana, siempre que el Papa le concediese la propiedad de ellas. El Papa accedió, pero como se ve, no fue una donacion espontánea, sino una correspondencia á lo que se le habia pedido, y este hecho como otros que ya hemos consignado, demuestra que los príncipes que tales peticiones hacian á los Romanos Pontífices, reconocian en ellos la facultad de concedérselas ó negarlas. Si tal era la jurisprudencia establecida en aquellos tiempos ¿porqué la crítica moderna ha de censurar á los Papas de la Edad media, diciendo con exageracion que se hacian dueños de todos los tronos y co-

(1) Berault-Bercastel. Lib. XLIV, n. 39.

ronas? Siendo por otra parte indudable que los Papas nunca hacian estas concesiones sino en favor de príncipes cristianos, hay que reconocer que contribuian de un modo poderoso á la ruina de la barbarie, y á extender por todas partes la civilizacion de que tantos reinos carecian. Luis de la Cerda, al recibir de Clemente VI la autorizacion que solicitaba, prestó el juramento de ser tributario á la Santa Sede, mediante el cánon anual de cuatrocientos florines de oro. A este nuevo rey no le faltó más que haber conquistado este reino, pero esta empresa fue ejecutada más tarde por otro. Los descendientes de Luis de la Cerda, forman hoy parte de la ilustre familia de Medinaceli.

El papa Clemente VI, que desde el año anterior (1343), habia anunciado una nueva cruzada, empezó á invitar á los príncipes á fin de que se preparasen para ella. Con motivo de esta empresa habia escrito al gran maestre de los caballeros de Rodas, una carta muy expresiva en la cual indirectamente tocaba la cuestion de los templarios. He aquí la amonestacion que le dirigió, segun la encontramos en Artaud de Montor: «Hemos sabido por muchas personas de consideracion, que vos y vuestros hermanos no haceis ningun buen uso de los innumerables bienes que poseeis, tanto en una como en otra parte del mar. Los que tienen su administracion montan soberbios caballos, engordan mucho, van ricamente vestidos, se sirven de vajilla de oro y plata, crian perros y pájaros para la caza, abarcan grandes tesoros y hacen pocas limosnas. Parece que les da poco cuidado la fe y defensa de los cristianos, principalmente por los de Ultramar, y por cuya defensa se les han concedido tan inmensos bienes; es por ello que se ha deliberado si seria á propósito que la Santa Sede creara una nueva órden militar que seria dotada de una parte de vuestros bienes, á fin de procurar la emulacion entre ambas órdenes, como otra vez entre vosotros y los templarios. Va á emprenderse otra expedicion á la cual quedais invitados á concurrir. Muchos se quejan de que entre vosotros existen grandes enemistades, y que no pagais las pensiones de vuestros hermanos que os sirven y de vuestros presbíteros (1).»

Por el documento que acabamos de reproducir, se ve que entre los caballeros de Rodas se habia introducido la relajacion, y que el fausto y la vida afeminada habia sucedido en ellos á las virtudes religiosas: que en vez de ejercer la misericordia para con los pobres, no pensaban

(1) Artaud de Montor. Vida de Clemente VI.

más que en acumular riquezas encontrando toda su gloria en presentarse al público en caballos ricamente enjaezados, y en hacer servir su mesa con ostentacion y ricas vajillas, no atendiendo en la avaricia que les dominaba, ni aun á pagar las pensiones de los hermanos que les servian ni á los sacerdotes. ¿Qué podia ya esperarse de un instituto viciado de tal modo que habia dado al olvido todas las virtudes y las reglas con que se habia establecido, entregándose á una vida muelle y licenciosa? El ejemplo de los templarios, podia haberles servido para no dejarse llevar criminalmente de sus pasiones, pero estas por desgracia cuando llegan á apoderarse del corazon del hombre, corren un velo sobre su entendimiento, haciéndoles no tener otra regla de conducta que las veleidades de su fantasía.

La carta del Papa dirigida al gran maestre de Rodas, Helion de Villanueva, estaba fechada tal vez providencialmente, no léjos del lugar donde habia sido quemado Juan de Molay, último gran maestre de los templarios.

Breve fue esta cruzada por la que que no se vió gran entusiasmo en los pueblos. El ejército cristiano partió, sitió y ganó á los turcos la ciudad de Smirna, en Asia (1). En ella hicieron una horrible carnicería, pasando á cuchillo no solamente á los turcos y sarracenos armados, sino tambien á las mujeres y aun á los niños, exceso no disculpable en los que pelean en nombre y en defensa de los derechos de un Dios de paz. Las mezquitas fueron inmediatamente purificadas y convertidas en templos católicos, y el ejército cristiano se dió priesa á fortificar la ciudad para resistir á cualquier invasion por parte de los bárbaros; pero esta precaucion fue inútil, pues que al poco tiempo se presentaron los turcos en número muy considerable bajo el mando del terrible Morbassan. Tres meses sostuvieron el sitio sin adelantar nada, y los sitiados saliendo un dia precipitadamente de la plaza, mataron una porcion de turcos y poniendo en fuga á los demás, se apoderaron de todos los efectos de guerra. Cuando era general el entusiasmo de los cristianos y el legado celebraba en accion de gracias el santo sacrificio de la misa, Morbassan vino nuevamente sobre ellos saliendo precipitadamente de los montes, con un gran número de turcos, los cuales cogiendo descuidados á los que ántes los habian vencido, los derrotaron con muy poco trabajo, pereciendo quinientos de los más valerosos, entre ellos el legado

(1) Vill. lib. 12, cap. 38, Rain, ann 1343, núm. 1 et seq.

y muchos caballeros de Rodas. A pesar de esto los que quedaron pudieron entrar en la ciudad, donde continuaron defendiéndose.

Nuevos jefes se pusieron por disposicion del Papa al frente de la guerra santa, pero renunciamos á dar pormenores, por lo infecunda que fue esta cruzada.

Atento Clemente VI á perseguir todos los errores y al mismo tiempo á sofocar los gérmenes de la herejía en el momento en que se manifestaban, condenó un gran número de proposiciones de Nicolás de Anticourt, individuo de la universidad de Paris, que siendo absurdas y quiméricas, eran muy á propósito para hacer herejes ó incrédulos. Públicamente se quemaron dichas proposiciones, y su autor fue obligado á declarar que eran falsas, y algunas de ellas heréticas (1).

Tambien fueron condenadas por Clemente VI otras proposiciones, contenidas en las obras de un monje del Cister llamado Juan de Mericourt, acerca de las voliciones de Dios y la pecabilidad de los hombres. Este escritor admitia la doctrina de los semi-pelagianos pues que afirmaba que hay predestinados que lo son á causa del buen uso que previó Dios harian de su libre albedrío: lo que entendia de las buenas obras hechas sin el auxilio de la gracia que es en lo que consiste la herejía.

No dejó el Papa Clemente de ocuparse de uno de los objetos más propios de su altísima dignidad cual es la canonizacion de los santos. En 19 de Mayo de 1347 canonizó solemnemente á San Ivo de Treguier que habia muerto cuarenta y cuatro años ántes. Son importantes las noticias que acerca de las canonizaciones nos da un célebre escritor y que creemos oportuno reproducir: «El Sumo Pontífice, instruido de que un fiel habia muerto en olor de santidad, y despues de haber recibido súplicas eficaces y reiteradas para su canonizacion, proponia el asunto á los cardenales, y por consejo de estos comisionaba á algunos obispos, ó á otras personas de autoridad, residentes en el pais, de la persona cuya santidad se queria probar, á fin de que informasen por mayor, y segun la fama comun, acerca de sus méritos y de la devocion que le tenian los pueblos. Esta informacion general y como preliminar se hacia para ver si convendria pasar más adelante. Si el Papa juzgaba deber continuar las averiguaciones en vista de la relacion de estos primeros comisionados, los comisionaba de nuevo ó nombraba otros, segun su prudencia, para que informasen con arreglo á los artículos que les especificaba, acerca

(1) Dubout, tom. 4, pág. 108 et seq.

de la creencia, virtudes y milagros de la persona á quien se pretendía canonizar.

«Terminada la informacion, el Papa encargaba su exámen á algunos capellanes suyos ó á otras personas de capacidad y talento, para que dispusiesen los principales artículos de la causa. Despues de esto la examinaban toda tres cardenales, un obispo, otro presbítero, y el tercero diácono, los cuales hacian de ella una extensa relacion en consistorio, leyéndose luego en otra sesion las declaraciones de los testigos acerca de las virtudes y milagros. Mas ántes de esta segunda lectura, determinaba el Pontífice con los cardenales si estaba bien probada la perfeccion de las virtudes; despues decidia acerca de cada milagro si el artículo tenia á su favor suficiente número de pruebas, y un cardenal iba escribiendo todas las decisiones. Concluido el exámen, preguntaba el Papa al Sacro Colegio si convenia hacer la canonizacion, y cuando estaban los votos por la afirmativa, él decidia secretamente. Entónces se llamaba á todos los prelados que se hallaban en la corte de Roma; les exponia el Pontífice en consistorio todo lo que se habia hecho, y les pedia su dictámen.

«En otro consistorio señalaba el dia y la iglesia en que se habia de hacer la cononizacion. Llegado este dia, y adornada la iglesia con grande aparato, se sentaba el Papa delante del altar; y exhortaba á los concurrentes á pedir todavía á Dios que no permitiese que se engañase en este asunto. Se cantaba el *Veni Creator*, se hacian de rodillas algunas otras oraciones, poniéndose luego en pié; y por último, declaraba el Pontífice á presencia de todos, que el Santo propuesto lo era indudablemente, que debia ser venerado como tal, y que su fiesta se celebrase en tal dia. Cantábase luego el *Te-Deum*, pronunciaba el Pontífice la oracion del nuevo santo, compuesta anteriormente con su oficio por los cardenales nombrados al efecto; concedia una indulgencia de siete años y siete cuarentenas; y por último celebraba misa solemnemente en honor del Santo. ¿Podia pedirse mayor circunspeccion, aun en un asunto tan importante para la gloria de la Iglesia y de su Cabeza (1)?»

(1) Berault-Bercastel. Lib. XLIV, n. 41.



CAPITULO VIII.

Praga, erigida en metrópoli.—Clemente VI continua el proceso contra Luis de Baviera.—Cárlos de Luxemburgo electo emperador en lugar de Luis de Baviera.—Establecimiento de la Universidad de Praga.—Muerte de Luis.—Asuntos de Constantinopla.—Palamitas.—Isidoro, patriarca de Constantinopla.—Concilio de Paris.—Id. de Alcalá.—La Reina Juana vende al Papa el señorio de Aviñon.—De que modo terminó el cisma de Alemania.

Praga, capital de Bohemia, que ántes habia estado sujeta á Maguncia, habia sido separada por Benedicto XII desde 23 de Julio de 1341 de la jurisdiccion de aquella metrópoli, y Clemente VI la erigió en arzobispado en 30 de Abril de 1334: para proporcionar sufragáneos á la nueva metrópoli, hubo necesidad de desmembrar á Olmutz y Meissen, de la provincia de Maguncia. Esto no puede mirarse como un acto de hostilidad á Luis de Baviera, sino como el remedio de una necesidad, para el mayor bien de los fieles.

Clemente VI continuó con vigor el proceso entablado por el papa Juan XXII contra Luis de Baviera, que no habia podido terminar el pacífico Benedicto. Luis, que se habia hecho odioso á todos por su criminal conducta y sus abusos de autoridad, desde 1333 habia pensado sustituirse como emperador á su primo Enrique, duque de la baja Baviera. Despues de haber faltado repetidas veces á las palabras que diera al Sumo Pontífice, despues de haber cometido las mayores violencias, y de haber llegado en su atrevimiento hasta usurpar el poder de la Iglesia, dispensando los impedimentos dirimentes del matrimonio, como lo efectuó con su hijo Luis I, marques de Brandemburgo, al que despues de haber enviudado concedió una de esas dispensas tan nulas como irrisorias para volverse á casar con Margarita de Carintia que era su parienta en grado

prohibido; despues de haber atropellado de tal modo todos los derechos, poniendo el sello á sus crímenes y maldades, solicitó su reconciliacion, llegando á pedir al papa Clemente una forma de sumision segun que más le agradase. El Papa le envió una en la que se le obligaba á reconocerse reo de todos los errores y herejías que se le imputaban; se le decia que habia de renunciar su primitivo derecho al imperio y consentir en no reinar en adelante sino por favor del Pontífice, y en suma, que se habia de poner á sí mismo, á sus hijos, bienes y estados á disposicion de la Santa Sede. Luis, sin poner el menor reparo, suscribió á todas estas condiciones jurando observarlas sin jamás revocarlas, é inmediatamente envió embajadores que en un consistorio público pronunciaron el juramento al tenor del poder que para ello les habia conferido Luis.

Luego que los embajadores hubieron hecho el juramento, pidieron los artículos de la penitencia á que habia de sujetarse Luis. Estos artículos le fueron entregados en efecto, y los embajadores volvieron al lado de su amo: mas como quiera que aquellos artículos se refirieran no solo á la persona del emperador, sino tambien al estado mismo del imperio, habiéndose reunido los electores y los demás príncipes de la Alemania en Francfort y despues en Rentz, se suscitaron objeciones contra la demanda del Pontífice, y enviaron diputados á Aviñon para que le rogasen desistiese de ella. El Papa que conocia bien de cuanto era capaz Luis de Baviera y que recordaba cuantas veces habia faltado á su palabra y promesas, concibió nuevas y justas sospechas de su infidelidad, y persuadido de que no le habia guiado la buena fe á someterse á la Santa Sede, decidió en definitiva contra él. El Jueves Santo del año 1346 publicó una bula, prohibiendo á toda clase de personas el permanecer en la comunion del emperador, y aun el obedecerle en cosa alguna, el darle asilo y el observar los tratados que con él hubiesen hecho, previniendo á los electores del imperio que procediesen sin demora á la eleccion del rey de los romanos pues que si así no lo hacian, lo ejecutaria la Santa Sede, de la cual, decia el mismo Pontífice, tenian ese poder los electores. Recordábales con este motivo las grandes calamidades que habia experimentado el imperio, desde la muerte del emperador Enrique VII.

Hallábanse ya á la sazon en Aviñon Juan de Bohemia y Cárlos, su hijo primogénito, y empezó á negociarse la promocion de este último al imperio. Los cardenales se hallaban divididosen tales términos, que los jefes de las dos facciones llegaron al extremo de las amenazas é injurias hechas por unos y otros en público consistorio. Pero al fin llegaron á

una reconciliacion, y Cárlos de Luxemburgo, en presencia de doce miembros del Sacro Colegio se obligó bajo juramento á cumplir y ejecutar todas las promesas y concesiones de su abuelo el Emperador Enrique VII y á revocar todas las disposiciones que procediesen de Luis de Baviera. Hé aquí las solemnes palabras que pronunció despues de la anterior promesa: «Nunca me prevaldré del título de emperador para apoderarme en modo alguno de Roma ni de las demás ciudades ó posesiones que pertenecen á la Iglesia romana, ya sea en Italia, ya en las provincias más remotas, ni en suma de los reinos de Italia, de Cerdeña y de Córcega. Tampoco entraré en Roma ántes del dia de mi coronacion; y en ese mismo dia saldré de ella con toda mi comitiva, retirándome de los dominios de la Santa Sede, para no volver á ellos sin expreso consentimiento del Papa. Despues de mi coranacion, ratificaré estas promesas.

Aprobadas y confirmadas que fueron tales condiciones por el rey de Bohemia, el Papa que reputó á Cárlos digno del imperio, escribió á los electores, los cuales convocaron una dieta en Rentz, en la que á presencia del rey de Bohemia, que al efecto habia ido, y del duque de Sajonia, fue electo por unanimidad en 9 de Julio de 1346 Cárlos de Luxemburgo, rey de los romanos. Lleno de regocijo el Papa por esta eleccion que era tan de su agrado, la confirmó por medio de una bula, en la cual declaraba que Dios ha dado al Papa, en la persona de San Pedro y en la de sus sucesores, la plena potestad del imperio, así celestial como terreno, potestad no civil y judicial, sino directiva y ordenativa, en virtud de la cual podia declarar si tal ó cual príncipe por sus crímenes para con la sociedad cristiana, se habia hecho indigno de gobernar pueblos cristianos. Cárlos fue coronado el dia 25 del mismo mes de Julio, no en Aquisgran, donde no quisieron admitirle, sino en Bonn.

Bien pronto Cárlos de Luxemburgo se vió en posesion de la Bohemia, á causa de haber muerto el rey su padre en una batalla dada por Felipe de Valois contra Eduardo, rey de Inglaterra, en los campos de Creci, en Ponthieu, á donde habia acudido para socorrer á Felipe.

Uno de los primeros actos de Cárlos para engrandecer la Bohemia fue, el establecer una universidad que por espacio de medio siglo floreció por la sabiduría de sus profesores. Vióse acometido al poco tiempo por un rival furioso, que fue Luis de Baviera, el cual hubiese todavía causado grandes desastres en la Alemania, si la Providencia no hubiese puesto término á su vida criminal, pues que hallándose en una cacería y en el momento en que corria á caballo en persecucion de un oso, fue

acometido de una apoplejía que en pocos momentos concluyó con su existencia. No habia sido absuelto de las excomuniones fulminadas contra él por el Papa, pero esto no obstante, fue enterrado en Munich, con el aparato acostumbrado en los emperadores, y con todas las ceremonias eclesiásticas. En virtud de esto, Cárlos quedó por entónces pacífico poseedor del imperio.

Por este mismo tiempo Constantinopla no se hallaba más pacífica que la Alemania. Ya en 1345 el patriarca Juan de Apri, del que anteriormente nos hemos ocupado, habia celebrado un concilio en aquella capital para condenar los errores de los *palamitas*. Estos herejes ó fanáticos visionarios, que reconocian por jefe á Pálamas, eran tambien conocidos con el nombre de hesicastas ó quietistas, onfalopsycos ó sea hombres que tienen el alma en el ombligo, y tambien por el de nuevos mesalianos. Estos últimos nombres son una crítica de las doctrinas que profesaban. Para formar una idea de sus absurdas especulaciones, basta considerar la siguiente narracion del abad Simeon, que fue precursor de ellos, y que encontramos en Nicéforo: «Cuando te encuentres sólo en tu celda, cierra la puerta y siéntate en un rincon. Allí elevando tu alma sobre todas las cosas terrenas, haz que baje tu barba hasta el pecho; fija los ojos del cuerpo y del espíritu en medio del vientre (es decir, en el ombligo, que de aquí vino á estos extravagantes el nombre de onfalopsycos). Contén tu respiracion hasta por las narices, y busca en tus entrañas el lugar del corazon que es la residencia de las potencias del alma. Al principio hallarás allí tinieblas difíciles de penetrar, pero merced á una perseverancia sostenida de dia y de noche, descubrirás una infinidad de maravillas que te inundarán de un gozo y de una felicidad inalterables. Luego que tu espíritu haya encontrado el lugar del corazon, ve las formas de todos los séres que en él están patentes; se ve asimismo radiante de luz y lleno de discernimiento.»

Es lo más extraño que el clero de Constantinopla en su mayoría defendiese con el mayor empeño las ridículas doctrinas de Gregorio Pálamas, que tocaban en la impiedad, pues que se jactaba de ver con los ojos mortales la esencia divina por medio de una luz que él llamaba divina é increada, pero que sin embargo no era Dios, asegurando que era la luz cuyo resplandor no habian podido resistir los Apóstoles en el Tabor, al verificarse la Transfiguracion de Jesucristo. No pueden darse en verdad mayores despropósitos. Esto no obstante, la emperatriz Ana, que era partidaria de Pálamas, hizo reunir una asamblea en su presen-

cia y en la del emperador, su hijo, consiguiendo por medio de sus manejos la deposicion del patriarca Juan de Apri, porque no queriendo aceptar la doctrina de Pálamas, habia abrazado la de Barlaan. Esta asamblea ó conciliábulo se hallaba reunido cuando Juan Cantacuzeno se hizo dueño de Constantinopla por sorpresa en 8 de Enero de 1347.

El emperador Cantacuzeno hizo que en lugar de Juan de Apri, depuesto del patriarcado fuese nombrado Isidoro de Monembasia, uno de los principales sectarios de Pálamas, no habiendo podido elegir á este último por la mala reputacion que disfrutaba. Sin embargo, le nombraron para el arzobispado de Tesalónica, donde no fue admitido. ¿Quién era Isidoro de Monembasia, elevado de tal modo á la Silla patriarcal de Constantinopla? Un hombre de los peores antecedentes, que ya habia sido depuesto de la Silla de Monembasia, y excomulgado por palamita. Por esto su nombramiento para el patriarcado fue muy mal recibido, y reuniéndose un gran número de obispos, volvieron á anatematizarle, juntamente con todos los que pensasen como él. Esta sentencia fue confirmada en todas partes, principalmente en Alejandría, Antioquía, Trebisonda, Chipre y Rodas. A pesar de esto, los palamitas se sostuvieron mientras duró el reinado de Cantacuzeno, el cual hizo que Isidoro repitiese la ceremonia de su coronacion, lo que hizo aun más odioso al uno y al otro. Despues que el emperador se vió obligado á renunciar el gobierno, desapareció como por encanto la ridícula y extravagante secta.

En Francia, no obstante la residencia de la Silla Apostólica, se cometian algunas excesos y violencias contra las personas eclesiásticas, como se desprende por la relacion que hacen los cronistas de un concilio celebrado en Paris en 1347, por Guillermo de Melun, arzobispo de Sens, desde el viernes de la tercera semana de Cuaresma 9 de Marzo, hasta el miércoles siguiente 14 del mismo mes: en él se publicaron trece cánones, el primero de los cuales se queja de que los jueces seculares hacian encarcelar, aplicar al tormento y aun ejecutar diariamente á los eclesiásticos, con perjuicio de la jurisdiccion eclesiástica, si bien no se dice, que fuesen completamente inocentes los perseguidos. Este concilio terminó con la indulgencia del *Angelus*, concedida segun dijimos á su tiempo por Juan XXII á los que lo rezan tres veces al concluir el dia. El término del dia se anunciaba á las siete tocando la queda en la iglesia principal.

En el mismo año que el anterior (1347) se celebró un concilio en Alcalá de Henares, por Gil, arzobispo de Toledo, terminando el 24 de

Abril. En el se formaron catorce estatutos, renovándose en el tercero de ellos la constitucion *Abusionibus* de Clemente V, contra los cuestores de diócesis extrañas.

La reina Juana de Nápoles á la que se imputó con bastantes fundamentos la muerte de su esposo el rey Andrés ahogado una noche al salir de su cuarto (1) se vió terriblemente perseguido por Luis, rey de Hungría y hermano del desgraciado Andrés. Como todos los pueblos miraron con indignacion aquel hecho, abrieron sus puertas al afligido hermano que se habia propuesto tomar venganza de la reina Juana, y ésta huyó consternada á sus Estados de Provenza, desde donde pasó á Aviñon con el objeto de justificarse con el Papa, el cual no quiso conceder al príncipe Luis de Tarento que se habia casado con Juana poco despues de la muerte de Andrés, el título de rey de Sicilia. Como quiera que, á causa de una peste que se desarrolló en Italia y que se comunicó al ejército del rey de Hungría, éste se vió obligado á abandonar á Nápoles, y entónces Juana determinó volver á aquella ciudad; mas necesitando dinero para rodearse de fuerzas que la defendiesen y sujetasen á los descontentos, hizo donacion al Papa de la ciudad y señorío de Aviñon, que pertenecia á ella en propiedad como nieta que era del rey Roberto. Por ser Aviñon feudo del imperio, se hizo que el emperador Cárlos IV confirmase aquella donacion, ó mejor diremos, venta, pues que recibió por ella ochenta mil florines, ó seiscientas setenta y dos mil libras tornesas. Los Papas conservaron el dominio de Aviñon hasta los tratados de 1815, siendo dueños, libres y absolutos de aquella posesion.

La peste hizo horribles estragos en toda la Italia, muy particularmente en Florencia, habiendo acabado en el espacio de seis meses con las tres quintas partes de sus habitantes. Esto ocurrió en el año 1348. Segun nuestros historiadores, tambien en España hizo esta peste grandes y terribles estragos, pues segun Zurita, en Valencia, donde comenzó por el mes de mayo, perecian por el siguiente junio trescientas personas diarias, y en Zaragoza por el mes de octubre del mismo año morian cada dia cien personas. Sin embargo, fue mucho más desoladora esta epidemia en el año de 1350 en la que fue una de sus víctimas el gran rey de Castilla, Alfonso XI, que murió atacado de la peste el viernes santo 26 de marzo del mismo año, y cuya desgracia fue sentida aun por los

---

(1) J. Vill. l. 12, Cap. 3.

mismos sarracenos, algunos de los cuales vistieron luto. Por la muerte de este gran monarca entró á reinar en Castilla su hijo único Don Pedro, que más tarde fue apellidado el *Cruel*, y por algunos el *Justiciero*.

La terrible mortandad de Florencia dió márgen al establecimiento de la universidad, pues que habiendo quedado casi desierta, pidieron los magistrados esta gracia al papa Clemente con el objeto de atraer nuevos habitantes y restituir á aquella ciudad alguna parte del esplendor que habia perdido. Diferentes fueron los efectos que produjo la epidemia en Alemania, pues que los pueblos llenos de temor y aterrados á vista de los grandes estragos que causaba, con el objeto de aplacar la cólera del Señor y obtener su misericordia divina, empezaron á azotarse públicamente, sin formar para ello ningun plan ni asociacion, de donde provino el nacimiento de una secta herética muy supersticiosa. Los *flagelantes* que así se denominaban, decian que la sangre que derramaban en aquellas flagelaciones se mezclaba con la de Jesucristo para la remision de los pecados: llevaban consigo algunas mujeres á las cuales desnudaban hasta la cintura para que se azotasen como los hombres: se jactaban de hacer milagros y de que lanzaban los demonios, y pretendian absolverse los unos á los otros.

Apénas el Santo Padre tuvo conocimiento de tales supersticiones, publicó una bula que dirigió al arzobispo de Maguncia y á sus sufragáneos, confirmando la condenacion que ya habia hecho de esta secta ó de otra semejante. El rey Felipe tomó sus medidas para evitar que la secta de los flagelantes pasase la frontera de Francia, imponiendo pena de la vida al individuo de la misma que penetrase en su reino. En Alemania tambien fue de poca duracion, pues que poco á poco se fue extirpando.

Si bien es verdad que merced al celo de los prelados, fue de poca duracion como hemos dicho la supersticiosa secta de los flagelantes, apénas se habian extinguido, ocupó su lugar la más ciega venganza. Creyóse generalmente por los pueblos que los judíos habian sido causa de la peste, y esta idea cundió con rapidez principalmente entre las personas de poca ilustracion por las diferentes regiones de la Europa, y con más particularidad por la Germania (1). De aquí se suscitó una cruel persecucion, pues que en todas partes eran degollados y quemados sin

(1) Cont. Nang. pag. 809; Alb. Arg. pág. 146.

distincion de edad, sexo ni condicion, siendo tan grande la desesperacion que se apoderó de los infelices israelitas, que muchas madres, temerosas de que despues de su muerte fuesen bautizados sus hijos, incendiaban sus casas, dejando dentro á estos inocentes y luego se precipitaban ellas mismas en el fuego con sus maridos. Estos excesos no podian ménos de hacer odioso el cristianismo, y así el Papa se apresuró á publicar dos bulas por las cuales prohibia á todos los fieles causar extorsion alguna á los judíos en sus personas ó en sus bienes, y el obligarlos contra su voluntad á recibir el bautismo, y encargó especialmente á los obispos que publicasen en sus iglesias, bajo pena de excomunion, no sólo el matar á los judíos, sino tambien el separarse de las reglas de la justicia en las desavenencias que con ellos pudieran tener. Por su parte, los prelados se esforzaron en hacer comprender á los pueblos que la peste no habia causado ménos extragos entre los judíos que entre los cristianos, y que en aquellos pueblos donde no habia judíos que inficionasen el aire ni los alimentos, habia causado los mismos males. Solamente en Aviñon y en sus cercanías no se cometieron violencias contra los hijos de Jacob. Afirman los historiadores que sólo en el distrito de Maguncia perdieron la vida más de doce mil.

En 1349 quedó terminado el cisma de Alemania, pues que á imitacion de los príncipes, las ciudades y los pueblos y aun los frailes menores que se habian manifestado muy adictos á Luis de Baviera, reconocieron á Cárlos de Luxemburgo, disponiéndose de este modo para volver al centro de la unidad, de la cual desgraciadamente se habian separado. Dirigiéronse al capítulo general que se celebraba en Verona; y como se mostrasen sinceramente arrepentidos, movido el Papa á compasion, dirigió una bula al general de los franciscanos, dándole facultad para absolverlos luego que hubiesen abjurado y condenado los errores de Miguel de Cesena, el cual, segun la comun opinion, habia muerto arrepentido. De este modo se extinguió el cisma de Alemania que vino asolando la Iglesia y el imperio durante tres pontificados. No se crea por esto que la Iglesia va á entrar en una época de paz y de tranquilidad. Bajo la misma cátedra pontificia van á encenderse prontamente nuevas discordias, consecuencia necesaria de hallarse separada de su verdadero centro: vive con una seguridad engañosa, pero prontamente vamos á ver la profundidad de la herida que se la habia causado con la desdichada traslacion á Aviñon. Hallábase aun en la época que historiamos escondido bajo la ceniza de frívolas apariencias el fuego de las discordias que han

de producir el lamentable cisma de Occidente. Vamos á ver de que modo se fue desarrollando, y tendremos despues nuevos motivos para bendecir á la Providencia, que si ha permitido que la frágil navecilla de Pedro experimente contínuas y terribles borrascas, la ha sostenido siempre firme, conduciéndola á puerto de salvacion, para que sus repetidos triunfos sobre todos los poderes humanos, sirvan para que el mundo loco é insensato, se convenza de que es obra de Dios, y la única y verdadera arca de salvacion, fuera de la cual no hay otra cosa que oscuridad y muerte. Continuemos nuestra tarea.



CAPITULO IX.

Mártires en Siria.—Muerte de Clemente VI.—Inocencio VI, papa.—Creacion de la Nunciatura Apostólica en España y Tribunal de la Rota (Nota).—Anula el Pontífice las disposiciones tomadas en el conclave.—Estado que presentaba la Italia.—El cardenal Albornoz, legado en Italia.—Historia de los Legados, y su autoridad en diversas épocas (Nota).—Coronacion del emperador Cárlos IV.—Asuntos del imperio de Oriente.—El emperador Cantacuzeno abraza la vida monástica.—Juan Paleólogo pide socorro al Papa.—El beato Pedro Tomás.

A mediados del siglo XIV hubo en Siria algunos mártires: el emir que gobernaba á Damasco en nombre del sultan, era enemigo acérrimo de los cristianos, los cuales poseian muchas riquezas en aquella ciudad, por lo cual, habiendo mandado prender fuego en varias partes, los acusó de este delito. En su consecuencia se dió tormento á muchos de ellos y con la violencia de los dolores hubo algunos que se confesaron reos, otros se compusieron con el calumniador á fuerza de dinero, con lo que adquirió sumas considerables. Por último, á los demas les propuso la alternativa de renunciar á Jesucristo ó morir crucificados. Muchos hubo que por evitar la muerte apostataron, al ménos fingidamente; pero esta mancha fue suficientemente lavada por veinte y dos que prefirieron la muerte ántes que ser infieles á su Dios y á su religion. Estos héroes dieron ejemplo de un fervor y de una fortaleza semejante á la de los mártires de la primitiva Iglesia. Todos ellos fueron clavados en cruces, en las cuales permanecieron vivos por espacio de tres dias, durante los cuales se les paseó por los diferentes barrios de la ciudad, llevando delante de los crucificados, sus padres, hijos ú otros individuos de la familia, que habian apostatado. Los renegados que lloraban amargamente, suplicaban con grandes instancias á los mártires que se librasen de aquellos tormentos, abjurando la Religion cristiana y abrazando la de Maho-

ma: pero ellos con gran valor contestaban que el dolor que más les mortificaba era el ver la cobardía con que ellos habian abandonado la Religion verdadera: que sus propios padecimientos eran para ellos un favor extraordinario, y les causaba una verdadera delicia por tener aquella semejanza con el Salvador. Pendientes de las cruces bendecian al Señor, rogando á imitacion de Jesucristo por sus mismos verdugos, hasta que espiraron, alcanzando en recompensa de su constancia, la palma y la corona de los mártires. Luego que el sultan supo lo que habia pasado, hizo llamar á su presencia al emir y manifestando un grande enojo por aquel acto de crueldad, mandó que le dividiesen en dos pedazos, partiéndole por medio del cuerpo.

El papa Clemente VI que habia empezado algun tiempo ántes á debilitarse, murió casi repentinamente el 6 de Diciembre de 1352, despues de haber gobernado la Iglesia diez años y siete meses menos un dia. Su cuerpo fue trasladado desde Aviñon al monasterio de Chaise-Dieu, donde en su juventud habia tomado el hábito y elegido su sepultura. Stvart refutando lo que han dicho algunos escritores, y entre ellos Mateo Villani, al que siguió Fleury, acerca de la conducta poco edificante, segun ellos, de Clemente VI, dice: «Notad como este Papa es alabado por todos los escritores y contemporáneos suyos como piadoso, excelente, virtuoso, de muy buenas costumbres, Pastor admirable de la Iglesia romana.» Novaes por su parte (1), se expresa de este modo: «Clemente estaba dotado de un profundo saber y de una memoria singularmente fiel hasta el punto de no olvidar jamas lo que habia leido una sola vez. Era dulce, cortés, amable y simpático. Nadie le veia sin quererle... Clemente era grande y espléndido en todas sus acciones; tenia muchos comensales y sobre todo, médicos que mantenia sin la menor necesidad... Gastó con los pobres más de 100,000 florines, y mucho más con sus parientes, á quienes *ha querido demasiado.*» Creemos que esta falta del excesivo nepotismo, sea lo único que pueda criticarse de este Pontífice.

No terminaremos la historia de Clemente VI, sin consignar la declaracion que un año ántes de morir hizo en una bula, y es de este modo: «No obstante que el Señor por su infinita misericordia, ilumina los entendimientos de los que esperan en él, mientras somos viadores debemos temer nuestra propia flaqueza, y que la malicia del demonio nos precipite en algun error. Por tanto, Nos, que hemos vivido pecador en-

(1) Novaes, IV, 147.

tre los pecadores, declaramos que si alguna vez siendo de menor rango ó desde que estamos elevado á la Silla Apostólica, se nos hubiese escapado inadvertidamente en las disputas, en las predicaciones ó de cual. quiera manera alguna expresion contra la fe católica ó las buenas costumbres, la revocamos, y sometemos á la correccion de la Santa Sede.»

Por muerte de Clemente VI, el Sólio Pontificio estuvo vacante once dias. El primer pensamiento de los cardenales al reunirse para dar sucesor á aquel Pontífice, fue elegir á Juan Birel, general de los Cartujos, célebre por sus grandes virtudes y su austeridad: empero el cardenal Perigord, que conocia perfectamente el carácter de Birel, se expresó de este modo: «Veamos ántes de hacer esta eleccion si estamos dispuestos á reducirnos á la sencillez de la primitiva Iglesia, porque habreis de tener entendido que pocos dias despues de su exaltacion, el nuevo Papa enviará vuestros tiros de caballos al arado ó á los carruajes públicos. Es Birel un hombre que nada tiene de la debilidad humana; es un leon cuando se trata del servicio de Dios y del honor de la Iglesia (1).» En consecuencia de esto, los cardenales despues de hacer entre ellos un compromiso jurado de poner límites á la potestad Pontificia, conviniendo en que el Papa futuro no crearia nuevos cardenales hasta que no quedasen reducidos al número de diez y seis de los antiguos, y que despues de esta reduccion, sólo podria aumentar cuatro para que nunca pasasen de veinte; y que siempre precederia para la eleccion de cardenales el consentimiento de la mayor parte del Sacro Colegio; que no podria separarse ni detenerse á ninguno sin el unánime consentimiento de todos, ni imponer contra los mismos censura alguna sin la aquiescencia de las dos terceras partes, y en suma, otras disposiciones que como hemos dicho ántes tenian por objeto limitar el poder Pontificio, procedieron á la eleccion encontrándose en el conclave veinte y ocho cardenales. Desechada por las razones dichas la candidatura del general de los Cartujos, el cardenal de Couillac obtuvo quince votos pero se necesitaban diez y nueve. Volvióse á hacer un nuevo escrutinio en el cual fue electo Estéban Aubert, dándose mucha priesa los electores por saber que el rey de Francia Juan II se dirigia á marchas forzadas hacia Aviñon, con el objeto de obtener de los cardenales un Papa á su gusto. El nuevo Papa tomó el nombre de

(1) Theat. chron. ord. Carth. p. 24.

INOCENCIO VI. Era natural de Brissac, cerca de Pompadour, en el Lemosin, de una familia oscura, habiendo debido á sus virtudes, á la integridad de sus costumbres y á su extraordinaria sabiduría, su elevacion al Pontificado. Habia sido primero profesor de derecho civil en la universidad de Tolosa, luego auditor de la Rota (1), y despues obispo

---

(1) Ya hemos tenido ocasion de hablar de la Rota romana y de su institucion, y creemos oportuno dar aquí algunas noticias acerca del tribunal de la Rota española. Ántes de la creacion de la Nunciatura apostólica en España todos los negocios de apelacion se conocian en Roma ó bien se cometian á delegados en las provincias en la forma prescrita en el derecho comun que era la establecida por Bonifacio VIII en el lib. I, tít. III, cap. 11 del *Sexto*, correspondiendo igualmente al romano Pontífice las dispensas de ley y asuntos gobernativos en todos los casos reservados. Como quiera que esta práctica originase muchas dilaciones, grandes dificultades y crecidos gastos, se trató de poner el remedio en tiempo del papa Leon X, el cual á peticion de Cárlos V amplió las facultades del Nuncio para los asuntos de gracia, concediéndosele al mismo tiempo perpetuas para los de apelacion. Entónces se creó la Nunciatura dividida en dos secciones, la primera llamada de gracia á cargo del Abreviador, y la segunda de justicia, á la del Auditor con la dotacion de seis jueces llamados *Protonotarios apostólicos* ó jueces *in curia*.

Algunos abusos que se notaron prontamente en la Nunciatura á causa de traer los Nuncios á su conocimiento muchas causas en primera instancia contra lo dispuesto expresamente en el concilio de Trento, y conocer de algunas en apelacion *omisso medio*, remitiendo otras á Roma bajo el pretexto de su gravedad; y tambien otros abusos en cuanto á los asuntos de gracia y dispensas de ley con perjuicio de los derechos de los obispos y observancia de la disciplina, se hizo la reforma de la Nunciatura que es conocida con el nombre de *Concordia Facheneti*, la cual comprende 35 capítulos, y en muchos de ellos varias disposiciones: veinte y dos de aquellos capítulos se insertaron en la Novísima Recopilacion, lib. II, tít. IV, ley II, en los cuales se consignó todo lo correspondiente á las facultades del Nuncio y al arreglo del personal. Esta *Concordia* hecha por el Nuncio D. César Facheneti tuvo por causa principal un *Memorial* que, firmado por el rey Felipe IV fue puesto en manos del para Urbano VIII por D. Juan Chumacero y D. Domingo Pimental obispo de Córdoba, pues si bien por entónces quedó sin efecto la reforma que se pedia en el *Memorial*, dió por resultado la *Concordia* de que nos ocupamos, celebrada en 1640. Esta *Concordia* fue publicada por auto acordado en consejo pleno con el nombre de *Ordenanzas de la Nunciatura* que versan sobre los tres puntos siguientes:

1.° Arreglo del personal, señalando sus facultades y obligaciones.

2.° Arancel de derechos en los negocios judiciales y en la expedicion de gracias y dispensas.

3.° Limitacion de las facultades de los Nuncios, con el objeto de promover la observancia del derecho comun, sosteniendo conforme á él los derechos ordinarios de los obispos.

Por breve de Su Santidad el papa Clemente XIV en 1771 se creó la *Rota de la Nunciatura Española*, tribunal supremo de apelacion, y de primera instancia para los exentos en todos los negocios eclesiásticos de España. Los Auditores ó jueces de la *Rota* son nombrados por la Corona y se confirman por el Sumo Pontífice por letras en forme de Breve. Este tribunal supremo, segun el Breve de su creacion consta de seis jueces divididos en dos turnos (lib. II, tít. 5, ley I *Nov. rec.*) y además de un fiscal y un asesor del Nuncio, estos dos últimos, nombrados por el romano Pontífice con la condicion de ser españoles y del agrado del monarca. Más tarde se crearon otros dos jueces supernumerarios, que se nom-

de Noyon: habiendo sido trasladado á la Silla de Clermont, fue creado por Clemente VI cardenal de los Santos Juan y Pablo, y nombrado por dicho Pontífice legado cerca de las cortes de Francia é Inglaterra, para acordar la paz entre dichos príncipes; y últimamente ascendido á obispo de Ostia y á Penitenciario Mayor. Fue elegido Pontífice el 18 de Diciembre de 1352, y coronado el 23 del mismo mes en la iglesia de Aviñon, por el cardenal Gallardo de la Mothe, que era el primer cardenal diácono. En esta coronacion no hubo cabalgata por las calles de la ciudad, segun era costumbre. Inocencio declaró que queria evitar la pompa de esta ceremonia ahorrando al mismo tiempo su coste.

Bien pronto se vió que la eleccion de este Pontífice habia sido muy acertada, pues que se mostró desde el momento de su exaltacion á la Silla Apostólica, exacto y rígido observador de los cánones. Sus primeras disposiciones fueron muy notables. Empezó por rescindir todas las leyes que los cardenales, segun ántes digimos, habian establecido en el último cónclave, dirigidas á limitar el poder de los Pontífices. Revocó tambien la constitucion en que Clemente habia reservado á determinados cardenales algunas dignidades y beneficios en algunas catedrales é iglesias colegiatas y de religiosas. Ordenó la residencia á los obispos bajo pena de excomunion, exigiendo lo mismo y con igual pena á los sacerdotes que tenian cura de almas y que abandonaban sus parroquias con el objeto de ir á la corte pontificia, para solicitar beneficios más pingües: «Es preciso, decia Inocencio, que las ovejas sean guardadas por su propio pastor.» Tambien demostró un gran celo en continuar la obra empezada por sus predecesores, de reformar el excesivo lujo de la corte, reservando sólo los criados precisos y conservando á los dignos por sus buenos antecedentes. Como uno de sus capellanes, que poseia ya algunos beneficios, le pidiese uno para un sobrino suyo, le contestó: «Con los que poseeis no solamente podeis favorecer á vuestro pariente, sino á más proporcionar subsistencia á muchos pobres siervos de Dios, que es el bienhechor de todos. Siete teneis, dad el mejor á vuestro sobrino: de los seis restantes elegid tres para vos, y dejad inmediatamente los otros tres; pues que estoy resuelto á conferirlos á tres clérigos pobres.» De tal modo reformó su tren, su mesa y todos sus gastos,

bran y confirman de la misma manera que los de número y tienen derecho á entrar entre estos en la primera vacante. El tribunal de la Rota no tiene jurisdiccion perpetua, pues para cada negocio se le hace delegacion especial por el Nuncio. Ya tendremos ocasion de ocuparnos sobre los legados y su autoridad en diferentes épocas.

que á su ejemplo, los cardenales moderaron proporcionalmente su pompa y boato (1).

No tenia en cuenta el papa Inocencio, para la provision de dignidades y beneficios eclesiásticos, otra cosa que la virtud y el mérito: así, pues, de nada servian las recomendaciones cuando aquellas cualidades no resplandecian en los candidatos.

Verdad es que este Pontífice, despues de haber anulado el artículo del reglamento hecho en el cónclave, que prohibia al Papa aumentar el número de los cardenales, concedió esta dignidad á su sobrino Alduino Alberto: mas no por esto podrá acusársele de nepotismo, pues que conocido de todos era el relevante mérito de Alduino, que algun tiempo ántes habia sido elevado á la Silla episcopal de Paris, de la que fue trasladado á Auxerre y despues á Maguelona.

Al principio del pontificado de Inocencio, la Italia presentaba un aspecto lamentable, pues que casi todas las ciudades que la Iglesia romana poseia se hallaban ocupadas por tiranos y usurpadores. En vista de esto el papa Inocencio envió al cardenal Gil Alvarez de Albornoz, con toda la autoridad de legado apostólico (2). Era éste un prelado ilustre

---

(1) Marten. Collect. ampliss. t. 1, pág. 257.

(2) Segun lo que hemos ofrecido en una de las notas anteriores, vamos á dar algunas explicaciones canónicas sobre el origen y autoridad de los legados pontificios. *Legado* con relacion al objeto que nos ocupa, es *el enviado del Romano Pontífice á las provincias cristianas, para que haga lo que él no puede hacer personalmente.* Aplícase la palabra *Legado* únicamente á los representantes del Romano Pontífice, por consiguiente no hay exactitud de lenguaje en algunos autores canónicos, entre ellos Cavalario, cuando hablan del derecho que tienen todas las iglesias de mandar *Legados*: los que envian los obispos á otras iglesias particulares ó cerca de los príncipes ó de la Santa Sede, toman el nombre de *Comisionados*, *Diputados* ú otro semejante. La doctrina acerca de los Legados Pontificios tiene su fundamento en los cuatro principios siguientes:

1.° Al Romano Pontífice incumbe por su autoridad suprema el cuidado de toda la Iglesia universal.

2.° Tiene por consecuencia la obligacion ineludible de vigilar sobre todos los fieles y todos los Pastores, esto es, sobre todo el rebaño de Jesucristo.

3.° Esta vigilancia no puede ejercerla en la forma que la ejercen los obispos de su diócesis por medio de visitas.

4.° Es consecuencia de lo que acabamos de decir, que tiene derecho de mandar representantes con las facultades necesarias para que hagan sus veces en las iglesias particulares (Golmayo).

Para comprender bien la historia y las vicisitudes de los Legados, es necesario dividirla en tres épocas: 1.ª hasta el siglo XI; 2.ª hasta el Concilio de Trento, y 3.ª hasta nuestros dias.

por la nobleza de su casa, que era una de las principales de Castilla, el cual por su vasta instruccion principalmente en la ciencia del derecho habia merecido un singular aprecio del rey Alfonso XI, el cual no sólo le nombró capellan suyo, sino que hizo que más tarde ascendiese á la Silla arzobispal de Toledo: pero se habia visto obligado á salir del rei_

PRIMERA ÉPOCA.

Los legados en esta primera época tuvieron muy escasa importancia y significacion á causa de la mucha que tenian los metropolitanos que venian á ser como una especie de legados pontificios. (Vease lo que acerca de los metropolitanos hemos dejado consignado en la página 279 del tomo 1.º) Esto no obstante, muchas veces desempeñaron los Legados un papel importante en esta primera epoca, pues la Historia, segun hemos tenido ocasion de ver, presenta muchos ejemplos de Legados procedentes de Roma, para presidir los concilios generales y á veces los particulares: tambien los hemos visto enviados á la corte de los emperadores con el nombre de *Apocrisarios* ó *Responsables*. Legados de esta clase fueron entre otros, San Gregorio el Magno y Bonifacio III: tambien encontramos además de estos ejemplos, Legados enviados á diferentes provincias para representar al Romano Pontífice, con el cual se entendian directamente en todos los negocios en que aquel debiera tener intervencion. Entre otros ejemplos que pudieramos presentar de esta tercera clase de Legados, haremos mencion por lo que respecta tan solamente á España, de Zenon, arzobispo de Sevilla, que tuvo la legacion por el papa San Simplicio; de los arzobispos de Tarragona y de Sevilla Juan y Salustio, por el papa Hormisdas, y de San Leandro, arzobispo de la última de estas dos ciudades, nombrado legado en tiempo de Pelagio II.

SEGUNDA ÉPOCA.

Ya sabemos que en el siglo XI empezó á notarse un cambio en la disciplina, habiendo tambien cambiado por consiguiente el aspecto y la consideracion de los Legados. En esta época empieza la decadencia de la autoridad de los metropolitanos en proporcion de que se aumentaba la de la Santa Sede. Esto hizo necesario el aumento de Legados, así como el que se les invistiese de grandes y extraordinarias facultades que en los tiempos anteriores no les habian sido necesarias. Hemos visto en la Historia de la Edad media que las investiduras, la simonía y la incontinencia del clero, fueron los grandes males de aquella época, para cuya extincion tanto trabajaron los Pontífices Romanos desde San Gregorio VII. El remedio de estos males no estaba al alcance de las autoridades ordinarias de obispos y metropolitanos. Era necesario un poder casi dictatorial cual era el de los legados enviados por los Sumos Pontífices.

Aquellos legados á cuya silla va unida la legacion, se llaman Legados *natos*; pero estos fueron siempre en corto número y llegaron á quedar reducidos á un título puramente honorífico. Los llamados *missi* y á *latere* eran los procedentes de Roma, los primeros, individuos del colegio de cardenales, y los segundos eran nombrados al arbitrio del Pontífice. En la segunda época los Legados *natos* no tienen ninguna clase de autoridad, y la Santa Sede no pudiendo conocer cómodamente de todos los negocios de su incumbencia, dió á sus legados *missi* ó á *latere* el derecho de conocerlos y terminarlos. Las atribuciones de los Legados en las provincias eran *ordinarias* ó *extraordinarias*, las primeras eran las que estaban consignadas en el derecho, y las segundas, las que se les conferian por medio de poderes especiales. Segun lo que se desprende de las decretales de Gregorio IX y del *Sexto*, si bien la autoridad de los legados era al principio delegada, la ejercieron

no, imponiéndose un destierro voluntario por librarse del furor del rey D. Pedro el Cruel, que habia sucedido á su padre Alfonso en el trono de Castilla en el año 1350), y al cual habia desagradado por haberse declarado del partido de la reina D.ª Blanca de Borbon, esposa de aquel, princesa tan inocente como cruelmente perseguida por su tirano esposo.

---

despues por derecho propio en virtud de su oficio por el solo nombramiento. Sus facultades ordinarias en esta segunda época, eran muchas, entre ellas, conocer en primera instancia de los negocios contenciosos, y en segunda por medio de apelacion, (*Cap. I, Offic.*, *Legat in Sexto*), imponer censuras principalmente á los reos contumaces, y conferir beneficios, concurriendo con los ordinarios, (*Ibid*), visitar las iglesias y exigir las procuraciones (*Cap.* 17 y 18 *de Censibus*), confirmar las elecciones de los obispos y arzobispos (*Cap.* 36, de Elect. *in Sexto*), y admitir las renuncias simples de los beneficios como así mismo absolver de las censuras reservadas al Sumo Pontífice. (Para más pormenores, consúltese á Berardi, *Commentaria in jus*, *etc.* Disert. 2.ª. cap. IV, del tom. 1; Golmayo, *Instit. de derecho canónico*, tomo I, pág. 266 y sig.; Selvagio, *Institut. canonic.* Liber I, tit. XI.) He aquí como se explica este último autor acerca de las facultades de los legados (*): «*Legatorum a latere plurimæ sunt facultates, quas partim extraordinario, especialique mandato habere solent: uti quaslibet Ecclesias quomodolibet exemptas visitare; in causis majoribus, qua civilibus, qua criminalibus judicare; reos vel enormium criminum absolvere; beneficia vacantia, etiamsi juris patronatus Ecclesiastici sint, reservata, aut adfecta conferre; in ordinibus suscipiendis, et in matrimoniorum impedimentis dispensare, aliaque non pauca, quæ videsis apud Fagnanum*, de officio legati.

TERCERA ÉPOCA.

Tiempo hacia que algunos príncipes tenian la pretension de no admitir en sus Estados á los legados pontificios, sino cuando ellos los pidiesen ó sin pedirlo, prestasen su consentimiento. Esta pretension ha llegado á ser un hecho en todas las naciones de Europa, despues de la celebracion del santo Concilio de Trento. Los obispos y metropolitanos, aunque acostumbrados á guardar toda clase de consideraciones con los legados, no siempre llevaban á bien que hombres extranjeros se mezclasen tanto en los negocios que eran de su incumbencia. A tal grado habia llegado la autoridad de aquellos que ni los obispos podian dar la bendicion solemne al pueblo, ni los arzobispos llevar delante levantada la cruz metropolitana estando presente un legado. Los Padres del Concilio de Trento (Sess. 24, Cap. 20, *De Reform.*), suprimieron la jurisdiccion que ejercian los legados en concurrencia con los obispos. En su virtud: 1.° tienen que presentar las credenciales en la corte, cerca de la cual son enviados; 2.° no pueden inmiscuirse en las atribuciones ordinarias de los obispos y metropolitanos; 3.° en el ejercicio de sus derechos tienen que sujetarse á los reglamentos y concordatos particulares ajustados con cada nacion, prescindiendo de las disposiciones del derecho comun; 4.° y último; los legados llevan hoy consigo el carácter diplomático, desde que fueron establecidas las embajadas permanentes, por cuya razon gozan de todas las prerogativas de los de su clase, estando sujetos á las leyes del derecho internacional.

(*) Selvagio. Editio novissima, cui accedunt notationes, quibus vetus communis disciplina amplius explicatur, et recentior hispanica ad nostra usque tempora breviter exponitur a DD. Philippo Vergés et Thomas Sivilla. Tom. I, pag. 185. Barcelona, 1847.

El papa Inocencio quiso utilizarse de los grandes conocimientos, de la prudencia y demas bellas cualidades que adornaban al cardenal Gil Alvarez de Albornoz, nombrándole su legado para Italia como hemos dicho. Dióle una bula en la cual se lamentaba de los grandes males que se experimentaban en Italia; manifestaba afliccion por que asuntos de primer órden le hacian permanecer aun retirado de Roma, y le daba amplias facultades para que le representase haciendo sus veces, para restablecer en aquel agitado reino la paz, y trabajase en el bien de la Religion católica. Tal era sin embargo el estado en que se hallaba la Italia, que el legado no encontró más que dos ciudades donde poder residir con seguridad. Estas eran Montefiasconi en el patrimonio de San Pedro, y Montefalco en el ducado de Spoleto.

Muy poco era lo que en un año de legacía habia podido adelantar Albornoz en su empresa de pacificar la Italia. A vista de esto, el emperador Cárlos de Luxemburgo, que habia determinado coronarse en Roma, se dirigió á aquella capital de rigoroso incógnito á causa de los recelos que le hacian concebir las facciones que por todas partes se agitaban. Roma manifestaba grandes deseos de paz interior y Albornoz tuvo órden de nombrar magistrados y de arreglar los preparativos necesarios para alojar con los honores que eran debidos al rey de los romanos Cárlos IV, que iba á recibir la corona de emperador, el cual llegó á aquella ciudad el Jueves Santo del año 1355 en cuyo dia visitó las principales iglesias de la ciudad; y el dia de Pascua fué coronado emperador por el cardenal obispo de Ostia, que con este objeto habia ido desde Aviñon. Coronó tambien el mismo prelado á la emperatriz Ana, que con este objeto habia ido desde Alemania, cuando supo los progresos del emperador su esposo, habiendo hecho su viaje escoltada por 5,000 hombres de caballería alemana y gran número de infantes.

En el mismo dia de la coronacion, el cardenal Albornoz ofreció á los emperadores una comida espléndida que fué preparada en el palacio de San Juan de Letran. Como quiera que el Papa habia mandado que una vez coronado el emperador, no pasase un solo dia en Roma, cumpliendo este con la mayor exactitud esta órden, despues que hubo terminado el banquete, salió de Roma, pasando la noche en San Lorenzo, fuera de la ciudad, cumpliendo con la misma fidelidad todo cuanto habia ofrecido al Santo Padre.

Fué siempre notable el emperador Cárlos IV por su alianza con la Santa Sede y por el respeto que siempre mostró á los papas, motivo por el

cual se le ha llamado *emperador de los clérigos* (1). Mucho afectaron al papa Inocencio las desgracias del imperio griego que era gobernado por Cantacuzeno durante la menor edad de Juan Paleólogo, el cual no contento con tener usurpado el imperio, habia hecho coronar tambien á su hijo Mateo (1354) dejando tan solamente á su yerno Paleólogo, legítimo heredero del imperio el vano título de emperador, teniéndole desterrado en Tesalónica.

Tuvo la suerte Paleólogo de contar con hábiles y generosos partidarios los cuales con la mayor reserva y una muy hábil política dispusieron las cosas de modo que aquel jóven príncipe que aun no llegaba á la edad de veinte y tres años, pudiese recobrar el trono. Los griegos y los extranjeros tomaron de repente las armas en favor del príncipe proscrito, el cual llegó á Constantinopla en una noche del mes de Enero de 1355. Sin esperar á que Cantacuzeno se apercibiese de nada, el jóven emperador, acompañado de toda aquella gente armada, se dirigió á palacio, sorprendiendo á Cantacuzeno que se hallaba completamente descuidado. Este no encontrando otro medio de disculpa manifestó que hacia tiempo estaba determinado á abandonar las grandezas del mundo y abrazar la vida monástica, añadiendo que estaba pronto á entregar las insignias imperiales al jóven Juan Paleólogo, y que lo único que pedia era que le permitiese seguir su vocacion. Al dia siguiente despues de haber entregado el gobierno en manos de Paleólogo, se puso un hábito de monge y se mudó su nombre de Juan por el de José. Su esposa imitó su conducta y tomó el hábito de religiosa con el nombre de Eugenia. Dícese que Cantacuzeno hizo todavía algunas tentativas inútiles para volver á su primitivo estado, despues de las cuales, se acomodó á su nuevo género de vida y se dedicó en él á escribir, habiendo narrado, aunque con alguna variacion los sucesos que acabamos de referir. Su hijo Mateo que se sostuvo por algun tiempo, siguió despues el ejemplo de su padre, haciéndose monge, dedicándose tambien á las letras. De este modo, dice un autor, adquirió la Grecia dos escritores estimables en cambio de dos emperadores muy medianos. Sabido es que Cantacuzeno era tan hábil en teología como en la ciencia de la historia de la política.

Luego que Paleólogo ascendió al trono y gobernó por sí mismo, se obligó bajo un juramento á prestar obediencia al Papa, lo mismo que los otros emperadores y reyes católicos, tributando los honores debidos á los

(1) Novaes; IV, 155.

legados apostólicos y á obrar de modo que los griegos reconocieran la autoridad de la Santa Sede. Hé aquí la fórmula de esta promesa jurada: «Juro sobre los Santos Evangelios dar, como los demás cristianos, al Sumo Pontífice de la Iglesia romana y de la Iglesia universal, la obediencia que le deben todos los fieles. En el espacio de seis meses haré todos los esfuerzos posibles para conseguir por medios suaves que mis vasallos sigan mi ejemplo, y pasado este término me valdré de la autoridad para reducir á los indóciles. Daré al Nuncio romano un palacio y una iglesia en Constantinopla, con facultad para conferir beneficios á los eclesiásticos que abjuren libremente el cisma. Habrá tambien tres colegios, en los cuales se enseñará el latin á los jóvenes, y principalmente á los hijos de casas nobles; en particular mi hijo primogénito tendrá un preceptor del rito romano, para que le enseñe la lengua y la erudicion latina. Si el Papa quiere enviar ahora tres galeras, yo le devolveré una con este hijo que ha de ser mi sucesor, en calidad de rehenes dados á San Pedro y como hijo adoptivo del Papa, el cual podrá elegir mujer, tutores y curadores, y trasladar á él mis derechos al imperio, en caso de que no cumpla yo mis promesas (1).»

Fueron cerca de Inocencio embajadores griegos, y este mandó dos obispos á Constantinopla para que fortificasen los sentimientos de reconciliacion, sintiendo por su parte el papa Inocencio no poderle enviar el socorro que le pedia y de que tanta necesidad tenia el imperio de Oriente: pero deseando complacerle, escribió á los venecianos, á los genoveses, al gran maestre de Rodas y al rey de Chipre, cartas de recomendacion que desgraciadamente no produjeron el menor efecto. Envióle tambien á Paleólogo un legado, el mejor que pudiera haber encontrado para que pudiese acreditar la fe romana en el imperio de Oriente. Era éste el beato Pedro Tomás (2) carmelita, que ya por aquel tiempo habia adquirido gran celebridad por sus grandes progresos en las ciencias y por algunas legacías importantes que habia desempeñado. Veremos cuán dignamente desempeñó la comision que se le confiara: pero antes dedicaremos cuatro líneas á hacer conocer los principios de este bienaventurado. Habia nacido de padres pobrisimos en un caserio de la diócesis de Sarlat en Perigord. Siendo tal la pobreza de su padre que no le era posible atender al sustento de dos niños que tenia, se vió obligado Pedro á ir á

(1) Rain. ann. 1355, núm. 33 et seq. Ms. Priv. Rom. Eccl. ex Bibl. Vat.
(2) Boll. 27 jan. p. 995.

buscarse la vida á una aldea inmediata, donde asistia á una escuela, manteniéndose de mendigar. Sus buenas disposiciones hicieron que fuese admitido en la Orden carmelitana, y luego que tomó el hábito le enviaron sus superiores, á estudiar á Paris, donde hizo tales progresos que mereció le fuesen dispensados dos años de los que se exigian para recibir el grado de doctor. Poco recomendable por su físico, supo hacerse notable y aun célebre por sus grandes virtudes, y por la sabiduría que en el resplandeció.

CAPITULO X.

Compañías blancas.—Es recibido en Aviñon su caudillo, llamado el Arcipreste.—Peste en la ciudad.—Muerte del papa Inocencio VI.—Urbano V, papa.—Es visitado por el rey Juan.—Predica la cruzada.—Bernabo Visconti, tirano del Milanesado.—Protege la rebelion de los boloñeses.—Es convertido por el beato Pedro Tomás.—Toma de Alejandría.—Es abandonada esta ciudad por los cruzados.—Muerte edificante del beato Pedro Tomás.—Enrique de Trastamara conduce á España las compañías blancas.—Celebracion de varios concilios.—Brillante razonamiento del Petrarca para excitar al Papa á volver á Roma.

Unas compañías de bandidos conocidos con el nombre de *Compañías blancas* ó simplemente *Compañeros*, infestaban las provincias meridionales de la Francia. Estas cuadrillas habian empezado despues de la desgraciada batalla de Poitiers, que tuvo lugar en 1356, la cual admitió el príncipe de Gales obligado por el rey Juan, no obstante las eficaces diligencias de los legados enviados por el Papa con el objeto de que negociasen la paz entre la Francia y la Inglaterra. El rey quedó hecho prisionero, y fué conducido al otro lado del mar, con cuyo motivo todo el reino se vió agitado por grandes discordias, de suerte que las leyes y toda clase de derechos se veian atropellados. Un número no escaso de militares, que habian quedado sin destino y sin sueldo, se reunieron bajo las órdenes de un tal Arnaldo de Servole, conocido generalmente por el Arcipreste, á los cuales se agregaron muchos malhechores que pululaban por el reino: encamináronse todos á la Provenza, en la cual despues de apoderarse de muchas ciudades y plazas fuertes, se entregaron á todo genero de desórdenes. Incendiaban, violaban y asesinaban sin compasion, ejecutando las más atroces é infames acciones.

Grande afliccion causaron en el ánimo de Inocencio tan lamentables desmanes, cometidos por cristianos que solo el nombre conservaban de

tales, y lleno de terror al saber que uno de los jefes de las *Compañías blancas*, que se hacia llamar el amigo de Dios y enemigo de todo el mundo habia tomado y saqueado la ciudad de Pont-Saint-Esprit, hizo publicar una cruzada contra tales bandidos, prometiendo la absolucion de culpa y pena á los que expusiesen su vida combatiendo contra aquellos enemigos de las leyes y del órden público. Muchos fueron los cristianos que se alistaron á las órdenes de Pedro Bertran, nombrado jefe de la cruzada; mas como careciesen de recursos, porque solo se les habian dado indulgencias, se desorganizaron prontamente y algunos de ellos fueron á aumentar las *Compañías blancas*. A vista de este triste resultado, el Papa se vió en la necesidad de implorar el auxilio del emperador y de otros príncipes así como de los gobernadores de las ciudades inmediatas á Aviñon; mas como quiera que esperase adelantar muy poca cosa por estos medios, creyó conveniente tratar con el capitan de aquellos bandidos. Para realizar este pensamiento, dispuso que le rogasen que pasase á Aviñon, dándole seguridades de que se le trataría con consideracion, y en efecto, entró en Aviñon bien acompañado y fué recibido por el Papa. Un autor de aquel tiempo se explica de este modo: «Fué recibido, dice, á la manera que si hubiera sido hijo del rey de Francia: comió diversas ocasiones con el Papa y con los cardenales: obtuvo una absolucion general, y lo que verosimilmente le hizo más fuerza, sacó unos cuarenta mil escudos (1).» Retiróse del territorio eclesiástico sin abandonar la Provenza, y sin que dejasen por esto de renovarse los sobresaltos del Pontífice.

Como si no fuese bastante esta calamidad para afligir á la Iglesia, la peste de que ya nos hemos ocupado, se renovó de un modo tan violento en Aviñon, que desde el 28 de Marzo al 25 de julio, fiesta de Santiago, murieron unas diez y siete mil personas, entre ellas cien obispos y nueve cardenales, entre ellos, Pedro Bertran, obispo de Ostia y jefe de los cruzados contra los *Compañeros*. Para reparar esta pérdida, Inocencio que algun tiempo ántes habia creado seis cardenales, á saber, cuatro franceses, un italiano y uno catalan, hizo una nueva promocion de ocho cardenales todos franceses.

Durante esta epidemia, el padre comun de los fieles prodigó generosos consuelos y abundantes socorros, y al año siguiente, á 12 de setiembre de 1362, murió, despues de haber gobernado la Iglesia nueve años,

(1) Frois., lib. I, cap 177.

ocho meses y veinte y seis dias siendo enterrado en Villanueva en la Iglesia de los cartujos, monasterio que él mismo habia hecho construir en 1356.

Debióse al Papa Inocencio el establecimiento de la facultad de teología en la universidad de Bolonia, así como tambien el colegio de San Marcial en Tolosa, para veinte estudiantes de la diócesis de Limoges. Su sobrino, el cardenal Pedro de Monturc de Donzenac, fundó el colegio de Santa Catalina. Consérvanse de este papa algunas cartas en el *Thesaurus* de Martene.

Duró la vacante de la Santa Sede un mes y quince dias.

«Bajo este reinado, dice Artaud de Montor, Marino Faliero, dux de Venecia, habia sido elevado á esta dignidad á la edad de sesenta y seis años. Proyectó apoderarse para siempre del gobierno que sólo se le habia conferido por algunos meses; fué descubierta la conspiracion, y se le cortó la cabeza á los 17 de Abril de 1355, contando ochenta años. Los reinos usurpados ó legítimamente conquistados en Levante, habian perturbado todas las imaginaciones. No se gobernaba entónces en una ciudad de cien habitantes sin que se pensara luego en quitarles sus fueros. El contrapeso del buen sentido, del valor y elevado espíritu de los papas, eran más que nunca necesarios: no se habia levantado en Aviñon un solo grito para impedir la accion de la justicia contra los usurpadores que explotaban en derecho propio la autoridad que se les habia conferido, y que se les habia mandado restituir al expirar la mision temporal.

Consta que Inocencio fué de una vida ejemplar, de un celo inalterable por la Religion, siempre justo, muy notable por su caridad y si algunas veces fué severo y aun inflexible fué por exigirlo así las circunstancias: protegió siempre á los hombres de letras y ni aun puede tachársele de nepotismo, pues que si favoreció algunos parientes, fué en virtud de los méritos que en ellos resplandecian. Sucedióle en la silla apostólica

Urbano V, llamado ántes Guillermo de Grimoard, hijo del baron de Roure y de Emphelice, hermana de San Eleazar, natural de Grisac, diócesis de Menda, en el Gevandan. Hay diversidad de opiniones entre los autores acerca de la naturaleza de este papa: creen unos que habia nacido en el castillo de Grisac en el año 1302. Rodrigo Sanchez, historiador español, le tiene por lombardo; Antonio Yeppes le hace de Tolosa; Tomás Walsingham dice que fué inglés; Bernardino Cori, le da por patria á Sulmone; Mateo Villani sostiene que es de Bellcaire, pero el que parece tener más razon es Estéban Baluzio que le declara natural de Limoges, citando en favor de su opinion cincuenta y siete autores y á mas

una antigua inscripcion que se lee en el claustro del convento de padres angustinos de Tolosa.

Fué elegido no obstante que no pertenecia al sacro colegio, á pesar de que no faltasen en él individuos capaces para ocupar la Silla apostólica. Muy jóven habia entrado en el convento de benedictinos del Priorato de Clairac, habiendo llegado á ser un famoso profesor en Montpeller, Tolosa, Paris y Aviñon: fué nombrado más tarde abad de San German de Auxerre y despues de San Víctor de Marsella en 1358. Inocencio VI le habia nombrado nuncio en la corte de Nápoles, y se hallaba en Florencia, segun unos, y en Marsella segun otros, cuando el correo del cónclave le llevó secretamente la noticia de su eleccion que los cardenales no quisieron publicar hasta que se hallase en Aviñon, por temor de que los italianos no pusiesen obstáculo á la llegada del nuevo papa, y habiendo llegado á esta ciudad el 30 de Octubre, fué publicada su eleccion al dia siguiente, habiendo sido despues consagrado y coronado por el cardenal Alduino Aubert, obispo de Ostia el 6 del siguiente noviembre. (Muratori). Habíase dispuesto todo lo necesario para la ceremonia de la cabalgata, pero el nuevo papa que por una parte era enemigo del fausto y de la ostentacion, y por otra miraba como desterrada la dignidad pontificia mientras residia fuera de Roma, no quiso que se llevase á cabo esta cabalgata.

Poco tiempo despues de su elevacion al trono pontificio, Urbano V hizo justicia á las quejas que tenian sus súbditos contra los arzobispos de Reims y de Sens. Mandó que estos prelados (Juan de Craon y Guillermo Melun) compareciesen ante su presencia y les reprendió por los excesos que cometian contra sus súbditos, recordando al de Sens aquellas palabras que dijo al Papa cuando no era más que abad de San German, «cuando serás papa te vengarás.» Porque dicho arzobispo le visitaba con frecuencia (1).

El rey Juan que hacia dos años que se veia libre de su prision de Inglaterra, salió de Paris con el objeto de visitar al nuevo Pontífice, al cual ofreció homenajes de respeto, siendo recibido con el mayor agrado por el Vicario de Jesucristo. Poco despues llegó tambien á Aviñon el rey de Chipre, Pedro de Lusiñan; y el Viernes Santo (1363) el Papa ofició en su capilla pronunciando en presencia de ambos reyes un discurso de mucha edificacion. Motivó el viaje del rey de Chipre el deseo de excitar el valor de los occidentales contra los infieles de Levante. Así pues, se regocijó

(1) Cronol. de Juan de Guisa, abad de San Vicente de Leon.

al ver que el rey Juan declaraba su resolucion de pasar al otro lado del mar para cuyo efecto pidió al Papa le concediese la cruz, la cual le dió Urdano con muestras del mayor contentamiento.

Necesario era despues del resultado que habian tenido las últimas cruzadas, un celo extraordinario para hacer renacer el primivo fervor que se hallaba amortiguado. Así pues, el mismo papa Urbano tomó á su cargo el predicar la cruzada, y animado de un superior espíritu se presentó al frente del pueblo cubierto con la tiara y pronunciando un elocuente discurso hizo ver la urgente necesidad de combatir á los sarracenos, abriendo los tesoros de la Iglesia, para derramar á manos llenas gracias espirituales en favor de los que se alistasen para la guerra santa. Tal efecto causaron las palabras del Pontífice que el cardenal Perigord y un gran número de caballeros, imitando el ejemplo del rey Juan, pidieron y obtuvieron inmediatamente la cruz. Por su parte el Pontífice tomó las providencias convenientes á fin de que todos los cruzados marchasen á un mismo tiempo, nombrando jefe de la expedicion al rey Juan, y legado suyo en ella al dicho cardenal Perigord.

A pesar de esta decision que se advirtió en los cruzados, que en poco tiempo llegaron al número de treinta mil, la cruzada experimentó gran contrariedad por parte de Bernabo ó Bernabé Visconti, tirano del Milanesado, el cual tenia á Italia en una contínua guerra, pues que irritado con los procedimientos y censuras eclesiásticas, se dejaba llevar con frecuencia de su génio iracundo, gloriándose de quebrantar todas las leyes de la religion y la decencia, no conociendo más ley que los caprichos de su corazon y las veleidades de su fantasía. Proclamando que él era rey, emperador y papa en todos sus dominios, prohibió bajo la pena de ser quemado vivo, el que ningun vasallo suyo solicitase gracia alguna del Papa ó de su legado en Italia, como así mismo darles auxilio ó consejo y pagarles las deudas que tuviesen con ellos. Y como si esto no fuese bastante para manifestar su ódio, obligó á un sacerdote de Parma á subir á una torre y anatematizar desde ella al Papa y al sacro-colegio. En consecuencia de estas tiránicas órdenes hizo sufrir tormentos á algunos eclesiásticos y religiosos que mostraron su adhesion al Sumo Pontífice, llegando su tiranía hasta el extremo de hacer quemar á algunos en una jaula de hierro, y á un fraile menor que era venerado por su virtud hizo que le taladrasen los oidos con un hierro candente (1).

(1) Vit. P. Thom. l. 14.

No conociendo límites en sus excesos, Visconti protegió la rebelion de los boloñeses que nuevamente habian negado la obediencia al Papa. Con este motivo se dividió la Italia en dos facciones, presentando un estado verdaderamente calamitoso en tales términos, que hasta en la Alemania se predicó la cruzada contra Visconti. Ultimamente se tomó el partido de la negociacion. Eran embajadores de Chipre el santo arzobispo Pedro Tomás y el canciller Felipe de Maicieres, dotado tambien de muy grandes virtudes. Visconti hizo llamar á ambos á su presencia, y encerrándose con ellos en un aposento retirado, les invitó á que le hablasen de la paz con toda seguridad manifestándole libremente todo cuanto se les ofreciese. El santo arzobispo tomó la palabra y habló con enerjía y copia de sólidas razones del respeto debido á la Cabeza de la Iglesia, y de las grandes ventajas que traia la paz para los reyes y los pueblos. Luego que aquel prelado hubo concluido de hablar, Visconti quedó suspenso por un rato y despues de haber reflexionado, lanzó un gran suspiro y exclamó: «Esto es hecho: yo quiero absolutamente tener paz con la Iglesia y en adelante viviré sujeto á ella.» Con razon llama á este hecho un historiador de la vida del Beato Tomás, prodigio admirable, pues que aquel mónstruo de iniquidad, verdugo de los hijos respetuosos de la Iglesia, que se habia propuesto concluir con la fe católica y que nada habia respetado hasta aquel momento, quedó convertido repentinamente en hijo cariñoso de la Iglesia por las palabras de un celoso ministro del Señor.

Compréndese desde luego que esta repentina mudanza facilitaba la cruzada, pero todas las esperanzas quedaron frustradas por la muerte del rey Juan, nombrado como hemos dicho para mandarla y la del cardenal legado Perigord. Juan murió en Londres el 8 de abril de 1364, siendo su muerte muy sentida por todos los ingleses que conocian y apreciaban en lo que valian las grandes virtudes que habian adornado á aquel príncipe. Sucedióle en el trono su hijo primogenito, duque de Normandía y Delfin, Cárlos, quinto de este nombre, que la historia apellida el *Sabio.*

El Papa nombró en lugar del cardenal Perigord á San Pedro Tomás legado de la cruzada, dándole el título de patriarca de Constantinopla, señalándole las rentas de las iglesias de Coron y Negro-ponto y para ocupar el puesto del rey Juan, nombró al rey de Chipre, que se hallaba muy interesado en la expedicion, por lo que á su salida de Aviñon habia visitado la corte del emperador y de los demas príncipes de Occidente.

El emperador Cárlos, con muchos nobles de Alemania y de otros países fué tambien á Aviñon en 1365, y tambien concurrieron otros varios príncipes y una multitud de caballeros y prelados.

Reunidos todos con el papa Urbano, trataron detenidamente sobre los medios de llevar á cabo la santa expedicion, de los recursos que para ella necesitaban, y de las grandes ventajas que podrian obtenerse de hacer que las *Compañías blancas* se uniesen á ella de grado ó por fuerza para conseguir la humillacion de los sectarios del Koran, enemigos declarados del nombre cristiano.

A pesar de las largas discusiones que se tuvieron, todo se redujo á proyectos sin que se pudiesen tomar decisiones definitivas. El santo patriarca de Constantinopla habia trabajado con mucho fruto en Venecia que era el lugar que se habia señalado para el embarque. Allí se reunió un número considerable de gente del pueblo, los cuales tomaron la cruz y esperaban tan solamente la llegada del rey de Chipre para darse á la vela: mas como este hubiese tardado, cuando llegó se habia amortiguado el fervor de los cruzados. Esto no obstante se reunió un cuerpo de tropas de diez mil hombres de infantería y mil cuatro cientos de caballería.

Interin llegaba el momento de embarcarse, el santo legado se esforzó en excitar en todos los corazones los más puros sentimientos de piedad. Algunos dias ántes de darse á la vela hubo una comunion general en el ejército, siendo los primeros en acercarse á la sagrada mesa el rey y los grandes, los cuales recibieron la Eucaristía de manos del legado. En el momento de emprender la marcha, el legado, acompañado de todos los eclesiásticos, pasó á la galera del rey, y puesto en el lugar más elevado hizo una fervorosa oracion, concluyendo por bendecir las personas y las armas, los buques y el mar, pidiendo al Señor especiales auxilios para combatir á los enemigos de su nombre.

Luego que la expedicion se halló en alta mar, declaró el rey su intencion de ir á Alejandría, á donde llegaron despues de cuatro dias de navegacion, el 2 de Octubre del año 1365, y al dia siguiente hicieron el desembarco. Los sarracenos que habian formado en batalla á las orillas del mar, hicieron una débil resistencia; pero temerosos del ejército cristiano, se refugiaron dentro de las ciudades y cerraron las puertas, mas como vieran que los cruzados pegaban fuego á ellas, abandonaron los baluartes y la ciudad, refugiándose al Gran Cairo. Así Alejandría fue conquistada en ménos de una hora, sin que hubiese que lamentar la pérdida de un solo cristiano.

Como se ve por el suceso que acabamos de referir, no pudo ser más feliz el principio de la cruzada, pero los siguientes acontecimientos, no correspondian. Indudablemente la conquista de Alejandría en la que se vió claramente una gran proteccion del cielo, pudo proporcionar otras muchas. Sin embargo, la mayor parte de los cruzados fueron de parecer de abandonar la ciudad, creyendo que repuestos del susto los sarracenos, volverian prontamente sobre ellos, y que no les seria fácil el poder defenderla. No fueron de esta opinion el rey ni el legado, y ántes por el contrario, se lamentaban de tal pusilanimidad que miraban como una ingratitud al señalado favor que el cielo les habia dispensado. A pesar de esto hubieron de ceder á los deseos de la multitud; en su consecuencia. Alejandría fue abandonada cuatro dias despues de haber sido conquistada, no habiendo sacado los cruzados otra ventaja que el botin, que fue de un valor inestimable, pues que encontraron en la ciudad inmensas riquezas.

Luego que abandonaron la ciudad, dirigiéronse los cruzados á Chipre, donde el beato Pedro Tomás cayó enfermo, y conociendo que se acercaba el momento de su muerte, se preparó á ella del modo más edificante. Se hizo colocar en tierra vestido de un saco y con una soga al cuello y de este modo despues de pedir perdon á todos los concurrentes, recibió los últimos sacramentos de la Iglesia, despues de lo cual espiró en el ósculo del Señor, el dia de la Epifanía del año 1366. Los religiosos de su órden celebran su fiesta en 29 de Enero, práctica que ha confirmado la sagrada Congregacion de Ritos.

No habia sido posible llevar á cabo el proyecto de obligar á las *Compañías*, á que pasasen á Oriente; pero Enrique, conde de Trastamara, y hermano del rey D. Pedro I de Castilla, príncipe odiado de sus súbditos, pero que estaba ungido y reinaba de derecho, hizo que fuesen conducidas á España. El pontífice Urbano V, escribió al rey de Aragon, conjurado contra el de Castilla, manifestando un sentimiento extraordinario por la division en que se hallaban los dos Estados cristianos más florecientes de España. Esta y otras razones que no exponemos en obsequio á la brevedad, y por no pertenecer este asunto al objeto principal de esta obra, demuestran con cuanta falsedad, se ha dicho por algun escritor que el papa Urbano contribuyó á la desgraciada suerte de D. Pedro de Castilla, trabajando por el rescate de Beltran Dugueschlin, prisionero del inglés Chandos, desde la batalla de Auray, para que se pusiese al frente de los compañeros contra aquel monarca.

En la ciudad de Angers, provincia de Tours, se celebró el jueves 12 de Marzo de 1366 un concilio, presidido por Simon Renon, arzobispo de Tours, al que asistieron todos sus sufragáneos; en este concilio se formaron treinta y cuatro artículos de disciplina; tratan los primeros de los procedimientos y manifiestan hasta que punto llegaban las sutilezas del clero en aquellas provincias, haciendo conocer que aquel ć .órden era enteramente contrario al espíritu de la Iglesia: otros hablan de las exenciones é inmunidades de las iglesias: el décimocuarto y décimoquinto dan reglas para la recitacion del oficio de difuntos, y del de la Vírgen, y mandan á los párrocos recitar el primero todos los dias de feria, y á los capítulos, así seculares como regulares, cantar el segundo diariamente con muy rara excepcion: por otros artículos se ordena á los párrocos la residencia bajo pena de perder sus rentas, si estaban ausentes un mes y de ser privados de sus curatos, si llegaban á seis meses. Las actas de este concilio, están fechadas en 1365, segun el estilo de Francia.

Otro concilio celebró Juan Tursby, arzobispo de Yorck, con sus sufragáneos: publicáronse diez cánones, terminando el concilio en 29 de Setiembre.

Importante es otro concilio celebrado en 27 de Mayo, y los tres dias siguientes de 1368, por los obispos y arzobispos de las provincias de Arlés, de Aix y de Embrun, reunidos al efecto en la ciudad de Apt (1). Presidió esta asamblea Pedro de la Jugie, arzobispo de Narbona, quien formó en él un gran cuerpo de constituciones, dividido en ciento treinta y tres artículos, parte de los cuales están sacados de los concilios de Aviñon, celebrados en 1326 y 1337; por uno de estos artículos se ordena la abstinencia del sábado á los clérigos beneficiados ó constituidos en las órdenes sagradas: por otro se dispone que todos los cabildos en que haya diez canónigos, envien dos á las universidades para que estudien la teología y el derecho canónico, sin que pierdan por esto ninguna parte de sus rentas á excepcion de las distribuciones.

El papa Urbano que miraba como un asunto de la mayor importancia la gran cuestion de la reunion de las dos iglesias latina y griega, envió legados á Miguel Paleólogo para apresurar el éxito de tan importante empresa. Despues de esto creó tres cardenales, siendo uno de ellos su hermano Gil de Grimoard, canónigo regular de San Agustin, al que habia

(1) Tom. XI. Conc. pág. 975.

ya nombrado obispo de Aviñon. Enseguida manifestó públicamente el deseo que tenia de restablecer en Roma la residencia de la Silla apostólica. Esta manifestacion causó grande agitacion, dividiendo los votos, segun las ideas y los intereses de cada uno. Entre los que animaron al Papa para que tomase esta importante resolucion, debemos hacer mencion de Pedro de Aragon, que habia abandonado las grandezas del mundo para abrazar el humilde instituto de San Francisco, y el célebre Petrarca, el cual con este objeto fue á Aviñon, y estando allí entregó al Pontífice una carta en la cual expresaba los nobles sentimientos de su alma, explicándose de este modo: «Considerad, le dice, que la Iglesia de «Roma es vuestra esposa. Se nos podrá decir que la esposa del Pontífi«ce romano no es una iglesia sola y particular, sino la Iglesia universal. «Lo sé, Santísimo Padre; y no permita Dios que coarte yo vuestra ju«risdiccion; ántes bien la extenderia, si fuese posible; reconozco gus«toso que no tiene otros límites que los del Océano. Pero aunque vues«tra Silla esté en todas partes donde Jesucristo tiene adoradores, estais «unido con Roma de un modo más particular. Así como las demás ciu«dades tienen su obispo, así tambien vos sólo sois el obispo de esta «reina de las ciudades. Sin embargo, algunas personas de corta capaci«dad, ó apasionadas, ó imbuidas en alguna preocupacion, os hablarán «de diferente modo. Os pintarán la Italia como una tierra que devora «los extranjeros y á sus propios habitantes; como una tierra en la que «se camina sobre un fuego mal cubierto y entre precipicios; como una «tierra en que los alimentos, las aguas, el aire mismo, y en especial «el carácter de los pueblos engendran la muerte y acumulan á cada paso «todo género de peligros.

«Pero acordaos, Padre Santo, de la injuria hecha poco há por los «bandidos de vuestras provincias á vuestra corte y á vuestra persona sa«grada. ¿Hay en Italia un ejemplar de semejantes atentados y desórde«nes? Cuando esas infames compañías os obligaron á comprar á peso «de oro vuestra libertad, y quizá vuestra propia vida, como tambien la «de vuestros cardenales, os quejasteis en consistorio pleno de que aquel «ultraje era mayor que el que se hizo á Bonifacio VIII; y tuvisteis razon «para explicaros así, porque aunque siempre es una maldad enorme «usar de violencia contra el Vicario de Jesucristo, se puede decir que la «altivez y genio duro de Bonifacio habian dado márgen á que se le tra«tase de aquel modo. Al contrario, en vos no habia más que beneficios «á que estar agradecido, virtudes que reverenciar, una beneficencia ge-

«nerosa, una benignidad verdaderamente evangélica, una dulzura inal«terable, y una version infinita á todo lo que es capaz de ofender al me«nor de los hombres. Y sin embargo, acometido de repente por un tro«pel de hombres malvados, os visteis reducido á sacrificar vuestros teso«ros, ó por mejor decir, el patrimonio de la Iglesia y de los pobres, «para evitar mayores males: empero habrá sido una felicidad el que co«nocieseis entónces que estos males eran un premio digno de la obstina«cion con que se abandonaba á la Iglesia de Roma, á esta esposa dis«tinguida que os ha dado Jesucristo. ¿No será ya tiempo de enjugar sus «lágrimas y de hacerla olvidar sus disgustos con una pronta y tierna «union? Y vos, Sumo Pastor y obispo de la Iglesia universal, ¿qué «haceis á las orillas del Ródano y del Durance, mientras que el Heles«ponto y el mar *Egeo*, las islas de Chipre y de Rodas, el Epiro y la «Acaya, las tierras y los mares del Oriente y del universo entero recla«man vuestra solicitud y vuestra proteccion? Cualesquiera que sean los «atractivos del condado venesino, todos ellos imaginarios ó muy peque«ños en comparacion de los de la dulce Hesperia, reflexionad que vues«tro puesto no está donde hay más frondosidad ó fuentes más frescas y «cristalinas, sino donde ahullan los lobos con más furor, y donde está «expuesto el rebaño á mayores peligros (1).»

El Petrarca concluye su carta con expresiones verdaderamente terribles, recordando al Pontífice que ha de presentarse ante el tribunal del Juez Supremo. «¿Qué habeis de responder, le dice, al príncipe de los Apóstoles cuando al salir del sepulcro os pregunte de dónde venís? Mirad si en aquel momento querreis hallaros más bien con vuestros Provenzales que con los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, con los Santos mártires Estéban y Lorenzo, con los confesores Silvestre y Gregorio, y con las vírgenes Inés y Cecilia. ¡Ojalá que en esta misma noche en que os escribo (era la víspera de San Pedro), asistieseis al oficio divino en la basílica del santo Apóstol, cuya Silla ocupais! ¡qué alegría para él! ¡qué momentos tan deliciosos para vos! Jamás los tendreis semejantes mientras permanezcais en Aviñon. La verdadera felicidad no consiste en el goce de las dulzuras sensuales sino en la uncion de la piedad (2).»

En vano Nicolás Orense, doctor de la universidad de París, hizo un gran discurso para disuadir á Urbano del pensamiento de trasladarse á

(1) Petrarc. Rer. sen. lib. 7, ex misc. seg. Bercastel. Lib. XLV, n. 49.
(2) Ib. Ib.

Roma. El razonamiento del Petrarca le acabó de decidir, y la deseada traslacion quedó resuelta.

Clemente V fue el primero que habia trasladado la Silla pontificia á Francia en 1305, y por consiguiente Urbano V era el sexto Pontífice que habia reinado en Aviñon. Los cuatro Papas predecesores de Urbano parece que se habian desentendido de Roma, toda vez que habian comprado la soberanía á la reina Juana de Nápoles, condesa de Provenza, y que habian edificado palacios. Urbano V fue el primero que manifestó verdadero deseo de trasladarse á Roma y en efecto, vamos á verle emprender la marcha, si bien más tarde, por una condescendencia extraña volverá á su primitiva residencia.



CAPITULO XI.

El papa Urbano se traslada á Roma.—Confirma en Viterbo la nueva congregacion de Jesuatos.—El Papa corona á la emperatriz.—Coloca las cabezas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en riquísimas urnas.—Traslacion de las reliquias de Santo Tomás.—Profesion de fe que hace en Roma Juan Paleólogo.—Mision de Tartaria.—Resolucion del papa Urbano de volver á Aviñon.—Profecía de Santa Brígida.—Llega Urbano á Aviñon.—Su muerte.—Gregorio XI, papa.—Su primer acto de jurisdiccion.

El 30 de Abril de 1367, salió el papa Urbano de Aviñon dirigiéndose á Marsella, donde su primer cuidado fue visitar su abadía de San Víctor, que á él debia el estado floreciente en que se hallaba. Estando en esta ciudad hizo cardenal á Guillermo Aigrefeuille, que tenia veinte y ocho años de edad, pero que era de un extraordinario talento, de una conducta intachable y sobrino de un cardenal anciano del mismo nombre, íntimo amigo del Papa.

A los pocos dias salió de aquel puerto acompañado por veinte y tres galeras y otros muchos buques de varias clases, dispuestos por la reina de Sicilia y por las repúblicas de Venecia, Génova y Pisa, que quisieron honrar de este modo al Jefe Supremo de la Iglesia. Despues de una rápida navegacion, llegó á Génova, donde fue recibido por el dux y la nobleza en un palacio suntuosamente adornado. Despues de haber descansado, continuó su viaje, llegando el 4 de Junio á Corneto, donde el cardenal Albornoz salió á recibirle, acompañado de un gran número de prelados y de nobles romanos.

En Viterbo, donde fue tambien recibido con las mayores aclamaciones, confirmó Urbano la nueva congregacion de *jesuatos* que acababa de fundar Juan Columbano, noble sienés, que ántes habia estado revestido del cargo de *Gonfaloniero*, que era la primera autoridad de su repúbli-

ca. Este fundador al frente de sesenta de sus compañeros, todos coronados de hojas de olivo, se presentó al Pontífice para pedirle la confirmacion, á lo que accedió Urbano, dándoles la regla de San Agustin (1).

El emperador Cárlos IV salió al encuentro del Papa hasta Viterbo; y cuando la Cabeza de la Iglesia volvió á entrar en Roma el sábado 16 de Octubre, el emperador y el conde de Saboya sostenian el freno del caballo cada uno de su lado. La emperatriz llegó algunos dias despues á Roma, habiendo sido coronada por el Papa el dia de Todos los Santos. Dice un historiador que el emperador en esta ceremonia hizo las funciones de diácono (2), pero aunque esto sea así, no leyó el Evangelio, lo que no podia hacer hasta el dia de Navidad, como nota oportunamente el historiador de la Vida de los Sumos Pontífices, Artaud de Montor. El dia 2 de Marzo del año 1368, despues de haber celebrado Urbano en San Juan de Letran, en la capilla llamada Sancta Sanctorum, hizo sacar las cabezas de San Pedro y San Pablo, para dar á tan insignes reliquias el culto que les es debido. Mandó construir para ellas unas urnas nuevas, que tuvieron de costo más de treinta mil florines de oro. Estas urnas son dos grandes bustos de plata que pesan mil doscientos marcos, y están engastados de piedras preciosas. El busto de San Pedro está cubierto con la tiara ó triple corona; por lo que algunos han atribuido esta institucion á Urbano V; pero no es así, pues que la tercera corona fue añadida á la tiara por Benedicto XII.

El Papa con el objeto de evitar los calores, salió de Roma el 11 de Marzo y se dirigió á Viterbo, donde decidió á favor de los dominicos el litigio que estos sostenian contra los cistercienses, relativamente al cuerpo de Santo Tomás, que los últimos poseian en *Fuossa Nuova*, de donde fueron trasladadas sus reliquias á la iglesia de dominicos de Tolosa (3).

Ántes de regresar Urbano á Roma, hizo una nueva promocion de ocho cardenales, la mayor parte de ellos franceses.

El emperador de Oriente, Juan Paleólogo, fue á Roma en 1369, con el objeto de suplicar los socorros de los occidentales para contener los rápidos progresos de los turcos. Postróse á los piés del Soberano Pontífice, el cual le recibió con los mismos honores que se solian tributar al

(1) Hist. de las Ord. relig., tom. I, Cap. 129.
(2) Biogr. univ., XLVII, 195.
(3) Bolland., tom. I, de Marzo, pág. 725.

emperador de Alemania. El dia de San Lúcas, 18 de Octubre, Paleólogo, en la iglesia del Espíritu Santo, abjuró el cisma, jurando que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; que la iglesia romana tiene el derecho de primacía sobre toda la Iglesia católica; que la Eucaristía puede celebrarse tanto con el pan ácimo como con el fermentado. Redactóse una acta de esta confesion en griego y en latin, y el emperador la firmó de su puño con caractéres encarnados, y la cerró con un sello de oro, entregándola despues al Pontífice para que fuese conservada en los archivos de la Iglesia romana.

El domingo siguiente 2 de Octubre, el papa Urbano, revestido de gran pontifical y acompañado de los cardenales que iban asimismo vestidos con la magnificencia correspondiente á su dignidad, pasó á la iglesia de San Pedro, donde se sentó en una silla que estaba preparada en lo alto de las gradas del átrio. Despues llegó el emperador, el cual se arrodilló, besó los piés del Pontífice, se levantó y le besó la mano y la boca. Despues de esto entraron juntos á la Iglesia, entonando el Papa el *Te-Deum* despues del cual celebró la misa en presencia del príncipe y de un gran número de griegos y de romanos. Terminados que fueron los divinos oficios, el Papa hizo comer á su mesa á Paleólogo y á todos los cardenales (1).

En 1370 el Papa tuvo la satisfaccion de saber que los griegos empezaban á reconocer de buena la supremacía de la Iglesia romana. Por este mismo tiempo los moldavos, albaneses, rusos y georgianos, regresaron á la iglesia. La princesa Clara, viuda del príncipe Alejandro, habia abrazado tambien la fe católica, librando á la primera de sus dos hijas del cisma, la cual estaba casada con el rey de Bulgaria. El Papa escribió á aquella princesa dándole el parabien por tan feliz suceso, y exhortándola á que trabajase por la conversion de su segunda hija, esposa que era del rey de Servia.

Extendiendo su celo el papa Urbano á todas partes, y sabiendo que habian muerto la mayor parte de los misioneros que sus predecesores habian enviado á Tartaria, destinó á otros religiosos para que fuesen á aquel pais á predicar la fe católica, nombrando á Guillermo de Prato, jefe de la mision, haciéndole al mismo tiempo arzobispo de Cambalú y vicario general de su órden franciscano, facultándole al mismo tiempo para llevar consigo, doce compañeros suyos elegidos á su voluntad.

(1) Rain. an. 1369 y 1370.

Tambien reformó este Pontífice el monasterio de Monte-Casino, el que habia caido en alguna relajacion despues de haber sido por espacio de muchos años modelo de regularidad. Hizo superior de este célebre monasterio á Andrés de Faenza, varon de una piedad eminente, tan hábil en los negocios como versado en la vida interior, al cual tuvo que obligar con toda su autoridad porque, impulsado por su humildad, se empeñó en declinar el honor que le dispensaba.

Tales fueron los frutos magníficos que produjo el regreso de la Santa Sede al lugar de su natural residencia: mas como quiera que la mayoría de los cardenales, que eran franceses, instasen al Papa para que regresase á Aviñon, dando por pretexto la guerra que existia entre los reyes de Aragon y de Navarra, como asimismo entre los franceses é ingleses, Urbano, por una mudanza inconcebible accedió á aquellos deseos, publicó el designio que tenia de volver á Aviñon, atribuyéndose el deseo que le animaba de restablecer la paz entre Francia é Inglaterra. En vano los romanos, á quienes parció poco satisfactorio el motivo alegado por Urbano, derramaban lágrimas de desconsuelo; en vano le dirigieron las más humildes súplicas. El Papa, resuelto á llevar á cabo su propósito, salió de Roma, y al detenerse en Montefiascone, aumentó el Sacro Colegio con dos cardenales, que fueron Pedro de Estaing, de una casa antigua de Ruerga, y Pedro Corsini, de una noble y distinguida familia de Florencia. Tal vez conoció entónces la falta que habia cometido, nombrando tantos cardenales franceses.

Pedro de Aragon, religioso de la órden de menores, uno de los más adictos á la Santa Sede, y que habia instado en gran manera á Urbano para regresar á Roma, suplicó vivamente, á éste que no emprendiera la marcha á Aviñon, haciéndole ver la facilidad de organizarse un cisma, en el cual moririan una infinidad de inocentes cristianos.

Florecia por este tiempo Santa Brígida, la cual hizo una prediccion cuya realizacion contribuyó en gran manera á la fama de su santidad. Cuando el Papa se disponia á partir hácia Aviñon, Brígida hizo que su confesor Alfonso, obispo de Jaen, escribiera de su puño las palabras siguientes: «Es voluntad de Dios que el Papa no salga de Italia: sino que permanezca en ella hasta la muerte. De lo contrario, será borrado desde luego su nombre del número de los vivientes para ir á dar cuenta al Juez terrible de vivos y muertos.» La misma Brígida, armada de valor, fue á ver al Pontífice, al cual presentó el fatal anuncio.

Nada de esto fue suficiente para detener á Urbano, el cual salió de

Montefiascome el 26 de Agosto de 1370, embarcándose en Corneto el 5 de Setiembre en un magnífico buque, escoltado por otros muchos de diferentes naciones. Llegó á Marsella el 16 del mismo mes de Setiembre, y á su palacio de Aviñon ocho dias despues.

Inmediatamente empezó el Pontífice á escribir cartas afectuosas para recomendar la paz; pero súbitamente le acometió una enfermedad de la cual el mismo se persuadia que moriria muy pronto. Hízose trasladar del palacio apostólico al de su hermano el cardenal de Albano, donde murió el 19 de Diciembre de 1370 de sesenta y un años de edad.

Urbano gobernó la Iglesia ocho años, un mes y veinte y tres dias.

Aseguran todos los historiadores que murió con santas disposiciones, condenando el yerro que habia cometido volviendo á Aviñon, y añaden que poco ántes de expirar hizo que le llevasen delante de un altar del príncipe de los Apóstoles, y que allí puso por testigos al cielo y á la tierra de que no se le debia atribuir á él aquella falta, sino á los que lo habian dispuesto de tal modo, que lo habian hecho casi inevitable (1); otros añaden que hizo voto de volver á Roma, si Dios le conservaba la vida (2). Es indudable que adornaban á Urbano las más bellas virtudes y todas las que convenian á su altísima dignidad. Era naturalmente benéfico y liberal, moderado con respecto á sus parientes, caritativo para con los pobres, magnífico cuando se trataba del culto divino y de las fundaciones religiosas: era rígido en sus ayunos; conservó siempre e hábito de San Benito, sin dejarle ni aun para dormir, no encontrándose en su cuarto de retiro otra cosa que la pobreza de un simple religioso. Era enemigo del fausto y de la grandeza, en tales términos que su trato doméstico era mas bien el de un monje, y cuando veia á los monarcas postrados á sus piés referia á Jesucristo, Cabeza adorable de la Iglesia, los homenajes que se tributaban á su Vicario, diciendo interiormente: «A vuestro santo nombre, Señor, es debida únicamente toda la gloria y no á nosotros». Todo esto hizo que Urbano V fuese invocado inmediatamente despues de su muerte, y que por todas partes se colocase su imágen en los altares, así como que Waldemaro, rey de Dinamarca, á vista de los milagros obrados en el sepulcro de este Papa, suplicase con gran instancia á su sucesor Gregorio XI que le pusiese solemnemente en el catálogo de los Santos, lo que sino llegó á efectuarse

(1) Petrarc. Rer. Sen. Libr. 13. Ep. 13.
(2) Rain. ann. 1370, 9.

fue debido á las turbulencias del cisma que impidieron el juicio definitivo de la Santa Sede.

El último dia de Marzo de 1371 fue trasladado el cuerpo de Urbano V á Marsella, acompañado de diez cardenales, nombrados al efecto por Gregorio XI, siendo depositado en la iglesia de San Víctor, de la que habia sido abad.

La Santa Sede estuvo vacante diez dias.

Pasados que fueron los destinados al luto de la Iglesia, entraron los cardenales en cónclave, y el dia siguiente 30 de Diciembre de 1370 eligieron unánimemente á Pedro Rogerio de Beaufort, que solo tenia treinta y nueve años de edad y que tomó el nombre de

GREGORIO XI. Era hijo del conde Guillermo de Beaufort, el cual tuvo la dicha de ver durante su vida la exaltacion al trono pontificio de su hermano y de su hijo; y á otro hermano, á dos sobrinos y á cinco primos adornados con la púrpura cardenalicia. Habia nacido Pedro Rogerio en Marmont, diócesis de Limoges, habiendo sido sucesivamente canónigo de Paris, arcediano de Ruan y Notario apostólico. Estaba dotado de excelente carácter y se habia distinguido por una extraordinaria aplicacion al estudio, principalmente al de la legislacion.

Apénas contaba la edad de diez y ocho años cuando fue creado cardenal por su tio Clemente VI, recibiendo el título de *Santa María la Nueva* en 29 de Marzo de 1348. Hallábase en el cónclave cuando fue elegido papa, y movido de su humildad hizo gran resistencia, cediendo tan solo á la voluntad de Dios, manifestada suficientemente por la perseverancia de los cardenales. Como quiera que era solamente diácono, fue ordenado sacerdote por el cardenal Guy de Bolonia, el dia 4 de Enero de 1371, y consagrado el dia siguiente, despues de cuya ceremonia tuvo lugar la de la cabalgata ó paseo por las calles de Aviñon. El duque de Anjou, hermano del rey de Francia Cárlos V, sostenia el freno del caballo del Papa.

El primer acto de jurisdiccion del nuevo Pontífice fue publicar una constitucion en la cual declaraba que la basílica de San Juan de Letran era la primera Silla del soberano Pontífice y la primera iglesia en dignidad entre todas las del orbe.

En el primer año de su pontificado hizo Gregorio una promocion de doce cardenales, de los cuales uno era español, otro pertenecia á la familia de los condes de Ginebra, el que veremos adelante ser antipapa con el nombre de Clemente VII, y los otros diez eran franceses, algunos de ellos parientes del Papa.

Una de las faltas cometidas por los Papas de Aviñon, fue la facilidad de crear tantos cardenales franceses y tan pocos italianos. Esto contribuia á que la Santa Sede permaneciese tanto tiempo fuera de Roma. El mismo Gregorio XI que como vamos á ver en el siguiente capítulo, consiguió la traslacion de la corte pontificia con universal regocijo de todos los buenos católicos, cayó tambien en esta debilidad, sin tener en cuenta cuan perjudicial era, toda vez que el amor patrio y el deseo de secundar los deseos de los reyes de Francia hacia que los cardenales de aquella nacion, hiciesen cuantos esfuerzos eran imaginables para retener allí la cátedra apostólica que tanto honor le hacia. Sin embargo, Dios habia dispuesto la terminacion de la ausencia de los Papas de la ciudad elegida y privilegiada providencialmente por San Pedro, y Gregorio XI habia de ser el último de sus sucesores que residiera en Aviñon.

CAPITULO XII.

Esfuerzos de Gregorio XI por restablecer la paz entre los reyes de Francia y de Inglaterra.—Su celo por destruir las novedades peligrosas.—Institucion de la fiesta de la Presentacion de Nuestra Señora.—San Andrés Cosino.—Herejes y fanáticos.—Gregorio XI despide de Aviñon á los obispos y superiores monacales.—El rey de Francia procura impedir el regreso del Papa á Roma.—Gregorio XI vuelve á establecer en esta ciudad la Silla apostólica.—Herejía de Wiclef.

Fué uno de los primeros cuidados del papa Gregorio XI continuar la obra empezada por sus predecesores de restablecer la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra: sin embargo, todos sus esfuerzos se estrellaron sobre grandes obstáculos á más de que los legados enviados al efecto, parece no secundaron bastante las miras del Pontífice. El cardenal de Dormans, legado en Paris habia sido canciller de Francia, y atendia más á los intereses de su corte que á los de la Iglesia. El otro legado que habia sido enviado á Inglaterra, era Simon de Langham, antiguo arzobispo de Cantorberi, el cual tampoco secundó las miras del Papa.

Otros legados fueron enviados cerca de Enrique rey de Castilla, de Pedro, rey de Aragon, y de Fernando, rey de Portugal, obteniendo más favorables resultados que los de Francia é Inglaterra, pues que obtuvieron una tregua de algunos años. Durante algun tiempo se abstuvo Fernando de retener el libre dominio de algunas ciudades del arzobispado de Braga, y Amadeo, conde de Saboya, prometió no continuar la espoliacion que habia comenzado contra el obispo de Génova, reconocido hasta entónces por Señor de aquella ciudad.

Aplicóse con gran celo el papa Gregorio á las más esenciales obligaciones del Pontificado, manifestando una gran energía en conservar el depósito de la sana doctrina, destruyendo todas las novedades peligrosas.

Así pues, prohibió bajo pena de excomunion que se predicase ó enseñase públicamente la doctrina que en Aragon sostenia Juan de Laune, del órden de los frailes menores, al que seguian otros del mismo instituto, acerca de la Eucaristía, la cual consistia en asegurar que si la Hostia consagrada caia en un lugar inmundo ó era roida por algun animal dejaba de estar en ella el cuerpo de Jesucristo, volviendo á la substancia de pan; y que si los que comulgaban rompian las especies con los dientes, volaba inmediatamente al cielo el cuerpo de Jesucristo (1). Verdad es que estas proposiciones habian tenido ya en algun tiempo partidarios distinguidos, que las hacian por lo menos problemáticas, pero el papa Gregorio las prohibió, porque podian servir de escándalo y ser causa del nacimiento de algunas herejías, y mucho mas en una época en la cual Wiclef empezaba á dogmatizar en Inglaterra, enseñando doctrinas erróneas acerca de la Eucaristía.

Otras doctrinas no menos peregrinas empezaban á pulular en la Alemania, á causa de las supersticiones de la astrología, tan en boga y de las frecuentes disputas que se sostenian á causa de los futuros contingentes, lo que dió lugar á que muchos titubeasen en la fe, dejando de practicar las buenas obras. A este mal de tan lamentables consecuencias se propuso hacer frente el Papa, y para ello envió comisionados que de acuerdo con el Inquisidor general, examinasen tales doctrinas, y averiguando la exactitud de los hechos que habian sido denunciados, obligasen al obispo de Halberstat, que era el mas obstinado en sostenerlas á que se retractase en presencia de su clero y del pueblo, declarando que era herético todo lo que hasta entonces habia enseñado.

Notable es una carta de este mismo Pontífice dirigida á los obispos de Sicilia que tuvo por objeto hacerles impedir el culto pernicioso que algunas personas de aquel pais tributaban á varios huesos que conservaban como reliquias de algunos hermanos de la vida pobre, secta que como hemos dicho anteriormente habia sido condenada por la Iglesia (2).

En 1372 el papa Gregorio mandó por primera vez celebrar en Occidente en 21 de Noviembre la fiesta de la Presentacion de la Bienaventurada Vírgen María. Pedro rey de Chipre envió al Pontífice el oficio de esta solemnidad, puesto en música y tal como se cantaba en Oriente. Gregorio lo aprobó haciéndolo ejecutar en la iglesia de menores de Avi-

(1) Direct. Inquis. p. 44.
(2) Bullar. tom. 2.° pag. 1061 et seq.

ñon y de allí se propagó por todo el Occidente. Esta fiesta fue luego suprimida en el breviario por San Pio V, alegándose que no se remontaba á grande antigüedad; mas despues el padre Francisco Turiano, jesuita, probó con muchos testimonios de los santos Padres, griegos y latinos, que dicha fiesta habia sido celebrada antiguamente, y en vista de esto, Sixto V mandó ponerla nuevamente en el breviario (1).

A principios del año 1373 murió el célebre San Andres Corsino, obispo de Fiésoli. Su juventud habia sido muy disipada, pero despues tocado de la gracia, entró en el órden de los carmelitas, donde se hizo notable desde luego por sus grandes austeridades y por una humildad tan profunda que no obstante ser miembro de una de las mas nobles y distinguidas familias, salia frecuentemente con un saco al hombro pidiendo limosna por las calles de Florencia. Enemigo de todas las pompas mundanas, quiso evitar hasta la solemnidad que sus padres quisieron dar al acto de su primera misa, que fué á celebrar á un pequeño convento que habia fuera de la ciudad. Restituido á su convento de Florencia, fué nombrado prior del mismo, y las grandes virtudes que en él resplandecian, y aun algunos milagros que Dios habia obrado por su ministerio, hicieron que fuese nombrado obispo de Fiésoli.

Las almas verdaderamente piadosas huyen siempre de toda clase de honores y de dignidades, encontrando tan solo su gloria en imitar á aquel Dios que se anonadó por nuestra salvacion. Así pues, al saber Andrés su nombramiento para la silla episcopal, se consternó de tal modo, que huyendo precipitadamente de su convento se ocultó entre los cartujos. Por mucho tiempo se le buscó inútilmente, hasta que cansados de hacer pesquisas trataron de hacer una nueva eleccion; pero justamente cuando iban á verificarla se presentó en la asamblea un niño de tres años el cual dijo en alta voz: «El cielo ha elegido á Andrés; id á la Cartuja y allí le encontrareis haciendo oracion.» En efecto, sacándole inmediatamente de su retiro le consagraron, y gobernó por espacio de veinte y tres años la Iglesia de Fiésoli, resplandeciendo durante ellos por todas las virtudes y muy especialmente en el ejercicio de la caridad para con los pobres. Urbano VIII despues de un detenido exámen de sus hechos y de haber aprobado los milagros que obró en vida y muerte, le colocó en el catálogo de los Santos.

---

(1) Montor. Vid. de Gregor. XI. Puede verse sobre esto á Lambertini, de Festin. B. Mar. Virg., parte 2.ª, n.° 181 y 182.

En el pais de Tolosa habia todavía algunos herejes de la secta de los Albigenses, y en las provincias inmediatas no dejaban de causar algunas perturbaciones los Waldenses y los pobres de Lion, al tiempo que en Flandes existian los Begardos, llamados los Turlupinos, que eran una especie de maniqueos, que bajo pretexto de que la naturaleza es obra de Dios tenian por principio que no debíamos avergonzarnos de ninguna cosa natural. Así pues, despreciaban todas las leyes del pudor y se abandonaban á las mas vergonzosas acciones. No podia darse una secta mas apropósito para destruir todo principio de moral. Gregorio que tuvo conocimiento de esta secta escribió al rey Cárlos V, á fin de que se valiese de su poder para contener sus progresos. El rey, cumpliendo la voluntad manifestada por el Pontífice, persiguió terriblemente á aquellos sectarios, haciendo morir en una hoguera á una mujer llamada Juana de Aubenton, que era la que más contribuia á sostener la herejía. Un cómplice de esta infame mujer murió en la prision, pero su cadáver fué despues arrojado á la hoguera. El rigor de estos castigos hizo contener la audacia de aquellos sectarios, sin embargo de no haberse exterminado por completo, pues que muchos años despues, los turlupinos turbaron algunos otros estados.

Los herejes del Delfinado, patarenos ó Waldenses no recibieron castigos tan rigorosos, por lo cual estas sectas, léjos de terminar se aumentaron de un modo considerable. El Papa se quejó al rey de que sus ministros no trabajasen con asiduidad y empeño á exterminar por completo unas sectas que hacian debilitar la fe, suplicándole hiciese cuanto estuviese de su parte, á fin de alcanzar el remedio á aquellos males.

Con fecha 29 de mayo de 1375 Gregorio XI publicó una constitucion por la cual obligaba á los prelados á residir en sus respectivas diócesis, mandando tambien salir de Aviñon para que se restituyesen á sus iglesias ó monasterios, en el término de dos meses, á los abades y demás superiores monásticos, exceptuando de esta ley á los cuatro patriarcas titulares de las iglesias de Oriente, á los cardenales, á los legados, á los nuncios y á los demás empleados de la corte romana. Esta disposicion del papa Gregorio dió lugar á un incidente que dió por resultado la realizacion de lo que con tanto anhelo deseaban todos los buenos católicos. Cumplido el plazo que el Papa habia señalado para que los obispos se restituyesen á sus respectivas diócesis, encontró un dia á un obispo extranjero al cual le dijo:—¿Qué haceis aquí? porque no vais á la Iglesia que debeis amar como esposa vuestra. El prelado sin turbarse, y usando de libertad,

le respondió: ¿Y vos Padre Santo, porqué no os vais con vuestra esposa infinitamente mas agraciada y mas ilustre que la mia? (1) Gregorio que ya tenia formado el propósito de trasladar á Roma la Silla pontificia, se confirmó en tan buena idea y si no lo hizo en el momento por el deseo que tenia de reconciliar á los reyes de Francia á Inglaterra, determinó verificar la traslacion al año siguiente, cualquiera que fuese el resultado de sus esfuerzos hechos con aquel objeto.

Por este mismo tiempo Gregorio recibió una embajada de los romanos, los cuales le declararon que estaban decididos á todo trance á tener el Papa consigo, que él era el romano Pontífice y que si se negaba á volver á su silla natural, ellos habian dispuesto elegir un papa que no les abandonase. En efecto, estaba próximo á sobrevenir un grave escándalo; pues que los romanos habian fijado ya su vista en el abad de Monte-Casino para hacerle anti-papa, y él habia aceptado las proposiciones que le habian hecho.

A vista de estas alarmantes noticias, el Papa apresuró los preparativos de su viaje, y reuniendo á los cardenales les manifestó la proximidad de su marcha. Los franceses que eran miembros del sacro colegio, se afligieron en gran manera con esta noticia y el rey Cárlos V, á quien no afligió menos y que conocia las grandes ventajas que reportaban á su reino de tener dentro de él al Sumo Pontífice, hizo que su hermano Luis, duque de Anjou, pasase á Aviñon con encargo de hacer todos los esfuerzos posibles para detener la marcha del Pontífice. Cumpliendo el duque las órdenes de su hermano, manifestó á Gregorio que la tal partida alarmaba al rey y que él se exponia á correr graves peligros en la ingrata Roma, que no sabia dar por mucho tiempo una agradable residencia al Papa.

Gregorio fue inflexible y respondió que nadie le haria faltar á su palabra y que ningun poder humano le haria revocar la promesa que habia hecho á Dios. Santa Catalina de Sena y Santa Brígida, no cesaban por su parte de hacer presente al papa la necesidad de su regreso á Roma.

El rey de Castilla sintió tambien la resolucion tomada por Gregorio que á causa de su proximidad le alentaba para perseguir á los sarracenos. Así pues en una expresiva carta le manifestó el disgusto que le causaba su partida. El Papa le respondió que habiendo considerado delante de Dios la utilidad que reportaba á la Iglesia la vuelta de la autoridad de la

(1) Vit. Pap. T. 1.° pág. 479.

Santa Sede á Roma se creia en la necesidad de cumplirlo, pero que á pesar de todo, llevaba en su corazon la memoria del rey y de sus súbditos. Al propio tiempo, ofreció todas las gracias apostólicas que podia conceder.

El dia 13 de Setiembre de 1376 salió el Papa de Aviñon acompañado de la mayor parte de los cardenales, pues que tan solamente quedaron seis en Francia. Dirigióse á Marsella, donde se embarcó en las galeras que habian sido enviadas desde Italia, y despues de haber padecido grandes tempestades arribó á Corneto, y el 17 de Enero de 1377 llegó á Roma, en cuya capital no ha dejado desde aquella época de permanecer el Papa. Hizo su entrada á caballo acompañado de trece cardenales y rodeado de un gentío inmenso que le aclamaba sin saber de que modo manifestar la alegría que les causaba el regreso del Sumo Pontífice, el cual no llegó hasta la noche á la iglesia de San Pedro, la que se hallaba iluminada interior y exteriormente, con mas de ocho mil luces (1).

Los magistrados de Roma (2) acogieron á su soberano con las más grandes demostraciones de respeto, alegría y enternecimiento. Todos los corazones rebosaban en las más dulces espansiones, ¿y cómo no cuando Gregorio devolvia á la afligida ciudad de Roma la Silla apostólica que habia estado establecida en Aviñon durante setenta y un años, siete meses y once dias, es decir, desde el 5 de Junio de 1305, dia en que Clemente V fijó su residencia oficialmente, hasta el 17 de Enero de 1377 en que Gregorio XI entró en Roma? Digno es este ilustre pontífice de las alabanzas de la posteridad, porque sin atender á respetos humanos de ninguna clase supo obrar con energía, realizando la traslacion que exigian el bien y la utilidad de la Iglesia católica, y por la que habian suspirado no solamente los romanos, sino que tambien los fieles de todas las localidades á excepcion de los franceses interesados en retener en su reino al Vicario de Jesucristo.

Apénas el Sumo Pontífice habia descansado de las fatigas de su viaje, dedicó uno de sus primeros cuidados á ocuparse de la herejía de Wiclef, doctor en teología y cura párroco de Lutervolt, en la diócesis de Linsoln, el cual sostenia proposiciones contrarias á la fe católica. Las proposiciones de Wiclef en número de diez y nueve son todas ellas muy oscuras. Las principales son estas: «Si hay un Dios, los señores tempora-

(1) Itiner. ap. Bzov. núm. 31.
(2) Novaes, IV, 208.

les pueden legítimamente y deben, pena de condenacion quitar á una iglesia culpable los bienes de fortuna. Nadie puede ser excomulgado si no se excomulga ántes á sí mismo. Los pastores ni aun el mismo Papa, no atan ni desatan sino cuando se conforman con las ideas evangélicas. Es de fe que todo sacerdote tiene potestad para conferir todos los sacramentos y por consiguiente para absolver de cualquier pecado á los fieles que están verdaderamente arrepentidos. Todo eclesiástico y aun el mismo Papa puede ser legítimamente reprendido y acusado por sus súbditos aunque sean meramente legos.» A primera vista, dice un escritor, parecerá que este último artículo no es muy digno de censura; pero comparándole con los otros se advertirán en él los mismos principios de cisma, y el mismo trastorno del órden querárgico (1).

El Papa escribió al arzobispo de Cantorberi y al obispo de Londres en estos términos: «Hemos sabido con dolor que Juan Wiclef, doctor en teología y cura de Lutervolt, en la diócesis de Lincoln, sostiene y predica públicamente algunas proposiciones falsas y erróneas, de las cuales algunas se parecen á las de Marsili de Padua y de Juan de Jandun, de los *fraticelli* y de otros, condenadas por nuestros antecesores. Debeis avergonzaros y tener remordimientos de conciencia por haber tolerado hasta aquí tales errores: es por ello que os ordenamos os informeis si es cierto que Wiclef haya sostenido las proposiciones de que os remitimos copia.» Ya veremos en el siguiente capítulo cuan inútiles fueron las diligencias practicadas á fin de que el orgulloso doctor se retractase de sus errores.

(1) Bercastel. Libr. XLV, núm. 77.



CAPITULO XIV.

Muerte del rey Eduardo III.—El Papa se retira á Anagni.—Precauciones que toma para impedir que la Silla apostólica vuelva á Aviñon.—Muerte de Gregorio XI.—Carácter de este Pontífice.—Estado de los ánimos en Roma á la muerte del papa Gregorio XI.—Eleccion de Urbano VI.—Sus imprudencias.—Retiro de los cardenales.—Sus declaraciones.—Deponen á Urbano VI.—Principio del gran cisma de Occidente.—Eleccion del antipapa Clemente VII.—Luchas de partidos.

Cuando se hacian las diligencias oportunas á fin de que Wiclef se retractase de sus errores, lo que no pudo conseguirse, pues que él trataba de justificarse con explicaciones artificiosas y ambiguas, ocurrió la muerte del rey Eduardo III, suceso que tuvo lugar el 21 de Junio de 1377, despues de un reinado de cerca de cincuenta y un años, siendo su sucesor Ricardo II, hijo de Eduardo, príncipe de Gales, muerto en el año anterior. Contaba Ricardo la edad de once años, y fue coronado en Westminster el 16 de Julio, reinando bajo la direccion de Juan, duque de Lancáster, su tio, el cual así como Enrique Percy que era mariscal del reino, fueron los protectores y sostenedores de Wiclef.

El Papa que aun no habia llegado á la edad de cuarenta y siete años, pero que era de una complexion muy delicada y que sufria mucho á causa del mal de piedra que padecia, se agravó á principios de Febrero de 1378, y queriendo huir del clima poco saludable del Vaticano, se retiró con toda su corte á Anagni, fijando allí su residencia hasta fin de Noviembre de dicho año.

Como quiera que los cardenales franceses atormentaban continuamente al Papa á fin de que trasladase de nuevo la Santa Sede á Francia, quiso tomar ántes de morir algunas providencias que tenian por objeto el que no se realizase aquel proyecto, y conservar la tranquilidad de la

Iglesia. Creyendo que lo mas seguro era acelerar la eleccion del nuevo Papa para quitar á los franceses el tiempo de combinar sus proyectos, expidió una bula, entre cuyas importantes disposiciones se encuentra la siguiente: «A la muerte del Pontífice, los cardenales que se encuentren en Roma ó su mayoría, podrán sin llamar ni esperar á los ausentes, escojer un lugar en Roma ó fuera de ella, para reunirse en cónclave.» En virtud de esta disposicion no habia necesidad de conformarse á la ley que exige las dos terceras partes de votos, sino que era permitido elegir á la mayoría relativa, es decir que si habia trece cardenales eran suficientes siete votos. Por esta sola vez era válida la eleccion, y cualquiera que fuese elegido de este modo, aun cuando existiese una minoría bastante fuerte, seria el verdadero Pontífice. La bula es del dia 19 de Marzo, y el Papa murió el 28 del mismo mes en el año 1378, despues de haber gobernado la Santa Sede siete años, dos meses y veinte y ocho dias, entre Aviñon y Roma.

Convienen todos los escritores en que el papa Gregorio XI fué de carácter afable, de excelente doctrina y sólida piedad, muy caritativo para con los pobres y muy amante de los literatos, á los cuales protegió siempre con la mayor liberalidad.

«Gregorio, dice Bercastel, fué el séptimo y último Pontífice que la Iglesia de Francia en el trascurso de mas de setenta años, dió consecutivamente á la Iglesia universal. Aunque distinguidos sin excepcion por su talento y doctrina, el mayor número de ellos por la santidad de su vida y aun algunos por haber tenido el don de hacer milagros, sus nombres no son muy recomendables para la Iglesia Romana, que les ha hecho responsables de desórdenes funestos y de la desolacion que ha sufrido durante mas de un siglo... La extraña traslacion de la Silla apostólica á Francia, es un hecho que por sí solo imprime á su nacion una mancha, un borron que el brillo de todos sus talentos, unido á muchas virtudes no ha podido borrar, y que al curso de tantos siglos tampoco le ha sido dable debilitar.» Toma acta de este razonamiento el distinguido historiador Novaes y dice: «Así habla de nuestros tiempos un francés, que imputa en sus compatricios, así como en los italianos una ciega parcialidad, cuando tratan esta cuestion. Este francés, sosteniéndose entre ambos partidos, deja no obstante conocer cuan digna de vituperio es la traslacion de la cátedra de Pedro á Aviñon, privando de este derecho al lugar propio por tantos títulos, en favor de un sitio que por tantas razones no convenia.» La verdad se abre siempre paso por medio de los

errores. Ya hemos visto en otra ocasion como Bercastel ha tratado de disculpar el hecho de la traslacion de la Silla apostólica á Aviñon, lo que ahora, pensando de un modo el más juicioso, no puede menos de reconocer vituperable.

Pocas líneas añadirémos al exámen de esta cuestion tan importante y tan detenidamente tratada por escritores de la mayor nota. Tan sólo dirémos que Clemente V, sacando de su verdadero centro la cátedra pontificia, dió un ejemplo que produjo las más tristes y lamentables consecuencias y males de gran tamaño: pero sus sucesores debian haber procurado con más empeño que lo hicieron, volver las cosas á su antiguo estado; debian mas vivamente haber reclamado su patria, pues todo Pontífice, sea cualquiera el pais donde haya nacido, se hace romano, dice muy oportunamente el historiador de la vida de los Papas, el dia de su consagracion. Ciertamente el cisma funestísimo para la Iglesia del que vamos á ocuparnos al historiar el siguiente pontificado, no hubiera sobrevenido de no haberse verificado la desdichada traslacion. Conste pues, que á un papa francés se debieron tantas desdichas. Gregorio XI reparó en cuanto pudo los males en que habia tenido una parte, manifestando un teson digno de alabanza en su deseo de restituir la Santa Sede á Roma, lo que como hemos visto consiguió, á pesar de los esfuerzos hechos por los soberanos franceses. Si algo puede tacharse en este Pontífice es el demasiado amor que profesó á sus parientes; sin embargo, es necesario tener en cuenta que no quiso engrandecerlos mas de lo que lo habian sido por su tio Clemente VI. Acerca de esto el padre Berthier en la historia eclesiástica de Francia se expresa de este modo: «Este papa tuvo constantemente consigo á su padre, hermanos y sobrinos, y á instancias de ellos, dispensó gracias que no fueron siempre concedidas con discernimiento.»

Fue Gregorio enterrado en la Iglesia de Santa María la Nueva, qué era su antiguo título y que vulgarmente es conocida con el nombre de Santa Francisca Romana.

En 1584 el senado romano hizo colocar en su tumba un epitafio, que el padre Jacob copia en su Biblioteca pontificia, y tambien se encuentra en las *Vidas de los papas de Aviñon.*

Por muerte del papa Gregorio XI el solio pontificio estuvo vacante once dias.

El 7 de Abril se reunieron en cónclave diez y seis cardenales de veinte y tres de que constaba el sacro colegio. De los asistentes cuatro

eran italianos, once franceses y uno español: seis habian quedado en Aviñon y uno se encontraba de legado en Florencia. Apénas se habian reunido un *caporione* (jefe de cuartel) de los *bandercsi*, que gobernaban las divisiones municipales de Roma, se presentó para hablar á los cardenales de parte de los romanos, suplicándoles que eligiesen un papa italiano y si era posible romano, á fin de que la Silla de San Pedro quedase segura en Roma, al tiempo mismo que el pueblo desde afuera con gritos y amenazas hacia la misma peticion. El cardenal de Glandeve contestó que elegirian un hombre digno y propio para gobernar bien á la Iglesia, con lo cual el *caporione* se despidió con estas expresiones de amenaza: «Quiera Dios que nos lo deis romano, pues de lo contrario os arrepentireis.» La eleccion no se hizo esperar, pues que de acuerdo los cardenales eligieron á Bartolomé de Prignano, descendiente de una ilustre familia de Nápoles y arzobispo que era de Bari. Dice Bercastel que le eligieron ya fuese sériamente ó con ficcion: pero estas palabras debemos rechazarlas, toda vez que la eleccion fue enteramente libre y exenta de violencias, como manifestaron los diez y seis cardenales en la carta que escribieron á sus compañeros que habian quedado en Aviñon, carta que puede leerse en la obra citada anteriormente, *Vidas de los papas de Aviñon*. El electo no era cardenal: enviáronle á buscar á Roma á donde habia ido algunos dias ántes, prestó su consentimiento, fue entronizado y tomó el nombre de

URBANO VI, habiendo sido coronado el 18 del mes de Abril de 1378 con todas las ceremonias acostumbradas. Urbano VI, ó Bartolomé Prignano, dice un escritor, hubiera sido reputado por el hombre más digno de sentarse en la Sede de San Pedro, si nunca la hubiera ocupado. Ya veremos con cuanta razon fueron escritas las anteriores palabras.

Pertenecia el nuevo Pontífice como hemos dicho, á una familia muy distinguida, se hallaba muy versado en la ciencia del derecho canónico, siendo muy generales sus conocimientos en las demás ciencias, y se habia hecho notable por su acreditada probidad, por su modestia, piedad y caridad para con los desvalidos, así como por la austeridad de su vida, siendo muy contínuos y rigorosos sus ayunos (1), durante el tiempo en que habia ocupado las Sillas episcopales de Cirenza y de Bari. Su celo tal vez indiscreto, y su carácter que le hacia no querer tolerar obstáculos á su voluntad, le puso en peligro de ser desbordado de la Silla apos-

(1) Niem. lib. 1, cap. 4.

tólica, dando lugar á un cisma que afligió á la Iglesia por espacio de cincuenta años, si bien no hemos de perder de vista que la primera causa del cisma fue indudablemente la desdichada traslacion de la Santa Sede, de que nos hemos ocupado.

Apénas habian trascurrido dos meses de la exaltacion de Urbano VI á la Silla pontificia, apercibiéronse los cardenales de que los trataba con poco miramiento, seguramente porque deseaba corregir abusos. Al mismo tiempo no marchaban acordes sobre una cuestion de la más grande importancia. La mayor parte de los cardenales manifestaban sus grandes deseos de regresar á Aviñon, y Urbano ni aun permitia que se hablase de semejante asunto. A mediados de Mayo, los cardenales ultramontanos, esto es, los franceses y el español D. Pedro de Luna, se retiraron á la ciudad de Anagni, pretextando los excesivos calores de Roma. Con ellos marchó tambien el cardenal de Amiens, reuniéndose hasta trece y á más los prelados de la corte romana que eran de su partido. Contábase entre estos últimos el camarlengo de la Iglesia romana, hermano del cardenal de Limojes, el cual se llevó consigo los ornamentos de la capilla pontificia, que estaban á su cuidado, lo que hace presumir que cuando los cardenales salieron de Roma, tenian formada ya la resolucion de elegir nuevo Papa. Esto no obstante, hasta el mes de Julio trataron á Urbano como legítimo Pontífice, nombrándole en todas las misas y dirigiéndose á él en todos los asuntos de penitenciaría. Urbano entre tanto se habia dirigido á Tívoli, para pasar el verano con el corto número de cardenales italianos.

No dejó de sospechar el Papa la trama que contra él se urdia, en lo que le confirmó más que nada, la fuga del camarlengo con los ornamentos pontificios, por cuyo motivo trató de mudar de conducta, mostrándose arrepentido del trato que hasta entónces habia dado á los cardenales, pero ya era tarde. Habian prevalecido los malos consejos y los cardenales que de él se habian separado, logrando conciliarse el favor de los príncipes y muy especialmente la proteccion del rey de Francia, no solamente denunciaron las violencias que el Papa habia ejercido contra ellos, sino que á más tuvieron el atrevimiento de deponerle del Pontificado, sin recordar que como ántes digimos, le habian elegido libremente y sin ninguna clase de violencia. Como un abismo conduce á otro, segun frase de la Escritura, aquellos cardenales no tuvieron ya sentimiento alguno de moderacion; pasáronse á Fondi, ciudad sujeta al conde Honorio Gaetani, que se halla á poca distancia de Gaeta, con el permi-

so de la reina Juana, que pretendia tener tambien algunas quejas contra Urbano. Allí consiguieron atraer á su partido á otros tres cardenales italianos, lo que elevó el número á quince, y el dia 20 de Setiembre eligieron á Roberto de Ginebra, de cuyo anti-papa nos ocuparemos más adelante.

Para que se vea cuan criminales fueron estos cardenales que depusieron á Urbano, consignaremos algunos documentos que prueban suficientemente cuan convencidos se habian hallado siempre de la legitimidad de su eleccion, y que sólo el ódio pudo arrastrarlos á ser fautores de un cisma.

Sabiendo el cardenal de Limojes que su hermano, el camarlengo, pedia al obispo de Cassano le digese si el arzobispo de Bari era legítimo Pontífice, habia contestado tomando el misal: «Juro por estos Santos Evangelios, que Mons. de Bari, es verdaderamente Papa, elegido unánimemente por todos nosotros, lo mismo que San Pedro ha sido verdadero Papa y Vicario de Jesucristo.»

En la misma ocasion, habiendo sido preguntado D. Pedro de Luna, español, que como veremos fue tambien anti-papa, contestó: «Juro y creo que despues de San Pedro hasta hoy, no ha habido Papa más verdadero en la Iglesia de Dios, ni más legítima y unánimemente elegido ántes que entrásemos y despues de haber entrado en cónclave.»

Además de la carta que digimos habian dirigido los cardenales electores á los que habian quedado en Aviñon, existen otras, entre ellas algunas del cardenal de Ginebra, tambien anti-papa, que aseguran y afirman la legitimidad de la eleccion del papa Urbano. ¿Cómo se comprende que despues de tantas pruebas y afirmaciones persistiesen en la deposicion que habian acordado, empezando de este modo el más largo y pernicioso cisma de la Iglesia occidental, que duró desde la época de que nos ocupamos hasta el 26 de Julio de 1426, en cuyo dia, como veremos el anti-papa Clemente VIII se sometió al verdadero Vicario de Jesucristo, Martin V? Podemos confirmar lo que una vez hemos dicho, á saber: que el ódio y la mala fe les impulsó para llevar á cabo aquella obra de destruccion.

Bien pronto empezaron á experimentarse las tristes consecuencias del cisma, pues que los fieles no sabian á cual de los dos que se titulaban jefes de la Iglesia debian obedecer, reconociéndole como verdadero Pontífice. Los derechos de uno y otro eran defendidos por personas las más notables en sabiduría y en virtudes. Santa Catalina de Sena, célebre

ya en aquella época por sus milagros; Pedro, infante de Aragon, religioso franciscano, honrado con el don de profecía; Alfonso, obispo español, que habia renunciado la mitra para abrazar la vida solitaria, y otros muchos defendian el partido de Urbano: empero San Vicente Ferrer, oráculo de la España, y cuya fama era universal, y Pedro de Luxemburgo, modelo de santos prelados, sostenian el partido de Roberto de Ginebra, llamado Clemente VII.

«Obedecian al papa Urbano VI, la Italia, Inglaterra, Germania, Bohemia, Hungría, Polonia, Portugal, Dinamarca, Suecia, Noruega, Prusia y Frisia. Al contrario, Roberto, llamado Clemente VII, era reconocido por la Francia, España, Escocia, Chipre, Sicilia, Nápoles y muchas otras provincias, que cambiaban de obediencia cuando creian les era conveniente; otros se mantuvieron neutrales hasta que un concilio diera su decision (1).»

En pocos años hizo el anti-papa Roberto tres promociones de cardenales, una de seis, otra de nueve y otra de ocho, en su mayoría poco dignos de tal honor, á excepcion de Pedro de Luxemburgo, que á la calidad de príncipe, reunia la de gran santo, y que si aceptó la púrpura, fue en la creencia errónea de que el que se la concedia era la verdadera Cabeza de la Iglesia.

El papa Urbano que habia regresado de Tívoli á Roma, escoltado por las tropas de la reina Juana, que no tardaron en declarársele contrarias, hizo tambien una promocion de veinte y seis cardenales, pues aunque habia designado veinte y nueve, tres no quisieron admitir la púrpura.

En 6 de Noviembre de 1378 el Papa depuso de la púrpura y de todos sus honores y beneficios eclesiásticos al anti-papa Clemente VII, fulminando tambien sus anatemas contra todos los principales autores del cisma.

Como es natural, hubo grandes luchas entre los dos partidos. Segun los autores contemporáneos, los clementinos perseguian sin trégua ni descanso á los prelados, á los sacerdotes y á las demás personas eclesiásticas del partido de Urbano VI, llegando al extremo de maltratarlos sin piedad y hasta quitarles la vida (2). Urbano por su parte se mostró con más moderacion. Pero lo que es más lamentable, algunos eclesiás-

(1) Artaud de Montor. Vid. de Urbano VI.
(2) Vit. Pap. tom. I, pág. 496; Niem. cap 19.

ticos impulsados por la codicia, variaban de obediencia, siguiendo el partido de aquel que les concedia más pingües beneficios. De todo esto provino la desmoralizacion más escandalosa, la depravacion de las costumbres, y contínuas discordias que daban por resultado la multiplicacion de todo género de delitos.

En medio de todo esto, habia muchos cristianos que seguian el espíritu del Evangelio tanto en el uno como en el otro partido, sin que pueda decirse que cayeron en el cisma, por más que obedeciesen á Clemente, toda vez que como hemos ya dicho, tenia á su favor hombres muy hábiles y que gozaban de gran reputacion por sus virtudes.

El cisma no hubiese pasado adelante, y ántes por el contrario, hubiera terminado en esta época, si la reina Juana no hubiera protegido á Clemente dándole un asilo: empero si bien gozaba de esta proteccion, los napolitanos casi en la generalidad, eran afectos á Urbano. Así pues, no creyéndose seguro el anti-papa en Nápoles, á donde se habia retirado, y disgustado del mal recibimiento que habia tenido, se retiró al castillo del Huevo, donde permaneció poco tiempo, pues determinó pasar á Aviñon al saber que Urbano habia publicado una cruzada contra él con la indulgencia de la Tierra Santa. Una vez Clemente en Aviñon, el cisma que allí habia nacido adquirió nuevas fuerzas y colosales proporciones.



CAPITULO XV.

Muerte del rey Cárlos V.—El Papa depone á la reina Juana.—Trájica muerte de esta princesa.—Desgracias de Cárlos de Anjou.—Su muerte.—Progresos de los wiclefistas.—Concilio de Londres.—Indisposicion del Papa Urbano con Cárlos de la Paz.—Prision de seis cardenales.—Sobresaltos de Urbano VI en Nocera.—Debe su libertad á Raimundo de Beaucer.—Muerte del Papa Urbano.—Bonifacio IX, papa.—El falso patriarca de Constantinopla.

En el año 1380 á 16 de Setiembre ocurrió la muerte del rey Cárlos V de Francia, que segun dicen los historiadores, se habia ido consumiendo á consecuencia de un veneno que le habia dado el rey de Navarra. Tenia entonces la edad de cuarenta y cuatro años, y durante el tiempo que ocupó el trono habia dado á sus subditos los más nobles ejemplos de virtud habiendo sido uno de los monarcas más religiosos y más sabios Siempre habia vivido sumiso al Sumo Pontífice, y si es verdad que habia reconocido al antipapa Clemente, trató de justificarse antes de presentarse en el tribunal de Dios. Manifestó que ningun interés humano le habia movido á decidirse á favor de él, sino el parecer de algunos cardenales y de los hombres más sabios de su reino, los cuales habian examinado el asunto con toda madurez, y despues añadió esta protesta: «No obstante, en caso de que me haya engañado, lo que ni creí entonces ni creo ahora, protesto para mayor seguridad que me refiero á la decision de la Iglesia universal, ya sea que se explique en un concilio general ó ya de cualquiera otra manera (1).»

Urbano en 1381 declaró solemnemente á Cárlos de la Paz rey de Nápoles, con la condicion de ceder al sobrino del Pontífice el principado de Cápua, el ducado de Amalfi y otras grandes posesiones, hecho que será

(1) Ursin. p. 1; Rain. ann. 1380.

debidamente apreciado si se tiene presente que el reino dependia de la Santa Sede, por lo que Urbano tenia al menos el título de soberano feudal para poder hacer tal peticion.

El Papa habia mandado instruir un proceso contra Juana, reina de Nápoles, declarándola cismatica, hereje y culpable de lesa magestad, por la proteccion que dispensaba á los cismaticos. Depúsola del reino que tenia en feudo de la Santa Sede, llamando á la posesion de los estados á Cárlos Durazzo, principe de Hungría, hijo del conde de Gaeta, y que á la sazon era general al servicio de Luis, rey de Hungría, el pariente más cercano de la reina Juana.

Nápoles se habia rebelado contra la reina, por lo que inmediatamente abrió las puertas á Cárlos VI. El nuevo rey dejando á Juana encerrada en el castillo de Huevo y bien asegurada, partió contra el príncipe Oton, marido de la reina al que facilmente venció é hizo prisionero.

El duque de Anjou reunió un excelente ejército con el objeto de acudir en auxilio de Juana, pero los enemigos de esta que tuvieron conocimiento del hecho, entraron en la capilla del castillo donde la reina se hallaba entregada á la oracion, y sin respetar el lugar ni la dignidad de la persona le quitaron la vida ahogándola entre dos almohadas el dia 22 de Mayo de 1382, siendo este el primer paso dado por Cárlos en el camino de la paz, pues el fue el que dió la órden para que se llevase á efecto tan horroroso atentado.

Supo en seguida Cárlos de Anjou la trájica muerte de la reina Juana, é inmediatamente se hizo proclamar rey de Sicilia y de Jerusalen, y atendiendo unicamente á sus intereses, apartó sus cuidados de los de la religion, no ocupándose en la extincion del cisma. El Papa Urbano publicó una bula llena de anatemas contra el duque y los que se le habian asociado. Tambien fulminó anatemas contra el rey Juan I de Castilla, á causa de haberse declarado en favor de Clemente.

Grandes fueron las desgracias que afligieron á Cárlos. Declarada una epidemia que arrebataba innumerables víctimas al sepulcro, trajo en pos de si la plaga del hambre, que no pudo evitar el príncipe, no obstante haber vendido hasta su misma diadema. El mismo fue atacado de la enfermedad contagiosa y murió en la noche del 10 al 11 de Octubre de 1384 en Biselia, cerca de Bari. Asi terminó su vida aquel príncipe que no llegó á tener de rey más que el título: «arruinó la Francia, dice Bercastel, con este título que fue el gérmen de casi todas las guerras de Francia en Italia, y por último pereció en medio de los horrores de la

pobreza, no habiendo jamás cesado de acumular riquezas y no poseyendo en su última hora más que una cota de armas de indiana por única señal de dignidad real, con solo un vasito de plata.... Sin embargo, este principe y el antipapa Clemente se habian vendido recíprocamente al clero de Francia. Clemente concedia diezmos al duque de Anjou, que le dejaba tomar la mitad de los beneficios y vender la otra.» Sucedióle al duque de Anjou en su título de rey de Sicilia y en el condado de Provenza, su hijo mayor Luis que tenia entonces la edad de siete años, y bajo la direccion de su madre María de Bretaña.

De que el anti-papa Clemente fuese reconocido en España, tuvo la mayor parte de culpa el cardenal Pedro de Luna, que era su legado. Como hubiese opiniones encontradas, celebróse un concilio en Medina del Campo, cuya primera sesion tuvo lugar el 23 de Noviembre de 1380 y la última el 19 de Mayo del año siguiente. Fue celebrado en presencia de Juan I, rey de Castilla, y el dicho cardenal legado, hizo inclinar la balanza á favor de Clemente.

La herejía de Wiclef progresaba con la mayor rapidez siendo cada dia mayor el número de sus adeptos, y eso que el mismo Wiclef habia añadido nuevas proposiciones escandalosas sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Tanto ó más daño que él causaba su discípulo Juan Vallee, el cual sin autorizacion de ninguna clase corria de pueblo en pueblo, predicando principalmente los domingos, en cuyo dia se ponia á las puertas de la iglesia cuando salia la gente de misa mayor, reuniendo de este modo numerosos auditorios. Varias veces fue preso y otras tantas puesto en libertad, pues que los prelados temian las iras populares, toda vez que la mayoría estaba siempre en favor de estos criminales que halagaban las pasiones, concitándoles contra los señores así eclesiásticos como seculares. La doctrina que con tan funesto celo predicaba este furioso wiclefista se dirigia principalmente á la subversion de la sociedad civil. La mas completa anarquía hubiese sido el resultado del triunfo de sus enseñanzas. «Este es el tiempo, decia Juan, al terminar sus declamaciones contra las potestades de la tierra; este es el momento en que si quereis, podeis sacudir el yugo de toda independencia. Ánimo, pues, y no perdais la oportuna ocasion que se os presenta. Deshaceos desde luego de los principales señores del reino, y despues de las justicias y demás magistrados; en una palabra, de todos los que pueden perjudicar al órden popular: librad de ellos al pais, para que podais vivir en paz, y de este modo sereis todos iguales en libertad, en

poder y en nobleza (1).» Estas ideas que como decíamos halagan siempre las pasiones, encuentran en seguida partidarios, principalmente entre las clases ínfimas de la sociedad, que no conocen que los pueblos no pueden existir sin autoridades que hagan observar las leyes, administrando justicia y velando por la seguridad individual. Como no podia menos de suceder, la enseñanza de Juan Vallee, fueron causa de una espantosa revolucion que se inició en la provincia de Essex, donde las masas populares empezaron á aclamar al mismo Juan por arzobispo, y canciller del reino, clamando al mismo tiempo que era necesario cortar la cabeza al que entónces obtenia dicha dignidad.

Cinco mil hombres armados unos de espadas y otros de palos, se dirigieron á Londres sembrando por los pueblos y aldeas por donde pasaban, la desolacion y el espanto engrosando sus filas, de suerte, que cuando llegaron á la ciudad, componian ya el número de doscientos mil. Lleno de temor, el rey se retiró á una torre con el arzobispo de Cantorberi, y el gran prior de los hospitalarios, al que tambien odiaba la plebe, y que desempeñaba el cargo de tesorero general del reino. Pronto supieron el lugar donde se habian retirado, y penetrando en la torre, asesinaron bárbaramente al arzobispo y al prior, y poniendo las cabezas en dos picas las pasearon por las calles en medio de una gritería espantosa.

Es indudable, y séanos permitido este corto desahogo, que los pueblos que se entregan á una anarquía tan espantosa, que sin temor á Dios ni respeto á las leyes conculcan de tal modo todo principio religioso, llevan su merecido castigo de la Providencia. Ya veremos dos siglos despues apagarse por completo en Inglaterra la luz brillante de la fe, que buscará nuevos paises donde resplandecer y ser más estimada. Dios que gobierna el universo en peso, número y medida da á los pueblos la Religion y los gobiernos que merecen. La fidelidad la recompensa con beneficios, al par que la ingratitud con calamidades sin cuento. ¡Desgraciados los hombres que creyéndose suficientes por sí mismos, rechasen á Dios del seno de sus asambleas!

Continuemos nuestra narracion.

El rey que veia en peligro su vida, pues no creia respetarian su persona, los que habian asesinado al arzobispo y al tesorero, prometió á los revoltosos todo cuanto ellos quisieron pedirle, mas despues castigó con

---

(1) Vals. pág. 373; Froiss. vol. 2, cap. 71.

rigor á muchos de ellos, y Juan que creia sentarse en la Silla arzobispal, recibió aunque reservadamente el castigo á que se habia hecho acreedor por el delito en que habia incurrido de alta traicion.

No por esto se extinguió el celo impío de los wiclefistas, pues que el año siguiente, tuvo necesidad Guillermo de Courtenai, que habia sido trasladado desde la Silla de Londres á la de Cantorberi, de reunir un concilio en 17 de Mayo (1382), en el cual hubo que denunciar muchos errores sostenidos por los sectarios de Wiclef. Asistieron á esta asamblea siete obispos, muchos doctores y bachilleres en teología y otros en derecho canónico y civil. Declaráronse diez proposiciones heréticas, y catorce erróneas, y el arzobispo obtuvo en seguida del rey Ricardo, para él y tres sufragáneos un poder para prender y encarcelar á cuantos enseñasen y sostuviesen sus errores (1). El decreto del rey es de 12 de Julio.

Casi por el mismo tiempo se celebró otro concilio en Oxford, por el mismo presidente, recibiéndose en él la abjuracion de muchos wiclefistas.

Las relaciones entre el papa Urbano y Cárlos de la Paz se agriaban de dia en dia, porque aquel príncipe no estrechaba á su competidor y tardaba demasiado en poner á Francisco Prignano en posesion de los ducados de Cápua y de Amalfi. El Papa se hallaba en Nocera. El rey y algunos cardenales tramaron una conjuracion, que tenia por objeto acusarle calumniosamente de hereje, quitarle la vida y elegir otro Papa. Informado Urbano del complot, hizo prender á seis de los cardenales, privándoles de su dignidad y de todos sus demás honores y beneficios, y pronunció la confiscacion de todos sus demás bienes. Asegúrase que el cardenal Tomás Orsini fue el que descubrió esta conspiracion. Los seis cardenales presos y depuestos por Urbano, fueron: Gentil de Sangro, Luis de Venise, Adan, Eston, Bartolomé, arzobispo de Génova, Juan Dovia, arzobispo de Corfú, y Marin del Giudice, arzobispo de Tarento. Todos ellos segun asegura Novaes, tuvieron que sufrir crueles tratamientos. Los conjurados que no estaban en poder del Papa le sitiaron en Nocera, donde él se defendia con obstinacion: pero al fin Urbano recibió inesperados socorros, siendo el que más le favoreció para lograr verse libre Raimundo de Beauce, de la casa de los Ursinos, que hasta entónces habia seguido el partido de Cárlos Anjou.

(1) Conc. tom. 11, pág. 2052.

No por esto terminaron los peligros y sobresaltos para el legítimo Pontífice, pues que los mismos franceses que le habian sacado del poder de los napolitanos, deliberaban sobre si deberian entregarle á Clemente, al que reconocian por verdadero Papa, á lo que se veian inclinados, creyendo que aquel les entregaria en cambio una crecida cantidad de dinero. La ambicion embota los buenos sentimientos y siempre ha formado los traidores.

El Papa se trasladó á Génova, llevando consigo á los cardenales cautivos. Algunos amigos de estos trataron de ponerlos en libertad, y con este objeto entraron de noche en el palacio del Papa en la creencia de que se les agregarian otros muchos para forzar la prision, pero no pudieron conseguir el objeto que se propusieran. Como despertasen los criados del Pontífice al ruido que hicieron, acudieron á tomar las armas, y acobardándose los conjurados, huyeron precipitadamente. Más tarde se descubrió otra conspiracion más infame, que tenia por objeto envenenar al Papa. Los infortunados cardenales fueron muertos en las prisiones de Génova, obteniendo tan sólo uno la vida y luego la libertad, por ruegos de Ricardo, rey de Inglaterra. Este cardenal era Eston, religioso tan respetable por su piedad y ciencia.

Por aquellos dias Juan Wiclef, primera causa de tantos horrores, llegó al término de su triste carrera (1). Dos años ántes, el 26 de Diciembre de 1385, estando predicando sus dogmas impíos en su parroquia de Lutervolt, habia sido acometido de apoplegía. Se le torció la boca repentinamente de un modo espantoso, apoderándose de su cabeza un temblor convulsivo, y perdiendo el uso de la palabra. Era el dia de la festividad de Santo Tomás de Cantorberi cuando fue acometido del accidente, y murió el último dia del año de 1397, festividad de San Silvestre, papa. «Esto, dice Bercastel, se miró como castigo de Dios, porque en las blasfemias que vomitaba con frecuencia contra los santos, habia injuriado muy particularmente á San Silvestre y á Santo Tomás, al uno como autor, y al otro como defensor de los derechos de la Iglesia que más desagradaban á aquel precursor de las reformas heréticas.» Varias obras dejó Juan de Wiclef, siendo una de ellas la version inglesa que hizo de toda la Sagrada Escritura, á propósito de lo cual decia un autor contemporáneo: «Por este medio es ahora la Eucaristía más familiar á

---

(1) Valsing. p. 520; Cav. app. p. 35.

las mujeres que ántes á los clérigos; y la perla evangélica, hollada por los puercos, es el juguete de la ignorancia y de la impiedad (1).»

El papa Urbano dejó á Génova, pasó á Luca, de allí á Perugia, á Tivoli, á Ferentino, y por último aceptó la generosa invitacion de algunos romanos y se dirigió á Roma.

Luego que hubo llegado á dicha ciudad, dispuso que el jubileo se redujera al espacio de 33 años, en memoria de los años que vivió Jesucristo entre los hombres, y mandó que se celebrase esta ceremonía el año 1390. Concedió perpétuamente 100 dias de indulgencia á todos los que acompañasen el Santo Viático desde la Iglesia á la casa del enfermo y vice-versa. Instituyó tambien la fiesta de la Visitacion de la Santísima Vírgen, con rito doble, el dia que sigue á la octava de San Juan Bautista; y por último decretó que pudiera celebrarse la fiesta del Santísimo Sacramento á pesar del entredicho.

Cuando este Pontífice gozaba en Roma de la tranquilidad que no habia encontrado en otras ciudades de Italia, y de la que tanto necesitaba su espíritu, fue envenenado (2), lo que le produjo vehementes dolores, y por último la muerte, que le acometió el 15 de Octubre de 1389 á la edad de 72 años, habiendo gobernado la Iglesia 11 años, 6 meses y 8 dias. Fue enterrado en el Vaticano.

He aqui el retrato de este Pontífice trazado por ta pluma de Artaud de Montor: «Urbano era de pequeña estatura y cargado de gordura, su cara morena tenia algo de severa: todos estan de acuerdo en que era un excelente escritor en las ciencias canónicas. Las calidades de su corazon pueden ser considerados bajo dos aspectos, siguiendo lo que nos dicen los autores contemporáneos. Antes de su Pontificado amaba la justicia y pureza de las palabras; aborrecía la simonía, se mostraba bienhechor de los buenos y rechazaba á los malos; protegía á los hombres de letras y amaba la soledad. Se le veia humilde, piadoso, modesto, dócil, sufrido en sus propias adversidades, y compasivo por las de los demás. Se pretende de que todas estas calidades (3) hayan desaparecido desde que ascendió al Pontificado, y que perdiendo tantas prendas, habia sido dominado por la imprudencia, aspereza y orgullo, cansado sobre todo por la facilidad con que escuchaba á los aduladores y malos consejeros. No

(1) Knigton, pág. 1611.
(2) Montor. Vid. de Urbano VI.—Bercastel niega lo del envenenamiento y atribuye su muerte á una caida.
(3) Thierry de Nien., lib. I, cap. 2.

ocultemos nada de la verdad. Urbano hubiera sido el más digno del pontificado si nunca hubiera sido Papa, y uno de los Pontífices más dignos de elogio si hubiera sido más amable, dócil, tranquilo, y menos apasionado para encumbrar á sus parientes, que por otra parte despues de su muerte, no pudieron gozar de todos los honores á que les habia elevado.»

La Santa Sede estuvo vacante 17 dias.

Daremos ahora algunas noticias acerca del anti-papa Roberto, llamado Clemente VII. Era hijo de Amadeo, conde de Ginebra, y de Matilde de Bolonia. Desde su nacimiento era cojo. Habia sido proto-notario de la Santa Sede, despues obispo de Terrovane, hoy Bolonia, y últimamente nombrado por Gregorio XI presbítero-cardenal de los Santos Apóstoles. Cuando fue nombrado Papa tenia la edad de 36 años. Luego que habia sido derrotado un ejército que habia enviado contra Urbano, se retiró á Splonata en las inmediaciones de Gaeta, y luego á Nápoles, por cuya reina fue recibido honrosamente. Mas como el pueblo napolitano no se mostrase favorable al papa intruso, éste se vió obligado á pasar á Aviñon, en cuya poblacion entró el 20 de Junio. Ya dijimos que esto contribuyó á fortalecer el cisma.

Despues de la muerte de Urbano VI, los doctores de la Sorbona proponen los medios de terminar el cisma, lo que disgustó sobremanera al anti-papa, el cual fue acometido de una apoplegía, de la que murió el 16 de Setiembre de 1393, despues de un gobierno cismático de 15 años, 11 meses y 28 dias. Fue enterrado en la catedral de Aviñon, de donde en 1401 fue trasladado al monasterio de los celestinos que él habia fundado.

Conviene no confundir á este anti-papa llamado Clemente VII, con otro Clemente VII verdadero Pontífice, que fue creado en 1523, así como al sucesor del cismático, que fue Benedicto XIII, que no ha de confundirse tampoco con el verdadero Pontífice del mismo nombre y número, que fue creado en 1724.

Por muerte del papa Urbano VI, fue elegido

Bonifacio IX, llamado ántes Pedro Tomazelli, el cual pertenecia á una familia pobre, pero noble de la ciudad de Nápoles, y oriundo de la familia de Cibo de Génova. Tuvo lugar su eleccion el 2 de Noviembre de 1389, por catorce cardenales partidarios del papa Urbano.

El 10 de Diciembre creó cuatro cardenales, dos napolitanos, un paduano y otro romano. Además restableció otros tres cardenales depuestos por su predecesor (Montor dice que fueron cuatro). Uno de ellos fue

Pileo de Prato, arzobispo de Ravena, el cual habia dejado á Urbano por Clemente, del que fue legado en Italia, y últimamente dejó á Clemente por Bonifacio. Esto dió ocasion á que por mofa se le nombrase el cardenal *de los tres capelos* (1).

Es curiosa por demás la historia del supuesto patriarca de Constantinopla, que refiere Bercastel tomando los datos de diferentes autores, y que vamos á reproducir á continuacion, tal cual la trae dicho escritor. Es de esta manera:

«En la exaltacion de Bonifacio al Pontificado, se dió libertad á los presos, segun costumbre. Hallóse entre ellos un impostor griego, á quien habia hecho prender Urbano (2). Era el tal griego un aventurero sin bienes ni hogar, que tenia toda la sagacidad y supercheria necesarias para alucinar. Habiéndose rodeado de alguna gente de su estofa, convino con ellos en que diria que era patriarca de Constantinopla, y le ayudarian á representar este papel en los paises extranjeros. Pasó desde luego á la isla de Chipre, cuyo rey sorprendido por el impostor, se hizo coronar por su mano y le regaló treinta mil florines de oro. A ejemplo del soberano acudieron todos á pedirle gracias, y especialmente beneficios eclesiásticos, los cuales concedia sin dificultad á cuantos tenian con que pagar aquellos títulos aéreos. Por este medio adquirió sumas considerables y se puso en estado de poder presentarse en los mayores teatros. Llegó pues á Roma, donde el papa Urbano hizo que le examinasen, y halló varias personas que sostuvieron en su presencia que aquel mismo año habian visto en Grecia al verdadero patriarca de Constantinopla. Con este convencimiento mandó Urbano que le prendiesen y confiscó su tesoro.

«Libre de la prision, que sólo le habia servido para hacerle más artificioso, marchó á Saboya, de cuyo conde sabia que era pariente del verdadero patriarca de Constantinopla. Se presentó allí como una persona emparentada con este príncipe, y despues de mostrarle una genealogía dispuesta segun sus designios, se quejó ágriamente del modo indigno con que le habia tratado Urbano, por haberle exhortado á que pusiese término á las calamidades de la Iglesia, dejando el Pontificado que retenia contra toda razon. El conde de Saboya, que era un celoso clementino, no vió ya en el impostor más que un pariente generoso y

(1) Vit. t. 1, pág. 542.
(2) J. Juv. p. 78: Labour, 1, 3, cap. 10.

un desgraciado ilustre. Le dió, pues, los criados y el tren correspondiente á su dignidad supuesta, y le envió al papa Clemente, recomendándole como príncipe emparentado con su casa, y como patriarca de Constantinopla. «Urbano (le dijo el griego astuto), me ha hecho padecer tantos trabajos en Roma, porque defendia yo vuestro partido, y le decia que estaba obligado en conciencia á reconoceros por Sumo Pontífice.» Deslumbrado Clemente con el nombre de patriarca de Constantinopla, que adoptaba su partido, ó esperando sacar del impostor grandes ventajas para dar mayor extension á su obediencia, le llenó de honores y le hizo grandes regalos; lo que preparó del modo más favorable su entrada en la capital de Francia, á donde se dirigió desde Aviñon. Envió el rey un acompañamiento numeroso de obispos para que le recibiesen, y fue su llegada un espectáculo público. Causó admiracion la magestad y magnificencia de sus ornamentos pontificales, el aparato de grandeza y la gravedad del impostor, no ménos que la singular piedad con que luego visitó las iglesias.

«No dejó de ir al célebre monasterio de San Dionisio, y de aplaudir la creencia de los monjes en favor de la antigüedad de su santo patron. «¡Qué fortuna, exclamó en un tono de entusiasmo, qué fortuna la de poseer el cuerpo del santo areopagita! Pero la Grecia es todavía depositaria de su ceñidor y de algunos libros escritos de su puño. Conviene que estas varias reliquias estén unidas en este asilo piadoso.» Y dirigiendo despues la palabra al abad: «Dadme, le dijo, dos religiosos que me acompañen hasta mi iglesia; y á pesar de la gloria que la resulta de poseer un tesoro tan precioso, yo me obligo á hacer que se les entregue. Bien podria yo añadir, que unos sacerdotes tan dignos no volverán aquí sin ser condecorados con alguna prelacía eminente.» Cualquiera de estos dos motivos era bastante poderoso por sí sólo. Le acompañaron los dos religiosos llenos de alegría, los llevó hasta la orilla del mar, se embarcó secretamente con todas sus riquezas, y dejó burlados á sus compañeros, pero sin persuadirse todavía estos de que era efectivo el engaño. Habiendo pasado los dos religiosos á Roma á informarse, aunque muy tarde, del supuesto patriarca, supieron allí lo que habia pasado con él en el pontificado precedente, y volvieron á Francia á templar su confusion con las de tantas personas ilustres que habian caido en el mismo lazo (1).»

(1) Bercastel, Lib. XLVII, n. 3.

El papa Bonifacio XI, hizo coronar rey de Nápoles á Ladislao, jóven de 17 años, por haber muerto su padre Cárlos III, que tambien se habia hecho nombrar rey de Francia. Entre tanto la nobleza de la ciudad, concedia toda su confianza á una magistratura compuesta de ocho miembros, é independiente de la corona. El partido contrario habia proclamado á Luis II, hijo de Luis de Anjou, bajo la regencia de su madre María. En consecuencia habia dos regentes y dos reyes menores, pero con igual grado de legitimidad. Ladislao por escritura pública formada en Gaeta, en 22 de Marzo de 1390, reconoció recibir en feudo de la Santa Sede aquel reino, y juró socorrer constantemente á la Santa Sede para ir contra el anti-papa y los *falsos cardenales*. Además se renovaron los pactos firmados por su padre Cárlos, revocando las donaciones hechas al ávido Prignani, sobrino de Urbano (1).

(1) Montor. Vida de Urbano VI.

CAPITULO XVI.

Cargo de codicia simoníaca atribuida á Bonifacio IX.—Orígen de las annatas (Nota).—Escandalosos abusos de Clemente VII.—Ursulina de Parma.—Muerte de Clemente VII.—Eleccion del anti-papa Benedicto XIII.—Su carácter.—Atrae á San Vicente Ferrer.—Concilio nacional en Paris.—Augusta embajada enviada por al rey de Francia á Benedicto XIII.

Tierri de Niem, autor que hemos citado varias veces, hace al papa Bonifacio IX un cargo terrible, en cuya narracion se detiene Bercastel, aunque con referencia al mismo escritor, al que á veces miramos con prevencion por no creerle muy imparcial. Dice que los oficiales de Bonifacio vendian simoniacamente los beneficios, aun viviendo los que estaban en posesion de ellos, y que no cesaban de cruzarse correos por toda Italia para informarse de si se hallaban enfermos algunos poseedores de beneficios de pingües rentas, y dar en seguida el aviso de su muerte (1). Como este tráfico simoníaco no podia llevarse á efecto sin conocimiento del Papa, de aquí el que recaiga sobre él la acusacion. Es necesario examinar detenidamente los hechos para poderlos apreciar en su justo valor, y á esto está obligado el historiador que no debe falsificarlos, sino juzgarlos con imparcialidad. Los lectores de esta obra podrán haber observado que no hemos tratado de adulterar hecho alguno, que hemos narrado los defectos así como las virtudes de los Pontífices, que siendo hombres están sujetos á errar en las cosas temporales, pues que el don de la infabilidad les ha sido concedido por Dios solamente cuando hablan *ex cathedra*. Por esto, si hemos visto Pontífices que han cometido graves faltas como hombre, no ha habido ni uno que en ma-

(1) Niem. c. 7, 8, 9; Bercastel. Lib. XLVII, n. 7.

terias de dogma haya errado, ni aun aquellos que facciones tumultuosas colocaron en el siglo XI sobre la cátedra de San Pedro, algunos de los cuales carecian de ciencia y de virtudes, como vimos en la historia del mismo siglo. ¿Qué hemos de pensar ahora sobre la indicada acusacion lanzada contra el papa Bonifacio IX? Hablando Maimbourg de este Papa, dice que era hábil y de buen sentido, y que si bien carecia de conocimientos en las ciencias sublimes, su prudencia y habilidad le hizo hacer en poco tiempo lo que sus más sabios predecesores no habian aun podido hacer, pues que halló medio de abatir el poderío y autoridad, casi soberana, de los bannerets ó mesuaderos y del senador, de atraerlo todo así, y en fin, de hacerse absolutamente dueño y señor de Roma y del Estado eclesiástico, cual lo son hoy dia los Papas (1). Este juicio de Maimbourg lo reproduce Bercastel. Ahora bien; si de tanta prudencia estaba dotado este Pontífice, no creemos que hubiese dado tan funesto ejemplo de negociaciones simoníacas, y mucho ménos en el estado de cisma en que se encontraba la Iglesia, pues le hubiera sido muy desventajoso. Tal vez su poca práctica en los negocios fue causa de que por parte de su curia se cometiesen algunos de los abusos que se denuncian, sin que el Pontífice se apercibiese de ello. El mismo escritor que hemos citado, esto es, Tierri de Niem, dice que Bonifacio estableció las annatas sobre los beneficios, en el año 1399; pero algunos otros creen que semejante hecho es de época más remota; lo que sí hizo Bonifacio fue extender las dichas annatas á las prelacías para siempre (2).

---

(1) Historia del gran cisma, l. 3.

(2) No están de acuerdo los escritores acerca del orígen de las annatas, ni tampoco es fácil averiguar quién fue su primer autor. Es lo cierto que desde muy antiguo acostumbraron los Romanos Pontífices á exigir de los beneficiados los frutos del primer año en los beneficios de su colacion, si los beneficios eran mayores, ó consistoriales, como los arzobispados y obispados, y los de medio año, si eran beneficios menores. Estas exacciones se conocen en el derecho con el nombre genérico de *annatas* ó *medias annatas*, segun que se refiere á la mitad ó todos los frutos de un año. No hay motivo alguno para censurar como simoníacas estas exacciones, pues que deben considerarse como medios de sostener la curia romana. El despacho de los asuntos de la Iglesia universal, fue haciendo establecer oficinas con gran número de empleados, á cuya sustentacion tenia necesariamente que atender Roma. En atencion á esto, no quiso el concilio de Constanza suprimir las annatas como algunos pedian. El concilio de Basilea por el contrario, las abolió en odio á Eugenio IV, incurriendo despues en la contradiccion de establecerlas en favor del anti-papa Felix V. En el concilio de Trento tambien se levantaron quejas sobre las annatas, pero siempre se tropezó en la dificultad de encontrar medios de indemnizacion, y se conservaron por equidad (Véase á Palavicini, Hist. del *Conc. de Trento*, lib. II, c. 8, núm. 3 y sig.) Para la exaccion de las annatas en los beneficios consistoriales, ha-

El anti-papa Clemente VII, que gustaba de la ostentacion y deseaba que su colegio de cardenales fuese brillante y suntuoso, cometió abusos los más punibles en su deseo de proporcionarse dinero, haciendo un verdadero comercio y tráfico vergonzoso de las dignidades y beneficios eclesiásticos. Concedia las dispensas con una facilidad extraordinaria de que no habia habido ejemplo hasta entonces, y dió muchos obispados á eclesiásticos de la corte que carecian de toda instruccion y de conocimientos ni aun los más triviales en la Teología, ciencia tan sublime y tan necesa-

---

bia en la Cámara Apostólica una tasacion antigua. Para saber respecto de los menores la cantidad fija que podia exigirse por razon de las annatas, se publicó la Regla de Cancelaria *de exprimendo valore beneficiorum*, y los que no pasasen de 24 ducados de oro, estaban libres de toda carga. Como habia ciertos beneficios que nunca vacaban por estar unidos á los cabildos ú otras corporaciones eclesiásticas, la annata se pagaba cada quince años, con el nombre de *quindemio* (Séptimo de las Decretales, *de Annatis*, c. 4 y 7). En cuanto al establecimiento de este tributo, la opinion más seguida es que Clemente V le estableció por dos ó tres años para todos los beneficios que vacasen en Inglaterra: que Juan XXII se reservó las annatas por espacio de tres años en toda la extention de la Iglesia católica, exceptuando los obispados y abadías. En cuanto á Bonifacio IX, segun Platino, no grabó los beneficios más que con una media annata ó sea la mitad de la renta del primer año.

Debemos ahora dar alguna explicacion acerca de la media annata, y mesada eclesiástica á favor de los reyes de España.

Como puede verse en uno de los artículos del Concordato de 1753, que insertaremos en los Apéndices de esta obra, los Romanos Pontífices abdicaron expresamente con la colacion de beneficios las utilidades de las expediciones y annatas: mas el rey católico don Fernando VI, considerando que habia de ser grave el menoscabo del erario Pontificio, se obligó á consignar en Roma la paga anual de cinco mil escudos de moneda romana, que se han de sacar del producto de la Cruzada, y pagar en los perpétuos futuros tiempos en la villa de Madrid á disposicion del rey, y del Pontífice Romano que por tiempo fuere, para la manutencion del Nuncio Apostólico. No sólo se privaron los Romanos Pontífices de las ventajas de las annatas, sino que llevaron su liberalidad hasta concederlas por Bulas Pontificias á favor de los reyes de España. En virtud de estas Bulas, Fernando VI, adquirió el derecho de exigir media annata de todas las pensiones y beneficios de su nombramiento que llegasen á 300 ducados de vellon, en todas las iglesias de sus dominios, tanto en España como en las Indias (*Nov. Recop.*, lib. 1.°, tít. XXIV, ley 1.ª y notas 1 y 2.). Otra gracia Pontificia es la *mesada eclesiástica*, conocida desde Urbano VIII, y consistia en la exaccion de una mesada del valor líquido de todas las mitras, beneficios y otras rentas eclesiásticas de España y de las Indias. Esta gracia se fue prorogando desde Urbano VIII por quindemios, decemios y quinquemios, hasta perpetuarse por toda la vida de los reyes en los últimos reinados. Fernando VI que conocia que los párrocos, principalmente en los pueblos de corto vecindario, tenian que atender de sus rentas al remedio de muchos pobres, redujo con respecto á ellos la media annata á una sola mesada.

Por último, en cuanto á los reinos de las Indias, la exaccion de la media annata no se llevó á cabo hasta el reinado de Cárlos III, (*Ley 6 de la Nov. Recop*. Golmayo. Der. can. Lib. 2.°, cap. XXV.

ria á los ministros de la Iglesia. Todo lo concedia este usurpador de la potestad suprema de la Iglesia, no encontrando dificultad ni aun en permitir el matrimonio, contra la antigua costumbre y práctica entre parientes en tercer grado.

Los doctores de la universidad de Paris, en su mayor parte virtuosos, no podian menos de conocer los grandes males que ocasionaba el cisma, y así resolvieron acudir al monarca en súplica del remedio porque suspiraban todos los buenos católicos. Nada pudieron alcanzar con este paso, puesto que el rey ni su corte no habian puesto hasta entonces en duda la legitimidad de Clemente. Así pues el rey mostró el desagrado con que habia oido la peticion, y prohibió á la universidad, bajo pena de incurrir en su indignacion, que en lo sucesivo volviese á presentar quejas ó representaciones sobre este asunto. Esto proporcionó un nuevo triunfo al orgulloso anti-papa, que como dice oportunamente un escritor, no conocia la perseverancia de la escuela, ni se hallaba tampoco en la situacion que creia.

Por el tiempo de que nos ocupamos pasó á Aviñon una jóven parmesana, llamada Ursulina, la cual gozaba una gran reputacion de santidad, por resplandecer en ella dones celestiales, cuales eran entre otros el de revelaciones, y el de profecía. Hizo el viaje acompañada de su madre, y pidió audiencia al anti-papa, como encargada de comunicarle órdenes del cielo. Recibióla Clemente con gran aparato y en tres audiencias que le concedió la oyó sin inquietarse, porque no pudo menos de conocer por sus razonamientos que no era un lazo que se le tendia ó una trama urdida para hacerle abandonar los derechos que creia tener al Supremo Pontificado, sino por el contrario el aviso de una mujer verdaderamente santa. Ursulina le declaró que su derecho no era divino y le amenazó con la venganza del cielo sino lo renunciaba y reconocia como verdadero Pontífice á Urbano VI. Apesar de todo esto, la ambicion de reinar pudo en Clemente mucho más que el aviso de Dios. La inspirada parmesana que nada habia podido conseguir, sino un buen recibimiento volvió á Roma donde dió cuenta al papa Bonifacio del mal resultado de su empresa. Este que conocia á fondo las virtudes de la doncella, le mandó que volviese á Francia en calidad de enviada suya. En este segundo viaje fue menos feliz aun que en el anterior, pues experimentó malos tratamientos y hasta fue puesta en prision. A los pocos dias ocurrió la muerte precipitada de Clemente, y entonces ella pudo regresar á Roma. De allí se dirigió á la Tierra Santa y por último murió en Verona en

1410, cuando contaba solamente treinta y cinco años de edad. En su sepulcro se obraron muchos milagros, y los parmesanos la veneran como Beata.

En el capítulo anterior nos hemos ocupado por adelantado de la muerte del antipapa Clemente VII, ocurrida como dijimos el 16 de Setiembre de 1394. Los príncipes y potentados requirieron á los cardenales de la obediencia de Clemente que no se precipitasen en la eleccion de sucesor y que procurasen buscar los medios conducentes á procurar la conclucion del cisma. La universidad fue del mismo parecer. Empero los cardenales de Aviñon que solo atendian á sus fines particulares, pensaron y obraron de otra manera: solo que para manifestar de algun modo que se conformaban con la voluntad del rey, ordenaron de comun acuerdo que cada uno de los cardenales hiciese juramento de que en caso de ser elegido Papa renunciaria el Pontificado, siempre que hiciese lo mismo por su parte el Pontífice de Roma. He aqui la forma del juramento á que se sujetaron: «Nos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, congregados en cónclave para la eleccion futura, todos juntos, y cada cual por si, delante del altar donde es costumbre celebrar la misa conventual, por el mayor servicio de Dios y unidad de su Iglesia, y salud de todas las almas de sus fieles, prometemos y juramos, tocando corporalmente los Santos Evangelios de Dios, que sin algun dolo, fraude ó engaño. trabajaremos y procuraremos con toda fidelidad y cuidado por cuanto á lo que nos toca, ó adelante puede tocar, la union de la Iglesia, y poner fin, cuanto en nos fuere, al cisma que al presente con íntimo dolor de nuestros corazones, hay en la Iglesia. Item, que daremos para este auxilio, consejo y favor al pastor nuestro y de la grey del Señor, que ha de ser y por tiempo será Señor nuestro y Vicario de Jesucristo, y que no daremos consejo ó favor directa ó indirectamente, en público ó en secreto, para impedir las cosas arriba dichas. Más, que cada uno de Nos, cuanto le fuere posible, aunque sea elegido para la Silla del Apostolado, hasta hacer cesion inclusivamente de la dignidad del Papado, guardará y procurará todas estas cosas, y cada una de ellas, y todas las demás que quedan expresadas; junto con esto todas las vias útiles y cumplideras al bien de la Iglesia y á la sobredicha union, á los señores cardenales que al presente son, ó por tiempo serán en lugar de los presentes, ó á la mayor parte de ellos (1).»

(1) Mariana. Hist. de España. Lib. XIX, cap. 5.º

Esta acta fue firmada por todo el cónclave á excepcion de los cardenales de Florencia, de Aigrefeuille, y de San Marcial. Pedro de Luna, cardenal de Aragon suscribió con todos los demás. Los autores hablan de un cardenal, cuyo nombre no dicen, el cual tuvo la franqueza y honradez de hacer presente á la asamblea que no se sentia con fuerzas suficientes para responder de sí mismo y de su fidelidad en renunciar al Pontificado si salia elegido, por lo que suplicaba á sus compañeros que no pensasen en él, por que le expondrian á una tentacion superior á sus fuerzas (1). Tan solícito anduvo y fueron tales las intrigas que puso en juego el cardenal D. Pedro de Luna, que siendo veinte y uno los cardenales reunidos en cónclave, obtuvo todos los votos. Tuvo lugar esta eleccion el 28 de Setiembre de 1394, tomando en el mismo dia el nuevo rival de Bonifacio IX, el nombre de Benedicto XIII. El 13 de Octubre fue ordenado sacerdote y el domingo 11 del propio mes recibió la consagracion episcopal, siendo coronado inmediatamente despues.

Don Pedro Martin de Luna, era español, natural del lugar de Illueca, en las inmediaciones de Calatayud. Estaba emparentado con D. Martin, rey de Aragon, por la mujer de este la reina D.ª María de Luna. Habia sido creado cardenal en Aviñon, por Gregorio XI en 1375, y habia desempeñado varios cargos y legacías, siendo él el principal autor del reconocimiento y obediencia que prestaron Aragon y Castilla á su predecesor Roberto de Ginebra, llamado Clemente VII.

Engreido con su falsa dignidad el que se llamaba Benedicto XIII, olvidó bien pronto la promesa y juramento que habia hecho en el cónclave, pues no se vió que estuviese dispuesto á hacer ninguna clase de sacrificios por conseguir la union de la Iglesia. Puede decirse que tenia en su corazon el gérmen del cisma, pero sabia encubrir perfectamente sus ideas y pensamientos, manifestando una virtud superior á la que realmente poseia. Así pues, los doctores de la universidad que habian rogado á los cardenales que detuviesen la eleccion, volvieron á escribir en estos términos: «Nuestros primeros deseos, Santísimo Padre, eran que se difiriese la eleccion de Papa, creyendo que era este el medio más seguro para extirpar el cisma; pero cuando hemos sabido que recayó en vuestra Santidad, ha sido completa nuestra satisfaccion, porque estamos en la firme confianza de que seguireis la inclinacion que habeis manifestado siempre á favor del restablecimiento de la unidad.»

(1) Du Chateu, p. 107.

Llenó de regocijo á Benedicto esta especie de voto de aprobacion dado por aquellos doctores, á los cuales contestó por medio del legado Bellemere, dispensándoles muchas gracias. Como quiera que Benedicto, siendo legado de Clemente VII, habia tratado á San Vicente Ferrer, logrando ganar su afecto, le llamó á su córte haciéndole su confesor y maestro del Sacro Palacio (1). Aquel santo varon que habia incurrido en el error de creer verdadero Pontífice á Clemente, y por consiguiente á su sucesor Benedicto, obedeció el mandato de este y se presentó en Aviñon, donde por espacio de dos años desempeñó los honrosos destinos para que fuera nombrado. Pero al cabo de este tiempo los renunció obteniendo de Benedicto la licencia para dedicarse al apostólico ministerio de la predicacion.

Bien pronto fue conocida la intencion de Benedicto de no hacer nada para procurar la extincion del cisma y sus ningunas disposiciones para renunciar el Pontificado. Así pues, se determinó celebrar un concilio nacional en Paris, que tuvo lugar el 2 de Febrero de 1395, al que asistieron los patriarcas de Alejandría y de Jerusalen, siete arzobispos, cuarenta y seis obispos, nueve abades, algunos decanos y muchos doctores. Por órden del rey Cárlos VI, se discutió sobre los medios de hacer cesar el cisma que afligia á la Iglesia, habiéndose acordado por la mayoría que la renuncia de los dos Papas era la via más expedita y adecuada para lograr la union tan deseada y necesaria (2).

En vista pues de lo resuelto por el concilio, el rey envió al anti-papa Benedicto una embajada, nombrando para ella al duque de Orleans, su hermano, y á sus dos tios los duques de Berri y de Borgoña, acompañados de algunos obispos y varios individuos de entre los más célebres doctores de la universidad de Paris, á fin de que le propusiesen el medio determinado por la asamblea que acababa de verificarse.

Los embajadores fueron recibidos con todos los honores debidos en Aviñon, y alojados convenientemente en las habitaciones, que al efecto se les habian señalado. Dos dias despues de su llegada fueron admitidos en audiencia pública, y Gil de los Campos, uno de los referidos doctores, cuya elocuencia era notable, tomó la palabra estableciendo ciertos principios generales y colmando de alabanzas al anti-papa y al rey (3).

(1) Boll. apr. t, I, p. 484.
(2) Tom. 11. Conc. pág. 2311.
(3) Hist. anon. p. 287.

Benedicto que era hombre de un talento poco comun, contestó con un discurso brillantísimo, en el cual se concretó á colmar de alabanzas al que llamaban el más cristiano de los reyes, y á manifestar lo mucho que agradecia á los príncipes el celo que manifestaban por el honor de la Iglesia; pero se guardó bien de hablar una sola palabra que pudiese hacer concebir á los embajadores la más mínima esperanza de que podian conseguir el objeto de la mision para que habian sido enviados á Aviñon.

Terminado que fue aquel solemne acto, los embajadores solicitaron una audiencia secreta. Benedicto les respondió que con el mayor gusto los recibiria y escucharia de sus labios cuanto tuvieran que comunicarle de parte del soberano. Ya veremos cuan grande era la sagacidad y la presencia de ánimo de que estaba dotado el anti-papa español.



CAPITULO XVII.

Altivez de Benedicto con sus cardenales.—El rey de Francia trata con los demás soberanos ceistianos para conseguir la extincion del cisma.—Conferencia entre los reyes de Francia y de Inglaterra.—Conferencia de Reims.—Embajada de Benedicto á Bonifacio.—Bula de Benedicto.—Concilio de Paris.—Último esfuerzo hecho por Pedro de Ailli para reducir á Benedicto XIII.—Sitio de Aviñon.—Fin desgraciado del rey de Inglaterra.

Nada pudieron conseguir los príncipes enviados por el rey de Francia á Benedicto, el cual se valió de toda clase de sofismas en su deseo de sostener su falsa dignidad. Los cardenales que habian tenido una conferencia con dichos príncipes, se postraron en presencia del orgulloso anti-papa, suplicándole que por el bien de la Iglesia, accediese á poner término al cisma. Entre los suplicantes no estaba el cardenal de Pamplona, que íntimo amigo y paisano de Luna, era entusiasta por él. Jamás se mostró Benedicto más iracundo que en aquella ocasion. En vez de enternecerse al ver postrados á sus piés á aquellos cardenales de su obediencia, les trató con la mayor dureza, diciéndoles estas palabras: «Sabed, que sois súbditos mios, y que yo soy Señor, no sólo del clero, sino de todos los hombres, los cuales están sujetos á mi autoridad por disposicion del mismo Dios.» Publicó en muy pocos dias diversas bulas que no hacian efecto alguno, y recurriendo á todos los medios imaginables, dijo á los príncipes que si apoyaban sus designios, les dejaria libremente la conquista de los Estados de la Iglesia, y que los colmaria de honores y riquezas; pero ellos respondieron que no necesitaban de su aprobacion para hacer la guerra á donde les acomodase, y que poseian bastante grandeza para desear más.

Creemos que entónces debió terminarse el funesto cisma. Si los car-

denales de la obediencia de Benedicto, hubiesen atendido á los hechos del impostor, se hubiesen acabado de convencer de que Bonifacio era el verdadero Vicario de Jesucristo, y así le hubiesen abandonado yendo á Roma á ofrecer sus homenajes al que debian reconocer como Cabeza de la Iglesia. Verdad es que Benedicto hubiera hecho nuevas creaciones, pero con dificultad hubiera encontrado quien quisiera recibir de su mano la sagrada púrpura, y lleno de confusion hubiera abandonado un puesto que no le pertenecia, y en el que tantos males causaba á la Iglesia universal. Pedro de Luna justificó el presentimiento de Gregorio XI, el cual, dice Maimbourg (1), habiendo sabido que era ambicioso, apegado á su propio dictámen y de un génio muy vivo, le dijo al darle el capelo: *Hijo mio. cuidado no se eclipse algun dia tu luna.* No tratamos de injuriar la memoria de aquel Papa tan previsor, pero ello es que si conocia en Luna tales cualidades, no debió llamarle á formar parte en el sagrado Colegio. Todo tacto es poco al conceder las dignidades eclesiásticas, pues que espanta en verdad el pensar las tristes consecuencias del desacierto en este punto.

Mostraba mucho interés el rey de Francia por la terminacion del cisma, y así no habiendo podido alcanzar nada directamente de Benedicto, resolvió ponerse de acuerdo con los demás príncipes cristianos, á fin de reducir á los dos Papas á la cesion, ó de lo contrario tomar las medidas que más conducentes parecieran para concluir de una vez con el cisma. Con este plausible objeto envió embajadores á Alemania, á Inglaterra, á los soberanos de España y aun al mismo Bonifacio IX. Tambien la universidad de Paris, envió, con el mismo objeto, cartas á las diferentes universidades cristianas. Wenceslao, que gobernaba la Alemania y que era hombre de poquísimos alcances, no fijó su atencion en un punto de tanta importancia. El rey de Hungría que era de la misma familia de Wenceslao, aunque en verdad de un carácter muy diverso, aprobó el medio de la cesion, prometiendo emplear todo su poder á fin de que lo adoptase el emperador su hermano, pero grandes trastornos que ocurrieron á poco en la Alemania, fueron causa de que nada se pudiese hacer por entónces en los asuntos religiosos.

El rey de Francia se reunió en Calais con el de Inglaterra, despues del tratado que se habia ajustado en 1395, cuya base era el casamiento de la princesa Isabel con el rey Ricardo. Cárlos de Francia llevó consigo á

(1) Lib. III.

la princesa su hija para la solemnidad del matrimonio, y ambos monarcas trataron detenidamente sobre el importante asunto del cisma. El de Inglaterra se mostró favorable al pensamiento de la cesion, bien que este medio no mereció la aprobacion de aquella universidad, que insistia en la necesidad de reunir un concilio general; y en efecto, este fue el único medio con que se pudo lograr la union de la Iglesia. No obstante la opinion de los doctores, Ricardo permaneció firme en su propósito, y de acuerdo con Cárlos VI, acordó que á mediados de Febrero del siguiente año de 1397, se enviarian embajadores á los dos Papas para declararles que de un mismo sentir las cortes de Francia y de Inglaterra, habian elegido el medio de la cesion, exhortándoles á que la adoptasen á fin de que el dia 29 de Setiembre del mismo año, fiesta de San Miguel, se pudiese dar una Cabeza á la Iglesia. Tambien convinieron dichos monarcas en emplear todo su poder y valimiento, á fin de alcanzar del emperador Wenceslao el que aprobase el pensamiento de ellos, de suerte que pudiese traer al mismo partido á los demás príncipes del imperio.

La España adoptó tambien sin dificultad el pensamiento de la corte de Francia, á pesar de que el reino de Aragon, gracias á las intrigas de Benedicto, se empeñaba más que nunca en el cisma. Habian ya fallecido Enrique II y D. Pedro el *Ceremonioso*, los cuales habian seguido la política de no reconocer á ninguno de los anti-papas. A D. Pedro habia sucedido su hijo D. Juan, que se llamó D. Juan I, como el de Castilla, el cual no disfrutó mucho tiempo del reino, pues que hallándose de caza le acometió un accidente del que murió instantáneamente. Como no dejara hijos varones, sucedióle en el reino su hermano D. Martin, duque de Montblanch, el cual vino desde Sicilia á ocupar el reino de Aragon, mostrándose muy partidario de su pariente Benedicto, consiguiendo que la mayoría de sus súbditos le sostuviesen con todas sus fuerzas.

Fue enviada á los dos papas rivales la embajada de los reyes de Francia, de Inglaterra y de Castilla, siendo Benedicto el primero á quien visitaron, pero le encontraron verdaderamente intratable, pues que no usaba más que de sofismas para evitar la cesion reclamada. Por el contrario, Bonifacio se mostró particularmente al principio mucho más tratable. Los cardenales de su obediencia que deseaban con anhelo la union de la Iglesia en la conclusion del gran cisma, le instaban á fin de que accediese á cuanto pedian los reyes, con tal de que el anti-papa abdicase al mismo tiempo por su parte, y que les dijese por medio de los embajadores que señalasen el lugar donde querian que se celebrase el cónclave,

y que en seguida pasaria á el con sus cardenales. El éxito debia ser favorable á Bonifacio, y la causa era muy lógica. Atendido el giro que habian tomado los sucesos, Benedicto que ya habia perdido mucho terreno, léjos de consentir, hubiera trabajado por disminuir los ánimos, haciéndose con esta conducta más odioso, de suerte que la mayoría de su obediencia se hubiera pasado á Bonifacio.

Bien comprendió el Pontífice de Roma todo el peso de las razones que le exponian sus cardenales, y con facilidad hubiera accedido á sus deseos: pero su madre que aun vivia, sus hermanos y demás parientes, le instaron á que no pusiera en duda su legitimidad, y dejándose vencer, respondió que él era incontestablemente el verdadero Vicario de Jesucristo, y que por lo tanto no renunciaria jamás la Silla Apostólica que le pertenecia á él y no á ningun otro en tanto que viviera. Tal fue la respuesta que recibieron los embajadores, que no pudieron menos de quedar admirados, no pensando que el Papa Bonifacio se pudiese negar á una exigencia tan justa, pues por más que estuviese convencido de su legitimidad, parece que todo debia sacrificarlo cuando se trataba de la paz y tranquilidad de la Iglesia, que debia ser su objeto preferente.

Censurable es esta terquedad de Bonifacio, que dejó pasar la ocasion más oportuna de haber asegurado su autoridad. Indudable es que él era el verdadero Pontífice. Así pues, sujetándose á la cesion exigida por los reyes cristianos, siempre que Benedicto hubiese estado dispuesto á obrar de igual manera, hubiera tenido la dicha de contribuir poderosamente á la extincion del gran cisma. Los verdaderos católicos hubieran aplaudido el sacrificio que hacia por el bien de la Iglesia, y Dios le hubiera premiado con largueza. Su pusilanimidad, sus vanos temores, su complacencia en fin, para con su familia, le hicieron no obrar de un modo tan caritativo.

El emperador Wenceslao, persuadido por las instancias del rey Cárlos VI, se decidió á tener con él una conferencia que tuvo lugar en Reims. El monarca francés prodigó en ella una magnificencia tan extraordinaria, que no pudo ménos de admirar á Wenceslao, al que Cárlos hizo el presente de cuanto habia en su alojamiento, incluso la preciosa vajilla de oro y plata que habia servido en el banquete con que le obsequió; regalo que se valuó en doscientos mil florines de oro. Tuvo por objeto el francés, no hacer alarde de sus grandes riquezas, sino ganarse el corazon de su huésped para hacerle favorable á los intereses de la Iglesia. Entónces se determinó por ambos mandar á Roma á Pedro de

Ailli, que era obispo de Cambray, pero esta segunda embajada fue tan poco fructuosa como la anterior. Convinieron ambos monarcas en que se insistiria en el medio de la cesion, y en que aquel de los dos Papas que se negase á condescender con los deseos del emperador y del rey, quedaria declarado privado de todo derecho á la dignidad Pontificia.

Pedro de Ailli, habia sido muy favorecido de Benedicto. Conociendo que era uno de los doctores más sabios de la universidad, habia tratado de atraerle á su partido á fuerza de gracias y beneficios. Siendo ya canciller de la universidad y limosnero del rey, le confirió el obispado de Puy en 1395, y más tarde le trasladó á la silla de Cambray, y queriendo entónces fijarse en su diócesis, renunció el empleo de canciller que recayó en el célebre Juan Gerson, varon de excelente ingenio y de un talento poco comun. A pesar de la sabiduría del arzobispo de Cambray, sus esfuerzos cerca del papa Bonifacio no dieron el menor resultado.

Entre tanto no perdia el tiempo el papa de Aviñon. Su objeto era dilatar cuanto pudiese el asunto', y así envió una embajada á Bonifacio, haciendo ver los deseos que le animaban de la extincion del cisma. Los embajadores publicaban por donde quiera que pasaban que tales eran los sentimientos de Benedicto. Tan sólo á Fondi pudieron llegar, porque Bonifacio que desconfiaba de ellos, dió órden de que no los dejasen pasar más adelante, disponiendo que el obispo de Segovia que entónces se hallaba en Roma y que conocia á los embajadores fuese á conferenciar con ellos, con la precisa condicion de darle cuenta de cuanto se dijese en la conferencia. Luego que esta se verificó, volvió á Roma el prelado español, el cual fue acusado de que habia tramado una conspiracion contra el Papa. En efecto, se descubrió que se habia puesto de acuerdo con los agentes de Aviñon para introducirlos en Roma y excitar movimientos que hubieran puesto en peligro al Soberano Pontífice. No pudiendo pues volver á Fondi, escribióles una carta llena de infamias contra Bonifacio, exhortándoles á que se sirviesen de todos los medios que estuviesen á su alcance para llevar á cabo lo que habian tratado.

De este modo se presentaban cada vez nuevos obstáculos para la extincion del cisma; pero esto mismo hacia que se inflamase el celo de los buenos, y que los príncipes y los pueblos y cuantos se hallaban animados de buena fe, clamasen á voz en grito por la unidad de la Iglesia, haciendo todos esfuerzos porque se realizase. A la universidad de Pa-

ris, á ese ilustre cuerpo de sabios doctores estaba reservado el allanar el camino para la realizacion de un bien tan deseado. ¡ Ojalá que hubiese impedido con tiempo el que fuese reconocido el anti-papa Clemente, y así se hubiera evitado el gran cisma, que habria sido sofocado en su misma cuna!

Como quiera que tan ilustre cuerpo formase una coleccion de artículos á los cuales habia de arreglar su conducta en lo futuro con respecto al asunto que nos ocupa, y se hubiese divulgado un manifiesto condicional dirigido tambien á Benedicto, en el que se le hacia la amenaza de abandonarle completamente si persistia en su terquedad, y fuese nombrado procurador de esta causa el doctor Juan de Craon, presbítero de la iglesia de Laon, el cual hizo una magnífica apelacion, en la que decia que así como en otro tiempo habia suscitado el Señor á Elías y á los Profetas para vengar su ley, á Daniel para defender á Susana, á Matatías y á los Macabeos para degradar á los falsos pontífices, del mismo modo habia dispuesto que la universidad de Paris, fuente inagotable de pura doctrina, estuviese vigilante para combatir el cisma. Benedicto publicó una bula declarando que aquella apelacion era nula é ilusoria, y que se reservaba castigar al apelante y á sus cómplices: pero si bien usaba de graves calificaciones se guardaba de ofender á los príncipes y de irritar á los sabios, como medio prudente de no perjudicar su causa que ya se hallaba harto debilitada. La universidad contestó en otro escrito, apelando a Sumo Pontífice que gobernase despues toda la Iglesia.

El 22 de Mayo de 1398 el rey Cárlos hizo reunir un concilio en Paris, que fue el segundo nacional. Además del patriarca de Alejandría, concurrieron á él once arzobispos, sesenta obispos, setenta abades, sesenta y ocho procuradores de capítulos, el rector de la universidad de Paris con los procuradores de las facultades, los diputados de las universidades de Orleans, de Angers, de Montpeller y de Tolosa, y un gran número de doctores en teología y en derecho. El rey no asistió por haber sido atacado de una gravísima enfermedad, contra la que nada pudieron los remedios de la ciencia.

Importante fue por demás la asamblea de Paris. Fue abierta con un elocuente discurso que pronunció el patriarca de Alejandría, en el que reasumió cuanto habia acontecido desde la muerte de Clemente VII, é hizo ver que el recurso de la cesion habia merecido los mayores elogios en todas partes, y aun en la misma corte de Benedicto.

Pedro de Juis, obispo de Macon, partidario de Benedicto, se levantó

en medio de la asamblea y pidió que se le permitiese defenderle (1).

No solamente se le otorgó la gracia, sino que á más, el concilio le dió la facultad de elegir otros seis de su partido para que sostuviesen una discusion con otras seis personas de las favorables á Bonifacio, lo que se ejecutó por espacio de ocho dias.

Discutido suficientemente el punto, de si se habia de recurrir á la sustraccion de la obediencia, se procedió á la votacion. Sin contar los de las cinco universidades, hubo trescientos votos por escrito, de los cuales doscientos cuarenta y siete fueron favorables á la sustraccion total sin pérdida de tiempo. Hallábase el rey bastante aliviado de su enfermedad por lo que los príncipes y el canciller pudieron darle cuenta de todo. El rey en el mismo dia publicó un decreto que estaba concebido en estos términos: «En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, declaramos que Nos y el clero de nuestro reino, no tenemos ya ninguna relacion de obediencia con el papa Benedicto. Es nuestra voluntad que desde este momento no se dé ninguna parte de las rentas eclesiásticas á él ni á sus recaudadores, por cualquier causa ó pretexto que sea. Mandamos que en caso de vacante de beneficios, se proceda por eleccion en cuanto á las prelacías, dignidades y todos los beneficios electivos; y que en las demás se proceda por la via de colacion ejerciendo este derecho aquellos á quienes corresponda. Prohibimos rigurosamente á todos nuestros vasallos, y aun á los obispos, obedecer á dicho Benedicto ni á sus dependientes, y encargamos á los jueces territoriales que castiguen severamente á cuantos contravengan á estas órdenes.»

No llevaba ningun interés personal el rey de Francia al tomar tales disposiciones, pues su única mira era el bien y la tranquilidad de la Iglesia: así es, que se resolvió que el clero del reino volveria á entrar en la posesion de sus antiguas libertades y franquicias, esto es; que los obispos darian los beneficios cuya colacion les correspondiese; que cesarian todas las gracias respectivas y las reservas, y que se procederia en los beneficios por via de eleccion, siendo su colacion propia del ordinario. Muy prudente el clero, reunido en asamblea, dió un decreto por el que se autorizaban por lo general las elecciones confirmadas por el ordinario sin recurrir al Papa, pero con promesa de conservar las exenciones en su integridad, y desistir de este modo de proveer las prelacías de los monasterios desde el momento en que la Iglesia fuese gobernada

(1) Duboul. t. 4. pág. 830.

por un sólo y legítimo Pontífice. Entónces se hizo con permiso del rey la eleccion de abad por los religiosos de San Dionisio, cuya eleccion confirmó luego el arzobispo de Paris, Pedro de Orgemont.

No podia ni debia pararse en el saludable camino emprendido por los reyes y príncipes cristianos para destruir el cisma, y así Pedro de Ailli volvió á Aviñon acompañado de Juan de Maingre de Boucicaut, mariscal de Francia, para hacer el último esfuerzo cerca de Benedicto XIII. Admitióle el anti-papa á audiencia. El prelado saludándole con respeto, pero sin otra clase de homenajes, en lo que le daba á entender que ya no era reconocido como Cabeza de la Iglesia, le manifestó sin ambajes sino muy clara y terminantemente cual era la voluntad del rey y del emperador, y que lo mismo que á él se exigiria la renuncia á su rival el Pontífice de Roma.

Tenemos que insistir en hablar de la obsecacion de Pedro Luna, ó sea Benedicto XIII, y nos cumple hacer justicia á este personaje calumniado por algunos escritores que le pintan como un mónstruo. Los escritores eclesiásticos, dice con razon el señor La Fuente, tienen derecho á acusarle, pero no á calumniarle. Pedro de Luna, dice el mismo autor, fuera no solamente un excelente Pontífice, sino tambien un justo digno de veneracion, á no ser por su lamentable tenacidad. Él creyó que su eleccion había sido canónica, que era por lo tanto el único y legítimo Pontífice, y este fue su gran error. Por otra parte era un varon distinguido, adornado de bellas cualidades y muy profundo en la ciencia del Derecho canónico, como tuvo ocasion de hacerlo conocer durante el tiempo que regentó una cátedra en Montpeller. Lástima que no hubiese aprovechado su talento en hacerse benéfico á la Iglesia, renunciando espontáneamente el Pontificado, con lo que hubiese tenido la gloria de haber terminado el cisma.

Veamos el resultado de la última embajada desempeñada por Pedro de Ailli. Apénas este manifestó á Luna la determinacion del rey y del emperador, el anti-papa creyéndose herido en su honor, respondió con aspereza: «Yo he trabajado mucho por la Iglesia, y se me ha conferido la dignidad pontificia: la eleccion ha sido canónica, y no renunciaré bajo concepto alguno el pontificado. Sepa el rey de Francia que con todos sus decretos y disposiciones no hará que deje de conservar hasta la muerte mi jerarquía y mi trono.»

—Señor, respondió el prelado de Cambray, yo esperaba de vos una resolucion más meditada. Consultad con vuestros hermanos los car-

denales, y considerad sobre todo, que no podeis resistir vos sólo al imperio, á la Francia y aun á los prelados de vuestra corte.

—Padre Santo, dijeron á su vez dos cardenales parciales de Benedicto: tiene razon el obispo de Cumbray: encarecidamente os suplicamos que atendais á sus razones y que lo penseis con madurez.

Benedicto que siempre adoptaba todos los medios que eran de dilacion, convino en ello, y así se separaron. Al dia siguiente volvió á reunirse el consistorio, pero Benedicto hizo salir al enviado francés para hablar con más libertad, y despues de oir el parecer de los cardenales, que todos convenian con lo propuesto por los monarcas mediadores, no dió otra respuesta sino que habia de vivir y morir Papa, sin que ni rey, ni príncipe, ni negociador alguno, pudiese hacerle variar de resolucion. Esta orgullosa respuesta desagradó de tal modo á los cardenales, que sin despedirse del anti-papa ni aun mirarle, salieron del consistorio. De este modo contribuia el mismo Benedicto á su descrédito.

El obispo de Cambray s avistó con el mariscal Boucicaut, al que dió cuenta de la resolucion de Benedicto.—Vuestro encargo, señor obispo, le dijo el mariscal, ya está cumplido. Ahora me cumple desempeñar el mio. Ya nada teneis que hacer aquí. Volveos pues, y decid al rey que parto á poner en ejecucion sus órdenes con toda puntualidad.—Inmediatamente levantó tropas, y mandó un rey de armas para desafiar al Papa y á la ciudad de Aviñon, esto es, para declararles la guerra. Los cardenales y principales ciudadanos corrieron á la presencia del Papa, al cual manifestaron el temor que les acompañaba, y la inutilidad de resistir á un rey tan poderoso como el de Francia. Benedicto con gran serenidad, les contestó que no habia motivos para temer, puesto que la ciudad era fuerte y estaba bien provista, y que él esperaba socorros de Génova y de Aragon. «Andad, les añadió, defended vosotros vuestras murallas, que el castillo corre á mi cargo.»

Apénas el rey supo por Pedro de Ailli el estado de los negocios, mandó que en el momento se publicase á presencia del pertinaz Pontífice la sustraccion á su obediencia, y que todos los vasallos del rey, así clérigos como legos abandonaran el servicio y la corte de Benedicto. El mariscal sitió la ciudad, y envió á decir que si no abrian las puertas quemaria las viñas y todas las posesiones que habia en las afueras. A consecuencia de esto, tuvieron consejo los ciudadanos sin anuencia del Pontífice, y despues trataron con el mariscal. Estipulóse que sus tropas entrarian en Aviñon, y podrian poner sitio al palacio pontificio, pero sin cometer la

menor violencia contra los cardenales ni los demás ciudadanos. Entretanto Benedicto recibió algunas tropas aragonesas, no del rey, porque se habia retraido sosteniéndose neutral, sino de Rodrigo de Luna, hermano del anti-papa, que las llevó por sí mismo (1).

Para que se vea cuanto habia perdido Benedicto su prestigio, hasta para con sus mismos cardenales, baste decir que se vió á un individuo del Sacro Colegio, vestido con la cota de malla, la espada ceñida y con el baston de comandante en la mano marchar en batalla al frente de las tropas contra aquel á quien hasta entónces habia reconocido como Papa. El mismo hizo fuego contra el palacio de Benedicto, y este fue herido de algunas piedras disparadas de un cañon. El cardenal guerrero, recibió á los dos dias un balazo que puso fin á su existencia.

Estaba para espirar el siglo XIV cuando Benedicto no queriendo ceder en su obstinacion, sostenia el sitio en su palacio. Dentro de la ciudad habia víveres suficientes por cerca de tres años, pero faltaba leña, justamente cuando se hallaban en lo más riguroso del invierno. Las enfermedades que se desarrollaron convirtieron aquel castillo, dice Bercastel, en un teatro de muerte y de desesperacion.

Aquella situacion era irresistible, y el anti-papa no veia medio alguno de librarse de ella, y así se resolvió á tratar la paz con el rey de Francia, para lo que medió el rey de Aragon que envió al efecto embajadores al rey Cárlos VI. Benedicto por último, ofreció renunciar el Pontificado, siempre que su rival hiciese igual renuncia. Obligósele á prometer que no impediria de manera alguna la union de la Iglesia, y no salir de su palacio de Aviñon, sin el consentimiento de los cardenales y de los príncipes que habian sido de su obediencia. Con esto despidió su guarnicion aragonesa, y el rey Cárlos le tomó bajo su proteccion, suministrándole todo cuanto pudiera necesitar, confiando la guardia de su persona y palacio á oficiales franceses.

Una revolucion rápida y no esperada por muchos, precipitó del trono á Wenceslao, en el año 1400, el dia 20 de Agosto, y cuatro dias despues los electores reunidos nombraron para sucederle á Roberto, conde palatino del Rhin.

En el curso de este mismo año, Ricardo II, rey de Inglaterra, que en el año anterior habia sido encerrado en una prision despues de haberse declarado él mismo indigno de reinar y de haber entregado el ce-

(1) Frois. vol. 4, c. 98.

tro y la corona á su primo hermano, el duque de Lancaster, que le sucedió con el nombre de Enrique IV, fue asesinado en su misma prision.

Entretanto el cisma continuaba porque no habian podido unirse los pareceres. La Inglaterra creia que el único remedio para extinguirlo de una vez era la convocacion de un concilio general. Lo que es indudable que el mónstruo estaba herido de muerte, y se veian ya las señales de su próxima muerte. Terminaremos la historia del siglo XIV, rechazando la opinion de los que han asegurado que ambos Papas se pusieron de acuerdo para conservar cada uno su parte en el Pontificado. Tal cosa no puede ser admitida por la crítica hablándose del pontífice Bonifacio IX.






Siglo quince
INOCENCIO VII
GREGORIO XII
ALEJANDRO V
JUAN XXIII
MARTIN V
EUGENIO IV
NICOLAS V
CALIXTO III
PIO II
PAULO II
SIXTO IV
INOCENCIO VIII
ALEJANDRO VI

SIGLO DÉCIMO QUINTO.

DESDE LA DECADENCIA DE LOS FAUTORES DEL GRAN CISMA DE OCCIDENTE EN EL AÑO 1400 HASTA TERMINAR EL PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI.

CAPITULO PRIMERO.

Reflexiones sobre la Historia.

Al terminar la historia del siglo XIV, concedimos á nuestra cansada pluma algunos dias de descanso. Con el ánimo tranquilo, y bajo el testimonio de nuestra conciencia que no nos acusa de habernos apartado un punto de la verdad, hemos reposado de nuestra fatiga, contemplando el dilatado camino que llevamos recorrido, y fijando la atencion en el que nos queda que andar para terminar la empresa que nos propusimos. Durante los dias de nuestro reposo, hemos presenciado hechos admirables que consignará la Historia, y en los que la Providencia reguladora de todos los acontecimientos humanos nos ha dado nuevas lecciones que no perderemos de vista. Pocos dias han bastado para que la faz de nuestra España haya variado por completo. La Europa no se ha repuesto todavía de la sorpresa que experimentara al ver hundirse una monarquía que se creia segura por sus sólidos cimientos, y sin embargo, el soplo de una revolucion tan veloz como terrible ha hecho desaparecer una dinastía dos veces secular (1). Aquel que tiene en sus manos la suerte de los imperios, que dá y quita las coronas, que concede ó niega la paz á

(1) Escribia el autor este capítulo á mediados del mes de Octubre de 1868.

los pueblos, segun que en el órden de su Providencia quiere bendecirlos ó castigarlos, se vale de medios las más veces desconocidos á los hombres, para la realizacion de sus fines. No es nuestro objeto examinar el cambio que la revolucion ha hecho en los destinos de nuestra amada patria, tanto porque aun no hemos tocado de lleno sus resultados, por hallarnos en un periodo de transicion, como por no ser asunto propio de la obra que escribimos y menos en la época que historiamos. Esperamos en Dios ocuparnos de él con la mayor detencion, si llegamos á publicar nuestra *Civilizacion Española*, obra para cuya redaccion hace años que venimos registrando archivos, y recogiendo preciosos documentos. Si ahora hacemos esta corta digresion, es por convenirnos, toda vez que nos va á suministrar una nueva prueba para la demostracion que vamos á hacer de que la obra de Jesucristo, esto es, la Iglesia está marcada con el sello de la divinidad.

«El cielo y la tierra pasarán, dijo el Salvador, pero mis palabras no pasarán (1).» Estas frases son el sosten de las esperanzas del católico. Jesucristo ha ofrecido la perpetuidad á la Iglesia: ¿cómo, pues, nos ha de admirar el que acrisolada por amigos y enemigos haya llegado hasta nosotros con su virilidad primitiva, renovando constantemente *su juventud como la del águila* (2)? ¿Cómo nos hemos de maravillar de que mientras el tiempo, enemigo de todos los poderes y de todas las instituciones, ó el espíritu de las tempestades *Spiritus procellarum* (3), palabras de la que hizo un uso profano la poesía en una de nuestras más célebres epopeyas modernas (4), echa por tierra los imperios más florecientes que semejantes al de Ciro, restaurado en vano por Alejandro, parece que querian desafiar á los siglos, haga inútiles esfuerzos por destruir el imperio del Cristo?—El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

En Roma, donde la exclavitud habia puesto su trono, lo fijó luego la virtud; en donde tuvieron su corte los ídolos, despues la tuvo la Cruz, que apareció enarbolada sobre la altura del Capitolio. Más de una vez hemos subido á aquel templo de las leyes cuya cima no se haya ya coronado por el de Júpiter Capitolino, y descendiendo despues en nuestro

---

(1) S. Mateo cap. XXIV, v. 35.
(2) Salmo CII, v. 5.
(3) Salmo, CVI, 25.—CXVIII, 8.
(4) El jigante de las tempestades, en el canto V de la *Lusiada* de Cauweur.

deseo de visitar las magestuosas ruinas de la famosa ciudad que habia conquistado el mundo con sus armas, contemplamos el foro envuelto en imponente silencio, sin que resonase la voz de Ciceron y de Hortencio. No habia asientos ni tribuna, ni sabios oradores de cuyos labios estuviese pendiente un pueblo inmenso, ni siquiera un guardia pretoriano que nos permitiese ó negase la entrada. ¿Dónde está, exclamábamos, la antigua grandeza del imperio? ¿Dónde está aquel poder que absorvia todos los poderes? ¿Dónde aquella humanidad que humillada se postraba al pié del Capitolio para servir de alfombra á los soberbios Césares? ¡Ah! ¡El tiempo!... ¡El tiempo que con una mano destruye y con otra edifica sobre sus mismas ruinas!

Un dia nos hallábamos entregados á nuestras meditaciones en las alturas de la Trinidad del Monte, allí donde meditaron tantos poetas, donde Chateaubriand sintió las mayores emociones. Era justamente una época memorable. Habíamos pasado por Francia cuando sobre las ruinas de una monarquía se levantaba la república que luego dió paso al imperio. Habíamos atravesado los pequeños Estados de la Italia que se desmoronaban y entraban á formar parte del nuevo reino. No hubo un trono que más ó menos no se bambolease. El mónstruo de la revolucion se hallaba en todas partes. El sarcasmo y la ironía habian sucedido al respeto y veneracion de los monarcas, y sobre el derecho divino posaba su planta el derecho de los pueblos. La razon y la justicia, la verdad hija del cielo, hallaban poco favor entre los espíritus frívolos ó preocupados. Es indudable; no caen los tronos ni se derrumban los imperios sin el mandato de Dios. La Providencia dispone los sucesos, y Aquel mismo que ha dicho solemnemente: «Por mí reinan los reyes y los legisladores decretan sabias leyes (1),» castiga á los monarcas cuando se separan de las sendas de la justicia, y á los pueblos cuando olvidan y conculcan todos sus deberes menospreciando y persiguiendo á los legítimos poderes. No examinamos los hechos de la Providencia, sino que los acatamos y veneramos.

Cuando en aquellos dias de tristes recuerdos nos hallábamos entregados á nuestras meditaciones en las alturas de la Trinidad del Monte; cuando reflexionábamos sobre la instabilidad de las cosas humanas; cuando abrigábamos temores no por el Pontificado católico que está á más altura que el alcance de los poderes de la tierra, sino por el por-

---

(1) Proberv. VIII—15.

venir de Roma, dos objetos destacaban á nuestra vista cual dos gigantes que velaban. El uno aparecia á nuestro frente. Estaba al otro lado del Tiber, de aquel Tiber que sirvió de tumba al orgulloso Maxencio; de aquel Tiber cada una de cuyas olas lleva en sí el recuerdo de un crímen. Era un templo bajo cuya magestuosa cúpula que ha inmortalizado el genio de Miguel Ángel, se conservan los cuerpos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del primer Vicario de Jesucristo, que entró en la soberbia capital de los Césares, para empezar la obra de la destruccion de sus ídolos, y del celoso apóstol de los gentiles. Entónces nos pareció oir una voz que nada tenia de humana, y que repetia estas palabras: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* A nuestra izquierda aparecia entre las imponentes ruinas de la Roma antigua su célebre Circo, donde primero derramaron su sangre los gladiadores en aquellas horrorosas hecatombes que llenaban de placer á una sociedad reputada la más culta, y luego vertieron la suya por espacio de tres siglos, los defensores de la doctrina de Jesucristo. ¡Oh! ¡Qué consuelo experimentó nuestra alma á la contemplacion de aquellos dos grandes monumentos que con elocuente silencio, enseñan más que cuanto puede aprenderse en las más sublimes obras del ingenio humano.

En efecto: ¿quién duda que el imperio romano era la servidumbre en toda su extension? ¿Quién se hubiera atrevido ante el poder aterrador de los Césares á hablar de derechos, á exigir garantías? Allí se realizaba la servidumbre universal, porque el imperio no conocia límites. Un hombre sólo era el todo en él y este hombre podia hacer á sus siervos impunemente todas las injurias que tuviese á bien. Este era el estado de la tiranía sin limites. Reservado estaba á Jesucristo traer al hombre el gran beneficio de la libertad, de esa libertad que le permite hablar, escribir, discutir, defender la magestad de Dios y los derechos de los hombres. La libertad cristiana está basada sobre la fe, sobre el amor, sobre la verdadera fraternidad, en una palabra, sobre esta frase tan bella como sublime: *Amaos los unos á los otros.* Por esto Roma, centro de la mayor tiranía, fue luego por disposicion divina cuna de la verdadera libertad, de la libertad evangélica, que sociedades corrompidas han querido convertir en licencia. ¿Y volverá á ser Roma cátedra de errores, y foco de tinieblas, despues de haber esparcido por espacio de diez y ocho siglos los más brillantes rayos de luz en todas direcciones? Hace diez años, los apóstoles de la democracia social anunciaban que se habia hundido para siempre con Pio IX el trono de San Pedro, y que con el papado caia

tambien el catolicismo. M. Proudhom que creia llegada esta hora, daba este sacrílego grito de triunfo. «se murió el perro, se acabó la rabia (1).»

Los *carbonarios*, dignos sucesores de los *jueces-francos* y de los *fracmasones*, habian concebido el plan y lo habian desarrollado á las mil maravillas. ¿Quiénes eran los carbonarios? Sociedades secretas reunidas para el crímen, y ligadas por terribles juramentos. Estas sociedades declararon guerra de exterminio no tan sólo á los tronos y á los altares, sino tambien á todo el órden social. Desde entónces no han faltado en Italia, en Francia y hasta en nuestra católica España, quienes esgrimiendo las armas del escarnio han atacado no sólo los derechos del poder, sino aun los dogmas de la Religion, coronando de este modo la impiedad su obra de destruccion. Empero volvamos á nuestro propósito. La filosofía del siglo XIX, que se ha erigido á sí misma en tribunal soberano para aprobar ó desaprobar las creencias, para conservar ó destruir las instituciones, segun que pueden ó no contribuir á sus fines, ha echado por tierra todo cuanto le ha estorbado, pero nada ha podido contra el Papa, entidad moral, gran pirámide de la Iglesia católica contra la cual se estrelló el mismo Napoleon en medio de su gloria. Verdad es que más de una vez el Papa ha tenido que abandonar á Roma, y el mismo Pio IX, Santo Pontífice, cuyo reinado viene siendo un verdadero calvario tuvo que abandonar la capital de sus Estados para hacer paso á una especie de *directorio*, como poder ejecutivo, parodiando de este modo Roma á Paris, como decia oportunamente el sabio vizconde de Arlincourt. La asamblea que se formó inmediatamente declaró que el Papa quedaba privado *para siempre jamás* de su poder temporal, proclamando despues desde lo alto del Capitolio la república, *la santa*, *la gloriosa república*, porque achaque viene siendo de las modernas escuelas bautizar con tales epitetos, todas las defecciones de la inteligencia humana. ¡Cuán grandes son los designios de la Providencia! Creemos haberlo recordado en otra ocasion: la república francesa ahogó á la república de Roma, bien que luego la misma Francia desechó lo que con ardor habia aclamado. Consignado está en la historia el magnífico triunfo que alcanzó Pio IX, y su entrada triunfal en la ciudad de las siete colinas. Con el mayor placer nos detendremos en estos detalles cuando historiemos su Pontificado si el Señor nos presta vida para dar cima á nues-

---

(1) Morte la bête, mort le venin. Confesiones de un revolucionario, pág. 250 y 251.

tro trabajo. No adelantaremos pues, ahora, los sucesos que entónces deberemos narrar; empero séanos lícito recordar aquí las palabras dirigidas por Napoleon á Pio VII. «¡Oh Santísimo Padre! Vuestra Santidad «tiene almas; yo no tengo más que cuerpos, Vuestra Santidad está cien «piés más alto que yo.» Conviene hoy no olvidar estas significativas palabras pronunciadas por el gran conquistador. Nuevos trastornos podrán arrancar de Roma una vez más al Vicario de Jesucristo, pero el trono de Pedro contra el que se estrellan todas las tempestades humanas, subsistirá hasta la consumacion y el fin. No solamente venció á la idolatría, sino que ha vencido siempre al poder que todo lo vence, al tiempo.

Ya hemos visto todos los acasos que contra sí ha tenido la Iglesia, en el curso de catorce siglos y hemos de ver los que han tenido lugar en cerca de otros cinco. La historia de los Sumos Pontífices nos demuestra de que hilo tan delgado ha estado siempre pendiente la suerte de ese trono rodeado de enemigos y siempre firme á pesar de todos ellos como nota Lacordaire. Siempre han existido planes hábilmente proyectados con el fin de destruirlos: pero qué se ha hecho de los Voltaires y Federicos II, y de los modernos Mazzini, Sterbinis, Giobertis, Mamianis y Caninos? ¿qué de los Comfortes, Carduscis y Pepés? Aun viven algunos que vuelven á formar quiméricos planes, creyendo que podrán destruir hoy lo que no pudieron destruir ayer.

A las preocupaciones filosóficas, á las lamentables preocupaciones de los pueblos y de los tiempos modernos, no oponemos más que la historia. Ella sola, sus monumentos indelebles, sus magníficas lecciones, son luces resplandecientes que iluminan nuestro espíritu para que no confundamos el error con la verdad, el egoismo con la caridad, las luchas de la ambicion con el santo amor de la patria, la licencia con la libertad, don sublime que descendió del cielo y que debimos al Salvador. Hemos narrado fielmente la Historia de la Iglesia en sus catorce primeros siglos. Ha habido Papas defectuosos y que han errado en las cosas pertenecientes al tiempo: han existido luchas interiores y exteriores, ha habido escándalos y cismas que han desgarrado el seno de nuestra amorosa madre la Iglesia. El gran cisma de Occidente del que llevamos historiada una parte, hubiera sido suficiente para concluir con ese trono sostenido en el dedo de Dios, si este reino se asemejase en algo á los demás reinos de la tierra. Sin embargo, se ha sostenido y se sostiene. ¿Qué fue necesario para que se hundieran antiguas dinastías? Sólo que los pue-

blos hayan dicho, queremos. «No nos fijaremos ahora en el imperio de Alejandro formado sobre las ruinas de todos los demás, ni en las repúblicas de la Edad media, pues que abundantes ejemplos tenemos en los modernos tiempos, y que no citamos ahora porque están en la memoria de todos y porque respetamos el infortunio y la desgracia. ¡Oh, cuanto puede la voluntad de un pueblo! ¡De cuánto son capaces los poderes de la tierra! Pero á pesar de esto en la obra de destruccion del trono del Vicario de Jesucristo, ¿á qué altura nos hallamos? ¿Cuáles han sido los resultados producidos por los trabajos del espíritu filosófico? Todos pueden reducirse á este guarismo—cero. Por esto no se debilita nuestra esperanza, si bien atormenta nuestro corazon, el observar que la verdad en la época aciaga que atravesamos, sólo encuentra á su alrededor débiles y tímidos ecos, al par que el error tiene en todas partes, elocuentes panegiristas y denodados campeones.

Es indudable que la libertad de pensar ha crecido con la corrupcion de las costumbres. Los libres pensadores de Inglaterra acudieron en tiempo en auxilio de la debilitada escuela de Bayle. Humo en la Gran Bretaña y Voltaire en Francia adelantaron tanto que eclipsaron los nombres de Muratori, Tiraboschi, Tillemont y Le Beau. Al par que unos escritores han querido reducir á Jesucristo á la simple categoría de un sabio como Pitágoras, Numa ó Zoroastro, otros han querido hacer su mito del Salvador de los humanos. Cada uno por distinto camino se han dirigido al mismo fin; á destruir el catolicismo, á echar por tierra el trono que cual muro de bronce resiste sin moverse todas las tempestades. La incredulidad, madre del ateismo, no ha hecho otra cosa que acumular ruinas, semejante á los grandes terremotos que todo lo destruyen, sin dejar cosa alguna en su lugar. Estas reflexiones tan verdaderas son suficientes á destruir el orgullo humano, y á curar la incredulidad de los llamados espíritus fuertes. ¿Podrán los modernos anarquistas conseguir lo que no han podido alcanzar tantas generaciones?

Concluyamos, consignando que á pesar de tantos esfuerzos, el catolicismo tiene superioridad numérica: el islamismo cuenta cien millones de adeptos, el cisma griego sesenta, el protestantismo cada dia mas debilitado no pasará hoy de cincuenta en sus diversas ramificaciones; en tanto que el catolicismo cuenta cerca de doscientos millones de almas sujetas á la obediencia del Pontífice romano. Además, ni el islamismo, ni el cisma griego, ni el protestantismo han podido ni podrán jamás crear un Pontificado. Tiene tambien superioridad de independencia nota Lacor-

daire, porque ninguna ciudad espiritual conserva inviolable el santuario del alma, excepto la Iglesia católica, la cual á fuerza de derramar por esta causa su inagotable sangre, ha salvado de todo yugo su palabra y su accion, y merecido ser en la tierra el antemural del derecho y el suelo vírgen de una santa libertad (1).

Razoanble es pues que permanezcamos con la Iglesia, firmes sobre la magestuosa piedra en que está fundada. No preocupan nuestro ánimo las cosas que pertenecen únicamente al dominio del tiempo. Repetimos que hemos registrado escándalos y que aun los recorreremos en el curso de nuestra Historia, pero todos ellos entran en el órden particular de la Providencia de Dios para con su Iglesia. Apesar de ellos, la barca aunque ha parecido zozobrar no se ha hundido y jamás se hundirá. En ella firmes, estaremos en la verdad, y la verdad es Jesucristo, y Jesucristo es Dios. Vamos ya á continuar nuestra interrumpida narracion.

(1) Lacordaire. Serm. en N. Señora de Paris año 1835. Ser. 12.

CAPITULO II.

El emperador Manuel Paleólogo hace un viaje á Occidente.—Bayazeto es vencido y hecho prisionero.—Jubileo secular en Roma.—Vuelven á esparcirse los errores de Wiclef.—Juan Hus.—Evasion y restablecimiento de Benedicto XIII.—Muerte de Bonifacio IX.—Eleccion de Inocencio VII.—Sus bellas cualidades.—Perfidia de Ladislao, rey de Nápoles.—Alberico Barbiano invade los estados de la Iglesia.—Promocion de cardenales.—El Papa se refugia en Viterbo.

Ocupados en narrar el funesto cisma de Occidente, hemos perdido de vista el Oriente que presentaba tambien un estado triste y lamentable. Este imperio puede decirse que casi se hallaba reducido á Constantinopla. Manuel Paleólogo, hijo segundo del emperador Juan, nacido en 1341 y asociado al imperio por su padre en 25 de Setiembre de 1373, en perjuicio de su hermano mayor Andrónico, le sucedió en 1391. Cuando ocurrió la muerte de su padre hallábase en la corte del sultan Bayazeto, que fue el primero que obtuvo entre los otomanos este título de sultan, representante de los antiguos califas (1). Inmediatamente que supo aquel acontecimiento se evadió secretamente y se presentó en Constantinopla donde fue reconocido emperador con universal regocijo. Irritóse sobremanera el sultan al saber su evasion y sin perder tiempo pasó á Tracia, saqueando cuantos pueblos encontró á su paso y atacó á Constantinopla, cuyos habitantes se vieron reducidos á la mayor miseria, por habérseles interceptado los víveres. Sin embargo, deseando hacer la guerra á la Hungría, se retiró ofreciendo que volveria despues que hubiese terminado aquella expedicion. En efecto, no tardó el sultan en cumplir su palabra. En 1397 apareció nuevamente delante de la ciudad, sitiándola y segura-

(1) Calch. l. 2, p. 14; Juv. p. 143.

mente la habria tomado: pero el gran visir, que no se hallaba bien informado del estado de la Europa, le inspiró serios temores, diciéndole en virtud de falsos informes que le habian dado, que se preparaba una cruzada para defender á Constantinopla ó recuperarla si antes caia en poder de ellos. Entónces creyó mas prudente y menos expuesto el entrar en negociaciones, é hizo la paz bajo las siguientes condiciones establecidas por el mismo Bayazeto: 1.° que se le pagasen diez mil monedas de oro cada año; 2.° que se edificase en Constantinopla una mezquita para los musulmanes; y 3.° que estos tuviesen un cadí, nombrado por el sultan, para entender en sus pleitos y cuestiones. Mas como quiera que Bayazeto no hubiese renunciado á su idea de tomar á Constantinopla, sino que únicamente la aplazaba por temor á la supuesta cruzada, pensó en los medios de apoderarse de la ciudad no por fuerza de las armas, sino por medio de un tratado. Un sobrino del emperador Manuel, llamado Juan, hijo de Andrónico, hizo con Bayazeto el pacto secreto de cambiar la capital por la Acorea, si conseguia el que su tio le asociase al imperio. Engreido por esta idea el sultan, obligó á Manuel á que admitiese á Juan por colega, lo que se verificó en efecto el 4 de diciembre de 1399: pero en todo pensó el nuevo emperador menos en cumplir la palabra que habia empeñado con el musulman, por lo cual éste resolvió atacar nuevamente á la capital.

Manuel Paleólogo que por medio de cartas habia ya implorado el auxilio de los occidentales, determinó solicitarlo en persona. En 1400 se embarcó con destino á Venecia, pasó por Milan donde fue recibido con grandes honores por el duque Galeazzo Visconti y entró en Paris el dia 3 de Junio. El rey Cárlos VI, que se hallaba muy aliviado de su enfermedad, salió á recibirle á las puertas de la ciudad, y el emperador griego hizo su entrada con una pompa extraordinaria, mayor que la que hubiese podido ostentar en la capital de su imperio. A esto solo se redujo el éxito de su viaje, pues en el tiempo que permaneció en Francia, ni en una corta temporada que pasó en la Gran Bretaña, no adelantó cosa alguna en favor de sus intereses. Más ganaron los pueblos cuyo auxilio pretendia, pues como nota oportunamente Bercastel, acompañaban á Paleólogo muchos sabios que esparcieron en Europa las semillas y el gusto de la literatura, dando á conocer los libros de la Grecia, haciendo que fuesen apreciados é imitados todos los buenos autores de la antigüedad (1).

(1) Bercastel. Lib. XLVII. n. 2.

Aunque, como decimos, nada pudo conseguir el príncipe griego de los latinos, como no fuese algun socorro en dinero, que no era seguramente lo que necesitaba para vencer á los otomanos, Dios quiso aun presentar á aquel imperio un nuevo y último medio de salvacion. Merecedores se habian hecho los griegos de los castigos de la Providencia por su temeridad en el cisma, pero plugo al Señor mostrarles una vez más que su misericordia excede al número de las culpas de los hombres.

En 1401, Paleólogo dispuso regresar á su patria con pena en el corazon por la inutilidad de sus esfuerzos cerca de los latinos. Era emperador de Mogol y señor de casi toda el Asia, Tamerlan ó Timur el Cojo, de la raza de Genghiskan. A este habia acudido tambien en demanda de auxilio Paleólogo antes de dirigirse á los occidentales, aunque con poca confianza de recibir su socorro. Sin embargo, el fue él único que se lo prestó. Declarándose protector de Bayazeto, envió á decir al otomano que dejase de inquietar á su protegido, restituyéndole cuantas provincias le habia usurpado. Con tanto desagrado recibió el otomano el aviso, que llegó en su furor á tratar á los embajadores del modo más indigno, colmándolos de ultrajes. Este exceso tuvo el resultado que podia esperarse. Ambos contrarios se encontraron trabándose entre sus gentes una de las más sangrientas batallas que registran los fastos de la historia, quedando Bayazeto prisionero, y derrotado su ejército (1402). El vencedor quedó dueño de toda la Natolia, redujo á cenizas algunas ciudades y taló todo el pais hasta el Bósforo de Tracia: pero usó de gran moderacion con su prisionero, en términos que se disponia á concederle la libertad: pero Bayazeto murió de pesar y sentimiento antes de haberla obtenido.

Algunos años despues de estos sucesos, el emperador Manuel pudo celebrar un tratado bastante ventajoso con Soliman I, sucesor de Bayazeto, cuyo tratado respetaron los sultanes Chelebi y Mahometo I, que dejaron en reposo el imperio griego durante sus reinados.

Como principio de siglo, se abrió en Roma el jubileo secular. Con este motivo hubo en aquella ciudad una concurrencia inmensa de fieles entre los que se contaban á miles de la obediencia de Aviñon, ó sea de Benedicto XIII. El rey de Francia, Cárlos VI, prohibió con grandes penas el hacer el viaje á Roma, pero esto no sirvió de rémora á la devocion general, pues que todos deseaban ganar la indulgencia, lo que les hizo desobedecer el mandato real. Como quiera que en aquellos dias la peste causaba grandes estragos, murieron la mayor parte de los peregrinos en tan piadosa expedicion.

En medio de aquella devocion general que inspiraba el Jubileo de Roma, aparecieron nuevas herejías ó se renovaron las antiguas. Con la muerte de Wiclef no habian concluido sus groseros errores: antes por el contrario se extendian principalmente por Inglaterra, por cuya causa el obispo de Cantorberi celebró un concilio en Lóndres desde el 25 de Enero hasta el 8 de Marzo de 1401, en el cual se mandó que fuesen buscados los wiclefistas y puestos á disposicion del obispo diocesano para entregarlos en caso de obstinacion al brazo secular. Como quiera que el decreto se cumplió en un sacerdote que fue públicamente quemado en Smithteld, los demás sectarios procedieron con cautela, pero si bien dejaron de dogmatizar públicamente, lo hacian en secreto.

Uno de los que más contribuyeron en esta época á extender los errores de Wiclef, fue Juan Hus, sacerdote de Bohemia, que predicaba diariamente en una iglesia fundada por un rico ciudadano de Praga. Empezó Hus á anunciar con algunos preámbulos al principio y despues descaradamente las doctrinas de Wiclef, ponderando su excelencia y celebrando las grandes virtudes de su autor, cuya suerte eterna, decia, deseaba para sí. Como los pueblos son por lo comun amigos de novedades, empezó á verse rodeado de numerosos concursos de todas las clases de la sociedad, y el nuevo heresiarca añadió á los errores de Wiclef los de los waldenses. No tardaremos en ver los funestos frutos que recogió de sus predicaciones.

El anti-papa Benedicto XIII que continuaba sitiado en el castillo de Aviñon, consiguió evadirse en 1403. La Francia no persistiendo en el partido que habia tomado volvió nuevamente á su obediencia. La evasion del anti-papa, la refieren algunos historiadores de este modo: Dicen que el condestable de Aragon, D. Jaime de Prades, deseando librarle, abrió un boquete en la casa contigua á la prision y que por allí salió una mañana sin ser visto hasta las orillas del Ródano, donde era esperado por el cardenal de Pamplona con alguna gente armada, y una barca en la cual se trasladó á Chateau—Reynard. Empero la opinion mas seguida es la de que, su custodia estaba confiada á soldados normandos, con cuyo motivo un caballero de aquella provincia llamado Roberto Braquemont hacia frecuentes visitas á Benedicto, lo que sin dificultad le permitian los soldados compatriotas suyos. Estas visitas las hacia generalmente á la caida de la tarde. El dia 11 de Marzo de 1403 al anochecer salió con el antipapa disfrazado como si fuese uno de su familia, sin que los guardas sospechasen tuviesen la menor sospecha. A alguna distancia de Aviñon

aguardaba una escolta de quinientos hombres preparada de antemano por Roberto, la cual condujo á ambos á Chateau--Reynard, que era una pequeña fortaleza. Benedicto llevó consigo cuantos papeles podian convenirle.

Gran sorpresa causó en Aviñon esta fuga. Temerosos del rey los guardas salieron con los cardenales de Pamplona y de Tarragona. Los mismos que se habian mostrado enemigos del anti-papa trataron de congraciarse con él, debiendo decirse en honor de la verdad, que se mostró con mucha generosidad, prometiendo olvidar cuanto habia pasado.

Uno de los primeros cuidados de Benedicto, al verse libre de su prision, fue escribir á la universidad de Paris, reclamando la obediencia que, decia, le era debida, y mandó una embajada de dos cardenales cerca del rey Cárlos VI. Este los recibió en audiencia en presencia de los príncipes. El cardenal de Malesec, que era uno de los embajadores, tomó la palabra manifestando que la sustraccion de la obediencia en vez de contribuir á extinguir el cisma, habia servido para aumentar el escándalo y la confusion, añadiendo que Benedicto ofrecia atenerse á lo que arreglase el consejo del rey y de los príncipes á los que elegia por árbitros de todos sus intereses.

No se atrevió Cárlos VI á deliberar en el momento, y remitió el asunto á una asamblea del clero en la que hubo diversas opiniones. Mas como el duque de Orleans advirtiese que la mayoría estaba por Benedicto, alcanzó una órden del rey para que inmediatamente se procediese á la votacion contándose los votos. Dando este medio el resultado que él habia previsto, presentó al rey las listas en las que se veia que la mayoría condenaban la sustraccion de la obediencia. Entónces Cárlos VI, en presencia del clero y de los grandes, hizo juramento de reconocer en adelante á Benedicto como verdadero vicario de Jesucristo en la tierra, y de hacer que fuera reconocido en todos sus Estados. Cantóse en seguida un *Te-Deum* y el sonido de todas las campanas de Paris anunciaron este reconocimiento, con gran contentamiento de los partidarios de Luna, y disgusto de sus contrarios. La universidad que hasta entónces habia resistido, obedeció el decreto del monarca. El rey de Castilla restituyó tambien la obediencia á Benedicto, pero con la precisa condicion de que se habia de celebrar prontamente un concilio general en el cual se decidiese y declarase cual era el verdadero Papa. La Inglaterra permaneció en la obediencia del papa Bonifacio IX.

El anti-papa que habia pasado despues de tantas humillaciones al col-

mo de la grandeza, empezó á hacer injustas exacciones, y á declarar vacantes todos los beneficios que se habian provisto durante el tiempo de la sustraccion. El arzobispado de Tolosa para el cual habia sido elegido Vidal de Castemoron, estuvo tambien en este caso. Benedicto le declaró vacante, nombrando para esta Silla al obispo de San Pons, Pedro Ravot, uno de sus más ardientes partidarios (1).

Irritado justamente el rey con este proceder, y deseoso de calmar la agitacion general que habia causado, expidió una órden declarando que confirmaba todas las provisiones que habian sido hechas durante el tiempo de la sustraccion, y mandando al mismo tiempo que cesasen las injustas exacciones que Benedicto venia imponiendo al clero. El anti-papa concedió todo lo que se le pedia, acatando el mandato del monarca.

Es indudable que Benedicto no estuvo jamás dispuesto á procurar la paz de la Iglesia, á la que debió haber sacrificado su ambicion, pero siempre hizo por manifestar lo contrario. Despues de los sucesos que acabamos de narrar, envió á Roma cinco embajadores, despues de haber obtenido para ellos un salvo conducto de Bonifacio y de los romanos. Hubo dos conferencias, la primera muy templada, pero la segunda borrascosa, en términos de haber pasado al terreno de las injurias los de uno y otro partido. Bonifacio concluyó por decir que él era el verdadero Pontífice, y Pedro de Luna en intruso. Bonifacio que gozaba de muy poca salud, fue acometido de resultas del disgusto de una fiebre que acabó con su vida el dia 1.° de Octubre de 1404, despues de haber gobernado la Iglesia 14 años y 11 meses. Asegura Novaes (2), que para curarle los médicos el mal de piedra que le atormentaba, le propusieron un remedio que si podia ser eficaz era seguramente deshonesto, y que el Papa quiso más bien morir castamente que vivir culpable de impureza. Este hecho habla muy alto en favor de este Pontífice calumniado por los escritores partidarios de Benedicto.

Muchas aflicciones hubo de experimentar el papa Bonifacio á causa del cisma que no pudo ver terminado. Cuatro años ántes de su muerte los Colonna y Honorio Gaetani, hicieron lo posible por apoderarse de su persona, lo que hubiesen conseguido sino hubiese sido por la fidelidad y valor de los centinelas del Capitolio que rechazaron á los rebeldes. A través de tantos disgustos tuvo la satisfaccion en 1400 de ver á Ladislao

(1) Jov. p 144.
(2) IV, 268.

dueño por fin de Nápoles, gracias á los socorros que le habia enviado. Este príncipe le dió repetidas pruebas de verdadero reconocimiento.

«La necesidad de atemorizar al anti-papa, dice Montor, de defenderse de sus secuaces, y recobrar las tierras de la Iglesia tan maliciosamente usurpadas, le obligó á procurarse dinero por varios conductos. No puede decirse obraba de tal modo por avaricia, pues á su muerte no se encontró en sus cajones más que un sólo florin de oro.»

Por su muerte la Santa Sede quedó vacante 15 dias.

En vano los cardenales embajadores de Benedicto, suplicaron á los de la obediencia de Bonifacio, que suspendiesen le eleccion como el mejor medio de terminar el cisma. Reunióse el cónclave compuesto de siete cardenales, los cuales eligieron por sucesor de Bonifacio IX al cardenal Cosme de Migliorati, el que habiendo aceptado la tiara, tomó el nombre de

INOCENCIO VII. Era perteneciente á una familia honrada, pero de escasa fortuna, y habia nacido en la ciudad de Abruzo en el reino de Nápoles. Habia ejercido en su juventud el oficio de notario en Cápua: despues se dedicó al estudio de las leyes en Bolonia, recibiendo el grado de doctor. El papa Urbano VI reconociendo sus cualidades y talento poco comun, le tomó á su servicio, y como abrazase el estado eclesiástico, le nombró auditor de la Rota, y más tarde procurador de la cámara. El papa Urbano le confirió el arzobispado de Ravena, y Bonifacio IX le creó cardenal, confiando á sus cuidados los más grandes negocios. A su sólida instruccion unia una modestia singular, una dulzura inalterable, y una gran pureza de costumbres, en suma, todas aquellas cualidades que hicieron de él un Papa perfecto. En el cónclave se obligó cada uno de los cardenales bajo juramento á sacrificar su propia grandeza si era necesaria á la paz de la Iglesia, con tal que Pedro de Luna se conviniese en renunciar tambien libremente al Pontificado.

La eleccion del papa Inocencio tuvo lugar el 17 de Octubre de 1404.

Como Ladislao, rey de Nápoles, supiese que Inocencio estaba resuelto á cumplir el juramento hecho en el cónclave, temió que si éste se verificaba fuese elegido un Papa favorable á su competidor Luis de Anjou, y así decidió al Papa, para asegurar su vacilante corona, á que declarase por medio de una constitucion que no firmaria tratado alguno de paz, sin que se estableciese como preliminar que Ladislao seguiria en la posicion pacífica de los Estados que disfrutaba. Bien pronto el papa Inocencio tuvo que arrepentirse de la predileccion con que habia mirado á su

pérfido protegido, el cual pensando únicamente en sí mismo y en su propia grandeza, y ocupado tan sólo de sus intereses, invadió el territorio de la Iglesia, co etiendo acciones censurables. Bajo el pretexto de defender á Inocencio de los insultos de los romanos, pasó Ladislao á Roma con tropas, promoviendo allí facciones en vez de restablecer la tranquilidad. Su objeto era reducir al último apuro á aquel venerable anciano, para apoderarse bajo el pretexto de proteccion de la administracion pública. Los romanos por él excitados, hacian al Papa exigencias las más inconsideradas, hasta el punto de haberles dicho en una ocasion Inocencio; «¿Quereis por ventura hasta nuestros propios vestidos?» Desprendido de todas las cosas el Santo Pontífice, todo lo hubiese dado, y hasta sus propias vestiduras, mejor que tolerar las injurias que ultrajaban su dignidad. Sin embargo, para atraer á Ladislao no usó mas que de medios suaves.

Alberico Barbiano, condestable de Nápoles y feudatario de la Santa Sede, se apartó de la fe prometida, y de improviso ocupó algunos lugares de Bolonia, haciendo lo posible por apoderarse al mismo tiempo de la ciudad. Inocencio que quiso reprimir tal insolencia, escribió á los gobernadores de los Estados de la Iglesia, ordenándoles bajo pena de excomunion que nadie facilitase ayuda ni socorro á Barbiano, y mandando al mismo tiempo que todos los habitantes se armasen contra él en el momento en que fuera llamado por el cardenal-legado. Nuevos disgustos resultaron para el Santo Padre cuando el cardenal-legado Baltasar Coscia, quiso tomar de nuevo posesion, pues se declararon algunos revoltosos en Forli, rehusando la obediencia.

En una sola promocion, Inocencio duplicó el número de sus cardenales, y entre los once de nuevo creados, hubo cinco de sólo la ciudad de Roma, con lo que quiso conciliarse su afecto, lo que no pudo conseguir, de suerte, que pareciéndole peligrosa su residencia en la ciudad, huyó á Viterbo, siendo tan sofocante el calor, que algunos de los de su comitiva murieron de sed. Esta salida del Papa, de Roma, tuvo lugar en 1405.



CAPITULO III.

Falsedades de los embajadores de Aviñon.—Celo extraordinario de San Vicente Ferrer.—La beata Coleta.—Muerte de Inocencio VII.—Gregorio XII, papa.—Concilio de Paris.—Negociacion entre Gregorio XII y Benedicto XIII.—Fuga de Benedicto.—Toma Francia el partido de la neutralidad.—Nuevos concilios.—Apertura del concilio de Pisa.—Embajadores de Roberto de Baviera en el concilio.—Se retiran apelando á Jesucristo y á otro concilio general.—Sustraccion de las dos obediencias decretadas por el concilio.

Siete meses duró la permanencia del papa en Viterbo, no saliendo de aquel punto hasta que Pablo de Ursini al frente de los güelfos, hubo arrojado á los napolitanos. Faltos de buena fe los embajadores de Aviñon y deseosos de favorecer á Benedicto, fueron por todas partes dando falsas noticias acerca de su embajada. Buen cuidado habian tenido de no pronunciar en las conferencias una sola palabra acerca de la cesion, motivo por el cual el papa Inocencio se vió desobligado de su palabra. Poco favor hicieron sin embargo á Benedicto las artificiosas relaciones de aquellos, pues que no habia quien no las tuviera al ménos por artificiosas. Empero el anti-papa, ganoso de hacer creer que deseaba la terminacion del cisma, manifestó que deseaba él mismo ir á Roma para ponerse de acuerdo con el papa Inocencio. Era entónces el año 1405. Llegó hasta Génova y pidió desde allí á Bonifacio un salvo-conducto que le fue negado. Bien sabia que no se le habia de conceder, pero no deseaba él otra cosa para llevar adelante sus planes, haciendo ver en la corte de Francia que no en él sino en el Papa de Roma consistia el que no se pusiese término á los males que experimentaba la Iglesia.

Dios que vela por ella, dispuso que á través de tan extraordinarios trastornos, apareciesen héroes admirables de santidad que sostuviesen con su ejemplo la fe de los fieles. San Vicente Ferrer, del que ya

hemos hablado, recorria todos los paises de Europa evangelizando, y tal era su celo que por do quiera que iba se multiplicaban las conversiones, cediendo los mayores pecadores á la fuerza de su elocuencia. Semejante á San Antonio de Padua, taumaturgo del siglo XIII, puede decirse de San Vicente Ferrer, que su lengua era una espada de dos filos, que destrozaba todos los errores, y hacia brillar la verdad del Evangelio. Recibió de Dios el don de lenguas de un modo tan maravilloso, que predicando en español, era entendido perfectamente de las gentes de diversos paises que componian sus numerosos auditorios.

Tambien floreció por el mismo tiempo la beata Coleta, hija de un artesano de la diócesis de Amiens. Habia permanecido por algun tiempo en el estado de reclusa, y como despues se propusiera restituir el órden de San Francisco á su primitivo esplendor, fue á visitar á Benedicto, al que creia Papa legítimo, para obtener de él el correspondiente permiso, y que le facilitase los medios para llevar á cabo su proyecto. El Papa de Aviñon que á la sazon se hallaba en Niza, la escuchó atentamente, y comprendiendo que era inspirada de Dios y que se hallaba adornada de grandes virtudes, le dió permiso para que dejando la órden tercera, pasase á la de Santa Clara, y trabajase segun sus deseos en la reforma tanto de los frailes menores como de las monjas clarisas. Esta santa reformadora del órden de Santa Clara, habia nacido en Flandes, y murió llena de virtudes en 6 de Marzo de 1447. Durante su vida habia merecido los elogios de los más santos personajes de su tiempo, particularmente de San Juan de Capistrano, del que se conserva una carta dirigida á Coleta, en que se ve el particular aprecio que hacia de las raras cualidades de esta admirable vírgen.

En 21 de Octubre de 1404 se habia celebrado en Paris un concilio, en el cual se establecieron diferentes artículos para la conservacion de los privilegios durante el cisma: el primero dice así: «los monjes de Cluni, y de Cister y todos los demás exentos, lo mismo regulares que seculares, procederán en su gobierno al modo que lo hacian ántes de la neutralidad; pero los exentos que no tengan otro superior que el Papa, serán confirmados por el obispo diocesano.»

Juan de Eslamestorps, arzobispo de Brema, celebró un concilio en Hamburgo en 1406, con tres obispos sufragáneos suyos, en el cual se condenó la opinion acreditada entre el vulgo, *de que morir con el hábito de San Francisco, era asegurarse la vida eterna.*

El deseo que tenia el rey de Francia de ver terminado de una vez el

cisma que afligia á la Iglesia, le hizo poner este asunto en manos de la asamblea del clero de Francia, convocándose al efecto para el mes de Noviembre. Entretanto ocurrió la muerte del papa Inocencio VII, que terminó su vida el dia 6 del dicho mes de Noviembre de 1406, cuando contaba 68 años de edad, y despues de haber gobernado la Iglesia dos años y veinte y un dias. Su cadáver fue sepultado en el Vaticano en la capilla de Santo Tomás.

Dejemos al ilustre historiador de la vida de los Sumos Pontífices, A. de Montor, formar el retrato de este Papa: «Inocencio, dice, era de elevada estatura, y uno de esos hermosos napolitanos, de los cuales se ven aun en el dia algunos modelos. Era hábil en la ciencia del derecho; conocia perfectamente las relaciones de la corte sagrada con Europa; pero no pudo ocuparse mucho de ellas con motivo de los contínuos disturbios que tuvo con Ladislao y los romanos.

«Se elogiaba por todas partes la afabilidad, mansedumbre, piedad y paciencia de este Papa en las audiencias. Detestaba el orgullo y la simonía, aspirando siempre al bien universal. Pero el haber elevado á su indigno sobrino Luis á la dignidad de marqués de la *Marca*, y no haber cooperado tanto como se podia á la extincion del cisma, cuestion por la que tanto interés habia prometido tomar, fueron causa de graves errores. Tales faltas han disminuido la gloria de su Pontificado.

«Todas las admirables calidades de que estaba dotado, hubieran bastado para constituir un Papa enteramente perfecto, si este prodigio no hubiera llegado á ser imposible en las azarosas circunstancias que atravesó este Pontífice. Inocencio no concibió la cesion de su trono de la misma manera que lo habia mirado siendo cardenal Migliorati. Por este motivo, al ser Papa, creyó poder dispensar al cardenal juramentos hechos en el cónclave. Estos juramentos consistian en que sacrificaria, si fuese preciso, su propia grandeza á la paz de la Iglesia.»

La vacante de la Santa Sede duró veinte y cinco dias.

Los cardenales romanos sabiendo que la corte de Roma se habia empeñado en proporcionar la renuncia de Benedicto, en caso de que se suspendiese en Roma la eleccion de nuevo Papa, determinaron ir con calma en este asunto. El rey por su parte, en el momento de saber la muerte de Inocencio VII, les escribió á fin de que perseverasen en su buen propósito. Esto no obstante, á los pocos dias variaron de modo de pensar y creyendo que no convenia dejar por mucho tiempo sin soberano al pueblo romano, se reunieron en cónclave el 18 de Noviembre, y

á los trece dias, eligieron al cardenal Ángel Corraro, el cual tomó el nombre de

Gregorio XII. Era patricio de Venecia, y pertenecia á una familia que todavía se llama *Corner*. Habia sido canónigo regular, luego obispo de Venecia y de Chalcis, en la isla de Negroponte, y últimamente, patriarca titular de Constantinopla, reteniendo al mismo tiempo la Silla episcopal de Chalcis.

El papa Bonifacio IX le habia enviado como nuncio apostólico á Nápoles al efecto de inducir aquella ciudad á la obediencia del rey Ladislao, á quien resistian por seguir el partido del conde de Anjou. Inocencio VII que habia nombrado á Ángel para la legacion de la Marca, le creó presbítero-cardenal del título de San Márcos. Cuando fue elegido Papa por los catorce cardenales que se hallaban en Roma, en 1.° de Diciembre de 1406 (1), contaba la edad de 80 años, segun la mayoría de los autores, si bien San Antonio asegura que no era su edad tan avanzada.

Reunióse en Paris el concilio iniciado por el rey, compuesto de todo el clero de Francia, el cual fue convocado el dia de la fiesta de San Martin, y cuya asamblea terminó el 16 de Enero siguiente (1407). Su objeto, como ántes insinuamos, fue poner término al cisma, lo que no pudo conseguirse. Resolvióse pedir la convocacion de un concilio general y sustraerse á la obediencia del papa Benedicto. Gregorio XII que ya ocupaba la Silla Pontificia, ofreció lo mismo que Benedicto XIII renunciar al Pontificado, protestando ambos que no deseaban retenerlo. Lo cierto es que la Iglesia deseaba vivamente estas renuncias como único medio de poner fin á los grandes males que el cisma producia. A esto se redujo aquella asamblea.

Durante los primeros meses del pontificado de Gregorio, los fieles llegaron á persuadirse al ver sus obras y escuchar sus discursos que verdaderamente estaba resuelto á sacrificar su grandeza en beneficio de la paz y aplaudian su exaltacion, dando gracias á Dios por haberles dado aquel Pontífice destinado á restablecer la deseada union de la Iglesia. Sin embargo, sus protestas así como las de su rival, bien prónto empezaron á parecer sospechosas, y así se resolvió que los dos Papas tuviesen una conferencia en la ciudad de Savona el dia de Todos los Santos del año de 1407. Gregorio dispuso su viaje, se dirigió á Viterbo y lue-

(1) Bercastel dice que la eleccion de este Papa tuvo lugar el 30 de Noviembre; pero Montor, siguiendo á Fleuri y á otros respetables autores, señala el 1.° de Diciembre.

go á Siena donde entró en 4 de Setiembre, acompañado de doce cardenales. Cuando se disponia á continuar su viaje, sobrevinieron acontecimientos que le obligaron á no dejar á Siena, donde permaneció hasta fin de año. Despues pasó á Luca, donde en 9 de Mayo de 1408, hizo una promocion de cuatro cardenales, contra el parecer de los antiguos, algunos de los cuales se le separaron.

Como quiera que el Papa Gregorio se mostrase receloso de verse con su competidor, éste cuya astucia era extraordinaria, se habia puesto en camino para el lugar convenido para la entrevista, pero haciendo público que no pensaba desarmar sus galeras, no obstante que se habia estipulado esta condicion anticipadamente. Marchó pues á Savona donde llegó dos dias ántes de la fiesta de San Miguel seguro de no encontrar allí á Gregorio, con lo que logró quedar superior á su rival en cuanto al cumplimiento de los tratados.

El anciano de Roma que por una parte era estrechado por la corte de Francia, y por sus propios cardenales, y por otra trataban de retenerle sus sobrinos para que no hiciese renuncia, tal vez porque querian formar su fortuna, se mostró muy irresoluto, pues tan pronto emprendia viajes como los suspendia volviéndose á Roma.

La Francia llegó á persuadirse de la inutilidad de sus esfuerzos y aun llegó á sospechar si ambos Papas se habian confabulado secretamente para conservarse los dos disfrutando de su posicion y grandeza, cosa que no creemos en cuanto á Gregorio cuyas irresoluciones eran mas bien hijas de su avanzada edad. Así pues, el rey por una cédula de 12 de Enero de 1408 dirigida á todos los fieles, declaró que si la union no estaba concluida para el dia de la Ascension del mismo año, abrazaria la neutralidad con todo su reino. Irritóse sobremanera Pedro de Luna con esta disposicion del monarca francés, y así le envió una bula fulminante excomulgando cualquiera que fuese su condicion, ya se llamasen reyes ó príncipes, á cuantos rechazasen el medio de la conferencia para unir la Iglesia, á cuantos aprobasen la renuncia, ó no pensasen como él. La bula contenia además la absolucion del juramento de fidelidad. Esta bula fue condenada y rasgada en Paris como contraria á la fe, sediciosa é injuriosa para la magestad real, y Pedro de Luna declarado cismático, temerario y además hereje, y perturbador de la paz y de la union de la Iglesia. Se dispuso al mismo tiempo que en adelante no fuese llamado Benedicto, ni Papa, ni aun cardenal, y que nadie le prestase obediencia. Así lo pronunció el doctor Juan Courtecuisse en nombre de la universi-

dad, en 21 de Mayo de 1408, en presencia de los reyes, de los príncipes y de una asamblea compuesta de las personas mas doctas é ilustres de la capital de Francia.

El rey dió inmediatamente órden al mariscal de Boncicaut que se hallaba de Gobernador en Génova por la Francia, de que se asegurara de la persona del anti-papa; pero este previéndolo todo, se fugó con tiempo en las galeras que tenia prevenidas, acompañado de cuatro cardenales. Esta fuga tuvo lugar el 15 de junio de 1408 término memorable de la residencia de los Papas en territorio francés por espacio de ciento tres años.

Llegado el plazo fijado, es decir, el dia de la Ascension del Señor, expidió el rey Cárlos un decreto para la publicacion de la neutralidad, la cual se anunció á todo el reino, y tambien por medio de embajadores á las principales cortes de Europa, muchas de las cuales á pesar de haber sido ántes del partido de Benedicto se conformaron con la decision de la Francia.

Con este motivo se celebró un concilio en Paris que duró desde el 11 de Agosto al 5 de noviembre. En esta asamblea se formaron excelentes reglamentos acerca del modo como debia gobernarse la Iglesia durante el tiempo de la neutralidad: el conocimiento de la mayor parte de los pleitos fue diferido á los concilios provinciales, en quienes se reconocia la facultad de terminarlos, como los hubiera terminado el Papa, si hubiese uno reconocido en la Iglesia. Dos delegados, portadores de otra bula de Benedicto, fueron tratados con el mayor rigor. Expusiéronse al pueblo cubiertos con una dalmática negra, en la cual se leian estas palabras: «Estos son desleales á la Iglesia y al rey.» Despues fueron condenados el primero á acabar sus dias entre cadenas y el segundo á tres años de prision. La bula fue rasgada. En este mismo concilio se nombraron los prelados diputados que debian asistir al concilio de Pisa, que fue convocado por los cardenales de las dos obediencias el dia 24 de Junio.

Benedicto que se habia refugiado en Perpiñan creó cinco cardenales para sustituir á los que le dejaban para ir á Pisa, y celebró un concilio en Perpiñan, y el mismo lo abrió en 1.º de Noviembre. Fue muy numeroso en su principio, pero en 5 de Diciembre se dividieron los prelados, por haberse tratado de lo que debia hacerse para la union de la Iglesia, quedando solamente diez y ocho con Benedicto, al que aconsejaron adoptar inmediatamente el medio de la renuncia, como el mejor y

el más conveniente y enviar nuncios á Gregorio XII, que celebraba entónces concilio en Pisa. Benedicto siguió el consejo y en 26 de Marzo de 1409 que fue el siguiente al en que se abrió dicho concilio, como luego veremos, nombró siete legados para marchar á Pisa, pero seis de ellos fueron presos en Nimes por órden del rey de Francia, y el séptimo se habia quedado en Cataluña con encargo de presentarse al mismo rey Cárlos VI de parte de Benedicto. Escusamos decir que este concilio de Benedicto no está contado como legítimo.

Antes de ocuparnos del concilio de Pisa, daremos cuenta de otros tres que registran las crónicas, todos celebrados en 1409. Son los siguientes:

1.º En Francfort, en la Epifanía, por Landolfo, cardenal arzobispo de Bari, enviado por los cardenales de una y otra obediencia residentes en Pisa para invitar á los prelados y príncipes de Alemania al concilio convocado en aquella ciudad: el cardenal Antonio, sobrino del papa Gregorio XII que llegó á Francfort seis dias despues de Landolfo, se declaró su antagonista, y se aplicó á combatir sus razones. Decidióse en este concilio que se enviarian embajadores á Italia para solicitar la union.

2.º Concilio celebrado el 14 de Enero en San Pablo de Londres, pero que sin embargo es llamado en varias ediciones, de Oxford. Fue convocado y presidido por Tomás de Arondel, arzobispo de Cantorberi, con motivo de las nuevas opiniones de Wiclef. Hízose un reglamento dividido en trece capítulos para los predicadores y profesores de las universidades: el capítulo séptimo prohibe traducir en lengua vulgar texto alguno de las Sagradas Escrituras, lo que no era el mejor medio para combatir los errores de Wiclef.

3.º En Florencia, por los obispos de Toscana, en el mes de Febrero, en cuya asamblea se confirmó el decreto dado por la república de Florencia, para sustraerse á la obediencia de Gregorio XII.

Vamos ya á ocuparnos del célebre concilio de Pisa, debiendo advertir que este concilio no fue aprobado ni reprobado, como dice el cardenal Bellarmino (1) por lo que unos lo tienen por tal concilio y otros por *conciliábulo*.

Hízose la apertura el dia 25 de Marzo de 1409 (2), y duró hasta el 7

---

(1) Bellarm. *De Conc.*, lib. I, cap 8.—San Antonino, *in Chron*, parte III, tít. 22, cap. 5, parr. 2, le llama *conciliábulo* porque su convocacion fue hecha por persona á la cual diferentes paises no daban el título de Papa.

(2) Conc. t 11, p. 2117.

de Agosto del mismo año, en cuyo tiempo se celebraron veinte y tres sesiones.

Asistieron á este concilio hasta veinte y dos cardenales de los dos partidos, de Gregorio XII y del anti-papa; los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalen, ciento ochenta obispos (1), doscientos ochenta doctores, y trescientos prelados regulares y además los embajadores de los reyes de Francia, Inglaterra, Portugal, Bohemia, Sicilia, Polonia, Chipre, de los duques de Borgoña, Brabante, Lorena, y de muchos príncipes de Alemania. Ruperto, rey de Germania, habia tambien enviado embajadores: pero no habiendo quedado satisfecho con las soluciones que le fueron dadas á algunas dudas que opuso sobre la legitimidad del concilio, retiró dichos embajadores.

Tomó la presidencia del concilio el cardenal de Malesec ó de Poitiers al que no podia ponerse la más ligera tacha, porque habia sido creado por Gregorio XI cuando aun no habia aparecido el cisma. Segun costumbre se cantó una misa solemne, se predicó un sermon y se rezaron las preces por la union de la Iglesia, estando los Padres revestidos con capas pluviales de diferentes colores y con mitras blancas.

Los dos Papas contendientes fueron invitados y llamados en seguida por fórmula por tres veces á la presencia del concilio y no habiendo parecido ni en persona ni por procurador, el presidente del concilio pronunció la sentencia de contumacia.

El número de asistentes á esta asamblea se aumentó de un modo considerable en la cuarta sesion. Presentáronse los embajadores del rey de romanos enviados en primer lugar al Papa Gregorio y desde allí al concilio para sostener los intereses de este Pontífice. Tambien llegó el cardenal de Bari, de vuelta de su legacion de Alemania y otros diferentes prelados que no habian llegado á tiempo de asistir á las primeras sesiones.

En la quinta, tenida el 15 de Abril dieron los Papas audiencia á los enviados de Roberto rey de los romanos, los que como ya dejamos insinuado, se retiraron despues sin esperar respuesta á las dificultades que habian presentado, habiendo fijado en las puertas de la Iglesia un cartel en que apelaban á Jesucristo y á un concilio legítimo contra

---

(1) Novaes, V. 24—Bercastel, dice, doce metropolitanos y ochenta obispos. Deducimos de lo que dicen otros autores que asistieron 80 obispos personalmente y ciento por procurador.

todo lo que se hiciese en Pisa, cuya apelacion fue despreciada (1).

En la sesion décima quinta celebrada el 15 de Junio, víspera de la fiesta del Santísimo Sacramento, se pronunció la sentencia definitiva contra los dos Papas, separados de la Iglesia *ipso facto*, con prohibicion á los fieles bajo la pena de excomunion de reconocerles, obedecerles ni favorecerles en cosa alguna. El papa Gregorio tuvo que sufrir en virtud de esto grandes inquietudes y sinsabores, pues como la sustraccion de la obediencia fue publicada hasta en la ciudad de Luca donde entónces se hallaba se vió precisado á abandonar esta residencia, y retirarse á Rímini á casa de sus amigos los señores de Malatesta (2). En el capítulo siguiente veremos lo que Cárlos de Malatesta á quien pertenecia el principado de Rímini, hizo en favor del papa Gregorio.

(1) Tom. 11. Conc. p. 2166.
(2) Ampliss. Collect. t. 7. in præf p. 85 etc. in oper. p. 966,—996.

CAPITULO IV.

Eleccion de Alejandro V.—Concilio de Gregorio XII.—Obediencia de Alejandro V.—Juan XXIII, papa.—Muerte de Ruperto, rey de los romanos.—Le sucede Jodoco y luego Segismundo.—El papa Juan con las tropas de Luis de Anjou, se dirige de Bolonia á Roma.—Célebre batalla de Roccasecca.—Iniquidad de Ladislao de Nápoles.—Se apodera de Roma.—Su muerte.—Bula de Juan XXIII contra los wiclefistas y husitas.—Enrique V sucede en el trono de Inglaterra á Enrique IV.—Rebelion de los wiclefistas.—Condenacion de la doctrina del tiranicidio.

Una vez decretada en el concilio de Pisa la sustraccion de la obediencia á los dos Papas, trataron los Padres de llevar á cabo la eleccion de un nuevo Pontífice, y en efecto se abrió el cónclave el 15 de Junio entrando en él veinte y tres cardenales, trece de la obediencia de Roma y diez de la de Aviñon. El concilio sin decidir el derecho de unos ni de otros, les confirió á todos sin distincion por aquella vez el poder para la eleccion. Duró el cónclave once dias y el 26 de Junio de 1409 eligieron por unanimidad á

Alejandro V, llamado ántes Pedro Filarque, de oscuro nacimiento, pero que á falta de la nobleza de la cuna, poseia la mucho más apreciable de las virtudes que en él resplandecian : habia nacido en la isla de Candía. Muy jóven entró en los religiosos franciscanos, siendo el segundo papa de esta órden. Para que cultivase los raros talentos que desarrolló fue luego enviado á estudiar á la universidad de Oxfort y despues fue á Paris para aprender la filosofía y la teología, en cuyas ciencias llegó á ser tan sabio, que fue conocido por el *Doctor refulgente*. Más tarde, Pedro Filarque, fue á Lombardía, donde adquirió una extraordinaria fama por su predicacion, de modo que informado Juan Viscondi, duque de Milan, quiso conocerle á fondo y habiendo hablado detenidamente con él quedó sorprendido de su sabiduría por lo que le admitió en su consejo, nombrándole al mismo tiempo profesor de Pavía y teólogo de la corte.

Pedro fue sucesivamente nombrado obispo de Plasencia, Vicencia, Novara y Milan. El duque de Milan á su muerte, le nombró tutor de sus hijos, é Inocencio VII en 11 de Julio de 1405 le creó cardenal. Su eleccion para ocupar la Silla de San Pedro no podia ser más acertada, pues que no solamente era un verdadero sabio, sino que á más era notable por la santidad de sus costumbres, por su carácter afable, por su caridad y demás bellas prendas que, como comprendieron los cardenales, le hacian digno de su exaltacion.

Celebróse la sesion veinte del concilio el dia 5 de Julio, tomando la presidencia el nuevo Pontífice, el cual hizo un discurso exponiendo los deberes del buen Pastor, y confirmó la reunion de los dos colegios de cardenales, excluyendo únicamente á los que habian sido creados por los dos rivales, despues de la prohibicion que se les habia hecho, y ratificó todas las disposiciones del concilio. Despues de esto se celebraron otras tres sesiones, en las cuales confirmó Alejandro V el derecho que tenia Luis de Anjou al reino de Nápoles, y anuló todas las censuras y sentencias dadas por los dos competidores desde el principio del cisma, y dando muestras de una generosidad y desinterés muy laudables, reunió en lo sucesivo todas las reservas odiosas, perdonando todos los atrasos que los beneficios y los beneficiados estaban adeudando á la Cámara apostólica. En suma, el papa Alejandro, encargó á los Padres que cuidasen de celebrar los concilios provinciales, y los sínodos diocesanos, y que estuviesen todos prontos para marchar dentro de tres años al punto que se designase para continuar el concilio general. Así pues, se reputaron suspensas más bien que concluidas las deliberaciones, separándose los Padres para dirigirse á sus respectivas diócesis.

Léjos de extinguirse el cisma con la celebracion del concilio de Pisa, se aumentó en cierto modo, pues que no habiendo querido ceder en sus pretensiones Gregorio XII ni Benedicto XIII, hubo tres Papas en vez de dos, y cada uno de ellos con obediencia de príncipes y naciones.

Ántes de haberse terminado el concilio de Pisa, tuvo Gregorio XII otro en Austria, en la diócesis de Aquilea. No hubo más que tres sesiones muy poco concurridas. La primera fue el dia del Santísimo Sacramento á 6 de Junio, y la segunda se difirió hasta el 22 del mismo mes con la esperanza frustrada de que fuese más numerosa. Gregorio en esta asamblea pronunció una sentencia contra Pedro de Luna y Alejandro V, declarándoles cismáticos y sus elecciones nulas y sacrílegas. En la última sesion que tuvo lugar el 5 de Setiembre, prometió de nuevo abandonar

el Pontificado siempre que sus dos contendientes renunciasen tambien á sus pretendidos derechos. Viéndose despues sin partidarios, abandonó su asilo disfrazado de mercader, refugiándose en la ciudad de Gaeta perteneciente á los Estados de Ladislao. Entretanto Pedro de Luna que no se mostraba ménos indócil, vivia encerrado en el castillo de Peñíscola, donde fue abandonado de tal modo, que su obediencia llegó á reducirse á aquella fortaleza.

Verdad es que, como hemos dicho ántes, el gran cisma de Occidente no se extinguió en el concilio de Pisa á pesar de los esfuerzos que para ello hicieron los Padres, pero ello es que quedó herido de muerte. Al poco tiempo Alejandro era reconocido en toda la Iglesia universal como verdadero Vicario de Jesucristo, quedando tan sólo algunas facciones sueltas en favor de Gregorio XII.

Novaes dice en una nota, que, segun Rainaldi, Asorio y Natal Alejandro, el concilio de Pisa y el Pontífice elegido deben ser mirados como legítimos. Así lo creemos, toda vez que la Iglesia de Roma, recibió por su legítimo Pastor al que le dió aquel concilio y á sus sucesores.

Alejandro V dejando á Pisa se dirigió á Prato y luego á Pistoya, en cuyo punto publicó una bula, en 20 de Diciembre de 1409, para impedir que progresasen en Bohemia los errores de Wiclef, que propagaba Juan Hus. Los habitantes de Roma le aguardaban para entregarle toda su autoridad, pero el cardenal Coscia rogó á Su Santidad que hiciese ántes una visita á los Boloñeses. Accedió á ello el Papa, pero apénas habia llegado á aquella ciudad, cayó enfermo y murió á los 4 de Marzo de 1410, habiendo reinado diez meses y ocho dias. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de los franciscanos conventuales.

Ya hemos dicho las cualidades de este Pontífice: ahora añadiremos tan solamente como prueba de su desapego á los intereses de la tierra, y su generosidad para socorrer á los necesitados, que solia decir muchas veces: *Siendo obispo éramos rico, siendo cardenal pobre, y hénos aquí mendigo, siendo Papa.*

Despues de una vacante de 13 dias le sucedió

Juan XXIII, cuyo nombre era Baltasar Coscia, habiendo entrado en cónclave para esta eleccion diez y seis cardenales, por hallarse ausentes siete, de los veinte y tres de que se componia el Sacro Colegio. El nuevo papa habia nacido en Nápoles: era hijo de Juan, conde de Troja, y señor de Prócida. Fue primero auditor de la Rota, y despues obispo de Ischia, habiendo sido creado cardenal en 1402. Fue elegido Papa el 17 de

Mayo de 1410, y el 24 del propio mes fue ordenado de presbítero por el cardenal obispo de Ostia, luego consagrado en la basílica de Santa Petronia, y despues coronado por el cardenal Rainaldo Braucacci.

Segun San Antonio fue este Papa persona capaz de grandes empresas en negocios temporales, hábil político, atrevido y fuerte en la guerra, de tal modo, que en su juventud habia ejercido el oficio de corsario; pero le pinta al propio tiempo como clérigo mal dispuesto para poderse conquistar un nombre en los negocios espirituales. Leonardo de Arezzo que era su secretario, habla en los mismos términos. Sus costumbres por otra parte estaban léjos de ser edificantes. Inocencio VII y Gregorio XII tuvieron motivos suficientes para quejarse de su conducta, y el mismo Gregorio le privó de la púrpura por haber usurpado en Bolonia una autoridad despótica, dice Montor. Alejandro V le restituyó su dignidad cardenalicia, junto con la legacion de Bolonia, añadiendo la de la Marca y la presidencia de algunas otras provincias.

Tres dias ántes de la coronacion del papa Juan XXIII, murió Ruperto, rey de los romanos, en sus Estados de Baviera. Cuando lo supo el Papa, escribió á los electores y aun les envió nuncios para inclinarles al nombramiento de Segismundo de Luxemburgo, entónces rey de Hungría, hijo del emperador Cárlos IV y hermano de Wenceslao. Era en verdad un príncipe muy prudente, firme, liberal, de bastante instruccion, que poseia varios idiomas y era además de majestuosa presencia. A pesar de la recomendacion del Papa, tuvo pocos votos, recayendo la mayor parte en Jodoco, marqués de Moravia, que era de una edad muy avanzada, y murió á 8 de Enero del año siguiente, despues de lo cual todos los electores reconocieron unánimemente á Segismundo, cuyo reinado duró veinte y siete años.

El 6 de Junio de 1411, hizo Juan una promocion de cuatro cardenales, entre los que se contaron Pedro de Ailli, obispo de Cambrai, del que ya nos hemos ocupado, y Guillermo Filastro, otro doctor francés, ambos muy adictos en otro tiempo á Benedicto XIII.

La ciudad de Roma se hallaba próxima á sucumbir bajo el poder de Ladislao, rey de Nápoles. El Papa que habia pasado un año en Bolonia, resolvió ir en persona á defender su capital, librándola de las inquietudes que le causaba aquel príncipe. Ántes de partir declaró que el reino de Nápoles pertenecia legítimamente á Luis de Anjou. Despues se juntó á este príncipe para pasar á Roma, reuniéndose las tropas de ambos, reforzadas con las de otros denodados capitanes. Estas tropas sostuvieron

una batalla en Roccasecca, que fue quizá la más célebre de aquellos tiempos, en la que consiguieron grandes ventajas los que luchaban por el Papa y Luis de Anjou: pero éste, lo mismo que los demás generales que podian haber concluido con los enemigos, se contentaron con dispersarles recogiendo un rico botin. Así es que como el rey Luis imprudente ó demasiado confiado, regresase á Francia, Ladislao volvió al poco tiempo á presentarse al combate. Entónces el papa Juan recurrió á las armas espirituales, declarando á Ladislao privado del reino y absolviendo á los napolitanos del juramento de obediencia. Además publicó una cruzada contra el mismo, convocando á casi todos los Estados de Europa.

Hasta entónces Ladislao habia seguido la causa de Gregorio XII; pero viendo la persecucion de que era objeto, fingió someterse al papa Juan, con el ánimo de engañarle como habia hecho ya con otros Pontífices. El Papa poco consecuente en sus determinaciones, aceptó la sumision y le cedió de nuevo el reino de Nápoles, creándole al mismo tiempo general de la Iglesia romana.

Bien pronto pudo convencerse el Papa de la iniquidad de Ladislao, pues que este se acercó secretamente á Roma, y entrando por una brecha hecha en las murallas, saqueó la ciudad obligando al Pontífice á huir. Entónces conociendo la ligereza con que habia obrado, recurrió nuevamente á Segismundo, el cual le acompañó por algun tiempo, aunque sin resultados.

Los pensamientos del ambicioso Ladislao propendian á sojuzgar toda la Italia, para lo que no encontraba gran resistencia. Propúsose lo primero embestir á Bolonia, donde se hallaba el Papa, con el objeto de arrojarle de aquella ciudad como le habia arrojado de Roma. La muerte le privó de cometer este nuevo atentado. Cuando ya tenia reunidas sus tropas para el asalto, fue acometido de una enfermedad violenta que le obligó á regresar á Nápoles donde falleció, siendo de edad de treinta y nueve años. Este príncipe, adornado de gran talento, eclipsó sus bellas cualidades por un libertinaje escandaloso y una ambicion sin límites, que le hacia faltar á todos sus juramentos y compromisos. Sus Estados pasaron á la princesa Juana, su hermana, por no tener hijos legítimos á pesar de haber tenido tres esposas. Su heredera fue de costumbres aun más deshonestas é infames que Ladislao (1).

---

(1) Summont. l. 4: Niem. l. 3, cap. 48.

Los trastornos de que nos hemos ocupado, fueron causa de que fuese en aumento la insolencia de los herejes de Bohemia, que con el mayor descaro enseñaban públicamente sus errores. Juan de Hus que desde su primera condenacion habia vivido retirado en Hussinetz, volvió á entrar en Praga, para hacer prosélitos. El rey Wenceslao no pensaba más que en dar rienda suelta á sus pasiones ni paraba mientes en los asuntos tocantes á la Religion, y así fue que los predicadores que llenos de celo combatian las doctrinas de Juan de Hus, eran interrumpidos é insultados dentro de los mismos templos, llegando el escándalo á los últimos lindes. El senado quiso terminarlo y como el pueblo habia acudido á las armas, para libertar á los tres principales de los insultantes que habian sido presos, éstos fueron ajusticiados secretamente. A pesar de esto, el pueblo se enteró y entrando dentro del palacio de justicia las turbas, se apoderaron de los cadáveres á los que cubrieron con ricas telas, y paseándoles en triunfo, gritaban: «Estos son los mártires que se han sacrificado por la ley de Dios.» Despues los embalsamaron y los colocaron como preciosas reliquias en el santuario de Belen, del que estaban posesionados los herejes.

Por este tiempo Juan XXIII confirmó la bula de su predecesor, condenando los errores de Wiclef, y mandó que fuesen quemados todos los ejemplares que se encontrasen de sus obras. Causóle tambien gran afliccion al Pontífice el saber que en el marquesado de Misnia habian aparecido otros herejes que se llamaban hermanos de la Cruz, los cuales pretendian fundar su doctrina en un escrito que los ángeles pusieron al pié del altar de San Pedro en Roma, hácia el año 343, segun se cree, bajo el reinado de Julio I. A sus perversas inspiraciones añadian que para salvarse bastaba azotarse con conviccion, sosteniendo al mismo tiempo que no era preciso celebrar fiesta alguna, á excepcion de la de Navidad y de la Asuncion, que se habia de celebrar en domingo. Estos herejes fueron condenados; pero sus prosélitos reaparecieron en otras provincias (1).

En 20 de Marzo de 1413 murió el rey de Inglaterra, Enrique IV, al que sucedió su hijo primogénito con el nombre de Enrique V. Los wiclefistas y husitas con motivo de esta mudanza de soberano, tomaron ocasion para armar nuevos trastornos, y se propusieron intimidar al nuevo rey. Fijaron carteles en las puertas de las iglesias de Londres anunciando

(1) Artaud de Montor. Vid. de Juan XXIII.

que eran cien mil y que estaban prontos á levantarse contra cualquiera que no abrazase su fe. Era arzobispo primado del reino Tomás de Arondel, el cual con un celo extraordinario trató de perseguir á los herejes que de tal modo se habian propuesto trastornar la nacion. Reunió al efecto el clero en la capital, y de las averiguaciones que se hicieron resultó que el jefe de los sectarios era un caballero llamado Juan de Oldcastel, persona de mucho valor y que gozaba de gran reputacion. Súpose que habia enviado á diversas diócesis apóstoles de la secta, á pesar de las disposiciones dadas en los concilios con objeto de condenar los errores de Wiclef. Dicho jefe fue preso y conducido á San Pablo de Londres, ante el arzobispo y los obispos de Londres y de Winchester, donde preguntado por su doctrina no negó, y ántes por el contrario, expuso sus errores, concluyendo por exclamar, dirigiéndose á los concurrentes: «Los que me juzgan son unos guias que no pueden menos de conduciros al lugar de perdicion.» Oldcaster fue declarado hereje y entregado al brazo secular que le encerró en la Torre de Londres, dándole cuarenta dias de término para que reconociese sus errores y se arrepintiese: pero él supo burlar la vigilancia de sus carceleros y se escapó de la prision, sin que se supiese su paradero. Oculto en el mismo Londres, dejó pasar algun tiempo y al año siguiente, un gran número de individuos de la secta se dirigieron en una noche de invierno á la aldea de San Gil, con el objeto de poner fuego á los monasterios de Westminster, de San Albano, de San Pablo y generalmente á todos los de la capital. Cuando se reunian en dicha aldea que está situada á las inmediaciones de Londres, y se disponian para entrar en la capital á llevar á efecto aquella hazaña, el rey que fue sabedor de todo, puso la tropa sobre las armas, y marchó de noche sobre ellos, que viéndose sorprendidos apelaron á la fuga. Sin embargo, muchos fueron cogidos y se les ahorcó ó quemó inmediatamente. Despues se publicó en todo el reino un edicto, declarando á los wiclefistas traidores á Dios y al rey, se les confiscaban sus bienes y condenaban sus personas al fuego como herejes y rebeldes. Esta sentencia se cumplió rigurosamente en muchos, y los que quedaron abandonaron el reino que se vió libre de esta infeccion (1).

Por la misma época fue condenada en Francia la doctrina del tiranicidio que cinco años ántes habia sostenido temerariamente Juan Petit. Des-

---

(1) Valsing, p. 677.

de su nacimiento habia inspirado esta doctrina mucho horror á los fieles y á toda persona sensata y de buen criterio que no dejaron de hacer reclamaciones. Sin embargo, el duque de Borgoña se habia declarado protector de ella, motivo por el que no fueron atendidas dichas reclamaciones. Luego que hubo muerto el falso doctor y que la autoridad del duque se hubo debilitado, la Iglesia de Francia manifestó la aversion con que miraba una doctrina que podia poner en peligro la persona tan amada de su rey. El canciller Gerson fue el primero en reclamar, y despues de él el obispo de Paris, el inquisidor y el tribunal de la fe pidieron el dictámen de los doctores acerca de las obras de Juan Petit.

He aquí á que se reducia toda la doctrina del falso doctor: «Un tirano puede y debe ser muerto, aun por sus vasallos, de cualquier modo que sea posible, á viva fuerza ó con artificio, sin esperar las órdenes de persona alguna, y á pesar de todo juramento de fidelidad.» Para confirmar esta doctrina presentaba algunos ejemplos tomados de la Sagrada Escritura.

Reunidos los doctores, discutieron detenidamente sobre el particular, y al fin dieron su dictámen en 16 de Enero de 1414, diciendo que esta proposicion extraña, erigida temerariamente en máxima, es un error en la fe y en la doctrina de las costumbres, que tendia al trastorno de todos los Estados y á la ruina de los soberanos, y que daba motivo á traiciones, á perjurios y á grandes desórdenes, por lo que creian debia ser condenada.

En consecuencia de esto, el obispo de Paris y el inquisidor en presencia de algunos prelados, de muchos doctores y de un gran concurso del pueblo, pronunciaron la sentencia contra las proposiciones de Juan Petit, condenando al fuego el discurso que las contenia, cuya sentencia fue ejecutada dos dias despues, delante de una multitud de personas, en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora. La Iglesia universal confirmó poco despues en el concilio general de Constanza el modo de pensar de los prelados y doctores de Francia. Vamos á ocuparnos de tan importante concilio que dió fin al funesto cisma de Occidente que por tantos años habia afligido á la Iglesia.

CAPITULO V.

Convocacion del concilio de Constanza.—Llegada de Juan XXIII á dicha ciudad.—Apertura del concilio.—Viaje del emperador Segismundo.—Carácter de este príncipe.—Promesa jurada de Juan XXIII de renunciar el Pontificado.—Se retira furtivamente de Constanza.—Pedro de Ailli preside la sesion tercera.—Disposiciones de la sesion cuarta.—Diputacion del concilio enviada á Juan XXIII.—Son condenados los errores de Wiclef.—Juan XXIII acusado y preso.—Escribe al emperador.—Sentencia de deposicion pronunciada contra Juan XXIII en la sesion duodécima.

Instado el papa Juan XXIII por el emperador Segismundo y las otras potencias católicas, expidió la bula de convocacion del concilio de Constanza, el 9 de Diciembre de 1413, no obstante los vehementes recelos que abrigaba (1). Ciertamente que no estaba en el ánimo de este Papa frustrar lo determinado por el concilio de Pisa, al que debia la tiara: su único temor era que, celebrándose el concilio en los Estados del emperador, no podria disolver la asamblea, dado caso de no poderse concluir la union de la Iglesia, sino á expensas de su propia dignidad. Á pesar de esto, aceptó la ciudad de Constanza para la celebracion del concilio, pero puso dificultades para asistir á él personalmente. Mas como quiera que Roma habia vuelto á su obediencia despues de la muerte de Ladislao, pasó á dicha ciudad, donde los cardenales le instaron para que asistiese al concilio, para tratar por si mismo las cosas pertenecientes al órden espiritual, dejando en Roma vicarios que cuidasen de lo temporal. No pudo resistir el papa Juan á tales instancias, y aunque lleno de temor emprendió el viaje á Constanza.

En esta ciudad fue muy bien recibido. Hizo su entrada á caballo debajo de palio, acompañado de nueve cardenales y de su numerosa comitiva. Fue tanta la gente que acudió, que llegó á haber en Constanza hasta

(1) Rain ann. 1414, núm. 22.

treinta mil caballos y una multitud proporcionada de personas. Poco á poco fueron llegando los cardenales hasta reunirse en número de veinte y dos.

El dia señalado para la apertura del concilio era el de Todos los Santos, pero por dictámen de los cardenales se dilató hasta el 5 de Noviembre. Dicho dia de Todos los Santos, ofició el Pontífice en la catedral, y el cardenal de Florencia durante la misa leyó un escrito que anunciaba la prorogacion, y manifestaba que el nuevo concilio no era más que una continuacion del de Pisa. Deseaba el papa Juan XXIII establecer entre los dos concilios una especie de identidad, porque como debia su autoridad al de Pisa, creia que de este modo la aseguraba, y que se miraria como irrevocable la sentencia de deposicion de sus dos competidores Gregorio XII y Benedicto XIII. Este era el parecer de la mayor parte de los cardenales, pues que deseaban la cesion de Gregorio y de Benedicto y atraer á todos los partidos á la obediencia de Juan XXIII, sucesor de Alejandro V.

El dicho de 5 de Noviembre de 1414 se abrió el

DÉCIMOSEXTO CONCILIO GENERAL EN CONSTANZA. En la primera sesion se eligieron los oficiales del concilio, y en las que se celebraron durante el mes de Noviembre, en las cuales se trataron pocos asuntos, nada se dijo contra la autoridad del papa Juan XXIII, y su partido se sostuvo bastante bien hasta fin del año. El emperador Segismundo llegó á Constanza la noche de Navidad, y cantó en hábito de diácono el Evangelio de la primera misa de aquella festividad, dicha por el pontífice Juan.

He aquí de que modo habla de Segismundo el escritor Bercastel (1): «Contaba este príncipe unos cuarenta y seis años, y era uno de los hom«bres más apreciables de su siglo por las cualidades del cuerpo y del «ánimo, por su alta estatura, por la hermosura y majestad de su sem«blante, por la dignidad que respiraba en todas sus acciones y movi«mientos y que parecia ir unida al derecho de mandar, por la facilidad «y gracia de su lenguaje, aun en latin, por su literatura y por el des«precio con que miraba á los nobles que hacian gala de ignorancia, por «su política, por su aplicacion al despacho de los negocios, por su li«beralidad, afabilidad y otras muchas virtudes morales y cristianas, y «principalmente por su celo infatigable á favor de la fe y de la union de

(1) Lib. XLIX. n. 2.

«la Iglesia (1). Este príncipe que borró con tantas cualidades brillantes «el deshonor que Wenceslao habia hecho á su sangre, debió parecer «un prodigio en comparacion de su desacreditado hermano. Pero, á pe-«sar de lo que han dicho algunos historiadores, deslumbrados con este «paralelo, es cierto que Segismundo, además de su incontinencia, que «dió mayor incremento á la de su segunda mujer (la Mesalina de su si-«glo), tuvo otros muchos defectos que hacen dudar si en efecto fue un «grande varon, pero que manifiestan de una manera irrefragable que no «fue un héroe. Derrotado vergonzosamente en las innumerables batallas «que dió, se mostró tan inclinado á dominar á los clérigos y á los doc-«tores, como inhábil en reprimir á los enemigos del Estado, siendo tal «vez éste, no ménos que su mania, el rasgo más decisivo de su carác-«ter.»

El emperador Segismundo iba acompañado de la emperatriz, su es-posa; de Isabel, reina de Bosnia; de Rodolfo, elector de Sajonia; de Federico, burgrave de Nurembery, luego elector de Brandeburgo; de Luis, conde palatino del Rhin y duque de Baviera; del arzobispo de Maguncia, y de otros muchos personajes ilustres.

La segunda sesion del concilio, tuvo lugar el 2 de Marzo de 1415. En ella prometió Juan XXIII bajo juramento renunciar el Pontificado, segun la deliberacion del concilio, luego que los llamados en sus respectivas obediencias Benedicto XIII y Gregorio XII renunciasen por sí mismos ó por procuradores sus pretendidos derechos. Este juramento fue hecho con la mayor solemnidad. Luego de haber celebrado en la catedral la misa del Espíritu Santo, bajó del trono, se arrodilló delante del altar, y poniendo la mano en su corazon hizo el juramento, pronunciando estas palabras: *Spondeo, voveo et juro Deo, «prometo, invoco y juro á Dios.»* Quedó edificado el emperador Segismundo al ver la humildad del Pontífice, de tal manera, que levantándose prontamente de su trono, se quitó la corona, y se prosternó á sus piés, dándole gracias por aquella generosa accion tan honrosa para él, como benéfica para la paz y tranquilidad de la Iglesia.

Desgraciadamente no permaneció Juan XXIII en sus buenos propósitos, y se negó despues á firmar el acta de renuncia, y como conociese que seria obligado á ello, procuró fugarse con la ayuda de Federico, duque de Austria, que era su protector, que habia vuelto á Constanza

(1) Joan. Cuspin. in Sigism.

desde el pais de Artois, á donde habia ido á conferenciar con el duque de Borgoña, el cual estaba tambien á favor del papa Juan. Para favorecer la evasion del Papa, Federico dió un torneo en el que luchó contra el conde de Cilley, cuñado del emperador. En medio de la confusion que acompaña á esta clase de diversiones, Juan disfrazado de mercader pudo salir de Constanza y llegó á Schafusa, ciudad del duque, que distaba nueve leguas de Constanza. En el mismo dia desapareció tambien Federico, el que se retiró al mismo lugar. Desde Schafusa, pasó el Papa á Friburgo.

Despues de la fuga del Papa se celebró la tercera sesion el 25 del mismo mes de Marzo. Muchos de los cardenales y demás individuos se negaron á tomar parte en las deliberaciones sin el consentimiento del Pontífice. Por esta razon la sesion no fue numerosa, pues solo hubo en ella dos cardenales, que fueron Pedro de Ailli, que tomó la presidencia y Francisco Zabarela, con setenta prelados entre obispos y abades, de modo que no llegaban á la tercera parte de los que habian quedado en Constanza. Segismundo asistió con todo el aparato de la magestad imperial, y se decidió que el santo concilio ecuménico habia sido legítimamente convocado y principiado, añadiéndose que no se habia disuelto por la retirada del Papa legítimo; que no podia disolverse hasta la completa extirpacion del cisma, y de la reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros; que no podia ser trasladado á otro lugar á ménos que no mediase una causa legítima en la que conviniesen todos los Padres, y que los prelados y demás individuos de la asamblea no podian ausentarse de Constanza sin la aprobacion del concilio; y que en caso de que obtuviesen licencia para ello, habian de poner un sustituto (1). Este decreto fue leido de nuevo en la sesion quinta celebrada el sábado 6 de Abril.

Vamos á ser breves en la narracion de todo lo ocurrido en este importantísimo concilio.

Celebróse la sesion cuarta, cuatro dias despues de la tercera. Seis cardenales que habian llegado de Schafusa donde todavía permanecia el papa Juan, afirmaron en pleno concilio que quedaba disuelto á causa de la retirada de Juan XXIII, porque habiendo sido reconocido como verdadero Pontífice por los que asistian al concilio, éste sin el mismo Pontífice venia á ser acéfalo, y no podia tener autoridad alguna. La asisten-

(1) Bercastel Lib. XLIX, n. 10.

cia era muy numerosa en esta sesion, pues que habia once cardenales y unos doscientos prelados. El cardenal Zabarela, leyó el siguiente escrito: «El santo concilio de Constanza, verdaderamente general y representante de la Iglesia militante, legítimamente congregado para la extincion del cisma actual, y para la reunion y reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros, define y decreta: 1.°, que ha recibido inmediatamente de Jesucristo una potestad, á la que toda persona, de cualquiera condicion que sea, aun papal, *etiamsi papalis existat*, está obligada á obedecer en lo respectivo á la fe y á la extirpacion del presente cisma (1).—2.°, que nuestro Santísimo Padre el papa Juan XXIII, no podrá sin la aprobacion de este concilio, trasladar de Constanza la curia romana, los oficiales de esta curia, ni en general ninguna persona cuya ausencia pudiese ser causa de la disolucion del concilio; y que si por este motivo pronunciase censuras ú otras penas eclesiásticas, serán nulas.—3.°, que todas las traslaciones de prelados, las privaciones de beneficios, las revocaciones de encomiendas y donaciones, las mociones, censuras, procedimientos y actos judiciales, hechos ó por hacer, contra los individuos del concilio, por el Papa ó por sus comisionados, son nulos de derecho y los anula positivamente el concilio.»

Mucho se ha disputado con respecto al primer decreto, y es lo cierto que entre las versiones impresas y las manuscritas de esta sesion, se halla una notable diferencia. Sea lo que quiera, es lo cierto que en la sesion quinta, que se celebró el 6 de Abril, y la cual fue presidida por el cardenal de Ursinis, fue nombrado para leer los decretos el obispo electo de Pomania, en vez del cardenal Zabarela, y se subsanó una omision que se habia cometido, sosteniéndose formalmente que el Papa estaba obligado á obedecer al concilio, así en lo perteneciente á la reforma de la Iglesia en la Cabeza y en los miembros, como en las materias de fe y en la extirpacion del cisma (2). En esta misma sesion se declaró

---

(1) Solamente en el estado de cisma en que la Iglesia se encontraba, pudo expedirse este decreto, admisible únicamente cuando se trata de un Papa dudoso. En términos generales la máxima es falsa de todo punto, pues traeria la soberania á los miembros quitándola á la Cabeza. El Papa es siempre superior al Concilio; pero el de Constanza parece anunciar que no conociendo de una manera cierta cual de los tres contendientes es el que debe ser tenido por verdadero Pontífice, se ve en la precision de dar este decreto, que no hace regla general.

(2) El traductor de la obra Berault Bercastel, trae en este pasaje la siguiente erudita nota: «Los doctores franceses que se han creido obligados á sostener la insostenible sesion del concilio de Constanza, jamás dejen de atrincherarse escrupulosamente en la aser-

que no se habia ofendido ni se pensaba en ofender de ningun modo la libertad del Papa, ni de ninguno de los individuos que concurrian al concilio.

El 17 de Abril se celebró la sesion sexta, á la que asistieron nueve cardenales. Esta, como las siguientes, hasta que fue elegido un nuevo Papa, fue presidida por el cardenal más antiguo, que era Juan de Brogui, obispo de Ostia, que comunmente era conocido por el nombre del cardenal de Viviers, á causa de su primer obispado. Leyóse una fórmula de poder, á efecto de ejecutar sin demora la destitucion del papa Juan, y se nombraron ocho comisionados elegidos por las cuatro naciones, para que fuesen á presentársela, presididos por los cardenales Filastro y Zabarela.

En aquella época, dice oportunamente Montor, se vió por primera vez á un Papa no reconocido de repente por los mismos que le habian elevado á la dignidad de Pontífice supremo. Ya veremos como fue depuesto por el concilio.

El papa Juan instado por Federico que le habia hecho traicion á la amistad que le habia manifestado, concedió aunque con repugnancia el poder que tantas veces habia ofrecido, aunque lo hizo en términos ambiguos. En la sesion séptima, que se celebró el 2 de Mayo, se dió un decreto emplazándole para que compareciese en persona en el término de nueve dias. En tanto que se esperaban los efectos de esta citacion se celebró la sesion octava el 4 de Mayo del mismo año 1415. En esta sesion se condenaron los errores de Wiclef. Prohibióse á cualquiera persona, bajo pena de anatema, predicar, aprobar y aun citar esta doctrina, á ménos que sea para impugnarla. El autor fue tambien condenado, ordenándose que su cadáver fuese exhumado y arrojado de sagrado.

En las sesiones que siguieron á esta se vió estallar una terrible tempestad contra el desgraciado pontífice Juan XXIII, cuya memoria debe respetar siempre la historia. Los cardenales que le eran más adeptos, entre los que se contaba Oton Colonna, que fue su sucesor, como asimis-

---

cion general de la superioridad del concilio universal sobre el Papa, sin explicar jamás qué es lo que ellos entienden por *concilio universal*; bastaria esto para mostrar hasta que punto se hallan embarazados. No se trata de saber si el concilio universal es superior al Papa, sino de si puede haber un concilio universal sin el Papa; esa es la cuestion.» (De Maistre, *del Papa*, t. 1., pág. 119.) Este sabio escritor presenta la cuestion bajo el único punto de vista que puede presentarse y envuelve en su razonamiento un sólido argumento. Si no puede haber concilio universal sin el Papa, ¿cómo puede existir esa superioridad de aquel contra éste?

mo los oficiales de la curia Pontificia, le abandonaron pasándose á Constanza. Habiéndose presentado al Papa los arzobispos de Riga y Besanzon, sostenidos por trescientos soldados para intimidarle á que obedeciese las órdenes del concilio, Juan nombró á los cardenales de Ailli, Filastro y Zabarela, para que respondiesen en su nombre, pero los tres se negaron á admitir la comision.

Citósele, segun las ceremonias de estilo á las puertas de la Iglesia, y se procedió despues judicialmente, acusándole de que se proponia perpetuar el cisma, y se hicieron las más minuciosas averiguaciones de su vida y costumbres, empezando desde su infancia. En virtud de esto se presentaron contra él cincuenta y cinco acusaciones. Entre tanto el Papa fue conducido al castillo de Rotoffzell, distante dos millas de Constanza, donde fue encerrado.

Ya no hubo para el atribulado Pontífice ningun amigo. Ni aquellos que de su mano habian recibido grandes beneficios, ni los que le debian sus dignidades, se le mostraban propicios. ¡Tal es la condicion humana! Se halla un hombre encumbrado por la fortuna y ocupando una elevada posicion social, y se ve rodeado de miserables aduladores que buscan con su proteccion el propio medro, y el aumento de sus honores y riquezas. Pero llega el dia de la desgracia, en que por un capricho de la inconstante fortuna cae del puesto que ocupaba, y no experimenta otra cosa que las más negras ingratitudes, sino es que contribuyen ó preparan su desgracia los mismos que fueron objeto de sus bondades.

En el concilio de Constanza fueron leidos los delitos de que se acusaba á Juan XXIII, y á cada artículo que el obispo de Pomania leia, un oficial del concilio expecificaba el número y la calidad de los testigos que deponian de él, pero no los nombraba, como si fuera cosa de poca monta la acusacion del que indudablemente era verdadero Vicario de Jesucristo. Si podian ser ciertos algunos de los cargos que se hacian al Pontífice, no podemos menos de comprender que era más desgraciado que criminal. Cuando fueron á leerle la acusacion y á anunciarle su deposicion inmediata, recibió este golpe con la mayor humildad y una extraordinaria resignacion. El Papa les dijo que no era necesario que se molestasen en leer las acusaciones, pues que se sujetaba en todo á las decisiones del concilio, y que estaba pronto á despojarse del Pontificado, cuando aquella asamblea lo tuviese por conveniente: que únicamente suplicaba por las entrañas de Jesucristo, que tuviesen alguna consideracion á su honor y á su estado, pero sin que este pudiese per-

judicar á los intereses de la Iglesia. Todo esto lo consignó tambien por escrito. Tambien dirigió una tiernísima carta al emperador Segismundo, interesándole en su favor, exigiéndole únicamente que emplease su influjo y su autoridad en el concilio, para que se tuviese algun miramiento á su persona, salva siempre la union de la Iglesia.

El dia 29 de Mayo no sólo se le obligó á ceder el Pontificado, sino que se pronunció una vergonzosa sentencia de deposicion apoyándola en causa de simonía notoria, de disipacion de los bienes temporales y otras. Tambien declaró el concilio que sin su consentimiento no se podia proceder á la eleccion de nuevo Papa y que no seria permitido elegir á Baltasar Coscia, ántes papa Juan XXIII, ni á los llamados en sus respectivas obediencias, Gregorio XII y Benedicto XIII, distinguiendo de este modo los Padres del concilio á Juan XXIII, á quien llamaban Papa, de los otros dos que eran mirados como tales en sus respectivas obediencias. Tal fue la obra de la sesion duodécima del concilio de Constanza. El primer personaje de la Iglesia quedó reducido á la clase de un simple particular, y condenado á los rigores de la prision, pues que fue condenado á permanecer preso á disposicion del emperador, mientras el concilio lo tuviese por conveniente, reservándose á más imponerle otras penas, segun lo exigiese la justicia ó la clemencia.

A los dos dias se notificó la sentencia al papa Juan, el cual se conformó humildemente con todo lo que contenia, haciendo juramento de no contravenir jamás á ella, declarando que desde aquel momento no se consideraba así mismo como Papa, y este fue en efecto el momento en que dejó de serlo á los cinco años y trece dias de su legítima eleccion. Aseguró que querria no haber ocupado jamás un puesto en que no habia amanecido para él un dia sereno, y que léjos de aspirar al Pontificado, no consentiria nunca en aceptarle, aun cuando de nuevo quisiesen conferírselo otra vez (1). A pesar de estos testimonios tan expresivos de resignacion, no moderaron la severidad de los que le habian depuesto.

---

(1) Conc. Hard. t. 8, p. 378.

CAPITULO VI.

Sumision de Gregorio XII.—Su muerte.—Condenacion de las doctrinas de Juan Hus. —Salvo conducto del emperador.—Suplicio de Juan Hus.—El emperador Segismundo va á Aragon para conferenciar con Benedicto XIII.—El rey de Aragon hace grandes esfuerzos por reducir al anti-papa.—Sustraccion de obediencia decidida en su partido.—Deposicion de Benedicto XIII en el concilio de Constanza.—Eleccion de Martin V.—Las familias Colonna y Orsini.—Puntos de reforma publicados por el Papa.—Terminacion del concilio de Constanza.—Desórdenes en Praga de resultas de la muerte de Juan Hus.—Principios de Ziska.—Bulas de Martin V contra los herejes. —Se detiene en Florencia y la erige en metrópoli.—Confirma la canonisacion de Santa Brigida.

La circunstancia favorable de haber añadido Juan XXIII á la sentencia de deposicion un acto auténtico de cesion, hecho por su propia voluntad, fue causa de que la Francia se sosegase en sus temores, á lo que contribuyó tambien la sumision de Gregorio XII, el cual continuaba viviendo en casa de su amigo el príncipe de Rímini, al que dió su poder en forma á efecto de renunciar el Pontificado. El 15 de Junio se celebró la sesion trece. Asistió el príncipe de Rímini, el cual subió á un trono que se habia preparado como si fuera para el mismo Pontífice, y despues de pronunciar un discurso sobre el restablecimiento de la concordia, leyó la fórmula de la renuncia del Pontificado, y en seguida como ya no representaba al Pontífice, bajó del trono y ocupó un lugar cualquiera. Entónces subiendo á la cátedra el arzobispo de Milan, aceptó en nombre del concilio la resignacion de Gregorio. Cuando éste supo en Rímini lo que habia pasado en Constanza, congregó por última vez su consistorio al cual se presentó con las vestiduras pontificales, y declaró solemnemente que aprobaba todo lo que en su nombre habia hecho el príncipe su apoderado. Entónces se quitó la tiara y demás insignias de la autoridad suprema de la Iglesia, protestando que no volveria á tomarlas

jamás. El concilio le dió el título de primer cardenal, y de legado perpétuo de la Marca de Ancona. Los seis cardenales que le quedaban cuando abdicó fueron incorporados al Sacro Colegio, y se confirmó todo cuanto habia hecho legitímamente en su obediencia. Su reinado hasta su deposicion en Pisa, fue de dos años, diez meses y tres dias, y si se cuenta hasta su abdicacion en Constanza, ocho años, siete meses y cinco dias.

Murió Gregorio XII en Recanatti, á los dos años de su abdicacion, el 4 de Julio de 1417, y fue enterrado en la catedral, donde se le elevó un sepulcro. Dos siglos despues, en 1623, con motivo de reparaciones que debian practicarse en la iglesia, se encontró el cuerpo muy conservado, y revestido aun con los hábitos pontificales (1). «Seamos justos en «todo, dice Montor; sea la que quiera la crítica inventada para atacar á «este Pontífice, estaba dotado de una santidad tan sublime, que San «Antonino hablando de la constancia de este Papa en medio de tantas ad«versidades, le compara á San Estéban, mártir (2). A esta santidad tan «digna de admiracion, reunia Gregorio XII el saber, la experiencia y «la piedad (3).»

Ya hemos dicho que los errores de Wiclef fueron condenados en la séptima sesion del concilio de Constanza. En la décima quinta que tuvo lugar el 6 de Julio, fueron condenados de nuevo, como asimismo las doctrinas de Juan Hus. Provisto este de un salvo-conducto del emperador llegó á Constanza el 3 de Noviembre acompañado de su amigo Juan de Chlun y de dos caballeros. A su llegada, algunos cardenales dieron la órden de prenderle. El concilio nombró tres cardenales para examinar su doctrina, y se le concedieron varias audiencias para que se explicase ante los Padres reunidos. Obstinado en sus errores se negó resueltamente á retractarse, y sus libros fueron condenados al fuego. El autor lo fue á ser degradado, pero no á muerte. El concilio devolvió su persona al emperador y éste la entregó al elector palatino, el cual á su vez la entregó á los magistrados, los cuales la abandonaron á sus dependientes con órden de quemar vivo á este heresiarca: de modo que Juan Hus fue entregado á las llamas no obstante el salvo-conducto del emperador, sin

---

(1) Vittorelli, en sus *Addit.* á Chacon, tom. II, pág 734.—Quirini, *Porpora é Tiara Veneta*, pág. 3.

(2) San Antonino, *Chron*, part. III, tít. 22, cap. 5.—Leonardo de Arezzo, *in Commentar. rer. gest. in Italia*, cap. Muratori, tom. IX, pág. 936.

(3) A. de Montor. Vida de Gregorio XII.

formal sentencia de muerte y sólo por un fallo arbitrario de los magistrados, puesto que entónces ne existia en Alemania ninguna ley civil que ordenase quemar á los herejes. En 30 de Mayo del siguiente año, Jerónimo de Praga, discípulo de Juan de Hus, tuvo la misma suerte.

Con anuencia del concilio, el emperador Segismundo hizo un viaje á Aragon para conferenciar con Benedicto XIII, y ver de reducirle á la abdicacion de sus pretendidos derechos. Todos sus esfuerzos se estrellaron ante la obstinacion del anti-papa, el cual decia que la asamblea de Constanza era la única que ya sostenia el cisma, pues que habiendo ya renunciado los otros dos competidores, era él sin duda alguna, el único Papa; por consiguiente, que reconociéndole como tal, se daria término á aquel funesto cisma; y que por el contrario, haciendo una nueva eleccion se daria un nuevo pábulo porque él estaba resuelto á no abandonar nunca la direccion de la nave de la Iglesia que Dios le habia confiado; que lo contrario seria hacer traicion á sus deberes, y mostrar una cobardía tan indigna de su edad y de su carácter (1).

El rey de Aragon, D. Fernando, llamado el *Honesto* y el *Justo*, emprendió tambien con gran celo la obra de reducir á Pedro de Luna, sin adelantar más que el emperador Segismundo. ¡Tanta era la ambicion de reinar que tenia, y que excedia los límites naturales! D. Fernando se hallaba á la sazon postrado en cama, á causa de sus dolencias, y su hijo D. Alonso, príncipe heredero, era quien en su nombre y con sus poderes gestionaba tan importante negocio. Viendo que nada podia alcanzar del anti-papa, tuvo una junta de príncipes, embajadores y prelados en la que se acordó en definitiva requerir solemnemente por tres veces á Benedicto, para que hiciese le renuncia. Cuando lo supo el antipapa, se marchó á Peñíscola donde se encerró con los suyos. En este caso, el rey D. Fernando quiso oir el dictámen de San Vicente Ferrer, que tan adicto habia sido á Benedicto. El santo y sabio apóstol manifestó su dictámen, diciendo que si al tercer requerimiento no accedia Benedicto á la renuncia, no debia diferirse un sólo dia la sustraccion de la obediencia. Hiciéronse los tres requerimientos, y la respuesta de Benedicto fue aun más desabrida que ántes, y hasta hizo llamar á sus prelados á Peñíscola para celebrar allí un concilio que oponer al de Constanza. Viendo esto D. Fernando, se puso de acuerdo con el emperador, y dió órden de que los obispos, y demás prelados de su reino y aun los

---

(1) Bercastel. Lib. XLIX. n. 27.

cardenales de Benedicto, fuesen inmediatamente á Constanza, prohibiendo llevar víveres ni socorros de ninguna clase á Peñíscola. Enviáronse embajadores á Constanza, y el dia 6 de Enero de 1416 precediendo un elocuente y afectuosísimo sermon de San Vicente, se publicó el decreto de sustraccion de obediencia en la iglesia del castillo de Perpiñan, enviando copia á todas las demás de los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, que siguieron el mismo ejemplo. Navarra y los condados de Foix y Arniañac, se apartaron tambien de la obediencia de Benedicto, y más tarde hizo lo mismo Castilla.

No tardó el concilio de Constanza en proceder jurídicamente á la deposicion de Pedro de Luna, ó sea Benedicto XIII. Hiciéronse las más minuciosas informaciones como si no hubiesen sido notorios los cargos: despues de la sesion treinta y tres presidida por el obispo de Ostia, despues de declararse nuevamente la contumacia, el cardenal Filastro pronunció el decreto de deposicion y de condenacion absoluta. Prohibe el concilio á todos los fieles cristianos de cualquier clase y condicion que sean, cardenales, patriarcas, obispos, reyes, emperadores y demás, obedecer á Pedro de Luna ni sostenerle, bajo pena de ser tratados como fautores del cisma y de la herejia, privados de todos los beneficios, honores y dignidades eclesiásticas y seculares, y que si en la actualidad algunos se encuentran en este caso, el concilio los declara *ipso facto* privados de sus dignidades, honores y beneficios. En este decreto se trata á Benedicto de perjuro, de cismático y aun de hereje, por cuanto se opuso con su conducta al artículo del símbolo concerniente á la unidad y á la catolicidad de la Iglesia.

Con esto podia darse por terminado el cisma, puesto que Gregorio y Juan habian hecho humildemente su concesion, y Benedicto quedaba depuesto.

En la sesion siguiente ó en la que fue depuesto Benedicto se trató ya de la eleccion de nuevo Papa. Resolvióse que el cónclave se compusiese no sólo de los cardenales, que eran veinte y tres, sino tambien de treinta diputados de las naciones, esto es, seis de cada una, lo cual formaba en todo cincuenta y tres votos, de los que debian reunirse las dos terceras partes, observándose en todo lo demás las leyes anteriormente establecidas para la eleccion de los Sumos Pontífices. El 8 de Noviembre de 1417 entraron en cónclave y el 11 ántes del medio dia se hallaron reunidos todos los votos en favor del cardenal Oton Colonna que tomó el nombre de

MARTIN V, por haber acaecido su eleccion el dia de San Martin, y querer ponerse bajo la proteccion de este gran santo. El dia siguiente 12 de Noviembre recibió el diaconado, el 13 el presbiterado y el 14 fue consagrado obispo. Siete dias despues fue solemnemente coronado, celebrando en seguida la magnífica cabalgata en la ciudad de Constanza, pasando de la iglesia catedral á la de San Agustin. El freno del caballo era sostenido á la derecha por el emperador Segismundo y á la izquierda por Federico, marqués de Brandeburgo y elector del imperio.

Era este Papa romano de nacimiento, y pertenecia á la ilustre casa de los Colonna, y es la primera vez que vemos aparecer sobre el trono Pontificio un miembro de esta casa. Siendo tan conocidas como ilustres las dos familias romanas de los Colonna y Orsini, creemos oportuno reproducir aquí el siguiente razonamiento que hace Montor en la introduccion á la vida de Martin V. «Estas dos familias, dice, produjeron hombres recomendables por su talento, riquezas y valor. Si fueron grandes, ricas y valientes, pudieron tambien ser ambiciosas; pero no obstante, al través de las intrigas, ataques y sediciones de todo género, á pesar de las revoluciones, tan pronto contra el pueblo como en favor de él, esta proteccion dada y retirada al tribuno Rienzi, ningun Colonna ni Orsini aparece en primera línea para reclamar orgullosamente la autoridad suprema. Me inclinaré á atribuir este espíritu de reserva y de moderacion á un respeto inalterable hácia los derechos de la Santa Sede. ¡Honor á estas dos grandes familias!

«Los Colonna, entre otros, fueron enemigos personales de algunos papas; la impetuosidad de Sciarra Colonna ha sido bastante señalada aun cuando no haya dado el golpe de manopla. Un Colonna, asistiendo á la coronacion del rey de Baviera, fue á no dudarlo, presuntuoso; pero acogiendo un intruso en Roma, si ofendió á Juan XXII, que residia en Aviñon, no demostró por ello directamente la ambicion de reinar. Los Orsini, que tenian tanta pujanza, que fortificaban el coliseo en el cual habian dado un asilo á Alejandro III, que siguiendo atentamente todas las miras de los Colonna para desbaratarlas sin duda, se entregaron de tal modo á estos celos de familia y pasiones secundarias que de ellos nacen, fueron igualmente ajenos á todo proyecto de hacerse reyes de Roma. Cuando se ha causado un perjuicio ó se ha tributado un favor, se desea luego el poder para obtener la impunidad ó no tener que echar de menos la ingratitud: pues bien, ninguno de los miembros de estas dos familias deseó jamás usurpar la autoridad en Roma. Estos señores eran,

es preciso confesarlo, tan pronto enemigos como fieles, indisciplinados y obedientes, animados de cólera contra algunos papas, y sumisos ante algunos otros; pero la dignidad de la Santa Sede y las posesiones romanas fueron siempre respetadas por estos príncipes: finalmente, en medio de las conmociones ocurridas á fines del siglo último y á principios de este, no hemos visto ni á los Colonna ni á los Orsini, continuados en el número de los que han aplaudido la caida del Pontificado. He debido tributar brillante justicia á estas dos nobles familias. Bien público es, además, que Fabricio Colonna es el interlocutor de Machiavelo en su *tratado del arte de la guerra*, y que Bartolomé Orsini de Alviano nos ayudó con su valor en la batalla de Marignan.» Justo nos parece reproducir para honor de dichas casas estos desinteresados elogios que consignó en su obra de la *Historia de los Soberanos Pontífices Romanos*, el sabio Artaud de Montor.

Fijemos de nuevo la vista en el concilio de Constanza. El nuevo Papa presidió cuatro sesiones que todavía se celebraron. Desde el instante en que la majestad pontificia apareció al frente de la asamblea, ésta varió de aspecto. Hasta entónces, todos habian pedido reformas, y habian hablado de los casos en que podia el Papa ser corregido y depuesto, siendo esto como la base de la reforma que pretendian. Martin declara que no tiene por conveniente el que se establezca nada nuevo sobre este punto, y no solamente se conforman todos los que componen el concilio, sino que las naciones todas acceden á sus ideas y mandatos, sin que haya una sola réplica (1). Las reformas que se llevaron á cabo en la sesion cuarenta y tres consistieron en condenar severamente la simonía; en reprobar la mala conducta de algunos eclesiásticos; en revocar las exenciones concedidas desde la muerte de Gregorio XI; en anular la union de los beneficios de la misma época; en desechar como abusivas las dispensas obtenidas para gozar de ciertos beneficios sin haber recibido las órdenes competentes; en no aplicar en lo sucesivo á la cámara apostólica el producto de los beneficios vacantes, y por último en no gravar con diezmos ni impuesto de ninguna otra clase á ninguna iglesia sin que precediera el consentimiento del prelado de la provincia. Además, dentro del mismo concilio el papa Martin hizo concordatos particulares con diferentes naciones.

En suma, en la sesion cuarenta y cinco, celebrada el 23 de Abril, el

(1) Schelestr. in comp. p. 71.

Papa dió por terminado el concilio, en el cual concluyó felizmente el funesto cisma que por espacio de cuarenta años habia afligido á la Iglesia.

Labbe en sus *Concilios*, dice que las palabras de Martin al terminar el de Constanza fueron estas: *Decreta in materia fidei per præsens concilium conciliariter teneri et inviolabiliter observari*. Por estas palabras, Martin quiere decir que no aprueba lo que se habia establecido en las sesiones cuarta y quinta relativamente á la autoridad de los concilios sobre el Papa. Aunque como lo dicen De Sponde y Bellarmino, el concilio de Constanza no decidió absolutamente que los concilios generales hayan recibido de Jesucristo el poder sobre los Pontífices. Lo que únicamente declaró, es que tal poder existe solamente en tiempo de cisma, cuando se duda ó se ignora cual es el verdadero Papa. Tal es tambien el pensamiento de Torre Cremata, Sauder y Campeggio, el cual, como opina Artaud de Montor, parece dictado por la mas elevada sabiduria y prevision. En la última sesion de Constanza se anunció el próximo concilio general, señalándose para su celebracion la ciudad de Pavía. Ya veremos que este anunciado concilio no se reunió hasta el año 1431 y no en Pavia, sino en Basilea, de donde más tarde fué trasladado á Florencia.

Del cisma sofocado en la célebre asamblea de Constanza, incendio que causó grandes estragos, veremos salir aun una chispa á la muerte del ambicioso Pedro de Luna, pero chispa que siendo la última se extinguirá en el momento sin causar el menor daño.

Ya dijimos anteriormente que Juan Hus habia muerto en el suplicio del fuego. La noticia de esta justicia fué causa de que estallara en Praga una sedicion violenta. Los discípulos del hereje le tributaron en la capilla del castillo los honores de los mártires, y despues queriendo vengar su muerte, se esparcieron por la ciudad, saquearon el palacio arzobispal y las casas de algunos eclesiásticos, cometiendo al mismo tiempo varios asesinatos. Despues se esparcieron por todo el reino para continuar su obra de destruccion. Un sumiller de corps del rey Wenceslao llamado Juan de Trocznou, y que era conocido por el nombre bohemio de *Zicka*, ó lo que es lo mismo el *tuerto*, denominacion que se le dió por haber perdido un ojo en una batalla: siendo general de los sectarios fué el más fogoso entre los autores de la sublevacion. Habíase propuesto vengar á toda costa la muerte de Juan Hus, y los husitas, que fiaban mucho en su valor, le confirieron el grado de general que él aceptó en el momento. Diestro en el arte de guerrear, se formó prontamente un ejército aguerrido, persuadiendo á Wenceslao que aquella tropa seria el sosten y la

defensa de su trono. De este modo, contando con su proteccion, pudo dedicarse á instruirlos.

Al poco tiempo despues de su eleccion, el papa Martin expidió dos bulas que llevan la fecha de 20 de Febrero de 1418, las cuales tenian por objeto impedir los progresos de la herejía.

Es indudable que el papa Martin se desveló extraordinariamente por llevar á cabo el restablecimiento de la potestad y ministerio espiritual, y tambien se aplicó con constancia á restablecer su autoridad temporal con el estado eclesiástico. La marcha de los Papas á Aviñon y despues el cisma que tanta afliccion causára á la Iglesia, fueron causas muy poderosas para que se debilitára en gran manera el poder temporal de los Pontífices. La mayor parte de las ciudades de Italia se habian acostumbrado á vivir con absoluta independencia, consistiendo toda su sumision en recibir honoríficamente á los legados enviados por los papas. Entre estas ciudades citarémos á Bolonia, que se rebeló con la mayor desvergüenza en el momento en que faltó de ella Juan XXIII, que por tanto tiempo permaneció en aquella legacion. En 1419, Martin V pasó de Constanza á Italia y se fijó en Florencia, donde permaneció más de un año. Fué muy bien recibido por los florentinos, y el Papa, en reconocimiento de tan buena acogida, erigió aquel obispado en Metrópoli, confirmando al mismo tiempo la canonizacion de Santa Brígida, hecha en 1391 por Bonifacio IX, y confirmada en 1415 por Juan XXIII. Hizo Martin esta confirmacion para demostrar que aquellos fueron verdaderos Papas.



CAPITULO VII.

Sumision voluntaria de Juan XXIII.—Celo de Ladislao, rey de Polonia, por la reunion de las iglesias griega y latina.—Embajadores de Oriente.—Disposiciones de Manuel Paleólogo.—Cruzada contra los moros de África.—Recibimiento del papa Martin en Roma.—Progresos de Ziska.—Crueldad de Wenceslao, rey de Bohemia.—Martirio de San Juan Nepomuceno.—Muerte de Ziska.—Herejías.—Concilio de Saltzburgo.—Otros concilios.—Misa del asno y otras fiestas escandalosas prohibidas en el concilio de Paris.—Cisma renovado por Alfonso, rey de Aragon.—Muerte de Pedro de Luna.—Le sucede Gil Muñoz.—El rey de Aragon abandona el cisma, con lo que este concluye definitivamente.

Serios temores empezaban á tener los verdaderos fieles, de un nuevo cisma, porque Juan XXIII, habia recobrado su libertad que habia comprado á fuerza de dinero al conde Palatino, y los que se hallaban descontentos ó tenian interés en fomentar el cisma, le instaban á que se volviese á poner las insignias pontificales en el pais de Parma, donde se hallaba. Pero Dios, que vela por su Iglesia le inspiró un santo pensamiento que llevó á cabo. Huyendo de los seductores que le rodeaban, se fue sólo, sin guia, y sin comunicar su pensamiento á persona alguna y se dirigió á Florencia, en cuya ciudad se arrojó á los piés del papa Martin, reconociéndole por Vicario de Jesucristo. Este acto de profunda humildad admiró á todos los circunstantes (1), los cuales derramaban lágrimas de alegría y de compasion, y muy especialmente los cardenales que le eran deudores de la púrpura ó que habian sido de su obediencia. El mismo Martin V se enterneció, y recibiéndole en sus brazos le creó cardenal-obispo de Túsculo, con la distincion de tener una silla más alta que la de los demás cardenales en las ceremonias públicas.

(1) Anton. tít. 22, c. 7, p. 2.—Platin. in Mart. V.

A los seis meses de este suceso murió, el 22 de Noviembre del año 1419, habiendo sido enterrado con gran pompa y solemnidad. Digno fue de este homenaje debido en gran parte á su amigo Cosme de Médicis.

Veamos ahora los demás sucesos que tuvieron lugar durante la permanencia del papa Martin V en Florencia.

Ladislao, rey de Polonia, procuraba por todos los medios posibles facilitar la deseada reunion de las iglesias griega y romana. Este celo fue estimado en lo que valia por el Sumo Pontífice que le premió nombrando á Ladislao vicario general de la Iglesia romana en sus Estados, encargado especialmente de proteger y extender la luz evangélica entre los bárbaros, y de trabajar asiduamente á fin de conseguir que los griegos se reunieran con la Santa Sede. Daremos cuenta del estado de la Iglesia de Oriente: el emperador Juan Paleólogo envió una embajada prometiendo que los griegos se conformarian con los latinos, toda vez que estos quisiesen tratar bajo condiciones equitativas. Esto no obstante, aseguran algunos historiadores, que Manuel, despues de haber recorrido sin fruto varios paises de la Europa para solicitar el auxilio de los príncipes, llegó á escribir una obra contra la procesion del Espíritu Santo. Cuando Martin V ocupaba ya el Trono Pontificio, se presentaron otros embajadores griegos los cuales propusieron que se celebrase un concilio ecuménico en Oriente, en lo que consintió el Papa, ofreciendo presidirle por medio de sus legados, y aun llegó á enviar una legacion para tratar del tiempo y lugar de la asamblea, y descubrir lo que podia esperarse de la propuesta que hacian los griegos.

Era entónces el año 1419, y Manuel Paleólogo habia sido asociado al imperio desde el dia 19 de Enero del mismo año, siendo él el que tenia la parte principal en el gobierno. Sus disposiciones para la union eran buenas como se demuestra por haber logrado llevarla á cabo algunos años despues en el concilio de Florencia. Sin embargo, no habia forma entónces de poder efectuar el concilio de Grecia, porque los turcos en sus frecuentes invasiones arrasaban todas las posesiones del imperio de Constantinopla. El gran peligro de los caminos imposibilitaba el que se pudiesen reunir los prelados.

Por esta misma época, Juan, rey de Portugal, no contento con haberse apoderado de la ciudad de Ceuta que pertenecia á los moros, resolvió hacerles una guerra más viva con el objeto de extender la fe cristiana. El papa Martin, no solamente aplaudió el celo de aquel monarca, sino que á más invitó á todos los príncipes cristianos á que compartieran

los peligros que iba á arrostrar aquel, y publicó una cruzada contra los africanos. Dos años más tarde las flotas de Portugal descubrieron las Indias orientales. Se apoderaron en seguida de la isla de Madera, adelantaron hácia las costas de África, y tomaron posesion del cabo que fue llamado de *Buena Esperanza*. Llegaron á las Indias donde no se habia aun penetrado por mar (1).

Los romanos aguardaban con impaciencia la llegada del papa Martin. Su arribo á Roma fue un suceso de los más extraordinarios que Platino se ha encargado de pintar con los más vivos colores. He aquí como lo explica (2): «Habiendo salido de Florencia el papa Martin, llegó á Roma, donde el pueblo y los príncipes de tan gran ciudad le esperaban no como á un hombre, sino como un astro refulgente y de feliz presagio, y único padre de la patria. Los romanos conservaron en sus fastos la memoria de este dia, el décimo de las calendas de Octubre (22 de Setiembre), del año del Señor 1421. Martin encontró á Roma cual si esta ciudad hubiese desaparecido bajo grandes ruinas: no se encontraba en ella más que casas derruidas, templos echados por tierra, caminos intransitables; una ciudad en suma, devorada por la carestía de todas las cosas y por el hambre: ¿Qué más diré? Nada de lo que se veia tenia la apariencia de un lugar habitado; no se descubria vestigio alguno de lo que constituye una ciudad. Hubierais creido que todos estos infortunados vivian allí como oscuros inquilinos, y que se habia reunido la más vil hez de la tierra (3).»

Extraordinario fue el celo que desplegó el papa Martin para extinguir las herejías que se multiplicaban al principio de su reinado. Propagábase por Italia la llamada de los *Fraticelli* y tambien de la *opinion* porque opinaban que Juan XXIII habia sido privado de la dignidad pontificia á causa de las constituciones que decretó sobre la pobreza de Cristo y de

(1) Artaud de Montor. Vid. de Martin V.

(2) Platin. in Martin V.

(3) Reproducimos aquí el texto latino de esta narracion de Platino por su mucha elegancia. Dice así: «Abiens itaque Florencia, Romam tandem pervenit, effusa obviam omni urbana multitudine, effusis principibus tantæ urbis, qui hominem non secus ac quoddam salutare sidus, vel unicum patriæ parentem expectabam. Diem illum in fastis annotavere Romani decimo calendas octobris (22 sept.) anno MCCCCXXI. Urbem Romam adeo diruptam et vastam invenit, ut nulla civitatis facies in illa videretur. Collabentes vidisse domos, collapsa templa, desertos vicos, cænosan et oblitam urbem, laborantem rerum omnium caritate et inopia. Quid plura? Nulla urbis facies, nullum urbanitatis indicium in ea videbatur. Dixisses omnes cives aut inquilinos esse, aut ex extrema hominum fece eo commigrasse.»

los Apóstoles. El papa Martin designó dos cardenales para que instruyesen el proceso, que debia seguirse contra estos sectarios.

Mientras tanto reinaba en Bohemia el mayor desórden. Ziscka, del que ya hemos hablado, se aprovechaba de la indolencia del rey Wenceslao, llegando á tener subordinados á su obediencia hasta cuarenta mil hombres. Dediquemos algunas líneas á dar á conocer al déspota Wenceslao, y despues seguiremos nuestra narracion. Con dificultad habrá tenido nacion alguna un monarca tan cruel y tan infame, como el verdugo de San Juan Nepomuceno. Entregado por completo al deshonroso vicio de la embriaguez, este le conducia á todos los demás, y á los más espantosos crímenes. Para demostrar á donde llegaba su crueldad, baste decir que siempre llevaba á su lado el verdugo, á quien llamaba su compadre, y que en efecto lo era. Solamente por capricho y cuando su humor sanguinario le agitaba, hacia que el verdugo cortase la cabeza en presencia suya á cualquier persona que él señalaba, sin ninguna clase de proceso, bien que por lo comun no habian cometido el menor delito. Hemos indicado que Wenceslao fue el verdugo del glorioso San Juan Nepomuceno. Expondremos este hecho notable, que forma por sí sólo el panegírico del rey de Bohemia.

Era Juan Nepomuceno un santo sacerdote, canónigo de la metropolitana de Praga. Dedicado á la predicacion del Evangelio, habia adquirido una fama extraordinaria, logrando un gran número de conversiones, bien que predicaba al mismo tiempo con el ejemplo de las virtudes que le adornaban y formaban de él un verdadero ministro de Jesucristo. Wenceslao, cuando hacia poco tiempo que habia sucedido á su padre Cárlos IV, era por lo comun uno de sus más constantes oyentes. Queriendo premiar su celo, le ofreció sucesivamente diversos obispados conforme iban vacando; pero el humilde canónigo jamás quiso aceptar ninguno, ni tampoco una de las más ricas y honoríficas abadías con que le brindó.

Pudo Juan Nepomuceno librarse del cargo episcopal que su humildad le hacia creer superior á sus fuerzas; pero no pudo eximirse de aceptar el de director espiritual de la reina D.ª Juana, esposa de Wenceslao. Este cargo le proporcionó muchos trabajos y la preciosa corona del martirio.

Wenceslao se habia entregado por completo al desenfreno de las pasiones todas, y principalmente á la lujuria; así es que juzgando por su corazon el ajeno, dejó que prendiese en su corazon la funesta llama de

los celos. Sospechando temerariamente de la fidelidad de su esposa, hizo llamar á su confesor Juan Nepomuceno, y primero con lisonjas y luego con amenazas, quiso obligarle á que le revelase cuanto habia oido de labios de la reina en la confesion. Horrorizóse el santo sacerdote al escuchar la proposicion del rey, y despues de manifestarle la enormidad del pecado á que queria arrastrarle, concluyó por decirle que primero perderia mil vidas si las tuviese, ántes que quebrantar el sagrado sigilo de la confesion que por ley divina y humana debia conservar. Quedó un tanto atónito Wenceslao, y trató de disimular por entónces, pero poco tiempo despues volvió á los mismos deseos, y haciendo ir nuevamente al palacio al santo confesor, le instó con las más terribles amenazas á que le revelase la confesion de la reina; mas como quiera que hallase la misma resistencia que la vez primera, llamó á algunos soldados de su guardia que tenia siempre dispuestos á ejecutar sus órdenes, y les entregó la persona del santo, mandándoles que le condujesen á las habitaciones interiores de palacio, y que allí le apaleasen con el mayor rigor. Sufrió este martirio el siervo de Dios con la mayor paciencia sin desplegar los labios para quejarse, y sí únicamente para invocar los nombres de Jesus y de María. Sufrió sus padecimientos con el mayor gozo, y luego que fue puesto en libertad y se hizo curar las llagas secretamente para no descubrir á nadie lo que habia sucedido, volvió á dedicarse á su ejercicio de la predicacion con más fervor que ántes si era posible, porque cual otro Pablo, llevaba sobre su cuerpo las llagas de Jesucristo y las gloriosas señales de su santo y apostólico ministerio. Con mucha frecuencia era escuchado en el púlpito de la iglesia metropolitana de Praga, en la que comentando unas palabras del Evangelio, á saber: *Modicum et videbitis me: et iterum modicum, et non videbitis, quia vado ad Patrem*, anunció su próxima muerte con palabras que no daban lugar á duda, por lo que se comprendió que habia tenido revelacion de su cercano martirio.

En efecto; un dia á la caida de la tarde hallábase Wenceslao en uno de los balcones de su palacio, y como viese pasar á Juan Nepomuceno, le hizo llamar en el momento. Obedeció el santo la órden del monarca, el cual le mandó que en el instante le manifestase lo que sabia de la conciencia de su esposa ó que de lo contrario le mandaria en seguida arrojar al rio Moldaw, que pasa por medio de Praga. El santo se manifestó firme en su silencio, y la órden terrible fue dada al punto. Ejecutóse con todo secreto en la mitad de la noche, con el objeto de man-

tener oculto el delito, pero Dios quiso hacer pública la gloria del primer mártir del sigilo sacramental, y muchas noches se vieron algunas antorchas encendidas que prodigiosamente andaban sobre las aguas, y despues quedaban paradas en un lugar. Por esta causa, discurriendo que aquello encerraba alguna maravilla, buscaron en aquel sitio y hallaron el cadáver del glorioso mártir, que fue recogido por los canónigos de la metropolitana que animados por tal prodigio, le sepultaron con la mayor pompa, no temiendo las iras del monarca. Dios hizo glorioso por multitud de milagros el sepulcro del santo mártir, cuya lengua despues de trescientos años, al reconocerse el cadáver para las informaciones jurídicas fue hallada incorrupta. La Iglesia pues, le inscribió en el catálogo de los gloriosos mártires. San Juan Nepomuceno es abogado de la honra y buena fama, principalmente de los sacerdotes.

¿Cómo pues Wenceslao habia de oponerse á la propagacion de las heregías, siendo tan infame, y careciendo de todo temor de Dios? Cuando cierto dia encontró en su cuarto una inscripcion que le habian puesto sus mismos servidores, y que decia: *Wenceslao, segundo Neron*, léjos de ofenderse escribió debajo con su propio puño: *Si nó lo he sido todavía, lo seré* (1).

Ziscka pues, sin tener nada que temer extendió sus errores y aun se propuso mandar como jefe todas las diversas sectas que cada dia producia la suya, llegando á verse rodeado de una multitud de personas de ambos sexos que oian sus palabras como si fuese un oráculo. Siempre los farsantes encuentran seguidores.

Al impío Wenceslao, sucedió su hermano Segismundo, el cual si recibió al principio muestras de fidelidad, bien pronto se vió abandonado de los grandes y obligado á poner sitio á la capital del reino, cuyos habitantes imploraron el auxilio y socorro de Ziscka. Este acababa de establecer un asilo para sus sectarios, en la cima de un monte que se internaba entre dos rios y formaba una especie de península (2). Allí formó un pueblo al que puso por nombre Tabor, como sitio consagrado á la revelacion de las verdades más sublimes de la Religion. De aquí el que estos sectarios fueran llamados *taboritas*.

Los *adamitas*, secta odiada en todas partes, fueron tambien á establecerse en Bohemia que era el centro de todos los errores. Esta secta que

---

(1) Arte de comp. las fechas.
(2) Æn. Sylv. hist. Bohem. c. 43.

habia tenido orígen hacia algun tiempo, fué renovada por un impío conocido por el nombre de Picardo, por haber nacido en Picardía, y era uno de los hombres más deshonestos que se han conocido. Con sus artificiosos discursos logró el verse rodeado de una multitud de personas de ambos sexos, á las que hacia andar desnudas en señal de inocencia, á semejanza de los primeros padres. El mismo Ziscka, apesar de su impiedad encontró tan repugnante esta secta y tan escandalosa, que valiéndose de sus sectarios fue sobre ellos en el sitio que habian escogido por guarida y los exterminó aunque algunos pocos que pudieron escapar se perpetuaron por mucho tiempo despues (1).

Otra secta muy semejante á la de los adamitas apareció por entónces y era conocida por los *Orebitas*. Con decir que unos y otros vivian entregados á todos los placeres carnales, nos escusamos de exponer sus doctrinas, bien que puede decirse que no tenian otras que la degradacion y la concupiscencia. Zizcka quiso hacer tambien la guerra á los *orebitas* pero temiendo el ser derrotado se unió á ellos, y todos reunidos se dedicaron á la persecucion de los sacerdotes católicos. Todos estos heresiarcas juntos con los husitas componian un número respetable.

Ayudado con todo este refuerzo Ziscka, emprendió la guerra contra Segismundo, y aunque perdió de un flechazo el único ojo que le quedaba, no por esto fue menos terrible. No podia salir de su tienda sino con su guia, se informaba de la posicion que tomaban las tropas enemigas y daba sus disposiciones con el mayor acierto, consiguiendo muchos triunfos. Segismundo que no podia conseguir el vencerle quiso atraerle á su partido ofreciéndole gran cantidad de dinero y el mando de todas las tropas de Bohemia; pero la peste que se desarrolló en 1424 acabó con la vida de Ziscka. Dicen los historiadores, que hallándose en los últimos extremos de la vida, dispuso que luego que fuese muerto le desollasen y que hiciesen con su piel un tambor, diciendo que su ruido bastaria para poner en fuga á los enemigos (2). Krant afirma que se cumplió lo que habia dicho (3).

Por una parte el cisma, y por otra los desórdenes que despues de él se experimentaron en el Norte, causaron bastante relajacion en la disciplina. Para remediar estos males, Everardo, arzobispo de Saltzburgo de-

(1) Ib. c. 41.—Dúbrav. L. 26.
(2) An. ep. 130.
(3) Lib. II. Hist. Eccle.

terminó celebrar un concilio en dicha ciudad, el cual se reunió el 5 de Noviembre de 1418. Confirmáronse en él muchos antiguos estatutos y se formaron treinta y cuatro nuevos. En uno de ellos, el treinta y tres, se manda á los judíos bajo la pena de una multa pecuniaria usar un birrete puntiagudo, y á las doncellas y demás mujeres judías llevar pendiente de su cintura una campanilla. El P. Labbe fijó este concilio en 15 de Enero de 1420: mas es evidente que lo confundió con un sínodo celebrado en Saltzburgo en aquella fecha por Juan Hundio, preboste y arcediano de aquella iglesia, en virtud de los poderes de su arzobispo.

Vamos ahora á dar cuenta de otros varios concilios celebrados entre el que acabamos de citar y el general de Basilea que tuvo lugar en 1431. Fueron nueve en la forma siguiente:

1.º Concilio de Kalisch, en la diócesis de Gnesne, en Polonia, en 25 de Setiembre de 1420. Publicáronse en él muchos cánones, sacados de las decretales.

2.º En Colonia en 1423 á 22 de Abril, por Thierri, arzobispo de la misma ciudad. Se publicaron doce estatutos sobre la disciplina.

3.º De Pavía, indicado en el concilio de Constanza y celebrado en 1423. Abrióse en Mayo, pero en 22 de Junio fue trasladado á Sena, á causa de la peste, que amenazaba á la ciudad de Pavía.

4.º Concilio de Sena, empezado en 22 de Agosto de 1423. En este concilio se hizo un decreto contra las herejías condenadas en el de Constanza, y contra todos aquellos que auxiliasen de cualquier modo á los wiclefistas ó á los husitas: pero la reforma y la union de los griegos, fueron aplazadas para el concilio que se indicó en Basilea el cual no se celebró hasta el año 1431. El de Sena fue disuelto en 26 de Febrero de 1424, cuya disolucion confirmó el Papa en 22 de Marzo del mismo año.

5.º Concilio de Tréveris en 26 de Abril de 1423 por Oton de Ziegentheim, y sus sufragáneos. Formáronse en él seis estatutos, dirigidos el primero de ellos contra las herejías de Wiclef y de Juan Hus.

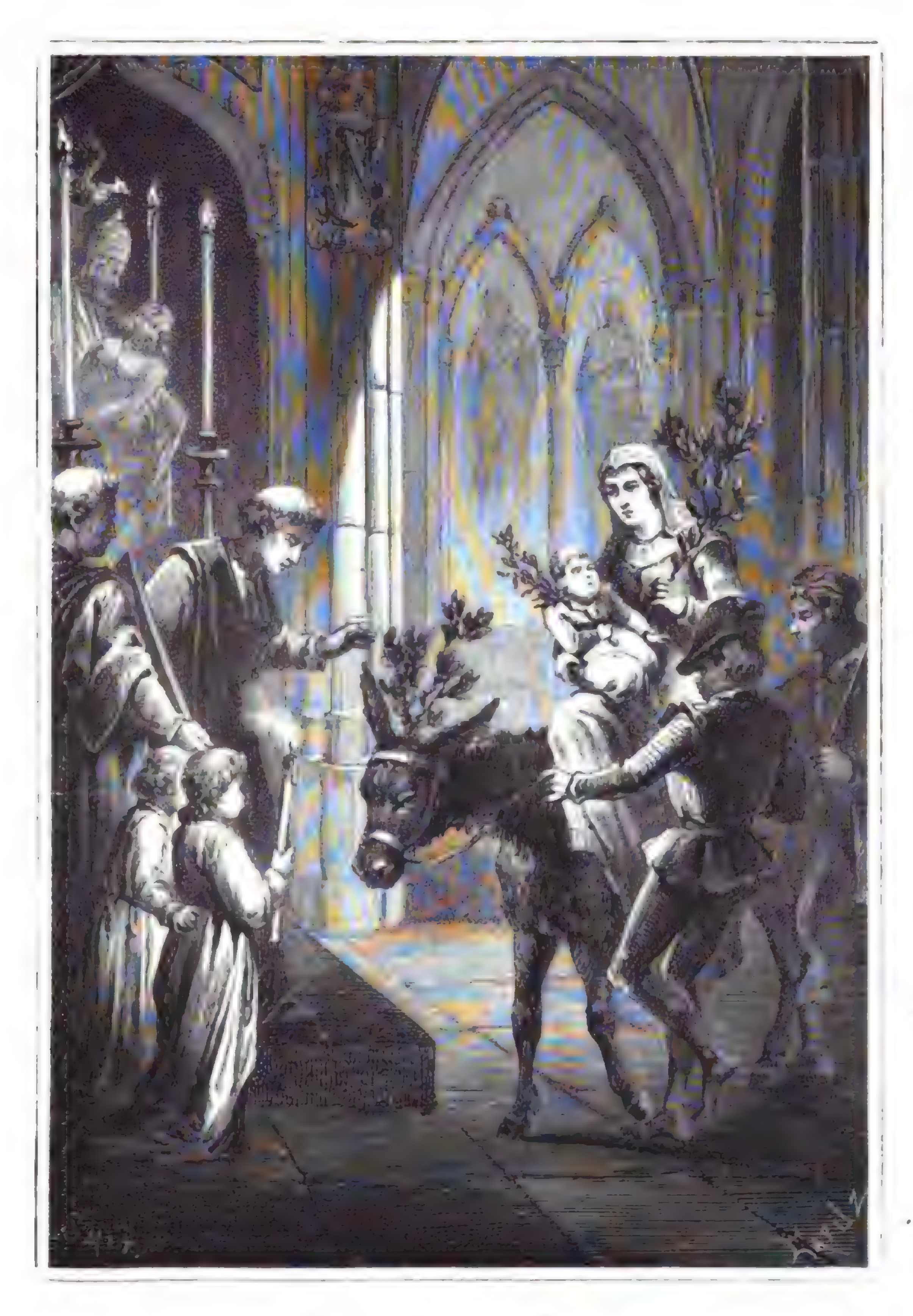
6.º De Copenhague, en Dinamarca, en 1425, por Lucke, arzobispo de Lunden y sus sufragáneos, en 1425. Asistieron tambien otros diferentes prelados, abades, deanes, prebostes, etc. Formóse en esta asamblea una epístola sinodal para el restablecimiento de la disciplina y la reforma de las costumbres de los eclesiásticos, y de las leyes corrompidas por efecto de las guerras continuas.

7.º En Riga en 1429, por Enrique, arzobispo de la misma ciudad,

cuyo prelado nombró doce diputados para que presentándose al Papa le manifestasen la opresion en que estaba su Iglesia, cuyos enviados fueron presos por un comendador de la órden Teutónica y precipitados en un lago.

8.º Concilio de Paris en 1429. Fue abierto en 1.º de Marzo y terminado el 23 de Abril, por Juan Nanton, arzobispo de Sens, sus sufragáneos y otros muchos miembros del clero secular y regular. Formáronse cuarenta artículos reglamentarios, concernientes á los deberes y costumbres de los eclesiásticos, de los monjes y de los canónigos regulares, á la celebracion de las fiestas y á las dispensas de proclamas en el matrimonio, prohibiendo el que se concediesen con facilidad. El segundo de dichos artículos trata de las irreverencias que en determinados dias se cometian en algunas iglesias, siendo entre todas la más escandalosa, la conocida con el nombre de *fiesta de los locos*, establecida en Paris á fines del siglo décimo segundo, y que se verificaba el dia de año nuevo. Los clérigos inferiores elegian á uno de entre ellos al cual vestian con los hábitos pontificales y le llamaban el *obispo de los locos*. Hacíanle oficiar y despues de servirle en la iglesia un gran banquete, le paseaban por la ciudad subido en un carro, y seguido de un numeroso cortejo que entonaba canciones y divertia al pueblo con farsas muchas veces licenciosas. En otras iglesias se celebraba una fiesta semejante aunque ménos escandalosa en el dia de los Inocentes, ocupando los monacillos las sillas de los canónigos y ejerciendo sus funciones. Empero la fiesta no ménos antigua, pero sí más escandalosa era la del Asno que se celebraba en la catedral de Beauvais el dia 14 de Enero. Daremos algunas explicaciones sobre esta fiesta. Hacian representar por una mujer jóven, llevando un niño entre sus brazos y montada sobre un asno, el papel de María, huyendo á Egipto con su hijo Jesús. El clero y el pueblo la conducian desde la catedral á la iglesia de San Estéban. Luego que llegaba á este santuario se colocaba con su montura al lado del Evangelio. En seguida empezaba la Misa, en la que el *Introito*, el *Gloria in excelsis* y el *Credo*, terminaban por un grito semejante al rebuzno del asno, y al fin del oficio, el preste vuelto al pueblo, daba otros tres gritos semejantes que eran repetidos por la concurrencia. Esta fiesta dió orígen á otras diversas entre las que notaremos la de la *madre loca* en Dijon, y la del *cura de los cornudos*, en Evreux. Estas fiestas escandalosas son las que se propusieron desterrar los Padres del concilio de Paris.

A pesar de esto, el rey René, en 1462, instituyó otra fiesta que era



Fiesta del Asno en Francia,
en el siglo XV.

una mezcolanza de sagrado y de profano, que se celebraba la noche que precedia á la fiesta del Santísimo Corpus Christi. En 1643 el arzobispo de Aix, se propuso suprimir esta ceremonia profana, que hacia parte de la dicha fiesta, pero llevándolo muy á mal el pueblo, le amenazó con incendiar el palacio arzobispal, y tuvo que renunciar á su buen deseo.

La revolucion de 1789, terminó con la extraña creacion del rey René, así como con otras instituciones de la monarquía. Más tarde se trató de renovarla, pero felizmente no pudo llevarse á cabo.

En lo tocante á España sólo podemos notar la costumbre que aun hoy dia existe en algunas iglesias, de ocupar los monacillos los lugares de los sacerdotes en la fiesta de los *Inocentes*, pero sin tomar parte alguna en las ceremonias sagradas. Así se hace en la iglesia de San Isidro el Real, de Madrid, donde con este motivo acude gran concurrencia á contemplar á aquellos niños que hacen las veces de los capellanes de aquella colegiata.

9.º Concilio de Tortosa, en Cataluña, en 1429, celebrado por el cardenal Foix, ocho obispos y muchos abades, los cuales hicieron algunos reglamentos y decretos referentes al oficio divino, á los ornamentos de las iglesias, á la instruccion de la juventud, etc. Este concilio celebró cuatro sesiones, la primera de las cuales se tuvo el 19 de Setiembre y la última en 5 de Noviembre.

Pasemos ya á ocuparnos de los asuntos generales.

La Francia se hallaba en un estado de abatimiento extraordinario. El rey Cárlos VI se hallaba en un estado casi de imbecilidad, y su esposa la reina Isabel de Baviera, traidora al reino y de una fidelidad por lo ménos sospechosa á su augusto esposo, hizo un tratado con el rey de Inglaterra Enrique V, por el cual quebrantando las leyes fundamentales del Estado, le pasaba el derecho de herencia del delfin. Hasta la muerte del rey se usó de esta fórmula en el despacho de los negocios: «En nombre del rey, oida la relacion del soberano de Inglaterra, heredero y regente de Francia.» El duque de Borgoña, llamado Juan Sin-Miedo, por el extraordinario valor que habia mostrado en las batallas, fue asesinado, por la dominacion tiránica que ejercia en la corte.

El 31 de Agosto de 1422, murió el rey de Inglaterra, y el 22 de Octubre del mismo año dejó de existir Cárlos VI, quedando la Francia en el estado de mayor abatimiento y desolacion, pues al azote de la guerra y de las discordias se agregaron la peste y la esterilidad, y por consiguiente la terrible plaga del hambre.

A pesar de todo esto, hemos de decir en honra de aquella nacion, que no se olvidó de los intereses de la Religion. Cuando se acercaba el término de los cinco años señalados por el concilio de Constanza, para terminar la grande obra de la reforma, la universidad de Paris envió una diputacion al papa Martin V para suplicarle que condescendiese con los deseos de toda la cristiandad. El Papa aprobando el celo de aquella escuela cristiana, convocó al poco tiempo el concilio en Pavía. Ya nos hemos ocupado más arriba de este concilio y de su traslacion á Sena.

Ocupaba el trono de Aragon Alfonso V, llamado el Magnánimo, el cual pretendió que la eleccion de Martin V que tenia por sospechosa se sujetara á exámen, volviendo á manifestarse partidario de Pedro de Luna, queriendo de este modo resucitar el extinguido cisma, motivado á que el papa Martin defendia los derechos de la casa de Anjou, al reino de Sicilia.

Pedro de Luna murió en su obstinacion en Peñiscola, el 29 de Noviembre de 1424, cuando contaba ya la avanzada edad de cerca de noventa años, y treinta desde que habia sido elegido Pontífice, de lo que parece deducir San Antonino, que no fue Papa legítimo; lo que demuestra que en la época de este santo tenian ya aplicacion estas palabras: *non videbis annos Petri*. Ciaconio en la vida que escribió de Pedro de Luna, dice, que habiendo sido trasladado su cuerpo á Illueca, que era el lugar de su nacimiento, y enterrado en un lugar profano de su castillo, estaba incorrupto, y esto, añade aquel escritor, á causa de la excomunion que le fulminó el concilio de Constanza, porque estaba persuadido como se estuvo mucho tiempo en el Occidente, y aun se está hoy dia en Grecia, de que los cadáveres de los excomulgados no se pudren; idea por cierto bien extraña. Que esta incorrupcion, si es cierta, fuese signo de santidad tampoco podemos creerlo, pues que le faltó la humildad que es el signo característico de los santos. No discurriremos más sobre esto, añadiendo únicamente que sus bellas cualidades naturales fueron eclipsadas completamente por su obstinacion en reinar, que le hizo desconocer los grandes males que acarreaba á la Iglesia, consiguiendo únicamente hacer aborrecible su memoria. Y á tal grado llegó esta obstinacion, que estando ya á las puertas de la muerte, obligó á los dos únicos cardenales que le quedaban á elegir otro Papa inmediatamente despues de su fallecimiento, y esto bajo pena de la maldicion de Dios.

Por su parte el rey D. Alfonso instó tambien á los dos cardenales que

se llamaban Julian Lobá y Gimeno Doha, á que eligiesen sucesor á Benedicto, y que cayese la eleccion en un vasallo suyo. Reunióse pues el cónclave compuesto de sólo dos individuos, contra la esencia de las cosas, de suerte que no podia hacerse entre ellos la eleccion por pluralidad de votos, á ménos que no se votase así mismo alguno de ellos, lo que no se atrevieron á hacer, y así eligieron á un canónigo de Barcelona llamado Gil Muñoz, el cual se prestó sin repugnancia á esta miserable intriga. Tuvo lugar esta fantástica eleccion el 10 de Junio del año 1425.

Para que la ridiculez fuese más completa, sucedió que otros dos cardenales que tenia en su obediencia Benedicto, y que se hallaban en Francia, el uno llamado Domingo de Buena Fé, se declaró á favor de los dos aragoneses, aprobando la eleccion que habian hecho, aunque con alguna dificultad porque habia esperado ocupar la Silla de Benedicto: pero el otro llamado Juan Carriere, protextó contra la eleccion de Gil Muñoz, y creyéndose él sólo con derecho exclusivo para nombrar Papa, eligió á un francés que quiso llamarse Benedicto XIV. Este fantasma de Pontífice volvió prontamente á entrar en la oscuridad de donde habia salido.

El canónigo de Barcelona, que como hemos dicho, se prestó á la ridícula intriga, vistió en seguida hábitos pontificales y se dió á sí mismo el nombre de Clemente VIII.

Poco temor podia infundir esto á la Iglesia; pero sin embargo, el papa Martin V, luego que tuvo conocimiento de lo que habia ocurrido, trató de alejar todo peligro, y eligió al cardenal de Foix creado por Benedicto XIII, á cuya obediencia habia permanecido fiel hasta el concilio de Constanza, que confirmó su dignidad para que fuese delegado cerca del rey de Aragon, con el objeto de alcanzar del mismo el que concluyese con el cisma que nuevamente se presentaba. El cardenal Foix era persona tan distinguida que á más de su dignidad era hermano del conde de Foix, al que habia hecho abrazar la unidad católica, y pariente cercano del mismo rey de Aragon: tambien estaba unido por los vínculos de la sangre con todos los soberanos de Europa. Al principio ni aun quiso recibirle D. Alfonso, y despues le puso muchas condiciones que no podian ser aceptadas por el legado, pero al fin este logró convencerle y que abandonase el cisma. Este resultado lo consiguió el cardenal de este modo: El rey iba á salir para emprender la guerra contra Castilla. Cuando ya estaba en el patio de su palacio, é iba á montar á caballo, vió que se acercaba el legado y creyendo que iba á despedirle se detuvo. El cardenal con tono triste empezó á manifestarle cuanto habia padecido

durante su larga permanencia en el reino para desempeñar su legacion, y el rey tocado sin duda de lo alto, sin dejarle concluir le dijo: «Basta, virtuoso prelado, doloroso me es traer á la memoria, los trabajos que habeis tomado hace ya más de cuatro años por la salvacion de mi alma, y el bien de la Iglesia; por tanto para cumplir con lo que debo á Dios y á la Religion, por la salvacion de mi alma, y por respeto á vos, señor cardenal, quiero ejecutar puntualmente y firmar ahora mismo todo lo que habia prometido y he dejado de hacer hasta este momento.» En efecto, lo hizo en el instante, y despues el rey D. Alfonso, y su hermano el rey de Navarra, que habia ido á unirse con él en Barcelona, colocaron entre los dos al legado, dirigiéndose todos á la iglesia donde hicieron cantar un *Te-Deum* en accion de gracias. Despues de esto, el rey pidió y obtuvo respetuosamente la bendicion del legado, y seguidamente se puso al frente de su ejército.

A vista de esto, el canónigo Gil Muñoz, adulador palaciego, se despojó de las insignias pontificias, y sus cardenales (habia él creado uno) imitaron su ejemplo, reconociendo por verdadero pontífice á Martin V.

Entónces fue cuando quedó definitivamente concluido el gran cisma, que tuvo de duracion desde el dia 21 de Setiembre de 1378 hasta el 26 de Julio de 1429, esto es, cerca de cincuenta y un años, si bien casi pudo darse por terminado en el concilio de Constanza, pues que estos últimos sucesos dieron poco que hacer á la Iglesia, como no fuese el temor de un nuevo cisma.

Alfonso V, el Magnánimo, hombre dotado de gran elocuencia, capitan valiente, protector de las ciencias y de las artes, muy hábil en la política, fue en un principio poco afecto á Martin V, porque creia, como ya hemos indicado, que se mostraria poco propicio á los intereses de su reino, especialmente en lo de Sicilia. Él fue el encargado de notificar á Benedicto en Peñíscola la sentencia de su deposicion, y si despues quiso hacer del cisma una arma política por las vicisitudes de las guerras de Italia, al fin se arrepintió y se mostró generoso. Cuando Alfonso se apoderó de Marsella, se trajo en su galera las reliquias de San Luis, arzobispo de Tolosa, las que depositó despues en la catedral de Valencia.

CAPITULO VIII.

Adelantos de los sectarios de Bohemia.—Calistinos.—Division entre los sectarios.—Pintura de los sacerdotes Husitas.—La doncella de Orleans, Juana de Arco.—Sus victorias.—Su muerte.—Concilio de Tortosa.—Convocacion del concilio de Basilea.—Muerte de Martin V.—Medallas acuñadas en su honor.—Eugenio IV, papa.—Apertura del concilio de Basilea XVII general.—Primera sesion.—Continuacion del concilio—Interés de la Francia á favor de la Santa asamblea.—Atentados del concilio contra el Papa.—Nuncios enviados al concilio.—Husitas.—Mision encomendada al obispo Coutances.—Reconciliacion del Sumo Pontífice con los padres de Basilea.—Estado pacífico del concilio.—Santa Hostia de Dijon.—Esfuerzos del concilio por atraer á los griegos.—Cánones de disciplina formados por el concilio.

Los sectarios de Bohemia hacian grandes adelantos, continuando con con el más insolente descaro su perversa carrera de extender los errores que profesaban en materias de fe. El aventurero Albico, que habia sido elevado por Wenceslao á la dignidad de arzobispo de Praga, lejos de combatir á los herejes los alentaba, sin atender á otra cosa que á disfrutar de sus rentas, rodeándose, de comodidades. Sucedióle Conrado de Olmutz, por medios sacrílegos, el cual si al principio miró con indiferencia la herejía llegó despues á hacerse su protector, abandonando la fe y haciéndose uno de los principales fautores del error (1).

Esta apostasía de aquel fantasma de prelado alentó á los sectarios, de tal manera que sin miramiento de ninguna clase, hacian cuantas peticiones se les antojaba, llegando su osadía hasta el término de celebrar una asamblea á la que dieron sacrílegamente el título de santo concilio, publicando que se habia reunido por órden de los barones de los nobles y de las ciudades de Bohemia y de Moravia. Hicieron hasta veinte y dos artículos, muchos de los cuales daban testimonio de la santidad de los dog-

(1) Cochl. l. 5.

mas católicos, de la perpetuidad de la fe cristiana, de la Santísima Eucaristía, del sacrificio de la misa, de la confesion auricular y de otros puntos; pero mezclaron otros muchos opuestos á la doctrina de la Iglesia y á muchas de sus santas prácticas diciendo, que las abandonaban por justas causas que para ello tenian. De una disputa que se suscitó entre los sectarios de Praga y los del Tabor, en que los primeros convinieron con la Iglesia, excepto en la participacion del cáliz, vinieron á ser conocidos con el nombre de los *calistinos*. Los otros á ejemplo de los wiclefistas se propusieron trastornarlo todo, y abolir los ritos sin excepcion alguna.

Uno de los más fanáticos sectarios era un apóstata del órden de premonstratenses, llamado Juan, que por su orgullo llegó á hacerse insufrible á los mismos herejes. Los cónsules de Praga que comprendian las funestas consecuencias que habian de tener necesariamente las contínuas discusiones que existian entre los sectarios, y que el dicho Juan era el más ardiente entre los incendiarios, pretextaron que tenian que tratar con él asuntos de mucha importancia, y le llamaron al pretorio juntamente con nueve cómplices de sus violencias y seducciones y cuando los tuvieron reunidos los hicieron degollar. Nuevas reliquias para los fanáticos, dice un escritor, no ménos sangrientas que las de Juan Hus (1). Los sectarios tomaron despues terribles venganzas, siendo las primeras víctimas los cónsules que habian pronunciado la sentencia de muerte contra Juan.

El estado que presentaba el reino de Bohemia era en verdad desconsolador. Cada dia se presentaban nuevos caudillos de los errores. Los que habian estado á las órdenes de Ziscka, luego que este murió, no encontrando una persona digna á quien conferirle su poder, se llamaron *huérfanos*. Los *taboritas* reconocieron por jefe á un clérigo aventurero llamado Procopio que deshonró en gran manera su carácter sacerdotal, y los *orebitas*, que estaban desavenidos con los del Tabor, eligieron por jefe á otro clérigo no menos libertino que Procopio, llamado Bedric, el cual llevó el escándalo hasta casarse públicamente; siendo lo más notable que todos ellos decian tener por objeto exterminar de la sociedad cristiana los desórdenes y la relajacion. Unos á otros se hacian la más cruda guerra, llevando la crueldad hasta los últimos lindes.

Para terminar, véase la siguiente pintura que de los sacerdotes husitas, hace Juan Przibram, sacerdote de mucha instruccion que penetró todos los secretos de la secta, por haberla abrazado sin conocerla, y

---

(1) Æn. Sylv. Hist. Boh. cap. 44.

que despues la abandonó desengañado: «Mirado exteriormente un sacerdote del Tabor, dice en el libro que escribió con motivo de su abjuracion, es la imágen de la piedad y de la benignidad evangélica; pero en lo interior no hay otra cosa que designios tiránicos, violencia opresiva, profanacion, impiedad, desprecio de la humanidad y de la Religion. Es afable y benéfico en la apariencia; pero en la realidad sólo respira sangre y carnicería: parece pacífico y sumiso, se postra á los piés de todos, y se levanta interiormente sobre todo el mundo: no reverencía ni conoce potestad alguna: no quiere ningun jefe, ningun superior, y cree exceder en grandeza y en mérito á todos aquellos á quienes exceda en amor propio y en presuncion: huye de los sabios, y se mezcla en todo: restablece lo que está en órden, vuelve á hacer lo que está concluido, juzga á los que deben juzgarle, hace que preceda la preocupacion al juicio, y careciendo de freno, de discernimiento, de toda guia que no sea la precipitacion y la imprudencia, atropella indistintamente todas las leyes divinas y humanas (1).»

Resumiremos aquí en pocas líneas cuanto dicen los historiadores franceses acerca de la célebre doncella de Orleans, llamada Juana de Arco, mujer de génio y valor varonil, y verdaderamente extraordinaria á la que podríamos llamar la Judith de la Francia, aunque tuvo un fin desgraciado.

Cuando el rey Cárlos VII se hallaba en una situacion la más triste y lastimosa, por las causas que ántes hemos expuesto, y en el mayor estado de degradacion, tanto que sus enemigos le llamaban por burla el rey de Bourges, apareció en la oscuridad de la vida campestre, y á cien leguas del tumulto de las armas, la que fue el ángel tutelar de la monarquía francesa, como la llama oportunamente el historiador Bercastel. Juana de Arco, al decir de sus historiadores, tuvo á los diez y siete años de edad un sueño en el que se le apareció el arcángel San Miguel, rodeado de brillantes luces, y le mandó en nombre del Señor que tomase las armas, que fuese á libertar á Orleans é hiciese que Cárlos VII fuese consagrado en Reims. La doncella estaba dotada de alma grande, pero era poco inclinada á la credulidad; así es que al despertar hizo poco aprecio de su sueño y aun le despreció, sin pararse siquiera á reflexionar sobre él. Mas como quiera que la aparicion se repitiese tres ó cuatro noches continuadas, dió cuenta de ello á sus padres los cuales la

---

(1) Krantz., Hist. lib. 11 cap. 17 y 20, seg. Berc. Lib. L. n. 31.

presentaron al gobernador de Vaucouleurs, á cuyo gobierno pertenecia la inmediata aldea de Domremi, donde Juana habia nacido y vivia.

El gobernador oyó á la doncella, y en un principio se rió de sus pretensiones, si bien no pudo ménos de admirar su aspecto varonil, y su facilidad en expresarse, de tal modo que hablaba de la guerra como pudiera hacerlo un guerrero, y de religion cual un teólogo. Esto no obstante, no se hallaba dispuesto á darle crédito: pero la doncella que así lo conoció, le dijo como inspirada de lo alto: «Sabed que en el momento en que os estoy hablando, son derrotados los franceses cerca de Orleans; y si no me enviais al rey, sucederán aun mayores desgracias.» Ocho dias despues supo Baudricourt, que así se llamaba el gobernador, la verdad de la prediccion de Juana de Arco. Entónces la miró ya como una persona enviada por Dios para salvar á la Francia, la dió caballos y armas é hizo que la presentasen al rey acompañada de dos caballeros. Luego que el rey se hubo enterado de cuanto le comunicaba Baudricourt, mandó que introdujeran á la doncella en su cámara, y queriendo hacer una prueba de si en efecto era enviada de Dios, se rodeó de muchos caballeros jóvenes, cuidando de que algunos de ellos estuviesen mejor vestidos que él. La heroina no se equivocó y se dirigió inmediatamente al rey, saludándole con la mayor serenidad: pero Cárlos, señalando con la mano á un cortesano, le dijo: «He aquí el rey.» La doncella se sonrió y contestó: «Sé á quien tengo la honra de dirigirme, y conocia á mi soberano ántes de haberle visto.» Bastóle al rey, escuchar sus razonamientos para convencerse de su mision divina, y trató de convencer á los demás lo que logró con facilidad.

Examinada que fue por órden del rey por el obispo de Chartres, y por algunos caballeros de gran prudencia y saber, fue armada de punta en blanco, vestida de hombre como habia ido desde su país, y con el pelo cortado, y todos vieron que manejaba el fogoso caballo que le dieron como pudiera hacerlo el mejor ginete. El mismo monarca quiso darle una espada, pero ella contestó en tono profético que habia una en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois, en Turena, y que con aquella arma adornada de cinco cruces y tres flores de lis, habia de conseguir sus victorias contra los ingleses. La espada se halló en el lugar que ella habia indicado, y apénas se la entregaron, la desenvainó como para probarla, y la manejó á vista de todos con gran celeridad y confianza, á pesar de lo enorme que era, de suerte que todos presagiaron un seguro y pronto triunfo. Ella dió el diseño de una bandera blanca, sembrada de flores

de lis de oro, en medio de las cuales estaba representado el Omnipotente con el globo del mundo en la mano. Dicha bandera se bendijo con las ceremonias acostumbradas.

Terminados estos preliminares se puso al frente de las tropas para dar principio á su mision salvadora. Las historias de Francia dedican muchas páginas á hablar de las hazañas de esta ilustre heroina, y á ellas remitimos al lector. Sólo diremos aquí que libertó á Orleans del poder de los ingleses, recibiendo una herida de flecha, pero que no le impidió subir á los atrincheramientos y plantar en ellos su bandera por sus mismas manos. Tomó en seguida muchas ciudades, y consiguió contra todo lo que podia esperarse segun los cálculos de la prudencia humana, por las muchas fuerzas que tenian los ingleses que el rey tomase posesion de Reims, siendo en ella consagrado.

Luego que habia hecho conferir á Cárlos VII el sello sagrado del ungido del Señor, le dijo: «Al fin, augusto monarca, las órdenes del Altísimo se han cumplido. Orleans está libre, y vos acabais de ser consagrado en la ciudad de Reims. Ha terminado pues mi mision, y sólo me resta ya volverme á la vida quieta y pacífica de que me sacó el cielo para estos dos únicos objetos.» El rey que tantos favores le debia, le instó para que permaneciese en su corte, y ella accedió á sus deseos.

Al año siguiente, en el mes de Mayo de 1430, en una salida que hizo, cayó en poder de los Borgoñeses que sitiaban á Compiegne, los cuales la vendieron á los ingleses, quienes cantaron un *Te-Deum*, por mirar esta adquisicion como la más preciosa que podian hacer, pues no deseaban otra cosa que vengarse de un modo terrible de la que habia sido causa de su derrota, y de los triunfos de Cárlos VII de Francia. Juana fue juzgada, decidiéndose que era reo y que estaba convicta de superstícion, de adivinacion, de invocacion de los demonios, de blasfemia, de cisma, de herejía y de impiedad. Despues hicieron comparecer á Juana en un tablado á vista de un gentío inmenso, y despues de dirigirla una plática le dijeron que habia de sujetar todas sus palabras y obras al juicio de la Iglesia. Ella lo hizo sin dificultad ninguna. Despues la encarcelaron, y la hicieron pasar mil afrentas que ella sufria con la mayor resignacion.

En las últimas declaraciones protextó que sus revelaciones así como sus victorias procedian del cielo. Al dia siguiente que fue el 28 de Mayo de 1431 decidió el obispo de Beauvais con sus bárbaros asesores que fuese entregada al brazo secular.

Esto era pronunciar su sentencia de muerte.

En efecto, el dia 30 del mismo mes, cuando contaba solamente la edad de veinte y un años, fue quemada á vista de una multitud infinita de espectadores, cuya mayoría miró con execracion aquella escena tan horrible.

En sus últimos momentos la doncella exhortaba á la multitud á que volviesen á la obediencia de su legítimo soberano, y su firmeza, su tranquilidad en medio del tormento, y sus dulces palabras, convencieron generalmente de su inocencia y de lo maravilloso y sublime de su mision. ¿Y no hubo quién impidiese el horrible atentado, ó al ménos quién protestase? No: porque reinaba la tiranía, y nadie tenia libertad para hablar. Los pueblos mudan de tiranos, pero por lo comun no sacuden la tiranía. Los mismos que ofrecen dias de felicidad y de ventura á la patria; los mismos que trabajan por derribar una potestad que creen opuesta á la verdadera libertad de los pueblos, se constituyen luego en tiranos y ¡ay de aquellos que alzan la voz para condenar sus actos! La tiranía de abajo no es ménos terrible que la de arriba!... En el caso que historiamos, cuando se cometia una de las mayores injusticias haciendo perecer en el más cruel tormento á una criatura inocente que habia desempeñado una mision sublime, el temor sella todos los labios, y si un dominico, Pedro de Bosquier, se permite hacer un sólo movimiento de indignacion, es obligado á retractarse por el tirano obispo de Beauvais, el cual le condena á permanecer por espacio de seis meses en un oscuro calabozo sin otro alimento que pan y agua.

Cuando habian pasado veinte y cuatro años del martirio de Juana de Arco, el papa Calisto III mandó hacer una sumaria con toda madurez y detenimiento, oyéndose un gran número de testigos, y se descubrieron multitud de fraudes en el proceso que se habia formado á la ilustre doncella, quedando depurada su piedad sincera, su castidad evangélica y todas sus virtudes. Otras muchas averiguaciones se hicieron en el lugar de su nacimiento y en otras partes, dando los mismos resultados y siendo nuevas demostraciones de la parcialidad injusta con que habia obrado el infame prelado de Beauvais.

En el año 1429, el cardenal de Foix, acompañado de ocho obispos y de muchos abades celebró un concilio en Tortosa, en Cataluña, haciéndose en él algunos reglamentos y decretos referentes al oficio divino, á los ornamentos de las iglesias, á la instruccion de la juventud, á las calidades de los beneficiados y á otros puntos. Esta asamblea celebró cua-

tro sesiones, la primera de las cuales tuvo lugar el 19 de Setiembre, y la última el 5 de Noviembre del mismo año.

Ya dijimos á su tiempo que en la sesion cuadragésima cuarta del concilio de Constanza, se habia decretado la celebracion de otro concilio general. En su virtud fue convocado en Pavía é inaugurado el 22 de Junio de 1423. Casi inmediatamente fue trasladado á Sena, á causa de la peste que se declaró en Pavía. Empezó sus sesiones en 21 de Agosto y concluyeron en 26 de Febrero de 1424, porque la guerra impedia á los obispos pasar á Italia. Más tarde Martin V convocó la continuacion ó mejor dicho, otro concilio que debia celebrarse en 1431 en Basilea. La bula fue dada por el Papa el dia 1.° de Febrero del mismo año 1431, y dió sus veces al cardenal Julian Cesarini, para que celebrase el concilio, manifestando que por hallarse él enfermo, no podia presidirle en persona.

Bien pronto se vió cuan legítima era su escusa, puesto que murió en la noche del 19 al 20 del mismo mes de Febrero, siendo de edad de sesenta y tres años, habiendo gobernado la Iglesia trece años, tres meses y nueve dias. Fue enterrado este Pontífice en un magnífico sepulcro de bronce, en medio de la iglesia de San Juan de Letran y frente del altar en que reposan las reliquias de los santos apóstoles Pedro y Pablo. En la inscripcion de aquel sepulcro se lee que fue *la felicidad de su tiempo.* Era digno de este glorioso título, dice A. de Montor, aquel á quien la Iglesia debe la extincion del cisma, la Italia su reposo y Roma su completa restauracion.

Segun Molinet (1) á quien cita Montor, en el reinado de Martin V y hácia 1430 fue cuando se empezaron á acuñar medallas en honor de los Soberanos Pontífices. Acerca de las acuñadas en honor de Martin, el dicho historiador Montor dá las siguientes curiosas noticias: «La primera que se conoce como perteneciente á este Papa, tiene en su exergo MARTINUS V COLUMNA PONTIFEX MAXIMUS; se ve en su reverso una columna sosteniendo las dos llaves pontificias entrelazadas. La familia Colonna era originaria de Parma y llevaba una columna en sus blasones de la cua habia tomado el nombre de Colonna. Hay historiadores que dicen habérsele dado este nombre porque uno de la misma familia, cardenal de San-

(1) *Historia Summorum Pontificum, á Martino V ad Innocentem XI, per eorum numismata*; Historia de los soberanos Pontífices desde Martin V á Inocencio XI, por sus medallas, del año 1417 á 1678, por Claudio de Molinet, canónigo de Santa Genoveva; Paris, Billaine, 1679, in fol.

ta Práxedes, habia traido en 1220, de la Palestina, la columna en que los judíos habian atado á Jesucristo. La corona que termina dicha columna se habia añadido en virtud de concesiones pontificias, pues que Estéban Colonna habia sido encargado de colocar la diadema á un emperador consagrado en Roma, en la época en que los Papas residian en Aviñon.

«La segunda medalla tiene por exergo estas palabras: OPTIMO PONTIFICI, y representa á Roma sentada en un escudo sosteniendo una balanza en una mano, y en la otra el cuerno de la abundancia. El autor ha querido figurar el espíritu de justicia del Pontífice, y la abundancia con que dotó á la empobrecida Roma. Este Papa decia á todos los ministros á quienes comisionaba, las memorables palabras siguientes: *Diligite justitiam, qui judicatis terram.* «Amad la justicia, vosotros los que debeis juzgar la tierra.» Al reverso se lee: DIRUTAS AC LABENTES URBIS RESTAUR. ECCLESIAS. COLUMNÆ HUJUS FIRMA PETRA. «Restauró las iglesias de la ciudad, destruidas y arruinadas, y fue la piedra fundamental de esta columna.» Es fácil reconocer que en el fondo de esta medalla está representada la fachada de la iglesia de los Santos Apóstoles, restaurada por Martin V.» El mismo autor concluye diciendo que posee estas dos medallas en una coleccion de numismática pontificia con que se dignó honrarle Pio VII.

La Santa Sede estuvo vacante once dias.

Concluidos los funerales del Papa Martin, encerráronse trece cardenales en el cónclave preparado en el convento mismo de la *Minerva*, y al dia siguiente 3 de Marzo de 1431 eligieron por unanimidad á

EUGENIO IV, llamado ántes Gabriel Condulmieri, patricio de Venecia y descendiente de una familia de Pavía. El padre de Gabriel se llamaba Angel, y su madre Beriola Corraro. Angel tuvo el honor de contar entre sus próximos parientes á tres Papas: Gregorio XII, su hermano, Eugenio IV, su hijo y Paulo II su sobrino. Beriola, á mas de ser hermana, madre y abuela de tres Sumos Pontífices, fue tambien abuela, tia y bisabuela de nueve cardenales, de seis patriarcas y de once obispos.

Siendo Grabiel canónigo, un ermitaño se acercó á él y le dijo profeticamente; «Sereis cardenal; despues Papa, durante diez y seis años, tendreis que sufrir muchas adversidades y luego moriréis.» Tan solo se equivocó en diez dias, que fueron los que le faltaron para reinar diez y seis años.

En 1408, Gabriel fue creado presbítero-cardenal de San Clemente, y

en 1424 Martin V le nombró legado de la Marca, y despues de Bolonia.

Apenas el nuevo Pontífice empezó á desempeñar el gobierno de la universal Iglesia, grandes adversidades vinieron á afligirle, pues que tres individuos de la familia Colonna, de esa familia á la que con Artaud de Montor hemos tributado alabanzas, se apoderaron del tesoro que Martin V, su tio, habia destinado á pagar los gastos que los griegos habian de hacer para ir al concilio, para tratar de la union definitiva de ambas Iglesias, y para el sostenimiento de la próxima guerra contra los turcos. Estos Colonna, se sirvieron de este tesoro para hacer armas contra Eugenio IV cuya posesion de la dignidad pontificia intentaban perturbar, queriendo apoderarse de Roma, al frente de otros conjurados, habiendo sido rechazados por las tropas del Papa, unidas á las de Florencia. Pero al fin los Colonna, dando entrada á más justos sentimientos, restituyeron parte del tesoro, y el Papa, que les habia excomulgado, les concedió el perdon que solicitaban (1).

Eugenio IV deseoso de que se celebrase el concilio de Basilea, confirmó la legacion del cardenal Julio Cesarini, diputado por Martin V para abrir aquella asamblea que tenia por objeto llevar á cabo la reunion de la Iglesia griega con la romana y destruir el orgullo de los husitas.

Asi pues el 23 de Julio de 1431 se abrió el

Décimo séptimo concilio general en Basilea. Celebráronse varias sesiones preliminares en las que se formaron diversos reglamentos, y el 14 de Diciembre se tuvo la primera sesion del concilio. Presidióla el cardenal Julian, el cual adornado con las vestiduras pontificales tomó asiento cerca del altar en la Silla episcopal, vuelto el rostro á los obispos, los cuales revestidos tambien con ornamentos episcopales ocupaban las sillerías de ambos lados del coro. En unos bancos que se habian colocado enmedio estaban los embajadores de los príncipes, vuelta la cara al presidente, y detrás de ellos se hallaban los generales de las órdenes religiosas, los abades, doctores y demás eclesiásticos. Despues de las oraciones y exhortaciones de costumbre, se leyó el decreto de Constanza acerca de la obligacion y del tiempo de celebrar los concilios, con las bulas de Martin V y Eugenio IV en que se designaba la ciudad de Basilea para verificar la asamblea.

El Papa, tal vez engañado por un falso informe, expidió dos bulas para que el concilio fuese trasladado á Bolonia. El cardenal Julian pareció

(1) Artaud de Montor. Vid. de Eug. IV.

muy disgustado, pero al fin declaró que en vista de lo determinado por el Sumo Pontífice, no podia ya ejercer las funciones de presidente, y los Padres dieron órden á sus comisionados que eran el obispo de Lausanna y el dean de Utrecht, para que instasen humildemente al Papa que se dignase revocar sus bulas. Para continuar el concilio debíase esperar la resolucion Pontificia, pero los PP. determinaron continuar las sesiones. Así pues, el dia 15 de Febrero de 1432 se celebró la segunda, presidida por el obispo de Coutauces (Normandía), en lugar del cardenal de Sant-Angelo, y se tomaron todas las precauciones que se creyeron oportunas á fin de evitar que el Papa disolviese ó trasladase el concilio. Ya hablamos á su tiempo de los famosos decretos de Constanza, en los que se declaraba que el concilio general recibe su potestad inmediatamente de Jesucristo: que toda persona de cualquier dignidad que sea aun papal, está obligada á obedecerle, etc., y tambien explicamos que esta superioridad del concilio general al Papa no se podia tomar por regla general, puesto que no puede haber tal concilio sin Papa, porque *allí donde no está Pedro, no está la Iglesia;* y que sólo en un caso de cisma como sucedia entónces, que se dudaba cual era el verdadero Pontífice, podia tener aplicacion aquella regla y tal fue la intencion de los Padres de Constanza. A pesar de esto, los de Basilea hicieron leer solemnemente aquellos decretos. ¿Habia por ventura, igualdad de circunstancias? ¿Se hallaba entónces la Iglesia en estado de cisma? ¿Se dudaba quién era la verdadera Cabeza visible de la Iglesia? Sin embargo, los Padres de Basilea, y eso que todavía no se habian reunido más que doce ó catorce prelados, que se reunen contra la voluntad del Papa que ha mandado cesar el concilio hasta su traslacion, se prnclamasen representantes de toda la Iglesia universal. Nótese que casi todos aquellos prelados eran franceses. Pues bien, hacen leer como decíamos los decretos del concilio de Constanza, y añaden despues el siguiente razonamiento:

«En consecuencia, nuestro santo concilio que representa á la Iglesia militante, y ha sido legítimamente congregado para la extirpacion de los errores y de las herejías, para la reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros, y para la pacificacion de los príncipes cristianos, declara y define que está debida y legítimamente constituido en esta ciudad: que no puede ser disuelto, trasladado ni diferido por cualquiera que sea, ni aun por el Papa, sin el consentimiento de los Padres: que nadie puede ser llamado por cualquiera que sea, ni impedido de concurrir á él, aun con pretexto de necesidad en la curia de Roma, á no ser que lo

apruebe el santo concilio: que se anulan con anticipacion las censuras, la privacion de beneficios y cualquiera otro medio de coartar la libertad en esta materia; por último, que ántes de que se terminase el concilio ningun individuo de él se retiraria de la ciudad de Basilea, á no ser que una causa razonable á juicio de la diputacion que se nombrase para este exámen, y que aun en tal caso habian de dejar procuradores que los representasen. Apesar de la gran prudencia de Eugenio IV, los Padres de Basilea dieron lugar á un nuevo cisma, pues ya le veremos fieles al falso principio de la superioridad del concilio sobre el Papa, sacar de él la última y más lamentable consecuencia.

Debemos tributar aquí un justo elogio al clero de Francia, que mostró un gran interés por la tranquilidad de la Iglesia. La mayor parte de los clérigos de las provincias que estaban sujetos á Cárlos VII, tuvieron una reunion en Bourges el 26 de Febrero, y reconociendo la necesidad de que siguiese reunido el concilio de Basilea para la reforma de todas las clases de la jerarquía, y para reducir á los husitas y demás sectas, dirigieron al rey un escrito, con el título de *dictámen*, declarando que el concilio de Basilea era necesario en las circunstancias por que se atravesaba, para el bien de la Iglesia, pues de otro modo la herejía se extenderia por todas partes, y que haria una obra digna de su reconocida piedad enviando una solemne embajada al Pontífice, para ver si podia conseguir que se mostrase favorable al concilio, aprobando su continuacion en Basilea; y le suplicaban al mismo tiempo que permitiese asistir á dicha asamblea á sus obispos; y por último que interpusiesen su valimiento á fin de que hubiese perfecto acuerdo entre el Papa y el concilio, dándose cuenta respetuosamente al primero de todo cuanto se practicase.

Cuando tan inminente era el peligro de un rompimiento que tan tristes consecuencias podia traer para la Iglesia, aquel concilio que el Papa desaprobaba, continuaba celebrando con toda diligencia sus sesiones. A más de las dos primeras de que ya hemos hecho mérito, se celebraron doce más en este estado. En la primera de ellas se hizo al Papa una cesion jurídica intimándole que asistiese personalmente al concilio, ó que por lo ménos, enviase quien le representase, y esto en el término de tres meses. A más de esto, aquellos Padres que en nada encontraban dificultad, mandaron á todos los cardenales que concurriesen personalmente, con amenaza de proceder contra ellos y contra el Papa, si no se conformaban con las intenciones del concilio, cosa que hasta entónces no tenia ejemplo.

Deseando que la asamblea fuese numerosísima, dirigieron un decreto en la misma forma á todos los prelados de la cristiandad, á todos los generales de las órdenes religiosas y á todos los inquisidores, mandándoles asistir al concilio, bajo pena de excomunion, á ménos de estar imposibilitados por enfermedad ú otra causa que en todo caso debian hacer constar.

Mientras estas órdenes iban á sus respectivos destinos, ocuparon los Padres el tiempo en hacer varios reglamentos. Decretaron que el Papa no pudiese hacer ninguna promocion de cardenales durante el concilio; que si Eugenio IV moria entretanto, puesto que estaba muy quebrantado de salud, se haria en Basilea la eleccion del sucesor, y que el mismo Eugenio no podia impedir que los oficiales de su curia asistiesen al concilio, cualquiera que fuese el empleo que desempeñaran, y por último dieron otros decretos no ménos injuriosos para el Soberano Pontífice.

A los esfuerzos del emperador Segismundo se debió en parte que el concilio no hubiese fracasado á los esfuerzos del Papa y de la curia romana. Él que habia ya perdido muchas batallas contra los husitas, veia en gran peligro su corona de Bohemia, y no tenia otra esperanza que lo que resultase favorable de las conferencias que ofrecian los Padres de Basilea á aquellos rebeldes sectarios. A sus instancias el Papa determinó enviar embajadores al concilio, para que allanasen las dificultades que habian exasperado los ánimos. El primer nuncio no pudo llegar á su destino por haber sido aprisionado, sin que se pudiese averiguar lo que habia motivado este atentado contra el derecho público. La segunda embajada fue compuesta de tres obispos y de un auditor del Sacro Palacio. Estos pudieron llegar á Basilea y fueron admitidos á audiencia por los Padres. Esforzáronse pues en justificar los designios del Pontífice que se oponia á que fuesen citados al concilio los herejes de Bohemia. Las razones que presentaban los nuncios eran de gran peso. Se les citaba *para dar despues una sentencia definitiva sobre lo que se debia creer y tener en la Iglesia. Venid con confianza*, les decian los Padres, *oiremos vuestras razones, y el Espíritu Santo decidirá lo que se debe creer.* Aquellos novadores habian sido ya condenados, y este modo de expresarse, decian los nuncios, era lo mismo que dar por nulas las decisiones del concilio de Constanza, y hacer problemática la fe de los fieles. Todo lo que pudieron conseguir fue que los Padres dieran una interpretacion favorable y canónica á los términos de la invitacion, pero ni la retiraron ni pensaron en dejar de continuar el concilio.

Verificóse pues la sesion sexta, á la cual asistieron treinta prelados entre obispos y abades, y dos cardenales. Dos doctores de la universidad de Paris, á saber, Berardo y Lami, pidieron que el Papa y el Sacro Colegio fuesen declarados contumaces. Algunos de los que componian el concilio, pretendian tener motivos particulares de descontento con Eugenio IV; mas aunque así fuese, nunca los habia para rebelarse contra la Cabeza de la Iglesia. Uno de los dos cardenales que hemos dicho asistian á esta sesion, era Domingo Capránica, uno de los nombrados simplemente por Martin V, y al cual no se habia querido admitir en el cónclave, por no haber recibido el capelo. Aun no se lo habia dado todavía Eugenio IV, y él fue á buscarle á Basilea, donde en efecto lo obtuvo, siendo cardenal del concilio. Así pues, en todo pensaba ménos en guardar miramientos de ninguna clase con el Sumo Pontífice. Detenidamente habla de estos acontecimientos juzgándolos desapasionadamente Eneas Silvio, oficial de Capránica, durante el concilio de Basilea, al que más tarde veremos elevado al Pontificado con el nombre de Pio II.

No tardaron en llegar á Basilea los husitas, lo que ofreció un nuevo espectáculo al concilio. Estos sectarios temieron ser tratados como Juan Hus, y así rehusaron el presentarse á la asamblea, no obstante las deferencias con que habian sido invitados, hasta tanto que obtuvieron los salvo-conductos que pidieron. He aquí como nos pinta un escritor, su entrada en la ciudad: «Hicieron su entrada, dice, con gran aparato en Basilea, en número de trescientos hombres á caballo. Acudió á verlos un gentío innumerable que llenaba las calles, las plazas, las ventanas y aun los tejados, y los contemplaba con una curiosidad en que no tenia poca parte el terror (1). Su fisonomía feroz, su mirada terrible, sus modales y todo su exterior, traian á la memoria con un nuevo espanto sus excesos pasados. Sus principales jefes, militar y eclesiástico, eran Procopio el Rapado, famoso por sus victorias y por sus maldades, y Juan de Roquesana, que con los detestables artificios de la hipocresía se allanaba el camino para obtener el arzobispado de Praga, donde en efecto perpetuó el error y la impiedad (2)». Estos dos apóstatas fueron admitidos á una conferencia que duraron cincuenta dias, resultando que si bien abandonaron los puntos más impíos de su doctrina, permanecieron obstinados en cuatro artículos, cuales fueron la comunion bajo

(1) Æn. Silv. c. 16.
(2) Bercastel. Lib. LI. n. 10.

ambas especies, la correccion arbitraria de los pecados públicos, la libertad de anunciar la palabra de Dios con absoluta independencia de los obispos, y la destruccion del dominio temporal del clero. Como ellos no eran más que comisionados, y nada pudiesen resolver con ellos los Padres de Basilea, determinaron enviar al obispo de Coutances, persona muy considerada en el concilio, para que al frente de otros sabios varones hasta el número de diez se presentasen en Bohemia y tratasen con el cuerpo de la secta, cuya mision dió los mejores resultados, pues que el término de la cuestion fue el que los más furiosos husitas fueron derrotados, y los demás se unieron á los católicos.

Uno de los objetos principales á que queria atender la asamblea, era defender los derechos de que, segun la misma, queria el Papa despojar á la Iglesia. Hubo con este motivo muchos altercados, y dos moniciones del concilio al Papa, amenazándole con declararle contumaz. La sesion duodécima diferida hasta el dia 13 de Julio, debia servir de tercera monicion con respecto á Eugenio IV, del que hablaron en dicha sesion con muy poco respeto y miramiento. En la sesion trece celebrada á 11 de Setiembre, se formalizó el decreto de suspension y aun empezó á leerse: pero los nuncios de Eugenio alegaron que aun faltaban dos dias para cumplirse el plazo que en la última monicion se habia dado al Papa para que revocase sus bulas. El plazo habia sido de sesenta dias, y sólo habian transcurrido cincuenta y ocho. A instancias del duque de Baviera que asistia á la asamblea en representacion del emperador, se prorogó el plazo por treinta dias, y despues del mismo Segismundo que se halló en Basilea en 7 de Noviembre, en la sesion catorce, hizo que aun se prorogase el término hasta tres meses.

Sin esperar á que se cumpliese este último plazo, y á fines de este mismo año 1433, se hizo la reconciliacion, despues de muchos altercados. El Papa, temeroso de que surgiese un nuevo cisma, que renovase los males que habia producido el que poco ántes y á costa de los mayores esfuerzos se habia logrado extinguir, cedió á los deseos de los Padres de Basilea, y se ajustó el convenio por el cual el Papa aprobó pura y simplemente el concilio, confirmando cuanto se habia decretado desde el dia de su apertura (1). En consecuencia de esto, fueron revocados los decretos ofensivos que por una y otra parte se habian dado,

---

(1) Conc. t. 8. p. 1172; Conc. Hard. t. 9. p. 1113.

y se enviaron al concilio nuevos legados, que entraron á presidir con el cardenal Julian. Estos nuevos diputados de Eugenio IV eran los cardenales de Santa Sabina, de Albano, de Santa Cruz y de San Márcos, con el arzobispo de Tarento, el obispo de Padua y el abad de Santa Justina, estando estos tres últimos destinados á suplir en ausencia de los cardenales presidentes.

Luego que fue hecho el convenio entre el Papa y el concilio, acudieron á la asamblea un gran número de prelados que hasta entónces se habian retraido, de suerte que en la sesion diez y siete llegaron á ciento, y desde esta hasta la veinte y cuatro hubo una gran quietud en el concilio sin que volviesen los Padres á usar por entonces de medios violentos contra el Papa.

Deseoso Eugenio de atraer á su partido al duque Felipe III, de Borgoña, apellidado el Bueno, le hizo un regalo de valor extraordinario, y muy adaptable á sus inclinaciones piadosas. Le envió la Hostia consagrada que se conservó en la santa capilla de Dijon, con un Breve en el cual decia que la habia sacado de su propia capilla, y que un hombre impío habia cometido el sacrílego atentado de darle muchas cuchilladas, y que en donde las recibió conservaba manchas de sangre. Bercastel de quien tomamos estas noticias, añade lo siguiente: «Cuéntanse igualmente muchas maravillas obradas por su medio, y es constante que el rey Luis XII creyó ser efecto de su virtud el haberse restablecido repentinamente, despues de una comunion, de la grave enfermedad que padecia, y que en señal de agradecimiento dió la corona de su consagracion á la iglesia en que se conservaba esta reliquia adorable (1).»

Desde la reconciliacion del Papa con el concilio, éste presentaba un aspecto muy diferente, y los soberanos tomaron el mayor interés en sus operaciones. El duque de Borgoña, que habia tenido pocos enviados en la asamblea, aumentó el número de ellos revistiendo con el mismo carácter á seis obispos y cuatro abades, además de algunos doctores.

Veamos ahora algunos de los principales trabajos del concilio.

En la sesion quince que se habia celebrado en 26 de Noviembre de 1433, se formaron diversos reglamentos en órden á la celebracion de concilios provinciales y sinodos diocesanos.

En la sesion diez y seis celebrada el 5 de Febrero de 1434, se revocó

(1) Bercastel. Lib. LI, n. 16. De esta Santa Hostia, hablan Boulier. *Observac. acerca de la Santa Forma de Dijon*, y Rain., ann. 1433, n. 27.



solemnemente todo cuanto así por parte del Papa como del concilio se habia hecho contra la buena armonía.

En la diez y siete, á la que asistieron cien prelados mitrados, fueron admitidos para presidir los nuevos legados, que como ántes dijimos, habian sido enviados por el papa Eugenio. Pero estos nuncios de la Santa Sede, viendo los límites que se querian poner á su presidencia, pues se les obligaba á seguir en todo el método adoptado hasta entónces por el concilio, y á extender las actas en su nombre y con su sello, no quisieron asistir á la sesion diez y ocho que se celebró dos meses despues de la anterior. A causa de esto se volvieron á confirmar por capricho los decretos de Constanza acerca de la superioridad de los concilios generales sobre el Papa, repitiéndose esta demostracion tan inconveniente de preeminencia.

Ahora veremos de que modo tuvieron desenlace estas cuestiones que parecian interminables. Uno de los principales objetos del concilio, habia sido procurar la reunion de los griegos con los latinos. Aquellos habian querido que fuese la Italia donde se consumase la union, y el Papa deseaba que la asamblea se tuviese en Bolonia; mas como quiera que este proyecto hubiese fracasado porque el emperador Juan Paleólogo preferia ir á Ancona, el Papa dispuso que uno de sus secretarios, llamado Cristóbal Garatoni, hombre de vastos conocimientos, pasase á Constantinopla. Los Padres de Basilea que no ignoraban estas negociaciones del Papa con el emperador Paleólogo, se propusieron ganar á este príncipe, á cuyo fin le enviaron un obispo y un abad. Por el mismo tiempo así el Papa como el concilio, recibieron embajadores del emperador, los cuales con una insistencia de la que nadie podia separarles, pedian alguna ciudad marítima ó inmediata al mar, en territorio de Italia, para congregar en ella la asamblea. El concilio rechazaba esta peticion, pero era apoyada por el Papa por convenir á sus miras y deseos. El concilio por su parte no se atrevió á resistir por mucho tiempo, pues no queria malograr la deseada reunion de los griegos, y así se convino con los enviados de Oriente el dia 7 de Setiembre en la sesion diez y nueve, en que si el emperador insistia en no admitir la ciudad de Basilea, se elegiria aquella que eligiese y fuese su voluntad (1). No puede dudarse cuan conveniente era esta determinacion que allanaba las negociaciones

---

(1) Ampliss. Coll. t. 8, p. 767.

en un asunto de tamaña importancia, pero ya veremos más adelante á la mayoría del concilio combatirla.

Durante este año, el concilio hizo muy excelentes cánones de disciplina. Habia muchos eclesiásticos concubinarios, y fueron declarados inhábiles para percibir los frutos de sus respectivos beneficios, por espacio de tres meses. Durante este tiempo debian despedir sus concubinas y hacer penitencias, y si pasado el término no lo habian hecho, quedaban privados de todos sus beneficios é incapacitados de obtener otros nuevos. Prohibióseles igualmente tener en sus casas á los hijos habidos de dichas concubinas.

El concilio, para tranquilizar las conciencias dudosas, explicó quienes eran los excomulgados vitandos, ó de los cuales se debia huir, diciendo que son los denunciados nominalmente ó que hubiesen incurrido en aquella censura de un modo tan indubitable, que no les quedase ningun medio plausible para defenderse de ella.

Al mismo tiempo se expidieron varios decretos contra la facilidad de imponer entredichos, contra las apelaciones frívolas, en favor de la posesion trinal de los beneficios, sobre las reverencias debidas á las fiestas y á las iglesias, sobre la celebracion pública ó privada de los divinos oficios, y generalmente sobre todo lo que puede contribuir á la dignidad y regularidad del culto divino (1).

Para terminar este capítulo haremos una reflexion.

Ya hemos visto que desde el principio del concilio ecuménico de Basilea, hubo desavenencia entre el Papa y los Padres que formaban esta asamblea: que lleno de prudencia el Sumo Pontífice, y ganoso de evitar un nuevo cisma habia cedido de sus derechos reconciliándose con ellos para que no perdiese su carácter el concilio ecuménico, perdonando bondadoso y hasta olvidando los ultrajes que le habian sido inferidos y enviando nuncios que le representaran, sin que esto impidiese como hemos visto, el que fuesen confirmados en Basilea los decretos del concilio de Constanza, acerca de la superioridad del concilio general sobre el Papa, siendo ten diferentes las circunstancias que concurrian en una y otra asamblea, pues que en la ocasion presente no habia duda sobre la legitimidad del Sumo Pontífice. ¿Qué podia motivar esta ceguedad de los Padres de Basilea? Ya lo hemos dicho y lo repetimos: si no

---

(1) Bercastel. Lib. LI. n. 18.

puede haber verdadero concilio ecuménico sin que sea presidido por el Papa ó sus legados, ¿cómo el concilio ha de ser superior á aquel sin cuya autoridad no puede ser verdadero concilio? Es que el deseo de superioridad ó de mando hacía á aquellos Padres turbulentos caer en tal aberracion. Ya veremos la triste consecuencia que esto tuvo, pues todo un concilio general ecuménico vino á convertirse en un conciliábulo ó asamblea de Satanás, de la que nació un nuevo cisma que por fortuna fue poco duradero.



CAPITULO IX.

El concilio de Basilea suprime las annatas.—El papa Eugenio huye de Roma.—Escribe de un modo conciliador á los Padres de Basilea.—Bula de traslacion del concilio á Ferrara.—Asiste el Papa á la segunda sesion.—El concilio se traslada nuevamente á Florencia.—Los griegos abrazan la union.—Vuelven á caer en la apostasía.—El concilio de Basilea queda convertido en conciliábulo.—Maquinaciones contra el papa Eugenio.—Es depuesto en el conciliábulo.—Eleccion del anti-papa Felix V.—La mayor parte de los soberanos miran con horror este cisma.—El Papa anula todo lo hecho en el conciliábulo.—Invencion de la imprenta.—Terminacion del concilio de Florencia.—Reunion de los armenios y de los jacobitas á la Iglesia romana.

Entre otras disposiciones tomadas por el concilio de Basilea, citaremos la abolicion de las annatas, á pesar de la oposicion que hicieron los legados del Papa. Esto tuvo lugar en la sesion vigésima primera celebrada el 9 de Junio.

Ya hemos visto en el capítulo anterior, que el papa Eugenio permitió la continuacion del concilio por temor á un nuevo cisma, y esto fue debido en parte á las instancias de Segismundo, rey de los romanos, al que coronó emperador en 1433. Dedicaremos cuatro líneas á referir este solemne acto. La coronacion de Segismundo tuvo lugar el dia 31 de Mayo del citado año. Luego que hubo terminado la ceremonia, se dispuso la cabalgata. El emperador sostuvo el estribo del Papa, y dió tres pasos llevando la brida del caballo, y en seguida montó él y caminó dando la derecha al Sumo Pontífice, acompañándole hasta el castillo de San Angelo, donde se despidió de él, volviéndose en seguida al palacio de San Juan de Letran.

Poco despues hubo en Roma una sublevacion á causa de las continuas exigencias del *condottieri* Nicolás Forte Braccio, feroz guerrero, que se habia hecho intolerable. Entretanto el duque Felipe Maria, formaba el

proyecto de apoderarse de la persona del Papa, creyendo poder de este modo subyugar despues á Roma. Un español llamado Riccio, fue el instrumento de que se valió para llevar á cabo esta infame conspiracion que felizmente fracasó. Sin embargo, viéndose Eugenio vejado continuamente por el duque de Milan Felipe Visconti, y en cierta manera aprisionado en Roma por los generales milaneses, y expuesto á ser entregado á sus enemigos, se escapó secretamente vestido de fraile, bajando precipitadamente en una barca por el Tíber, donde fue acometido á pedradas y á flechazos por unos hombres furiosos que le conocieron desde la orilla. Afortunadamente escapó de aquel peligro y pudo retirarse á Pisa, en una galera que encontró en Ostia, pasando poco despues á Florencia. Allí encontró tan solamente vanas demostraciones, y como nada absolutamente habia sacado de su palacio, se vió falto hasta de las cosas más necesarias, quedando reducido á la mayor estrechez. En este estado, Eugenio escribió á los Padres de Basilea, manifestándoles que sus deseos eran estar unido con ellos por medio de los vínculos de una caridad perfecta, que conservaba respecto á ellos los sentimientos de ternura de un padre para con sus hijos, y que su mayor consuelo seria ver en ellos igualdad de sentimientos, que ninguna impresion habian dejado en su ánimo los disgustos anteriores, y que la disputa se hallaba reducida únicamente á la forma y á los medios, pero no á la sentencia de la obra buena que por ambas partes se deseaba con ardor: «Tal fue, añadia, la aparente division entre San Pablo y San Bernabé, los cuales estaban igualmente animados del celo del Evangelio.» Despues de esto les manifestaba el cruel conflicto y el estado á que le habian reducido las violencias del duque de Milan, y la connivencia de los romanos (1). Ignoraba al escribir de tal modo el Santo Padre, las malas disposiciones en que se hallaba con respecto á él la mayoría de los Padres de Basilea, por demás inquietos.

Cuando Eugenio IV, vió que tenia de su parte á los griegos y que podia contar con las personas más ilustres de Basilea, dió una bula de traslacion del concilio á Ferrara, á cuya determinacion se allanaron muchos de los Padres, y él se trasladó á dicho punto, donde en compañía de setenta y dos obispos asistió á la segunda sesion. Poco tiempo despues el emperador Paleólogo llegó á Florencia, á cuya ciudad por haberse trasladado á ella el concilio, pasó el Papa en 14 de Enero de 1439;

---

(1) A. de Montor. Vid. de Eugenio IV.

y ante el Papa y Juan VII, Paleólogo que se presentó acompañado de Demetrio, uno de sus hermanos, tuvieron lugar las deliberaciones en las cuales tomaron parte ciento cuarenta y cuatro obispos. Por resultado de esta reunion se publicó el decreto de union de los griegos, firmado por el Papa, los diputados de la Iglesia griega y latina, y por el mismo Paleólogo, el que siguiendo el uso de Constantinopla, firmó con tinta encarnada. Desgraciadamente esta union no fue duradera. Apénas los griegos regresaron á su patria, se dejaron seducir por Márcos, obispo de Éfeso, que se habia negado á firmar el decreto, y volvieron á su primer cisma, que adoptaron de nuevo en 1445, cisma en el cual permanecen aun despues de quince reconciliaciones con la Iglesia latina (1).

A partir desde el momento en que se separó de Basilea el legado Cesarini, y el Papa abrió el concilio en Ferrara, el de Basilea sólo pudo ser considerado como un conciliábulo, habiendo perdido su carácter de concilio general. Esto no obstante, la terquedad y obstinacion de algunos Padres, aunque en escaso número, hizo que continuase aquella asamblea. En 16 de Mayo (1459), se celebró allí la sesion treinta y tres, y á pesar de la grande oposicion de los más respetables prelados, se tomaron providencias que necesariamente conducian al último escándalo. Aquella minoría turbulenta tomó por principio que el concilio era superior al Papa, que no podía ser disuelto ni trasladado sin prévio consentimiento de los Padres, y que todo el que se opusiera á esta verdad era hereje. Aplicando á Eugenio estos principios erróneos, inferian que era reo de herejía. Los embajadores de los príncipes y los prelados que conservaban la serenidad necesaria, protestaron con vehemencia, declarándose resueltamente contra aquellas pretensiones que se dirigian á un nuevo cisma. Uno de los prelados que con más calor sostenian las inícuas pretensiones del concilio convertido en conciliábulo, era el cardenal de Arlés, el cual queriendo aumentar el número de votos favorables á sus inícuos proyectos, atribuia á los simples sacerdotes la misma autoridad que á los obispos para decidir acerca del dogma, siendo victoriosamente rebatido por el arzobispo de Palermo, el cual demostró con las más sólidas razones que esta potestad habia sido concedida tan solamente á los apóstoles y á los obispos sus sucesores. El cardenal insistió en que se aprobase cuanto se habia determinado contra el papa Eugenio, á lo que se opusieron abiertamente los embajadores de España y de Italia, el

(1) A. de Montor. Lug. cit.

mayor número de obispos y más que todos el arzobispo de Palermo, el cual viendo que el turbulento cardenal no desistia de sus propósitos exclamó con voz fuerte para que pudiese ser oido en medio de tanta confusion: «Toda vez que despreciais á tantos príncipes y prelados, yo os declaro en nombre del cuerpo episcopal que estais en el deber de suspender todo procedimiento ulterior. Es muy estraño que pretendais alzaros con la superioridad, cuando solamente tres obispos teneis en vuestro favor. A nosotros que somos el mayor número nos corresponde decidir: nosotros somos verdaderamente el concilio, y este título no puede convenir á la gavilla de aduladores y de escritores asalariados que os rodean (1).» El arzobispo que habló con tanta energía fue muy aplaudido, pero hubo escándalos y amenazas por parte de los contrarios, concluyendo aquella sesion del modo más borrascoso.

A la sesion treinta y tres, se negaron á asistir los embajadores de los príncipes, y tampoco se vió en ella ningun prelado español. Reuniéronse tan solo veinte y siete prelados, la mayor parte de los cuales no eran obispos: pero en su defecto hubo como unos cuatrocientos clérigos atraidos á la asamblea por el cardenal que, como hemos dicho, conferia á los simples sacerdotes la más alta prerogativa del episcopado. En esta sesion se decidieron como tres artículos de fe; 1.º que el concilio general tiene una autoridad superior á la del Papa; 2.º, que el Papa no puede en manera alguna disolver, trasladar ni prorogar los concilios; y 3.º, que se debe tratar como hereje á todo el que se oponga á las dos verdades consignadas en los dos artículos precedentes.

El 25 de Junio se celebró la sesion treinta y cuatro en la cual se declaró al papa Eugenio IV depuesto como cismático, hereje, obstinado, perjuro, manchado con todos los vicios que daban motivo á las calificaciones más injuriosas. Por este decreto se prohibia á toda clase de personas reconocerle en adelante por Cabeza de la Iglesia, y declaraba á los contraventores privados *ipso facto* de todas sus dignidades, así eclesiásticas como seculares, aun cuando fuesen obispos, arzobispos, patriarcas, cardenales, reyes ó emperadores. Es hasta donde podia llevarse el escándalo. Las pasiones ciegan á los hombres y les hacen caer en las mayores aberraciones. Tan solamente se hallaban reunidos treinta y nueve prelados, entre los cuales solo habia siete ú ocho que estuviesen revestidos del carácter episcopal y creen representar á la Iglesia universal, siendo así que para

(1) Commerit. pág. 33 y 34 seq. Berc. Lib. LI n. 18.—Conc. t. 9, p. 1154.

la sola deposicion de un obispo piden los cánones doce jueces revestidos del mismo carácter. Aquí no se trataba de un simple obispo sino del Sumo Pontífice, Cabeza de la universal Iglesia. De estos obispos que depusieron al papa Eugenio, diremos tan solo que segun el testimonio de San Antonino, habia entre ellos algunos que habian sido privados de sus dignidades por el papa Eugenio.

Apenas el Sumo Pontífice supo lo que habia pasado en aquella asamblea de Satanás, anuló como pernicioso cuanto en ella se habia decretado contra él y todas las actas que se habian formado, tratando con razon á la misma asamblea de latrocinio y de conspiracion infernal.

No obstante todo esto, el conciliábulo dió un decreto edificante tocante á la Santísima Vírgen María, declarando en la sesion treinta y seis que la creencia de la Concepcion inmaculada de la Madre de Dios es conforme á la fe católica, á la recta razon y á las Santas Escrituras, y que á nadie es lícito enseñar ni predicar la doctrina contraria; y que su festividad debia celebrarse segun la práctica de la Iglesia Romana.

Como un abismo llama á otro abismo segun frase de la Escritura Santa, apenas habian depuesto al papa Eugenio, trataron de darle un sucesor. Así pues se procedió á la eleccion, la que recayó en Amadeo, primer duque de Saboya dignidad á que habia sido ascendido por el emperador Segismundo. Este despues de haber gobernado su pequeño Estado se habia retirado del mundo y se habia hecho solitario en el delicioso sitio de Ripailles á orillas del lago de Ginebra. No obstante su estado de seglar reunió en el quinto escrutinio veinte y seis votos y fue declarado Papa el dia 5 de Noviembre de 1439. Al principio se resistió á aceptar esta dignidad, pero al fin le persuadieron con gran copia de razones, para que aceptara el gobierno de la Iglesia, á lo que accedió con suma dificultad y derramando abundantes lágrimas, dice Fleury. Tomó el nombre de Felix V, y se dejó proclamar Papa en la Iglesia de Ripailles. Al dia siguiente fue á Thonon, en el Chablais, asistió como Papa á las vísperas de Navidad, é hizo cortar su larga barba que disgustaba á la multitud (1).

Este fue el último cisma que tuvo que lamentar la Iglesia, y Felix V es el último anti-papa que registran los fastos de la historia eclesiástica, y quiera el cielo que la inmaculada Esposa del Cordero no tenga que lamentar nuevos cismas.

Hé aquí ahora otras noticias que nos da el erudito historiador de la

---

(1) Montor. Vid. de Eugenio IV.

vida de los Sumos Pontífices: «Acompañado el anti-papa de Luis, duque de Saboya, de su hijo el duque de los ginebrinos y de trescientos gentiles hombres de sus Estados, hizo su entrada solemne en Basilea, el 24 de Junio de 1440. El 24 de Julio fue consagrado obispo por el cardenal de Arlés que le colocó en la cabeza una tiara valorada por Eneas Silvio en treinta mil escudos de oro.

«Aun cuando en diversas promociones creó veinte y tres cardenales, y fue reconocido por los suizos, por la Saboya, el Piamonte y muchas universidades, nunca Felix V pudo vanagloriarse de haber tenido bajo su obediencia al emperador, ni á los reyes de Francia, de Escocia y de Italia.»

En efecto, si fijamos la atencion en la Francia, vemos que el soberano de aquel reino miró siempre con horror este cisma. En vano pasó el doctor Tomás de Courcelles, canónigo de Amiens en clase de diputado cerca del rey Cárlos, pues que nada pudo conseguir en favor del conciliábulo de Basilea. Este monarca hizo publicar una declaracion por la que mandaba á todos sus vasallos obedecieran al papa Eugenio prohibiéndoles reconocer á otro por Pontífice, y esparcir en el reino ningunas letras ó despachos pontificios con nombre de otro alguno, cualquiera que fuese.

Consignaremos aquí que por la época que historiamos tuvo lugar la utilísima invencion de la imprenta. Varias son las opiniones acerca del verdadero inventor de tan precioso arte, pero la más comun la atribuye á Juan Guttemberg, y estando conformes en esto la mayoría de los autores, nos escusamos el citar otros nombres. Desde que fue conocida la imprenta se esparció por todos los paises cristianos con gran provecho de las ciencias, por la facilidad con que podian multiplicarse los libros. Antes de esta época un ejemplar de las Concordancias de la Biblia, se vendia en cien escudos de oro, y las obras de Tito Livio costaban ciento y veinte. ¿Qué caudal hubiera bastado para hacerse con un ejemplar de los Sagrados libros, y de las obras de los Santos Padres? Digno es pues Guttemberg de que su nombre pase de generacion en generacion, celebrado en todas partes por el extraordinario beneficio que con su noble invento dispensara á la humanidad. A él se debió la fácil adquisicion de las ciencias que ántes eran tan costosas.

Despues que los griegos se retiraron de Florencia, continuó el concilio que celebró cinco sesiones más desde el 4 de Setiembre de 1439 hasta el 26 de Abril de 1442. En la primera de ellas, el papa Eugenio

pronunció una terrible sentencia contra las actas y los Padres de Basilea, y con el fin de aumentar los defensores de la Silla romana, hizo una promocion de diez y siete cardenales, de diferentes naciones pero todos ellos sujetos de gran capacidad, de reconocida virtud, y de gran reputacion. En esta promocion recibió el capelo el célebre español Juan de Torquemada, religioso dominico, maestro del Sacro Palacio, notable por sus profundos conocimientos en las ciencias filosóficas, en la teología, en el derecho canónico y en casi todas las demás ciencias.

En los lejanos paises de la Armenia, habian sido abrazados los errores de Eutiques, los cuales perseveraban más que por malicia por ignorancia de aquellos pueblos. Cuando el patriarca de aquella nacion supo que se celebraba un concilio general para reunir toda la Iglesia bajo una misma Cabeza y en una misma fe, envió cuatro de los más hábiles doctores que tenia, para que representasen su persona en el concilio ecuménico, propusiesen algunas dificultades que tenia, para ilustrarse acerca de ellas, y se adheriesen en su nombre á las decisiones del concilio (1). Además de sus errores y estravíos en las verdades de la fe, se habian introducido entre ellos muchas prácticas abusivas en la administracion de los Sacramentos, lo que no debe estrañarse si se atiende á que por su situacion se hallaba casi sin comunicacion con los demás pueblos cristianos.

El concilio de Florencia recibió benévolamente á los enviados del patriarca de los Armenios, los que recibieron de manos pel papa Eugenio un decreto en el que entre otras cosas se daban instrucciones sobre el sacramento de la Confirmacion y del Órden, con el cual se retiraron satisfechos aquellos fieles que sinceramente deseaban instruccion sólida y verdadera.

Por este mismo tiempo se verificó tambien la reunion de los jacobitas de Egipto, á la iglesia de Roma. El concilio habíalos invitado tambien como á todos los orientales. Alberto, presbítero del órden de los frailes menores habia sido enviado á los jacobitas con las cartas del Sumo Pontífice, y habian desempeñado su comision del modo más satisfactorio. El patriarca de los jacobitas leyó las comunicaciones del Jefe Supremo de la Iglesia, y acatándolas reverentemente, se hubiese puesto en camino inmediatamente para Italia; empero destituido de los medios necesarios para presentarse segun convenia á su dignidad, envió en reprerepresentacion suya á Andrés, abad del monasterio llamado de San An-

(1) Conc. t. 13, p. 1198.

tonio, en el que este santo habia muerto. Al comisionarle para presentarse al Papa y al concilio, el patriarca le encargó recibir con el mayor respeto la doctrina de la santa Iglesia romana, y conserverla fielmente, para que luego pudiese ser publicada en su pais, y que todos disfrutasen el beneficio de recibirla. He aquí el texto de la carta qu e le entregó para el papa Eugenio, en la cual manifiesta su humildad y sentimiantos para con la Cabeza de la Iglesia: «Juan, siervo indigno de los siervos de Je«sucristo, obispo de la Silla de San Márcos, de la grande Alejandıía, y «de todo el Egipto, de la Siberia, de Etiopia, del África occidental, y «generalmente de toda la mision del santo Evangelista: despues de haber «pedido al Señor el perdon de mis pecados, me postro hasta la tierra en «vuestra presencia, sapientísimo Padre, señor Eugenio, papa de la gran «Roma, sacerdote y pastor por excelencia, guia seguro, cuyas lecciones «y ejemplos señalan el camino del cielo á todos aquellos que peregrinan «en la sombra de este siglo; Jefe apostólico de todas las iglesias cris«tianas, príucipe único y venerable de todos los príncipes constituidos «en las demas sillas; confirme para siempre el Eterno la estabilidad de «vuestro trono, y dirija tan perfectamente con vuestra sabiduría, como «con la estrella que apareció á los magos, su inmenso rebaño, que nin«guno de los que oigan vuestra voz deje de seguirla.» Despues de esta protesta y homenaje de reconocimiento, el Patriarca informa al Santo Padre de la comision que habia dado al abad que iba representando su persona. Gente tambien dispuesta recibió en el momento la doctrina de la iglesia de Roma. Andrés en nombre del patriarca, y de todos los jacobitas, adoptó cuanto creia y enseñaba aquella, y reprobó todo cuanto ella reprobaba, firmándose el acta en árabe y latin (1).

(1) Bercastel. Lib. XL, n. 60.



CAPITULO X.

Estado del concilio de Basilea.—El rey Alfonso de Aragon se reconcilia con el Papa Eugenio.—Muerte del cardenal Albergati.—Canonizacion de S. Nicolás de Tolentino —Muerte del Papa Eugenio IV.—Concilios.—Nicolás V, papa.—Recuerdo del estado en que se hallaba la Iglesia al advenimiento del papa Nicolás.—Se termina la neutralidad de Alemania donde es reconocido Nicolás V por único y verdadero Pontífice.—Esfuerzos de Cárlos VII y del duque Luis por alcanzar la renuncia del anti-papa.

El mundo cristiano se hallaba escandalizado de lo que ocurria en Basilea, donde continuaban obstinados los Padres en sus propósitos. Celebraron todavía algunas sesiones, hasta que en 19 de Mayo de 1443 se verificó la última, en la cual se condenaron algunas proposiciones, defendidas por varios religiosos mendicantes en perjuicio de la jurisdiccion episcopal y del servicio de las parroquias (1). Teniendo por norma los citados decretos de Constanza, resolvieron que desde allí á tres años se reuniese otro concilio general en la ciudad de Lyon, pero que no se disolviese el de Basilea, si los PP. continuaban allí con la misma seguridad, y que de no ser así, continuaria en Lausana, partido que al fin tuvieron que tomar obligados por la necesidad.

Dicen algunos escritores que el rey de Aragon trató á un mismo tiempo con el papa Eugenio y con el anti-papa Felix. Es necesario hacer justicia á D. Alfonso digno en verdad del renombre de Grande. La guerra de Nápoles fue causa de que el dicho monarca pareciese un tiempo no muy adipto á la obediencia de Roma; pero es indudable que Aragon nunca reconoció ni prestó obediencia al intruso, no obstante que D. Alfonso sostuviese algunos debates con el papa Eugenio por las causas que acabamos de manifestar. Felix le ofreció por medio de sus nuncios con-

(1) Conc. t. 12. p. 652.

firmar la adopcion que habia habia hecho de Alfonso la reina de Nápoles Juana, con el título de rey de Sicilia que se atribuia á consecuencia de aquella adopcion y suministrar doscientos mil escudos de oro para ayudar á este príncipe á poner al anti-papa en posesion del patrimonio de San Pedro. Cuando Eugenio supo esto, se sobresaltó temiendo por los resultados, pero esto es lo que deseaba seguramente D. Alfonso, que queria tratar con el Pontífice reconocido por casi toda la Iglesia, mejor que con el que tan solamente era reconocido por los saboyanos y los suizos. El amor de la gloria, dice Bercastel, del que tomamos esta noticia, aunque subordinado en Alfonso al de la fortuna, no dejaba de tener en él mucho dominio. He aquí como continua el mismo historiador, explicando este asunto: «Luego que vió que su estratagema producia con Eugenio el efecto deseado, solo trató ya de eludir los empeños contraidos con Felix, diciendo que era necesario añadir nuevos artículos, en extremo onerosos, y muy contrarios en particular al genio económico del anti-papa. Entre otras condiciones exigia que se le entregaran sin dilacion y en una sola paga los doscientos mil escudos de oro. Así vió Felix frustradas sus esperanzas apenas habian nacido, y su pequeña obediencia más limitada que nunca en el momento en que se lisonjeaba de extenderla; pero cediendo á su competidor, le ofreció mayores dificultades que vencer y le obligó á expender mayores sumas.»

Es el caso que el rey de Aragon se reconcilió completamente con el papa Eugenio, con el que hizo un tratado, el que mandó publicar en todas las provincias de sus Estados, ordenando que se reconociese á este Papa por único y legítimo Pontífice, y que se tuviese por nulo cuanto contra él se habia hecho en Basilea. Esto dió un golpe de muerte al anti-papa Felix. Unidos en igualdad de sentimientos el rey de Aragon, los venecianos, los florentinos, los senenses y otras ciudades principales de Italia, y puestos de comun acuerdo trabajaron á fin de que el emperador protegiese los designios que tenia el Papa de congregar en el palacio de Letran el concilio que debia poner término al cisma. Despues de algunos debates y templadas contestaciones adoptaron el plan propuesto por Cárlos VII al emperador, que consistia en celebrar una asamblea general de los príncipes de Europa ó de sus diputados y poner despues en ejecucion lo que se resolviese á pluralidad de votos (1).

El Santo Padre luego que hubo concluido el concilio de Florencia, pasó

(1) Æn. Sylv. Ep. 54 y 53.

á Sena, donde tuvo una brillante acogida, siendo visitado por muchos príncipes y otros personajes de importancia, pero tuvo allí un gran disgusto por la muerte del cardenal de Santa Cruz, Nicolás Albergati, obispo de Bolonia, que era uno de los miembros más importantes del Sacro Colegio, el cual habia manifestado una sabiduría extraordinaria, y una habilidad poco comun en las diversas legacias que habia desempeñado. Sus virtudes eran tan conocidas de todos, que muchos lugares le honraron al poco tiempo dándole el título de Beato. El Sumo Pontífice honró con su presencia el entierro, y despues que hubo acabado de despachar los asuntos y negocios que le hicieron ir á Sena se marchó á Roma, donde llegó el 28 de Setiembre de 1443. Tuvo el recibimiento que era de esperar despues de nueve años de ausencia empleados dignamente en el triunfo de la Santa Sede, y se instaló en el palacio de Letran, anunciando el concilio que debia celebrar en él para cuyo objeto envió letras de convocacion á todos los paises cristianos.

El papa Eugenio por este tiempo, recibió en su comunion á los abisinios y á su rey Constantino Zara Jaime, llamado vulgarmente el *Prete Juan*, á cuyos embajadores, que traian la nueva de la conversion católica de su soberano, recibió Eugenio con la mayor afabilidad.

En 1447 el mismo Pontífice canonizó á San Nicolás de Tolentino, llamado así por el mucho tiempo que habia permanecido en esta ciudad, de la que era natural.

Los grandes y repetidos disgustos que en su borrascoso pontificado habia sufrido el Santo Padre, le hicieron enfermar, y conociendo que se hallaba cercano á la muerte, renovó las sentencias que ántes habia lanzado contra los últimos actos del concilio de Basilea, es decir contra todo lo practicado en el desde la traslacion por el mismo Papa decretada, segun hemos á su tiempo manifestado. Ordenó tambien que su sucesor fuese elegido conforme á lo mandado por Gregorio X en el concilio de Lyon y por Clemente V en el de Viena; y exhortó á los cardenales para que eligiesen un pontífice capaz de sostener la dignidad en la Santa Sede, y murió el 23 de febrero de 1447 en los brazos de San Antonino, á los quince años, once meses y veinte dias de un pontificado lleno de tribulaciones y de amarguras.

Este Pontífice fue enterrado en el Vaticano, al lado del panteon de Eugenio III.

El retrato de este Papa lo hace A. de Montor, del modo siguiente: «Eugenio IV era de elevada estatura, ánimo esforzado y fisonomía gra-

ve y melancólica: no era gran literato, pero sobresalia en conocimientos históricos. En su palacio, los parientes del Papa no eran mejor tratados que los demás huéspedes; en una palabra, fue uno de los más grandes Pontífices y al mismo tiempo de los ménos felices. Junto á él tenia con satisfaccion á dos religiosos benedictinos de la abadía de Florencia, dos celestinos y un sacerdote regular, reuniéndoles á su lado, cuando la hora de la cena, para preguntarles acerca el juicio que se formaba de su gobierno, pues, decia, querer corregir sus acciones en cuanto lo demandara la justicia. Dícese que en su trance postrero, exclamó delante de todos:—Gabriel (así se llama el Papa), Gabriel, cuanto más te hubiera valido no haber sido nunca Papa, ni cardenal, ni obispo, y haber terminado tu existencia tal como la habias empezado, practicando tranquilamente en tu monasterio los ejercicios de tu regla!...—Feller dice (II,758)—Cierto historiador atribuye á Eugenio una ambicion desmedida, y le reconviene el haber mantenido el cisma nada más que para conservar su autoridad.—Pero, ¿no se le hubiera podido echar en cara con más razon y justicia, la imprudencia, la pusilanimidad, el abandono de su deber, la traicion misma y la prostitucion de la Iglesia de Jesucristo, si por órden de once de obispos y una confusa amalgama de clérigos disfrazados de sucesores de los Apóstoles, hubiera descendido de la cátedra apostólica para elevar á ella á un intruso?

La vacante de la Santa Sede duró diez dias.

Ántes de pasar á ocuparnos del siguiente Pontificado daremos cuenta de algunos otros concilios que tuvieron lugar durante el de Eugenio IV.

El de Florencia, continuacion del de Basilea, es considerado como el décimo octavo concilio general, el cual segun dejamos manifestado, celebró la primera sesion en 4 de Setiembre de 1439, y la quinta y última en 20 de Abril de 1442.

En Marzo de 1439, se celebró un concilio en Maguncia, el cual se compuso de un cardenal, de los arzobispos de Tréveris, Colonia y Maguncia, de otros tres obispos de Alemania, de los embajadores del emperador Alberto, del arzobispo de Tours y del obispo de Troyes, embajadores del rey de Francia, del obispo de Cuenca, de los embajadores del rey de Castilla, de los duques de Milan y de otros príncipes de Alemania, ninguno de los cuales habia enviado diputados al concilio de Ferrara ó de Florencia. En esta asamblea fueron admitidos los decretos de Basilea, excepto los que iban dirigidos contra el Papa.

En 1440 hubo dos concilios en esta forma:

1.° En Bourges desde el 26 de Agosto hasta el 11 de Setiembre, al que asistieron los diputados del papa Eugenio y los del concilio de Basilea. Cárlos VII y los prelados manifestaron sumo respeto al concilio, pero continuaron adiptos al papa Eugenio, sin querer reconocer de manera alguna á Felix V, que eran los deseos de los diputados de Basilea.

2.° En Frisinga (Alemania), por Nicolás de Scala, obispo de la misma ciudad. Formáronse en esta asamblea veinte y seis reglamentos que contienen muy buenas disposiciones; en el quinto se renovó el estatuto del concilio de Basilea contra los clérigos concubinarios: el vigésimo confirma el concilio general de Constanza contra los simoníacos.

En 1441 hubo otro concilio en Maguncia, por Thierri de Erbach, arzobispo de la misma ciudad. En este concilio fueron admitidos: 1.°, los decretos de Basilea sobre el modo de celebrar los sínodos provinciales y diocesanos; 2.°, el estatuto del mismo contra los clérigos concubinarios; 3.°, el decreto del mismo concilio acerca de los interdichos locales; 4.°, la bula de Martin V contra los que maltraten á los eclesiásticos. Tambien se adoptaron cuatro decretos del dicho concilio de Basilea, en el segundo de los cuales se prohibe la exposicion del Santísimo Sacramento en las iglesias de los monasterios, bajo cualquier pretexto, á excepcion de los dias de la Octava de Corpus.

En 1445, á 15 de Diciembre, el arzobispo de Ruan junto con sus sufragáneos, tuvieron un concilio en el cual se formaron cuarenta y un estatutos, siendo muy notable el séptimo en cuanto condena la superstición de aquellos que con la mira de algun lucro, dan nombres particulares á algunas imágenes de la Santísima Vírgen María. Debe entenderse que la intencion del concilio no es condenar los diversos títulos que la piedad cristiana ha dado á las dichas imágenes, sino el abuso cometido por motivos de intereses terrenales. El undécimo condena las mascaradas y otras locuras que se hacian en algunas iglesias en ciertos y determinados dias, segun ya hemos tenido ocasion de explicar, y la iglesia de Ruan no se veia libre de estos excesos. El trigésimo segundo prohibe á los eclesiásticos el uso de caperuzones con puntas en una capucha que el lujo habia hecho alargar desmesuradamente en forma de un largo cuerno. Este concilio es citado sin duda por equivocacion en 1345, por M. Huet.

No tenemos noticia se celebrasen otros concilios, al ménos de importancia, hasta la muerte de Eugenio IV.

Vamos ya á ocuparnos de su sucesor.

Diez dias despues de los funerales del último Pontífice, se abrió el cónclave, entrando en él diez y ocho cardenales. Los primeros escrutinios se presentaron favorables al cardenal Próspero Colonna, pues que obtenia siempre el mayor número de votos aunque sin llegar á las dos terceras partes. Pero de repente los votos que á aquel se habian dado en los anteriores escrutinios fueron pasando á Tomás Parentacelli, que habia sido monge cartujo y que entonces era cardenal obispo de Bolonia, el cual manifestó desde luego que se creia indigno de obtener la suprema dignidad de la Iglesia. Sin embargo en el siguiente escrutinio, Tomás reunió las dos terceras partes de votos, siendo así que hasta entonces habia tenido muy poco influjo en el Sacro Colegio. Creyeron ver la voluntad de Dios suficientemente manifestada y todos le rogaron que aceptara el Pontificado y que no mirase con indiferencia las necesidades de la Iglesia. En suma, despues de grandes esfuerzos prestó su consentimiento y fué creado Papa á 6 de Marzo del año 1447, víspera de Santo Tomás de Aquino, cuyo nombre llevaba, tomando luego el de

NICOLÁS V, en memoria del cardenal Nicolás Albergati del cual se dice que le habia pronosticado el Pontificado.

Este Pontífice habia nacido en Sarzana, ciudad de la república genovesa. Su padre era médico, pero su madre, dícese, que vendia aves. Sin embargo Lúcas Piccolomini que le conoció anteriormente asegura que pertenecia á una familia noble y distinguida. Sea lo que quiera de esto, ya hemos tenido ocasion de recordar que Dios en su altísima Providencia no elige para los altos y distinguidos puestos de su Iglesia á los más nobles sino á los más humildes. Hijos todos los hombres de un mismo padre, la nobleza de la virtud es únicamente la que les engrandece y les eleva á los ojos del Señor. En cuanto á los primeros tiempos de Nicolás V, reproduciremos las noticias que nos da A. de Montor, y son las siguientes:

«Vistió en edad temprana los hábitos clericales, y recibió las órdenes menores, marchando á Bolonia, á los doce años, para cursar humanidades; mas no pudiendo contar con la asistencia pecunaria de su madre, casada en segundas nupcias, tuvo que entrar de profesor en casa de un patricio para ganarse la subsistencia. Tuvo la dicha al regresar á Bolonia de ser recibido con agasajo entre los familiares del obispo de aquella diócesis, el bienaventurado Albergati que le nombró su *maestro di casa* ó intendente no separándose ya de su compañia.

«Ordenóse de presbítero á los 25 años, y despues de haber desempeñado varias nunciaturas importantes, recibió, por mano de Eugenio IV, la púrpura cardenalicia. Logrado que hubo el reconocimiento del Papa legítimo en Alemania, con señaladísimas ventajas de los intereses eclesiásticos en Italia, fue creado arzobispo de Bolonia (1).

Su piedad, su profunda instruccion en todo género de ciencias, y principalmente en las eclesiásticas le habian hecho adquirir una justa y merecida reputacion, siendo lo que más le distinguia la modestia y la humildad.

¿En qué estado encontró la Iglesia el papa Nicolás V, al tiempo de su advenimiento al trono Pontificio? Ya puede comprenderlo el lector por la narracion de los sucesos que hemos consignado en los capítulos anteriores. Estaba muy léjos de disfrutar aquella hermosa paz que la hace brillar cual el sol en el firmamento. Apénas se habia repuesto de las amarguras que le habian hecho experimentar el gran cisma que por espacio de tantos años la habian aquejado, cuando vino á experimentar un nuevo dolor con el cisma de Basilea. La paz parecia haberse alejado dé todas las naciones cristianas. Francia é Inglaterra no acertaban á consolidar un estado duradero de tranquilidad. La Germania y la Hungría sufrian las tristes consecuencias de las guerras intestinas, y si fijamos la vista en la desgraciada Iglesia griega, vemos que presentaba un triste espectáculo, por lo poco duradera que fue su union con la Iglesia romana. La Italia no era más feliz que los demás pueblos del Occidente, pues se hallaba dividida en varias facciones, y sus provincias se veian asoladas por magnates ambiciosos y por miserables aventureros.

La Alemania presentaba diverso aspecto. Poco despues de la eleccion de Nicolás V, el emperador Federico á 29 de Julio, reunió en el pais de Maguncia á todos los príncipes de Alemania, así eclesiásticos como seculares, é hizo confirmar la obediencia dada ya por los embajadores del imperio, primeramente á Eugenio IV y despues á su sucesor Nicolás V. Al propio tiempo se abolió la neutralidad que hasta entónces se habia observado con el anti-papa Felix, y con los prelados de su partido. A este efecto publicó un edicto mandando que todos sus súbditos reconociesen síncera é invariablemente á Nicolás V por único y verdadero Vicario de Jesucristo y legítimo sucesor de San Pedro, y que se desechase con desprecio toda providencia que emanase del pretendido papa Felix,

(1) A. de Montor. Vid. de Nicolás V.

cuya dignidad pontificia emanaba del concilio de Basilea cuando habia perdido su carácter de ecuménico para convertirse en conciliábulo. Este nuevo golpe acabó de debilitar á aquella asamblea, é hizo pensar ya seriamente al anti-papa en renunciar su quimérica dignidad.

El rey Cárlos VII de Francia que deseaba sinceramente la tranquilidad de la Iglesia, de acuerdo con Luis de Saboya, hijo y sucesor de Amadeo, trabajaban asiduamente por alcanzar la renuncia del pretendido Pontífice, pues que aun cuando Cárlos no le reconocia y habia mandado negarle la obediencia, temia que hiciese mayor número de partidarios y que se robusteciese el nuevo cisma, lo que hubiese sido una calamidad para la Iglesia, y tambien para todos los reinos cristianos. Por su parte el príncipe Luis, que llevaba muy á mal el ridículo papel que estaba representando su padre, se propuso hacer todos los esfuerzos posibles por conseguir su renuncia, á cuyo fin hizo secretamente un viaje á Bourges para avistarse con el rey y disponer las cosas de modo que pudiesen conseguirse tan plausibles deseos. Ya veremos en el capítulo siguiente como afortunadamente este último cisma fue de muy corta duracion, pues que Amadeo, llamado Felix V, no participó de la desgraciada obstinacion que poco ántes hemos visto en D. Pedro de Luna.



CAPITULO XI.

Resultados de la conferencia de Lyon.—El anti-papa Felix propone hacer la renuncia con condiciones inadmisibles.—Celebran los prelados de Lyon varios concilios.—Embajada de Cárlos VII al Papa Nicolás.—Los embajadores cumplida su mision en Roma se dirigen á Lausana.—Abdicacion de Amadeo.—Se disuelve el concilio de Lausana.—Cómo se ha de comprender la autoridad del concilio de Basilea.—Sumision de varios Estados al Papa legítimo.—Jubileo.—Prediccion de Nicolas V.—Canonizacion de S. Bernardino de Sena.—San Diego de Alcalá.—Inquietudes del Papa.—Mahomet II pone sitio á Constantinopla —Valerosa defensa del general Justiniano.—Es herido y cae en la más vergonzosa cobardía.—El emperador Constantino muere peleando.--Toma de Constantinopla por los turcos.

En la conferencia de Lyon se dijo que debia procurarse la celebracion de un nuevo concilio y se insistió en conservar de todos modos las preeminencias de estas santas asambleas, y el rey demostró sus deseos de que se celebrase en su reino en el año próximo, encargándose él mismo de impetrar del papa Nicolás la bula de convocacion. Pero en lo que más insistió Cárlos VII fue en que convenia ante todo dar fin á las divisiones que habia causado en la Iglesia la desavenencia entre el papa Eugenio y el concilio de Basilea proponiendo los medios que le parecian conducentes para ello. En cuanto á Amadeo, dijo que era necesario fijar su suerte despues que hubiese hecho la renuncia del Pontificado y confirmar la posesion de beneficios y dignidades que habia dado á los eclesiásticos de su obediencia.

A las nuevas conferencias que con tales objetos se celebraron en Lyon, asistieron los embajadores de Inglaterra, de Alemania, los del rey de Sicilia, conde de Provenza y otros distinguidos personajes. Tambien Felix envió al cardenal de Arlés con otros partidarios suyos. Se habia dado órden para que no fuese admitido ninguno de los que habian sido creados cardenales por Felix, con las insignias de su dignidad, y aun así habian de ofrecer someterse á la autoridad del papa Nicolás y hacer que

Felix renunciase el Pontificado. Consiguióse que el anti-papa consintiese en la renuncia, pero impuso tales condiciones que Nicolás V no encontró sus proposiciones dignas de respuesta.

Mientras tanto duraron las conferencias dirigidas á conciliar los grandes intereses de la Iglesia, los prelados celebraron varios concilios de los cuales algunos no dejaron de tener importancia. En Julio de 1448 tuvieron uno en Angers, ciudad de la provincia de Tours, en el cual formaron diez y siete decretos, en los cuales se ve todo el espíritu del concilio de Basilea acerca de los puntos de disciplina. En el año siguiente 1449 celebraron otro en Lyon en el cual hicieron diez y ocho cánones de disciplina. En este concilio se procuró con especial atencion tomar las providencias necesarias á fin de que los que hubiesen de entrar en el estado eclesiástico fuesen personas dignas de este honor, y que solo se ordenasen los que fuesen indispensables para el ejercicio de las funciones sagradas, debiendo todos sin exceptuar los clérigos de órdenes menores ser rigurosamente examinados acerca de su conducta, vocacion é instruccion, siendo aun más escrupuloso este exámen en los que hubiesen de ser destinados á la cura de almas. Entre otras muy excelentes disposiciones prohibieron el predicar y confesar sin la aprobacion de los ordinarios, la infraccion de la clausura religiosa, los matrimonios clandestinos, el concubinato y la blasfemia, la que querian que se reprimiese por todos los medios posibles, recurriendo para ello al brazo secular.

Una embajada compuesta de dos arzobispos, de cinco obispos y de muchos grandes envió al papa Nicolás el rey de Francia con el objeto de que aceptase las condiciones con las cuales pretendia Felix hacer su dimision. El Papa recibió con la mayor confianza á los enviados, á los cuales manifestó que por complacer á un príncipe tan cristiano y respetuoso para con la Santa Sede estaba dispuesto á hacer todo aquello que le pidiese, salvo el honor de Dios y de la Iglesia, y despues les comunicó varios artículos secretos que debian remitirse á Francia (1).

Despachada esta comision, los embajadores abandonaron á Roma y se dirigieron á Lausana en cuyo lugar estaba el anti-papa con toda su corte y el conciliábulo, á causa de que el emperador Federico les habia hecho salir de Basilea. Avistáronse con Felix y le intimaron en nombre del rey Cárlos que renunciase pura y simplemente el Pontificado, ofreciéndole

---

(1) Conc. t. 13, p. 1316.

que el papa Nicolás espediria tres bulas para anular todos los procedimientos seguidos contra él y sus partidarios, para confirmar todos los actos publicados en esta obediencia y para reponer á todas las personas á quienes el mismo Papa habia despojado de sus dignidades y beneficios. Habiendo oido Felix las proposiciones del monarca francés el cual le aseguraba tambien su suerte futura, restituyó la paz á 'la Iglesia, abdicando en Lausana el Pontificado en 9 de Abril de 1449. El papa Nicolás cumplió lo que habia ofrecido á Amadeo el rey Cárlos publicando en Spoleto las tres bulas de que se ha hecho mencion. Amadeo fue nombrado cardenal de Santa Sabina, decano del Sacro Colegio y legado perpétuo en Saboya concediéndole el uso de las insignias pontificias, á excepcion del anillo del pescador, la cruz sobre las sandalias y otros privilegios inherentes á la persona del soberano Pontífice.

Luego que Amadeo hubo renunciado el supremo Pontificado, los Padres de Basilea, se reunieron por última vez en Lausana, en 16 del mismo mes, y continuando con su farsa, cual si estuviesen todavía en concilio general, eligieron por papa á Nicolás V, que lo era habia ya dos años. Despues de esto se declaró disuelto el conciliábulo, y Nicolás fue reconocido universalmente por el único Papa legítimo.

El concilio de Basilea que se terminó como hemos visto en Lausana, duró diez y ocho años contados desde sus primeras sesiones. Esta asamblea fue decretada en el concilio general de Constanza, y convocada por dos Papas legítimos cuales fueron Martin V y Eugenio IV, y fue por mucho tiempo reverenciada como asamblea de la Iglesia universal, á la que en efecto representó hasta la sesion veinte y cinco, segun la mayoría de los críticos, y por eso se cuenta en el número de los concilios ecuménicos. Desde esta época ya perdió su carácter como hemos explicado detenidamente, quedando convertido en conciliábulo. Volvemos á hacer esta explicacion porque conviene tenerla presente, siendo así que muchos se quieren escudar con el concilio de Basilea, para defender doctrinas erróneas.

Despues de haber hablado de la abdicacion de Amadeo ó sea Felix V, añadiremos ahora que pasó el resto de sus dias en la práctica de las virtudes de tal modo, que acabó su vida en 7 de Enero de 1451, en Ginebra, en olor de santidad, y fue enterrado en Ripaille desde donde se trasladó más tarde á Turin. Felix se habia establecido en Ginebra, y sus bulas, en número de unas tres mil, y reunidas en ocho volúmenes, fueron regaladas, en 1754, al rey de Cerdeña, Cárlos Manuel III, por

la república de Ginebra. Muchas bulas nos parece, pero así lo consigna Artaud de Montor. Su falso Pontificado duró ocho años, ocho meses y quince dias, lo que equivale á decir que salió á bula por dia, quitando unos ciento setenta. Luego si es cierta la noticia de Montor, no perdió el tiempo el anti-papa ni tuvo otra ocupacion durante su ficticio Pontificado que expedir bulas sobre bulas. Fue demasiado lujo de autoridad obrar de esta manera.

A la mitad del siglo xv, la Iglesia pudo respirar tranquila y disfrutar de una paz interrumpida por espacio de tantos años, sin embargo que experimentaba el profundo dolor de la nueva separacion de los griegos que corrian presurosos por el camino del cisma, al que estaban ya tan acostumbrados. El Sumo Pontífice Nicolás V era reconocido y reverenciado como Jefe supremo de la Iglesia, no solamente por el anti-papa que manifestaba un sincero y cordial arrepentimiento, sino tambien por todos los príncipes cristianos. No nos detendremos aquí en hacer mencion de los Estados de España que se mostraban muy adictos y obedientes á la Santa Sede, porque segun tenemos ofrecido, hemos de dedicar el último capítulo de la historia del siglo que historiamos á los asuntos concernientes á nuestra patria. Germania, Polonia, Hungría, todos los paises septentrionales y vecinos á los orientales cismáticos, presentaban un espectáculo admirable, pues parecia haber renacido en ellos el espíritu de los primitivos cristianos. Vigilantes por la pureza de la fe, eran sus centinelas avanzados, velando de contínuo para que no pudiese entrar la peste del error, pero llenos de caridad y comprendiendo suficientemente el espíritu del Evangelio, se gloriaban en socorrer en cuanto podian á sus desgraciados vecinos, procurando despertar en ellos los sentimientos católicos de que lamentablemente se habian separado.

Apénas la Iglesia de Roma se vió tranquila, pudo verse cuán grande era el respeto que los fieles le profesaban, y el amor y veneracion en que era tenida la infalible cátedra del Príncipe de los Apóstoles. El papa Nicolás V, ganoso de que los fieles disfrutasen las extraordinarias gracias del jubileo, y conformándose con la bula de Clemente VI, por la cual quedó reducida dicha gracia al espacio de cincuenta años, anunció el jubileo el dia 19 de Enero de 1449, para el año siguiente.

Cuando se abrió el jubileo, el Papa acompañado de los cardenales visitó todas las estaciones. Fue tal el gentío de todas clases y de todos los paises que acudió á postrarse ante los sepulcros de los Santos Apóstoles, que los nacidos no se acordaban haber visto jamás mayor concurrencia

en Roma con ningun motivo (1). Con motivo de esta inmensa concurrencia, hubo que deplorar algunas desgracias en el puente de San Angelo, habiendo caido al Tíber en un momento de confusion hasta noventa y siete personas que perecieron ahogadas, por lo cual se tomaron grandes precauciones para evitar la reproduccion de semejantes percances. El Papa sintió extraordinariamente el suceso, y demostró su caridad haciendo que se celebrasen magníficas exequias como á penitentes que habian muerto practicando la penitencia.

En el mismo año del jubileo y en un capítulo de franciscanos, compuesto de tres mil ochocientos religiosos, y en presencia de cuarenta y cuatro cardenales, canonizó el Papa á San Bernardino de Sena. En esta asamblea de religiosos franciscanos se vió á otro santo, que fue Diego de Alcalá, que en su clase de religioso lego demostró estar adornado de todas las virtudes. En la causa de la canonizacion de San Bernardino de Sena, trabajó con mucha actividad Juan Capistrano, que más tarde habia de ser tambien elevado al honor de los altares. Es muy notable y digno de consignarse que en esta canonizacion fue por decirlo así canonizado en vida San Antonino de Florencia, pues que el Papa que conocia muy á fondo sus grandes virtudes, exclamó que Antonino no era ménos digno de los altares que Juan Capistrano.

El Papa empezó á inquietarse con razon desde que en 1451 Mahomet II, único hijo de Amurates, habia reemplazado á su padre. Habia nacido de madre cristiana, hija del déspota de Servia, la cual se conoce no pensó en inspirarle sentimientos favorables á los cristianos, pues que él se mostró desde un principio muy hostil á esta religion. Tenia un entendimiento claro y despejado, y al mismo tiempo estaba dotado de unas fuerzas extraordinarias y de mucho valor, cualidadas todas que le hacian muy apto para la guerra.

Por otra parte, no tenia respeto alguno á la religion que profesaba, pues lo mismo se burlaba del mahometismo que del cristianismo, en términos que cuando hablaba confidencialmente con sus amigos de más confianza, decia de Mahoma que habia sido jefe de bandidos. Por más que á los mahometanos les estuviese prohibido el estudio, hablaba Mahomet II con toda perfeccion cinco lenguas además de la de los turcos; esto es, la griega, la latina, la arábiga, la caldea y la persa, y estaba muy instruido en las matemáticas, en la astronomía, ó mejor dicho, en

(1) Marlh. de Courci, p. 609.

la astrología, y en la historia de los hombres célebres de todos tiempos y de todos los paises. En cuanto al arte ó sea la ciencia de guerrear, habia llegado á la perfeccion.

Aparte de lo que acabamos de decir, Mahomet II tenia las más perversas cualidades. Desde la incredulidad llegó á la supersticion, y de tal modo se encaprichó con la astrología, que hizo erigir una columna misteriosa contra las serpientes: daba rienda suelta á todas sus perversas inclinaciones, siendo tan cruel como depravado, habiendo hecho quitar la vida á algunos príncipes. Era furioso enemigo del nombre cristiano, y habia subido al trono cuando sólo contaba veinte años de edad.

Inquieto naturalmente el Padre comun de los fieles por los progresos que hacia el turco, y reflexionando sobre la inutilidad de los trabajos que se habian tomado hasta entónces para la conversion de los griegos, que como hemos visto habian caido nuevamente en el cisma, les exhortó con celo paternal á que abriesen los ojos y reconociesen su obstinacion, amenazándoles con la justa ira de Dios: «Hace ya mucho tiempo, «les decia, que los griegos estais abusando de la paciencia de Dios, con «vuestra perseverancia en el cisma. Segun la parábola del Evangelio, el «Señor espera ver si la higuera, despues de haber sido cultivada con «tanto cuidado y esmero, dará al fin su fruto; mas si durante el término «de tres años, que todavía le concede no lo produce, el árbol será cor«tado de raiz, y los griegos enteramente destruidos por los ministros «de la justicia divina, que Dios enviará para ejecutar el castigo que está «ya decretado en el cielo.» La prediccion se cumplió literalmente.

Mahomet II habia resuelto poner sitio á Constantinopla, y llevando á cabo su proyecto, fue á ponerle con un ejército de trescientos mil hombres y cerca de cien galeras, y otro gran número de buques de ménos porte en 1453. Los griegos se hallaban imposibilitados de oponer iguales fuerzas, toda vez que la ciudad sólo contaba con siete mil soldados, de los cuales dos mil eran extrangeros. Sin embargo de esto, la ciudad de Constantinopla que tenia cuatro leguas de circuito, estaba circunvalada de una doble muralla, con fosos muy anchos y profundos. Por la parte del puerto tenia muchos fuertes que hacian muy peligroso cualquier intento que se hiciera por aquella parte. El mando de las tropas de la ciudad fue confiado por el emperador Constantino Paleólogo, á un oficial genovés de mucha experiencia llamado Constantino. Mahomet hizo preparar una imponente artillería compuesta de catorce baterías, en las que se contaban algunos cañones de un calibre extraordinario, que arroja-

ban piedras del peso de doscientas libras, y aun hay autor que asegura que una de aquellas máquinas las arrojaba de peso de mil doscientas libras, pero esta apénas se hubo calentado reventó en medio de la muchedumbre y mató un crecido número de turcos, entre ellos un ingeniero apóstata, natural de Hungría, que la habia fundido.

Nada perdonó Mahomet para asegurar su intento, haciendo que con una celeridad increible se formasen minas, torres y otros trabajos de gran importancia para reducir la plaza.

Juliano que como hemos dicho estaba al frente de las tropas defensoras de la ciudad, hacia prodigios de valor, logrando comunicar su entusiasmo y decision á todos los griegos que luchaban con un heroismo extraordinario. Las máquinas del turco funcionaban con celeridad, y cuando Mahomet creyó que las brechas estaban ya practicables, mandó á las tropas de Asia que eran las que en ménos aprecio tenia, que dieran el asalto, pero todos aquellos soldados fueron valerosamente rechazados y quedaron sin vida en los fosos. No contentas las tropas de Juliano con sostener la defensa desde la plaza, hacian algunas salidas contra los infieles, en las que quemaron parte de sus máquinas de guerra y destruyeron muchos de sus trabajos. Durante la noche, las mujeres y todos los que no tomaban parte en la defensa por medio de las armas, se ocupan en limpiar los fosos que de dia habian cegado los turcos. Estos se hallaban cansados de tan heróica resistencia, y pedian en alta voz que se levantase el sitio; pero Mahomet pudo conseguir el calmarlos ofreciéndoles el saqueo de la ciudad, y entónces se decidió á dar el asalto general, embistiendo á la plaza por mar y por tierra. Por más que Mahomet mirase á la Religion con desprecio, sabia hacerla servir á sus fines particulares, y así mandó á todas sus tropas que ayunasen por espacio de tres dias hasta al anochecer, que se purificasen con el baño, que tuviesen hachas encendidas en honor del Eterno, y que hiciesen oraciones á fin de alcanzar la victoria.

El emperador que tuvo noticias detalladas de todos estos preparativos, mandó hacer una solemnísima procesion de rogativas en la que fueron conducidas todas las reliquias de la ciudad, y asistieron descalzos los obispos, los clérigos, los monjes, los soldados, las mujeres y aun los niños, todos, los cuales derramaban lágrimas de desconsuelo y elevaban al cielo fervorosas súplicas. El emperador comulgó públicamente en la iglesia de Santa Sofía, acompañándole en el mismo acto las más distinguidas personas de su corte. Era un espectáculo edificante el que en aquel dia

ofrecia Constantinopla. Todos los habitantes se abrazaban y múluamente se pedian perdon, de los agravios que pudiesen haberse hecho unos á otros, considerando que iban á morir al siguiente dia, pero al mismo tiempo se exhortaban á pelear con valor. ¡El castigo de aquella ciudad rebelde estaba escrito en el libro de la Providencia!

Llegado que fue el dia señalado por el sultan, empezó el ataque mucho antes de salir el sol. Los griegos se defendian con el mayor denuedo y Justiniano que se portaba como un verdadero héroe, recibió una herida de poca consideracion. Entonces pudo verse cuan grande es la instabilidad de las cosas humanas, ó mejor, los medios de que Dios se vale para llevar á cabo los adorables designios de su Providencia. En el momento en que Justiniano se vió teñido en su propia sangre dejó de ser el que hasta entonces habia sido, y lleno de cobardía huyó vergonzosamente abandonando su puesto. Esta retirada desanimó en gran manera á los griegos, los que desde aquel momento empezaron á perder terreno. Los turcos se arrojaron impetuosamente por la brecha persiguiendo á los fugitivos y mataron á un gran número de ellos. El emperador Constantino que estaba decidido á morir entre las ruinas de su imperio, hacia los últimos esfuerzos colocado en la brecha. Allí recibió diversos golpes hasta que cayó sin vida, muriendo con las armas en la mano delante de la puerta violentada, la que defendió hasta exhalar su postrimer aliento. Justo apreciador de su valor Mahomet II hizo buscar su cadáver, y cuando fue encontrado le mandó hacer un entierro magnífico y suntuoso.

Fue pues Constantino XII el último emperador de los griegos, acabando con el imperio de Constantinopla que sucumbió despues de un sitio de cincuenta y siete dias. Desde la dedicacion de Constantinopla hecha por Constantino el Grande á 11 de Mayo de 330 hasta que fué tomada por Mahomet subsistió este imperio mil ciento veinte y tres años, teniendo por primero y último emperador dos príncipes llamados Constantino. Muerto que fue el emperador los turcos se apoderaron fácilmente de aquella gran ciudad que aun conservan. ¡Justos designios de la Providencia! Los que no quisieron reconocer la autoridad de los sucesores de San Pedro, cayeron bajo el poder tiránico de los infieles, de los que solo podian esperar la más humillante esclavitud.

Tuvo lugar la toma de Constantinopla por los turcos, el año 1453, en cuyo tiempo se hallaba vacante la Silla Patriarcal. En el mes de Julio de 1446 habia sido colocado en ella Gregorio IV, apellidado Meliseno, del nombre de su patria en Calabria, el cual bien á pesar suyo aceptó

esta dignidad, despues de una vacante de tres años. Ántes habia sido proto-camarero y penitenciario. Era varon de excelentes cualidades y grandes virtudes, y se mostró muy adipto al concilio de Florencia, habiendo trabajado mucho en favor de la reunion. Este celo tan digno de alabanza le suscitó múchas contradicciones y disgustos, por el carácter voluble de los griegos que eran tan adiptos al cisma. Por esta causa se vió obligado á abandonar á Constantinopla en 1452, retirándose á Roma, donde pasó tranquilo el resto de sus dias, hasta que falleció en 1459. De este patriarca existen algunos escritos en defensa del concilio de Florencia. Ya veremos como á pesar de haber caido los turcos sobre Constantinopla, no se interrumpió por entónces la serie de sus Patriarcas.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

SIGLO DUODÉCIMO.

DESDE EL PONTIFICADO DE PASCUAL II HASTA EL DE INOCENCIO III.

Páginas.

SIGLO DECIMO TERCERO.

DESDE LA INSTITUCION DE LA ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD HASTA TERMINAR EL PONTIFICADO DE BONIFACIO VIII.

Páginas.

SIGLO DECIMO CUARTO.

DESDE EL ROMPIMIENTO DE BONIFACIO VIII Y FELIPE EL HERMOSO, HASTA LA DECADENCIA DE LOS FAUTORES DEL GRAN CISMA DE OCCIDENTE EN EL AÑO 1400.

(1) Por equivocacion se puso á este capítulo el número XIV en vez de XIII.

SIGLO DECIMO QUINTO.

DESDE LA DECADENCIA DE LOS FAUTORES DEL GRAN CISMA DE OCCIDENTE EN EL AÑO 1400 HASTA TERMINAR EL PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.



